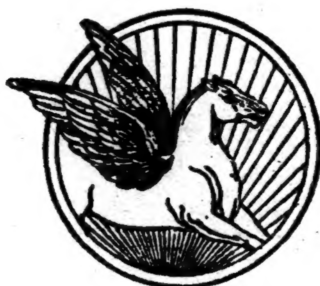
AÑO I JULIO 1918 Núm 1

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

REDACTORES:
ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA — WILFREDO PI — MONTIEL BALLESTEROS



SUMARIO:

MONTEVIDEO
PEÑA HNOS. — Imp.

Y FUÉ ASÍ QUE, DE PRONTO...

rompió el silencio cruel,
El relincho sonoro del celeste corcel;
Y, ebrios de todo cuanto niega la tierra avara,
Corrimos hacia donde su presencia anunciara.
Ansia noble inflamábalo. Los cascos, relucientes
Como metales puros, golpeaban impacientes
De ascenciones azules, los plebeyos rastrojos;
Mil ímpetus crispaban sus alas, y los ojos,
Llenos de augustas llamas, fijábanse en el cielo
Como buscando un signo para lanzarse al vuelo.
Así lo contemplábamos en éxtasis devoto....
Y como, cuando viera que en el azul remoto
La tarde, sublimando su minuto postrero,
Sobre sus altos mástiles enarboló el lucero,
En arranque fogoso se aprestara a subir,
Sobre su fuerte lomo decidimos partir.

Hacia donde?... hacia donde nos lleve su albedrío.
Nunca de brida esclavo fué su celeste brío,
Ni precisó de espuelas su poderoso ijar.
Libre, como los vientos, debe ser su volar.
La senda que se siga nada importa. No esfuma
Al pleno sol de Hugo, la Verlainiana bruma;
Y la silvestre flauta pastoril es hermana
Del mármol que cincela la rima parnasiana.
Dan la misma embriaguez en copa desigual
El champagne de Darío y el vino de Mistral;

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

056.1
PEG
No. 1

Y FUÉ ASÍ QUE, DE PRONTO...

rompió el silencio cruel,
El relincho sonoro del celeste corcel;
Y, ebrios de todo cuanto niega la tierra avara,
Corrimos hacia donde su presencia anunciara.
Ansia noble inflamábalo. Los cascos, relucientes
Como metales puros, golpeaban impacientes
De ascenciones azules, los plebeyos rastrojos;
Mil ímpetus crispaban sus alas, y los ojos,
Llenos de augustas llamas, fijábanse en el cielo
Como buscando un signo para lanzarse al vuelo.
Así lo contemplábamos en éxtasis devoto....
Y como, cuando viera que en el azul remoto
La tarde, sublimando su minuto postrero,
Sobre sus altos mástiles enarboló el lucero,
En arranque fogoso se aprestara a subir,
Sobre su fuerte lomo decidimos partir.

Hacia donde?... hacia donde nos lleve su albedrío.
Nunca de brida esclavo fué su celeste brío,
Ni precisó de espuelas su poderoso ijar.
Libre, como los vientos, debe ser su volar.
La senda que se siga nada importa. No esfuma
Al pleno sol de Hugo, la Verlainiana bruma;
Y la silvestre flauta pastoril es hermana
Del mármol que cincela la rima parnasiana.
Dan la misma embriaguez en copa desigual
El champagne de Darío y el vino de Mistral;

Hasta el absurdo es bello si lo ilustra Pegaso:
Lo que vale es el zumo, no la forma del vaso.
Doctrinas son cendales de diferente tul,
Más una es sola el alma y una la patria azul.

Liróforos de América, tal es nuestro estandarte:
La vida para el arte y el arte por el arte.
No temais ir estrechos en este viaje astral,
Para todos hay sitio en el lomo inmortal.
El que de los ensueños ame gustar la miel,
Tiene un puesto en la grupa del lírico corcel;
Quién del Pájaro Azul sienta en su pecho el trino,
Junte al excelso coro su arpegio cristalino;
Venga a nos quien herido por el ambiente hostil,
Azula su silencio en torre de marfil...

Probemos que aún perdura la vibración de Orfeo.
Elevemos, ¡oh hermanos!, cual divino trofeo
Nuestro soñar intenso, nuestra pura canción,
Y el que quiera otorgarnos el más alto blason,
Aquel que hasta la hipérbole vernos quiera exaltados,
Que nos tilde de ilusos o desequilibrados...

He aquí que Pegaso ya se alejó del suelo.
Ya nos embriaga el éxtasis, ya nos arroba el vuelo.
Sean las Musas propicias a este viaje pristino.
Y si nos hiere el vértigo a mitad del camino,
Si es fuerza, ¡oh soñadores!, caer sin alcanzar
El lucero remoto que soñamos hallar,
No importa!... quedará, como un rastro de oro,
Flotando sobre el aire nuestro ensueño sonoro,
Y otros vendrán que guiándose por nuestra noble huella,
Ascenderán al fin a la deseada estrella.

¡Caer no es nada, si el alma contempla estupefacta,
Muerto el vigor del músculo, a la quimera intacta!

PENSAMIENTO Y SENTIMIENTO

El pensamiento sin duda es un creador, pero, en poesía, a los hijos que elabora por si solo fáltales la llama de la vida, son como esas bellas muñecas de cera, de cuerpo y rostro perfecto, cuya hermosura nos complace ver; mas incapaces también de hacerse amar o de ser amadas y al fin tan frágiles, que el menor golpe nada dejaría de su belleza artificiosa.

Quién piensa demasiado en lo que dice, no dice lo que siente; y si esto en la vida común puede ser una virtud, no lo es en el arte donde solo lo que es sincero es perdurable.

En poesía mas que nada es el sentimiento lo primero y no será poeta el que no sea profundamento sentimental. Aquello que hace vibrar puramente al cerebro, podrá ser lo mas irreprochable, pero no será lo mas bello, porque la belleza se mide más por la conmoción que nos produce que por las ideas que nos sugiere y no puede conmovernos mas que lo que nos toca el sentimiento.

Sentir lo que se piensa, es decir, ser sincero, tal es lo capital. No es, naturalmente, cuestión de formas, ni de escuelas; quien guste en símbolo expresar su sentimiento, expréselo; quien prefiera al ritmo de la cadencia la libre rima, úsela; pero no olvide que así como el arma no hace al guerrero, no hace tampoco la forma al verso, sino la realidad de su sentimiento y que en ninguna parte, como en poesía, es mas verdad aquella inscripción que llevaban grabadas en el puño las espadas florentinas: *non ti fidar di me, s'il cuore ti manca.*

Supongamos una flor; un filósofo, al verla, exclamará: ¿ porqué habrá nacido ?; un sabio: pertenece a tal o cual familia; un poeta: ¡ que bella es !

Aquellos piensan sin sentir, este siente sin pensar.

De todos los artes, el poético es el que menos se presta al artificio literario, pues así como todos los estados de ánimo se pueden simular menos la emoción, el verso que de ella brota, a ella busca y en ella solo tiene su razón de ser; solamente siendo la traducción de un sentimiento real, podrá realmente impresionarnos.

Pensar hacer una cosa perfecta es el camino más recto para no hacerla. Rodín, tan familiarizado con ellas, pudo decir que lo que más admiraba en las obras maestras era su sencillez... y sencillez en la mayor parte de las cosas no es más que sinceridad.

El deseo de ser revolucionario y original, ha sacrificado el sentimiento al pensamiento. Así han brotado libros y libros en estos últimos lustros donde ni una gota de emoción se trasparenta y donde hasta parece huirse de la expontaneidad como de una cosa que averguenza. Pretendiendo depurarse la poesía se ha alejado del corazón y se ha hecho tan inaccesible como la filosofía abstracta y las matemáticas superiores.

Se olvida que el poeta no es un pensador, sino un emotivo; y que no en balde la poesía es femenina y al igual que la mujer bien podrá deslumbrarnos por sus cendales y sus joyas, pero nunca resplandecerá más que cuando se muestre en la majestad de su desnudez.

La esencia de la poesía está en el corazón y poeta que huya de él, alucinado por fantasmagorías, pronto verá marchitado su huerto interior, pues es tan absurdo como un jardinero a quien se le ocurriera que lo importante en el árbol son las ramas y no la raíz.

José María Delgado.

A RUBÉN DARÍO

RESPONSO PAGANO

Poema recitado por su autor el 2 de Marzo de 1916, en el gran funeral laico celebrado en Montevideo en ocasión de la muerte del poeta.

Que caiga sobre el sueño del gran cisne Darío
La plata de la luna y el claror zodiacal,
La sangre de las rosas paganas, y el rocío
De los viejos cipreses sobre el mármol tumbal.

Afine Pan la flauta. — La siringa y la fuente
Digan su mejor frase de oro crepuscular,
Y enmudezcan los hombres, el buho y la serpiente,
Las bestias de la tierra y los monstruos del mar.

Que la caja sonora de los montes sagrados
Lance hasta las estrellas su delirio osquestal,
Y el tropel de los ecos, en los valles lunados
Encuentre la infinita música de cristal.

Que los robles insignes del monte anochecido,
Concedan a los sátiros su fiel complicidad,
Que han de volver las ninfas sobre el musgo florido
Como en los buenos tiempos de la primera edad.

La sangre de los labios y la miel de las bocas,
Vengan desde Citeres en ofrenda sensual,
Las euménides huyan, y la aurora en las rocas
Prenda su alto plumacho de luz primaveral.

De todas las oreádes en la rueda armoniosa
Como en las Lupercales, cante el divino Pan
A la miel y a la leche y a la carne olorosa:
La gloria aventurera del agreste galán.

Repítase el coloquio sabio de los centauros
Y surja de las selvas el celeste Quirón
E ilumine el Enigma y el Atomo. — Y los lauros
Mas triunfales arranque del sagrado Helicón.

Acudan los equinos amigos del poeta:
Abantes, Folo, Orneo, Meleagro y Nestór,
Y el coloquio en el vírgen metal de la trompeta
Reconstruya los gérmenes y haga carne el color.

Al fondo de los Seres y la Naturaleza,
De la vida y la muerte llegue la clara voz
Del ilustre coloquio de Ciencia y de Belleza
Frente al poder primario de Eros y de Anterós.

Y que rompa la risa musical de la espuma,
Estridente resuene el viejo caracol,
Pueble, la turba invicta de tritones, la bruma
Y el toro negro huya del disco áureo del sol. . .

Que la nave argentina y azul de Anadiomena
Desde Chipre surcando el paterno Ladon,
Trae las bellotas dulces y la granada plena
De la roja ambrosía que hubo en su corazón.

Las cándidas turquesas del collar venusino:
La alegría y la angustia eternas del amor,
Y las perlas rosadas porta el carro marino
Los ópalos cambiantes y el perfume mejor.

Son para el sacrificio al gran cisne Darío,
Y todos sus tributos se los brinda Cipris:
El gorrión, la paloma y el retoño cabrío;
El mirto azul Apolo y la flauta Dafnis.

Baco-Dionisio, pámpanos, su corona de oro,
Las floridas canéforas de la fiesta gentil,
Las cinceladas cráteras del líquido canoro
Y la hiedra perenne de virtud juvenil.

Anacreonte los rubios y aromados falernos
De las líricas uvas de su viña feliz,
Y Dionisios las ánforas de los zumos eternos
Plenos de virgiliana fuerza generatriz.

Y sea el sacrificio cabe un lago distante,
Como en los grandes fastos, junto a un vago jardín.
La plegaria y la súplica sean el Canto Errante
En medio a la hecatombe sagrada del festín.

La presencia soñada de todas las mujeres,
Al conjuro del verso sabroso de Rubén,
Vuelva la tibia esencia de los nobles placeres
Al frío de sus venas, al yermo de su sien.

La noche destellada de los altos diamantes,
Turbe la pesadilla sombría de Ananké,
Y hacia Leteo vuelvan las sombras anhelantes
Mariposas sonámbulas, narcisos de Coré...

Sea la muerte, cisne, como tú la quisiste,
Semejante a Diana, frente al raudo tropel
De los coros bizarros,—sea como la viste
Cisne: copa de olvido, ánfora de hidromiel.

El resplandor celeste de tu genio, Darío,
De nuestra Sudamérica fué el divino joyel,
Y al amor de tu gloria y de tu señorío
Deletreamos la lira, bajo tu real laurel.

Bajo el árbol iluso de las Prosas Profanas,
Armonioso del oro griego del colmenar,
Do se animaba el mármol de las diosas paganas
Y Endimión prefería a su gruta lunar.

Donde la grita obscura de las trescientas ocas
Jamás turbó la música del divino pastor,
Entonces madreperla tornaba de sus rocas
Y era allí Filomela que cantaba mejor.

Citerea lunática, luminosa y desnuda
En su gloria estatuaria de alabastro y marfil,
Con la pasión antigua que roja flama escuda
Abatió, para siempre, al Destino senil.

Bajo el árbol amigo de Vida y Esperanza
Hogar de las palomas de plata, nieve, azul,
La rueda de las Horas suspendía su danza
Confidente, a su sombra de lírico abedul.

Arbol que trasplantara en las tierras soñadas
De la vaga y platónica musa continental;
Arbol hesperidino florido de hamadriadas
Y como los de Arcadia mágico y musical.

. . . .

¡Hispano-americanos que frente al Gineceo
« Soñásteis el fantasma de la inmortalidad »
Afanad vuestras cítaras por el nuevo Teseo
Que venció al minotauro de la vulgaridad!

José G. Antuña.

PAGINAS DE UN VISIONARIO

Emerson anunciaba, con su habla ardorosa como la de las profecías, la última hora de las ciudades; yo os anuncio la última hora de las fronteras. Un mesianismo salvador presagiará desde hoy en América la unidad intangible de la raza latina, que es una misma en todas partes, que es grande por la vocación y por el esfuerzo, que aspira al progreso y al porvenir. Cuando su vaticinio se cumpla, no habrá tierra más fecunda en promesas y en generosidades que esta tierra de América. Tendrá la grandeza formidable de nuestros océanos, eternamente querellosos sobre las playas doradas de sol; una primavera inmortal florecerá en sus bosques vírgenes; los cóndores de nuestras leyendas se cernirán perennemente sobre las montañas que inmergen su nieve cándida y antigua en el azul lleno de vuelos vertiginosos; todas las estrellas de las noches americanas reverberarán en la tersura de nnestros lagos y en las corrientes de nuestros ríos; el surco sonreirá a la cosecha, y habrá una muchedumbre redimida en el puesto de cada una de esas ignaras muchedumbres de hoy, que son como las células vivas de nuestras democracias nacientes.

Los que reverenciamos la idealidad que late en los libros de Rubén Darío, le decimos: Maestro de las generaciones de América: realiza tu obra total, cumple tu maravilloso destino. Canta y encanta. Bienvenida labor la tuya, porque impulsa a los hombres a alzar los ojos de la miseria de la tierra y a fijarlos en el inmenso azul que

sonríe, en la ficción celeste, en la nada vertiginosa poblada de astros! Entrega al viento tus canciones y déjalas caer sobre los espíritus entristecidos por la sordidez de las cosas humanas, como si llevaran en sus rítmos peregrinos la virtud cordial del consuelo y del aquietamiento interior. La poesía tiene las purezas del cisne y las alas del águila. Pasa con la misma gracia alígera sobre el cieno de los pantanos y sobre las nieves de las cumbres. Llega a todos los entendimientos y, lo que vale más todavía, a todas las intimidades. Es universal y señorea los corazones unánimes, porque, interpretando sentimientos comunes, solloza con De Musset, se exalta con Lamartine, profetiza con Hugo, filosofa con Leopardi, llora y ríe con Heine, ensueña con Becquer, blasfema con Baudelaire, sufre y adora con Verlaine, combate con Walt Whitman. Y no hay quien no sepa lo que dicen, lo que pregonan, lo que anuncian las grandes voces inspiradas y líricas de los poseídos del numen. Tú tienes también quien oiga en la noche hechizada, bajo los astros palpitantes, tus dulces salmos optimistas. Los que aman el verbo castellano te escuchan. Y si pudo decirse una vez con verdad que tus versos sonaban en los oídos de los más como los cantos de un rito no entendido, ahora habrá que afirmar que ha llegado hasta el corazón de la multitud el eco de tu voz prestigiosa, el acento que vibra en tus himnos encendidos de amor, o de esperanza, o de entusiasmo. Eres ahora como el Sagitario de tu epitalamio bárbaro, que pasa sobre la indecisa luz del alba, junto al mar rumoreante, sobre un corcel raudo y salvaje. Como él, has robado una estrella, y la llevas orgulloso sobre tu frente, mientras el bosque te saluda con su vasta orquesta sonora y el alma de los hombres, prisionera sublime, se asoma a las torres irreales de la ilusión, para verte pasar!

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

MADRIGAL

Una humedad de luz y de ternura
hay en tus ojos, al amor abiertos
como dos grandes y tranquilos huertos
que ofrecen al viajero su frescura...

Puertos de paz y de bonanza, puertos
donde el marino un agua halla segura;
y en ellos encontraron sepultura
líquida y clara, muchos astros muertos...

Inundados de alma, cuando miran,
más que mirar, parece que suspiran;
y desciende desde ellos hasta el alma

tan indecible beatitud, tan suave
consolación, tan infinita calma,
que el alma queda murmurando: Ave!

EMILIO FRUGONI.

LA VENGANZA

Al regresar, un domingo, el viejo José a su casa, tuvo una dolorosa sorpresa. Sus frutales, sus bellas plantas floridas, su diminuta huerta, todo aquello que era el fruto adorado de su vida solitaria, estaba como arrasado por un tropel de potros.

El viejo hundió los labios, arqueó las cejas y meneó la cabeza largo rato, sin valor para andar más.

¿ Quién lo hería así, en su pobreza y en su corazón ?

Luego se miró las manos preguntándoles si tendrían fuerzas aún para rehacer lo perdido. Y, al apreciar más el daño, distinguió en el suelo un hacha. Era de Pedro, el vecino, el envidioso Pedro, que sufría ante aquel prodigio del trabajo y la paciencia.

* * *

Precisamente algunos días después, debía Pedro pagarle la medianería de un muro. Y vino, y saludó sonriente al viejo José, el cual retribuyó su amabilidad lo mejor que pudo. Mas cuando sacó el dinero, el viejo lo detuvo:

—He pensado pedirle que no me pague esa suma. Solo he quedado en el mundo, poco me resta de vida y para mis necesidades puedo trabajar aún. Usted es joven, tiene muchos lindos hijos. ¡ Concédame el favor que le suplico!

Insistió de tal manera, que Pedro, conturbado hasta dar traspiés, hubo de retirarse con el dinero.

Otros días pasaron, y una noche fría y lluviosa despertó al viejo un gran alboroto en casa del vecino. Se levantó e inquirió lo que ocurría. La esposa se moría, y el marido, desesperado, no se decidía a dejarla para ir a buscar el médico.

El viejo José, encorvado bajo la lluvia, fuese dando saltitos y trajo al médico, que salvó a la enferma.

—¡ Ya es bastante, Dios mío ! — exclamó al alba Pedro, mirando la casa del vecino.

Faltaba aún la venganza más terrible.

Pedro recordaba bien que el día de la borrachera había olvidado el hacha en el jardín del vecino, y esto lo atormentaba hasta la locura. La buscó varias noches sin resultado. ¿ Cómo evitar que el viejo la descubriera ? ¿ Cómo era posible que no la hubiese visto todavía ?

Y he ahí que entre unas matas de su propio jardín, encontró Pedro el hacha, como caída allí al acaso, con hojas y tierra encima .. Al inclinarse, distinguió las huellas apenas perceptibles de los pies de un hombre, que iban hasta el muro lindero, precisamente al sitio donde era más fácil el acceso... Sin poderse contener, salió a la calle y penetró en la casa del vecino. Entró derechamente hasta el fondo, con la cabeza baja, sin decir una palabra.

—¡ Hola, amigo, buen día ! — dijo alegremente el viejecito, apoyándose en su escardillo para observarlo con sus ojitos seniles.

Pedro, entonces, se le acercó sumisamente. Quiso hablar y no pudo; sintió grandes deseos de ser chico y llorar, y cayendo de pronto sobre los pies desnudos del anciano, los apretó con sus manos y los besó hasta mojarlos con sus lágrimas.

Luego, siempre en silencio, Pedro se puso a ayudar al viejecito en su tarea.

Constancio C. Vigil.

LA MISION DE FRANCIA EN LA HISTORIA DEL MUNDO

La historia de Francia es la más histórica de todas las historias. Es la más humana, hermosa y universal. Por su complejidad es un epítome de la vida del planeta al través de los tiempos. Uno de los rasgos sobresalientes del espíritu francés es su universalidad. El mundo lo sabe; por ello su influencia moral ha sido siempre tan considerable. En este sentido es como desde siglos atrás. Francia viene desempeñando en la historia moderna el rol de Grecia. París puede considerarse el heredero de Atenas. Francia posee de su madre espiritual: la fertilidad del suelo, el cielo límpido y sereno; la claridad y el giro artístico de su genio; un idioma sabio y flexible a todos los matices de la idea y del sentimiento; el amor a lo bello en todas las circunstancias de la vida; la aspiración a un imperio universal sobre las almas; un arte noble y perfecto; el gusto puro y exquisito; la despreocupación del porvenir; la risa, el buen humor, la ironía en labios sensuales. Campoamor la llama tierra de la guerra y del genio. Francia ha demostrado al mundo que en todas las actividades, el latino es superior al germano. Se dice con superficialidad que Francia es frívola, y sin embargo, el espíritu francés aún domina por medio de su literatura seria, obra de los Víctor Hugo, de los Lamartine, de los Sainte Beuve, de los Tarde, de los Quinet, de los Amiel,

de los Renán y de los Guyau. Por debajo de la corriente de frivolidad, corre una tendencia pura hacia lo más noble del alma humana. Quién piense distintamente, lea los libros del hombre bondadoso y de la inteligencia genial, que es el más ilustre de los geógrafos modernos, Eliseo Reclús, y de su hermano Onésimo; a Charles Wagner, a Franck Thomas, a Secretan a Sebatier, a Gyladen, a Amiel, a Eduardo Neuville, a Maeterlinck y a todo el ejército de hombres superiores que hacen de la Francia intelectual la nación más querida y estimada de la tierra. Aun Zola, cuando manifiesta su alma, es altamente patético y siente la horrenda miseria humana que anota como observador y filósofo. No; Francia, esa Francia de los grandes carácteres, no quiere «aturdir con cascabeles a todo espíritu que quiere pensar». Su contribución al desarrollo general de las ciencias es incalculable, huelga nombrar para probarlo los nombres de Pascal, Papin, Gay Lussac, Cuvier, Lamark, La Verrier, Dumas, Berthelot, Pasteur, Moissan y Charcot.

Para el arte, Francia ha sido en toda época una patria cariñosa. Todos los innovadores acuden a París para realizar sus teorías y llevar al terreno de la realidad la audacia de su pensamiento. El extranjero se siente como en su hogar en ese admirable país que parece el verdadero oasis del mundo. El escultor más atrevido y genial de nuestra época es Rodín, francés de nacimiento y de corazón. El arte pictórico tiene allí sus representantes más célebres. El arte de vestirse y el culinario, en ninguna parte del mundo han llegado a tanta perfección. Respecto a la filosofía, Francia es la patria de Descartes, de Diderot, de Comte, y de Bergson. Obreros de la emancipación intelectual de nuestros días son los pensadores, franceses de los siglos XVII y XVIII. También es obra suya la labor constructora del siglo XIX. Luego, desde hace ciento cincuenta años, Francia es la nación más empeñada en las reformas sociales.

La verdadera tradición de Francia está precisamente en esta preocupación afanosa y desinteresada de la justicia para todos. En esta tarea se excedió varias veces a sí misma, perdiendo de vista sus legítimos derechos individuales. Su historia es orginalísima y sirve de intermediaria entre el mundo greco-romano y el moderno. Es la única que se halla mezclada a la historia de todas las demás naciones, la sola que constituye un conjunto armónico. Ha tenido siempre, desde la época lejana que se hizo colonia romana, un rol preponderante y una actuación brillante en el desarrollo de la humanidad. La acción del pueblo francés, en la constitución de la moderna Inglaterra es tan enérgica y decisiva, que Juan Finot no vacila en llamar a ésta, la mejor colonia de aquélla. La universalidad del empleo del francés en la diplomacia, los congresos y las relaciones internacionales, es un hecho demasiado notorio para ocuparnos de él. Tierra de entusiasmo la apellida Kant; Madame Stael repite lo mismo, y el gran Hegel encierra su juicio en esta palabras: «La Francé à realisè la revolution dans le practique; l'Allemagne en à formulè la theorie metaphisique». Con exactitud hace notar Fouillè que Francia es el solo país donde las clases activas y laboriosas se preocupan de la legitimidad moral de su gobierno.

El fenómeno de infecundidad que parece pronosticar tantos días sombríos a la amada Francia es un hecho que explica perfectamente la sociología. «L'activité intellectuelle ne peut se developper qu au detriment de la patrie génératrice.» (Spencer). En este como en muchos otros afectos de la civilización intensiva y refinada, Francia no hace más que preceder a otras naciones. País enérgico como ninguno de la tierra, ha salido siempre triunfante de todos sus infinitos reveses: las invasiones, las guerras civiles, los escándalos financieros, la corrupción, las guerras sin fín, la bancarrota, la pérdida de su inmenso imperio colonial, la revolución, la coalición europea, las

revoluciones interminables durante el pasado siglo, la guerra contra Alemania, la filoxera, el Panamá, el asunto Dreyfus y la separación de la Iglesia del Estado.

Penetrado de la belleza moral y del esfuerzo incansable de Francia por elevarse, exclama Hanotaux: « Quel pays a plus en de revers? L'Espagne depuis sa chute au dix-se tieme siècle ne s'est plus revelé. Combien de fois la France qu'om croyait morte est resucitée? Apres la petite guerre boer, l'Anglaterre est sur l'abime de la decadence. Depuis la guerre du 70, la France à pris un nouveau essor. »

El arte es completamente inútil—dijo un mal pensador —y gran literato.—El arte, la armonía es casi lo único que justifique el deseo de vivir .. El arte será importantísimo en los bellos tiempos del porvenir, cuando el mundo lo embellezca el pensamiento sano y se entusiasme por la justicia. Esto es una alta misión, y tanto el pasado como el presente de Francia señalan a ésta cual la única nación apropiada para realizar esa idea en toda su belleza.

¡ Galia rediviva !

ALBERTO NIN FRIAS.

LA DANZA DE SALOMÉ

(Del libro « Las Alas Azules »)

Sobre la alfombra de carmín violento
—Tal que una sierpe viva y enjoyada—
Se curva y se retuerce, dislocada,
La Mujer, que es espasmo y es portento.

La llaman Salomé. Hay en su aliento,
Tibio como una noche constelada
De aromas y de fiebres, la afelpada
Caricia de un morir grandioso y lento.

Tiene gestos felinos; languideces
Tropicales que enervan; vibraciones
Que encienden los más torvos corazones.

Y por entre sus párpados, a veces,
Culebrean, calladas, dos centellas
Cual desmayos de lívidas estrellas,

I

El velo rosa

Diminutos los piés han destrenzado
Sobre el tapiz la danza perezosa.
De un leve resplandor color de rosa
La carne femenina se ha nimbado.

La euritmia de su gesto ha refrescado
De la sala el ardor caliginoso,
Como templa la brisa el bochornoso
Rigor de un día cálido y nublado.

Es una niña. Es una flor. Un astro.
Un pensamiento blanco. Es una aurora.
De exóticas fragancias deja el rastro.

De cándida ilusión es promisora.
Sonríe. Su sonrisa es precursora
De un ensueño nevado de alabastro.

II

El velo verde

La niña es ya doncella. Hay en sus ojos
Curiosidades íntimas y plenas,
Y sus pupilas, grandes, están llenas
De picardías, burlas y de antojos.

Sobre la flor de sus dos labios rojos
Palpitan las sonrisas como buenas
Avispas, que muy luego en las colmenas
Del Amor dejarán dulces despojos.

Así la niña, que es doncella, avanza
Por los azules cármenes del cielo
Tras un sueño de amor y de bonanza.

Para triunfar en el horrendo duelo
Con la Vida, no tiene más que el velo
De su divina y frágil esperanza.

III

El velo rojo

Mas, he aquí que la flotante gasa
Cae de pronto al arte de un conjuro,
Y surje el velo rojo,—un rojo puro,
Como un rubí, como encendida brasa.

Es el amor que estalla, que rebasa
Todos los lindes; que escondido, obscuro,
Muerde como una gota de cianuro,
Y, omnipotente, sobre el Mundo pasa.

Entonces la mujer que se adormía
En quimeras, despierta de repente:
Hay en sus ojos fiebres a porfía;

Hay un rubor en su perlada frente.
Y en sus venas la sangre es un torrente
Que dice la canción del nuevo día.

IV

El velo lila

La danza ahora es inextricable:
Es una contorsión y es un espasmo:
La danzatriz comete un metaplasmo
En el ritmo, al hacerlo más variable.

Tiembla su vientre cual natilla friable;
Su axila es más hiriente que un sarcasmo;
Y ondulan sus caderas con marasmo,
Y tiene el seno un rendimiento amable.

Lila es el velo: como las maneras
De un jóven pervertido; cual la esencia
Del heliotropo; como las quimeras

Que forja la lujuria en su demencia.
Lila es la tarde en su augustal presencia,
Y lila es el color de las ojeras.

V

El velo amarillo

De la lujuria desceñido el velo,
Surje el velo letal de la fatiga,—
El del color de la amarilla espiga,
El del dolor de un satisfecho anhelo.

Cuando desciende del cenit del cielo,
Donde ascendió la triünfal cuadriga,
Tiembla en el aire azul como enemiga
La gualda agonizante de un desvelo.

Así en la vida la mujer: crisálida
Que el amor en su hora ha despertado,
Sus alas tiende al Sol. La lumbre cálida

Enciende sus arterias. Lo ignorado
Le muestra sus entrañas. Y alcanzado
El confín, la mujer se queda pálida.

VI

El voto violeta

Y llega la viudez de los sentidos.
La danza, que hace poco era un infierno,
Es ahora de un ritmo sempiterno,
Con gestos vagos, lentos y transidos.

En vano simulacros fementidos
Quieren vencer la nieve del invierno,
Que el eco no responde en el eterno
Silencio a los clamores más rendidos.

Los recuerdos en lenta caravana
Pasan por la violácea lejanía:
Y al mirarlos pasar la bestia humana

Azotada por hosca rebeldía
Lanza en un grito, ante la luz del día,
Todo el rencor de la tiniebla arcana.

VII

El velo negro

Entonces, con un brusco sobresalto,
Con el gesto ritual de una sibila,
Ante el Tetrarca la Mujer perfila
Su busto, como un rígido basalto.

En sus ojos, teñidos de cobalto,
Un extraño relámpago rutila;
Habla, y su voz tremenda no vacila
Al demandar venganza de lo Alto.

—Quiero la testa del Profeta,—clama,
Junto al Tetrarca lívido e inquieto.
Y cuando se la entregan, como llama

Mal contenida en omnimoso peto,
Surge su Amor, y aquel su Amor es reto
Al mundo entero que palpita y ama.

VICTOR PEREZ PETIT.

32.584,007

(Cuento)

Era por el año 2500. Ya existían entre los hombres muchos ejemplares de acero, grises y automáticos, de músculos metálicos y organismo mecánico como predijo Marinetti o los soñó Villers.

La mujer era una cosa más, que llenaba, como una cuña, la falta del obrero del taller o del subterráneo.

Enormes bombas desinfectantes absorbían con exactos intervalos de tiempo el aire viciado de la ciudad.

Los burgueses se transportaban sobre la urbe en vagonetas especiales, que cabalgaban, fantásticas, en las ondas invisibles de poderosas corrientes eléctricas.

La sirena oficial despertaba al negro ejército laborioso por la mañana y le enviaba a encerrarse, para la futura labor, a una justa hora de la noche.

El sueño, el sol, el pan, el aire, el alcohol, el azul! se repartían equitativamente con el control de los directores del pueblo: higienistas, financieros, sociólogos.....

Los privilegiados, en connivencia con un gobierno,—que emanaba de ellos—habían instituído el servicio del trabajo obligatorio y ya no se veían por las calles pulidas y relucientes y por las plazas de mármol, fastuosas y deslumbrantes como jardines encantados,—a los simpáticos y astrosos atorrantes y a los dulces y bohemios gorriones...

Por ese entonces, en el piso cuarenta y tres de un enorme casillero, donde se alojaban artesanos, nació un chiquillo que presentaba alarmantes síntomas morbosos.

El Consejo de Salud Social que había venido a inscribir al novel soldado, al nuevo guarismo ciudadano, a

quien correspondió el número 32.584,007, dictaminó que se le llevase a la Junta de Médicos para someterle a examen.

Los sesudos hombres de ciencia, de voluminosas cabezas mondas, tras una prolija y laboriosa observación expidieron su falio: Aquel fenómeno era un ejemplo de ancestralismo, algo como un « salto atrás » en la maravillosa evolución del hombre; probaba aquello hipótesis científicas relegadas al olvido. Era dígno de atención!

Aquel montoncito de materia rosada y fofa, tenía dentro una cosa rara, una roja víscera sensitiva, palpitante, ¡ un corazón !

Se pensó en extraerle el órgano, ridículo en tal época! pero, previamente, quiso un sabio erudito, especializado en paleontología, dar una conferencia sobre el « homo sentimentalis », especie desaparecida, compuesta de antepasados absurdos, altruistas y sentimentales, con individuos ociosos que cantaban,—lamentables,—el dolor, el misterio y los claros de luna!.... Le exhibieron en un anfiteatro de disección, traspasado por los rayos ultrapotentes de cincuenta aparatos escrutadores.

Se resolvió conservar el curioso ejemplar, analizando el curso de su vida y sus probables complicadas y desconocidas manifestaciones.

El 32 millones y pico, contra los pesimistas augurios, se desarrolló saludablemente. Y resucitó, para asombro del mundo, un antiguo vocablo olvidado, sobre el cual habían leyendas de sortilegio: *amor*. Se iluminó de ese sentimiento; amó y lo amó todo!

Sintió la dentellada feroz de la injusticia y quiso luchar contra ella. En su jardín interno el amor se volvió canto y nació con alas, con una palpitación de libertad vírgen!

Aquello hubiera sido sorprendente si no fuese disparatado.

Le encerraron en un manicomio.

Logró evadirse.... y en la sombra, en el fondo de los subterráneos y sobre las más altas torres, valido de todos

los recursos de la época, se dió a una propaganda furiosa, desesperada.

Conquistó muchos adherentes, infinidad de prosélitos porque inventó un reactivo: el descontento.

Proclamó la violencia; clamaba su verba: « Existe otro vivir ! yo lo anuncio ! aquí dentro canta una voz augural la belleza de una futura ciudad de armonía ! Es preciso destruir esto ! Nada se alzará sobre los cimientos de lodo. No han de surgir los frutos de oro de las raíces podridas ! ¡ Acción ! »

Y la multitud, afónica de entusiasmo, ebria de un vino de revancha, clamaba su trágica amenaza: ¡ matemos ! ¡ quememos ! ¡ destruyamos !

Todo se llevó en una perfecta reserva. El hilo de las conspiraciones fué enredando, veladamente, los viejos organismos contemporáneos. Los guarismos (que parecían volverse hombres) obraban muda y eficazmente.

Un día estalló la incontenible explosión vengadora: empezó a retemblar la inmensa cosmópolis, como si un fabuloso movimiento seísmico la estremeciera; se derrumbaban las iglesias, las casas de banca, los cuarteles, las academias.... entre formidables detonaciones y crepitar apocalíptico.

Los burgueses volaron con sus familias en los aeroplanos; algunos, menos previsores, se dejaron sorprender y murieron.

Los químicos asalariados del estado, y los señores, hicieron, nuevamente, de la ciencia, un instrumento reaccionario: una sola descarga de gases semi-axficiantes inmovilizó al negro ejército reivindicador.

Bajaron los emisarios, provistos de escafandras, como los buzos, a dominar el grisú de la rebeldía.

La vida,—como quizá tantas veces,—fué más fuerte que el ideal. No pasaban muchos minutos cuando la marea arrolladora se sometía con un hondo gruñido de rabia contenida.

Entonces, aquella enorme hidra enfurecida, quiso vengar en alguien su ira, su duro sufrir, su negra esclavitud y recordó al 32.584,007, maldito, que les había engañado, que les había deslumbrado con la bella utopía. — Su fobia tenía que saciarse con sangre.

Los guarismos máximos creyeron, filosóficamente, que aquella sería su mejor venganza. Y desde las atalayas de sus observatorios asestaron sobre la plebeya tragedia los discos puros de sus gemelos.

El ejército negro recorría las calles estremecidas a su clamor salvaje. Un olor de crímen y de calvario les nimbaba ferozmente. Le preparaban al apóstol visionario bárbaro martirio: su carne alimentaría como un aceite diabólico los engranajes de las máquinas monstruosas.

La multitud obscura aullaba y se revolvía amenazante, pareciendo los mil anillos de una estupenda boa enfurecida.

El 32.584,007 se sintió perdido; desde la ventana de su rascacielo les miró venir. Su madre lloraba!... (aún restaban en la humanidad las benditas lágrimas de las madres !)

El se llenó de un gran arrepentimiento y de un deseo imperioso de vengarse de su utopía, de su hermoso sueño fracasado.

Sintió estremecerse aquello que llevaba dentro: rojo, palpitante, sensitivo ! ¡ el gran equivocado !.....

Se lo arrancó altivamente y lo arrojó como un pedruzco sanguinolento, a la muchedumbre aullante que llegaba con el sordo rumor de sus vociferaciones bajo su ventana....

Tembló en el aire una roja parábola imaginaria entre el soñador y el pueblo !

¡ Esta es la historia del último corazón !

MONTIEL BALLESTEROS.

EL VERSO

Al fácil ritmo de los viejos tiempos
Sucede, extrañamente, un ritmo extraño;
Ya no basta al espíritu en ansias de belleza
La sonoridad de las viejas palabras:
El ritmo de ideas y de emociones
Reemplaza a la cadencia de sílabas y acentos.

Incorrección?... Acaso... Acaso forma nueva
En la vida del verso no basta la Armonía
Y es preciso que infiltre sus sentidos más hondos
El latir magestuoso y la pulsación grave
De la idea, de una
Visión más arcana.
...... En campesino vaso, el zumo es más sabroso
Porque está más cercano del racimo, el licor;
Mas después que ha pasado por pulidos cristales,
Y en primoroso cáliz nos llega al paladar,
La preocupación de Arte, detalladas pautas,
De brillos nuevos y líneas armoniosas,
Deja en los labios secos un gusto artificial.

Si el alma puede al alma llegar libre de formas,
Y fundirse en un ritmo sin tiempos, ni sonidos,
¿Qué poesía, qué música, qué divina escultura
Vale más que el minuto supremo del Amor?...

Violento, impetuoso, irregular y arrítmico,
Salta el torrente, y huye y se irisa en espuma
Y se revuelve él mismo sobre las negras rocas;
Y cuánto más potente es su caudal de agua
Más hierve y más se arroja en líquidas cortinas
Hasta tocar las nubes y hundirse en los abismos

No así el tranquilo arroyo que en la llanura
Se arrastra lentamente, en lecho blando.
La superficie lisa de sus aguas, semeja
Un espejo bruñido que copia el firmamento.
Refleja, azul y verde la linfa transparente
Los paisajes inmóviles de las orillas;
Y a veces, en la extraña claridad de su seno
Deja ver los guijarros blancos y las arenas.

Pero el alma, la vida, la inquietud del agua
No bulle, no murmura, no canta, no solloza;
Y las olas y espumas, los negros torbellinos
Que rompen en grandiosa y terrible armonía
No alteran la impasible tranquilidad inerte
Del que a ser río empieza, para acabar en lago.

El verso es como el agua; tranquila y mansa
Copia el azul del cielo y el verde de la orilla;
Y es así como una acuarela perfecta
De líneas, de colores y de pasivo encanto.

Pero si el agua ruge de dolor en la lucha
Y combate, y se agita, y se revuelve, y goza,
¿Qué le importa del cielo, del verde de la orilla
Del paisaje peinado y acicalado,
De la piedra del fondo,
De la nube que pasa, se mira y coquetea,
Si tiene en ella mismo una vida más honda?
Al murmullo en cadencia de una música fácil
Reemplaza el misterioso resonar del torrente....
....

La lucha impetuosa del alma
Es música y es vida
En el verso imperfecto, tosco, violento y grave
Que es océano, torrente, vorágine y abismo...
Para cantar en dulces melodías de arroyo
Debe tener un lecho blando como de arena.

El verso es como el agua,
Varia, diversa y una;
Y el alma que traduce, es cual su fondo:
Violenta, impetuosa o tranquila, si encuentra
Lecho blando de arena, o rocas a su paso......

LUISA LUISI.

LOS COLOQUIOS DE POLIÓN [1]

PLÁTICA INICIAL

En el siglo maravilloso de Augusto, César en quien culminaron los más grandes atributos de la humana dignidad y poderío, floreció y se eternizó el genio literario de Cayo Asinio Polión. Fué como el emperador dueño del mundo, señor de las más pura idealidad, suscitador de las más inefables soñaciones. Concretó en páginas impecables ideas augustas, tan serenas, tan armoniosamente concebidas, que hoy todavía, distante veinte siglos desde que fueron enunciadas, inspiran las más intensas y consoladoras emociones. Yo pretendo evocar en éstas páginas, plenas de doliente y pensadora humildad, el espíritu y la obra de aquel gran ciudadano de la Roma imperial y profana, escritor de ilustre prosapia, maestro en coloquios gentiles, heredero directo de la filosofía platoniana, que compuso una historia perínclita, clásica y austera lección de espiritualidad y moduló sonoras canciones, al modo del dulce Horacio.

Por la trascendencia moral de sus máximas, por la pureza y diafanidad de sus ideaciones, por la transparente musicalidad de su estilo, fué Cayo Asinio Polión, un cerebro arquetipo, poseedor de caudales espirituales inagotables, en cuya obra latía el alma compleja de la época y

---

(1) Libro próximo.

se insinuaba la bella ideología que infundió a las graves y mesuradas sentencias, el efluvio espiritual del arte.

Setenta y siete años antes de la epifanía cristiana, vivió este lineal espíritu, en la docta y legalista Roma. Un hálito de paganía y de vida, encendida el amor en el alma de los varones ilustres. Césares y ciudadanos, pregonaban en las clásicas ágoras, remedando el modo ateniense, su culto apasionado por la vida armoniosa y riente, por la vida feliz y placentera, que se encuentra en el equilibrio y la integridad de los placeres del cuerpo y en la serenidad y plenitud del dilecto pensar. Varones provectos y adolescentes ilusos, acudían solícitos a oír las pláticas dulcificadoras, las disertaciones amables que los discurridores romanos brindaban a un pueblo gustador de los más altos y más nobles goces. Cayo Asinio Polión frecuentaba también a este linaje de predicaciones, en la ciudad memorable de los cesáres artistas y sanguinarios, y en la que, por aquel entonces,renacía el genio alado y peregrino de los peripatéticos.

Yo lo evoco a mi modo, altivo y sabio, hombre de hondos y fervorosos ideales para quien la vida fué una constante acción por superarse. El habló a los hombres al modo socrático de temas preferidos, dióles fórmulas de eternidad y su palabra sonora, de rotunda elocuencia resonó en los ámbitos de la ciudad prócer, en la edad apolínea, cuando triunfaban las formas eurítmicas y se glorificaba a los efebos, encarnación de la belleza ambigua y turbadora.

Tal es, el inspirador de estas páginas, escritas en horas de meditación y de fiebre, algunas frente a las estrellas, en noches de amorosa inquietud, otras junto al diario y subalterno trajin, muchas bajo la advocación del amor, del amor inmanente de la belleza, que flota en torno nuestro y nos baña con su aureola de misterio y de irrealidad.

Las vidas predilectas que se ausentan, legan a las que les suceden muy generosos estímulos. A esas vidas, que

son fuente de dulzura y de consolación, van ávidas las almas contemporáneas a abrevar sus más sutiles sensaciones. Sensación es la vida en sí, pero es necesario que esas sensaciones, se enriquezcan, se afinen, se tornen más agudas y se traduzcan finalmente, en estados superiores de conciencia, en elevados afanes espirituales. El alma contemporánea no logra colmar plenamente sus anhelos de vida superior, de refinamiento intelectivo y sentimental. Prosaica e igualitaria en el sentido estético, la presente civilización, que ha impuesto y perpetuado el dogma cristiano desde hace veinte siglos; ella no es propicia a las grandes creaciones del espíritu, a los sueños de armonía y de belleza, que un día encendieron la mente de los hombre-dioses helénicos. Es por eso que volvemos los ojos con amoroso anhelo, hácia aquella edad, ciclo preclaro, en la que el dios amor era coronado de mirtos sobre los mármoles inmortales y la belleza, diosa suprema, imponía su olímpica soberanía a los corazones.

Estas páginas se inspiran pues, en aquella edad y en aquella forma de sentir, de pensar y de perpetuar el culto del arte y exaltan también con sincero y devoto fervor, la vida armoniosa y fecunda, el goce saludable y dignificador, la belleza que nos torna en divinidades siendo míseras criaturas y el ensueño peremne, que nos hace supervivir.

Así surgen «Los Coloquios de Polión» a la vida literaria, a la vida de las sensaciones más exquisitas y de más noble linaje...

WIFREDO PI.

IDEARIUM

Seamos inconsecuentes

Resulta que aceptamos una porción de conceptos necios que deberíamos desconceptuar. A todos nos han reprochado un cambio, invocando el sacrosanto nombre de la consecuencia. ¿ Consecuencia con qué ?... ¿ Por qué ?.... Gabriel D'Anunzio plantea este angustioso dilema: « Rinovare o morire ». Marco Aurelio antes y nuestro Rodó después, han dicho algo por el estilo. Toda vida, no es sino una larga cadena de mutaciones, de actos distintos. Todo se transforma en torno nuestro. Cada día que transcurre aprendemos una cosa nueva, ampliamos nuestro paisaje.

—¡ Usted no piensa hoy como hace cinco años ! — os dirán en tono de reproche.

Y vosotros tendrías una gallarda postura espiritual, afirmando.

—Es verdad. ¡ Y ahí tienen ustedes una prueba indudable de que pienso !

Pasa la multitud...

Ved esa afanosa multitud que pasa. No sabe donde va. De esa gente puede decirse lo que Cervantes dijo de aquel trozo de mundo que presenta en « Persiles »: « Todos los hombres deseaban, pero a ninguno se le cumplían los deseos ». Renunciad a las vanidades y hallareis el verdadero sentido de la vida. Noso-

tros, aunque no muy temprano, hemos encontrado ese sentido al fín. Ya no corremos tras cosas inasequibles: la gratitud, la popularidad...

¿ Qué nos importa el juicio o la conducta de los demás ?. Nadie podrá vernos con el « interés » con que nos vemos nosotros. Y verse con interés, es ya una manera de resultar desinteresados. Mientras alentemos, nuestros actos serán discutidos y nuestras obras miradas con desconfianza. No faltarán amigos magnánimos que nos alaben o defiendan. Pero la masa, más atenta al « suceso del día », o al desarrollo de la riqueza, tantas veces como le digan que un mortal realizó cierto trabajo artístico o ha perpetrado una acción indecorosa, se encojerá de hombros.

Reducirse es hacerse feliz

¡ Desvelos, anhelos, exaltaciones, ambiciones !... ¡ Cuánto bien nos hacemos limitando la esfera de nuestra actividad ! (En la parte ostensible). ¿ El mundo ?... Nuestra casa. ¿ Los seres más preclaros ? Los volúmenes de nuestro cuarto de estudio. ¡ Los libros ! Ellos nos reservan su desinterés, su emoción, su inquietud, su enjundia... Los hay suaves y consoladores, como la voz acariciante de una bienamada; sobrios y sentenciosos como la parla de un severo maestro que abriera perspectivas a nuestra inteligencia; enérgicos y doctos como aquel noble espíritu que, en un largo viaje, templó nuestro carácter... Solos con nuestros libros, alejándonos de los demás, acabaremos por encontrarnos nosotros...

Elogio del egoismo noble

El egoismo en sí, no puede ser antipático. Un egoista que se respete (¡ y se respetan todos !) es ya un hombre que respeta a los semejantes. De todos los congéneres de Adan son los « menos egoistas » aquellos que mayor desazón nos producen. Por falta de egoismo

ni siquiera se aprecian ellos. Si su propia vida no les angustia: ¿ como hemos de pretender hacerles partícipes de nuestras congojas y nuestras inquietudes ?...

Las reformas del futuro—tendiendo a mejorar la suerte de la humanidad doliente—no las llevarán a buen término los grandes rebeldes, sino los grandes egoistas, Y las harán, antes que por voluptuosidad reivindicadora, por cálculo. Hacía notar Molinari que, actualmente, corre menos riesgo de morir un asesino de profesión, que un laborioso minero. ¿ Imaginais el peligro ? El día que este veracísimo concepto revolucionario se difunda, una nueva organización social — ¡ más justa ! — sobrevendrá para bien de todos.

El camino del triunfo

Cuándo veais a un hombre equilibrado que se tiene confianza así propio, reverenciadle. Estais en presencia de un futuro triunfador. Empezará por ayudarse. Intentamos significar que, con su voluntad fuerte, será el primero en ir al trabajo y el último en abandonar la obligación. Pedirá pocos favores, sin perjuicio de realizar todos los que pueda. Es inútil que la maledicencia se ensañe con él. Podrán los díceres hacerle un mal momentáneo. Acaso desorientan una hora la pública opinión. Pero su perseverancia, unida a su recta conducta, acabarán por imponerlo. Y entonces sí que no habrá quien lo derribe. Con palabras de Niesztehe: « Si te ayudas a tí mismo, todo el mundo te ayudará después »....

Antón Martín Saavedra.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

« **Pantheos** ». — Por CARLOS SABAT ERCASTY. — 1917,— O. M. Bertani.—Editor.

El lirismo filosófico de Sabat Ercasty, revela una tendencia dentro de la literatura de la hora y define una personalidad en el ambiente.

Por eso este comentario no puede ser más que un elogio. « Pantheos », está lejos de ser un tratado metafísico, en razón de su propia excelencia poética. Su filosofía es consuelo, y afirma la única inmortalidad deseable: la que vive el instante, eterno y actual, que siempre se renueva, igualmente joven, en el vivo drama de la naturaleza. Su panteísmo dulce y cordial, no llega nunca a ser tristeza, aunque suele ser melancolía... Lo irreparable es expresión sin sentido para el optimista. Lo que vive, ha vivido y seguirá viviendo. La naturaleza ratifica el mito arcaico, y Proteo,—cosa o espíritu, hombre o flor, árbol o pájaro, llama o náyade, iris o trino, monstruo o mariposa, rayo de luz o piedra opaca, vibración o inercia, silencio o acorde, bruma o estrella,—desmiente, por igual, la fábula de la inmortalidad sin cambio y el espectro del aniquilamiento definitivo, que es la más perentoria y desconsoladora negación de la vida, puesto que no es concebible el ayer sin la extensión indefinida del mañana.

Tal el sentido fundamental de la poesía reciente de Sabat Ercasty, que es la que motiva este comentario, pues dejo sin glosa—no obstante su dinamismo poético— las composiciones anteriores a « La Montaña ».

La poesía de Sabat Ercasty, plantea y resuelve por emoción, un problema que la dialéctica secular y la abstracción obstinada, tornaron insoluble, de consuno.

Lo dicho demuestra el valor de « Pantheos », como obra de pensamiento.

Pero necesito, para ser justo, decir algo más: Sabat Ercasty es un poeta completo; su estilo rítmico es la revelación de su numen; y el preciso empleo de los valores literarios, la articulación fisiológica de la frase, el decir personal, el vocabulario extenso, jamás extravagante,—aseguran el equilibrio armónico de sus poemas.

Podía decirse, con exacto criterio, que el poeta exagera el análisis y diluye, por tanto, la idea, en el torrente lírico,—pero Sabat Ercasty puede desvíar el reproche hacia los dioses (Hugo, en primer término) y si esto no bastara, echarle la culpa a la buena hermana Primavera, que es la musa de su juventud.

Y he de agregar, aún, que Sabat Ercasty es dueño de la imagen, que su retórica vírgen excluye toda contaminación canónica y que con Paolo Buzzi, ha puesto en práctica la bella fórmula novecentista: *libera anima in libero canto.* — P. DE G.

Rosas de Bohemia. — Por MANUEL BENAVENTE. —Florida 1918.

Como todo libro de juventud « Rosas de Bohemia » es mas una obra promisora que definitiva. Añade sin duda un nuevo lauro al autor del « Jardín de la Vida », aunque en verdad no puede decirse que Benavente ha superado con esta a su obra primigenia. Dos virtudes máximas, a mi juicio, tiene este cultor del gay decir: la sencillez y la sinceridad; no obstante, con respecto a esta última, podría reprochársele que no siempre el tema es dígno de la musa que lo exalta. Su amargura, a menudo, da más la sensación de una simple contrariedad que de un dolor real, por lo cual no alcanza siempre a hacer

vibrar el corazón del lector al unísono con el suyo. A su edad, por ejemplo, puede llorarse la herida irremediable de un amor o de un gran afecto trunco, pero es infantil gemir por la gloria que no se pudo alcanzar, o creerse vencido sin remedio, porque no se ha conquistado de un modo absoluto el ideal. ¡Bien estarían esas lamentaciones en un alma ya amarilla por el otoño, pero no en una que recién puede decirse, empieza a florecer! No obstante estas observaciones, que señalan extravíos y no defectos, Benavente ocupa siempre un puesto de vanguardia entre la juventud lírica de la República. Su temperamento, su alma, su llama de iluminado, se trasparentan en casi todas las páginas de su libro. Una vez que la vida le enseñe un poco más el valor justo de las cosas y que el tiempo lo madure, Benavente ha de dar frutos, lo creemos con toda sinceridad, mucho mejores que los que nos brinda en sus «Rosas de Bohemia». —J. M. D.

El dulce Daño. — POESÍAS DE ALFONSINA STORNI. — Editorial Buenos Aires, 1918.

Alforsina Storni, la poetisa argentina, canta como una iluminada; mística del amor, se dijera que estruja su corazón en las espinas trágicas del rosal de la poesía. Tienen sus versos una aterciopelada gracia de flor, pero se presiente en su esencia el palpitar intenso de una humana entraña sensitiva. No sé por que asociación de ideas—creyente de mi fuerte panteísmo—evoco al leerla el temblor dinámico que pugna en la vida de la «romántica Vallisueria» que nos pinta Maeterlinck, el poeta de todos los misterios. — M. B.

La maestra normal. — Por MANUEL GÁLVEZ. — 2.ª edición corregida.. — Buenos Aires, 1918.

Hemos vuelto a leer, con la admiración de hace unos años, la notable novela que ahora se edita nuevamente. Gálvez da la sensación del profesional de las letras, del

hombre que no tiene otros afanes sino los muy nobles de contribuir al mayor prestigio del movimiento literario de una época y un país. Su esfuerzo se nos antoja intensísimo. Su poder de evolución admirable. En 1907 se nos presenta poeta subjetivo con « El enigma interior ». En « Sendero de humildad » (1909) el panorama espiritual se ha dilatado mucho. Un año más tarde tienta la novela con « El diario de Gabriel Quiroga ». Viaja para producir en 1912 « El Solar de la Raza », obra vigorosa, recia de estilo, magnífica de intenciones, plena de levantados ideales, que consagra a su autor en España y toda América. « La maestra normal », que ve la luz en 1913, sugiere la idea de que estamos ante un temperamento de novelador incomparable, dentro de las actuales letras ríoplatenses. « El mal metafísico », no supera el mérito de la obra precedente, mas el novelista afirma su arrogancia. Y « La sombra del convento », editada el año pasado, prueba que Gálvez ganó en estilo y objetivismo, sin que el interés y la emoción de « La maestra normal » queden superados. He aquí resumido nuestro juicio sobre la brillante personalidad argentina. Este Gálvez que tanto « ha dado » y tanto « promete », sigue siendo el autor de « La maestra normal », libro cuya lectura recomendamos. —V. A. S.

« Literatura contemporánea ». — Por ALVARO MELIÁN LAFINUR. — Cooperativa Editorial Buenos Aires, 1918.

Alvaro Melián Lafinur, que ha conquistado una bien merecida autoridad de crítico literario en el ambiente ríoplatense, ha publicado recientemente un notable volúmen de prosa, destinado a comentar la labor intelectual más meritoria que se haya gestado en estos últimos años. Este nuevo libro, impone definitivamente sus condiciones de crítico sereno y ecuánime, así como su aptitud para agudizar en el exámen de las obras extrañas y aquilatar con amplitud de criterio y elevación de concepto,

los méritos o defectos que pudiera advertir en las producciones que juzga. Con razón dice Manuel Gálvez en el prólogo de « Literatura Contemporánea », que Melian Lafinur es el crítico que hacía falta en nuestro medio literario. Y es exacto el novelista de « El mal metafísico ». Hasta ahora, la labor de exégesis, la verificaban unos cuantos espíritus superficiales y exclusivistas, cuyo sentido estético y penetración analítica, no pasaba jamás de la epidermis, de lo objetivo y elemental. Suponían que cultivar la crítica literaria, en el alto sentido que ella reclama, se reducía a glosar la producción ajena, repitiendo, con comentarios desaliñados más o menos oportunos, las propias ideas y conceptos del autor cuyo exámen se imponían. Melián Lafinur, ostenta condiciones de verdadero crítico, por su comprensión honda y amplia, por su tolerancia para practicar el examen, por sus maduros conocimientos, de tendencias, escuelas y modalidades literarias y por su modo de diferenciar e individualizar a los autores. Carece de ese sectarismo y unilateralidad tan frecuentes en algunos que se titulan críticos, ignorando que esta delicada labor perdería todo su efectivo valimiento sí se redujera solo a un análisis frío y sistemático y no a lo que debe ser en su definición específica: modo de valorar la producción de los otros, señalando todas las características que esa producción ostente, ya las que la enaltecen, ya las que la desvirtuan, por equivocación, error o desconocimiento de sus autores. El escritor de « Literatura Contemporánea » sustenta estos conceptos y los practica admirablemente en su último libro. Juzga a Gálvez, en sus novelas, con serenidad de juicio, traza la semblanza de Darío, con acierto y vigor, comenta agudamenta a Niestche, cuyos valores éticos parece sustentar en el arte, encomia la figura apolínea de nuestro gran Rodó y en todos estos juicios, evidencia Melián Lafinur, sus notables cualidades de exégeta y la admirable disciplina mental, que lo hace aparecer exacto, sobrio y definitivo en la interpretación de los valores estéticos y morales de cada figura artística que comenta. — W. P.

Por el Amor y por Ella.—Versos de FERNANDEZ MORENO. Buenos Aires, 1918.

Ya nos ha hablado Vaz Ferreira de las obras producidas en estado de alta tensión, que traen por resultado lo sólido, hondo y emocional, y de la obra ligera, que apenas roza el alma, como un golpe de ala de golondrina rauda sobre el dormido espejo del agua. — De los libros que no «duelen», que no hacen vivir reales sensaciones, es éste del sutil poeta de «Ciudad», es éste donde campea la frase fina, el ritmo exquisito, y triunfan felices y originales algunas imágenes, pero donde no se eleva el tono de la leve galantería ... — M. B.

El poeta del hombre. — *Almafuerte, su vida y su obra.* — Por AVELINO HERRERO, Editor Martin García. Buenos Aires, 1918.

Nos place, antes que nada, la franqueza que se advierte en este libro. Creemos que hay apreciaciones excesivamente fogosas. Herrero no es el crítico frío que marca valores y señala deficiencias. Es el discípulo apasionado, el comentarista resuelto, para quien es fundamental la exaltación del poeta, cuya vida de lucha y cuyo versos de acero pueden tener una influencia educadora donde quiera que sean leídos. Hay mucha originalidad en la forma de hacer el estudio de Palacios, a quien se ve ha conocido Herrero íntimamente. Esto le sirve para identificarse con el espíritu de su vasta obra apostólica. «El poeta del hombre» es libro de sectario. Libro espontáneo y personal que interesa a todos. No discutiremos sus conclusiones. Pero pondrémosle bien cerca de nuestra mesa, a fin de consultarlo cuántas veces hayamos de mencionar al maestro Almafuerte. El prólogo de Francisco A. Barroetaveña se nos antoja un tanto arbitrario, desde que transcribe partes de la obra escrita por Herrero. Un

juicio « compendioso » habríanos convencido más. Aunque quizas al prologuista esto hubiérale dado mayor trabajo. —V. A. S.

Poemas Exóticos y Modernos, — Por BARTOLOMÉ GALINDEZ. — Buenos Aires, 1918.

Metros raros, bellos motivos exóticos, donde desfilan pompas remotas de legendarias civilizaciones; música demasiado hecha .. Este libro de Bartolomé Galíndez— joven poeta, que tiene en su haber el bello gesto de la creación de una biblioteca de autores jóvenes, — este volúmen sólo demuestra una habilidad técnica recomendable. Es un primer paso y es de esperar que el dolor agudice la sensibilidad del poeta y abra su alma a más grandes y profundos panoramas. — M. B.

En esta Sección nos ocuparemos de todos los libros de los cuales nos sean remitidos dos ejemplares.

NOTAS

ARRIGO BOITO

En instantes en que su patria, la gloriosa Italia se debate en medio a una inmensa tragedia, muere Arrigo Boito, poeta eminente, creador de melodías inefables, gran compositor, dueño de los secretos del pentágrama — Arrigo Boito, había alcanzado ya en vida la soñada perduración estética. —Sus obras lo habían impuesto definitivamente entre los más afamados compositores — « Mefistófeles » primero y « Nerón » más tarde dieron a su nombre un rendimiento de grandeza y de celebridad. Claro, emotivo, pleno de armonías, devoto del arte inmortal, fué Arrigo Boito, un alto esteta de las polifonías, cuya vida tuvo una constante actividad trascendente. — Fué un artista: como tal luchó, amó, sufrió, fué glorioso por su vida dedicada, a las manifestaciones más altas y por su obra concreta que dona el mundo de las sensaciones la más noble virtualidad de su genio.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Salterain Alfonso de, Juan C. Gómez 1266.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., Misiones 1466.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Bastos Julio, Agraciada 854.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico, 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Messera José P., 25 de Mayo 427.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Mazzera Rodolfo, Zabala 1441.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Oneto y Viana Carlos, Buenos Aires 435.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Abel J., Colonia 1120.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Pintos Abel C., Canelones 1588.
Pineyro Teófilo, Bartolome Mitre 1537.
Polleri Félix, Colonia 1060.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Ramirez, Juan Andrés, Rincón 413.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Caviglia Juan E., 18 de Julio 914.
Crispo Acosta Osvaldo, Andes 1419.
Cuñarro Benito, Rondeau 1461.
Espalter José, San José 1406.
Gaye Arturo, Maldonado 1976.
Giribaldi Heguy Juan, Ituzaingó 1322.
Guani Julio, Paraguay 1182.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Lapeyre Miguel, Mercedes 929.
Lenzi Carlos E., Cerrito 453.
Luisi Clotilde, 18 de Julio 1648.
Llambías de Olivar Juan, Maldonado 1637.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Manini Ríos Pedro, Colonia 1060.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Sayagués Laso Rodolfo, Juncal 1475.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Ortiz Garzón Héctor, Río Branco 1266.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Luisi Paulina, Paraguay 1286.
Urioste José P., Rondeau 1522.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Escuder Núñez P., Yí 1531.
Romeu José, 18 de Julio 2175.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.

AÑO I AGOSTO 1918 Núm 2

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:

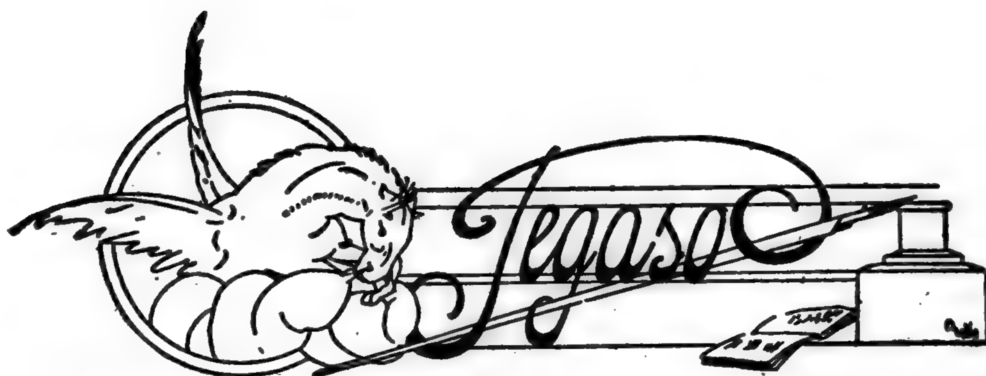
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO

PEÑA Hnos. — Imp.



Año I	Montevideo, Agosto de 1918	Núm. 2

REDACCION:
Antón Martín Saavedra — Wifredo Pí
Montiel Ballesteros



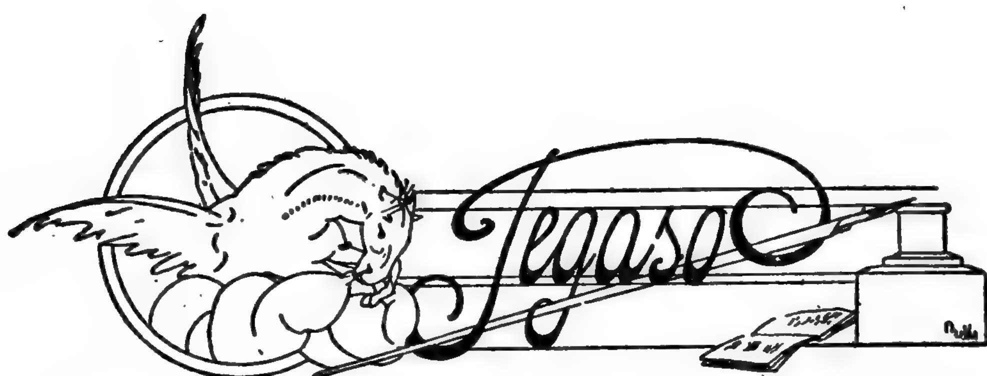
ADMINISTRACION:
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0.50

Diríjase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

CARLOS REYLES Y SU NUEVA OBRA

En su apartada mansión de Loberia o en la suntuosa morada de Buenos Aires, Carlos Reyles divide el tiempo —para él inagotable—entre las grandes especulaciones rurales y el noble cultivo del arte. En su vida intensa y fecunda como pocas, se adunan maravillosamente los trabajos del campo sanos y útiles a la sociedad, con las puras y desinteresadas manifestaciones del espíritu. Una nueva obra de hondo pensamiento y gran belleza, agrégase a la labor de alto valer ideológico y artístico del autor uruguayo. « Diálogos Olímpicos » se llama el nuevo libro que debe aparecer a fines de Agosto lujosamente impreso y artísticamente ilustrado. Los « Diálogos Olímpicos » por su fondo, por la teoría que sustentan, por el hondo pensamiento que encierran, están llamados a constituir un verdadero acontecimiento literario en nuestro am-

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE



Año I | Montevideo, Agosto de 1918 | Núm. 2

REDACCION:
Antón Martín Saavedra — Wifredo Pí
Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION:
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0.50

Diríjase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

CARLOS REYLES Y SU NUEVA OBRA

En su apartada mansión de Loberia o en la suntuosa morada de Buenos Aires, Carlos Reyles divide el tiempo —para él inagotable—entre las grandes especulaciones rurales y el noble cultivo del arte. En su vida intensa y fecunda como pocas, se adunan maravillosamente los trabajos del campo sanos y útiles a la sociedad, con las puras y desinteresadas manifestaciones del espíritu. Una nueva obra de hondo pensamiento y gran belleza, agrégase a la labor de alto valer ideológico y artístico del autor uruguayo. « Diálogos Olímpicos » se llama el nuevo libro que debe aparecer a fines de Agosto lujosamente impreso y artísticamente ilustrado. Los « Diálogos Olímpicos » por su fondo, por la teoría que sustentan, por el hondo pensamiento que encierran, están llamados a constituir un verdadero acontecimiento literario en nuestro am-

biente que se eleva cada vez más a la altura de las muy cultas naciones europeas. Podemos asegurarlo con orgullo: nombres como los de Rodó, Reyles, Vaz Ferreira, Frugoni, Zorrilla de San Martín, Roxlo, y tantos otros de nuestra joven literatura, nos colocan a una gran altura intelectual.

Carlos Reyles no olvida su *tierruca*, apesar de encontrase alejado de ella. Desde su retiro de trabajo y de arte, sigue, con interés, el movimiento intelectual y artístico de su patria; se interesa por los nuevos autores, y ansía más que ninguno su porvenir brillante y luminoso. En los « Diálogos Olímpicos » desarrolla y amplia Reyles la teoría filosófica sustentada en « La muerte del cisne », libro que, acaso por no haber sido realizado según el plan completo que se había propuesto el autor, (debía constar de varios tomos) dejó lugar a ciertas dudas y malas interpretaciones. En su nuevo libro se propone el autor explicar con mayor claridad y fuerza, en forma de diálogos entre los dioses—uno de los cuales, el que se desarrolla entre « Apolo y Dionisos » constituye el primer tomo—su especial concepto del *Idealismo*, dándole como fundamento para que pueda perdurar y traducirse en obras, un sano y fecundo egoísmo. Acaso en « La muerte del cisne », al condenar enérgicamente Reyles el Idealismo vacuo y sin arraigo en la realidad viva, dejó lugar a ciertas dudas sobre la verdadera finalidad de sus teorías filosóficas, a causa de no haber desarrollado de una manera bastante clara y concreta su propia teoría del Idealismo; una teoría que no es el torpe materialismo del cual se le acusó de ser sostenedor; mas bien de un Idealismo más noble, más sano, más robusto sobre todo por las hondas raíces que hunde en los egoísmos necesarios a toda conservación de la vida.

Por otra parte la teoría no es nueva, ni Reyles la dá como tal. Ya Spencer había demostrado hace años que las virtudes más nobles del alma humana no son sino la trans-

formación de ciertas fuerzas primarias, tanto más groseras cuanto inferiores son las sociedades y los individuos. El altruismo no ha de ser, según el filósofo inglés, en la sociedad del porvenir, sino una forma perfeccionada del egoismo primitivo. Y Guyau sostenía también que las más nobles y desinteresadas especulaciones del espíritu, los sentimientos más puros y más bellos del alma sólo son *exceso de vida*, exceso de energía.. Cuándo el alma humana, como el cuerpo humano, tienen escasa vitalidad, las energías se conservan en provecho propio, *egoistamente*: el egoismo es, entonces, una virtud, por cuanto de ella depende la conservación misma de la vida; y solo llega a ser condenable cuando no es indispensable a ese fin. Los sentimientos generosos son por lo tanto, el exceso de energías no *necesarias* a la conservación de la entidad. Así pues, el autor más idealista acaso, el dulce y noble poeta de « Vers d'un philosophe » sustenta la misma teoría que defiende nuestro compatriota, a saber: que el idealismo solo puede ser fecundo, sano, *eficaz*, en una palabra cuando sea el resultado de los necesarios egoismos indispensables a la conservación de la vida misma.

Las páginas que ofrecemos hoy a nuestros lectores, que han de agradecernos ciertamente la primicia inestimable que ellas representan, son las primeras de los « Diálógos Olímpicos ».

En ellas encontramos la profundidad del concepto, la belleza de las imágenes, la riqueza y nervio del estilo que hacen de Reyles uno de los más grandes escritores hispanoamericanos.

DIÁLOGOS OLÍMPICOS

APOLO Y DIONICOS

Interrogado por Zeus sobre los desórdenes de la tierra, irguióse el crinado Apolo en medio de la asamblea olímpica; sonaron las liras pulsadas por sus nueve campañeras y la voz del dios llenó las concavidades del Empíreo como un celeste canto.

—Yo salí del vientre moreno de Lotona—dijo—para iluminar al mundo y reducir a sabias euritmias las discordias de los mortales. Las diosas con sus divinas manos me lavaron en aguas purísimas y pusieron por mantillas sutiles gasas que un cinturón de oro a mi cuerpo sujetaba. La severa Temis, la que vela por la ley y la regla del universo, no quiso verme nutrir a los pechos de mi madre y llena de amorosa solicitud me dió a beber el nectar y la ambrosía de los dioses. Así que los alimentos olímpicos dilataron por mis venas sus vitales influjos, la sangre en alegres borbollones subióseme al cerebro; sentíme henchido de irrefrenables energías y haciendo estallar los finos pañales y el refulgente cinturón, me esparcí gozoso por el mundo, entreteniéndome en disparar mis flechas luminosas contra los monstruos de las tinieblas. Maté a Pitón; recobré las terneras celestes que me había robado el sutil Hermes; ayudé a Zeus a combatir los titanes, hijos de Urano y Gaea; establecí mil cultos y oráculos y en mi constante afán de claridad y armonía, desde las primeras luces del alba hacía sonar por todos los ámbitos del mundo la lira melodiosa, y al doblar la tarde, vestido de púrpuras y oros, me guarecía en la caverna de Satmos donde, toda temblorosa, venía a compartir mi lecho de hierbas

aromadas la pálida y melancólica Selene, la de las suaves caricias....

El hombre, apenas salido de la animalidad, ignaro, miserable, transido de frío y enfermo de pavura, sin otras armas para defenderse de las cóleras divinas y las garras de las fieras que una vacilante lucecita en el cráneo, vagaba por broncos riscos y selvas temerosas como un fantasma del miedo. Vivía temblando. Pero aquella lucecita prodigiosa, aunque débil, le permitió fabricar cuchillos y hachas de piedra que vencieron en el rudo combate la saña de los colmillos más terribles. Por ese arte el ingenio hizo su aparición sensacional en el escenario del mundo. El hombre mostróse prevenido y artero. Obtenía con mañas y artificios, a una candorosos y sutiles, lo que nunca pudiera lograr de poder a poder y en franca lucha. Así, por ejemplo, para medirse con el enorme mammut, en cuyo pellejo rugoso y cubierto de fuertes crines rebotaban las flechas; con grande sigilo y riesgo de la vida acercábase a él; esperaba pacientemente, en medio del inminente peligro, que la tremenda bestia le volviese las grupas y mostrase el pequeño orificio velado por la cola, único y recatado sitio por donde resultaba vulnerable; y entonces, con ojo certero y pulso firme le disparaba la traidora saeta que se metía por el intestino y causaba allí mortal estrago. Huía el mammut dando saltos y tirando coces como picado por furioso aguijón, y la horda humana, entre gritos de júbilo salvaje, lo seguía en su desesperada fuga durante días y aún semanas, atravesando valles soledosos, dilatadas llanuras, enredados matorrales, cobija de toda suerte de alimañas venenosas, hasta que el dardo revolviéndose en la herida y enconándola concluía por abatir la perseguida bestia. La despedazaban y empezaba el festín de carne cruda bajo la serena bóveda del cielo.

Estas cacerías y otras semejantes obligaban a los efímeros a recorrer grandes extensiones y vivir siempre

errantes, sin otros habitáculos que las sórdidas cavernas y los antros donde la obscuridad y el frío los recluía. Y en la obscuridad poblada de espíritus y propicia a las alucinaciones, se afinó la imaginación del troglodita; en la negrura medrosa apuntó el alba del arte como sale la rosada Eos de la negra noche. A fin de matar las interminables horas de reclusión forzosa, el mísero mortal inventaba estupendas aventuras o se entretenía, mientras vagaba la imaginación por países quiméricos, ya fabricando toscas armas, ya ornamentando, con mano torpe y pueril fantasía, sus utensilios de hueso, ya esculpiendo en el cuerno del rengífero las cándidas visiones que el espectáculo del mundo le sugería. Y al experimentar, aunque vagamente, los primeros e inefables goces del artista, la pobre criatura humana sintió también el afán de perfección, el ansia de lo infinito y empezó a participar, en cierta manera, de la existencia divina, que no es placidez como se ha creído, sino inquietud; no éxtasis sino acto. Del apasionado connubio de aquel afán y de esta ansia, nació una bellísima princesa con alas de mariposa.

El salvaje se hizo hombre. Yo lo saqué de sus hoscos retiros y lo incité a asociarse en grupos, luego en tribus, después en pueblos. Yo establecí en la familias la omnímoda autoridad del padre y el culto del fuego sagrado; en el grupo, el primer contrato social: la obediencia al jefe y la repartición equitativa por éste del botín de la caza y la guerra; en las tribus los primeros barruntos de las legislaciones, que ilustraron luego los Licurgos y los Solones; en los pueblos los primeros rudimientos de la ciencia política llevada a tan alto punto de perfección por los hijos de la Loba. Yo, por decirlo todo, *pues eso lo explica todo*, formé la inteligencia en los moldes de las necesidades, le enseñé a pensar, es decir, *a utilizar las cosas en su provecho* y le dí las severas disciplinas de la regla y la ley apolónicas, para que domara los bajos instintos del limón terreno, distinguiera lo animal de lo

humano y perfeccionándose llegara a convertirse en un dios de carne y hueso, aspiración secreta e hito supremo de los mortales que saben interpretar las palabras de mis pitonisas. Otros de oídos menos sutiles permanecen hasta cierto punto sordos a ellas y así se origina y mantiene el conflicto del mundo, que es, en resumidas cuentas, el antagonismo de los que oyen y los que no quieren oír, de los que afirman y los que niegan, del espíritu del bien y el espíritu del mal. Llamo bien lo que favorece la ascención del hombre, mal lo que le pone trabas y diques.

—En un dios de carne y hueso — vana quimera! en un fantoche relleno de metafísica estopa querrás decir ¡ oh Apolo !—interrumpió Dionisos que había escuchado el discurso de su hermano sin cesar de sonreir maliciosamente, lo cual le prestaba una expresión entre irónica y cariciosa, pero de un encanto indecible a aquella boca que los antiguos para simbolizar su dulzura adornaron con cuatro alas de abeja a guisa de barba.—Antes de rematar la obra que tú juzgas divina y que yo, con tu perdón, considero nefasta, los hombres tenían entrañas, hoy, gracias a tí, sólo tienen en la cabeza viento, en el pecho estopa. Por lo demás te vanaglorias de muchas cosas que, a mi entender, son verdaderos crímenes, y de otras, las menos, que son buenas, pero que no llevaste a cabo tú, aunque a ti te lo parezca. Es muy curioso, en verdad, el desparpajo con que te atribuyes los hechos de los otros. Harías bien en recordar que en el mismísimo Delfos, donde tuviste el más grande culto, tuve tantos adoradores como tú y que tus pitonisas, para inspirarse, tuvieron siempre que someterse a la acción de mis vapores. Generalmente, cuando tu inteligencia pierde el derrotero, yo la traigo al buen camino; generalmente yo doy el son y tú lo pones en música.

Dejó de sonreir el dios coronado de frescos pámpanos, cobró repentinamente su rostro grave majestad y contemplando un instante las divinas perfecciones de la es-

plendorosa Afrodita y el encanto infinito de Aglaé, Talia y Eufrosina, que para oírlo mejor se habían agrupado graciosamente cerca de él, y con acento convencido, prosiguió:

—Los mortales son hijos de la tierra y participan de su naturaleza. Allí, como aquí, no reina, Apolo, tu voluntad ni la mia, sino la voluntad del universo o, por otro nombre, la voluntad de Zeus, nuestro padre y señor. Esta voluntad misteriosa para el efímero, la llaman Dios los sacerdotes, causa primera los filósofos, fuerza o energía los sabios de allá abajo que, a vueltas de tantos metafísiqueos, empiezan a barruntar la índole guerrera de los fenómenos, así físicos como morales. Creen y no van descaminados, que todos estos no son sino transformaciones más o menos complicadas, de aquella energía o voluntad paternal, alma y substancia del universo. La docta ciencia lo declara ahora solemnemente después de haberlo dicho hace siglos las religiones, aunque de una manera confusa y capciosa, por medio de alegorías y símbolos de abstrusa interpretación. Si donde las religiones dicen Dios, dijeran voluntad del universo, fuerza o energía, desaparecería, como por ensalmo, la obscuridad de los símbolos, los dogmas y los mitos. Todo es obra de la grande razón de Zeus. Cuerpos, criaturas y espíritus han salido del mismo vientre y obedecen a la misma ley. La chispa eléctrica que brota de la frente del hombre, y la que parte de albo seno de la nube, son hermanas. Aquí, entre nosotros, podemos decirlo sin ambajes: El tuétano de todas las cosas es de esencia divina, especialmente el de eso que tus espiritualistas trasnochados llaman con desdén la materia, porque lo divino, ¡ oh, Apolo !, es la energía del orbe y la materia el gran depósito de ella. Mi culto entrañaba la glorificación de las formas más visibles y amables de esa energía: la fecundidad de Gaea; la fuerza generatriz de Príapo; las cópulas fabulosas de los dioses con Cibeles, Afrodita, Latona, Semele; el erotismo de la creación; el triunfo gozoso del amor y la vida que encar-

nan ciertos instintos y pasiones. Tú pretendes haber domeñado, por medio de la regla y la ley, los deseos, los apetitos, las energías intrínsecas, en una palabra, del alma humana; e ignoras, malgrado tu grande sabiduría, que toda esa fuerza vital condenada por tí constituye la voluntad de la tierra, la enjundia olímpica de los mortales. Observa que la humana criatura no es inteligencia, sino voluntad; no razón, sino instinto. Tus mismos discípulos lo reconocen. La inteligencia, la razón ¡ bah ! cosas epidérmicas, cosas efímeras cuando no son los heraldos del egoísmo o, si quieres, de la tendencia a dilatar su poder o enseñorarse del espacio que es el ánima misteriosa de todo lo creado. Ni las vírgenes, ni las flores carecen de esa belicosidad nativa. Cuando una púdica damisela te ofrece trémula las grosellas de sus labios, quiere hacerte suyo; cuando una cándida azucena te brinda sus aromas, quiere conquistarte. El egoísmo es la *cosa sagrada* por excelencia. Tu lo calumniaste. Tus discípulos, filósofos, moralistas y dómines pedantes, trataron a porfía de envilecerlo y condenarlo a pesar de que fuera él, y solo él, quien los hiciera vivir. Luego los airados sacerdotes del Galileo le pusieron los cuernos del demonio mismo e hicieron del inocente el espíritu del mal y le dieron tormento en mil potros y lo quemaron en mil hogueras. Sin embargo el *doctor Sutilis* siguió trabajando la pasta de las almas y aliándolas entre sí. ¡ He ahí el grande portento ! Lo que une a las criaturas no es el amor, que sale del corazón, ni el interés, que se desprende del razonamiento, sino el afán de dominar, que brota del cuerpo entero. Creeme ¡ oh, divino Apolo !: si alguna vez los hombres aciertan a ponerse de acuerdo y establecer entre las repúblicas un equilibrio semejante al que existe entre los astros, no será por el amor, sino porque, como los astros quieren atraerse para devorarse.

—Solo que de esa mutua y pérfida atracción—replicó el Dios luminoso—resulta el equilibrio sideral. Tirando to-

dos los astros para sí, se mantienen a distancia. El egoísmo, en la humanidad, es la mútua y pérfida atracción que, a fuerza de tanto tira y afloja, se resuelve en paz, fraternidad y amor. Primero reinó la discordia, después Eros. De la lucha de los sexos, por veces mortífera, nace la vida; de la guerra de los obscuros instintos, tan cruel, las luces de la conciencia; de la pugna feroz de las conciencias, la inteligencia de las almas.

—Eso te prueba—interrumpió Dionisos—cuán sabia y clemente es la voluntad de Zeus, aunque a primera vista parezca por veces cruel y obtusa. Sí, a la larga puede que haya paz . . la paz que impone el combate, la única que han conocido y conocerán el universo y el mundo. Pero el hombre, aún en medio de la paz, seguirá luchando siempre contra los otros o contra sí mismo; no olvides que su alma es pura tendencia a *ocupar más espacio* y que los instintos, sentimientos e ideas que la forman, viven en perpetua lucha. Suprimir esa lucha es suprimir el alma. Tus propósitos de concordia y civilidad a todo evento, es algo artificioso, pueril y por añadidura, mal sano para el vigor de la planta humana. Esta dará flores y frutos si hunde las raíces en la tierra y se alimenta de sus truculentos jugos, en caso contrario, no. Te lo digo con pena, porque te veo en camino de cometer irreparables errores: el día que terminen todas las guerras terminarán todas las paces y será el reino de la muerte. Querras tú eso Apolo? Qué horror! . . . Yo amo la vida desbordante de fuerza y hermosura; la vida simple y profunda en el seno de la vivificante naturaleza; libre de reglas caprichosas, libre de metafísicos embelecos, limpia de *moralina* y sin mas leyes que las inspiradas por la vida misma para acrisolar su propio imperio. ¡La existencia fecunda y radiosa como en la aurora del mundo! Recuerda Apolo: donde yo ponía las plantas el suelo se cubría de flores y frutos; de las rocas que yo tocaba con mi

tirso mágico brotaban manantiales de vino, de leche y de miel.

Y cogiendo la flauta de siete tubos, la acercó a sus labios y arrancó los sones cariciosos que dilatan el corazón y se suben a la cabeza cual los vapores de un vino añejo. Y como a la voz de un conjuro, la oscura tierra apareció ante los ojos de los olímpicos toda palpitante y enfervorizada por los cultos del riente dios. De los floridos bosques, sonorosos como arpas, salían, ya en ordenadas procesiones por núbiles canéforas presididas, ya en gozosos tropeles, los cortejos de Dionisos y Pan: las bacantes coronadas de hiedras y rosas; los sátiros de orejas puntiagudas y patas de cabra, las ninfas perseguidas por los traviesos faunos, los centáuros piafadores, los silenos ventrudos: frenética muchedumbre que hacía sonar con báquico furor, platillos y sistros, zampoñas y tamboriles, pífanos y címbalos. Las riberas de los ríos se poblaron de nereidas y ondinas diseminadas en graciosos grupos; las montañas aparecieron florecidas de rústicos santuarios donde se sacrificaban chivos y toros y ofrendaban canastos de frutas, tiernos quesos y vasijas de leche fresca; cubrían las praderas infinitas chozas, lozanas viñas, copiosos rebaños. Los labriegos, cantando himnos al dios taumaturgo y a la próvida Demeter, pisaban la uva en los lagares; los pastores cubiertos solo con una pelleja de cabra negra, conducían los ganados al blando son de la siringa agreste. Todo era gozo, armonía, belleza, esplendor; todo parecía vivir en íntima comunión con la naturaleza, y que esta le transfundiese, a todos los seres, su voluntad de vivir y gozar, su sensualidad radiosa, su ardiente sangre negra.

CARLOS REYLES.

YO MARCHO HACIA UNA TIERRA MUSICAL Y LEJANA...

Yo marcho hacia una tierra musical y lejana
Muy distinta de esta sobre la cual camino,
Tierra de sol, de árbol y de fontana,
De mujer y de vino.
Tierra estelar donde todo se olvida
Menos la dicha. Tierra feliz, divina tierra
Donde es desconocida
La miseria, la tisis y la guerra.
Y voy, buen caminante, a la luz de la estrella
Que vió mi nacimiento, con tirso y caramillo,
Bajo el cielo celeste y bajo el claro brillo
Del sol; y así la tierra me parece más bella.
Sueño y sufro a las veces porque la niebla viene
Y me quita mi sol y mi estrella y mi cielo;
Sino fuera por mi flauta que me entretiene,
Me moriría de fastidio y de duelo.
Hacia el país que voy han partido millares
De almas — cuarenta siglos dura el peregrinaje—
Algunas han tornado renegando a sus lares,
Otras habrán llegado y otras irán en viaje.
Y yo marcho, marcho, marcho por el sendero,
La angustia de llegar me hace vivir. Paréce—
Me por momentos que la distancia crece,
Que nunca llegaré, que moriré primero.
Pero al punto se esfuma mi escepticismo, al punto
Se esfuma como niebla sobre la cual la aurora
Posara su sandalia, y voy, mi ilusión junto,

Sonriendo de amor a la Esposa que llora,
Perla en iris y flor en risa ..
Suena
César tu caramillo, pena y amor—
Y apaga con su ritmo la voz de la sirena
Que te brinda placer y te dará dolor.
Nada más que a tu música el pífano concreta
Se indiferente como aquel anacoreta
Que vivió dos mil años de ilusión
Y si algún día la Furia te asaeta
Ofrécele a la bestia tu propio corazón.
Y yo escucho la voz y sigo su consejo.
(Y mi camino.) Llegaré ? Llegaré ?—
¿ Anda despacio, viejo
Cronos, no mates mi vida y mi ilusión...
Hace cuarenta siglos que dura el cortejo
La flor de la aventura me ensancha el corazón.

PABLO DE GRECIA.

RODÓ [1]

« Todo acaba en tumba sobre la tierra, menos la palabra hermosa. — Grecia ha muerto. Homero vive ». Así termina el genial historiador de Sarmiento aquel capítulo diamantino de su libro, donde se propone demostrar y lo demuestra como nadie, « como la hoja de papel animada por la palabra, puede transformarse en hoja de acero, laborioso y vengador, para ejecutar tiranos, hacer civilización, fundar naciones. »

Existencias famosas han pasado entre el tumulto de las apoteosis; vencedores, estadistas y héroes se han despeñado en el olvido insondable, y así nos cabe contemplar con orgullosa admiración pero también con íntima congoja ciudadana, el esfuerzo de las generaciones nuevas cuando se esfuma, junto con la invocación de los viejos adalides de la causa nativa y el ritmo monótono de las efémerides, en el crepúsculo inmisericorde e injusto de la indiferencia o la ingratitud de las muchedumbres.

Y todo pasa menos la Belleza eterna. En efecto, señoras y señores, ¿ cual es la fuerza que nos congrega aquí ? ¿ Que entusiasmo noble, que interés extraño, que recóndita inspiración ?

Que nunca muere la palabra hermosa lo confirma nuestra sociedad y nuestro pueblo en la brillante realidad de éste homenage.

---

[1] Discurso pronunciado en la velada que en homenage al gran pensador de América se llevó a cabo en el Teatro Solís de Montevideo el 2 de Mayo de 1918, bajo los auspicios de la Asociación Literaria « Ariel ».

Es que aquel hombre, humilde en su apariencia y en su intimidad, cuyo triste aniversario nos reune ésta noche, significa algo mas que un ilustre compatriota desaparecido, que un prócer del sentimiento nacional, que un conductor de pueblos o que un maestro de la acción.

Rodó es el símbolo del pensamiento continental, porque desde la eminencia mas conspicua sorprendió la fórmula espiritual de su grandeza; porque elevó su voz serena, antigua y armoniosa y sabia en medio a la hostilidad circundante; porque dijo su evangelio el amor, de confianza y de fé, frente a la duda omnipresente, frente a la confusión de las normas morales, frente a la opacidad de un medio sin tradiciones de cultura e inseguro de sus propios destinos; porque arrojó su luminosa siembra de esperanza sobre la « pampa de granito »; porque exaltó en América y para América los ideales nuevos y la nueva Belleza; porque afianzó la emancipación de su espíritu, por eso Rodó es el símbolo del pensamiento continental.

El alma de América no puede abandonar el recuerdo de su genial intérprete.

Las generaciones futuras,—capaces de abrigar en toda su latitud el verdadero sentimiento americanista,—han de volver a su obra con íntimo recogimiento *patriótico*, lo mismo que a una fuente familiar y sacra,—que contuviera la armonía de un mundo; lo mismo que a la fuente solariega hacia la que desciende por la noche el milagro de luz de las constelaciones.

Han de volver a su obra, señoras y señores, como al breviario de la liturgia común, porque si quieren escalar sus espíritus, la cima más alta de la epopeya originaria de América, a donde llegan tan solo las iluminaciones ideales de un genio representativo, del visionario de su libertad y su grandeza integral, cuyas glorias, al decir de Carlyle aguardan al Homero capaz de cantarlas; si las generaciones futuras necesitan llegar a esa cima « que se comunica con el infinito », y hasta donde transportara la ferviente

gratitud de América a Simón Bolivar « la cabeza de los milagros, la lengua de las maravillas », es fuerza que sea con la palabra de Rodó, con el vasto concepto histórico de Rodó, con la armonía de sus cláusulas de mármol, con la magia incomparable de su estilo, con la prodigiosa unción de su pensamiento.

Y cuando los hombres de letras de mañana intenten el análisis crítico de las distintas etapas de la evolución artística del continente, y se afanen por investigar en los orígenes de nuestra cultura literaria y de nuestro patrimonio intelectual, a traves de la conquista, de la colonia, de la emancipación y la reforma; cuando se aboquen al estudio del fenómeno de nuestro renacimiento literario, y busquen el sentido crítico, agudo y preciso, que señale la clave de las transformaciones victoriosas, apesar de todas las rutinas, del quietismo misoneista, de los comentaristas anquilosados y de la presión egoista de los retardarios, entonces es fuerza que vayan también hacia la palabra de Rodó.

Y cuando las generaciones futuras quieran llegar hacia el retiro inviolado, hacia el lago de esmalte del gran cisne de América, cuya armonía animaba el mármol de las diosas paganas; cuando quieran explicarse el impulso que consagró a Ruben Darío en América y fuera de América, es fuerza que vayan hacia la palabra de Rodó, capaz ella sola de acallar entonces con su gallarda resonancia y su acento invicto el escándalo de *Celui qui ne comprend pas*, empeñado en uncir al yugo de los vetustos códigos retóricos y las reglas vulgares, al Pegaso formidable del primero de los poetas de América.

Y volverá a su obra la juventud, ahora y siempre que reclame la emulación de esos « sutiles visitantes de la celda del maestro: Pensar, soñar, admirar ». Profesor de idealismo, continuará siendo la guía espiritual de los nuevos, aún despues que hayan caido muchas doctrinas consagradas por la actualidad; despues que se hayan derrum-

bado sistemas y dogmas, filosóficos, sociales o políticos que se creyeran perdurables; despues de haber variado la enunciación y la oportunidad de muchos problemas de la hora presente, ante el conflicto incesante de las nuevas ideas, de las tendencias contradictorias agitándose tumultuosamente en el escenario de la realidad. Y continuará siendo el amable conductor de los espíritus jóvenes porque su obra será una proclama permanente, *permanente* porque jamás pretendió erigir con su esfuerzo, ni una disciplina rígida y escolástica, ni una doctrina inconmovible, ni una capilla de arte, ni un régimen para el espíritu, ni una norma invariable para la conducta moral.

Y en ésto radica precisamente, en ésto que pudo confundirse alguna vez, con un *diletantismo* vaporoso y brillante, en eso radica la virtud fundamental de su obra. Porque no fué un sectario; porque consagró su intelecto a las solicitaciones mas puras, mas amplias, mas desinteresadas del pensamiento humano; porque frente a la duda no tuvo la osadía afirmativa de los mediocres, ni la súbita resolución de los pedantes; porque no quiso que arrancara la consagración de su nombre de un proselitismo catalogado por el adocenamiento parcial; porque no necesitó de ningún modelo establecido por la religiones o las sectas para predicar su espiritualismo a la juventud amenazada por los bajos instintos o por las torpes seducciones de la vida material, porque no quiso ser uno de los tantos moralistas lamentables y ascéticos, apostol de una ética impositiva y adusta, porque por el contrario prefirió beber « en los labios de Platón la miel de su sabiduría », porque tuvo una musa eternamente coronada de rosas; porque su verbo nos sugiere en cada uno de sus períodos, la maravilla ateniense; las columnas jónicas, los mármoles desnudos, el enjambre de las abejas de oro, la corona de pámpanos; porque Rodó jamás resultó, señoras y señores, el pedagogo fastidioso, ni el didacta

monótono, por eso mismo su obra ha de ser una proclama permanente para las nuevas generaciones americanas.

Profesor de idealismo, he dicho, y también maestro de esperanza. Frente al excepticismo de la época pregonó su evangelio de serenidad y de paz interior. «Recibió de Próspero un dulce amor por las cosas terrenales y el poder de evocarlas; el Proteo esa íntima potencia de formas donde templase la virtud de su vida; y de Ariel el magisterio de su espíritu alado salvando unidad y altura entre los terreno y múltiple de la obra.»

Por eso yo he hallado tema para el monumento que le debemos, en uno de sus motivos: en «La respuesta de Leucónoe».

Frente el mar y en mármol blanco levantaríase la figura evocativa como un atributo de las ondas. Tal como surgiera del númen del maestro no «llevaría mas que un traje blanco como una página donde no se ha sabido que poner»...

Ni el peñón de granito ni el bloque de bronce, podrían revelarnos la expresión de su genio.

Toda de candorosa blancura, debe reproducir en sus formas, el prestigio misterioso de sueño, la remota corporización del perfume y de la armonía...

Esperanza: su inscripción humilde, y su comentario el espacio azul...

JOSÉ G. ANTUÑA.

¡PUEDE SER, TODAVIA!...

Que la buena canción nos lleve
Como pluma en el aire leve.
Dejémonos ir, ¡oh corazón!,
Donde nos lleve la canción.

Llévame a decir el balcón que el amor abría:
Yo soy aquel que aquí acudir solía
Contra furioso viento o dura helada
A deshojar la juventud dorada
De su alma en flor frente a tu celosía . .

Puede ser, todavía,
Puede ser que la novia adorada
Nos aguarde aún allí, como aquel primer día.

O volvamos a ver el hogar que el tiempo, ha tiempo dispersó.
Sin hacer ruido entremos hasta hallar el antiguo reloj.
Y hazme decir: yo soy el que daba cuerda a tus agujas.
Imposible olvidar el candor de los cuentos de brujas
Y el rumor de las voces, que a tu lado oyó un día
Aquel niño pequeño, cuya sombra soy yo . .

Puede ser, todavía,
Puede ser que aún se muevan las agujas del antiguo reloj.

O llévame a pasear por los viejos viñedos paternos.
Por las viñas aquellas, que ¡ay! en horas de apremio fué
[preciso vender.
Crucémoslos sin decirles quien somos; a ver
Si a pesar de los hielos de tantos inviernos
Aún recuerdan el amo pequeño de un día ..

Puede ser, todavía,
Puede ser que sus nuevos racimos sean tiernos,
Tiernos como aquellos milagrosos racimos de ayer!

Y si es que eso te apena, porque siempre es penoso visitar el
[pasado,
Salgamos a holgar por algún verde prado,
A la buena de Dios, con la pipa en los dientes,
Las manos tras las flores, los labios tras las fuentes,
Y el corazón de toda pesadumbre aliviado.

Y si amas más el mar, huyamos en buen hora
Con las velas abiertas sobre la mar salada,
Pensando, ¡ sabe el alma en que futura aurora!,
O mejor, todavía, sin que pensemos nada.

Mas por el amor de Dios, en el tiempo más breve,
Como pluma en el aire leve,
Del nevar de esta agonía
Aléjame, buena canción ..

Puede ser, corazón,
Que aún hallemos el rayo de sol que disuelva la nieve
De esta angustia sombría ..

¡ Puede ser, todavía! ..

JOSÉ MARÍA DELGADO.

MARCO AURELIO Y EPICTETO

PREFACIO

Vamos a recorrer un poco las páginas de Epicteto y de Marco Aurelio, la inmortal filosofía estoica, la serenidad del pensamiento remontándose por encima de todas las bajezas de este mundo: la virtud del que siendo señor del mundo se despoja de la púrpura para hablar consigo mismo, para decir a su alma las cosas más bellas sobre lo humilde y lo bueno, sobre la vanidad de las cosas humanas y la muerte; y la virtud del esclavo de Epafrodito, que habiendo tenido un amo pudo haberse llenado de odio y maldad, y fué, sin embargo, dulce y bueno y admirador del dolor humano.

Todo lo que tú ves en el mundo de malo, de vanidoso o soberbio, de ruin o despreciable o doloroso, pasa por esas páginas sin contaminar el alma, como un accesorio, como un accidente de la vida, indigno de distraer la serenidad del filósofo; cosas que no afectan la esencia del alma, que no son ni un bien ni un mal y que, por lo mismo, pueden alcanzar al hombre justo como al malo. Ni la mano piadosa que acaricie tu frente quebrantada, ni la palabra de amor que susurre a tus oídos las promesas más halagadoras, ni el más poderoso estímulo de una amistad fuerte, darán a tu alma un consuelo tan acabado como el que te dan esas páginas escritas por un emperador que olvida los esplendores de la púrpura y por un esclavo que olvida las miserias de su vida. Bien dice uno de ellos cuando afirma que el alma, como refugio, es una ciudadela; y el que no conoce ese asilo ha sido mal

instruído, y el que, conociéndolo, no se refugia en él, es un miserable. Recorre, pues, esas páginas, y verás cómo tus dolores y miserias adquieren un aspecto que tú no conocías: te sentirás entonces como no tocado por ellos, como si conservaras intacta la esencia pura de tu alma. Desnuda y pura como los astros se te aparece el alma: la envuelve un nimbo de serenidad augusta que disipa los vanos conceptos que ella tenía sobre las cosas de la vida. El filósofo te pone la muerte ante los ojos a cada momento, pero no para amargarte o aplastarte la vida, sino para dignificártela en el sentido de la recta razón. Salpica con la ceniza de los sepulcros tus sueños de gloria, para consolarte en tus miserias y dolores con esa ceniza. La muerte no es sino un hecho natural, una necesidad del mundo: es como tu pasado, que ha dejado de existir; es como tu infancia, que se ha desvanecido; y así como esto no te apena, o, por lo menos, no te desespera, tampoco la muerte, extinción de tu vida presente, debe preocuparte. Sólo el presente vive en tí; sólo das a la muerte el presente, y, por lo tanto, lo mismo es que mueras hoy, como dentro de tres, veinte o cincuenta años. No ha vivido más el que llegó a los cien años que el que sólo alcanzó a los veinte.

* * *

Pero debes saber que esta idea de la muerte, o de la nada de la vida, si lo quieres, lejos de proclamar una vida de abandono, establece, por el contrario, una vida elevada, de acuerdo con la naturaleza racional; dulce, sencilla y virtuosa, sin ambiciones, sin vanidades. ¿No palpas lo sublime de esta filosofía? Ella no te ofrece, como recompensa a tu vida de hombre bueno, la inefable delicia de una vida futura; no te pide que hagas el bien para hacerte grato a los dioses y encontrar en ellos la bienaventuranza eterna, sino que te lo exige como una consecuencia de tu naturaleza, como una función análoga

a las otras de la vida, sin esfuerzos, sin premios, sin ostentación ni gloria: calladamente, y esparciendo los fulgores del bien sobre la sociedad en que vives, como el sol, en la fuerza expansiva de sus rayos de luz sobre la naturaleza. Te hablan así el esclavo de Epafrodito y el Antonino, señor del mundo: dos almas que siguieron el mismo camino de luz y se encontraron, sin embargo, en situaciones tan distintas para el vulgo. Pero el dolor de la esclavitud de Epicteto no fué más intenso que el dolor de Marco Aurelio, dueño del mundo. La púrpura de este último torturó tanto a su alma como al otro las cadenas del esclavo: desde arriba como desde abajo se aprecian igualmente las miserias humanas. Por eso los acentos del esclavo resonaron en el alma del emperador. ¿ Habla alguna vez la púrpura en los « Pensamientos » ? ¿ No es el más humilde de los hombres el que conversa consigo mismo en esas páginas de serena bondad ?.

* * *

Tú vives en un mundo sacudido por las más violentas pasiones; hablas a cada rato con hombres miserables que no respetan las cosas más dulces del espíritu; te encuentras con miradas que se encienden en odio; oyes juicios ligeros, mezquinos o calumniosos, y sientes con frecuencia que una espina se te clava en el corazón; pero alguna vez, en el borde del árido sendero, tus labios se humedecen en la frescura de un manantial purísimo, y eso sólo debe bastarte para amar la vida y la humanidad. Aprovecha, pues, el raudal de agua pura que corre por las páginas de estos dos filósofos; baña tu alma en él, y el mundo te parecerá entonces suave y sereno hasta en sus miserias más espantosas. Comprenderás entonces que tu alma, si te conduces como filósofo, no es torturada en la vida sino por « opiniones »: un insulto, una injuria o una calumnia, no hieren por sí mismos, sino por el concepto que tú te formas de tales cosas. Si varías tu concepto vulgar

sobre la injuria, tu alma no se inmutará. Pasará ella entonces por entre los incidentes y miserias de la vida como un ave que sabe en sus vuelos desviarse de los obstáculos recorriendo libremente la pureza azul del espacio. ¿ No ha dicho de una manera sublime Sócrates que sus acusadores podían quitarle la vida, pero no hacerle daño alguno ? Piensa en lo que diría ese filósofo sobre todas las vilezas de la vida con respecto a su alma que se mantenía pura y virtuosa. Lo externo. He ahí la causa de casi todos nuestros males. Damos importancia excesiva a las cosas exteriores, a los juicios y palabras y actos de los demás, y descuidamos la esencia de nuestra alma. Proclamamos los buenos juicios que merecemos de otras personas, pero casi nunca nos atrevemos a expresar en alta voz, por temor de avergonzarnos, los juicios que de nosotros mismos formula nuestra mente. Hacemos depender nuestra vida de los demás, pero no de nosotros mismos. Por eso somos esclavos de la ajena opinión. ¿ No ves cómo este raudal de agua pura que son las páginas de los dos filósofos, procura dar al alma de cada uno el valor o la situación que ella ha perdido en la vida ? ¿ No ves cómo te eleva, cómo te dignifica, cómo te convierte en un hombre verdadero ? Eras un pingajo a merced de los hombres: ahora eres un hombre y ves hombres en los demás. Tenías apagada la lámpara de tu alma, y ahora la has encendido para recorrer su interior con toda firmeza; y como carecías de luz interior, te contentabas con las luces exteriores, que son vanas, engañosas y pérfidas. Dueño de tí mismo, soberano de tí mismo, sabes ahora apartar de tí lo que no es necesario a tu alma, y sufrir con paciencia lo que no puede tocarla, ni contaminarla, ni herirla en su esencia, aunque parezca destrozar tu vida. Todo el océano inmenso de pasiones que es el mundo, no podrá desde ahora alterar el lago sereno de tu espíritu.

HORACIO MALDONADO.

LA BUENA CRIATURA

Yo siento por el agua un cariño de hermana.
¡ Cuánta suave dulzura, para mí, de ella emana !
Yo entiendo lo que dicen las gotas cantarinas;
la lluvia en mi ventana tiene voces divinas.

El agua es una viva, múltiple criatura
que guarda para todos el pan de su ternura.
—Hermana: es como fragua mi boca con la sed
¡ Y el agua ofrece el seno y susurra: —¡ Bebed !

—Hermana: de mi amante la mano honrada y buena
se hirió mientras segaba los oros de la avena,
Y el agua con sencilla, sublime caridad.

Murmura: —¡ Entre mis ondas su herida refrescad !
¡ Oh ! santa, milagrosa, sencilla criatura !
¡ Fluye como una fuente para tí, mi ternura !

JEANETTE DE IBAR.

LA REALIZACIÓN DEL IDEAL

Todas las cosas podrían y deberían hacerse tratando de armonizar el modo ideal de hacerlo y la mejor manera posible de acercarse a esta realización ideal. Todos los ideales son, por lo general, difíciles de realizar. No por esto debe dejar de lucharse por ellos: en esta lucha incesante por el ideal, está el progreso de la humanidad.

Cuando se tiene un ideal que se considera noble, hay que tratar de llegar hasta él; pero teniendo en cuenta el camino que se debe recorrer para alcanzarlo. Aspirar a un ideal es una cosa. Alucinarse con un ideal es otra. Cuando se aspira a un ideal, se deben tener en cuenta las dificultades que pueden oponerse a su realización y tratar de vencerlas; cuando nos alucinamos con un ideal, no vemos nada más que éste, y, sin notar las asperezas del camino, nos estrellamos contra ellas. Si se pudiera ver siempre donde está el ideal y ver, al mismo tiempo, donde están las dificultades prácticas que a él se oponen, la humanidad—el hombre—llegaría mucho más fácilmente a la realización de sus ideales. Pero se peca casi siempre o por exceso de idealidad o por exceso de realidad. He aquí las fallas en el progreso humano. Los que pecan por exceso de idealidad no ven los escollos del camino, y, como marchan a ciegas hacia su ideal, tropiezan a cada rato y no llegan hasta él nunca o casi nunca. Si llegan, llegan tarde y cansados: el fruto que consiguen entonces no está en relación con el esfuerzo. Los que pecan por exceso de realidad ven *tan bien* las cosas de la vida, que no alcanzan nunca a divisar un ideal. Los que pecan

por exceso de visión de la realidad, pecan casi siempre, al mismo tiempo, por falta de idealidad. ¿Qué progresos debemos esperar de éstos si nunca aspiran a nada fuera de lo que ven comunmente? Estos se ríen de los idealistas y no aportan ninguna contribución al progreso. Los idealistas, en cambio, aportan sus ideales; pero como no son capaces de ver al mismo tiempo los medios más conducentes para su realización, dificultan su triunfo. Ser demasiado entusiasta, suele ser una valla al progreso tan grande como la oposición de sus contrarios. Aquel entusiasmo provoca esta oposición, y es así como la humanidad hace sus pasos hacia adelante y hacia atrás al través de los siglos. Por esto es que la humanidad progresa tan lentamente para la impaciencia individual.

Hay que tener ideales y hay que luchar por el ideal. Si esto no se hubiera tenido nunca, la humanidad estaría aún como en la época prehistórica. Los hombres que no tienen ideales, son entidades negativas en el progreso humano. Las naciones que tampoco los han sustentado o cuyos ideales han sido estrechos o mezquinos, han sucumbido en la historia, ante el empuje de idealidades superiores a las suyas.

Pero, si tener ideales y aspirar a su realización es necesario, la vista del ideal no debe ser tan exclusiva que haga olvidar la vida real que nos rodea. El ideal que tenga precisamente en cuenta la naturaleza humana, aspirará mejor que ninguno a su perfeccionamiento, porque sabrá mejor que ningún otro lo que hay que tratar de perfeccionar y cómo habrá que hacerlo.

Como dice Martínez Sierra, «es preciso ajustar nuestros sueños a la realidad, bajo pena de condenarnos a vivir la realidad inevitable, sin el consuelo de vivir soñando.»

ALBERTO J. BRIGNOLE.

LO QUE PASA...

Se van los años, juventud loca:
silencia el lírico cascabel...
¡Qué extraña mueca finge la boca!
Se van los años, juventud loca,
sin que te ciña verde laurel.

Un día.... Apenas si lo recuerdas,
sentiste el trino del ruiseñor...
Acariciaste las sabias cuerdas...
Un día.... Apenas si lo recuerdas...
¿Surgió un sonido? ¿Surgió un dolor?..

Después.... Seguiste con tu quimera;
la gloria un triste beso te dió,
llama que en medio la noche ardiera...
Después, seguiste con tu quimera,
cantaste siempre, ¿quién te escuchó?..

¡Tú sola siempre! Tu loco empeño
pobló de sombras la soledad;
te diste toda, toda al ensueño...
¡Tú sola siempre! Tu loco empeño
iluminaba la oscuridad.

Pero caiste como cayeron
las sombras vanas de tu ilusión;
esclava fuiste como otras fueron...
Ah! Tú caiste como cayeron
Todos los héroes del corazón.

En la tragedia de nuestra vida
el áureo ritmo puso su miel
que es como el bálsamo para la herida.
Es la tragedia de nuestra vida
lucha ignorada, triste y crüel.

Se van los años, juventud loca:
silencia el lírico cascabel.

MANUEL BENAVENTE.

CARLOS GUIDO SPANO

Pocas vidas tan bellas y transparentes, como la de este viejo vate río platense, que muere casi centenario, ostentando vivo aún, en su espíritu de excepción, el sagrado fuego del arte. Carlos Guido Spano, el clásico cantor de « Amira « ostenta una fuerte personalidad en las letras americanas y especialmente en el parnaso argentino, al que hasta hace poco prestaba el concurso de su fresco lirismo, en composiciones diáfanas que nos evocaban en su expresión sencilla y tierna, los musicales versos griegos. El autor de « Hojas al viento «, era el más antiguo representante de la cultura artística argentina y el último hombre representativo de su tiempo; que vió gestarse la unidad nacional y presidió el desenvolvimiento progresivo, el proceso de engrandecimiento cultural y político que ostenta hoy la admirable nacionalidad de Sarmiento. La labor literaria de Carlos Guido Spano, fué vasta y compleja, con características originales toda ella que muy pronto suscitaron la consagración de su nombre en los círculos artísticos de américa. Sus composiciones poéticas fueron siempre espontáneas y sinceras, de ductilidad y transparencia poco común en nuestros ambientes literarios. Cultivando los gustos y preferencias literarias de su tiempo, nos lega en estrofas, de una magnífica sencillez, aquellas cualidades virtuales, que hicieron perdurable, tal que mármoles de Paros, el alma apolínea de los romeros atenienses. Porque, Carlos Guido Spano, era el último representante sincero de la cultura helénica y el más formalista de los poetas, que en edad contemporánea surgieron a la vida literaria de América. Fueron

atributos fundamentales de su modalidad, artística la insuperable claridad del pensamiento, el dominio exacto de las formas técnicas, y una frescura tal de inspiración que le conquistaron un firme prestigio y lo hicieron destacar con fuerte relieve de los demás líricos de su tiempo. La bibliografía de este venerable vate, que el autor de estos ligeros comentarios conoce se reduce a tres de sus obras más notorias: « Hojas al Viento » — verso y Misceláneas literaria y « Abrojos «, libros de prosa. — No obstante su labor fué copiosa y en las mejores antologías, pueden gustarse, las composiciones de este poeta que más nombradía conquistaroo para su nombre.—Guido fué también un espíritu de lucha, y de civilidad. Combatió en la vida política de su patria, desempeñó puestos de importancia, actuó en el periodismo con viriles arrestos y en todos estos afanes de su vida fecunda, vida doble mente estética, por el arte y por la acción, impuso su admirable contextura moral, y la invariable belleza y generosidad de su alma.

Carlos Guido Spano, apasionado cultor de la forma, artífice henchido de delicado sentimiento, sereno evocador del arte clásico, en una edad de decaimiento lírico, cuando triunfan tendencias subalternas y la civilización nos llena, el alma de desánimo y de amargura, era más que un símbolo en la época contemporánea. A los noventa y dos años de existencia, la gloria ya lo agobiaba con su beso de inmortalidad.

WIFREDO PI.

ESCRITORES DE LA ESPAÑA NUEVA

Alberto Insúa

Tiene una tez mate de cubano; unos ojos grandes, negros, almendrados y un belfo carnoso, sobre el que triunfa bruno bigotillo, que delata los treinta y cuatro o treinta y cinco años de quien escribiera ese libro dolorosamente humano que se titula «Las flechas del amor.»

Alguien ha tildado de inmoral a Insúa. Me parece tonto y, sobre tonto, injusto tal dicterio. Quede el adjetivo, como un baldón, para quien escribiera «Sor Demonio» y tantas otras estupideces, malogrando un fuerte temperamento de psicólogo acusado en «Las Ingenuas.»

Descartad «La mujer fácil», repudiada por el propio autor — a pesar de haberse vendido cuatro o cinco ediciones — y decidme qué hay de inmoral en los restantes libros. ¿No hace gala, en «Los dioses tienen sed», Anatole France, de un erotismo que no se encuentra en «Las Neuróticas»? ¿Y los Goncourt y los Margueritte, no firmaron libros de esa índole sin que a nadie se le ocurriera motejarlos de inmorales?

En las obras de Insúa hay dos elementos sanos que no pueden rechazarse: literatura y lirismo de buena cepa. Reíos de sus inmoralidades.

En España y hasta en América el amor es algo trágico, subalterno y sucio. Por eso las gentes se ofenden cuando un escritor lo trata, aun cuando lo exorne de idealidad y candor, como es costumbre en Insúa. La filosofía de este notable prosista es la filosofía de la benevolencia.

«¡Dulcificar el corazón humano!» El sacrificio, por ambas partes. La necesidad del heroismo, de sufrir para que otros no penen» — he aquí el andamiaje moral de toda la obra.

Cuándo yo visité a Insúa en Madrid [1], vivía como un misántropo, tal vez por lo mucho que las envidias de infinitos escritorzuelos hiciéranle sufrir. No se quejaba. Oid esta frase suya que revela el alma de un estoico: «La literatura se ha hecho para los retraídos». Nació en la Habana, hijo de padre español y madre criolla. A los 6 años era alumno interno en un colegio de jesuitas en Santiago de Compostela. Los otros muchachos mofábanse de su parla lánguida. Le decían despectivamente «El cubano». Insúa sufrió mucho. Observaba en silencio. Se hizo abogado. Pronto surgió su inclinación literaria, como él nos va a decir:

—Por esa fecha, Ramón del Valle Inclán había leído a Galdós, Emilia Pardo, Blasco Ibáñez y algunos jóvenes, entre los que me contaba yo, su admirable «Flor de Santidad». Nuestro entusiasmo, el entusiasmo de los jóvenes, fué grande. Nos pusimos a escribir con brío. Recuerdo entre mis compañeros, a Urbano y a los González Blanco. El más joven de todos era yo.

—¿Hizo entonces su primera obra?

—No; lo primero que hice fué casarme. Luego, salí para el extranjero. Ginebra me sedujo. Durante mi es-

---

(1) Insúa, me escribía en Marzo desde París: «Recibí y leí este último otoño su libro «La comedia de la vida», que me gustó mucho. Es un libro lleno de agudeza y sinceridad. Le felicito muy sinceramente por él. Ya sabe usted que solo vivo para la guerra. Después de dos años de colaboración en «A B C», pasé a «La Correspondencia de España». Ahora empiezo a mandar crónicas de la conflagración a diarios de Sud América. Tengo entre manos otra novela. Creo salga en Octubre. En cuanto envaine la espada la vieja y belicosa Europa pienso hacer un viaje redondo por el Nuevo Continente».

tadía escribí « Don Quijote de los Alpes », que editara la casa Villacencio. Hice, a mi regreso a Madrid, periodismo literario: cuentos en « El Imparcial », y en « El Liberal » crónicas del momento. La semblanza de Costa fué mi primer confortador éxito sonado. Costa me llamó para felicitarme. Escribo « Tierra de Santos » y a continuación « La hora trágica, » que fué todo un éxito de librería. Luego vino « El Triunfo », bien acogido, igualmente, que integró la trilogía titulada por mí, « Memorias de un escéptico. »

Yo le reproché haber publicado con su firma libro tan obsceno como « La mujer fácil », que hizo creer a muchos abandonaba la « senda honesta »—artísticamente honesta — para arrebatar su heterogénea clientela a Felipe Trigo.

—¡ Qué atrocidad ¡ — protestó el joven novelista.— Yo estoy sinceramente arrepentido de haber escrito esa obra. Era un tema propicio para una conversación de café que no debí llevar al libro. Son cosas de la juventud, que, como la propia juventud, mal pueden evitarse. Todo lo que yo consigno en « La mujer fácil » es exacto. Naturalmente, yo, como usted, opino que la realidad no disculpa mi audacia.

Tras esta confesión tan sincera, tan lógica y ¡ tan humana ! lectores, ¿ quién es capaz de mostrarse severo ? En rigor, lo que hubo de acontecer es que al novelista le jugó una mala pasada su propia inocencia, quitándole la noción de la medida !

Ved como se enmienda a poco en « Las Neuróticas y, sobre todo, en « La mujer desconocida », en que el autor toca otro resorte del alma y no hace concesión de ningún género al público. Esa novela, con « El demonio de la voluptuosidad » y « Las flechas del amor » son de lo más hermoso y mejor escrito que han publicado en los tiempos que corren las casas editoriales de España.

« El demonio de la voluptuosidad « ha sido traducida al idioma de D'Aureville, viéndose al frente del volumen un lisonjero prólogo de Barrett. También en italiano comienzan a verterse sus novelas.

Es un iconoclasta que no cree en las grandes figuras actuales, convencido de que a la vuelta de algunos años, él hará libros tan notables como los mejores de esos « semigenios » tan engolados de la Ville-Lumiere.

Cabe reconocer — hasta tanto cuajen esos propósitos —que Insúa ha traído a la novela hispana ese elemento de artística sensualidad que le faltaba. La humanizó, dándole un más fuerte vaho de amor, de sexo, de vida, en fin. Hay en sus obras como un sello de la tierra caliente en que naciera. No es un « dominado por la palabra », a la guisa de Ricardo León, sino un escritor moderno que « domina la palabra ». He ahí su superioridad.

—Yo, al escribir, — balbuce — hágome de cuenta que continúo la conversación. Hay una sola diferencia entre cuando hablamos y cuando escribimos. En la novela, cuando se habla, se piensa. Resta retirar lo superfluo al concluír: retirar la paja, como quien dice.

Tiene un estilo terso, fácil [1], elegantísimo, como lo prueba « De un mundo a otro », la primera de las novelas que ha escrito sobre la guerra, publicada en folletín por « La Razón » con el título de « Sangra el corazón de Francia ».

EMILIANO RAMIREZ ANGEL.

Su firma se ve contínuamente en las mejores revistas de Madrid, habiendo publicado no hace mucho un libro, « Los ojos abiertos », que es de lo más estimable que en el

[1] Eso del estilo fácil tiene sus bemoles. Para « escribir sencillo » yo por ejemplo, he tenido que « escribir difícilmente » varios años. « Difícil facilidad » que dice Anatole France.

género novelístico se ha publicado en España en estos dos últimos años. Menudo y nervioso, Ramírez Angel tiene unas pupilas grandes, nimbadas de melancolía.

Ha sido, sino el primero, quien más sutilmente supo extraer la suave poesía que encierra la vida humilde de Madrid. Sus libros háblannos de modistas que bailan en la Bombilla el domingo, marchando hácia el taller a la siguiente mañana más pálidas, más rendidas, un poquirritín más tristes. Nos ponen en relación con modestos empleados que ahorran peseta tras peseta para casarse y un día tienen el dolor de saber que se ha fugado la bien amada con un amigo. Reproducen escenas de los hogares de la clase media matritense, dibujando un gabinete en que languidecen dos niñas cursis y sentimentales, mientras arrufa la madre y ronronea el gato ..

Con tan sencillos personajes, con una trama aún más sencilla, el joven escritor hace novelas que elogian hasta los Aristarcos con pujos de transcendentalismo.

Son libros suaves, que nos entristecen un poco y en ocasiones pónennos lágrimas en los ojos y ánsias rebeldes en el corazón. Al leerlos se intuye el alma de quién los escribiera. Un alma melancólica; un alma resignada; un alma que a las veces quiere reir y lanza una carcajada acerba y trágica, como la de los clowns.

¿ Cómo explicarnos ese intenso dolor espiritual en un joven cuando no cumpliera aún los 30 años ?

¿ De dónde y por qué procedimientos extrae la intensa poesía que dignifica — ¡ que engrandece ! — su obra, sin conflictos álgidos, ni truculencias, ni oropeles retóricos?...

Su prosa tiene un ritmo interno que el más miope llega a descubrir. Juan Mas y Pí, en uno de sus mas notables juicios, halló también una lozanía, una frescura nada común en el estilo.

—Yo he pensado mucho — me confesó Ramírez Angel — en si mi literatura tiene razón de ser. Soy un compasivo, que ha buscado lo sentimental de Madrid, tropezando

muchas veces, involuntariamente, con lo grotesco. En ocasiones, hubieron de llevarme los colegas serios ataques. Me tildaron de « micrógrafo ». Acaso tengan razón los adversarios. Otros literatos, como Martínez Sierra y José Francés, me han alentado mucho.

—¿ Les afectan los ataques según veo ? — le dije entonces.

—Mucho — me contestó. — No olvide que soy un sentimental. Soy sincero en la vida. Sincero para con mis amigos y para conmigo mismo. Por sinceridad estuve a punto de dejar de escribir.

Hace años ganó un concurso con su novela « La Tirana ». « Madrid sentimental » y « La vida de siempre » le acreditan como cronista personalísimo. Recuerdo su nostalgia, cuándo le visité en París. Viendo los sombreros con plumas de las « midinettes », él añoraba los peinetones y los claveles dobles de las modistillas madrileñas, cuyo corazón parece conocer mejor que nadie...

VICENTE A. SALAVERRI.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

« Valle Negro ». — Novela de Hugo Wast. — A. G. de Librería. — Buenos Aires 1918.

El señor Martínez Zuviría, que ahora muestra empeño en presentar sus libros con el pseudónimo de Hugo Wast, es uno de los pocos escritores argentinos actuales que evidencia predilección cultivando la novela. Hace un par de años (tal vez menos) que fué premiada en la vecina capital « La casa de los cuervos », muy llena de episodios dramáticos, pero de técnica anticuada y lenguaje desmañado e incorrecto. Con prevención abrimos « Valle Negro » que hemos leído con interés creciente. No resuelve nada, pero es un libro bien hecho; Ha elegido sus personajes con acierto. Falla el análisis psicológicol triunfa la acción y la forma de exponer, muy clara y muy hábil. E- campo de Cosquín (Córdoba) aparece nítido. El autor lo ha mi. rado obstinadamente y, en la mayoría de los capítulos, acierta a reproducirlo. Narrar amores de muchachos, sin sensiblerías ni tiradas cursis, es ya una prueba de equilibrio. La tragedia que agita a los personajes tiene intensidad y, en muchos capítulos, eficacia. La frase es corta, podada de inútiles vocablos. El prosista marca un progreso. — V. A. S.

« Leyendas del Uruguay ». — Por Ricardo Hernández. — O. M. Bertani. — Editor — Montevideo 1918.

—¿ Leyendas ? — Tal vez no, que no es leyenda lo que anda muy cerca de nosotros—por ahí no más, y talvez en documento material, ni es leyenda, por ejemplo, un anecdota verídica del sordo Puentes, escribano-político-militar, conocidísimo en Tacuarembó hasta estos últimos años...

Lo que si quita la propiedad al título del libro del señor Hernández, no se rebaja ante nuestros ojos, en cuanto a los méritos que encierra, de los que no es el menor, ser un libro sano, fácilmente legible y hasta entretenido, al que, una poda de estilo hubiera venido a maravilla, todavía.

No se libra el señor Hernández de la influencia, que en sus crónicas, debía ejercer, infaliblemente, Ricardo Palma, como no se ha librado nadie en nuestro país—abordando el género—pues así es Víctor Arreguine ricardopalmesco en Artigas y los Perros-cimarrones, como lo es un quidam Claudio Prado,—Dios nos perdone—en unas tradiciones de Salto, que leímos no sabemos donde...

Pero el maestro limeño, que contagia de arcaísmos y manera, no logra, lamentablemente, contagiar de esa su ligereza vaporosa y ese

su escuetismo encantador, capaz de hacer en media página, un cuadro y un drama, con aquellos escasos elementos — «las mentiras y el palique »—aludidos en ocasión famosísima.

Anuncia Don Ricardo Hernández, que a este su primer libro seguirá una nueva serie, la 2.ª de sus leyendas y una vida anecdótica del General Rivera.

Esperemos pues para afianzar el juicio, esos mayores elementos que nos promete, confiando, mientras tanto, en que, castigado el estilo, librandólo de ramas que dan mucha sombra, y seleccionando el tema en lo que dice a hacerlo realmente tradicional, hemos de poder aplaudir sin reticencias sus nuevas producciones, y eso, sin que, ahora, queramos escusarle una felicitación augural, como que su libro es un libro de promesa... — F. S.

« **El Mesias** ». — Ensayo de novela, Por E. V. Erserguer. — Editor Maximino García, — Montevideo 1918.

Desearíamos hablar bien de todos los libros nacionales que nos llegan. Por eso cuando recibimos obras tan defectuosas como « El Mesias », tócanos amargarnos y sufrir. El daño, falseando nuestras convicciones, se lo haríamos, antes que a nadie, al autor. En escritos anteriores de Erserguer, notamos la tendencia a lo barroco y lo túmido. Estas 158 páginas de « El Mesias » pesan como una losa de plomo. Es un derroche de vocablos, empleados defectuosamente con frecuencia. Neologismos y barbarismos hacen poco menos que ininteligible la frase, aliados a una absurda construcción sintáxica. Vaya una muestra: « Nunca el andariego poeta había seguido a mujer alguna... Y sumergióse en su cauda (¿) perfumada, haciendo de modo que sus miradas chocasen a favor de todos los recursos... ». He aquí ahora un párrafo churrigueresco y pedante: » Pronto haría cuatro meses que estaban unidos, mejor dicho aherrojados, y precípites al borde de insondables gemonías. Y ahora recordaba que en los dos primeros meses ella había mestruado... ¡ Consoladora vicisitud menográfica ! ¡ Infalible revelación catamenial ! ». Anatole France o Azorín, grandes prosistas, son diáfanos. Es claro: trabajaron mucho el idioma. Sin conocerlo bien, el señor Erseguer hace libros. Y resultan torpes balbuceos, naturalmente. Por lo demás, el asunto de la novela es vulgarísimo. El protagonista no es poeta a pesar de sentarlo así el autor: es un pobre diablo. Sus desventuras, por ende, antes que entristecernos, nos irritan. No tiene derecho a triunfar—¡ ni siquiera a vivir !—un ente estólido que anda por la vida (él mismo lo dice: pág. 114) como un juguete. Con juguetes se hace un « Guignol » para criaturas, nunca un volúmen que apasione a la gente, que busca emociones, enseñanza o solaz, cada vez que reclama un libro. — V. A. S.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

La Dirección.

El 15 del mes pasado salió para Brasil, Norte América, Cuba, Guatemala, Ecuador, Colombia, Perú, y otras repúblicas del continente, nuestro director «Pablo de Grecia,» que vinculará «Pegaso» a centros intelectuales de todos los países que visite. Mientras dure su ausencia, secunda al doctor José María Delgado en esta casa, el señor José G. Antuña.

Enrique Gómez Carrillo.

Este notable escritor, a quien desde hace muchos años llámasele en la prensa española «El príncipe de los cronistas,» ha regresado al Río de la Plata. Pasa unos meses en la vecina cosmópolis. En breve vendrá a Montevideo, donde contrae nupcias con una dama argentina. Es posible que haga entre nosotros las crónicas suficientes para ser reunidas en un libro por el estilo de su «Encanto de Buenos Aires» que tanto ensalzaron los diarios de la otra margen. Escribe en «La Nación» y manda correspondencias a «El Liberal» de Madrid. Los últimos años pasados en Francia, le han envejecido de cuerpo, no así de espíritu, como lo prueban sus brillantes páginas últimas. Bien venido. En «Caras y Caretas» va a publicar su biografía con el título de «Treinto años de mi vida».

Revistas argentinas

Nos han llegado de los últimos números de »Nosotros», »Ideas» y «Atenea». Esta última, que aparece en »La Plata», la dirje Rafael Alberto Arrieta uno de los más finos espíritus de la nueva generación literaria argentina. »Ideas», fundada por José María Monner Sanz, transparentá la inquietud de sus redactores. Es órgano de la Federación de Estudiantes de Derecho. En cuánto a «Nosotros», poco hace falta decir, pues la labor de Bianchi y Giusti con esa notable publicación, la seguimos todos los escritore uruguayos.

Animales con pluma.

Este pequeño y movido volúmen de Antón Martín Saavedra, viene siendo muy comentado. Nosotros no hemos de abrir juicio sobre las producciones de los compañeros. Pero transcribiremos, de vez en cuando, algún párrafo de críticas ajenas. Estas líneas, sacadas a una glosa que Justo López de Gomara, el maestro de periodistas, publicó en el diario que dirige en Buenos Aires, deben ser conocidas:

« El librito no desmerece de los más voluminosos de análisis vital, en que « maestros de energía y de experiencia » de otros países han querido formar a las juventudes para una vida transcendental y fecunda. La verdad es que las letras uruguayas deben dos grandes debuts a estas columnas: el de Julio Herrera y Reissig, cuyos sonetos fuimos los primeros en pagar, y el de Vicente A. Salaverri, periodista que en pocos años, y en plena juventud, se ha colocado en primera fila, como avanzado paladín para el futuro. »

La Editorial Buenos Aires.

Trátase de una cooperativa formada exclusivamente por escritores argentinos, a iniciativa del novelista Manuel Gálvez. En el año que lleva de existencia editó trece libros, tan notables como el de Horacio Quiroga que lleva por título » Cuentos de amor, de locura y de muerte ». No solo han logrado emanciparse de la rapacidad de los editores, los poetas y prosistas que tiene acciones en la » Editorial Buenos Aires », si no que han percibido un apreciable dividendo, fuera de las ganancias logradas por cada autor. Del libro de Quiroja y « Melpimene » — de Capdevila se han hecho dos ediciones.

Animales con pluma.

Este pequeño y movido volúmen de Antón Martín Saavedra, viene siendo muy comentado. Nosotros no hemos de abrir juicio sobre las producciones de los compañeros. Pero transcribiremos, de vez en cuando, algún párrafo de críticas ajenas. Estas líneas, sacadas a una glosa que Justo López de Gomara, el maestro de periodistas, publicó en el diario que dirige en Buenos Aires, deben ser conocidas:

« El librito no desmerece de los más voluminosos de análisis vital, en que « maestros de energía y de experiencia » de otros países han querido formar a las juventudes para una vida transcendental y fecunda. La verdad es que las letras uruguayas deben dos grandes debuts a estas columnas: el de Julio Herrera y Reissig, cuyos sonetos fuimos los primeros en pagar, y el de Vicente A. Salaverri, periodista que en pocos años, y en plena juventud, se ha colocado en primera fila, como avanzado paladín para el futuro. »

La Editorial Buenos Aires.

Trátase de una cooperativa formada exclusivamente por escritores argentinos, a iniciativa del novelista Manuel Gálvez. En el año que lleva de existencia editó trece libros, tan notables como el de Horacio Quiroga que lleva por título » Cuentos de amor, de locura y de muerte ». No solo han logrado emanciparse de la rapacidad de los editores, los poetas y prosistas que tiene acciones en la » Editorial Buenos Aires », si no que han percibido un apreciable dividendo, fuera de las ganancias logradas por cada autor. Del libro de Quiroja y « Melpimene » — de Capdevila se han hecho dos ediciones.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Salterain Alfonso de, Juan C. Gómez 1266.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albuquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C.,
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martinez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cerná Enrique, Rivera 2180.
Martinez José Luciano, J. Ellaúri 80.
Mazzera José P., 25 de Mayo 427.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magariños Ramón, Avenida Brasil 89.
Oneto y Viana Carlos, Buenos Aires 435.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Abel J., Colonia 1120.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Polleri Félix, Colonia 1060.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Ramirez, Juan Andrés, Rincón 413.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Caviglia Juan E., 18 de Julio 914.
Crispo Acosta Osvaldo, Andes 1419.
Espalter José, San José 1406.
Giribaldi Heguy Juan, Ituzaingó 1322.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Lapeyre Miguel, Mercedes 929.
Lenzi Carlos E., Cerrito 453.
Luisi Clotilde, 18 de Julio 1648.
Llambías de Olivar Juan, Maldonado 1637.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Manini Ríos Pedro, Colonia 1060.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Sayagués Laso Rodolfo, Juncal 1475.
Schinca Francisco A., Mercedes 825.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontainá Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2186.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423.
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Ortiz Garzón Héctor, Río Branco 1266.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Fotadori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Urioste José P., Rondeau 1522.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Escuder Núñez P., Yí 1531.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.

PEGASO

La redacción tiene en su poder, para ser insertado en números próximos, originales de Juan Zorrilla de San Martín, Daniel Muñoz, Horacio Quiroga, Guzmán Papini, Ernesto Morales y otros escritores de sólido prestigio.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Salterain Alfonso de, Juan C. Gómez 1266.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albuquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C.,
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Massera José P., 25 de Mayo 427.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Oneto y Viana Carlos, Buenos Aires 435.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Abel J., Colonia 1120.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Polleri Félix, Colonia 1060.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Ramirez. Juan Andrés. Rincón 413.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Caviglia Juan E., 18 de Julio 914.
Crispo Acosta Osvaldo, Andes 1419.
Espalter José, San José 1406.
Giribaldi Heguy Juan, Ituzaingó 1322.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Lapeyre Miguel, Mercedes 929.
Lenzi Carlos E., Cerrito 453.
Luisi Clotilde, 18 de Julio 1648.
Llambías de Olivar Juan, Maldonado 1637.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Manini Ríos Pedro, Colonia 1060.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Sayagués Laso Rodolfo, Juncal 1475.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Ortiz Garzón Héctor, Río Branco 1266.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Urioste José P., Rondeau 1522.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Escuder Núñez P., Yí 1531.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.

PEGASO

La redacción tiene en su poder, para ser insertado en números próximos, originales de Juan Zorrilla de San Martín, Daniel Muñoz, Horacio Quiroga, Guzmán Papini, Ernesto Morales y otros escritores de sólido prestigio.

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

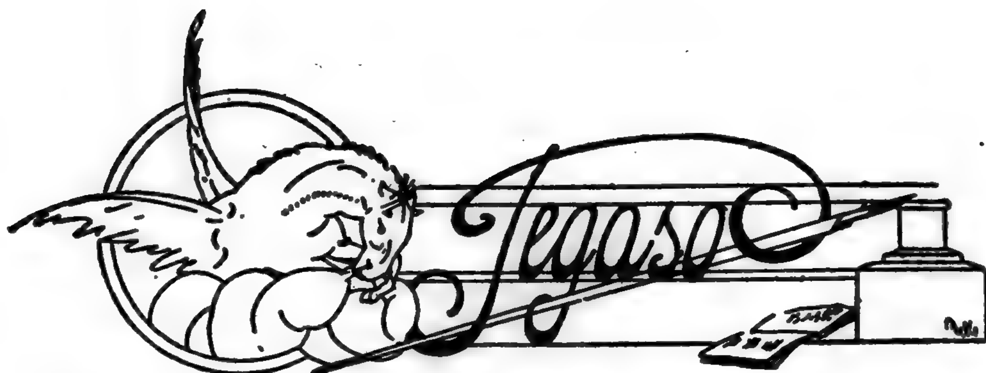
DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO
PEÑA Hnos. — Imp.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE



Año I	Montevideo, Setiembre de 1918	Núm. 3

REDACCION:
Antón Martín Saavedra — Wifredo Pí
Montiel Ballesteros

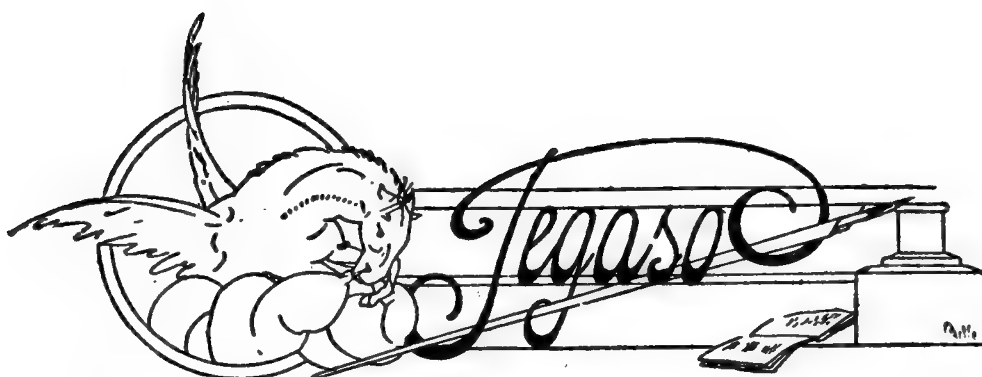


ADMINISTRACION:
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0.50

Diríjase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

ESTÉTICA

Atravesamos actualmente un momento de acefalía en el gobierno de los destinos humanos. No hay una doctrina entronizada, no hay una creencia dominante, no hay una práctica en que todos ajusten su acción y, en este caso en que se debate la conciencia universal, el sentimiento está adormecido a la espera de un nuevo ideal que lo conmueva, escudriñando el cielo para descubrir en él la estrella no encendida todavía que ha de guiarlo al pesebre en que nacerá el nuevo redentor que forzosamente ha de nacer, porque la humanidad necesita siempre de un Dios que la presida, al cual pueda acudir en demanda de auxilio o de consuelo en sus horas de angustia y de tribulación. El hombre, en general, es genuinamente creyente: cuando no adora a una deidad, se prosterna ante un ídolo; cuando no reconoce un dogma, se somete a una superstición; cuando no respeta a la ciencia acata el empirismo; se burla del poder divino y tiembla ante la



Año I | Montevideo, Setiembre de 1918 | Núm. 3

REDACCION:
Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi
Montiel Ballesteros



ADMINISTRACION:
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0.50

Dirijase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

ESTÉTICA

Atravesamos actualmente un momento de acefalía en el gobierno de los destinos humanos. No hay una doctrina entronizada, no hay una creencia dominante, no hay una práctica en que todos ajusten su acción y, en este caso en que se debate la conciencia universal, el sentimiento está adormecido a la espera de un nuevo ideal que lo conmueva, escudriñando el cielo para descubrir en él la estrella no encendida todavía que ha de guiarlo al pesebre en que nacerá el nuevo redentor que forzosamente ha de nacer, porque la humanidad necesita siempre de un Dios que la presida, al cual pueda acudir en demanda de auxilio o de consuelo en sus horas de angustia y de tribulación. El hombre, en general, es genuinamente creyente: cuando no adora a una deidad, se prosterna ante un ídolo; cuando no reconoce un dogma, se somete a una superstición; cuando no respeta a la ciencia acata el empirismo; se burla del poder divino y tiembla ante la

influencia del jettatore; duda del médico y se entrega al curandero; se dice ateo y cree en el maleficio del número trece o de determinado día de la semana; cuando se considera más emancipado de todo fanatismo es más esclavo de toda superchería, y siempre es y será el mismo Sísifo empeñado en hacer rodar la piedra de su mísera condición hacia una cumbre solo accesible para los espíritus que pueden seguir la marcha aliviados de preconceptos obstinados y despojados de mezquinas pasiones. ¡ Y estos son tan pocos! ..

Con las religiones, que son la fuente del sentimiento para las muchedumbres, se han ido las artes, y por esa razón cobran cada día mayor valor las obras que el pasado nos dejó y que no serán equiparadas mientras no surja un nuevo manantial de inspiración. En nuestros días nadie podría pintar una Madona: le resultaría apenas una mujer. Y no es que se haya perdido la tradición narrada y escrita sobre lo que fué la madre de Jesús, sino que ha sido desflorada su virginidad por el análisis filosófico que descarta todos los simbolismos legendarios para llegar al esclarecimiento de la verdad. Se han apagado en el cielo de la fantasía las luces que la iluminaban. Faltan los dioses y las diosas del Olimpo; faltan los santos y las vírgenes y los arcángeles del paraíso celeste. Icaro vuela en monoplano; Santa Cecilia oprime los pedales de una pianola; Moisés escribe las Tablas de la Ley con máquina dactilográfica; la ninfa Eco vaga desesperada al ver robados sus acentos por las ondas trasmisoras de la telefonía sin hilos, y Hércules se ha echado a muerto al saber que un niño con solo apretar el botón de un conmutador eléctrico, desarrolla mucho más poder que el de todas las fuerzas que él empleó para dar cima a los trabajos que le fueron impuestos.

Desvanecida la fábula, destruída la leyenda, aplastado el fanatismo, desenmascarada la superstición, solo le queda al hombre la realidad, y no sabe qué hacer con ella.

Si suiere traducirla en versos, le resultan cojitrancos y disonantes; si pretende cantarla en música, le resulta desacompasada y estridente; si ensaya darle forma en la estatua, le resulta deforme y grosera; si intenta pintarla en el lienzo le resulta abigarrada y vulgar. Ha probado por último fijarla por un procedimiento mecánico para reproducir la poética sonrisa robada del Louvre, y de todas las que se exhiben en la galería coleccionada por « Comedia » no hay una sola que pueda reemplazarla. Es triste decirlo, pero es una gran verdad; falta en el alma de la entera humanidad actual el sentimiento que latía en la de Leonardo de Vinci cuando retrataba a Monna Lisa.

DANIEL MUÑOZ.

LA NINFA

Entre laureles rojos que Primavera enflora,
Cabe el césped en donde la clara linfa trisca,
Un sátiro sonríe malicioso a la arisca
Náyade, rosa viva, cuya madrina es Flora.
Sonríe el sátiro, cautamente.
Es chato, rubicundo, y en sus ojos de gato
Brilla profusamente
La chispa enardecida del episodio grato.
Su crin bravía húmeda de rocío
Y su torax de hombre, lleno de vello hirsuto,
Danle un aspecto bruto
De selva y de violencia. Su fuerte pie cabrío
Quiebra el agrario timo;
Chorrea por su barba el glúcar del racimo.
Nudosos biceps y firmes pectorales,
Nada falta a su busto,
Le consagran Hércules de los ritos pradiales
O bárbaro Imperator del arrimo robusto.

Sonríe el sátiro a la rosa viviente
Que incauta
Se despereza a flor de la corriente
A compás de una música bochornosa de flauta.
Destrenzada la cabellera profusa,
Sobre la carne púbera y sobre el seno breve,
Finge, al espejarse en el agua confusa,
Un crepúsculo de oro sobre un lago de nieve.
Los dos jacintos, gemas

Unicas que ilustran la joya curvilínea,
Fueran decoro de imperiales diademas
O broches de la túnica apolínea.
Su vientre redoma donde el amor germina
Es una madreperla...

La narina
Del sátiro husmea con delicia la fruta,
Golosina asaz dulce para su lengua bruta.
Enmudece de amor sexual el capripede,
La maraña a su empuje cede ..
Felinamente asoma la cornuda testa
Por los ramajes espesos,
Y toda la floresta
Se llena de suspiros y de besos ..
Ajena a toda sorpresa
La náyade entretiene en el agua su holganza,
Cogiendo, entre sus dedos color fresa,
Peces color gloria y color esperanza ..
El sol artista dora
Ora
El flanco
O destaca franco
El vientre ameno
O la doble cúpula del seno.
Proyecta luces y combina
Tonos en su cambiante albedrío,
Y hace la danza de la serpentina
Con el iris que brota del rocío ..

Dorada como una fruta
La ninfa prosigue su ocioso juego,
Mientras el sátiro cubre la impoluta
Carne, con mentales besos de fuego.

Gozando de antemano la fiebre del choque
Su inspecciosa pupila
Rutila
Como la punta de un estoque.
El cielo está pálido
Pues el sol se allega a la línea
Meridiana y su cálido
Influjo destiñe la planicie apolínea.
Es hora
Canicular, por eso
El sátiro que entiende el amable proceso,
Implora,
Para su empresa galante,
La gracia de su dea:
Tal un ceremonioso hierofante
En un rito sagrado de Atenea ..

De un salto
El bípedo ágil
Llega junto a la frágil
Ninfa que no sospecha el asalto.
La leve
Criatura, escandalizando el ambiente,
Se estremece entre el fauno y la corriente:
Bello motivo este para un alto relieve...
En el acuático rapto
El salteador poco apto
Languidece. La linfa
Aliada de la ninfa
Desgasta el impetu masculino.
Entre un remolino
De iris y de espuma
Se evade franca
La ninfa, en cuya blanca
Carne, gravó el sátiro un surco purpurino...

Como una corza dando brincos
Huye la ninfa en raudo exodo,
Y el sátiro describiendo cincos
Pugna por zafar de su cárcel de lodo.

Ya sus uñas
Y pezuñas
El sátiro abandona en el trance
« La vertical del orgullo, »
Pues su bandullo
Pesa como un antiguo romance...
Ya sus uñas
Y pezuñas
Digo,
Se afirman en el ribazo amigo,
Ya, por último, se yergue frenético—
Es sátiro al fin y al cabo—
Y, cierto de un éxito cinegético,
Sacudiéndose de los cuernos al rabo,
Con golosa narina husmea el rastro
Sagitario audaz a la caza de un astro...

La ninfa lista,
A consecuencia del susto,
No retoza muy a gusto
En la peligrosa pista...

A punto de caer rendida de fatiga,
La náyade pidió auxilio a Diana,
Con un suspiro que era una cantiga
En la emoción de la hora tramontana.
Y por virtud extraña

Convirtióse la ninfa en frágil caña.
El sátiro burlado lloraba su cuita
Infinita,

Cuando, por inspiración celeste o instintiva maña,
Dió en cortar en fragmentos
Un trozo de caña.

Y uniéndolos sopló en ellos sus lamentos
Que humedecieron toda la campaña ..
He ahí contado, sin detalles prolijos,
Lo que un aeda de Jonia refería a sus hijos
En su cabaña, al son del forminx...

Cierto día,
Hojeando un curso de Mitología,
Leí, con asombro, este fabuloso relato
Que yo creía historia
Ilusoria
Hecha para pasar el rato.
Admiróme mi supina
Ignorancia en cosas de dioses—tenía entonces veinte años,
Ojos de ensueño y cabellos castaños
Y un alma errante como una golondrina.
La historia titulábase « SIRINA »
La ninfa y PAN el dios de los rebaños ..

PABLO DE GRECIA.

LUCILA STRINGBERG

(CUENTO)

Yo pretendí durante tres años consecutivos, antes y después de su matrimonio, a Lucila Stringberg. Yo no le desagradaba, evidentemente; pero como mi posición estaba a una legua de ofrecerle el tren habitual, no quiso nunca tomarme en serio. Coqueteó conmigo hasta cansarse, y se casó con Buchenthal.

Era linda, y se pintaba sin pudor, las mejillas sobre todo. En cualquier otra mujer, aquella exageración rotunda y perversa habría chocado; en ella, no. Tenía aún muy viva la herencia judía que la llevaba a ese pintarrajeo de domingo galitziano, y que tras dos generaciones argentinas subía del fondo de la raza, como a una cofia de fiesta, a sus mejillas. Fenómeno inconsciente, y que su mundo soportaba de buen grado. Y como en resumidas cuentas la chica, aunque habilísima en el flirteo, no ultrapasaba la medida de un arriesgado buen tono, todos quedaban contentos.

Yo conocía bastante al marido; era de orígen hebreo, como ella, y tenía, en punto a vigilancia sobre su mujer, el desenfado de su alto círculo social. No me era, pues, difícil acercarme a Lucila cuanto me lo permitía ella.

Mi apellido no es ofensivo; pero Lucila hallaba modo de verlo así..

—Cuando uno se llama Ca-sa-cu-ber-ta, me decía no se tiene el tupé de pretender a una mujer.

—Ni aún casada ? — le respondía en su tono.

—Ni aún casada.

—No es culpa mía; Vd. no me quiso antes.

—Y para qué ?

Inútil observar que me miraba al decirme esto, y durante un buen rato después.

Otras veces:

—Vd. no es el hombre que me va a hacer dar un mal paso, Sr. Casa-cuberta.

—Pruebe.

—Gracias.

—Hace mal. Cuando se tiene un marido como el Sr. Buchenthal, un señor Casacuberta puede hacer su felicidad. Vamos, anímese!

—No; desanímese Vd. Con Vd, por lo menos, no.

—Y con otro ?

—Veremos.

—Pero por qué diablos conmigo no!

—Porque. .

Y me miraba como quien detalla un vestido.

—Porque. . Algún día se lo diré. Levántese. . No me deja ni mover siquiera.

Otra vez:

—Vea, Casacuberta: si Vd. quiere serme agradable—sí ?—tome mañana mismo el tren, váyase a Bolivia, a la Patagonia, construya dos o tres puentes, haga una bonita fortuna, y después venga; le prometo esperarlo.

—Yo soy ingeniero, y capaz de hacer un puente desde la Patagonia a Bolivia. Pero ensamblar fierros T y TT por dejar de verla, no.

Añadía:

—Y para qué quiere fortuna ? No le basta con la de Buchenthal ? No se va a comer la mía, supongo. .

—No; y menos con esta nueva grosería suya. . Váyase, déjeme. Haga lo que le digo, y después hablaremos.

Difícil, como se ve, mi adorada. Pero Cacacuberta y todo, yo no perdía las esperanzas. Un amante tenaz preocupa muy poco a una mujer mientras ésta se considera feliz; pero se torna terriblemente peligroso, por poco que aquélla tenga ganas de llorar, al creerlo todo perdido.

Qué podía perder Lucila? No lo sé — o no lo sabía entonces. Poco después del trozo de diálogo que acabo de contarles, entró en escenario R. M. F. Las iniciales bastan, supongo. La primera vez que lo ví arrinconado con Lucila, usando, presumo, de todos los recursos de su sentimentalidad muy grande de artista, no preví nada bueno para mis esperanzas. En el primer garden party volví a hallarlos extraviados bajo un parasol, y de noche le dije a Lucila:

—Deje a R. M. F.; no es hombre para Vd.

—Por qué? Es tan inteligente como Vd. supongo.

—Más. Pero es un canalla.

—Casacuberta!

—Muy bien; no he dicho nada.

—Canalla!. . Porque Vd. lo siente más cerca de lo que Vd. no ha podido conseguir?

—No; créame, Lucila: déjelo. No es el hombre que Vd. cree. .

—Ah, sí!. . Vd. es ese hombre!

—Quién sabe; pero él, no. Después veremos.

Pasaron cinco meses; yo estuve cuatro en el sur. Una tarde, ya al crepúsculo, fuí a ver a Lucila. No me quiso recibir; pero cuando me retiraba, llegó contraórden. Entré, y la ví muy descompuesta. Parecía sufrir en realidad, por lo que me respondió con muy breves palabras; muy breves y secas. Quise irme, pero me detuvo.

—A qué se va? — me dijo extrañada y sufriendo. Quédese.

No me miraba, pero tampoco miraba nada concreto. De pronto: ¿Cuántos individuos de su laya se pueden comprar con mil pesos?

Debo observarles que este término *laya* no era de su vocabulario, ni se lo había oído nunca. Debía, pues, estar profundamente herida.

—Respóndame! Cuántos?. . Veinte o treinta?. . Vd. incluso? Y Vds. son los intelectuales de este país?. .

En un instante vi claro todo: la conquista de R. M. F., y el cumplimiento de la profecía que le había hecho a Lucila.

—Deje a los intelectuales—le dije.—No sea injusta. Yo le advertí bien claro lo que le iba a pasar con él.

—El ?. .

—Sí, M. F. Es cierto ?

No me respondió, y miraba inmóvil un punto, porque tenía ganas locas de llorar. Le tomé entonces la mano, y los sollozos se desencadenaron por fin.

—Si ! si !. . Es cierto, es cierto !. . Qué horror¡ . . ¡ Cómo puedo todavía mirarme a mí misma !. .

Tenía razón, porque yo sé la cantidad de honor y sentimiento sincero que había tras el antifaz de sus bravatas, como en tantas otras chicas de envoltura histérica.

Me contó lo que había pasado, que es esto:

Al fin, seducida desde luego por la verba del hombre, y sobre todo cansada, enervada, había cedido. Se veían en casa de él. R. M. F. —Vsd. lo saben bien— sabe hacer las cosas. Su garzonera es un verdadero chiche, y Lucila llegaba a ella bajo un perfecto disfraz de mucama. El disfraz éste está bastante de moda, y ella lo lucía muy bien. La aventura era arriesgada, aún al anochecer; de donde mayor encanto para Lucila. El valet—mudo y dígno—hacía pasar a la esbelta mucama. Pero R. M. F. sufría un poco por el disfraz de su amada, que era en suma poco distínguido, y se sentía rebajado ante los ojos de su mucamo, que hacía pasar a la vulgar visitante con una vaguísima sonrisa. Esta sonrisa entraba hasta el fondo de la vanidad del amante, por lo cual una noche, habiendo llegado Lucila con un poco de adelanto, oyó que R. M. F. insinuaba a su valet, en pastosa voz de confidencia:— ¡ Qué mucama, zonzo. . No sabés conocer. . Es la señora de Buchethal. . Silencio, eh ?. .

Este es el caso.

—¡ Y esta es la amargura que me tocaba conocer aún, de Vds. los intelectuales ¡ — concluyó Lucila. — ¡ Muy poco le importaba al señor R. M. F. poseerme ¡ Lo importante para él era que su sirviente supiera que yo era la señora de Buchenthal ¡

Pasó un buen rato. Tras el sarcasmo de su cabeceo, había un hondo raudal de lágrimas por un sacrificio inútil, incomprendido y sin sabor. Le tomé de nuevo la mano, y ella vino dócil y se apoyó en mi hombro.

—Lucila...

—No, no... me dijo tristemente, pasándome su mano por el pecho. — Yo no valgo para nada...

—Para mí, sí.

—Para Vd., no... Y Vd. tampoco para mí. Vd. es el único hombre—se sentó de nuevo—con quién hubiera sido feliz... Me oye ahora ?—al hacer esto... Un día se lo dí a entender... Ya esto está concluido... Dejemos.

Salí. Yo era al parecer el hombre a quien ella quería, y por esto mismo me había resistido para ceder a un literato vanidoso. Comprendan Vds. ahora a las mujeres.

HORACIO QUIROGA.

Buenos Aires.

COMUNIÓN

Pueblecillo: tú me eres cordial como un amigo;
eres humilde y manso, clarísimo y sereno,
y rimas las ternuras de tu alma campesina
como yo rimo un verso.
(Como yo rimo un verso de estos míos que pueden
no ser trascendentales, pero que son sinceros).

Pueblecillo: tú me eres cordial como un hermano;
en tí hallé la blandura de césped de mi ensueño,
en tí el verde regazo de mi pensar eglógico
y en tí mis dulces versos.
(Mis versos donde pongo los cantos de tus aguas,
la roma de tus tréboles, la calma de tu cielo).

Pueblecillo: tú me eres cordial como es un padre;
me brindas la pureza sana de tus momentos,
la rima de tus flores y el ritmo de tus pájaros,
yo te brindo mis versos.
(Mis versos que volando se van como tus aves
hacia el verdor geórgico de tu campo hogareño).

Pueblecillo cordial, mi pueblecillo,
escúchame este anhelo:
yo anhelo ser perdido en tu paisaje
—como tú en la grandeza de río, pampa y cielo—
un árbol, sólo un árbol que da flores y frutos...
¡ Nútreme con la savia de tu seno !

ERNESTO MORALES.

EL POETA CARLOS PEZOA VÈLIZ

ENSAYO DE CRITICA SOBRE LA JOVEN PERSONALIDAD CHILENA

Hablando de literatura y de escritores más o menos directrices del momento intelectual en que actuaron, en amenas charlas postales con algunos de los poetas representativos de la juventud chilena, dimos en hablar varias veces de Cárlos Pezoa Veliz, tenido por sus compatriotas como el más característico de su pueblo, y muerto en plena miseria cuando contaba apenas 29 años de edad. Aguijoneado por el afán de conocer a fondo la obra e historia del vate malogrado, pedí datos concretos a J. Lagos Lisboa, uno de los más aplaudidos en los círculos del país trasandino, quien tuvo la gentileza de proporcionarme un ejemplar de la obra póstuma del poeta, ya agotada, e intitulada « Alma Chilena ». Impresionado hondamente por la lectura de esas páginas intensas y dolorosas de Vida y de Verdad, he creído provechoso a la par que justiciero, dar a conocer a quienes en el Uruguay—ignorándolo—se interesen por las altas manifestaciones espirituales, la personalidad extraña y atormentada de este vocero de los dolores populares tán injustamente castigado por la Mala Fortuna.

Puede afirmarse, sin caer en error, que aquel pueblo perdió su cantor más representativo, así como la literatura de Chile el bardo mejor dotado de las aptitudes necesarias para ser un gran poeta.

A Pezoa Veliz no sería difícil hallarle ubicación literaria, pues su realismo, su amor a la verdad y a veces a la crudeza, bastan a este propósito. Y no podría tener otra

tendencia un cantor de la multitud. Yo lo colocaría entre Almafuerte y Evaristo Carriego. Era menos apóstol que el primero, y era menos romántico, menos plañidero que el segundo. No tenía en la boca las blasfemias y los misticismos del autor de « El Misionero », y era más lapidario, crudo y fuerte que el de « Misas Herejes ». Canallesco, revolucionario, (sin hacer doctrina) tenía tanto del *roto* en el alma como de araucano en la sangre. Estaba hecho en una madera que tanto servía para cruces como para horcas.

Críado por dos buenos viejos que no eran sus padres, de ellos tomó sus apellidos, dos viejos que según su decir pintoresco: habían empollado, sin saberlo, un huevo de culebra.

Por esta causa y dado su temperamento bohemio, tenía hogar y no lo tenía. Trota tierras, inquieto, con esa inquietud de los que no pueden estar mucho tiempo bajo el mismo cielo, era el bohemio estrafalario que rodaba los pueblos con la indigencia en el morral y una honda tristeza en el corazón, tristeza que perfuma casi todos sus versos y fué la inseparable compañera de su breve vivir. Esta particularidad se nota a las claras en su obra « Alma Chilena », recopilada y editada por Ernesto Montenegro. Muchos de sus versos, los primeros del libro, son voluptuosos, voluptuosos hasta el pecado—como diría un espíritu puritamente ético. Canta en ellos las ansias del varón, y en éstos himnos del Deseo, pone de manifiesto su temperamento exaltado por el amor de la carne que a veces toca las lindes de lo enfermizo. Puede decirse que este período, en el poeta, es el ciclo de la *carne triste* Ved:

« Yo quiero una mujer...
Así la quiero:
« Yo quiero una mujer...
Así la quiero:
Carne sólida y tibia, color rosa
Y hambrienta de impudicias... »

Luego, notamos en su obra, un período más de acuerdo con la serenidad y compostura en la forma, bien que algo desigual siempre, aún dentro de la cierta harmonía apuntada. Entonces es cuando nos empieza a gustar de veras, a ganar nuestro espíritu, para más adelante apoderarse de él plenamente. Existen en este período de su obra, algunas composiciones regidas por los cánones nuevos que impusieron en Chile Ruben Darío y Pedro A. Gonzalez como lo hace notar el crítico chileno Armando Donoso en «Los Nuevos« que nos presentan al poeta como un creador de giros modernos, de ritmos afiligranados, de imágenes peniadas; como si el aliento de Francia inclinara suavemente las crenchas de su Musa, que el vate ha tenido el capricho de humedecer en un lírico bautismo en las aguas del Sena. Y de este *momento* de su modalidad datan las poesías intituladas «El Pintor Pereza», «Pergamino Clásico» y otras. Escuchad algunas estrofas de este pergamino, y decidme luego si no encontrais que son modelo de belleza dentro de lo moderno y si no le hallais un hermoso toque de aristocracia rancia dentro del perfume prócer que emana cada verso, como si hubieran estado guardados mucho tiempo en el fondo del arcón que fué de algún abuelo:

« De frac y guante blanco con paje y escudero
a la moderna justa penetra el leal doncel;
« las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas le enaltecen, las aves hablan de él. »

« Su deudo es grato. Baten en él las serenatas
como calandrias nuevas sus alas de cristal;
las cláusulas afinan sus ocarinas gratas
y su violín de plata ensaya el madrigal. »

« En tanto allá conversan los clásicos romances,
Conversan sobre Góngora de gafas y de frac,
Y se habla de Quevedo, de sus nocturnos lances,
Mientras un reloj viejo masculla su tic-tac. »

8

« Y el poeta lanza al aire su verso vocinglero ..
¿Qué más? Su verso es joven (es verso de un doncel)
Las flores han cantado las glorias de su acero,
Las damas baten palmas, las aves charlan de él. »

Como un ejemplo de su modo modernista también, pero más que esto, como ejemplo de la tendencia que abrazó en sus últimas producciones, las que lo singularizan como el poeta que poseía *más alma chilena*, está ese poema que intituló « El Pintor Pereza », de cuyos versos fluye, con una realidad tán rotunda como mayor no había leído en nadie, el alma triste, la vida aburrida, *sin porqué*, la voluntad ausente, de un espíritu enfermo de arte en uno de esos períodos en que se siente envuelto y como uniformado en la nuble gris de la pereza y el hastío. Confieso que ni en Baudelaire ni en Rodembach he leído una página como ésta, donde la abulia se posesione tán radicalmente del espíritu, donde el pesimismo y el color gris de un alma, rimen tan a tiempo con el gris y el pesimismo del ambiente que nos rodea, hasta parecernos tener « gafas de bruma sobre la nariz. » Pero leed algunas estrofas de la composición y juzgad vosotros:

« Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac... »

« Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro y otro: ¡ tres !
¡ Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués ! »

« El pintor no lee, la lectura agobia
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y todas las cosas con máscara gris. »

« Su mal es el mismo de los vagabundos;
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal. »

« Ni piensa ni pinta ni el humor ingenia.
¡ Qué ha de pintar si halla todo sin color !
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor. »

« Así pasa el tiempo. Sólo, solo el cuarto...
Sólo Juan Pereza, sin hablar. ¿ De qué ?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fé. »

« La madre está lejos, a morir empieza
Allá, donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
la esconde la pluma, la tinta o el block. »

Para terminar con esta estrofa plena de una conformidad filosófica—estoica, la única, la verdadera resultante que podía salir de los labios del hombre cuyo carácter y cuya vida acaba de pintar en pocos versos, con tan definidos rasgos y tal plasticidad y relieve, que más parece la acuñación de una medalla con metal de vida que no la pintura de un tipo:

« La vida... Sus penas. ¡ Chocheces de antaño !
Se sufre, se sufre. ¿ Porqué ? ¡ Porque sí !
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡ Qué diablo ! la vida es así... »

Yo creo, simplemente, que esta poesía, objetiva y subjetiva a la vez, retrato de un alma, de una vida y del me-

dio ambiente que los aprisiona—en vez de decir que los rodea—es un acierto muy hondo de poeta observador del prójimo y de sí mismo; es un acierto—por el modo de tratar el asunto—del *gran poeta* que estaba ya latente en Pezoa Veliz.

Poseía el don—bien extraño por cierto—de decir mucho en pocas palabras; y éstas mismas tán sencillas, tán vulgares—a veces .. Pero él las colocaba, no sé si por intuición, en el lugar preciso en que adquirían la fuerza y elocuencia que poseen algunos vocablos rudos en muchos de sus versos amargos y plebeyos. Lo que aconsejaba Flaubert—sencillamente.

Con la composición que acabo de trascribir en parte, entra el poeta en el período de su obra que más lo caracterizó y fué, en general, el reflejo de toda su vida de artista y de hombre. Si fuéramos egoistas, tendríamos muchas veces que bendecir al Dolor, por ser, en infinidad de casos, el verdadero padre de la Emoción y la Belleza supremas. Poe, Baudelaire, Verlaine, son ejemplos de ayer: Herrera y Reissig, Florencio Sánchez y Pezoa Veliz son ejemplos de hoy.

Su figura era huraña, rara—dicen los compatriotas que sobre él han escrito—y agregan que había venido *repechando desde muy abajo*, pero ignorando desde donde. Nadie sabía *su casa* ni quienes eran sus padres; en cuanto a él: era un poeta nada más, un poeta ¡ y era bastante ! Cuando obtuvo un empleo en « Viña del Mar », se hizo señorito, o niño bien—como querais; — quiso aristocratizarse y se disfrazó de dandy. Pero bajo aquella caparazón de artificio puro, se asomaba, irremediablemente, el alma áspera, el temperamento autóctono, el albedrío del araucano que llevaba en las venas, y del bohemio que llevaba en el temperamento. Era el fruto agrio, torvo y tal vez tardío, con todas las características étnicas de la raza, brotado del viejo tronco que aún da som-

bra a la familia de *los rotos*. Por eso fué el cantor popular, de léxico sencillo hasta el desaliño. Es indudable que él tenía conciencia de su misión dentro de la lírica de su patria; y si en un momento veleidoso, o de curiosidad, se desposó con la musa de los refinamientos imperantes por aquellos años, la voz interior le cantó al oído cual era su camino verdadero, la senda humilde que le daría el triunfo, y pronto se le vió darse por entero a la musa fuerte y lozana de los desheredados y los tristes como él, la que lo esperaba con los brazos abiertos y los ojos en alto porque era su preferido, porque era su poeta.

Musa que aún persiste viuda desde la muerte del vate, Y ciertamente que esta unión, lejos de ser híbrida, fué de una fecundidad tan rica para las letras chilenas, que las divinidades campestres debieron sentirse orgullosas ante el advenimiento de ese poema rústico y desnudo, pero ungido de savia y de rocío, de rocío de aurora y de lágrimas, que se titula « Pancho y Tomás ». Y el espíritu enfermo y vago que presidió la soberbia creación de aquella página en que se hastía el alma del Pintor Pereza, sigue edificando piedra sobre piedra— el palacio gris del pesimismo en que quería encastillar su alma, y escribe otros poemas, que son—para mí—algo que yo llamaría la letra inicial de los desencantos y las brumas del vivir. Me refiero primeramente a la composición que lleva por título: « Nada »; acerca de la cual no se puede dar idea digna de ella sin trascribirla en parte. Juzgad:

« Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
jóven, rubio y flaco; sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo. Tal vez un perdido. »
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles

cantando marchaban .. Entre sus papeles
no encontraron nada .. los jueces de turno
hicieron preguntas al guardian nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez ni el vecino Pinto.

. . . .

Una jaletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta. Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada.»

El tuvo su palacio de invierno como Verlaine: el Hospital San Vicente de Paul, donde espiró rodeado de unos pocos amigos, según escribe el prologuista de su obra; pués cuando parecía que la suerte—esa señora de los caprichos y las rarezas—intentaba tenderle las manos, a raíz de una catástrofe seísmica, quedó inválido el pobre poeta, ingresando en esa Casa de Caridad. Y fué allí—seguramente—donde repitiéndose el simil con el autor de «Fetes Galantes», escribió aquel poemita que nos recuerda por el asunto, como lo observa uno de sus críticos:

«Il pleure dans mon coeur», tán triste y plomizo que nos hace el efecto de una nube en el alma y que el poeta chileno titula: «Tarde en el hospital». Leedlo:

«Sobre el campo el agua mustia
cae fina, gracil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve ..»

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve ..

Entónces, muerto de angustia,
« ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso. »

Y así, entre dolores y miserias, vivió su corta vida de veintinueve años este clásico tipo de la bohemia y el genio suramericanos, este hermano de Julio Herrera y Reissig, de Florencio Sánchez, de Pedro Antonio Gonzalez (su compañero infortunado) y de José Asunción Silva, el romántico suicida; dejando su preciosa y lamentable existencia en manos de la Gloria, cuando recién comenzaba a concebir sus primeros versos de gran poeta.

FERNAN SILVA VALDEZ.

LAS BOYAS LUMINOSAS

EN LA NOCHE

I

Cuando a las nocturnas aguas del maravilloso Plata
tiende sus remotos brazos desde el constelado cielo
la alta Cruz del Sud; y es ella, por su luz límpida y beata,
como el signo del Calvario sobre un negro terciopelo;

Varias boyas luminosas parpadean su escarlata;
sus flotantes carmesíes. Como un rojo ritornelo
es su brasa intermitente; el rubí de alterno rielo
que a las proras les anuncia el obstáculo pirata.

Tienen breves, sucesivos y avizores linternazos,
cual luciérnagas activas, de evasivos fogonazos,
en un gran jardín obscuro .. Son heridas de las olas.

En las noches del estuario sus pupilas bien despiertas,
de los tránsitos felices dán las rutas más expertas;
y entre lirios de la espuma son cual rojas amapolas.

II

De la bahía nocturna sobre el agua sollozante,
con su pupila marina, que es un rubí intermitente;
centinela de los barcos, arcángel de espada ardiente,
ya se apaga, ya se enciende una boya vigilante.

Guiña, a ratos, la belleza de su rojo parpadeante.
Ella finge; a flor de agua, como un alga luminosa.
Es cual boca que se abre, toda en grana milagrosa,
dando alertas repentinos al confiado navegante.

Sobre el fondo de tinieblas que une al agua con el cielo,
ella es tal como un granate sobre un negro terciopelo;
y de su dispar pupila brotan cual púrpuras bellas.

Y sobre el negror de muerte de la abismática ola,
su hemorragia de luz roja pinta como una amapola
que, cual de un jardín de lirios, cayó desde las estrellas.

III

Es como una luciérnaga marina,
por su insomne fulgor. Es la advertencia
de las aguas leales: la conciencia
del mar, que sus peligros ilumina.

Es lámpara nocturna de las olas.
Estas la izan como inquietos brazos...
Se enflora con sus rojos lumbrarazos
como con momentáneas amapolas.

Movida en el vaivén de la marea,
como un hombre que tose, cabecea;
y parece una tísica que exputa;

y parece que escupe sangre humana,
del mar nocturno en la anhelante ruta,
su salivazo de fulgente grana.

ANTES DEL CREPÚSCULO

Como un banco milagroso de coral fosforecente;
cual granada que se abre en un rojo presuroso;
lucentor, candela o faro, alza su encendida frente
una boya, que es la hembra del abismo voluptuoso.

El la abraza y él la besa con las ansias de un esposo;
y ella púrpuras activa, como boca en beso ardiente;
y ante el varillaje oblícuo del oro del sol poniente
es como un clavel inmenso con rocío luminoso.

El peñón de gesto austero, con perfiles de ermitaño;
cual pastor del que las olas son el biblico rebaño...
Doquier aguas con sus lirios o sus moñas de albo tul...

En el cielo está la tarde, como una divina joya...
Y en la rada, alegre, roja, vigilante está la boya,
como un sello rojo: un lacre sobre un gran papel azul.

GUZMAN PAPINI.

LA DANZA

BALLETS RUSOS

Es evidente que la danza es una de las primeras manifestaciones artísticas de la humanidad. Anterior a la poesía. Es decir: a la poesía como la concebimos hoy: expresada con palabras.

Cuando el hombre hubo conocido, amado y gozado hasta el hartar, le quedó un remanente de vagas sensaciones insatisfechas con los apetitos materiales: era el espíritu que reclamaba sus fueros . . . Y el hombre, incapaz entonces de expresar con el verbo lo poco que hoy expresamos; ese deseo de ascender, de desligarse de la tierra que lo retenía con su materialidad e impureza, lo hizo usando una forma directa: el baile, gestos y ademanes cadenciosos armónicos que vienen a ser la poesía en acción.

En la India, aquel pueblo fanático que todo lo ofrenda a sus ídolos y en el Egipto esplendoreso y enigmático, el arte de la danza alcanzó gran desarrollo. En Grecia donde florecieron, fructificaron y tuvieron la más alta culminación todas las artes, la danza tuvo cultores notabilísimos que eran admirados y considerados por aquel pueblo que amó la belleza y la pureza de líneas sobre todas las cosas.

El cristianismo que vino a entristecer la vida, apagó esta jocunda manifestación de la alegría de vivir. Tuvo el baile un larguísimo período de letargo hasta que resurgió, en forma de bailable agregado a las grandes óperas para dar brillo y amenidad a estos espectáculos. Pero su renacimiento vino afectado por hondas fallas: las escuelas de baile italianas y francesas tenían un pobrísimo con-

cepto de la danza; se reducían a inculcar en los discípulos una mayor o menor *virtuosidad* técnica; sin tener en cuenta para nada el espíritu, hicieron una cosa monótona, vulgar, uniforme, donde los conjuntos movíanse en masa, como autómatas, y donde para nada entraban los valores que constituyen el *ballet*: rica policromía que forma un cuadro armónico y lleno de visualidad, línea, belleza, agilidad, expresión: una verdadera fiesta para los ojos y el alma.

De Rusia ¡ de ese enorme país complicado y simple, místico, contradictorio y abstruso ! de ese pueblo grande y enigmático de donde han venido tantas bellas revelaciones, vino también el resurgimiento de la danza en toda su excelsitud como arte, en todo su esplendor colorista y visual, en todo su delicado sentido de lo bello y de lo noble. Ese pueblo yacente en una esclavitud inexplicable mientras producía los más grandes revolucionarios; hundido en el sensualismo y la indignidad, produjo genios que ante la degradación general, parece quisieron dar al mundo una revancha y una expiación produciendo belleza. Surgieron músicos que revolucionaron todas las antiguas formas y legaron al mundo verdaderos monumentos de arte, surgieron reformadores del teatro y del arte decorativo y surgieron los portentosos danzarines que hoy van por el mundo propagando cultura y belleza. Con actitudes, con pasos, con saltos, con vuelos, dotaron al cuerpo de una agilidad, de una blandura, (apesar de la rigidez que adquieren los músculos) de una elasticidad y una ingravidez tal hasta convertir esta grosera caja de impurezas, en una estatua viviente de líneas puras y movimientos nobles.

Alada manifestación exterior del interno sentir, deseo de vuelo y espiritualización que se insinúa en los prodigiosos saltos de estos ágiles y ligeros bailarines que tienen el suave y blando posar en tierra como una golondrina que describe armónica curva y vuelve a elevarse, estatua-

ria pose que no dá idea de la muerte, sinó de la aspiración a una vida mejor; rapidísimos aleteos de mariposa, vertiginoso girar de una hoja arrebatada por el torbellino, dulce muerte de un cisne a la villa del lago, danzas populares ennoblecidas y elevadas cumpliendo una tarea igual a la del artífice que hace de tosca piedra una joya preciada; leyendas ilustradas con la gracia, la emoción, la poesía del más grande artista: todo esto y aun mucho más que esto es lo que realizaron los rusos creando el *ballet* moderno.

Contribuyeron con su cultura refinada y depurada los críticos y directores hoy gloriosos, dispusieron de toda la joyante fantasía oriental que existe en el alma moscovita los pintores y escenógrafos y concertaron las más altas y sublimes notas los indiscutidos músicos de aquella nacionalidad.

Los rusos místicos, de alma profundamente buena prodigaron la belleza: hicieron las cosas bien, que es una manera de ser bueno según el decir de Rodó.

Y quizás la revolución de ahora que tantas sorpresas nos depara, sea una consecuencia de la profunda revolución espiritual venida desde arriba y que produjo los más grandes teorizadores políticos, que reformó la música, dió nueva vida a la pintura y la escultura, e hizo renacer el arte de la danza, el más completo de todos porqué resume y compendia a los demás. En este caso se habrían realizado los deseos de Schiller quien quería ír por la belleza a la libertad y por la cultura estética a la cultura política.

RÓMULO SCHAMINI CRESPO.

Buenos Aires.

LA PAMPA

I

Mediodía — El sueño desciende azul — A la sombra violeta de los ombúes ! — Mi alma se duerme — En la llanura de la Pampa, — A lo largo, — A lo ancho, — Sobre la verde serenidad de los confines, — Hasta que la canción de las hojas en el viento — Me despierta las alegrías de la carne ! — Húmedos en la sombra viva de la hierba Se me alzan los brazos lentamente — Y el aire acentúa la gracia del pecho, — Con una plenitud de velas extendidas —En el viento del mar. — Me levanto en la brisa ágil — Para mojar los labios — Con el agua pura de moverse en ondas, — Bajo la boca blanda de las vacas del campo ! — Al beber del arroyo, — Que el cielo ahonda en largos espejos ilusorios — Con el azul que pone al fondo de sus aguas, — Yo escucho las canciones de la Pampa — Resbalando por la sed de mi lengua ! — El agua es toda de una voz que ríe — Con un temblor de gracia femenina, — Y pasa en la corriente con su música — Para llenar de júbilo los labios que la beben ! — En la sangre resuenan sus ecos remotos — Y las piernas erizan el vello cabrío — Como en la enérgica lujuria de la danza ! — Un ansia rítmica baila en mis nervios — Y en locos saltos de juventud impulsa — Todo el calor ufano de mi cuerpo — Al río diáfano — En luz — Y voz ! — Moja su canto mi piel de fruta — Y en su lustre de sol — Hierve la actividad de su pasaje — Y me dispersa las emociones — Por todas las corrientes que mueven la llanura. — Ah, que longitudes elásticas — Prolongan mi vitalidad — En las distancias ágiles de los arroyos — Que avanzan hacia la inmensa — Paternidad del mar.

— Todas las aguas azules — Son caminos de música — Para mis afanes. — Allá, — A lo lejos, — Donde los ríos anchos se entregan al océano, — Mis sensaciones entran en la sal de las olas — Y cantan con ellas en las arenas y las islas, — Una misma canción! — Mis sensaciones se hacen — Como de algas, como de coral, como de zargazos. — Mi alma se abre en ondas de azul, — Y se tapiza en sedas — De una móvil espuma de plata. — Mis nervios me prolongan a los lejanos puertos — Y en las naves sonoras de abrir el agua, vibran! — Todo el temblor profundo en transparentes zonas — Líquidas, — Lo siento en los anhelos de mi vida — De una manera musical. — No deseo ver los ríos y los mares — Con mis ojos supremos, — Tapizados de largos espejos — Sin límites ni sombras para saciar mi sed! — Ansío sentirlos en ritmos y voces — Como a mi propia sangre, — Prolongando en las corrientes de la Pampa — Las distancias sonoras de mis nervios, — En el irse infatigable — Por la armonía diáfana del mar! — Y penetrar así en las aguas del mundo — Mojándome de sus largas voces azules — Y acostando mi carne tibia y voluptuosa — En la ola de renovada juventud! — Mi alma es un oído celeste — Extendido en sinfónicas grutas — Que penetra la honda intimidad musical, — Cuando está húmedo del dulce río — Y del mar salado y áspero! — Es así como vive mi cuerpo — Todo el latido verde y ágil del océano! — Y es así como extiende su oído insaciable — De espacios tan enérgicos y de ecos tan lejanos, — Que entre sus bordes curvos de estar en la armonía, — Puede derramarse en olas — Toda la inmensa sonoridad del agua, — En un solo minuto — De sensibilidad!

II

Ah! — Me llama ahora el Sol; — Me reclama para su alegría — La canción dorada de la luz! — Mi garganta será ahora la gruta de sus ecos — Y su calor de vino brotará mis

palabras — Al sembrar con su fuego el surco de mis labios! — La tierra, — Olorosa de vida, — Me atrae — Con la frescura de sus gramillas, — Con el lecho blando y jugoso de su trébol, — Con la sana virtud de sus hierbas fragantes, — De una rusticidad silvestre y ácida! — ¡ Tierra de las llanuras, — Pradiales Pampas! — Heme abrazado a tus pastos — Con la llama del sol en las espaldas, — Con el vientre rosado de frotarlo a tus hojas, — Con las narices anchas de embriagarlas — En los tibios olores de tu maternidad, — Con la boca verde y sabrosa — De morder la salvaje acritud de tus plantas! — La luz me vigoriza — Las alegrías de la sangre, — Y siento su cosquilleo feliz en las espaldas, — Como una playa con olas — De fresca sal y espuma! — El sol corre y me vibra — En la dorada lujuria de mis nervios, — Hasta desvanecerme — Sobre los senos profundos de la tierra, — De tanta emoción — Y de tanta sensualidad! — Entro después con el calor de la luz — En el vientre de las yeguas jóvenes, — Temblorosas y tibias del maternal instinto — Y entregadas con toda la carne — A los efluvios de la primavera! — Mis sensaciones queman sus savias y su polen — Entre la sangre de los potros — Y arden delante de la luz, — Agitando las fiebres de sus sexos — Y están en la anchura de su olfato — Cuando huelen en las distancias verdes — Los olores fecundos de la hembra! Sobre la Pampa — Toda mi alma se abre — Como un árbol de fuego, — Y avanza sus llamas — En los ímpetus creadores del sol, — Mientras mi cuerpo frota — Su abrazo sobre el campo, — Hasta mojar mi vientre y humedecer mis piernas — En los licores rústicos de las flores silvestres. — En la Pampa, — Detrás de los rebaños extensos como bosques, — Detrás de las vacas lentas — Con un dulce reposo de madres que amamantan, — Detrás de los toros anchos de fuerzas paternales — En cuyas patas urge el salto que procrea, — En la vasta Pampa solar, — Yo me he embriagado de impulsos ardientes y vitales — Hasta exaltar la sangre de un gran amor a todo! — Mía es la tierra en-

tera — Y mi emoción la cubre — Como a una mujer inmensa y tibia. — La abraza hasta el espasmo. — La compenetra toda como a un vientre divino, — Mientras mi afán. comparte — La ebria lujuria de los ganados — Temblando de fecundidad y Sol! — En la Pampa, de verdes olas vegetales, — Siento chorrear la luz con sus enormes ríos — Y todo se hace hondo para guardar su gracia. — La luz se me desborda en diáfanas corrientes — Y me abre en dulces grietas el corazón de música, — Desgarrándolo con heridas felices y calientes — Como a las túnicas de las semillas. — Así lo quema en anchos deseos — Y su sensualidad quebranta — Los muros que aprisionan su emoción infinita! — En la Pampa de largas soledades — Pasan ante mi los mares — Diáfanos de la luz. — Pasan con esa música ebria y tibia — De la fecundidad! — Y yo estoy abrazado a la tierra — Y el ímpetu luminoso — Me penetra la carne de fiebre y de lujuria — Con la armonía loca de sus voces en llamas! — Yo no puedo librarme del vital estremecimiento — De sus ritmos, — Que levantan mis huesos y mi carne — Y los disuelve en la embriaguez de la danza!

Es la hora de fuego... — Cuando los toros llenan de estrellas — Los vientres de las vacas, — Cuando elásticos y enérgicos — Los potros desbordan sus ríos de amor. — Es la hora de fuego .. — Cuando entre los brazos velludos de los hombres. — Desfallecen las hembras — En una languidez roja de fiebre — Que encenderá los gérmenes hasta hacerlos de sangre! — La música salvaje de la Pampa — Late en inmensos pulsos y vigorosos ímpetus! — Ya no veo las llanuras, — Ya no veo los cielos claros, — Ya no veo la luz! — Mi emoción es sinfónica! — El movimiento de la creación — Me atraviesa de olas musicales, — Como la ruta que une una estrella a otra estrella! — La vida de los campos verdes y tibios — Se me derrama en la sangre — Ufanamente libre. — Mi deseo se ahonda y entra en todo el planeta — Hasta que mi alma vibra en el supremo acorde — De la energía universal! — Ah!... — Todo mi cuerpo se hace de música. — Mis piernas danzan cabrías y

ágiles. — Mis brazos se agitan como llamas — En el aire fragante. — Se ensanchan de gozo los golpes de mi corazón. — Toda mi boca ríe caliente y jubilosa — Hasta que la Pampa me aniquila — En el extremo de la sensualidad!

III

Y ahora, — En la noche profunda, — Cuando se hacen más largas y más hondas. — Las meditaciones... — Cuando se nos abre la emoción en caminos astrales, — Y se nos va la mirada — En el placer anhelante de las grandes distancias ... — Ahora, oh hermanos, ahora, — Toda mi alma cae como una lluvia — Sobre la Pampa, — Y me siento a mi mismo — Igual a una llanura diáfana, — Semejante a un espejo inmenso — En el que cabe todo el espacio y todo el tiempo! — Ah! — Para mi, — Que soy un inquieto y un sediento! .. — Que tengo los labios insaciables — Y dos pupilas sin fondo!. . — Ah! — Para mí, — Qué gozo el anhelo más lejano y más libre! . — Que sólo estoy atado por ligaduras de luz — Ligeras, sutiles, ágiles, — Por lazos que yo mismo renuevo y rompo — Con la alegría ingenua que los niños — Se toman y se sueltan de las manos!. . — Ah! — Para mí, — Que solo conozco — La gran ciencia del mundo y del espíritu — Que se aprende jugando!. . — Ah! — Sí! — Para mi ha sido allanada la Pampa — Y sólo en ella — Puede extender mi alma, — Multiformes y vastas, mis anchas emociones — Hasta hacerlas profundas como un espejo — Y fieles a las distancias inmensas de la noche! — Duermen ahora los ganados. — La llanura es un lecho de silencio y quietud. — Atenúan los árboles sus savias — Y en el fondo ilusorio de cada hoja — Canta la voz antigua de una estrella. — Es el momento de los viajeros insaciables. — El alma sobrenada en la noche — Y se alarga en distancias azules. — Yo soy como un espejo del sonido profundo — Que recoge

en su bóveda de oro — La música sin voces. — Y ahora, — Cuando nada se vé, — Cuando nada se escucha. . — Ahora es que la Pampa se hermana con el alma! — Es el instante de las fuerzas desnudas. — Yo me entrego al misterio con un fervor que nace — Como el agua reciente que brota la montaña, — Y está en mí con la simple belleza de la piedra. — Me he despojado ya de toda forma — Y como en la Pampa bajo la sombra — Sólo queda de mi un gran silencio que oye. — Ah! — Que enérgica es esta armonía que parece quieta! — Como luchan las estrellas — En el eterno tránsito de la perfección, — Allá, — A lo lejos, — En las órbitas puras, — Con sus raíces de luz mojadas en el éter! — Coros inusitados — Me ahondan el espejo de la contemplación. — Son voces inmutables, — De un largo color sin cambio. — Que van por los caminos que nunca tendrán fin. — Es la música de la eternidad. — Es el fluir armonioso de las energías — Que brota olas perennes — Inundando con sus aguas de fuerza — Todos los Universos! — Yo entro en ellas y me siento ir — Con la conciencia sorda y apagada — Y los nervios borrosos — Para la sensación. — El alma se diluye en las zonas astrales — Pero es tan tenue el fino tejido de su tacto — Que no siente en su trama la esencia de los mundos — Y hasta su propia vida escapa a su deseo! — Cuanto más se agiganta su sed, más se esfuma — En sus lejanas playas el paso de las olas! — Sí! — Ahora es el instante de los anhelos sin retorno! Ahora es cuando mis ansias — Irrumpen como flechas! — Toda mi fe concentra su potencia en mis músculos — Y mis dos brazos curvan el arco de oro. — Sí! — Ahora es el momento de las rutas musicales. . — Cuando el alma se extiende en la Pampa — Para abarcar su infatigable fuerza — E irradiarla sinfónicamente — Delante de los mundos! — Se me corta el espíritu en ríos de profundidad, — En vastas corrientes de silencio armonioso — Y mis preguntas viajan en sus aguas — Por las que pasa un viento que ya no vuelve más! — Ah! — Si la Pampa no se

limitara con la aurora! — Ah! — Si la mano azul de la mañana — No recogiese en su carroza de oro — Los astros de la noche — Y la sed de mis flechas que avanzan hacia ellos! — Ah! — Si el afán de mis pupilas — Viviera una noche tan larga — Que hiciese posible — El retorno de mis preguntas!. . — El día que llega — Desvanece en luz los caminos del deseo! — Ah! — Si un anhelo — Se irradiara detrás de otro anhelo — Como la ola pasa igual a la ola, — Hasta que un último anhelo — Hablara como un labio de mi corazón! — Pero el fuego de la mañana, — Tibio y sensual, — Es más vasto que el afán de mis pupilas — Y con sus llaves de plata — Irá cerrando las puertas de la noche, — Hasta hacer de la tierra — Y nada más que de la tierra, — Toda la sed que impulsa mis ansias en la noche, — Devolviendo a la Pampa los límites del día!.

CARLOS SABAT ERCASTY.

ALADO CORCEL

Pegaso,
divino payaso:
la vida no te basta, la muerte acaso.

Caracol anímico, que sacas los cuernos al sol .
Tú dices: Si hubiera algo más
del salto adelante, que es salto hacia atrás!
Si alguien tendiera una escala neutral
a cada salto mortal...

Si algo de nos resurgiera
y tuviera
conciencia y poder,
¿que haría para distraer
el tedio inenarrable de su ser?

Tañer el arpa, bajo las foscas
Barbas de algún « ilustre desconocido » Dios?
Cazar almas como quien caza moscas
una a una, o dos a dos?

Pegaso,
divino payaso:
la vida no te basta, la muerte acaso.

ALVARO ARMANDO VASSEUR.

Nápoles.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

« Americanismo Literario ». — (José Marti. — José Enrique Rodó F. Garcia Calderon. — R. Blanco Fombona.) — Biblioteca. « Andres Bello ». — Editorial América. Madrid.

El distínguido escritor dominicano F. García Godoy nos sorprende constantemente con nuevas producciones donde campea su verbo recio y erudito, de intenso americanismo.

Esta brevísima nota bibliográfica se refiere al libro que informa el epígrafe, el que va precedido de un estudio sobre la autonomía literaria en América, considerada en brillante síntesis desde su múltiples aspectos: social, psicológico, filosófico etc....

Aunque divergiendo desde distintos puntos de vista con el Sr, García Godoy, en la apreciación de ciertos hechos, fenómenos, y necesidades comunes, coincidimos, sin embargo, en otros muchos porque ese ilustrado hombre de letras es dueño de un espíritu tolerante, y posee además un amplio sentido eclectico para juzgar la cuestión.

Estudia luego el Sr. García Godoy a plena conciencia literaria las cuatro personalidades a que hemos aludido. Se trata, ciertamente, de un crítico de verdad. Pero no podemos sustraernos a la tentación de interrogarnos,—siempre tocados por el magno asunto del americanismo literario: — ¿ esas cuatro figuras eminentes, esas cuatro cumbres del pensamiento continental que él analiza, ofrecen, acaso, la pauta o han echado las bases indispensables para edificar esa soñada autonomía o ese nacionalismo más quimérico aún de que nos habla nuestro autor ? Y entonces. ¿ quienes son los encargados de acometer la empresa ? ¿ Acaso el medio social del continente está maduro para plasmar el milagro ?

Conceptuamos, al contrario de lo que afirma el escritor dominicano que la unidad moral de los pueblos de América en su aspecto jurí dico, está mas próxima de la realidad que esa independencia artística, que podrá venir, pero que para el progreso de la propia cultura americana no se ha hecho indispensable todavía. — J. G. A.

« Raquela ». — Narración novelesca por Benito Lynch. — Cooperativa Editorial Buenos Aires 1918.

A raíz de aparecer « Los caranchos de Florida », uno de los literatos con mayor autoridad (¡ y el más generoso !) del vecino país, saludó en Lynch a un novelista de garra, « En dos líneas retrata de cuerpo entero un individuo, recurriendo solamente al rasgo característico » dijo. No conocemos el libro que elogió Gálvez, pero acabamos de leer « Raquela », que nos ha impresionado fuertemente

Sin duda es Lynch un literato dotado de singulares condiciones para tentar el género que hizo a Balzac glorioso. « Raquela » es un cuadro interesantísimo, que reproduce la vida de la campaña bonaerense. El asunto es tan sencillo, que sin el conocimiento cabal de tipos y costumbres había de darnos para un cuento apenas. Pero Lynch es un psicólogo hábil y un colorista extraordinario. Describe con fuerza. Su incendio del campo es una de las páginas más vigorosas que nosotros hemos leído. Marca un progreso, tanto en la técnica como en el lenguaje, sobre los escritores de costumbres, contemporáneos y anteriores a Viana. Se adivina cultura más completa y más moderna. Sus gauchos no son parleros, sino hombres » que hablan por turno y con largos intérvalos de silencio », como los gauchos que todos los que solemos ir al campo, conocimos. No es « Raquela », con ser un buen libro, obra a la que no se le hallen defectos. Mas equivale a la promesa de un fuerte espíritu de novelista que culminará muy pronto. Hoy por hoy, son contados los que le aventajan preparando los capítulos de una narración campera. — V. A. S.

« **Un Perdido** ». — Novela, por Eduardo Barrios. — Editorial Chilena. Santiago de Chile 1918.

Fino y profundo, poeta exquisito y psicólogo de garra, observador y colorista, Eduardo Barrios reune las condiciones complejas del novelista moderno. Ya nos había dado en sus obras teatrales, lo mismo que en esa filigrana sentimental de « El niño que enloqueció de amor », la medida de lo que era capaz, de lo que llegaría a ser. Ahora con « Un Perdido » marca una etapa de su brillante carrera, realizando, más que una novela, una especie de vasto panorama chileno, de amplio ambiente, múltiple y rico, donde se mueven con la holgura armoniosa y lógica de la vida, infinidad de claras y precisas figuras.

El personaje central, Luis Bernales, está estudiado con un detenimiento magistral, y así las secundarias figuras hacia donde se diversifica la acción novelesca, cuyas psicologías, nítidas y plenas de color, dan una sensación suficiente para apreciar el conjunto, cuyo equilibrio admira.

El ambiente de Iquique — pintura y observación impecable, el clásico y un tanto colonial hogar chileno—la vida activa de Valparaíso, la pintoresca bohemia de Santiago, el vivir áspero de la Escuela Militar, todo vivo, palpitante, fuerte, da, como digo antes, idea de panorama.

Todo ello merecería un especial estudio en el que no podemos detenernos, estudio que reclama la bella novela, uno de los más brillantes éxitos editoriales chilenos, ya que en dos o tres meses se ha agotado la primera edición.

Es del caso felicitar, más que a Barrios, a Chile, donde se le estima y se le comprende, y tomar el ejemplo...... — A. M. B.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Teófilo Eugenio Díaz.

« Pegaso » cumple con el deber de despedir a Teófilo Eugenio Díaz en ocasión de su viaje difinitivo. Díaz fué, la realidad, uno de los nuestros, porque a través de las vicisitudes y las borrascas de su existencia; apesar de la diversidad contraditoria a que aplicara su inteligencia y su acción, él siempre y por arriba de todo conservó la pristina y fuerte vocación artística de su juventud que le consagrara como a uno de los escritores mas intensos, finos y originales de su tiempo.

« Tax »,—tal era el conocido pseudónimo del Dr. Díaz,—brindaba periodicamente en sus crónicas, en sus escritos satíricos, en sus críticas literarias, teatrales y sociales, verdaderas fiestas para el espíritu. Poseía una pluma agil y flexible, un humorismo fácil e incisivo y un sentido tan « suyo » de la sátira, que sus producciones coleccionadas algunas de ellas en folletos y libros, hicieron la delicia de aquellos que vivieron el momento social y literario que el comentaba, y la constituyen todavía, pues que el espiritual y ático « Tax » tuvo enjundia de verdadero escritor.

Su vida agitada, su temperamento inquieto le privaron a las letras nacionales de la obra que de él se esperaba, hasta que la *tragedia del Prado,* lo envolviera difinitivamente en la sombra y los desgraciados sucesos, lo desplomaron en el olvido insondable.

Olvidado del mundo, pero no de los que como nosotros, recordamos valorándolo en todo lo que vale, al espíritu inmortal de quien fué artista de verdad y cruzado de la belleza eterna.

Alcindo Guanabara.

Ha muerto en Río de Janeiro uno de los intelectuales más acatados y queridos. Era, sin disputa, uno de los primeros periodistas. Su estilo se caracterizaba por un aticismo sorprendente. Tenía la serenidad de esos pliegues que caen armoniosos en las túnicas de las esculturas griegas. Era académico y senador. Su espíritu conquistaba pronto la admiración de cuantos subían las pintorescas estribaciones de la capital carioca, para llegar hasta su casa, en cuyo despacho estaba impresa la austeridad de un gran carácter. Tenemos

en nuestra biblioteca un elegante volumen que encierra varios de sus discursos parlamentarios. El vuelo del orador concuerda con el talento expositivo del literato.

Parra de Riego.

Hemos tenido ocasión de tratar, a su paso por Montevideo, al joven poeta peruano, que recorre esta parte del continente, estudiando su movimiento intelectual. Es un gran temperamento. Su honrada fogosidad y su cultura le hacen dígno de las simpatías que ha logrado entre nosotros. Le saludamos afectuosamente.

El canje de « Pegaso ».

Esta revista, fundada y sostenida por un núcleo de apasionados de las bellas letras, no tiene otro anhelo que el de estimular el ambiente artístico patrio, vinculando nuestra intelectualidad a la de los distintos países de Hispano-América. Se comprende, pues, que solicitemos el canje de todas las publicaciones literarias a las cuales ha visitado « Pegaso ».

"PEGASO" comenta todos los libros americanos, aparecidos recientemente, de los cuales se envien en nuestra redacción dos ejemplares.

en nuestra biblioteca un elegante volumen que encierra varios de sus discursos parlamentarios. El vuelo del orador concuerda con el talento expositivo del literato.

Parra de Riego.

Hemos tenido ocasión de tratar, a su paso por Montevideo, al joven poeta peruano, que recorre esta parte del continente, estudiando su movimiento intelectual. Es un gran temperamento. Su honrada fogosidad y su cultura le hacen digno de las simpatías que ha logrado entre nosotros. Le saludamos afectuosamente.

El canje de « Pegaso ».

Esta revista, fundada y sostenida por un núcleo de apasionados de las bellas letras, no tiene otro anhelo que el de estimular el ambiente artístico patrio, vinculando nuestra intelectualidad a la de los distintos países de Hispano-América. Se comprende, pues, que solicitemos el canje de todas las publicaciones literarias a las cuales ha visitado « Pegaso ».

"PEGASO" comenta todos los libros americanos, aparecidos recientemente, de los cuales se envien en nuestra redacción dos ejemplares.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Salterain Alfonso de, Juan C. Gómez 1266.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albuquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Massera José P., 25 de Mayo 427.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magariños Ramón, Avenida Brasil 89.
Oneto y Viana Carlos, Buenos Aires 435.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Abel J., Colonia 1120.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Ramirez, Juan Andrés, Rincón 413.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Caviglia Juan E., 18 de Julio 914.
Espalter José, San José 1406.
Giribaldi Heguy Juan, Ituzaingó 1322.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Lapeyre Miguel, Mercedes 929.
Lenzi Carlos E., Cerrito 453.
Llambías de Olivar Juan, Maldonado 1637.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Sayagués Lasa Rodolfo, Juncal 1475.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Ortiz Garzón Héctor, Río Branco 1266.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., C. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Urioste José P., Rondeau 1522.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Escuder Núñez P., Yí 1531.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.

PEGASO

Publicará en su próximo número una interesante primicia de José Zorrilla de San Martin, Originales de Fernandez Saldaña, Vicente Puig y otros conocidos intelectuales.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Salterain Alfonso de, Juan C. Gómez 1266.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Massera José P., 25 de Mayo 427.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Oneto y Viana Carlos, Buenos Aires 435.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Abel J., Colonia 1120.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Ramirez, Juan Andrés, Rincón 413.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Caviglia Juan E., 18 de Julio 914.
Espalter José, San José 1406.
Giribaldi Heguy Juan, Ituzaingó 1322.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Lapeyre Miguel, Mercedes 929.
Lenzi Carlos E., Cerrito 453.
Llambías de Olivar Juan, Maldonado 1637.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18. [illegible]
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Sayagués Laso Rodolfo, Juncal 1475.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Ortiz Garzón Héctor, Río Branco 1266.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Urioste José P., Rondeau 1522.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Escuder Núñez P., Yí 1531.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.

PEGASO

Publicará en su próximo número una interesante primicia de José Zorrilla de San Martin, Originales de Fernandez Saldaña, Vicente Puig y otros conocidos intelectuales.

Ramón Negro . Sarandí 445

AÑO I OCTUBRE 1918 Núm 4

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO
PEÑA Hnos. — Imp.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE



Sillón hamaca de Cretona $ 20.00

Recomendamos nuestros modelos
con forros de cuero, esterilla o cretona



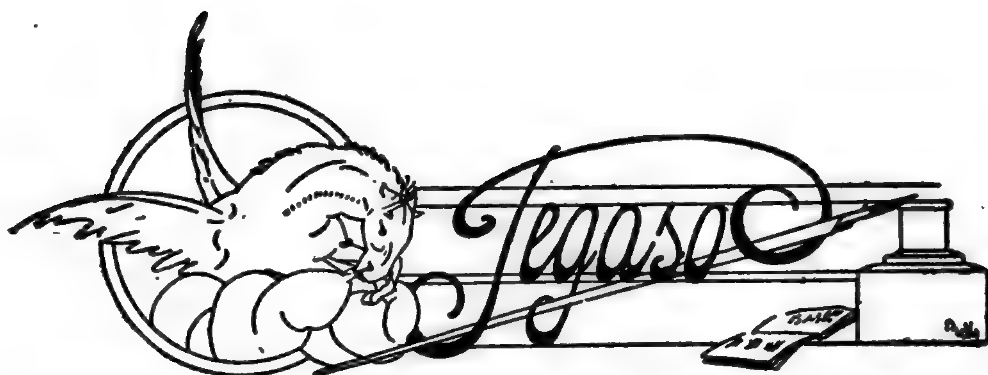
Muebleria
CAVIGLIA

25 de Mayo, 569





Sillón Morris graduable $ 15.00



Año I	Montevideo, Octubre de 1918	Núm. 4

REDACCION:
Antón Martín Saavedra — Wifredo Pí
Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION:
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0.50

Diríjase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

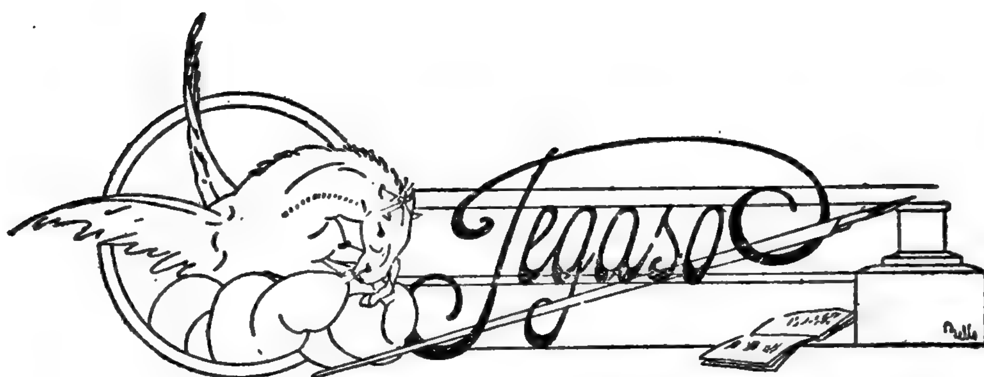
DEL CONCEPTO EN POESÍA

DE LA INSPIRACION Y EL SENTIMIENTO DE LA FORMA.

El genio es quien más exalta el sentimiento de la forma. Esto lo ignoran los poetas noveles de numen pródigo y escaso talento musical, los mismos que, como nada pueden contra las leyes naturales de la relatividad y el contraste, tratan de justificar su desprecio por la forma y divulgan su aparente ignorancia respecto a los elementos del ritmo. Creen ellos, de tal suerte, enaltecer su talento, y no consiguen sino demostrar su falta de vocación artística. Les sorprende toda denominación técnica porque juzgan propio del genio ignorar los matices rítmicos, y en realidad lo que ignoran es que el ritmo es el aliento sensible de la poesía [1].

---

(1) Véase mi Arquitectura del Verso, pág. 15.



Año I | Montevideo, Octubre de 1918 | Núm. 4

REDACCION:
Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi
Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION:
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0.50

Diríjase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

DEL CONCEPTO EN POESÍA

DE LA INSPIRACION Y EL SENTIMIENTO DE LA FORMA.

El genio es quien más exalta el sentimiento de la forma. Esto lo ignoran los poetas noveles de numen pródigo y escaso talento musical, los mismos que, como nada pueden contra las leyes naturales de la relatividad y el contraste, tratan de justificar su desprecio por la forma y divulgan su aparente ignorancia respecto a los elementos del ritmo. Creen ellos, de tal suerte, enaltecer su talento, y no consiguen sino demostrar su falta de vocación artística. Les sorprende toda denominación técnica porque juzgan propio del genio ignorar los matices rítmicos, y en realidad lo que ignoran es que el ritmo es el aliento sensible de la poesía [1].

---

[1] Véase mi Arquitectura del Verso, pág. 15.

Con los versificadores sucede a la inversa: de tarde en tarde os brindan harmoniosos versos exentos de inspiración, en los que el asunto está demasiado diluído, y os hablan del concepto como si de algo accidental se tratase. Y no pocos poetas ya consagrados por su dulzura emotiva o su fuerza ideológica desconocen cómo se originan las excelencias del lenguaje metrificado. No es humano reprochar a estos poetas su falta de vocación musical; en cambio, merece reconvención el poco interés que demuestran en el cultivo de los elementos materiales de que se sirven para expresarse. Quien no tenga vocación jamás llegará a ser un técnico; empero, con cariño y perseverancia podrá llegar a manejar el verso en forma discreta.

De todo esto se infiere que es la inspiración el más apreciable atributo del poeta. Cuando éste ha menester de transmitir sus impresiones, surge ella como por ensalmo; surge ardorosamente, y nada habría que detuviera su curso si los designios del poeta dejaran de realizarse.

Sully Prudhomme es de los raros poetas que en el último tercio del siglo pasado supieron apreciar con ecuanimidad él sublime aliento de la poesía y el encanto artístico del verso. Gran temperamento, el filósofo-poeta sabe deleitarse ante lo fastuoso y lo humilde; poseedor de un numen riquísimo que tan pronto os conduce a las regiones de la metafísica como os entusiasma ante un paisaje espléndido o un retrato de mujer bondadosa y adorable, tiene el instinto del ritmo y a la vez la virtud de la plástica, esa virtud que nunca ha sido suficientemente encarecida, y, pudiendo encerrarse en su torre, ya que ha gozado las gracias virginales de la poesía, o dedicarse a adorar su imagen, como un Narciso, en el lago de las abstracciones, prefiere iniciar a sus coetáneos en los misterios maravillosos del verso. Y consagra al arte de la versificación, tan mal interpretado ya, serenas páginas que habrían sido el evangelio artístico de los poetas de todas las edades si el sentimiento, aún por reminiscencia, o la in-

tuición de otras formas no cultivadas por él, hubieran abierto su espíritu generoso a nuevas modalidades de la expresión poética, modalidades que, conviniendo a la idiosincrasia espiritual de quienes cifran en ellas sus más grandes esperanzas, son dignas de admiración y aplauso porque rebosan de sinceridad y porque ofrecen el encanto de toda estética personal.

Yo he encarecido siempre, y me place manifestarlo en estas páginas, el superlativo *le plus de musique possible* en el que se encarnan las aspiraciones de Sully Prudhomme en lo que al verso se refiere. Antes de haber leído a este poeta, yo exigía a los cultivadores del verso toda la música posible, porque el verso es harmonía y ésta no es injerto de la voluntad sino fruto de la vocación. Pero no creo que el INSTINTO MUSICAL haya sido patrimonio de clásicos, románticos ni parnasianos.

Tengo para mí que, si ha habido un poeta en el cual se hayan dado con igual magnitud la vocación poética y el instinto del ritmo, ese poeta fué el autor de *La Justice*. Mas éste, por un fenómeno psicológico que no acierto a explicarme en él, no advierte que la diversidad de temperamentos significa también diversidad de ritmos y de modos de expresión cuya espontaneidad no puede negarse sin detrimento de la sensibilidad ajena. Y es a todas luces grave dudar de la sinceridad de otros poetas cuyo sentido auditivo difiere del nuestro, porque esos poetas tienen el derecho indiscutible de creer que la euritmia de sus versos es la única adaptable al sentimiento, como creemos nosotros de la nuestra y como creerán de la suya, siendo sinceros, los futuros poetas.

Cito de intento a Sully Prudhomme porque tuvo el culto de la forma y porque a fuer de altísimo poeta se dió a defender ese culto con acendrado amor. Que yo no debo discutir aquí ni su respeto a las leyes de la versificación ni su acatamiento a los cánones de la poesía clásica, acatamiento y respeto que, por otra parte, distan mucho

de la intransigencia, ya que él suele hacer concesiones a poéticas personales antípodas de la suya. Renuncio, pues, a esa discusión, y, aunque el tradicionalismo poético en sí poco o nada me sugiere, admiro al noble poeta que supo encontrar en los metros tradicionales la harmonía aparente a las *nuances* de su sensibilidad. Porque el triunfo del poeta estriba, no en la novedad formal impuesta por la reacción,—aunque ésta sea de origen emotivo,—o estimulada por el deseo de quién sabe qué suerte de notoriedad, sino en la perfecta correlación de ritmos y sentimiento.

En el poeta por antonomasia,—y, a pesar de todo, tal fué el Maestro nombrado,—el caudal inagotable de la inspiración corresponde al sentimiento de la forma; ni uno ni otro disuenan en la creación porque ambos se funden íntimamente y dan la medida de la emotividad y de la vocación musical. Esa harmonía entre el sentimiento y el ritmo puede ser gustada, claro está, por todo temperamento poético; pero la chispa de la inspiración, de origen netamente panteístico, sólo alcanza a ese ser privilegiado, a ese creador de imágenes que es el poeta, porque sólo él sabe transmitir emociones y suscitar sentimientos.

Conque reflexione el poeta antes de decir que nunca ha experimentado el sentimiento de la forma. Esta manifestación sería aceptable en un poeta pasivo, es decir, en uno de esos temperamentos poéticos para los cuales es inaccesible la inspiración que cristaliza ensueños y concreta estados anímicos. Pero el poeta creador,—y permitidme decirlo así en contraposición al título de poeta perceptivo,—también debe reflexionar y colocarse en el justo medio; y el justo medio, en poesía, no es ni con mucho el sugerido por Verlaine con sus palabras *de la musique avant toute chose*, sino el indicado por Sully Prudhomme, quien busca en el verso, ante todo la savia conceptual que exhorta a sentir, y luego *le plus de musique possible.*

El poeta creador y el poeta perceptivo se asemejan a menudo en cuanto a la intensidad emocional que en ellos provocan las percepciones; pero, al poeta perceptivo le está vedado, por ley orgánica, todo modo de actividad imaginativa transcendente, y eso es lo que le distingue del poeta creador en el cual es virtud ingénita la inspiración ([1]).

¿Cómo aceptar entonces la inspiración separadamente de la forma o ésta de aquélla, si, para producir el deleite, la honda emoción estética, vibran una y otra en estrecho consorcio? Y, ¿cómo aceptar así como así, según el deseo verlainiano, el placer puramente material que fluye de la expresión metrificada?

Versificadores harmoniosos hay que halagan el oído, pero la música de sus versos no proporciona la satisfacción de un estado de alma que ya no se haya experimentado; a lo sumo evoca otros estados emocionales cuya estela se estremece aún en la lejanía . . .

Hay en el enunciado de Verlaine algo de frivolidad y mucho de reacción contra la harmonía de las formas métricas preexistentes. Y esa reacción y aquella frivolidad que parecen amortiguarse entre los rasgos de una estética personal sensualista a pesar de todo, propenden a difundir el culto del ritmo, pero con mengua de la grandeza del numen. Y aunque el desdén por las innovaciones rítmicas es, y ha sido siempre, sistemático en los neófobos, nada induce a creer en el triunfo definitivo de una reacción formal provocada violentamente, porque no es bajo la influencia de reacciones de ese jaez cómo canta

---

(1) Sobre este tópico volveré a discurrir en el capítulo *De la Imaginación.* En cuanto al tipo de poeta perceptivo que acabo de esbozar, adviértase que no tiene parentesco alguno con aquellos genios que Juan Pablo Richter, en sus *Teorías Estéticas,* calificó de femeninos, receptivos o pasivos, porque son «más ricos en imaginación receptiva que en imaginación creadora».

generalmente el poeta, para el cual no es segundón el numen, sino mayorazgo, y mayorazgo de hecho y de derecho.

Tratándose de modalidades rítmicas y sólo así, taxativamente, toda reacción es beneficiosa *a priori*,—cuando no se pospone a ella el caudal ideológico,—porque obliga al poeta en cierne a buscar su propia forma y, por lo tanto, le pone a cubierto de las miserias de la servidumbre. Mas es preciso advertir que estas reacciones son necesariamente precarias y que cruzan como un bólido entre un horizonte vislumbrado apenas al amanecer y otro que se ha presentido y que harmoniza, por consiguiente, con el carácter del poeta.

En cuanto a la inspiración, todo movimiento reaccionario circunscrito a la forma que exterioriza los sentimientos o las ideas puras, le es perjudicial, porque ella no puede detener su vuelo, ni tampoco retardarlo, sin desorientarse, cuando el poeta se obstina en ser principalmente un novador de ritmos. Y he aquí que con suma frecuencia suele presentarse,—y no a meros versificadores, sino a poetas, bien que laureados en agraz,—este dilema: o se sigue el vuelo del numen, aunque para ello sea menester despreocuparse de la música verbal, o se atiende a ésta solícitamente, aún a expensas de la integridad de aquél.

La inspiración no acoge de grado ni extravagancias, ni delicuescencias, ni otras manifestaciones mórbidas que no se deriven de trastornos psíquicos; toda suerte de extravagancias de origen cerebral está, pues, al margen del evangelio poético, y ya que suele aceptarse con simpatía, a causa de su carácter emotivo, la ocasional y exacerbada queja de los espíritus enfermos, ès necesario rechazar con acritud aquellos artificios en los cuales se cifra la consagración de la personalidad. Y no ha de argüirse, contra ese justo rechazo, que es imposible verificar los estados anímicos del poeta, aunque es fuerza reconocer

que tal objeción sería formidable en un análisis puramente psicológico.

Tocante al poeta, bien complejo es el análisis para esclarecer el orígen de sus manifestaciones; y es bien complejo porque, para realizarlo juiciosamente, no puede prescindirse de la correlación que guardan el concepto y el ritmo. Sin embargo, un detalle, no más,—el de un matiz exagerado o el de una nota disonante,—detona de vez en cuando en este o en aquel pasaje del poema, y es allí, desde luego, donde el artificio existe; donde inútilmente se ha intentado poner vallas a la inspiración. Otras veces la calidad del léxico y aún la cadencia de las estrofas no se avienen con el carácter del numen, ya idealista, ya materialista, y es entonces cuando resaltan todas las violencias a que se ha sometido el poeta en un instante de claudicación. La falta de sinceridad artística, el deseo de notoriedad y la sed insaciable de elogios convencionales se descubren sin esfuerzo en el poeta que abjura de su personalidad, ya sea prematuramente, es decir, en el período evolutivo, o bien, como acaece más a menudo, cuando su talento ha llegado a cristalizar. Estas dos formas de apostasía son igualmente lamentables, aunque la segunda sea, en verdad, más humana y, si se quiere, más triste, por aquello de que a la cristalización sucede el estancamiento. Y el numen, que no es hechura de cada quisque, sabe también encarecer por igual su apogeo y su perigeo, y eso basta a las aspiraciones del poeta que va sembrando en las almas la dulce simiente de la idealidad sin pensar en fines utilitarios ni en señoríos intelectuales.

M. PEREZ Y CURIS.

EL INVIERNO DE LA FUENTE

Fontana: dame fontana
Aquel misterioso encanto
De tu canción;
Dime la armonía arcana
Que glosara en risa y llanto
Tu clara meditación.

Porqué fué mía tu estrella
Y el nenúfar de tu luna
Y tu alma astral,
Como otrora mi querella
Vuelve a tu calma oportuna
En ésta tarde invernal.

Y hoy tu mutismo me espanta;
Tu secreto me enagena.
Líquido tul
La llovizna; no solo canta...
Y en vano busca mi pena
Tu viejo regazo azul.

¿ Las pupilas febricientes
Y las locas mariposas
De mi ilusión ?
Como antes vuelvo a mis fuentes
Y en vano busco mis rosas
Y mi perdida canción.

La sombra de la amargura
Se ha tendido sobre el borde
Sin una flor;

Derruida está su escultura,
Trunco el rítmo monocorde
Del lírico surtidor.

Pregunto por la quimera
De aquel mármol luminoso
Y musical;
Por mi oro de Primavera;
Por el eco milagroso
De su fiesta de cristal.

Nada... Hundióse la piragüa
Del estanque diamantino
De nuestro Ideal;
Se apagó el rumor del agua
Y el romántico camino
Surca un paisaje espectral.

Está la fuente encantada.
Su mármol musgoso y roto
(Para caer)
Trasuntado de la Nada...
Asi mi ensueño remoto
Que ya no puede volver.

Destaca la musa aciaga
De las fatales ausencias
Su oblícua faz;
Mientra el crepúsculo apaga
Esquivas reminiscencias
De nuestra inconstante paz.

Entró el invierno en la fuente,
Que abrióse a la noche acerba
Como un panteon,
En cuyo abismo inminente
Una gran luna proterva
Sepultó tu corazón.

JOSÉ G. ANTUÑA.

¿FEMINISMO?...

Del próximo libro
«Las pobres mujeres».

Ya te veo con tamaños ojazos mirando el título que encabeza ésto que debía ser una de las tantas cartas a la amiga, y que no es más que un alegato radical en defensa de nuestros pobres derechos de seres inferiores. Has entendido: *seres inferiores*, a quienes sin embargo se nos exige el cumplimiento de obligaciones que nos ponen muy por encima de nuestros adorados tiranos.

Sin salir del introito te voy a prevenir una cosa, porque a ti, que vejetas en esos pueblos gazmoños y tontos,—donde llevan las faldas moralmente largas y donde miran a los costados cuando van a levantar el pie para tomar el tranvía; en esos villorios donde las ideas tienen polilla de tan viejas y donde los conceptos gastan aún miriñaque,—puede ser que esta carta te escandalice; pues bien: apúratela de golpe, trágala cerrando los ojos de los prejuicios, que, como les decimos a los niños cuando les damos una medicina fea: es un poco amarga, pero te va a hacer bien.

El asunto: días pasados, en una de las asambleas del Consejo Nacional de Mujeres, pedí la palabra para decir algunas cosillas que tenía atragantadas y que, chica, resultaron discurso, discurzaso, que hasta mereció la publicación en la revista social, no sin la reprobación de algunas socias que temen a su «hombre», y con las consiguientes disquisiciones del sexo bruto. Allá verás.

Antes de casarme, como la mayoría de las señoritingas, me salía de la raya por partir antes de que bajaran la

bandera, sin preocuparme otra cosa que el ir adelante. Como quien tiene una consigna: había que casarse. Y el poco de ignorancia y el mucho de romanticismo que tenemos en nosotras, me hacía ver el futuro como cosa de felicidad y de encanto.

Me salió el novio: me fijé en la apostura, en que le caían bien los trajes, y... hasta en una largura de manos que —entre nous—me.... me encantaba....

Se me ocurría un poco torpe cuando me hablaba; yo rehacía los diálogos y me decía: no se puede pedir literatura en el amor. Disculpaba. Adelante.

Algún arranquecito grosero de él tenía también su encanto... como una sacada de uñas de un gatito: tira la especie. Y.... nos casamos, y en vez del colorín colorado del fin de las consejas, recién aquí comienza nuestro cuento.

Entonces empezamos a conocer las miserias y las hipocresías del « Rey del Universo », que, entre sonrisa y gravedad, día a día, nos va revelando su férrea disciplina tiránica. Y, cuando lo coges en falta, cuando le descubres el punto flaco, si es inteligente, se escurre con un sofisma o con una amenaza velada, y si es bruto, te pega, de fijo que te pega....

Se me va la pluma y no concreto. Sabe pues: proclamé la libertad de unión, sin contrato y sin compromiso, basándome en la falta de armonía espiritual del hombre y la mujer. Si el hombre es más inteligente estará toda la vida haciéndote sentir el peso de su superioridad y, menos mal, porque, en el caso contrario, si él es un cretino, tú le considerarás con lástima y compasión, que es el hilo más tenue que puede unir a dos seres.

El hombre ha adquirido derechos, mejor dicho, los ha usurpado, y, entre ellos, el de la responsabilidad de la mujer, mueble que se trae a su lado; mi fin es privarle de esa terrible carga, hacer una campañita para que esa última prerrogativa que le duele nos deba, desaparezca.

Actualmente, la idea de nuestra infidelidad lo trastorna hasta el punto de que ha inventado el divorcio porque, habiendo perdido la fuerza de sus atributos viriles, cree que es más delicado y superior darnos unos punta-pies que pegarnos un tiro. Pues, como fin, yo he propuesto que se declare su honor a salvo de toda rozadura, por más leve que sea, si nosotras, las pobrecitas, caemos en la vilipendiada falta.

Y ¿ sabes qué he conseguido ?: que mi señor me haya puesto como no digan dueñas, a gritos e improperios; que haya echado a rodar a la cobradora del Consejo, y puesto de patitas en la calle al cándido de mi primo Alberto, que era el único animal con pantalones que — a excepción de mi marido—pisaba esta casa....

Estoy contenta de todo.... hasta de estos gritos que ponen en su lugar a este hombre tan pacífico.... y, como tú tienes novio y te irás a casar, te aconsejo que lo hagas, porque decirte lo contrario sería propender a que te prives del más hondo anhelo que debemos alimentar, — sufrir la santa esperanza de la libertad !

Tu loca que te quiere.

Dulce María R. de Possodori.

***

Terminaba de rubricar Dulce María la epístola, cuando sonó a su espalda, en temblor de ira, la voz potente de su esposo:

—¡ Para quién escribes... !

—Para nadie.... y abrió las manos, nerviosa, sobre las diseminadas cuartillas.

—Para nadie ! — recalcó él, indignado y triunfante para nadie !... No ves que te delatan tus frases... Dame esa carta.

—Nó

—Nó ! ?...

—Si son cosas íntimas, Remo...

—O me da Ud. esa carta, o sale con ella de mi casa..

—Remo ! Remo !... Me ofendes... !

Lento se devana un minuto horrible en que ambos están mudos; evitándose las miradas.

En el hombre airado hay una energía brutal: parece que se le crispan las manos, agresivas.

Ella, por fin, sumisa, humildemente vencida, le extiende la carta...

El, dignamente, sin leerla, la rompe.

MONTIEL BALLESTEROS.

1918.

POEMA DE MEDITACIÓN Y SIEGA

LABRADORES

La vida de los labradores
resbala armoniosamente,
resbala sobre la carne
verde y errante
de las colinas . . .

Labradores de ojos encendidos
y de manos doradas;
tornan a su humildad
que tiene una sazón nupcial
sobre la luna de los panes largos
y una custodia casta.

Labradores de ojos encendidos
y de mano doradas;
rudos decoradores de la tarde
sobre un fondo violeta,
yo los veo venir
con la emoción inmensa de las estampas viejas....

Labradores:
la construcción más tierna del misterio
está sobre las manos más ásperas
y eterna-
mente aptas
para la siembra
y para
la cosecha.

La espiga es la respuesta a Dios;
el trigo lleno de flautas
dóciles y maduras
tiene los granos dulces
de la confianza
Labradores:
para otros hombres
hacia Dios va la música
triste de las preguntas
y de Dios solo viene la piedra muda
de las esfinges . .
Y la mies sobre el campo
no parece un cortejo
de antorchas encendidas.

Labradores:
la arquitectura de oro
que se ondea en la brisa
levanta esas columnas
sutiles de la vida!

La eternidad abre las puertas de seda
de las simientes; y Dios que hasta penetra
en un capullo,
en una gota, penetra
y a su retorno deja la carga inmensa
de una forma
en la semilla esperanzada
y en el sexo arado de la esposa
gemidor y fragante . . . . .

Labradores:
brazos prósperos, frentes anchas
y celestes espaldas,
las tareas divinas del milagro
se mueven sobre la arcilla
la arcilla que es la carne

de la imagen
perfecta y de la imagen sencilla
y de la imagen inmortal . .

Labradores:
inmortalizadores del perfil arcano.

El surco sigue
el surco sigue aún más allá
del fuego del ocaso.
El buey coronado de ámbar
irremediablemente casto
y en cuyos ojos inefables brilla
el fondo tornasolado del cántaro,
se detiene ante el espectáculo
de cuatro mil años;
pero, aún más allá del fuego
que incendia
las ciudades antiguas del ocaso
como si fuera la claridad del surco
se nos vá, labradores, la mirada.

Labradores:
hombres de un solo ritmo,
hombres simples y unísonos,
hombres cerca de Dios
y unidos más que los otros a Dios por la semilla.
Esposos de la síntesis
que tiende unos cabellos de trigo
sobre una carne de nácar
y en cuya mano pone la armonía
un cofre que desborda una joya de granos.

La siega, con sus dos aniversarios,
la dicha del granero perpetuo multiplica.

La eternidad
la eternidad es muy sencilla

no es mas que una cosecha
y despues otra
y despues otra
siempre idéntica a si misma.
La eternidad es igual y sucesiva.

Labradores:
cuando las mieses alzan
sus espadas de bálsamo
y la lluvia filtra en las sementeras
su música de plata
y el sol deja sobre la tierra
esa advertencia ardiente de sus labios
y el peso de los brazos
se hunde en el descanso,
concluye el labrador
y Dios comienza . . .

La obra toda llena de paciencia
tiene la fuerza de llegar a Dios
y llega como una flecha;
Dios la espera y trata de no perderla. . . .

Labradores:
todos los días hay mas
surcos que ayer y entonces hay más
senderos para Dios,
que hace la vida para florecer
y hace la muerte para madurar

Hay que arar, hay que arar
hay que arar
porque Dios no es más
que el labrador más viejo.

VICENTE BASSO MAGLIO.

CARTAS CRÍTICAS

UN LIBRO DE LA SEÑORA BUNGE DE GÁLVEZ [1]

Señora:

Leí el tomito primorosamente editado por Lemerre con el género de admiración que nos detiene ante las cosas que unen al prestigio de su beldad el de su rareza. Porque ese libro, en medio de su sencillez *querida*, representa una costosa flor de invernáculo, que supone — además del don ingénito, que es la simiente, — condiciones de cultivo que reflejan honor, no ya sobre el espíritu de la autora, sinó sobre el ambiente social en que han sido posibles. Una sensibilidad modelada para la comprensión de lo bello, un superior talento capaz de realizarlo en alguna de las formas de arte, son atributos que caben bien en alma de mujer, y bajo este aspecto no hay rareza en el libro, porque su mucho valer no es sinó la confirmación de una capacidad probada en todo tiempo de cultura y de aire, aunque pocas veces de manera tan clara. Y si algo hubiera que agregar sobre ello es que esta vez se trata verdaderamente de versos *de mujer*: de versos en que lo « femenino « esencial y característico está presente y difunde su aroma en cada página.

Pero la obra de cultura mental que debe anteceder a esa identificación — la más íntima y entrañable — con un idioma extraño, necesaria para dominar en él los ve.

---

[1] Estas páginas inéditas, escritas por José Enrique Rodó a propósito de *Simplement*, libro de versos de la escritora argentina Delfina Bunge Gálvez, figurarán como prólogo en *La nouvelle moisson*, de la misma autora, que aparecerá en breve, impreso por la Cooperativa editorial Buenos Aires.

lados secretos de la expresión poética, que son lo que hay de más recóndito e incomunicable en cada idioma, es, seguramente, única en nuestro medio. « Extraño », ese idioma solo hasta cierto punto. El francés es nuestro latín y nuestro griego: es, para nuestra contemporánea cultura latino-americana, la vía de iniciación en las enseñanzas de belleza y verdad que más contribuyen a educar nuestro espíritu. Lo que los idiomas clásicos para la Europa del Renacimiento, es el francés para estos pueblos en formación espiritual.

Bien; pero sentirlo y hasta penetrarlo profunda y cabalmente, en la contemplación de la obra agena, como más o menos lo sentimos todos, es aptitud distinta y lejana de aquel conocimiento activo y creador que exige la producción literaria, y dentro de ella, *a fortiori*, la poética, donde la forma es cosa levísima y sutil, que tiene un misterio en cada hilo de su trama aérea, en cada fugaz vibración de la palabra. .

Por eso el triunfo que significa ese libro—y que confirma para mí referencias que, sobre el espíritu de su autora, habían despertado desde hace tiempo mi interés de conocer algo escrito por ella,— es de un género verdaderamente excepcional. ¿ Sería deseable que se repitiera en algún otro espíritu nacido entre nosotros con el don de lo bello, parecido dominio de un instrumento de expresión literaria que no es la lengua propia ? No sería deseable: la dadivosidad no sienta bien en casa de los pobres, allí donde amenazan el hambre y el frío, tan frecuentes ¡ ay ! en nuestra pobre casa espiritual... Pero como excepción única y preciosa, como originalidad que lleva su justificativo en el singular primor del desempeño, no solo merece absolución, sinó aplauso, esa dádiva hecha pródigamente al idioma de los ricos desde la casa de los pobres. Y merece, desde luego, la admiración que se debe al talento vencedor, y que yo le tributo con sinceridad y con entusiasmo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

JUANA M. DE IBARBOUROU [1]

Señora:

Sus versos! ¿ Quiere Ud mi opinión sobre sus versos ?... Son sencillamente encantadores, con ese maravilloso encanto de la espontaneidad y la frescura, que son dones esenciales de su naturaleza lírica. El alma de la Primavera palpita y resplandece en ellos, que todos juventud, están llamados a no envejecer jamás! Ellos expresan un temperamento poético de excepción, deliciosamente suave y muy femenino, y es sin duda por eso que dan siempre la impresión espiritual de una caricia—caricia de mano de mujer, o de ala, o de flor. . Esparcen un perfume inconfundible: *il dolce odor di fémmina* de que no todas las buenas poetisas saben impregnar sus estrofas. Su poesía tiene su sexo. Tiene, además, una naturalidad de expresión que la hace transparente, diáfana, como un chorro de agua clara: esa agua que canta en sus composiciones su canción de alegría, de pureza, de ingenuidad y de salud... No hay en ella todavía dolores hondos ni pasiones violentas. Su lírica no es la de los grandes gritos del alma. Como la música de los caramillos pastoriles—siendo más sabia que artística—sólo está hecha para traducir el ritmo cordial de los amores plácidos, de las ansias a flor de piel, de los sentimientos tiernos, de las inquietudes leves como aleteo de mariposas. Por momentos, sin embargo, cruza

---

[1] Hasta hace, poco, los trabajos de esta poetisa fueron insertadas con el pseudónimo de «Jeanette de Ibar».

su lira un tibio soplo de voluptuosidad y sensualismo, cargado de los aromas capitosos del « Cantar de los Cantares »; la Samaritana se transforma en Sulamita; y la mujer habla entonces con un insinuante acento carnal, hecho de suspiros y de besos. Pero—eso sí—no hay nada de enfermizo ni de atormentado en este puro florecimiento sensual, de una casta osadía, que como la de ciertos poemas primitivos, parece venir del sano fondo de la naturaleza. ¿ Es esta una nota personal, sincera, brotada sin esfuerzo de su sensibilidad poética, o es un eco de cosas leídas, una postura literaria aprendida en los libros ? Surge la duda; pero sea como fuere, esa nota no disuena. No sé por qué virtud de armonización ella condice con el otro aspecto de su melodioso subjetivismo, como si lo completase, a la manera como la sombra complementa el astro, que la necesita para brillar. ¿ Sombra he dicho ? No: esos resplandores de la llama vital no pueden compararse con la sombra: son luz distinta a la de aquellos otros resplandores cándidamente espirituales, pero no menos clara. Esa luz, si es natural, ilumina otra faz de su personalidad poética, y gracias a ella la veremos integrada con los elementos de cuya aleación en la literatura sale el tipo de la mujer tal como es en la vida. Su obra es, en definitiva, una mujer en verso. . Pero una mujer sin grandes ansiedades ni grandes dolores; acaso la mujer « esencial » tan sólo. . Mañana, si el dolor la fecunda, será—estoy seguro—la mujer, toda la mujer !

EMILIO FRUGONI.

SONETOS

LA FIGURITA AQUELLA

Para...

La figurita aquella, tu figura,
Que encargué a un escultor, la vez pasada,
La concluyó anteayer: es grácil, pura,
Como tu, una tanagra estilizada

Pero a bronce o materia duradera,
No he de dejar que la transporte ahora:
Ha de quedar plasmada en esa cera,
Que un tono grave y singular colora.

Pienso que en ella cierta vida aliente,
—Trasuntada en matiz opalecente
De extraordinarios cálices Muranos—

Y que en su fina placidez sonriente,
Talvez pueda sentir—humanamente—
Ese anormal calor que hay en tus manos. .

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.

EL DISCÓBOLO

El torax convexo. Los miembros de acero.
Enhiesta en los hombros la rubia cabeza.
El cuerpo desnudo; el gesto severo,
Irguióse vibrante con ágil realeza.

El disco de bronce en el brazo ligero
Giró como un astro que se despereza.
Y sobre el estadio en impulso certero
Un beso de sangre sonó con crudeza.

La voz del heraldo escuchóse enseguida;
Confiaron las flautas el canto apolida;
Los cielos vistieron triunfal arrebol;

Y así que el atleta venciera en la hazaña
Miró desde arriba como una montaña,
Y dió el paso firme, cual paso del sol.

TRISTAN DANIEL.

IDEA

Eres la blanca estrella que guía mis anhelos
Por las obscuras sendas, en la noche irreal.
Eres el cirio pálido que alumbra mis desvelos:
Trágica mariposa de las flores del mal ..

Tu voz tiene el encanto de antiguos ritornelos;
Tu alma las harmonías de un vaso de cristal
Pero guardan tus ojos, profundos cual dos cielos,
El lúgubre silencio de la noche boreal.

Eres más enigmática que la esfinge de Tebas.
Casi insensiblemente, de la mano me llevas
Por los hondos arcanos que tu antorcha ilumina,

Y tu segura mano, dueña de lo imposible,
Me abre el portal hermético de un cielo inaccesible
Que atesora el secreto de la Ciencia Divina ..

ESTEBAN BACHS.

ESCRITORES DE LA ESPAÑA NUEVA

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

El autor de las «Cartas a las mujeres de España», es un hombre bajo, leve y atildado, que sonrie tristemente y se ha permitido el lujo de lucir canas siendo muy joven. Sus ojos son pequeños, endrinos, de viveza ratonil; la frente muy grande; los bigotes ensortijados. Hace por parecerse a Benavente. Todo es en él pulcro, minucioso — ¿y por qué no decirlo? — relamido.

Hizo sus primeros versos en el colegio. Su infancia, tal como él me la refirió, poco o nada de particular encierra. Era «un niño formal» que estudiaba cuando se le decía, pecado del que se arrepintiera bastante después, en su adolescencia. Le molestaba una sola cosa: la disciplina escolar. En su colegio se castigaba de un modo atroz. Todos los hijos de las mas distínguidas familias madrileñas iban allí.

El propio encargado, con celo que denota crueldad enfermiza, administraba los palmetazos. Prohibía a sus ayudantes que pegaran a los niños. Concluídas las clases, él iba dando los castigos: veinte golpes a éste que no supo la lección; diez a ese porque reía; cinco al de más allá porque habló...

Estudiando la carrera de Filosofía y Letras conoció a una joven que preparábase para maestra normal. Era muy inteligente. Fué su novia. Luego su mujer. Por fin, su colaboradora. Martínez Sierra confiesa que escriben de consuno. Hay entre ellos la propia afinidad que entre los hermanos Quintero, pongo por caso. Y he aquí

porque las obras del autor de « Tu eres la paz » y « Canción de cuna » son tan suaves, tan delicadas, tan femeninas ..

El primer triunfo que obtuvo Martínez Sierra fué con « El poema del trabajo », un bello libro de versos, que antes que de incipiente, se dijera de vate envejecido. ¡ Y tenía su autor 19 años ! A poco de salir el libro, se casaba.

Y fué optimista. Perdió el miedo al infierno, resabio de la infancia, y miró de frente la vida. Benavente invitóle a colaborar en una revista que dirigía. Luego agrupó a Nervo, los Machado, Juan R. Jiménez, los González Blanco, Pérez Ayala, etc., en torno a « Vida Moderna » y « Helios », que fueron estandarte de esa juventud. Casi todos los balbucientes de aquella época son triunfadores hoy. Colaboraban en « Vida Moderna », entre otros americanos, Rubén Darío y José Enrique Rodó.

« Almas ausentes », novelita corta, valió a Martínez Sierra premio en un concurso. « La humilde verdad », novela descriptiva, granjeóle otro. Publicó « Sol de la tarde », el libro que más quiere, acaso porque ningún crítico ni profano le dedicó cuatro líneas. El poeta Manuel Machado (entonces bohemio), a quien donara un ejemplar, hizo una frase:

—« Sol de la tarde », café de la noche.

Y lo vendió a un mercachifle sin arrancarle ni siquiera la dedicatoria.

Siempre propendía el esfuerzo de Martínez Sierra a agrupar a los escritores de su generación. Por eso fundó luego la editorial « Renacimiento », que ha hecho famosas en América las firmas de los mejores literatos españoles contemporáneos. ¿ Cómo se hizo autor dramático ? . El me lo contó allá en Madrid. Oid sus frases:

—Siempre gusté de la escena. En el colegio hice dramas; luego juguetes cómicos; ya adulto, comedias. Fuí con los manuscritos bajo el brazo a las secretarías de los teatros; solicité, humilde, un rato de atención. ¡ Y nada ! Mis trabajos volvían, vírgenes de lectura, a casa ! Rusi-

ñol, a quien vertiera al castellano sus obras, me invitó a colaborar en «Vida y dulzura». Alcanzó éxito. Pero las puertas de los escenarios tardaron en abrírseme. «El ama de la casa» fué mi credencial de comediógrafo, como se ha dado en la flor de decir ahora, y «Canción de cuna» mi mayor triunfo.

Cuándo yo le dije que la gente le tildaba de imaginativo, protestó:

—¿Imaginativo? .. Todo lo contrario. Comienzo por confesarle que no sé escribir una cosa que no haya visto. Ahora, que me place seleccionar entre lo que viera. Y otra pasión mía es la de extraer la poesía que se diluye en las cosas pequeñas de la vida.

—¿Y en punto a ideas?

—Soy feminista. Y defiendo a la mujer, no desde el punto sentimental tan solo, sino que encaro el problema bajo todos sus aspectos. Yo espero mucho de las mujeres de mi país. A ellas se deberá, principalmente, el progreso de la patria. He aquí mi casi tesis: pienso que el hombre español, en los grandes centros — y hasta en algunos que no lo son — trabaja poco, trasnocha demasiado, marchita neciamente, insensatamente, su naturaleza. Y la mujer de esta tierra, que aún no ha trabajado, tiene cuantiosas energías, ambición, afán de ganarse la vida. Es honrada. Si se encauzan bien esas virtudes, el resultado maravillará.

Luego objeto al sútil escritor:

—¿Es posible que dé usted preferencia al teatro? ¿Y el libro, no le place más?

—Le diré: abrigo el convencimiento de que cada uno tiene su época: media docena de asuntos, que si se dejaran, acabarían por perder la oportunidad. Yo quiero aprovechar el momento: mi momento. Ahora el público va a mis estrenos. Tiempo ha de venir en que no le importen. Y dejo para ese tiempo la labor reposada del libro.

VICENTE A. SALAVERRI

LECTURAS Y REELECTURAS

« JUVENILIA »

Hace poco he vuelto a leer « Juvenilia », el libro de Miguel Cané. Recordaba la obra como una de mis primeras impresiones literarias. Sobre sus páginas llenas de amenidad y de interés, que conservan a través del tiempo toda su frescurafijé muchas veces mi vista y concentré mi atención durante las veladas familiares, siendo yo un colegial. Entonces, solo vagamente alcanzaba a percibir el íntimo y sugestivo encanto que de ellas se exhala con la misma naturalidad y con la misma sencillez con que se desprende el aroma de una flor.

Todo un mundo de impresiones y de recuerdos, remueve en mi memoria este libro bello y evocador, que hace revivir la infancia y la adolescencia, que narra las aventuras y desventuras del pupilaje y termina cuando empiezan a sentirse las ansias, los ardores, las aspiraciones y los deseos de la juventud. Cuántas ideas, en efecto, despierta la lectura del volúmen, y cuántas cosas que creía olvidadas para siempre, trae de nuevo a mi mente! Difícil es ordenarlas pues llegan en tropel y parece como que disputaran, queriendo cada una colocarse la primera sobre la cuartilla en que escribo. ¿A qué emoción, a qué pensamiento cederle el puesto? Mientras riñen, yo las veo a todas en conjunto, prolongando con ello la pendencia. Pero una idea inoportuna no tarda en vengarlas haciéndome notar el tiempo transcurrido de entonces acá. La infancia piérdese ya en la lejanía y aún cuando esta-

mos distantes de tener que exclamar melancólicamente con el poeta de «Prosas Profanas»:

«Juventud, divino tesoro
Ya te vas para no volver... »

los años tienen la fugacidad de un crepúsculo y se escapan veloces como el curso de un río...

* * *

Decía Guyau que, «como la moral, el arte tiene como último resultado, separar al individuo de sí mismo para identificarle con todos.» Hacer «sociable» nuestro pensamiento, hacer «sociables» nuestras sensaciones, como quería el autor de «La Educación y la Herencia», he ahí una empresa no exenta, sin duda, de dificultades. Tal idea que concebimos, tal impresión que experimentamos, tal hecho sin relieve, sin sentido humano considerado en sí mismo, puede tener un interés universal. Cané supo imprimir ese interés a las páginas de «Juvenilia». Sus cuadros y sus relatos, con frecuencia regocijantes, son siempre animados; el estilo es hermoso, pero ¡cuánta distancia hay entre su limpia prosa y aquella otra que se esponja, se hincha y se returece, procurando con alardes verbales disimular la pobreza cuando no la ausencia absoluta de ideas! En efecto, si la orma es una de las mejores cualidades del libro, a menudo surge la reflexión profunda, ábrese paso un sentimiento de justicia y puede desprenderse una enseñanza o una sentencia.

No es eso poco, ciertamente. Cuando el volúmen, la comedia, el tomo de poesías que otrora nos deleitaron, no nos impresionan ya o nos impresionan distintamente, examinada y vista toda esa producción a esta luz y a esta distancia,—un libro de esparcimiento que resiste victoriosamente la relectura, que sigue proporcionándonos gratas emociones, que no olvidamos en un rincón de la biblioteca,—no es humo vano, no es un valor accidental sinó una constante afirmación. Y no hay que agregar aquí que «Juvenilia« es esto último.

HECTOR VILLAGRAN BUSTAMANTE.

LA POETISA MORENO LAGOS

La literatura chilena actual, tan poco conocida, a mi juicio, en estas latitudes, está atravesando por un magnífico florecimiento que deja muy atrás a la « Atenas de América » y a otros prestigios, más o menos líricos, que nos atribuimos los uruguayos.

Y es que, o mucho me equivoco, o en Chile se ha llegado ya a *sentir* verdaderamente la literatura, sentimiento de abnegación por la belleza del que tienen muy raros ejemplos los pueblos platenses donde todo eso es patrimonio de los ágiles y despreocupados veinte años. (Pasando esa edad, generalmente, se « hace literatura » en los ratos de ocio).

Para corroborar lo que dejo dicho sobre el cultivo de las bellas letras en Chile, bastaría citar, aunque fuera fragmentariamente, la obra de espíritus tan sutiles y fuertes como Pedro Prado, Daniel de la Vega, Eduardo Barrios, Segura Castro, Pedro Sienra y otros muchos, por no nombrar a los universalmente consagradas como la enorme poetisa de los inquietantes « Sonetos de la Muerte ». — Pero esas citas no son posibles en un breve comentario como el presente.

Del animoso grupo juvenil que realiza actualmente en Chile, con mística unción, verdadera obra de belleza, se destaca con vigoroso relieve la poetisa Aida Moreno Lagos con quien me unen lazos de fraternal amistad literaria.

No hace aún tres años que llegaron a mis manos los primeros versos de la joven poetisa. Residía entonces en Talca y colaboraba en la revista « Ideales » de Concepción.

Como todos los primeros versos, los de la señorita Moreno Lagos pecaban de demasiado ingenuos,—pueriles casi—no con esa ingenuidad que, parodiando una frase hecha, podríamos llamar « difícil », sino son una candorosa ingenuidad que obedecía a la escasa cultura literaria. Sin embargo, los versos de la jóven chilena—desgarbados y hasta si me lo permitís « demasiado simples »—se hacían leer, poseían una gracia íntima que no puedo explicar en este momento.

No han pasado dos años y la poetisa Moreno Lagos—con la que no me comunicaba ya—me sorprende gratamente con un manojo de rimas inéditas.

Se advierte desde luego en estos versos que la jóven poetisa ha aprovechado esos dos años de una manera asombrosa. El corto tiempo transcurrido lo ha empleado exclusivamente en la búsqueda del *yo*, en el trágico y sugestionante «psiqueo» de cuyos resultados depende la vida o la muerte de un artista.

Aida Moreno Lagos es hoy una verdadera poetisa, una de las primeras figuras de la novísima generación chilena.

Quién ha sorprendido esta sutil emoción al mirar el amor que huye :

« Me llamarán sus ojos y no lo detendré
porque una voz oculta me dirá:
¿ Para qué ? . »

es indudablemente un alma de selección que sabe gustar las exquisitas sensaciones artísticas.

Leed esta estrofa de « Confidencia », impregnada de una vaguedad y dulzura encantadoras:

« Hermano mío, viento,
sé mi hermano y mi amante:
quiebra la verdad de mi tormento
y arrástrame como a una adelfa errante »

Diríase que el alma divinamente triste de la poetisa se abandona a una sensación que ya sutilizó el *pauvre Le-*

lian que sabía juntar « lo indeciso con lo preciso ». Escuchad estos otros versos musicales, emotivos y sencillos:

« *Cantar que escucho musitar distante,*
ayer pasaste ! . ¿ Volverás después ? »

. . . .

« *¡ Torna otra vez, semilla de ilusión,*
para que puedas florecer como antes
humedecido está mi corazón ! »

Música y transparencia son las dos cualidades que priman en estos versos. — Como tenía que suceder, casi inevitablemente, tratándose de una jóven poetisa chilena, los versos de la señorita Moreno Lagos sufren la influencia de ese extraño y atormentado espíritu de mujer, como no hay otro actualmente en América, que se llama Gabriela Mistral. A ésta gran poetisa canta la jóven rimadora:

« *Yo presentí tu lámpara encendida*
en las antorchas de la inmensidad
y me acerqué a tu lado conmovida
y me anegué en tu dulce claridad »

Pero la influencia que Gabriela Mistral ejerce sobre la autora de « Confidencia » no degenera en imitación ni le priva de poner en sus producciones el sello personal sin el cual no hay verdadera creación artística. En el sentir del poeta y crítico peruano Alberto Hidalgo, es una influencia *que ahora debe bendecir.*

Es forzozo esperar aún la obra definitiva que solidifique los rápidos prestigios que rodean a este joven espíritu tan brillantemente iniciado en los misterios de la belleza inmortal.

Aida Moreno Lagos posee ya un título suficiente para merecer la estima de sus contemporáneos.

Fuera de que ya es un mérito—y no de los pequeños—preferir una vida de lucha, de dolor y de sacrificio—cuyo único premio, cuando lo hay, es vivir en la memoria de las gentes. MANUEL BENAVENTE.

POEMA DE LA PEQUEÑA LUZ...

Cuidemos de la pequeña luz tal lo hace el avaro con sus onzas de oro.... Noche a noche, a la hora del grave recogimiento, avivemosla sin cesar, porque la menor oscilación bastaría para extinguirla. ¿ Que sería entonces de nosotros sin esa pequeña luz ?

Sumidos en las profundidades del Ser, como el minero en el fondo de su mina, solo ella nos guía a través de las tinieblas que a nuestro paso avanzan...

Muchas veces creímos que todo era obscuridad en torno del Hombre; más luego, interrogando nuestra propia sombra, surgió la pequeña luz. Brillaba como una Estrella sobre la inmensa noche sin fondo... Poco a poco y a medida que le observabamos en éxtasis, parecía acercarse hacia nosotros.

Dueño soy de la pequeña luz. Anoche, mientras meditaba en silencio, la vi crecer de súbito hasta convertirse en una llama viva y fulgente. Fué entonces cuando, ante mi mudo asombro, me dijo el secreto de su irradiación:

« Yo soy de la tierra.

Yacía sepultada en lo más inviolable de vuestro Ser; pero los descarriados afanes y el loco torbellino de tus pasiones, impedíanme brillar con la intensidad conque hoy lo hago. ¿ Cómo puede ser clara y limpia la luz de una cisterna cuyo aceite no esté constantemente purificado ?

Quién cuida de su alma tratando de identificarse con lo divino hallará paz y contento »

Desde entonces, noche a noche a la hora del grave recogimiento, yo cuido de la pequeña luz como un avaro sus onzas de oro...

MANUEL DE CASTRO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

« Sierras y Llanuras ». — NOVELAS CORTAS POR DOMINGO A. CAILLAVA. — Editorial Renacimiento. Montevideo, 1918.

No ha llegado a establecerse bien la diferencia que hay entre un cuento largo y una novela corta. Pensamos nosotros que la novela corta se caracteriza por la intensidad de la acción y un mayor análisis psicológico. En ese caso, los trabajos encerrados bajo el título de « Sierras y Llanuras » no pasarían de cuentos. El señor Domingo A. Caillava, debe ser joven. Si es joven, efectivamente, merece que se le estimule. No por lo que ha hecho, sinó por lo que podría realizar. Cinco asuntos le bastan para componer un libro. Se revela conocedor del campo. Le son familiares los tipos y los paisajes; sabe el nombre de los árboles que entrelazan sus ramas junto a los arroyos, y de los pájaros que ponen su greguería en los montes. Narra con facilidad. ¿ Qué le falta ?... Ver adentro de las almas, suprimir lo banal, adquirir agilidad para su frase... y un poco más de picardía, tramando las escenas. Hay condiciones excelentes ya; faltan otras, no menos apreciables. Conoce el lenguaje de los gauchos. A veces le da por imitar a algunos escritores que estuvieron hasta hace poco en boga, y deforma la verdad, haciendo gárrulos a hombres que son, por la propia existencia contemplativa que llevan, parcos hasta el defecto. « Como nido de horneros » es el cuento que nos gusta más. En el libro hay cuadros que resultan exactos y tal cual sensación muy bien dada. Domina poco todavía Domingo A. Caillava el castellano. Así lo vemos confundir merodear con acampar; ávidos de sed, con ávidos de agua; evadieron con emigraron; se hubo arropado con se hubo de arropar; y nos habla, impropiamente, de « labios cárdenos » en la cara de una « joven armoniosa » cosa esta última que nos parece un exceso poco gentil. — V. A. S.

» Polémicas ». — POR AUGUSTO BUNGE. — Editorial Buenos Aires 1918

Desde hace tiempo conocíamos la fecunda labor intelectual de Augusto Bunge, su noble orientación ideológica, su constante esfuerzo en pro de la intensificación de la cultura, su obra en fin de agitador de ideas redentoras y humanas. En este libro, recopilación esmerada de conferencias, polémicas, discursos parlamentarios, controversías sociales, nos dá una evidencia más concreta de lo que significa su personalidad de escritor y de polemista. No participamos de todos los

conceptos que se sustentan en « Polémicas », ni somos solidarios del todo con la orientación ideológica de Augusto Bunge, ni en la acentuada simpatía por Alemania que deja transparentar en varios artículos sobre la guerra europea, pero es de justicia reconocer, su fuerte y bien nutrida mentalidad, así como lo compleja y comprensiva que aparece su inteligencia. Este libro contiene un caudal de ideas tal, que basta leerlo para penetrarse de la importancia que el tiene como obra de razonamiento y de lógica,—y de ahí que muchas veces, Bunge triunfe aprarentemente, en las controversísa que mantiene, con valor y sinceridad nada comunes. Destaca del vario material, que integra « Polémicas », una admirable carta de Lugones, sobre el individualismo y los socialistas, publicada a raíz de la aparición de « El culto de la vida », otra obra de Bunge y la réplica que a la apreciación de Lugones, defendiendo y exaltando el individualismo dedicó enseguida nuestro comentado. Consideramos que no obstante el talento polémico de Bunge, los conceptos de Lugones no fueron rebatidos totalmente y la contra réplica de aquel, no fué lo suficertera y concreta, como para demostrar la sin razón del individualismo de Lugones, frente al gregarismo de la entidad socialista. En cuanto a la forma, Bunge no demuestra preferencias por el aliño del estilo, a veces es amplificado, monótono, pesado, otras sin proponérselo, se advierte aquel más fluído y ligero, logrando interesar al lector. Es indudable que por sobre los atractivos de la forma literaria el autor de « Polémicas » ponga la densidad del pensamiento y la profundidad en el pensar. Y una cosa compensa la otra, ya que en el género que cultiva, es imprescindible la expontaneidad y soltura en el lenguaje y no el pulimento, que resta muchas veces virtualidad y eficacia a la réplica, en las controversias. Prologa « Polémicas » el Señor Roberto F. Giusti, expresando en forma desmañada la modalidad que cultiva Bunge. Creemos que el Señor Giusti ha estado muy poco féliz en el prólogo y muchos menos quien lo ha elegido para padrino de esta obra. Augusto Bunge, tiene autoridad suficiente para aparecer sin tutores literarios y cuando éste, es el Señor Giusti que escribe con « rabia » y con egotismo molesto, es doblemente equivocado el padrinazgo. El Señor Giusti, tiene un estilo pedestre, son frases gruesas de panfleto, que no concretan nada ni esbozan siquiera la modalidad del autor. Disiente con Bunge en ideas capitales según lo dice y no obstante de preconizar la controversía permanente con los que no piensan a su modo, no atina a exponer el motivo de su radical disentimiento con el autor. Esto, la pobreza idiómatica que evidencia y la constante combatividad de que hace alarde, dan una sensación de incipiencia intelectual, de indecisión y de desconocimiento de la obra que pretende juzgar. — W. P.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

« 1810 », Poema dramático de Yamandú Rodríguez.

Este poema estrenado por la Escuela Dramática Nacional en el teatro 18 de Julio en los primeros días del mes pasado, es merecedor sin duda del éxito clamoroso que ha obtenido en el público y de los elogios que le ha tributado la crítica.

Una historia de amor, vivida en plena gesta heroica y mezclada con ella, ha dado tema al autor para labrar tres actos realmente bellos, en donde se ve moverse a seres agitados por los mas altos ideales y capaces de los mas grandes sacrificios.

Todos los personajes de este poema tienen, en efecto, pasta de héroes, y al final si nos dieran a elejir ser uno de ellos, todos resultan tan igualmente nobles y varoniles, que se titubearía entre el hidalgo teniente español, el leal Dn. Fernán Medina, el audaz capitan revolucionario y hasta ese mismo, mitad fraile, mitad guerrero, Leon Medina.

En un drama, que pretendiera retratar la realidad de la vida solamente, esto sería un defecto, puede ser; pero en un poema, no.

Para nosotros no es el menor mérito de la obra de Yamandú Rodríguez el pintar un tipo de español hidalgo y recio como en verdad fueron los conquistadores de América. Ciertamente que no hubiera gustado tampoco un retrato difamante de la hidalguía y del legendario valor español, para obtener, por contraste con el pundonor de los nativos y contando con nuestro criollismo, un fácil triunfo. ¡ Cien años de distancia es un camino asaz largo, para que no recobren su nivel los platillos de una balanza por mas violentamente que hayan sido agitados !

Pero, con todo, eso demuestra que hay en Yamandú Rodríguez buen gusto y tacto, cosas no muy fáciles de encontrar, sobre todo en los que recién se inician.

Demostración de ese buen gusto es también el no hacer hablar en su obra mas que a personajes de cultura superior. El gauchaje, la montonera, tan heroica como lamentablemente mal hablada, apenas aparece en el drama lo extrictamente necesario para que se revele su existencia.

Se ha dicho que a « 1810 » le falta teatralidad; a nuestro juicio es un error. Desde luego nos parece que a un poema no debe exigirsele un desarrollo absolutamente de acuerdo con la realidad.

Cuanto mas evite el poeta y si no puede evitarlas, cuanto mas cortas haga las situaciones necesarias para la ligazón de la obra pero indignas de ser rimadas, mas prueba de su finura nos dará.

En « 1810 », casi todas las escenas merecen el honor del estro, y si Yamandú Rodríguez, a riesgo de pasar por irreal o por defectuoso en la manera de tramar su poema,ha querido poner antes que nada, de acuerdo el episodio con la majestad del verso, nos parece que ha hecho bien.

La técnica es lo secundario, lo que se puede adquirir, lo que presta Salamanca; el juicio debe hacerse, sobre todo en un principiante, en la médula que revele, en la llama que descubra; en una palabra: en lo que natura le dió.

Pero es que, en verdad hablando, no existe en el poema que comentamos esa falta de tecnicismo que tanto parece preocupar y que hasta se antepone a toda otra cualidad en una obra dramática. « 1810 », está lleno de situaciones reales, vivas, que no admitan mayores críticas en cuanto a su manera de sucederse, y está epilogado, además, con un episodio de teatralidad realmente emocionante.

No está allí el defecto del poema de Yamandú Rodríguez. Su pecado, a nuestro juicio, está en lo que le ha sido mas alabado: en el estilo, por demás enfático, con que hace hablar a sus personajes. Parécemos que abusa demasiado de la imagen y de la hipérbole, como si creyera que la sencillez en el decir no fuera capaz de estremecer a un auditorio; grave error que hace, no diré fracasar, pero, al menos, desmerecer escenas tan fáciles de producir la emoción como la de Eduardo y Elena en el segundo acto.

Amor excesivo a la sonoridad, inclinación a la prosopopeya, o, simplemente, entusiasmo juvenil que no sabe a tiempo refrenar el vuelo desorbitado de su Pegaso, es un defecto que hay que expresarlo porque podría extraviar a un gran poeta.

De todos modos, « 1810 » ha puesto en evidencia tres hechos, a cual de ellos más promisor y mas lleno de esperanzas para el porvenir artístico de la República: la revelación de un gran temperamento lírico; la seguridad de que nuestro público es capaz de apasionarse cuando se le ofrecen espectáculos bellos, aún cuando estos sean la obra de alguno de sus coterráneos; y la existencia de una Escuela Dramática que cuenta con medios suficientes como para interpretar dígnamente las obras que se le entreguen.

Y esto es ya un gran paso dado hacia el porvenir por el arte dramático uruguayo. — J. M. D.

Parra de Riego

Pequeño, eléctrico, este aeda peruano se nos apareció en el escenario del Instituto Verdi.

Sus profusos tics revelan, desde luego, la rebeldía extrema de sus nervios. Parra de Riego no podría, aunque quisiera, simular un apático o un tranquilo. Fuego en los ojos, brasa en los labios, llama en la sangre, todo saturado de sol tropical: así es este poeta, este alto poeta, que anda trashumando por los países de América en peregrinaje lírico.

Su manera de decir de todo tiene menos de académica. El verso, para él, no es solo melodiosa voz, es vida, movimiento, acción.

Si en el canto un caballero ofrece a una niña una flor, es preciso que el estire el brazo como si la doncella estuviera allí delante; si una alta dama en la corte del virrey limeño pasa arrogante meciendo su cola y su abanico, es necesario que él dibuje el vaiven aristocrático de las sedas y las plumas; si la cuchilla de una media luna debe aparecer, como en el verso de Chocano, por encima del monte, es ineludibe que su mano pinte el signo astral.

De esta manera el verso por él dicho parece dejar de ser una forma aerea, melodiosa y vaga, para convertirse en algo concreto, palpitante y vivo.

Y esto (defecto o virtud ?) se ve bien que no es estudiada mímica, ni artificio de actor, sino necesidad imperiosa de un ser a quien la poesía hace vibrar hasta la última de sus células, mandato incontrastable de un amor lírico que a la canción lo da todo: voz, alma, músculos, nervios...

No dice el verso a lo Ruben Darío, majestuoso e inmovil como un mármol, él se encoge y se alarga con el ritmo, cuando habla del incendio parece asfixiarse con su humo, cuando describe la pampa hincha el pulmón como si quisiera llenarlo con su viento...

Pero todo en él es sincero y esta misma espontaneidad es lo que hace simpáticos y atrayentes esos movimientos que, a ser productos de la afectación, parecerían sin duda excesivos, innecesarios y hasta clownescos.

El Perú puede enorgullecerse de este hijo. Su estro vale el de los mejores de América. Subjetivando lo objetivo se nos aparece en su poema a la Pampa tan león por la fuerza de sus arrebatos, como cordero por la ingenua pureza de sus sentimientos. El «Incendio» otro de sus cantos, subyuga por la pintura maestra y la originalidad del tema. En su «Carta Sentimental», parece oirse el ritmo de un corazón.

En resúmen, un poeta desde el pié hasta el cabello; tal es la impresión que aquí ha dejado este peregrino, (peregrino en el doble sentido del término), del arte americano. — J. M. D.

« El despertar de Nené ». — Comedia en 3 actos de C. M. PRINCIVALLE

La primera impresión que produce la comedia de Carlos M. Princivalle es de amable encanto, ya que fluye de « El despertar de Nené »

una leve gracia elegante, sea de la trama de una simplicidad diáfana y original, del diálogo fluído o del mismo argumento encarado con tanto cariño y gusto.

Nené, niña mimada y voluntariosa, que ha salido del convento con una serie de prejuicios como normas, prejuicios que deforman y empequeñecen su espíritu, se siente humillada y herida en su latente amor propio cuando Reyes,—un amigo de su padre que visita su estudio de pintura con el objeto de dar su opinión crítica,—le revela el error de su concepto artístico, y ese carácter suyo, tan finamente femenino, tan sensible; reacciona violentamente—hasta el punto de justificar la áspera escena con Sor Arabela. En efecto, ese contraste psicológico explica y atenúa la salida de tono de la antigua discípula maleable, transformada, ante el azoramiento de la religiosa maestra, en una inconcebible demagoga.

En ese estado de espíritu de las grandes transiciones ahonda Nené en su alrededor, en la Naturaleza—que antes no sintiera—y la comprensión más amplia de la vida, el ensancharse del horizonte de su visión artística, le amplían la sensibilidad, la capacitan afectivamente y de allí el despertar, el florecer de un sentir virgen y fuerte, al abrirse su alma al amor y al arte—que es también amor—ya templado el espíritu en el doloroso proceso.

Es ésta indudablemente la figura fundamental de la obra y por ello son nítidos sus lineamientos, sin dejar por ello de acusar relieves reales los personajes de los segundos planos: el padre con su criterio estrecho y burgués del arte lindo, la Sor que copia bonitas estampas, el tipo uruguayísimo y humano de Tonitín Pereira...

Creemos que pierde la línea el Reyes franco y austero que se retracta de sus conceptos sobre Sor Arabela, cuando, impositivamente, dicta la epístola falsa, pero debemos reconocer y elogiar la armónica sucesión de escenas inspiradas y movidas por una finalidad que, aparte de ser simpática, es bella.

Denota esta obra una honestidad teatral de la que carecen la mayoría de los autores rioplatenses, que conceden demasiado al « respetable ».

Tiene pues Principalle,—salvo detalles,—la exacta noción del movimiento escénico, sabe mover personajes de carne y hueso, es artista,—fáltale quizás dar con un tema donde problemas más hondos nos lleguen al alma y le permitan dar expansión a sus brillantes condiciones.

Réstanos decir que la compañía de la Escuela Experimental de Arte Dramático puso discretamente en escena « El despertar de Nené », distinguiéndose la labor fina y comprensiva de Gloria Ferrandiz.

MONTIEL.

«El Alcalde de Stilmonde» de Mauricio Maeterlinck.

Gómez Carrillo, gran señor de las letras, al visitarnos nuevamente, nos trajo un dón principesco: hizo estrenar su versión castellana de la obra cuyo título encabeza esta nota.

Hay críticos que acusan de frialdad a Maeterlinck y su obra. Son críticos superficiales que sólo observan las apariencias: son como las personas que amenudo hablan de la frialdad de las estatuas. ¿Piensan ellos en el calor volcánico a que fué sometida la materia para adquirir el aspecto de serenidad inmutable o para plasmar la mueca trágica que a través de los siglos ha de hablarnos del dolor eterno? ¿Se acuerdan nunca de las luchas terribles, del insomnio, de la fiebre que posee y arrebata al artista guiando la mano que ha de esculpir la línea impecable, musical y armoniosa, y le dará un sello de perenne belleza?

Toda obra de arte exige fuego: en los crisoles para eliminar escorias y dar unidad a los metales; en las mentes para producir ebullición, fermentación de ideas, las cuales al ser fijadas en el papel destilando por los puntos de la pluma, han sufrido el reposo y la transformación del licor en el alambique.

El sereno pensador, artífice del verbo, estilista magistral, cuyos grandes ojos parecen perderse en la contemplación de un miraje situado en las ignotas regiones del más allá, cuya obra está impregnada de un halo misterioso; el místico poeta que mantenía su espíritu alejado de groseras preocupaciones terrenales y escribía sobre la inteligencia de las flores, observaba la vida de las abejas o se asomaba a la ventana abierta sobre lo incognoscible discurriendo acerca de la muerte; acaba de revelar un temperamento apasionado que vibró íntegramente ante la violación, la injusticia y la muerte. Los horrores de la guerra, la tragedia de su pueblo sacrificado por sus deberes, lo conmovieron hondamente y pusieron ante sus ojos tales hechos que su espíritu de poeta no necesitó gran esfuerzo para hacerlos resaltar en toda su grandeza y su visión de artista en toda su belleza.

En el alcalde está sintetizada el alma del pueblo belga, del mundo latino. Sin grandes frases, sin aspavientos: sencillamente, ingenuamente él cumple con su deber. Su deber es el dictado de una conciencia sana, honrada, incontaminada de ese cientificismo y pseudo filosofía que permiten razonar tranquilamente, teorizar acerca de todos los problemas mientras se cometen los mayores crímenes y tropelías, hallando siempre la manera de justificarlos.

El sabe que su jardinero—a quien quieren ajusticiar bajo inculpación de asesinato—es inocente; y si se calla siente que aquella muerte vá a pesar sobre él, pues callando le parece que entrega al inocente

con sus propias manos para que lo fusilen. Eso no sucederá porque él ha de hablar y ya que el reglamento dispone su responsabilidad y culpabilidad ante cualquier suceso no esclarecido, él está dispuesto a morir. Se resignará a su destino. No acepta la clasificación de héroe intempestivo que le adjudica su yerno (oficial alemán que le propone el silencio para salvarse) pues él no desea hacer gestos, ni desea morir en un desplante más o menos heroico. Solamente le repugna callar y no callará. Jamás consentirá en que se ejecute a un inocente.

Al alcalde, y todos los que con él viven, los sorprende el huracán de fuego y sangre en medio de su labores cotidianas: una paz geórgica hay en la heredad y las almas son de una simplicidad y una pureza cristalinas. La evocación del ambiente aldeano está realizada con ternura y amor y ese colmenar que han venido a destruír ferozmente los invasores es un reflejo de la industriosa y pacífica Bélgica.

En este cuadro de candor y bonhomía, de humildad y altivez, se destacan las figuras de los invasores, de las cuales viene a quedar en primer término el teniente Otto Hilmer, yerno del alcalde. Este burgués militarizado sofista y *kulto* que discute una acción noble y no trepida en proponer una bellaquería demuestra que la ciencia oficial de la culta Germania logró extirpar todo noble sentimiento del alma alemana; consiguió crear una mentalidad nueva donde todo es chatura, ofuscación y provecho inmediato. Hilmer es un tipo representativo de aquel pueblo que según Eca de Queiros «vigila por su libertad en los dominios de la filosofía, de la ética o de la exégesis, y que, cuando su emperador le ordena que marche, enmudece y marcha ».

Las distintas ideologías encarnadas en los personajes principales, al chocar, crean las situaciones que forman la trama dinámica de la tragedia. Téngase en cuenta la terrible situación en que se vé colocada la hija del alcalde ante su esposo, a quien ama, y que es, sin embargo, el detestado invasor de su pueblo; para colmar la medida de las situaciones violentas, el reglamento dispone que sea Otto quien mande el piquete que ejecutará al alcalde.

Maeterlinck con su fino gusto ha construído un modelo por la sencillez y elevación del estilo, por la delicadeza con que fueron evitadas las escenas melodramáticas y las tiradas declamatorias.

También acá aparece el intento (que nos parece conseguido esta vez) de dar la impresión de la *presencia* de la muerte. Hay un momento impresionante en el cual se vé a la Intrusa sobre la escena, se perciben sus descarnados brazos al alargarse para juntar a las criaturas en un solo abrazo y se siente en la sala el soplo helado que anuncia su paso.... — Romulo Schenini Crespo.

Buenos Aires, Setiembre 1918.

[illegible]

[illegible] Literarias

Directores: Alfredo Bianchi y Roberto Giusti

[illegible] Buenos Aires [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] en todas las Librerías

[illegible] 190[illegible]

con sus propias manos para que lo fusilen. Eso no sucederá porque él ha de hablar y ya que el reglamento dispone su responsabilidad y culpabilidad ante cualquier suceso no esclarecido, él está dispuesto a morir. Se resignará a su destino. No acepta la clasificación de héroe intempestivo que le adjudica su yerno (oficial alemán que le propone el silencio para salvarse) pues él no desea hacer gestos, ni desea morir en un desplante más o menos heroico. Solamente le repugna callar y no callará. Jamás consentirá en que se ejecute a un inocente.

Al alcalde, y todos los que con él viven, los sorprende el huracán de fuego y sangre en medio de su labores cotidianas: una paz geórgica hay en la heredad y las almas son de una simplicidad y una pureza cristalinas. La evocación del ambiente aldeano está realizada con ternura y amor y ese colmenar que han venido a destruír ferozmente los invasores es un reflejo de la industriosa y pacífica Bélgica.

En este cuadro de candor y bonhomía, de humildad y altivez, se destacan las figuras de los invasores, de las cuales viene a quedar en primer término el teniente Otto Hilmer, yerno del alcalde. Este burgués militarizado sofista y *kallo* que discute una acción noble y no trepida en proponer una bellaquería demuestra que la ciencia oficial de la culta Germania logró extirpar todo noble sentimiento del alma alemana; consiguió crear una mentalidad nueva donde todo es chatura, ofuscación y provecho inmediato. Hilmer es un tipo representativo de aquel pueblo que según Eca de Queiros «vigila por su libertad en los dominios de la filosofía, de la ética o de la exégesis, y que, cuando su emperador le ordena que marche, enmudece y marcha».

Las distintas ideologías encarnadas en los personajes principales, al chocar, crean las situaciones que forman la trama dinámica de la tragedia. Téngase en cuenta la terrible situación en que se vé colocada la hija del alcalde ante su esposo, a quien ama, y que es, sin embargo, el detestado invasor de su pueblo; para colmar la medida de las situaciones violentas, el reglamento dispone que sea Otto quien mande el piquete que ejecutará al alcalde.

Maeterlinck con su fino gusto ha construído un modelo por la sencillez y elevación del estilo, por la delicadeza con que fueron evitadas las escenas melodramáticas y las tiradas declamatorias.

También acá aparece el intento (que nos parece conseguido esta vez) de dar la impresión de la *presencia* de la muerte. Hay un momento impresionante en el cual se vé a la Intrusa sobre la escena, se perciben sus descarnados brazos al alargarse para juntar a las criaturas en un solo abrazo y se siente en la sala el soplo helado que anuncia su paso.... — ROMULO' SCHENINI CRESPO.

Buenos Aires, Setiembre 1918.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881,

Ramón Negro - Sarandí 4-

AÑO I NOVIEMBRE 1918 Núm 5

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

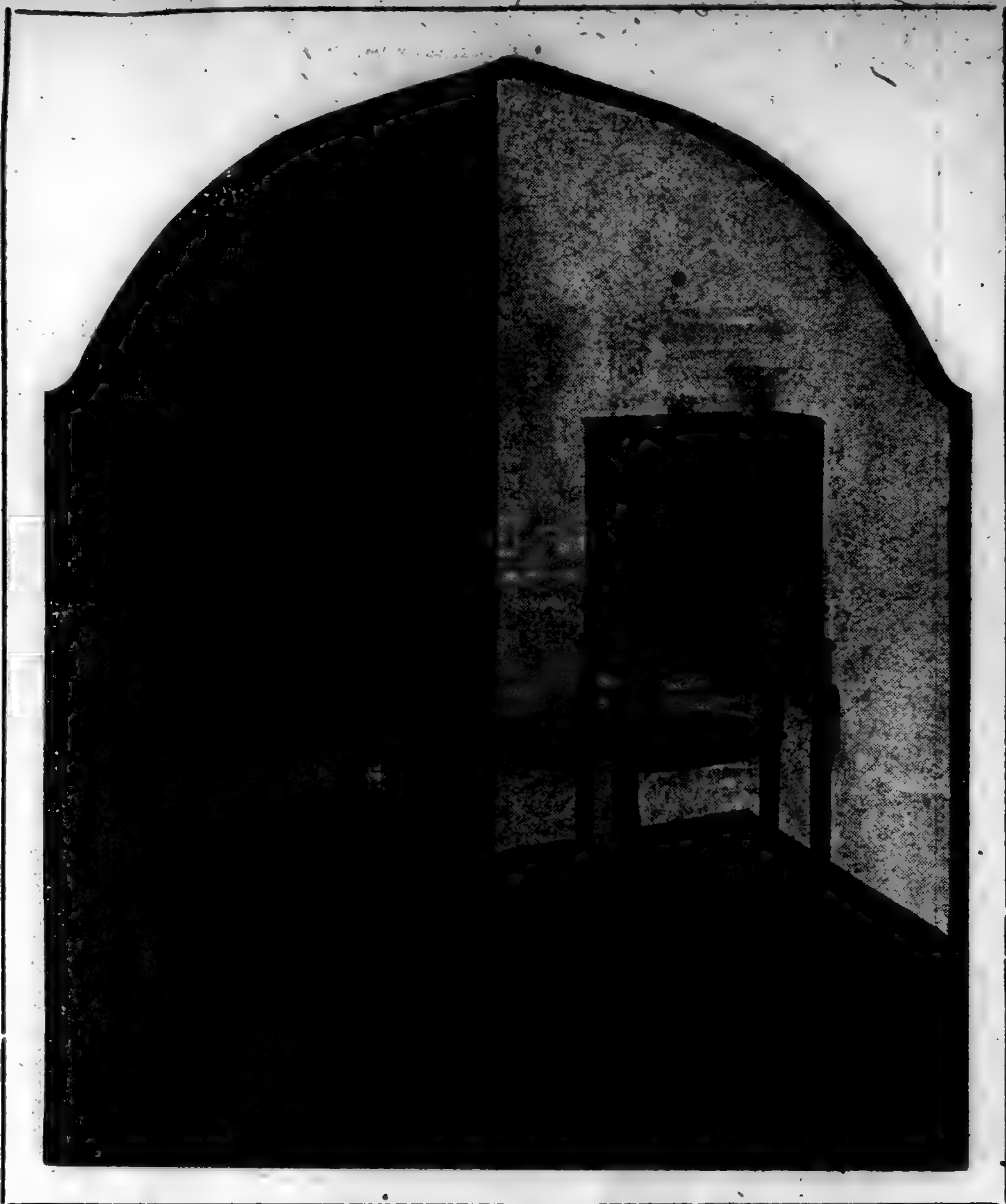


SUMARIO:

MONTEVIDEO

PEÑA HNOS. — Imp


Imprenta y Litografía Oriental
Peña Hermanos
Calle Treinta y Tres 1428 Montevideo
Teléfonos
La Uruguaya 649.
La Cooperativa 285
Impresos para el comercio e industrias.
Ediciones de toda clase de obras.



AÑO I.
Noviembre, 1918.
Núm. V



PEGASO

REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pí — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

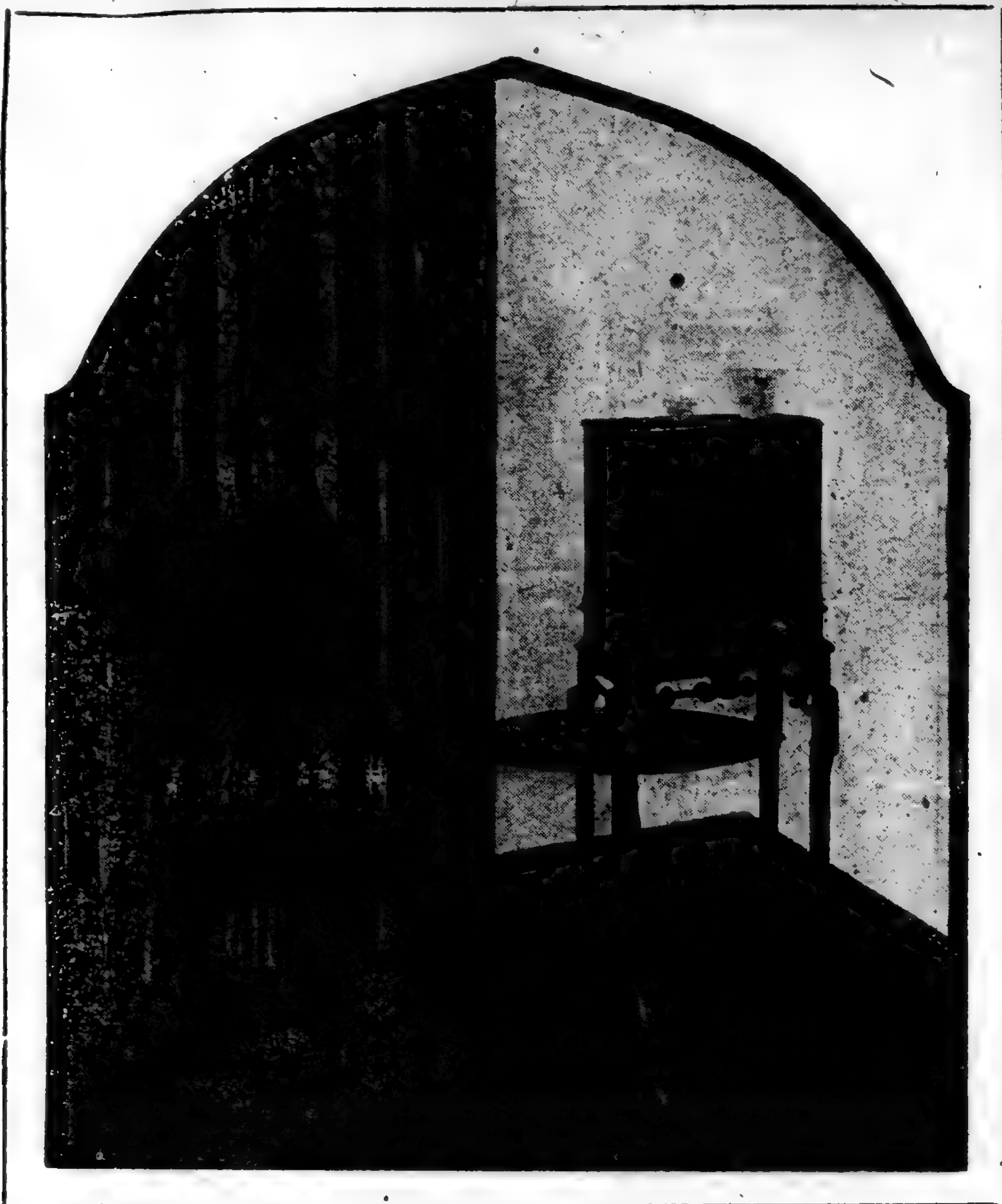
Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

EL RENACIMIENTO EN FRANCIA [1]

. . . .

Es imposible analizar, en los breves minutos de que dispongo, este enorme caudal literario que acabo de describir a Vds. en sus líneas generales, con el fin de ofrecerles una noción sintética, pero clara y precisa, de la época comprendida entre el siglo XV y la Revolución Francesa. Debo, sin embargo, para hacer aún más plástica esa noción, destacar algunos de los aspectos mas característicos de la gran época literaria, y, no obstante el apremio del tiempo, voy a elegir, para comentarlos brevemente, tres

(1) Del curso de Literatura dictado para los asociados de la Liga Juvenil.



Tenemos la pretensión de que nuestros mobiliarios se destaquen por la fineza de su estilo y la belleza de su línea.

Para alcanzar esa superioridad solo admitimos en nuestra

SECCIÓN DE MUEBLES DE LUJO

modelos clásicos, verdaderas reproducciones de las joyas de la ebanistería artística.

Visite nuestra sección de muebles antiguos y le recordará muchas veces los museos visitados por Vd. en Europa.

MUEBLERIA CAVIGLIA

25 DE MAYO, 569

AÑO I.

Noviembre, 1918.

Núm. V



REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pí — Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

EL RENACIMIENTO EN FRANCIA [1]

. . . .

Es imposible analizar, en los breves minutos de que dispongo, este enorme caudal literario que acabo de describir a Vds. en sus líneas generales, con el fin de ofrecerles una noción sintética, pero clara y precisa, de la época comprendida entre el siglo XV y la Revolución Francesa. Debo, sin embargo, para hacer aún más plástica esa noción, destacar algunos de los aspectos mas característicos de la gran época literaria, y, no obstante el apremio del tiempo, voy a elegir, para comentarlos brevemente, tres

[1] Del curso de Literatura dictado para los asociados de la Liga Juvenil.

temas o asuntos que, en mi concepto, reflejan con elocuencia el espíritu y carácter del Renacimiento literario en Inglaterra, España y Francia.

El Renacimiento inglés puede ser encarnado sin duda alguna en Shakespeare, como el siglo de oro español pueder ser representado sin disputa por Cervantes. En cuanto al genio francés de la gran época, podríamos descubrirlo en varios de los grandes nombres literarios de los siglos XVI y XVII; en Ronsard, por ejemplo, padre de la poesía clásica francesa, o en Corneille, Racine o Moliere, sus grandes sucesores en el siglo inmediato. Pero yo voy a tomar un aspecto que, en mi sentir, expresa con gran eficacia el carácter francés, y constituye uno de sus rasgos peculiares: la conversación, el arte de la conversación, mejor dicho, puesto que arte, y arte delicado y complejo llegó a ser en labios franceses esa forma de oratoria familiar en que la espiritualidad, la gracia y el ingenio sustituyen a la alta elocuencia y en que la profundidad del concepto y la aguda observación se disfrazan con el aspecto de la despreocupación y el buen humor.

La conversación es un arte bien francés, por cierto. Ningún pueblo de la tierra ha sabido llevar a mayor altura esta forma de expresión de las ideas y de los sentimientos que Francia, país de artistas y conversadores. Fué a principios del siglo XVII, el gran siglo, que la conversación adquirió allí el imperio y la dignidad de arte. Había pasado ya aquel siglo XVI, siglo de desorden, de licencia, de intriga, de bufonería, mitad galante y mitad bárbaro, que tan bien ha pintado Brantone en sus memorias sobre los tiempos de Francisco y Margarita de Navarra, y que tan mal se reconoce en esas damas de caras cándidas y recatadas que pintó Clouet, con sus cofias, lisas y austeras, a la manera de Diana de Poitiers. La sociedad francesa, harta de la vida licenciosa y galante de la corte, buscaba instintivamente el órden y la disciplina. Fué entonces que frente a la disipada corte del

Louvre se levantó el Hotel Rambouillet con su famoso salón azul, la influencia del cual debía de ser decisiva sobre la lengua y la literatura francesas. El salón azul, donde la Marquesa de Rambouillet agrupó a los mas agudos ingenios de la época fué desde entonces omnipotente. De él proceden todos los salones que en los siglos XVII y XVIII habían de ser el foco de la sociabilidad y la intelectualidad francesas, y de él procede, sobre todo, esa especie de reinado espiritual que la mujer ejerció en Francia durante esos siglos.

Voiture, el alegre Voiture, ha contado en forma encantadora su entrada en Rambouillet y ha descrito el salón azul, iluminado por un enorme candelabro de quince brazos, con sus pequeñas mesas de ébano y plata, sus sillas almohadilladas, los altos escabeles tapizados de terciopelo carmesí y el lecho de reposo, coronado con un pabellón de gasa, donde permanecía reclinada la Marquesa. Voiture entró a Rambouillet, la noche en que debutaba allí Lord Buckinghan, aquel Don Juan que pasó por la corte, en 1615, como un fantasma resplandeciente. Lord Buckinghañ, cuya varonil belleza rivalizaba con las encantadoras cabezas femeninas adornadas con graciosos bucles y rizos a lo Mme. de Chatillon, tuvo el don de enamorar a todas las mujeres de la época, sin excluir a la Reina de Francia, Ana de Austria. Fué tan profunda la impresión que aquel precursor del dandysmo hizo en el corazón de Ana, que todavía, años después, al presentar Richelieu a la reina a su sucesor Mazarino le decía, con venenosa ironía: « V. M. lo querrá bien; tiene el aire de Buckinghan ».

A Rambouillet van las Montmorency, Las Rohan, las Coligny, las Condé, las Gonzague, las Borbón, la flor de la aristocracia francesa y frente a ellas están los mas ilustres ingenios del siglo. En Rambouillet se conversa, se recita, se aplaude. La enferma Marquesa, como no puede ir al Louvre, se desquita en su salón. Esta fina inteligen-

cia femenina ama la conversación y el ingenio. Para hacer amable su hospitalidad divierte a sus visitantes. Tiene extraordinaria perspicacia para descubrir la habilidad de cada cual, y una vez descubierta, sabe ponerla al servicio de la tertulia. Rambouillet, como alguién lo ha dicho, es «le monde ou l'on s'amuse» y es claro que Voiture, el hombre de los chistes y las bufonerías sea su héroe. Allí no es la literatura lo que mas preocupa; es, sobre todo, el cuento, el chiste, el diálogo vivaz y pintoresco, el torneo siempre renovado del ingenio y de la espiritualidad. Y es de esa explosión de verba, de gracia, de sensibilidad, de agudeza, y fina inteligencia que surge la lengua francesa, depurada y brillante.

A la influencia del Hotel Rambouillet se atribuye, efectivamente, en gran parte, el advenimiento de la gran época literaria de Luis XIV y por ende la literatura clásica francesa.

Además, en Rambouillet se guardó siempre la línea. El famoso salón aquel fué el que introdujo en la corrompida sociedad francesa de la época de Luis XIII y la Regencia, la dignidad, la decencia, la cortesía, el órden y la disciplina.

La tradición de Rambouillet fué recogida por Mme. de Sevigné, quién con Mme. de Lafayette son árbitros de la sociedad francesa después de 1680. Las costumbres livianas de la época de la Fronda y la Regencia han hecho ya su tiempo; Luís XIV impone el reinado de la cortesía, la elegancia y la dignidad. Los desórdenes se ocultan cuidadosamente y a la lectura de las escandalosas crónicas de Brantome y de los versos licenciosos de Regnier han sucedido los sermones de Bossuet y los impecables alejandrinos de Racine.

La lengua perfecta del gran siglo se hace aún más graciosa y sutil en estas tertulias de final del siglo. Allí se habla de todo, sin pretensión, ingenuamente: literatura, arte, filosofía, historia, galantería. Mme. de Sevigné

es la maestra de una generación de grandes damas. Desde entonces se multiplican los salones en París, sobre todo, en el siglo siguiente, donde nuevamente fué necesario defender el decoro y las costumbres amenazados por los excesos de la segunda Regencia.

Difícil es, señoritas, concebir los extremos a que llegó aquella sociedad y aquella corte. Para que Vds. se den una idea de lo que entonces pasaba en el Louvre, les diré que la Duquesa de Orleans, esposa del Regente, que pasaba por ser una de las mujeres mas austeras de la época, para hacer el elogio de la Duquesa de Borgoña, la madre de Luis XV, escribía en sus memorias: «La Duquesa ya no bebe hasta caerse ni juega lo que no tiene.»

Los salones del siglo XVIII forman legión. Ninguna mujer intelectual que se precie prescinde de su tertulia literaria. Ya es el de Mme. Tencin, ya el de Mme. Deffaud, ya el famoso de Mlle. de Lespinasse, ya el de Mme. de Epinay que congregó a Voltaire, a Diderot, a Rousseau, a Grim, y por fin el de Mme. Geoffrin, que, en opinión de Sainte Beuve, es el salón tipo de su época.

El salón de Mme. Geoffrin fué una de las instituciones del siglo XVIII. Ella supo organizarlo con extraordinario talento y atraer a el a casi todos los pensadores y artistas de aquel tiempo. Además, Mme. Geoprin, agregaba a los atractivos del salón, los de la mesa. Había organizado dos comidas por semana: El lúnes, para los artistas, y el miércoles para los hombres de letras. En aquellas se veía a Boucher, a Van Loo, a La Tour, a Vernet, y jamás faltaba algún crítico, algún amateur y mucho menos algún Mecenas. En los ágapes literarios se reunían, Marivaux, Grim, Mlle. Lespinasse, D'Alambert, Marmontel y muchos otros. Puede suponerse el brillo, el interés, el encanto de estas reuniones en que se congregaban los mas ilustres representantes del pensamiento y del arte.

Eran aquellos los tiempos de la buena conversación francesa. Tiempo feliz, exclama Sainte Beuve, toda la vida se volvía entonces hacia la sociabilidad; todo estaba dispuesto para el mas dulce comercio del espíritu y para la conversación. Ni un día, ni una hora faltaban.. He aquí el empleo de la semana que hacia entonces un hombre de letras: Domingo y Jueves: Comida en lo del Barón d'Holbach; lunes y miércoles: Comida en lo de Mme. Geoffrin; Martes: Comida en lo de Helvetius; Viernes: Comida en lo de Mme. Necker.

Fué en esos salones y en esas comidas, verdaderas justas de ingenio y de espiritualidad, donde la lengua y la literatura francesas, adquirieron esa admirable pureza y variedad de expresión, esos matices y esa complejidad que no se encuentran en otras lenguas y otras literaturas. La conversación fué, pues, un arte literario y el arte literario mas francés que floreció en los siglos XVII y XVIII.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

(Versión taquigráfica tomada por la señorita L. M.)

VIEJA LÁMPARA

Oh mi lámpara, vieja compañera
De mis noches sin sueño,
Tu luz confidencial me dice: espera
La roja flor de tu jardín de ensueño
Florecerá al amor de primavera.

Oh mi lámpara vieja compañera
A cuya pobre luz rimé mis versos,
Tu alma como la mía es la viagera
Que sueña en imposibles universos.

Oh mi lámpara vieja compañera
Que alumbras el papel donde mi pluma
Penosamente evoca lo que fuera
Y que se disipó como la bruma.

Oh mi lámpara vieja compañera,
Tu poca luz es toda mi fortuna,
Si no fuera por ti tal vez quisiera
Morir en paz bajo la luna.

PABLO DE GRECIA.

OLAVO BILAC

Síntesis de un estudio sin terminar.

«Los poetas son estuarios, en los que se ven confundir los torrentes de ideas y de sentimientos que agitan las edades;—los poetas son espejos en los que se ven reflejar y concentrar los manojos de rayos ardientes en que se abrasa y consume el ideal humano. Y, como el mundo será siempre triste, porque la vida será siempre un misterio,—también los poetas serán siempre tristes, porque serán siempre los intérpretes de esta grande y dolorosa duda humana, de esta curiosidad insaciable, de esta desesperante ignorancia de lo que somos y de lo que seremos»...

Así termina Olavo Bilac, el príncipe de los poetas brasileños, su hermosísima conferencia sobre la tristeza de los portaliras de su patria:—y así puede considerársele, atravesado de todas las ideas y sentimientos de su tiempo:—hombre triste, tremante y ardiente, como quién suele recostar demasiado la frente en el misterio de la vida.

Los poetas persas dicen el amor de la mariposa con la llama:—es el símbolo de un destino, que se cumple en Olavo Bilac tanto como en Rubén Darío o en Pablo Verlaine, lo mismo en Benvenuto Cellini que en Leonardo de Vinci.

Los brasileños son, como los rusos, apasionados, idealistas, sentimentales, con un sentimiento activo y violento, aunque un poco tristes en el fondo del alma,—más amiga de sueños que de ciencias. Goncalvez Díaz, José Verissimo, Assis Brasil, Cruz e Souza, Joaquín Nabuco,

Ruy Barboza, Alberto de Oliveira, Raymundo Correa, Joao Ribeiro, Coelho Netto, Alizio de Acevedo, Alfonso Celso, Machado de Asis, Olavo Bilac, Hermes Fontes, Martín Fontes, son en la literatura brasileña ejemplo vivo de ese carácter lírico de la nación,—que tiene un alma seductora y brillante como una lámpara de vidrios de colores, donde la luz pone claridades cambiantes, que van, desde los violados y amarillos suavísimos hasta los rojos y los verdes agresivos.

Yo sé que ni a los mismos brasileños, le merece este juicio la literatura de su patria. Silvio Romero, en su notabla obra « Literatura Brasileña »,—que Carlos Roxlo imita aquí en su « Historia de la Literatura Uruguaya »,—dice, por ejemplo, que el trabajo intelectual en el Brasil es un martirio y que por eso, se envejece pronto, se produce poco y se muere de prisa—« ya que el brasilero es un ser desequilibrado, herido en las fuentes de la vida. » José Verissimo en sus « Estudios Brasileros », le concede apenas a la poesía de su patria, una abundancia de formas sensuales que le presta al verso la sangre del mestizo,—« ya que todo brasilero, es para él, un mestizo, cuando no en la sangre, en las ideas. »

Olavo Bilac, en esa misma conferencia literaria sobre la tristeza de los poetas de su patria, defiende a los ruiseñores brasileños contra los ataques corrientes de « enfermizos » y « mórbosos », con que casi todos los críticos los han señalado insistentemente.

Como en aquel poema de Baudelaire en que pasan sonrientes y embebidos de ensueño, los hombres cargados de su quimera,—yo veo a los poetas brasileños iluminados por la noble concentración de su ensueño estelar, dando de si lo que llevan adentro, poseidos del fervor eterno de la belleza, sintiendo, amando y cantando desde el plinto de su juventud apasionada.

***

Olavo Bilac, apóstol y profeta, periodista y maestro de escuela, suscita a su alrededor los más bellos deseos humanos, posee el dominio de los corceles ritmicos, la suavidad de un ala de golondrina, el fuego sagrado de un corazón primaveral. Si Ortega y Gasset asegura, recordando a Anaxágoras, que todas las cosas tienen elementos de las demás y que « por eso se entienden, conocen, conviven y al crepúsculo lloran juntas los comunes dolores »,—bien pudiera decirse que este hombre-poeta, está hecho de cielo, de agua, de tierra, de fuego, de selva, de viento, de sol. Y que, estremecido por todas las vibraciones de la exaltada tierra de los trópicos, concreta en si los cuatro horizontes del verdadero misionero: apóstol patriótico, horizonte del oeste: maestro de escuela, horizonte del norte: profeta social, horizonte del este: poeta lírico, horizonte del sur.

Auroras de grandezas y de redenciones, crepúsculos de recuerdos y de esperanzas, norte de idealidades infinitas, cielos de noches consteladas de diamantes, en él conviven, a él lo elevan, por él descienden.

Contrariando el momento depresivo de la juventud, tan poco dionisíaca, Olavo Bilac atraviesa los años como un viajero alado, para quien el tiempo y las latitudes no hacen más que dar golpes de luz al penacho de su pensamiento y aceros de voluntad a las alas de su corazón.

Siempre vehemente, voluptuoso, aligero y profundo a la vez, la tonalidad de sus versos es como la de su vida: cambiante, harmónica, radiosa:—púrpura en lirio, azul sobre nieve:—ruiseñor de fronda ilimitada.

***

Leamos los libros del poeta, — « Panoplias » son cuadros históricos: « la siesta de Nerón », « el incendio de

Roma», «el sueño de Marco Aurelio», «Delenda Cartago».

La reina Amelia de Portugal pasa por un soneto con el encanto de una flor,—«albo lirio de Francia,—que le dió, flor humana, alma gentil de artista,—una sonrisa de gracia y un perfume de amor»...

«A un gran hombre», de versos fáciles como el chorro de agua del manantial aludido, redondea la frase de Lamartine: heureuse au fond du bois la source pauvre et pure.

«Vía Láctea»—son treinta y cinco sonetos, que constituyen en realidad un luminoso, plateado y parpadeante camino de Santiago.

En el noveno soneto hay una inquietud que tiembla entre sus versos como podría temblar una paloma en el hueco de unas manos.

De otras sé que se muestran menos frías
Amando menos lo que amar pareces.
Usan todas de lágrimas y preces;—
Tú de risas amargas e ironías.

De tal manera mi atención desvías,
Y con pericia tal mi engaño meces,
Que si nevado el corazón tuvieses
Tal vez, Amada, más ardor tendrías.

Te miro: y ciega a mi mirar te haces...
Te hablo: ¡y con qué fuego esta voz levanto
En vano!... — Sorda quedas a mis frases...

Sorda: no escuchas mi amargado llanto!
Ciega: no ves con qué impiedad rehaces
El antiguo dolor que dolía tanto!...

En el décimo tercero de los sonetos de «Vía Láctea» hay una gracia indefinible, que parece aletear en cada

línea: alma candorosa y dulce que se pone al habla con «el palio abierto de la vía láctea» y que contesta a la aguda ironía de los amigos vulgares: «amad para entenderlas!—pues sólo quien ama, puede tener oído—capaz de oir y de entender estrellas!».

En el soneto veintisiete, la misma suavísima gracia perdura, y el poeta dice con una delicadeza que no puedo traducir aunque pretendo:

Ayer—necio de mi— muy maliciosa
Dijo una estrella riendo allá en la altura:
—«Buen Amigo! La estrella más hermosa
De todas las estrellas, la más pura

Mañana cumple años... Vé, procura
El más brillante madrigal, la rosa
De más vivo color y más frescura!»
Y para mi me dije: —«¡Mentirosa!»

Porque yo fuí tan ciego antes por ellas
Que al fin curado ya de sus engaños
No puedo creerles más a las estrellas...

Y héme a tus pies aquí deshecho en llanto...
La culpa de olvidar tu cumpleaños
De tus hermanas es, que engañan tanto!

Este libro de Bilac termina aquí con unos sonetos más, todos endecasílabos sonoros y emotivos, donde la misma cuerda amorosa tiene los mismos sones. Mi entusiasmo se afana por darles la música y el alma verdadera, a estos catorce versos de dulzura crepuscular:

Lejos de tí si escucho por ventura
Tu nombre, que una boca indiferente
Entre otros nombres de mujer murmura,
Se me nublan los ojos, de repente...

Tal como el infeliz que la tortura
Sufre de amargo exilio,—y tristemente
En su lengua natal, mimosa y pura
Se oye llamado por extraña gente.

Porque tu nombre es para mí el perfume
De una patria distante e idolatrada
Cuyo recuerdo ardiente me consume...

Y oirlo es ver la eterna primavera
La eterna luz de la región sagrada
Donde tu amor, junto al rosal, me espera!

* * *

« Sarzas de fuego » es el tercer libro de Bilac. — « El juicio de Friné, » « Pantum, » « Paráfrasis de Baudelaire, » « La tentación de Xenókrates, » mantienen un encanto ardiente y supremo.

En « Cuarenta años », melancoliza la obra mordiente del tiempo en la fémina bella que se arruga y se marchita como un jazmín amarillento, para concluir con este anhelo inquietante de imposibles:

Ah — Si yo pudiera hacer, nuevo Ezequias,
Que el sol crepuscular de tu hermosura
Retornase a la aurora de otros días!

Después, como una sombra pasajera ante unos ojos que sueñan, pasan Paolo y Francesca dándose aquel beso inmortal:—« quiero un beso sin fin, »—dice el poeta, vibrando por el toque de fuego de un ardor interior.

Más adelante, en unas rimas sin título, que llevan por acápite el verso « e tremo a mezza state, ardendo in verno » del Petrarca,—el corazón se exalta en fiebre loca de quien ama y sufre:—« que si está libre desea ser cautivo—y

si es cautivo quiere la libertad. »—« Ah, cómo duele vivir así, sintiendo—en los hombros alas y en las manos grillos »...

Del soneto « Nel mezzo del camin »... —uno de los más hermosos de Bilac, andan por ahí unas cuantas traducciones inexactas por fuerzá de los giros característicos del idioma original.

Cheguei. Chegaste. Vinhas fatigada
E triste, e triste e fatigado e vinha.
Tinhas a alma de sonhos povoada,
E a alma de sonhos povoada e tinha...

E parámos de subito na estrada
Da vida: longos annos, pressa a minha
A tua mão, a vista deslumbrada
Tive da luz que te olhar continha.

Hojes, segues de novo... Na partida
Nem o prato os teus olhos humedece,
Nem te conmove a dor da despedida.

E eu, solitario, volto a face, e tremo,
Vendo o teu vulto que desaparece
Na extrema curva do caminho extremo.

« Alma inquieta » es el nuevo libro del poeta, y tengo para mí, que es el que alcanza el mayor vuelo y la mayor emoción.

En « La avenida de las lágrimas » Bilac ofrenda estos laureles rosas en la tumba de un poeta muerto:—« Porque purificó la torpeza del mundo—quien dejó sobre el mundo, un verso y una lágrima »...

« Yo persigo una forma »... de Rubén Darío surge en Olavo Bilac con una fuerza que hierve: es la misma palabra que huye, el mismo abrazo imposible de la Venus

úe Milo, pero con otro calor, con otra intensidad, con otro fuego.—« Inania verba » se titula el soneto:

—« Y la Palabra pesada aplasta la idea leve,—que, claridad y perfume, refulgia y volaba. »

Los seis versos finales se revuelven de ansiedad y de luz:—« Quién el molde hallará para expresarlo todo ? Y quién ha de decir las ansias infinitas—Del sueño ? Y la luna que huye a la mano que la quiere ?. . .—Y la ira muda ? Y el asco mudo ? Y el dolor mudo ? Y las palabras de fé que nunca fueron dichas ? Y las ansias de amor que ahoga la garganta ?. . . »

« Vírgenes muertas » expresa aquel pensamiento que María Eugenia Vaz Ferreira vino a decir aquí, no hace mucho tiempo, en las rítmicas palabras de una prosa musical. Dice así mi traducción del soneto de Bilac:

Cuando una vírgen muere, una estrella aparece,
Nueva en el viejo engarce azul del firmamento:
Y el alma de la muerta, de momento en momento,
En la luz de la nueva, palpita y resplandece.

Vosotros,—los que en el silencio y el recogimiento
Del campo,—a solas conversáis cuando anochece
Tened cuidado !—Como un rumor de prece,
Lo que decis, al cielo ha de llevarlo el viento. . .

Enamorados,—que vais con la boca rebosando
De besos, perturbando la senda sosegada
Y el casto corazón de las flores exaltando,
Tened cuidado !. . . Que ellas ven tras las nubes oscuras
Y ese impudor ofende la mirada helada
De las que viviendo solas, se murieron puras !. . .

Revive en « Vita Nuova » un amor antiguo y olvidado, como una vieja canción que renace una tarde, perfumada de aromas lejanos y endulzada de melancólicos recuerdos:

Si al mismo goce antiguo me convidas,
Con esos mismos ojos abrasados,
Mata el recuerdo de las horas idas,
De aquellas que vivimos apartados!—

No me hables de las lágrimas perdidas,
No me hables de los besos disipados.
En una vida humana hay cien mil vidas,
Contiene un corazón cien mil pecados.

La fiebre aquella que mi amor comporta
Revive.—Olvida mi pasado, loca!
La vida que pasó qué nos importa

Si te amo aún, después de amores tantos,
Y aún conservo en los ojos y en la boca
Nuevas fuentes de besos y de llantos!...

Tiene toda la indecible penumbra de una lasitud tediosa, de un cansancio insoportable, este soneto que Olavo Bilac rotula con el expresivo título de « Tedio »:

Sobre mi alma como sobre un trono
Señor brutal, pesa el aburrimiento.
¡ Cómo demoras, otoñal encono
En disipar mis hojas en el viento!

Oh! Dormir en silencio y abandono,
Sólo, sin sueños y sin pensamiento
Y en un letargo de aniquilamiento
Tener ¡ oh piedra! tu quietud de icono.

Oh! Dejar de soñar lo que no veo,
Sentir el hielo de la carne fría
Y en una luz crepuscular velada

Dejar dormir el alma sin deseo
Amplia, fúnebre, lúgubre, vacía,
Como una catedral abandonada!...

***

«Los viajes» son cuadros antiguos:—los fenicios, Israel, Alejandro, César, los bárbaros, las cruzadas, desfilan por ellos, cuyo cortejo se cierra con un extraordinario soneto a la muerte, país del sueño y de la paz.—«El cazador de esmeraldas» es un episodio de la epopeya sertanista del siglo XVII,—magníficamente tratado en un poema de doscientos versos.

***

Esta es, latente a pesar del idioma y del alma, la obra poética de Olavo Bilac, gran señor de versos ardientes que embellecen la vida.

Yo sé que en general, un poeta no puede ser traducido: —y en caso de serlo,—ya lo dijo alguien,—en esa traducción no está toda el alma del poeta ni está solamente esa alma. Mi espíritu es hermano de los pájaros que cantan al crepúsculo encima de una rama o de un capitel: a éste lo quiero por alegre: a aquél por triste: a éste lo quiero con la frente: a aquel con las manos: a éste lo quiero con la esperanza: a aquél con el recuerdo. Enamorado así, con ese cariño inmaterial que tiene a veces el corazón por una estrella o por una música, he ido traduciendo con amor esos poemas de agua, de sonido y de luz, en que Olavo Bilac ha puesto su ánima voluptuosa, de color de llanto y de ardor solar. Yo sé que no he podido lograrlo, pero me queda la inquietud suprema de haber convivido con ellos unas cuántas tardes luminosas, frente al mar y al azul.

TELMO MANACORDA.

Montevideo.

LOS VIEJOS DEL ASILO

Con el bastón, con la bufanda,
Con la pipa—su dulce amor—
Recostados en la baranda
O en la pared del corredor,
Cuando, en invierno, desde lejos
El sol, divino pescador,
Tiende sus aureos aparejos,
Mudos, sonámbulos, perplejos,
Tal como cosas ya sin rol,
Los pobres viejos
Tuestan sus ánimas al sol.

Son los viejitos del Asilo
Cuya vida parece estar
Suspensa apenas por un hilo
Que el menor golpe va a quebrar.
Endulzando su desconsuelo
Con la divina miel solar
Allí se encuentra el triste abuelo
Cuya chochez en el hogar
Hastiaba al mismo pequeñuelo . .
Y está el mendigo secular
Cuya rotosa vetustez
Todos vimos mas de una vez,
—Despertando la mofa ruin
De los chicuelos del confín,—
Por los senderos vacilar;
Hasta que al fín,
En una noche de hondo duelo,

Adurmiose mirando al cielo
Sobre un umbral de la ciudad
Y desde el suelo,
Ya casi témpano de hielo,
Lo recogió la caridad. . . .

Cuando el alegre sol los llama
Al corredor con sus reflejos
Están así, mudos, perlejos,
Los pobres viejos
Que ya en el mundo nadie ama.

Forman parte en la yerma fila
Viejos de toda procedencia,
Pero hoy nada los diferencia.
Todos tienen en la pupila
El mismo impávido fulgor,
En las manos igual temblor,
Igualmente doblado el busto,
Y de sus almas mortecinas
Brota esa especie de halo augusto
Que hace hermanas todas las ruinas.
Tan uniforme es hoy su anhelo
Como su burda ropa gris.
Su patria ya no está en el suelo,
Son ciudadanos de un país
Que no existe en la geografía,
Patria infinitamente fría,
Donde todo lo que se advierte
De tal modo está sosegado,
Que parece como bloqueado
Por los glaciares de la muerte.

Con el bastón, con la bufanda,
Recostados en la baranda

O en la pared del corredor,
Mientras tiembla la pipa amada
Entre sus labios sin color,
La mirada ya casi ciega
Ora, cual náufrago bajel,
Por el espacio azul navega .
Sin dirección determinada,
Ora queda como clavada
En una piedra... en un papel...
¿ Sueña, acaso, el que mira al cielo ?
¿ Es que añora el que observa al suelo ?
No... Ya tan floja está la cuerda
Que no puede hacerla vibrar
Ni la dicha que se recuerda
Ni el espejismo de un soñar.
Está el alma en su pecho antiguo
Como un ave petrificada,
Para ellos es todo ambiguo
O mejor dicho, todo nada.
No florece entre sus escombros
Ni una ilusión, ni una esperanza.
Ellos no anhelan mas tesoro
Que el de sentir sobre sus hombros
Esas sutiles redes de oro
Que el pescador divino lanza.

Y, prodigando su arrebol,
Hoy el buen sol
De ingenua dicha al grupo anega.
Su luminosa risa franca
Como un travieso nieto juega
Con la flotante barba blanca,
Con la pupila casi ciega
Y el viejo siente
Que aquel mimo su pena arranca
Y la dispersa dulcemente,

Como él arranca y se disipa
El humo negro de su pipa.

Tal vez mañana ¡ oh sol de invierno !
Tres o cuatro de los que ahora
El fuego tierno
De tus rayos calienta y dora,
(Pobres viejos abandonados
Cuya muerte ninguno llora)
Estarán del todo helados.
A esos bríndales hoy completo
El consuelo de tu tesoro.
¡ Oh sol de oro !
Tu que eres el único nieto
Que visita su desamparo,
Y un rayo claro
Aún de su seno oscuro arrancas
Cuando traviesamente juegas
Con sus flotantes barbas blancas
Y sus pupilas casi ciegas !

José Maria Delgado.

NOTA — Por un error, fué incluído en el número 4, un artículo de Rodó sobre «Simplement», de la señora Delfina Bunge de Galvez, en la sección «Cartas literarias». Cómo el lector pudo apreciar, se trataba de un trabajo meditado y no de una simple epístola sin transcendencia.

GRECIA REDIVIVA

Existe en los anales voluminosos de Grecia, un episodio de amor filial que a fuerza de ser tan bello, parece ser ensoñado.

Eran aquellas almas, aún las de aquellos jovenzuelos primerizos, más grandes que las nuestras, tan acoquinadas y egoistas.

Los que disputaban las coronas de olivos, el sencillo galardón de fatigas sin número, eran grandes niños muy otros que los nuestros.

¿Quién diría de ellos que hacían los que no debían?

Maestra de la verdad, dice Píndaro al hablar de Olympia, la santa ciudad donde jóvenes y hombres, podían lucir su resistencia física su valor y destreza.

Tenía razón sobrada el aeda. El sol que encendía como en una llamarada al monto Altis y hacía brillar las lejanas nieves de la cadena montañosa de arcadia alumbraba un sitio que inspiraba lo que ninguna otra ciudad.

El jóven Trasibulo, intrépido, heroico y esbelto, había vuelto a asistir a los juegos Píticos, con un carro a buen segur de bello cedro, oro y marfil, con su cuadriga de rápidos corceles. Esta fiesta atlética bajo la advocación del padre de las artes, Apolo, hijo de Zeus, el Dios padre de la Mitología Helena, era celebrada en su honor. Quería disputar el glorioso título de Olympionikes a otros jóvenes cual él, firmes y robustos y anhelosos de dar lustre a su familia y al Estado. El atléta moderno si es victorioso no vive por mucho tiempo en la memoria de los hombres. El triunfador de los juegos olímpicos era considerado como un ser sobrenatural hasta el final de sus días.

Era una ventaja física, moral e intelectual que permitía formar parte de una aristocracia, única en su especie.

La oda en que Píndaro—el Zorrilla de San Martín, el Guido Spano, el Mitre, el Lillo de aquellos tiempos serenos,—celebra la victoria de Diágoras, ciudadano de Rodas, fué reproducida en letras de oro, y depositada en el templo de Atenas, en Lindus. Ejemplo excelso entre los miles que se podían citar, para dar idea de lo que estos sentimientos significaban para el griego.

El padre de Trásibulo era un hacendado acaudalado de Agrigento. En sus dominios habían nacido los caballos que dieron la victoria al encartador mancebo.

Antes de entrar en la lid habría exclamado nuestro héroe y con acento conmovedor al nombrar a su padre, el juramento de estilo:

¡ Por mi padre, por mi honor, por mi patria ! »

Aclamado triunfador de la carrera, hizo proclamar el nombre de su padre, en vez del suyo. ¡ Cómo hubo de conmover a los expectadores, acaso a los cuarenta mil que en el stadium cabían, con este ejemplo de modesta y de tan tierno amor filial ! Reconocido a lo que a su amante padre había hecho por él desde la primera lágrima al nacer hasta entonces. Trásibulo quiso con su hermoso desprendimiento, agradecer tanta solicitud y cuidados. No era poca gloria la que arrojaba sobre los canos cabellos del autor de sus días. ¡ Qué espléndido en la excelcitud de su buen corazón debía parecer a los ojos húmedos de la multitud que miraba el milagro ! El semblante rojo, la mirada alegre y franca, las líneas puras de su cuerpo hecho ya al heroísmo surgiría Trásibulo en la arena sobre su carro volador, semejante a un mensajero—bello como Aquiles de Troya y fuerte cual Hércules—de todas las victorias de la familia Helénica allí congregada.

Su clara forma ya no se borraría más, ni en el espacio ni en el tiempo. Obcedería como una visión del mundo, a los dioses amados.

Píndaro, al hacer su elogio, dulce deber, no se ve obligado como en otras ocasiones, a remontarse a los héroes legendarios: Castor y Pollux, para orlar con tan divinos parangones, la frente de los vencedores. En efecto, el ejemplo dado por Trásibulo era tan original, tan sugerente, gracioso y delicado, que su mero relato constituía tema suficiente de la oda esplendente. Alaba sin reserva al inmortal hijo de Xenócrates, que ha podido ejecutar acción tan bella por seguir los preceptos que el anciano Quirón, mitad hombre, mitad corcel inculca a su alumno Aquiles, *el de los ligeros piés.* Honrad, desde luego a Zeus, el amo temido del trueno y del relámpago, y después honrad la vida de vuestros padres. »

« Tal como Trásibulo », agrega Píndaro, el laureado poeta, « era el mancebo Antíloco, que murió por salvar a su padre, dando frente a la lanza del potente Memmon, jefe de los Etiopes. Un caballo herido por las flechas de París, impedía moverse al carro de Néstor. Memmon no obstante, avanzaba e iba a lanzar su parelina. Perplejo el anciano, llamó a su hijo a voz en cuello. El alarido no fué en vano. En oyendo el joven se precipitó a su lado y rescató así con su morir, la vida del padre suyo. De todos los héroes de los antiguos tiempos, es Antíloco el primero por su piedad filial; y ahora Trásibulo es considerado, el primero entre los jóvenes de nuestra época, a causa del respeto por su padre. Y también por que su juventud no cosecha injusticia y violencia, sinó sabiduría y gloria, sólo las miradas del Dios que preside en Delfos. » (6ta. Oda Pitia).

Mientras esta segunda patria de todo hombre que piensa, tuvo adolescentes como Trásibulo, en los gimnasios (nombre de la escuela primaria de entonces) y las palestras (academias de ejercicios físicos), se conservó el ideal de todas las naciones. Todos, desde el niño que frecuenta los cursos primarios hasta el mozo, vivían para la grandeza de su ciudad natal. No donde se vive bien,

como cantara un griego de la decadencia, sinó donde se honra a los padres, las leyes de la ciudad y los preceptos de una religión generalmente, tan dulce y serena que era imposible dejar de amarla, podía estimarse ser el país de su preferido. Así al rememorar hoy estas tradiciones de la regla y del deber, al mirar uno de los tantos ejemplares que existen de estos heroicos jóvenes atletas, veremos siempre en sus rostros delicados y gentiles una expresión de inocencia, de pureza y de la fuerza que de ellas fluye. Tan buenos eran, como bellos.

ALBERTO NIN FRIAS.

LA NEIGE

à Madeleine Noetinger.

Neige, descends pâle à travers la nuit ...
(Comme le vol de la colombe de l'Esprit
a frémi doucement sa visite de grâce...)
Neige, descends pâle á travers l'espace....

Neige, descends comme un profond tapis,
et sois le lit de noce, la vierge, et l'épouse
lorsque l'homme au coeur triste en ton sein se blottit....
Neige, descends, enveloppante, ô douce !

Neige, descends, pure comme des lis
qui choiraient du jardin des étoiles frileuses....
Neige, descends, belle et silencieuse,
ô toi, la soeur jumelle de l'oubli !...

O neige, espèce de mousse !
Révele moi la parole sans bruit
de ton langage intime et spirituel;
ô neige, nourriture de l'esprit.

O cicnéenne, ô candide,
qui tapisses d'innocence l'hiver rude,
cet avare sordide;
qui, jetant un manteau d'hermine aux épaules de ce mendiant
en fais un roi,
á la couronne de diamant.

O neige, je veux m'unir à toi:
Neige, prends-moi
dans ton royaume blanc,
aux antipodes de la Mort à l'empire noir,
oú se trouvent les châtiments et les récompenses;

ô neige, je suis a ta ressemblance,
bien que tu sois, par ton sexe femme;
car voici, je t'aime en mon âme
et te comprends.

Je t'aime
parce que tu es l'emblème
des rythmes inconnus;
le songe des chastes poèmes
qui ne sont pas encore venus;
je t'aime pour ton silence, et ta couleur,
dont l'ombre est violette;
et parce que tu es muette
comme un bonheur.

Je t'aime
ô soeur !

Je ne sais
si tu es une princesse, dans ton palais,
la-bas,
ou si tu bats
de grandes ailes de cygne, quelque part,
sur un lac de mystére, en un pays de brume;
ou si tu es partout, comme l'écume
est sur la mer; je ne sais pas, encor,
si tu es vivante, ou si tu dors
au-delà de la vie.

Mais quelque chose en moi répond à ton appel,
chante en ta symphonie;
quelque chose d'infiniment profond et de réel
en secret nous marie....

Et c'est pourquoi, descends, neige, à travers ma vie....

HÉCTOR DÍAZ LEGUIZAMÓN.

1918.

INCESTO

(*Cuento de Castilla*)

I

¿ Ladrón ? ¡ No ! El ciego de Cuzcurrita jamás fuera enemigo de lo ajeno. La cosa, en rigor, no merecía tan acerbo juicio.

Cierto que el vecindario de Ventrosa no fué pródigo con el juglar aquella tarde. En ocho largas horas de rimarle virtudes y apelativos, bajo los balcones de harto acomodados hijos de la villa, había obtenido tres o cuatro reales. Era una miseria. ¡ Con tres o cuatro reales no viven un viejo y una rapaza, durante todo un día !

Sólo en la posada dejaron una peseta a cuenta del almuerzo. Al salir de la aldea, ocho o nueve gallinas metíanse entre las patas del burro, buscando granos de cebada en el estiércol. El ciego de Cuzcurrita que veía un poco—sólo un poco—dijo a la nieta:

—Micaela, tira una piedra a esas aves, no sea que las pise el burro, no sea que las pise.

Y la rapaza, obediente al ruego, tiró la piedra. La tiró con tan mala fortuna que dos plumíferas quedaron desnucadas.

El viejo lamentó el percance. Al fin y al cabo las pobres gallinas nada malo habían hecho para merecer tal pena.

—¡ Ay, si se entera el alcalde !—tembló el ciego.

—¡ Ay, si nos agarra agora el aguacil !—suspiró la mocica, con un castañeteo medroso de los dientes.

Entonces el ciego de Cuzcurrita, que veía un poco—sólo un poco—compadecido de las gallinas y temiendo por la nieta, trincó del cuello a los poco avisados animales y los metió en la alforja.

Esto era todo.

Y con ser tan poco, bastó para darle fama de foragido en toda la sierra. ¡ Foragido él, que, descartando su agrado ante el buen aguardiente no tenía defecto ! Porque no podía llamarse defecto su errabundez, yendo de pueblo en pueblo para engarzar, en una trova ingenua, los nombres de los comarcanos que tenían mejor corazón o bolsa más boyante.

¡ Cuántos escalan la Casa Consistorial con menos motivo !

II

El ciego de Cuzcurrita va marchando por el camino—fiero y zigzagueante camino—que trepa y baja por las montañas, tal que una sierpe reptando paralela a la sierpe del río. La brisa serrana orea de vez en vez las testas que el sol abrasa, mientras dora el paisaje. Los viejos robles sacan sus raíces, contreñidas y trágicas, por las peñas. Zarzas y espinos tienden ramas híspidas por aquí y acullá. .

Y, abajo, el río arrulla, canta, ruge, salta y se retuerce como un mancebo enloquecido de amor. .

El ciego de Cuzcurrita va caballero en el burro, seguido por la nieta que hurta su rostro al sol con un pañuelo. Es un rostro cetrino, enjuto, sin carácter. Apenas si los ojillos brillan con ladinería, que se creyera contagiada del viejo. Grandes son sus pies, grandes sus manos. El talle se cimbrea. Es infantil su seno, apenas hinchado, puntiagudo.

—¿ Te cansas, rapaza ?

—Yo no me canso, abuelo.

Se detiene la mocica para arrancar una mora, tan negra que azulea. Pronto desaparece entre sus labios que quedan tintos. Luego coge unas endrinas, cuya acidez hácele entornar los ojos. Pasan por «Las Goteras», un barranco donde vibra un hálito mortal. Las rocas se yerguen hostiles como dos monstruos del Apocalipsis. Después el camino asciende con algunos peldaños labrados en la piedra.

El ciego eleva la mano abierta, proyectando hacia afuera el dedo del corazón. Fíjase en la sombra dibujada en la palma. Musita:

—Llegaremos a mediodía, rapaza.

La mozuela entrevé las familias yantando—quienes en el comedor, quienes junto al lar—prontos a salir para darles su óbolo. Viven de la caridad hace ya mucho tiempo. El abuelo, que trabajara en las minas, cegó. Tenía mente despierta y voz muy persuasiva. Tocaba la guitarra medianamente. Antes que morirse de hambre—la hija casada, apenas si pan había para los suyos—decidió explotar aquellas facultades que, en los años mozos, le valieron triunfos. La nieta, apenas con cinco años, sirvióle de lazarillo. Con el tiempo—gracias a un empeño de la Virgen de Valbanera,—el hombre llegó a ver. Veía poco: lo suficiente para poderse guiar. Sin embargo, no prescindió de la nieta, por serle grata su compañía. Y el tío Luzmela, no obstante cobrar el precioso sentido, siguió siendo el ciego para los lugareños, que la ceguera—y esto harto sabido es—mueve a compasión y es desgracia que se explota.

III

Dejaban atrás los plantíos, cayendo de la torre doce campanadas que temblaron en el azul como almas coritas. El ciego veía ya las primeras casas de la villa, apretujadas tras la iglesia, de un color almagre, hostil y profano. La

torre era humilde, revoloteando en su torno muy gritones vencejos.

Enarcaba su lomo el Arrastranalgas, en cuya alta cima indianos animosos plantaron una bandera. En frente, el monte San Lorenzo desafiaba al pico de Urbión.

—¿Te cansas, rapaza?

—Yo no me canso, abuelo.

Minutos después metíanse en el pueblo. La plaza reposaba desierta. Fueron hasta la casa del alcalde, luego de poner pienso al burro en la posada. El Tío Paulino tenía fama de generoso. Junto a su puerta rasgueó la guitarra dejando oir su metálico son el triángulo. Se fundieron l, voz caduca del ciego y el falsete estridente de la rapazucaa

Yo le canto a don Paulino,
alcalde sea mientras viva;
es un caballero noble,
la flor de Viniegra Arriba.

Por la ventana, una mano arrojó cuatro monedas de cobre.

A la señora Leonor

. . . .

¡No cantéis más!—exigió un rostro patilludo, que estuvo asomado sólo un instante.

Marcharon los juglares más allá, hasta el domicilio de un indiano opulento:

Estrella resplandeciente,
yo le canto a don Manuel,
si muchos enriquecieron
nadie con tanto saber.

El panegírico dió también su fruto. Pero, en los otros hogares, al conjuro de la jota, los habitantes atrancaron las puertas. No faltó mujeruca que saliera para encerrar sus gallinas.

—¡ Esto me parece perdido !—se dolió el viejo en la posada, obscureciendo ya—¡ A seis reales no alcanza lo que sacamos hoy ! Ayer en Viniegra de Abajo, no nos dieron ni cinco. ¡ Los buenos corazones se pierden !

—¡ Si no os quedarais con lo que no os corresponde!—gañó la posadera.

Trátase de una mujercilla enteca, corcovada, anodonta, que se dijera trasunto de una bruja de Goya. El ciego, amedrantado por su lengua vipérea. no quiso lanzarle la sátira que le punzaba en los labios. Elevó la cabeza con fementida unción, y dijo alzando las manos que rozaron una tripa de manteca pendiendo del techo-

—¡ Tú eres Señor de todo ! ¡ Hágase tu divina voluntad !

La tripa de manteca quedó escondida entre los pliegues de la faja.

IV

El ciego de Cuzcurrita emigró de las serranías. La vida entre aquellos desconfiados aldeanos se le hizo imposible. Quiso marchar a la capital y le informaron de que la mendicidad hubo de ser abolida:

—¡ Que me den una puñalada en el pecho ! ¡ Válgame Dios lo que la corrupción y el pecado pueden en las ciudades !—rezongó.

Campo a traviesa, echóse a andar un buen día. Se detuvo en los pueblos riojanos con que topó. Pero el poco conocimiento que de los lugares y las gentes, tenía impedíale zurcir aquellas sus coplas ahitas de nombres y arrumacos Escaso fué el resultado. Y siguieron surcando la Rioja, bajo un sol estival, áureo, implacable, que reverberaba en los rastrojos, en las inquietas pámpanas de las viñas...

—¿ Te cansas, rapaza ?

—Yo me canso, abuelo.

El viejo advirtió miradas codiciosas en alguno de los carreteros que pasaban. Un mocete jaque que les brinda-

ra vino, al tiempo en que alzaba su bota la muchacha, le pellizcó en el seno:

—Lo mesmo que las uvas: ¡ por madurar !—rió procurando le oyeran los que viajaban en el carro.

Hubo una risada unánime, mientras la mozuela, ruborizada, sentía el cálido golpeteo de la sangre en las sienes. Cerca de Nájera abandonaron la carretera para internarse por el camino de Badarán. El ciego fiaba en la ingenuidad generosa de los labradores. Hostilizado por los tábanos, el burro sacudía grotescamente las patas sobre la tierra dura, apelmazada y roja, tal que si la hubieran regado con vino.

—¿ Por qué no cantas, rapaza ?

—Tengo miedo, abuelo.

—¿ Miedo y estoy yo ?

—Es que no es miedo, abuelo. Me acuerdo de mi madre. Tanto nos alejamos, que temo no verla más.

—¡ Pamemas !... ¡ Phs !...

Guardaron silencio, cortado por los pájaros que picoteaban los racimos de uvas. Pasó una « picaraza » de vistoso plumaje negro, con blanco corbatín. Unos pollos de codorniz salieron de entre los pies de la chica, junto a los rastrojos. Micaela hubo de perseguirlos en vano.

—¿ Te cansas, rapaza ?

—¡ Ahora sí que me cansé, abuelo

Un poblado alzábase a lo lejos. Era Cárdenas, que surtió de mendigos a la comarca antaño. Al fin los hijos de Cárdenas aprendieron a laborar la tierra. Redimiéronse de tal suerte. El ciego de Cuzcurrita tenía resuelto pernoctar allí.

V

Rebasaron la meseta castellana, de lugar en lugar. . El ciego hastiábase pronto de todos aquellos pueblos a los que llegaba con las luces del atardecer. Un quesero man-

chego, abdominal y sentencioso como Sancho, quedó con el jumento, previo desembolso de quince duros. La profesión del tío Luzmela iba de mal en peor. Micaela, que veía en el animal un muy fiel compañero, lloró con el pecho oprimido cuando se lo llevaron.

—¡ Pa lo que nos sirve !—dijo el ciego por consolarla.— ¡ Algo más segura que nosotros tiene la pitanza !

En lo sucesivo los dos viajaron a pie. Cierta mañana, avanzando « con la fresca » por un caminillo polvoriento, halláronse de buenas a primeras con bizarro número de cazadores, que yantaban sobre el césped.

—Gente prencipal ha'e ser !—advirtió sagaz el viejo— Atina cómo les relucen las sortijas.

Los señorones alborozáronse al sorprenderlos:

—¡ Un sutil juglar, perdido con su lazarillo !—gritó uno.

—¡ Y encontrados por nosotros !—barbolló un caballero, alto y barbudo, como un hidalgo de Theotocópoli.

Les hicieron cantar, les brindaron viandas opíparas, vino blanco y bullidor. El tío Luzmela, impresionado por la franca acogida, les contó su historia: Cómo naciera en tierras de Castilla la Vieja, trabajando de minero, hasta cegar. Compuso una trova en loor a los cazadores:

Entre toda la grandeza
de España y otras naciones,
no se encuentran caballeros
de más altas condiciones.

Volvieron a ofrecerle fresas apetitosas: tortilla de jamón, lomo de pavo...

—¡ Come rapaza, que nunca has de verte en otra !

—¡ No beba tanto, abuelo !—suplicaba la nieta.

El Valdepeñas arrambló con las penas, tan dorado y oloroso como el mosto de Jerez. Excitadas por el alcohol, las mentes concebían frases extraordinarias. El ciego de Cuzcurrita refirió chanzas aprendidas en sus errabundeos. Los otros contaban historias pecaminosas, con maridos

anulicórneos y depravaciones que el ciego desconocía. Con toda discreción, Micaela hubo de alejarse, so pretexto de hacer un ramo con florecillas silvestres.

Bebía el ciego, excitado, enardecido, rijoso .. Cuando los otros levantaron el campamento, se alejó prendido al brazo de la nieta. Tenía en la sangre un hormigueo insólito. .

VI

Iban por el atajo, en medio de la parda llanura castellana, fundida por el sol. A lo lejos, en una cresteria violada, albeó, con sus muros ruinosos, un torreón medioeval. El aire castellano, pujante, robusto como un jayán, corría sin topar con un solo árbol, que de fijo hubiera derribado.

—¡ El sol me enciende aún más la sangre !—confesó el ciego.—Si no buscamos la sombra me habré de congestionar.

Alarmada, la muchacha, puso rumbo a un montecillo que horadaba el túnel. Un túnel en tal paraje era frescura y era paz. Acaso hubiese también agua para refrescar las sienes del abuelo.

Llegaron. Su interior era lóbrego, pero no manaba la linfa por parte alguna. El ciego de Cuzcurrita se sentó en el suelo. Luego exigió de la mozuela que fuese hasta su lado. Micaela no desconfió. Ignoraba los efectos de la carne y el vino en aquella humanidad caduca. La rijosidad del viejo era desconocida para ella. De ahí que no advirtiese síntoma alarmante en aquel tremar de los brazos, de la boca...

—Rapaza...

Se acercó. Los dedos sarmentosos se le clavaron en los muslos... Sentía la respiración entrecortada, las sienes con fiebre del abuelo, gravitó un cuerpo sobre su cuerpo... La penumbra era celestina...

Quiso desasirse, gritar horrorizada...

—¡ Madre !... ¡ madre !...

Por los rieles vino el jadeo incesante de un monstruo. Cortó el aire estridente silbido, rotundo como una maldición.

—¡ El tren !... — balbuceó con terror Micaela.

Notóse libertada... Mas era tarde. El convoy pasó feroz, destrozando los cuerpos, confundiendo las sangres en un mismo charco que haríase gusanera pestilente...

Y la nube de humo que quedara en el túnel, pronto se desvaneció en el cielo diáfano e incontaminado de la parda llanura castellana.

VICENTE A. SALAVERRI.

EL VIAJE

Confusos
frente al mar inhollado del misterio
y densas las pupilas
por la atracción enorme del vacío,
estamos todos en la inmensa playa.

Hay quien espera
su turno, con la máscara violenta
de la duda, o con gesto de cansancio
Hay quien levanta bulliciosos ecos
de cantos libertinos, mientras oran
vagas sombras hincadas y espectrales,
y hay quienes se colocan en la testa
aúreas coronas y brillantes mitras.

En tanto avanzan las obscuras barcas.
que nos han de llevar a ignota orilla
a través del océano impalpable.

Lejos de la algarada pintoresca
yo esperaré mi turno, dulcemente
con mi laúd de oro entre las manos,
hasta que surja aquella
que debe conducirme a la otra orilla
en su barca de cedro milenario.

Recogeré mi túnica de lino
y en el hondo estupor del agua negra,
como una ascua de sándalo oloroso,
en la barca, arderá mi corazón.

EMILIO ORIBE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Familia de Gútierrez. — Novela por MATEO MAGARIÑOS BORJA Montevideo 1918.

Magariños Borja ha logrado concretar en este volumen que acaba de aparecer un aspecto interesantísimo de la vida montevideana., Es realmente una novela, en que la acción marcha regular, lógica, sin tropiezos. Estamos asombrados ante la exactitud de la pintura. Nada falta y nada sobra. El Montevideo de los amores « balconeros », del clásico « pelado de la pava », de la abundantísima clase media, que « castiga » la cocina para « favorecer » la adquisición de trapos y sombreros, resplandece en este libro que hemos leído con interés creciente. Estamos seguros de que la obra va a conseguir infinitos lectores para su autor, que presenta los personajes sin ensañamiento, aunque sin perdonarles tampoco nada. Pocos y certeros trazos bastan para que muchachas y jóvenes nos resulten conocidos. Desfilan por lugares con los que nos hallamos familiarizados. Hablan con sus palabras habituales. Y el novelista descubre con mucha sagacidad sus sentimientos siempre. Insistimos en que se trata de una novela bien construída. Se diría que es un « especialista » en ese difícil género literario quien la ha compuesto. Magariños ha hecho en el libro lo que Laferrere en el teatro. Mas digno, este género novelesco triunfa sin que se haya resentido la verdad, con el afán de hacer reir al público. El lenguaje es familiar. Peca por falta de aliño. Más que al literato, este éxito corresponde al observador minucioso y penetrante: al psicólogo. — V. A. S.

Senderos — POESIAS DE A. MENDEZ BRAVO. — Editorial Minerva. Santiago de Chile.

Creo que de esa fecunda y varia producción que nos ofrece la literatura chilena debe surgir y por lo pronto ya se esboza,—un arte característico y diferenciado, que, en afirmando sus valores, enseñará un aspecto singular en la literatura de la época.

En esa copiosa obra un panteismo fuerte, una expresión descarnada, un clamor áspero,—sombra de montaña, voz de mar y olor de agua de torrente,—se alían a la sutilidad de la expresión modernista, dándonos una impresión de flor entre las rocas, de dulce canto brotado de un alma asceta que creyéramos hubiera dado al olvido la poesía...

En lo que conozco de esa literatura no encuentro la delicuescencia decadente ni el hermetismo simbolista ni la frialdad parnasiana. Nada de suntuosidades ni bizantinismos y eso que surgió allí el mago

de las piedras preciosas, que dijera Nervo por Rubén..... Algo que paréceme viene de la tierra fuerte y del mar sonoro. Canto de peñón que baten las olas y donde triunfa igualmente la vida y el amor, ya que en un tajo de las rocas una gaviota blanca arrulla sus polluelos... pero este conjunto resiéntese de falta de emoción, de terneza, es más, de blandura sentimental....

Es esa una condición especial que quizá tenga su raíz de afinidad en la misma Naturaleza ambiente.

Méndez Bravo, que en « Vislumbres », su anterior colección de versos correctos y un tanto anticuados, delineaba apenas una personalidad, se perfila ahora con este nuevo libro de poesías, como una figura nítida y precisa. Es hoy su verso más flexible. Se nota en « Senderos », profundidad, dolorosa ciencia de vivir, y si en verdad no firma lo finamente espiritual y un escepticismo sensualista le presenta agrio y cobarde a momentos:

« Porque el dolor de la vida
me va mordiendo rabioso
y porque toda belleza
se desnuda en mí y es lodo ».

....

« Aléjate del pensamiento
terror de la muerte asesino »....

Se le ve procurar un armonioso equilibrio de los valores del espíritu cuando, más adelante, canta, en « Como la nube »:

« Ya no temamos a la muerte »...

Nos reconcilia eso con el poeta ya que se nos ocurre tan pueril y absurdo el temor de « la serena muerte de grandes y dulces ojos »...

La muerte es sencillamente un « sendero » más y quizá debemos reservar para él largo camino vírgen nuestro mejor canto...

Exalta Méndez Bravo el mar, el sol, el viento, « las manos invisibles del aire que despedazan mariposas de luces y azucenas de espuma »; aconseja en su « Evangelio » que se cante al amor... Se acuerda a veces de su corazón y llora, humanamente! Y es cuando le creemos más poeta. — A. M. B.

Pedro L. Ipuche: Engarces.

En casi todas las composiciones de este libro se ve brillar la inspiración, pero también se vé la debilidad del poeta para engarzarla. Digamos, desde lüego, que esto nos parece mas defecto de impaciencia que de impotencia. Ipuche no demuestra tener la pasta de aquellos viejos orfebres florentinos, maestros del tesón. Demasiado fogoso tal vez, él salta sobre los obstáculos de la rima de cualquier manera, así sea regalándole voces nuevas al lenguaje. La licencia en

poesía es como el lunar para la belleza: a veces hay que pintarlo para hacerla resaltar, pero prodigado la hace desmerecer.

En copa excelsa, excelso vino: creo que ya alguien lo ha dicho. A este ideal debe aspirarse. Cuanto mas trabajo y mas insomnio cueste vencer el obstáculo, mayor será la íntima satisfación cuando lo veamos vencido. Ipuche no demuestra, en esta edición definitiva de su libro « Engarces », esto qué, a nuestro juicio, puede y debe exigírsele a todo autor y, antes que a nadie, a todo poeta: haber dado lo mejor de sí, en la mejor forma posible. — J. M. D.

Cantos, por Jorge M. Rodhe. — Publicaciones del colegio novecentista. — Buenos Aires, 1918.

En verdad desconcierta un poco éste poeta que, en pleno siglo XX, teje sus versos a la manera de los artífices líricos del Siglo de Oro español.

Tanto tenemos hecho el oido a los ritmos nuevos que ahora los antiguos nos parecen raros y hasta dificilmente comprensibles.

Confesamos que, por eso, nos ha costado un poco leer a este autor, lo cual no quiere decir, de ningún modo, que no reconozcamos en él, a pesar de la opuesta senda que seguimos, a un inspirado y ponderable poeta. — J. M. D.

« **El Conventillo** ». — Novela de costumbres porteñas de Luis Pascarella. — Buenos Aires, 1918.

He aquí una narración que empieza bien y acaba deplorablemente. ¿ Faltan al autor condiciones de novelista ? De ningún modo. Basta ver como están hechas las siluetas de los personajes que inician la acción, para comprobar la eficacia y la exactitud del trazo. Sagacidad, gracejo, ironía... Luís Pascarella tiene condiciones muy estimables. Se ve que escribe sin esfuerzo. Pero es un detallista imposible. Entra a presentarnos el hediondo conventillo. Nos interesa con el heterogéneo haz de vidas que aprisiona. No le arredra la multitud de figuras que se hacinan en los sórdidos zaquizamíes. Nosotros nos vamos desorientando un poco. Pascarella no nos familiariza con nadie pero nos presenta a todo el mundo. Y resulta mareante el libro, como el gabinete de un mandatario en día de audiencia popular. La acción se bifurca, se interrumpe... Hay un zig-zag endemoniado, que nos fuerza a releer pasajes anteriores. Todo es molesto. Fatiga aburre... Es una lástima que una lógica economía de partes no triunfe en esta novela, que pudo ser realmente un acierto. Así, es algo caótico y aturdidor. Sin ser bueno, ni siquiera limpio, el lenguaje del señor Pascarella puede admitirse. Se deja entender por todos. Expresa cuánto necesita sugerir este el literato, que trae aparejadas condiciones sobresalientes de psicólogo. Luís Pascarella puede y debe hacer una novela tan buena como la que anuncian las páginas iniciales del volúmen que comentamos. — V. A. S.

poesía es como el lunar para la belleza: a veces hay que pintarlo para hacerla resaltar, pero prodigado la hace desmerecer.

En copa excelsa, excelso vino: creo que ya alguien lo ha dicho. A este ideal debe aspirarse. Cuanto mas trabajo y mas insomnio cueste vencer el obstáculo, mayor será la íntima satisfación cuando lo veamos vencido. Ipuche no demuestra, en esta edición definitiva de su libro « Engarces », esto qué, a nuestro juicio, puede y debe exigírsele a todo autor y, antes que a nadie, a todo poeta: haber dado lo mejor de sí, en la mejor forma posible. — J. M. D.

Cantos, por Jorge M. Rodhe. — Publicaciones del colegio novecentista. — Buenos Aires, 1918.

En verdad desconcierta un poco éste poeta que, en pleno siglo XX, teje sus versos a la manera de los artífices líricos del Siglo de Oro español.

Tanto tenemos hecho el oido a los ritmos nuevos que ahora los antiguos nos parecen raros y hasta dificilmente comprensibles.

Confesamos que, por eso, nos ha costado un poco leer a este autor, lo cual no quiere decir, de ningún modo, que no reconozcamos en él, a pesar de la opuesta senda que seguimos, a un inspirado y ponderable poeta. — J. M. D.

« El Conventillo ». — Novela de costumbres porteñas de Luis Pascarella. — Buenos Aires, 1918.

He aquí una narración que empieza bien y acaba deplorablemente. ¿ Faltan al autor condiciones de novelista ? De ningún modo. Basta ver como están hechas las siluetas de los personajes que inician la acción, para comprobar la eficacia y la exactitud del trazo. Sagacidad, gracejo, ironía... Luís Pascarella tiene condiciones muy estimables. Se ve que escribe sin esfuerzo. Pero es un detallista [illegible]ble. Entra a presentarnos el hediondo conventillo. Nos interesa con el heterogéneo haz de vidas que aprisiona. No lo arredra la multitud de figuras que se hacinan en los sórdidos zaquizamíes. Nosotros nos vamos desorientando un poco. Pascarella no nos familiariza con nadie pero nos presenta a todo el mundo. Y resulta mareante el libro, como el gabinete de un mandatario en día de audiencia popular. La acción se bifurca, se interrumpe... Hay un zig-zag endemoniado, que nos fuerza a releer pasajes anteriores. Todo es molesto. Fatiga aburre... Es una lástima que una lógica economía de partes no triunfe en esta novela, que pudo ser realmente un acierto. Así, es algo caótico y aturdidor. Sin ser bueno, ni siquiera limpio, el lenguaje del señor Pascarella puede admitirse. Se deja entender por todos. Expresa cuánto necesita sugerir este el literato, que trae aparejadas condiciones sobresalientes de psicólogo. Luís Pascarella puede y debe hacer una novela tan buena como la que anuncian las páginas iniciales del volúmen que comentamos. — V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881,

AÑO I DICIEMBRE 1918 Núm 6

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO

PEÑA Hnos. — Imp.



AÑO I. Diciembre, 1918. Núm VI



REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps
Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

DIÁLOGOS OLÍMPICOS

Es la nueva obra del celebrado autor uruguayo, un libro al mismo tiempo de literatura y de filosofía. Pertenece a la primera por la belleza severa de su estilo, por las hermosas imágenes que lo esmaltan, por las leyendas y mitos que nos cuenta su autor, narrándolos con gracia y galanura; en una palabra, por la forma artística que vivifica y aligera con su soplo lo que de serio y profundo encierra de por si el pensamiento filosófico que constituye su *substratum*.

Resucita Reyles en sus «Diálogos», el primero de los cuales constituye el presente libro y se desarrolla entre Apolo y Dionisos, el antiguo simbolismo griego; enriqueciéndolo, como él mismo lo dice en carta abierta publicada en «La Nota», con las modernas concepciones de la ciencia y la filosofía, y transformándolo así en la controversía secular del espíritu y la materia, erigidos en enemigos irreconciliables por las dos escuelas filosóficas tradicionalmente antagónicas.

AÑO I.
Diciembre, 1918.

Núm VI



REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pí — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

DIÁLOGOS OLÍMPICOS

Es la nueva obra del celebrado autor uruguayo, un libro al mismo tiempo de literatura y de filosofía. Pertenece a la primera por la belleza severa de su estilo, por las hermosas imágenes que lo esmaltan, por las leyendas y mitos que nos cuenta su autor, narrándolos con gracia y galanura; en una palabra, por la forma artística que vivifica y aligera con su soplo lo que de serio y profundo encierra de por si el pensamiento filosófico que constituye su *substratum*.

Resucita Reyles en sus « Diálogos », el primero de los cuales constituye el presente libro y se desarrolla entre Apolo y Dionisos, el antiguo simbolismo griego; enriqueciéndolo, como él mismo lo dice en carta abierta publicada en « La Nota », con las modernas concepciones de la ciencia y la filosofía, y transformándolo así en la controversía secular del espíritu y la materia, erigidos en enemigos irreconciliables por las dos escuelas filosóficas tradicionalmente antagónicas.

Y este simbolismo nos agrada más por parecernos más justo que el elegido por Shakespeare en « La Tempestad »; pues en este último, la antítesis exagerada e injusta ha degradado hasta lo absurdo la naturaleza material del hombre, encarnada en Calibán haciendo del *barro original* la fuente de todos los males, y exaltando en Ariel el espíritu por cuyo orígen imagina Shakespeare de naturaleza superior y divina.

Más equilibrados, más serenos, sin esa mística y sombría exaltación medioeval que fundó los conventos y organizó las cruzadas, condenando de una manera absoluta y sin apelación las leyes y las necesidades físicas del hombre,— los griegos, sanos de espíritu y armoniosos de formas adoraron por igual y con cultos tan extendidos en Grecia para uno como para otro, a Dionisos, la naturaleza física de la humanidad, la pasión, el instinto, las fuerzas vitales; y a Apolo, la inteligencia, la razón, el arte, la naturaleza espiritual de la humanidad.

Esta elección nos demuestra ya en el libro de Reyles, una posición de espíritu más griega que mística, igualmente favorable a las dos tendencias; o por lo menos un deseo vivísimo de buscar una solución ecuánime y desapasionada a la secular discusión entre ambos principios. Los « Diálogos » de la misma naturaleza que « La Muerte del Cisne », son como la continuación y el coronamiento de esta obra, libro inacabado y que Melián Lafinur en su notable crítica de los « Diálogos » llama tendencioso y pragmatista, sin dejar de reconocer la parte intergiversable de su doctrina. Para la comprensión total del pensamiento de Reyles no será ya posible juzgar la filosofía de « La Muerte del Cisne » sin estudiar con él los « Diálogos » en donde encontramos su natural continuación. Esta última obra, más severa, más desinteresada, acaso más profunda también, corrige lo que de apasionado y violento tiene la primera, y que le da ese carácter de grandeza desesperada, ese hondo sabor de vida, ese doloroso y magnífico

sentimiento de sombría resolución, como si contempláramos el incendio que una mano exaltada hubiera llevado voluntariamente a las cosas más queridas, sólo por que ellas hubieran sido profanadas una vez. En esa terrible condenación de todos los Idealismos humanos, se transparenta, clara, la pasión acendrada por esos mismos Ideales.

Negadas así en « La Muerte del Cisne », apasionada y violentamente las grandes aspiraciones humanas,—al menos en la forma en que habían sido defendidas por las filosfías espiritualistas, los « Diálogos » tratan ahora de reconstruirlas nuevamente, pero tomando esta vez materiales puramente *humanos*, y sobre la roca firme de los datos suministrados por la ciencia. Destruye, de esta manera, el antagonismo secular entre las dos naturalezas, de las cuales no es en definitiva, una de ellas, más que una manifestación superior de la otra.

Demostrado el origen común del pensamiento humano y de la materia, el determinismo universal, la identificación del espíritu con las energías del Universo, y la sosoberanía absoluta de la fuerza en el seno de la Naturaleza, de la que no es posible separar al hombre para hacer de él un ser diferente y superior a los demás, se presenta una dificultad casi insalvable para no caer en el grosero materialismo, y salvar sobre los débiles hombros de la humanidad, el tesoro de Esperanzas e Idealismos que constituye todo el precio,—y el único precio—de la existencia humana; tesoro tan fácil de defender desde el punto de vista de un espiritualismo sin base alguna científica, pero en lucha abierta y en abierta contradicción con los últimos postulados de la ciencia.

Una primera tentativa la realizó Reyles en algunos artículos publicados en « La Nación » de Buenos Aires bajo los títulos de « Latinismo y Germanismo » y « Los pendones de Francia », ligando ya la Guerra Actual a la vieja disputa filosófica.

La asimilación de la secular contienda metafísica con la lucha real y armada en los campos de Francia y Bélgica,—que Melián Lafinur considera como la mayor originalidad de los « Diálogos », era un paso casi obligado para la mentalidad de Reyles. En efecto, las doctrinas de la Fuerza y el Naturalismo que gozaron de mayor predicamento en Alemania y que llegaron a su más alto grado de perfección, así como a sus últimas consecuencias por los trabajos de filósofos alemanes, constituyeron el fundamento de la egolatría germana y una de las causas más eficientes de la guerra, que Reyles considera como un *pódromo* o crisis aguda de la lucha filosófica; y que fué preparada, gestada, lenta pero concienzudamente por todos los filósofos y profesores alemanes en el elaborar de los quiméricos sueños de dominación universal que coronaron con una ambición morbosa el edificio de la cultura germana. Esos mismos principios llevados hasta la exacerbación de la locura por la megalomanía cultivada amorosamente por toda una nación debían conducir lógicamente a los resultados que todo el mundo pudo palpar en el estallido de la Gran Tragedia.

Los peligros del naturalismo exagerado se hicieron de pronto trágicamente visibles, cuando los peligros del excesivo y hueco idealismo, sin enjundia ni fundamento positivo acababan de hacerse sentir dolorosamente en anteriores y recientes fracasos.

El grito de alarma dado contra las huecas declamaciones, contra el sentimentalismo morboso, contra los antinaturales renunciamientos, fué repetido y agigantado por las resonancias de toda una nación que al desnaturalizarlo, exagerándolo, lo convirtió en una sangrienta caricatura de sí mismo.

No era posible, pues, seguir hasta sus últimas consecuencias un principio filosófico que se volvía monstruoso y tan antinatural como lo era su contrario; como no era posible tampoco volver al antiguo idealismo que destru-

yeron inexorablemente, ante la clara luz de la inteligencia, los modernos principios de la ciencia.

La mayor originalidad de los « Diálogos « está, a nuestro modo de ver, en encontrar una actitud de espíritu tal, que justifique y legitime los grandes idealismos humanos fundándose precisamente en las doctrinas aceptadas como verdaderas y reconocidas así en « La Muerte del Cisne ». Ya en « Los pendones de Francia » nos habla Reyles, de un fenómeno biológico producido en la tierra cuando era el Océano la « salada y cristalina cuna de las especies. » « Al disminuir con el enfriamiento progresivo del globo la temperatura del medio vital indispensable al progreso de los organismos existentes, la mayoría de éstos, para vivir, aunque declinando a medida que la temperatura declinaba, aceptaron humildemente la opresión exterior y se hicieron siervos sumisos de ella. Pero el vertebrado se insubordina, rehusa ponerse al diapasón del ambiente que lo constriñe a someterse o correr el riesgo de morir; no acepta la ley implacable que lo condena a enfriarse y descender; lucha, se repliega sobre sí, reconcentra sus fuerzas, hace un esfuerzo supremo y por artes milagrosas crea la estupenda, la maravillosa facultad de producir calor, de mantener *dentro de sí* las condiciones térmicas primitivas y óptimas que le son favorables para vivir y prosperar, y así asciende por la escala zoológica arriba, hacia formas cada vez más complicadas y perfectas de la animalidad, mientras las especies sometidas se estancan en su evolución ascendente o retroceden hacia las modalidades más inferiores de la vida. »

Así también el hombre, se insubordina contra las necesidades y leyes de la Naturaleza que lo constriñen a abandonar sus sueños de justicia y de felicidad; eleva *dentro de sí* las fiebres de su alma y crea también *dentro de su conciencia* la estupenda facultad de producir una atmósfera moral propicia a la formación y el mantenimiento de sus sueños; el milagro de un mundo donde no

manda la cruel voluntad de la naturaleza. « Y como el vertebrado protegido por su temperatura, subió hasta el hombre, éste haciendo escudo de su conciencia, asciende hasta los seres de esencia divina y se dispone a enseñorearse del Olimpo. »

Así nos habla Apolo para justificar la pretensiones del espíritu al gobierno del mundo, aún reconociendo que en el Universo no reina la *ley del hombre*, sino la *ley de la Naturaleza* que no es Justicia, que no es Amor, ni desinterés, sino fuerza, crueldad, expansión del ser, necesidad y dominio. Pero si la Justicia y el Bien no existen en la realidad Olímpica, existen *como ilusiones voluntarias*. El hombre al insubordinarse contra las duras necesidades de la existencia y reconociendo que no existe en ellas una justicia extra humana se confina dentro de sí, y en el mundo de su propia conciencia *crea* esa justicia a que aspira y que le es tanto o más necesaria que las condiciones orgánicas para mantener y perfeccionar su naturaleza de ser superior a los demás. Sabe que esa deidad solo existe dentro de sí, pero *dentro de sí* pretende realizarla; y esa ansia suprema, esa divina locura es ya una condición necesaria a su organismo; una Ilusión sin la cual no podría vivir y que, voluntaria y todo constituye la única razón de su existencia. Suprimir esas ilusiones *vitales*, servidoras de la vida, es condenar a los individuos y a los pueblos a someterse a la realidad exterior, y por lo tanto a estancarse en su desenvolvimiento progresivo y aún a perecer. « Más que de verdades lógicas se alimenta la vida de ilusiones vitales. Y entre éstas la más poderosa, la más fecunda es la de establecer el reino de la equidad y la dicha en el imperio de la injusticia y el dolor. »

« Y esa ilusión, ¡ cosa extraña ! es lo único que le da sentido y significado a la vida, la cual en sí, no tiene significado ni explicación, y lo único también que legitima las pretensiones del ideal superior y los postulados de la conciencia que lo autorizan, insostenibles como verdades

lógicas, verdaderos y saludables como ilusiones voluntarias.»

De ahí que Pandora, personificando no ya a la Eva pérfida del paganismo, que derramó sobre el mundo males sin cuento, sinó a la benéfica y consoladora Ilusión «que transforma los males en esperanzas y éstas en la grande Esperanza humana de establecer en el mundo el reino de la dicha y la justicia, sea en los «Diálogos» la deidad bienhechora a cuyo influjo conquistaron los hombres su civilización «que no consiste solamente en saber fabricar instrumentos, sino sobre todo en saber fabricar ilusiones».

Legitimadas así las grandes aspiraciones humanas que son como la levadura y la sal de las civilizaciones, entra Reyles a estudiar en la contienda humana actual el papel desempeñado por Francia y Alemania dentro de la historia del mundo.

Francia encarna y simboliza esas grandes aspiraciones, «la tendencia niveladora, el racionalismo, el ideal humanitario». Es la encarnación viviente de las *fuerzas lúcidas* que luchan desde los albores del mundo por dominar a las fuerzas ciegas representadas por Germania.

«Germania—según Dionisos,—representa la tendencia aristocrática, el naturalismo político, el darwinismo social». Penetrada de la soberanía universal de la fuerza, Alemania ha transformado en dogmas políticos los postulados desoladores de la biología, Si la existencia es lucha y predominio del más fuerte entre los individuos, se ha dicho ella misma por boca de sus *junkers*, si la justicia es solo la voluntad del vencedor impuesta por la fuerza, legítimo es fortalecerse y conquistar por la fuerza el dominio del mundo. «Por las mil bocas de sus profesores Germania dice: el derecho, la libertad, la justicia siempre han sido el legado de la fuerza triunfante y ésta la forma perenne de la voluntad divina . . la crueldad es mas noble y generosa que la piedad porque sacrifica

el presente al futuro, el hombre al super-hombre, el individuo a la especie. La inteligencia es solo la mano obediente de la voluntad, el alma una sirviente sumisa de la vida, el bien una forma amable del egoismo. «

« Lutecia por las innumerables bocas de sus pensadores artistas y vates, replica—aseveró Apolo—la justicia no existe ni en la tierra ni en el cielo, pero tiene un altar en la conciencia humana; reconozco la voluntad de la Naturaleza, pero en las cosas humanas no la acepto y erijo frente a ella la *voluntad de conciencia*; el fin de la civilización no es el hombre superior, sino la dicha común y la superioridad de todos los hombres; más alta virtud que la fuerza es la gracia; más noble don que el pensar, el sentir; más fuertes los derechos del hombre que los derechos del más fuerte. «

Así continúa la controversia entre el dios del instinto que defiende lo que de bueno pudo tener la cultura germana y el dios de la inteligencia, paladín esforzado de Lutecia, heredera indirecta y discípula predilecta de Palas Atenea.

Si la justicia según Dionisos no es sino una forma de la fuerza, no hay porque suponerla superior a ésta.

En ninguna contienda ni entre los efimeros ni entre los dioses ha imperado jamás la justicia del vencido. Es el vencedor quien impone su código, y éste constituye la única justicia. A lo que responde Apolo: « Existe una razón esencial, Dionisos: la justicia va ungida por la grande esperanza humana, la fuerza, nó. »

Pero lo más admirable en esta divina controversía es que reconociendo Apolo el valor y la verdad de las observaciones de Dionisos, más comprensivo y más ecuánime al fin que el dios taumaturgo, aprovecha de ellas para dar a Lutecia la alta misión de incorporarlas a la conciencia humana.

« Germania dice Dionisos—no posee el don ni la gracia, pero posee la ciencia y la fuerza que no son cosas despre-

ciables.» Pues bien, Francia se apropiará de esos buenos elementos de la cultura germánica y asimilándoselos los hará provechosos a toda la humanidad. « Su don de simpatía y universalidad siempre supo humanizar y revestir de formas amables los feroces instintos de dominación.

«Despojados de sus principios tóxicos, limpios de *bismarquina y spurlos* los caldos de la kultur serían acaso un gran reconstituyente para la sangre un tanto anemiada del latino.»

«La misión histórica de Francia en el drama actual no es tanto poner trabas y diques a la invasión de los bárbaros cuanto asimilarse primero y convertir después en levaduras morales los principios, las doctrinas y los métodos que le dieron a Prusia el poderío material.»

Aún tendríamos mucho más que agregar sobre este libro hermoso y original. Hemos tratado en este breve ensayo de destacar lo que para nosotros resulta más interesante: 1.º la justificación de un sano y vigoroso idealismo partiendo de los principios científicos que no pueden ser desconocidos y sin apelar para nada a un principio superior y divino como lo hicieron hasta ahora las religiones y filosofías espiritualistas; y solamente con ayuda de las *ilusiones voluntarias* cuyo papel en la conservación de la vida no se había hecho notar hasta ahora con tanta fuerza y claridad y esa *insubordinación del vertebrado* que se transforma en el dominio espiritual en *voluntad de conciencia.* Y 2.º el papel asignado a Francia en esta lucha de cuatro años que acaba de terminar con el triunfo del derecho; papel que aún no ha concluido de desempeñar y cuyo desarrollo no nos es dado pronosticar. Una nueva era se prepara para el mundo, en la cual serán sin duda alguna Francia y los Estados Unidos los que dictarán las nuevas tablas de valores humanos que empezaron a gestarse en las trincheras y a las cuales dió forma y voz la palabra austera y desinteresada del Presi-

dente Wilson. Pero el drama no ha concluido aún con el armisticio que se acaba de firmar.

La lucha de las armas ha dado tregua: la magna lucha de las ideas empieza recien a perfilarse y su desenlace final no nos es posible vislumbrar.

Nadie se aventura aún a hacerlo. El caos en que se encuentra envuelta Rusia y que amenaza invadir como una ola gigantesca a muchas naciones de Europa, la gestación de nuevas nacionalidades que nacen a la luz, tímida o audazmente y los problemas de la post-guerra para todas las naciones prometen acontecimientos trascendentes preñados de inesperadas consecuencias. Lo que el porvenir nos reserva es un misterio aún.

Entre tanto admiremos en el nuevo libro de Reyles la belleza soberana de su estilo y las profundas y originales reflexiones que lo esmaltan, vestidas con los galanos ropajes de una prosa castiza y moderna, elegante y musical. En él asienta Reyles definitivamente su idealismo « que no es como lo quiso el espiritualismo, raquítica planta de estufa, flor de trapo, apariencia sin vida, sino árbol potente, nutrido por las raíces con los jugos vitales del mundo, nutrido por las hojas con los elementos eternos del éter azul. »

LUISA LUISI.

VIEJAS QUINTAS

Lírico encanto de las quintas viejas,
En una fabulosa lejanía
Siento en mi corazón como te alejas
Envüelto en brumas de melancolía.

En una vibración de medias tintas
Se vá el encanto gris de los pradiales
Númenes de las cosas patriarcales,
Al mismo tiempo que las viejas quintas.

Sólo surge su extinto señorío
Como en una sutil niebla nocturna,
En la reminiscencia taciturna
De algún pobre cantor, hondo y sombrío.

Acendrando las vagas añoranzas
De ese distante encanto solariego
Rediviven las íntimas romanzas
Tenues, como el perfume del espliego.

La sugestión del patio hospitalario
De las abuelas casas coloniales,
Que dieron al hogar originari
Oro de aromo y sombra de parrales.

Esos rancios casones gentilicios
Desde donde irradió la maravilla
De la es:irpe civil de los patricios
En la aldea inicial, noble y sencilla.

Sólo el adusto soñador alcanza
Esa muda emoción de encantamiento,
Que echa un poco de agraz a la esperanza
Y otro poco de azul al sentimiento.

Y sólo suyas son las confidencias
Líricas, de los jardines olvidados
En la grave oquedad de las ausencias,
Y el éxtasis de los muros encantados.

Y de esos bancos de mohosa piedra
De los viejos idilios romancescos,
Que están amortajados por la hiedra
Fantasmales y miliunanochescos.

Del encanto de luna y de diamelas
De esas ventanas de herrumbrosas rejas,
Allí donde sonaron las vihuelas
Y el dorado timbal de las abejas.

Allí donde volcara sus paletas
El genio de la gracia femenina,
En la decoración de las macetas
Y el pétalo que en iris se ilumina.

Desde cuyo atalaya embalsamado
La eglógica visión de los paisajes
Trajo el lujo floral de su brocado
Y el fantástico orfeón de los follajes.

Hoy pesa una total monotonía
En el parque dormido entre la sombra;
Sobre el fosco jardín en agonía
La hojarasca final tendió su alfombra.

Y discurren los genios espectrales
Sobre el tumulto de las hojas muertas,
Junto al escombro gris de los portales
Y en las callejas negras y desiertas.

Lírico encanto de las quintas viejas,
En una fabulosa lejanía
Siento en mi corazón como te alejas
Envuelto en brumas de melancolía.

JOSÉ G. ANTUÑA.

ARTISTAS, HOMBRES...

Ver el mundo al través de tan malos cristales como son los libros, poner literatura donde debes poner vida, amar la existencia no la existencia en sí, sino en las flores que de ella se desprenden, tal amar una catedral gótica no en la armonía serena de la piedra de donde brotó, alta y delgada como una aspiración al cielo, sino en la flechecilla de su torre o en la encajería de una de sus pilastras, esa separación que tu haces entre tu condición de hombre y tu condición de artista, te producen ¡ anémico hombre de arte !, te producen eso que tu llamas hastío, desengaño, eso que suena triste en el collar de tu poesía, esa nota que sabe a sollozo en tu música y esa sombra que pone espectro de muerte en el poema de luces de tu cuadro. Artista, hombre. ¿ Y acaso el ser artista impide el ser hombre ? ? Y acaso el ser artistas ha de poner en vosotros, mozos de veinte años, mozos que bien pudierais andar, desnudo el cuerpo, agreste, sencilla, ingenuamente desnudos corriendo en la persecución de las mozas por los caminos asoleados, saltando por el torrente, el agua hasta la cintura, caracoleando los potros indómitos, todo vosotros, todos vuestros músculos cantando crepitantes orquestas a la vida, teñidas de sol vuestras mejillas, duros al esfuerzo del fierro vuestros brazos, acaso el ser artistas ha de haceros señores de la tuberculosis, la muerte lamiendo ya el invierno precoz de vuestros veinte años, el sol un enorme dios irónico ante vuestras miserias, y vuestro arte, arte que debiera ser sol, arte que debiera ser sangre y vida, ha de hacerse arte desesperado y melancólico como para un Hamlet de un país polar, recitando el verso, arran-

cando la nota y contemplando el cuadro junto a un enorme cementerio amortajado de nieve, como otros copos de nieve blanqueando los huesos en la noche, ni la mas leve yerbecilla indicando la vida en aquellas soledades, la luna arriba como una tísica absorta?... Artistas, ¿ y acaso el artista ha de absorber al hombre, acaso el artista no puede ser un hombre, todo un hombre como dijera el corso conquistador al contemplar alto como un roble de la Selva Negra, sereno como un mármol griego, fuerte como un germano de los tiempos de Augusto a Wolfgang Goethe, ¡ Y Wolfgang Goethe era un artista ¡ Y artista que toda una edad, edad de los viejos sabios en los cuartos oscuros, de los demonios que a media noche traía a los sabios de los cuartos oscuros piedras filosofales y elixires de vida, edad de los infolios en letras miniadas, de grandes guerras, grandes misterios y grandes heroismos, se hizo en aquella mano olímpica la síntesis gloriosa de un poema. Primero fuimos hombres que artistas, lo que primero fuimos es lo que somos, lo primero es el edificio, lo segundo los frisos que bordaron de belleza al edificio. Primero esté la base firme que resista los látigos del viento y el remesón del terremoto, luego velemos por las rosas del friso. Y si nuestra condición esencial es la de hombres, vamos a dejar que se derrumbe nuestra vida, que nuestras venas se agüen, que el edificio se agriete, gastada la energía en repujar el friso ? Ante el mundo, ante los otros hombres, ante la raza, ante esos viejos ancestrales por donde vino corriendo como por un cauce de fuerza la esencia que nos dió vida, no vamos a dar cuenta si entramos por la polilla de todas las bibliotecas, si de nuestras manos salieron los versos perfectos como estatuas, mas sí si supimos domeñar como si fuera un potro este potro piafante que és la vida.

¿ Que fuisteis ? — tiene derecho de preguntarnos el mundo. — ¡Fuimos hombres habremos de decirle.—Y si además de hombres fuimos artistas, ha de ser mayor la

loanza que nos dé el mundo, la loanza del señor que dejó al criado tierras de labrantío que cultivar, y halla que el criado no solo cultivó las tierras de labrantío y fecundó de frutos su vientre negro, sino que también formó con supremo cuidado un bello jardín, ante la tierra de labrantío que es nuestra vida; un jardín que la embellece y la perfuma es nuestro arte.

¡ Artista del siglo, artista que ves pasar tus días por un caleidoscopio de torturas, deja los verdes ajenjos de la taberna que te enferman! ¿ No sientes lastimado tu orgullo, cuando ves pasar frente a tí, esos hombres altos como los cedros, la sangre retozándole en el cuerpo que van gozando de la vida como si fuesen cajas absorbedoras de sol, fraguas de aire, y sentirte tu ante ellos bosquejo de hombre, oruga palidecida ante las alas tremantes de la mariposa ?

Imita a los artistas antiguos que a pesar de que tenían en el espíritu un jardín, tenían en el cuerpo un fecundo huerto, formaban veinte hijos, esgrimían las armas como tu esgrimes la pluma, toda fiebre y toda tisis, se quebró ante la muralla de su fortaleza, nunca cojieron las veredas del suicidio, y caían, como caen por su propio tronco gastados los árboles de dos siglos en los bosques seculares. ¿ Que estás enfermo, que sientes que el mal como una tarántula hambrienta va llevándose la buena sangre de tu vida, que exiguo tú de fuerza, débil ha de ser tu arte espejo de tí mismo. Pues no al vano halago de hacer arte débil sacrifiques el holocausto precioso de tu vida. Abandona ajenjos de la ciudad que dan artes huecos. Busca el sol: desnúdata y recíbelo como una ablución de vida. Lánzate en la catarata, que el agua enrollándose como una sierpe por tu cuerpo, te cálmará los nervios que te enferman. Mozo de veinte años, persigue a las mozas. Doma potros. Cúrate, sánate, sé hombre.

MARIANO PICÓN SALAS.

Mérida, (Venezuela).

EL COFRE DE LAS RUINAS

En el rocín sumiso del hastío
llegó montada mi alma hasta la puerta
donde me espera el desencanto frío
de mi esperanza para siempre muerta.

Ni un momento he podido de mi mente
borrar la evocación de nuestra historia.
¡ Toda la vida llevaré latente
tu memoria tenaz en mi memoria !

La voz de mi canción tu nombre clama
y este clamor me embriaga como un vino.
¡ Mujer, muero de sed ! Mi boca en llama
no halla una sola fuente en el camino !

De una cerrada noche soy la sombra.
Huye la luz, muere la flor, ninguna
boca de amor ni de piedad me nombra;
las noches de los pobres son sin luna . .

¿Recuerdas nuestro amor? Ternura suave,
néctar exento de lascivas gotas.
Sólo se oían en la blanca nave
suspiros truncos y palabras rotas.

En las divinas horas del amor
guiaba nuestros coloquios una estrella;
era un ojo de Dios abierto por
vernos, a mí tan triste, a tí tan bella !

¿Ya dónde te hallaré? ¿Y en qué camino
te buscaré sin alas y sin gloria,
cargando, como a un muerto, mi destino,
con tu recuerdo hundido en la memoria?

Yo evoco aquellas horas que a tu lado
pasé, doradas horas de poesía.
¡Oh música sublime del pasado,
que es lo mejor! Después melancolía,
siempre melancolía . .

Este cofre que guarda de tus cosas
cartas y flores blancas—el perfume,
tiene la honda tristeza de las fosas.
¡Viejo amor, loco amor que me consume!

El es mi anhelo, muerto como un hombre;
él es mi voluntad y mi ambición;
él es lo que me queda, el dulce nombre
tuyo y un gran dolor de corazón.

Es el copón dorado donde guardo
lo que no puede fenecer de ausencia:
¡el recuerdo punzante como un dardo
clavado al corazón de mi existencia!

Mujer, con esta mansa pesadumbre
para adorarte seguiré marchando;
altivo trovador que urde en su cumbre
un largo ensueño que lo va matando . .

La aurora pronto me ha de herir los ojos.
Y en la alegre mañana florecida,
aún lloraré por tí, puesto de hinojos
ante las viejas ruinas de mi vida!

SEGUNDO BARREIRO.

PAUL VERLAINE

La lectura de unas poesías de Verlaine insertas en una revista literaria, me ha sugerido las impresiones que exteriorizo en estas páginas, sobre el espíritu luminoso de este alto romero y su obra de excepción, preñada de exquisito sentimiento poético. Adúnase a esta dulce evocación del alma del poeta de Lutecia, mi admiración ilimitada hácia su genio literario y el conocimiento que por medio de escritores ilustres, he hecho de la vida y la obra del divino cantor de « Las fiestas galantes ».

Paul Verlaine, contemporaneamente a la plenitud de su hiperestesia creadora hacia una vida dolorosa, enladándose junto al arroyo y como una paradoja inadmisible, su alma en medio a él erguíase ungida por la belleza. A pesar de la vida augustiosa, llena de incidencias mortificantes que sufrió Verlaine, su númen jamás decayó, ni se debilitó la llama de su energía creadora, ni se insensibilizó la urdimbre de su sensorio. En el hospital y en su vivir de lírico vagabundo la extraordinaria facultad que poseía para musicalizar los sentimientos, fué la misma, idéntica emoción de lo bello e idéntica inquietud de quimeras ansiaba aquel espiritu que ostentaba la grandeza lumínica de los astros.

Paul Verlaine fué antes que otra cosa y por encima de todos los dolores humanos y de todas las injusticias que lo atormentaron un temperamento superior predestinado a concretar en la forma rítmica las mas hondas y exquisitas expresiones sentimentales. Y como tal, fué impotente para neutralizar el vórtice de las pasiones bastardas, de las inevitables fatalidades de la materia,

que abatieron su vida donde florecía constantemente el ensueño de la belleza. Leyendo las admirables poesías de su libro «La Buena Canción», este poeta revélasenos en la plenitud de su genial interpretación del rítmo oculto de las cosas. Es doloroso pensar que un espíritu como Verlaine haya sido vilipendiado y obscurecido por sus contemporáneos y que mientras los mediocres conquistaban posición y renombre en la patria de Lamartine y de Saint Víctor, este poeta, el más grande de toda una generación, creador de una escuela literaria, iniciador, con el modernismo de la renovación poética, que ha trascendido hasta nuestros días fuera condenado a vagar como un réprobo, falto de pan y de sosiego, premiando en esta forma la noble virtualidad de su talento y de su ensueño.

A pesar de su vida tan pródiga en dolores morales y desesperanzas, Paul Verlaine, fué un aeda sutil y exquisito, que lograba emitir en sus versos todo el sentimiento que atesoraba en el ánfora griega, que encarnaba su alma. Aunque su psiquis tuvo momentos de exteriorizaciones morbosas, era el poeta de la belleza dulce y quintaecenciada y jamás experimentó en la creación estética los agudos desequilibrios que torturaron la vida y traducen las obras del extraño y contradictorio poeta de «Las Flores del mal».

Gómez Carrillo, escritor de prosa alada y diáfana, nos ha narrado en un libro inefable, episodios tristes, de un amargo desolamiento, de la existencia deplorable que sufría Verlaine poco antes de sobrevenirle la muerte en una casa de las inmediaciones de París, donde pasó sus últimos años el poeta extravagante y genial. Y en esas páginas donosas y serenas, que integran el libro «Almas y Cerebros», vemos reflejada en forma fragmentaria, la vida inquieta y desventurada del delicado poeta que fué amigo del juvenil Catulo Mendéz y que compuso en horas de dolor y de exaltación emotiva las gemas de «Canciones para ella».

Del vivir complejo y accidentado de Paul Verlaine, se han bordado diversas historias, que por ser historias en algo acordan con la realidad. De sus curiosas aventuras cítase por sus biógrafos, una que tiene contornos de tragedia íntima. El poeta tenía un amigo a quién prodigaba franca y leal amistad y con quién compartía sus sueños de arte en una boharda destarlada donde habitaban. Una noche, el poeta saturniano, que era místico y sacrílego a la vez en un acceso de delirio alcohólico, hirió de un tiro por la espalda a su más querido amigo, sin haber mediado entre ambos altercado ni violencia alguna. Ese amigo, también glorioso en las letras francesas se llamaba Jean Arthur Rimbaud.

Aquella impulsividad de Verlaine llevólo a la carcel por largo tiempo y en esa mansión sombría y repulsiva fué donde gestó su espíritu iluminado las más bellas y perdurables concepciones.

Oscar Wilde, el poeta refinado y erótico, que fué amigo de Verlaine, según la afirmación del delicioso autor de «Grecia» que compartió con ambos, cuando todavía adolescente, ensueños de belleza en los cenáculos de París, admirábalo y compadecíase de la bohemia desordenada en medio a la cual languidecía el cuerpo enfermo y se extinguía la prodigiosa inspiración del soñador y del libertino.

Espíritus como el de este poeta, son excepcionales en toda una generación de cultores eminentes de la belleza rítmica. Encepcional por su naturaleza esencialmente emotiva, apta para las exteriorizaciones del sentimiento más puro, pleno de musicalidad y excepcional por el acervo de angustias y de desazones que al igual de los antiguos estetas griegos gravitaron sobre su vida, digna de más altos designios venturosos. Verlaine fué uno de esos privilegiados temperamentos que ostentaba sobre su frente amplia y radiosa, signada por el genio, la visión de las cosas intangibles y la llama maravillosa de las concepciones eternas. . WIFREDO PI.

RUMBO INCIERTO

Igual, por ejemplo, que pequeñas naves
en el mar inmenso de la vida, estamos.
Y a pesar de tantos gestos serios, graves,
vamos donde el viento quiere que vayamos!

En el mar inmenso diciendo ¿por qué?
En el mar inmenso preguntando ¿a dónde?
¡Y siempre burlada nuestra escasa fé!
Nada comprendemos! Nadie nos responde!

Entre la borrasca aves de ala rota,
en el mar inmenso naves sin timón.
El ideal se esfuma, la ilusión se agota
y alforja de angustias es el corazón!...

A veces sintiendo que hay dentro del pecho
dulces ruiseñores de dulce cantar,
—y a veces temblando de ver en acecho
muy cercanas, fieras de espantoso aullar.

Y van nuestras vidas por el mundo, a tientas,
perdidas en medio del hondo misterio...
Elevando ruegos entre las tormentas!
¡Sólo cierto habemos algún cementerio

donde nuestros huesos—nuestros pobres huesos—
en tanto que un frío glacial los taladre
sin amor, ni rosas, ni estrellas, ni besos
se pudrirán, mientras algún perro ladre...

MARIO MENÉNDEZ.

EL «SALÓN» DE BELLAS ARTES

DE BUENOS AIRES

Hace ocho años que el Salón Nacional de Bellas Artes abre sus puertas con la entrada de la primavera, y tanto se ha habituado a él nuestro público que cada año, con el reventar de las flores, se le espera ansiosamente, como un nuevo retoño del alma nacional.

Año tras año, aumenta, sin embargo su desprestigio, Por no hacer excepción a la regla, nuestra Comisión Nacional de Bellas Artes es de una incapacidad a toda prueba, y anualmente consigue, con el fallo de sus premios y la elección de sus adquisiciones, la deserción de buen número de artistas de mérito, que abandonan la exposición oficial, al verse desplazados por la ignorancia de sus autoridades. En el « salón « de este año la Comisión ha llegado a la nota escandalosa en sus veredictos, al punto de que es lícito dudar, aún de su buena fé, habiéndose acarreado la hostilidad de tan numeroso grupo de artistas, que hace peligrar la misma existencia del certámen, con la amenaza de su abstención.

Esta animosidad contra las autoridades incompetentes se advierte fácilmente sólo con recorrer la lista de los expositores de este año. Abundan, y probablemente han de formar mayoría, nombres de artistas que inician recién su carrera artística. Circunstancia que si rebaja notablemente el mérito intrínseco de la exposición, y pone en evidencia que existe un núcleo grande de descontentos, que deliberadamente no concurren, tiene en cambio la ventaja de renovar el ambiente y dar mayor homogeneidad al concurso.

En este sentido el « salón « de este año señala una etapa en nuestro desenvolvimiento artístico por la gran cantidad de jóvenes, hasta ayer desconocidos, que se le han incorporado, y, justo es reconocerlo, en forma muy honrosa y harto promisora.

Esto no obstante se han exhibido en todas las secciones, obras de positivo mérito que complace entresacar del conjunto chato y mediocre:

López Naguil, espíritu inquieto, desigual y atormentado, se asienta y serena en « Laca China «, acaso la nota más interesante del conjunto por lo que significa como promesa y porque, a pesar de las fallas de ejecución que un análisis minucioso podía señalarle, es una obra sólida, admirable de composición, en la que priva el elemento decorativo, magistralmente interpretado.

Thibon de Libian que ha conseguido sus mejores triunfos siguiendo a Degas, acaso demasiado de cerca, presenta dos telas de esta tendencia que intrínsicamente, constituyen el envío descollante de la exposición y que han de perdurar en nuestro arte, entre las mejores obras de su época.

Vigo, jóven artista que canta en sus obras la vida del arrabal porteño, es sin duda la personalidad más fuerte de su generación. Despreciado por los jurados oficiales, por el público y la crítica, Vigo no conoce las caricias de los premios, las adquisiciones ni los elogios. La lucha contra dificultades de todo género y contra la indiferencia, que tornan casi trágica su vida de artista, no es obstáculo suficiente para que cada año nos presente un par de telas de extraordinaria espontaneidad que hoy nadie aprecia, y tal vez mañana se busquen afanosamente.

Francisco Vidal, jóven pintor cordobés, se presenta por vez primera. Su autoretrato, deficiente de técnica, pero fuerte de emoción, revela en él un gran temperamento y lo señala como alto exponente, entre el núcleo de jóvenes que en la ciudad mediterránea, trabaja entusias-

tamente en diversas manifestaciones intelectuales, sin otro estímulo que la propia confianza en el triunfo.

Emilia Bertolé, delicado espíritu femenino, que año tras año se sostiene honrosamente entre los puestos de avanzada, expone una intensa cabeza ejecutada al pastel, que la crítica se ha empeñado en saludar como «un Carriere», y ello podría ser cierto—guardando las distancias,—por lo que a la técnica respecta, pero nunca en cuanto a la obra en sí, en la que sólo alienta el alma de la artista profunda y apasionada. Reverso de esta cabeza serían las grandes acuarelas de Soto Acebal, artista extraordinariamente habilidoso para conseguir al agua aspectos de óleo, que realiza obras de mucho efecto en las que no anima sentimiento alguno.

Centurión y Petrone, abandonando la pintura de taller, nos han traído del norte de la República, varias telas ejecutadas a pleno sol, en las que los tipos característicos de la región han sido admirablemente tratados en su propio ambiente, venciendo con gran maestría todas las dificultades de la crudeza de su luz. Si bien ambos compañeros de trabajo, han hecho obra, de suyo interesante, no creemos que deba ser consideraba definitivamente. Dentro de algunos años,—y ello es lógico esperarlo dadas las grandes condiciones demostradas siempre por los dos artistas,—estas obras que ahora nos entusiasman, sólo han de marcar una etapa de transición entre dos tendencias artísticas.

Si Navazio ocupa la vanguardia en el paisaje, Prins nos resulta aún más interesante, por lo que en su carrera artística significa el afianzamiento dentro de una tendencia determinada que señala, al parecer, una ruta definitiva, dentro de la cual ya ha realizado una obra de verdadero mérito intrínseco que lo coloca entre nuestros mejores paisajistas.

Marteau sigue acentuando cada año su dominio de la paleta y es, sin duda alguna, una de las esperanzas más

fundadas de nuestro arte, por la extraordinaria riqueza cromática que caracteriza sus telas, enriquecidas además por la fina sensibilidad con que sabe arrancar a la naturaleza sus secretos emotivos.

Vena, Raimundo y Chinchella Martín, son tres figuras descollantes del paisaje en nuestro medio y no me es posible omitir sus nombres a pesar de la rapidez con que apunto estos recuerdos procurando sintetizar todo lo posible, en mérito a la brevedad.

Dentro de la sección escultura, siempre menos interesante, se destacan las obras de Leguizamón Pondal, Sibellino, Fioravanti y Falcini, que salvan por si solas el prestigio del conjunto.

Comencé a escribir estos apuntes con el propósito de no citar nombre alguno a fin de resumir mis impresiones, sin embargo, ellos han comenzado a brotar espontáneos, llamados por la persistencia de la emoción que sus obras me produjeron y, a riesgo de incurrir involuntariamente en antipáticas omisiones, he preferido dejarlos para que, a falta de otro, tengan estas líneas el mérito de la espontaneidad. Y no me sería posible cerrarlas, sin rendir tributo al recuerdo de Sívori, al venerable maestro hace poco desaparecido, cuyas obras que nunca faltaron en el « salón « figuran por última vez, como homenaje póstumo.

FRANCISCO DE APARICIO.

Buenos Aires, Noviembre de 1918.

LOS POEMAS HUMILDES

ABANDONO

No tener mas amigos que las flores y un perro
y en las tardes un libro, a la hora del jardin,
dejar que nuestro espíritu se fugue de su encierro
y vivir, locamente, una errancia sin fin.

Olvidarse, por siempre, del marfil de la torre;
beber leche de ensueño, gustar pan de emoción,
y mirar a la vida como un río que corre
y embellecer la joya viva del corazón.

Recostarse en la almohada de un seno, infantilmente:
sentir que en nuestras venas la sangre es trasparente
y las manos se juntan serenando la frente.

Olvidar el pasado. No esperar otro día.
Pensar que siempre el perro nos hará compañía
y en nuestra pobre tumba ladrará una elejía! .

MADRIGAL DE OTOÑO

Otoño, hermano mío, que has rodado
en el fracaso de las hojas secas
en los nidos deshechos que han temblado
y en el crujido de la puerta vieja.

Otoño aristocrático? ¿qué vientos
han traído tus manos? ¿qué locuras
hierven en tus ingenuos pensamientos?
¿Por qué el parque se dora de amargura?

¿ Por qué has traido en este siglo XX,
en esta tarde amoratada, ambigua,
un madrigal sereno, de otro ambiente,
el oro noble de una tarde antigua ?

¿ Por qué las tardes de las alamedas
que palidecen, como corazón,
se sutilizan y se tornan sedas
para un motivo de decoración ?. .

ÉGLOGA

Mi soledad cobarde se torna confiada
y creo en la serena amistad de las cosas:
admiro como un niño un ocaso, una albada
y olvido las espinas para adorar las rosas.

El manzano sencillo dorado de crepúsculo,
este poblacho humilde y manso, me han vencido:
me exaltan los objetos mas pobres y minúsculos
y tengo la inocencia de los recién nacidos !

Me olvido de las altas y doctas academias:
aquí nadie me habla del club ni el ateneo:
los pájaros me cuentan errabundas bohemias
y en las mañanas claras, como en un libro, leo.

Eternamente el mar preludia con el río
un poema que nunca soñarán los maestros:
y todo es tan amable, tan sereno y tan mio
que se duerme el lebrel de mi hastío siniestro. .

El olor a obras viejas es fragancia de heno,
son casitas de alerce la arquitectura grave:
olor a pensamientos humildemente buenos:
olor fragante a nido y pluma simple de ave.

El bosque, como verde y viva biblioteca,
repasa las parábolas de las puestas de sol,
enseña a amar las hojas y las raíces secas
y a poner en las cosas serenidad y amor.

Hombres: acaso pude creer que moriría
sin hacer con vosotros una vida trivial:
hoy vivo como un pájaro y amo mas cada día
las cosas que perfuman de amor mi soledad!

R. Meza Fuentes.

Ancud, (Chile).

GIRÓN DE NIEBLA

(*Cuento*)

Acababa de despertarse, de recobrar la conciencia de de si misma, y no quería moverse, como si anhelara eternizar aquella laxitud enervadora que sumiéndola en los limbos de lo inconsciente le producía la ilusión del no ser en que ansiaba esfumarse. Adivinaba, sin abrir los ojos, que la indiscreta luz del día, entrándose por los intersticios de la ventana que caía al Oriente, animaría los impalpables átomos que poblaban la atmósfera de su alcoba, y no quería ver la luz, temerosa de advertir como palidecería y desmayaría al encontrar silenciosa y sola la cuna del ser que todas las mañanas agitaba los bracitos al sentir al través de los párpados rosados y ténues la luminosa caricia del sol . . .

Era aquel nido vacío, mudo e inmóvil, que la ponía espanto: era la desolada soledad de aquel dormitorio que la obligaba a apretar los párpados cual si pretendiera aislar el pensamiento de las sugestiones del medio o evitar que se escapara de la cámara sensorial la imagen del angel adorado que no había de calentar más nunca la silenciosa cuna, que, como en días mejores, permanecía arrimadita a su lecho . . Aquellos ojitos azules en cuyas pupilas sorprendía la infeliz un reflejo de la mirada acariciadora e irresistible del que la había hecho desgraciada; aquella boquita hechicera cuyas mieles endulzaban todas las amarguras de su vida: aquellos bucles áureos en que se envolvía la cabecita mas hermosa que Dios podía crear, sólo había de verlos *mirando para adentro*, abstrayéndose

de la realidad, viviendo en la penumbra, ensimismándose para siempre. No recordaba cuantas horas iban transcurridas desde que arrancáronle, casi violentamente, el vergonzoso fruto de su único amor en la tierra, para escondérselo quien sabe en que rincón anónimo del cementerio, y, cumplida la obra de misericordia, nadia quizo acordarse de la mujer indigna que tuvo el cinismo de prostituirse y de mostrar—simulando la serenidad y la firmeza de la mujer bíblica,—el pecado de su prostitución sin rubores ni escrúpulos de delicadeza social. En verdad, ella había provocado las iras de las falsas virtudes, de la dignidad convencional, del honor acomodaticio, enorgulleciéndose de su falta, sonriendo a la prueba de su degradación como si tuviese á poco llevar en los labios el dejo de los pétalos ajados y en el fondo de sus pupilas de obsidiana el secreto de los misterios del amor. Su estoicismo frente a los desprecios del mundo, su resistencia a las humillaciones vergonzantes, eran un insulto que no podían tolerar las púdicas matronas que quizás habían pedido prestado el cendal que dejaron en su alfeizar de desposadas; que tal vez no ofrecieron al tálamo otra virginidad que la simbólica de los azahares que les sirvieron de diadema en el día de los redentores connubios . . .

¡ Ay, Dios ! Mal sabían ellas que no era descaro su entereza: mal sabían ellas que aquella energía retadora era artificial e insostenible: mal sabían ellas que lo erecto del busto, y el trictus de los desdenes, y la mirada desafiadora no eran otra cosa que armas de defensa con las cuales pretendía abroquelar el ser querido a quien la sociedad había de morder haciéndolo responsable de una falta que no era suya . . Ahora que la muerte piadosa había librado al inocente de las venganzas sociales, ahora que no tenía necesidad de defenderlo de los desprecios del mundo, podía distender los nervios y olvidar las fingidas soberbias para llorar mucho, para llorar siempre aquel

pedacito de su corazón que había sido la florescencia de todas sus ternuras de mujer, su sueño mas hermoso, hecho carne blanca y rosada . . Por él hubiera seguido desafiando todas las malevolencias, saltando todos los escollos, conjurando todos los peligros, sonriendo a todas las amarguras de su abandono. Sin él no valía la pena de vivir y por eso se dejaba estar en laxitud casi voluptuosa, apretando mucho los párpados para no ver el escenario de su felicitad desvanecida, rebelde a las necesidades fisiológicas, perdida la noción del tiempo, empeñada en no dejar que adurmiera una sola de sus tristezas íntimas, mariposeando con el pensamiento por los umbrales de la idea fija . . .

JOSÉ A. TRELLES.

DE UN LAGO DE AMÉRICA

¡ Oh lago !
Copa de esperanza, copa de consuelo.
Enorme pupila verde
Que entrañas un miraje de silencio.
Enorme pupila azul
Que te impregnas de cielo
En un extraordinario flirteo con el Eter.

¡ Oh lago !
Copa de la dulzura,
Augusto, silencioso, apaciguado. .
Eres como el lema de la buenaventura
Pegado quién sabe por que manos
Sobre la rugosa frente de la Tierra.

Tiene algo de monje,
Monje medidativo,
Sacerdote de paz
Que vistiendo casulla de color Esperanza,
Rezas en el murmurio de tus ondas
El dulce « Padre Nuestro » de un culto panteista.

Poema de molicie,
Cuna de lo apacible,
Ojo con que la Tierra asoma sus miradas
hasta las estrellas.
Circunvalado espejo en el que se refleja
El ritmo cadencioso que los astros
Dibujan en el Eter.

¡ Oh lago !
Joya de esmeralda
Engarzada en el pecho de mi América.

Porque eres solitario,
Porque eres taciturno y eres individual,
Y porque vives sólo, sin precisar de nadie
Que sea de este mundo,
Y no tienes contacto con arroyos ni ríos;
Eres como un Señor fluvial y mitológico,
Que bebes en la copa de las nubes
El agua que en tu cauce
Se azula en sideral aristocracia.

A veces se me antoja
Que sufres la tristeza de un río fracasado,
Y sin embargo nunca pensaste en que pudieras
Ser caudaloso río,
Porque surgiste lago y te conformas,
Filosoficamente,
Con ser lo que bien eres.

¡Oh lago!
Enorme pupila azul que se impregna de cielo
En un extraordinario flirteo con el Eter;
Eres como un lema de buenaventuranza
Escrito quién sabe porqué manos
Sobre la curva frente de la Tierra.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

GLOSAS DEL MES

EDMOND ROSTAND.

Edmond Rostand cuya inesperada muerte ha enlutado a toda la humanidad, era actualmente, y perdónenos el señor Gabriel D'Annunzio, el mas alto representante de la moderna poesía latina.

No es su obra muy vasta si se la compara a la de alguno de sus contemporáneos, pero en cambio es de calidad superior y no hay ni uno solo de sus libros en donde no se siente la noble aspiración de llegar hasta las cumbres mas altas de la belleza por los caminos mas rectos e incontaminados.

Fué un poeta sobre toda las cosas, un poeta absoluto. No deja, que sepamos, ni un solo libro en donde no impere el lenguaje rítmico, a pesar de que en discursos, cartas y comentarios nos revela que sabía manejar la prosa diestramente.

Es que era el verso su medio natural y toda su obra desde » Les Romanesques » hasta « Chanteclair » parece una fronda encantada en donde, ya la alondra del ensueño, ya las palomas evangélicas, ya el gallo de cresta roja y erguida, símbolo del indomable orgullo galo, ya la garganta profundamente humana de « Cyrano », desgranan sucesivamente sus arpegios líricos...

Ha muerto Rostand a los cincuenta años, en pleno vigor cerebral y cuando era dable esperar todavía frutos ópimos de su selecto espíritu. No hace tres meses aún, « El Diario del Plata », que ya nos había hecho conocer « Los Pirineos » otro bellísimo canto del poeta, divulgó uno de sus últimos poemas : « El Cristal ».

Poniendo su lira al servicio de los atos idealles por los que su patria batallaba, Rostand canta de un pacífico ciudadano francés a quien las leyes arrastran a la guerra y hacia ella va sin sentir esa embriaguez patriótica que hace gritar a sus camaradas. Recostada la frente en el cristal de la ventanilla el forzado soldado se conserva silencio, mientras dentro del vagón que lo conduce a la trinchera todo es tumulto y frenesi. De pronto el alba llega y ante los ojos del guerrero comienza a surgir la tierra francesa. Ve sus campiñas, sus arroyos, sus aldeas, sus ganados, sus molinos, sus catedrales, y al fin siente lo que es la patria y comprende que no es posible que

aquellos deje de ser francés. Este argumento tan sencillo está desarrollado con tal fuego en la frase y tal intensidad de sentimiento que sin duda alguna **ha** ayudado a templar el alma de acero de los *poilus*.

Su célebre soneto a la catedral de Reims en donde agradece al salvajismo teutónico haberle dado a Francia, tierra de maravillas, lo único que esta no podía enseñar a los peregrinos, es decir, las gloriosas ruinas de un Partenon, revela la superioridad de su espíritu. Otro hubiera solo atinado a maldecir, a blasfemar del invasor, él apartándose de los bajos odios, dominando sus gritos, hace sentir a los bárbaros la eternidad de su ignomia y al mismo tiempo ofrece a su patria desventurada tal sublime consuelo que hace casi bendecir el dolor.

Estas dos poesías, las últimas que de él se conocen en América, revelan que Rostand conservaba la chispa divina en todo su esplendor. Su obra ha quedado trunca, pues; pero como Epaminondas pudo alejarse de la vida con la seguridad de que deja hijos inmortales. « Les Romanesques », « La Princesse lointaine », « La Samaritaine », « L'Aiglon », « Chanteclair », dificilmente serán olvidados por los hombres; pero aún admitiendo la posibilidad de que estén destinadas a no ser un día mas que figuras decorativas de bibliotecas, hay una de las producciones de Rostand que desafiando épocas, doctrinas y orientaciones, vivirá la eterna juventud de las obras maestras. Se adivina que nos referimos a « Cyrano » esa flor excepcional del jardín lírico francés.

Forjado en bronce y granito inmortal, « Cyrano » mirará inmutable, pasar los años y los siglos sobre su enorme nariz, sobre sus fanfarronerías gasconas, sobre su ironía, sobre su talento de poeta y, sobre todo, sobre su dolorido amor sublimado por el martirio de un sacrificio único.

La segunda conferencia de Parra del Riego.

Volvió a deleitarnos este poeta peruano desde el escenario del Instituto Verdi.

El Panamericanismo Literario fué el motivo de esta su segunda conferencia que, mas que nada, sirvió para revelarnos una vez mas el fuego prodigioso de su verbo y la intensidad lírica de su temperamento.

Parra del Riego no es un conferenciante en el sentido estricto del término, es decir un hombre que pueda desarrollar fría y serenamente un tema determinado. Conspiran contra ello sus alas de poeta que no pueden permanecer por mucho tiempo inmóviles. Así, al menor motivo se las vé violentamente agitadas y contra su deseo tal vez,

lo obligan a extraviarse en altísimas lejanías, de tal modo que cuando sudoroso de ese violento galope lírico desciende a la llanura, enmudece un instante, alisa con la mano izquierda, en un gesto habitual, los cabellos que el vuelo frenético había revuelto y no es sino con un visibles esfuerzo que se le ve encontrar la senda abandonada.

Pero al revés de lo que acontece generalmente son estas mismas desorbitadas ascenciones las que hacen encantadoras sus conferencias; por manera que el auditorio casi no hace caso de la esencia del tema que desarrolla por estar esperando con ansiedad el momento de sus arrebatos.

Así confesamos que de su segunda conferencia pronto podrá borrársenos lo que nos dijo sobre el Panamericanismo, pero dificilmente se nos esfumará el cuadro, pasmoso de vigor, que nos pintara de la tierra americana, cuando a la grupa de su Pegaso, nos hizo admirar el caudal de sus ríos, el tumulto de sus cascadas, la música de sus frondas, la «mirada triste» de su lago Titicaca, el llano infinito de su pampa, la mole inmensa de sus Andes, por donde los ojos arrobados al conjuro mágico de sus palabras vieron pasar a los heroicos ejército libertadores, allá, en aquellos buenos tiempos, verdaderamente Panamericanos, donde en todos los pechos de este Continente no había mas que un solo ideal de fraternidad y libertad....

Concurrencia ?.... Cuando veíamos el salón tan vacío que apenas si cobijaba a tres docenas de oyentes, nos vino a la memoria el recuerdo de aquella conferencia que sobre Teófilo Gautier, su maestro, pronunciara un día en el Ateneo de Bruselas Carlos Baudelaire.

Menos afortunado que el poeta peruano, el gran lírico francés no consiguió atraer con su prestigio a media docena de personas. ¡ Al final ya no eran mas que dos !

No obstante esa indigencia de espectadores, el milagroso orfebre de «Flores del Mal», dejo correr el caudal divino de sus palabras, con el mismo fuego que si allí, a su frente, toda Bruselas estuviera oyéndolo.

Baudelaire dijo luego que en esa conferencia había obtenido un éxito desconocido hasta entonces.

Un comentarista del poeta exclama analizando ese juicio: ¡ su potencia de optimismo desarma ! No, no había exceso de optimismo, ni dolorosa ironía seguramente en las palabras del poeta francés: Baudelaire quiso decir sin duda, que jamas había estado tan satisfecho de si. Lo demas nada le importaba.

Igual cosa puede decir también Parra del Riego de su segunda conferencia.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

José Pedro Varela.

Fué inaugurado el 14 el monumento a José Pedro Varela.

....

Se ha dicho que entre todas las caidas, entre todas las debilidades, entre todas las claudicaciones, de los tiempos negros de la dictadura del Coronel Latorre nada afectó mas a Juan Carlos Gómez que la capitulación de Varela.

El, decía, ha llevado todo cuanto se puede llevar, hasta el apellido.

¿ Que era esta capitulación, esta renunciación inmensa e increible ?

Era que José Pedro Varela, que había tenido los mas acerbos reproches para el Dr. Ellaurí, su amigo, cuando aceptó para ser presidente de la República al voto de una fracción política que no era « totalmente » la suya; él que había motejado a aquel hombre ilustre con los calificativos—unidos—de Tartufo y Melgarejo; Varela que havía sido en Buenos Aires redactor del implacable « 10 de Enero » periódico que sería la sombra del motin del 75, Varela había, puesto después, bajo la égida de la dictadura sangrienta y compadrona, su gran obra de reforma educacional...

***

Pues bien, en todo esto que afectaba de modo tan íntimo al honesto romantico de los bellos tristes ojos, yo he querido encontrar la mayor grandeza moral de José Pedro Varela, un rasgo superior, una faceta, la mas pronunciada acaso, de una bellísima talla intelectual.

Enamorarse de una causa, de una obra, de un ideal, cruzarse con la insignia de una noble empresa y ofrecerle, al fin, el sacrificio de la vida, dándole el cuerpo vencido irremediablemente por la fatalidades de nuestra propia naturaleza lamentable, es noble cosa.

Pero me resulta de mas grandeza ejemplar, en cambio, la grandeza del que sacrifica en los altares del ideal—por alto que sea—ese tesoro sin precio de las convicciones honestas que arraigan en el fondo íntimo de nosotros en carne de corazón y en profundidad de entrañas, y que siente al hacerlo, a su alrrededor vació de máquina neumática y nota frialdades inesperadas y vé rostros vueltos y siente palabras a medias que traspasan...

***

Y en la hoguera del Moloch crepitante y nauseabundo de la dictadura, humeante de despojos humanos, aquel hombre superior, que tenía todo que conservar, « hasta el apellido » arrojó, en un acto de supremo sacrificio, su fé principista....

Pero la obra se salvó.

José M. Fernández Saldaña.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

» **Páginas de Crítica** ». — Por MIGUEL ANTONIO CARO. — Editorial América. Madrid 1918.

La prestigiosa casa editorial que en Madrid dirige Rufino Blanco Fombona se ha propuesto difundir la obra literaria de los más notables escritores continentales. Miguel Antonio Caro, no podía ser excluído de ese certamen de literatos, pues ostenta títulos verdaderos, para figurar junto a las personalidades mas representativas, de la intelectualidad americana. A. Gómez Restrepo agudo crítico, prologa la obra de Caro, estudiando en forma extensa con sutil penetración todos los atributos y virtudes, que hacen del autor de » Páginas de Crítica », uno de los exégetas más acatados de nuestro continente. Miguel Antonio Caro, a quien conocíamos desde las páginas de la prestigiosa revista « América » aparece en estos ensayos como un espíritu sereno y ecuánime, dueño de gran erudición y de un estilo abundoso, rico en giros de expresión, así como de modernidad y equidad en la interpretación de los valores literarios que juzga. Destaca del volumen referido dos notables estudios uno sobre Andrés Bello, poeta y pedágogo de altos méritos, y otro sobre Julio Arboleda el político y orador colombiano, cuyo nombre tiene una noble resonancia en la gloriosa patria que libertó Bolívar. Miguel Antonio Caro ha logrado con su estilo hacernos conocer, en su verdadera valía la obra fecunda, realizada por esta dos esclarecidos espíritus, verdaderos hombres representativos de la América colombiana. Caro tan ilustre, como los patriotas a quienes con fervor estudia, es merecidamente exaltado, por su prologuista, el que a la vez revela su talento crítico original y gran independencia de juicio. — W. P.

« **Cuentos de la Selva** ». — Por HORACIO QUIROGA. — Cooperativa. Buenos Aires, 1918.

El gran cuentista, dedica esta bella obrita a los niños. Son cuentos que hizo para sus hijos y que merecen bien los honores de que se los declare lectura en las escuelas. Estas narraciones de animales entretienen y enseñan. A veces emocionan. De todos los géneros de literatura, es el cuento el más difícil. Con el cuento infantil son muy pocos los escritores que han podido imponerse. Quiroga no imita

a ninguno de los que hoy pasan por maestros en materia de narraciones infantiles. Es él. Olvidado de que sabe hacer historias para hombres, llenas de dolor, de pasión o de misterio, se pone a describir fábulas que ha concebido mirando quizá las cabecitas tempranamente pensativas de sus vástagos. Y en un lenguaje llano—llano hasta lo familiar, sin caer nunca en lo ramplón,—nos describe aventuras de serpientes, ardides de los flamencos, tribulaciones de los coatis, pesadumbres de una avejita haragana. El libro es siempre aleccionador y a veces poético.—V. A. S.

« **Triptolemo y el Campesino** ». — Por F. Arboleya y Arboleya, Salto 1918.

En un breve y pulcro volumen el Sr. J. Arboleya y Arboleya ha publicado una parábola que titula « Triptolemo y el Campesino ». La forma a veces nos resulta un poco descuidada, lo que resta eficacia a la realización literaria de la pequeña obrita. En contrario a la forma, el concepto es claro y bello. Implica una saludable lección de idealismo, de amor a las cosas bellas, de estímulo a esa labor superior, que es el perfeccionamiento moral del individuo. En este sentido la producción de Arboleya, merece sinceros encomios. Ostenta el librito en cuestión, para dar actualidad y novedad al motivo de la parábola, la siguiente hermosa sentencia. « Dad un sentido nuevo a las historias viejas », con lo que ha logrado el autor ofrecernos un elevado pensamiento, no excento de originalidad.—W. P.

« **Florencio Sánchez** ». — Episodios de su vida por Miguel Víctor Martínez 1918.

Este folleto, escrito y compuesto con esmero, revela la afectuosa admiración de un jóven escritor culto, por el más grande dramaturgo que pudo admirar América: el Shakespeare y el Marlowe, a un tiempo, del teatro rioplatense, como ha dicho Emilio Frugoni con toda propiedad. Sencillamente, Miguel Víctor Martínez refiere ocurrencias que pintan al bohemio genial de cuerpo entero. Le presentan rebelde y tierno a la vez. Mas, en esta obra, figuran también apreciaciones críticas, lo que da importancia al opúsculo, que pasa a ser uno de los tantos documentos apreciables, dignos de que los tenga en cuenta quien haga ese estudio detenido y amplio, a lo Taine, que la producción valiosísima de Florencio Sánchez aguarda todavía.—V. A. S.

a ninguno de los que hoy pasan por maestros en materia de narraciones infantiles. Es él. Olvidado de que sabe hacer historias para hombres, llenas de dolor, de pasión o de misterio, se pone a describir fábulas que ha concebido mirando quizá las cabecitas tempranamente pensativas de sus vástagos. Y en un lenguaje llano—llano hasta lo familiar, sin caer nunca en lo ramplón,— nos describe aventuras de serpientes, ardides de los flamencos, tribulaciones de los coatis, pesadumbres de una avejita haragana. El libro es siempre aleccionador y a veces poético.—V. A. S.

« **Triptolemo y el Campesino** ». — Por F. ARBOLEYA Y ARBOLEYA, Salto 1918.

En un breve y pulcro volumen el Sr. J. Arboleya y Arboleya ha publicado una parábola que titula « Triptolemo y el Campesino ». La forma a veces nos resulta un poco descuidada, lo que resta eficacia a la realización literaria de la pequeña obrita. En contrario a la forma, el concepto es claro y bello. Implica una saludable lección de idealismo, de amor a las cosas bellas, de estímulo a esa labor superior, que es el perfeccionamiento moral del individuo. En este sentido la producción de Arboleya, merece sinceros encomios. Ostenta el librito en cuestión, para dar actualidad y novedad al motivo de la parábola, la siguiente hermosa sentencia.« Dad un sentido nuevo a las historias viejas », con lo que ha logrado el autor ofrecernos un elevado pensamiento, no excento de originalidad.—W. P.

« **Florencio Sánchez** ». — Episodios de su vida por MIGUEL VÍCTOR MARTÍNEZ 1918.

Este folleto, escrito y compuesto con esmero, revela la afectuosa admiración de un jóven escritor culto, por el más grande dramaturgo que pudo admirar América: el Shakespeare y el Marlowe, a un tiempo, del teatro rioplatense, como ha dicho Emilio Frugoni con toda propiedad. Sencillamente, Miguel Víctor Martínez refiere ocurrencias que pintan al bohemio genial de cuerpo entero. Le presentan rebelde y tierno a la vez. Mas, en esta obra, figuran también apreciaciones críticas, lo que da importancia al opúsculo, que pasa a ser uno de los tantos documentos apreciables, dignos de que los tenga en cuenta quien haga ese estudio detenido y amplio, a lo Taine, que la producción valiosísima de Florencio Sánchez aguarda todavía.—V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano, Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Urúguay, 881,

AÑO II — ENERO 1919 — Núm 7

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO
PEÑA Hnos. — Imp.

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA »—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS »—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE »—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA »—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA »—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO »—Apartado de correo, 397. Habana.

« SELVA LIRICA »—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA »—Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA »—Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA »—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS »—Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD »—Colombia, 1294. Montevideo.

« FUTURA »—Director Valentín Castilla, Salto.

« ROCHENSE »—Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO »—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Enero, 1919.

Núm VII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

APOSTILLAS SHAKESPERIANAS

FALSTAFF

El de Enrique IV es el verdadero Falstaff. *En las Alegres Comadres de Windsor* está adulterado. Allí sirve de groseras burlas, como el *Don Quijote* de la primera parte cuando aún Cervantes no se había enamorado de él. Es un viejo pasivo; no muestra su personalidad.

El anciano rey Enrique IV subió al trono de Inglaterra ayudado por nobles valientes y quisquillosos, para los cuales fué ingrato y aún infidente. Una insurrección de los políticos disgustados no tardó en estallar y generalizarse, como quien dice una rebelión sudamericana, cuando todavía éramos Sud América. Tomó parte en ella el más valiente de los guerreros, Enrique Percy, hijo, apellidado *Espuela Ardiente*, porque su heroísmo no tenía descanso, y el Arzobispo de York, prelado respetable y prestigioso. La Inglaterra del siglo XV era todavía católica.

Fácilmente, los resentimientos personales provocaban una revolucioncita, según la frase de Sarmiento, muchas

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA »—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS »—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE »—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA »—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA »—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO »—Apartado de correo, 397. Habana.

« SELVA LIRICA »—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA»—Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA »—Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA »—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS »—Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD »—Colombia, 1294. Montevideo.

« FUTURA »—Director Valentín Castilla, Salto.

« ROCHENSE »—Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO »—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Enero, 1919.

Núm VII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

APOSTILLAS SHAKESPERIANAS

FALSTAFF

El de Enrique IV es el verdadero Falstaff. *En las Alegres Comadres de Windsor* está adulterado. Allí sirve de groseras burlas, como el *Don Quijote* de la primera parte cuando aún Cervantes no se había enamorado de él. Es un viejo pasivo; no muestra su personalidad.

El anciano rey Enrique IV subió al trono de Inglaterra ayudado por nobles valientes y quisquillosos, para los cuales fué ingrato y aún infidente. Una insurrección de los políticos disgustados no tardó en estallar y generalizarse, como quien dice una rebelión sudamericana, cuando todavía éramos Sud América. Tomó parte en ella el más valiente de los guerreros, Enrique Percy, hijo, apellidado *Espuela Ardiente*, porque su heroísmo no tenía descanso, y el Arzobispo de York, prelado respetable y prestigioso. La Inglaterra del siglo XV era todavía católica.

Fácilmente, los resentimientos personales provocaban una revolucioncita, según la frase de Sarmiento, muchas

veces eficaz contra poderes públicos débilmente constituidos. La Argentina y el Uruguay pasaron por esos trances. Y hace poco el Paraguay y el Perú nos mostraban todavía el espécimen ancestral.

Con pretesto de dar satisfacción a justas reclamaciones y susceptibilidades heridas,—el Rey produjo una tregua entre los beligerantes, la que luego violó con infidencia, para vencer a los rebeldes. La falsía política ha desempeñado y todavía desempeña un papel preponderante. La teoría de la sinceridad privada y pública se robustece, por el mayor contralor de las sociedades democratizadas que se muestran hostiles ahora hasta con la diplomacia secreta; pero aún hay mucho arco de evolución que recorrer.

Las imperfecciones personales y sociales la producen, como fuerza compensadora que desde luego pierde poco a poco su valor. Los rebeldes fueron derrotados y diezmados; su jefe militante—Espuela Ardiente—muerto. La monarquía y la dinastía quedaron consolidadas.

Los personajes de este drama histórico están pintados a lo Shakespeare, cuya mirada y cuyo pincel va hasta lo esencial.

El rey no es figura descollante. El príncipe de Gales, el futuro Enrique V, aparece más interesante. Es un jóven travieso, disipado, irresponsable. Nosotros también tuvimos al engreído, como « hijo de Presidente ». Es un trasnochador impenitente, mujeriego, aprovechador de salteamientos de caminos, aunque muestra su buen natural pagando o indemnizando los perjuicios.

Entre sus compañeros de truhanería, descuella a inmensa altura el tipo más característico del drama, el inconfundible Falstaff, Sir Jhon Falstaff. Sólo Sáncho Panza puede compararsele en las regiones del arte. Es superior en la escala social a Sancho, quien no tuvo, según su propia confesión, en toda su parentela *dones ni donas*, mientras que aquél era *Sir.*

El vientre le rebalsa cuando se sienta, y está casi siempre sentado. Le llaman de muchos modos sus compañeros de jarana: Monseñor Remordimiento—« Juan Jerez con azúcar »—« Otoñada primavera »—« Tripón, cebón, carnaza, aplanador de colchones ».

Bebe siempre, pero buen Jerez, como predilecto compañero del sonriente heredero del trono. Come con buen diente, ama de paso a mujeres de posada, « más públicas que el camino que va de Canterburry a Londres ». Dicen que vendió su alma al diablo en un viernes santo, por un vaso de vino y la pata fiambre de un capón.

Habla de coraje, y es un poltrón, característica que al fin y al cabo él no teme que se sepa. Cuando sabe que son ocho o diez los peregrinos a quienes deben asaltar esta noche, él exclama: ¡ Voto al diablo, quizá nos roben ellos !

Es un saco de vicios y *non curanzas*; pero simpático y atractivo. Le sobra talento y gracia. Trata con la mayor confianza a Enrique; pero no salva los límites de un respeto de súbdito. Invita al príncipe a un asalto nocturno, bajo pena de que si no acepta la partida, no tendrá hombría de bien ni compañerismo.

Confiesa que está condenado a robar en compañía de ese cachafaz de Ponis: hace veintidos años que abjura cada día de tal compañero, desgraciadamente en vano. Termina, en todo caso, por renegar de los ladrones que no son leales entre sí.

Sigue la corriente de las conversaciones. Se alaba; pero si se le sorprende en *infraganti* mentira,—no tiene empacho en invertir el razonamiento, para disculpar la ausencia de la virtud de que falsamente se ensalzaba, o el defecto que con fingida austeridad reprendía en los otros.

Que lo ahorquen si no es lo mismo para él el *sí* o el *no*.

Con tal de salir bien del paso o de pasar lo más cómodamente posible, se amolda a todo; pero con cierto aire de gran señor, de dirigir los acontecimientos que lo arrastran.

Es cierto que huyó, según lo han descubierto sus com-

pañeros; pero después de haber derrotado hipotéticamente a cientos de enemigos, y sólo por haber sido arrollado por cientos más, es decir, por uno.

Su destino ha sido cruel: se codeó siempre con gente más dispuesta a pegar que a hablar, a hablar más que a beber, a beber más que a rezar.

Está convicto y confeso de todas la truhanerías imaginables, y sigue con la cabeza levantada, salvo que la digestión o la embriaguez lo hagan roncar panza arriba.

La fuerza de su vida engendra una filosofía para su propio uso. No pretende, como se supone, ser un santo, por más que ha de proyectar durante un cuarto de hora pasar por tal, ante quien no lo conozca; pero sólo por quince minutos que bastan y sobran para que contradiga su discurso sobre la temperancia y el heroísmo: es suficiente para ello un vaso de Jérez visto en lontananza, un biftec, un asomo de amenaza, o una simple contradicción.

Sobre el honor tiene ideas unipersonales. ¿ Qué es el honor ? Un hilo en el aire, una ilusión que flota y se desvanece.

Algunas veces parecería que se propusiese comprar provisión de buena fama. Pero es intención tardía y, sobre todo, muy precaria: sombra que se desvanece al asomar.

El principe, su compañero de parrandas, lo ha pintado. ¿ Qué le importan a Sir John Falstaff las horas del día en que vive ? A menos que las horas se trocaran en copas de Jérez, los minutos en capones, los relojes en lenguas de terneras, las agujas en lupanares, y el bendito sol en bella y ardiente moza con traje de tafetán color de fuego.

Con la obesidad y los años, el amor cedió a la gula, y los arenques al vino fino, si fuese posible, pero en todo caso al vino.

Mas no hay que engañarse con Sir John. Si ha sido un esclavizado de los dos instintos más enérgicos de la naturaleza humana, tiene en cambio mucho ingenio y mu-

cha despreocupación para lucirlos sin prejuicios. Lleva con epicureísmo sus defectos y aún vicios: pero se defiende sin hacer profesión de abogado o moralista. Luce quites gallardos, fintas elegantes y unos peligrosos «a fondo» que, por el ridículo, pueden dejar fuera de combate al adversario, ya se trate del acreedor que le reclama las mil libras que jamás verá, de la posadera, a quien debe meses de pensión, y, además, su honra que le quitó bajo promesa de matrimonio, o del juez que pretende aplicarle reglas procesales demasiado inflexibles y concluyentes.

Si la leva que él organizó por mandato real, no produjo sinó reclutas hambrientos y desarrapados, pues que los que pudieron derrochar propina se exceptuaron fácilmente del servicio,—él lo culpa a la deficiente organización social que no iguala a todos ante los deberes militares.

Una sola vez se chasqueó irrevocablemente Sir John. Recibe la noticia del advenimiento al trono de Enrique V, su antiguo travieso camarada. Desde ese momento, Falstaff se reputaría un egoísta si no repartiera empleos jugosos a los bellacos de su posada. Las leyes de Inglaterra iban a estar bajo sus órdenes.

Pero Enrique es ya rey de Inglaterra y será un gran rey. No admite con el primer saludo, la última chanza del viejo vividor, y ordena sobre tablas su destierro hasta que purgue las irregularidades de su vida pasada, es decir, es la condena del infierno eterno.

No es el primer contraste; pero es el golpe definitivo. Lo recibe con su escéptica bonhomía. Nunca estuvo ni quiso estar en contradicción con su temperamento. No luchó con el destino. Siguió sonriente las aguas que lo llevaban río abajo. Así llenó su sector de vida con irregularidades e ingenio, y mostró experimentalmente que el menor fragmento de existencia es infinito, como todo lo grande y todo lo pequeño que el Universo encierra.

B. Aires. J. ALFREDO FERREIRA.

PANTEÍSMO

Quién pudiera tener el alma como esta
Mañana de Setiembre, clara, fresca, gloriosa,—
Donde el azul y el verde y el oro hacen la fiesta
Del color en una égloga húmeda y luminosa.

Ser árbol, pasto, nube!. . Como una gloria anhelo.
Transustanciarme ya me siento en toda cosa. .
Cómo, si fuera agua, ascendería hasta el cielo;
Me desharía en perfumes si me supiese rosa;

Brisa, acariciaría todo con suaves sedas;
Arbol, daría mi sombra, y si fuera camino
Me perdería cantando entre las arboledas,
Floreciendo aventuras para algún peregrino!

Ser humo azul que al aire dulcemente se entrega
Y habla de paz doméstica, de dicha campesina.
¡ Oh, quietud de la rústica casita solariega!
Ser en el mar azul esa vela latina,

Que arrastra un barquichuelo no a conquista, a faena .
Ser ese trino loco que con el viento pasa
O ser como esa azul infinidad serena
Que en fervor religioso el alma nos abraza!

Oh, yo ya sé que tengo el alma como esta
Mañana de Setiembre, pánica sinfonía,
Donde el cielo y el mar y el prado hacen su fiesta
Que, siento, va infiltrándose leve en el alma mía.

Tengo frescor y sombra, soy un ritmo y un rielo;
Soy árbol, pasto, nube, rosa y azul sereno;
Miro con una diáfana contemplación de cielo,
Palpito de esperanzas y me aduermo de olvido. .

De las cosas del mundo, que caben en mi seno,
Interpreto los íntimos y callados amores,
Y mi alma está temblante como si fuese un nido
Como si fuese un lírico nido de ruiseñores!

MONTIEL BALLESTEROS.

UN VIERNES EN LO DE DURMIEZ

(*Cuento*)

Todos los Viernes solíamos reunirnos en lo de José M. Durmiez, el célebre pintor cuyos retratos son la admiración de todos, un núcleo de gente bastante heterogéneo, médicos, literatos, maestros, músicos,—a quienes unía, sin embargo, una entusiasta inclinación por las cosas del espíritu.

Solterón empedernido,—solterísimo, como decía él para amenguar la violencia del término,—aunque profundamente enamorado siempre de algunos ojos verdes u oscuros que había seguido toda una tarde, Durmiez, necesitado de dar su amor a algún ser, después de la muerte de su madre había adoptado a un niño de siete años, de nombre Elías, el que, los Viernes, iba circulando de rodilla en rodilla, poniendo, con su gracia infantil, un bello rayo de sol en la penumbra un tanto severa de la sala.

En verdad eran encantadoras aquellas sesiones de «La tarasca», como por moción del propio Durmiez, habíamos bautizado las reuniones de su casa; nada de extraño tiene, pues, que, a cada semana, se multiplicara el número de concurrentes.

En uno de esos Viernes, y como la conversación girara sobre el grado de veracidad que podrían tener ciertas historias extraordinarias, resolvimos contar cada uno algún suceso misterioso de su vida.

Entonces un señor de treinta años, mas o menos, que asistía por primera vez a la reunión y cuyo nombre me era desconocido, exclamó: «soy yo, sin duda, el que debo empezar, pues estoy cierto de que, ni remotamente, ha

sido ninguno de los que están aquí presentes protagonista en un hecho semejante al mío.»

Y, sin mas preámbulo, comenzó a narrar la siguiente historia:

«A los veinte años tuve mi primer ataque de cólico hepático. Un lustro entero peregriné por los consultorios de los especialistas mas afamados, me sometí a los regímenes mas severos y al fin, como, a pesar de todo, los ataques se repetían, cada vez mas dolorosos, decidí operarme.

No tengo necesidad de decirles que en esos cinco años me había leído cuanto tratado de patología hepática existe y que me sabía al dedillo todos las consecuencias a que podía dar lugar una operación tan importante como la abertura de una vesícula biliar; pero todo, hasta la muerte misma, me resultaba preferible a aquella maldita vida que llevaba.

Entré pues, para ser operado, al sanatorio del Dr. Silva que era en mi opinión, y continúa siéndolo todavía, el mejor cirujano de Montevideo.

La mañana de la intervención me levanté tranquilo. Por mis propios piés entré en la imponente sala de operaciones, después de haberme despojado de mi pijama en una antesalita. Sonriendo me acosté en la mesa, mientras cirujanos y ayudantes se lavaban las manos y disponían sobre las cubetas los instrumentos necesarios. Por cierto que durante mucho tiempo se me quedó desagradablemente impreso en el oído el ruido metálico de las pinzas y demás accesorios quirúrgicos.

De pronto el Dr. Silva, dirigiéndose a uno de los ayudantes que estaba a mi lado, exlamó: «puede empezar», y este luego de ponerme un poco de vaselina en los labios, ojos y naríz, me dijo, con cierta prosopopeya imperativa: respire fuerte; al punto que me acercaba al rostro una franela rociada con cloroformo.

Yo estaba dispuesto a acatar todo lo que se me dijera. Respiré profundamente, pues. Todo marchaba, a mi parecer, a pedir de boca, cuando sentí que el cloroformizador gritaba con una voz llena de espanto: — Doctor !, Doctor !, un síncope.

Inmediatamente noto que me rodean. Me abren violentamente la boca, me atraviesan la lengua con una pinza y la empiezan, ritmicamente, a hacerla entrar y salir. Dos ayudantes me toman los brazos y con una constancia de locos, me los juntan y separan sucesivamente. La angustia se reflejaba en todos los rostros y lo curioso era que yo quería tranquilizalos, decirles: estoy perfectamente bien, no se aflijan... pero no podía ni pronunciar una sílaba, ni ejecutar un movimiento.

De cuando en cuando paraba aquel jadeo macabro de lengua y brazos y uno decía: no respira; y otro, poniéndome el oido en el corazón: no palpita; y otro, tocándome la pupila con el dedo: no reacciona. Excuso añadirles que en los brazos y las piernas sentía continuamente el picoteo de las agujas por las que se me inyectaban cuanto veneno imaginable hay.

Trajeron una máquina eléctrica. Todo era en vano, a cada tres minutos el « no respira «, « no palpita », « no reacciona », ponía una terrible depresión en todos. Y la tracción de la lengua continuaba, pero, a medida que la esperanza se perdía, se perdía también toda dulzura. Yo notaba que a cada tracción la lengua se me estiraba poco a poco y me espantaba el pensar que ya jamas me iba a caber dentro de la boca. Este era el único temor que sentía y hasta, en verdad debo confesar, me producía cierto perverso placer el contemplar a aquellos hombres tan afanados en quererme hacer respirar, palpitar y reaccionar, cuando tenía el convencimiento absoluto de que respiraba, palpitaba y reaccionaba como cualquier otro mortal.

Pero donde realmente me espanté, fué cuando oí preguntar a uno: ¿y el masaje directo del corazón, Doctor? Entonces tenté gritarles con todas mis fuerzas: « Eh !, no sean bárbaros !, no hagan eso !... pero inmediatamente sentí penetrar el bisturí y atrás de él, la salvaje mano. No se puede concebir nada mas horrible que un manoseo del corazón; esto, si, verdaderamente me desvaneció.

Cuando volví en mi, me encontré solo en aquella maldita sala. Respiré hondamente y como si nada hubiera pasado me levanté de la mesa, pasé por la antesalita en donde había dejado el pijama, que, por otra parte, ahora me resultaba del todo innecesario, y, ebrio de sol y aire puro, salí al exterior.

Me encontraba perfectamente bien, sin ninguna herida y solo un pequeño dolor de la lengua, que por fortuna me cabía holgadamente en la boca, era lo que me quedaba de las vicisitudes pasadas.

Lo raro era que yo no estaba en la ciudad, sinó en medio de un campo que me era en absoluto desconocido; pero como el placer de encontrarme salvo superaba a todo lo demás, no me interesaba nada averiguar donde, ni cómo, ni porque estaba allí. Atiné a gozar de mi libertad corriendo alegremente. Nada noté en mi de anormal a no ser una mayor agilidad y un cambio en la forma de la sombra que proyectaba sobre el suelo, la que me pareció mas plana que de costumbre.

En esto veo aparecer en un recodo del camino a Sultán, un viejo perro perdiguero que había enterrado con mis propias manos hacía mas de cuatro años. En verdad era mucho mas pequeño que antes y tenía ahora toda la apariencia de un bulldog, pero ni por un momento dudé que era él y menos cuando lo ví saltar y venirme a lamerme las manos con la fidelidad y el cariño antiguo. Todos sus movimientos reflejaban el placer de encontrar a su viejo amo. A mi también me halagó sobremanera hallarlo en aquel sitio y una vez que lo hube acariciado

sentí un loco deseo de cazar juntos como lo habíamos hecho por los montes y campos solariegos del Dayman.

Con Sultan al lado, penetré en un monte próximo dispuesto a cazar y mientras escondido esperaba alguna presa, me preguntaba, un tanto perplejo, de que modo iba a cazar sin balas y sin fusil, si bien tenía el pleno convencimiento de que nada de eso necesitaba *ahora* para cazar.

Y así fué. Acertó a pasar una liebre por allí y en un abrir y cerrar de ojos caigo sobre ella y la volteo. En ese instante desvié mis ojos hacia Sultán, que se había puesto a reír y a saltar como un niño que estuviera gozando de antemano el efecto de una sorpresa y cuando los volví para concluír con la liebre noté estupefacto que este tenía una mirada tan profundamente humana y familiar que me dió miedo de matarla y la solté.

Parose la liebre enseguida, continuó mirándome un buen rato, como gozándose de mi estupor y después me dijo compadecida: si, soy Enrique, tu viejo amigo Enrique, no pienses mas. »

¡ Dios del cielo ! Era de Enrique, si, esa mirada, de Enrique aquel lejano amigo de la infancia, aquel pobre muchacho de alma tan romántica que al primer revés del amor se había suicidado en el Durazno hacía muchos años.

El pavor casi me hizo caer y con un asombro trágico le pregunté: « Pero tu, Enrique, ¿ no habías muerto ?

Hacía poco precisamente que había leído el cuento de Conan Doyle, en el que cierto sujeto colocado en el mismo trance hace idéntica pregunta y nadie sabe lo que sufrí al pensar que a mi como a aquel personaje novelesco se me pudiera contestar: y tu también.

Pero mi amigo, apiadado de mi terror, me dijo simplemente: « no hablemos de eso ahora « y luego, desviando hacia otro lado la conversación: « parece que tenías apetito, eh ? Almorzaremos juntos hoy », y obligándcme a

caminar a su lado me hizo penetrar en el monte. Nos sentamos debajo de unos árboles y mientras Sultán buscaba comestibles para el almuerzo, Enrique me preguntó:

—« Y como van las cosas por allá ?

—Por donde ? — le repuse.

—Por la tierra.

—Ah ! — le contesté, — así, así.

—Siempre hay suicidas y enamorados, por supuesto.

—Siempre.

—Aquí los seres son mucho mas cuerdos que allá.

—¡ Cómo, aquí ! — exclamé sobresaltado, — ¡ donde estoy pues ?.

—A unos cuantos miles de kilómetros de tu Montevideo, sin duda, mi querido Julián y luego sin darme tiempo a pedirle explicaciones, añadió: pensar que yo un día me suicidé por Ana, ¡ que imbecil !.

—¿ Estás arrepentido ahora ?

—Arrepentido, no. Se pasa mejor aquí que allá, pero no valía la pena.

—De morir por ella ?

—¿ Que es eso de morir ?, de transmutarme en todo caso, como dirían por allá.

—No comprendo.

—Tampoco es muy feliz, aún aquí mismo, ser liebre, ya lo vés. . y luego añadió mirándome de arriba a abajo: pero sabes que en verdad no te queda mal tu nuevo estado.

—¡ Cómo, mi nuevo estado !

—Ah, pero tu crees que eres un hombre todavía, mi querido Julián.

—¿ Que soy entonces ?

—El mas hermoso de los orangutanes.

Instantáneamente me palpé. Tenía el dorso velludo y las manos y los piés iguales a los de los simios. Cuando, helado de espanto, alcé los ojos y quise interrogar a Enrique ya este había desaparecido, como Sultan y el mismo monte.

Con toda la angustia que pueden imajinarse hice un enorme esfuerzo como si quisiera libertarme de mi nueva forma, me golpié vigorosamente el rostro y nadie se supone el alivio que experimenté al encontrarme frente a mi cirujano que palmotéandome la cara me decía: « todo ha marchado perfectamente, amigo mío, era un verdadero pedregullo su vesícula »...

Entonces el pequeño Elías, que había escuchado toda la historia con los ojos profundamente azorados, le preguntó al narrador: «¿ Pero usted no había muerto, no es verdad ? ». Todos reimos de aquella ingenuidad infantil; pero el interrogado, con una seriedad y una certidumbre que nos heló la risa y nos hizo mirarle con un poco de desconfianza, contestó: « yo tengo la convicción absoluta de que, al menos durante una hora larga, estuve positivamente muerto. »

José María Delgado.

DIÁLOGOS

Tú me dijiste: — Amigo,
defíneme el Amor.
Hubo una larga pausa... nos miramos...
nos miramos muy hondo... Luego yo:
— ¿ Sabes ahora, amiga ?
Y arrebolada tú por la emoción:
— Sí ! dijiste muy quedo,
temblándote la voz.

***

Te interrogué: — ¿ Qué lees ? Y tú, ingenua:
—« Las Demi-Vierges » por Marcel Prevost.
Y otra ocasión: — ¿ Qué lees ? Y tú, pícara:
—« Los Cuentos de Perraul ».

***

Mi alma y mi corazón así dialogan:
—Hermano, ¿ y nuestra amada ?
—Hermana, no sé nada.
Y luego me interrogan:
—¿ Dónde está, dónde está ?
Y yo, simple, respondo: — ¡ Ya vendrá !

ERNESTO MORALES

¡SALVE FRANCIA!

¡Oh bella y dulce Francia, patria universal, sol de las naciones, eje de la historia, vieja madre de la ciencia y el pensamiento!—después de desangrarte en cruentos combates; después de mil legendarias batallas, dígnas de ser cantadas por los Homeros y los Hugos del porvenir; después de haber librado la gran jornada de la raza humana, la jornada de la libertad, la justicia y el derecho; después de ver convertidas en ruinas y pavesas muchas de las industriosas y bellas ciudades y aldeas, derrumbadas y en escombros tus históricas catedrales, devastados y asolados tus viñedos y tus mieses; has surgido esplendente, triunfadora y más grande que nunca, entonando por las bocas febricientes y entusiastas de millares de tus cruzados valerosos, que en tu defensa blandieron denodados los heroicos aceros de Bayardo y de Rolando, las notas candentes y arrebatadoras del grandioso canto épico republicano, símbolo eterno del triunfo y de la gloria.

Sobre las históricas ruinas de la sombría y trágica fortaleza de tus viejos reyes, sobre los escombros de la inmortal catedral de Reims y de la inexpugnable fortaleza de Verdun, la moderna Troya, flotan las notas marciales y electrizantes de tu himno glorioso, como las sonoras alas de mil pájaros de luz que acariciaran amorosas y trémulas las tumbas tristes y solitarias de los que han sucumbido heroicamente por la patria.

Tu triunfo es la redención de la humanidad, pues tu alma y tu corazón son el corazón y el alma del mundo.

Entre la tromba de metralla, de gases asfixiantes y líquidos inflamables, entre las ruinas y desolaciones de la

guerra, entre el toque de muerte de estridentes clarines, entre los estragos y alaridos de la horrible matanza, entre el rugido de la salvaje hecatombe, entre el caos de los épicos choques, entre el infierno de cobre y de bronce, has florecido Francia, como una exótica planta entre la lava del volcán ardiente, más hermosa y sublimada, más vigorosa e invencible, preparada a excelsos e incógnitos destinos, como una gestación profética, magna y augusta de la madre humanidad!

Muchas gloriosas naciones ¡oh Francia! han escanciado en un tu cráter de oro el rojo Falerno del triunfo.

Bélgica, sublime y heroica, gloriosa y mártir, es la primera en presentar su pecho como un broncíneo escudo, para que contra él descargue sus rudos golpes el armipotente monstruo alemán, y con su valor y su sangre salva la causa de la civilización de la humanidad.

En cada palmo de tu fecundo suelo, Francia inmortal, surge un Aquiles, y los Foch y los Joffre oponen una muralla de acero y de fuego, contra la que se estrellan y despedazan las hordas implacables, sanguinarias y bárbaras de los teutones, de los herederos de Atila y Tamerlán, de los que han dejado la tierra colmada de tumbas y de cruces, de ruinas y de sangre, de los que insensatos y criminales, han violado la fé jurada, han roto los tratados, han escarnecido los más sagrados derechos del hombre y de las naciones, han destruído sistemáticamente los recuerdos históricos, han depredado los artísticos tesoros, han segado vidas inocentes de ancianos, mujeres y niños, sembrando por doquier, luto, desolación y muerte.

París demuele la Bastilla y Berlín demuele el Partenón!

Inglaterra, con su indomable energía y su formidable escuadra, embolsa en red de acero los submarinos enemigos, esos monstruos fantásticos e invisibles con que se amenazaba dominar los màres, reduce a Alemania por el hambre, y con voluntarios bisoños e indecisos, transfor-

mados en corto lapso en veteranos e intrépidos soldados, inflige al formidable enemigo, en tus campos ¡ oh Francia ! derrota tras derrota, contribuyendo así al triunfo definitivo de la libertad del mundo.

Italia, la patria del arte, también tiene su Tirteo, su gran poeta-soldado, a cuyos cantos bélicos, como un solo corazón y una sola alma, se arroja denodada al combate, asesta un golpe de formidable ariete a la carcomida monarquía austriaca, la hace bambolear y por último caer estrepitosamente, facilitando el triunfo de la gran causa aliada.

Estados Unidos de Norte América, que jamás ha olvidado que ganó su independencia con ayuda de sangre francesa, entra en la lid, generoso, noble y valiente, guiado por el más puro desinterés, impulsado por los más nobles ideales, por el triunfo de la libertad y de la democracia, y su intervención en la sangrienta lucha, en momentos de indecisión y de duda, cuando el osado y presuntuoso enemigo pregona a todos los vientos, con soberbia y suspicacia, su soñada victoria, decide de la colosal contienda, favoreciendo con su bravura y con su empuje, el desarrollo del brillante plan de contraofensiva forjado por el genio guerrero de tu generalísimo, que matemáticamente conduce al triunfo más decisivo y completo, al ejército glorioso de la libertad.

La bandera invicta de Wáshington se cubre de gloria inmortal en tus campos de batalla ¡ oh Francia ¡ y sus luminosas estrellas enceguecen y abaten a las carniceras águilas imperiales.

Derrumbado estrepitosamente el cesarismo alemán, brilla como una antorcha poderosa iluminando al mundo, tu alma ¡ oh Francia ! y tus gloriosos soldados, arquetipos ancestrales de valor, patriotismo, energía y estoicismo, vuelven después de mil homéricos combates rudos y cruentos, en la tierra y en los aires, con los rostros encendidos en un resplandor glorioso de bronce, con los ojos

llenos de luz, el corazón lleno de infantil alegría y las manos llenas de palmas y de flores.

¡Oh bella Francia, nación sol, faro de la democracia, patria de la libertad!—después de la guerra, cuando ésta sea imposible de hecho y en derecho, por la liga fraternal de las naciones, cuando sea definitiva e inalterable la paz entre los pueblos, cuando al siniestro tableteo de la metralla, al ensordecedor estampido de los cañones y al horrendo alarido y vibrante clangor de la pelea, suceda el resoplido de los motores en las fábricas, el golpeteo del martillo en el yunque, el canto triunfal del gallo y el alegre repique de las campanas; cuando al imperio del rencor, del odio y de las máquinas homicidas, suceda el triunfo de la razón y del libro, de la fraternidad y del amor, resurgirás a la vida, como lo profetizó un día el príncipe de tus poetas: tan grande, tan purificada, tan esplendorosa, que dejarás de ser Francia para ser Humanidad!

E. D. Forteza.

Buenos Aires.

EL AMO DE TODOS

Este fragmento corresponde a una tragicomedia inédita, que pertenece a uno de los escritores nacionales que evidenciaron hacia el teatro una vocación mayor. La escena reproducida, por tener sentido propio y autónomo, es a propósito como para publicarlo aislada en una revista como la nuestra.

ACTO I

ESCENA II

Dichos—Tibaldo—Odilón—Después Clotaldo y Lidoro que entran discutiendo.

TIBALDO (Hacia afuera)

Qué ruído es ese, Odilón ?

ODILON (Entrando por el foro).

Son dos pastores villanos,
que se entraron de rondón,
y quieren irse a las manos;
los dos hablan a la vez,
pero saco en consecuencia
que tienen una pendencia,
y te han designado juez.

TIBALDO

Hazlos entrar.

ODILON

Se te olvida,
señor, que vas a partir !

TIBALDO

Pues se aplaza la partida

si hay un deber que cumplir.
Hazlos entrar.

(Vase Odilón. Luego aparecen Clotaldo y Lidoro, discutiendo acaloradamente).

LIDORO (Adelantándose)
¡ Oh, señor !
Yo necesito de tí ;
Este hombre...

CLOTALDO (interr,)
Por favor,
óyeme primero a mí !

LIDORO
No, a mí !

CLOTALDO
A mí !

LIDORO
Tú mientes !

CLOTALDO
El mentiroso eres tú !

LIDORO
Qué miento ! Por Belcebú !

TIBALDO
Calma, amigos ! Sois ardientes...

LIDORO
Perdón, mas cuesta trabajo
soportar tanto cinismo !

CLOTALDO
Jamás ví tal desparpajo !

TIBALDO (severo)
Cómo ! Volvéis a lo mismo ?
Callad ; (callan) Habla tú, Lidoro.

LIDORO
Señor, yo tenía una vaca
que era para mí un tesoro;
la aseguraba a una estaca

de noche, pero de día
libre en el prado pacía...
Tornaba al atardecer
Ella solita a su estaca...
Qué vaca!... Sin ofender
a nadie, señor, qué vaca...!
Cierta vez aconteció
que a la estaca no volvió...
Registramos la pradera
brizna por brizna; los bajos,
los collados, los atajos...
mas de la fiel compañera
ni la osamenta encontramos;
en casa, todos lloramos...
No volverla a ver jamás!
Juzga de nuestro dolor:
era una persona más
en la familia, señor!
Pero Dios ya conjuró
las malas artes del diablo:
Clotaldo me la robó,
la tiene atada en su establo!

TIBALDO

Juras decir la verdad?

LIDORO

Lo juro, y lo juraría
sin parar en todo el día,
si hubiere necesidad!

CLOTALDO (a un ademán de TIBALDO)

Señor, sólo sé decir
que es mía desde becerra,
que yo la he visto en mi tierra
nacer, medrar y parir...
Ni me gana por amor,
Lidoro; juzga, señor,

cómo la debo querer,
que si en alguna querella
fuese forzado a escoger
entre aquélla y mi mujer,
me quedara con aquélla!
Por jurar que no hay engaño
en lo dicho, juraría,
no como Lidoro, un día,
yo jurara todo el año!

TIBALDO

Amigos, vuestra cuestión
es de clara sencillez,
mas errasteis la elección
del que debe ser su juez...

LIDORO

Quién podrá ser juez mejor!?

TIBALDO

La misma vaca en litigio...

LIDORO

Sólo un milagro, señor!

TIBALDO

Haya fé, y habrá prodigio...
Toma la vaca, criado,
y vé a soltarla en el prado.
La vaca, al atardecer,
con pie firme, sin dudar,
por hábito ha de volver
a su redil familiar.
Vosotros aguardaréis,
tú, en tu establo; tú, en tu estaca,
y ni un instante dudéis
del buen fallo de la vaca.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

HISTORIA VULGAR

Anochece. Bajo el gris progresivo del crepúsculo triunfante, vomita el taller la recua joven y algarera.

I

. . . .

—No; no se vaya; artículó, reseca la lengua por la abrasada respiración del seno naciente: bajo el percal rosado de su bata, se dibujaban sus acelerados movimientos.

—Creí que me desairaba como las otras tardes y pensaba no volver; pero, ahora,... y se acercó más de lo que había estado aquel y los otros días, murmurando quedo, muy quedo, palabras de pasión que irruían de sus labios, atropellándose. Ella acortó el paso, casi se detuvo, prosiguiendo lentamente luego, entornó los párpados, bajó la cabeza y, trémula, estuvo a punto de dejar caer el guardapolvo que llevaba envuelto, mientras se sonrojaba hasta en el cuello. No pudo ver a sus compañeras pasar a su lado sonriendo picarescamente y mirando al galán con ávida curiosidad, inspeccionándolo en un segundo de pies a cabeza.

Aumentó él la verba y bajó aún más el diapasón, intentando hacer insinuante su discurso; no vió o no quizo ver a todas aquellas personitas, jóvenes y frescas, que en grupos o parejas pasaban, cuchicheando primero para reír libremente así que los dejaban atrás. No vió y no oyó o no quiso oír, dado afanosamente a su nueva empresa, que una voz femenil airada y sonora, decía en un grupo que se alejaba: ¡ A mi qué me importa, *d'*él ! ¡ si

le hice caso fué *pa* pasar el tiempo ! ¡ Se va a divertir, con esa pazguata ! ¡ Como la pretende *pa* casarse... ! Estas últimas palabras las ahogó un acceso de risa forzada.

—¡ Por lo que *vos sabés* ¡ puede ser que se case, respondió otra del grupo.

—¡ Si, jajai ¡, articuló la primera voz, perdiéndose ya en lontananza.

II

Media hora larga llevaban ya allí, en la solitaria acera del Instituto Normal, apoyando un hombro contra la pared como si la sostuviesen, el chambergo sobre los ojos y la cara sumergida en la sombra, él; mirándola ansiosamente, iluminada a lo lejos por la luz dudosa del arco voltáico, parpadeante, ella.

. . . .

—Me *dijieron* también que Vd. era *dotor de medisina* y que me *dragoneaba pa réirse* de mi.

—¡ Pero, Adelita, ¿ será posible ? ¡ murmuró meloso e insinuante y sonriendo a su pesar; ¿ ¡ será posible, prosiguió, que les crea más a ellas que a mi ! ? ¿ No le dije que soy tipógrafo de « La Tribuna » ? ¿ no se acuerda que le enseñé las reglitas de componer; y ¡ un doctor va a andar con eso en el bolsillo ! ?, y cruzó detrás sus manos blancas y cuidadas.

—*Sí*, articuló débilmente ella, dejándose convencer.

—Y, ¡ ¿ entónces ?. ¿ Acaso, dijo como fastidiado y triste por aquellas desconfianzas, yo andaría así, si fuese doctor ? Los doctores andan de parada siempre, y no usan *gacho*, concluyó dando a su voz el canturreo especial de los hombres del pueblo. Su rodilla audazmente llevada hacia adelante rozaba a intervalos, con un rozar dulce, uno de los opulentos muslos de su interlocutora.

. . . .

—¡ Salir, ¡ solos, así ! a mi me da verguenza. Y ¿ si lo llegan a saber, en casa ? — ¿ ¡ Cómo lo van a saber ! ? Y aunque lo sepan, no dirán nada, ¿ no nos vamos a casar, en cuanto me hagan regente ?

—Si; pero todavía no lo saben.

—*Tenés* razón, dijo él aparentando convencerse. Y agregó después de un momento de meditación o de silencio: ¡ Ah, ya está ! podemos salir en coche; bajamos las cortinas y nadie nos verá. ¿ éh ? *¡ animate !* concluyó, tratando de reprimir sus ansias.

Luchó ella un poco, todavía, pero cedió al fín, dominada. No podía decir que no; no podía mirar sin sonrojarse a aquel hombre e iba tras él a pesar del grito airado de su pudor, que se batía ahora en retirada.

III

—Ya sabe ? eh ?, si toco una vez, sigue; si toco dos, para.

—Si, señor.

—Y aunque se ponga un batallón delante, ¡ siga y no tenga miedo, que aquí tenemos con qué hablarle, si fastidia !, y levemente tiró hacia atrás el saco, dejando relucir el mango de una pistola. Esto, por si no lo sabes, pensó.

—*No* pierda *cuidao*, patrón, contestó el auriga sonriendo, y fruncía su cara de zorro en que, inquietos y penetrantes de mirar, brillaban dos ojillos grises.

Trescientos metros más allá; dos toques de silbato detuvieron el vehículo. Una jóven casi niña, cruzó de la acera apurando el paso y subió precipitadamente; vacilante en el paso, intensamente ruborizada, tropezó, al entrar, con la portezuela, que se cerró en el acto. Sonó un silbido, corrieron manos febriles las cortinillas, y a una gutural del conductor emprendieron los caballos su trote

desganado de tiro de alquiler, bajo el sol canicular de aquella tarde de Enero.

. . . .

Cuando, dos horas después, Adela, roja como una grana, entró a su casa, encerrándose inmediatamente para cambiar su ropa por la de diario, su imaginación, su ser todo, saboreaban todavía, en el recuerdo, las delicias de la más grande dicha que conociera hasta entonces, agigantada por su carácter de clandestina. Mas al aparecer ante sus ojos los vestigios reveladores, volvió a la realidad y los gritos de su pudor, sugiriéndole el cuadro de lo futuro, le hicieron romper a llorar amargamente, juzgándose irremisiblemente perdida. Loca de desesperación sepultó la cara en la almohada de su cama, para que no oyesen sus sollozos, y no fué bastante a restituir su tranquilidad el recuerdo arrobador de una promesa de matrimonio mil veces solicitada y mil veces reiterada aquella tarde, entre un turbión de caricias enloquecedoras.

Allá, en el extremo opuesto de la ciudad amodorrada en la calma enervante de aquel caluroso domingo de Enero, un hombre jóven abatido en un sillón por la laxitud del exceso del desgaste orgánico de horas antes, pensaba entre el halago de una victoria más: ¡ pobrecita; era muy jóven para dar trabajo ! Un rato después, enfrascado hasta perder las nociones de lugar y tiempo, leía ávidamente una obra de patología interna.

AMBROSIO L. RAMASSO.

ESFUMES DE ÓPALO

I

Con la faz maliciosa de bohemia
la luna me sonríe desde su orto,
y en la fontana del jardín absorto
diluye un lánguido fulgor de anemia.

Una música ignota se proemia:
mi corazón hacia el olvido exhorto...
El alerta de un auto, grave y corto,
rompe el silencio como audaz blasfemia.

El surtidor despierta la memoria,
mientras su afán en el tazón escancia,
de una doliente, incomprensible historia,

Y su argentino sollozar remeda
el empeño indolente de mi ansia,
entre una obscura sensación de seda.

II

En Great Falls rememoran los boscajes
la solemne quietud de edad antigua:
el dormido silencio lo atestigua
entre el glauco frescor de los ramajes.

Sordamente los rápidos salvajes
infunden una sensación ambigua
de letal impaciencia que, ya exigua,
se desmadeja en múltiples encajes.

Y, por entre los riscos berroqueños,
lucen blondas mujeres su arrogancia,
tal un radiante florecer de ensueños:

Mi esplín la flor de tu recuerdo exfolia
—y satura la brisa alba fragancia
de clavel, de geranio y de magnolia.

III

Ensueña todo en vago esfume lila:
el afán de una incólume esperanza,
me induce a perseguir en la añoranza
el cambiante color de tu pupila.

Y en tal deliquio mi ansiedad no alcanza
a comprender lo que mi esplín sigila;
señero, un astro en el Azul rutila;
no sé dónde solloza una romanza...

Pienso en tí, y una ráfaga ilusoria
alúmbrame el camino de la gloria:
cincelar un orfebre con anhelo;

—Así mi pensamiento lo idealiza:
el singular encanto de tu risa,
engarzado en un verso de Longfellow!

IV

Par le morne silence vespéral
voltigent doucement les hirondelles;
le mouvement rythmique de leurs ailes
fait dans l'Azur un rêve musical.

Sur un bois féerique de tourelles,
la lune semble un disque de cristal
entre un frisson de nacre et d'étincelles,
et verse dans la brume un pleur idéal.

Luisent énigmatiques les étoiles;
comme des souvenirs, passent des voiles,
et vont vers l'horizon d'un air joyeux

—Ainsi que mes regrets et ma tristesse,
quant vous me souriez, plongent sans cesse
dans l'abime bleuâtre de vos yeux...

XAVIER DE XIMENEZ.

Guatemala.

LA OBRA DE VAZ FERREIRA

No de otra manera ha de ser considerada la realización de Conferencias, que en el salón de actos públicos de nuestra Universidad, tiene a su cargo, el Dr. Carlos Vaz Ferreira.

Puédese decir que, como ésta, ninguna otra mejor justificada institución de cultura, existe entre nosotros.

Lo confirma así una exacta apreciación de la obra, su género, las enseñanzas que la constituyen, su eficacia, desde el punto de vista de las influencias, que son, en la obra del Dr. Vaz Ferreira, provocadoras de interés, « removedoras, excitadoras del espíritu, » valgan los calificativos del mismo maestro, aplicados a otros autores.

Ningún otro conferencista que tenga en tan alto grado la virtud de interesar, por la sola índole de los asuntos que trata.

Se está frente a un caso notable de uniformidad del interés central de las almas por las cuestiones de espíritu y de pensamiento, frente al caso de este maestro y su auditorio.

A todos interesa por igual sus temas elegidos; a todos por igual emociona profundamente su comentario ilustrativo, hecho con palabras de tal naturaleza expresiva, que de tal modo forman un todo orgánico con el pensamiento, que, sinceramente, pensamos, aún no se ha dado entre nosotros, otro conferencista de tan eminente facultad comunicativa.

Cuestiones « vivas », cuestiones que corresponden a una aspiración de saber común a todos, que en unos yacen latentes, en otros, despiertos; son, en efecto, todas y cada una de las lecciones del maestro.

Característica también apreciable del conferencista, es la de ser, nó un creador de doctrina, sinó un filósofo comentarista y crítico.

Con referencia a esta modalidad analítica de Vaz Ferreira, dícese por algunos, que es un intelectual poco o nada afirmativo.

Sin duda.

Pero ello, precisamente, importa todo lo contrario de un defecto, como lo suponen quienes hacen la observación.

Porque, aparte de que no necesitamos de doctrinarios que aumenten el cúmulo enorme de doctrinas existentes, bastaría oponer al reparo, que el progreso intelectual indiscutible de nuestra época moderna, se ha realizado a favor de los espíritus críticos, que en vez de hacer doctrinas y de ocuparse de la sustitución de las infinitas soluciones ya dadas a los problemas ideológicos conocidos, se han concretado a revisar aquellas y éstas, a verificar su valor, a discutirlas, a esclarecerlas, a iluminarlas, procurándonos como resultado de tal labor analítica, fórmulas mas sencillas y exactas de las cuestiones de pensamiento, y lo que es más importante, procurando la accesibilidad a ellas, hasta a las inteligencias de nivel común.

Esto último, sobre todo, debe remarcarse, por ser resultado precioso de difusión de la alta cultura, que por sí solo prestigia en alto grado la obra de los espíritus críticos.

. . . .

No hay espíritu ajeno a las cuestiones trascendentales de religión y sociología.

Todos, en mayor o menor grado, sino piensan, por lo menos sienten dichas cuestiones.

Ahora bien: ¿cuántos son los realmente capacitados, no digo ilustrados, para tener de ellas un exacto concepto?. Muy pocos.

Si la obra que realiza el Dr. Vaz Ferreira, consiste en ilustrar sobre dichas cuestiones, en dar y esclarecer conceptos relativos a ellas, en guíar por los más intrincados dominios de los más difíciles problemas del espíritu e ideológicos, que, sin embargo, nos interesan de una manera altamente inmediata... dicho esto, dicho está lo que importa tal obra, y cuánto interesa su mayor difusión, la mas ámplia proyección de sus enseñanzas en nuestro ambiente social.

Muy satisfechos de haber escrito estas líneas, nos sentiríamos, si ellas, que se resienten de presentación literaria, concurriesen aunque fuese en insignificante proporción, a tal fin del mayor conocimiento y simpatía hacia la obra cultural del Dr. Vaz Ferreira, por la que sentimos una profunda atracción admirativa, debida tanto a sus enseñanzas, como en altísimo grado a la personalidad espiritual singularmente cautivante del maestro.

CONRADO BLANCO.

ORACIÓN INFANTIL

(a Rodó)

Bien amado Maestro que poblaste de encanto
el lenguaje sonoro de tu bella canción,
te saludo de hinojos con el verso de un santo
homenaje que surje desde mi corazón.

Yo quisiera, Maestro, loarte con un canto
que fuera como un rezo de infantil oración,
todo lleno de pena, de dolor y de llanto
por todas las angustias de mi desolación. .

Porque todo en tu ausencia, desde que tú te fuiste,
en la patria está obscuro y en la escuela está triste,
¡ Maestro ! que eras lumbre de amor y de bondad.

Tu memoria en el alma de la raza no muere,
porque todo en España y en América quiere
que seas el Cervantes glorioso de esta edad !

JOSÉ PEDRO BASTITTA.

GLOSAS DEL MES

Olavo Bilac,

Hacen apenas dos meses rendimos en estas mismas páginas de «Pegaso», un alto homenaje intelectual, de simpatía y de admiración, a Olavo Bilac, «príncipe de los poetas brasileños,» gran señor de versos ardientes, «a la fois poète et citoyen,» como aquel otro lejano poeta de Francia.

Sobre la mesa de trabajo, una carta ha quedado escrita, y un ejemplar de «Pegaso», a Bilac dedicado, esperaba el correo trasatlántico, para llevarle la juventud de nuestro saludo, como si desde aquí, a la orilla del mar «saudoso e triste,» le agitáramos, en la cariñosa alegría de un reconocimiento, el clásico pañuelo blanco de los viajeros.

La muerte, ha caido como un telón, entre nosotros,—y Olavo Bilac se ha ido para siempre, con hondo duelo y desconsuelo nuestro.

Las letras americanas,—y las lusitanas también,—se enlutan y se entristecen para mucho tiempo: ha enmudecido otro ruiseñor más: otra lámpara más se ha apagado.

* * *

En la literatura brasileña, Olavo dos Guimaraens Bilac, fué el Rubén Darío de la renovación. Nació el 16 de Diciembre de 1865 «bajo una estrella de sangre,» dijo él en Buenos Aires en 1910. Académico de derecho, primero, y de medicina después, no terminó ninguna de las dos carreras universitarias, dedicado a estudiar la carrera de la vida en él pupitre de la escuela y en la tribuna del periodismo. A los veinte y tres años publicó en San Paulo su tomo de «Poesías,» que reeditó después en Río Janeiro. El culto de la forma, la maestría de la estrofa, la aristocracia del concepto, la manera francesa, le hicieron proclamar el príncipe de los poetas de la juventud,—cuando Alberto de Oliveira hacía parnasianos cuadros antiguos y Raymundo Correa triunfaba con aquellos sonetos de la fascinación y de las palomas.

En el vuelo de los años, Bilac, como Oliveira y como Correa continuó cincelando versos musicales, con el afán—él lo dijo—«de hacer labor tan sutil, que recuerde un vaso de Becerril.» Al mismo mármol

de carrara, prefirió el ónix y el cristal,—y en «el verso de oro engarzó la rima como un rubí.» Fué el maestro aristocrático, galante, rubendariano, del verso y de la prosa: el lírico maestro que palpitó en el espíritu del aire, haciendo sentir la garra de su quimera a toda la juventud recién llegada.

En compañía de Coelho Netto y de Machado de Assis, Bilac inició en el Brasil, una manera periodística de la que fué maestro también: la nota ligera, el comentario espiritual, breve y leve, original y elegante, derrochado sin tasa en las columnas preferidas de «A Notizia» y «O Jornal do Comercio». Con Oscar López fundó en Río la «Sociedad Brasileña de Hombres de Letras,»—que alcanzó las proporciones de un ilustre senado del talento. En «O Jornal do Comercio» Bilac instituyó «la hora literaria,» todos los sábados, de cuatro a cinco de la tarde.

Humilde maestro de escuela, luego de ser el primer poeta de su tiempo, subordinó su vida al culto de la patria brasilera, dándose enteramente, como podía haberlo hecho Joaquín Nabuco o Ruy Barboza, a la acción vibrante de su patriótica propaganda en pro del servicio militar voluntario. Y sus discursos y conferencias, su oración a la bandera del Brasil, sus cantos escolares, su palabra escrita y hablada, estado por estado, le valieron una verdadera apotéosis nacional.

Poeta, maestro de escuela, orador, periodista, misionero, cumplió su destino, aunque se haya ido demasiado temprano todavía.

Su muerte desconcierta,—el corazón que le amó entre el tumulto del mundo, se pregunta que será ahora de las estrellas cuando la busquen y no le encuentren:—que será de su hermano el ruiseñor que en la noche de plata vendrá a visitarlo sin hallarlo:—que será de los viejos árboles y de las rosadas rosas que ya no le verán más.

La emoción de su muerte ha volado en el quieto crepúsculo con un vuelo abierto y ancho de grandes alas.

Hagámosle un hondo duelo de esperanzas y labores, que ya se encargará la naturaleza de colocar sobre su tumba aquel nido de pájaros que pedía Gabriel Muñoz para la suya.

TELMO MANACORDA.

Dichosos abuelos....

Londres, 28. — «El presidente Wilson empleará el día de mañana en ir a visitar la casa de sus abuelos, en Carlisle.
Telegrama de los diarios.

Presidente de los Estados Unidos, factor decisivo en la guerra y en la paz, mas poderoso que cualquier rey, Tomás Wilson Woodrow que así es su verdadero nombre en forma castellana: nombre, apellido paterno y apellido materno—tiene un recuerdo para la casa de sus abuelos, siente el nido, siente sus ascendientes y siente su tradición, su sangre y su humildad originaria.

No sin motivo se le ha juzgado, unánimemente un hombre superior, a este hombre que abre un paréntesis en su itinerario triunfal y deja de ser un día «huesped real» de la formidable Inglaterra, para consagrar ese día al culto de los abuelos, que no fueron ni ricos ni nobles.

Que lección y que verguenza, digo, para los que—y aquí hay tantos !—esconden el abuelo emigrante, el gallego o el gringo que vienen tan cerca—ahí no mas—o al criollo viejo tronco ordinario de la cepa

Restar un día a los mayores honores que se pueden dispensar a un mortal para ir a un rincón de Carlisle, donde vive el recuerdo de los abuelos, la cama donde nació el padre, el árbol que les dió sombra y la chimenea que juntó, en invierno, a toda la buena gente que se fué.

Que enseñanza y que vergüenza para los que vendieron apresuradamente el solar o la chacra «del viejo»—porque no daba buena renta, y buscaron, festinantes, el que viniera a arar en el jardín de la madre, y buscaron—pronto, pronto !—quién viniera a talar, para leña, el paraíso que plantó el abuelo y a cortar la parra, un poco abrasada, que el padre podó y cuyos racimos violetas de una vala, solazaban a la vieja de pañuelo en la cabeza...

***

Consuélame pensar que siempre reivindiqué y llamé a mérito para mi, mi abuelo asturiano, marinero del Cantábrico agrio, mi padre que trabajó toda su vida, mi abuelo criollo que fué humilde soldado y se tostó en faenas de campos antes de ser jefe, mi abuela criolla que amasaba blanquísimo pan y hacía quesos con la leche que ordeñaba de sus vacas.

Lástima, mi corazón —me dijo, pensando en Wilson— que yo no pueda, en mi insignificancia anónima, ahora que proyecto ir a mi pueblo, ir a consagrar un día a la estancia de mis abuelos ni a la

casa de mis padres donde me hice hombre. Arrasadas, deformadas, profanadas y deshechas, por gente extraña, y por lo tanto impía, me consuela, al menos, que se entregaron llorando, cuando fué necesario sacrificarlas «al bajo precio de la necesidad».—J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA.

Los ciegos.

Se ha criticado que en el «Instituto de Ciegos,» se hiciera una fiesta deslumbrante de luz el día de Navidad. Cierto es que dicha fiesta tenía como fin primordial el de arbitrar recursos para esa benemérita institución y que, a mas de las luces, féericamente encendidas, había infinidad de esparcimientos en los cuales los ciegos podían también participar.

Pero,—se dice,—hay una especie de perversidad en poblar de lamparillas eléctricas y multicolores farolitos venecianos, un lugar en donde recluidos están precisamente los únicos seres que no pueden admirar los encantos del color y de la luz. Eso solo servirá para avivar mas el dolor de su irremediable desventura.

Ahora bien: ¿es esto cierto?. Nosotros creemos con sinceridad que no. Quienes piensan así son hombres a quienes, sin duda, el espectáculo fantástico deslumbró y se colocaron *literariamente* en la situación de los que, estando allí, no pudieran admirarlo a su vez.

Pero si hubieran sido en realidad asilados del Instituto: ¿hubieran pensado del mismo modo?

He ahí el problema colocado en sus verdaderos términos. El sentimentalismo nos lleva amenudo mas allá de la verdad y si se hiciera una encuesta entre los pupilos de esa institución, estamos seguros que todos ellos desearían que la fiesta se repitiera, porque es muy posible que entre aquel deslumbramiento de luz que la mayor parte de los asilados percibirían vagamente, pues la ceguera absoluta es bien rara; entre aquella algarabia infantil, entre todo aquello que ponía una nota de novedad en la triste rutina de sus días, hubieran hallado precisamente un poco de luz para su noche; es decir lo contrario de lo que se imajina.

De donde resultaría que pretendiendo ahorrarles un dolor, se les privaría, en realidad de un placer.

No tan airadamente se habla también de sedas y brocatos, de flirt, de mundanas opulencias que se consideran reñidas con la severidad dolorosa de la morada: ¿pero no se sabe todavía, que sin luces, sin diversiones, sin aparato, sin escenario en donde puede desarrollarse un acto de la frívola comedia humana, fracasa toda caridad, así sea la que tiende a aliviar el mas temido de los infortunios?... — JOSÉ MARÍA DELGADO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

« **Griselda, leyenda dramática**, — POR MOISES KANTOR. — La Plata 1918.

Estamos seguros de que el público que suele concurrir a los teatros donde se representan obras nacionales, no soportaría esta pieza bella y sugerente, que encierra un magnífico símbolo. Kantor hizo ya otro trabajo escénico, « Noche de Resurrección » editada por « Nosotros ». En esta leyenda aparecen figuras tan opuestas como las que denomina el autor El Monstruo, el Franciscano, La Bruja y Griselda, criatura virginal que transforma, con su amor de mujer, al propio genio maléfico. Revela esta breve producción a un artista y a un infatigable lector. Seduce la galanura de aquel y se impone, en el fluido y esmerado diálogo, el hombre que abrevó en escritos como « Cántico del Sole » e « Il Foco » de San Francisco de Asis. Hay en « Griselda » inconfundibles momentos, que la imbecilidad de nuestros cómicos acaso degenerara. Por eso nos parece bien que Kantor se haya conformado con imprimir la obra. — V. A. S.

« **Flor de Durazno** ».Novela por HUGO WAST — P. OLLENDORFF editor. — París — 1918.

He aquí un libro francamente malo, por mejor voluntad que se tenga al juzgarlo. Sin embargo lleva ya varias ediciones. Martínez Zuviría lo ha concebido mal y hubo de realizarlo peor. Fábula vulgar, pésimamente conducida; desaliñado estilo; diálogos triviales; sentimentalismo cursi; tipos borrosos, cuándo no calcados de malas novelas que solían publicarse hace medio siglo. No parece hermano de « Valle Negro », que peca de afectado en su lenguaje, bello libro en ocasiones, ni de « La casa de los cuervos, » de mediocre prosa, pero con intensa dramaticidad. « Flor de durazno » merece bien las censuras que ha recibido el autor a raíz de la publicación de « Valle Negro » Son injustos los críticos con esta producción, que tiene valores artísticos innegables. Pero el autor de « Flor de durazno, » libro para horteras y modistillas, merece que se le vapulee, a fin de que no reedite luego esas sensiblerías que nos han hecho indignarnos hace poco, y que se llaman « Bombarda » y « La huelga », de un reaccionarismo estúpido, como casi todo lo interesadamente burgués. —V. A. S.

«**Los Inválidos**. — Cuentos de R. Francisco Mazzoni — Cooperativa «Nosotros» — Buenos Aires — 1918.

No nos convence del todo este libro, que evidencia, sin embargo, la pluma de un escritor honesto. Empleamos este adjetivo cómo antítesis de falso, de exhibicionista, de pedante. Mazzoni ha compuesto sus cuentos con cariño, en horas robadas a la tarea cotidiana. No es un profesional; bien se advierte. Por eso pudo dejar de disciplinarse, ganando en intensidad lo que se sacrifica en extensión, cosa que le sucede a muchos de los que escriben en revistas y periódicos callejeros. El atildamiento de los párrafos quita frescura y pone frialdad en el lenguaje. Quire ser realista Mazzoni y no lo consigue. Intenta sonreir y el mohin es rígido. Y, por encima de todo, falta en «Los Inválidos» dominio de la técnica. El cuento es género sobradamente difícil, pero si se lo propone este jóven profesor del Liceo de Maldonado, será él uno de los pocos que lleguen a dominarlo en nuestro ambiente. «Los Inválidos» supone ya un gallardo anticipo. Esperamos otra obra que afirme la personalidad insinuada. -V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albuquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Eichevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Eilauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1533.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magariños Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Saviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jiménez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1319.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1862.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881,

«**Los Inválidos**. — Cuentos de R. Francisco Mazzoni — Cooperativa «Nosotros» — Buenos Aires — 1918.

No nos convence del todo este libro, que evidencia, sin embargo, la pluma de un escritor honesto. Empleamos este adjetivo cómo antítesis de falso, de exhibicionista, de pedante. Mazzoni ha compuesto sus cuentos con cariño, en horas robadas a la tarea cotidiana. No es un profesional; bien se advierte. Por eso pudo dejar de disciplinarse, ganando en intensidad lo que se sacrifica en extensión, cosa que le sucede a muchos de los que escriben en revistas y periódicos callejeros. El atildamiento de los párrafos quita frescura y pone frialdad en el lenguaje. Quire ser realista Mazzoni y no lo consigue. Intenta sonreir y el mohin es rígido. Y, por encima de todo, falta en «Los Inválidos» dominio de la técniça. El cuento es género sobradamente difícil, pero si se lo propone este jóven profesor del Liceo de Maldonado, será él uno de los pocos que lleguen a dominarlo en nuestro ambiente. «Los Inválidos» supone ya un gallardo anticipo. Esperamos otra obra que afirme la personalidad insinuada. -V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scoscría José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1167.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881,

AÑO II FEBRERO 1919 Núm 8

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

GLOSAS DEL MES – NOTAS BIBLIOGRAFICAS

MONTEVIDEO
PEÑA HNOS. — Imp.

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA »—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS »—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE »—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA »—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA »—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO »—Apartado de correo, 397. Habana.

« SELVA LIRICA »—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA »—Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA »—Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA »—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS »—Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD »—Colombia, 1294. Montevideo.

« FUTURA »—Director Valentín Castilla, Salto.

« ROCHENSE »—Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO »—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Febrero, 1919.

Núm VIII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

CARTA INÉDITA

Damos a continuación una carta del Dr. Angel Floro Costa, escrita en carácter confidencial el año 1904, es decir en plena guerra civil, a nuestro distinguido colaborador Alberto Nin Frías.

Desaparecidos a juicio de este último, los motivos que la hicieron conservar inédita, la ha entregado a «Pegaso» para que éste, honrando sus páginas, hiciera conocer una colaboración más de aquel brioso Caballero de las Letras que, en su tiempo, fué uno de los más sólidos cerebros y de los más temibles polemistas del Río de la Plata.

Montevideo, 26 Agosto de 1904.

Mi apreciable amigo:

Acabo de terminar la interesante lectura de su libro «Nuevos Ensayos de Crítica»—en el que Vd. consagra un largo capítulo a mi obra la «Cuestión económica de las Repúblicas del Plata».

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA »—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS »—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE »—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA »—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA »—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO »—Apartado de correo, 397. Habana.

« SELVA LIRICA »—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA »—Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA »—Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA »—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS »—Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD »—Colombia, 1294. Montevideo.

« FUTURA »—Director Valentín Castilla, Salto.

« ROCHENSE »—Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO »—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Febrero, 1919.

Núm VIII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

CARTA INÉDITA

Damos a continuación una carta del Dr. Angel Floro Costa, escrita en carácter confidencial el año 1904, es decir en plena guerra civil, a nuestro distinguido colaborador Alberto Nin Frías.

Desaparecidos a juicio de este último, los motivos que la hicieron conservar inédita, la ha entregado a « Pegaso » para que éste, honrando sus páginas, hiciera conocer una colaboración más de aquel brioso Caballero de las Letras que, en su tiempo, fué uno de los más sólidos cerebros y de los más temibles polemistas del Río de la Plata.

Montevideo, 26 Agosto de 1904.

Mi apreciable amigo:

Acabo de terminar la interesante lectura de su libro « Nuevos Ensayos de Crítica »—en el que Vd. consagra un largo capítulo a mi obra la « Cuestión económica de las Repúblicas del Plata ».

A la vez que me ha causado admiración la profusa erudición de que hace gala en esas páginas—tengo que felicitarle por la nitidez y sobriedad de su estilo de molde inglés—que deleita sin fatigas al lector.

Le agradezco el elevado concepto que le merece mi obra a la vez y los juicios encomiásticos que Vd. prodiga a su fondo y a su estilo. Es Vd. el primer joven que parece haber hecho de ella una lectura detenida—y haberle encontrado médula de observación y saber científico.

El defecto de *personalismo* que Vd. encuentra en ella, y que *dice ser peculiar a todas las obras del autor*—no es tal personalismo sino justificación de algunas de mis predicciones—legítima extorsión a los muchos ataques e intemperancias con que se ha recibido en nuestro país, por algunos hombres y escuelas, mi propaganda científica.

Era necesario cuando el tiempo que los hechos me han dado la razón—recriminar con el reproche a todos los que proponen la suerte de la patria a las míseras rivalidades lugareñas que dividen y dividirán por muchos años a los intelectuales de nuestro pequeño país.

Las restricciones que pesan sobre la libertad de la prensa y que como legislador debo respetar, me impiden contestar en extenso las censuras que Vd. me hace engarzadas entre sus génerosos encomios.

También dejo para mejor ocasión, demostrarle, por qué declino el consejo que dá con todo el candor de un joven kuáquero—de que *debiera escribir una obra seria—algo que esté por encima de las pasiones políticas, un libro de filosofía histórica de la región platense o de sociología aplicada a la sociedad sud americana* (sic).

Siento que no encuentre Vd. bastante *serias*, mis obras, de clínica sociológica—en las que me concreto a estudiar y solucionar los problemas sociales de mas apremiante actualidad—en vez de perder mi tiempo y mi musa en filosofismos especulativos en medio de los vendabales que

corremos y que mantienen desmantelada nuestra nave— y revueltos y anarquizados todos sus tripulantes.

No tengo, mi jóven amigo, el poder de abstracción de aquel matemático Palamder, que nos pinta Julio Verne, entre magníficas novelas « Tres Rusos y Tres Ingleses « que fueron en comision internacional a medir juntos en Africa un arco del meridiano Austral.

Sólo un sabio de esa flema como Palamder, podía entretenerse a hacer cálculos matemáticos sobre un islote rodeado de cocodrilos, que acechaban el momento de devorar tan sustanciosa presa.

Un consejo semejante al suyo me lo propinaba hace diez años también nuestro común amigo el Dr. Antonio María Rodríguez—deplorando sin duda, con buena intención que mis escritos de índole práctica y polemista me hubieran mas de una vez cerrado el camino de las altas posiciones oficiales.

El aventajado compatriota quizás tuviera razón bajo el punto de vista del egoísmo práctico—que desgraciadamente como los gendarmes de la opereta—llego siempre tarde a los banquetes políticos mas o menos suntuarios que se realizan en nuestro país—pero no la tiene a mi entender bajo el punto de vista patriótico y trascendental— pues estoy cierto que algo han contribuído mis iniciativas y las soluciones científicas que he propuesto,—para resolver nuestros grandes problemas sociológicos,—aún cuando hasta ahora no sea sino uno de tantos *fracasados*,— en esa obra fecunda de la regeneración nacional.

Siempre me quedará el honor de haber sido el primero sino el único de los sociólogos políticos de mi país—que se han atrevido a luchar, con una persistencia de mas de cuarenta años, contra todos los hombres y las escuelas empíricas, metafísicas y doctrinarias—y el pesar de que la juventud me haya una veces desconocido, otros renegado y no pocas lapidado—que de no haber cosechado otra cosa en mi país que decepciones, proscripciones y martirios

—cosas sin duda que conocen los que se dedican a trabajos especulativos y abstractos, y que mas de una vez hacen lo contrario en la práctica, de la moral que predican en sus libros.

Yo al menos, cuando la juventud me lea, me estudie, me sumarie y me juzgue, tengo la seguridad, de que encontrará una armonía perfecta, entre lo que he predicado en mís libros y panfletos—y lo que he practicado en la vida social profesional y política.

Si no soy, ni he sido impecable por lo menos no he estado enrolado jamás con seduceos ni fariseos.

Tampoco he sido de los publicanos felices—ni siquiera de los cuestores arrogantes que inmolan todo al Becerro de oro.

Soy discutible y puedo confiar en el fallo de mis conciudadanos—lo que es algo siempre para los que han vivido en el santo temor de la opinión pública—que otros menosprecian o posponen al santo temor de Dios—o del Diablo.

El haber fracasado en mis proyectos ni es un delito ni un disfavor. A lo sumo es un estrabismo por haber equivocado épocas y hombres—y haber idealizado demasiado.

Las utopías de hoy, bien sabe Vd. mi joven amigo, son las realidades del mañana—y estoy cierto que cuando clareen las épocas—se me hará justicia—aún cuando no se me llame, como *hombre peligroso*, a realizarlos.

He llegado a convencerme mi joven amigo—que es tiempo ya, de que abandone la escena, como los artistas viejos—antes de que ella los proscriba y el público los silbe.

He escollado en todo—pues ni he formado escuela, ni partido, ni siquiera encontrado un Pórtico como Platón, para dar mis lecciones, si es que algo he aprendido en mis viajes, o una alameda como el Stagirita, de cuya filosofía experimental soy entusiasta—como Vd. de lo Taine. Me ha salido mal hasta la *mayentica* socrática, que alguna vez, de puro ocioso, ensayé en algunas Menipeas, que

deben haber llegado a sus oídos—ese es género, que aquí, como tantos otros, no agrada al paladar artiquista de las gentes—un tanto peludas y ariscas—Vd. algún día lo sabrá por experiencia. Cuando entre a vogar en el flujo y reflujo de la vida práctica, en la que no todo son homelías, ni bucólicas, ni himnos, como los que se escriben a su edad.

Dios lo preserve del diente y la lengua de los ofidios—que cuando menos le quitaran el gusto de las especulaciones abstractas—y de corregir a esta humanidad sudamericana con epístolas a lo San Pablo.

Conserve inéditos estos renglones que le envío en carácter confidencial en prueba de la buena amistad que le profeso y reconocido a sus buenos juicios.

Su af.º amigo y compatriota.

ANGEL FLORO COSTA.

LOS VIEJOS RELOJES

¡ Oh centenarios relojes de la ciudad legendaria !,
¡ cuanto ensueño despertais en mi alma visionaria !,
Sois, taciturnos relojes, en la ciudad adormida
ancianos que balbucean toda hora que es perdida. .
Vuestra plañidera voz, llena de senil pereza,
ora parece que gime, ora simula que reza.
Vuestra quejumbrosa lengua es la lengua de los siglos,
que habla de brujas, de trasgos, de fantasmas, de vestigios . .
¡ Oh vigías de las torres de los adustos conventos,
vuestras voces extremecen los caducos monumentos !
Sois cual insomnes poetas que al viejo Cronos velais
y a las horas que se pierden en la eternidad cantais.
Contemplais eternamente el cadáver de las horas
y por él doblan dolientes vuestras campanas sonoras.
Sois eternales cantores de los triunfos de la Muerte,
que a la Humanidad anuncian los instantes de su suerte.
Mas vuestras cansadas voces vuestro fin cercano dicen
y el final de vuestros días con su cansancio predicen.
¡ Durante cuantas centurias a cuantas generaciones
habeis contado las horas de sus muertas ilusiones !
El barrio de Santa Cruz escucha vuestro sonido,
en el recuerdo inefable de otras edades sumido.
Al oír vuestros acentos la Plaza de Doña Elvira
llora por Lope de Rueda y pr la Cueva suspira,
y remembra su Corral, al fulgor de las estrellas,
frecuentado por hidalgos y linajudas doncellas.
En el venerable hospicio del gran Justino de Neve
repercuten vuestros ecos con un misticismo leve.
En las musgosas murallas de la Huerta del Retiro
vuestras vibraciones riman del agua con el suspiro.

De Santa Cruz en la plaza vuestro sonido conjura
al espectro de Murillo en su ignota sepultura.
Y hacia la Plaza de Alfaro un embozado camina
y al pasar ante un retablo descubriéndose se inclina.
Detiénese ante una puerta que permanece cerrada
y asiéndose al aldabón da una sonora aldabada
que repercute en las sombras de solitaria calleja
y cual eco de un baladro extinguiéndose se aleja.
«¡ Quién va !» pregunta allá dentro una voz desconocida
y el embozado se esfuma, como el sueño de una vida.
En el vetusto convento que fundó Santa Teresa,
a la sombra de la Santa vuestro rumor embelesa.
En el callejón techado, ante el retablo sombrío,
hablan los viejos relojes de muertos en desafío.
Y al sonar de los relojes las dolientes campanadas
escucha mi fantasía el chocar de las espadas,
y oye los tristes lamentos de algún alma plañidera
y ve a una fermosa dama descender de una litera,
inclinarse sobre el cuerpo de un infanzón moribundo
e imprimir sobre su frente un beso de amor fecundo,
mientras allá por la puerta que llaman de la Cadena
dos embozados se alejan, lo mismo que almas en pena,
y en el Patio de Banderas, bajo la enramada verde,
la ronda de los corchetes en la penumbra se pierde.
Reloj de la Catedral, viejo caduco y austero,
que aún pregonas la pericia del fraile José Cordero;
viejo reloj de San Marcos, que al más viejo das enojos,
y a cuyo constructor dicen que le sacaron los ojos;
viejo reloj centenario de la silente Cartuja,
que a mi fantasía hablas del vestiglo y de la bruja;
alma de la tradición de las márgenes del río
que hasta el Atlántico lleva de su enigma el murmurío;
viejo reloj de San Lázaro, destemplado y misterioso,
que suenas a tristes dobles en el alma del leproso;
reloj de la Caridad, que el Cristianismo fundara,
y hablas de Valdés Leal y Don Miguel de Mañara;

relojes de la Sevilla de las tradiciones viejas,
que sonais a villancicos, a romances y a consejas;
sois los mismos que anunciasteis con vuestro ritmo ilusorio
los instantes de las citas al legendario Tenorio;
y tal vez al escucharos el romántico Zorrilla
concibió resucitar al Burlador de Sevilla;
y quizás en la Merced, del jardín cabe la yedra,
os escuchara el cantor del Convidado de Piedra.
Soñadores que en la noche los relojes escuchasteis,
¿ no es verdad que en otros tiempos al percibirlos pensásteis ?
Relojes, vuestras campanas son las voces de Sevilla,
las que pregonan al tiempo su agostada maravilla.

FERNANDO DE LOS RIOS.

Sevilla.

LA JUSTICIA INTERNACIONAL

Estamos en un recodo de la historia.

La guerra europea había asumido caracteres mundiales porque los conflictos en pugna interesaban a toda la humanidad. Se peleaba, en el fondo, por el triunfo o la derrota de un ideal: el de justicia.

Con el establecimiento de la Conferencia de la Paz se abre un período de intensa expectativa para la humanidad. ¿Triunfará *ahora* ese ideal de justicia, en nombre del cual han entrado los Estados Unidos tan paladinamente a terciar en la contienda?

Hay signos de augurios felices que nos llegan en estos días expectantes.

La apertura de la Conferencia de la Paz es uno de ellos. Su inauguración fué sobria y promisora. Una ráfaga de simpatía cordial agitó a los representantes congregados de tantas naciones diferentes. El corresponsal especial del «New York World» telegrafiaba lo siguiente: «Por primera vez en la historia se reune una Conferencia de la Paz a la cual no asisten ningún rey o príncipe. Esta ausencia señala el hecho de que, por primera vez en la historia, la paz será ajustada sin tenerse en cuenta los factores dinásticos que constituyeron en el pasado las semillas fecundas de la guerra.

La sesión duró una hora y veinte y cinco minutos y se señaló por su solemnidad, su espíritu de responsabilidad y de propósito.»

Anteriormente Wilson, Lloyd George, Orlando habían exteriorizado excelentes impresiones. Clemenceau había dicho: claro está que tenemos opiniones diferentes,

sino no estaríamos aquí para deliberar. Pero todos—y los pueblos respectivos detrás de cada uno de ellos—estaban dispuestos a escuchar la opinión de los otros, a discutir serenamente y a tratar de buscar la mejor solución posible para cada caso. La tendencia que se bosquejaba antes de la Conferencia, que preside luego su inauguración y que se precisa cada día más es la de armonizar los intereses de todos—muy respetables y muy humanos—dentro de un marco superior de idealidad y de justicia.

Algunos telegramas llegados en estos días son particularmente sugestivos. Dice uno de ellos: «Inglaterra está dispuesta a dejar librada a la decisión de la Liga de las Naciones las cuestiones relacionadas con el porvenir de Mesopotamia, Palestina y las Colonias Alemanas. Esta decisión de una gran potencia que no aprovecha el accidente de su posición militar de valor es de enorme importancia; demuestra la rectitud de intenciones con que se procede y contribuye a rodear a la Conferencia de la Paz de una atmósfera de tolerancia y de benevolencia sumamente útiles para los resultados de equidad y de justicia.»

La decisión de la Conferencia de dirigir una advertencia solemne a los estados europeos «acerca de que la posisión ganada por los medios de fuerza, perjudica seriamente las reclamaciones de los que tales medios emplean « realza más, si cabe, su autoridad moral.

También la realza, y enormemente a mi juicio, la invitación hecha a los diferentes gobiernos o grupos organizados de Rusia para que envíen representantes «a conferenciar con otros de las potencias asociadas *de la manera más libre y más franca*, con el fin de fijar los deseos de todas las partes del pueblo ruso y llegar, si es posible, a algún acuerdo o arreglo por medio de los cuales *Rusia pueda llegar a trabajar por sus propios designios*, al mismo tiempo que se instituyan relaciones felices de cooperación

entre esos pueblos y los otros pueblos del mundo. « No es esto el reconocimiento de ningún gobierno de aquel país; pero es, en cambio, y en esto está la grandeza moral de la invitación, el deseo vivísimo de que *Rusia pueda llegar a trabajar por sus propios designios*, para lo cual las potencias asociadas invitan a todos a conferenciar de *la manera más libre y más franca.* No se inmiscuyen así estas potencias de viva fuerza y por las armas en los asuntos internos de otra nación, sino que tratan de ayudarla por una cooperación estudiosa de sus necesidades y deseos. No más medidas de fuerza sinó de estudio y de tolerancia, para tratar de llegar a soluciones más equitativas: he ahí lo que significa esta actitud de la Conferencia para con el pueblo ruso.

El 25 de Enero tuvo lugar la segunda sesión plenaria de la Conferencia, en la que se resolvió la creación de la Sociedad de las Naciones y en la que se manifestó el mismo espíritu de cordialidad y de amor a la justicia y el mismo propósito de seriedad y de trabajo.

Wilson dijo entonces lo siguiente: « Estamos reunidos bajo condiciones singulares de la opinión mundial. Puedo decir sin exagerar que no somos representantes de los gobiernos sino representantes de los pueblos. No bastará con satisfacer en todas partes a los círculos gubernamentales; es necesario que satisfagamos la opinión de la humanidad.

Es una solemne obligación de nuestra parte combinar arreglos permanentes para que pueda hacerse la justicia y mantenerse la paz. Ese es el fin primordial de nuestra reunión. Los arreglos pueden ser temporales; pero la acción de las naciones en interés de la paz y la justicia debe ser permanente. «

He aquí una honda preocupación acerca de los destinos posteriores del mundo. Lauzanne se expresa así en « Le Matín »: « He oido hablar a Wilson en numerosas ocasiones; pero nunca oí su voz tan bella, tan clara, tan

rica. Era el sueño de su vida y el sueño de la humanidad lo que anunciaba esa voz.»

Agreguemos aún la participación de las pequeñas naciones en las deliberaciones de la Conferencia y la satisfacción de los reclamos de sus representantes, dentro de un amplio espíritu de conciliación y de ecuanimidad.

Estos son los signos de augurios felices que nos llegan en estos días expectantes.

Es evidente que la humanidad ha luchado durante siglos por pequeñas cosas. Bueno es entonces empezar a elevar los puntos de mira. Buscar la conveniencia de todos y no la de algunos; exaltar el sentimiento de patria dentro de la humanidad y no contra ella; hacer predominar el derecho sobre la fuerza—que los pueblos pequeños tengan tanto derecho como los grandes para vivir y que cesen todos los imperialismos; hallar las soluciones justas basadas sobre el bien de todos y no sobre el mal de algunos: he ahí el ideal. Estos ideales han sido proclamados por boca de Wilson: este es su mérito y comprendidos y deseados por toda la humanidad: esta es la importancia del momento histórico actual. Por esto hemos dicho que estamos en un recodo de la historia.

Estoy seguro que no saldrá de la Conferencia la solución equitativa de todas las cuestiones que está llamada a resolver; pero estoy seguro también que nunca, en la historia, se ha reunido un Congreso animado de mejores intenciones y de idealidades más superiores de justicia. Por eso confío en que su obra, dentro de las imperfecciones humanas, será de enorme trascendencia para el bien del mundo.

Las ideas tardan mucho tiempo para hacerse carne en el concepto general de la humanidad. Se necesitaron 18 siglos de incubación para que fueran concebidos los grandes principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y hace más de 100 años que—proclamados por la Revolución Francesa—se van abriendo paso poco a poco—como idea

—en la mente, en la conciencia y en la legislación universal. Se necesitarán muchos más para que dejen de ser meros conceptos, como son aún, y lleguen a ser realidades—de verdad—en la vida diaria.

Ocurre lo propio ahora con la idea de Justicia y de Derecho. Entramos al dominio ideal en este recodo de la historia. Se empieza por hablar de estas entidades abstractas. Por sentirlas y hacerlas sentir. Luego se las hace mal. Después cada vez mejor. La conciencia pública se perfecciona poco a poco, y al perfeccionarse se va volviendo cada vez más exigente. Por algo se empieza. Figuraos: un tribunal de justicia entre los pueblos. Esto es una utopía. Esto no se ha visto nunca. Sin embargo, tanto se habla en todo el mundo que se concluye por aceptar la idea. Pero Wilson no es un iluminado, como se ha dicho al principio irónicamente. Wilson es uno de esos hombres-guías que aparecen de cuando en cuando en el camino de la humanidad, y él quiere realizar la idea de la justicia internacional. Esta es una idea nueva en las relaciones de los pueblos. Existía una justicia, dentro de cada Estado, para dirimir las relaciones de los hombres. El robo, el asesinato y otras gruesas acciones por el estilo eran castigados, si se los probaba legalmente. Había una sanción legal para estas cosas. No era mucho que digamos, pero era algo. Estamos lejos de la justicia ideal, pero es una justicia. Y bien, esto mismo es lo que se quiere hacer ahora entre los pueblos. Habrá un tribunal internacional de justicia que la distribuirá, como los jueces mismos entre los hombres, de una manera bastante estrecha, teniendo en cuenta normas legales más que morales, haciendo a veces algunas injusticias y apoyándose en la fuerza para hacer valer sus decisiones. Todo esto es imperfecto; pero es una realización. Hasta ahora no había justicia internacional. La habrá de aquí en adelante.

rica. Era el sueño de su vida y el sueño de la humanidad lo que anunciaba esa voz.»

Agreguemos aún la participación de las pequeñas naciones en las deliberaciones de la Conferencia y la satisfacción de los reclamos de sus representantes, dentro de un amplio espíritu de conciliación y de ecuanimidad.

Estos son los signos de augurios felices que nos llegan en estos días expectantes.

Es evidente que la humanidad ha luchado durante siglos por pequeñas cosas. Bueno es entonces empezar a elevar los puntos de mira. Buscar la conveniencia de todos y no la de algunos; exaltar el sentimiento de patria dentro de la humanidad y no contra ella; hacer predominar el derecho sobre la fuerza—que los pueblos pequeños tengan tanto derecho como los grandes para vivir y que cesen todos los imperialismos; hallar las soluciones justas basadas sobre el bien de todos y no sobre el mal de algunos: he ahí el ideal. Estos ideales han sido proclamados por boca de Wilson: este es su mérito y comprendidos y deseados por toda la humanidad: esta es la importancia del momento histórico actual. Por esto hemos dicho que estamos en un recodo de la historia.

Estoy seguro que no saldrá de la Conferencia la solución equitativa de todas las cuestiones que está llamada a resolver; pero estoy seguro también que nunca, en la historia, se ha reunido un Congreso animado de mejores intenciones y de idealidades más superiores de justicia. Por eso confío en que su obra, dentro de las imperfecciones humanas, será de enorme trascendencia para el bien del mundo.

Las ideas tardan mucho tiempo para hacerse carne en el concepto general de la humanidad. Se necesitaron 18 siglos de incubación para que fueran concebidos los grandes principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y hace más de 100 años que—proclamados por la Revolución Francesa—se van abriendo paso poco a poco—como idea

—en la mente, en la conciencia y en la legislación universal. Se necesitarán muchos más para que dejen de ser meros conceptos, como son aún, y lleguen a ser realidades—de verdad—en la vida diaria.

Ocurre lo propio ahora con la idea de Justicia y de Derecho. Entramos al dominio ideal en este recodo de la historia. Se empieza por hablar de estas entidades abstractas. Por sentirlas y hacerlas sentir. Luego se las hace mal. Después cada vez mejor. La conciencia pública se perfecciona poco a poco, y al perfeccionarse se va volviendo cada vez más exigente. Por algo se empieza. Figuraos: un tribunal de justicia entre los pueblos. Esto es una utopía. Esto no se ha visto nunca. Sin embargo, tanto se habla en todo el mundo que se concluye por aceptar la idea. Pero Wilson no es un iluminado, como se ha dicho al principio irónicamente. Wilson es uno de esos hombres-guías que aparecen de cuando en cuando en el camino de la humanidad, y él quiere realizar la idea de la justicia internacional. Esta es una idea nueva en las relaciones de los pueblos. Existía una justicia, dentro de cada Estado, para dirimir las relaciones de los hombres. El robo, el asesinato y otras gruesas acciones por el estilo eran castigados, si se los probaba legalmente. Había una sanción legal para estas cosas. No era mucho que digamos, pero era algo. Estamos lejos de la justicia ideal, pero es una justicia. Y bien, esto mismo es lo que se quiere hacer ahora entre los pueblos. Habrá un tribunal internacional de justicia que la distribuirá, como los jueces mismos entre los hombres, de una manera bastante estrecha, teniendo en cuenta normas legales más que morales, haciendo a veces algunas injusticias y apoyándose en la fuerza para hacer valer sus decisiones. Todo esto es imperfecto; pero es una realización. Hasta ahora no había justicia internacional. La habrá de aquí en adelante.

Esta es la adquisición fundamental que ha hecho la humanidad en este momento histórico. La idea de justicia se ha ensanchado: ha pasado de la conciencia individual a la conciencia universal. Más adelante se ensanchará aún más: dejará de ser una justicia legal para hacerse una verdadera justicia de órden moral. El día en que los hombres y los pueblos comprendan que el interés y el mejoramiento individuales están ligados al interés y al mejoramiento generales y que el de cada uno no está reñido con el del vecino, ese será el día del establecimiento definitivo de la justicia entre los hombres.

Entretanto, bienvenidos sean La Liga de las Naciones y el Tribunal Internacional de Justicia.

La Liga de las Naciones tratará de prevenir conflictos, de estudiar los problemas mundiales y de solucionarlos lo más equitativamente posible. Pero, para poder hacer esto, tiene que estar armada de medios y de autoridad. La autoridad se la dará su propia constitución. Los medios serán el Tribunal de Justicia y la Fuerza Armada internacionales.

Para prevenir conflictos no basta con el estudio más o menos imparcial de los problemas mundiales. Se necesitan, además, la buena fé y buena voluntad de todas las partes y el acatamiento a las disposiciones de la Liga.

No olvidemos que la buena fé y la buena voluntad son dos *raras avis* todavía. Que los hombres y los pueblos no han llegado, ni mucho menos, a la madurez de la idea de justicia. Que por mucho tiempo ha de haber culpables y que estos deben ser buscados, convictos y confesos. Que el castigo debe seguir a la comprobación de la culpabilidad. No por razones divinas sino simplemente humanas. Para moralizar. Para enseñanza. Para ejemplo.

El Tribunal Internacional de Justicia llenará entre los pueblos esta misión, la misma que realizan los tribunales ordinarios de justicia entre los hombres. Y debe empezar por realizarla ahora mismo. Como hay desal-

mados entre los hombres, así los hay también entre los pueblos. Alemania ha sido uno de estos pueblos desalmados. Su actuación durante la guerra ha sido juzgada ya por la conciencia universal. Si todo lo que se ha dicho de esa actuación fuera cierto, Alemania no puede dejar de ser castigada. El Tribunal Internacional de Justicia debe estudiar la actuación de este pueblo durante la guerra. También la de sus dirigentes. Y si resultan comprobadas todas las acusaciones formuladas, deben ser castigados. El castigo debe ser inexorable. Nada de perdón, que ello fuera debilidad y mengua para todos. Castigo, castigo para las culpas, en nombre de la humanidad y la justicia. Como escarmiento para que no haya deseos de reincidir; para prevenir conflictos semejantes de futuro.

En la hora actual, los que han luchado por el ideal de justicia, reunidos en la Conferencia de la Paz, deliberan alrededor de estas grandes cuestiones. A ellos les toca juzgar y castigar a los pueblos culpables. Están también en el perfecto derecho de dudar acerca del cambio de mentalidad y de las intenciones posteriores de estos pueblos. Harán muy bien en tenerlos como sospechosos y en vigilarlos atentamente, hasta prueba en contrario.

La Liga de las Naciones debe estar constituida al principio únicamente por los que han demostrado su ideal de derecho y de justicia. Y ellos son los únicos autorizados para hacer triunfar este ideal definitivamente.

Todos los pueblos honrados lo reconocerán así. La instauración de la justicia internacional debe comenzar por este primer acto de justicia.

ALBERTO BRIGNOLE.

TOILET SUPREMA

Bajo el encanto sombrío
De la tarde de tormenta,
Hay trazos de luz violenta
En la amatista del río.
Y siento la tentación,
De hundir mi cuerpo en la oscura,
Agua quieta que fulgura
Bajo el cielo de crespón.

Intensa coquetería
Del contraste con la onda
Que hará mi carne más blonda
Entre su gasa sombría.
Rara y divina toilet,
Que en la penumbra amatista,
Dará una gracia imprevista
A mi cuerpo rosa-té.

Ninguna tela más bella
En su pliegue ha de envolverme.
Nunca tornarás a verme
Con tal blancura de estrella.
Jamás caprichoso azar
Ha dado a ninguna amante,
Un lecho más fulgurante
Bajo el amado mirar.

¡Deja que el río me vista
Con sus largos pliegues lilas,
Y guarda en tus dos pupilas,
Junto al fondo de amatista,
La visión loca y suprema
De mi cuerpo embellecido
Por el oscuro vestido
Y la sombría diadema.

JUANA DE IBARBOUROU.

LAS SACRIFICADAS

(Drama en tres actos)

Horacio Quiroga, que hasta ahora se había revelado como un raro poeta y, sobre todo, como uno de los mas originales y vigorosos cuentistas del continente, ha resuelto abordar también la literatura dramática.

« Las sacrificadas », que pronto podrán aplaudir los públicos de Montevideo y Buenos Aires, es el título de su primer obra de este género.

Los lectores de « Pegaso » no dudamos que sabrán agradecer la primicia que les ofrecemos al adelantarles estas escenas en donde puede decirse queda planteado el drama. Son páginas de un realismo intenso y de sobria contextura en las que el célebre compatriota da una nueva prueba de su brillante talento.

ACTO 1º.

ESCENA VIII

(Padre se detiene en la puerta, mira a todos lados, se confirma en sus sospechas; su hijo aparece inmóvil en primer término).

PADRE — *(con mordiente serenidad).* Ah, eres tú! Ya me había parecido que en todo esto no había sino una chiquilinada más de tu parte. Quieres que entre? Supongo que es lo que deseas.

NÉBEL — *(con sorna).* Si. . quisiera que habláramos un momento.

PADRE — Ya lo veo. . (*avanza; deja lentes, bastón y sombrero*). Para esto me tienes aquí, con el primer pretexto que se te ocurre. . (*avanza más; pausa*). Cuando yo tenía 20 años, y era ya menos mocoso que tú, se me ocurrían estas trampas. . Veo que has progresado.

NÉBEL — (*de costado*) Y si las hacías antes, no sé porqué te indigna que las haga yo ahora. .

PADRE — (*duro*) ¡Porque yo no pretendía casarme con esas *señoritas*, en cuya casa estaba metido todo el día !

NÉBEL — (*conteniéndose*) Bueno, papá ! . . Dejemos esto !

PADRE — No deseo otra cosa ! ¿ querías hablarme, hacerme venir contra mi voluntad a esta casa ?. . Bueno, ya estoy aquí. Hablemos. Que quieres decirme ?

(*larga pausa*)

PADRE — Ah ! . No es tan fácil ! y te parece mucho más cómodo engañar como un perro a tu padre. .

NÉBEL — Yo no te he engañado. . como crees tú ! Es otra cosa.

PADRE — ¡ Como a un perro, te digo, metiéndome en esta emboscada ! No hay consulta, ni doctor Arrizabalaga que valga. Lo único que hay es una estúpida chiquilinada de mi hijo para hacerme aflojar.

NÉBEL — Papá !

PADRE — Bah ! Estás muy sensible hoy. . De ahí adentro te ha de venir esta sensibilidad !

NÉBEL — (*duro*) De cualquier parte. . menos de tí, seguramente !

PADRE — Bien dicho ! De mí no, infeliz, porque por suerte para tí, tengo otra cosa en el corazón, en vez de mocos. (*pausa*). El hombrecito !. . (*pausa*). Oyeme una cosa, nada más que una . . Si se te pone el corazón de gallina y te parezco muy duro, porque no te dejo hacer una imbecilidad, dime ¿ porqué no me dijiste desde el principio, como a un buen padre, lo que andabas tramando ? ¿ Cuántas veces se te ocurrió decirme— ¡ y ya va

largo desde Diciembre! — que te gustaba tal o cual muchacha? . . ¿Tuviste un sólo momento la confianza en tu padre de contarle que visitabas esta o aquella casa — ¡ésto, ésto mismo! — y que almorzabas y dormías todo el día aquí? (*ante un gesto violento de su hijo*). ¡Bueno, dejemos lo de dormir! . y ojalá lo hubieras hecho muchas veces, así no salías con esto, ahora ¡ Bueno, respóndeme! Hiciste algo de esto?

NÉBEL — (*sordo*) No. .

PADRE — Ah, no! y te pones tan fresco; y después, un buen día te me presentas muy campante, y me dices que te quieres casar—lo que se me importa bien poco! pero que te quieres casar *aquí*, en *esta casa*; (*ante un gesto violento de Nébel*) ¡Cállate! . (*pausa*) y no solamente esto, sino que quieres que yo asista a tu matrimonio, (*levantándose, ardiente*) ¡El famoso matrimonio de mi hijo con. .

NÉBEL — (*duro*) ¡Cállate tú! . No te permito una palabra!

PADRE — (*duro*) Qué? . que no me permites? (*pausa; más tranquilo*) Para las insolencias siempre estás pronto. Ahí se te encuentra en seguida, (*pausa*) y *esto*, y tu. . novia, y toda su honorable familia, es todo lo que me ofreces, a tus años.. Cortar tu carrera como un estúpido, y tomar de suegra a una mujerzuela!

NÉBEL — (*temiendo oigan de adentro*) Más despacio!

PADRE — Bueno, más despacio. . Si todos tus gustos fueran así, se te podría contentar fácilmente. . (*pausa larga*) ¡Contento estoy de tí! Muy contento!. . Es una linda satisfacción que le das a mi vejez!

NÉBEL — (*de costado*) Lo que te falta es que me cobres en casa la plata que has gastado por mí!

PADRE — No seas animal! Cállate la boca! Eso se le puede ocurrir a esta gente, pero a mí!... Aquí has aprendido esto! (*pausa*) Echarte en cara! . Me libro muy bien de ello! Además sabes bien que lo que gastas es tuyo, por-

que era de tu madre. No vengas, pues, haciendo pucheros ¡ No ! Lo que te echo en cara, o más bien, lo que me echo yo a mí mismo, es no haber visto a tiempo lo que iba a pasar. Te quería dejar libre . . tenía la esperanza de que eras un hombre . ¡ Lindo hombre ! No está mal para tu edad toda esta podredumbre.

NÉBEL — (*violento*) Si lo dices ! .

PADRE — Te repito que no tengo nada contra ella ! . No me refiero a esa criatura. . Quiero creer que no está contaminada todavía. . (*pausa*) Y dime porque lo de *podredumbre* te ha hecho dar brincos. . Respóndeme tranquilo, sin la trompa torcida: Tú sabes qué clase de relaciones tiene tu futura suegra con Arrizabalaga ?

NÉBEL — Despacio ! .

PADRE — Bueno. . Tú sabes ?

NÉBEL — Si. .

PADRE — Ah ! . Sabes que es o ha sido su querida ? y te quedas tan fresco !

NÉBEL — Y que tengo yo que ver con la madre ?

PADRE — Tú ? Nada. Nada más que te metes en un lodazal, y yo por mi parte no quiero meter la pata, entiendes ? Ni quiero que mi hijo la meta ! ¡ A buscar lirios !

NÉBEL — Cállate !

PADRE — (*pausa*) Mamarracho ! . Si te parece mucho esto, anda, pregunta, infórmate de quien quieras, qué clase de vida lleva tu futura suegra en Buenos Aires ! (*ante un gesto violento de su hijo*) ¡ Quédate quieto ! . (*pausa*) No sé si ella será o no. . Pero eso nada le lleva a tu futura familia, y solo tú lo ignoras ! ¿ Crees que los trapos de esa señora se compran gratis, imbécil ? ¿ quién costea la casa y ese rumbo en Buenos Aires ? No Arrizabalaga ! Te lo puedo jurar, la conozco bien ! Y te parece muy puro y muy limpio todo esto !

(*Nébel se levanta bruscamente y se pasea; su padre lo sigue con los ojos*).

Padre — Ahora te han venido ganas de caminar? . ¡Es cierto lo que te digo?

Nébel — Es cierto.

(*pausa*)

Padré — Ah, lo sabías ya! .

Nébel — Sí, lo sabía.

(*pausa; el padre va a su hijo; le pone la mano en el hombro*).

Padre — Déjala.

Nébel — Nó.

Padre — Yo tengo 60 años, y tú. . ¡Déjala!

Nébel — No!

(*pausa; concluye empujándolo del hombro*)

Padre — Anda al diablo . . mamarracho! Lo único que realmente tienes, que es carácter, lo empleas en esta estupidez. .

(*pausa; Nébel reconciliante a su padre; le hace sentar*).

Nébel — Óyeme, papá. . ahora me toca a mí. Dejemos esto. . Haces mal en presionarme así . . ! Sí, presionarme, aunque no te des cuenta. Bueno, dejemos. . No te enojes de nuevo. . Estoy a una legua de faltarte al respeto, ya sabes cuanto te quiero, papá. . Oyeme, consiente. No, déjame, óyeme! . Si tú estás seguro de que ella no está contaminada, como dices, ¿porqué no quieres acceder a ver el matrimonio de tu hijo? ¿Qué te cuesta?. . Qué pierdes con darme ese gusto?

Padre — Qué pierdo yó? . Nada, te aseguro!

Nébel — Y entonces?. . ¡Vamos, papá! Ponte un momento en el caso de ellos.

Padre — Pero si está todo podrido aquí, me entiendes?

Nébel — Bueno. No lo niego. . te lo concedo todo . todo lo que quieras. Pero no se trata de *ella*, papá! Se trata de tu hijo y de la que va a ser su mujer. Yo y mi mujer seremos una sola familia, nada más. Y nadie más!

De esto puedes estar bien seguro ! Yo también he visto. . Papá ! Consiente !

PADRE — (*levantándose*) No, no y no ¡ Vete al diablo ! Si tú no tienes dignidad, el viejo Nébel la tiene por los dos ! No quiero mancharme los pies, entiendes ? caminando sobre la misma alfombra que esa entretenida !

NÉBEL — Pero por eso mismo ! Por ser un hombre de carácter, no te vas a envilecer con ver el matrimonio de tu hijo, qué diablo ! Oyeme: Si fueras un hombre débil, muy bien que te sintieras ofendido. Bueno, envilecido, enfangado, lo que quieras ! — asistiendo al matrimonio de tu hijo. . Pero a tí, con tu modo de ser, con la personalidad que tienes, ¿ qué te puede hacer esto ? . ¿ En qué te manchas, si estás por encima de eso ? . ¡ No ! Déjame ! ¿ Para qué hacer este distingo entre consentir en mi matrimonio y no querer asistir a él ?

PADRE — Por qué ? Porque te conozco demasiado para no comprender que lo llevarás todo por delante, y a mí el primero de todos, para salirte con la tuya ! Pero esto es una cosa, y otra venir a ponerle trampa de almibar a esa cocota morfinómana ! Eh, déjame en paz !

NÉBEL — Pero si no se trata de poner ninguna trampa de almibar ! Estás dos minutos, y te vas. ¡ Papá !: sé bueno, al fin y al cabo soy tu hijo, qué demonio ! Me conoces lo bastante para saber que soy sincero. . Tú mismo, que te has informado de todo, (*ante un gesto de él*) Bueno ! que lo has sabido. . es lo mismo. . tú mismo no me has dicho una palabra de Lidia. Si yo no estuviera seguro de lo que ella vale, te hubiera dicho también es esto o lo otro. . pero la quiero, y se acabó ! (*conciliante*) y ya ves. No sabes lo que vale ¡ papá ! Es una criatura completa !

PADRE. — (*levantándose de nuevo*) y esa cocota será . . (*gesto de asco*) Puah ! . No, no y no ! Hasta que quieras !

NÉBEL — Papá ! Oyeme por última vez ! .

PADRE — (*violento*) No ! Rómpete el alma contra esta podredumbre ! Cásate con diez mil crías de Arrizabalaga... Pero no me pidas que me manche las patas;— las patas, si ! Esta vez te digo las patas ! — en la misma alfombra que esa entretenida viciosa ! Basta ya ! Dame el sombrero.

(*Nébel se lo da en silencio; Nébel de espaldas, con dificultad*).

NÉBEL — No quieres verla ?... un momento, nada más ? Es lo único que te pido. No te volveré a pedir más nada, te lo juro...

PADRE — No, gracias. Quédate tú.

(*El padra va hacia la puerta, se detiene*).

PADRE — Te quedas ?

NÉBEL — Sí.

(*pausa larga*)

PADRE — No deseo verte hoy...

NÉBEL — Ni me verás mañana tampoco.

(*sale el padre*)

ESCENA IX.

NEBEL Y MADRE

(*Nébel queda un instante inmóvil; se arranca al fin, y toca el timbre. Al sentir pasos, creyendo que es la sirvienta, sin volverse*).

NÉBEL — Josefa, dígale a la niña Lidia...

(*madre, entrando*)

MADRE — Soy yo, Nébel... ya viene Lidia... Siéntese... Me alegro de que haya vuelto ya... ¿ Tampoco me siento ahora ?... Es igual... así concluimos más pronto...

(*pausa*)

MADRE — Y ? . . Habló con su papá ?

(*pausas difíciles, de tormenta*)

NÊBEL — Sí. . habló.

MADRE — Ah, menos mal ! . . y qué le dijo ?

NÊBEL — Qué está enfermo . . le cuesta salir de noche. . .

MADRE — Ah ! .

(*tensión creciente de nervios*)

MADRE — Es decir. . que su señor padre no quiere mancharse, viniendo a esta casa ?

NÊBEL . . .

MADRE — Y eso es todo lo que ha dicho, ensuciándome las alfombras un cuarto de hora ?

NÊBEL — . . . .

MADRE — Y Vd. cree que no lo iba a saber ? Y qué ? Qué ha dicho ? Se puede saber ?

NÊBEL — (*irritado por la carga que se repite*) Nada !

MADRE — Qué ? . Nada ?. . ¡ Es que es una ofensa gratuita que nos hace ese señor ! Qué se ha figurado ? Quién es él para darse ese tono ? Tiene la insolencia de pisar aquí y me sale con esto !

NÊBEL — El no tiene la culpa. . yo le hice venir.

MADRE — ¡ Y a mí qué me importa ! . Suya o de él, él ha estado acá ! No necesito haber escuchado para saber lo que ha dicho, no ! Uf, me parece oirle ! . ¡ Hipócrita, todos ensañándose con una pobre criatura que vale un millón de veces más que todos ellos juntos . . No quiere asistir ! Se mancha su respetable papá, dando este paso ! ¡ Y aquí en mi casa, viene a desahogar sus hipocresías !

NÊBEL — (*cada vez más violento, aunque contenido*) No tiene razón ! Vuelvo a repetírselo ! Él. .

MADRE — El ?. . por qué ? . Quién es él ? . (*con duro sarcasmo*) ¡ El más autorizado para esto !

(*Nébel se vuelve, herido*)

MADRE — Ah, le duele ! Vd. también salta si le tocan ahí ! Y le parece muy bien que me estén destrozando Vd. y todos Vds. porque soy una mujer ! Pero a él, no ! A él no se le puede tocar !

NÊBEL — Porque no dice la verdad !

MADRE — Y él, si ! Papá, papaito ! . Déjeme en paz ...con su papá y todos los jesuitas de este pueblo ! Su papá!... yo también sé lo que pasa ! ¿ Quiere que le diga yo también... quiere ?

(*nuevo gesto de Nébel; ella lo considera con rabia:*)

MADRE — No sea criatura ! . Porque lo era, lo queríamos . . (*pausa*) Papá ! . Bonita fortuna, sí ! Muy linda posición !. . Para los que no se quedaron en la calle por él !

NÊBEL — No sabe lo que está diciendo !

MADRE — Que no sé ? . Que no sé de dónde ha sacado su fortuna: robando a sus clientes y a sus peones ? .

(*Nebel hace ademán de irse*)

MADRE — Oh, esto le duele también ! y esto es la culpa nuestra, de habernos metido con una criatura como Vd.! Su papá ! Pregúntele a su papá, vaya ! Pregúnteselo a cualquiera ! y con esos aires ! Uf, el señor Nébel ! El doctor Nébel! Su familia irreprochable, sin mancha ninguna! Se llena la boca con esto ! Si, su familia, la suya ! . Eso le digo ! Me viene !... Vaya, dígale a su papá que le diga, corra ! que le diga cuantos cercos tenía que saltar, todas las noches, para ir a dormir con su mujer, antes de casarse !

(*Nébel se retira*)

MADRE — Oh, Vd no lo sabía ! Pero lo sé yo, lo sabe todo el mundo ! Y me vienen con esos aires ! . Si, váyase, haga lo que quiera ! Estoy hasta aquí de todos Vds. !

(*conjuntamente con la retirada de Nébel, la madre va adentro y continúa hablando. Al ver que se refiere a Lidia, Nébel, ya en la puerta, se detiene*)

MADRE — Hipócritas, todos! . Oh, tú también! Ahí está tu Nébel, anda a verlo, porque es la última vez!

(*aparece corriendo Lidia; él la estrecha*)

ESCENA X

Nébel y Lidia — (*la madre continúa hablando adentro*)

NÉBEL — (*contra la puerta*) Mi amor! mi vida querida!

LIDIA — (*sollozando*) ¡ Octavio, la que nos espera!

NÉBEL — No mi alma, no te pierdo! Eres y serás siempre mi mujercita adorada!

MADRE — Encontró Josefa? Bien; mañana nos vamos . . ¡ No le importa nada! muévase!

LIDIA — Octavio! Estamos perdidos! .

NÉBEL — No, mi alma querida! No lo conseguirán, te lo juro!

LIDIA — Dios mío! .

MADRE — Sí, y los baules también. . y dígale a la niña Lidia que venga, en seguida!

(*desesperados abrazos de los muchachos*)

NÉBEL — Adios, mi alma adorada! Quiéreme mucho, nada más! Querámonos mucho, Lidia mía, y venceremos!

LIDIA — Si, si! .

NÉBEL — Me querrás siempre, siempre?

LIDIA — Siempre, siempre!

NÉBEL — Adios. .

(*se arranca Nébel y sale. Lidia queda recostada contra el marco. Adentro, más lejos, la voz de la madre*):

MADRE — Traiga todo, le he dicho! Lo que es Concordia, se acabó para siempre!

(*Lidia rompe en sollozos contra el marco*).

TELON.

HORACIO QUIROGA

EL PUENTE

Llego, tímida, hasta el puente,
i sin pasarlo, medrosa,
junto al agua rumorosa
me detengo de repente.

Salta el agua trasparente
i hasta mi espíritu roza,
i yo soi como una cosa
que naufraga en la corriente.

Voluptuosidad, tristeza,
anhelo infinito i mudo
de vivir soñando i ser

luz, entusiasmo, belleza...
i al fin, solamente un nudo
que se siente deshacer!

AIDA MORENO LAGOS.

Talca—Chile.

EL CORAZÓN DE MARÍA

Nuestro compañero Vicente A. Salaverri, cuyo « Florilegio de prosistas uruguayos » está comentando la prensa de España y América, publica en estos días una novela (que se desarrolla en la campaña uruguaya), llamada a sorprender a los lectores por su asunto y el original modo de presentarlo. Publicamos unos breves fragmentos de este libro, que imprime la « Cooperativa Buenos Aires. »

. . . .

No obstante esperar este desenlace, estaba tan turbado el mozo, que a nada se resolvía.

La muerte de don Mariano debió ser fulminante. Apenas un estremecimiento. Los ojos que se dilatan, para quedar con las córneas sin brillo; la boca que se frunce en un gesto agónico, y se entreabre, y se tuerce. .

Un poco de espuma cae sobre la almohada; un hilillo de sangre colorea la saliva. .

¡ El reposo supremo ¡

Un alma que se fué.

La arrogante cabeza leonina es ahora un miserable despojo. La nariz aguileña sobresale más sobre el bigote lacio y la barba erizada. Hay algo así como el recuerdo de una angustia horrible en aquellas pupilas que no ven, en aquellos labios contraídos. .

Flores llora en silencio.

Y los dos únicos testigos de la emocionante escena se arrancan las lágrimas, torturan su corazón fingiéndose animosos:

—¿ Qué se le va a hacere ?

—¡ Cunformidá !

Indiferente a la pesadumbre de los hombres, el sol derrama su catarata de oro, que es cabrilleo argentino en los bañados y alquimia sobre los pastos, húmedos de rocío.

Al fin la atmósfera es tibia. ¡ Primavera ¡. .

Un manzano mete su rama florida por la ventana que hubo de abrir Juan Francisco. Penetra nupcial el perfume de los naranjos. A lo lejos se oye como un concierto exótico de trombones y contrabajos: el mugir de las vacas hurañas, que desde el día de la yerra vagan por los potreros en busca de sus hijos.

—¡ Cómo darle la noticia !—se tortura Juan Francisco, sin apartar el pensamiento de María.

Permanece dubitativo, perplejo. De pronto háse abierto la puerta. Es la hija que se precipita sobre el cadáver:

—¡ Mi padre !. . ¡ Mi padre !

Hácese preciso arrancarla, interrumpir aquél prolongado abrazo, tan estrecho, que da espanto.

—¡ Juan Francisco ! ..—plañe—¡ Sólo Dios sabe lo que hemos perdido !

No quiere que nadie la consuele. Desea llorar, llorar mucho. Que los ojos sean fuentes que no se agoten mientras no salga de su pecho toda aquella amargura que lo inunda como a su alveo un río.

—¡ Era tan bueno !. . ¡ Tan bueno !. .

Semeja Ofelia, enloquecida. Suelta su cauda fragante, blandas las palabras, sensitivas las manos, con los dedos largos como punzones de marfil. .

Dos horas permaneció inmóvil, inconsolable. Luego, con entereza que llenó de asombro a Juan Francisco, se dispuso a amortajar el cadáver, Jesusa le ayudaba en aquella tarea piadosa. Quisieron avisarle a Gregoria, pero la vieja no aparecía en las casas.

Uno a uno, fueron desfilando por la capilla ardiente los peones. Traíanle al patrón las flores rústicas que hallaron.

El « Indio » parecía desconfiar de tan grande desgracia.

—¡ El comendante, mi patrón viejo, no se puede morir ansina !

. . . .

Pasó la hora habitual sin que el doctor Flores se acostara.

Antes de quedarse a obscuras revisó sus armas.

De rato en rato poníase a mirar por la ventana. En los galpones fronteros, las ramas de los árboles golpeaban como manos.

A la vívida luz de un relámpago, pudo ver recortarse la silueta del « Indio ». Estaba explorando bajo la lluvia Luego desapareció.

Flores, convencido de que sus enemigos elegirían tan apropiada noche para el asalto, no se quería dormir.

De tiempo en tiempo oíase el ladrido de un perro; el mugir de un toro; el clas-clas de la lechuza...

Y Flores daba un salto.

El viento arreció. Los árboles parecían quejarse de aquella zarpa cruel. Un olor a electricidad y raíces, dominaba. En las concavidades del valle, los truenos resonaron pavorosos. La luz cárdena de los relámpagos daba relieve en la noche a los galpones, a los árboles, a los postes del alambrado, algunos de los cuales semejaban hombres en acecho.

Los cachorros tenían un ladrido doliente refugiados en el horno.

Pasó una hora. Otra. . ¡ Y otra !. . La tempestad se fué alejando. Al fin una mansa lluvia caía sobre los campos. .

Flores sintó pesar, viendo que el momento temido no llegaba:

—¡ Qué vengan cuánto antes ! ¡ Si ha de ser mañana !

Entornó los postigos tirándose vestido sobre el lecho. Debió dormir muy poco. El canto de un gallo hubo de despertarlo. Tenía seca la garganta y un malestar agudo en el estómago.

Incorporado ya, le pareció sentir algo así como el chirrido de la llave en el portón. Fué a mirar por el ojo de la cerradura. El portón quedaba frente a su puerta. Gregoria lo estaba abriendo.

—¡ Tan temprano !—extrañóse el veterinario.

No tuvo que hacer hipótesis: inmediatamente surgió un hombre con las ropas del revés. Era Mauricio. Cuchichearon los cómplices. La parda señalaba su puerta. Estuvo por precipitarse fuera, pero logró contenerse. Mauricio tenía la cara ennegrecida adrede.

De pronto hubo un episodio vertiginoso, por el estilo de esos que presenta el cinematógrafo. Con un salto de tigre, el « Indio » entró en el patio y antes de que Mauricio se apercibiera para la defensa, le atravesó el pecho con su largo puñal.

Ña Gregoria dió un grito, en tanto él, Flores, sacaba los pasadores a la puerta. Pero con gran sorpresa, al salir del cuarto, no vió más que al caído que se retorcía mientras de su garganta escapaba un rugido agónico.

Fuera sonaron tiros. Juan Francisco corrió hacia el sitio de la refriega. A la luz agria del amanecer vió dos hombres que corrían. A otro teníanlo acorralado junto a la caballeriza entre don Pedro y el « Indio ». El quintero le apuntaba con el rifle inservible:

—¡ Pon arriba los brazus, moñu, u te afusilu !

Y el « Picao », con su cara de infeliz, reclamaba clemencia de aquel mortal, con híspidos bigotes de foca:

—¡ Don Lucas me engañó !

—¿ Dónde está don Lucas ?—fué la pregunta ávida de Flores al enfrentarse con aquel bandido que se rendía.

—Es aquel que juye en el caballo tordillo.

. . . .

VICENTE A. SALAVERRI.

Sauce los Corrales 1918.

LABIOS ROJOS

Rima de dos medias lunas;
fresa entre campos nevados:
las dos guirnaldas morunas
de sus dientes afilados.

Aguas de rojas lagunas
entre jardines plateados,
do sueñan las noches brunas
de sus lunares morados.

Oh, las riberas bravías
de sus labios saturnales!. .
donde en locas tropelías

celebran sus lupercales
rubios faunos inmortales
de velludas dinastías.

TRISTAN DANIEL.

LEJOS...

Es en un viaje hasta un pueblo perdido en la pampa. El correr sin descanso y presuroso del tren por las llanuras que la noche presenta insondables, produce en mi espíritu cierta desconocida impresión de inmensidad. Desconocida impresión, porque a la claridad meridiana la pupila domina lo dilatado de las praderas hasta que la tierra es una vaga confusión con el cielo en horizonte, pero acostumbra siempre a descubrir en la sábana más remota un árbol que rompe la monotonía o un rancho que dice de vidas trabajadoras. Y en la noche, no.

Lejos—aún lo que está cerca se imagina muy distante en la densa obscuridad— he visto en viajes análogos parpadear las luciérnagas en la vecindad de alguna luz familiar o volando inquietas: mariposas que llevan su llama sobre la flor de los plantíos de lino; y ni ese pretendido remedo astral tiene la pampa. Luce, sí, con las intermitencias que le permite el nublado, solitaria en la sombra negrusca del cielo, una estrella nítida y enorme Parece que ha concentrado en si el fulgor de todas las estrellas que no se ven brillar. Y con la cauda chisporroteante de la máquina, la ilusión ensaya un vuelo a lo alto y tocada de fantasía emprende un viaje lejano, distante, y se pierde en lo misterioso, buscando la estrella de pulido bronce que trás de las nubes se oculta y reaparece como una inconstante esperanza de amores...

En el saucedal cercano de la casa llora su melancolía una paloma tempranera, evocando escenas y cariños de

infancia prematuramente olvidados. El saucedal a cuyos piés serpentea el consabido arroyo, desmaya sus ramas con el descuido de una melena bohemia y ofrece una sombra de grata frescura. Al arrullo de la paloma campesina que lleva en sus vaivenes el viento perezoso de amanecer de verano, surge el recuerdo del pueblo de origen, pueblo dormido en las arenas de un valle del Ande. Caserío primitivo que tiene un dejo de conquista; hombres taciturnos que saben historias aborigenes y en cuyos ojos se amortigua la pesadumbre de los ritos del sol, del arroyo de los caciques guerreros, de la carne robusta de las hembras desaparecidas; trinar caprichoso de las calandrias con notas de cristal que van buscando un reflejo en el rosicler nativo de los desfiladeros serranos...

Todo, lejos, muy lejos. De suerte que por ello o por invencible deseo, se asocia en la evocación cierto querer nostálgico y ya viejo en mi juventud...

Al caer de la tarde fluye en los campos un relente halagüeño. Pero va ganando la vida una extraña tristeza de muerte. Es la hora en que antaño, a dar fé a la leyenda, cruzaría por la carretera, paso a paso en el pingo de sus hazañas, un gaucho payador más valiente que romántico y más romántico que aventurero. Terciada la guitarra a media espalda, yo ansío verlo aparecer de pronto como un remiso chingolo de los pocos que van dejando en el abrojal los inmigrantes gorriones. Vana esperanza, porque su vida, según reza la leyenda, se ha perdido entre la indiferencia regional y la evolución procelosa de las colonias agrícolas. Por su recuerdo remoto, la luz del día sonriente intenta un poema campesino mientras, indecisa, busca una prolongación en la llamarada azul de los cardales floridos. Por su desvanecido romance de troveros criollos . .

Al regreso, lo que fué en la noche densa tiniebla se ha tornado interminable cultivo. A tal punto, que no se sabe, en el aburrimiento del tren, si volver los ojos sobre la revista ya leída o dejar que con ellos vague el pensamiento sobre las ondas de oro del trigal en espigas. Aureo trigal inmenso de futuro pan moreno que suscita en la intimidad la aniñada quimera de posibles cosechas propias; de cosechas sin duda muy distantes, muy difíciles...

En el mismo sentido que el que esto escribe, se vuelve hacia el campo una muchacha viajera. Es alta, de ojos claros, muy blanca. Alguien ha dicho que es novia.

Ella, con marcada despreocupación de sus compañeros de viaje, abandona el mirar en la lejanía, siguiendo el raudo vuelo de las cigüeñas, en tanto las tristes pupilas claras delatan que si hay una novia cercana hay también un corazón ausente. Y ante el secreto sorprendido, subsiste la quimera y la esperanza dice: hay un clarín broncíneo que toca atención y surca los aires con agudos vibrantes, metálicos, de recia armonía, de juvenil belleza; ese clarín es el querer nostálgico de tu mocedad.

Solo que los dos están lejos... muy lejos...

ADOLFO LANÚS.

Buenos Aires, 1919.

GLOSAS DEL MES

El Integralismo. — Revista quincenal. Organo de la Universidad Popular Integralista. — La Plata.

En esta interesante Revista se habla de Integralismo, entendiendo por tal « un método de acción exclusivamente interior y afirmativa, que se propone actuar únicamente sobre la educación moral e intelectual del hombre, en forma constructiva, o sea sin combatir en él ninguna creencia, ni sentimiento, ni idea, sino creando otros nuevos y ensanchando y haciendo más conscientes los que ya posea ».

« El integralismo prescinde en absoluto de la división de clases; para él no existen más que seres humanos; pretende despertar por todos los medios el amor a los hombres, la confianza en sí mismo, el optimismo y la fé en la evolución y en el poder moral. Contra las divisiones del presente, que los ideales externos acentúan, propende a la cooperación en el mejoramiento y a despertar la solidaridad moral ».

Al analizar las causas generadoras de las violencias sociales a que estamos asistiendo, sostiene que « el intenso desarrollo de la cultura y el progreso externo, no compensados en forma alguna por los ideales interiores y el progreso moral, han determinado en la evolución humana un grave desequilibrio que arroja al hombre a la lucha por el predominio externo, suscitando violentas competencias y antagonismos irreconciliables, en lugar de despertar la solidaridad humana, la cooperación en el esfuerzo y el progreso evolutivo. De aquí ha nacido el imperialismo nacionalista y la fé absoluta en la fuerza y en su hijuela obligada: la violencia.

Nadie tiene fé en la ley, en el principio, en la regla colectiva y el precepto moral. Y así se parecen tanto los anarquistas a los autoritarios más dogmáticos; pues como dice Ricardo Mella: « Teóricamente son muy amarquistas; prácticamente, déspotas. Levantan altares a la Razón e imponen la propia a garrotazos ». Otra de las causas que favorecen y provocan los estallidos de violencia es el egoísmo individual y colectivo que hace que nadie se preocupe de la suerte de los otros si no es para envidiarlos o despreciarlos. Los intelectuales, en general, desdeñan el ocuparse de los problemas más vitales y desprecian al pueblo en lugar de educarlo, manteniéndose aislados de la vida pública ».

Siendo estas las causas principales del malestar humano, los remedios que el Integralismo propone como más eficaces serían, en síntesis, los siguientes:

«1.º Acción reformativa que debe ser propiciada por el pueblo, la prensa y los intelectuales, y que deben realizar los gobiernos; legislación obrera, protección al trabajo, tribunales de arbitraje, legislación agraria, reforma impositiva, impuesto único, etc., que puede llegar hasta la municipalización de los servicios más importantes.

2.º Desarrollo intensivo de la cultura pública con un contenido moral; dar a la enseñanza un carácter educativo en lugar del meramento instructivo que ahora tiene; instauración de bibliotecas públicas; creación de centros culturales destinados a cursos y conferencias; y

3.º Amplia libertad y tolerancia para la expresión de las ideas, pero reprensión consciente y sistemática, o mejor aún prevención, de todo acto de fuerza o tendencia violenta y agresiva.»

Estamos de acuerdo, en tesis general, con el análisis de las causas de la pertubación social actual; pero opinamos más radicalmente que, en el fondo—hay un grave y trascendental problema de educación moral individual y colectiva y que es la escuela primaria la única llamada a resolver este problema de una manera realmente eficaz, cuando se llegue a comprender la importancia de la educación integral y cuando las autoridades dirigentes—en todo el mundo—sepan orientarla en este sentido.

A este fin deben tender los esfuerzos de los intelectuales. En lugar de diseminar esfuerzos y de buscar remedios por muchas partes diferentes, atacar en el punto que se considera fundamental.

Víctor M. Delfino dice en la misma Revista que «en la agitada época en que nos ha tocado vivir, no basta ya con tener ideales superiores: es necesaria la *acción*. El Integralismo proclama ampliamente ese principio, que formula así: un máximun de *acción* para un mínimun de *teoría.*»

Ahora bien, parécenos que el Integralismo peca precisamente de teórico. Difícil es hacer educación cultural pública y social en las condiciones actuales. Más fácil y más lógico es combatir por todos los medios a nuestro alcance para la comprensión primero y para el establecimiento después de la educación individual integral en las escuelas. Esta es la base. Lo demás vendrá después lógicamente. De otra manera no construiremos nunca más que castillos en el aire.

ALBERTO BRIGNOLE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Sonetos y triolets. — POR ALVARO MELIAN LAFINUR. — Buenos Aires 1918.

Es un libro bello y originalmente presentado. En un pequeño volumen, tan pequeño que puede ocultarse en el hueco de una mano, Melian Lafinur se nos revela como uno de los mejores artífices del verso, entre los muchos buenos que honran a la literatura ríoplatense.

Se diría que el poeta ha querido hacer resaltar, por contraste, el fúlgor de sus diamantes dándoles un engarce liliputiense; o que, convencido del mérito de su vino, ha querido brindarle en breve copa como se hace con los licores exquisitos.

Los sonetos de Melian Lafinur, sobre todo los alejandrinos, verso que maneja admirablemente, son, la mayor parte, perfectos, y ya se sabe lo que esta palabra significa en materia de sonetos.

Aparece en este pequeño libro Melian Lafinur, tal como su prologuista, Alfonso de Laferrere, nos dice que es en la vida: diverso, proteiforme, ramificado, ora caudillo de arengas vehemente, ora crítico sereno, ora amador extático, ora maestro que señala rumbos.

Así surge, épico, en su soneto « El Himno »: pintor, en « Cuadro de Antaño » y « El caballero de la mano al pecho »; señalando rutas, en « admiración »; madrigalista, en « En rosa », y « En manos », místico, en « La muerte de Jesus »....

Mas ya objetivo o subjetivo, tierno o viril, fantástico o real, por todas las ramas que de su tronco emergen se ve correr savia privilegiada.

En cuanto a los « Triolets » son sencillamente e ncantadores. Fluye de ellos una especie de antiguo aroma provenzal que nos hace abrir el alma para aspirarlo profundamente.

Desconocíamos esa rima que nos parece admirable para traducir o adormecer como joyas al amor de un leve son. Hay en ellos tal encanto melódico, que mas parecen nacidos para ser expresados por la música que por la palabra. — J. M. D.

Prosas. — POR JULIO HERRERA Y REISSIG. — Edic. Maximino García. — Montevideo 1919.

Somos de los que creen que este libro no añade mucha gloria a la ya casi universal del poeta desaparecido, pero compartimos en un

todo la opinión que sostiene en el prólogo de la obra Vicente A. Salaverri cuando expresa que esas prosas son utilísimos elementos para el estudio de aquella compleja e ilustre personalidad.

Los cuentos de Julio Herrera y Reissig, exceptuando « Mademoiselle Jaquelin », puede ser, pecan de ampulosos e insustanciales. Sin tema, evidentemente, no hay cuento que valga, así se les vista con los más ricos ropajes. Son como cuerpos sin esqueleto.

Julio Herrera y Reissig era un magnífico, decía siempre mas de lo necesario muy bien dicho, naturalmente, tan bien dicho que el oido quedaba extasiado al escucharlo, porque Julio coloreaba las frases de un modo maravilloso; pero esa misma primacía que otorgase al valor de las palabras, esa misma opulencia de su lenguaje, conspira contra la nitidez de la impresión, cosa que es lo esencial en el cuento.

En sus « Conceptos » revélasemos Julio Herrera y Reissig como un profundo pensador. Pocos, nos parece, han hablado en esta tierra sobre arte de manera más conceptuosa y amplia. Creemos que todos aquellos a quienes seduzcan las cosas de la idea deben leerlos en la seguridad de encontrar mas de un motivo de reflexión o mas de una luz para iluminar su camino.

Igualmente sus exégesis sobre crítica, son muy dígnas de tenerse en cuenta, tanto mas cuanto que en ellas el poeta se defiende—y admirablemente por cierto,—de muchas de las objecciones que se le hicieran a su lira.

Su loa a la Bíblia es de lo mas despampanante que hayamos leido. El poeta ha agotado el léxico en el elogio. Es un niágara de hiperboles, de imagenes, que se ven pasar bajo los ojos en un tumulto de catarata.

En resumen « Prosas » de Julio Herrera y Reissig, muestra facetas desconocidos del talento del poeta que si no alcanzan a subyugarnos como sus versos, son muy dignos de ser hijos del magnífico artista muerto. — J. M. D.

El testamento de Don Quijote. — POR PEDRO ERASMO CALLORDA. México 1918.

El autor de este folleto se revela un entusiasta cervantista. Asegura haber recorrido « la ruta de Don Quijote » con un libro de Azorín,— ¡ mediocre libro !—en las manos, leyendo a cada paso los capítulos de « él manco inmortal ». Da el texto de manuscritos que dice haber conseguido en la Mancha. Y teje una glosa en un estilo afectado, que al señor Callorda sin duda se le antoja reflejo fiel del de « Don Quijote ». La empresa es simpática, pero... no nos resulta. Nos produce el desconcierto que originaríanos un ingeniero copiando un puente de tiempo de los romanos. El lenguaje, como la ingeniería, evolucionó

de acuerdo con los adelantos de la época. El autor dedica su trabajo a Ricardo León, literato que escribe obsedido por el estilo y con escasa preocupación de las ideas. Esta dedicatoria, anacrónica y todo, es la mejor página que para « El testamento de Don Quijote » escribió Pedro Erasmo Callorda. — V. A. S.

El misal de las súplicas. — Versos de JULIO CASAS ARAUJO.—Montevideo 1919.

Reune este libro suficientes bondades como para que la crítica no le escatime el elogio. Naturalmente que no se puede hablar todavía de frutos ópimos, pero hay en Julio Casas Araujo noble semilla y tierra que si se cultiva con cuidado los dará pródiga y cercanamente.

Enamorado del soneto todo su libro lo ha escrito en esa difícil composición poética. No seremos nosotros por cierto, los que le critiquemos ese amor que, en una hora en que parece confundirse la libertad con el desenfreno, revela un aplaudible afán de disciplina y una real ansia de trabajo. Reconocemos, así mismo, que el artista triunfa en general de los escollos, a veces invencibles, de esa forma de poesía; pero se nos antoja que tal vez hubiera ganado el poeta sí, de cuando en cuando al menos, hubiera elegido una ruta donde pudiera más fácilmente dar rienda suelta a su corcel lírico que, a veces parece encontrarse estrecho y como trabado por catorce lazos.

Por lo demás hay en este libro emoción y claridad, dos cosas bien difíciles de encontrar en la poesía actual.

Nada se puede presagiar del camino que seguirá al fin este poeta; pero si hemos de juzgar por lo que actualmente más resalta en su obra, parécenos que Julio Casas Araujo será dentro de nuestra lírica uno de los mejores paisajistas. En efecto, lo mas notable de su libro, para nosotros, son las vigorosas pinceladas con que nitidamente nos hace ver los panoramas. — J. M. D.

El doctor Bebe. — POR JOSE RAFAEL POCATERRA. — Editorial América.—Madrid 1918.

La política de Venezuela es tan grotesca como la de todos los restantes países americanos. Y Pocaterra refléjala bien, valiéndose de un argumento pasional, que no siempre está bien conducido, pero que interesa, emociona y conturba. Hay capítulos notabilísimos. Si el literato hubiese florecido en un medio de más densa población, donde, el escribir permitiera obtener ingresos bastantes para « especializarse » con tal labor, estamos seguros que José Rafael Pocaterra habríase hecho un novelista de renombre. Porque las vacilaciones que se notan en su libro débense exclusivamente a inexperiencia. Las figuras están bien observadas. Hay escenas de sorprendente plasticidad. « El doctor Bebé » descubre a un realista de fuerte fibra.—V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

[illegible] Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albuquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis O., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico O., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Corná Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magariños Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés G., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ads. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1362.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Corná Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Garambula Filiberto, P. Independencia 718.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 18[illegible].
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1222.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.

de acuerdo con los adelantos de la época. El autor dedica su trabajo a Ricardo León, literato que escribe obsedido por el estilo y con escasa preocupación de las ideas. Esta dedicatoria, anacrónica y todo, es la mejor página que para « El testamento de Don Quijote » escribió Pedro Erasmo Callorda. — V. A. S.

El misal de las súplicas. — Versos de JULIO CASAS ARAUJO.—Montevideo 1919.

Reune este libro suficientes bondades como para que la crítica no le escatime el elogio. Naturalmente que no se puede hablar todavía de frutos ópimos, pero hay en Julio Casas Araujo noble semilla y tierra que si se cultiva con cuidado los dará pródiga y cercanamente.

Enamorado del soneto todo su libro lo ha escrito en esa difícil composición poética. No seremos nosotros por cierto, los que le critiquemos ese amor que, en una hora en que parece confundirse la libertad con el desenfreno, revela un aplaudible afán de disciplina y una real ansia de trabajo. Reconocemos, así mismo, que el artista triunfa en general de los escollos, a veces invencibles, de esa forma de poesía; pero se nos antoja que tal vez hubiera ganado el poeta sí, de cuando en cuando al menos, hubiera elegido una ruta donde pudiera más fácilmente dar rienda suelta a su corcel lírico que, a veces parece encontrarse estrecho y como trabado por catorce lazos.

Por lo demás hay en este libro emoción y claridad, dos cosas bien difíciles de encontrar en la poesía actual.

Nada se puede presagiar del camino que seguirá al fin este poeta; pero si hemos de juzgar por lo que actualmente más resalta en su obra, parécenos que Julio Casas Araujo será dentro de nuestra lírica uno de los mejores paisajistas. En efecto, lo mas notable de su libro, para nosotros, son las vigorosas pinceladas con que nitidamente nos hace ver los panoramas. — J. M. D.

El doctor Bebe. — POR JOSE RAFAEL POCATERRA. — Editorial América.—Madrid 1918.

La política de Venezuela es tan grotesca como la de todos los restantes países americanos. Y Pocaterra refléjala bien, valiéndose de un argumento pasional, que no siempre está bien conducido, pero que interesa, emociona y conturba. Hay capítulos notabilísimos. Si el literato hubiese florecido en un medio de más densa población, donde, el escribir permitiera obtener ingresos bastantes para « especializarse » con tal labor, estamos seguros que José Rafael Pocaterra habríase hecho un novelista de renombre. Porque las vacilaciones que se notan en su libro débense exclusivamente a inexperiencia. Las figuras están bien observadas. Hay escenas de sorprendente plasticidad. « El doctor Bebé » descubre a un realista de fuerte fibra.— V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistre Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881.

AÑO II MARZO 1919 Núm 9

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO
PEÑA HNOS. — Imp.

REVISTAS LITERARIAS

«NOSOTROS» — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

«ATENEA»—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

«IDEAS»—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

«HEBE»—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

«NUESTRA AMERICA»—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

«REVISTA AMERICANA»—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

«EL FIGARO»—Apartado de correo, 397. Habana.

«SELVA LIRICA»—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

«CUBA CONTEMPORANEA»—Apartado de correo, 1907. Habana.

«REVISTA CHILENA»—Bandera, 130. Santiago de Chile.

«PRO CULTURA»—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

«ATENEO JUVENIL DE LETRAS»—Soiza Reilly, Paysandú.

«HIGIENE Y SALUD»—Colombia, 1294. Montevideo.

«FUTURA»—Director Valentín Castilla, Salto.

«ROCHENSE»—Carlos M. Rocha, Rocha.

«EL SEMANARIO»—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Marzo, 1919.

Núm IX



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Balesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

A AMADO NERVO

De casaquilla y de espadín,
Veste sin duda que te abruma,
Anunciado por el tambor
Y por los toques del clarín
Como cualquier Embajador,
Desde el solar de Montezuma,
Lírica tierra si las hay,
Viniste, excelso Emperador,
Al Uruguay.

Todos los otros que llegaron
Representando a sus naciones,
Sin duda alguna precisaron
Esas sonoras vibraciones
Y esas vistosas procesiones
Que su presencia pregonaron.
Más para tí era innecesario

REVISTAS LITERARIAS

«NOSOTROS» — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

«ATENEA»—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

«IDEAS»—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

«HEBE»—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

«NUESTRA AMERICA»—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

«REVISTA AMERICANA»—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

«EL FIGARO»—Apartado de correo, 397. Habana.

«SELVA LIRICA»—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

«CUBA CONTEMPORANEA»—Apartado de correo, 1907. Habana.

«REVISTA CHILENA»—Bandera, 130. Santiago de Chile.

«PRO CULTURA»—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

«ATENEO JUVENIL DE LETRAS»—Soiza Relly, Paysandú.

«HIGIENE Y SALUD»—Colombia, 1294. Montevideo.

«FUTURA»—Director Valentín Castilla, Salto.

«ROCHENSE»—Carlos M. Rocha, Rocha.

«EL SEMANARIO»—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Marzo, 1919.

Núm IX



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

A AMADO NERVO

De casaquilla y de espadín,
Veste sin duda que te abruma,
Anunciado por el tambor
Y por los toques del clarín
Como cualquier Embajador,
Desde el solar de Montezuma,
Lírica tierra si las hay,
Viniste, excelso Emperador,
Al Uruguay.

Todos los otros que llegaron
Representando a sus naciones,
Sin duda alguna precisaron
Esas sonoras vibraciones
Y esas vistosas procesiones
Que su presencia pregonaron.
Más para tí era innecesario

Ese clamor, ese aureo manto,
Ese espadin; pues entre tanto
Embajador Extraordinario
Tu eras el único, señor,
Extraordinario Embajador.

Y con las mágicas Golcondas
Que, de tu lira al eco suave,
Vimos surgir sobre las ondas
Desde la borda de tu nave;
Con esas lágrimas sagradas
Que hiciste mas de alguna vez
Brotar, a modo de un Moisés,
En nuèstras almas calcinadas;
Con las alas que tantas veces
Nos prestó el condor de tu verbo;
Con el alivio al mal acerbo
Que en tu palacio azul ofreces:
Tenías bastante, Amado Nervo,
Para que en nuestra tierra amada,
Con, sin o contra tu Embajada,
Vieras de par en par abiertas
Todas las almas y las puertas.

Hemos querido en pobres rimas,
Mas con el alma puesta en todo,
Presentar nuestra ofrenda al modo
Que, nos parece, mas estimas.
Hemos deseado, alto argonauta,
Siguiendo el hilo de tu pauta,
Que entre el heráldico clamor
También el eco de una flauta
Escucharas alrededor. . .
Es una flauta estriada y ruin,
Bien lo habreis visto ya, señor,
Más de madera que cristal;

¡Pero, maestro, flauta al fin!
Y, aunque el artista lo hace mal,
Grande es tu bello corazón
Para que en ella sepa oír
Mas lo que no puede decir
Que lo que expresa su canción.

José Maria Delgado.

EL SARCÓFAGO DEL CONQUISTADOR

AUTENTICIDAD DE LOS RESTOS

Tan vieja como Lima, tan opulenta en historia como ésta, la inmensa catedral cuya primera piedra colocaron las manos de Pizarro al fundar la ciudad del Rimac, ostenta su silueta gallarda en la Plaza de Armas, haciendo ángulo con el palacio que lleva el nombre del Conquistador y que fué residencia de los virreyes del Perú. ¡ Cuántos recuerdos no evocan los recios muros de adobe, fuertes como el granito, de ese templo varias veces secular; recuerdos gloriosos unas veces, trágicos otras, de una época fecunda en turbulencias y rica en tradiciones y esplendor ! La catedral fué reedificada en 1746, a causa de un violento terremoto que destruyó gran parte de la ciudad, pero desde entonces ha desafiado valientemente los más fuertes movimientos sísmicos que han sacudido el suelo de la metrópoli.

Allí, bajo sus artesonadas bóvedas, y en el lado izquierdo de una capilla enrejada, siempre en penumbra, sitio de paz escondido en una de las amplias naves laterales, se halla el sarcófago que guarda los restos momificados del férreo dominador de los imperiales señores de Antisuyo.

Aquel guerrero insigne y tenaz, aquel clarovidente que adivinó una tierra de fabulosas riquezas para incorporar a los dominios de su soberano; aquel analfabeto sublime dotado de un cerebro pleno de luz y de un brazo potente, cuyo nombre llena las páginas más brillantes de la historia de la Conquista, está allí, sin alma, rígido y severo, en forma de una momia de color cobrizo, llevando como mortaja el hábito de Santiago.

Ni en los Inválidos, ante la tumba del gran Napoleón, ni en Postdam, frente al sarcófago de otro grande, Federico II, me he sentido tan hondamente impresionado como lo estuve en la catedral de Lima al contemplar por primera vez los depojos del aventurero ilustre que dió a la corona de España el más rico florón de sus Indias.

Si la vista de esa momia, perfectamente conservada, nos hace pensar en los heroísmos de dos razas, trayéndonos a la memoria las hazañas de los soldados de Castilla y el esfuerzo titánico de las huestes incaicas por contener al invasor, ella nos habla, también, de la traición de los Almagro, al observar sobre los apergaminados tegumentos del cadáver las huellas de las ligaduras con que sujetaron a Pizarro sus aleves victimarios y la señal de la puñalada que le costó la vida. La mente reconstruye la tragedia de Lima, y el corazón, oprimido, lamenta el triste fin de aquella grandeza que sólo pudo sucumbir entonces porque su mano no alcanzó a empuñar la espada invicta.

Mucho se discutió durante largo tiempo acerca de la autenticidad de los restos de Francisco Pizarro, pero una serie de documentos de la época colonial, desvanecieron en gran parte las dudas que se tuvieron a ese respecto. Sin embargo, los papeles más importantes y concluyentes acaban recién de exhumarse de un archivo privado, por cuya razón no figuran en ninguno de los libros que se han escrito sobre la Conquista del Perú.

Dichos documentos,—que ofrezco como una primicia, espero que han de ser bien recibidos por los que cultivan con interés en nuestro país la historia colonial americana. Dicen así:

«Exmo. Sr. Domingo de Ortega, Sacristan Mayor de la Santa Iglesia Catedral desta ciudad digo—que Vra. Exa. fué servido de mandar que los guessos del señor marques Dn. Franco Picarro que sea en gloria que están depositados al presente en la capilla de la Concepción

desta dicha Santa Iglesia que es la que está señalada por su magd. para que se entierren los señores desta rreal audiencia y oficiales reales que murieron en esta ciudad se pasen en una caxa al lugar donde al presente está otra con los guessos del señor Don Antonio de Medoca visso rey que fué destos rreynos y para que en acabandose esta Santa Iglesia se pongan ambos a dos caxas en la grada adonde estuviera el altar mayor con su magd. manda y para que conste deste mandamiento de Vra. Exa. se sirba de probeeerlo por auto y que un escribano rreal se halle presste, alpassar de los dichos guessos y poner los en la dicha caxa y lugar donde a destar para que de testimonio dello y conste en todos tiempos donde estan los dichos guessos por tanto . . . .

«A Vra. Exa.—y supco-ansi lo probea y mande atento a que hay mucha necesidad de la dicha capilla para decir missa por haber falta de altares la dicha Santa Iglesia y los dichos guessos estan agora en el lugar donde sea de poner el dicho altar en la dicha capilla como lo ha visto Vra. Exa.—y si no se quitan de ally no se podrá decir missa en la dicha capilla de que reciben los saserdotes gran daño por no poner suficientes altares en la dicha Santa Iglesia para dezir missa sobre que pido justicia y para ello. El licenciado Domingo de Ortega.

«En los rreyes en dies y seis de agosto de mill y seis cientos dies su Exa. probeyo traiga el Sr. doctor Arias de Ugarte este memorial la caxa de los guessos del señor virrey Don Antonio de Mendoca qe esta en pilar del lado del Evangelio donde al presste esta los del señor virrey Don Francisco Picarro se pongan en una caxa en el pilar de la Epístola y asista a executar esto El Doctor Arias de Ugarte y de un escribano rreal que de fee de lo que se ficiere . . .

« En la ciudad de los rreyes del Piru en dos días del mes de setiembre de mill y seis cientos y dies años en cumplimiento de lo probeido por el Exmo-Sr-marques de montes claros en el decreto de atras el Señor doctor Arias de Ugarte oydor desta rreal audiencia juntamente con el doctor Juan Dellarroca cura desta santa iglesia y el Capitán Martín de Ampuero binieron a la capilla dela concepción de Nra. Señora desta la dicha iglesia alaparte donde estava la tumba y entierro que estava fecho en depósito de los guessos del marques Don Franco-Picarro vissorey que fue deste rreyno y abiendo hocho abrir la dicha tumba se sacaron los dichos huesos por mano del padre Jusepe de bacca presvito y se pusieron en una caxa de madera aforrada en tro pelo negro y en ella puest un abito dela orden del Señor Santiago alaparte de afuera y en la dicha forma se llevo la caxa a la sacristía del altar mayor para ponerlo en el pilar isquierdo dela dicha Sacristia como por el dicho decreto esta mandado la cual se puso en el dicho lugar sobre dos canes de madera que el uno ba del pilar a la pared y el otro sale de la dicha pared y para que en todo tiempo coste de lo susodicho el dicho señor oidor mande que un traslado deste auto se ponga dentro de la dicha caxa autorisado y signado por my el pressente escribano y firmado de su merced y del dicho doctor Juan delarroca a todos los que fueron presentes por tanto el bachiller Diego de Ampuero capellan del dicho marques visserrey y el licenciado domingo de Ortega sacristan mayor de la dicha iglesia y el bachiller Diego Goncales Samora prebitero y otras muchas personas e yo que dello doy fee. — Jhoan Ramires escrivano de su magd.

« Nota. — Este documento va debidamente legalizado por el dicho Juan Ramírez de Aguilera, escribano de S. M. »

De ocho a once de la mañana puede visitarse diariamente la tumba del conquistador. Por ella desfilan todos los viajeros que pasan por la coronada ciudad de los reyes.

Oriol Sole Rodriguez.

DE "IRREMEDIABLEMENTE"

La celebrada poetisa argentina Alfonsina Storni ha tenido la gentileza de desglosar para «PEGASO» de su libro «IRREMEDIABLEMENTE», próximo a aparecer, estas poesías que publicamos como una verdadera primicia.

OYE.....

Yo seré a tu lado silencio, silencio
Perfume, perfume, no sabré pensar
No tendré palabras, no tendré deseos,
Solo sabré amar.

Cuando el agua caiga monótona y triste
Buscaré tu pecho para descansar
Este peso enorme que tengo en el alma
Y no se explicar.

Te pediré entonces tu lástima, amado
Para que mis ojos se den a llorar
Silenciosamente, como el agua cae
Sobre la ciudad.

Y una noche triste cuando no me quieras
Cerraré los ojos y me iré a bogar
Por los mares negros que tiene la muerte
Para nunca más...

HOMBRE.....

Hombre yo quiero que mi mal comprendas;
Hombre yo quiero que me des dulzura;
Hombre yo marcho por tus mismas sendas;
Hijo de madre: entiende mi locura!

VEINTE SIGLOS

Para decirte amor que te deseo
Sin los rubores falsos del instinto
Estuve atado como Prometeo
Pero una tarde me salí del cinto.

Son veinte siglos los que alzó mi mano
Para poder decirte sin rubores:
— Que la luz edifique mis amores.
Son veinte siglos que movió mi mano!

Vuelan las flechas sobre mis cabellos,
Vuelan las flechas aguzados dardos;
Son vientes siglos de pesados fardos!
Sentí su peso al libertarme de ellos...

Y no creas que tenga el brazo fuerte,
Mi brazo tiembla debilucho y magro,
Pero he llegado entera hasta el milagro:
Estoy acompañada por la Muerte.

NOCHE LÚGUBRE

Estaba la noche compacta y sombría
Cuando me detuve de golpe a tu puerta,

Tu puerta de oro donde estaba escrito:
« Golpea viajera ! »

Estaba tu casa rodeada de plantas
Y llena de luces en medio a la estepa;
Sonaban laudes, trepaban rosales
Por sobre la verjas.

—Ábreme ! Mi grito resonó en la noche
Y huyeron del cielo todas las estrellas.
—Abreme ! Mi grito se hinchó en el desierto,
Palpitó la arena.

—Rebaños de lobos hambrientos me siguen,
Serpientes y tigres, leones y hienas,
Me buscan los rastros... me siguen a prisa,
Abreme tu puerta !

—Dame un rincón blando dentro de tu pecho
Para que repose, toma las cadenas
Que oprimen mis brazos y cárgalas... Ponme
Piadoso tus vendas.

—Me echaré a tus plantas humilde, sumisa,
Guardaré tus ojos, beberé tus penas,
Viviré de tu alma, pero dame, dulce,
Dame el alma entera !

Te asomaste entonces; debajo tus manos
Como la esperanza se movió la puerta...
Miraste mis ojos, mis ojos sombríos,
Mi boca en tormenta.

Miraste el desierto y ahullidos de lobos
Silbidos de sierpes, rugidos de hienas

Sonaron terribles. Las sombras estaban
Compactas y negras...

—Me buscan, me siguen, repetí temblando...
(Mis ojos echaban la luz de una hoguera)
Me buscan, me siguen; rasgarán mis manos,
Comerán mi lengua !...

Pero tu mirada se volvió de hielo.
—Queman demasiado tus ojos viajera—
Me dijo tu boca. —Sigue tu camino,
No es tuya mi puerta.

—Mi casa es de sombras, de dulce reposo,
De apacible aroma, de tranquilas selvas.
Me traes la noche, mujer; en tus manos
Se ve la tormenta.

Camino al desierto me volví gritando:
¡ Serpientes y tigres, leones, panteras,
Rasgadme las carnes, libertadme el alma !
¡ Oh malas !... Sed buenas...

Una a una luego por el lado mío
Piadosas y tristes pasaron las fieras.
Cerrada tu alma ! Cerrada tu alma !
No había una estrella.

ALFONSINA STORNI.

LA OTRA

Sara se recordó con un dolorazo de cabeza que hacía la fastidiase, es más, le causara verdadera tortura, el alegre trinar del canarito que cantaba al sol, riente y tibio, en la clara mañana primaveral.

Se sentó en la cama. Hacía calor. Retiró las cobijas que le pesaban y distrajo la mirada en la escala áurea de sol que penetraba por la ventana.

Escuchó los pasos recatados de la sirviente pasando frente a su puerta; luego anunciaron que estaba servido el café.

No quiso. — Insistía su mamá, desde fuera:

—Muchacha, que te vas a pasar de debilidad...

Aquel reclamo práctico la volvió a lo real de las circunstancias; la defendió un tanto del sopor de haber permanecido tantas horas en el lecho.

Lloró calladamente; se revolvió en la cama e inició, entre gimoteos y contradicciones, un monólogo sordo y dolorido...

¿ Qué sentía ? Su cerebro era un caos donde fracasaba toda su cándida imaginación de mujercita ignorante, de niña grande casi.

Ella había imaginado al amor tan distinto de lo que en realidad se manifestaba !

Las lecturas « morales », los circunloquios y las reticencias misteriosas que se desenvolvían alrededor del tema, no le dejaron ocurrir sino que el amor era una pura expresión de espíritus, como una afinidad de aromas entre dos flores; había supuesto un sucederse de leves « nuances », de suaves transiciones, a su idilio de pronto inte-

rrumpido, quebrado, roto, como por la brutal imposición de un accidente.

Los héroes de sus novelas amatorias eran entes impalpables que actuaban en un escenario irrealmente poético; participaba ese su mundo imaginario de la bruma impenetrable que envolvía los encargos de los bebes a París. Es verdad que destruyó la tonta leyenda infantil, pero creó en su lugar una serie de disparatadas ocurrencias...

Así le había pasado con el amor...

***

Sus relaciones con Eladio habían sido sencillas, acomodadas a su inocente pensar.

Tras el dragoneo vulgar llenó él la fórmula del pedido de la mano y la solicitud de las visitas, dentro de un correcto estiramiento. Sus padres lo aceptaron y hecho ya el prometido oficial empezó a frecuentar su casa los jueves y domingos, con exacta regularidad.

Al principio los acompañaba en la sala su mamá que luchaba heroicamente por disimular los bostezos interminables... Después se iba para adentro la señora, un poco más temprano, y terminó por no hacer otra cosa que saludar al futuro yerno.

La asiduidad de las visitas estrechaban su intimidad... Ya se olvidaban entre las de él las finas manitas de Sara y reeditaban, entusiastas, los besos que antes sólo marcaran la hora melancólica de la despedida...

A veces, el loco, la hacía ruborizar con escabrosas conversaciones, ya aludiendo al futuro que les reservaba tantos goces o refiriéndose a sus encantos...

Esos disgustillos de enamorados, entre paréntesis de besos, les eran comunes como a todos los novios. Una vez hubo de acentuarse el enfado cuando él, pretextando, arteramente, comprobar la viva gracia, la pura ele-

gancia de líneas de su cuerpo, le pidió que lo esperase sin corset...

—¡Qué desvergüenza!... Mejor: ¡qué capricho ridículo!...

La ofendida nó le contestó y Eladio pasó unos cuantos días «empacado», yéndose temprano o alargando indefinidamente la plática con la mamá de Sara, mientras ésta, nerviosa, se mordía, sabiendo demasiado a que atribuir la fingida indiferencia de «don caprichos»...

***

Aunque le costó a Sara vencer muchas pudorosas resistencias, se resolvió un día a complacer la exigencia ridícula... Pero, naturalmente, no se animó a comunicárselo... Se diría que él se había olvidado de aquello...

Una noche caliente, en que el perfume enervante de las flores del jardín que llenaba la sala y la semiluz rósea de la lamparilla eléctrica la adormecían y la tornaban lánguida y tierna, mientras él atrevía un brazo por su cintura flexible y fina, entre ruborizada y burlona le interrogó:

—Y la nueva Friné que deslumbrará a los jueces?...

Le pagó Eladio la revelación con una sonrisa agradecida, la estrechó amorosamente contra sí y le cerró la fresca boca a besos quemantes que la ahogaban en deliquios indecibles...

Sintió Sara los ojos ardientes de su novio, su respiración alterada, un trémolo de pasión subrayando su frase encendida y tuvo miedo de que la destrozase el abrazo brutal, en que vibraba, junto al cuerpo del hombre estremecido, tremante, que palpitaba en una animalidad primitiva, casi feroz!...

¡Y ella también había participado de aquella racha de locura! había entregado su boca a la glotonería de la de

él, y había plegado, hecho dúctil, como una divina cera viva,—su cuerpo esbelto, mórbido, juvenil.

Y eso era lo que le dolía, la atenazaba, la vencía, tal una culpable de un pecado inaudito.

Sí! había vibrado en aquella animalidad inferior que ignoraba! La palomita cándida!, cómo se había dejado arrastrar en el raudo torbellino cálido!

¡Cómo había respondido, arrebatada, al beso hondo, y gustado la voluptuosidad virgen de sentir las manos de él pulsando en sostenidas caricias el tesoro impoluto de su carne aterciopelada y palpitante!...

Una causa leve, un ruido, los hizo volver a la realidad. Sara reacionó inmediatamente y le rechazó airada, vuelta a su dignidad de mujer herida, llena de reproches...

Y se había ido él, para no volver ¡nunca más! según su expresión definitiva.

Todo por aquello, por aquello que la hacía ruborizar, que la abochornaba, y luego la entristecía intensamente en su derrumbe de ilusiones. Que, quizá sintiese más por el fracaso de su ensueño, por su pobre castillo de brumas, que creyera tan consistente, que por el novio que se iba...

***

¿Sería terminante la resolución de Eladio? No volvería más?... Es que no debía volver; no le recibiría ni contestaría sus cartas, si intentaba escribirle... Aquello había terminado...

En su casa querrían enterarse del imprevisto truncarse de sus amores, pero ya encontraría ella pretextos, medios de eludir explicaciones...

Pero... no era aquello lo que la preocupaba, sino la descarnada realidad del hecho brutal que le revelara, crudamente, la cruel verdad...

Quería decir entonces que tras la soñadora, la niña delicadamente espiritual, existía otra personalidad que

ella había ignorado: una mujer vulgar, que no se diferenciaba de las demás bajas mujeres; con los apetitos, las materiales debilidades, las lacerias de la sirviente, de la lavandera ?

Recordó la repulsión experimentada un día que sorprendió abrazados a un doméstico con una mucama, a quienes hizo despedir inmediatamente de su casa. Había cometido una injusticia ya que ella, desde un plano superior, descendía a semejante bajeza !

Debía convencerse entonces de que su cultura y su refinamiento, no prevalecían por sobre aquel torpe enceguecer de la materia triunfante; que toda su selecta espiritualidad caía arrumbada al soplo de unos besos apasionados y de una llamarada de deseo !

¿ Tendría que suceder aquello ?...

Para ella no se planteaba el problema moral de la falta de antes o de la normalidad de después del matrimonio sino del amor, del amor humano que tanto había divinizado, soñadora; no pasándole, ni por asomo, por la imaginación, que la flor de fina espiritualidad de su amor idealista tuviese sus raíces absorbiendo el lodo de la carne... Sería todo animalidad carnal ?... Entonces él tendría razón ?...

Se llenaba de dudas...

***

De cualquier manera sus amores habían finido. No podría continuar con Eladio. El, que conoció la otra, la que podría llamarse feminidad hecha alma, había visto despertar—o despertado—su grosería interior; él era el asesino de la mujercita de ayer, ya que destrozando su ingenuo sueño había dado vida a esta mujer nueva, que respiraba instinto por todos los poros, que casi no ignoraba nada...

No podía, no, no podía ser !...

***

Se levantó de la cama y se vió de pasada, en camisón, reflejada en la limpia luna del espejo y huyó de su figura, de la enemiga, a quien veía tan cerca... Con la cara encendida, la boca húmeda, los ojos brillantes, excitada por la prolija evocación mental, con los brazos y el cuello desnudo y el cabello revuelto,—le pareció realmente que otra mujer había cruzado frente a ella con una sonrisa procaz y un gesto descocado...

***

De pie, junto al escritorito lleno de adornos, se desesperó de irresolución; sintió el vacío del problema insoluble frente a la blanca cuartilla.

Ruborizada, cual si le penetrasen las ideas, como si la hiriera la acusación de quien la adivinase próxima a claudicar, hundió, nerviosa, la pluma en el tintero y rompió el papel con dos frases: ¡ Ven ! ¡ Ven !

MONTIEL BALLESTEROS.

EUGENIO DE CASTRO

ROMANCE

PARA ADORMECER A LYDIA.
Traducción.

Media noche, media noche
Desde la torre caía,—
Y en su camarín real
Doña Mafalda cosía.
La tela que iba cosiendo
Plata fina parecía,
Y junto a ella, su madre
En cama de oro dormía...
Un largo manto brillante
Su esbelto cuerpo envolvía,
Y el anillo que llevaba
Rayos de luz desprendía.
Por la escalera se oyeron
Pasos de alguien que subía,
Y oyéndolos, la Princesa
A abrir la puerta corría.
Oyéndose abrir la puerta,
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién es que anda abriendo puertas,
Hija, aquí cerca de mi?
—Señora madre, es el viento
En las puertas del jardín.

Segura con tal respuesta
La madre se adormecía;
Y al dormitarse, Mafalda
Hacia la puerta corría.
Luego a un gesto de Mafalda,
Un caballero surgía;
De cochinilla preciosa
Era el jubón que vestía.
Y en bello cinto bordado
Puñal de plata traía;
En brazos del caballero
Doña Mafalda caía.
Y al ruido de los abrazos,
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién es que está a los abrazos,
Hija, aquí cerca de mi?—
—Los árboles,—madre mía
Se abrazan en el jardín.

Segura con tal respuesta,
La madre se adormecía,
Y al dormitarse, Mafalda
A su amado sonreía,
Sonreía y en sus brazos,
Entre sus brazos caía;
Fuerte corriente de besos
Aquellas bocas unía.
Y al ruido de aquellos besos,
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién es que está dando besos,

Hija, aquí cerca de mi?
—No son besos, son las fuentes,
Son las fuentes del jardín.

Segura con tal respuesta,
La madre se adormecía...
Y al dormitarse, Mafalda
A su amado sonreía,
Sonreía y en sus brazos,
Entre sus brazos caía.
De seda bordado era
El corpiño que tenía,
Contra el pecho, el caballero
Contra el pecho la oprimía,
Con tal fuerza que la seda
De su corpiño crugía.
Y a ese crugir de sedas,
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada
Que el candil ya se moría.
—Quién está estrujando sedas
Hija, aquí cerca de mi?
—El viento que arrastra hojas,
Hojas secas del jardín.

Segura con tal respuesta,
La madre se adormecía...
Y al dormitarse, Mafalda
A su amado sonreía,
Sonreía y en sus brazos,
Entre sus brazos caía,
Y a la boca de su amado

Sus lindos senos abría.
Los besaba el caballero
De un modo que parecía
Que nos los iba besando,
Sino que se los mordía.
Y a ese morder de senos
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién anda mordiendo senos,
Hija, aquí cerca de mi?
—El jardinero, que muerde
Frutas verdes del jardín.

TELMO MANACORDA.

PANTHEOS

Ha dicho melancólicamente, el editor de ese libro, que miles de tomos conteniendo los mejores versos y las más exquisitas prosas de sus editados, esperan compartir con « Pantheos », en los polvorientos estantes, la gloria de no ser leidos.

En las palabras de ese editor quedan sintetizados todas las amarguras, todas las desilusiones y todas las desesperanzas de los autores uruguayos, máxime de aquellos que, como Sabat Ercasty, no vienen « a llenar un vacío » en materia política o filosófica, y que sólo escriben porque son poetas. Así es; porque si el autor de « Pantheos » no sintiera la influencia secreta, de que nos habla el abuelo Boileau; si no estuviese convencido de que poesía es su verso y poesía es su prosa, no se hubiera armado caballero del valor, Quijote de andanzas criollas, para publicar un libro en plena guerra o sea en el peor y más terrible de los prosaísmos históricos, cuando un telegrama vale más que un soneto y Foch más que Hugo o Samain.

El libro de Sabat contiene varios poemas en verso y prosa; y en todos ellos se encuentra, si el catador es bueno, la belleza que Flaubert, maestro de la forma y del gay decir, exigía en toda « obra de arte », en la más pura, más noble y elevada acepción de la palabra. Y es precisamente en esa poesía íntima del verso, en su alma, espíritu o esencia, donde debe buscarse la belleza de esos poemas, el ritmo secreto que, de la página a nuestro corazón, nos conmueve, nos emociona y nos domina.

Si el poeta de « Pantheos » quisiera escribir versos sonoros, a la manera de los eternos « payadores » de esta Amé-

rica sin Ilíada, fácil le sería, no solo porque posée, cuando lo quiere, el dominio del acento y la armonía, sino porque, más felíz que dichos fabricantes de estrofas, su rica imaginación sería fuente inagotable de consonancias más o menos musicales. Así, por ejemplo, los dos últimos versos de « Nirvana »,

« ¡ Ah, la quietud, la inanidad, la paz sin fin,
En la embriaguez del corazón y del silencio... ! »

no tienen, aparentemente, la armonía de otros versos del mismo poema:

«El opio y la embriaguez hacen más diáfano
El letargo profundo de los cielos,
Y el alma sube como en humo de oro
Sobre las blancas alas del ensueño »

Sin embargo, todo el nirvana, que el poeta ha contemplado en el fondo de sus horas de fastidio, se encierra en los dos primeros versos transcriptos.

Para los críticos de « buen oído » (o de orejas grandes), « Urania » no será un poema bello, en la vulgar y escolástica acepción; porque no solo les será imposible identificarse con el poeta para evocar el mundo que fué,

« Antes que el pensamiento divino fuese estralla ! »

sino que imposible también les será apreciar la belleza, profunda belleza, de los astros asonantes, o sea de los nombres de estrellas y constelaciones que el poeta coloca aquí y allá, con original soltura.

« La llama oscila ! La llama tiembla ! La llama canta !
La llama alza su vuelo
Sujeta a misteriosas atracciones,

Hácia las estrellas del gigante Orión!
Luego agita mi fiebre
Por las constelaciones del Aguila y del Toro!
Después surca el espacio
Como una estrella errante
Hácia sus cuatro hermanas del crucero del Sur!»

Un poeta que así canta, y que al cantar, sus ritmos pasan «en silencio» de las páginas del libro al corazón que espera; un poeta que desdeña; a fuer de selecto, las musiquerías de organillo para impresionarnos más profundamente con la belleza que surge del verso pronunciado, como surge la belleza de un drama cuando el telón ha caido, o la de una novela cuando el volúmen se cierra; un poeta, en fin, que no se detiene a mirar ni la cara ni el gesto de sus lectores y sí a escuchar las palpitaciones del corazón hermano, no puede, en un primer libro, imponerse en estas tierras de ingenuidad o de rapsodia.

La gloria de no ser leído, podrá desde ya besar la frente del poeta; pero otra mayor, la gloria de no ser comprendido, podrá acompañarle siempre, si persiste, como en «Panthéos», en expresar la belleza a la manera suya, en su vaso, cuyo cristal, al ser tocado, ha de emitir «la nota de oro» del cuento persa.

Pero con esa gloria o sin ella, Sabat es un poeta. Y esta palabra será la mayúscula a inscribir en sus armas heráldicas: — «Poeta» sobre el blanco y el azur de un escudo en que otros atributos, la espada y la rosa, dijesen la casta del caballero: la espada, símbolo de fuerza; la rosa, símbolo de helénica belleza.

JOSÉ L. GOMENSORO.

EL CANTO HUMANO

Carne fecunda y casta,
carne rosada y blanca,
carne de maldición,
de infinito placer y de dolor!

¡Oh, carne perfumada y tentadora,
suave como pétalos de rosa!
¡Oh, carne miserable que nos hieres,
nos matas, nos engañas y enloqueces!

Fuente de inspiración, placer que enerva,
sueño que nos enferma,
fruto de maldición, fruto maldito,
¡Ay! tal vez por lo mismo apetecido.

Carne vil: dá las gracias a quien pudo
sepultarte en el antro más profundo
y te elevó a la tierra y a tu vista
abrió los horizontes de la vida;
y a tu aliento dió el germen
fecundo de la vida y de la muerte!

¡Oh, carne impura, casta,
paradojal, contradictoria, vana!...

MANUEL BENAVENTE.

1918.

UNA NOVELA DE EDUARDO BARRIOS

Nunca había leído nada de Eduardo Barrios, cuando he aquí que el vigoroso escritor chileno tiene la gentileza de poner su última obra en mis manos. Y con el precedente de saber que se trataba de una novela que en Santiago obtenía, actualmente, el más completo éxito, comencé su lectura.

Por lo general, quién lee un libro sabiéndolo bueno, concluye encontrándolo inferior a lo que se había imaginado. A mí no me ha sucedido esto, No lo he encontrado mejor ni inferior, porque lo he encontrado distinto, con bellezas diferentes, pero con bellezas, siempre, con muchas bellezas.

« Un Perdido », es una obra dolorosa y una obra de estudio psicológico. Puede gustar a muchas personas y aburrir a otras tantas. Es cuestión del grado cultural de los lectores. Yo creo que no es necesario esperar una novela futura para poder afirmar que Eduardo Barrios, no sólo es merecedor a que se le considere uno de los noveladores más fuertes y completos de Sudamérica, sinó también de la península española, puesto que con esta obra, demuestra estar habilitado para resistir una comparación con los buenos novelistas de la generación que se ha dado en llamar del año 98.

El personaje central, Luis Bernales, está tratado con tánta habilidad, posée tánto perfil dentro de la novela, que se sale de sus páginas tal como si fuera el alto relieve de un friso antiguo. Y esto acontece no solamente con la figura principal, pués sucede lo mismo con las del abue-

lo *Papá Juan*, con la de *Luís Bernales*, la *Meche*, el *Teniente Blanco*, *Rosario* y otras. Son muchos los tipos a que Barrios ha dado vida. Ellos pasan por la obra—que es como decir junto al personaje cumbre—con un lineamiento justo, y al ír adquiriendo cada uno su perfil dentro del rol que le está encomendado, le va prestando, al mismo tiempo, un perfil más acentuado a aquel enrededor del cual giran y viven, dejándolo así, cada vez más brillante y más pulido.

Toda la vida de un individuo, desde su nacimiento anormal hasta su madurez, está relatada en estas páginas con proligidad de detalles, con sencillos y hondos comentarios de los fenómenos psicológicos que aparecen en el caracter del mismo. Porque una vida es como un hilo con nudos de trecho en trecho, que son los acontecimientos y problemas que se le presentan al hombre. Los que saben desanudarlos y seguir adelante, triunfan; los que se quedan en el primer nudo, vejetan; y los que por falta de voluntad, siguen, pero sin haberlos desatado, caso este en que se podría incluir al protagonista de la novela, fracasan.

El estudio de psicología que Eduardo Barrios realiza sobre la figura saliente de la obra, tomando a *Lucho* desde su niñez y siguiéndolo en el curso de su vida, caida tras caida, hasta que vencido, se entrega por completo al olvido que produce el alcohol, es dígno de un maestro.

Lucho es un perdido porque es un incomprendido. De haberse hecho comprender por su padre solamente, de no haber tenido tánta timidez, su porvenir hubiera sido otro. Era dueño de algunas aptitudes si no de esas que hacen triunfar plenamente, por lo menos suficientes para sostenerse en ellas y no caer de tal modo, puesto que era bueno, honesto y sensitivo. Pero la vida no le presentó, sinó raras veces, circunstancias apropiadas para que sus dotes, coincidiendo con ellas, fructificaran en bien suyo; y cuando se las presentó, por exceso de timidez las dejó

escapar, y fué cayendo, rodando, *sin desatar los nudos* que le presentaba la existencia, enredándose más cada día en el hilo de su propia desgracia, hasta perderse con el paso inseguro y los ojos brillantes, en la amoralidad de los antros que están al margen de la Sociedad.

Cuando vive con su padre, el Comandante Bernales, en el cuartel de Iquique, tiene la suerte de descubrir que éste lo ama como se ama a un hijo, sin saber que su hijo tiene los mismos sentimientos hacia él, y Lucho siente deseos de echarse en sus brazos. Ya está salvado, lo va a realizar, ha encontrado por fin el puesto de salvación pero cuando llega *el momento* de obrar, ante el semblante adusto y cotidiano del comandante, vacila, y vuelve a triunfar la timidez hasta sobre el amor filial. Luego, encuentra el amor y el sosiego anhelados entre los brazos de una mujer, de una prostituta. Este amor de adolescente le produce unas horas de felicidad, todos los días, durante algún tiempo, pero ella, la pobre *Meche*, adquiere una enfermedad contagiosa y se oculta para siempre.

Lucho ya es un mozo. Ha sufrido mucho, pero le quedan también muchos días para amar de nuevo y seguir siendo juguete de la adversidad. Construye su nido con *Tere*. La Felicidad, durante unos meses le vuelve a sonreir, luego se torna seria, hasta que le hace una mueca horrible. *Tere*, descaradamente, lo engaña con uno de sus amigos y desaparece. Ya ha cumplido su rol. Entonces Lucho se deja ir por el cuesta abajo, y desciende hasta los últimos escalones, perdiéndose de vista.

Tal es, comentada a grandes rasgos, la vida de Lucho, arrancado a la realidad cotidiana y enderedor del cual, Eduardo Barrios ha hecho desfilar una infinidad de personajes interesantes, en ambientes distintos y pintorescos, que dan a la obra una consistencia e importancia sociológica muy pocas veces alcanzada en otros libros sudamericanos de que yo tenga conocimiento.

Y para contraste, junto a este caracter de niño tímido y apocado, que días antes del baile de máscaras a que va a asistir se sabe de memoria las bromas que va a dar, lo que le dirá a aquellos, a estos chicos como él, para avergonzarse por completo en el momento de la fiesta, en la cual todos se divierten menos el pobre tímido, el escritor chileno ha puesto, para guiar sus pasos infantiles, el temperamento buenísimo, sabio y pleno de fuerza filosófica del abuelo *Papá Juan*, que en el ocaso de su vida, hace, dentro de sí mismo, una cosecha de bríos juveniles—reales o irreales—pero que le prestan fuerzas para comenzar a reconstruir su fortuna perdida, hasta que la Muerte lo separa del escenario con mano brutal.

Toda la psicología de Lucho está en germen en esta página del baile infantil, maravillosamente descrita y sentida; como todo el temperamento del abuelo, está, en extracto, en este último y hermoso gesto de su vida, de una enseñanza, de una elocuencia extraordinaria.

Si uno de los méritos de Barrios estriba en la correcta pintura de sus *tipos*, otro mérito dígno de tenerse presente es el modo natural con que los maneja, dentro del ambiente real y contemporáneo que les va creando a cada uno, factor éste que viene a demostrar el acabado conocimiento que de la técnica posee el escritor.

Aparte de esta apreciación, no quiero pasar por alto otra de las observaciones importantes que este libro me sugiere. Tiene que saber mucho de psicología femenina y de las costumbres de una clase social en cuyos laberintos muchos se pierden, quien como el autor de «Un Perdido», describe con tal acierto y pluma veraz, el cuadro al margen del cual tiene lugar la escena entre Lucho y Ana, mujer de vida galante, quien por ser amiga de la Meche y de Lucho mismo, aún cuando esta ha desaparecido de Iquique y mucho del pensamiento de aquel, le guarda fidelidad hasta en momentos en que no tendría

porqué, dada su ausencia y estando ellos bajo la influencia de los licores y de la orgía.

Es curioso—a veces—considerar el Honor y la Virtud entre estas mujeres. Barrios ha demostrado saber hasta donde se estiran, en su elasticidad, estas palabras, entre la aludida clase social.

Y así, tienen un lugar señalado los ambientes más antagónicos, en la novela que me ocupa; desde el aristocrático en que vive Blanca, y al que Lucho no se pudo adaptar, hasta el ambiente de burdel donde encontró un corazón de mujer puro y amoroso, en el pecho de la buena *Meche*, y un gesto de fidelidad y delicadeza *en el de su amiga Ana.*

Para concluir estas impresiones, quiero agregar que el protagonista central de «Un Perdido «, *entra* tánto en el espíritu del lector, y éste se interesa de tal modo en sus vicisitudes, que al considerar el cúmulo de desventuras que pesan sobre él, sin que una vez siquiera la Fortuna le sea propicia, se sienten deseos de arrojar el libro al impulso de la más justa protesta.

Pero aunque Barrios haya sido *demasiado cruel* con su hijo intelectual, ello no puede considerarse como un defecto, a mi modo de ver.

En resumen, esta obra merece que hacia ella se dirijan los ojos de todos aquellos que se interesen porque nuestra joven América cuente con una literatura propia.

FERNAN SILVA VALDES.

EL ESPEJISMO

Ya nos lo predicaban en la Escuela:
Nada como el trabajo dignifica
y hace feliz al hombre. La fortuna
sólo por ese medio se conquista.
El único camino es que conduce
a la inefable Tierra Prometida—
¡Era el eterno «sésamo» burlando
las siete arcanas llaves del Enigma!

Y para dar relieve a tal aserto,
para corroborar esa premisa,
hacíannos ingenuas narraciones
de cómo muchas gentes conseguían
enriquecer con la labor honesta,
o bien, de una tortuga y una hormiga
leíamos la fábula elocuente . . .
Y ya con el trabajo por divisa
quince años ha que doy por los talleres
a cambio del mezquino pan, mi vida!

Jamás hurté mi brazo
al fecundo trajín; siempre creía
pasajero mi mal, cercano el Premio;
y, dándose a soñar mi fantasía
tejía el velo de mis ambiciones
para cuando llegase la Justicia. .

Otros soñaban con palacios aúreos,
pompas aristócráticas, orgías
allá en la tierra del champagne, Casinos,
Hipódromos, y cuanto concebían
sus mentes. Mis anhelos
—También, Señor, las ilusiones mías!—
eran hacer un nido de leyenda,
radiante de humildad y de poesía,

en donde hallar, de vuelta del trabajo,
junto a la compañera de mi vida,
el bien que arranca líricos hosannas
y pone acorde al corazón la lira.

¡ Cuánto soñar en vano!
Inútiles fatigas,
mientras otros hermanos haraposos
nos miran con envidia
al ver que tan siquiera trabajamos
y ganamos el pan de cada día,
agrio y escaso, pero «ya es fortuna»
dicen, en su sarcástica codicia . .
Pobres! Y sufren siempre que comprueban
que son más lentas nuestras agonías!,

Quince años ha que voy a los talleres
con precisión de péndulo, y el día
del Premio no ha llegado.
Otros que abandonaron la consigna
sacramental llegaron a la meta
de sus anhelos; pero la Justicia
que yo esperaba no llegó; y en tanto,
para endulzar mi acíbar,
me hablan del Hospital y del Asilo
y de la Caridad «porque la vida
mala o buena, es así». Pero yo sigo
soñando con mi dicha:
esa de hacer un nido de leyenda,
radiante de poesía,
en donde hallar, al declinar la tarde,
junto a la compañera de mi vida,
el bien que arranca líricos hosannas
y pone acorde al corazón la lira!

PEDRO DEL RIVERO.

GLOSAS DEL MES

El Calendario y los Domingos.

¿ Que es un calendario ? El calendario es una manera de dividir el tiempo y de dar nombre a estas divisiones. Bueno: esto es casi tan viejo como el mundo y son los hombres—astrónomos quienes calcularon esas cosas profundas de los años y los meses ligados a los movimientos de las tierras y los soles. Productos de este saber son los calendarios egipcios y caldeos y gregorianos y otros por el estilo. Pero al lado de estas cosas profundas y de pertenencia científica en cuyo terreno no he de penetrar (pues no hace el caso y me estaría vedado, además, por razones de delicadeza intelectual), hay otras cosas que están ligadas, no ya al movimiento de los astros, sino al movimiento del pensar y del sentir humanos. El día Domingo es una de ellas.

Segun la Biblia, Dios creó el cielo y la tierra y, despues de haber trabajado durante seis días, descansó en el séptimo. Si Dios, que es todo—poderoso, tuvo necesidad de descanso después de seis días de labor, juzgad cuán necesario ha de serlo para el hombre. Y es así como la religión, asignándole un orígen divino, ha instituido el Domingo como día de reposo. Y es así como todos los hombres acataron y honraron el precepto religioso, que no hubieran acatado en verdad tan unánimemente por razones simplemente humanas. (Así Moisés prohibió a su pueblo la carne de cerdo y así Mahoma hizo bañar diariamente a sus adeptos). El hombre ha sido siempre un niño y ha necesitado de tutores y de guías en su paso por la tierra. Para los hombres — niños, para la humanidad—rebaño han surgido siempre los hombres — genios y pastores que hubieron menester (héroes, que diría Carlyle).

Pero el pensar y el sentir humanos han evolucionado con los tiempos. He aquí que para muchos hombres todas esas no son más que paparruchas de la religión. Hoy va penetrando en la mente de la mayor parte (no de todos—falta mucho todavía para que penetre en la de todos) que el domingo debe ser un día de reposo, por la sencilla razón fisiológica de que el hombre tiene que descansar periódicamente y nada más.

Pero el hombre sigue evolucionando siempre y con él las condiciones de su vida sobre la tierra. A tales condiciones de vida corresponden tales cosas y variando aquellas han de variar éstas a su vez forzosamente. La industria, el comercio, las múltiples exigencias de la vida contemporánea han creado la necesidad del trabajo contínuo. La actividad incesante es una de las características de la vida actual de la humanidad. Entonces han pensado algunos: el domingo, día de descanso para todas las actividades, no corresponde ya a las nuevas condiciones de la vida humana. Su subsistencia, dentro de ellas, es irracional. Suprimir las energías y las autoridades de todo el mundo en el mismo día no es hoy posible. Tan es así que realmente ocurre que unos descansan y se divierten en este día; pero otros no. Como cada hombre necesita, por razones fisiológicas, reposar despues de tantos días de trabajo y como el domingo actual es irracional, por las razones apuntadas, suprimamos este día y creemos, en cambio, el descanso rotativo racional para todo el mundo.

¿ Qué tal ? preguntan estos racionalistas.

Me parece muy bien. Del punto de vista de la razón pura estos racionalistas tienen razón. Yo, esto no lo discuto. A mi, hombre razonable, todo esto me parece perfectamente razonado.

Pero ¿ es esto factible ? ¿ Aceptarán todos los hombres una innovación tan radical ? Seguramente no. La tradición y la costumbre son cosas que hacen mucha fuerza en la conducta de la humanidad. La humanidad razona poco por su cuenta. Son sus guías los que razonan por ella y la humanidad se va dando cuenta poco a poco de sus necesidades, a medida que se las van mostrando y a medida que se va insistiendo sobre ellas. Las épocas de los apóstoles y de las conducciones, mediante engaños bien intencionados, ha concluído. No se pueden imponer ya normas de conducta en nombre de principios superiores de origen divino. Hay que imponerlas simplemente en nombre de la razón. Y como la fuerza de la tradición y de la costumbre es enorme, y como la humanidad continúa aún, a pesar de todo, siendo niña y razonando poco, es menester mucho tiempo para convencer a todos de una cosa, así sea la más racional y sencilla, si ella va contra el órden de cosas a que está acostumbrada.

Innovemos, y eso está muy bien siempre que sea un perfeccionamiento y eso es muy general dentro de la evolución. Pero no innovemos a la fuerza y contra el sentir o el pensar de casi todos. Convenzamos primero. Innovemos despues. Y no olvidemos que para convencer a la humanidad, cuando la innovación a hacer destruye costumbres casi inveteradas, se necesita mucha paciencia y mucho tiempo.

Si para muchos aun, el Domingo es un precepto divino, para casi

todos, para la inmensa mayoría el Domingo es un día irreemplazable. ¿Con que vais a sustituir el sentimiento de este día, hoy por hoy, entre los hombres? ¿Cómo es posible suprimir, así—de golpe y porrazo—este día Domingo en que los hombres descansan, se divierten y salen a paseo?

ALBERTO BRIGNOLE.

El Ateneo.

Si preguntáramos a un niño algo despierto de esta ciudad: ¿qué es un Ateneo?; jugamos la cabeza que nos contestaría: «es una casa grande casi un palacio, con muchas ventanas herméticamente cerradas siempre, a no ser en tiempo de farándula carnavalesca, en cuya época se suele ver a algunas damas y caballeros jugando en ellas a las serpentinas.

« En su puerta, por la tarde, muy bien trajeado, suele verse a un negro portero bostezar terriblemente: nada tiene que hacer, en efecto, porque puede uno pasarse horas enteras sin ver entrar ni salir por ella, a persona alguna. Y los que se ven obligados a franquear la maciza puerta del edificio,—generalmente mozos de cordel cargados con cajones de bebidas o aguas minerales,—salen azorados como si volvieran de una catacumba: tal es el silencio y el olor a cosa vetusta o muerta que reina en su interior».

« Por la noche aquello cobra un poco de vida; se iluminan algunas ventanas y el transeunte puede oir un vago ruido de piezas de dominó y de ajedrez.»

« Gente honesta y seria, amiga de la paz de los conventos y de las buenas digestiones, se solaza, sin duda, con esos juegos inocentes.»

Esto contestaría cualquier muchacho avispado de Montevideo juzgando por lo que vé.

¿Pero acaso los que no son muchachos ven otra cosa?

No hace mucho tiempo tambaleó la severa institución y hubo de pedir el auxilio del Estado. ¡Y lo que se le dijo entonces en la Cámara¡ Templo de Minerva, centro que nos enorgullecía, atalaya del saber, heredera de la Sociedad Universitaria....

Sólo algunas voces se levantaron valientemente para manifestar que todo aquello era patraña pura, que Minerva hacia mucho que había huído espantada de ese recinto, y que en cuanto a la extinta Sociedad Universitaria, se le usurpaban los prestigios.

Recordemos, de paso, este incidente que pone de relieve el concepto que a sus mismos panegiristas merecía la institución. Uno de ellos propuso librar de la patente a la cantina del establecimiento y, para

dar fuerza a su moción, dijo, con una sinceridad digna de loa, que el Ateneo no era, al fin y al cabo, mas que un sitio en donde se reunían por la noche como en familia, media docena de amigos a jugar al dominó y beber agua salus.

Y esto, desgraciadamente, y nada mas, es lo que debiera de ser el baluarte de la ciencia y el arte uruguayo. Cierto que nuestro ambiente es de lo mas asfixiante, que aquello de la Atenas del Plata, título pomposo con el que, patrióticamente, queremos enmascarar nuestra lastimosa indigencia cultural, ya no engaña a nadie; pero, por esto mismo, la acción del Ateneo debía de ser mas vigorosa, esa fué la gloria de la antigua Sociedad Universitaria, cuya herencia usurpa, ese es su deber, para eso el Estado lo apuntaló con su dinero, él tiene la obligación, puesto que es el único que podría tentarlo con éxito, de combatir la indiferencia y el excepticismo general.

Tal como están las cosas puede decirse que en las mesas de los cafés, en algunos salones particulares y hasta en la mas infima de las hojas que se publican en el país, se hace mas por el arte y la cultura del espíritu y se estimulan mas las producciones intelectuales, que en ese Centro helado y mudo como una esfinge.

Preciso es reaccionar, barrerlo, abrir todas sus puertas y ventanas, asolearlo, exorcisarlo, hacer que la juventud reanime su silencio de momia. No hay que temer su bullicio, acaso un poco desorbitado, pero siempre fecundo.

Sino lo mejor fuera transformarlo en escuela o en taller industrial: al menos así serviría para algo el edificio.

JOSE MARIA DELGADO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Rodó. —Por VICTOR PEREZ PETIT.

Entre el fárrago de panegiricos insustanciales que se han tejido en homenaje a la labor insigne de Rodó, este libro se destaca por su solidez, su expontaneidad y, sobre todo, por el interés que sabe despertar.

Posiblemente no ha habido hasta ahora quien intentando hacer resaltar el mérito y divulgar la obra de aquel esclarecido compatriota haya elegido mejor ruta; porque no es acumulando adjetivos o batiendo locamente el parche del ditirambo, sino conociendo el arte tan difícil de ser ameno y dejarse leer, como se consigue que todo el mundo puede apreciar el valor de un maestro.

Es el primer estudio que se ha hecho del Rodó íntimo. Nadie mas capacitado para abordar esta tarea que Perez Petit, compañero en andanzas juveniles y hermano espiritual del eminente escritor.

Como todos los grandes hombres Rodó no parece haber sido toda su vida mas que un gran niño. Descontamos, desde luego, lo que el autor puede haber puesto de su cosecha en muchas de las anécdotas que narra, con el objeto de mejorarlas o de darles color. El amigo fraternal no es, generalmente, un buen historiador. Además él mismo figura como protagonista en la mayor parte de ellas y ya se sabe lo que la imaginación pone en todas las cosas que se miran desde muy lejos, maxime cuando ellas forman parte de lo mejor de nuestra vida.

A pesar de esto,—que no es de ninguna manera un pecado, sobre todo cuando se hace con talento,—Pérez Petit consigue darnos una idea bien nítida de lo que podíamos llamar el castillo interior de aquel selecto espíritu.

Otro mérito del libro es el de historiar la vida de la Revista Nacional que redactó el autor junto con Rodó y los hermanos Martínez Vigil. Esa revista, a nuestro juicio, concreta una época de nuestra literatura y los cuatro años de su existencia pueden señalarse como un ejemplo de lo que es capaz de hacer, aún en un medio hostil, el tesón, el talento y la energía cuando por un ideal se siente verdadero amor y no simple *dilettantismo.*

Por otra parte revélase en este nuevo libro Pérez Petit un alto crítico, profundo, claro, sagaz y de una erudición tal que sobrecoje.

En resumen, un libro excelente, ameno, que merece ser leído por todos, pues es, a nuestro juicio, el estudio mas completo que se haya hecho de Rodó.— J. M. D.

« Orientaciones Periodísticas ». — Por ALEJANDRO ANDRADE COELLO. La agobiadora profesión del periodista, que tantos talentos ha malogrado, a causa del constante apremio con que el escritor debe tratar asuntos de opuesta índole,—con detrimento del estilo y sin la suficiente profundidad de pensamiento,—a fin de satisfacer prestamente la voracidad pública; esa profesión anónima e ingrata, ha tenido un representante batallador en la persona del intelectual bohemio Manuel J. Calle, que acaba de fallecer en el Ecuador, su patria, después de bregar tesoneramente con la péñola durante treinta largos y agitados años. Así nos lo refiere con su acostumbrada amenidad el distinguido literato ecuatoriano Alejandro Andrade Coello, en uno de sus últimos y enjundiosos opúsculos, que ha tenido la gentileza de enviarnos. El crítico inteligente de « Rodó », de « Vargas Vila y su obra » y de tantos interesantes ensayos y semblanzas sobre figuras representativas del mundo de las letras, hace la biografía de su compatriota extinto, analizando con riqueza de erudición su labor de periodista. Ese folleto contiene acertadas observaciones y edificantes enseñanzas respecto a la misión educadora del periodismo y la responsabilidad de quien lo ejerce, por las proyecciones de carácter ético, social, intelectual y político que su ministerio refleja en la vida organizada de los pueblos cultos.

Manuel J. Calle poseía algunas excelentes condiciones del periodista moderno: tenía general intuición de las cosas, agilidad mental, dócil memoria; era un improvisador repentista y oportuno; concebía rápidamente; pero sus artículos adolecían, con frecuencia, del defecto de la repetición de los vocablos, hasta de frases completas, cuando no de expresiones rudas e hirientes en demasía, dictadas por ofuscadora pasión política o por subalterno odio personal, terreno éste al que amenudo descendía Calle, olvidando su cultural misión en la prensa. Fué un eficaz censor de los malos gobiernos de su país, pues, su pluma era diestra para dar en la llaga. Su crítica social combatió arraigados y rancios prejuicios, que le valieron alabanzas y enemistades. Sus charlas, escritas en un estilo epidérmico y fugaz, constituían la comidilla diaria de las gentes... En fin, hizo mucho bien y cometió grandes errores e inconsecuencias. Por eso, en el Ecuador ha sido tan vivamente discutida su personalidad. Manuel J. Calle fué un talento malogrado por las circunstancias en que le tocó actuar. Vivió de prisa, nerviosamente, sin tener tiempo para cultivar su

pródigo intelecto, ni pudo meditar más hondamente lo que concibiera y publicara.

El hermoso opúsculo que ligeramente comentamos titulado » Orientaciones Periodísticas », es dígno de ser leído por la prédica sana que sustenta y por las normas de cultura e ilustración que determina como necesarias para encuadrarse dentro del bien entendido periodismo moderno. — A. E. M.

« **El Pensamiento político de Alberdi** ». — Por Carlos Pereyra. Editorial América. — Madrid 1918.

Con este título el escritor Carlos Pereyra, ha publicado un extenso estudio sobre la compleja personalidad moral y política de Juan Bautista Alberdi. La obra de este noble espíritu tiene una justiciera exaltación en las páginas que le dedica el citado autor, apologista sincero de aquella esclarecida mentalidad, considerada junto con Sarmiento y Rivadavia como una legítima gloria del pensamiento americano.

Alberdi es de aquellos hombres a quienes la posteridad comienza a hacer justicia, realizando sus ideas, acatando aquellos conceptos y propósitos, que en otro tiempo concitaran contra su nombre los más violentos dicterios, o la indiferencia más desalentadora y negativa. Incomprendido y hostilizado en su tiempo, blanco de las enconadas injurias con que la mediocridad pretendía lapidar su figura de hombre superior, Alberdi fué no obstante una extraordinaria conciencia, de visión amplia y moderna verdadero renovador político y moral, que soñaba para los pueblos de América más elevados destinos. La crítica moderna agena a los apasionamientos de la época, conciente de la trascendencia de su misión y con un recto sentido de la justicia histórica, enaltece ahora en Alberdi a uno de los cerebros más representativos de este continente, creador y ejecutor a la vez, de nuevos conceptos, estadista de fecundas orientaciones, pedagogo social en el sentido con que, en nuestros días, Ortega y Gasset define a los hombres de la contextura moral del autor de «Grandes y pequeños hombres del Plata. »

En el libro que comentamos surge nítida y precisa la vida y labor de aquel apostol de idealidades superiores, merced a la transparencia del estilo y el método expositivo de la exégesis que le dedica Carlos Pereyra.

La equidad del crítico y el anhelo de imparcialidad que revela el autor de « El pensamiento político de Alberdi » no le han permitido envolver en loas hiperbólicas y por lo mismo esteriles la personalidad de Alberdi. Estudia la génesis de la independencia ríoplatense el proceso del desenvolvimiento cultural y político, factores y hombres que provocaron primero y concretaron en forma definitiva más

tarde, la emancipación americana, para relacionar después estos sucesos y coordinarlos con la obra e ideas que más tarde, en un período también intensamente constructivo, preconizó y defendió el vigoroso estadista y pensador argentino. — W. P.

« Espigas ». — Por Almafuerte. — Edición mensual de « América ». Buenos Aires, 1919.

Es un homenaje a la memoria de Almafuerte, este cuaderno de la edición » América ». Van dos años que ha muerto el gran poeta y « América » hace bien en recoger algunas palabras suyas, de aquellas que la juventud no debe olvidar.

En autógrafo y como un prólogo » Espigas » trae esta frase de Almafuerte, que la humanidad acaba de ver consagrada ampliamente: » Un pueblo cuyas mujeres tomaron la Bastilla, sin más armas que su arrojo, podrá ser vencido por semidioses; pero nunca, jamás, por semi-bárbaros. » » Espigas » contiene páginas tan notables como » Al azar de las ideas », » Jesús », y algunas » Evangélicas », de esas que tan sencilla y hondamente decía el Maestro con su palabra altísima. — T. M.

Almanaque Ilustrado del Uruguay 1919.

Con el excelente material de costumbre ha aparecido este Almanaque Ilustrado cuya dirección está a cargo del conocido escritor Ricardo Sánchez.

Figuran al pié de sus composiciones literarias las firmas de muchos de nuestros mejores prosistas y poetas, amén de algunas extrangeras de renombre mundial, lo que hace del Almanaque un libro de grandes méritos en lo que a arte puro atañe.

Merece, en verdad, un caluroso aplauso por la elaboración de esta obra el señor Ricardo Sánchez, cuyo tesón y cariño por las manifestaciones superiores del espíritu son bien notorios. — J. M. D.

NOTA

Llamamos la atención de los artistas nacionales y extrangeros sobre el llamado a concurso que hace la Comisión Nacional de Educación Física, cuyas cláusulas publicamos en la sección avisos de esta revista,—para la confección de medallas destinadas a ser otorgadas a los vencedores de sus campeonatos.

Por la seriedad de esa institución oficial, por el modo de constituir el jurado que, a nuestro entender da todas las garantías de justicia posible, por la amplitud de sus condiciones, por la asignación elevada de los premios y por la belleza del tema que se presta como pocos a la inspiración y a la originalidad, creemos que este concurso tendrá el éxito que, con todo derecho, esperan sus organizadores.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1367.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albuquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda Oscar, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Gervasio, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio, Hotel «La Alhambra».
Diángelo Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cerné Enrique, Rivera 2160.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magariños Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1262.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cerné Conrado, Rivera 2180.
Onetti Vicente, Colombia 1228.
Jiménez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Alzamora Lorenzo, 25 de Mayo 262.
Acosta Gonzalo, Misiones 1473.
Carámbula Filiberto, P. Independencia 710.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 524.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MÉDICOS

Arias José F., O. del Plata 1236.
Bottaro Carlos P., Maldonado 1182.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladeri José, Constituyente 1719.
Iribarne José, Cuareim 1222.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1384.
Guisano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1962.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Morquio Aldo, Andes 1234.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1232.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881,

tarde, la emancipación americana, para relacionar después estos sucesos y coordinarlos con la obra e ideas que más tarde, en un período también intensamente constructivo, preconizó y defendió el vigoroso estadista y pensador argentino. — W. P.

« **Espigas** ». — Por ALMAFUERTE. — Edición mensual de « América ». Buenos Aires, 1919.

Es un homenaje a la memoria de Almafuerte, este cuaderno de la edición » América ». Van dos años que ha muerto el gran poeta y « América » hace bien en recoger algunas palabras suyas, de aquellas que la juventud no debe olvidar.

En autógrafo y como un prólogo » Espigas » trae esta frase de Almafuerte, que la humanidad acaba de ver consagrada ampliamente: » Un pueblo cuyas mujeres tomaron la Bastilla, sin más armas que su arrojo, podrá ser vencido por semidioses; pero nunca, jamás, por semi-bárbaros. » » Espigas » contiene páginas tan notables como » Al azar de las ideas », » Jesús », y algunas » Evangélicas », de esas que tan sencilla y hondamente decía el Maestro con su palabra altísima. — T. M.

Almanaque Ilustrado del Uruguay 1919.

Con el excelente material de costumbre ha aparecido este Almanaque Ilustrado cuya dirección está a cargo del conocido escritor Ricardo Sánchez.

Figuran al pié de sus composiciones literarias las firmas de muchos de nuestros mejores prosistas y poetas, amén de algunas extrangeras de renombre mundial, lo que hace del Almanaque un libro de grandes méritos en lo que a arte puro atañe.

Merece, en verdad, un caluroso aplauso por la elaboración de esta obra el señor Ricardo Sánchez, cuyo tesón y cariño por las manifestaciones superiores del espíritu son bien notorios. — J. M. D.

NOTA

Llamamos la atención de los artistas nacionales y extrangeros sobre el llamado a concurso que hace la Comisión Nacional de Educación Física, cuyas cláusulas publicamos en la sección avisos de esta revista,—para la confección de medallas destinadas a ser otorgadas a los vencedores de sus campeonatos.

Por la seriedad de esa institución oficial, por el modo de constituir el jurado que, a nuestro entender da todas las garantías de justicia posible, por la amplitud de sus condiciones, por la asignación elevada de los premios y por la belleza del tema que se presta como pocos a la inspiración y a la originalidad, creemos que este concurso tendrá el éxito que, con todo derecho, esperan sus organizadores.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881,

Comisión Nacional de Educación Física

LLAMADO A CONCURSO



La Comisión Nacional de Educación Física llama a concurso para la confección de un modelo para el cuño del anverso de la medalla destinada a premiar a los ganadores de los Campeonatos Nacionales de deportes físicos, bajo las siguientes condiciones:

1.º El modelo no deberá tener inscripción; deberá ser hecho con substancia dura, yeso, bronce, etc y no podrá exceder de 30 centímetros en ninguna de sus medidas. La forma de la medalla queda librada al juicio de los concursantes, pero teniéndose en cuenta que debe ser una pieza de uso personal.

2.º Fíjase un plazo de 90 días a contar de la fecha, para la presentación de los trabajos los que deberán ser firmados con lema.

3.º El Jurado se constituirá de la siguiente manera: un miembro designado por la Comisión Nacional de Educación Física, otro por el Círculo Fomento de Bellas Artes y el tercero electo por los concursantes. El Jurado se expedirá a los cinco días de cerrado el plazo de admisión.

4.º Los concursantes deberán acompañar el modelo con dos sobres cerrados y lacrados; uno de ellos llevará en la parte exterior el lema correspondiente al trabajo y contendrá un pliego con el nombre y la dirección del artista. El otro también lacrado y sellado llevará en la parte exterior además del lema correspondiente, la palabra VOTO y contendrá el nombre del jurado que el artista designe.

5.º El Jurado adjudicará dos premios: uno de trescientos pesos oro y un accesit de cincuenta pesos, pudiendo declarar desierto el concurso en caso de que en ninguno de los modelos vea méritos suficientes para que los premios sean acordados.

6.º El trabajo premiado quedará de propiedad de la Comisión Nacional de Educación Física sin que ésta tenga que hacer ningún otro desembolso por dicho concepto.

7 º Los trabajos se recibirán hasta las doce horas del día 15 de Junio de 1919 en la Secretaría de la Comisión Nacional de Educación Física, Calle 25 de Mayo N.º 506, la que otorgará el recibo de práctica.

Montevideo, Marzo 20 de 1919.

El Secretario.

AÑO II ABRIL 1919 Núm 10

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO
PEÑA HNOS. — Imp.

REVISTAS LITERARIAS

«NOSOTROS» — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

«ATENEA»—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

«IDEAS»—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

«HEBE»—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

«NUESTRA AMERICA»—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

«REVISTA AMERICANA»—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

«EL FIGARO»—Apartado de correo, 397. Habana

«SELVA LIRICA»—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

«CUBA CONTEMPORANEA»—Apartado de correo, 1907. Habana.

«REVISTA CHILENA»—Bandera, 130. Santiago de Chile.

«PRO CULTURA»—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

«ATENEO JUVENIL DE LETRAS»—Soiza Relly, Paysandú.

«HIGIENE Y SALUD»—Colombia, 1294. Montevideo.

«FUTURA»—Director Valentín Castilla, Salto.

«ROCHENSE»—Carlos M. Rocha, Rocha.

«EL SEMANARIO»—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Abril, 1919.

Núm X



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

19 DE ABRIL DE 1825

Acerca de la índole, significación y finalidad sustancial de esta heroica cruzada — ¿y cuando no? y alrededor de que suceso no? — mucho ha tejido y discutido y argumentado, gente de historias, de pasiones y de bandos;..

Esta bien, pero séanos lícito, y es bello y alza el alma, recordar aquellos lejanos días del año XXV, en que los orientales emigrados en Argentina, — hombres tristes y agrios, — «sin patria — pero sin amo», maquinadores eternos una cruzada quimérica contra el imperial señor de la Cisplatina, — se exaltaron con una exaltación incontenible y nueva, ante la victoria del Gran Mariscal en Ayacucho.

Y es Lavalleja, rudo, pequeño y valiente, abandonando su saladero para ser el capitan de la empresa,—y es De la Torre, haciendo confeccionar una pobre bandera tricolor y corriendo diez calles de Buenos Aires para dar con el francés Goloú, que le pintara en ella el lema dilema «Libertad o Muerte»...

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA »—Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS »—Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE »—Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA »—Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA »—Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO »—Apartado de correo, 397. Habana

« SELVA LIRICA »—Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA »—Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA »—Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA »—Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS »—Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD »—Colombia, 1294. Montevideo.

« FUTURA »—Director Valentín Castilla, Salto.

« ROCHENSE »—Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO »—Convención, 1413. Montevideo.

AÑO II

Abril, 1919.

Núm X



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

19 DE ABRIL DE 1825

Acerca de la índole, significación y finalidad sustancial de esta heroica cruzada — ¿y cuando no? y alrededor de que suceso no? — mucho ha tejido y discutido y argumentado, gente de historias, de pasiones y de bandos;..

Esta bien, pero séanos lícito, y es bello y alza el alma, recordar aquellos lejanos días del año XXV, en que los orientales emigrados en Argentina, — hombres tristes y agrios, — «sin patria — pero sin amo», maquinadores eternos una cruzada quimérica contra el imperial señor de la Cisplatina, — se exaltaron con una exaltación incontenible y nueva, ante la victoria del Gran Mariscal en Ayacucho.

Y es Lavalleja, rudo, pequeño y valiente, abandonando su saladero para ser el capitan de la empresa, — y es De la Torre, haciendo confeccionar una pobre bandera tricolor y corriendo diez calles de Buenos Aires para dar con el francés Goloú, que le pintara en ella el lema dilema «Libertad o Muerte»...

Y luego la provisión de un puñado de armas desiguales y miserables, con los poco pesos guardados tan bien en el cajón de aquella cómoda de caoba clara, que ha llegado hasta nosotros,—y el secretear de los que sabían algo,—y la remonta del grupo que no subió de treinta y tres. Y mas tarde la partida clandestina y la peregrinación por el dédalo lacustre de las tierras del Delta.

Y todavía las sombras del último atardecer y el embarque, y la cruzada sigilosa, y los buques imperiales avizores y... al fin! la costa nuestra, la patria, y el lanchón embarrancando en la playa de la Agraciada, crujiendo con chirrido de esmeril grueso.

Los corazones laten tan fuerte que parece que se van a salir por la boca.

Ya estan allí, en tierra todos, en la playa él equipo estricto, solo falta jurar, en el sagrado solar artiguista, el lema formidable de la bandera...

« Helos allí... con ademán sañudo
Cárdeno el labio y la pupila ardiente »

Y juraron a las primeras luces de una aurora de sol de Ayacucho—el juramento que se esparció por el monte, que recien empezaba a despertar,

... solemne y poderoso
cual se difunde el salmo religioso
por las calladas bóvedas del templo ».

....

José M. Fernández Saldaña.

UNA CARTA INÉDITA DE LAVALLEJA

En el artículo anterior se hace referencia a las empresas comerciales del General Juan Antonio Lavalleja durante su emigración en las Provincias Unidas,—hoy República Argentina—antes de ponerse al frente de la expedición del año 25.

El Dr. Julio Lerena Juanicó, hombre de letras y selecto espíritu, amigo nuestro, ha tenido la bondad de facilitarnos una carta inédita del Jefe de los Treinta y Tres, algo anterior a la épica cruzada, y que contiene interesantes pormenores relacionados con las dificultades y cuitas del viejo capitán de Artigas hecho comerciante.

Este documento forma parte del valioso archivo de la familia Lerena.

S. D. Franco. Juanicó.

Bs. Ays. 7bre. 22 de 1824.

Mi estimado amigo: nuevamte. han llegado los momentos qe. preciso de su protección. He arrendado el Saladero de D. Pascual Costa para hacer carnes saladas, el principal que tengo es corto y preciso que me socorran mis amigos. Yo jamás he dudado de sus buenos deseos hacia mi y toda mi familia. V. puede figurarse qual estará mi espíritu, dos años peregrinando pr. estas Provins., y sin tener a quien arrimarme. En este concepto me veo en la dura precisión de incomodar a mis protectores. Asi es

qe. he escrito con esta fha. al Sr. Cavaillon implorando su protección y la de V. — Mi carta a ese Sr. le impondrá a V. detalladamte. de mi solicitud, pa. el efecto tenga la bondad de pasar pr. la vista la qe. le dirigí a Cavaillon, qe. el se la facilitará y resolver acordes lo qe. les paresca mas prudente.

Sírvase dispensar esta franqueza y ordene a este su mas affmo.

JUAN ANT°. LAVALLEJA.

P. D. — Anita se repite de V. con la mayor consideración.

EL POEMA DEL RUISEÑOR

Desde la rama del ciprés dormido
el dulce ruiseñor canta a la Luna
y la invita a bajar hasta su nido...
Ya ves qué casto amor tan sin fortuna...
Y eso que el ruiseñor, en un descuido,
puede llegar volando hasta la Luna.

Envuelta entre la luz embrujadora
da al viento el ruiseñor tadas las galas
que su garganta mágica atesora;
y la Luna se vuelve toda escalas
de seda y luz.... (La Luna diz que ignora
que su dulce cantor tiene dos alas)....

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores....
Astro y pájaro, a un tiempo, están divinos..
Y élla baja hasta él vuelta fulgores,
y él asciende hasta élla vuelto trinos...

Llena de sombra y de quietud, como una
pupila abierta al cielo indiferente,
un retazo perdido de laguna
sueña en la fronda del jardín.... Presiente
la pálida belleza de la Luna
aquel espejo claro y transparente.

El ruiseñor solloza dolorido
envuelto entre la luz embrujadora
cuando calla, de pronto, sorprendido,
porque desde la rama en donde llora
advierte que la Luna se ha caído
y flota sobre el agua onduladora.

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores....
Luna y pájaro, a un tiempo, están divinos....
y élla asciende hasta él vuelto fulgores,
y él desciende hasta élla vuelto trinos.

El pájaro suplica, impreca y canta
mientras se multiplica a maravilla
la flauta de su eglógica garganta....
y salta alegre al ver como se humilla
La luna que corriendo tras su planta
se viene sobre el agua hasta la orilla....

Ante el dulce deliquio que le miente
la Luna, riendo del cristal del lago,
loco de amor el ruiseñor se siente,
y respondiendo al amoroso halago,
hunde el pico en el agua trasparente
y se bebe la Luna trago a trago.

RICARDO MIRO.

Panamá.

EL GAUCHO

Se ha lanzado la idea de inmortalizar al gaucho; y la aplaudo por mi parte. Ante la exigua, siempre exigua gratitud humana, debe atraer nuestras simpatías todo lo que tienda a rehabilitarnos, y dicho héroe bien merece un monumento. No hagamos sentimentalismo, sin embargo. Tiene de sobra ese « gestor de América » para sobreponerse a los retaceos partidarios. Su obra, enorme, se yergue muy por arriba de las empalizadas donde se embotan nuestras pasiones bravías. Si hemos de magnificar, magnifiquemos. Hay que mirar a este factor medular de nuestra economía por su aspecto más noble, más alto y genuino. Subamos la mira, pues.

Por lo que resulta más representativo el gaucho en nuestra sociología, no es, a mi ver, porque haya sufrido y contribuído más a soportar los azares y quebrantos de nuestra vida turbulenta, sino porque es, si no lo único, lo que ha conservado y tendido más a mantener contacto con el medio americano, vale decir, con su ambiente propio. Así es que, fuera de lo precolombiano, miramos al gaucho como la esencia de nuestras tradiciones criollas, como la valla autóctona opuesta a la conquista ideológica que subsiguió a la era de las emancipaciones políticas. Las urbes se han hibridizado: hay parises, madrides, romas, vienas y hasta berlines por estas comarcas, en tanto que la ciudad americana, de pura cepa, y aún de media cepa, está por verse; y hasta parece ser de realización utópica.

El gaucho, no es el poblador, de cualquier indumentaria rural o urbana, que rinde culto a los dioses, ídolos y fetiches de ultramar, sino el que, compenetrado con el ambien-

te, forja allí mismo su carácter. Es el nativo de América, que siente la altivez de su privilegio regional, y que, por lo propio, se manifiesta autónomo, ya use chiripá, bombacha o frac. Podrá haber desaparecido el arquetipo, si pudo encarnarse alguna vez, pero no es menos cierto que al desvanecerse dicha entidad dejó plasmada su obra estructural como baluarte inexpugnable de la individualidad americana: su psicología. No solo porque el gaucho, trabado con la naturaleza, hizo sacrificios y sufrió, al propio tiempo que rendía culto a sus aves y sus flores, merece nuestra admiración y nuestra gratitud. Es, particularmente, porque ha salvado la virginidad de América, en tanto que estas poblaciones inorgánicas se sentian apabulladas por la ola de los deslumbramientos de las viejas civilizaciones, perdiendo pié en la realidad, sin acertar a ver lo propio, y sometidas al dictamen de todos, como no sea en materia de libertades políticas: ese es el mayor y mejor título del gaucho.

Si lo que se quiere magnificar es el « eslabón » que une lo americano autóctono con la conciencia moderna de América, elaborada en medio del cosmopolitismo avasallador de las inmigraciones trabajadoras, en estos pueblos formados por una rápida acumulación de hombres y familias que proceden de todas partes del mundo, más bien que por un proceso normal y razonado de selección asimilativa: enhorabuena ! Si el gaucho representa algo así como un filtro de resistencia a la incorporación sin arráigo, al poblador que solo mira nuestra espléndida naturaleza como una gran caja de fierro repleta de oro y de papeles cotizables: enhorabuena ! Será el símbolo de la autonomía americana, que es nuestro mayor bien moral y material.

A esa entidad, simpática y fuerte, que, como represa destinada a impedir que nos europeicemos a destajo, fundidos en lo heterogéneo abigarrado, y que, como gérmen fecundo, generó la noción individual e « individualizante », debemos el supremo beneficio de ser lo que debemos ser:

americanos. Y en este campo vírgen, vivero de todas las selecciones, es donde buscan expansión libérrima las conquistas e ideales que fermentan penosamente en el Viejo Mundo por entre las mallas de una tradición ósea. Aquí es donde se cultiva el fruto ópimo del progreso, para disfrutarlo exento de las cóimas que subsisten aún allá a expensas de las glorias y prestigios del pasado, exóticos, felizmente exóticos para nosotros. No sólo para disfrutar mejor de todo esto vive la América autónoma, sino también para retribuir con hidalguía al benemérito campeón ancestral, rejuvenecidos y lozanos, los nuevos tallos de su propia planta, como precio de sus ingentes, admirables aportes a la obra de la evolución mundial, y para ofrecerle también algunos tallos de las plantas nuestras.

Esta es la representación superior del gaucho, de ese elemento que vemos poetizado en nuestras idealizaciones habituales, y en ese sentido es más que un símbolo patrio: es el símbolo de la América Latina.

PEDRO FIGARI.

Abril 8 de 1919.

VELO AZUL

Tornamos tristemente a la alameda
aquella tarde vaga y azulina
que huía con su túnica de seda
oual una aventurera golondrina.

Ella me habló de amor: la serpentina
de ilusiones que erótica se enreda
entre dos almas, tiernamente fina
atónos al altar de la arboleda.

Posé mis labios en su blanco cuello,
hundí mi inquieta mano en su cabello,
la abracé con locuras de vampiro. .

Y al volver a la vida y al ser bueno,
mi faz culpable sepultó en su seno,
y ella me dió el perdón en un suspiro .

Bartolomé Galindez.

Buenos Aires.

LEYENDA E HISTORIA

EL PROCEDIMIENTO PASIONAL

Es un hecho del dominio pericial que la historia tumultuosa de los partidos políticos del Uruguay sólo está escrita parcialmente y que en ella predomina la memoria de los que combatieron a la sombra de sus banderas, viejos soldados de nuestras pasiones, de nuestras virtudes y nuestros errores, milicianos fieles al organismo de los sucesos marcados por el rastreador social de nuestros *centauros*, de forma de caudillos y de fondo de estadistas. Los artífices que deben labrarla y desentrañar su filosofía no han vaciado aún el molde de la compleja obra, y si por acaso alguno ha perfilado un rasgo, es siempre oportuno decir que no supo emanciparse de la vieja fórmula relatoria y de la brusquedad de las púas de su crítica.

En el medio crítico militante han generado antes los imitadores de Plutarco y de Suetonio que los reales Tácitos y Tito Livios.

Y no debemos agradecerles este florecimiento imaginativo porque es imposible perfilar los varones civiles y militares que los sucesos engendraron sin antes hacer el análisis fisio-psicológico del teatro-ambiente, aspirando con justeza a que las fisonomías resulten acabadas o no disten gran espacio de la realidad en la armonía del conjunto. Nos hemos apegado demasiado hasta el día a las leyendas y a las glorificaciones prematuras, sacrificando la noción hermosa y verdadera del trabajo íntegro al detalle interesado y personalista, sin pensar que en estudios de

este género es común que la duda sobrevenga al aplauso incondicional y que lo recamado de artificios, halagador y ligero, es sustituido por el *sine ira et studio* del tiempo que derriba ídolos, desfigura escenas y ennoblece la unidad con nuevas decoraciones.

Los críticos locales poco o nada han conciliado la levadura de la pasión con el reposo y la serenidad del estadista, con lo cual mas han parecido contemporáneos empecinados de los hechos que comentaron que escudriñadores pacientes y concienzudos de la verdad histórica.

Fragmentarios y quizá mutiladores de la sinceridad, no han olvidado con Bagehot que «la mejor historia no es mas que el arte de un Rembrandt; ella arroja una viva luz sobre ciertas causas elegidas; todo lo demás queda abierto de sombra»; pero han recargado desmesuradamente esa sombra que es el encanto del arte y han omitido—imperiosos intérpretes del medio—elementos probatorios de importancia al precio de las satisfacciones partidistas. En su intensidad pasional nos recuerdan aquellos historiadores de la decadencia del Imperio romano, tan complacientes con los gobernantes imperiales, así fueran histriones, grandes administradores o brillantes alienados. Unos complacen a la emotividad colectiva, los otros complacían a la vanidad personal, al suntuoso poderío: ambos mutilaron el pensamiento de la historia. No han tenido presente que así como—al decir de Sarmiento—a las naciones sur-americanas de orígen español les hacía falta un Tocqueville que estudiara su organización social, la República Oriental también necesita un Sarmiento que engendre un libro como *Facundo* que pertenece a la historia porqué explica una época, a la filosofía porque revela un estudio psicológico y a la crítica porque constituye un libro nuevo que es como el génesis de una nueva literatura.

Y si han olvidado con el mismo Bagehot que «ninguna nación puede ser definida de una manera sumaria y abs-

tracta; que no hay suceso alguno histórico que sea únicamente la demostración de un solo principio»—yendo de la extrema glorificación a la más absoluta condena— ¿qué mucho que ennegrezcan o iluminen con demasía las figuras nacionales si juzgan empíricamente y sin relación con el concepto de la naturaleza del arte histórico?

Hay que confesarlo paladinamente. Nos deleitamos a porfía en esculpir bajos-relieves que representan la historia del dolor o de los errores sin antes preocuparnos de levantar la base del monumento, y perdemos sensiblemente las horas, que debiéramos dedicar con toda nobleza a las investigaciones laboriosas, en pintar con fuertes colores las deformidades y las escepciones, repitiendo de memoria la tradición verbal sin los esplendores de toda la prueba documentada y sin el rigor que imprime a la idea una alta filosofía.

Nos irritan y nos ponen fuera de la normalidad las más mínimas modificaciones a nuestro juicio preconstituido, y parecemos constituír en medio del desafuero de nuestras tolerancias una resistencia al cambio, una negación del principio de la competencia frente a las necesidades y a las expansiones del progreso. En la reducción del horizonte constructivo, la estabilidad conservadora aparenta estar reñida con la concepción de los nuevos pensamientos, en completo desacuerdo con el desmedido afan de copia e innovación que nos domina en otros órdenes intelectuales. De aquí que a fuerza de querer confirmar los Dioses Penates de la República, confundamos la tradición nacional con la partidaria, concediendo a la una la gloria que corresponde a la otra y magnificando a la parte en vez de honrar y engrandecer a la armonía total.

Nadie en nuestro país se ha apercibido a la tarea eminente de emprender el estudio del caudillo local, ese personaje singular que, en la Argentina, Sarmiento comenzó a disecar y pensadores del día concluyen por reconsti-

tuir con todos los elementos de criterio de la escuela positiva. Se le ha fustigado sin piedad, pero no se le ha explicado. Es en estos organismos netamente americanos, caudillos—brazos y caudillos—ideas que, en definitiva, no serán ni aplaudidos ni condenados, dónde hallaremos el secreto de nuestras grandezas y desventuras, la lógica de nuestras revoluciones y la voluntariedad de sus rudimentarios directores.

La historia regional no será explicada así por la sola pasionalidad de los unos, la agresión ciega de los otros, ni mucho menos por el antagonismo creado por los sistemas irreconciliables del espíritu de órden y del amor desenfrenado por la libertad, porque el factor étnico y la justicia desmentirán en absoluto ese falso punto de vista que esconde el procedimiento unilateral y peligroso de la leyenda.

El estudio sociológico del caudillo, adaptado a la especie del unitario localismo, hecho sin los ardores partidarios que tienen la inercia inelegante de empequeñecer las cosas de valor que tocan, revelado sin las sutilezas rebuscadas de los que aspiran a vivir en un ambiente inepto para hacer vibrar la verdad inexorable, y calcado solamente sobre la gravedad de los grandes maestros, será el más eficaz revelador de la sociabilidad provinciana y el más exacto reproductor de sus éxitos, crímenes y errores. El elogio aparecerá revestido entonces de mayor autoridad, y la condena despojada del odio que no es sentimiento que se inmortaliza para gloria del género humano.

Igualmente distantes de la hipérbole y del anatema que nos han cristalizado durante una centuria, ¿no podremos pronosticar que pronto celebraremos como un progreso educativo la modificación de nuestros hábitos de cronistas, suavizando perfiles demasiado agudos, moderando nuestra imaginación exaltada y graduando el

lente de aumento de los episodios heroicos con que acostumbramos vencer nuestra inteligencia y nuestro juicio desde que nacemos a la vida del discernimiento?

La transformación debe venir al conjuro poderoso del *mens agitat molem.* Al criterio arbitrario, tradicional, apasionado, exclusivista que, aún de buena fé, formuláramos para excitar la simple vanidad de pensadores mediocres, sucederá necesariamente el criterio tolerante, generoso y más perfecto que tiene en vista el descubrimiento ecuánime de la verdad sin apego al prejuicio secular y que triunfa a despecho del derrumbe de los ídolos creados; o sea aquel que, al aplacar el ardor o disminuir la intensidad de la pasión, reduciéndola a sus justas proporciones, decretará el refugio de nuestra literatura histórica en el seguro puesto del método y del análisis científico.

ATILIO C. BRIGNOLE.

PARA VENGANZAS
DE TUS DUELOS...

Mujer divinamente buena,
mujer hermosamente pura,
que disipaste mi honda pena
con tu cariño y tu ternura;

Mujer toda alma, toda ensueño,
santa en caricias y en dolores,
de mis insomnios el beleño,
¡ oh, dulce aroma de mis flores ¡

Porque he pisado tus purezas,
porque he matado tus anhelos,
quiero mostrate mis tristezas
para venganzas de tus duelos ¡

Traigo el caudal de mi amargura,
mi llanto oculto y resignado,
y este negror de sepultura
de mi espíritu desolado !

Te traigo todo lo que es mío
para que puedas consolarte:
cuando tú veas el hastío
que me devora has de calmarte.

Cuando tú veas las saetas
que me atraviesan las entrañas,
mis atroces ansias secretas
que me muerden como alimañas,

Tu corazón se verá pleno
de luminosas emociones,
y al santo abrigo de tu seno
latirán nuestros corazones ¡

Al verme lleno de miserias
y de vesánicos accesos,
ha de quemarte las arterias
un loco afán de darme besos ¡

Y tu venganza será inmensa:
porque verás roto mi orgullo;
mas, no sabrás donde comienza
mi cruel dolor y acaba el tuyo ¡

E. MOLINA HERRERA.

En el próximo número « Pegaso » honrará sus páginas con fragmentos inéditos de un drama lírico de Julio Herrera y Reissig, y un articulo, también inédito, de Héctor Miranda.

EN LA NOCHE...

(*Cuento*)

I

—¡ Cuándo nos echan yueve !.. Y antes ¡ tres meses esperando l'agua !..

—¡ Qué haga Dios lo que quiera ! — dijo la mujer con un gesto doliente, todo resignación.

Mas el marido se irritaba. Los pobres no tienen Dios: todo les sale mal, mientras se dijera que un poder de lo alto protege a los ricos. ¡ Maldita suerte !..

Marcela razonó mejor que nunca. El fracaso era culpa de los pobres. Porque confiaban más de lo debido en el esfuerzo honrado.

—¡ Hay que ser ladinos !

Por su aspecto, se creyera vieja. Y no tenía aún 30 años. Se marchitó junto a su hombre, prodigando energías en aquella tarea extenuante de fecundar míseras tierras abandonadas. Cuando Juan Cruz y su china fueron hasta « Los Abrojos », las quince hectáreas que les arrendó el pulpero Marcos Ponce desaparecían desbordadas por los yuyos nocivos. Las escasas ovejas—únicos seres vivientes de paraje tan hostil—no criaban pulpa. Sus lanas eran las que más tarde y por menos dinero se vendían en Treinta y Tres.

Juan Cruz trabajó sin descanso. Hasta el terrón para levantar su rancho tuvo que cortarlo en un campo lindero. Techó con paja la rústica vivienda y fué en busca de Marcela Suárez:

—Cuándo diga tu tata, nos casamos. El patrón m' arrienda por poco más e nada un campito y ya'he concluido la pueblasión.

Casáronse. Ella rivalizó con el rudo gaucho en la penosa empresa de limpiar la obscura tierra que les regalaba su sano olor a fecundidad, cada vez que el arado la hendía con aquella cuchilla templada y reluciente.

—¡ Parese que la chuciamos !—decía él, blandiendo su picana ante los animales.

Y ella le respondía con esa sutileza ingénita de las campesinas:

—¡ No la chuciamos ! Es que descosemos un vestido que l'apreta.

En tan noble tarea pasaron la luna de miel. Al principio Marcela, que era supersticiosa, vió un mal augurio en las nubes bajas y torvas. Pero el marido la tranquilizó:

—Pa la agrecultura, eso es lo prencipal. ¡ Qué no falten ningún año !

Vinieron días alegres y luminosos. Cuándo se cansaban de arar, sentábanse al borde mismo de los surcos. Una vez prolongaron los besos más de lo acostumbrado. La luna asomó su faz roja, avergonzada, por lo alto de la cuchilla:

—¡ Mirá la envidiosa !

Marcela, ruborizándose, se desasía de los brazos viriles:

—¡ Bandido !.. ¡ Si sos un bandido !..

Pasó algún tiempo. El campito se transformó. Junto al rancho, unas flores—rojas como la boca de Mercedes—embalsamaban el aire. Tiernos arbolitos, eran nuncio de grata sombra estival; de fiel abrigo para el invierno hiriente. Negrearon laderas recien sembradas. Alzó su áurea espiga el trigo y el gracioso penacho del maíz crecía para saludar desde lo alto.

—¿ Asina e rubio ?—dijo él, señalando las barbas de una mazorca.

—¡ Salí, loco !.. ¡ Yo lo quiero con el pelo bien negro !.. ..¡ Cómo vos !..

La confesión le valió un abrazo. Y mientras arrancaban el maíz, hacían planes venturosos, ante la promesa de aquel vientre que antes fué virginal y ahora era abultado y grotesco...

II

Hijo legítimo del amor, Abundino era fuerte y risueño:

—¡ Va a ser un rayo e vivo ¡

En torno al chico, crecían los eucaliptos y los álamos plantados por los padres:

— ¡ Ha e valer esta madera un día !..

Y no se cansaban de disputar sus arbolitos a las hormigas, y a los vientos, y a las heladas. Año tras año, la tierra pagó munificente el afán de aquellos brazos trabajadores. Criaron cerdos y gallinas. Juan Cruz iba al pueblo con cargas que convertía en trapos y artículos necesarios para la tarea y la alimentación. Cierta vez, Marcela vióle llegar arreando una vaca y un ternero. El ternero tenía su hociquillo tan rosado, que hizo pensar a los esposos en el cuerpo desnudo de su muchacho:

—¿ Decime si no es su carne ?

—¡ Cómo pulpa e rosa ! ¡ Mesmo !

Muerto don Marcos Ponce, los hijos le subieron a Juan Cruz el arrendamiento. Fué en épocas de sequía, cuándo el hombre se atrasó en otros pagos. Durante la guerra, se le quedaban con la mitad del grano los pulperos, a cuenta de las bolsas que le facilitaban:

—¿ No ve que no mandan arpillera los ingleses.

—¿ Y qué tenemos que ver con los ingleses los crioyos ? —era el grito indignado de Juan Cruz.

La madera, con la falta de hulla, llegó a obtener en el país una cotización fantástica. Sus montes de álamos y eucaliptos representábanle al ingénuo Juan Cruz un

capital como nunca lo había soñado. Empezó a cortar árboles. « Los hijos del finao » corrieron a impedir la tala:

—¡ El campo es nuestro !

—¿ Y d'ahi ? ¡ No puse yo los árboles ?

—Pero el contrato dice que las « mejoras » quedan a beneficio del propietario—advirtióle entonces un juez de paz.

¡ El contrato ! Juan Cruz ni se acordaba de aquel papelucho indescifrable—en su simplicidad—que firmó hacía varios años. ¡ Malditos ricos ! Siempre los pobres soportando, junto a insolencias, bellacadas. Pero él, Juan Cruz, no estaba dispuesto a ser víctima por más tiempo. Se echó la mano al cinto. Marcela fué corriendo:

—¡ Tuita su plata, no vale que se pierda un hombre e lay como vos !

Con Abundino en brazos, quedó junto al marido. Y los dedos que se crispaban criminales al tocar el gatillo de un arma mortífera, se enredaron amorosos en las crenchas denegridas del « gurí ».

III

El cielo es grís, hosco y pesado, como en aquel tiempo en que las nubes llegaron a intranquilizar a Marcela. Tan bajas ahora estas nubes, que hasta los cráneos sufren su agobio. La tarde se hunde lentamente y hay un susurro triste en la arboleda, por que las ramas vibran como brazos, despidiendo a los que se van.

—¡ Ahura, cuándo yo pensaba prendele juego a tuito esto, viene l'agua que se presisaba antes pa la chacra !..

—¡ Qué haga Dios lo que quiera ¡—repite la mujer, con el gesto doliente, todo resignación.

—Pa los pobres... ¡ no hay Dios !.. —maldice Juan Cruz.

Y ella:

—¡ Uñí los güeyes !.. ¡ Vamo, vamo !..

Mientras asegura las asta al yugo de la triste carreta, Juan Cruz mira rencoroso el cielo; luego los árboles:

—¡ Cae l'agua como peste !.. ¡ Aunque quisiera quemar, ni la paja'el rancho había' arder !..

Hay un silencio doloroso. Atardece. La tierra tiembla con el estruendo de un trueno formidable. Y las ramas de los árboles parecen querer avanzar para despedirse de aquel hombre que conocen; de aquella mujer solícita que llora en silencio; del chicuelo que empezaba a estechar los troncos con sus brazos inquietos y sus muslos aún demasiado tiernos...

Cuándo la carreta chirría entre los campos fangosos, es ya de noche. De ese modo, los vecinos no pueden humillar a la familia con sus miradas compasivas. Hasta los bueyes parecen contagiados del dolor de las pobres almas. Chasquea en el pértigo la flexible picana:

—¡ Marche, Mariposa !.. ¡ Afírmese, Terciopelo !..

La tormenta descarga velozmente. El agua aporrea la techumbre de lata que proteje vehículo tan desvencijado.

—¡ Tuito lo ejamos aquí ! —ruge más que dice el hombre, al pasar la portera, en el límite del campo.

Estrechando contra su regazo al hijo, Marcela suspira:

—¡ Tuito no !

El niño, ajeno a la horrible zozobra ambiente, juega con una mazorca. Las barbas rojizas, al caer sobre una mano de Marcela, le producen la sensación de un coágulo de sangre. La carreta da bruscos barquinazos en las zanjas y los bueyes se detienen. Juan Cruz vuelve a aguijonearlos:

—¡ Marche, Mariposa !.. ¡ Afírmese, Terciopelo !..

La tormenta blande el cuchillo de un relámpago, que desgarra la noche. Todos se deslumbran. Luego el hombre torna a hundir la punta de acero en el lomo de las bestias:

—¡ Si pa los pobres, no hay Dios !..

VICENTE A. SALABERRI.

EL VUELO INÚTIL

Nadie sabe la angustia que taladra mi vida
mientras corren los tiernos años de la ilusión.
Veréis, si amáis mi musa cordial y dolorida,
juventud y un gusano viejo en el corazón.

Mi paso va temblando por la entenebrecida
senda del vuelo inútil, y en mi amarga canción,
¿no notáis el cansancio del alma envejecida,
huérfana de entusiasmo, casi sin emoción?

Y es que a mis largas horas ningún amor las llena.
Yo me inspiro en las noches, en las almas en pena
y en los ojos cansados y secos de llorar.

Soy un poeta triste sin ideal y sin gloria,
a quien nada le importa dejar de su memoria
lo que deja la alondra vagabunda al pasar.

SEGUNDO BARREIRO.

POR TODOS LOS CAMINOS

Te espero cada día, solo con mi verdad,
por todos los caminos de la tierra y el mar.

En mis sueños floreces con la sonoridad
de las voces que nunca me supieron llamar.
Y en la noche crecida, cuando la sombra es más,
tiendes la mano buena que no puedo lograr.

Mis íntimas ternuras saben que has de llegar
en la luz de los cielos o en la brisa del mar.
Y se alargan mis brazos hacia la eternidad...
¡ Y estos brazos abiertos no se quieren cerrar !

Acaso aguarde siempre que diga tu bondad
dónde llevar mi vida para hacerla soñar.
(Este camino de hombres tú sabes que no va...)
Tal vez nunca tus labios la palabra dirán
que a esta carne dormida la torne realidad !

Y acaso, acaso un día largo de claridad,
ya que estas manos torpes no te saben hallar,
por todos los caminos mi corazón se irá...

CARLOS PRENDEZ SALDIAS.

IMPRESIONES LITERARIAS

FRENTE A « MATICES ». (1)

Hace diez años que conozco a José Ma. Cajaraville. Fué en una reunión partidaria, allá por Zapicán, pintoresco rincón del departamento de Minas. Contaría Cajaraville, en esa época, de 19 a 20 años; yo tenía poco más de 15. El era « orador »; yo « periodista ».

Cuando él llenó *el lugar inmerecido en la honrosa tribuna que otros oradores habían ocupado con justicia* (palabras sacramentales del orador ramplón), me digné aprobar gravemente.

A una frase « feliz » del orador, yo pensaba: « ¡ Qué talento tiene ! » Y él, al verme aplaudir, se decía: ! » Qué buen crítico es ! ».

Vinieron, después de los discursos, el *con cuero*, el vino y las galletas, sabia medida a la que los oradores debieron el éxito de público, pues sin el *cebo* de la comida el noventa y nueve por ciento de la concurrencia se hubiera marchado antes de la mitad del primer discurso.

Creo que Cajaraville y yo comimos ese día en el mismo fogón y hasta bebimos en el mismo vaso. Al finalizar la fiesta éramos « grandes » amigos. Nos unió inmediatamente la secreta afinidad de los neófitos.

Sin embargo, en esa edad en que todo se mira sin *ver*, lejos estuve de sospechar en Cajaraville a un poeta como el de « Matices ».

---

(1) Libro que publicará próximamente el Sr. José M. Cajaraville.

Pasamos sin vernos nuevamente mucho tiempo, durante el cual se modificaron radicalmente mis gustos literarios.... y políticos.

Probablemente a Cajaraville le pasaría lo mismo, pues lo ha movido siempre un noble afán de perfeccionamiento y de verdad.

Años más tarde nos conocimos realmente, en la dulce y amarga camaradería literaria, en uno de esos juveniles cenáculos donde los soñadores solemos despellejarnos cordialmente y vengarnos del olvido en que nos tienen los hacendados que todo lo son en el país.

A todos los lugares donde la vida me ha llevado,—fraternales y sinceras—me han seguido las cartas de este noble amigo, el único que no ha dejado de escribirme en ningún momento.

Cajaraville es gallego; llegó muy niño a estas tierras hospitalarias donde la civilización ha hecho tan grandes progresos que ya hemos aprendido a morirnos de hambre con una admirable « perfección » europea.

Algunos recuerdos de su hermosa tierra tiene Cajaraville en « Matices », recuerdos que se me antojan más soñados que vividos.

¿ Qué más deciros de su vida ?

El poeta no gusta de que se publiquen sus « miserias civiles ».

Empleado público, periodista, orador, poeta, todo lo ha sido Cajaraville.

Actualmente desempeña un puesto de verdadera responsabilidad en el departamento de Minas.

Es poco conocido fuera de las fronteras departamentales. No ha colaborado nunca en grandes diarios ni en grandes revistas; pero tampoco se ha confundido con esa plaga de « glorias familiares «, ramplones y plagiarios desvergonzados que suelen ser los dómines de su aldea.

Cajaraville se ha mantenido digno y honesto en un ambiente que le es hostil; se ha impuesto por si mismo

y es hoy, entre los pocos jóvenes que cultivan las letras en su departamento, la más formal esperanza.

Con « Tribuna Minuana » primero y ahora con una página literaria que tiene a su cargo en « La Idea » de la misma ciudad de Minas, Cajaraville ha dado a las letras regionales un impulso desconocido por las mismas.

* * *

El poeta que se nos revela en « Matices » es desde luego un lírico, a despecho de algunos pasajes de real belleza objetiva.

Influencias extrañas indudablemente que las tiene pero no son ellas del carácter de las que anulan la verdadera personalidad. Cajaraville es todo lo personal que puede serlo la juventud que trabaja seriamente.

Empecemos por estas redondillas que se titulan *Véngame tú, Primavera* ¡ Qué dulce, qué suave melancolía la de esos versos ! Y qué originales y sentidos los verso titulados: *¡ Corazón ! ¿ Tú la viste cruzar ?* — Cierto que son un poco arbitrarios estos versos, desde el punto de vista ormal, que se han deslizado en ellos, como en algunos otros, muchas asonancias que afectan hondamente la musicalidad, pero de todos modos son bellos y encierran un pensamiento novedoso. El corazón la vió cruzar.

Tú la viste
y sentiste
la más grande emoción.

Luego el corazón, cediendo a su vieja costumbre, lloró. El poeta, que lo creía muerto, lo siente revivir a la luz de la esperanza.

¿ No temes al dolor
de un nuevo desencanto ?

Pero el corazón ya nada escucha. Ciego, loco de ensueño y de quimera, corre tras la visión que se esfuma, del ideal que una vez más le engaña y le hiere.

Duélese el poeta de su triste suerte y canta:

Si hubieras sido ciego
te hubieras evitado
el dolor de soñar!

En *Genealógicas* tócase con absoluta preferencia la cuerda elegíaca, que parece ser la favorita del poeta que piensa acaso con de Musset:

Rien ne nous rend si grand qu une grande douleur.
Les plus désespérés sont les chants les plus beaux
Et j'en sais'd inmortels qui sont de purs sanglots.

Si no se abusara de ciertos adjetivos familiares que son empleados con poca espontaneidad, y del acento no siempre sincero de la elegía, estas serían acaso las más brillantes composiciones que encierra «Matices». Pero, en general, las composiciones de *Genealógicas* acusan poca originalidad.

Vienen ahora los recuerdos de España a los cuales he hecho referencia. Los *Cantares* de Cajaraville nos dicen ya que su espíritu sigue siendo profundamente español, a despecho de las corrientes actuales. Pero el más importante de estos recuerdos es el idilio titulado *Cantaba un viejo cantar...*

Tiene el verso un dulce sabor clásico y picaresco que recuerda algunas cosas del Arcipreste o del Marqués de Santillana.

Si vas al prado por yerba
Yo te ayudaré a apañarla.
—Voy,—me dijo la rapaza,—
Y echamos juntos a andar.

Es un recuerdo de sus tiempos de zagal. Marcharon cantando, alegres de encontrarse solos en la soledad tentadora de la naturaleza.

La represa del molino
copió su pierna al pasar...

Un labrador cantaba, a la distancia, un viejo cantar...

Nos dió miedo estar solitos
Y estar tan cerca los dos¡..

Después el idilio, el éxtasis, el arrobamiento sensual...

Calladitos, la represa,
la volvimos a pasar...
El viejo molino estaba
mudo, muy triste y muy solo,
Y creímos que la fuente
lloraba en vez de cantar...

Y ambos se separan mientras sigue oyéndose el viejo cantar que para mi simboliza la voz de la vida, del amor y de la muerte...

Hay en « Matices » otras composiciones de menor importancia que no quiero tomar en cuenta por no alargar demasiado este mal pergeñado comentario. *¡ Progreso Maldito !*, cuyo asunto es la gran guerra que acabamos de presenciar, merece catalogarse entre lo que llamamos poesía política o civil; pero creo que Cajaraville no será nunca un poeta civil a lo Marquina, Chocano, o Guerra Junqueiro. En *Zarabanda Macabra* créese descubrir el alma torturada y paradojal de Baudalaire.

Cajaraville es poco feliz en los sonetos, más propios para los exquisitos que para espíritus sacudidos por rudas pasiones.

De intento he dejado para el final lo que me parece más original y más vigoroso de « Matices », cierta tendencia al humorismo, cierta mezcla de ironía y de dolor que se insinúa en las composiciones agrupadas en el capítulo *Cánticos Invernales.* El poeta ha tocado, a mi juicio, el verdadero resorte de la obra personal en estas composiciones. La forma es tan descuidada como siempre, pero son bellas las imágenes de una naturalidad sorprendente y los conceptos claros y precisos.

La Cama es lo más original del libro. El poeta le canta porque ella le libra de las mentiras, de las necedades, de las miserias del prójimo; *de los falsos amigos y los burgueses torpes*; en la cama se sueña e idealiza la vida que despreciamos al levantarnos; pensamos en los pobres que

duermen en el duro pavimento *con cubiertas de impresos* o en los bancos de la plaza; ella, la cama, nos libra de arrastrar la verguenza de nuestro gabán raido por las tertulias de invierno... Tiene el poeta un recuerdo fugaz para las horas de las caricias amantes, pero sólo canta al lecho *amigo*. Los burgueses, que sólo viven para las miserias de los negocios, no aman la cama; alguno dirá al leer al poeta:

—Oigan a ese bohemio, pertinaz atorrante,
perezoso, ¡ haragán !

Y para librarse en lo posible de todo eso, el poeta

en vez de ocho o seis horas,
¡ se tumba veinticuatro !

En *Ambular* hay una feliz tendencia objetiva que no aminora el subjetivismo de la composición.

Yo también me sonrío... es un asunto vulgar, pero presentado con verdadero arte y también con ese humorismo que es nervio de todo este capítulo del libro.

¡ Corazón de Poeta ! es más hondo, más doloroso. El dolor se tornó bandolero. Un día su gavilla desbalijó a un pobre transeunte; pero al verlo el dolor dijo:

¡Corazón de poeta !
No vale la pena
de haberte apresado !

Hace tiempo que el dolor le ha robado todo; ya no tiene nada que dar. ¡ Que lo dejen marchar, pues !

Corazón de poeta
Es muy mala presa

Pero no es así. Ningún corazón tan generoso como el del poeta, que se entrega al dolor por entero; ninguno lo alimenta por más tiempo sin tratar de evadirse de sus garras.

Los partos de la Belleza, como los partos de la carne, se ennoblecen con el dolor.

Rien ne nous rend si grand qu'une grande douleur.

Florida, 1919. MANUEL BENAVENTE.

REVELACIÓN

Como se halla en el cáliz prisionero
el mágico perfume de la flor,
como en lírico pecho de calandria
el gérmen misterioso de su voz;

Así yo en mi silencio, avaramente
oculté este perfume: mi emoción;
así yo he conservado en mi ternura
el gérmen misterioso de mi amor.

Y en el verso, ese hermano que palpita
de mi vida fugaz al mismo son,
he confiado mi pena y en el verso
mi pena ha echado pétalos y es flor...

(Que deshojen tus manos su corola
que empurpura de sangre un corazón).

... Yo tenía guardada en mi esperanza
la luz de mi estrellita de ilusión;
perdida la esperanza, mi estrellita,
como una otoñal rosa se apagó. .

Y hoy, amiga, murmuro lo que dijo
un poeta llagado de pasión:
«Es medio amor amar con esperanza,
y amar sin ella, ¡verdadero amor!»

VICENTE LOPEZ.

A PROPÓSITO del «INTEGRALISMO»

Llenad vuestro espíritu y vuestro corazón, tanto como fuera posible, de las ideas y de los sentimiento de vuestro siglo, y la obra que emprendáis se realizará.

GOETHE.

Cuando los ejércitos del Emperador, « avanzaban hacia la muerte » en aquella jornada épica de la guerra mundial, un jóven poeta alemán—acaso ilusionado con el espejismo de lo que luego constituyó un avance trágico—levantó esta frase como bandera de una nueva escuela iconoclasta: « Destruyamos, para crear. »

Había aquí, como en el célebre manifiesto futurista de Marinetti, un error básico que condenaba a fracasar, por ende, toda doctrina o escuela que sobre ella quisiera cimentarse.

Destruyamos, bien, pero a condición de que creemos antes lo que debe permanecer y perdurar por los siglos de los siglos. Y, aún así, ¿ para qué destruír ? Mejor, creemos; que por el incesante crear nos perfeccionaremos de más en más, siendo cada vez mejores, propendiendo a que cada creación lleve íntegra toda nuestra personalidad.

Recuerdo la divisa agresiva, por feliz contraste, leyendo el expresivo programa « integralista ».

Entiendo que en este desarrollo « integral », palpita el pensamiento completo de lo que debe ser, o tratar de ser, el individuo, dentro del núcleo social: un elemento de órden, con aspiraciones que irán realizándose de un modo regular y ascendente, sin violentar al ser moral, que cada uno tiene dentro de sí y es susceptible de perfeccionamiento, y sin chocar rudamente en el seno de la sociedad en que le toque actuar.

Desde este punto de vista, considero que el « integralismo » comporta una gran escuela de respetuosa tolerancia pero, no de pasiva indiferencia, lo que, por sí solo, constituye, un bello programa de acción.

Combatir esta inclinación a destruir que, por tendencia natural, todos traemos, que se manifiesta, claramente, en esos años que coinciden con « la crisis de la pubertad » y transformarla en una amplia obra educativa, es tarea loable en todo sentido.

Por otra parte, no sólo esta tendencia natural a destruir es la que hay que combatir educando, sino que, también hay que inculcar el sentido moral de lo que implica el « reformarse », cuando esta « reforma » se cumple como en el precepto luminoso de Rodó « bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad ».

Es labor constructiva la que se necesita para el perfeccionamiento social; obra lenta pero que arraigue bien en el individuo, de modo que sea uniforme, dentro de lo posible, en el conglomerado que se traduzca en pueblo.

Lógico es que no ha de confundirse « integralismo » con « enciclopedismo ». Este resulta imposible en la edad presente, por el material estupendo que sobre cada tema puede abrirse campo, siempre que, a la clara teoría de sus « expositores » se una la falanje de los « realizadores » esto es, de los que, incapaces talvez, para la meditación y para la elucubración reposadas, poseen el verbo comunicativo y la simpatía atrayente de los hombres de acción.

Y viene bien una escuela de tolerancia que, sin olvidar el respeto que se debe a las ideas arraigadas y firmemente asimiladas, se proponga, desde un punto de vista sereno, educar el espíritu, en un anhelo de perfeccionamiento integral, ya que el espíritu es como la piedra preciosa que, cuantas más facetas posee más luz explende y más se avalora por el trabajo paciente del tallador artífice.

Salto, 1919. JOSE PEREIRA RODRIGUEZ.

AMADA INEXTINGUIBLE

¿Cómo quedaste a mi visión prendida
a través de las torvas ventoleras
y los años oscuros? Tu voz íntima
fluye ondulando como ayer y ablanda
mi caminar. Tu lámpara encendida
va delante de mi bruñendo el polvo
áspero y torturado de mi vía.

¡Idealidad latente, que desnudas
a mis viles reclamos la divina
carne de tus magnolias!
Tirita mi neblina
como si fuera nieve de la Luna
tu resplandor. Y, barca estremecida
por ti, mi corazón hiende la espuma
y el rostro me salpica

Ávido de quimera,
subí por la montaña florecida
y en el aire sutil puse la frente
para henchirla de sol. Y toda henchida
del celeste pensar de las estrellas
se ha de abatir sobre la tierra umbría.

Pagué tributo al padecer lo mismo
que todos los humanos. Fué mi vida
un dolido mirar. Mi sed de unciones
lejanas, recogía
simientes de ilusión que mi locura
antes de germinar las exprimía.

No me duelo de mí. Yo nunca he sido
más que una niebla en el azar movida
para envolverte a ti. ¡ Pero tus piernas
gráciles, la humedad de tus pupilas
diáfanas, la inefable languidez
de tus manos, hundiéndose en la sima !

¡ Ah, nó ! Tus manos
arañarán la tierra; y tus pupilas
han de arrastrarse como dos gusanos
azules por la arena sorprendida !

Condensación de lágrimas y anhelos
que el polvo exangue espera todavía...
Amor, cuando yo duerma,
quede tu estela rubia suspendida
en mi sombra. Y alcánzame la azada.
Y alúmbrame el sendero. Mi energía
ha de romper la tierra...
y el agua clara manará en la herida !

Concreción de mis lágrimas y anhelos,
—linfa del porvenir, que a la deriva,
bajo la noche rodará... — Una estrella
se ha de quedar en tu cristal dormida.
¡ Amada inextinguible de ojos tenues
que presentí en mi albada fugitiva !

J. LAGOS LISBOA.

Talca, 1918.

NECROLÓGICAS

Dardo Estrada.

En esta capital, el 17 del pasado Marzo, dejó de existir el jóven historiador, bibliófilo y erudito—Dardo Estrada.

Presa de fulminante insania, volvió contra si—desatentado—aquella mano suya, grande y blanda y cordial, tan trabajadora, que escribiera obras de aliento como la « Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo »

Robusto de armazón física, con sólo 31 años, nutrido por copiosas y bien orientadas lecturas, poseedor de un envidiable material de trabajo en documentos originales, dueño de una magnifica biblioteca, y teniendo, a su alcance, además el caudal enorme de la Biblioteca Nacional, de la que era Sub-Director, ¿ había nadie más indicado ni más preparado que él para escribir sobre historia nuestra ?.

Es este intelectual y este trabajador, avalorado con las altas cualidades de un caballero, el hombre que han perdido las letras nacionales....

¿ No es esta pérdida un verdadero dolor,—una positiva real pérdida ?

Sí, seguramente,—y por eso «*Pegaso*» cumple con un claro deber—lejos de todo cumplimiento vano, recordando a este hombre de trabajo, y pensando, con sombría tristeza, en el misteriso designio destruc tor que truncó, tan siniestramente, vida tan útil, que dejaba descontar esperanzas por confianzas.

***

Los amigos íntimos de Estrada—media docena—publicarán en un tomo las obras que llamariamos menores (monografías, estudios, notas sueltas) completando el librito con un retrato en talla fina.

El Instituto Historico y Geográfico del Uruguay, del cual era socio de número, proyecta iniciar su Biblioteca con algún volumen documental de los varios que dejó prontos.

Así mismo se hará particularmente, casi enseguida, una segunda edición de la Bibliografía, completada con gran número de anotaciones nuevas que Estrada dejó completamente lista.

GLOSAS DEL MES

La prensa.

Ortega y Gasset se quejaba la vez pasada de la inoficiosa prensa de Madrid, en realidad demasiado pobre para la vieja capital de España.

En una de sus correspondencias avant-guerre para « La Nación » de Buenos Aires, decía Ruben Darío que no habia tiempo en toda las horas del día para leerse todos los diarios de París, apesar de lo cual, solo uno, Le Temps, tenía espacio para ocuparse del libro *que vicnt de paraitre,* de las telas del Salón, de los sabios de la orilla izquierda del Sena, mientras el bulevar hierve y echa su vaho.

Gómez Carrillo, ferviente enamorado del periodismo, no ha disimulado su impresión en este asunto de los diarios demasiado insípidos o demasiado escandalosos, politiqueros, aristocráticos, oficialescos, de América y de Europa, que dan la lista diaria de los aplastados por los automóviles, que detallan asaltos y asesinatos, bodas y fiestas, leyes y nombramientos, intrigas galantes y aventuras ruidosas,—sin comentar jamás una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de pensamiento.

Producto puro y exclusivo del gran mundo del flirt y del bridge, de la diplomacia y el presupuesto,—cuando no del otro gran mundo de la costurerita sentimental y el hombre de la blusa azul, la mucama y el tendero,—estos diarios incompletos y sin alma, desvían su misión intelectual para explotar su medio.

Son mostrador de pulpería, bien antes que cátedra y tribuna:—nunca la Universidad del pueblo que quería Emerson.

Así es como en vez de cooperar al mejoramiento humano contribuyen a su desviación,—que para desgracia el vulgo es necio y hay mucha ignorancia y sobrados senderos oscuros.

La prensa de Europa, como la de América, está todavía muy lejos del ideal.—No se puede negar que hay grandes diarios en el más amplio sentido, como hay grandes periodistas que tienen el don del oficio.—La América española posee una prensa diez veces mejor que la de España, como la América lusitana sobrepone a Portugal una prensa superior en el material y en el espíritu, — y como la América inglesa, — prodigio y maravilla, — excede a Inglaterra con sus diarios grandiosos.

Sin embargo, esto no dice, que la obra es completa.—Paises hay, aquí y allá,—y el nuestro es uno,—donde la prensa no glosa ni refleja la vida, que es la tarea elemental de su tarea.

Montevideo tiene diarios de la importancia de « El Día » y de « La Mañana », de « Diario del Plata » y « El Siglo ». En el interior hay

cotidianos de mérito como « La República » de Paysandú.—Empero, ellos no dan todos los días la sensación de lo que pasa, no son de actualidad,—no animan la realidad como el espejo los objetos, no compulsan el espíritu interno y externo, permanente y fugaz, misterioso y palpitante de la vida.

El diarismo comporta esa universidad popular de Emerson, y debiera concentrar todas las vibraciones, todas las armonías, el problema y la farsa,el arte y la ciencia, la industria y la belleza la sonrisa y el duelo,—eso complejo y esencial que está en lo intimo de los sucesos,—y que viene a ser la miel de la realidad.

« El Día » por ejemplo, no tiene quien escriba una vez por semana, cuando no sea más, cuatro o cinco componedores sobre arte, comentando este libro, criticando aquella tela, analizando esta teoría, — pensamiento, ideales, espíritu al fin,—lo más hondo y lo más alto de la vida.—Sólo le encontramos allá por la última plana,—un día que otro,—algún cuento traducido del francés, cuento insustancial y ligero, las más de las veces.

Y no es que no haya por aquí quien los escriba tan notablemente como no se han hecho otros en castellano,—de la misma manera que su silencio sobre artistas y escritores,—no quiere decir que ellos no existan en Montevideo.—Son cosas inexplicables que a veces adquieren el sentido de inperdonables cuando se trata de un gran diario como « El Día » — que podía hablar al espíritu de todos y no de algunos solamente.—

Por suerte, Eduardo Ferreira ha vuelto en hora oportuna a « La Razón »,—y el espíritu de Blixen renace en ella con amor y entusiasmo.—Por suerte, también « La Mañana » y « El País » nos hablan seguidamente de letras y de artes, en vez de folletines policiales y de política de campanario.

Hay la necesidad, pues, de reaccionar y elevarnos,—de embellecernos por dentro, decía Platón.—Si un nuevo escritor surge, recibirle y ampararle:—si un libro aparece, elogiarlo o deshacerlo:—si una conferencia que no sea partidaria se realiza, comentarla y divulgarla:— mejorar en fin, ilustrando, enseñando, embelleciendo, el alma popular.

Los silencios usuales son ignorancia más que egoismos,—y con silencio no hacemos nada,—amén de que se falta a la misión esencial del periodismo, pervirtiendo y deformando espíritus y gustos,—dando una pobre meta de cultura cuando el país entero, las letras y las artes, las ciencias y las industrias, la dan con toda la brillantez de una nación joven que tiene inquieto el corazón, fuertes las alas, ágil la mente, los ojos avizores y los pies ligeros...

TELMO MANACORDA.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Los optimistas. — Por JESUS CASTELLANOS. — Editorial América. Madrid 1919.

Este libro se integra con varias conferencias literarias, dadas en la Habana por uno de los escritores cubanos que en Montevideo más se citan. Jesús Castellanos hállase entre los mejores críticos que tuvo el autor de « Motivos de Proteo ». Quién tanto se molestaba por elogios vanos (en los que agotábase el adjetivo encomiástico) de literatuelos que quizá ni siquiera habían leído completa la obra, tuvo un gesto de complacencia al saber lo que Jesús Castellanos había dicho en la Gran Antilla, ante un auditorio selecto. Y es que el autor de « Los optimistas », por su fina perspicacia, lo claro de su espíritu y la erudición almacenada en muchos años de silencioso estudio, estaba realmente en condiciones de interpretar la prédica generosa de Rodó. Aquel trabajo que tanto gustara al maestro, compone uno de los capítulos de « Los optimistas », volúmen que encierra trece trabajos más, de alta crítica, varios de ellos con idéntico mérito. En el pórtico, Castellanos hace un llamado a los idealistas: « Cultivemos nuestro jardín » concluye. Yá fé que su espíritu se nos muestra con la fragante policromía de un jardín versallesco. Fluída y clara es la prosa, lo que da una diafanidad admirable al comentario que, a pesar de las citas profusas no cae nunca en lo pedante. Barbey d' Aureville, Flaubert, Verne, Kipling, Lluria, Piñeyro, los optimistas, todos estos cerebros, tan distintos, parecen armonizar en un libro donde todo es discreción y elegancia. Jesús Castellanos es uno de los más eficaces propulsores de la cultura de su patria. — V. A. S.

Ópalos por Julio Herrera y Reissig. — Ediciones Selectas América. Buenos Aires 1919.

Nuevamente nos ocupamos de la publicación que el señor Samuel Glusberg dirige con encomiable tino. Los elegantes cuadernos mensuales constituyen un valioso aporte intelectual. Abrió la serie «Florilegio », poesías escogidas de Amado Nervo; José Ingegnieros diónos luego una bella lección de psicología con « La moral de Ulises » El número 3, titulado » Espigas », encerraba fragmentos magníficos de Almafuerte. Este cuaderno último, con el nombre de » Opalos », nos trae una serie de pensamientos admirables, como sabía hacerlos

Julio Herrera y Reissig. El gran lírico, dejó, junto a su obra poética' otra enjundiosa labor que poco a poco va siendo recogida. Ayer eran cuentos, artículos de crítica, ensayos diversos que una prosa deslumbradora y cabriolesca hace más personales y sugestivos; hoy son pequeñas composiciones, como talladas, con esa prolijidad de los camafeos. Estos «Opalos» serán vistos con agrado por todos los admiradores del poeta. Samuel Glusberg ha precedido con bellas palabras—que evidencian la admiración por el artista genial, tan prematuramente desaparecido—la selección que nos ofrece. Promete honrar con idéntico desinterés a otros talentos extintos, siendo José Enrique Rodó uno de los que primero van a figurar en este claro homenaje de las « Ediciones Selectas. ». — V. A. S.

Del Plata al Pacífico. (VIAJES POR CHILE Y BOLIVIA). — V. M. Carrió. — La Paz.

Un libro de viajes resulta, generalmente, pesado y tonto.

La mayor parte de los viajeros hablan por hablar y a mas de decirnos lo que mil veces hemos escuchado, lo hacen largo y mal; pocas veces traducen un sentir personal, sino el sentir general, por lo que sus narraciones, huérfanas de interés y de arte, tienen bien conquistadas la vida efímera y la indiferencia general.

Pero, una vez más, se ha confirmado aquello de que sobre nada se debe generalizar. Este libro es una rotunda y hermosa excepción a la regla.

Carrió, cónsul del Uruguay en Bolivia y Chile, ha estudiado profundamente el medio en que ha vivido. Sus crónicas traducen sensaciones y emociones personalísimas y están, además, escritas en una prosa tan rica y pintoresca, que hace que el libro se lea de un tirón.

Quién quisiera tener alguna idea de lo que son aquellos pueblos hermanos difícilmente encontrará otra obra en que mejor se retraten su naturaleza, sus costumbres y su idiosincracia.

No podemos terminar esta ligera nota sin señalar tres capítulos de este libro que se destacan del conjunto: El indío y la llama; el desierto de Atacama y Santa Lucía.

El primero nos revela el mutuo amor del quichúa y aquel animal, que fué, según parece, para los aborígenes bolivianos lo que el caballo para el gaucho nuestro.

El segundo describe el desierto de Atacama con tal intensidad, que no creemos pueda retratarse de mejor manera un panorama de desolación y muerte absoluta.

Santa Lucía, el paseo predilecto de Santiago, le da oportunidad al autor para escribir una deliciosa página, toda llena de sentimiento y de color. — J. M. D.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Murguía Eduardo L., Dayman 1387.
Garzón Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albuquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Sáuro Enrique, Mercedes 1061.
Sáuro Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis G., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 455.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 567
Ramasso Ambrosio L., Andes 1569.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Borjaroux Emilio, Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campistegui Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico G., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cerné Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magariños Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cerné Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jiménez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filiberto, P. Independencia 719.
Cesio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1182.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Feladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1333.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1862.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1286.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881.

Julio Herrera y Reissig. El gran lírico, dejó, junto a su obra poética otra enjundiosa labor que poco a poco va siendo recogida. Ayer eran cuentos, artículos de crítica, ensayos diversos que una prosa deslumbradora y cabriolesca hace más personales y sugestivos; hoy son pequeñas composiciones, como talladas, con esa prolijidad de los camafeos. Estos «Opalos» serán vistos con agrado por todos los admiradores del poeta. Samuel Glusberg ha precedido con bellas palabras—que evidencian la admiración por el artista genial, tan prematuramente desaparecido—la selección que nos ofrece. Promete honrar con idéntico desinterés a otros talentos extintos, siendo José Enrique Rodó uno de los que primero van a figurar en este claro homenaje de las «Ediciones Selectas.». — V. A. S.

Del Plata al Pacífico. (Viajes por Chile y Bolivia). — V. M. Carrió. — La Paz.

Un libro de viajes resulta, generalmente, pesado y tonto.

La mayor parte de los viajeros hablan por hablar y a mas de decirnos lo que mil veces hemos escuchado, lo hacen largo y mal; pocas veces traducen un sentir personal, sino el sentir general, por lo que sus narraciones, huérfanas de interés y de arte, tienen bien conquistadas la vida efímera y la indiferencia general.

Pero, una vez más, se ha confirmado aquello de que sobre nada se debe generalizar. Este libro es una rotunda y hermosa excepción a la regla.

Carrió, cónsul del Uruguay en Bolivia y Chile, ha estudiado profundamente el medio en que ha vivido. Sus crónicas traducen sensaciones y emociones personalísimas y están, además, escritas en una prosa tan rica y pintoresca, que hace que el libro se lea de un tirón.

Quién quisiera tener alguna idea de lo que son aquellos pueblos hermanos difícilmente encontrará otra obra en que mejor se retraten su naturaleza, sus costumbres y su idiosincracia.

No podemos terminar esta ligera nota sin señalar tres capítulos de este libro que se destacan del conjunto: El indio y la llama; el desierto de Atacama y Santa Lucía.

El primero nos revela el mutuo amor del quichúa y aquel animal, que fué, según parece, para los aborígenes bolivianos lo que el caballo para el gaucho nuestro.

El segundo describe el desierto de Atacama con tal intensidad, que no creemos pueda retratarse de mejor manera un panorama de desolación y muerte absoluta.

Santa Lucía, el paseo predilecto de Santiago, le da oportunidad al autor para escribir una deliciosa página, toda llena de sentimiento y de color. — J. M. D.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Albunquerque Pedro F., 25 de Mayo 587.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Canelones 1937.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Buero Juan A., Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Martínez García Eduardo, 25 de Mayo 587
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Amézaga Juan José, 25 de Mayo 544.
Aragón y Etchart Florencio, Constituy. 1664.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra ».
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Campisteguy Juan, Paraguay 1473.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Carbonell y Vives Federico, Soriano 1217.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Mora Magarinos Ramón, Avenida Brasil 89.
Pacheco Andrés C., 18 de Julio 2175.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, 25 de Mayo 575.
Espalter José, San José 1406.
Irureta Goyena José, Buenos Aires 588.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Salgado José, 25 de Mayo 307.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Simón Francisco, Zabala 1531.
Williman Claudio, Ada. Brasil y Ellauri

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1408.
Cornú Conrado, Rivera 2180.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.
Jimenez de Aréchaga H., Juan C. Gómez 1423
Virginio G. Ricardo, Escribano. Cerrito 310.

ESCRIBANOS

Abelenda Lorenzo, 25 de Mayo 268.
Acosta Osvaldo, Misiones 1476.
Carambula Filisberto, P. Independencia 719.
Cosio Ricardo, Treinta y Tres 1327.
Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., O. del Plata 1226.
Colistro Carlos P., Maldonado 1183.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Galeano Alberto, Uruguay 811.
Colombo Angel, San Salvador 1882.
Halty Máximo, 25 de Mayo 535.
Martirené José, Colonia 1223.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Andes 1234.
Scosería José, Maldonado 1276.
Simeto Mario, Convención 1332.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 170.
Toscano Esteban J., Uruguay, 881,

Comisión Nacional de Educación Física

LLAMADO A CONCURSO

La Comisión Nacional de Educación Física llama a concurso para la confección de un modelo para el cuño del anverso de la medalla destinada a premiar a los ganadores de los Campeonatos Nacionales de deportes físicos, bajo las siguientes condiciones:

1.° El modelo no deberá tener inscripción; deberá ser hecho con substancia dura, yeso, bronce, etc y no podrá exceder de 30 centímetros en ninguna de sus medidas. La forma de la medalla queda librada al juicio de los concursantes, pero teniéndose en cuenta que debe ser una pieza de uso personal.

2.° Fíjase un plazo de 90 días a contar de la fecha, para la presentación de los trabajos los que deberán ser firmados con lema.

3.° El Jurado se constituirá de la siguiente manera: un miembro designado por la Comisión Nacional de Educación Física, otro por el Círculo Fomento de Bellas Artes y el tercero electo por los concursantes. El Jurado se expedirá a los cinco días de cerrado el plazo de admisión.

4.° Los concursantes deberán acompañar el modelo con dos sobres cerrados y lacrados; uno de ellos llevará en la parte exterior el lema correspondiente al trabajo y contendrá un pliego con el nombre y la dirección del artista. El otro también lacrado y sellado llevará en la parte exterior además del lema correspondiente, la palabra VOTO y contendrá el nombre del jurado que el artista designe.

5.° El Jurado adjudicará dos premios; uno de trescientos pesos oro y un accesit de cincuenta pesos, pudiendo declarar desierto el concurso en caso de que en ninguno de los modelos vea méritos suficientes para que los premios sean acordados.

6.° El trabajo premiado quedará de propiedad de la Comisión Nacional de Educación Física sin que ésta tenga que hacer ningún otro desembolso por dicho concepto.

7.° Los trabajos se recibirán hasta las doce horas del día 15 de Junio de 1919 en la Secretaría de la Comisión Nacional de Educación Física, Calle 25 de Mayo N.° 506, la que otorgará el recibo de práctica.

Montevideo, Marzo 20 de 1919.

El Secretario.

AÑO II JUNIO 1919 Núm 12

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SUMARIO:

MONTEVIDEO
PEÑA HNOS. — Imp.

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA » — Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS » — Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE » — Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA » — Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA » — Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO » — Apartado de correo, 397. Habana

« SELVA LIRICA » — Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA » — Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA » — Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA » — Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS » — Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD » — Colombia, 1294. Montevideo.

« ROCHENSE » — Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO » — Convención, 1413. Montevideo.

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA » — Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS » — Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE » — Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA » — Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA » — Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO » — Apartado de correo, 397. Habana

« SELVA LIRICA » — Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA » — Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA » — Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA » — Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS » — Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD » — Colombia, 1294. Montevideo.

« ROCHENSE » — Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO » — Convención, 1413. Montevideo.

[illegible]

CASA [illegible]

[illegible]

Los [illegible]

[illegible] de Mayo, el 1.° de Agosto y el 10 de [illegible]

Los [illegible]

momento.

Hace [illegible]

Entrega [illegible]

Los [illegible]

Los [illegible]

Los [illegible]

[illegible]

EL CORAZ[illegible] DE [illegible]

NOV[illegible]

En [illegible]

AÑO II

Junio 1919.

Núm XII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRADOR: Alexis J. Delgado

Dirijase la correspondencia 8 de Octubre 120, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50.

AMADO NERVO

En esta ciudad a las 8 de la mañana del Sábado 24 del mes pasado, pidiendo ver el sol, se fué definitivamente esta verdadera cumbre del pensamiento latino, orgullo de la poesía contemporánea, cuya venida a nuestra tierra habíamos saludado en estas mismas páginas, cuatro semanas antes, llenos de alborozo lírico.

No es su muerte, puerto al fin y al cabo donde toda nave debe llegar, lo que más duele, sino la desaparición de un ruiseñor cuya garganta, a pesar de haber cantado tanto y tan bien, ha enmudecido en el preciso instante en que la altura, la trasparencia y la plasticidad de sus trinos habían adquirido una perfección pocas veces igualada.

Es fenómeno frecuente, casi podríamos decir ley natural de toda grande alma, que a cierta edad de la vida sienta la necesidad de universalizar sus sentimientos. El amor, por ejemplo, pasión egoista si las hay durante la juventud, en donde sobre un solo ser, como los rayos refleja-

BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 ½ por ciento anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en TITULOS HIPOTECARIOS, los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 % anual.

Los intereses de esos TITULOS se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los DEPOSITOS, mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el CUPON corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los CUPONES por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los TITULOS HIPOTECARIOS se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

Calle Misiones 1429, 1435, y 1439

EL CORAZON DE MARIA

NOVELA

VICENTE A. SALAVERRI

En venta en las principales librerías

AÑO II

Junio 1919.

Núm XII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRADDR: Alexis J. Delgado

Diríjase la correspondencia 8 de Octubre 120, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50.

AMADO NERVO

En esta ciudad a las 8 de la mañana del Sábado 24 del mes pasado, pidiendo ver el sol, se fué definitivamente esta verdadera cumbre del pensamiento latino, orgullo de la poesía contemporánea, cuya venida a nuestra tierra habíamos saludado en estas mismas páginas, cuatro semanas antes, llenos de alborozo lírico.

No es su muerte, puerto al fin y al cabo donde toda nave debe llegar, lo que más duele, sino la desaparición de un ruiseñor cuya garganta, a pesar de haber cantado tanto y tan bien, ha enmudecido en el preciso instante en que la altura, la trasparencia y la plasticidad de sus trinos habían adquirido una perfección pocas veces igualada.

Es fenómeno frecuente, casi podríamos decir ley natural de toda grande alma, que a cierta edad de la vida sienta la necesidad de universalizar sus sentimientos. El amor, por ejemplo, pasión egoísta si las hay durante la juventud, en donde sobre un solo ser, como los rayos refleja-

dos del espejo, se concentra la casi totalidad de nuestros afectos e ilusiones, con el tiempo va, poco a poco, ensanchando su dominio. Llega una hora en que se entiende que por sobre el amor a una criatura está el amor a todas las criaturas, en que el espíritu se persuade de la hermandad que nos vincula no solo a nuestros semejantes, sino hasta a los animales y a las cosas, tan hijos de la Vida como nosotros mismos.

Los libros quedan, entonces, por debajo de los hechos y la bondad por encima del genio. Homero, Dante, Shakespeare, a pesar de su portentosa luz, parecen velados frente al clarísimo resplandor que irradia la vida toda dulzura del Santo de Asis.

No podía escapar a esta ley Amado Nervo, cuyo corazón poseía, en grado sumo, esa «tibia leche de la bondad humana» sin la cual el autor de Hamlet y, después de él, Eça de Queirós, «no comprendían que un hombre fuese digno de la humanidad». Así lo vemos en sus últimas obras, polarizado por un suave panteísmo, derramar su amor sobre las cosas más ínfimas de la vida como si tuvieran un alma capaz de sentir como la suya; mientras, por otro lado, imbuído de un espiritualismo superior, abordaba los problemas fundamentales y nos hablaba como sólo los grandes místicos y los iluminados han podido hacerlo.

Darío y Verlaine, por citar los casos más cercanos, también sintieron, cuando el otoño empezó a nevar sobre sus cabellos, parecidas ansias espirituales. Pero el misticismo de ellos tiene algo de anormal y febriciente, es una pálida rosa florecida en tierra enferma, donde se trasparenta más el miedo frente al enigma, que la serenidad de la creencia verdadera; súplica de perdón, más que plegaria desinteresada.

El espiritualismo verlainiano, lo mismo que el de Darío, no podrán despertar nunca más que gestos compasivos. Son momentos que revelan el desánimo de la carne

atormentada o del espíritu culpable, dignos a lo sumo del estudio de un psicólogo. No tiene ese arraigo profundo, esa llama de la verdad, esa frescura de lo que brota por sí mismo, capaz de arrobar y hacer prosélitos. De ellos podría decirse que fueron creyentes solo a medias, como esos débiles de espíritu a quienes, de cuando en cuando, el pavor de lo desconocido o la angustia de lo irremediable torna devotos.

En esto precisamente reside el valor del espiritualismo de Amado Nervo, en la honda realidad y espontaneidad de su sentimiento. No precisó, como Verlaine, estar encerrado en las cuatro paredes de una celda; o, como el mago nicaragüense, sentir el dolor de sus extravíos, para que en su pecho brotara la serena rosa de los místicos: no, en el imperio absoluto de sus facultades, en plenitud de vida física y moral y, sobre todo, unificando los actos a las palabras, fué cómo Nervo arrojó a los cuatro vientos sus plegarias apostólicas.

Ni está desnaturalizado su fervor por la esperanza de una recompensa, cosa que rebaja la dignidad del bien transformándolo en materia comercial; ni es necesidad de amparo lo que le hace buscar el calor de un seno divino, sino esa atracción luminosa, ese imán de la fe, especie de invisible mano que entreabre ante los ojos de los elegidos, las cortinas del misterio.

De ahí la fuerza de su poesía y el respeto que despierta en todos, hasta a sus enemigos ideológicos.

Hay una tendencia actualmente a disminuir el mérito de Rubén Darío. Se ha llegado a decir que el autor de Prosas Profanas «no fué un caso de poesía precisamente sino un caso de malabarismo verbal». Esto es exageradamente falso sin duda; por mucho que se resienta la obra de Rubén de superficialidad e imprecisión, por más que lo ágil esté en él por encima de lo hondo, tiene bien conquistado el trono imperial que ocupa dentro de la lírica moderna y a no ser con intención de destacarse por vio-

lencias inconoclastas, no concebimos que haya quien pueda llegar hasta regatearle el título de poeta. Sin embargo nosotros también creemos que Nervo perdurará más en la posteridad que Darío. Su obra nos parece menos susceptible a los caprichos de la moda, sus temas son eternos, la sencillez y la diafanidad de su lenguaje, la potencia de vida que, por haber nacido sin artificio de la vida misma, emanan sus versos, los hará siempre nuevos.

Además Nervo no solo hizo de la poesía fuente exclusiva de belleza, cuyo pareció ser el estandarte de Darío, sino de amor, de bondad, de elevación; y hay que creer, aunque con eso destruyamos opiniones sostenidas con calor en horas juveniles, que lo bello no es totalmente bello cuando no va unido a un sentimierto puro o no deja traslucir un noble deseo de dignificarse y dignificar a sus semejantes.

La desaparición de Nervo para las letras continentales es una verdadera catástrofe. Actualmente hay en el cielo de la poesía americana estrellas brillantísimas, pero cuyo fulgor durante muchos años quizás, no alcanzará a deslumbrar más que a las pupilas capaces de admirar su brillo, por hábito de mirar el cielo o por selección natural. Nervo era el poeta que hablaba al alma de todos y era por todos igualmente amado y comprendido.

En época de positivismo hermético, ninguna rama del arte como la poesía, la más pura y la más vilipendiada, necesita de estos hombres capaces de hacerle respetar y valorar.

Lástima grande que quienes como Nervo puedan realizar el milagro de encender con una chispa de su fuego la madera tosca de las muchedumbres, no sientan, a modo de los apóstoles, el deseo de peregrinar sobre la tierra, para dejar en todos lado la semilla del ensueño y del ideal. Porque así como una partícula de añil basta para azular un cubo

de agua, un ilusionado comprendido basta para derretir el hielo de un ambiente.

Nervo fué para nosotros ese peregrino apostólico. Vino como la primavera, trayendo a todos un poco de perfume y de tibieza. Fente a quién jamas se vió *perder tiempo en triviales faenas*, leyó, oyó y aplaudió furiosamente sus versos. Y, como si quisiera rendirnos el último tributo, se fué bajo nuestro cielo para que sintiéramos de cerca el vacío irreparable que deja un poeta cuando muere.

En el Panteón Nacional, junto a los héroes y a los beneméritos de la patria, el pueblo uruguayo depositó los restos del poeta. Jamás Montevideo sintióse más unánimemente dolorido y pocas veces más compacta muchedumbre vióse detrás de un cadáver: bien mereció ese homenaje postrero quien llegó hasta aquí para dejar en los corazones esa pequeña gota de añil que torna azul las aguas incoloras.

JOSE MARIA DELGADO.

EL ARQUERO DIVINO

(VERSOS DE AMOR)

I

PRIMERA PAGINA

Me clavó con sus flechas el arquero divino.
Me clavó con sus flechas!
No pudieron con él
ni mis lustros, doctores de tres borlas, ni el tino
del sagaz timonel....
Me clavó con sus flechas el arquero divino,
y aquí traigo, lectora, (trovador vespertino),
más estrofas de amores, con su amargo y su miel!

II

ORACION

Númenes misteriosos
que nunca fuisteis carne;
pues menester no hubisteis
la prueba y la enseñanza de encarnarse.

Inteligencias hondas,
serenas, ágiles,
que moráis en el éter

imponderable;
que tembláis en los pálidos
destellos estelares
y bajáis por los hilos de la lluvia
como por una escala de diamantes;
que hacéis del arco iris
un puente para alcázares
de ensueño, y del ocaso
un brasero de ópalos y esmaltes;

Espíritus ignotos,
potencias formidables,
de parar una estrella
en su camino espléndido, capaces.

Piadosos como soles,
hermosos como arcángeles,
blancor de la blancura,
divinidades !

Donadores más tácitos
cuanto más liberales;
pensamientos más nítidos
cuanto más inefables;

Custodios escondidos,
pero siempre eficaces;
sublimes veladores
de los mortales !

Fuerzas ultra-conscientes,
radiosas voluntades;
por piedad, una gracia
sin par os pido; haced que ella me ame !

III

PUDIERA SER

Eres inexorable, bien amado,
con este pobre corazón abierto,
que se desangra....
Pero ten cuidado:
no sea que te nazca un impensado
y cruel amor por mí, después de muerto !

Porque entonces será vano tu grito
ante la eternidad trágica y honda....
Restituída mi mente al Infinito
y deshecha en su hueco de granito
mi carne.... ! quizá el viento te responda.

IV

PARA ENCONTRARTE

Para encontrarte cuánto camino,
cuánto camino tuve que hacer !
Fuí de la mano de mi destino,
anda que anda, pero sin ver...
Salvé montañas y valladares,
crucé desiertos, pasé los mares,
ví tantas veces amanecer,
soñando siempre con la alborada
azul y trémula de tu mirada !
¡ Cuánto camino, mi bien amada,
cuánto camino tuve que hacer !

En cuántos versos tracé tu cara
sin conocerla, como si para

que los leyeras más tarde, oh ! Bien,
por tí inspirados hubiesen sido !
Todos mis versos han presentido
de tus miradas el claro edén.

Tristes, alegres, medriocres, bellos,
todos son tuyos ! Hazte con ellos
ramos de flores, tú que eres flor,
o con sus chispas y sus destellos,
y el oro pálido de tus cabellos,
una aureola cuyo fulgor,
dé a tu cabeza, que se levanta
como un corimbo,
como una rosa, nimbo de santa,
deslumbrador,
o todavía más puro nimbo:
nimbo de Amor !

V

¿ QUÉ ANSÍAS ?

—¿ Qué ansías ?
—Bien lo sabes: el dulce privilegio
de que con esa voz más blanda que un arpegio,
un « Te quiero » modules,
mientras vuelcan en mi alma su sin par sortilegio
las dos urnas de ensueño de tus ojos azules...

—« ¿ Qué ansías ? »
—Que fundidos los firmes corazones,
vayamos al misterio con las manos muy juntas,
llevando en nuestras bocas idénticas preguntas,
llevando en nuestros ojos idénticas visiones.

VI

LA VENGADORA

Oh vengadora gentil
de una mujer ideal
a quien mi amor hizo mal
y que se murió en su abril.
Me buscabas entre mil
a través del erial
y me llegaste fatal,
¡ fatal, como un proyectil !
Castigas en mí el ayer,
porque mi sino mandó
que idolatrándote yo,
pagara con padecer
por tí, lo que otra mujer
queriéndome padeció.

VII

AL AMOR NUEVO

Todo amor nuevo que aparece
nos ilumina la existencia,
nos la perfuma y enflorece:
En la más densa obscuridad
toda mujer es refulgencia
y todo amor es claridad.
Para curar la pertinaz
pena en las almas escondida,
un nuevo amor es eficaz;
porque se posa en nuestro mal

sin lastimar nunca la herida,
como un destello en un cristal.
Como un ensueño en una cuna,
como se posa en la encina
la piedad del rayo de luna;
Como un encanto en un hastío,
como en la punta de una espina
una gotita de rocío....

¿Que también sabe hacer sufrir?
¿Que también sabe hacer llorar?
¿Que también sabe hacer morir?
—Es que tú no supiste amar....

AMADO NERVO.

AMADO NERVO

Discurso pronunciado por el Ministro de Instrucción Pública Dr. Don RodolfoMezzera en el paraninfo de la Universidad, ante los restos del gran poeta.

Señores:

Todo hablaba de victoria en derredor del poeta, todo presagiaba nuevos retoños en los laureles ya conquistados, momento a momento, con la dulzura incomparable de sus versos melodiosos o con las flores excepcionales de su espíritu fino. Fuerte en su concepción optimista y sonriente de la vida, fuerte en su conciencia de haber burilado lo mejor de su intelecto, fuerte en su amor hacia todo lo bueno y hacia todo lo bello como para que no quedara en su alma,—según su propio decir,—«ni el rincón más estrecho para el odio», fuerte en la tranquilidad con que esperaba escuchar, frente a frente, la voz del abismo. Tal la vida del poeta, cuando un sacudimiento rudo, sorprende el rítmo acompasado de nuestra vida con su desaparición, brusca e incomprensible, que es como un repentino y triste crepúsculo en la gloria luminosa de un medio día.

El poeta ha muerto.—Amado Nervo con sus dos grandes ojos, de una extraña brillantez, siempre inquietos, siempre ágiles e interrogantes como si quisieran saber lo que cada uno llevaba dentro de sí; con su gran corazón vibrando con todos los dolores y con todas las alegrías,

abriéndose a los demas para darles un consuelo, o, para aumentarles una dicha; Amado Nervo, todo bondad, todo espíritu y todo cántico ha sacudido sus alas, ha entregado su cuerpo a los abismos misteriosos del silencio y ha estrangulado el ave canora de donde brotaban las rimas de su amor y de su ensueño.

Y sus versos,—que se dijeran gorjeos de un ruiseñor enamorado de la clara inmensidad de los cielos,—han querido enmudecer entre nosotros, ataviados por los resplandores de nuestro sol y salmodiados por los arrullos melodiosos de nuestro gran río. Cuando el amor de quienes lo rodeaban pretendió entregarlo a las mayores facilitaciones de la ciencia, el Poeta se sintió estrecho, oprimido y ahogado, y pidió y rogó, primero, y, exigió después, ser entregado de nuevo, al ambiente que él mismo había elegido, frente al azul infinito y junto a la playa rumorosa, quizás porque presintió que su espíritu y que su lira, en su último vuelo y en su postrer quejido, no podían tener otro escenario que la augusta y misteriosa conjunción del cielo y del mar.

Y tenía que ser así, en realidad. Amado Nervo, en el símbolo armonioso y fecundo de su propio nombre, era un conjunto de amor, de ternura, de esperanza y de fe que ponía en cada uno de sus versos,—escapados del corazón y cincelados por el sentimiento,—un pedazo de su propia alma y de su propia bondad, siempre fijas en la inmensidad del arcano, en el secreto del más allá, en el sueño de lo que ha de llegar y que su imaginación entreveía entre nardos y rosas. Tenía la más universal emotividad, y el don, suave y dulce, de comunicarlo a todos cuantos lo rodeaban, de tal modo que si no hubiera sido poeta, aún así, habría sido el más conquistador de los embajadores. Es que hablaba el lenguaje sencillo y emocionante de los hombres que saben del dolor y del sentimiento. Si para comprender a Musset,—en el decir del filósofo,—casi basta haber amado y si para comprender a Lamar-

tine basta, con frecuencia, haber tenido ensueños a la luz de la luna, ya con tristeza, ya con alegría, para comprender a Amado Nervo,—señores,—sólo basta tener corazón y «haber cerrado, alguna vez, los ojos para ver al amor».

Es así como ha conquistado la simpatía de todos los hombres, infundiéndoles su franca alegría del bien; es así como ha obtenido el afecto de todas las mujeres, en cuyas almas y en cuya compañía creía confortar su fe, alimentar su esperanza, poblar su estro de notas cada vez más armoniosas y más humanas, y es por eso, que su muerte oprime todos nuestros corazones y enluta todo un continente.

Es América que se siente solidaria ante el dolor y ante la desventura, es América que se siente sacudida en su más íntimas entrañas y protesta porque le han arrebatado al más exquisito, al más espontáneo y al más sincero de sus líricos.

Esta casa de todos,—que es el centro cultural del país donde el destino ha querido derribar el leño armonioso del poeta,—le ha abierto sus puertas, y ofrendado sus flores y custodiado su sueño, para marcar con precisión y con nitidez la faz más trascendental del muerto cuya desaparición lloramos.

Cureñas y cañones, atambores y clarines, compases y redobles pudieron ser el acompañamiento del diplomático pero no podían, no, ser el cortejo del poeta. Es por eso que la Universidad de Montevideo forma a su alrededor con las mejores galas del espíritu, y lo entrega así al entusiasmo y a la esperanza de su juventud estudiosa, que busca en cada estrella el misterio de un dolor o de una alegría, en cada ruido la voz de lo sobrenatural o de lo sublime, y en cada ráfaga, y en cada ola, y en cada noche, la señal que marca su propio destino, lleno de sorpresas, siempre informe, siempre más lejos cuanto se afane por alcanzarle, y por eso, siempre más hermoso y más promisor.

Juventud de la patria que habéis sido elegida para en-

tregar a la tierra, buena y santa, el cuerpo inanimado del Poeta llevándolo sobre vuestros brazos, fuertes y musculosos, a la manera de esas procesiones impresionantes que se descubren en los bajos relieves de una teoría de friso griego, no golpiéis su féretro si pretendéis todavíaescuchar su canto porque sólo tendriais el zumbido de quien sabe qué extraña combinación impulsada por la ley que manda y ordena la constante transformación de la materia.

Pero,—escuchad que todavía puede ser oído su canto porque vivirá en toda acción noble, en toda bondadosa esperanza, en todo corazón amante, en todo bien y en toda virtud.

Recoged en este momento esos cánticos con el oro más puro de vuestro corazón, y después, con la fuerza de vuestro aliento y con las alas de vuestro espíritu, cantadlos sobre la tierra de América que está triste y acongojada porque ha callado su poeta.

Y entre tanto deshojad muchas rosas.

RODOLFO MEZZERA.

LA CRISÁLIDA

Somos un sueño dentro de una tosca envoltura. La Muerte es nuestra Madre Alumbradora.

Yo no te ví sino dormido, Hermano:
La cabeza marmórea; la nariz aguileña...
Bajo la frente amplia—pensé—ya nada sueña !
Por sus pupilas ciegas no cruza nada humano !

Al corazón ninguna pasión terrena empeña;
El pensamiento—¡ aún más !—se limpió de lo vano;
¡ La Luz ! Ahora se abre de par en par lo arcano:
El alma vive, crece y todo lo domeña !

Nada más que la forma, el gusano, la caja
Nos resta. Sin embargo aún bajo la mortaja
Tan augusto y sereno al mismo Dios igualas.

¡ Oh, purísima vida que hizo lumbre la escoria !
Entre nosotros,—polvo,—queda el polvo y la gloria
Se abre para la nívea blancura de tus alas !

MONTIEL BALLESTEROS.

"LA COSECHA"

Esta es mi cosecha:
Toda para tí.

¿ Le buscas ? Es que le tienes.

Oirás decir frecuentemente a muchos, que no encuentran a Dios.

Pregúntales si le buscan y hasta dónde llega el anhelo de hallarle.

Si le buscan con mucho ahinco, tranquilízalos, porque ya le han encontrado...

Dios dice admirablemente a Pascal en las meditaciones:

¡ Console—toi, tu ne me chercherais pas si tu ne m'avais pas trouvé !

Pensamiento capaz de inundar de consuelo al espíritu más árido y desolado.

Pensamiento, por otra parte, de una sorprendente exactitud.

El que busca en efecto a Dios con ahinco, es porque le ama, y el que le ama ya le posee.

Amar a Dios y poseerle es todo uno.

Por eso el autor de estas líneas ha dicho en unos versos, glosando la frase del divino pensador francés:

« Alma, sigue hasta el final—en pos del Bien de los Bienes—y consuélate en tu mal—pensando como Pascal—« ¿ Le buscas ? ... Es que le tienes... ».

Los pasos

Muchas veces, en los breves intervalos en que se apacigua tu tráfago interior, te acontece oir unos pasos: unos pasos furtivos frente a tu puerta.

Como los del novio que ronda la casa de la amada.

Son los pasos de la Dicha.

Son los pasos de una dicha modesta, tímida, discreta, que desearía entrar.

Hay muchas dichas así.

Son como caricias temerosas.

Son como corzas, como graciosas corzas blancas. Todo las amedrenta.

Si escuchas estos pasos, abre inmediatamente tu puerta de par en par.

Abre también tu rostro con la más acogedora de las sonrisas... y aguarda.

Verás cómo entonces los pasos tímidos se acercan: verás cómo la pequeña dicha entra con los ojos bajos, ruborosa, sonriente, y te perfuma la casa y te encanta un día de la vida, y se va... mas para volver.

Desgraciadamente, muy a menudo, tus descontentos. tus deseos y aún alguna alegría soflamera, hacen tanto ruido, que la corza blanca se asusta y los leves pasos se alejan para siempre jamás.

¿ CÓMO ES ?

¿ Es Dios personal ?
¿ Es impersonal ?
¿ Tiene forma ?
¿ No tiene forma ?
¿ Es esencia ?
¿ Es substancia ?
¿ Es uno ?
¿ Es múltiple ?
¿ Es la conciencia del universo ?
¿ Es voluntad sin conciencia y sin fin ?
¿ Es todo lo que existe ?
¿ Es distinto de todo lo que existe ?
¿ Es como el alma de la naturaleza ?
¿ Es una ley ?

¿Es, simplemente, la armonía de las fuerzas?
¿Está en nosotros mismos?
¿Está fuera de nosotros?

Alma mía, hace tiempo que tú ya no te preguntas estas cosas. Tiempo ha que estas cosas ya no te interesan.

Lo único que tú sabes es que le amas...

El hada.

Sea cual fuere la aspereza del paraje donde te halles, del camino que recorras, por poco que mires las raras y parvas hermosuras que tenga, tu recuerdo mañana todo lo volverá poesía.

Tu recuerdo es lunar, siempre sabrá borrar las aristas duras, y quedará allá en el fondo de tu memoria una perspectiva deliciosa, que acaso te hará echar de menos el sitio y la hora en que, en realidad, sufriste.

Tu memoria sólo te mostrará el mar, el rojo sudor tragado por la tierra iría a fecundar no sé qué gérmenes, sin dejar rastro ninguno.

Tu memoria sólo te mostrará el mar, el mar verde o azul, el mar siempre vario y siempre idéntico, el mar que es el más blando lecho de reposo para las miradas nostálgicas.

Si cargaste tu cruz por las laderas de la montaña el recuerdo sabrá mostrarte sólo el césped blanco y florido de las laderas, la nieve inmaculada de la cima y el fondo eterno del cielo azul...

Ayuda a esa Hada que se llama la memoria, a no recordar sino incompletamente las cosas...

Ella tiene una alquimia divina para fabricar belleza.

Si la educas con amor, tu pasado será siempre un divino paisaje, lleno de serenidad y de paz...

La sorpresa.

Si todos los días te levantas con el propósito de no pedir nada a la vida, no habrá jornada sin bella sorpresa, porque la vida te otorgará siempre algún don.

Tú te dirás: «hoy aceptaré todos los dolores, todas las fatigas y dificultades del día, con ánimo igual».

No pensarás en ningún placer. Verás sólo el surco, que debes abrir, bajo el chorro de fuego del sol.

Ningún espejismo engañará tu camino.

Estarás de antemano resignado a todos los golpes.

No atisbarás ni atalayarás el horizonte para ver si se acerca alguna dicha.

Y así pasarán los días, monótonos, con pocas satisfacciones y muchos deberes.

Como nada pides y todo lo aceptas, tu estarás ensimismado y distraído en tu labor..

....Mas de pronto, la vida, que te prevenía su sorpresa, te mandará su enviada: el esclavo nubio de las ajorcas de oro llevará sobre sus manos de ébano la bandeja de malaquita y sobre ella brillará el presente mágico, el presente inesperado, y por inesperado maravilloso.

Nada esta lejos de ti.

Nada está lejos de tí.

¡Las distancias!

¿Qué importan las distancias?

Bien sabes que las distancias son sólo para tu cuerpo-

Tu alma se halla cerca de todas las cosas.

Mas aún, tu alma está en la esencia misma de todas las cosas.

Sin tu cuerpo, ni la luz con sus trescientos mil kilómetros por segundo de velocidad, igualaría el vuelo de tu pensamiento.

Si bien se mira, todo está a tu alcance.

No hay estrella a la que no puedas llamar tuya.

Mueve tu pensamiento con libertad absoluta.

Acostúmbralo a los altos vuelos progresivos.

Intenta el «record» de altura.

Déjale ir y venir a través del Universo.

Cada día te darás así más cuenta de la desdeñable apariencia de tu jaula.

Con la noción de tu libertad inmensa, aumentará tu apellido de posiciones eternas.

Y hay por cierto una posesión que se te ofrece a cada instante y que no tiene límites: la posesión de Dios.

Acéptala.

TU HEREDAD.

«El mundo—dices,—vase estrechando cada día más ante mi paso: ¡qué pequeño es el mundo! ¡Y como si no lo fuera bastante, lo empequeñecen aún los prejuicios y la miseria de los hombres!»

Ya no puedo viajar—añades,—y además; ¡para qué! Todo es lo mismo. La uniformidad tediosa ha invadido el planeta y no hay forma de encontrar ni un rincón inédito ni un silencio no mancillado por el vacuo y gárrulo turismo.

Mas yo digo: ¡qué importa todo esto si te queda la noche! ¡La noche con todos sus milagros, la noche con todos sus soles y mundos!

¡En cuanto sales a tu balcón se te ofrece ella con su snmensidad divina! ¡Qué pequeñas son las distancias que ieparan sus orbes, para el poder de tus alas!

¡Cómo vas y vienes, ave silenciosa del alma, por entre el enjambre de oro!

Cada uno de tus anhelos de belleza puede escoger un mundo para realizarse.

Y cuando el sueño sella tus párpados, tus ojos y tu corazón están llenos de maravillas!

EL AMOR, VEDADO.

La riqueza no te está vedada; pero la desdeñas.

El poder no te está vedado; pero no lo buscas.

En cambio te está vedado ya el Amor.

Las puertas del amor se cerraron para tí hace muchos años. Y en vano llamas y llamas. El aldabón resuena misteriosamente en la noche.

Pegas el oído a la cerradura y oyes tumulto alegre, risas de oro y de plata; convulso chasquear de besos.

Miras por el ojo de la gran cerradura y ves pasar túnicas blancas, rosadas, azules, que mal encubren formas estatuarias. Todo allí es promesa o realización, bajo la luz azulosa de la luna o los blandos clarores de los crepúsculos.

Pasa la rubia, pasa la morena, y se llevan prendido tu deseo.

Te miran los ojos azules, los ojos verdes, los ojos negros, los ojos castaños, y tú imploras lo que parecen ofrecer esas miradas...

Pero un fallo enigmático de tu destino mantiene lejos de tí—el enamorado del amor—toda posibilidad de realizar lo que los hados parecían ofrecerte al elegir tu nombre.

Y comprendes que tus ansias son imposibles y anhelas el término de ellas.

Empero, por resuelto que está tu dios a impedir que te amen, no puede impedir que ames tú todos los seres, todas las cosas. ¡ Qué más ! No puede impedir que le ames a El.

Cabe, pues, que repitas con el poeta francés:

Mon Dieu, tout puissant que vous etes, vous ne pouvez pas empecher que je vous aime !

La mujer.

El proverbio persa dijo: « No hieras a la mujer ni con el pétalo de una rosa ».

Yo te digo: « No la hieras ni con el pensamiento ».

Joven o vieja, fea o bella, frívola o pensativa, mala o buena, la mujer sabe siempre el secreto de Dios.

Si el Universo tiene un fin claro, evidente, innegable, que está al margen de las filosofías, ese fin es la Vida:

única doctora que explicará el Misterio; y la perpetuación de la Vida fué confiada por el Ser de los Seres a la mujer.

La mujer es la sola colaboradora efectiva de Dios.

Su carne no es como nuestra carne.

En la más vil de las mujeres hay algo divino.

Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles.

El Destino encarna en su voluntad, y si el Amor de Dios se parece a algo en este mundo, es, sin duda, semejante al amor de las madres...

Yo no te digo...

Yo no te digo que la Esfinge no se levante en la desembocadura de todos los caminos: lo que te digo es que, aunque aparentemente torva, la Esfinge tiene piedad de nosotros.

Yo no te digo que no hay más dolores que alegrías; lo que te digo es que los dolores nos hacen crecer de tal manera y nos dan un concepto tan alto del Universo, que después de sufridos no los cambiaríamos por todas las alegrías de la tierra.

Yo no te digo que no haya hombres malos y mezquinos; lo que te digo es que son hombres inferiores, hombres que no comprenden todavía, almas subalternas a quienes debemos elevar, seres obscuros que no saben dónde está la luz y con los cuales una caridad lúcida, paciente, blanda, todo lo puede.

Yo no te digo que la riqueza sea un mal; lo que te digo es que quien vive simplemente, en divorcio total de las vanidades, siente que le nacen alas.

Yo no te digo que el amor no haga daño: lo que te digo es que estoy resuelto a amar mientras viva, a amar siempre, siempre... siempre.

La fe.

No temas nunca en los casos angustiosos decir una palabra optimista. No receles que el destino te contradiga: el destino jamás contradice a los hombres que esperan en él y siempre cumple las promesas que en su nombre hacen los fuertes.

Tu buen deseo ayuda por otra parte a manifestarse, a todas las bellas posibilidades de la existencia.

Las hadas propicias, con los cofres invisibles llenos de mercedes, están siempre esperando la voz segura y afectuosa que las solicite en favor de una vida cara, de un ser querido y precioso.

Pero es indispensable que tu voz al llamarlas no tiemble desconfiada...

¿Cómo quieres que la buena fortuna se detenga a tus puertas si no crees en ella?

Tu fe le abre los caminos de tu morada.

La duda es como un malezal inextricable, por entre el cual no pueden pasar los genios del bien.

Coge tu hacha y corta enérgicamente las malezas; hablo del hacha de tu fe. Verás cuán espaciosa se vuelve la ruta y cómo convida a recorrerla a todas las venturas.

Oro sobre acero.

Oro sobre acero (Eibar y Toledo) han de ser tus amores.

Oro sobre acero tu voluntad.

Oro sobre acero tus actos.

Sobre el acero del mejor temple de tus propósitos, brillará el oro puro y aristocrático de tu cortesía.

Sobre el acero de tus pensamientos ha de lucir el arabesco de oro de la forma pura y ágil.

Tu don de gentes será capa de oro fino que ha de recubrir el acero de tus fines.

Serán tus sonrisas como minúsculas estrellas áureas incrustadas en el acero de tus intentos.

Tu amor firme tendrá el oro de tu ternura sobre su acero imperioso.

Sobre el acero de tu esperanza, la placidez con que sabes aguardar, será también oro. El áncora de la diosa estará damasquinada por ese oro de tu apacibilidad expectante.

Oro y acero—Eibar y Toledo—será tu vida, serán tus propósitos, serán tus actos...

ENCIENDE TU LAMPARA.

En cuanto caiga la noche enciende tu lámpara.

No permanezcas en la oscuridad.

Enciende cuidadosamente tu lámpara.

El viajero que pase, dirá: «¡Cuánto reposo debe haber cerca de esa luz; y cuánta paz!»

La mujer solitaria que la distinga de lejos, pensará: «Allí debe anidar el amor. Dos que se quieren son bañados por el mismo fulgor blanco».

El niño que la contemple, exclamará: «Talvez hay niños en redor de la mesa y leen bello cuentos y miran maravillosas estampas».

El ladrón furtivo murmurará con recelo: «Allí vive un hombre prevenido a quien no se puede atacar a mansalva».

Muchos, al internarse en la selva, se sentirán confortados por la luz.

En verdad, te digo que es misericordioso, a las primeras horas, encender nuestra lámpara.

La buena lámpara de que el Padre ha provisto a todos los caminantes de la vida.

AMADO NERVO.

A AMADO NERVO

*Yo me quedé en la playa tembloroso y contrito,
cuando ví que partías con rumbo al infinito.
Te llamé, no me oíste; quise seguir tu huella,
pero no pude... ¡ Al fin encontraste tu estrella !
Al fin entre la sombra del Arcano te hundiste,
como alma de la noche, serenamente triste...
Gemía el mar apenas y en la playa desierta
abandoné mi vida como una cosa muerta...
En la noche profunda sentí como un lamento,
¿ era tu último canto o era el ritmo del viento ?...*

*Soñador, soñador, soñador que te has ido
llevando en las alforjas el tesoro escondido
de emociones, de amor, de ensueños, de belleza !
¿ en qué mundo hallarás la flor de tu tristeza ?
¿ Te recibió la amada inmóvil, silenciosa,
con sus manos de tísica, con sus labios de rosa
otoñal y marchita, con aquella fragancia
que borrar no pudieron el tiempo y la distancia ?
¡ Ah deliquios sensuales ! ¡ Ah divinas ternuras !
Estrellas que iluminan el valle de amarguras !
Soñador, soñador, no te has ido del todo:
algo de tu alma flota sobre el mundano lodo.*

*Háblanos desde el seno de tu noche, ¡ Oh hermano !
dínos el gran secreto del pavoroso Arcano.
¡ Ciegos están los ojos de todos los videntes;
mudas están las bocas de todos los creyentes !
¿ Encontraste la oculta fuente de la Armonía ?
¿ Eres ya poseedor de la Sabiduría ?*

¿Habrás podido al fin librarte del combate?
¡Ah el enorme problema moral que nos abate!
Más allá de esta vida de dolores ingentes,
más allá de esos mundos claros y sorprendentes,
más allá de la muerte... ¿Silencio, obscuridad,
o el crepúsculo triste de la serenidad?...

Padre, hermano y maestro,—¡mas sobre todo hermano!—
profundamente triste, profundamente humano;
sonoro como el agua, como ella milagroso;
como el árbol sereno, altivo y generoso:
Óyeme esta canción hija del bajo suelo
que pretende llegar a tí con débil vuelo.
¡También en nuestras almas se agita la tragedia
del vivir, que el narcótico del ensueño remedia;
la nostalgia imposible de una azul lejanía
que solamente vive para la poesía!...
Y por eso al mirarte partir hacia el Arcano
mi corazón te grita:—¡Hermano, hermano, hermano!

MANUEL BENAVENTE.

Junio 1.º de 1919.

AMADO NERVO

Delante de la sombra infinita, se estremeció de miedo y pidió que le abrieran las ventanas para que entrara el sol. Y se llenó de luz los ojos para morir con la conciencia total de que entraba en el soñado misterio luminoso.

« Sobre todo, no imitar a nadie, y mucho menos a mí » dijo Wagner y repitió Darío.

Nervo recogió el pensamiento, y con él, hizo su obra y su vida, sencillamente sinceras las dos, en cualquier meridiano, a la hora del sol optimista o en la tarde melancólica y honda.

Es cierto que sufrió mucho, que estuvo muy triste, que anduvo muy solo,—que hasta sintió perder a Dios un día,—pero en su desamparo gozó de « la paz que baja de las estrellas »;—escuchó la voz inefable de Sor Acqua que le dijo « sé dócil, sé cristalino, esta es la ley y los profetas »;—pasó las noches en « jardín azul con margaritas de oro »;—se dió todo entero al amor, a la fe, a la poesía,—creyó, amó y cantó,—como un pájaro triste pero divino.

Martí le dijo una vez que « todo el que lleva luz se queda solo »,—y él, tan sereno, tan dulce, tan pristino, se inquietó un poco, tembló quizás y se resignó llorando.

Sus versos suaves y fragantes, ardieron como la llama, y desde entonces, por su jardín de cristal, una música sacra le acompaña.

Resignada y profundamente, vivió sus emociones,—las que ahondan sus versos,—en el agua, en el cielo, dentro de las estrellas, en el fondo de plata de la luna, sobre los lotos abiertos en el lago.

Creó un mundo harmonioso con la unidad rítmica de su alma,—y se envolvió en la ardiente dulzura de si mismo, como se envuelve la tarde en ese color inmaterial del cielo, así malva, así oro, así violeta.

No faltó nada en la decoración crepuscular.—Y el espíritu con alas estuvo cuarenta y ocho años, queriendo escaparse de su caja todas las mañanas, todas las tardes y todas las noches, cuando se emocionaba de repente y se ponía más liviano que el aire y sentía la opresión de volar.

La esfinge impenetrable y fría le miraba desde el otro lado del mundo con la serenidad de sus ojos sin luz.

Y de tanto amarla y acercarse a ella, la vió sonreir, y la llevó consigo, y habló siempre de su misterio, de la eternidad trágica y honda del destino y de la muerte.

Como una flor, como un pájaro, como un niño, tembló al soplo de los vientos que hicieron vibrar su lira.

Amó lo desconocido, lo impalpable, el incienso y el rezo: la muerte y la vida.

« El día que me quieras, tendrá más luz que Junio »,—le dijo apasionadamente a la novia fugaz, « ingenua como el agua, diáfana como el día »,—y clamó después, aquel « Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:—es todo lo que puedo yo ofrecerte.—Tú me diste un amor, un solo amor,—un gran amor... Me lo robó la muerte—¡ y no me queda más que mi dolor !—Acéptalo, Señor,—¡ es todo lo que puedo yo ofrecerte ! »....

Huysmans, Schopenhauer, Pascal, Des Groux, Jesucristo, París, Ana María, pasan por él y le atraen cada

uno en la misteriosa idealidad que el poeta encuentra en ellos, hombres, dioses y cosas, así sean.

Cree y espera: ama y sufre: pasa intacto por todas las sendas: se derrama en espiritualidad: y aunque persisten trenos y elegías, resplandecen momentos de optimismo, que al fin ama entrañablemente a la vida y «la poesía es una filosofía que se sueña»...

Como todos los que soñamos un poco, y mucho más por cierto siendo como era dueño de la Lira,—sabía de nuestro amanecer, conocía la carretera y el viajar por ella, quería desgarrar insistentemente el tul azul del horizonte, y el problema metafísico le atormentaba con dolor continuo.

Turró lo dice: «como siempre nos hallamos dentro del mismo círculo, y como nada exaspera tanto como la impotencia, el cerebro se caldea con esas imaginaciones y la mente se exalta y muge sordamente, como la holla que hierve solitaria en el hogar, sin acertar con la solución y sin abrirse a una luz consoladora. Y esto nos explica por qué el hombre se acoge a la fe como a un áncora de salvación, y en vez de explicar, cree».

El poeta lo explica todo con su fe de creyente, que a veces se extiende o se recoge, pero que al fin llega siempre a Dios, causa y principio, sol y amor:—y clama por él, de rodillas, en el jardín o en el templo, no eventualmente como Verlaine o como Darío, sino constantemente, a pesar del dolor y del desamparo, de la angustia y la desilusión.

La eugenesia lúcida le atrae: el fatum determinativo le sosiega: sus inquietudes marinas se serenan en la paz y la misericordia de Dios...

Por eso su resignación es piadosa y humilde, su vida es— buena y diáfana, su poesía es música di cámera como dice Rubén.

Y romántico y musical y poeta por encima del catolicismo y del panteísmo, del dolor y el amor,—sus versos desabrochan la intimidad suavísima del corazón: adquie-

ren la virtud de que habla Guyau: tienen esa cosa indefinible, frágil y profunda que es el alma, el acento, la luz.

A veces parecen desmayados lirios de pálidos tonos, que uno quisiera apretar contra el pecho, de tan lindos, de tan suaves, de tan finos que son:—en ocasiones ofrecen la vida como una promesa, anegada en perfume de incienso, en claridad de ensueño, ascendiendo como una oración:—nunca la vulgaridad, nunca el desamor:—siempre la dulzura de la piedad, el aroma del cielo, el fulgor del recuerdo, la consolación de la esperanza.

La poesía nace del amor como del sol la luz. — « Yo no te digo que el amor no haga daño: lo que te digo es que estoy resuelto a amar mientras viva, a amar siempre, siempre... siempre, »—dijo el poeta en « La Cosecha ».

El poeta verdadero se asemeja a Dios que nada tiene y todo lo da, dice Séneca. — « Quiero ser un aprendiz de Dios, porque en verdad os digo que no hay tesoro en el mundo como un grande amor por El, poseerle y ser suyo », agrega Nervo en « El libro de los consejos ».

La emoción brota del corazón: la música que conmueve es la que queda:—« las escuelas dan importancia, dan ambiciones, dan pedantería, pero cortan las alas ingenuas », —exclama Rusckin.

Al través de su perfeccionamiento evolutivo,—desde « Místicas » y « Perlas Negras » hasta « Plenitud » y « El Arquero Divino, » — Amado Nervo, sereno y bueno, floreció en emotivas rosas té, suyas, olorosas de su intimismo, sin ajenos matices de técnica escolástica.

Rubén, Nervo y Lugones formaron la gran trilogía lírica del continente. Rubén llegó primero: fué la alondra, detrás de la cual venía el sol, dice Lugones. — Nervo fué hermano suyo, y ahora, ya están los dos, « en el islote

frío que pintó Böcklin»... El lo dijo y lo quería así, pronto, bien pronto, cosa que Rubén, «lo mismo que en las tardes misteriosas de Lutecia a la orilla del Río lírico, le guiara, para robar entrambos al musical vacío y al coro de los orbes, sus claves portentosas»...

La sombra de Ana se regocija de recibirle ¡al fin y otra vez! luego de los diez años, cuatro meses y siete días que vivieron juntos...

Nosotros le amamos y le lloramos con fervor y amor,—y detenido el tiempo, sin color la tarde, fuera del círculo real y relativo de la naturaleza, perdido el pensamiento que no piensa, callado el rezo que se escucha subir y no se dice,—se levanta la visión de nuestra juventud apasionada que viene a preguntarnos por él.

TELMO MANACORDA.

ALGUNAS NOTAS SOBRE AMADO NERVO

¿ Nervo fué original ? Acaso sorprenda la interrogación. Sin embargo, cabe bien, en este caso como en tantos.

Si por originalidad entendemos, eso común que la gran mayoría entiende, apresurémonos a decir que Nervo no fué original. No buscó lo nuevo, lo raro, lo no dicho ni pensado, por la sencilla razón de que, como Goethe, afirmaba que todo había sido ya dicho y expresado:

> « *Hay todavía locos que pretenden*
> *deciros algo nuevo, porque ignoran*
> *los libros esenciales*
> *en que está dicho todo* ».

Es así que confiesa: « Las ideas poéticas, literarias o científicas aparecen en el mundo por haces, como si una personalidad invisible las arrojaran desde arriba, y su florecimiento es simultáneo en diversos países y en diversos cerebros ». En este sentido, pues, de la novedad, Nervo no fué original; es decir, no lo fué en su plenitud literaria, si en su iniciación, que estimuló por diez años las censuras de los adoradores de la Santa Rutina, cuando solía tomar suavemente el pelo a algunos de sus lectores escribiendo « *malarmeísmos* » y le llamaban Jefe de Escuela. Pero, si por originalidad entendemos lo que debe entenderse, esto es, — dar el alma desnuda, nueva cada hora bajo el mismo sol; si por originalidad hemos de comprender la expresión de lo universal a través del tem-

peramento; la descomposición del rayo de luz de las verdades eternas por el prisma de nuestra alma, entonces, sí, hemos de afirmar, para regocijo nuestro, que Nervo fué original. Tuvo la originalidad de las estrellas que, cada vez que las miramos, nos parecen que recién acaban de encender su lámpara maravillosa,—y, a pesar de ello, entre «el enjambre de oro» su luz viene a nosotros, del fondo del Misterio, desde hace miles y miles de años. Si como Verlaine y al decir de Rachilde, no tuvo el raro mérito de «abrir las ventanas»—porque ya lo estaban—al menos le cupo la suerte de haber sabido mantenerlas abiertas. Cuando las viejas combinaciones gramaticales y los viejos arreglos fonéticos habían perdido su virtud primitiva, cuando la humanidad pensaba y hablaba con locuciones rituales, con frases hechas, que le distribuían en cada generación los académicos,—se asustaba del «rastacuerismo de los adjetivos vistosos, de la logomaquia de cacatúa, de la palabrería inútil» y por ello, buscaba, para expresar sus ideas, «el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no detona». Decía lo que quería, y como quería, y resultaba así, de una sencillez, tan prístina, que, en medio del colorismo de los modernistas, su claridad era la de la madrugada.

Ni tan moderno, ni tan audaz, ni tan cosmopolita como predicaba Darío, sino, humano, de tal modo, que su poesía habla a todos en el lenguaje puro, comunicativo, limpio del corazón, y todos pueden llegar hasta el fondo mismo de su alma.

Poeta en un grado superlativo, y comprensible hasta lo más íntimo de sus más íntimos pensamientos, era en sus versos, claro como un amanecer y como tal, todo estaba lleno de luces cambiantes y de paisajes a media luz.

En su prosa y en su verso era igualmente poeta, y de tal modo, que el idioma adquirió en su obra, un nuevo

encanto para el que no se le creyera capacitado: adquirió ese «doble fondo» que hace del francés un idioma flexible, sutil y apto para la expresión de las «nuances» sentimentales, vale decir, se hizo más íntimamente musical y más encantadoramente sugestivo.

Combinó en formas compuestas, versos que la preceptiva determina que han de ir aislados y en grupos estróficos más o menos fijos. De la fusión de esas harmonías que se creyeran disonantes y que él transformó en complementarias, surgió una copiosa variedad de formas poéticas que, con la apariencia de un versolibrismo armonioso, da la impresión de una admirable sinfonía, en que cada nota, hasta las que parecerían perdidas, tiene su lugar irreemplazable en el conjunto delicadamente musical.

Como ejemplos expresivos de esta maestría de Nervo para las más inesperadas combinaciones rítmicas, ahí están sus últimos libros en que, la difícil sencillez es fruto de una elevada y compleja cultura. El poeta califica a los versos de «La Conquista», de «prosa rimada» y, en realidad, esa su encantadora fluidez, ese «enjambement» tan justo y tan «fácil,» revela a las claras un absoluto dominio del verso y un profundo conocimiento del valor musical de la palabra en las combinaciones rítmicas.

No hablemos de su misticismo, ya que, es redundancia hablar de misticismo—él lo ha dicho—cuando se trata de un poeta. Y esto fué. Poeta, poeta de todas las almas, que supo hacer de eso que el llamaba el más perro de todos entre los oficios perros, es decir, de la poesía, un apostolado de bondad, de optimismo, de esperanza.

En las páginas de su último libro, hay un «Epitafio»; que bien pudiera grabarse sobre el mármol que cubrirá los restos mortales del gran hermano de todos por su bondad infinita.

Cierre él, siquiera, con su emoción profunda, la que yo quise para mis comentarios.

HAVAIT «LA MALADIE DE L'ABSOLU»

(Palabras de un crítico acerca de Amiel):

Fué, con un delirante misticismo,
buscándose él en Dios y la presencia
de Dios en lo más hondo de sí mismo:
en el espejo azul de su conciencia.

¡Intentó, con ardor, pero sin fruto,
resolver la ecuación de lo absoluto...
hasta que al fin, cayó en el lago quieto
en cuyo fondo estaba el gran secreto!

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ.

SALTO.

NOTAS

Razones de oportunidad disponen la publicación, en primer término, del material que se nos ha enviado a la memoria de Amado Nervo. Esto nos obliga a la postergación para el número próximo de una gran cantidad de colaboraciones brillantísimas, que como las del Dr. Carlos M. Prando, Dr. Víctor Pérez Petit, Alberto Nin Frías, etc., tenemos el agrado de anunciar desde ya y recomendar a nuestros lectores.

En el próximo número, pues, trataremos de dar cumplimiento a tantos compromisos.

GLOSAS DEL MES

De casa.

Este número 12 de «Pegaso» cierra el primer año de su publicación.

Entrará pues, nuestra revista, en el mes de Julio, en el año segundo de su vida.

Aquí, donde las publicaciones de la índole de esta son «páginas de ocasión», como se ha dicho, corresponde no solo por nosotros, sino por el buen nombre intelectual del país, hacer resaltar el hecho.

Una revista de letras puede vivir en nuestro ambiente, siempre que esa revista sea digna de vivir y capaz de vivir.

El público responde, nuestra lista de suscriptores nos permite decirlo. Dada la situación afirmada y próspera de «*Pegaso*» podemos anunciar, para el número próximo, una primera serie de mejoras y reformas tendientes a ajustar la publicación dentro del marco de las revistas modelo.

El cuerpo de redactores será aumentado con el ingreso de la Señorita Luisa Luisi; y el señor Telmo Manacorda tendrá a su cargo la secretaría de redacción.

El 2.º Congreso Americano del Niño.

Tuvo lugar en Montevideo, en la semana transcurrida entre el 18 y el 25 de Mayo de este año.

No ha sido este Congreso uno más a agregar como número al de tantos otros anteriores. El tuvo sus características que lo han destacado especialmente y que es bueno hacer constar.

Antes que nada la sinceridad de propósitos, ideas y sentimientos de casi todos sus adherentes. Esta sinceridad se ha traducido en la serenidad y nobleza de las discusiones, por las que pudo verse, en general, que cada uno estaba animado—no del propósito egoísta del triunfo de una idea o vanidad personal—sino de una altura de miras realmente superior. Hubo amor de verdad por la causa del niño; fe en la misión a realizar y en la siembra a efectuar y un ambiente cordial de simpatías generosas. Es con estos valores morales como se abren camino las ideas, y ellos dignificaron al Congreso por su calidad y cantidad, del mismo modo que su escasez en el comercio diario de los hombres es la que determina la chatura y mezquindad de la vida moral contemporánea.

Estos valores morales no han dignificado solamente al Congreso, sino que han realzado la conciencia panamericana. El verdadero panamericanismo es el que surgirá de la estimación recíproca de los países de América, basada en el conocimiento del valor intelectual y moral de cada uno, y el Congreso ha realizado en este sentido una obra fecunda, cuyos frutos ya se han de apreciar posteriormente.

La idea de la creación de una Oficina internacional que sirva de vínculo de unión para centralizar la acción en pro del mejoramiento de la infancia ha sido unánimemente aprobada por el Congreso en sesión plenaria. Los delegados extranjeros han adherido en el acto personalmente y han creído poder responder de la adhesión de sus gobiernos. He aquí una idea que, si se lleva a la práctica y se la ejecuta como es debido, puede ser de incalculables consecuencias benéficas.

Este Congreso se ha destacado aún y principalmente por la acción de la mujer. Ella ha aportado su preparación y su acción intelectual propias, que han sido valiosísimas; pero sobre todo su acción de presencia y de interés por todas las cuestiones en él debatidas. Este interesamiento de la mujer en la causa del niño es la mejor garantía del porvenir de la raza. De este interesamiento dependerá, en efecto, la instrucción y educación técnica de las madres futuras, y no olvidemos que sólo las madres bien preparadas harán los niños bien constituídos. El vigor de los organismos físicos y la formación de los caracteres morales infantiles dependen, en efecto, del modo cómo las madres críen a sus hijos y de la crianza de los niños depende, a su vez, el porvenir del mundo. Yo he visto a las mujeres, en este Congreso, acudir a todas sus sesiones y deliberaciones, interesarse por todo, apasionarse por mucho, instruirse ávidamente y conmoverse, no solo en sus raíces sentimentales sino ideológicas, ante el ahondamiento de las causas de los males sociales contemporáneos.

Y esta ha sido, en fin, la última nota grata, grande y noble del 2.º Congreso Americano del Niño. Todos han vivido ideológicamente dentro del Congreso, sin acordarse de lo que pudiera haber fuera de él. Y con la mira puesta en el porvenir del niño han mirado hacia ese porvenir y hacia ninguna otra cosa. Si ahondaron en las raíces de los males presentes fué para mostrar sus causas y prevenir sus efectos. Se han formulado por todas las Sesiones—Medicina, Higiene, Pedagogía, Sociología—votos generosos, cuya realización está más cercana de lo que pudieran creer ciertos espíritus reacios.

Y esta moción final de los trabajos de la Sección Sociología, aprobada unánimemente en medio de la conmoción de la Asamblea, resume en sí la acción y la aspiración de este Congreso. Dice así:

« Considerando que todas las conclusiones relativas a los problemas individuales y sociales de la infancia—a saber: natalidad y mortalidad; criminalidad y vagancia; alcoholismo, tuberculosis y degeneración; educación, medicina é higiene—han reconocido como una de las causas primordiales porque es general a todas, el factor económico; y considerando que resolver las causas particulares de esas perturbaciones individuales y sociales de la especie sin resolver la general a todas ellas es efectuar simplemente la terapéutica del síntoma y no de la enfermedad.

El 2.º Congreso Americano del Niño declara: Que, sin perjuicio de las soluciones particulares que cada problema de los referidos requiera, todas las actividades en pro del mejoramiento del niño deben concurrir a modificar la mala organización del actual régimen social ».

Dijo el Dr. Frugoni en un vibrante discurso que pronunció con ocasión de la clausura del Congreso, que, parodiando una frase célebre, no deberíamos decir ya más: « los muertos mandan » sino « los niños mandan », aludiendo a que la humanidad debe tratar de vivir una vida cada vez mejor, más justa, más sana y más completa. Ese precisamente ha sido el punto de vista del Congreso, que ha mirado hacia el porvenir y no hacia el pasado.

Es por todo esto que yo creo que la acción de este Congreso ha de ser fecunda. El no ha dicho ni hecho nada nuevo, porque nada original podía decir sobre cosas harto conocidas. Pero, en la elaboración del conjunto de las aspiraciones que ha formulado, ha puesto—con la decidida y significativa participación de la mujer—sinceridad de propósitos y de sentimientos, fe en la siembra, amor de verdad por la causa del niño, deseo de una humanidad mejor, más sana y más justa, esperanza en el porvenir. El Congreso ha puesto, en una palabra, corazón en la obra realizada—y cuando el corazón se pone del ado de las ideas éstas acaban siempre por triunfar.

ALBERTO BRIGNOLE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Educación artística. — Por Luisa Luisi. — Montevideo 1919.

En este breve volumen Luisa Luisi ha publicado el hermoso trabajo que presentó a consideración del 2.º Congreso Americano del Niño. Todas las virtudes intelectuales que dan a la celebrada autora de «Sentir», positivo relieve en nuestro ambiente, destacan nítidamente en este sesudo y erudito estudio, dedicado a pugnar por la educación artística y moral de la infancia. Obra preferentemente científica, nutrida de conocimientos sobre la psicología del niño y expuesta en forma elegante y precisa, abunda en conclusiones de índole pedagógica de un claro y moderno sentido racionalista.

Luisa Luisi, pretende con ese trabajo, dirigir la atención de los Congresales, hacia la educación estética del niño, según ella tan precaria en la actualidad, como secundaria en los métodos de enseñanza vigentes. Su libro por ese motivo, resulta bello y apasionado. Con fervor de cultura científica y no menor de belleza, Luisa Luisi ha logrado dar forma expositiva y unidad literaria, a muy elevados pensamientos, que al evidenciarnos la complejidad de su comprensión, nos pone de manifiesto también su sincero afán por ver cristalizadas normas definitivas y fecundas en beneficio de nuestra infancia. Ningún otro tema como este, podría reclamar la atención y la simpatía de los espíritus estudiosos, con más justicia. Y ha sido por ese motivo que Luisa Luisi lo ha acometido, con el conocimiento y entusiasmo que sólo su espíritu de excepción, sabe poner en las obras que le son preferidas. — W. P.

Con el número próximo se repartirán la carátula interior, para la encuadernación del Tomo I y el índice correspondiente al mismo.

Asimismo hacemos saber que ha sido nombrado administrador de esta Revista en substitución del señor J. López Deschamps, que se ha visto obligado a renunciar por su múltiples tareas, el señor Alexis J. Delgado. Toda la correspondencia administrativa debe ser dirigida desde hoy en adelante a 8 de Octubre 120. Rogamos a los señores agentes y subscriptores de Pegaso, tomen nota de este cambio.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Marchiorio Eduardo L., Dayman 1367.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel «La Alhambra»
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Corná Enrique, Rivera 2150.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo M., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1751.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1610.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.
Gallia Vicente, Colombia 1338.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 130.
Foladeri José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1523.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1564.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Daymán 1816
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1368.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Uler Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Tosonne Esteban J., Uruguay 681.
Ernesto Caprario, Uruguay 1233

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Educación artística. — Por Luisa Luisi. — Montevideo 1919.

En este breve volumen Luisa Luisi ha publicado el hermoso trabajo que presentó a consideración del 2.º Congreso Americano del Niño. Todas las virtudes intelectuales que dan a la celebrada autora de « Sentir », positivo relieve en nuestro ambiente, destacan nítidamente en este sesudo y erudito estudio, dedicado a pugnar por la educación artística y moral de la infancia. Obra preferentemente científica, nutrida de conocimientos sobre la psicología del niño y expuesta en forma elegante y precisa, abunda en conclusiones de índole pedagógica de un claro y moderno sentido racionalista.

Luisa Luisi, pretende con ese trabajo, dirigir la atención de los Congresales, hacia la educación estética del niño, según ella tan precaria en la actualidad, como secundaria en los métodos de enseñanza vigentes. Su libro por ese motivo, resulta bello y apasionado. Con fervor de cultura científica y no menor de belleza, Luisa Luísi ha logrado dar forma expositiva y unidad literaria, a muy elevados pensamientos, que al evidenciarnos la complejidad de su comprensión, nos pone de manifiesto también su sincero afán por ver cristalizadas normas definitivas y fecundas en beneficio de nuestra infancia. Ningún otro tema como este, podría reclamar la atención y la simpatía de los espíritus estudiosos, con más justicia. Y ha sido por ese motivo que Luisa Luisi lo ha acometido, con el conocimiento y entusiasmo que sólo su espíritu de excepción, sabe poner en las obras que le son preferidas. — W. P.

Con el número próximo se repartirán la carátula interior, para la encuadernación del Tomo I y el índice correspondiente al mismo.

Asimismo hacemos saber que ha sido nombrado administrador de esta Revista en substitución del señor J. López Deschamps, que se ha visto obligado a renunciar por su múltiples tareas, el señor Alexis J. Delgado. Toda la correspondencia administrativa debe ser dirigida desde hoy en adelante a 8 de Octubre 120. Rogamos a los señores agentes y subscriptores de Pegaso, tomen nota de este cambio.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra »
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1810.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Daymán 1316
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Ernesto Caprario, Uruguay 1223

Comisión Nacional de Educación Física

LLAMADO A CONCURSO

La Comisión Nacional de Educación Física llama a concurso para la confección de un modelo para el cuño del anverso de la medalla destinada a premiar a los ganadores de los Campeonatos Nacionales de deportes físicos, bajo las siguientes condiciones:

1.º El modelo no deberá tener inscripción; deberá ser hecho con substancia dura, yeso, bronce, etc y no podrá exceder de 30 centímetros en ninguna de sus medidas. La forma de la medalla queda librada al juicio de los concursantes, pero teniéndose en cuenta que debe ser una pieza de uso personal.

2.º Fíjase un plazo de 90 días a contar de la fecha, para la presentación de los trabajos los que deberán ser firmados con lema.

3.º El Jurado se constituirá de la siguiente manera: un miembro designado por la Comisión Nacional de Educación Física, otro por el Círculo Fomento de Bellas Artes y el tercero electo por los concursantes. El Jurado se expedirá a los cinco días de cerrado el plazo de admisión.

4.º Los concursantes deberán acompañar el modelo con dos sobres cerrados y lacrados; uno de ellos llevará en la parte exterior el lema correspondiente al trabajo y contendrá un pliego con el nombre y la dirección del artista. El otro también lacrado y sellado llevará en la parte exterior además del lema correspondiente, la palabra VOTO y contendrá el nombre del jurado que el artista designe.

5.º El Jurado adjudicará dos premios: uno de trescientos pesos oro y un accesit de cincuenta pesos, pudiendo declarar desierto el concurso en caso de que en ninguno de los modelos vea méritos suficientes para que los premios sean acordados.

6.º El trabajo premiado quedará de propiedad de la Comisión Nacional de Educación Física sin que ésta tenga que hacer ningún otro desembolso por dicho concepto.

7.º Los trabajos se recibirán hasta las doce horas del día 15 de Junio de 1919 en la Secretaría de la Comisión Nacional de Educación Física, Calle 25 de Mayo N.º 506, la que otorgará el recibo de práctica.

Montevideo, Marzo 20 de 1919.

El Secretario.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



JULIO DE 1919

SUMARIO:

AÑO II
N.° 13

Montevideo
URUGUAY

REVISTAS LITERARIAS

« NOSOTROS » — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

« ATENEA » — Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.° 1128. La Plata.

« IDEAS » — Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

« HEBE » — Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

« NUESTRA AMERICA » — Director E. Stefanini — Caracas, 440, Buenos Aires.

« REVISTA AMERICANA » — Rua Uruguayana N.° 9. Rio Janeiro — Brasil.

« EL FIGARO » — Apartado de correo, 397. Habana

« SELVA LIRICA » — Casilla, 2520. Santiago de Chile.

« CUBA CONTEMPORANEA » — Apartado de correo, 1907. Habana.

« REVISTA CHILENA » — Bandera, 130. Santiago de Chile.

« PRO CULTURA » — Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

« ATENEO JUVENIL DE LETRAS » — Soiza Relly, Paysandú.

« HIGIENE Y SALUD » — Colombia, 1294. Montevideo.

« ROCHENSE » — Carlos M. Rocha, Rocha.

« EL SEMANARIO » — Convención, 1413. Montevideo.

REVISTAS LITERARIAS

«NOSOTROS» — Directores Alfredo Bianchi y Roberto Giusti. — Florida, 32. Buenos Aires.

«ATENEA» — Director Rafael Alberto Arrieta — Calle 7, N.º 1128. La Plata.

«IDEAS» — Revista Bimestral. Organo del Ateneo de Estudiantes Universitarios — Maipú, 126. B. A.

«HEBE» — Estados Unidos, 1834. Buenos Aires.

«NUESTRA AMERICA» — Director E. Stefanini — Caracas, 440. Buenos Aires.

«REVISTA AMERICANA» — Rua Uruguayana N.º 9. Rio Janeiro — Brasil

«EL FIGARO» — Apartado de correo, 397. Habana

«SELVA LIRICA» — Casilla, 2520. Santiago de Chile.

«CUBA CONTEMPORANEA» — Apartado de correo, 1907. Habana.

«REVISTA CHILENA» — Bandera, 130. Santiago de Chile.

«PRO CULTURA» — Director Rafael Ossandon y González — Casilla M. Antofagasta, Chile.

«ATENEO JUVENIL DE LETRAS» — Soiza Relly, Paysandú.

«HIGIENE Y SALUD» — Colombia, 1294. Montevideo.

«ROCHENSE» — Carlos M. Rocha, Rocha.

«EL SEMANARIO» — Convención, 1413. Montevideo.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Julio 1919. Núm. XIII - AÑO II

ARIEL

Conferencia dada en la Universidad bajo el patrocinio de la Asociación de Maestros y Maestras.

Señoras, Señores:

Invitado por la Asociación de Maestros para dar una conferencia sobre José Enrique Rodó, como homenaje tributado a su memoria en el triste aniversario de su muerte, no he podido negarme a ese petitorio, al que doy cumplimiento, determinado por un propósito de admirativa reverencia hacia el alto ingenio desaparecido y de un sentimiento de amor, que lo deseo comunicativo y noble, por el ejemplo de su vida y la hermosura incomparable de su obra de artista.

Ninguna tribuna más indicada que esta, para desenvolver en el tono sencillo de una conversación, los comentarios que sugieren a nuestro espíritu, las armonías de su estilo finamente cincelado con el empeño pertinaz y el calculado deseo, de tejer en la urdimbre de los vocablos, como un orfebre en la materia inanimada de los metales, delicados y primorosos encajes.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Julio 1919. Núm. XIII - AÑO II

ARIEL

Conferencia dada en la Universidad bajo el patrocinio de la Asociación de Maestros y Maestras.

Señoras, Señores:

Invitado por la Asociación de Maestros para dar una conferencia sobre José Enrique Rodó, como homenaje tributado a su memoria en el triste aniversario de su muerte, no he podido negarme a ese petitorio, al que doy cumplimiento, determinado por un propósito de admirativa reverencia hacia el alto ingenio desaparecido y de un sentimiento de amor, que lo deseo comunicativo y noble, por el ejemplo de su vida y la hermosura incomparable de su obra de artista.

Ninguna tribuna más indicada que esta, para desenvolver en el tono sencillo de una conversación, los comentarios que sugieren a nuestro espíritu, las armonías de su estilo finamente cincelado con el empeño pertinaz y el calculado deseo, de tejer en la urdimbre de los vocablos, como un orfebre en la materia inanimada de los metales, delicados y primorosos encajes.

Y ningún auditorio más escogido, por su especial preparación que el que me escucha, para analizar los conceptos que los anima como un fuego interior, que va encendiendo en sus fibras corrientes de optimismo, y que con sus reflejos, proyecta sobre sus contornos la luz apacible de un ideal reconfortante para nuestros ensueños y nuestras esperanzas.

Es en ambientes de cultura saturados de un anhelo de saber, en íntimo recogimiento espiritual, sin afectaciones teatrales que perturben la serenidad del discurso, donde debemos hablar de la obra intelectual de este filósofo, estilista y poeta, predicador de ideales y profesor de optimismo, que hizo de la voluntad el instrumento eficaz de nuestro perfeccionamiento.

Para su mejor comprensión, necesitamos disponer la sensibilidad al ritmo melodioso de su estilo, y el entendimiento, al sentido profundo de sus cláusulas; en las que, podrán notarse reminiscencias de viejas ideas y visibles sugestiones de otros pensadores, pero que, en la forma con que las reviste y por la tendencia que las inspira, adquieren el sello inconfundible de una originalidad personal.

Y para acercarnos más en nuestros pensamientos, desearía conocer las fórmulas invocativas que en las religiones, utilizan los oficiantes para conseguir la aparición del misterio, a fin de que nuestra comunión se haga sagrada y la emoción nos embargue, al sentir cómo llega a nosotros del seno de la luz donde mora en la inmortalidad de nobles y bellas formas en alas del genio del aire, a concedernos la gracia de su compañía inmaterial.

No es mi intención hacer un estudio analítico y completo de la obra total de José Enrique Rodó; sólo me propongo concretar mis comentarios en Ariel, su libro de la juventud, espontáneo y lozano, donde afirmó con cautivante nitidez los valores fundamentales de su pensamiento filosófico, que en sus obras posteriores desenvuelve sin

modificarlo en su esencia y como finalidad permanente de su prédica, cómo sucede en la estructura de las orquestaciones donde se multiplica sin que nunca desaparezca, el motivo inspirador y la melodía inicial.

Si habría que clasificar dentro de algún género, su obra filosófica, vacilaríamos para pronunciarnos de inmediato; pues, no se define claramente en una construcción sistemática. Sigue una marcada orientación espiritual, lo bastante amplia para no excluír ningún concurso, pero al mismo tiempo lo bastante firme para no perturbarse en su idea generatriz, sin definirse en un principio único. No es dogmático, ni exclusivista; es ecléctico y expansivo. En vez de sumergirse en las abstractas especulaciones metafísicas de la causa de las causas, que planean sobre las realidades efectivas de las cosas y sobre la emoción sensitiva de la vida, prefirió ser como los ríos, que sin preocuparse de los cursos de agua que los alimentan, se deslizan hacia un destino ignorado, reflejando en imágenes de cristal sobre su onda líquida, la hermosura cambiante de sus riberas; auríferas bajo la gloria del sol, o empalidecidas a la luz mitigada de los astros.

Firme en su punto de apoyo para emprender el vuelo, seguro en la fuerza de sus alas, se lanzó sin vacilaciones a la prédica de un ideal, vago e indeterminado en su expresión concreta, pero fuertemente significativo en su médula, como para despertar en la conciencia adormecida de todo un continente, un anhelo de selecciones morales, que levantándose por encima de las preocupaciones utilitarias, fuera rectificando en el alma de la colectividad con el «cincel perseverante de la vida», los torpes vestigios de un sensualismo grosero e inferior. Su ideal, no es el sectarismo que se dirige hacia un propósito determinado de definitivas realizaciones y que se afirma con la energía de los axiomas y se prestigia en fórmulas breves de rigideces geométricas; no es tampoco, la fé intolerante del propagandista de un culto, que en su

fanatismo niega la verdad o la belleza de las tendencias que lo contraríen; su ideal, es la aspiracion espiritual, que al libertarse de las voluptuosidades del instinto, se agita como un ala anhelante de luz en la serena región de las ideas, en busca de lumbre para sus antorchas cuya luz se amortigua consumiéndose a sí misma, de nuevas constelaciones que la guíen en los brumosos horizontes, y de escondidas fuentes donde aplacar la sed inextinguible de perfeccionamientos.

Es un ideal activo en su dinamismo transformador, que no conoce renunciamientos ni desesperanzas; es el «renuévate» de Marco Aurelio, nutrido por nuevas savias, que vibra como una insinuación, en las armonías de Ariel, y es motivo esencial, manifiesto e insistente, en las sonoras polifonías de Motivos de Proteo.

Nacido para la acción, busca en ella su substancia propia y los elementos idóneos de su existencia; amplio y expansivo, se multiplica en las diversas corrientes de la vida, atento a todas las solicitaciones y dispuesto a todos los reclamos; curioso con la ingenua curiosidad de los niños, y a la vez, perspicaz con la sagacidad experiente de los sabios; flexible y dúctil como materia plasmante apta paralas metamórfisis, se va transfigurando como en el mito de la leyenda helénica, y en su obsesión de belleza, es cambiante y seductor, como el mar inquieto y mágico. Sin dogmas que lo limiten en su potencia radiante, adquiere por natural impulso, una absoluta tolerancia en su prédica y en sus sanciones, que lo conducen por un sentimiento de piedad, originado en la comprensión, que sólo se detiene en «la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos» a una total generosidad para cualquier iniciativa, y para cualquier actitud, que consigo traigan una chispa del divino fuego y el tono emocional de un sincero entusiasmo.

Pero esta misma imprecisión en sus normas, esta falta de orientación que le hace acoger en forma simpática

como en una inmensa caja de resonancias, el clamor de todas las inquietudes, que del fondo del alma se eleva pidiéndoles a la religión, a la filosofía y a la ciencia, la palabra definitiva del gran secreto generador de la decepción y de la duda, si es una cualidad máxima de la transigencia y un poderoso estímulo para el amor, lleva en su propio seno, elementos corrosivos capaces de neutralizarlo en la acción de sus impulsos activos.

Esa misma generosidad, que es atributo virtual de su contextura proteiforme, puede conducirla por ley de gravitación, a culpables complicidades con extravíos, que, si se justifican por la sinceridad de sus propósitos y la nobleza de sus móviles, deben ser contrariados en su error.

Puede transformar en fuerza dispersiva lo que debe ser una fuerza concentrante, que al despertar la fe, provoque la esperanza y haga florecer en entusiasmos, a la voluntad que crea, al sentimiento que inspira y a la idea que gobierna.

Si deseamos mantener la virilidad del esfuerzo para que nunca pierda « en la sonrisa, un altanero desdén del desengaño », y conservar intactos, los « misteriosos estímulos » de « las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor », no basta confiarlo, sin derrotero y sin brújula, a la eterna renovación de las cosas; porque, el flujo y reflujo de esa marea incesante, al hacerlo girar por los más opuestos círculos, disolverá sus energías en el vacío de la infecundidad. El espíritu de empresa reclama para su eficacia un valor afirmativo, que anatematizando a la duda y abominando del escepticismo, posea un sentido crítico, lo bastante humano para convencer sin torturas con el poder lógico y legítimo que proporciona la verdad, pero a la par, lo bastante autoritario, para imponer su acatamiento y su imperio.

La neutralidad del eclecticismo, si bien provoca la paz de las conciencias, venciendo a las discordias en la hibridez de las transacciones, no genera nunca, ni la heroici-

dad ni el sacrificio, pues, transforma a los combatientes «en el indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte por su falta de decisión viril. La historia nos demuestra, que los grandes movimientos colectivos que han marcado un ritmo ascendente en el progreso humano fueron realizados por multitudes apasionadas en un ideal absorbente y exclusivista. Así como la prudencia es la enemiga de la felicidad en la conducta individual, en el genio de las muchedumbres, es el resorte que retiene las iniciativas audaces y adormece con el narcótico del temor al entusiasmo resuelto de las aventuras.

Perdonad, señores, este desacuerdo espiritual, con la tendencia que informa la prédica del maestro; pero no estaría a la altura de su sinceridad, si por un escrúpulo de reverencia que no debe ser servidumbre, guardara en silencio mis reservas, traicionando a mi propio pensamiento.

Pero hay tales encantos en la forma de sus conceptos, tanta serenidad y armonía en su estilo; en su entendimiento nitidez tan transparente, y discreción tan distinguida en su prédica, y todo ello está envuelto en una elegancia tan helénica, de proporción y de medida tan justas, que lo que no hubiera podido obtener el convencimiento con el solo auxilio de la razón y de la lógica, lo logra espontáneamente y por manera decisiva, la hermosura incomparable de su arte, que conquista a las almas por la emoción de su belleza.

Este es el mérito superior, la condición máxima de la obra filosófica de Rodó; que nos conduce a clasificarlo, en el grupo de los poetas que como Guyau buscaron en la filosofía, materiales para su prosa lírica, y que hicieron de la estética, asunto de disquisiciones filosóficas; que abandonando el egoísmo del arte por el arte, hallaron en el culto de la belleza, algo más que un motivo de divagaciones artísticas donde la fantasía despreocupada de toda finalidad social, se entrega libremente a la visión de sus ensueños; hallaron también un poder educativo en el sen-

timiento de lo bello, capaz de conseguir por sugestión, lo que el simple raciocinio con la aridez de sus métodos no suele conquistar.

Los que busquen en la totalidad del pensamiento de Rodó, las premisas trascendentes de la metafísica desenvueltas en la unidad de un sistema, y con sus conclusiones condensadas en afirmaciones sentenciosas, sólo hallarán una marcada despreocupación, casi una indiferencia desdeñosa por esas especulaciones. Es indiscutible, que la modalidad del ambiente, sin excluir la vocación natural de su temperamento poético, como también la autoridad del positivismo comtiano, lo indujeron a no levantar los velos de Isis, dejando que la intuición adivine por sus solos medios, el gran secreto que envuelven.

Los que ahondando en el elemento básico de su obra, quieran hallar una síntesis sociológica, arrancada con criterio científico del proceso histórico, mediante el análisis de los múltiples factores que lo engendraron, sólo percibirán en la selva rumorosa de sus armonías y en la serenidad de sus pórticos, confusos anhelos de mejoramiento, que confían al «ideal que vendrá» como un mesías al impulso de la renovación, el consuelo de los que sufren y esperan en la inquietud y en la duda.

Su filosofía, es un amable discurrir sobre la superficie de las cosas, buscando en las apariencias de la verdad el sentimiento de belleza que las anima. Es sin disputa un pretexto literario más bien que una inclinación vocacional. Pero filósofo o poeta, es ante todo y por encima de todo, un supremo artista; y por unánime acuerdo de las voluntades, el primero en la prosa de América.

Hubo un momento de amargo pesimismo en la conciencia del mundo, cuando en las angustias de una crisis intelectual, prestigiosos voceros anunciaban desde altas cátedras la bancarrota de la ciencia, que venía a agregar una nueva desilusión en el eterno peregrinaje del saber humano.

Los dioses y la suprema razón enmudecían en los altares abandonados; un sensualismo pronunciado y materialista, cuyo antecedente era el positivismo científico, inspiraba a las tendencias artísticas un marcado gusto por las groseras manifestaciones de la naturaleza, en las que el «manto de la fantasía» era tan diáfano, que apenas disimulaba la cruda «desnudez de la verdad»; el ensueño de los clásicos, de los románticos y de los místicos, se hallaba confinado entre elementos subalternos, en los sórdidos dominios de las conveniencias utilitarias; los profesores de energía, desalojaban a los profesores de idealismo; la gracia del Atica que se fecunda en el placer del ocio noble, consumía sus más puros afanes, en el estéril yermo de las codicias púnicas.

América latina, no se sustrajo a las consecuencias de esta crisis; se atisbaban los horizontes a la espera de un rayo de luz, y se auscultaba el silencio para advertir el más leve rumor; y fué en estas condiciones y en momento oportuno, cuando el desconcierto se hacía en las almas, que José Enrique Rodó, dijo su verbo de vida y de esperanza a los valores espirituales adormecidos en el marasmo de las energías utilitarias, y su voz armoniosa y persuasiva, fué la alondra que anunció las claridades de una nueva aurora.

El idealismo surgía de su prédica, incontaminado en la plenitud de su belleza, como en las excavaciones de los arqueólogos los mármoles clásicos en la triunfal soberanía de su hermosura.

La fe, el entusiasmo y la esperanza, germinando como flores de encantamientos en los dominios luminosos de la idea, sofocaban las torpes inclinaciones de los que buscaban en el cieno de los pantanos, el barro propicio para sus realizaciones sensualistas; y la voluntad, encadenada a la voluptuosidad de los instintos, que como las águilas de la leyenda mitológica le roían sus entrañas, fué libertada de su condición abyecta y cobró alas para el vuelo de las altas conquistas.

No se inquirieron los rumbos, sólo bastó adquirir la confianza de que ellos existían, para lograrlos con la avidez entusiasta de las aventuras. La voz magistral de Rodó, produjo el milagro de nobles energías en la generación de todo un continente; y aun cuando sólo puso en su tono profético una simple « nota de esperanza misiánica » en la invocación del « ideal que vendrá », fué lo bastante eficaz para iniciar un nuevo ciclo en el proceso evolutivo del pensamiento americano, que le otorga, con plena ejecutoria, el título máximo de mentor y de guía de idealismo en hispano-américa.

« Ariel, » fué su escudo y su lanza en la cruzada; y el genio del aire, su numen protector.

II

Sólo deseo, señores, en esta conferencia, detener mis comentarios en « Ariel »; considerado con toda justicia, como el evangelio de la nueva fe que ha impregnado en las almas superiores optimismos, suministrando piadosos consuelos a los desencantos y gratas promesas a la duda.

Procuraré ser el exégeta fiel de sus preceptos y el glosador crítico de sus ideas que, en notas marginales, irá anotando sus conformidades y sus disidencias.

Y voy a dirigirme especialmente a los maestros, pues, a ellos les corresponde la delicada misión de hacer llegar al alma de los niños, cuando recién le entregan a la vida las ingenuas y candorosas ilusiones de sus sueños, ese « cincel perseverante » de que nos habla el maestro, que se forja en la voluntad fuerte en sí misma y exenta de desengaños al iluminarse en la luz del ideal, y que los preparará para la acción combativa con todas las aptitudes de la fortaleza, y la enérgica decisión del triunfo.

Voy a dirigirme a ellos, para prevenirles que, si desean salvar los destinos de un pueblo, deben cuidarse, mucho, para que en esa arcilla que a sus manos llega, cuando caigan las primeras chispas del pensamiento, no se destruyan las huellas de sus ilusiones.

Ese alto propósito educativo, que debe ser la norma inalterable en la labor magisterial, podemos encontrarlo, siguiendo las enseñanzas de este libro cuya esencia divina extraeré con la unción religiosa de los oficiantes.

La Tempestad de Shakespeare le proporciona los símbolos que le servirán de elementos fundamentales para el desarrollo de la obra; Ariel, Caliban y el sabio Próspero, son las expresiones poéticas de la idealidad, del sensualismo y de la voluntad, que en lucha permanente, van disputándose la conquista del pensamiento humano.

El mago Próspero, provocando por medios de encantamientos la aparición de Ariel, sentimiento ideal de la vida, germinado al conjuro de la belleza, es la voluntad que, seducida por los fuertes instintos de la animalidad que la sujetan a la tierra, invoca a la razón para ir en sus alas, hacia el confin de la armonía, de la gracia y de la espiritualidad, que como vagas quimeras anidan en las difusas perspectivas del ensueño. Es la voluntad, en un anhelo de perfeccionamiento, venciendo en si misma sus bajas inclinaciones, y depurandose en ese fuego lustral, de «los vestigios de Caliban, símbolo de sensualidad y torpeza».

Es la voluntad forjándose el instrumento de su propia redención en la fragua de la perseverancia, del entusiasmo y de la fé.

Es la voluntad, agente realizador de la selección humana, que se manifiesta, no como el atributo único y omnipotente de la superioridad, según la prédica de los energéticos, sino como el medio eficaz y siempre subordinado al sentimiento inspirado en la justicia y en el amor, que, al vibrar en el concierto de las ideas, ha dejado de ser fuerza impulsiva para transformarse en potencia moral.

Actividad en perpetua acción renovadora, consiguiendo con su sólo esfuerzo pertinaz y continuo «los bienes de los dioses» al precio del trabajo.

(Continuará) CARLOS M. PRANDO

He dejado caer tu imagen de mi alma...

He dejado caer tu imagen de mi alma
Como un objeto inútil. Perdóname;
Una enorme tristeza me domina,
Y sufro de sentirte disminuído en mí.
Mientras te tuve en alto, venerándote
Tirabas de mí misma hacia tu altura;
Y me sentí subir por este culto
Hasta tu propia perfección.

He dejado caer mis manos, fatigadas
De sostenerte en alto....
Y al descender, tu imagen me encadena
Y me arrastra contigo, a tu nivel...
Ah! El castigo más grande del que olvida
Es el de mutilarse al olvidar...
Todo el Amor está en nosotros mismos,
Toda la Perfección. Debí adorarte
Porque me alzaste sobre mí; más alto
Que yo misma, y que tú, sobre mi alma.
Fuí en mi amor, más perfecta que yo misma,
Y más que tú y más que los demás...

Fué más pura la atmósfera, más claro el cielo
En que te coloqué. Yo respiré esa atmósfera
Y me hundí en ese cielo. Todo mi ser tendido
En esfuerzo supremo de Belleza
Embelleció en tu imagen; y por tí
Subió hasta Dios....

Mis manos
Han dejado caer la Hostia Sagrada,
Y con ella
Mi alma también cayó. Soy pobre y sola;
No tengo nada más....
Lo que puedas decirme, jamás será tan triste
Como lo es esta pobreza mía
Y este caer de tan inmensa altura....

Tiras de mí *hacia abajo, como antes*
Me subiste hasta tí....
Soy pobre y sola
No tengo nada más......
Dejé caer la Gracia que en mí estaba,
Y mi tesoro lo perdí en el mar....

—

He dejado caer tu imagen de mi alma
Como un objeto inútil; ya no tengo
Qué admirar, qué adorar.... Soy pobre y sola
Ah! Qué será de mí?....

1919 LUISA LUISI

LA ROSA ROJA

En el rosal hay una rosa roja.
Rosa extraña, violenta y aromada,
Es tal como una viva llamarada:
Un coágulo de sangre es cada hoja.

Rosa, toda de púrpura encendida,
Imagen de los fuegos de la vida,
Resumen de dolor y de pasión:
Eres cálida y roja, ciertamente,
Pero no eres, de roja ni de ardiente,
Como la sangre de mi corazón.

Rosa García Costa.

Buenos Aires.

LA MORAL DEL ARTE

I

Las relaciones del arte y la moral han sido un tema muy discutido, preferentemente en Francia donde las tendencias anárquicas han tomado tanto incremento. Creo haber demostrado, en otro estudio y en grandes síntesis el principio indiscutible de que por lo menos los notables representantes del arte literario, escribieron por tener un mensaje que trasmitir a la sociedad. Aun es cierto aquello que tan esplendidamente ha freseado James Stalker: « El camino hácia la influencia es sencillamente la vía real del deber y de la lealtad ». Esto es la pura verdad y la literatura ni los literatos pueden substraerse a esa gran ley del mundo moral.

Por encima del estilo sobrevive el pensamiento del autor.

El arte no es inmoral por esencia como lo ha pretendido cierta escuela moderna de la latinidad y cuyo jefe es Gabriel d'Annunzio sino constructivo y ético. Si fuése a hacer una apología de la fé literaria, pondría la discusión bajo el título: « Summa contra d'Annunzio ». De los falsos artistas es el más falso por que se adora a sí mismo; la más egoista y deletérea de las adoraciones. El artista sobrepone al mundo en que vivimos, no diré malo siempre, sino incompleto, otro que su imaginación vé como bueno. Este bien sobre el cual existen tan diversas opiniones tiene que apoyarse ante todo sobre una verdad psicológica: sólo dominando la parte de nuestra naturaleza que tiende a nivelarnos con nuestros hermanos menores, podemos ser grandes y realizar la visión de un mundo más harmonioso y libre.

La utilidad moral del arte literario no puede escapar a nadie que piense. Cuando según la grandiosa imagen de Macaulay se vean desde una orilla del Támesis las ruinas de San Pablo y agrego yo, Westminster, el Partenón de Occidente, y éste no cobije más el cuerpo de sus grandes hombres, continuarán vendiéndose ediciones de Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, Miltón, Bacón, y Víctor Hugo, para no hablar sino de algunas cumbres del pensamiento humano, tan rico y fecundo.

Nunca conocemos en su totalidad el destino de un libro; puede él dormir durante siglos y caer un día cual buena simiente en un cerebro y florecer a semejanza de aquellos granos de trigo que los egipcios ponían en torno de sus muertos embalsamados. Solo lo bueno es eterno y si el arte del decir dilecto lo es, debe ser un factor moral.

La arquitectura social del mundo porvenir, cada vez más hermoso e inteligible, es obra de los pensadores, vale decir de los escritores que durante algunos momentos de éxtasis, han sabido precisar la más acertada imágen de la vida. Lo que iene importancia para la dicha de la vida individual es tener frente nuestro una visión de algo mejor, aunque vivamos en un tugurio, en un desierto, o en medio de una sociedad bárbara. Al fundar su « República ideal », Platón reconoce a las instituciones religiosas como a las más grandes, nobles e importantes de todas éllas. Y era Platón un artista por excelencia una genuina abeja ática. ¿ Puede decirnos cosa más exacta un Spurgeon o un Gordon ?

La sociología, bajo cuyas alas se han refugiado no pocos de los más reflexivos escritores de a actualidad, nos muestra que si, « la religión de Israel se adaptó al mundo « fué por conseguir dramatizar el principio d vino como « factor en la reacción del interés que preside a los proce- « sos de la evolución social «.

No hay peligro de que la República de las letras deje de ser la intérprete de la naturaleza moral por excelencia

si conservándose cerca de las fuentes puras de sus orígenes en Grecia y Judea, se mantiene un factor en la moralidad de los pueblos.

II

Voy a analizar una obra para hacer más fácil la comprensión de lo que yo entiendo ser el factor moral en literatura.

Siento en el alma, no encontrar en las letras castellanas algo que se ajuste por completo a las ideas éticas en que me he educado. Diré al pasar, con placer, que saludo el sentido moral en las obras del padre Coloma y las de Pereda. « Boy «, « Pequeñeces «, « La Montalvez «, son excelentes libros para la juventud.

Si fuera a materializar el primero de los libros que tomo por ejemplo, indicaría la imagen de un sembrador. Todos a uno, antes de decíroslo, sabéis que me refiero a la Biblia. En el inmenso campo de la actividad intelectual poética filosófica y puramente verbal, no hay su igual, para darnos a conocer un concepto elevado de nuestra existencia.

La Biblia es un manual de literatura, si lo hubo jamás. Contiene trozos que pertenecen a todos los géneros retóricos y además, evidencia la presencia de lo divino en la expresión escrita. Los poemas del viejo « Libro de los Hebreos », impregnado de verdades psicológicas y vaciados en un estilo conciso y pertinente, hacen parecer bien mediocres e inferiores, los modernos. Aún compara bien con la nítida iteratura de los griegos, aventajandola en un conocimiento más hondo del corazón humano. Los Helenos confundieron mucho los términos bello y bueno. Son términos que van bien juntos, pero no pueden identificarse por completo. Toda acción buena es bellamente moral, pero todo lo hermoso puedo no ser bueno. Ese mismo pueblo llegó por boca de Eurípides a decir que al poeta debe admirársele por su destreza, por su buen consejo y por que mejora moralmente a los hombres de

la comunidad. Es un punto de vista elevadísimo y que demuestra cuan vieja es la tésis sostenida. La Biblia como filosofía y literatura puede compendiarse en la espléndida definición de la finalidad del hombre que se lee al principio de todos los catecismos cristianos: « Glorificar a Dios a gozar con El para siempre ».

El arte literario de las Sagradas Escrituras, está desprovisto de la egolatría que tantas veces empequeñece al escritor moderno, de la suficiencia artística independiente de un sentido superior. Los escritores del Viejo y Nuevo Testamento, poetas, historiadores, filósofos, moralistas y codificadores han sumido su pequeño « Yo » en el « Ego Universal », salvando así del naufragio de las edades, sus más puros y útiles pensamientos. Por eso el libro de la nación judía ha pasado a ser el más leido de todos y a ocupar en las letras universales un lugar único. De ése libro proceden las ricas literaturas del Norte que se desenvolvieron principalmente después de la Reforma. Las lenguas inglesa y alemana tienen en éste libro oriental su mayor tesoro linguistico. La poesía inglesa desciende claramente de los Salmos y de la revelación.

He hallado entre los versos de sus más escogidos poetas, expresiones tomadas directamente de la Biblia por su belleza incomparable. El idioma de aquellos dos grandes pueblos, es unánime en reconocerlo así la crítica, tiene una sencillez, una concisión, un poder y una fuerza única debido a la idiosincracia mental de libro de Palestina.

¿ A qué atribuir toda esta grandeza ? Os lo diré en pocas palabras: la consideración del destino humano en la expresión artística. Poemas y no otra cosa, son muchos de los Libros del Antiguo Testamento y qué decir de las Parábolas y episodios del Nuevo ? Poseen pureza en el manejo del lenguaje, energía expresiva, ritmo y elegancia. Ernesto Renan, decia que el Evangelio de San Lucas era el libro más hermoso del mundo.

El Salmo XXIII para no referirme sino a uno de tantos, ha sido conceptuado uno de los más hermosos Poemas conocidos. Pasaré por alto aquel que tanto amaba Mart'n Lutero y sirvió de Himno a los reformados. ¿ Y cómo olvidar aquel otro Salmo que empieza: « Señor, tu nos ha sido refugio de generación en generación ? » Fué leido durante el funeral de Gladstone.

Al alejarme de este tesoro mencionaré el Salmo del Viajero que alza de contínuo su vista hacia el universo estelar de donde le vienen fuerzas y ayudas. El Eclesiastes es un poema poderoso sobre la vaciedad de los placeres puramente materiales.

¿ Dónde encontrar un idilio más hermoso que el descrito en el libro de Ruth ? Goethe opinaba así; ¿ y no quiso hacer el mismo el mayor homenaje a ese poema, escribiendo « Herman y Dorotea », sobre sus huellas ?

Cuando Benjamín Franklin fué ministro de los Estados Unidos en Francia tuvo que hablar ante los Reyes, sobre algún tópico literario. Empleó la mayor parte de su tiempo en leer la vieja historia de « Ruth y Booz », con voz firme, clara y entonación dramática. Todos quedaron encantados y no reconocieron la fuente de donde habia salido aquel hilo de agua cristalina para refrescar el corazón seco de los cortesanos.

Alberto Nin Frias.

MI AUTOMÓVIL

El silbar de su bocina
Me alucina.
Es un épico tambor
Su motor.

Dócil, debajo mi guante
Va el volante;
A mis pies, firmes, serenos,
Van los frenos.

Sobre su capot,*—diseño*
De mi ensueño,—
Llevo un águila plateada
Desplegada.

Y alumbrándome el sendero
Traicionero,
Van los grandes ojos claros
De sus faros.

Él me enseñó a ser audaz
Y, además,
A tener confianza en mí,
Porque sí.

Cuando,—el jockey dado vuelta,—
Rienda suelta
A sus corceles de acero
Doy: primero,

Como un león herido, ruge;
Después, cruje;
Y, con ímpetu de fuego,
Parte luego.

Sobre mi rostro, violento
Pega el viento,
Cual si envidia a mi carrera
Le tuviera.

Se alza airado el polvo al verme,
Pero, inerme,
Lo arroja mi marcha audaz
Para atrás.

Y la gente a quien mi audacia
No hace gracia,
Vuelve, a mi paso, espantada,
La mirada.

Veo a la muerte patente
De repente
Que en un recodo me acecha
Con su flecha

Mas no tiemblo y, altanero:
Mas ligero,
—Digo a la máquina mía—
Todavía.

Y ella corre con tal tren
Que no bien
A las cosas he mirado,
Ya han pasado.

Sulla mia faccia, violento
Picchia il vento

L'urlo della sua buccina
Mi allucina.
Rullo d'epico fragore
Da' il motore.

E il pedal cui la mia audacia

Docil, sotto la mia mano
Sta il volano;
A' miei pie', fermi, sereni
Stanno i freni.

Sul davanti, – opra di mia
Fantasia –
Porto un'aquila d'argento,
Ali al vento.

=

A schiarir la via ombrosa,
Insidiosa,
Stanno i due grand'occhi chiari
De' miei fari.

Ei l'audacia m'insegnó
E, oltre a ciò,
nel dover fidare
Dell'Aeb aver fiducia in ~~[illegible]~~ me
Il perché.

Quando – dato abbrivo al moto –

Y con más violencia atruena
Su sirena,
Redobla con más furor
Su motor;

Y en tanto el ímpetu crece,
Me parece
Que el águila, estremecida,
Cobra vida,

Que hacia el limpio azul del cielo
Tiende el vuelo,
Y entre sus alas, absorta,
Me transporta.

José María Delgado.

TRES MUJERES DE AZORIN

JUSTINA, PEPITA, ILUMINADA....

Como Cervantes, como Byron, como el infortunado de Musset, Antonio Azorín, ha sabido crear en sus obras tipos femeninos que obtendrán vida imperecedera. Muchos de los poetas y novelistas cuyo renombre proyéctase hasta nosotros desde las páginas de la historia literaria y tienen en las antologías sonora resonancia, no habrán alcanzado quizás, como el autor de «Los Pueblos», aptitud tan verdadera para representar el alma de la mujer en toda su encantadora diversidad la que se ostenta ante nuestros ojos siempre sugestiva, siempre preñada de misterios e inspiradora de nobles creaciones de belleza. Y no es Azorín un autor a quien pudiéramos con exactitud de juicio calificar de amoroso, como lo fueran Stendal, Balzac o el lírico de «Las Noches». Esas vidas atormentadas por el fuego sagrado en el que ardieron sucesivamente todas las almas devotas de Astarté, jamás aparecen en su imaginación. Ama nuestro autor con preferente y sereno entusiasmo, a esas mujeres llenas de delicadeza y de fragilidad, figuras suaves y melancólicas; porque un poco intelectuales sus concepciones, no están animadas por ese calor, por esa férvida adhesión, por esa ardiente simpatía, que admiramos a la vez de emocionarnos en las mujeres de Valle Inclán: la niña Chole, María Antonieta, la princesa Gaetani... El artista de «Flor de Santidad» es el gran amoroso de nuestro siglo, heredero directo del Aretino; clásico en una época en la que, su excepcional labor de artífice tiene una modernidad manifiesta.

Las mujeres que nos describe Azorín, aunque parécenos un poco opacas, un poco esfumadas, casi incidentales en sus obras, pero siempre enaltecidas de poesía e idealidad, logran sugerirnos sino pasiones fuertes y absorventes, sentimientos dulces y amables, porque ellas aparecen siempre espirituales y ensoñadoras, dueñas del silencioso secreto de rendir nuestros corazones, de hacer más elevada y más digna nuestra inspiración de artistas.

JUSTINA

Ya es Justina, encarnación del espíritu místico, alma contemplativa casi sin contornos reales, que ha renunciado a las divinas inquietudes del amor terrenal, criatura lúcida y pura que anda por la vida con la actitud de quien espera liberarse pronto de ella para ascender a las regiones siderales y fundirse en el gran misterio de lo desconocido. Alma de selección que vive con el eterno sueño de purificarse, de acercarse al Todopoderoso, de renunciar a las cosas del mundo, renunciando al amor, que es el soberano que nos impone más capacidad de vida, más voluntad de perpetuación. ¿ No es acaso esa alma cándida y blanca « de epidermis transparente, de ojos llameantes, de anchas ojeras y rizados bucles rubios » la misma que siendo todavía adolescentes, en un lejano pueblo, nos hiciera concebir por vez primera los inefables deliquios del amor ? La misma muchacha que un día contristados, llorosos, enajenados de pena, viéramos partir para profesar, definitivamente, tronchando en esa forma aquel vago, aquel precoz anhelo amoroso que comenzaba a alentar en nosotros ?

Si, aquella mujer que ahora comparece en nuestro recuerdo, era igual a esta Justina, que Azorín nos pinta en « La Voluntad » con trazos tan reales, tan íntimos, tan nostálgicos, era también como ésta un alma inmaculada de

voluntad muerta, seducida por la idea mística, presa del desencanto más suicida, porque suponía que entregándose en cuerpo y en alma a la obra redentora de Dios se salvaría para la eternidad.

Pepita

Ya es Pepita auroleada de poesía, vida ingenua y emotiva que ostenta el encanto de unos ojos negros y acariciadores y que cuando habla nos cautiva con su voz tenue, insinuante, de tonos discretos y leves. Esa muchacha que hace engendrar ilusiones y nacer deseos locos, pensamientos incoherentes, novia ideal por quien suspiramos en horas de desconsuelo y que talvez hemos visto pasar solo una vez en nuestra vida fugazmente, ha impresionado tanto nuestro espíritu, ha trascendido de ella tal encanto, tan poderosa sugestión, que aún sigue inspirándonos un amor sentimental y lejano; ese amor que por imposible revive en nosotros a cada minuto para hacernos creer en el indestructible, en el maravilloso influjo que ejercen algunas mujeres sobre nuestro corazón. Esa muchacha fina, de mirada profunda y diáfana, en torno de cuya silueta parécenos ver flotar como un halo de irrealidad, algo que nos atrae y nos sugestiona; nos hace imaginar también por poética similitud a esas noches luminosas, preñadas de amor y de placidez, cuando las estrellas nos tornan poetas al prodigarnos su influencia celeste. Si, en esas noches encantadas, a la hora en que llora una fuente su canción melancólica y honda, desde un viejo parque y el silencio y la soledad nos inundan, a esa hora de las clarovidencias y de las fantasías, cuando hemos pretendido rimar versos absurdos y nos hemos sentido más buenos, y cordiales y hemos intuído cosas inauditas, inasequibles, prodigiosas; a esa hora hemos evocado también, enternecidos a aquella mujer que como Pepita, nos llena el alma de encantamientos y de esperanzas y como ella

nos infunde en este triste peregrinaje una consoladora, una generosa ilusión...

ILUMINADA

Ya es Iluminada, figura fuerte e imperiosa, encarnación del amor imperativo y fecundo, que pasa por la vida encendida de afectos intensos y dominadores. No anhelemos de ella esos amores tiernos y delicados, que nos entristecieron a los veinte años y por cuya conquista hemos hecho infinitas locuras; ella nos podrá prodigar esa pasión enérgica y avasalladora que reside más en la voluntad y el instinto que en el corazón o la emotividad. Ella nos amará lealmente, cuidará de nosotros con abnegación, tolerará nuestros posibles desvíos, será cariñosa en horas de mutuo dolor y cuando en un instante de condenable olvido, o de irreflexión, o de locura, traicionemos su consecuencia sincera y honda, la pureza de aquel sentimiento todo verdad, todo solicitud, todo sacrificio, ella sabrá perdonarnos y hacer que nuestra falta tenga motivos de justificación ante sus ojos, porque jamás habrá querido ver en nuestra actitud culpa verdadera y conciente.

Bella y noble mujer es esta, con quién en la vida sufrimos y soñamos que comparte nuestro destino con resignada conformidad y que siempre condescendiente, nos estimula y nos consuela, cuando nos es adversa la suerte o el dolor nos abate y que buena y comprensiva, como una madre o como una hermana, en las horas de felicidad y de alegría sabe acrecentar con sus palabras el caudal de nuestra transitoria ventura.

Si a los otros tipos de mujer caracterizan virtudes superiores, si aquellas nos seducen revelándonos motivos de constante ensoñación, si nos proporcionan un placer que tiene de los sentidos el cálido deleite, si nos sustraen a la vida vulgar y corriente con las quimeras que nos forjan,

si tienen para nosotros reservadas pasiones ardientes y exclusivas, si son capaces de ofrendarnos el desnudo tesoro de sus cuerpos y los trasportes de su frenesí, si son pródigas en caricias que nos trastornan, si tienen palabras musicales, y miradas de ternura y protestas que nos conmueven; estas otras como Iluminada, nos prueban la perpetuidad del afecto por sobre todas las vicisitudes e imposibilidades y nos afirman en la certeza de que su amor firme, puro, desinteresado, fortalecido por la constancia y por el dolor enérgico e impositivo siempre, hasta casi anular nuestra personalidad o debilitar nuestro carácter ha de encauzarnos por destinos seguros y fecundos, haciéndonos seres creadores y optimistas, al sabernos amparados por el ala tutelar de esos temperamentos, que como el de Iluminada hasta para evidenciarnos el amor, llegan a «imponernos su voluntad soberana»....

WIFREDO PI.

DE LOS "SONETOS IMPERFECTOS"

SONÓ SU RISA...

Sonó su risa en medio de la orgía,
Y aquella risa suya ahogó mi fiesta:
No ví más luces ya; y hasta la orquesta,
Solo tocó un adagio de agonía.

¡ Mi viejo amor allí ! ¿ Pero cuál era ?
¿ Colombina ?, ¿ Manón ?, ¿ una diablesa ?
¿ Diana ?, ¿ aquel paje ?, ¿ Eulalia la princesa ?
¡ Talvez el corazón la conociera !

Lenta—y opuesta al general descoco,
cruzó el caldeado ambiente de siroco,
una musmé punzó de gesto amargo...

¡ Pithonga !... dije con acento loco,
Y te enredaste,—vacilando un poco—
En tu kimono demasiado largo...

J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA.

LA SOCIABILIDAD

La propensión sociable es una cualidad tan corruptible que nada suele ser menos sociable que la llamada sociabilidad. En el mecanismo aceitado de las relaciones humanas, en el salón de la cortesanía, bajo el oropel urbano se agazapan las almas, semidormidas en la soledad, polvorientas de olvido. No existe comercio espiritual allí donde hay que enmudecer encogidos por la idea de que un rumor desarmonice el aire suave de los acatamientos. Sociabilidad es trasbordamiento afectivo, comunicación de ideales, pensamientos cruzados, desnudez. Versalles es un sepulcro blanqueado, una bambalina de oro que desconoce las soñadoras angustias del barro humano, las hermosuras íntimas. Deviene sociable quien se descubre a los ojos ajenos para entrar en los demás, aún hostilmente. Sociedad anónima, sociedad de fantasmas crea la afabilidad cuando no es hija de un espontáneo impulso personal, cuando se constituye en norma, cuando se vuelve costumbre y hay un resorte para las palabras que pronunciaremos y las sonrisas a repartir.

Existe un absoluto desprecio de sí mismo en quien ahoga el atrevimiento vital que lo empuja a manifestarse y solaza la vanidad con las reverencias dirigidas a su vestidura polícroma o incolora, mientras su yo verdadero se sepulta miserablemente. Las personas que llevan a toda hora impreso en la cara el asentimiento y nos regalan el oído con palabrerío obsequioso, generalmente son escurridizas, no se dejan sorprender, son intratables. Padecen de una hurañez salvaje que está muy lejos de ser recogimiento pudoroso.

Los hábitos teatrales heredados en forma poderosísima y el acomodamiento en la sociedad a base de disolución personal, explican el desmesurado horror que causa la sinceridad permanente, cuyos resplandores originan un desbande hacia las sombras. — JUAN CARLOS ABELLA.

CHEZ MAXIM'S

(Una noche en París).

Es la hora del placer. « Maxim's » de gala
mujeres bellas y gallardos mozos
aloja en su amplia sala.
Cabrillean las luces en los focos.
En los ojos sedeños
las hembras lucen su mirar ardiente;
y allí, como entre sueños,
flota un extraño y voluptuoso ambiente
de seducciones, de placeres locos.
Marca un reloj las dos; pero se pierde
su lánguido tic-tac en el bullicio.
Para impedir que el tiempo nos recuerde
tan cerca al precipicio,
justo es pasarlo en el sopor del vicio!
Ya las mujeres chillan. En las copas
rebosan los licores,
y el champán corre en las lujosas ropas
de una cocota que blasfema horrores....
Hay un espejo frente a mí. Discreta
percibo allá en su fondo la silueta
de una rubia gentil, de talle esbelto;
se admira en la griseta
las ondas de oro del cabello suelto
y un fúlgido mirar que se diría
junto a ese cielo azul inspiraría
su canción el poeta.

Pasan minutos. El bullicio aumenta;
la música ensordece.
La rubia agota su licor de menta
que luego le domina, la adormece,
y entre el rumor confuso de la orgía
se aleja su alegría
cual su bello mirar desaparece.
La orquesta rima un aire cancanesco
que bailan a compás muchas parejas,
con garbo quijotesco;
mientras ideas raras y complejas
asoman a mi espíritu burlesco,
cuando curioso observa
cómo el licor transforma, cómo enerva,
y cómo el hombre adora lo grotesco!

Es la orgía final. Es el disloque...
Un rastaquouére, *hundida la chistera*
que cubre su cabeza de alcornoque,
busca lid pendenciera,
más, un hipo le impide que provoque
y le hace comprender que es más prudente
tratar de no lanzar el aguardiente!
Resígnase a dormir. Y recostado
sobre un amplio diván, ronca a su antojo,
de una hembra acompañado.
« Marchemos a Montmartre! » exclama un cojo,
« Muchachos! despertad al matrimonio »
El rasta *entreabre un ojo,*
gruñendo a media voz: « id al demonio! »
los hombres, sin andar, se bambolean
e inconscientes sin tregua el codo empinan;
cantan las hembras, gritan o pelean...
y todos desafinan!

Sólo la rubia, taciturna y triste,
lleva a sus labios, sin chistar, la copa;
con ese manto de licor se arropa,
para olvidar que existe....
Sus ojos se amortiguan. Y el reflejo
de su mirada ya velada, incierta,
se quiebra en el espejo
como penumbra de una vida muerta!
En su tez encendida
por el licor que enerva y embrutece,
comienza a desleírse la pintura,
carmín que aún parece
ser un pudor sobre la tez impura.
Pobre incauta Mimí! Cómo perece
bajo el torrente raudo de la orgía
que agota y envejece!
Su espléndida belleza, flor de un día,
cual un sueño de amor nos extasía,
y en un sueño fugaz se desvanece....

Más, yo no la condeno, si insegura
mi mente está del tósigo de esa alma;
no sé si cubre su aparente calma
tristezas y amargura,
no sé si le aprisionan las cadenas
a un infierno de penas
o al carro del destino que tortura.
Contemplo, en tanto, su beldad ya herida
por el mal de la vida;
y al verla sola, pensativa y mustia,
pregunto al mundo que el dolor no ignora,
si sabe de ese espíritu la angustia,
si sabe cuando llora!

Nublado el pensamiento
y a rastras con su eterno sufrimiento,

cuántos vienen aquí buscando olvido,
para marear el pobre entendimiento
o adormecerlo herido.
Quizás la muda escéptica confía
a la embriaguez sus penas
que son, cual su dolor, al mundo ajenas,
reviviendo sus raudas alegrías
luciérnagas que apenas
alumbran en las noches de sus días!
Nada sé de su espíritu ilegible,
más contemplo el silencio en que se abisma;
y al verla ante su copa, ya insensible,
al mundo y a sí misma,
me alejo, cavilando si es posible
ver la vida, mejor, por ese prisma...

E. Diez de Medina.

GLOSAS DEL MES

Juventud.

Las juventudes de la [illegible] atraviesan una hora de transición. Yo vengo de los departamentos con desengaño y con esperanza. Traigo desengaño de los que allá quedaron y tengo esperanza en los que aquí están. He visto muchas almas jóvenes que andan sin rumbo como pájaros perdidos en la tarde friolenta:—he visto muchas almas jóvenes sin entusiasmo, sin corazón, sin ideales. Por allá dentro, en los pueblos, la juventud decae. Serán numerosas pero no son fuertes, como quería un día el historiador salteño, a sus legiones. Llegan y pasan, con el oleaje sin empuje de generaciones cambiantes, indeterminadas, imprecisas, las multitudes de ahora, tristes y amilanadas multitudes sin valor y sin espíritu,—que los vientos encontrados de la vida arrinconan antes de tiempo, oxidándoles las alas desplumadas.

Yo no sé las razones fundamentales de tan pobre destino: sólo traigo la impresión de que faltan estrellas en el cielo de esa gente que no debía ser nueva.— Gente desoladora y pesimista, que siempre está conforme y resignada, incapaz del esfuerzo por libertarse del trillo de los caminos, hundida en el olvido sin color y sin luz,—demasiado pequeña para este jardín sonriente de la patria que en ella tiene que esperar y confiar...

Bien sabemos que el porvenir duerme aún como en los lejanos días de Grecia, en las rodillas misteriosas de los dioses,—y que el alba de oro no es de todos. Pero surge una penosa reflexión de ese mirajo «gris foncé» que vemos perderse en las calles tristonas de nuestros pueblos. Y una necesidad apremiante sale de ese desaliento, como un ímpetu de vuelo, para redimirnos de los posibles días sin sol y sin azul. Hay que combatir decididamente ese aplomo en las alas y esa reducida circunferencia del horizonte. La patria no puede descansar con ese problema interno,—y hay que crear,—y hemos de crear— medios y armas para rebatirlo, abriendo con golpes de luz las sendas luminosas por donde se lanzarán a la aventura los que vengan en pos de nosotros.

La escuela es la piedra de toque y el maestro el dueño de los que llegarán mañana. Por ahí empecemos a combatir el mal mientras se arman las cruzadas y se agitan al aire lleno de harmonías las ban-

deras de los nuevos sueños, de las nuevas esperanzas, de las nuevas realizaciones.

Unamuno y la falange novecentista lo dicen con bien hondo concepto: la patria no es la madre sino la hija: no nos da la vida, se la damos nosotros, de quienes vive, por quienes alienta, en quienes tiene clavados los ojos y el pensamiento.

Reaccionemos contra la juventud sin savia y sin amor que va llegando:—el dulce maestro que murió nos acompaña de corazón en la santa labor:—y Próspero todavía señala el ideal como el norte de la vida, opuesto como un lucero radiante sobre nuestras frentes, para contrarrestar el oro vil de la vanidad y del lucro, la quietud muerta de los que no tienen volición ni carácter, la inmensa pobreza espiritual de los que no son capaces de labrarse un camino en el tumulto de los que pasan.

Reaccionemos contra la juventud sin savia y sin amor que va llegando:—y que sea verbo de ideal el verso de Chocano: « voluntad, alma antigua: es preciso triunfar.—Donde ha habido laureles, ha tenido que haber voluntad ».

Reaccionemos contra la juventud sin savia y sin amor que va llegando:—dispersos o reunidos levantemos el espíritu de los que vienen:—con la palabra y con la acción, con el pensamiento y con el ejemplo, prodiguemos el bien sin interés y realicemos todo lo posible, que realizando consolidamos la suerte por venir y poblamos de mármoles el jardín cultivado y amado.

TELMO MANACORDA.

Montevideo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Ofrenda de Eneas, — Por Horacio Maldonado. — Montevideo 1919.

Una gran cultura, puesta, por un bello espíritu, al servicio de nobles ideales; tal podría ser, si se nos exigiera concretar un juicio, el que nos merece esta última obra de Horacio Maldonado.

Para el autor de «La Ofrenda de Eneas», el arte no es paciente e íntima labor de orfebrería, ni sus productos deben ser bibelots de vitrina, cosas que se miran desde lejos por temor de romperlas o contaminarlas. El lo entiende más bien como broquel con el cual se debe entrar en la vida para auscultar sus rumores, recoger sus lamentos, derramar el bien que se pueda, aunque sea a trueque de avivar momentáneamente el dolor con el cauterio de la verdad; pero siempre mucho más que agresiva lanza, escudo que no solo defienda los santuarios del alma, sino que responda con la vibración musical del bronce al golpe que pretende herirlo.

De este modo «La Ofrenda de Eneas» a pesar de ser un libro nacido en medio del fragor, exhala una suave serenidad, porque Maldonado no ignora que si debe escuchar los latidos del mundo que lo rodea para dar a su arte fuerza de vida, debe recogerse en sí mismo para darles la vida de su arte.

Podemos decir, no obstante ciertos pesimismos y dolorosas ironías, que Maldonado es un Caballero de la Fe; pues jamás, a pesar de poseer el convencimiento de la irremediable imperfección humana, duda de la utilidad del esfuerzo, de la capacidad relativa de mejorar las almas, de la cosecha del bien sembrado y de la victoria de la justicia.

Así pues, «La Ofrenda de Eneas» se nos aparece reuniendo el doble mérito de ser una obra de arte y de apostolado, de belleza verbal y de prédica noble; profundo en cuanto a los conceptos y diáfano en lo que toca al estilo.

Hablaba también así el maestro Rodó, en cuyo rico patrimonio parece buscar el autor normas e inspiraciones.

Puede criticársele a Maldonado ese agudo olor a sangre recientemente derramada y aún ennegrecida con la pólvora del combate que desprenden muchas páginas de su libro; pero esto mismo, que quizá conspira un poco contra sus valores estéticos, aumenta su uti-

lidad moral y su radio de acción, por cuanto el desnudar al pensamiento y el llamar las cosas por su nombre, sin reticencias, ni ropajes, es la única manera de hacerse sentir y comprender por todos.

Por otra parte Maldonado no oculta su deseo de que se aspire en su libro ese violento efluvio a cosa viva, actual y coterránea; y hasta previendo que la crítica pudiera reprocharle la limitación local de los problemas que aborda, se defiende diciendo, con muchísima razón, que en cada época y cada lugar hay un poco de universo, por manera que el artista capaz de reflejar la vida de su medio ambiente, así sea este el más pequeño y estrecho de la tierra, habrá escrito en realidad una página universal.

De acuerdo con esa creencia fustiga a todos aquellos que bajo pretexto de pobreza se alejan de su atmósfera habitual, de lo que ven y palpan cuotidianamente, para traducir lo que en países, de los cuales apenas tienen una vaga noción geográfica, ven y palpan los demás.

El fuego de la vida,—de la vida vivida,—es lo que realmente da sabor a las obras artísticas. Si el arte no es nada más que un juego, como muchos sotienen, podríamos hallar la razón de esa necesidad de vida en lo que vemos a los niños. Sus diversiones casi todas y sin. duda, las que más los entretienen, son aquellas que reflejan la realidad Los bomberos, las muñecas, las vacas de madera, los pianitos ¿qué son, sino minúsculas representaciones de lo que contemplan diariamente? Y es en esa misma parodia de la realidad en donde encuentran el encanto avasallador. Dad a un niño del Uruguay un trineo, por ejemplo, y apenas si alcanzará a despertarle un simple y efímero sentimiento de curiosidad.

Mucho de esto pasa, evidentemente, con el arte, y Maldonado tiene razón al atacar con rudeza el afán del exotismo, pero no la tiene, a mi juicio, cuando de igual manera juzga al solitario, al que vive en el Hortus Conclusus, de la divagación y la meditación abstracta. No todos han nacido con alma de luchadores; hay labios que callan no de la manera indigna que él en una de sus páginas más crudas estigmatiza, sino porque no tienen esa llama del Espíritu Santo que el día de Pentecostés descendió sobre la cabeza de los apóstoles. Pero tan vida es la interior como la exterior, y el metafísico puro, el imaginativo, el contemplativo, no son, en manera alguna, seres que debamos colocar por inútiles y egoístas al margen de nuestro afecto.

En resumen «La Ofrenda de Eneas» es un libro de recia y bella arquitectura, de alto valor moral y literario, que hace pensar mucho y profundamente, capaz de hacer un poco mejor al que lo lea y sea susceptible de mejorarse y que, sin duda alguna, coloca a Maldonado en lugar prominente dentro del pensamiento americano. — J. M. D.

El hombre es bueno. — Por LEONHARD FRANK. — Editorial Pax. Buenos Aires.

Los que para elogiar el libro del escritor teutón, lo comparan con « El fuego » de Barbousse, hacen un flaco servicio a Frank, que está lejos de ser tan artista como el literato francés, pero que es más imaginativo y más revolucionario. Barbousse hace cuadros realistas; Leonhard Frank forja símbolos. No hay más parecido entre sus producciones que la crítica cruel, el anatema condenando la guerra. Confesamos que « El fuego » nos sobrecoge, con sus recios relatos, que culminan en el bombardeo, el ataque a la bayoneta y el puesto de auxilios. Aquello es más dantesco que el poema celebérrimo del Dante. En « El hombre es bueno », casi todo resulta evocación. No es lo visto, sino lo imaginado. ¡ Y de qué modo ! Tiene dureza de acero el estilo de Leonhard Frank, telegráfico, roto hasta la incoherencia. Acaso Augusto Bunge, el erudito traductor de Leonhard Frank, contribuye al desconcierto de la prosa. Sin duda se ha equivocado al dar una versión castellana plagada de argentinismos, absurdos, cuando se está pintando el ambiente de Alemania. Mas a despecho de lunares y deficiencias, « El hombre es bueno » subyuga y sobrecoge. Los cinco capítulos, mal llamados novelas, y que se titulan « El padre », « La viuda de la guerra », « La madre », « Los amantes » y « Los mutilados de la guerra », tienen contornos trágicos que impresionan hondamente. Y perdonamos los errores de Bunge ante su oportuno gesto, ofreciéndonos en lenguaje asequible una obra estupenda. — V. A. S.

Las Lenguas de Diamante. — Por JUANA DE IBARBOUROU. — Montevideo.

Desde que nuestro compañero Vicente Salaverri publicara en la página literaria de « La Razón » algunos versos de esta poetisa, nos pareció estar en realidad frente a una naturaleza privilegiada, cuya silueta no tardaría en destacarse reciamente.

Luego la hemos seguido con viva simpatía a través de sus poemas aparecidos en « Pegaso » y en « Nosotros », vigorizando, cada vez más, la primitiva impresión que nos sugiriera.

Hoy la señora de Ibarbourou, hasta ahora oculta bajo el pseudónimo de Jeanette de Ibar, se entrega totalmente a la crítica con su libro « Las Lenguas de Diamante », en el cual ha reunido las primeras flores de su cosecha lírica.

Y una gran voz, la de Manuel Gálvez, el eminente literato argentino, se encarga, en el prólogo del libro, de pregonar sus méritos, colocando a la señora de Ibarbouru, en cuanto a valor poético, junto a

dos grandes poetisas del Río de la Plata: Delmira Agustini y Alfonsina Storni.

Este paralelo, hecho de un modo que no deja lugar a dudas respecto a su sinceridad, bastaría para revelar la profunda impresión dejada por esta poetisa en el ánimo del ilustre prologuista; porque, así como así, no surgen temperamentos de la intensidad y el vigor estéticos de una Agustini o una Storni.

En realidad hay en « Las Lenguas de Diamante » todo cuanto se necesita para poder decir: he aquí un alma. Alma talvez no tan humana como la de la Señorita Storni y acaso menos palpitante que la de Delmira Agustini, pero sí poseída de igual fuego, nacida del mismo seno, digna de alternar y compartir con ellas el laurel de las elegidas.

Para nosotros la poesía femenina tiene un encanto especial, sobre todo cuando la vemos desnuda de todos los cendales y los melindres del prejuicio. ¿ Por qué no han de exteriorizar sus ansias verdaderas estas sutiles almas contra las cuales todo conspira para hacerlas callar ? Y si hasta ahora, fuera de algunos casos excepcionales, la mujer no ha ocupado en poesía el lugar que le corresponde, teniendo un espíritu más susceptible de amar y sentir que el del hombre, ¿ no habrá sido,—como en uno de sus arranques lo dice la señorita Storni,—porque para decir lo que deseaba, sin falsos rubores, ha estado atada como Prometeo ?

La señora de Ibarbourou rompiendo también el cinto arcaico, nos dice sencillamente, candorosamente, sus más íntimos pensamientos, convencida de que ellos solo podrán despertar ese casto y arrobador recogimiento con que se mira la belleza de los mármoles desnudos.

El Río de la Plata, y aún más el Uruguay,—ya que, como muy bien lo dice Gálvez, fué Delmira Agustini el jefe de esta nueva escuela,—puede vanagloriarse de haber dado a la poesía un *elan* nuevo. Podemos decir que recién empezamos a conocer realmente la vida pasional del alma femenina.

« Las Lenguas de Diamante » es un breviario de amor. El Arquero Divino palpita desde su primera hasta su última página; y esta unilateralidad demuestra, a nuestro juicio, no la imposibilidad de abordar otras corrientes, sino la plenitud de un sentimiento que, por ahora, no deja en el alma el menor lugar a ningún otro.

Por otro lado la señora de Ibarbourou maneja la rima diestramente, es poseedora de un rico léxico y sabe dar a todo lo que toca ese hechicero no se qué, patrimonio exclusivo de los poetas verdaderos.
J. M. D.

Gloria y otras aventuras peregrinas. — Por ALVARO ARMANDO VASSEUR. — Editorial América. — Madrid.

Nuestro compatriota, es siempre el mismo cerebro desconcertante, pero sin duda vigoroso. En este tomo que nos llega hay trabajos que no sabemos cómo calificar: escenas dialogadas teatralmente, relatos novelescos, siluetas caricaturescas como la de «Don Javier de Urrazuno», que es talvez (o quiere Vasseur que sea) don Miguel de Unamuno... No se puede dar con una lectura a un tiempo, tan atrayente y tan desagradable. Hay páginas terribles, descarnadas y monstruosas, que horripilan. «¡ Basta !» es una de ellas, porque describe un incesto de la manera más cruel. Y no para condenarlo precisamente, si bien es cierto que la condenación surge con la lectura. « La viuda honesta » hace el daño de un dolor físico. « La isla donde no se dormía », igualmente áspero, pero irreal, acusa una poderosa fantasía. « Gloria » es un asunto novelesco, desarrollado en forma híbrida: ni novela ni teatro. Escribimos estas apresuradas líneas profundamente desconcertados. Sin duda Blanco Fombona ha impreso el libro de un hombre de mucho talento, pero con un talento que se emplea mal. Vasseur dedica su obra a las madres, sin duda para que no se la dejen leer a sus hijas. Nos parece bien. — V. A. S.

El dibujante Juan M. Besnes e Irigoyen, conferencia leída en el salón de actos públicos de la Universidad, el 10 de Mayo de 1919 por el DR. J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA. — Imprenta y casa editorial « Renacimiento ». Montevideo 1919.

Es un hermoso trabajo de historia y arte nacionales este trabajo que el doctor Fernández Saldaña acaba de publicar sobre el dibujante Besnes e Irigoyen, artista vasco, incorporado al medio uruguayo. Con la artística paciencia peculiar de los que se dedican a los trabajos austeros de la ciencia histórica, separando las fantasías de la leyenda de las revelaciones de la realidad, nuestro ilustrado compatriota estudia minuciosamente, en primer lugar, la vida de Besnes e Irigoyen, el ambiente social en que actuó y, finalmente su obra. No hay detalle del sujeto estudiado que no haya merecido la investigación escrupulosa del autor. El lector, instintivamente, se da cuenta de que no es una ficción lo que afirman los anales del prolijo cariño con que Benvenuto Cellini perpetuaba sus obras.

Decía Víctor Cousin que análisis sin síntesis es ciencia incompleta y síntesis sin análisis es ciencia falsa. El trabajo de ciencia y arte, de cultura y crítica del doctor Fernández Saldaña no sufre el castigo de los que no respetan ese concepto: hace un riguroso análisis del sujeto y una brillante síntesis de sus impresiones.

Bajo el aspecto científico, pues, el estudio que nos ocupa merece el aplauso y, bajo el punto artístico, merecerá—estamos ciertos—los plácemes de todos los lectores, puesto que el autor sabe el secreto de mantener cautiva la atención de todos los que le oyen o lo leen, aun cuando no sean amateurs de la especialidad, y matiza sus trabajos históricos de interesantes comentarios y espirituales apreciaciones. Dice el doctor Fernández Saldaña: « Que en un óleo de sujeto insignificante o anónimo, nada es a veces el sujeto con su corbatón y su cuello de foques, y el gran interés está en el fondo, en la perspectiva que el progreso borró, en un trozo de ciudad que ya no existe, en un impreciso desfilar de milicos o de gauchos ....».

Es cierto. Del mismo modo, en el estudio que de la personalidad y la obra de Besnes e Irigoyen hizo el doctor Fernández Saldaña, no hay que encarar solamente el minucioso y paciente trabajo del historiador sino también la dedicada y amable ternura del artista. — P. L.

Sandro Botticelli. — Por Moisés Kantor. — Edición de « Nosotros ». Buenos Aires.

Kantor es un estudioso, que saca extraordinario partido de su erudición, valiéndose de manifestaciones artísticas para difundir ideas que le son gratas y proyectar interesantes figuras históricas. Creemos que a veces deforma — talvez adrede — los personajes que presenta en sus poemas escénicos. « Sandro Botticelli » es un drama de la época del Renacimiento, en el que surge la corte de los Médicis donde tan acabada protección recibían los artistas. Nuestro autor cree que en Botticelli ejerció influencia el inquietante fraile Savanarola y realiza un alarde psicológico, con resultado, si en parte discutible, digno de curiosidad. Hemos leído la obra con vivo placer, repasando « Griselda », leyenda en un acto, y « Noche de Resurrección », drama actual, que figuran también en el volumen. Una noble preocupación por la forma, ennoblece estos ensayos dramáticos, que como todo lo que es arte puro, las compañías nacionales, naturalmente, jamás representarán. — V. A. S.

PEGASO

Letras - Artes - Ciencias

REVISTA MENSUAL

AÑO I — JULIO 1918 A JUNIO 1919 — TOMO I

DIRECTORES
Pablo de Grecia
José María Delgado

REDACTORES
Antón Martín Saavedra
Wifredo Pí
Montiel Ballesteros

MONTEVIDEO



MONTEVIDEO
PEÑA Hnos.—Imp.
1919

INDICE

D

F

G

H

I

L

M

S

T

V

X

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



AGOSTO DE 1919

SUMARIO:

AÑO II
N.º 14

Montevideo
URUGUAY

Administrador: *Alexis J. Delgado.*

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos comerciales.

Montevideo. (Uruguay)

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — *Buenaventura* **Caviglia** (hijo). — *Ismael* **Cortinas.** — *Asdrúbal E.* **Delgado.** — *José M.* **Fernández Saldaña.** — *Pedro* **Figari.** — *Emilio* **Frugoni.** — *Luis A. de* **Herrera.** — *Juana de* **Ibarbourou.** — *Horacio* **Maldonado.** — *Raúl* **Montero Bustamante.** — *Adolfo* **Montiel Ballesteros.** — *Emilio* **Oribe.** — *José* **Pereira Rodríguez.** — *Víctor* **Pérez Petit.** — *Carlos M.* **Prando.** — *Wifredo* **Pí** *Horacio* **Quiroga.** — *Santín Carlos* **Rossi** — *Vicente A.* **Salaverri** — *Alberto* **Zum Felde.**

SECRETARIOS DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: *Alexis J. Delgado.*

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos comerciales.

Montevideo. (Uruguay)

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Agosto 1919. Núm. XIV - AÑO II

ARIEL

Facultad creadora que, dominando las voces sordas del instinto, se entrega a las promesas que « confían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor ».

Sugestión de la esperanza que, en « sublime terquedad », mantiene a la tensión viril en la perenne alegría de un entusiasmo confiado y resuelto, por el secreto de una eterna e inmarcesible juventud espiritual, y que, al derramar « misteriosos estímulos » en el amplio miraje de sus visiones, provoca en el alma « el altanero desdén del desengaño ». Pero no basta poseer el instrumento de la perfección y bañar nuestra alma en las dulcísimas claridades de la esperanza, adormeciéndonos al ritmo de un ideal vago y quimérico; es necesario también adquirir la conciencia de los propios destinos y de las facultades que en nosotros pueden realizarlo en su forma más noble y superior.

« Sed concientes poseedores de la fuerza bendita que llevais dentro de vosotros mismos », afirma con el tono definitivo de una sentencia; y dirigiéndose a la juventud les recuerda, que el estado en que viven « es una fuerza de cuya aplicación son los obreros y un tesoro de cuya inversión son responsables ».

BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 ½ por ciento anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en TITULOS HIPOTECARIOS, los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 % anual.

Los intereses de esos TITULOS se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los DEPOSITOS, mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el CUPON corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los CUPONES por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los TITULOS HIPOTECARIOS se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

Calle Misiones 1429, 1435, y 1439

Muebles de Estilo

CASA L. ANSELMO Y HNOS.

**Fábrica montada con maquinaria moderna,
la que permite la ejecución de trabajos con toda perfección
con un 25 % que sus similares.**

La casa cuenta con dibujante para la ejecución de motivos
dedicándose con especialidad en muebles finos

CURVA DE MAROÑAS Teléfono La Uruguaya 282 Unión

EL CORAZON DE MARIA

NOVELA
VICENTE A. SALAVERRI

En venta en las principales librerías

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Agosto 1919. Num. XIV - AÑO II

ARIEL

Facultad creadora que, dominando las voces sordas del instinto, se entrega a las promesas que « confían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor ».

Sugestión de la esperanza que, en « sublime terquedad », mantiene a la tensión viril en la perenne alegría de un entusiasmo confiado y resuelto, por el secreto de una eterna e inmarcesible juventud espiritual, y que, al derramar « misteriosos estímulos » en el amplio miraje de sus visiones, provoca en el alma « el altanero desdén del desengaño ». Pero no basta poseer el instrumento de la perfección y bañar nuestra alma en las dulcísimas claridades de la esperanza, adormeciéndonos al ritmo de un ideal vago y quimérico; es necesario también adquirir la conciencia de los propios destinos y de las facultades que en nosotros pueden realizarlo en su forma más noble y superior.

« Sed concientes poseedores de la fuerza bendita que llevais dentro de vosotros mismos », afirma con el tono definitivo de una sentencia; y dirigiéndose a la juventud les recuerda, que el estado en que viven « es una fuerza de cuya aplicación son los obreros y un tesoro de cuya inversión son responsables ».

Tener la noción de esa responsabilidad y la certidumbre de que no hay iniciativas estériles cuando se agitan al impulso de un propósito ideal; saber que podemos conseguir la libertad absoluta de nuestra vida interior, con el sólo deseo de hacerla posible en nuestra inteligencia, por la acción reflexiva del pensamiento, supremo liberador de nuestras torpezas y elemento dinámico de nuestras excelencias; ahogar los desencantos del pesimismo en la corriente renovadora de la vida que arrastra en su limo fecundo, bálsamo para los dolores, aliento para las decepciones, energías para las debilidades y afirmaciones para la duda; es conseguir el término perfecto de una educación integral, en la que la voluntad capacitada para todas las empresas, por el aliento que le infunde su propia confianza, en armónico acuerdo con las fuerzas del espíritu despertadas a los optimismos de la fe por la sugestión mesiánica del ideal que vendrá, es conservar intactas, e incontaminadas del cieno vulgar, en el tragín de las luchas diarias, las perfumadas flores de nuestras ilusiones.

Y es también, alcanzar la coraza invulnerable que nos dejará inmunes en los más temibles encuentros.

Nuestra misión, no consiste en sustraernos a la acción combativa para no marchitar en ella los encantos de nuestras visiones en el renunciamiento estéril de los cenobitas, o en el placer egoísta de los místicos, refugiados en los jardines contemplativos del éxtasis; nuestra misión, posee una alta finalidad social, que nos impone el deber ineludible de transfundirnos en el alma colectiva con la fuerza de afinidad que poseen los átomos en la cohesión de los metales, diligentes y solícitos en todas sus manifestaciones, tratando de ser «espectadores atentos allí donde no podemos ser actores», para lo cual, es menester desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino, la plenitud de nuestro ser».

Dejemos llegar hasta nosotros todos los clamores y todas las inquietudes, no rechacemos ninguna aspiración

por contraria que sea a nuestras tendencias, no cerremos los oídos a ninguna prédica y el corazón a ningún afecto, que nuestro entendimiento no conozca más límite « que la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos », que nuestra razón no esquive la presencia del enigma; pues, « todo problema propuesto al pensamiento humano por la duda; toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y del dolor, tienen derecho a que los dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos ».

Seamos múltiples y generosos, con la suprema tolerancia que proporciona el saber que, de la verdad, sólo poseemos sus apariencias cambiantes, y de la vida, una faz efímera de su evolución, que será en el curso progresivo del tiempo insignificante partícula de su vasto y eterno proceso.

Confiemos siempre al porvenir el vuelo de nuestras energías creadoras, pues, « lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres ».

Pero ante todo, y por encima de todo, elevemos nuestro espíritu a la contemplación del ideal, floreciéndolo en rosas de la más pura esencia, y nuestras frentes pensativas a la luz de las estrellas, circundándolas de claridades en la caricia de sus besos; que en nuestra alma, canten los ruiseñores del ensueño sus suaves canciones de belleza y en nuestro reino interior, la fuente de la inspiración musite su dulce melodía de cristal; para que el deseo, cautivo en las garras del cálculo materialista, al libertarse por esos conjuros, como Ariel por la magia de Próspero, sea un pájaro quimérico que planee en el azul en busca de nuevos horizontes y de ignoradas constelaciones.

Tal es la premisa fundamental de su norma educativa; desenvolver con el concurso armónico de todas las facultades, un hondo, un persistente anhelo de selección espiritual, única fuerza capaz de concluir con la oprobiosas tiranías de los egoísmos utilitarios.

Subordinar los intereses del cuerpo, al móvil superior que guía «los intereses del alma»; esa deber ser la finalidad del perfeccionamiento humano y la norma educativa de toda moral social.

«De los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar». El culto de lo bello es potencia virtual de las perfectibilidades, y su emoción, genera el concepto más noble del deber; por el arte se consigue, «un acordado estímulo de todas las facultades del alma» que provoca, por la sugestión de su gracia, al poner «la sensación estética de una armonía» en las fórmulas adustas de la imposición moral, un espontáneo y alegre movimiento en la conducta humana. El sentido de la belleza se transforma también en sentido de justicia y en noción de verdad; «yo creo indudable que el que ha aprendido a distínguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno». Y la eficacia de toda prédica, depende mucho más que del poder de su lógica, de ese «entendimiento de hermosura» pues, al decir de Renan, «la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta».

Hacer de la voluntad un agente realizador de perfecciones en los anhelos de belleza ideal; de la razón, luz que ilumine y timón que dirija los impulsos del institnto en nuestras facultades de pensar y de obrar; del entendimiento, amplio y hospitalario refugio de la curiosidad que observa y de la duda que ahonda; del optimismo, esperanza

risueña que descubra en las líneas proféticas de las renovaciones, magníficos mirajes de ensueño y de amor; del sentimiento, bálsamo piadoso para los desencantos; de la inteligencia, molde flexible del deseo en su substancia creadora; y de la ilusión, serena onda de armonía que al vibrar en nuestra alma sabrá comunicarle la juventud inmarcesible de la gracia espiritual; tal es, señores, la síntesis psicológica de « Ariel ».

Sus términos esenciales, pueden condensarse en una breve fórmula, en la que la voluntad es el medio, la razón la potencia, el ideal el término y la belleza la inspiración; fórmula que debe gobernar, en la conciencia de los hombres y en el alma compleja de las multitudes.

III

En la obra que analizamos, hay que separar dos tendencias, que si bien conservan el debido acuerdo en la concepción unitaria del pensamiento que las motiva, se distinguen por sus diversas orientaciones y particulares finalidades; la tendencia spicológica y la tendencia sociológica.

La primera la hemos definido en el bosquejo que acabamos de presentar, en el que, si bien la hermosura de la forma que caracteriza al original fué perturbada por nuestra profanación, el leal sentido de sus conceptos fué respetado por nuestra sinceridad.

Antes de analizar la tendencia que podremos llamar sociológica, para su mejor comprensión, que informa la prédica social de « Ariel », séame permitido una pequeña digresión; a fin de puntualizar algunas críticas que se le han dirigido con el malevolente propósito de reducir el alcance de su influencia.

Desde luego, debo confesar, que en mi ánimo serenado no tienen cábida las mezquinas preocupaciones de esos rastreadores, que con raquítico empeño buscan en la obra de Rodó reminiscencias, sugestiones y hasta influencias directas y sos-

pechosas de otros pensadores, para negarle originalidad a sus ideas y méritos a su prédica.

Se ha dicho con acierto, que la verdad de una tesis o de un concepto, pertenecen de igual modo, al que la ha enunciado por vez primera, como al que consiga formularla en expresiones definitivas o más artísticas.

Pues bien; no siendo un afirmativo a la manera de los dogmáticos, no dictó sentencias rotundas, porque sus fórmulas expansivas rebasan las murallas cerradas de la fe, que no analiza ni razona;; su espíritu radiante y curioso, busca en todos los dominios ideales, motivos para su inspiración lírica sin penetrar en la naturaleza íntima de las cosas, preocupado únicamente en producir una emoción estética, única certidumbre de su espíritu, en vez de clasificar en jerarquías siempre transitorias, las conclusiones eternamente cambiantes del pensamiento filosófico.

Prefirió callar en verdad, a afirmar en mentira.

Es un artista en el pensamiento y en la sensibilidad, dominado tenazmente por el «entendimiento de hermosura», que vibra en la realidad circundante con la misma fuerza que en los planos incorpóreos e infinitos del raciocinio y de la idea, que para sus especulaciones, buscó refugio en el «luminoso y cálido ambiente de las formas», huyendo del «helado seno de la abstracción».

Esto, naturalmente, no excluye de su prédica un propósito educativo y una finalidad moral, que constituye el móvil de su inspiración y el deseo siempre revelado en sus enseñanzas. Si la vocación irresistible de su temperamento, lo impulsa con seducción hacia el placer de las inteligencias refinadas, que desdeñan los perfumes acres, los contornos groseros, las disonancias y la opacidad, aun cuando contengan en su esencia partículas de la verdad inmanente y vestigios de las más puras y de las más nobles idealidades, su potencia creadora no se resignó a florecer esterilmente en bellas imágenes y en brillantes vocablos, sonoros y vacuos,

como el silbido del viento entre el ramaje y el alegre tintineo de los cascabeles de plata.

Es un doctrinario de belleza, que sin admitir en absoluto, como postulado filosófico indiscutible, la identificación de lo bueno y de lo justo con lo bello y armonioso, sintió el poder comunicativo de la hermosura en las sugestiones del bien y tuvo como pocos, en fina y sagaz penetración, el don sublime de « enseñar con gracia ».

Enseñó, lo que otros antes que él predicaron; ;los que a su vez, en sus prédicas, no hicieron más que recoger el eco prolongando a través de los tiempos, de aquellas voces augustas, que en los albores de la cultura humana tuvieron el divino privilegio de la revelación en los horizontes sensibles del entendimiento.

« Nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestra moral, nuestra política, nuestra estrategia, nuestra diplomacia, nuestro derecho marítimo e internacional son de origen griego. El cuadro de la cultura humana creado por Grecia puede ampliarse indefinidamente, pero está completo en todas sus partes. El progreso consistirá eternamente en desarrollar lo que concibió Grecia, en cumplir los designios que Grecia bosquejó acertadamente ». Por dolorosa y amarga que sea a nuestra pretensión contemporánea, que al igual de sus antecesoras en la historia, vive en la efímera ilusión de sentirse originalmente creadora en los dominios de la idea y de la emoción, la sentencia transcrita, que Renan estampa en el prefacio de su Historia del Pueblo de Israel, contiene una profunda verdad que se descubre en el más ligero análisis.

Nada diremos fundamentalmente nuevo que no esté dicho ya, nuestra misión consiste en tallar nuevas facetas en el diamante del pensamiento para aumentar el poder luminoso de sus rayos.

En el transcurso de las edades, el mismo angustioso problema sin solución, que torturó a los hombres en las primeras sendas del progreso, continúa provocando con su sonrisa

enigmática la inquietud de los espíritus, indefensos en la inutilidad de sus esfuerzos.

El aceite que arrojamos en las luminarias de la idea, encendidas ha mucho tiempo, al avivar sus llamas, dilatará su potencia lumínica en la masa obscura de las sombras, pero siempre estaremos aprisionados en su cono de luz.

En rigor de verdad, en el proceso evolutivo, no se han alterado substancialmente nuestras necesidades espirituales, ni han cambiado los arbitrios de que disponemos para satisfacerlas.

Es siempre la misma incógnita, es siempre el mismo misterio, que en obstinada e irreductible insistencia se abraza de nuestras almas, sin mostrarse jamás en su recóndita desnudez. A lo sumo, a fuerza de torturarnos, hemos aumentado nuestra capacidad sensible para comprenderlo, al distender las fibras de nuestro entendimiento en la infinitud vibrante de lo desconocido.

La misma fe en los creyentes, la misma presuntuosa vanidad en los políticos, las mismas antinomias en el vacío inconmensurable de la metafísica, las mismas contradicciones en los conceptos relativistas de la moral, la misma indiferencia e idénntica vacilación en el desencanto o en el cansancio de los excépticos. En medio de ese incesante rectificar y de ese permanente ratificar somos juguetes de nuestras propias ilusiones, que nos arrastran en loco torbellino dentro de una inmensa tromba de su vórtice a sus bordes, sin detenernos jamás en ese continuo movimiento de avance y retroceso, y sin vislumbrar los medios de nuestra liberación. Sólo la ciencia, conquistando las propiedades manifiestas de la materia inerte o las cualidades vitales de los organismos, puede ostentar con orgullo, algunas fórmulas definitivas en la faz de sus conocimientos, que marcan una progresión ascendente, lisonjera para la esperanza y estimulante para el esfuerzo.

Y únicamente el arte, expresión humana de la belleza, inefable armonía de las cosas, excelsas a quién la vida «le regaló el secreto de su juventud inextinguible», permite ma-

nifestar la nota original, personalísima, en la combinación de sus elementos, pues, él depende, más, que del raciocinio que analiza en los cálculos fríos de la idea, del sentimiento creador que gasta sus utopías y sus ensueños en la lumbre encendida de la emoción.

Si por el momento no podemos exigir verdades novedosas y formulas definitivas sobre lo ya enunciado, y en cambio, podemos reclamar con el criterio exigente de una severa crítica, modalidades artísticas sobre las viejas y repetidas verdades, al estimar el aspecto personal en las creaciones del pensamiento; nadie tiene el derecho de negarle a la obra de Rodó, esa cualidad que le corresponde como su excelencia más destacada y su distinción más propia.

Si por algo ha entrado en la inmortalidad, es precisamente por la hermosura incomparable de su estilo, que sabrá mantenerlo con brazo potente en la actitud gallarda de un triunfador, salvado del olvido y de la indiferencia, en el transcurso de las incesantes y fatales renovaciones.

Son sus ideas, reflejo o influencias de otros pensadores, y en primer grado, y en modo eficaz, en la obra que analizamos, de Ernesto Renan. Posee de éste su misma resistencia a todo dogmatismo, y su amable descreimiento por los preceptos absolutos, que solo se justifican en los límites herméticos de las religiones. Permanece equidistante de la afirmación y de la negación, sin caer, con el gesto huraño del excéptico, en el yermo infecundo de la duda.

Fué leal, con toda lealtad, porque no se atrevió a decir lo que no era una plena certidumbre en su conciencia.

Pero revistió esas ideas ajenas con galas tan suntuosas, y en su prédica se envolvieron en ondas de armonía tan dulce y suave, donde los vocablos pierden su rudeza habitual, y en sus combinaciones adquieren el tono melodioso de una música en la gracia sonora de sus cláusulas, que, si no tuvo el mérito de haberlas creado, tuvo el mérito sublime de haberlas embellecido.

(Continuará) CARLOS M. PRANDO

Versos de Tulio Gonzalo Salas

De la escuela de Nájera y de Mata en la musicalidad casi perfecta del verso, Tulio Gonzalo Salas entre los jóvenes poetas venezolanos habíase, y eso que murió cuando apenas empezaba a cantar, habíase hecho un sitio único, suyo. A su muerte, ocurrida el año antepasado en la ciudad de Mérida, (Venezuela), uno de los escritores de aquella ciudad que hiciera su elogio dijo que su muerte hacíase sentir tanto en la joven poesía venezolana como lo fuera la de Pedro Balmaceda Toro, en Chile.

CERCADO AJENO

¡ Cuanta desidia, soledad y calma !
¡ Cuánto sol reventando en la pradera ¡
¡ Qué refinado paganismo en mi alma
y qué tesoro de silencio afuera !

Oigo el lejano y ululante coro
conque importuna la tenaz abeja.
El sol desgrana su carcax de oro
sobre el tejado de mi casa vieja.

Y medio oculto en la mural ventana,
que da al corral de la vecina casa,
miro una bella sumergirse ufana
entre la espuma del raudal que pasa.

Miro la Ondina! La contemplo mudo
y siento gana de morder su seno,
porque su seno de pudor desnudo
es una fruta de cercado ajeno.

Y es mucho más apetecible y bueno,
dice el adagio que rimando copio,
cualquiera fruta de cercado ajeno
que un fruto bueno de cercado propio.

FLORES Y SOL

A MI HERMANA JOSEFA

Yo no quiero ni glorias ni riqueza;
pues me siento feliz por la mañana,
con un ramo de flores en mi mesa
y una gota de sol en mi ventana.

Mi pobreza se alumbra y se engalana,
y me parece bella mi pobreza,
cuando hay gota de sol en mi ventana
y hay un ramo de flores en mi mesa.

Mas quisiera morirme en la rudeza
de las horas sin sol y sin belleza,
sino fuera por tí... la soberana,

Que en mis horas de angustia y de tristeza
eres ramo de flores en mi mesa
y eres gota de sol en mi ventana!

TULIO GONZALO SALAS.

DOS LIBROS HERMOSOS

PRADERAS SOLEADAS, *de Andrés H. Lerena Acevedo.*
LAS LENGUAS DE DIAMANTE, *de Juana Ibarbourou.*

He aquí dos libros, dos libros de versos que son versos, escritos por dos hermosos talentos. Son versos inspirados, evocadores, *que quedarán*. El numen que los engendró merece respeto. Leyendo *Praderas soleadas*, de Lerena Acevedo, o *Las lenguas de diamante*, de Juana Ibarbourou, cualquiera, hasta el más lego, experimenta una profunda sensa ción y recoge un íntimo y secreto deleite. Evidentemente, estamos frente a un poeta y a una poetisa que merecen algo más que un fugitivo comentario.

Da gusto poder estampar tales frases sin circunloquios, sin reticencias, sin disimuladas reservas mentales. Todos los días, los que para el público escribimos, tenemos que cometer alguna breve apostasía, disfrazar una menguada mentira o acceder a ineludible solicitación. O tenemos, si somos fundamentalmente sinceros, que callarnos la boca y afirmar luego, con violencia de la verdad, que no hemos recibido el libro que se nos ha enviado con encomiástica dedicatoria. Muchos lucran de este silencio o de aquella longanimidad. Las nueve décimas partes de los poetas y prosadores que andan por ahí contoneándose con las plumas de pavo real que les han prestado periodistas amigos, o que se regodean cabe una mesa de café repitiendo a sus contertulios que nadie se ha ocupado de «su obra» porque en nuestro medio literario hay mucha envidia y mucha maldad,—muchos de es-

tos «poseurs» y mistificadores, viven aún por la sola debilidad de los que ejercen de críticos. Más valiera, en verdad, matarlos de un garrotazo a la vuelta de la primer esquina.

Con Andrés H. Lerena Acevedo, el primero de los autores que hoy nos ocupa, puede agotarse el ditirambo sin temor de pasar por paniaguado. De su libro *Praderas soleadas* puede afirmarse que es uno de los más bellos volúmenes de versos que en estos últimos tiempos se han escrito en nuestro país sin exponerse a un desmentido. Da gusto, lo repito, poder decir, así, libremente, estas cosas, porque los que no respondemos a circulillos de café ni nos esclavizamos con recomendaciones sociales, siempre experimentamos un hondísimo placer en descubrir un poeta y en celebrar una obra de arte profunda y sentida.

Praderas soleadas es un tomo de versos que no alcanza a las cien páginas y que encierra, sin embargo, más poesía que otros volúmenes de trescientas o quinientas páginas. Concebido con un sentimiento honestísimo de la naturaleza y realizado con una conciencia artística de que sólo pueden dar muestra los escogidos, a todos se impone, desde la primer lectura, por su gracia, su frescura, su inspiración y su vitalidad.

No es un libro torturado, delicuescente, lleno de metopas y orquestaciones funambulescas. No es un libro de rosas rojas, de trianones y versalles, de marquesas pintadas y abates enamoradizos. No refulgen sus páginas con nácares y primores de mosaicista. La frase no se disloca en macabras contorsiones para sugerir ideas-madres, imágenes de ensueño, comparaciones hiperbólicas que nadie comprende—ni el mismo poeta que las zurce e hilvana. Es un libro sencillo como una pastoral del siglo XVI, puro como un chorro de agua cristalina, ingenuo como la confesión de un niño. Abierto de par en par sobre la Naturaleza y la Vida, repite sencillamente, honradamente, lo que un hombre de talento descubre en la Vida y en la Naturaleza: verdad, ante todo; despues, dolor o felicidad, según sea el capricho del Destino.

Ved el escenario: es una aldea perdida en un rincón cualquiera del mundo, con su caserío minúsculo y paupérrimo; con su vieja iglesia asoleada donde un descascarado campanario arroja sobre la paz de los campos la conocida voz de su lengua de bronce; con sus vegas y altozanos rurales donde la avena y el trigo empenachan primores, y el molino remueve sus aspas, y la fontana se sombrea de pomas, y en las hondonadas se nievan las majadas, y sobre horizontes hialinos se incrustan hoces y guadañas o resbalan teorías de golondrinas y gorriones. Y ved los personajes: es un pastor que tragina en los pajares, una moza que sueña al borde de una noria, una boyeriza, un añacal: todas almas blancas y puras, corazones ingenuos y sanos, pensamientos que viven la hora sin la inquietud del mañana ni el remordimiento del ayer.

Un gran soplo de verdad discurre por estas páginas que viven una vida rusticana, que huelen a heno, que gorgotean como el agua en el azarbe, que centellean al sol.

¿Recordáis aquello de Azorín, que «lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza»? — Un novelista, un poeta—del propio modo que un pintor y un músico—pueden ofrecernos una sensación intensa de las cosas; pero, sólo el que ha vivido en íntimo contacto con su esencia, sólo el que las ha visto en ese «único instante» en que «irradian su espíritu», pueden expresar lo que el autor de *Los Pueblos* llama «la emoción del paisaje». Yo creo, sinceramente, en esta alma. Yo la he descubierto no en las páginas épicas de Hugo, no en las deslumbradoras de Chateaubriand, no en las preciosistas de D'Annunzio; sino en las humildes del propio Azorín, en las veristas de *El pueblo gris* de Rusiñol y en casi todos los libros del incomparable Pereda, en *Escenas montañesas*, en *Peñas Arriba*, en *Tipos y paisajes*, en *El sabor de la tierruca*. En la pintura, particularmente en la española, advertiréis igual cosa: Terruella, Matilla, Navarro, Pallarés, García y Rodríguez os habrán encandilado con sus paisajes frescos y policromos; pero, se-

guramente, no habréis recogido ante ninguna de sus telas la sensación de verdad, (la impresión de que os halláis ante « algo » que dialoga con vuestra alma), que os procuran las telas de Zubiaurre, de Mir, de Urgell, de Ivo Pascual. Es que todas las cosas de la naturaleza y todos los gestos del hombre tienen, durante el curso total del día, un único y brevísimo momento en que se entreabren y nos muestran su propia alma. Y advirtiendo, justamente, que sería inútil visitarlas y contemplarlas a otra distinta hora, es que nos dice el donoso y admirable autor de *La ruta de don Quijote*: « En estos momentos precisos, todos los detalles, todos los elementos de la belleza—la luz, el color, el aire, los ruidos, las líneas —forman una síntesis suprema, algo como una armonía inefable, desconocida, que adquiere su máximum en un punto y que poco a poco va disipándose, fundiéndose en el ambiente vulgar del resto del tiempo, que hace que desaparezca el color propio del muro vetusto, y la penumbra de la estancia abandonada, y la claridad crepuscular que bañó una sauceda junto a un estanque, y los sones extraños de un piano que parten, a media noche, de una ventana iluminada ».

Hay algo, pues, en este género particular de la poesía lírica que tiene por tema la naturaleza, algo esencial, profundamente característico, que nos advierte, desde luego, que la denominada « poesía bucólica » de los viejos retóricos ha padecido una seria evolución. Nada tiene que ver, en efecto, esta pintura de la naturaleza con el amor, real o fingido, que por ella experimentaron lo maestros clásicos. Teócrito y Virgilio, los grandes creadores, y luego sus discípulos y rivales, Garcilaso y Meléndez, Francisco de la Torre y Juan de Morales, Sannazaro y Guarini, Racan y Segrais, son, antes que nada, « descriptivos »; en tanto que los escritores modernos, que podrían llamarse bucólicos, como Ramón Pérez de Ayala en *La Paz del sendero*, como Gregorio Martínez Sierra en *La casa de la primavera*—o como nuestro Herrera y Reissig en los « Extasis de la Montaña » (*Los peregrinos de piedra*) y en los « Sonetos Vascos » (*El teatro de*

los humildes)—son, esencialmente, «psicólogos», quiero decir, que ahondan en el alma del paisaje para desentrañar su espíritu, su calidad, su característica formal, y poder así comunicarnos su emoción.

Esta es, también, la modalidad del poeta que ha escrito *Praderas soleadas*. Yo he querido señalar, particularmente, ese distingo, porque su estilo propio, su alocución ranciamente castellana, sus giros y hasta sus vocablos, podrían hacer creer a muchos que es un mero imitador de aquellos poetas bucólicos que ilustraron los primeros siglos de la lírica castellana. Tiene, en efecto, el señor Lerena Acevedo una manera particular de construir la oración poética, que la impregna toda ella de verdadero españolismo; tiene, además de esto, una preferente inclinación por el alejandrino de Berceo o endechas dobles; y tiene, a mayor abundamiento todavía, un calculado rebusque de vocablos que no osaría yo en motejar de arcaísmos, pero que en nuestro medio lexicográfico, un tanto mezquino, lo parecen: ved, en prueba de esto que dicho queda, como emplea la voz «albada», regional de Aragón, por «albo»; como dice «zahareño» por «irreductible»; como escribe «regajo» por «charco»; como emplea «aguijada» por «ahijada»; «astroso» por «sucio»; «cenceño» por «enjuto»; y como se place, en fin, en llamar «hontanares», al sitio donde se estancan los manantiales, «albogue», al cuerno o instrumento pastoril, «alcor,» a la colina o collado, «garzul», al trigo, «estol», al acompañamiento o comitiva, y como emplea con soltura y sin reatos las voces «cansino», «paniega», «altozano», «zurrir», «cantiga», «cencidos», «viales», «trascienden», etc.

Cierto que palabras y giros dan color y tono a la composición,—que por algo el eximio poeta de *Les Trophées* se cuidaba tanto de la ortografía de los nombres propios, griegos o latinos, para burilar con rasgos exóticos más profundos sus estupendos versos,—pero erraríamos de medio a medio si en el caso particular del autor de *Praderas soleadas* juzgáramos que ese es todo el secreto de su poesía. No hay duda que el

señor Lerena Acevedo, con muy encomiable escogitación, admira a los escritores españoles y está empapado en sus artes y modalidades; mas, lo que da sello a sus poesías no es ese uso de vocablos desusados ni su aparente incursión en los vergeles de los bucólicos clásicos. Ya lo he dicho antes y ahora lo repito: lo que aquilata el mérito de *Praderas soleadas* es su « emoción del paisaje », su « sentimiento íntimo » de las cosas.

Ved la poesía rotulada « Las pueblerinas », en mi sentir el más bello, el más profundo y el más sentido poemita de todo el volumen. La quietud y la monotonía de esos pueblu-chos extraviados en cualquier rincón de la tierra,—aquí, allá, no se sabe dónde— está dicha en pocos versos descriptivos, someros, pero bien gráficos. Todos vemos la vieja plaza, flanqueada por casonas silenciosas, por muros sobre los cuales se vierten juncias y glicinas, y por portales sombríos y húmedos. Hay una iglesia claudicante que llama a los devotos con una campana triste y familiar. Las calles, desiertas, se escandalizan si rueda un carro desvencijado o trota suelto el jamelgo de un vecino. Frente a la única botica, que por la noche pone en la calle la quimérica luz roja de un globo iluminado, dos o tres sillas congregan a los viejos más caracterizados del pueblo. Allí, hasta los perros son tristes porque han olvidado de ladrar. Y allí, tras de los vidrios de sus pobres ventanas, las pueblerinas asoman sus rostros opacos, sus rostros pálidos y ojerosos, un día y otro día, y un año y muchos años, soñando... esperando...

Tocados por el tedio de sus casas frugales
se afinan, lentamente, sus rostros matinales.
El brillo virginal de sus ojos trigueños
se aviva en el silencio casto de los ensueños
que exacerban la fiebre núbil de sus ojeras.

Y la descripción, a la manera del idilio clásico, continúa, particularizando los detalles:

Cuando en la tarde muerta se alza la luna llena
y la iglesia materna convoca a la novena
diluyendo en el aire sus sones provinciales,
ellas cruzan, beatas, los devotos umbrales;
y, quietas se consumen—ideando desposorios—
como el velón que alumbra los viejos oratorios.
Después, arrebujadas salen de los portales,
y, aromando de tréboles las aceras rurales,
se funden en la sombra de las casas vecinas.

Pero, he aquí la nota particular, el estigma característico que transforma toda la descripción, que le da un alma, que la singulariza, que la hace inolvidable, que da en cada detallecito una emoción,—la emoción propia del momento, la emoción inolvidable después para el que la ha experimentado:

Un día alegre de luz, de cantos navideños,
entornan para siempre los ojos lugareños.
Un ruar somnoliento de coches desusados
sonando en los mesones y en los patios soleados
despertará el quietismo familiar de los huertos.
Y habrá en la tarde, luego... unos vidrios desiertos,
y, detrás, el azul de las casas aldeanas...
Y, sólo el leve sándalo de unas manos lejanas
aún zahumará de ensueños las calles campesinas.

¡ Pueblerinas románticas, cándidas pueblerinas !

Pues este mismo sentimiento, esta misma personalidad de los detalles, esta emoción de la naturaleza, las hallará el lector en las otras composiciones del libro que llevan por título « Lejos del poblado », « Balada silvestre », « Canta el campanario », « Cuando las estrellas palidecen », « Caminos », « La jornada triste », « El reloj de sol », « Horas hay para entristecernos », « El romance de los pueblos »—y creo que he citado más de la mitad del libro. ¿ Qué mejor elogio hacer de él ?

Esperemos, pues, confiados el nuevo torneo de este novel poeta. Yo os profetizo que será un poeta que honrará las letras uruguayas.

* * *

Y ahora, he aquí la nueva poetisa. Se llama Juana de Ibarbourou. En su reciente libro, *Las lenguas de diamante*, encuentro esta composición, intitulada « Vida-Garfio », que voy a reproducir aquí íntegramente, porque cosas tan hermosas merecerían no una sino mil reproducciones:

Amante: no me lleves si muero al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente.
Alboroto divino de alguna pajarera
O junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra
Donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos
Alargados en tallos suban a ver de nuevo
La lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
Más breve. Yo presiento
La lucha de mi carne por volver hacia arriba,
Por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos
Podrán estarse quietas.
Que siempre como topos arañarán la tierra
En medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrójame semillas. Yo quiero que se enraicen
En la greda amarilla de mis huesos menguados.
¡ Por la parda escalera de las raíces vivas
Yo subiré a mirarte en los lirios morados !

Y bien; yo os digo que quien concibe un pensamiento tan bello como lo es ese y sabe expresarlo, dentro del molde del verso, con tanta justeza y donosura, es, pura y sencillamente un admirable poeta,—un poeta que para merecer la consagración no necesitaría escribir una sola estrofa más.

De composiciones así, fuertes, subyugantes, está repleto el libro de la señora Ibarbourou. Habría que citar todas las que integran la última parte del volumen, bajo el común título de « La Clara Cisterna ». En « Matinal », por ejemplo, se loa al Sol de un modo original y humano, asociando a su acariciadora lumbre el recuerdo del amante dormido. En « La buena criatura », se canta a la Hermana Agua, no con el panteísmo adorable de Amado Nervo, pero sí con un sentimiento más tierno, pues que el recuerdo del amado herido se asocia también a su consoladora frescura. En « Salvaje », vibra un grito de alegría por la gloria de vivir, que casi convierte en una faunesa a la inspirada poetisa. En « Camino de la cita », hay un nuevo contento, que es la exaltación de la idea de amor y el triunfo de la propia belleza. En « Vida aldeana », es aún una ensoñación de dicha, un anhelo de renovar un muerto idilio sobre la paz de los campos, bajo el claror de los astros. En « La Caricia », ante el roce fugitivo de una rosa, se estremece la sensualidad de un beso. En « Panteísmo », en fin, resurge aquella sugestión de la « Vida Garfio », y la inspirada presiente que allí, sobre la tierra, donde posó su cuerpo amoroso, ha de brotar quién sabe qué estupenda simiente,

Futuro pebetero que esparcerá a los vientos
En las noches de estío, claras y rumorosas,
El calor de mi carne hecho aroma de rosas,
Fragancia de azucenas y olor de pensamientos.

Pero hay, además de esta fuerza y vitalidad, y de esta sutil compenetración con la naturaleza que da un sello propio y personalísimo a las composiciones finales de *Las lenguas*

de diamante,—algo más en los versos de la señora Juana de Ibarbourou, algo que ya ha señalado su prologuista el ilustre escritor argentino Manuel Gálvez, y que por fuerza ha de tomarse en cuenta por cuantos acierten a examinar este género de poesía. Ese algo, es un ansia irrefrenable de amor, pero de un amor pagano, ardiente y sereno a la vez: un amor casi físico, lleno de estremecimientos y deseos, si bien velado castamente por el cendal que llevaban las vírgenes alejandrinas cuando iban al templo de Astarté. No hallaremos, por tal modo, en *Las lenguas de diamante* los gritos incontenibles de pasión que atraviesan con espasmos de fiebre ciertas páginas de *El libro blanco* y otras más numerosas de *Los cálices vacíos*, de Delmira Agustini. En medio de sus deliquios,—aún en los transportes de amor más arrebatado,—Juana de Ibarbourou parece erguirse como una estatua; y de las estatuas tiene la altivez y castidad. En tal sentido, pues, Delmira Agustini, la admirable precursora, aparece más sensual de temperamento y más audaz de expresión. Pero, con todo, quedan aún elementos en *Las lenguas de diamante* para advertir ese amor pagano de que hablábamos: la poetisa nos habla con orgullo de su cuerpo moreno, que ofrenda al amado como en una especie de holocausto. Sabe, también, de la soberanía inmortal del beso, y lo anhela sobre sus labios, no como la mariposa azul, irreal, de los antiguos románticos, sino vivo, quemante, todo desnudo de divino impudor:

¡ Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca
Se te oprima a los labios !

Sabe, también, de las fiebres del deseo, de los aterciopelados contactos, de los perfumes que enervan, del mal contenido anhelo de ser desceñida, como en las estrofas admirables de « La Cita ». Y, como una verdadera pagana en fin, que ha aprendido de los Dioses que el Amor tiene una hora única y sin retorno, se ofrece al amado en aquellos estupen-

dos dísticos de «La Hora»,—litúrgica letanía del deseo,—que quiero también reproducir aquí íntegramente, porque su mutilación sería un sacrilegio:

Tómame ahora que aún es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
Como una campana sacudida a prisa.

Después... ¡ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
Y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
Y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?

Comparando, justamente, este sensualismo poético de la autora de *Las lenguas de diamante* con el que bulle y se vierte de *Los cálices vacíos*, de Delmira Agustini, el escritor ar-

gentino antes citado, llega a estas conclusiones, que me parecen incontrovertibles: «Juana de Ibarbourou no revela por ahora ni inquietudes, ni tristeza, ni sufrimiento. En sus versos el amor es sano, fuerte, juvenil, intrépido, natural. Se ama en este libro con pasión y alegría, y, excepcionalmente, con cierta gravedad como de rito religioso. A veces asoma en ciertas páginas un poco de dolor o de pesimismo, pero hay tanta juventud y tanto entusiasmo en las restantes y aún en aquellas mismas, que, en el conjunto, pasa inadvertida la intención. La amada de este libro habla con ingenuo y casto impudor—si es posible unir estas dos palabras—de su cuerpo moreno, de caricias ardientes, de deseos. Pero no contiene el volumen, sin embargo, verdadero sensualismo. Felizmente, carece de impureza, y la voluptuosidad es en él escasa».

Esta diferenciación entre el sensualismo pagano y la voluptuosidad real de una y otra poetisa, puede, por lo demás, advertirla cualquiera comparando «El intruso», «Visión», «Otra estirpe», «En silencio», etc., de la Agustini, con «La Cita», «La hora», «Toilette suprema» y «Te doy mi alma», de la señora Ibarbourou. En la primera, existe innato el divino impudor que animó el gesto de Friné cuando, entreabriendo su manto ante los jueces, se glorió con el triunfo de su cuerpo. Delmira Agustini ardía con las fiebres del *Cantar de los Cantares* cuando sentía al Amor «tocar su cerradura». Sus acentos, de heroica impavidez, eran como los de un Salomón femenino, y así fué cómo cantó las ansias del sexo sin un sonrojo, antes bien con toda la fe de un ritual. En la señora Ibarbourou, el Amor del Amado ha hecho florecer todos los lirios de la ilusión y todas las rosas del placer; pero al cantar sus ansias, sus deliquios, sus imaginaciones, una niebla de espiritualidad envuelve su lira y hay entonces en su impudor «la castidad» de que nos habla el autor de *El solar de la raza.* Oídla cómo expresa, ante la proximidad del amado, la turbación amorosa de las caricias que excitan el deseo:

Por los ojos la rosa me pasaste
Y yo sentí la sensación de un beso.

Escuchadla cuando concurre a la cita, toda perfumada bajo su «manto esquivo», pronta para el holocausto voluntario:

Y en mi boca pálida florece ya el trémulo
Clavel de mi beso que aguarda tu boca.,
Ya mis manos largas se enrosca el deseo
Como una invisible serpentina loca.
¡ Desciñeme amante !

Y vedla ante el altar de Eros, en la entrega total;—pero advertid cómo la poetisa nos habla de «su alma», cual si quisiera encender dentro del mármol de la estatua viva el fanal de la espiritualidad inviolable:

Te doy mi alma desnuda,
Como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Desnuda con el puro impudor
De un fruto, de una estrella o una flor;

De todas esas cosas que tienen la infinita
Serenidad de Eva antes de ser maldita.

De todas esas cosas,
Frutos, astros y rosas,

Que no sienten vergüenza del sexo sin celajes
Y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.

¡ Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
Que tuviera una intensa blancura de azucena !

¡ Desnuda, y toda abierta de par en par
Por el ansia de amar !

Ahora, antes de terminar estas breves apuntaciones, debo decir dos palabras aún sobre la retórica de nuestra poetisa.

Juana de Ibarbourou construye sus versos con toda simplicidad, sin rebuscamiento de adjetivos, sin la preocupación de la «rima rica», sin exotismos de dicción ni rebuscamientos de imágenes. Y a pesar de todo ello, logra hacer poesía. Esto viene a demostrar una vez más que cuando se siente con sinceridad y se sabe expresar lo que ha de decirse con talento y soltura, siempre se hace obra de arte. Aquí podría llenar yo varias páginas si me pusiera a reproducir las múltiples bellezas que anidan en *Las lenguas de diamante.* Para dar al lector una idea, no más, de esta retórica, recordaré solamente la composición titulada «Rebelde», que es una verdadera maravilla:

Caronte: yo seré un escandalo en tu barca.
Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,
Y bajo tus miradas de siniestro patriarca
Las tímidas y tristes en bajo acento oren,

Yo iré como una alondra cantando por el río
Y llevaré a tu barca mi perfume salvaje,
E irradiaré en las ondas del arroyo sombrío
Como una azul linterna que alumbrara en el viaje.

Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros
Que me hagan tus dos ojos, en el terror maestros,
Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo.

Y extenuada de sombra, de valor y de frío,
Cuando quieras dejarme a la orilla del río,
Me bajarán tus brazos cual conquista de vándalo.

¿Puede decirse, con mayor belleza, el triunfo de la alegría y el amor sobre la tristeza y la muerte? ¿No veis la gloriosa carne femenina, en pié sobre la curva barca, desta-

carse entre las tinieblas de la Estigia e irradiar como una linterna azul, como una visión de ensueño, burlando el horror de la materia que se disuelve? ¿Y no advertís la gracia helénica de esa mujer luminosa, de ese cuerpo pálido en su último desmayo, que arrastran los membrudos brazos del barquero fatal para abandonarla en el reino de la sombra?

En verdad os digo que quien labra semejantes joyeles, es un altísimo poeta.

* * *

Así, por límpidos y serenos, estos dos grandes libros—*Praderas soleadas* y *Las lenguas de diamante*—abren como un inmenso surco de luz blanca al través de las nubes policromadas y fastuosas que amontonaron en una hora de delirio los vates cosmopolitas de toda una literatura de decadencia y similor.

Víctor Pêrez Petit.

Montevideo.

CORAZON, VIEJA BARCA

Car je suis paille au vent
HUGO.

Ah! corazón inútil, como a una vieja barca
te conducen los vientos, nadie sabe hacia dónde....
para que acaso sobre alguna yerma roca
te quiebres, una noche!..........

Han de llevarte siempre vientos buenos u hostiles
y no has de saber nunca cuál debe ser tu puerto.
E irás perdido siempre en esa noche inmensa
y negra, del misterio......

Antes ¡quién sabe! alguna vez te lleguen
fragancias de floresta;
antes ¡acaso! te ilumine un suave
cielo de primavera!

Corazón, vieja barca que vas hacia el misterio
de quién sabe qué noche, quien sabe qué aurora
¡cómo te duelen los sueños que no has vivido
y los que ya viviste ¡ay! cómo en ti sollozan!....

(Eran blancos caminos de plata, mas dejaron
polvo de desengaño en las sandalias
y caminos dorados de sol, pero pusieron
brumas de decepciones en el alma......)

Es mejor que los vientos te lleven al azar
ya que hacia ningún puerto nos guían las estrellas.
¡ Y aunque los labios vayan amargos de inquietud
que persista en los ojos ebriedad de quimeras !......

Corazón, vieja barca, desafía la sombra,
¡ después de tanta sombra puede haber una aurora !

MARIO MENENDEZ.

Prefacio del libro
«Proceso histórico del Uruguay»

ESQUEMA DE UNA SOCIOLOGIA NACIONAL QUE APARECERA EN ESTOS DIAS

Hasta el momento de publicarse este Proceso, no se ha intentado en el Uruguay una interpretación de su vida histórica, ni aún un bosquejo crítico de conjunto, no considerando tales ni los simples trabajos historiográficos, ni los textos puramente cronológicos, ni la copiosa bibliografía de índole polémica y partidaria.

Y, sin embargo, es absolutamente necesario que,—desprendiéndonos de todo móvil político y elevándonos sobre la escuela historiografía, se encare el proceso de nuestra evolución colectiva con criterio sociológico y fines didácticos superiores. Es necesario que las generaciones nuevas del país empiecen a formar conciencia clara de la entidad a que pertenecen, de cuya vida participan, y en la cual han de actuar, por el conocimiento positivo de los caracteres que presenta su desarrollo a través del tiempo, de los factores que han determinado los fenómenos propios de su historia, y de las leyes intrínsecas que presiden su desenvolvimiento.

Un concepto sociológico de nuestra nacionalidad es necesario para que sepamos *quiénes somos y adónde vamos*. La conciencia de sí mismo es tan fundamental en las sociedades como en los hombres. De la inconciencia en que se mueve el puro instinto, a la conciencia plena en que sólo la razón y la voluntad obran, va toda la escala de la misma jerarquía orgánica. El progreso de las especies es hacia la

conciencia del *yo*. Lo mismo es en las sociedades. Saber *qué* se es y el lugar que se ocupa, definirse, conocerse, ser conciente, es poseer la clave de la acción y dominar al destino. Mientras se permanece en la inconciencia, las fuerzas mueven al hombre y a los pueblos, agentes pasivos de destinos que ignoran. La conciencia da al hombre y a los pueblos el poder de manejar esas fuerzas, convirtiéndose en agentes activos de una evolución, cuyo sentido y leyes conocen.

El fin de toda ciencia es la conciencia; el fin de todo conocimiento es la acción. La verdad que no es útil al hombre, no vale la pena de buscarla. La sabiduría que no llega a la conducta es vanidad; y sobra. Al buscar la interpretación de nuestra historia, al querer establecer un conocimiento positivo de nuestra vida nacional, hay que saber que esto nos lleva a alguna parte, que esto nos es de altísima utilidad.

Al intentar este Ensayo, no nos mueven, pues, pruritos históricos ni científicos. No somos ni cientifistas ni historiadores. Hombres de acción en el sentido más vasto de la frase, buscamos ante todo lo que es una necesidad imperiosa para el desenvolvimiento futuro de esta nación: la conciencia de sí misma. Buscamos lo que más urgentemente reclama la formación cultural de la nueva generación uruguaya: conocer la propia nacionalidad, no por la fisonomía exterior de los hechos y su ordenación cronológica, sino por la íntima y fundamental naturaleza donde radica el determinismo de su historia, en el plano de las causas y de las leyes que rigen su desarrollo.

Consideramos, sí, que la necesidad cultural más imperiosa de la generación que entra a la vida, es la formación de la conciencia nacional. Imponen esta necesidad dos finalidades éticas igualmente esenciales e integrantes: la definición del carácter nacional, y el criterio ciudadano. Ambos valores activos son hoy imprecisos y flotantes. La conciencia histórica del país es el primer factor para definirlos y arraigarlos.

Una nación es un determinado organismo social, limitado en el tiempo y en el espacio, que vive y evoluciona en deter-

minadas condiciones geográficas, étnicas, económicas, políticas y morales. Formar en los ciudadanos la conciencia positiva del propio organismo nacional a que pertenecen, es habilitarlos para el mejor desempeño de su vida de ciudadanos, y por tanto, robustecer el órgano colectivo, activar su función dentro del mundo, y dirigirlo al cumplimiento de sus destinos. Tal es el fin civil y didáctico de este Proceso.

ALBERTO ZUM FELDE.

Montevideo, Diciembre de 1918.

De «Alas Nuevas», libro próximo a aparecer

LAS SORTIJAS

Por la luz festiva y ancha de este sol que abre la tarde,
hay un júbilo sonoro y centelleantes jinetes;
criollas que en los escaños muestran un triunfal alarde
cuando ven sus novios trémulos sobre el ardor de los fletes.

Allá, por los cabezales de un camino que blanquea,
el arco de mata-ojos luce la argolla probática;
y un gaucho aligero cruza, y no ensarta la presea,
y sofrena el redomón, que es una furia acrobática.

¡ El número tres ! Y un gaucho, sacudido de emoción,
siente que le arde en el pulso la sangre del corazón.
Aguija, y en torbellinos de polvo corre el cebruno;

Saca el palillo la argolla; pero en la carrera loca,
por un vértigo rijoso, el cebruno se desboca,
y ¡ a bolearlo ! atropellándose, grita el gauchaje machuno.

II

Y en un aleteo ronco trazan sus círculos trágicos
las boleadoras trenzadas, opresas por la manija;
y arrojadas desde lo alto, como por tres dedos mágicos,
atan de atrás al cebruno con la cincha a la verija.

Vuelve el ritmo de la fiesta; puede seguir la sortija;
y el gaucho que en el palillo encintado trae la argolla

recibe una caja hinchada de anillos, y una criolla
languidece, porque el gaucho en ella los ojos fija.

Se apea el criollo, y sereno, con la caja en una mano.
Elija prienda—le dice—todo lírico y ufano.
...Y van pasando en un trueno de cascos « pingos » en que arde
el chapeado que se quiebra en fulgores y sonidos,
hasta que el sol, resbalando por los cerros conocidos,
tira una raya de sangre a lo largo de la tarde.

LA PENCA

Hoy corren los seis caballos más ágiles y ligeros,
y una yegua malacara de vivaces sacudidas.
Es el día de la penca. Y hay carpas en los linderos
de la raya que se abre provocando las salidas.

Ya han «variado» los jinetes sus ávidos parejeros;
y a la señal de un pañuelo de curvas estremecidas,
los sietes equinos, de un salto, se estiran rápidos, fieros,
y cruza un jadeo cálido por las bocas encendidas.

—¡ Voy al bayo ! — ¡ voy al moro !—¡ voy a la yegua, canejo !—
ronca, desprendiendo el cinto, y preparándose un viejo.

Ya está. Se ajusta la apuesta. Y el polvoriento tronido
es un vértigo a lo largo de la raya palpitante.
Y de golpe, un grito vasto: ¡ La yegua llegó adelante ! —
arranca una carcajada del gauchaje sorprendido.

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

Montevideo, 1919.

GLOSAS DEL MES

De la Pandemia...

Una fuerte e intensa epidemia de grippe se ha hecho sentir, cruel, sobre Montevideo y sobre gran parte de la República, en el mes de Julio.

En la capital—ciertos días—las cifras de mortalidad fueron fácilmente dobladas. Por la calle Rivera, el pasar de cortejos fúnebres llegó a hacerse sub-intrante...

Y es a la vieja grippe de siempre, cuyo microbio, merced a una serie de prodigiosos y horrendos avatares, se ha exaltado al colmo, a la que hemos dado en llamar la pandemia.

La segunda ola de la pandemia, para decir con una gran autoridad médica.

Como es natural, ante el azote de la peste, las corporaciones científicas, oficiales y no oficiales, organizaron la defensa; y, si bien permanecieron un instante perplejas ante la identidad exacta del bacilo enemigo, no vacilaron al fin.

Fuera contra el microbio de Pfeiffer—conocido antiguo—fuera contra alguna misteriosa bacteria filtrante, de esas que cuelan holgadas a través de la porcelana, ello es que arremetieron.

Pero ello es también que el microbio se ha defendido con valor «cavando trincheras» en ciertos barrios, poco higiénicos de suyo, eligiendo para campo de acción «los saldos» de salud donde los pudo encontrar, y, sobre todo y ante todo «buscando alianzas, conforme a les lecciones de la Gran Guerra.

Alióse la bacteria con los *intereses particulares*, según se ha visto, y el aliado le resultó tan bueno como los Estados Unidos, verbigracia...

Las autoridades sanitarias, en tren de defensa, decisiva, ordenaron la clausura de las escuelas en todo el país—mismo en las localidades

donde aún no había grippe; clausuraron, además, los Museos, donde concurren cien personas al mes; la Biblioteca Nacional, donde el número de lectores es corto y es prohibido hablar, escupir y comunicarse y el Jardín Zoológico Municipal al aire libre y al gran sol, naturalmente.

En cambio los intereses particulares—los intereses creados—el aliado poderoso de la pandemia, optuvieron, en favor de la mayor difusión de la peste, que se mantuvieran en plena actividad — « ne varietur » — los cafées, que no suelen ser, por acá, modelos de higiene; los salones de cinematógrafo, que funcionan día y noche; las casas de sport, que son unos antros dantescos; los teatros—el sucio Urquiza, por ejemplo—y la sala de juego del Parque Hotel...

Vale decir que se mantuvo accesible y ofrecido al contagio pandémico, todo sitio público, aún el más infecto y peligroso, cuyo dueño supo defender sus ganancias y sus intereses.

La precaución y las medidas y las clausuras se limitaron a las instituciones o locales oficiales, pobres de solemnidad, vale decir « *sin consul* », según la expresión de nuestros paisanos, donde en vez del comerciante que defendiera su ganancia había el empleado que defendía la ganancia... del sueldo sin trabajar.

A esta útil actividad de las corporaciones sabias y administrativas menester es sumar cinco millones de carteles—con minuciosos consejos higiénicos, en bandos articulados y pertinentes, fijados y repartidos por todas partes en el sobreentendido previo, eso si, de que no había ni posibilidad ni voluntad de cumplir las pragmáticas.

Plausibles y eficaces, conforme puede verse, las medidas de ataque, pero... se cerraron los Museos, y — según al aforismo jurídico— « quien hace lo que puede no está obligado a más... »

Carnegie.

Ha muerto Carnegie, y siento necesidad verdadera de recordarlo en el momento de su partida de este mundo.

Bueno es recordar a los buenos y más a los que fueron buenos en una esfera social en que pocos lo son.

—¿ Porque los ricos seran todos *así* ?, me preguntó una vez una mujer en desgracia.

—Talvez sean ricos porque son *así*, respondí a la infeliz...

Se dice de ellos que el triunfo los diseca, y que, de hombres que supieron todo—inclusive la miseria a veces—se transforman en muñecos empajados: que olvidan, en una palabra.

Puede ser que haya algo, talvez mucho, de verdad en este decir, pero es indubitable que hay una levadura anormal, una tramazón

íntima, una raigambre psíquica particular, que es, en los futuros ricos, levadura de triunfo, trama de resistencia a la sensibilidad, alambre de puas envuelto alrededor del corazón, que no lo deja ensancharse y ser grande.

El multimillonario yankee que se acaba de extinguir plácidamente, en una larga vejez, fué un hombre admirable, un rico ejemplar, casi santo, para la época, ni más ni menos, según yo siento y entiendo.

Viejo admirable—bueno, nada más que bueno, de corazón siempre tierno, de recuerdo siempre fresco, que no se recreó con caridades de vanidad y fué ejemplo de caridad verdadera; que no gustó la filantropía—como placer egoísta, para sí, y fué en ello ejemplo de filántropos; que dió con mano amplia—ignorante la otra mano.

Hombre modelo, rico para ejemplo de nuestros ricos—guardando siempre las distancias entre la riqueza suya, inconmensurable, y la mísera riqueza de los nuestros—admirable Andrés Carnegie, marido de una mujer buena—fuente talvez de la bondad del marido—y la que tampoco, en su vida, olvidó que había empezado siendo pobre...

J. M. Fernández Saldaña.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

El Halconero Astral.—Versos. por Emilio Oribe. — Montevideo 1919.

El patrimonio de nuestra literatura lírica se ha enriquecido este año de tal modo, que nos parece estar, respecto a esta manifestación de arte, en el período de las vacas gordas de la bíblica profecía.

A tantas obras meritorias,—algunas meritísimas,—que han visto la luz últimamente, se añade ahora « El Halconero Astral » de Emilio Oribe, libro de alto valor poético que bastaría, si ya su autor no se hubiera impuesto por su densa labor anterior, para destacarlo vigorosamente.

¡ Bienvenida sea la fiebre divina de esta juventud hija de Ariel, que a despecho de la indiferencia, cuando no de la burla general, persiste en crear y en embriagarse con vinos inmateriales ¡ Son estos alucinados que nos dan de sí lo mejor que atesoran sin exigir, ¡ qué digo ¡, sin tener siquiera la esperanza de una recompensa, los que labrando están, a pesar de todo, nuestra dignidad.

Oribe aparece en esta nueva obra como si se hubiera cambiado de ropaje, o, mejor dicho, como si hubiera abandonado el mármol en el que su cincel tan diestramente trabajara para modelar a pulgar limpio sobre arcilla y plastilina, versos que si no tienen la majestad de la estatua tienen en cambio más color de vida.

A nuestro juicio « El Halconero Astral » revela una hora de transición o de renovación en la vida del poeta. No ha olvidado del todo su antigua religión parnasiana, pero es evidente su inclinación hacia los poetas novecentistas, a los cuales, con *adhesión fervorosa,* dedica su libro.

Y ha dicho bien *adhesión fervorosa,* tan fervorosa que a nuestro entender hubiera ganado Oribe si con menos idolatría sintiera la atracción de esas modernas tendencias literarias.

Porque no es posible cambiar las cualidades esenciales del verso y creer que con dividir las frases en períodos más o menos antojadizos se hace poesía. Reconocemos que a veces, sobre todo hecha por un poeta verdadero, hay cierta vaga musicalidad, cierta asimetría armónica, si se me permite la expresión, en esa manera de escribir; pero sostenemos que si todos hicieran igual cosa y a esto se llamara verso, la palabra prosa estaría demás en el diccionario.

A pesar de esto, que consideramos un concepto equivocado del cual no tardará en reaccionar el autor, « El Halconero Astral » queda como una de las más sólidas realizaciones de arte hechas en nuestro medio.

No hay unidad doctrinaria, ni tampoco conceptual en este libro; pero yo me río de aquellos que exigen a una obra de poeta tales virtudes.

El poeta es un ser emocional y la emoción cosa profunda, pero múltiple, contradictoria y fugaz. Ora se sentirá épicamente puro oyendo las campanas del angelus, como perdidamente libertino en las bajas trastiendas del placer. Hoy, imbuído de orgullosa egolatría, cantará desdeñando la pequeñez de sus semejantes, para mañana, lleno de humildad, llamar hermano al gusano y a la hormiga.

Y así es Oribe, multicorde, vario, paradójico, pero siempre poeta, es decir, ungiendo todo lo que toca con ese brillo fascinante de aquello que ha pasado por el tamiz de la emoción.

Si se nos pidiera alguna modalidad singular de este lírico, nosotros la hallaríamos en su facilidad para exteriorizarse en símbolos y alegoiías, siempre de noble estructura poética y de íntima consonancia con el pensamiento que los anima. Pero, al revés de los simbolistas puros para quienes el no revelar el sentido de sus versos, a veces enigmático hasta para ellos mismos, es la regla y el encanto de esa escuela por lo que sugiere en la imaginación de cada cual, Oribe nunca deja de desnudar por entero su pensamiento, como ante el temor de no ser comprendido o de que lo bastardearan al quererlo descifrar.

Otra cosa original en este poeta son sus « Motivos de Estudiante », parte del libro que yo no se si por afinidad de oficio, o por haberme concretado ideas y emociones acaso subconcientemente sentidas me han dejado una impresión difícil de olvidar. — J. M. D.

Viejos Motivos.—Versos por Manuel Munoa. — San Sebastián 1919.

Poeta objetivo por excelencia, Munoa, fuera de algunas escasas incursiones hacia lo íntimo y personal, busca motivos inspiradores en los sucesos corrientes de la vida.

Una simple mirada a los títulos de la mayor parte de sus composiciones,—Partida de bolos, Regatas de traineras en San Sebastián, El hundimiento del Lusitania, Aeroplanos y dirigibles, etc,—basta para percatarse de su tendencia.

La poesía no es, indudablemente, el medio más apropiado para narrar escenas descriptivas y se corre el albur de convertirla en suelto de gacetilla cuando se pretende relatar con ella, no la impresión de los hechos, sino los hechos en sí mismo.

Por otra parte el poeta no debe colocarse frente a la vida para retratarla a la manera de la máquina fotográfica, pues aunque llegara a sobresalir por la exactitud, por el talento descriptivo o por la riqueza de la rima, siempre su obra dejará al final una sensación fría y como mecánica.

Algo de esto podría reprochársele a algunas de las composiciones que integran este tomo de poesías, así como cierto abuso de desaliño en la rima que si bien facilita la labor del poeta, disminuye los valores armónicos del verso.

No obstante estos pequeños defectos, que, por otra parte, no son la regla sino la excepción dentro del volumen. Munoa se nos revela en Viejos Motivos, como uno de los poetas más promisores y más originales de la joven España.

Hay páginas en su libro que desafiaran la acción del tiempo.

Sabe elegir en sus descripciones el detalle que por sí solo basta para sintetizar un panorama o para sugerir u objetivar una emoción y, cuando quiere disciplinarse, sabe también engarzar en verso de oro, su lírica pedrería.

Es también plausible la tendencia de este poeta a huir del aislamiento, a ser actual y vivir su hora, buscando los materiales que necesita dentro de lo que la vida contemporánea le ofrece. — J. M. D.

La Serena (Novela). — POR NAHUINCA. — Buenos Aires 1918.

Sin mayores complicaciones, Nahuinca—pseudónimo bajo el cual se escuda su autor, o su autora, mejor dicho, ya que sabemos que se trata de una mujer,—ha escrito una novela lo suficientemente provista de méritos como para que la crítica la estimule a perseverar en la senda emprendida.

La Serena es una obra excesivamente difusa y débil en cuanto al argumento y a la técnica. Parécenos que Nahuinca hubiera ganado en limitar el número y sobre todo la importancia de los personajes que hace intervenir en su obra, cada uno de los cuales tiene dentro de la novela una novela propia, muchas veces extraña a la acción central o inútil para su desarrollo, lo que, al desviar continuamente la atención del lector, conspira contra el interés del drama, base sustancial de este género de literatura.

Por lo demás La Serena es una obra bien escrita, con momentos de intensa dramaticidad, justa en el diálogo, fiel en la pintura de paisajes, personas y costumbres, cualidades sustantivas que autorizan a esperar de Nahuinca obras de más aliento que esta con la cual tan promisoramente se ha iniciado. — J. M. D.

Boccaccesca. — JOSE FABIO GARNIER. — San José de Costa Rica, 1919.

Por el título no más se adivina que este autor no escribe con el propósito de conquistar el Paraíso Terrenal sino, más bien, un sitio de vanguardia entre los autores excomulgados por el Index.

Su norma es la de Oscar Wilde: no hay libros morales o inmorales, sino libros bien o mal escritos y nada más.

La historieta que nos cuenta es de lo más sabrosa y pintoresca que pueda imaginarse; pero es bueno hacer resaltar que el valor del libro no reside unicamente en la picardía del argumento. Fabio Garnier no es un vulgar pornografista, sino un espíritu selecto que ama el lado travieso de la vida.

Hay en el volumen que nos envía, gracia de buena ley, lo que unido a un estilo ágil y a un indiscutible talento narrativo, hacen de este autor Castarriqueño un excelente discípulo del autor del Decameron. Por mi parte,—y a riesgo de condenar también mi alma,—confieso que me he deleitado sobremanera con los diálogos de Violante y Nadia y que devoraré todo cuanto vuelva a recibir de este autor.

¡ Dios nos perdone a él y a mí ! — J. M. D.

Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay. — POR CARLOS PEREYRA. — Madrid 1919.

Con los homenajes del señor Rufino Blanco Fombona, director de la Editorial América, casa madrileña, hemos recibido este libro del señor Pereira.

No es un buen libro, porque no puede ser bueno un libro de historia escrito con pasión y sin documentos ni bagaje suficientes.

El señor Pereira, imbuído de las fobias históricas del señor Blanco Fombona y juzgando de la trágica epopeya del Paraguay y la alianza a traves del odio contra Mitre, no estaba habilitado para hacer otra cosa.

Abrevado en fuentes paraguayas—en el Lopizmo bravío de Juan O'Leary, mi distínguido amigo de Asunción,—tenía, aún que alejarse del terreno neutral donde—precisamente un extranjero—debía haberse colocado.

Libro escrito a la ligera, está asi mismo lleno de errores de información que nosotros—ni aliancistas ni mitristas—no vamos a entrar a analizar. — J. M. F. S.

PEGASO

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 DE OCTUBRE 120.

Suscripción mensual: 0.50 $ oro.

Avisos: Convencional.

MONTEVIDEO (Uruguay)

Boccaccesca. — JOSE FABIO GARNIER. — San José de Costa Rica, 1919.

Por el título no más se adivina que este autor no escribe con el propósito de conquistar el Paraíso Terrenal sino, más bien, un sitio de vanguardia entre los autores excomulgados por el Index.

Su norma es la de Oscar Wilde: no hay libros morales o inmorales, sino libros bien o mal escritos y nada más.

La historieta que nos cuenta es de lo más sabrosa y pintoresca que pueda imaginarse; pero es bueno hacer resaltar que el valor del libro no reside unicamente en la picardía del argumento. Fabio Garnier no es un vulgar pornografista, sino un espíritu selecto que ama el lado travieso de la vida.

Hay en el volumen que nos envía, gracia de buena ley, lo que unido a un estilo ágil y a un indiscutible talento narrativo, hacen de este autor Castarriqueño un excelente discípulo del autor del Decameron. Por mi parte,—y a riesgo de condenar también mi alma,—confieso que me he deleitado sobremanera con los diálogos de Violante y Nadia y que devoraré todo cuanto vuelva a recibir de este autor.

¡ Dios nos perdone a él y a mí ! — J. M. D.

Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay. — POR CARLOS PEREYRA. — Madrid 1919.

Con los homenajes del señor Rufino Blanco Fombona, director de la Editorial América, casa madrileña, hemos recibido este libro del señor Pereira.

No es un buen libro, porque no puede ser bueno un libro de historia escrito con pasión y sin documentos ni bagaje suficientes.

El señor Pereira, imbuído de las fobias históricas del señor Blanco Fombona y juzgando de la trágica epopeya del Paraguay y la alianza a traves del odio contra Mitre, no estaba habilitado para hacer otra cosa.

Abrevado en fuentes paraguayas—en el Lopizmo bravío de Juan O'Leary, mi distínguido amigo de Asunción,—tenía, aún que alejarse del terreno neutral donde—precisamente un extranjero—debía haberse colocado.

Libro escrito a la ligera, está asi mismo lleno de errores de información que nosotros—ni aliancistas ni mitristas—no vamos a entrar a analizar. — J. M. F. S.

PEGASO

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 DE OCTUBRE 120.

Suscripción mensual: 0,50 $ oro.

Avisos: Convencional.

MONTEVIDEO (Uruguay)

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
Garcia Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra »
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martinez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1810.

ARQUITECTOS

Pittam... ...mberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.
Oxilia Vicente, Colombia 1328.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

INGENIEROS

Canessa Alberto F., Yí 1219.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Daymán 1316
Scosería José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Ernesto Caprario, Uruguay 1223

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SETIEMBRE DE 1919

SUMARIO:

AÑO II
N.º 15

Montevideo
URUGUAY

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — *Buenaventura* **Caviglia** (hijo). — *Ismael* **Cortinas**. — *Asdrúbal E.* **Delgado**. — *José M.* **Fernández Saldaña**. — *Pedro* **Figari**. — *Emilio* **Frugoni**. — *Luis A. de* **Herrera**. — *Juana de* **Ibarbourn**. — *Luisa* **Luisi**. — *Horacio* **Maldonado**. — *Raúl* **Montero Bustamante**. — *Adolfo* **Montiel Ballesteros**. — *Emilio* **Oribe**. — *José* **Pereira Rodríguez**. — *Víctor* **Pérez Petit**. — *Carlos M.* **Prando**. — *Wifredo* **Pí**. — *Horacio* **Quiroga**. — *Santín Carlos* **Rossi** — *Vicente A.* **Salaverri** — *Alberto* **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay).

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos: CONVENCIONAL

MONTEVIDEO (Uruguay).

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Setiembre 1919. Núm. XV - AÑO II

DEL ALMA

El alma, espejo maravilloso.

Santa Teresa describe el alma—porque así la vió—como «un diamante o un muy claro cristal». Este globo de cristal o de diamante está interiormente dividido en muchas moradas, y cada morada en muchos aposentos. La Santa nos guía a través de todos ellos hasta llegar al centro del alma, donde, como un sol, está el Señor.

Si los rayos de este Sol no iluminan todos los aposentos, ello no se debe sino a la horrible pez que ennegrece los cristales en el alma pecadora. En cambio cuando un alma es pura ¡qué brillo, qué claridad en aquel preciosísimo diamante!

Yo imagino que no solo queda todo él resplandeciente, sino que la imagen de aquel sol divino se reproduce en cada una de sus facetas, de modo, que por cualquier lado que se le mire y se le examine, ya sea en conjunto, o ya por partes, separadamente, ha de verse siempre la imagen del Señor.

Sí; si el alma es un diamante o un muy claro cristal, de seguro que es también un espejo... ¡Cómo debe multiplicarse allí entonces la divina figura! De esta manera el Dios inconmensurable, tendrá quizá el placer de verse pequeño, pequeñito... Y talvez se mira a veces, complacidamente, en alguna minúscula faceta del diamante, como retratado en una delicadísima, indescriptible miniatura. Pequeño, pequeñito, pero siempre perfecto y adorable siempre.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Setiembre 1919. Núm. XV - AÑO II

DEL ALMA

El alma, espejo maravilloso.

Santa Teresa describe el alma—porque así la vió—como «un diamante o un muy claro cristal». Este globo de cristal o de diamante está interiormente dividido en muchas moradas, y cada morada en muchos aposentos. La Santa nos guía a través de todos ellos hasta llegar al centro del alma, donde, como un sol, está el Señor.

Si los rayos de este Sol no iluminan todos los aposentos, ello no se debe sino a la horrible pez que ennegrece los cristales en el alma pecadora. En cambio cuando un alma es pura ¡ qué brillo, qué claridad en aquel preciosísimo diamante !

Yo imagino que no solo queda todo él resplandeciente, sino que la imagen de aquel sol divino se reproduce en cada una de sus facetas, de modo, que por cualquier lado que se le mire y se le examine, ya sea en conjunto, o ya por partes, separadamente, ha de verse siempre la imagen del Señor.

Sí; si el alma es un diamante o un muy claro cristal, de seguro que es también un espejo... ¡ Cómo debe multiplicarse allí entonces la divina figura ! De esta manera el Dios inconmensurable, tendrá quizá el placer de verse pequeño, pequeñito... Y talvez se mira a veces, complacidamente, en alguna minúscula faceta del diamante, como retratado en una delicadísima, indescriptible miniatura. Pequeño, pequeñito, pero siempre perfecto y adorable siempre.

Tomemos en efecto un alma santificada y pura: en cualquiera de sus capacidades y en cualquiera de sus afectos hemos de ver reflejada la imagen del Señor, en grande o en pequeño. ¡Si hasta en su exterior creeréis en el Santo ver a Dios! Porque el santo no se contenta con tener limpios los cristales interiores en aquella su morada del Señor, sino que barre, como quien dice, hasta la vereda delante de su casa!

¡Alma, cristal, diamante, espejo... maravilloso espejo! Pues ¿no es el alma, a veces, el espejo aquel del cuento de hadas en el cual podía verse lo que a una gran distancia sucedía? ¿No ha demostrado el alma humana ser, alguna vez, un espejo viviente en el que pueden reflejarse cosas que han pasado hace miles y miles de años? ¿Y cosas de otros mundos, y cosas del Cielo o del Infierno?

Así se habrían reflejado en el alma del Dante los paisajes y hechos de las regiones ultra terrestres.

Y así, quizá, las escenas y acontecimientos de la vida de Jesús descritos por Catalina Emmerich fueron, no lo que generalmente entendemos por «visiones», sino la realidad misma. Es decir que ella haya podido *ver* realmente la Pasión de Cristo, *en el tiempo y en el lugar en que acaeció.*

Así como la luz de una estrella ya apagada llega a nosotros después de siglos de su no existencia, así podría haber llegado al alma de Catalina, en el año 1840, la visión de aquellos sucesos del tiempo de Jesús. Mas cuanto que estos sucesos deben ser, son, en cierto modo permanentes.

Y del mismo modo Jesús, desde el Cielo, y sin dejar su puesto a la derecha del Padre, podría mostrarse a sus grandes santos, por medio de aquellos poderosísimos espejos que fueron sus almas santificadas y heroicas.

El amor humano.

Si todas las facetas del alma—aquel diamante de Santa Teresa, en cuyo centro está el Señor—deben reflejar la

divina imagen; si deben reflejarla su alegría y su tristeza y todos sus afectos, viene ahora esta pregunta:

¿Puede un amor humano reflejar la Imagen de Dios? ¿No se diría más bien que al llegar, aquel amor, quiere ocupar el centro mismo del alma, *desalojando* de allí a su divina Majestad? Tal es la violencia con que este sentimiento avasallador suele presentarse.

¿Qué sucede, entonces, cuando ese amor pretende ser el eje y centro de nuestra alma? ¿Puede él desde este centro dirigir y ordenar nuestros afectos todos? ¿Puede él reflejar su imagen única en todas las facetas del diamante, dándoles a todas brillo?

Oh, no, que este sentimiento, cuando así con violencia se presenta, si se le deja su imperio y no se le domina, no entra en el alma como el que quiere enaltecerlo todo, sino como el que todo quiere acapararlo para sí.

Un amor humano no puede *contener* en sí todos los afectos del alma. Un amor humano, por grande que sea, no puede contener en sí a *toda* nuestra alma, ni llenarla toda. Es inútil que querramos hacernos tales ilusiones en aquellas épocas en que el amor aparece y se apodera de nosotros como una verdadera locura. Bien sabemos que nuestra alma es más grande que el más grande amor de la tierra.... ¡Y lo sabemos *a pesar* nuestro, y á pesar de nuestro pobre amor!

Solo el amor divino puede contener a nuestra alma y a todos nuestros demás amores. No solo los contiene, sino que les abre un espacio infinito por donde puedan crecer y como desbordar.

Solo el amor divino puede vivificar nuestras capacidades diversas, y reflejarse en todas las facetas de aquel diamante, dando a todas brillo. En ese amor nada puede perderse. En él todo debe ganar.

Y así, si Dios se ha reflejado en nuestro amor de la tierra, conoceremos que nuestro amor es grande y puro. Si nuestro amor de la tierra es grande y puro, puede y *debe* reflejar la imagen del Creador de donde todo puro amor procede.

¡ Entonces podrá verse en ese amor nuestro de la tierra, reflejada, adorablemente y divinamente, la Cara misma del Señor !

Pero nuestro amor suele ser *idólatra* y entonces no puede ya reflejar la imagen del Señor. Nuestro amor suele ser *mentiroso;* y en lugar de ver en la persona amada la imagen y semejanza del Señor, queremos que ella sea nuestro único Dios.

Y bien sabemos que *miente* la ilusión que nos dice que la persona amada puede serlo *todo* para nosotros. Y tenemos conciencia de que miente, aún en los momentos en que parece que más firmemente la creyéramos.

Queremos engañarnos con esta ilusión, porque siendo nuestro amor idólatra, no nos conformamos con *adorar* a un ser que no lo sea *todo* para nosotros.

(Y esto, cuando no somos, en nuestro amor, idólatras de nosotros mismos, queriendo ver en el ser que amamos, no una imagen y semejanza de Dios, sino nuestra propia imagen y semejanza).

Y ¿ para qué ese afán de hacer una divinidad de la persona amada ? ¿ Por qué querer hacer de ella un Dios sabiendo que no lo es, ni lo será jamás ? ¿ Acaso dejará de ser por eso lo que es ? ¿ Acaso será por eso más grande y bueno nuestro amor ?

Al contrario, es más grande y hondo y verdadero nuestro amor cuando amamos a esa persona *por lo que ella es* y no justamente por lo que no posee y lo que existe solo en nuestra fantasía.

Fundándose y desenvolviéndose en la verdad, nuestro amor será también incomparablemente más duradero. Fácil es conjeturar lo que puede ser el futuro de aquel amor idólatra. Aquella idolatría está siempre cerca de la desilusión, de la indiferencia y el hastío, cuando no de la aversión....

¡ Escuchad ! Quisiera ser elocuente para decir esta verdad:

Es tan grande la necesidad que el alma tiene de la verdad, que no habrá nunca para ella entero goce en el engaño. Nuestro goce será mayor o menor según la dosis de verdad o de engaño que haya en la causa misma de nuestra alegría.

Así, no nos imaginemos que nuestro amor nos dará mayor felicidad cuando hacemos de él una idolatría. El idólatra tendrá siempre la humillación de comprobar, tarde o temprano, la ausencia de los atributos de la divinidad en el ser que adora.

Lo queramos o no, sentimos la falta de verdad y de profundidad que hay en nosotros cuando pretendemos dar a la persona amada lo que solo a la divinidad se debe, y esperar de ella lo que sólo puede darnos la divinidad. No son, no, los momentos de *idolatría* los de más intenso goce, ni los mejores del amor.

Pongamos a nuestro amor en su sitio. No intentemos reemplazar con él al amor divino, ni con él llenar la necesidad de *adoración* que hay en el alma. Devolvamos al amor humano su verdad y su nobleza, de la cual le habíamos despojado—pues, queriéndole dar lo que no le pertenece, hemos desconocido la belleza que le es propia — y entonces conoceremos su real valor y su hermosura.

Habíamos querido cerrar sus puertas diciendo *que él se bastaba*, y acabó por faltarnos el aire. Abramos sus ventanas y sus puertas; que entre todo el aire, toda la luz de afuera, del infinito, del divino amor... Y nuestro amor humano se verá entonces engrandecido, inundado, iluminado por todo el resplandor del cielo.

¿Lo hemos empequeñecido acaso al decir que él *no es todo* para nuestra alma? No; pero hemos puesto orillas y horizonte y cielo al mar, y así lo hemos embellecido, y es así el único modo cómo el mar puede ser mar.

El mar no es el infinito, pero puede darnos una idea del infinito; así el amor humano. Mas desde el momento en que el mar pretendiera ser él el infinito, desde el momento en que el mar nos dijera: «fuera de mí no hay nada; no busquéis nada, más allá de mis orillas, ni más arriba de aquellas nubes

que sobre mí se ciernen », el sentimiento de su infinitud *desaparecería* de nosotros. Y diríamos: « ¡ qué pequeño es el mar ! ».

Dejemos al mar *su más allá*, dejémosle *extenderse* en otra inmensidad mayor que la suya, de manera que pueda crecer y agrandarse, sin que llene jamás todo el espacio. Y entonces nos dará una impresión inefable de infinito, aun sabiéndole *limitado*. El amor humano es así. Para no degenerar o morir en poco tiempo, necesita del amor de Dios; necesita del divino amor para expandirse, como necesita el río un cauce abierto para echarse al mar....

Sin esto, acabará infaliblemente por corromperse, como se corrompe el agua de un estanque sin salida.

Cuando hay dos que se aman.

No pidamos a las ciencias pruebas del alma y de Dios. Ni el telescopio ni el microscopio nos los mostrarán jamás.

El único espejo que podrá darnos una imagen de Dios es nuestra propia alma. Y nuestra alma no puede verse en otro espejo que en el mismo Dios.

Solo cuando ella esté llena del amor de Dios, conoceremos todo lo que el alma es.

Pues solo en ese amor alcanza el alma su plenitud.

El Amor: he ahí el único telescopio. Y el único microscopio: el Amor.

Y sin embargo al amor lo pintan ciego... Y tienen razón: nuestro amor está ciego y ha perdido su camino, porque busca como único ídolo a otro ser humano. Solo recobra la vista cuando mira a Dios; los rayos divinos abren sus ojos.

Y entonces tiene ojos para dirigirse también a sus hermanos, o a su amado en la tierra, a su amado semejante a él. Entonces ama sabiendo lo que ama.

Ha descubierto en la persona amada un alma, y en esa alma una imagen del Señor.

¡ La más perfecta que a sus ojos se muestra, por supuesto !

Y puestos uno frente al otro, esos dos seres que se aman, son como dos espejos que se envían y devuelven todo lo que

en cada uno de ellos se refleja; son como dos espejos que reproducen y multiplican inacabablemente la Imagen *interpuesta* entre ellos: la imagen del Divino Amor.

Y es así como Dios se complace en dos almas que se aman con un amor puro y verdadero.

Opacidad y transparencia.

Quizá el Cielo, o nuestra futura vida en Dios, pudiera definirse con esta sola palabra: *la abolición de toda opacidad.* Es decir, que todo, todo, haya de volverse transparente a los ojos de nuestra alma; que no habrá ninguna cosa que nos impida la vista de otra cosa. Y si esto se realizara en la tierra, ¡ cuán bella y claramente veríamos en toda cosa a Dios !

En cierto modo, ¿ no se diría que el Santo, aun en su cuerpo mortal, se vuelve *transparente*, y que a través de él miramos a Dios ? ¿ Y no ve él a Dios en toda cosa ? ¿ No se ha vuelto transparente para él toda cosa ?

Esto sucedió en muchos santos. Esto sucedió de un modo especial en aquel prodigio viviente que se llamó el Cura de Ars. No solo tenía su rostro aquella transparencia celestial que dejaba adivinar al Dios que llenaba su alma, sino que para sus propios ojos estaba ya abolida la opacidad en los demás. ¡ El adivinaba en cada rostro un alma, y en cada alma los más recónditos secretos !

¡ Qué dignidad y qué fuerza las de un alma humana ! Podemos estudiarlas, realzadas por los dones sobrenaturales, en un ser como aquel humilde sacerdote. La fuerza de su amor por las demás almas le da el poder de *penetrarlas*, de comprenderlas mejor de lo que ellas pueden comprenderse a sí mismas.

No se trata, no, del fenómeno, natural o diabólico, que constituye la adivinación estéril de una Madame de Thébes, por ejemplo. Lo que hubo en aquel santo, fué el don de simpatizar con las almas, con una simpatía inmensa, profunda única; y de llorar los males de ellas como ellas mismas no

sabrían llorarlos. Lo que hubo en él fué la gracia suprema de consolar, de iluminar a cada uno con una sola palabra, con un solo consejo.

Así, si el cura de Ars se volvía el más prodigioso de los videntes, era sólo por el exceso de su amor, y cuánto esta adivinación era indispensable para ayudar eficazmente a su prójimo en sus necesidades espirituales o materiales.

¡ Qué misterio consolador, saber que esto es posible, que esto ha existido en un alma humana ! ¡ Que hay almas capaces de socorrer a millares de entre sus hermanos de una manera inesperada y prodigiosa !

El secreto de tales almas es el de una caridad insondable que, como un sol muy poderoso, todo lo penetra con su luz, todo lo vuelve *transparente*.

Para una verdadera caridad no hay opacidad posible; no hay obstáculo que le impida llegar a lo más hondo de las almas para realizar en ellas su benéfica acción.

Y es así como la Presencia visible de Dios, en la otra vida, realizará la abolición perfecta y absoluta de toda opacidad.

Leyendo la vida del Cura de Ars comprendemos al mismo tiempo, cómo toda alma, por atea, dura, e insensible que parezca, está siempre, en el fondo, sedienta de su Dios. Que no hay más que *mostrarle* a Dios para que lo acepte con ansias.

¡ Mostrarle a Dios ! ¿ pero de qué manera ? ¡ El humilde Cura de Ars mostraba a Dios ! Le mostraba con el solo reflejo que la santidad de su alma ponía en sus ojos. Y esa mirada y esa palabra de su alma eran tan irresistibles, que muchos que solo por curiosidad acudieran a verle, siendo los más incrédulos de entre los hombres, al mirarle u oírle caían de rodillas y adoraban al Señor.

¡ Oh, quién pudiera llevar así a Dios consigo, mostrar así a Dios a los tristes, tristes que no le conocen ! Empecemos, para esto, con abolir en nosotros la *opacidad*, desterrando de nuestra alma todo pecado, toda imperfección.... ¡ Y entonces, sin duda, ha de *verse* en nuestra alma a Dios !

DELFINA BUNGE DE GALVEZ.

EGLOGA

(MYRTIS Y TIMO, JOVENCITAS SIRACUSANAS. PRADERA. AL FONDO MACIZO DE LAURELES. CREPÚSCULO. A LO LEJOS EL MAR).

. . . .

—Lo ves ahora ?
—Dónde ?
—Allá entre los laureles
Rojos...
—Yo no lo alcanzo. Por la blonda Cibeles
Lo juro !
—Estarás ciega... parcialmente, se entiende...
No ves, querida, es como un sol que se enciende,
Como un sol que amanece sobre un ponto lejano.
Su sonrisa es de púrpura y la flor de su mano
Blande la flecha de oro...
—Tu locura me pasma...
—Oh, no estoy loca, Timo, no es iluso fantasma,
Es un Eros de carne que respira y que acecha:
Yo presiento en mi seno la aguja de su flecha...
—Oh, Myrtis, Bión acaso te trastornó, ladino
Pastor... Lydia lo sabe pues que gustó su vino
Y reposó en su choza y bebió miel...
—Ilusa
Yo no conozco a Bión, su rubia cornamusa
Sonará por Alceste, por Lydia o por Foloe...
—Sin embargo se dice que fuiste...
—Oigo un oboe
Que plañe...
—Sólo siento el plañido del viento

Que se queja en las cañas con un largo lamento...
—Qué música divina ! se dijera la flauta
De Pan entre las viñas.
—Myrtis, eres incauta,
El amor te trastorna totalmente, deliras
Y acaso sin quererlo contra tu paz conspiras.
—Oh, tú no sabes nada, eres ciega, eres sorda
Y tu palabra fácil como un río desborda...
Tú no sabes de amor... tú no sabes...
—Te enojas
Inútilmente, Myrtis ! Yo te quiero. Las rojas
Mañanas y las tardes de luces amarillas
Nos han visto abrazadas, y sin embargo humillas
A Timo que es tu hermana, con palabras soeces.
No recuerdas, ahora, que partimos las nueces
Y el queso y las manzanas y el vino y hasta el lecho
Y que en las noches frías te calentó mi pecho ?
Eres mala !
—Me irritas, y luego ese rocío
De palabras que corren como un hato hacia el río.
—Bueno, no disputemos más... Que amor te sea blando
Y que el viento sea flauta...
—Yo te seguiré amando
Como hasta hoy, no obstante que eres muy envidiosa...
O muy terca... Querida para tí es esa rosa...
—Y para tí este beso...
—Y para tí este lazo...
—Y para tí este dije...
—Y para tí este abrazo !

....

—Vamos que el sol se inclina sobre la mar sonora.
—Vamos... La sombra cuaja sobre el campo...
—La hora
Hincha mi seno mozo de dichas sin reparos.
—A mí en cambio, me llena de lágrimas...
—Tus claros

Ojos de agua son tristes hasta en el mediodía...
—Marchemos...
—El sol arde en luces de agonía...
—Ahora otra vez la flauta suena en el bosque...
—Nada
Escucho, será el viento...
—Oh, no! Estás embobada?
Mira entre los laureles blande su flecha Eros...
—Te has vuelto loca? Ríes?... lloras?
—Sus ojos fieros
Son dos carbunclos...
—Myrtis, la noche se avecina,
Ya no queda en el aire ninguna golondrina...
—Tengo miedo!
—De qué?
—Oh, tengo mucho miedo!
—Vamos!
—No tengo mando!
—Vamos Myrtis!
—No puedo!
Oh, sí, huyamos de prisa! Horror! el pie de cabra!
Diana!!
(La Luna aparece entre las nubes)
—Estamos salvadas!
—Gracias!
—Es la palabra!

....

(Myrtis y Timo, desaparecen tras el bosquecillo de laureles
La Luna en su plenitud platea el panorama...)

PABLO DE GRECIA.

De «Los Sátiros».

LA YARARÁ NEWIEDI

Siendo yo muy muchacho, en el Salto Oriental, asistí a una mordedura de víbora en la persona de un chico de mi edad, picado en el extremo del índice, justamente cuando se inclinaba a beber de un pozo. Eramos cuatro o cinco sujetos, el mayor de los cuales no alcanzaba a diez años.

El chico mordido dió un grito y se incorporó, con algo como piolín grueso colgado del dedo. Comenzó a gritar seguido, mirándonos a todos. Le atamos fuertemente la falanje, y alguno, feliz poseedor de un cortapluma, abrió la mordedura. Uno operaba, y los otros sujetaban el brazo. Tras la espalda del último, el chico forcejeaba, pateaba y nos rompía los oídos a alaridos.

Bien contado, creo que el operador se ensañaba algo en carne viva—efecto del mal cortapluma. Este muchacho no fué médico ni naturalista, contra todo lo que hacía esperar su tupé; tenía 9 años. Es cierto también que en el Salto, por lo menos en aquella época, las víboras abundaban más que en cualquiera otra parte, y no había muchacho de quinta que no supiera algo sobre las víboras y sus efectos. Por mi parte, era muy raro el día de lluvia que no volviera a almorzar con dos o tres víboras cazadas.

El chico mordido fué, pues, curado, admitiendo que se hubiera tratado de una víbora y no de una culebra, cosa más que probable. Al llegar a la quinta nos libramos muy bien de decir una palabra. Aún creo que nunca lo han sabido, ni en mi casa ni en la de él.

Fué éste el primer sentimiento de duda que haya tenido sobre la determinación de una especie, en casos un poco agudos. Muchos años después, en el Chaco y en circunstancia más bien ingrata, se reprodujo aquélla.

En los esteros del Chaco se encuentran algunas víboras, y no pocas culebras. En los pajonales del Saladito hay serpientes de cascabel a gusto de todos, y en el monte hay otras cosas. Con mi vieja afición a las víboras, yo tenía allá un verdadero arsenal de observaciones ajenas y propias, y no sentía ninguna pereza de galopar cinco leguas para anotar de cerca un caso. Conocía particularmente los efectos del LACHESIS ALTERNATUS (*yarará cruzeira* de los brasileños, y *víbora de la cruz* en el sur), y del LACHESIS NEWIEDI, otra yarará menos catacterizada, pero bastante abundante en el norte de la Argentina.

Personalmente, había yo intervenido en dos casos de mordedura de *newiedi*, desde el momento de la mordedura hasta la curación: iguales síntomas, iguales manifestaciones, igual cuadro clínico en ambos casos. Y las referencias de segunda mano que poseía, muy fieles y copiosas, no hacían sino confirmar la seguridad de que tal caso de *newiedi*, debía, poco más o menos, encuadrar en tal marco patológico.

Y este es el error. Véase ahora:

Una tarde, ya caído el sol, volvía yo a caballo a casa. Delante del animal, a tres metros escasos, galopaba mi perro, una perra bastarda de policía y setter; ensamble caprichoso, si los hay, pero que afirma un elemento de corazón, nervios y dientes, totalmente maravilloso.

Al entrar en una picada, vi en el suelo, delante de las patas mismas del caballo que se iba sobre ella, una víbora enroscándose. Quise apartar al animal pero ya era tarde. Los cascos retumbaron en la arcilla seca y pasó. Detuve al caballo y volví la cabeza: era efectivamente una víbora, una yarará, que se agitaba aturdida por el retumbo.

Bajé y me acerqué. Pero entonces mi preocupación fué la perra, que volvía también a ver qué era aquéllo. Bien mirado, yo había notado, aún antes de sujetar el caballo, que la perra se había dado cuenta también de que algo había en el camino, y retornaba. Dada la misma línea que llevábamos

al galope, había pasado rozando a la víbora—la había tocado acaso; y volvía atrás a descifrar aquello.

La luz, ya crepuscular en el campo, faltaba bruscamente al entrar en la picada. Pero en la penumbra aterciopelada, la yarará (era una newiedi) movía y removía sus roscas sobre la arcilla gris, y la perra quería a toda costa concluir con ella. El caballo, inmóvil y la cabaza vuelta, miraba con las orejas duras.

Me dió algún trabajo evitar un téte-a-téte de mi perra con el bicho del suelo; pero un buen palo concluyó la historia.

Metí a la yarará en el bolsillo, pues rayas color salmón como aquéllas, a ambos lados y a lo largo del vientre, no he vuelto a ver en newiedi alguna, de tal vivacidad.

Mi temor principal había sido el caballo; observé una por una sus patas, aparté pelos, apreté; no había nada — fuera de la preocupación de sus orejas, que con la memoria feliz de los animales, se reprodujo durante mucho tiempo cada vez que al oscurecer se veía obligado a galopar por los senderos donde había tortas de estiércol.

Seguro, pues, monté de nuevo y silbé a la perra, reanudando el galope.

Recuerdo perfectamente bien que la perra galopaba ahora detrás del caballo, tan alegre como siempre. Así 15 o 20 minutos—no más ni menos. De pronto miré atrás, y no la ví. Y en seguida tuve la seguridad completa de lo que había pasado: el galope de la perra en la *línea misma* del caballo, y la sacudida de la víbora, despues de haber mordido precipitadamente y a escape...

Volví, llamando a mi perra. La hallé cincuenta metros atrás. Estaba sentada, meneando la cola y loca de alegría al verme. Pero no podía levantarse. No tenía aparentemente nada, fuera de aquella parálisis del cuarto trasero, que le impedía seguirme, por más esfuerzos que hacía. Me lamía las manos, contentísima siempre.

Que hacer ? Estábamos a una lengua de casa. Quise examinarla, revisar sus patas, pero era imposible por su agi-

tación para ponerse de pie. Al cabo de un momento no podía manejar las patas delanteras; las tenía estiradas también, y daba tumbos por incorporarse. La moral—diremos perfectamente bien.

Me quité la camisa, envolví a mi perra y reemprendí el galope. Pero se ahogaba, y bajé de nuevo. Desde este momento se sucedieron sin interrupción convulsiones tetaniformes. Me conocía siempre, y hacía lo imposible por mover la cola cuando me miraba. Murió por fin, la boca y los ojos muy abiertos.

Vale decir, en media hora me quedé solo con mi caballo, sin mi perra que un momento antes galopaba con nosotros. Era allí mismo, en la misma picada nocturna, que comenzaba con una víbora aplastada en un extremo, y concluía con mi perra muerta, en el otro.

Pues bien: todo lo que yo conocía de LACHESIS NEWIEDI, nada tenía que ver con el cuadro desarrollado en mi perra. Un año después, aquí en Buenos Aires, tuve ocasión de consultar el caso con el Dr. Gómez, del Institutto Seroterápico de San Pablo, Brasil, y sin duda alguna la más alta autoridad científica en cuanto a yararás se refiera.

Descartada la mordedura en una vena—habían pasado más de quince minutos antes de las manifestaciones—el Dr. Gómez no podía admitir ese cuadro neurotóxico, ya que el veneno de las lachesis, y el de la newiedi en primer término, es heminentemente hemotóxico. Pero yo estaba también seguro de lo que había observado.

—Lo único posible—me dijo en conclusión—es que no se trate de una newiedi.

—También estoy seguro de esto—le respondí.

El hombre sonrió; porque jamás se ha estado seguro de la determinación de una yarará, familia vasta, confusa y poliforme hasta dar miedo.

—Cómo era?—concluyó. Descríbamela otra vez.

Se la describí.

—Y la cabeza?

—Tal y tal.
—Y la comisura?
—Tal y tal.
—Y esto y lo otro?
—Así y así.

No hubo modo de entendernos, ni de que él perdiera su sonrisita, ni de que yo sintiera disminuída en un átomo mi certidumbre. Y si algún día voy a Butantam, que es mi deseo final en cuanto a víboras, haré que el Dr. Gómez me enseñe en su serpentario cuáles y cuáles son LACHESIS NEWIEDI, a su alto juicio; y acaso nos pongamos de acuerdo.

Porque la mía era una newiedi—Dios me perdone.

HORACIO QUIROGA.



ERA NUESTRO JARDIN...

Tibi

¡ Era nuestro jardín y nuestro nido !
¡ Era nuestro jardín todo florido
De un tenue sonreír de Primavera !..
¿ Recuerdas la primera
Rosa que en nombre suyo te he ofrecido ?

Eras... mi prometida!
Oh mágica dulzura
De unas sílabas llenas de ternura
Para besar de luz, toda una vida !
Oh promesa cumplida !

Muy cerca de los tuyos y su quieto
Abrigo donde el banco entre laureles
Súpo la suavidad de mi secreto
Y el sí de tu silencio todo mieles,

Surgía poco a poco nuestro nido,
Nuestro refugio tierno,
Por las frondas perennes escondido
A pesar del Invierno !

Los andamios en torno de la casa,
Tejían esa frágil estructura
Que a la par que se yergue sobrepasa
El edificio, ansiosa de la altura

¡ Como la escala de un ensueño leve
Enamorada del azul que bebe !

¿ Quien por entre los árboles perciba
En la callada súplica su anhelo
No ha de sentir el corazón a vuelo
Cantar a la esperanza: «¡ Arriba ! ¡ Arriba !» ?

¡ Qué delicioso fué tu sobresalto,
En la breve atalaya cuotidiana,
Cuando envuelta en tu chal, desde lo alto
De la azotea, viste una mañana
Por entre el andamiaje en filigrana
Un rincón de horizonte azul cobalto !

Si en una jarcia erguido,
Al presentir el nido,
Anuncia: «¡ Tierra ! ¡ Tierra !» un hondo anhelo,
¿ No cantaste tú acaso: «¡ Cielo ! ¡ Cielo ! ?
. . . .

¡ La aurora con sus dedos ese día
La primer rosa del jardín abriera !
¡ Y al llevarte con ella mi alegría,
Te sorprendí, al bajar de la escalera
Confusa y ruborosa,
De verme descubrir a una curiosa
Que para el dulce acecho se escondiera !

¡ Fué la segunda rosa de ese día !
¡ Su mayor alegría !
. . . .

Una tras otra fueron en reclamo
Del nido, al sonreir la Primavera:
Rosa suelta... guirnalda y luego ramo
A decir en tus labios: «¡ Ven te espera,
«En el jardín florido,
« Callado entre los árboles, el nido ! »

BUENAVENTURA CAVIGLIA (HIJO).

Mayo de 1919.

ESTE ERA UN PAIS...

FRAGMENTO DE UNA NOVELA PRÓXIMA

Ya en la dársena, con el equipaje revisado, tomó un taxímetro que en pocos minutos le condujo hasta la antigua casa familiar, ahora propiedad exclusiva de su hermano. Las calles por donde iba se le antojaban estrechas, desiertas. Montevideo, después de tantos años de ausencia, le pareció más aldeano. Echó de menos la edificación alta de París, de Burdeos, de Londres, de la propia Sevilla, donde estuvo parte del invierno.

En la alcoba de los padres, permaneció largo rato perplejo. Le habían destinado la historiada cama en la cual vino al mundo. Era un mueble señoril, de artísticos relieves y torneados complejos.

—Este cuarto es lo único que se conserva como en tiempo de don José María—le informó el antiguo fámulo. Lo demás, todo se ha reformado.

Cuando se quedó solo, Ribalta dió unos pasos para ver el retrato de la genitora. Recuérdala buena y sensible, tal como la perpetúa el lienzo. El pelo undoso se desborda por la espalda. La fragante rauda es tan larga y profusa, que hace perderse la línea escultural del cuerpo.

—¡ Pobre mamita !—suspira Víctor, juzgando su aire triste.

La dama aparece en actitud meditativa, reclinada en el respaldo de un butacón de cuero. En sus manos, cuyos dedos largos y blancos se entrelazan, un pañolillo de fino encaje parece un pájaro cautivo. Rodea el cuello alabastrino negro collar de pesadas cuentas. Más que el jubón de lustroso ter-

ciopelo, brillan unos bucles que caen en tirabuzones sobre el resto de la cabellera. El seno, fieramente oprimido, le da un aspecto enfermizo:

—¡ Pobre mamita!—repite Víctor.

Luego va un poco más allá. Otro lienzo, presenta, de medio cuerpo, al padre. Tiene un frente ancha y una larga perilla marcial. Su aire, como el de todos los hombres encanecidos durante épocas procelosas, en que las revueltas se sucedían por el menor motivo, es de caudillo, de hombre que se puso divisa y empuñó una larga lanza vengadora. Los ojos son serenos; el entrecejo duro; la boca, disimulada por el bigote áspero, se adivina enérgica. Todo en él habla de un carácter voluntarioso.

En las paredes hay otros retratos. El joven contempla a Misia Concepción, la primera esposa de su padre, la mamá de Ricardo. Tiene un atavío un poco teatral, con lo que recuerda a ciertas divas italianas, prontas para salir a escena.

Tanto él como Ricardo, no se parecen al genitor. Fueron las esposas de éste quienes trasmitieron a sus descendientes las condiciones físicas y morales que ahora les caracterizan. Ricardo es grueso, ambicioso y cruel; Víctor débil, impresionable, con caídas a lo sentimental.

El segundo enlace de don José María Ribalta fué muy criticado:

—¡ Ha muerto a la rica y ahora compra una hermosa !—sentenciaron esas lenguas vipéreas que no han faltado desde que el mundo tuvo esa molesta agrupación que se llama sociedad.

Los hombres veían con envidia a la belleza más festejada de aquel tiempo, desposándose con un grave caballero cuarentón. Víctor a los doce años, dábase cuenta de la tristeza con que « Mamita » sobrellevaba su vida, junto a un hombre que nunca la comprendió, por quien sentía apenas un afecto filial. Vivió encerrada en aquel caserón silencioso, con algo de castillo florentino, donde la luz penetraba tímida en los aposentos, a través de pesados cortinones... Los muebles

pertenecían al Siglo XVII, e inspiraban tanto orgullo al propietario como melancolía a la resignada mujercita que marchitó sus bríos manteniéndolos relucientes.

Cuando falleció la esposa, don José María Ribalta, ya un poco agobiado por los achaques, se encerró en su biblioteca, taciturno y más huraño que nunca.

En esta cama, donde ahora él, Víctor, se sumerge, murió « Mamita ». Víctor, la vió, lívida y yerta, antes de que la amortajaran. Invadido por las tristes lembranzas, queda un instante inmóvil. Luego se decide a abrir la carta del hermano. Ricardo le lleva trece años. Por la diferencia de edad, que agrava el desemejante temperamento, nunca han congeniado.

Descienden los Ribalta de una muy antigua familia. En Montevideo vivía don Nicéforo Suárez, vecino apreciadísimo, una de cuyas hijas casó con don Juan Antonio Ribalta, natural de Vizcaya, capitán de la fragata « Guernica », que hacía frecuentes viajes entre Cádiz y el Callao. En esta última capital instaló su casa el marino, sin retirarse por eso de la navegación. Tuvo varios hijos peruanos. La suerte parecía sonreir al matrimonio. Pero en uno de los viajes desapareció el velero. Jamás se supo de la tripulación. ¿ Qué circunstancias rodearon al naufragio ? El mar guarda su secreto todavía. No quedó más remedio a la viuda que volver a su patria, al Uruguay. Cuándo pasó con sus hijos los Andes, San Martín estaba librando la batalla de Chacabuco.

Con la fatiga del recuerdo, Víctor abrió la carta de su hermano:

« No voy a esperarte porque tengo aquí tareas que reclaman toda mi atención. Ordeno a Benito que facilite tu alojamiento en mi casa. Puedes quedarte todo el tiempo que desees. Aunque opino que debes venir al campo una temporada. Agrégate a la comitiva que capitaneada por nuestro loco tío Juan Carlos viene en Semana Santa, con ánimo de dejar mis potreros sin perdices ».

Sin saber por qué, le molestó el contenido de la epístola. Sobraban posesivos: « mi casa », « mi atención », « mis potreros ». A poco más agrega « mis perdices », como si hubiese tenido ya las aves libérrimas dentro de una bien cerrada jaula. Su padre no era así. Pecaba por generoso. Consiguió el título de abogado en el Colegio del Uruguay, alcanzando grandes éxitos en el foro y la brega partidista. Ocupó altos puestos administrativos y, un poco hastiado de la política, se opuso a que proclamaran su candidatura para la Presidencia de la República. Enfermo, encanecido, seguía siendo un hombre de consulta y, en tiempo de revoluciones, hasta intervino como mediador.

VICENTE A. SALAVERRI.

EXHORTO

(Para «Pegaso»)

No derroches humano tu tiempo en el insulto,
no así agotes la fuerza de tus fecundos bríos
¿es que aspiras ser docto con lo vacuo y estulto,
personaje supremo de los mundos vacíos?

No la ruta proficua torpemente equivoques,
tócate de la ciencia de las sublimes calmas
y a tu paso la muerte y el horror no provoques
derramando centellas en el mar de las almas.

Aunque sea a tu despecho, siempre somos hermanos.
Tus palabras airadas no trocarán la suerte,
pues si crees no lo somos en estos cotidianos
afanes, sí lo somos hermanos en la muerte.

Sabes la ley que rige la humanidad entera,
que, como justa madre, nunca admitió elegidos:
al dintel de la vida, *dice esa ley austera,*
por la hoz de la muerte ya arribaréis heridos.

Deja así las saetas de tus falsos delirios,
pues que somos fraternos, como lo son las rosas
en el mundo de rosas y en el mundo de lirios,
entre todos los hombres y entre todas las cosas.

J. J. Illa Moreno.

Sobre «La Muerte» de M. Maeterlinck

Claro, profundo, sugestivo, como ningún otro, este libro, que trata una de las más altas cuestiones de pensamiento, la más alta, al menos, de todas las cuestiones metafísicas que se mantienen en nuestros días interesando con interés concreto y apasionante.

«Simplemente,—nos dice su traductor Enrique E. Potrié, refiriéndose al éxito de esta obra en Europa,—simplemente fué estupendo».

Y, sin embargo, ninguna obra menos afirmativa.

Bajo este respecto se diría una de las más perfectas concreciones del pensamiento filosófico analítico, de construcción integral, hecho no sólo de análisis, sino a base de análisis, elevado a verdadera síntesis;—distinción ésta, hecha de paso, necesaria, ya que, aunque parezca extraño, no faltan intelectuales que consideren como divorciadas operaciones del pensamiento, el análisis y la síntesis.

Este preconcepto, no hace mucho, he creído encontrarlo reeditado por uno de nuestros intelectuales espiritualistas, un poeta, quien dijera: «El análisis, ejercido con nuestras relatividades menospreciables, puso en befa a las síntesis de los excelsos movimientos espiritualistas».

Precisamente, la obra de Maeterlinck, que nos ocupa, es una de las que destruyen más «síntesis de los excelsos movimientos espiritualistas», más creencias de las consagradas más irrefutables, que se refieran a nuestros destinos finales de ultratumba.

Sugestivo, hemos llamado a este libro. Esta calificación es de tal exactitud, que no debiera agregarse a ella otra alguna.

Es predominante esta cualidad, única la atracción con que profundamente nos mueve, la simpatía, el interés, un interés de efecto cordial y reconfortante, extraño, si se piensa en la naturaleza del asunto, ocasionado a favor de nuestros prejuicios, a provocar, más bien, reacciones morbosas de temor o de sugestión suicida.

Como único es el sentimiento, la conciencia, diríamos mejor, del Misterio, que en este libro Maeterlinck nos sugiere...

Nó por lo concreta, o mejor dicho, por lo pretendidamente cognocitiva—concreta, sino por lo viva, por lo sugeridora, por lo que nos hace pensar en los infinitos sentidos de la meditación, a la que Maeterlinck liberta de los prejuicios espiritualistas y de las soluciones hechas de las religiones y escuelas metafísicas anticríticas y sintéticas, en el opuesto e inferior sentido que dejamos afirmado.

«Henos aquí delante del abismo», nos dice Maeterlinck. «Está vacío de todos los sueños con que lo habían poblado nuestros padres. Ellos creían saber lo que hay en él, nosotros sabemos solamente lo que no hay».

La lectura de estas líneas nos descubre el secreto sugestivo de la obra.

Maeterlinck nos pone delante del desconocido abierto, ante un enigma acicateador de la inteligencia, ante un desconocido abismal y desconcertante, pero nó aterrador, con ese terror que paraliza nuestro pensamiento, suscitado en nuestro espíritu por el «conocido» pavoroso de las religiones positivas.

Con gran elocuencia nos impone de la necesidad de pensar en la muerte, nó a la manera de un Pascal, para quien pensar en la muerte suponía pensar en la Religión, en su religión, en sus misterios, en nuestros destinos finales preconcebidos,—imposición, que hecha de tal suerte, no surte efecto, y que mejor nos conduce a no pensar en ello, como

estado más concordante con la Razón a la cual no se impone una necesidad de un orden teológico especial.

La necesidad de orden filosófico impuesta por Maeterlinck, es evidente.

Supone una necesidad moral, de antecedente espiritual, de estado mental que nos ponga en condiciones de afrontar serenamente nuestro tránsito a la muerte.

Esto, por un lado. Por otro, diríamos que nos prepara con la sugestión de grandes y nobles pensamientos, para vivir vida de sólo espíritu, si ella nos fuese impuesta por la existencia de un « más allá ».

Justificando dicha necesidad de pensar en la muerte, nos dice:

« Cuando se desprende la hora que pendía sobre nosotros y hacia la cual no nos atrevíamos a levantar los ojos, sucede que todo nos falta de golpe. Los dos o tres pensamientos inciertos sobre los cuales contábamos apoyarnos, sin haberlos examinaño, ceden como juncos bajo el peso de los postreros instantes. Vanamente buscamos un refugio entre locas reflexiones, las cuales nos son extrañas y desconocen los caminos de nuestro corazón. Nadie nos aguarda en la última ribera donde no hay nada pronto y donde sólo el espanto ha permanecido de pie ».

....

Cuán difícil se nos hace seguir a Maeterlinck, cuando con clarividente espíritu inquiere la certeza de sus hipótesis, planteadas en plenas regiones de lo Infinito.

Solo aquí y allá, en puntos muy relativos, conseguimos verdaderamente tocar fondo.

Pero, ¡ cuán sugeridor sigue siendo aún en el dominio de lo incomprendido !

Y es porque aquí ocurre con él, lo que con muy excepcionales autores. Se mantiene siempre claro, con tan diáfana claridad de estilo, que nos permite en todo momento divisar el pensamiento.

Lo que no alcanzamos es a concretarlo. A tales planos de profundidad se desenvuelve.

A propósito de esta modalidad de expresión de Maeterlinck: Admira la plasticidad que consigue dar como nadie a las ideas más áridas y abstractas. Ya otro comentador hacía notar lo mismo.

Análoga observación admirativa sugiere su razonamiento, que tan absolutamente difiere de ese razonar vacío, pretencioso, fatigante, a que nos tienen acostumbrados los lucubradores metafísicos.

Terminemos este breve comentario.

Lo incomprendido, (y nunca como en este caso se ha de establecer la diferencia entre lo incomprensible y lo incomprendido) de Maeterlinck, es sugeridor y sugeridor de religiosidad, como que constituye una entrevisión del Misterio... El Infinito, que entrevisto a través de la visión de Maeterlinck, parécenos, ilusoriamente, asequible.

No es, pues, digamos, el pensamiento hondo, que el soberbio talento de expresión de Maeterlinck, concretaría siempre, sino el objeto de conocimiento, lo arcano y lo insondable.

Pero, lo arcano mismo, lo incognocible, bajo qué aspecto más expresivo logra presentárnoslo!

No ya sólo con ideas enriquece este escritor metafísico nuestra meditación. En realidad, con nuevos sentidos comprensivos de la fenomenalidad.

Así ocurre, por ejemplo, en el libro que comentamos, al referirse a la hipótesis del aniquilamiento total, como fin, cuando fija el concepto de la nada.

«... porque nosotros denominamos la nada a todo lo que escapa a nuestros sentidos o a la razón y que existe aunque lo ignoremos».

De tantos pensamientos conocidos sobre el mismo concepto metafísico, ninguno como éste, que me haya dado más

viva conciencia de la ignorancia en que nos hallamos respecto de las manifestaciones de la misma materia, considerada desde el punto de vista de la infinidad de sus formas posibles.

Esta conciencia de nuestra ignorancia sobre la fenomenalidad, se hace desconcertante, cuando a renglón seguido, Maeterlinck, nos dice, que « la materia más inerte en apariencia es animada de movimientos tan potentes y tan furiosos, que toda vida animal o vegetal no es más que inmovilidad y un sueño en comparación a los torbellinos vertiginosos y a la inconmensurable energía que encierra una piedra del camino ».

No se creería de efectos formidables este pensamiento. Ante él, cede, sin embargo y se derrumba todo nuestro andamiaje filosófico.

Se confunden y concluyen por desaparecer como antojadizos nuestros conceptos representativos de materia y de espíritu, constituídos con nuestras más inmediatas impresiones, sobre datos de nuestros sentidos, sobre preconceptos, en fin.

Este resultado, que se diría perjudicial a los fines de nuestro conocimiento, nos es en alto grado útil; por él ganamos en posición favorable de espíritu para juzgar del problema.

Las revelaciones últimas de orden transcendental como la expuesta de Maeterlinck, o la que nos sugiere Spencer, cuando considera a los átomos de la materia como los del éter, *substratum* del movimiento, tienen que obrar eficazmente sobre nuestro pensamiento aplicado a juzgar sobre problemas metafísicos, y muy particularmente sobre el de la muerte.

Los conceptos de vida y muerte, de nada y de existencia, a favor de tales revelaciones, dejan de ser absolutos. Los de materia y de espíritu, sin fundamento.

Por tal modo, se borran de nuestro espíritu las fronteras de los dos viejos campos metafísicos, de cuya oposición, sustentada en falsas interpretaciones subjetivas de la Natura-

leza, tomaron origen « los sueños con que poblaron nuestros padres el abismo ».

El mismo Maeterlinck parece comprobar esta observación, si se aprecia su situación de pensamiento relativa al materialismo y al espiritualismo.

¿Qué escuela de éstas resulta profesando en su libro? Ninguna de las dos.

Y nótese: cómo ningún otro autor, despuebla de fantasmas los campos de la muerte.

CONRADO BLANCO.

ESPERA, CORAZÓN....

Espera, corazón no me atormentes.
A qué latir con ritmo apresurado
Si el día de la dicha que presientes,
Eterna y sin par, aún no ha llegado?

Si en otras horas de ansiedad, frecuentes,
Tu ciega fe también nos ha engañado;
Esa felicidad que ahora mientes,
Fugaz será, como la que ha pasado!

Corriendo en vano tras de la querida
Sombra que finge un juego de la Suerte,
Aceleras el curso de la Vida

Y tu vaga inquietud acaso advierte
Que la dicha esperada está escondida
Tras el blanco sudario de la Muerte!

JUAN J. BAJAC.

Agosto de 1919.

GLOSAS DEL MES

El calendario y los feriados.

Se han presentado varios proyectos de reforma del Calendario para la instauración de días feriados.

En verdad, yo creo que lo principal de todo en esta cuestión es empezar por sentar el o los criterios con arreglo a los cuales deberá hacerse esta reforma.

El primero de todos sería este: ¿debemos establecer las fiestas anuales con un criterio de liberalidad o de limitación? Entiendo que todo el mundo estará de acuerdo en que aquèllas deben ser limitadas al mínimum posible, y esto por dos razones. Una, porque siendo el trabajo la norma habitual y necesaria de la existencia, es preciso consagrarlo así en el Calendario Oficial, interrumpiendo los días de labor solamende una manera periódica con los días Domingos dedicados al reposo fisiológico y muy poco con fiestas—ya que su exceso perturba el ritmo normal de la vida y conduce a la holganza de mala ley. Los pueblos, cuanto más trabajadores, tanto más vigorosos, llenos de vida y dignos de respeto. Además y esta es la segunda razón, las fiestas—para ser tales—solo deben ser consagratorias de grandes acontecimientos. Si son muchos los que se festejan, todos se nivelan y los principales pierden así su significación.

Este es el criterio de los grandes pueblos. Los Estados Unidos tienen solo 6 fiestas en el año: el 1.º de Enero, *Neu Jears Day*; el 30 de Mayo, *Memorial Day*, día dedicado al recuerdo de los soldados muertos por la Patria; Julio 4, *Independence Day*; Setiembre 1.º, *Labor Day*, día del obrero; el último jueves de Noviembre, *Thanksgürng Day*, día de dar Gracias; el 25 de Diciembre, *Christmas Day*, día de Navidad.

Con arreglo a este criterio—que juzgo fundamental—el número de nuestras fiestas patrias es excesivo. La declaración de la independencia debe ser nuestra única fiesta nacional—porque es realmente la culminante y la significativa.

No quiere esto decir que las demás no sean dignas de recordación; pero su recordación podría y debería hacerse por medio de actos especiales en las escuelas, de conferencias públicas, etc. Esta manera de rememorar nuestros acontecimientos históricos sería verdaderamente más digna que la actual, en la que el exceso de fiestas solo sirve para restar méritos—por la vulgaridad del homenaje—a los acontecimientos que se pretende enaltecer.

En homenaje a otros países y a ciertos acontecimientos se han decretado días feriados: el 2 de Mayo, el 25 de Mayo, el 4 de Julio, el 14 de Julio, el 20 de Setiembre.

¿Se deben conservar o suprimir estas fiestas en el establecimiento de un Calendario Oficial definitivo.?

Con arreglo al criterio anterior es evidente que deben ser suprimidas. Además, su instauración oficial obedeció a un criterio circunstancial de orden político—que contó con la simpatía y el consenso general del pueblo, pero cuya razón de ser ha desaparecido actualmente. Fiestas circunstanciales, no deben quedar consagradas definitivamente. No se arguya que se trata de fechas universales porque no es cierto, con excepción del 14 de Julio, que marca, esa sí, una nueva era en la historia de la humanidad. En este concepto, inclúyase esta fecha como uno de los acontecimientos universales dignos de festejarse oficialmente; pero ninguna de las otras.

Y en todo caso, si se las quiere conservar—por las mismas razones que se tuvieron en cuenta al instaurarlas—que queden consagradas en este carácter, esto es, como homenaje a las naciones nombradas y no con nombres postizos (del pensamiento, etc.), que constituyen—estos nombres—un verdadero «camouflage».

Quedan ahora las fiestas llamadas religiosas. Como ellas contradicen la existencia del estado laico estatuido por

nuestra nueva Constitución, es evidente que deben ser igualmente suprimidas.

Pero entre éstas hay una que no es una fecha simplemente religiosa, católica ni protestante, sino una fecha de significación universal: la Navidad. Ella marca el día del nacimiento de Jesús, esto es, de una de las más grandes figuras históricas que se conocen y la del fundador de la civilización cristiana, que es la nuestra. Esta fecha sirve para dividir la historia de la humanidad en dos períodos: antes y después de Jesucristo. ¿Cómo no habremos, pues, de rememorarla? Y hay que rememorarla como tal y no disfrazándola con el nombre de «día de la familia». Navidad, día del nacimiento de Jesús, iniciación de la Era Cristiana, ¿hay fecha más memorable por si acaso?

He ahí los dos criterios que—para mí—deben servir de base para la instauración de días feriados: el de la reducción de fiestas al mínimum posible y el de la rememoración solamente de hechos trascendentales, en la historia general o en la propia.

Quedaría, finalmente, otro criterio—el del respeto a la tradición que es amor de su pasado en los pueblos que lo profesan y que siempre que no esté reñido con el progreso es una virtud que hay que cultivar.

Leía a este propósito hace poco tiempo en la «La Nación» de Buenos Aires una anécdota muy interesante. Por razones higiénicas y estéticas hubo que demoler una serie de construcciones viejas situadas en pleno centro de Londres que estaban atravesadas por la calle Duke of Buckingham. En ese lugar surgieron construcciones nuevas elegantes y modernas, atravesadas por tres calles en lugar de una como antes. ¿Qué nombre dar a estas calles nuevas? Se quería que solamente persistiera aquel nombre por su carácter tradicional y consagratorio de aquel sitio — ¿Cómo hacerlo? La dificultad fué salvada dando el nombre de Duke, Of y Buckingham, respectivamente, a cada una de estas calles.

Esto hará sonreir a muchos de nuestros lectores. Esto, sin embargo, acusa virtudes muy sólidas: amor por los recuerdos del pasado y espíritu de progreso al mismo tiempo. Este se manifiesta por la higienización y embellecimiento de un barrio, cueste lo que cueste; aquél por la conservación de un nombre, con una originalidad y delicadeza de procedimiento que no solo no me hace sonreir a mí sino que me emociona.

En cambio, los criollos somos capaces de cambiar el nombre de una calle que signifique tradición y recuerdo; pero muy poco capaces de higienizarla si lo necesita.

Reaccionemos contra nuestra falta de amor por las costumbres, contra nuestra falta de respeto por la tradición. Y aunque ella sea mala—filosóficamente considerada—si una cosa está en las costumbres y no daña mayormente; si es una modalidad nuestra y bien nuestra, conservémosla.

¿Por qué eliminar así el carnaval—so pretexto de civilización—si esta fiesta es tradicional entre nosotros; simpática, a pesar de todo; alegre, aunque sea excesiva e irreemplazable con ninguna cosa?

ALBERTO BRIGNOLE

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Opiniones Literarias. — Por Alberto Lasplaces.

Es un libro valiente en cual el autor manifiesta, libre de todo prejuicio, el concepto que le merecen varios de nuestros mejores prosistas.

Lasplaces no se limita a juzgar, como parecería por el título, valores puramente literarios. Crítico integral, su escalpelo va siempre más allá de la epidermis y sin despreciar la brillantez de los ropajes, pero no dando tampoco a éstos más importancia que la que deben tener, entra en plena sustancia a analizar las ideas, sus influencias más o menos benéficas, sus yerros y sus lagunas doctrinarias.

Orientado de esta manera el libro ha parecido un poco sacrílego en cuanto choca frecuentemente con el criterio general, con el concepto hecho respecto a algunos de nuestros hombres indiscutidos como Rodó y como Reyles, que, hasta ahora, quizás por sus extraordinarios méritos formales, poco habían sido juzgados, o lo habían sido con benevolencia suma, por sus ideas.

El autor da por el contrario tanta importancia al fondo como a la forma, al analizar la obra de estos dos ilustres pensadores y rindiendo, como no podía ser de otra manera, el tributo de su admiración a sus facultades de estilistas, combate lo que supone sus errores conceptuales y a fe que lo hace con una gallardía y una conciencia que si no alcanzan todas las veces a convencernos, nos dejan siempre la impresión de estar frente a un hombre admirablemente armado para las luchas del pensamiento.

A tal grado se siente Lasplaces atraído por el juicio ideológico que, a veces, sobre todo al estudiar la obra del autor de « Ariel », parece salirse de los dominios serenos de la crítica para convertirse en un ardiente polemista. Así como también al juzgar a ciertos hombres, como en el pequeño paralelo que hace entre la obra de Viana y la de Roxlo,—paralelo por otra parte que no tiene razón de ser ya que es imposible medir con el mismo criterio a un autor de cuentos realistas y a un lírico,—dedica al señor Roxlo términos en exceso crueles y, sobre todo, completamente innecesarios para exteriorizar una opnión.

Suaviter in modo, fortiter in re, decían los latinos. Sabia máxima que deben tenerla presente más que nadie los que se dedican a la crítica.

Pero estas mismas vehemencias,—porque no creemos al autor capaz de tener ánimo preconcebido, ni de obedecer a extrañas influencias,—sirven para demostrarnos su sinceridad y el espíritu honesto que lo impulsa.

Antes que nada la verdad y la paz interior, parece ser el lema de Lasplaces; y si es preciso sacrificar los ídolos, por más respetables que sean, hagámoslo, antes que la conciencia nos acuse de una debilidad o una mentira. No hay que esperar la hora de la muerte. como en el caso célebre, para exclamar: «el Dante me subleva», después de haberlo estado hipócritamente ensalzando durante la vida.

No desconocemos que muchos sujetos no han encontrado medio mas fácil para hacerse notorios que revelándose por violencias iconoclastas; pero si es mala esta actitud, no es menos detestable las de los que no hacen más que repetir y aceptar sin control de ninguna especie, las opiniones de los demás.

Defecto peor que el otro, sin duda, pues el que ataca, cuando es sincero y aún mismo no siéndolo, siempre hace un bien al atacado, porque no solo renueva la vida alrededor de su obra, sino que solidifica su pedestal cuando la lucha comprueba nuevamente la justicia de su inviolabilidad. Mientras que el convencido sin convencimiento, es un ser negativo, autómata, reflejo, cuya alabanza deprime y que no aporta a los intereses superiores del arte ni a los particulares del autor, más realidad que la de su deplorable inconciencia.

Si este libro no estuviera escrito en una prosa tan bella como lo está, si no fuera tan jugoso en ideas como lo es, sino revelase a un erudito que ha sabido digerir fisiológicamente lo que ha leído, quedarían aún a favor de Lasplaces estas tres virtudes indiscutibles: su sinceridad, su localismo y su manera íntegral de entender la crítica; lo que sería suficiente para que viéramos en su libro uno de los más bellos esfuerzos hechos dentro de la literatura nacional. — J. M. D.

José Enrique Rodó. — Por GONZALO ZALDUMBIDE. — París 1919.

A las numerosas monografías y estudios que han sido dedicados a Rodó despues de acaecida su muerte, debemos sumar el notable trabajo, publicado en París—donde reside desde hace años—por el ilustre crítico ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide. El prestigio literario de Zaldumbide queda evidenciado ampliamente en el examen preciso y apasionado que hace de la obra y vida de nuestro glorioso escritor. Conocemos muchas de las obras donde se estudia la personalidad del autor de « Ariel »; unas expresamente laudatorias, otras en las que el alarde analítico, llega a dar relieve a valores desconocidos del escritor compatriota; valores esos que solo un espíritu zahorí, logra descubrir y darles demostración objetiva, pero ninguno de

esos estudios han conquistado nuestro entusiasmo y simpatía, como este que comentamos, suscrito por Gonzalo Zaldumbide. Ostenta este escritor una noble y aguda aptitud de examen que se revela en las nutridas páginas del opúsculo que nos ha enviado, en el que aparece lleno de tolerante comprensión, erudito en un sentido amplio y moderno, sutil en el comentario de los atributos superiores que caracterizan a José Enrique Rodó; sapiente y lógico investigador en la vida y modalidades más culminantes del gran prosista, cuya obra tiene para la juventud una firme sugestión idealista y constituye el más valioso tributo moral que pueda rendir un hombre al acervo de la nacionalidad.

Enaltece la prosa de Zaldumbide—justicieramente exaltado entre los escritores de América—un léxico rico y castizo, lleno de flexibilidad y de precisión, lo que contribuye a dar a su bello trabajo una unidad y armonía tales que prestan mayor virtualidad a la labor de exégesis que dedica al estilista de « El Mirador de Próspero ».

Destaca este escritor todos los aspectos fundamentales de la obra de Rodó y estudia particularmente el concepto formalista que da a toda su labor un sentido de majestuosa perfección, así como también se detiene en la parte que atañe al pensamiento predominante, para cuyo tópico tiene Zaldumbide apreciaciones plenas de fervor artístico—y de ardida adhesión hácia aquel que supo deslizarlo en la prosa densa, serena y musical de « Motivos de Proteo ». — W. P.

Europes. — CUENTOS DE MONTEIRO LOBATO. — Sao Paulo 1919.

El Brasil tiene una literatura propia. Es el único país de América que puede jactarse de esto. Ruben Darío nos lo dijo y nosotros, años más tarde, lo podemos comprobar. En ese país exuberante, hay novelistas, cuentistas y poetas de raro mérito. Monteiro Lobato es uno de ellos. Su libro « Europes », que ahora nos llega admirablemente impreso, fué reeditado cinco veces. Tiene una visión cruel de la vida de la campaña, que conoce « desde abajo ». Por eso sus relatos nos hacen pensar en el verismo de los cuentistas rusos. Como ellos, tiene Monteiro un lenguaje claro y preciso. Desdeña la faramalla. Pocas veces se equivoca cuando trata de sugerir una impresión. Sentimental e irónico, matiza las escenas en forma admirable. Y sonreímos o nos emocionamos a tono con el autor. — V. A. S.

Nahuatlismos y Barbarismos. — POR RICARDO DEL CASTILLO. —Méjico 1919.

Estudios lexicográficos titula el autor a esta obra, que se presenta en forma harto difícil para que nosotros la podamos juzgar. José de J. Núñez Domínguez, en un breve prefacio, asegura que « Nahuat-

lismos y Barbarismos», tal como surge, «llena una misión esencialmente crítica; más todavía, absolutamente nacionalista. Si la lengua de un país constituye uno de los patrimonios sagrados que reciben las generaciones, sino para enriquecerlos, por lo menos para conservarlos íntegros y sin menoscabo, quienes se echen sobre sí la tarea de defender ese legado, merecen el respeto y el aplauso de sus ciudadanos». Estamos conformes con estas ideas. Sin duda, en Méjico, las razas aborígenes han influído poderosamente. En el mismo lenguaje se nota la peculiaridad. Pueden conversar personas cultas, que el extranjero, aunque proceda de la meseta de Burgos, donde más puro y rico se habla el castellano, no va a entender aquellos diálogos con frases empedradas de voces provenientes del nahualt. Por eso este libro de Ricardo del Castillo tiene importancia manifiesta. Equivale a un diccionario de mexicanismos. — V. A. S.

Ciudad turbulenta, ciudad alegre. — NOVELA DE HUGO WAST. — Buenos Aires 1919.

En pocos días, se agotó una edición de cinco mil ejemplares, lo que prueba que si Hugo Wast (Martínez Zuviría) no es el mejor novelista argentino, resulta el más leído. Hasta ahora, este autor había reflejado en sus obras la vida de provincias. Cuando se supo que componía una abultada novela bonaerense, se dudó: «¿ Va a comprender el alma multánime de la metrópoli ?» La respuesta, ahora, después de aparecido el libro—un grueso libro de 464 páginas, es ardua. Martínez Zuviría no hace nunca análisis psicológicos. Esto no es un pecado, pues no todos los noveladores han de cultivar un solo género. Como pintor, es desvaído, confuso. ¿ Cuál es su mérito ? El saber interesar. Esto lo consigue siempre, unas veces más, como en « Valle negro »; otras menos como « Flor de Durazno », romántica hasta lo cursi. « Ciudad turbulenta, ciudad alegre » fatiga con su extensión. Es un libro desigual y hasta un poquito inconexo. Son cuadros yustapuestos y no cadena de episodios. Los hay muy buenos y hailos deplorables. El valor artístico se nos antoja escaso, pues la obra se mantiene entre el melodrama estilo « Fanfán y Claudinet » y el folletín espeluznante. Sin embargo, Hugo Wast surge manejando con destreza la ironía. Cuando describe el ambiente político—que por lo visto estudió mejor que el social—la novela se levanta dignamente. El relato marca, como consecuencia de los zigzags que ha ido haciendo Zuviría con el penoso empeño de engarzar, veinte historias dramáticas. — V. A. S.

« Cantos Triunfales ». — Poemas premiados en juegos florales argentinos, recopilados por JULIO DIAZ USANDIVARAS. — Buenos Aires 1919.

El tomo de poesías recopiladas por el Sr. Díaz Usandivaras, tiene una falla capital: fuera de muy pocas composiciones,—« Las Manos » de la Sra. de Bourget por ejemplo,—las demás no alcanzan, aunque aspiren, a ser realmente « cánticos triunfales ».

Los juegos florales, con tanta insistencia organizados en la Argentina, dieron siempre el resultado de otorgar rosas naturales y otras condecoraciones, a poesías que por falta de otras, o por escaso vuelo del jurado,—todo está sujeto a mil circunstancias en la vida,—no merecerían en otra parte la consagración de que se les reviste.

No es desconocer la vena poética de la señora Lola de Bourget ni de los señores Navarro Puentes, Teodoro Palacios y Eduardo Rossi, lo que afirmamos así, tan categóricamente.

Para nosotros, el alma está en la forma, la música es lo primero, la poesía americana palpita en la época. Y casi todas las composiciones de este libro, hechas están en los viejos moldes castellanos, de defectuosa música, de antiguo son clásico, con armonía de « radotage ».

Hay estrofas hermosas en muchas páginas, pero hay demasiadas estrofas pedestres, demasiadas estrofas prosaicas.

El clarín de bronce de la epopeya no suena tan fácilmente como el caramillo agreste o la guitarra gaucha.

Y los poetas de este libro, en casi todas las veces,—cosa propia de los españolizados juegos florales,—pretenden infructuosamente hacer sonar los claros clarines épicos.

Ignoramos la causal que determinó al Sr. Díaz Usandivaras a recoger en un tomo estos cantos florales, pero en realidad, sin mal ánimo y con la máxima dilección espíritual, le decimos que hubiéramos preferido otra selección, otra obra, quizás mejor suya, que así, generosamente ajena. — T. M.

« El camino de la Primavera ». — Por ENRIQUE RODRIGUEZ FABREGAT. — Montevideo 1919.

La primera obra de Rodríguez Fabregat, representa una promisora iniciación en la vida literaria. Prosas y versos integran este libro con el que su autor, comienza una carrera artística que ha de ser brillante y fecunda. Rodríguez Fabregat gusta pensar en el verso; cree que la forma rítmica, es un bello vaso, para verter en él, la miel del pensamiento y logra ofrecernos muy elevados motivos, sentimentales unos, de orden ideológico otros, en versos que a veces tienen una estricta eufonía y que siempre nos llegan al alma por lo sinceros y emotivos. La conferencia que su autor pronunciara sobre

Julio Herrera y Reissig, integra este volumen. En ella Rodríguez Fabregat demuestra su férvida simpatía hacia la obra del notable poeta de « Lunas de Oro ». Nutrida de pensamientos félices, de oportunas citas y demostraciones esta disertación ostenta un señalado mérito apologético. Destacan de « El Camino de la Primavera », las composiciones tituladas « Y era » « Entonces » de gran sentimiento ». « Mi barca » y otras que tienen carácter doctrinario, pero que estan concebidas con un claro elevado sentido artístico. — W. P.

Por causas ajenas a nuestra voluntad no se publicará en este número la continuación del trabajo que sobre Ariel ha publicado el Dr. Carlos M. Prando. Lo continuaremos en el número próximo.

PEGASO

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 DE OCTUBRE 120.

Suscripción mensual: 0.50 $ oro.

Avisos: Convencional.

MONTEVIDEO (Uruguay)

Julio Herrera y Reissig, integra este volumen. En ella Rodríguez Fabregat demuestra su férvida simpatía hacia la obra del notable poeta de « Lunas de Oro ». Nutrida de pensamientos félices, de oportunas citas y demostraciones esta disertación ostenta un señalado mérito apologético. Destacan de « El Camino de la Primavera », las composiciones tituladas « Y era » « Entonces » de gran sentimiento ». « Mi barca » y otras que tienen carácter doctrinario, pero que estan concebidas con un claro elevado sentido artístico. — W. P.

Por causas ajenas a nuestra voluntad no se publicará en este número la continuación del trabajo que sobre Ariel ha publicado el Dr. Carlos M. Prando. Lo continuaremos en el número próximo.

PEGASO

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 DE OCTUBRE 120.

Suscripción mensual: 0,50 $ oro.

Avisos: Convencional.

MONTEVIDEO (Uruguay)

Julio Herrera y Reissig, integra este volumen. En ella Rodríguez Fabregat demuestra su férvida simpatía hacia la obra del notable poeta de « Lunas de Oro ». Nutrida de pensamientos félices, de oportunas citas y demostraciones esta disertación ostenta un señalado mérito apologético. Destacan de « El Camino de la Primavera », las composiciones tituladas « Y era » « Entonces » de gran sentimiento ». « Mi barca » y otras que tienen carácter doctrinario, pero que estan concebidas con un claro elevado sentido artístico. — W. P.

Por causas ajenas a nuestra voluntad no se publicará en este número la continuación del trabajo que sobre Ariel ha publicado el Dr. Carlos M. Prando. Lo continuaremos en el número próximo.

PEGASO

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 DE OCTUBRE 120.

Suscripción mensual: 0.50 $ oro.

Avisos: Convencional.

MONTEVIDEO (Uruguay)

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra »
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1810.
Serapio del Castillo, Paraguay 1267.
Emilio Frugoni, 18 de Julio 979.
Luisa Luisi, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Daymán 1316
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Ernesto Caprario, Uruguay 1223
Santín C. Rossi, Colonia de Alienados, Santa Lucía.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



OCTUBRE DE 1919

SUMARIO:

AÑO II
N.º 16

Montevideo
URUGUAY

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — *Buenaventura* **Caviglia** (hijo). — *Ismael* **Cortinas**. — *Asdrúbal E.* **Delgado**. — *José M.* **Fernández Saldaña**. — *Pedro* **Figari**. — *Emilio* **Frugoni**. — *Luis A. de* **Herrera**. — *Juana de* **Ibarbourn**. — *Luisa* **Luisi**. — *Horacio* **Maldonado**. — *Raúl* **Montero Bustamante**. — *Adolfo* **Montiel Ballesteros**. — *Emilio* **Oribe**. — *José* **Pereira Rodríguez**. — *Víctor* **Pérez Petit**. — *Carlos M.* **Prando**. — *Wifredo* **Pí**. — *Horacio* **Quiroga**. — *Santín Carlos* **Rossi** — *Vicente A.* **Salaverri** — *Alberto* **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

AVISOS: CONVENCIONAL

MONTEVIDEO (Uruguay).

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — *Buenaventura* **Caviglia** (hijo). — *Ismael* **Cortinas**. — *Asdrúbal E.* **Delgado**. — *José M.* **Fernández Saldaña**. — *Pedro* **Figari**. — *Emilio* **Frugoni**. — *Luis A. de* **Herrera**. — *Juana de* **Ibarbourú**. — *Luisa* **Luisi**. — *Horacio* **Maldonado**. — *Raúl* **Montero Bustamante**. — *Adolfo* **Montiel Ballesteros**. — *Emilio* **Oribe**. — *José* **Pereira Rodríguez**. — *Víctor* **Pérez Petit**. — *Carlos M.* **Prando**. — *Wifredo* **Pí**. — *Horacio* **Quiroga**. — *Santín Carlos* **Rossi** — *Vicente A.* **Salaverri** — *Alberto* **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos: CONVENCIONAL

MONTEVIDEO (Uruguay).

INSTITUCIÓN [illegible]

CAJA DE [illegible]

Abona por los depósitos el [illegible]

Devuelve los depósitos [illegible] al precio actual, [illegible]

Los intereses de [illegible] de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año. [illegible]

Los depósitos [illegible] si la inversión [illegible]

[illegible]

Entrega [illegible]

Los depósitos tienen la garantía [illegible]

[illegible]

Las libretas que entrega [illegible]

Calle [illegible]

DISPONIBLE

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Octubre 1919. Núm. XVI - AÑO II

RICARDO PALMA

Ricardo Palma, el creador de las « Tradiciones Peruanas », ha muerto en la vieja ciudad de los virreyes, que fué su cuna y su vergel.

La vida le cubrió de glorias como a una bandera, y la muerte le cubre de laureles como a un guerrero.

La literatura americana saluda en el viajero que parte a la vieja reliquia de un pueblo,—el más lírico quizás del continente.

Y mientras el Perú celebra unánime los funerales gloriosos, en todas las naciones se levantan columnas líricas que al esplendor del día iluminan de solares destellos la ruta del viajero.

De ahí que nosotros,—expresión de una hora en la vida de un pueblo profundamente hermano del suyo,—nos asomemos a la playa antes de que caiga la noche, y le agitemos desde aquí el pañuelo de la despedida, mientras la frente se pone pensativa y el mar calla su balada azul.

* * *

Ricardo Palma creó las « Tradiciones » como Campoamor las « Doloras » o como Heine las « Rimas ».

Optimisma, zumbón, original, su obra tiene la misma sal divina de Anatolio France,—con quien tanto se parece a veces en la burla sutil y en la sonrisa impía.

Las « Tradiciones » forman la historia del Perú colonial,—una historia agradable y risueña, que se burla un poco de los curas y destapa traviesamente el alma de las mujeres.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Octubre 1919. Núm. XVI - AÑO II

RICARDO PALMA

Ricardo Palma, el creador de las « Tradiciones Peruanas », ha muerto en la vieja ciudad de los virreyes, que fué su cuna y su vergel.

La vida le cubrió de glorias como a una bandera, y la muerte le cubre de laureles como a un guerrero.

La literatura americana saluda en el viajero que parte a la vieja reliquia de un pueblo,—el más lírico quizás del continente.

Y mientras el Perú celebra unánime los funerales gloriosos, en todas las naciones se levantan columnas líricas que al esplendor del día iluminan de solares destellos la ruta del viajero.

De ahí que nosotros,—expresión de una hora en la vida de un pueblo profundamente hermano del suyo,—nos asomemos a la playa antes de que caiga la noche, y le agitemos desde aquí el pañuelo de la despedida, mientras la frente se pone pensativa y el mar calla su balada azul.

* * *

Ricardo Palma creó las « Tradiciones » como Campoamor las « Doloras » o como Heine las « Rimas ».

Optimisma, zumbón, original, su obra tiene la misma sal divina de Anatolio France,—con quien tanto se parece a veces en la burla sutil y en la sonrisa impía.

Las « Tradiciones » forman la historia del Perú colonial,—una historia agradable y risueña, que se burla un poco de los curas y destapa traviesamente el alma de las mujeres.

Acaso las crónicas tienen sus defectos numerosos, pero son tantas las virtudes, que la obra perdurará en el tiempo, como un rosal eterno siempre perfumado y fresco.

Poeta en el fondo de sí mismo, Ricardo Palma pudo decir que la leyenda es mejor que la realidad,—y en tal forma dispuesto, redujo la historia de una época fraccionándola en paisajes de abanico, mucho más gratos al espíritn que la docta ciencia infusa de los historiadores.

Y así pasan por sus « Tradiciones » el virrey galante, el arcipreste libertino, la señorita Perricholi « que tiene tantas perlas como pecados mortales »....

Al final de todas aquellas historias salpimentadas, nos queda la impresión exacta de la vida colonial, tenemos una visión clara de las cosas y los hombres, sabemos mejor que con todos los textos la historia peruana de la colonia.

Ricardo Palma hizo además, dentro de su género original, una faceta propia:—la del « limeñismo »,—ya que sus « Tradiciones » son exclusivamente el proceso de una época dentro de la ciudad de Lima.

Podríamos estudiar por cierto todas las características de las « Tradiciones »,—que es como decir, todos los cascabeles de su risa,—tan diversa y tan graciosa. Nuestro homenaje, debe circunscribirse sin embargo, a esta nota editorial, breve y sucinta, pero no por eso menos sincera y justa.

Tiene Ricardo Palma, además de los cuatro tomos de sus « Tradiciones », cinco tomos de versos y unos cuantos tomos de artículos históricos, lexicográficos y literarios que avaloran su obra completándola.

Muere a los ochenta y siete años: su labor no se olvidará, y a la sombra gloriosa de su nombre, que entrevemos como un árbol legendario abierto en copa y brazos sobre su patria, queremos creer que la juventud peruana va a exaltar su memoria levantando al cielo sus banderas de idealismo.

LA LAGUNA

La noche es suave y muelle
Tal cual si fuera hecha
Con los vellones blandos
De alguna cabra negra.

No hay luna. Vago a oscuras
Por el campo hechizado.
Huelo frescor de juncos,
De sauces y de álamos

Voy junto a la laguna.
¡ Oh misterio del agua !
El agua es un ser vivo
Que me contempla y calla.

La laguna, esta noche,
Parece pensativa.
Mi alma se alarga a ella
Como una serpentina.

¡ Cuánto me gusta el agua !
¡ Cuánto me gusta el agua !
Hacia ella se inclina
Como un junco mi alma.

Acaso en otra vida
Ancestral, yo habré sido,
Antes de ser de carne,
Cisterna, fuente o río.

JUANA DE IBARBOUROU.

VELÁZQUEZ [1]

En el museo del Prado de Madrid vése un cuadro que no solamente es una de las más maravillosas obras que la mente y la mano humanas hayan concebido y ejecutado, sino también la síntesis gloriosa y doliente a la vez de toda una vida de artista.

En el centro de ese cuadro, en un nimbo de luz plateada, la infanta María Margarita rodeada por dos de sus damas de honor, sus *meninas*, luce su pálida faz encuadrada por largas guedejas de un rubio ceniciento. A un lado, formando por su fealdad un rudo contraste con ella, miran al espectador la enana Mari Bartola y el enano Nicolasito que asienta su pie sobre el lomo de un mastín, cuya mirada soñolienta y orejas avizoramente vigilantes son un prodigio de observación ceñida. En la penumbra una dueña y un guarda-damas simbolizan talvez la rígida etiqueta de la corte española. Hacia el fondo una puerta abierta sobre el exterior luminoso parece invitar a huir del sombrío ambiente del taller..... pero,, defendiendo esa puerta la silueta de Nieto, aposentador de la Reina reprime cualquier veleidad liberatoria.

En un espejo se reflejan las imágenes del Rey Felipe IV y de su esposa cual si quisieran con esa aparición diáfana y misteriosa personificar la obsesión permanente que la reproducción de sus desmedradas efigies, imprimirá a la vida y a la obra de un gran artista.

Finalmente, frente a su caballete, pinceles y paleta en mano, una elegante y melancólica figura inmortaliza al autor

(1) Conferencia leída en la Facultad de Medicina el 18 de Diciembre de 1915.

de tanta maravilla. Este cuadro se llama « Las Meninas » y su autor Diego de Silva y Velázquez.

Decía que este cuadro era la síntesis de una vida, y en efecto, la existencia toda del sublime artista pasó, por decir así en un sombrío taller al que lo aherrojaba la caprichosa voluntad de un más sombrío monarca, condenándole a copiar indefinidamente sus variables efigies, los de sus tristes descendientes o compañeras, los de sus deformes bufones, enanos o comediantes.

Cual si quisiera el siglo XVI despedirse con uno de esos radiantes fulgores que acompañan a los ocasos de otoño, nace Velázques en 1599 en la luminosa y alegre Sevilla, del portugués Juan Rodríguez de Silva y de Jerónima Velazquez.

Jamás madre alguna había de sentirse más honrada de ver su apellido llevado por tan preclaro hijo. Suave fué la infancia de Velázquez y muy pronto pudo dar libre carrera a sus disposiciones naturales. Muy joven aún entra al estudio de Herrera el viejo.

Curioso maestro en verdad ! En una iglesia española recuerdo haber visto suyo un « Descenso de la Cruz » realmente desconcertante. De cerca solo se perciben manotadas informes de color, pero apenas se retroceden unos pasos, la síntesis retiniana se produce y un cuadro vigoroso, casi violento, impone la admiración.

Pero Herrera no era solo violento en pintura, era en su comercio con los hombres un Satanás explosivo.

No hay que extrañar pues que el paso del amable Velázquez por su taller fuera breve; salió de allí para estudiar con aquel que debiera a la vez darle los más fundamentales consejos y la dicha más completa otorgándole su hija para compañera de su vida.

Era el pintor Pacheco uno de esos hombres que sin ser geniales artistas, saben en beneficio de éstos plasmar en pre-

ceptos y reglas severas los cánones del arte clásico. Esas reglas y esos preceptos, cuya ignorancia es de buen tono pregonar hoy, encubriendo con horripilantes disarmonías de colores o de colorinches la vaciedad mental y la inhabilidad manual, fueron en cambio para Velázquez firmes e indestructibles jalones de una vía indefinidamente triunfal.

Con Pacheco aprendió Velázquez a *ver*, a *copiar lo que veía*, a traducir *fielmente*, *honradamente* lo que ante sus ojos, la naturaleza humana desplegaba de bellezas, de fealdades; en esa concienzuda labor aprendió Velázquez a *desentrañar la personalidad* de su modelo, ya fuera un mendigo, un botijo de vino o un arrogante ministro.

A esa probidad de su preparación debió Velázquez las cualidades que le harían después el Maestro de los Maestros.

Velázquez supo así revelarnos la personalidad de su mozo de taller y al verle sonriente templar su vihuela, comprendemos cómo más tarde aplicando su severa preparación inicial cuando sus modelos se llamaran Felipe IV, Olivares, Papa Inocencio, o el bufón don Antonio el inglés, fijó en sus cuadros tal verdad de observación que sin trabajo reconocemos la tristeza, la petulancia, la doblez, o la malignidad vengativa de sus gloriosos o lamentables personajes.

El primer rasgo y el más saliente de Velázquez, fué desde su más temprana juventud la exactitud, la sinceridad; bien pronto pudo agregarles la profundidad de observación. Su precisión es tal que ni aun cuando quiere encarnar una concepción mística sabe hacer otra cosa que idealizar malamente un zafio tipo de gitana. Su Inmaculada Concepción, pintada cuando apenas tenía 20 años, es prueba acabada de ello.

Cásase Velázquez muy joven y con la dicha, la ambición nace y le aguijonea. Sevilla es un escenario demasiado pequeño, Madrid le atrae con todas las seducciones de la capital de un monarca joven que se inicia con grandes proyectos y despierta grandes esperanzas.

España comienza su decadencia y Felipe IV que la presiente quiere detenerla.

A la España formidable de CarlosV, a la España sombría pero aún temible de Felipe II, se ha substituído una España triste y holgazana.

Es esta España la que Velázquez va a inmortalizar legándonos las vivientes efigies de tantos personajes, que como perros hambrientos se lanzan a los flancos del león moribundo procurando cada uno arrancar su piltrafa.

En Madrid tuvo Velázquez a la mano dos incomparables medios de completar su instrucción: las ricas colecciones de pinturas reales y privadas y una interminable serie de modelos, cuyo estudio por sí solo debía aguzar las facultades de observación y perfeccionar la habilidad técnica del joven Maestro.

Después de algunos meses de lucha penosa, bruscamente la ansiada gloria se ofrece a Velázquez; Olivares, el conde duque, el omnipotente consejero de Felipe IV, el dispensador de favores y el organizador de orgías palaciegas, le toma bajo su protección. Singular figura la de Olivares ! Su advenimiento engaña a todos. Sus primeras medidas contra los validos del reinado anterior son aplaudidas como promesas de sano gobierno, sus disposiciones moralizadoras saludadas con júbilo por el pueblo esquilmado. Pero bien pronto el juego se descubre; el fondo de toda la conducta de Olivares se percibe claramente; solo ansía deshacerse de sus enemigos y medrar por cuenta propia, transformándose por largos años en el alma condenada del débil monarca.

Vedle con su cara tosca y vulgar, desdeñosa la boca y falsa la mirada, mandando batallas que jamás ganó, cubierto de rica armadura en un robusto y brioso corcel de batalla.

La protección de Olivares fué para Velázquez invalorable; pronto quiso Felipe tener su retrato pintado por él y aquí comienza la carrera dolorosa del « pintor de cámara ».

Al decir dolorosa talvez deformamos los sentimientos de Velázquez, que no solamente jamás protestó de esta servi-

dumbre; más aún, buscó mil medios de remachar su grillete procurándose honores y cargos palaciegos que limitaron su obra privándonos de quién sabe cuántas obras maestras.

De Felipe IV hay una numerosa serie de retratos esparcidos por todos los museos de Europa. Eligiré solo dos característicos.

En el primero, desconcertante por sus rasgos parecidos a los del actual Rey Alfonso XIII, Felipe IV, joven, gallardo vive en plena ilusión; ni los placeres ni las preocupaciones han impreso aún huellas en su frente juvenil. Es el rey alegre que de día caza en el Prado y de noche envuelto en amplia capa ronda las rejas de alguna bella dama, mientras al celoso marido se le retiene en Palacio con alguna complicada fórmula de etiqueta ceremoniosa.

En este otro, la carrera hacia el abismo a que corre España se precipita, Felipe IV ha visto morir a su primer esposa y a algunos de sus hijos; las incesantes rebeliones de Flandes no dejan un instante de reposo a los tercios indomables que apenas son dueños del terreno que pisan. Francia le ha arrebatado con astucia y fuerza a la vez, las provincias que comunicaban España con Alemania; Olivares ha caído arrastrando consigo el crédito y las ilusiones del monarca. La miseria reina soberana en sus dominios, a pesar de que los pesados galeones rítmicamente depositan su preciosa y codiciada carga.

Todo eso se lee en la fatigada expresión de Felipe, que en esos años hace oscilar su existencia entre la orgía y el confesionario.

En 1628 un momento decisivo luce para la gloria de Velázquez. Pedro Pablo Rubens, el pintor elegante y pomposo, el exuberante artífice de toda una mitología puesta al servicio de los grandes llega a España nimbado de una doble aureola de diplomático y artista.

Quién nos dirá jamás las conversaciones de estos dos genios! Rubens con su paleta rutilante y su imaginación prodigiosa inicia a Velázquez, paciente y verídico, en las mara-

villas de la pintura flamenca e italiana, mientras éste descubre ante los ojos atónitos y un tanto burlones del flamenco truculento los ascetismos, los horrores, el severo misticismo de Ribera, Zurbarán y del Greco.

Surge en Velázquez el deseo impetuoso de impregnar su retina con la visión de esas obras maestras de luz y de color que con su verbo cálido Rubens hace escintilar como el sol de Italia, a donde le incita a ir, cabrillea sobre las aguas de zafiro de la costa partenopea.

Velázquez va, y humilde como un aprendiz, copia, copia sin cesar, urgando con la mirada los misterios de la técnica de los suaves florentinos y toscanos y de los vibrantes venecianos. Copia sí, pero su genio portentoso le inhibe de la imitación. Velázquez admira a los italianos pero conserva su personalidad, y ésta tiene que ser colosal como lo es para escapar al hechizo de esos magos del color y de la línea.

Sin embargo de ellos toma lo que aún le faltaba. La « envoltura », es decir esa aureola indescriptible que une al personaje con el ambiente, esa atmósfera sutil, imposible de cristalizar en palabras, que alía la figura al aire y a los objetos que le rodean. Hasta entonces Velázquez se había preocupado de sus modelos aislados, desde entonces vivirán en un ambiente real y el espectador se preguntará si no van a terminar el gesto esbozado, si los labios no se van a entreabrir para una orden, un castigo, una burla o una tontera según que el rey, sus ministros, sus bufones o sus idiotas hayan posado en el oscuro taller del Palacio. De su estada en Roma nos queda el portentoso retrato de Inocencio IX.

Si quisiéramos usar una denominación introducida por el original y raro Whistler, lo llamaríamos « armonía de rojos ». En efecto rojo es el fondo, rojo el sillón, rojo el birrete, la manteleta roja; pero hay tal perfección en los matices, tal análisis sutil de las diferentes materias que rodean la astuta fisonomía del Papa, que parecería que espontáneamente los tonos ardientes se han dispuesto para hacerla resaltar. Y qué maravilla de expresión ! Cómo pinta bien esa mira-

da de soslayo al Pontífice cuya elección, fruto de discordias y encontradas ambiciones cardenalicias, fué una verdadera sorpresa. Al hombre vengativo y cruel que castigó la muerte del obispo de Castro, atacando al duque Rainucio, haciendo arrasar su ciudad y colocando sobre sus ruinas un siniestro cartel: Qui fù Castro !

Quitadle los atributos pontífices y quedará la « trogne » lúbrica del que dejaba en manos de sus favoritas Doña Olimpia la cortesana, y la Princesa de Rossano el comercio de las dignidades civiles y eclesiásticas, la venta de las influencias y la distribución de las prebendas !

Demasiado agradaba aquel ambiente a Velázquez, demasiado entusiasmo demostraba en sus relaciones de compras de obras pictóricas italianas, para que Felipe no se mostrara celoso. Una imperiosa orden le trajo de nuevo a su dorada prisión y de entonces datan sus más magistrales páginas. No es posible clasificarlas, prefiero abandonarme al hechizo e invitaros al placer de gustar su fugitiva presentación.

En la serie de retratos la fisonomía amarga del ampuloso don Luis de Góngora, hace « pendant » al rostro inteligente de don Francisco de Quevedo, más conocido por centenares de anécdotas apócrifas que por sus méritos reales de historiador, político y diplomático. Ved a Alonso Cano, el admirable escultor de tantas sagradas efigies y sobre todo de algunos Cristos impresionantes por su ruda naturalidad; Cristos que sangran, Cristos que doblegan su cuerpo en la cruz desgarrando sus carnes, Cristos dolorosos cuyos labios parecen entreabrirse para exhalar la amarga reconvención: Señor, señor, porqué abandonas a tu hijo !

Y ya que las creaciones religiosas de Cano nos entusiasman, digamos sin escrúpulo que Velázquez no fué jamás ni un místico ni un imaginativo. Talvez pensaba como Ingres, que al ser solicitada su opinión sobre un cuadro en el que figuraban múltiples dignidades del Paraíso Cristiano, contestaba con una « boutade », áspera pero saludable: « Ha visto Vd. alguna vez ángeles, para atreverse a pintarlos » ?

El Cristo de Velázquez, no es más que una fría academia, muy inferior por cierto a los Cristos de Ribera, Zurbarán, el Greco y otros místícos pintores contemporáneos.

Talvez siente mejor a la Virgen María, y su « Coronación de la Virgen » denota un gran progreso sobre la Inmaculada que habéis visto hace unos instantes como obra de juventud.

Ni el Padre Eterno ni Cristo son otra cosa que buenos « trozos » de pintura, pero la actitud de la Virgen es llena de nobleza, la disposición de los paños recuerda las buenas épocas del renacimiento toscano y en particular la cabeza pensativa y severa encarna bien el más suave y perennemente bello mito del Cristianismo secundario: la madre dulce y dolorida a quien está reservada el horrendo tormento de contemplar a su hijo clavado en la cruz y después recoger en su regazo su cuerpo lacerado, en cumplimiento del cruel mandato de un Dios terrible para quien jamás está bastante redimida la culpa original.

Cuando Velázquez aborda la Mitología, la realidad viviente le atenacea y le impide remontarse a las creaciones de Tiépolo, de Rubens, de Veronese y otros tantos maravillosos artífices neo-paganos del « Renacimiento » sublime.

Su « Baco y los Borrachos » le brinda la magnífica ocasión de seducirnos con una colección estupenda de alcoholistas.

Baco, robusto muchacho que está allí talvez para justificar el título del cuadro, distraída la mirada en quien sabe qué espectáculo, corona a un neófito cuyos rasgos juveniles presagian una talvez larga y borrascosa carrera. Pero en cambio observad las tres cabezas de borrachos de la derecha.

Uno jovial, con la taza rebosante en las manos aún no temblorosas, esboza una sonrisa un tanto rígida; está solamente « alegre »; el que le sigue, a duras penas imita esa sonrisa, pero la crispación de su frente indica la lucha contra el sueño tóxico; el tercero, viejo de bigotes relamidos y colgantes, es un « profesional » ¡ triste la mirada, levanta maquinalmente su vaso; para él, el vino no es placer, no es vicio, es costumbre ! Hay contra el marco otro lindo tipo;

le falta la copa pero la expresión casi estática de su rostro demuestra cuánto espera del peligroso envite de sus vecinos.

Entre los contados motivos mitológicos pintados por Velázquez hay uno que constituye el desmentido mayor a los que afirmaron que no sabía dominar el desnudo femenino; «Venus y Cupido», es una de las joyas de la National Gallery, de Londres, y fué recientemente mutilada por una imbécil sufragista, que me imagino flaca, fea y vieja, para justificar la envidia por las suaves y aterciopeladas carnes de la rubia afrodita.

Volviendo a los retratos que son base y coronamiento de la gloria de Velázquez os señalaré algunos que nos servirán de transición antes de abordar la incomparable serie de los enanos, bufones y vagabundos. Los del Príncipe Baltasar Carlos en traje de caza y luego con armadura de gala, dan la exacta impresión de un chicuelo que adopta una postura teatral pero cuya ingenua sonrisa ilumina todavía una personalidad en la que una etiqueta implacable que rige los menores movimientos y engrilla las iniciativas, no ha marchitado aún las expansiones propias de sus pocos años.

Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV, ceñido el cuello por almidonada gola, vestida con pesado brocato que cae en rígidos pliegues hasta cubrir casi la hopalanda de su montura, fija la mirada, desdeñoso el labio, como cabe a la esposa del que cree ser aún el más poderoso señor de la tierra, cabalga una hacanea de tardo y pausado paso.

Olvidaos de la reina y decidme si Velázquez al estudiar y legarnos este soberbio estudio de caballo, no ha hecho más por la gloria del arte que los incontables sucesores e imitadores de Tiépolo y de Rafael, que poblaron todas las paredes y techos disponibles con sus acaramelados angelotes asexuados, que aún hacen las delicias de las maestritas de pintura para señoritas!

Pero me falta presentar a Vds. la serie maravillosa. Menipo envuelto en raída capa, mira de soslayo; sus barbas hirsutas y despeinadas afirman muy leves preocupaciones de

higiene; no es sino un vagabundo, pero en sus correrías, al través de sus hambres insaciadas, ha conocido el mundo y extrayendo de la vida una cruda filosofía, la sazona con alegrías mordaces y sangrientas sátiras. Bien merece el título que lleva.

A su lado Esopo, ocupa un escalón social más elevado, el infolio que lleva al brazo indica que la vida no le bastó y que en los libros busca una enseñanza o un olvido; sus abotagados párpados, el rictus de su boca, los ojos que guiñan, componen una rara y desconcertante fisonomía. ¿Qué es? ¿un filósofo desencantado? ¿un poeta que presta a los animales de sus fábulas sentimientos que no encontró en los hombres? ¿Un cínico contento de su miseria que es sinónimo de libertad? Misterio. Esopo no es sino un título, pero al ver el cuadro surge la convicción que ese hombre ha vivido, ha sufrido, ha llorado talvez......

Ved los enanos y bufones: Nuestra vieja conocida Mari Bartola, especifica, acendroplásica ¿quien sabe?

El Primo, linda miniatura de hombre; frente amplia, mirada inteligente; le gustan los libros, sus «mots d'esprit» escritos en el desván que en Palacio le está reservado, circulan en la Corte bajo la capa. En ellos, amargo Rigoletto, se venga de los Grandes, descubre sus lacras, expone a la maledicencia sus miserias. Su cargo palaciego le permite libertades de lengua que los Ministros no osarían. Su figurita se yergue y se agiganta; anarquista «avant la lettre» sus cascabeles suenan para la monarquía española el toque de difuntos!

Don Antonio el Inglés es todo un personaje. Con justa intuición Velázquez lo muestra a la escala de un mastín. Le cubren ricas vestiduras, costosas plumas adornan su sombrero, se le mima talvez porque se le teme y no en vano. Sobre un maciso facial, grosero y bestial, de dos ojillos simiescos brota una mirada cargada de hiel; éste debe haber sido malo sin atenuaciones, inadaptado a su deformidad; en sus ojos Velázquez ha cristalizado el alma de un Yago.

Y ahora los inofensivos: Sebastián de Morra, acondroplásico claro, inteligente, apto talvez para hacer valer alguna beldad palaciega.

El Bobo de Coria, dulce imbécil, siempre sonriente, habílisimo en juegos de manos, como lo denotan los atributos que le rodean y el niño de Vallecas, lamentable harapo humano, raquítico y adenoideo, talvez hijo de alguno de aquellos tercios que conquistaron a Nápoles y allí el mal cuya denominación se tiran a la cabeza tres o cuatro naciones; verdadera túnica de Neso en la que consume sus carnes media humanidad.

Basta ya de miserias, terminemos esta larga conversación con una imagen apaciguadora y noble.

Corría el año de 1625, la rebelión flamenca no daba a los españoles un instante de reposo. Apenas sofocado un motín en una ciudad, en la vecina se encendía de nuevo la guerra. La lucha era tenaz y sin cuartel.

A las crueldades de los tercios, respondían las acechanzas de los « descamisados ».

Acorralado en Breda, un puñado de valientes capitaneados por Justino de Nassau, por diez meses tuvo a raya un aguerrido ejército, mandado, tal para cual, por el marqués de Spínola. Pero las fuerzas humanas tienen un límite, y una capitulación honrosa cerró el episodio.

Es este el momento que Velázquez, largos años después, eligió para su cuadro tan conocido como justamente famoso.

La Rendición de Breda o « Las lanzas » como también se le llama, és un cuadro de pintura histórica en el que a la justeza de observación objetiva se alza la profundidad del análisis psicológico.

Sobre un fondo azulado de paisaje en el que se perciben vagamente humaredas que se ciernen sobre tropas que aún combaten, dos grupos perfectamente diferenciados y prodigiosamente unidos se destacan con rasgos propios.

A la derecha los españoles altivos, rumbosamente pertrechados, ondeantes plumas en los chambergos, cinceladas

armaduras cruzadas por valiosos bandas , encuadrados por una valla de erguidas lanzas, que dan su nombre al cuadro. A la izquierda los flamencos con sus pesados mosquetes, con alabardas y picas de desusado modelo, sombríos los rostros como sombrías son sus ropas de burda tela. En el centro del cuadro formando un lazo de unión entre estos dos grupos tan apartados física como moralmente, el vencedor y el vencido.

Vedlos de más cerca.

Nassau se rinde, su mano tiende las llaves de la ciudad, su torso esboza una inclinación, pero la cabeza no sigue el movimiento; sus ojos, que impasibles vieron la muerte de cerca, buscan los del vencedor: Vencido pero no humillado, le dicen.

Spínola tiene demasiada experiencia de la vida y de la guerra, sabe de sus asechanzas, no ignora la volubilidad de la gloria. Su fisonomía abierta y fina, esboza una sonrisa, su torso detiene la reverencia de Nassau, sus labios parecen entreabrirse para la frase noble y justa, que ensalzando al vencido glorifica al vencedor.

No son dos enemigos, son dos rivales en la gloria ! y así los ha querido Velázquez, dejándonos una lección inmortal de humanidad, que es a la vez el más cruel proceso de las guerras injustas e inútiles.

Doblegado más por sus tareas palaciegas que por la edad murió Velázquez en Agosto de 1660, agostado por el esfuerzo de preparar la fastuosa mise en scene del casamiento de Luis XIV con la infanta María Teresa en España.

Casi tres siglos han corrido desde el momento que Velázquez, cual moderno Prometeo aherrojado en su roca, por un mísero salario figuraba entre la servidumbre de un rey, él que mereció ser servido por reyes. Mariana de Austria, Olivares, Felipe IV son pálidos fantasmas desdibujados en la bruma del pasado. Sus locuras, sus afanes, su poder, sus intrigas solo interesan al erudito, su única inmortalidad deriva de la perennidad de sus efigies.

En cambio Velázquez luce cada día con brillo más intenso. Su gloria no es española, es humana. El melancólico pintor que luchaba por conseguir un rincón del Palacio en qué instalar sus caballetes es hoy soberano al que la humanidad rinde homenaje y este homenaje no puede ser la banal lisonja ni el elogio estereotipado.

Un recuerdo de viaje sintetizará el sentimiento que quisiera conservarais después de haber admirado la obra colosal del artista sevillano.

En Florencia, en la Iglesia de la Santa Cruz, santuario de las más puras glorias italianas, un mal monumento está consagrado al divino Dante. Su inscripción sobria hace olvidar la burda factura: Onorate l'altissimo poeta. Y bien, en Madrid, junto al museo del Prado, un monumento sin carácter personifica a Velázquez, pero su inscripción expresa mi más profundo sentir frente a su genio.

En cinco palabras condensa lo que le hace amar, lo que le hace venerar, lo que le hace admirar:

Al pintor de la verdad!

AUGUSTO TURENNE.

LETRAS RIOGRANDENSES

Mansueto Bernardi

Es una de las figuras descollantes en su ambiente, donde su nombre disfruta de un elevado prestigio conquistado a fuerza de talento y laboriosidad.

Su obra literaria no es vasta, porque siempre ha debido repartir su tiempo entre las ocupaciones de los cargos que ha desempeñado y el culto del Arte.

Sin embargo, ha sido suficiente para afirmar su reputación de poeta, y los elogios tributados por toda la prensa de su país a su última producción, lo han consagrado en forma elocuente.

Ha colaborado asiduamente en la prensa de la capital riograndense y publicó en 1917 un pequeño poema titulado « Exaltación » en honor del insigne Bilac.

Su último libro « Tierra Convaleciente », es un conjunto de hermosas e inspiradas composiciones en que puede admirarse, junto a la belleza de la forma, la serena elevación de su pensamiento.

Del juvenil ardor de este poeta y de su temperamento laborioso y constante, mucho deben esperar aún las letras brasileñas.

DEIDADE IGNOTA

Tão linda como as rosas da Campania,
tão doce como os figos da Sicilia,
gerou-te, fructo de divina insania,
Pomona, acaso, á sombra de uma tilia?

Ou te fez, numa noite de vigilia,
de um feliz Pigmalião a arte expontãnea?
Ou nasceste das ondas, subitânea,
como a gloria da olímpica familia?

Nada sei e melhor é que assim seja.
Sofre meu coração, mas não deseja
nem de leve turbar-te a elisea paz.

E, obscuro, assim, de ti nada reclamo,
pois o superno amor com que te amo
só com amar-te, flôr, se satisfaz.

HUMILDE ANSEIO

Com ansias de regresso ao vegetal.
FIALHO d'ALMEIDA.

Porque, na floração original,
—ó espigas de framento e uvas opimas
que á espera estaes da ceifa e das vindimas—
não nasci em um simples vegetal?

Presa e raiz ao humus do chão natal,
entre aves e aguas chãs cantando em rimas,
seriam as roseiras minhas primas
e meus irmãos o louro e o cedro real.

Dar sombra á casa, ao campo, á estrada, aos muros.
Ser todo saude, amor, força, beleza.
Cobrir com braços verdes e seguros

a fonte humilde, o misero animal...
o mãe de todos nós, mãe Natureza,
porque não me fizeste vegetal?

MANSUETO BERNARDI

EL SACRIFICIO DE NACHA

(*Capítulo de la novela « Nacha Regules », que aparecerá próximamente, en la editorial «Vax»*).

Monsalvat ha encontrado en un cabaret a Nacha Regules, se ha enamorado de ella y la ha defendido contra la brutalidad de su amante. Monsalvat es un hombre serio, lleno de inquietudes. Está descontento de su vida anterior y del mundo que le rodea. Su alma comienza a despertar; la vida comienza a tener un sentido para él. Se introduce en casa de Nacha, que vive con su amante, y la invita a cambiar de vida. Ella se emociona fuertemente y le hace la confidencia de sus inquietudes; pero luego, vuelta a la realidad, lo echa a Monsalvat de la casa. Al día siguiente, el amante la arroja a ella. Nacha intenta ser honesta. El recuerdo de Monsalvat la guía. Pero la fatalidad es más fuerte que ella, y Nacha vuelve a caer en el vicio. Monsalvat, que no ha vuelto a verla, la busca desesperadamente, la busca por los lugares malditos, por ciertas casas de lujo donde se vende el placer, hasta que por fin la encuentra.

La tarde del cinco de Noviembre llegó a la casa de la paralítica muy temprano, a las dos de la tarde. La paralítica estaba sola y le rogó que le leyera. Un novelón infame, en varios tomos. Nacha, que llegara preocupada, triste, nerviosa, sin saber por qué, se distrajo con aquel relato de aventuras ridículas, narradas en una forma que a ella le resultaba cómica. Leyó casi una hora. La paralítica, mujer muy inteligente y sensata, despreciaba también aquellas historias de asesinatos espantosos y espeluznantes escenas. Pero no tenía otra cosa para distraerse y se hacía leer aquello. A las tres, la sirvienta, con cierta misterio, llamó a la señora. La paralítica se hizo conducir en su cochecito hasta la primera pieza de la casa. Al rato volvió, anunciando a Nacha una sorpresa.

—¿Quién es? Dígame quién es señora... Por amor de Dios... Si no me dice, no podré ir...

El corazón golpeaba en su pecho como el badajo tumultuoso de una campana. Golpes de temor, de dolor, de una ansiedad indefinible. Aquellos golpes decíanle que allí estaba Monsalvat. Y temblaba toda entera, asustada, vacilando entre huir o arrojarse en los brazos de aquel hombre que amaba.

—Es un amigo suyo. ¿Para qué quiere saber quién es? Yo no lo conozco, además. No sé su nombre. Sé que es buena persona, y me basta. La está esperando. Vaya pronto, mujer. Le aseguro que es un amigo... Pero, ¿qué le pasa? ¿Tiene miedo de algún mal? Yo necesito saberlo. Porque entonces no la dejo ir...

Estas palabras la decidieron. El temor de no verle se apoderó de su alma y de su cuerpo y la empujó por el corredor hasta la pieza donde la esperaban. Seguía temblando. Seguía sin saber qué le diría, qué actitud tendría. Un ansia de llorar comenzaba a acumularse en sus ojos. Todavía en la puerta, dudaba de entrar. Creía desmayarse. Las cosas se habían nublado. Solo veía a Monsalvat, ocupando el lugar de la puerta, que había desaparecido; llenando el corredor; mirándola apasionadamente allí dentro del cuarto. Oyó la voz de la paralítica que le mandaba entrar. Oyó la voz imperativa de su amor que le mandaba empujar la puerta... No supo más. Alguién debió abrir desde adentro y cerrar después. Temblaba y lloraba. El corazón golpeaba en aquella campana profunda que era su pecho. No lo había visto a él, a aquel hombre que adoraba, sino en un instante breve, pues, con las manos en el rostro, no veía nada. Pero lo sentía a su lado. Sentía su corazón junto al suyo. Sentía sus dos almas unidas. Levantó los ojos y le vió allí cerca, abrumado él también por el dolor y por la pasión.

El espectáculo de su amigo en aquella aflicción, le dió fuerzas a Nacha. Su llanto cesó. Compúsose el rostro lentamente. La hondura y obstinación de su mirar apartó las ma-

nos de los ojos de Monsalvat y los atrajo hacia los suyos· Quedaron abismados en aquella mutua mirada. Quedaron como formando una sola alma. Monsalvat se acercó y le tendió las manos. Ninguno de los dos podía hablar.

—Nacha... Aquella tarde me echó de su casa... ¿Porqué hizo eso? Fué entonces el comienzo de mi desgracia, de su desgracia. Talvez yo procedí mal, y ahora le pido perdón. Desde aquel día, solo he pensado en usted. El problema de su vida ha venido a ser el problema de mi vida. La he buscado par los lugares donde podía buscarla. La he buscado sufriendo espantosamente.

Permanecían unidos de las manos, el uno frente al otro, de pié. Nacha, en su emoción, bajaba la cabeza. No sabía cómo conducirse con aquel hombre bueno y sencillo. Pensaba que ella también debía ser sencilla. No tenía derecho a ocultarle nada, ni a disfrazar sus pensamientos ni a mentirle. No preveía el fin de aquella entrevista. No había resuelto nada de antemano. ¿Se dejaría llevar por los acontecimientos? Si Monsalvat quería hacerla suya, se le entregaría en cuerpo y alma. Sino, ¿qué pasaría? Monsalvat la había llevado a un sofá próximo, y allí hablaban ahora.

Monsalvat refirió cuanto había hecho por encontrarla. A veces le parecía que aquella mujer no era digna de una pasión como la suya, y temiendo el análisis, temiendo que su pensamiento quedase con aquella preocupación, se interesaba más en el relato, ponía más entusiasmo y emoción.

Todo sus sueños desfilaron también en larga caravana maravillosa. Y su vida de otros años, y su vida de ahora. Explicó los ideales que le atormentaban y sin los que ya no podría vivir. Había encontrado el sentido de la existencia: darse a los demás, hacerlo todo por los demas, vivir nuestra vida para los que necesitan de nosotros.

Nacha le escuchaba silenciosa. Ella, en ciertos momentos de ensueño, imaginó que su primera entrevista con Monsalvat, si alguna vez se encontraban, pasaría entre besos enor mes y cariños de una ternura extrahumana. Para ella, eso

era el mayor amor. Pero ahora comprendía que había otro mayor amor. Y estaba impávida, sorprendida, sin saber si alegrarse o entristecerse. Aquel hombre no era de su mundo. Era un enigma, era talvez un ser demasiado superior. Jamás lo comprendería. Ella, una pobre muchacha de la vida, sin talento, sin virtud, sin nada, ¿cómo iba a alzarse hasta un alma tan grande, tan pura, tan fuera de este mundo? ¡Así habían de ser los santos! Así, seguramente.

Y la tristeza embelleció su rostro. Monsalvat preguntó la causa. Nacha hizo un esfuerzo para no llorar. Toda su energía la puso en dominarse. Y se venció a sí misma. Ahora era fuerte. Una resolución acababa de definirse en su voluntad.

—Es que... yo no lo quiero a usted. No llegaría a quererlo nunca. ¡Yo jamás seré suya!

Monsalvat quedó hundido en una estupefacción dolorosa. No comprendía nada, absolutamente nada. Su experiencia de la vida le enseñaba que aquella muchacha tenía una pasión por él. Así se lo dijo el llanto, las miradas, las manos unidas, el lenguaje sencillo del corazón. No, él no se equivocaba en estas cosas. Había sentido la presencia de un gran amor entre los dos. La había sentido con la misma evidencia con que pudiera sentir una presencia humana. Y ahora... No, no era posible. ¿Qué misterio había allí? ¿Estaría Nacha dominada otra vez por Arnedo? Intentó convencerla de que sí le amaba ella.

—Su llanto de hace un instante, cuando entró en este cuarto... Ese llanto revela que me quiere. Sí, Nacha; me quiere. Sino, no hubiera llorado así. Era la emoción de verme, era...

—Lloraba al recordar toda mi vida, todas las desgracias de mi vida. No lo quiero. Es inútil. Jamás podré quererlo. ¡Ha sido tan bueno usted conmigo, tan generoso, tan leal! Lo quiero como a un amigo del alma, como a un salvador, como a un confidente...

Monsalvat comprendió en este momento hasta dónde llegaba su pasión. Más de una vez creyó que todo era el deseo de regenerar a aquella muchacha, digna de otra suerte. El deseo de evitar que dejase de ser una persona humana, cayendo al más hondo abismo del mal. El deseo de realizar una obra de bien, ya que hasta entonces solo de sí mismo se ocupó. Y también creía amarla. Pero su amor aparecía mezclado con todos aquellos sentimientos y preocupaciones. Ahora veía con terror que todos sus ideales, sus sentimientos, sus deseos de regeneración desaparecían o pasaban a un segundo término. Ahora, él era solamente un hombre que amaba, y ella una mujer, la mujer amada. Nacha ya no era una mujer que necesitase regeneración. Todo esto no existía, y solo quedaba el cuerpo y el alma de una mujer por la cual daría su vida. Se olvidó enteramente detodo. Una convulsión violenta agitaba su alma y su corazón.

—Sí me quiere, Nacha. Y debe ser mía. Mía para toda la vida. Le prometo hacerla feliz. Si hay en mí alguna ternura, alguna bondad, algún deseo de bien y de belleza, todo será para usted, Nacha. Haré lo que usted quiera, lo que usted mande...

Se detuvo con temor. ¿ Hasta dónde iba a llegar ? Pasó por su espíritu la idea de ofrecerle ser su marido. Enrojeció, turbóse profundamente. Parecióle absurda semejante cosa. Pero luego, pensando que aquella idea le salvaría, que talvez era lo único que le salvaría, se aferró a ella desesperadamente. Nacha no habría de negarse a un ofrecimiento así. Comprendería la magnitud de su cariño. ¡ Un hombre de su situación, un hombre de talento, respetado, casándose por amor con una pobre muchacha que había caído ! Nacha agradecería, estimaría su sacrificio.

—Nacha—comenzó Monsalvat con un acento augusto y solemne;—yo la haré mi mujer. Nos casaremos......

Nacha sintió una profunda conmoción. Quiso hablar y la voz se fué adentro de su ser. ¡ Qué horrible lucha ! Lo ama-

ba con una extraña pasión. En este momento más que nunca. Al oir sus palabras de bondad, más que nunca. Al oir su ofrecimiento, más que todo cuanto pudo amarlo nunca. Una voz le decía que cayera entre sus brazos. Algo la empujaba hacia él desde dentro de su ser. Pero otra voz le decía que ella no tenía derecho, ella una mujer caída, para unirse a un hombre como aquél. Aquella voz le gritaba que sería una criminal si aceptase la unión con aquel hombre, hundiéndole para siempre ante la sociedad. Aquella voz le ordenaba el sacrificio. Le ordenaba ser aún más sublime que él. Le ordenaba vencerse, sufrir, someterse a su destino y no arrastrarlo a él junto con ella. ¡ Voz espantosa, que surgió no sabía de dónde ! ¡ Voz que venía talvez desde aquella tarde, desde aquella palabra de Monsalvat ! ¡ Voz formidable que llenó toda el alma de la torturada, la afligida, la triste Nacha y la ordenó hablar y levantarse ! Su sacrificio habíale dado una extraña serenidad. Estaba pálida como una muerta. Sonreía para no llorar. Invocaba todo su amor para no ceder.

— Nos casaremos Nacha ! — clamaba Monsalvat desesperado.

Ella luchaba contra aquella voz que le aconsejaba ceder. Pero ya perdía sus fuerzas, ya iba a aceptar.

—¿ Por qué, Nacha ? ¿ Qué misterio hay en esto... Yo la quiero, usted me quiere...

La tentación fué vencida. Nacha recordó otros momentos de su existencia. Hizo un esfuerzo sobrehumano. Comenzó a reir.

—No, jamás podría quererlo. ¡ Amor ridículo ! No le creo además. Esto es una farsa indigna. Lo eché de mi casa y lo echaría otra vez. Ha querido burlarse de mí, de una infeliz muchacha de la vida. Ha querido ilusionarme, ¡ quién sabe con qué propósito ! Pero ahora, me reiré yo de usted. ¿ Sabe ? Me burlaré, como en el cabaret. ¡ Yo casada ! ¡ Y casada con usted, con un loco ! ¡ Yo, una ramera, convertida en señora honesta, llevando un apellido ilustre !

Y se echó a reír, con una risa sonora, falsa, abominable

Monsalvat se hundió en su asiento, con las manos en la cabeza, sollozando. No comprendía nada. Sacudíase todo su ser, temblando violentamente. « Está loca, se ha vuelto loca », rugía entre sollozos.

Nacha estaba a punto de desmayarse. Cuando le vió cubrirse el rostro, ella se volvió hacia la pared para dejar salir un llanto breve y desesperadamente angustioso. Algo desahogada, más fuerte en su fuerza, sentóse en una silla y esperó. Monsalvat no tardó en levantarse. Estaba palido él también. Se acercó a ella y le tendió una mano, casi sin mirarla.

—Alguna vez......—dijo, con voz impresionante, rota, afligente,—alguna vez... ¿nos veremos?

—Nunca! ¿Para qué? No lo quiero. Déjeme sola. Olvídese, si es verdad que me quiere. Y salga pronto. Estoy enferma. Déjeme sola...

Monsalvat no quiso insistir. No hubiera tampoco podido hacerlo. Tomó su sombrero y salió. Se fué como un hombre que está al fin de sus fuerzas. Parecía un enfermo, talvez un loco, quizá un borracho. Se fué vacilante. Y cuando salio, quedó su alma allá en ese cuarto. Un inmenso dolor llenó aquella pieza de vergüenza y miseria, y la dignificó, la embelleció, la engrandeció.

Nacha ya no podía más con su sufrimiento. Se arrancó el sombrero con un gesto desesperante, destrozándolo. Y gimiendo con los gemidos de mil dolores inmensos, llorando con el llanto de mil desgracias funestas, se arrojó sobre el lecho de impureza, hecha un doliente gemido, hecha un doliente y clamoroso llanto.

La paralítica apareció en la puerta. Creyó comprender el drama de Nacha, y no le dijo una palabra. Prefirió alejarse. Quedóse adentro un cuarto de hora, conversando con las muchachas, un poco entristecida por aquella tragedia interior que le recordaba viejos dolores íntimos de su alma. Ella también en su juventud tuvo un amor allá en Italia. Y el amor quedó trunco, violentamente trunco. Luego vinie-

ba con una extraña pasión. En este momento más que nunca. Al oir sus palabras de bondad, más que nunca. Al oir su ofrecimiento, más que todo cuanto pudo amarlo nunca. Una voz le decía que cayera entre sus brazos. Algo la empujaba hacia él desde dentro de su ser. Pero otra voz le decía que ella no tenía derecho, ella una mujer caída, para unirse a un hombre como aquél. Aquella voz le gritaba que sería una criminal si aceptase la unión con aquel hombre, hundiéndole para siempre ante la sociedad. Aquella voz le ordenaba el sacrificio. Le ordenaba ser aún más sublime que él. Le ordenaba vencerse, sufrir, someterse a su destino y no arrastrarlo a él junto con ella. ¡ Voz espantosa, que surgió no sabía de dónde ! ¡ Voz que venía talvez desde aquella tarde, desde aquella palabra de Monsalvat ! ¡ Voz formidable que llenó toda el alma de la torturada, la afligida, la triste Nacha y la ordenó hablar y levantarse ! Su sacrificio habíale dado una extraña serenidad. Estaba pálida como una muerta. Sonreía para no llorar. Invocaba todo su amor para no ceder.

— Nos casaremos Nacha ! — clamaba Monsalvat desesperado.

Ella luchaba contra aquella voz que le aconsejaba ceder. Pero ya perdía sus fuerzas, ya iba a aceptar.

—¿ Por qué, Nacha ? ¿ Qué misterio hay en esto... Yo la quiero, usted me quiere...

La tentación fué vencida. Nacha recordó otros momentos de su existencia. Hizo un esfuerzo sobrehumano. Comenzó a reir.

—No, jamás podría quererlo. ¡ Amor ridículo ! No le creo además. Esto es una farsa indigna. Lo eché de mi casa y lo echaría otra vez. Ha querido burlarse de mí, de una infeliz muchacha de la vida. Ha querido ilusionarme, ¡ quién sabe con qué propósito ! Pero ahora, me reiré yo de usted. ¿ Sabe ? Me burlaré, como en el cabaret. ¡ Yo casada ! ¡ Y casada con usted, con un loco ! ¡ Yo, una ramera, convertida en señora honesta, llevando un apellido ilustre !

Y se echó a reír, con una risa sonora, falsa, abominable

Monsalvat se hundió en su asiento, con las manos en la cabeza, sollozando. No comprendía nada. Sacudíase todo su ser, temblando violentamente. « Está loca, se ha vuelto loca », rugía entre sollozos.

Nacha estaba a punto de desmayarse. Cuando le vió cubrirse el rostro, ella se volvió hacia la pared para dejar salir un llanto breve y desesperadamente angustioso. Algo desahogada, más fuerte en su fuerza, sentóse en una silla y esperó. Monsalvat no tardó en levantarse. Estaba palido él también. Se acercó a ella y le tendió una mano, casi sin mirarla.

—Alguna vez......—dijo, con voz impresionante, rota, afligente,—alguna vez... ¿nos veremos?

—Nunca! ¿Para qué? No lo quiero. Déjeme sola. Olvídese, si es verdad que me quiere. Y salga pronto. Estoy enferma. Déjeme sola...

Monsalvat no quiso insistir. No hubiera tampoco podido hacerlo. Tomó su sombrero y salió. Se fué como un hombre que está al fin de sus fuerzas. Parecía un enfermo, talvez un loco, quizá un borracho. Se fué vacilante. Y cuando salio, quedó su alma allá en ese cuarto. Un inmenso dolor llenó aquella pieza de vergüenza y miseria, y la dignificó, la embelleció, la engrandeció.

Nacha ya no podía más con su sufrimiento. Se arrancó el sombrero con un gesto desesperante, destrozándolo. Y gimiendo con los gemidos de mil dolores inmensos, llorando con el llanto de mil desgracias funestas, se arrojó sobre el lecho de impureza, hecha un doliente gemido, hecha un doliente y clamoroso llanto.

La paralítica apareció en la puerta. Creyó comprender el drama de Nacha, y no le dijo una palabra. Prefirió alejarse. Quedóse adentro un cuarto de hora, conversando con las muchachas, un poco entristecida por aquella tragedia interior que le recordaba viejos dolores íntimos de su alma. Ella también en su juventud tuvo un amor allá en Italia. Y el amor quedó trunco, violentamente trunco. Luego vinie-

ron los malos días, lejos de su familia, abandonada de todos. Se entregó a otros hombres a quienes no quería. Sufrió con toda su alma. Vino a parar en la existencia infamante que llevaba, viviendo del vicio ajeno, en un ambiente que en nada se parecía al dulce hogar de sus padres, de sus buenos padres que habíanse ido de la tierra llorando el deshonor de la hija. Ahora, vieja, enferma, ¿ qué podía hacer sino seguir así ? No quiso entristecerse más. Tenía experiencia de la vida y sabía que la tristeza perjudica a los intestinos y al hígado. Y charló con las muchachas, con la alegría de todas las veces en que había comenzado a ponerse triste.

Luego entró un amigo que solía colarse hasta allí, para elegir su amiga ocasional. Era un simpático muchacho que se prendara de Nacha. Preguntó por ella a la paralítica, en secreto, para no ofender a las demás con su preferencia. La paralítica se hizo conducir en su cochecito adonde estaba Nacha. Aún seguía ella llorando, hundida la cabeza en el lecho impuro.

—Nacha... no llore tanto, hija. ¿ Para qué sufrir de esa manera ? ¡ Oh, los hombres no valen nada, mujer ! Desprécielos. Usted vale más que el mejor de ellos. Porque usted tiene corazón. Mientras ellos, ¿ qué tienen ?

Dijo una obscenidad, contestándose a sí misma, y se puso a reir.

—Vaya, Nacha. Está un amigo suyo. Todos son iguales y ninguno vale más que otro. ¡ Canallas y canallas ! Ellos pierden a las mujeres y después las abandonan y las desprecian. Vaya, mujer. Diviértase un rato con su amigo...

Le hizo una caricia en el hombro. Le dijo que lo mandaría a ese cuarto al amigo y se dispuso a salir. Nacha se irguió repentinamente. Secóse las lágrimas, y casi tranquila, fuerte otra vez, dijo:

—No, no señora. No lo mande. Ni a él ni a ningún otro. Voy a irme para siempre.

—¿ Por qué, mujer ? ¿ Está enojada conmigo ?—exclamaba atónita la paralítica, viéndola ponerse el sombrero. —¿ No vuelve más a esta casa ?

—Ni a esta ni a ninguna otra. No estoy enojada, señora. Ha sido muy buena conmigo, usted. Yo se lo agradezco. No la olvidaré nunca.

—¿Y entonces... ? preguntó la paralítica, desorientada.

Nacha callaba, terminando de arreglarse. Luego besó a la paralítica, le tomó ambas manos y le dijo, llorosa, mientras la barbilla temblábale:

—Es que... quiero ser digna de ese amor...

—Ah, comprendo. Quiere ser honrada un tiempo para casarse después...

La paralítica dijo esto sencillamente, convencida de que no podía tratarse de otra cosa. Pero la expresión de Nacha le mostró que no era eso. Algo más grande, más bello, más raro, aparecía en los ojos de aquella sufriente criatura.

—¿Qué es entonces? Dígamelo. Ya sabe que yo la estimo, mujer. Y que haré por usted todo lo que me pida... Si quiere ser honrada y precisa dinero para serlo, sobre todo al principio, yo haré el sacrificio de dárselo. Economizaré para dárselo.

Conmovida, Nacha contestó:

—¡Qué buena es usted, señora! Le agradezco sus palabras con toda el alma. Y porque es tan buena, se lo diré. No, yo no pienso casarme. Jamás aceptaría que él se sacrificara en esa forma. Pero él me quiere con una enorme pasión. El destino me ha elegido para que me quieran de ese modo tan grande, con tanta pureza. Y quiero ahora ser honrada. No para casarme, sino para ser digna de esa elección, para ser digna de ese amor, para ser digna de estar en sus pensamientos y en su corazón...

La paralítica la atrajo hacia sí y la abrazó, profundamente emocionada. Nacha soltóse enseguida, a punto de llorar. Y sin decir una palabra más, salió del cuarto precipitadamente y se lanzó escaleras abajo.

Hacía muchos años que no era tan feliz como en ese instante.

MANUEL GALVEZ.

GÉNESIS

El que todo lo anima con inmortal esencia
Plasmó la noble forma de tu carne desnuda.
Creciste bajo el Arbol divino de la Ciencia
Donde entre frutos de oro la Serpiente se escuda...

Luego, la Hembra humana vino al mundo en tu ayuda
Y el fervor inefable de su blanca inocencia
Se detuvo ante el Arbol; tú forjaste la Duda
Y en ese instante mismo tuvo luz la Conciencia!

Oh!, Señor, desde entonces la Esperanza perdida
Se irguió como un designio fatal sobre la Vida...
Y el Hombre, bajo el peso de su propia condena,

Vió su mal en el germen de las generaciones
Y al perder los dominios de sus altas regiones,
En el ánima triste quedó un fondo de pena......

1919 MANUEL DE CASTRO

ITINERARIO INTIMO

La bondad es la suprema virtud.

No se puede ser bondadoso sino siendo al mismo tiempo muy inteligente, porque no se puede ser inteligente sin concebir nada que no sea bueno.

Los pequeños, los medianos, aunque sean bien intencionados, son injustos porque no llegan a la altura debida. Solo las grandes inteligencias abarcan la vida desde un punto de vistamuy amplio y saben que antes de juzgar a nada ni a nadie es menester considerar muchas razones, muchas relatividades, muchas cosas que pueden estar muy ocultas y no revelarse sino a un examen muy profundo. Los grandes inteligentes tienen tal calidad de alma que abarcan y comprenden a todas las demás. Aman a las buenas porque son buenas y aman tambien a las malas porque saben cuantas razones hay en el mundo para hacerse malo y porque sufren intensamente a su contacto.

Al lado de la bondad, la sinceridad.

Casi todos sienten el afán de agregar una buena parte de imaginación a las cosas y a los acontecimientos, y es a causa de esto que la vida está llena de complicaciones.

Ser sincero es muy difícil. Si queremos serlo debemos empezar por nosotros mismos. Para esto la duda es excelente; pero la duda razonada, la que nos enseña a analizar nuestras acciones y a hacernos ver muchas veces que hemos hecho cosas, en apariencia nobles, guíados solamente por móviles mezquinos. De esta manera, viéndonos tales como somos, aprenderemos a estimarnos en nuestro justo valor y trataremos de hacernos cada vez algo mejores.

La sinceridad para consigo mismo trae forzosamente tras de si la sinceridad para con los demás. Y si todos tratáramos de decir las cosas por su nombre ¡ cómo se simplificaría la vida y qué naturales serían las relaciones de los hombres ¡

Implacablemente y a cada rato, el matrimonio sacaba a relucir los defectos de N.

Al fin no pude más. Señora, tiene Vd. razón en casi todo lo que dice; pero, por favor, no insista más. N. es mi amigo y yo, a pesar de todo, lo quiero mucho.

La señora se rió.

—¿ Porqué se rie ?

—Nada, me asombra su bondad. ¡ Qué cosas le pueden pasar a Vd ¡ Perdone mis palabras; pero es Vd. demasiado bueno.

—Señora, yo aprecio en toda la gente la bondad antes que nada, y si todos nos perdonáramos nuestros defectos seríamos más felices y mejores.

—Pero es que hay defectos y defectos. Su doctrina es la de Cristo.

—Si, señora, soy un Cristo perfecto.

El matrimonio volvió a reírse nuevamente.

Me encuentro hoy en uno de esos estados de alma en que la ternura unida a la bondad hace ver las cosas tales como son; en que se echa de menos, con un poco de amargura y otro poco de tristeza, las maldades y las mentiras humanas; y en que, a fuerza de estar contento, se perdonan las pequeñas miserias, se piensa solo en nuestra dicha y se la desea igual para todo el mundo, aunque no nos la deseen a nosotros.

Y en este estado pienso que vale más ser siempre completamente bueno, aunque nos hagan daño, que ser malo, so pretexto de que no nos confundan con un zonzo.

El recuerdo, en determinadas situaciones, tiene un encanto que en vano trataría de encontrarse en la vida real. Evocamos cosas agradables, delicadas, de hace poco, de hace tiempo... y de la evocación resulta un estado de alma delicioso.

Es casi seguro que los poetas han de sentir y pensar sus mejores producciones en estados de alma semejantes. Por eso quizás los poetas dicen y sienten cosas que no hacen como hombres.

Z, que tiene una excelente opinión de si mismo, se exaspera fácilmente cuando se ponen al descubierto sus flaquezas.

El otro día, Z tuvo una discusión con su amigo X de la que salió muy mal parado. Antes, éste reunía todas las cualidades. Ahora no tiene ninguna. Al amigo, cuando lo era, todo le estaba permitido y nada de lo que hacía era malo. Ahora, que no lo es, todo le está vedado y nada de lo que hace es bueno.

¿ Hasta cuando la vanagloria de la gente hará prevalecer en la humanidad este estrecho concepto de amistad y este pobre concepto de justicia ?

Dostoyeusky hace pensar y sentir porque él mismo ha sentido en carne propia y piensa hondamente lo que dice. Capaz, por esto mismo, de sentir y conmoverse ante el sufrimiento ajeno, sus libros están impregnados de ternura y simpatía para todos los seres de la tierra. Nunca, creo, un escritor ha llegado tan adentro en el análisis de los móviles humanos y de las complejidades de las almas. ¡ Con qué sencillez, ingenuidad y maestría nos muestra los caminos que llevan a los hombres a tantas partes diferentes ¡ ¡ Cómo nos enseña a tolerarlo todo y a perdonarlo todo ¡

Pero ¿ nos enseña a todos o solamente a los que somos capaces de sentir y sufrir tan hondamente como él ?

Los que sufren son los únicos que enseñan.

Pero los demás ¿ comprenden ?

ALBERTO BRIGNOLE.

GLOSAS DEL MES

D'Annunzio.

Pocas personas —queriéndolo o sin querer,— han hecho más ruido en el mundo que este alto poeta latino.

La fama que conquistara con sus obras literarias lo hizo pasto fácil del comentario, de la glosa y hasta del bajo chisme.

Un río de tinta ha corrido para aclarar si se llamaba D'Annunzio o Rapagneta. El remate de sus muebles hizo hablar durante varios meses a la prensa mundial y nada decimos de sus amores con la gran trágica de su patria, conocidos hasta por los monaguillos en sus últimos detalles.

Justa o injustamente lo cierto es que el poeta daba la sensación de un ser atormentado por la necesidad del exhibicionismo y lo peor del caso era que no había en sus actos nada que lo hiciera realmente amar por arrestos singulares y que, con su actitud, justificaba la creencia de aquellos que no veían en él más que un frívolo poeta a quien fuera imposible vivir lejos del tinglado de la notoriedad.

Pero el D'Annunzio de ahora no es indudablemente aquel que conocimos en la época de « El Fuego » y « Las Vírgenes de las Rocas ».

Puede ser que la misma vanidad de entonces lo dinamice, pero es forzoso reconocer que ha cambiado de escenario, y que de sujeto melodramático se ha trocado en héroe de epopeya.

Hay quien no ve en sus últimas hazañas más que nuevos motivos de reclame, iguales a los que lo llevaron un día a poner en subasta pública sus muebles y sus cuadros, o a revelar,—dicen,— sus íntimos amores explotando la celebridad de su amante. Los que así lo juzgan rinden un excesivo culto al *parti pris*. Los hechos hay que apreciarlos tal como se presentan a nuestros ojos, y en todo caso, si siempre las mezquinas intenciones dieran lugar a grandes acciones, sería cosa de preguntarse si no es una lástima que no existan más seres mezquinos en la tierra. Por otra parte es imposible negar que aún en los hechos más altruistas, hay un denso fondo de egoísmo; esta es una ley tan absoluta que ni el mismo Nazareno escapa a su rigor.

Se dice que D'Annunzio ha expresado, hace poco, que en Italia solo ha habido dos hombres maestros a un tiempo en el pensamiento y en la acción: Leonardo de Vinci y él. No obstante la ancestral re-

pulsión que toda egolatría despierta, hay que confesar que esa frase encierra una gran fuerza de verdad.

Lo quieran o no sus enemigos, D'Annunzio representa uno de los más íntimos connubios que hayan existido entre la fuerza y la idea.

Su voz, nacida, al parecer, solo para provocar éxtasis espirituales, adquiere de pronto el tono profundo de la de un bardo ossiánico, y sonando como un clarín épico sobre la roca del Quarto, arma el brazo de varios millones de hombres.

Ella sola, puede decirse, obligó a Italia a entrar en el huracán que a su lado silbaba sin tocarla. Sus políticos, sus militares, sus burgueses, sus aldeanos, sus obreros, al son de aquella voz singular, se movieron como por un resorte mágico.

Entonces hasta llegó a creerse que el oro francés había comprado a aquel ruiseñor maravilloso y se supuso que, una vez concluída su misión, el ave callaría para gozar opíparamente su prebenda.

Mas las pupilas asombradas vieron al pájaro cobrar al instante la forma del guerrero y elegir, amigo siempre del espacio azul, la aviación: el arma más peligrosa, expuesta doblemente a la contraria acechanza y a la traiciones del destino.

Oficial de un submarino en el heroico ataque a Pola, comandante de «La Serenísima», nombre que por sí solo es un poema, fué piloto en los vuelos más arriesgados. De uno de ellos llegó a su patria casi ciego y revelando un temple de héroe, no curado todavía de sus heridas, Viena lo ve atónita sobre su cielo arrojando en vez de petardos homicidas, líricas proclamas, llenas de fervor patriótico y de condena para el asesinato inútil.

Y torna, otra vez, a ser extraordinario ruiseñor para cantar a la esperanza después del desastre de Caporetto e invitar al sacrificio heroico sobre las aguas del Piume. Ninguna de las naciones que han entrado en lucha, con ser las más populosas de la tierra, ni aún la misma Francia, patria de los grandes espíritus, ha tenido un bardo como este, cuyas arengas valieran tanto o más que las espadas para conseguir la victoria.

El ha sido un héroe en el sentido Carlyliano de la palabra y, sin duda alguna, cuando Italia busque una figura en quien sintetizar la angustia y el horror sublime de este período trágico de su historia, ninguna encontrará más digna que la de D'Annunzio para ser perpetuada en bronce y en granito.

La última de sus hazañas, digna del Jefe de los Mil, cuya figura parece obsediarlo, es de una audacia tan bella, que no puede menos de rendírsele admiración. La han llamado aventura tartarinesca, episodio literario sin consecuencias y sin grandeza.... Nosotros, como todas las personas extrañas a los intereses en juego, nos sentimos

inclinados a condenarla por el peligro que para la paz significa y hasta por el atentado que podría representar para la causa de la justicia; pero no dejamos de reconocer que esta conquista de Fiume realizada por un poeta-soldado cuyas proclamas suenan como el bronce y tienen impetu torrencial, es uno de los hechos más emocionantes, líricamente hablando, de este crepúsculo guerrero.

Para los que cultivamos la religión del verbo y creemos en la fuerza de la belleza, ese acto tiene un valor trascendental, porque nos asegura que la poesía no ha perdido su imperio en el mundo y es capaz de arrastrar, como los ríos, todos los cienos bajo su manto azul...

JOSE MARIA DELGADO.



Nos vemos nuevamente en la necesidad de dejar para los números próximos el trabajo sobre Ariel, del Dr. Carlos M. Prando.— Pedimos disculpa a nuestros lectores.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Diálogos Olímpicos. Cristo y Mammon. — Por CARLOS REYLES, 1919.

Siguiendo el plan que, con tanta originalidad como buen gusto, ha elegido este eminente pensador y literato nuestro para darnos a conocer sus conceptos sobre la vida y su opinión sobre algunos problemas fundamentales que afectan a la humanidad, Reyles, en esta segunda parte de su obra, coloca frente a frente a Cristo y a Mammon, es decir, al representante más genuino del desinterés y al Dios del egoísmo.

Delante del tribunal Olímpico, presidido por Zeus y en donde todavía perduran los ecos de la magnífica controversia sostenida por Apolo y Dionisos, Dioses del espíritu y la materia, el dulce Nazareno, « con las flacas manos cruzadas sobre el hundido pecho, el rostro demacrado y la mirada afligida » y el viejo Pluto rejuvenecido y escandalizando un poco la majestad del Empireo con su vestidura de perfecto y moderno gentleman, con monóculo y un habano encendido entre los labios, oponen las razones que ambos tienen para pretender gobernar al mundo.

Digamos desde ya que en esa justa el triunfo corresponde a Mammón, de una manera tan amplia que todos los Dioses, sin exceptuar al mismo Jesús, lo reconocen.

Quien conozca la tesis esbozada por Reyles en « La Muerte del Cisne » y desarrollada ahora con toda amplitud en los dos tomos de sus « Diálogos », no puede extrañarse de esta conclusión, por más peregrina que parezca.

Es un libro, pues, que desconcierta y hace vacilar las ideas ancestralmente arraigadas en el fondo de las almas. El autor cree ¡ cómo no creerlo ! que la bondad, el amor al semejante, el desprecio por el oro, el altruísmo, deben ser los pilares angulares sobre los que se asiente la humanidad; pero no opina que a ese desideratum se vaya por la ruta que nos trazara el Nazareno, y veinte siglos de experiencia parecen hablar por su boca.

Se ve bien que el autor se coloca para mirar la vida dentro de la realidad y ama construír el palacio de sus ideas no con los frágiles cristales del ensueño, sino con la piedra dura y el granito eterno de la verdad.

Algunos creen, desconociendo evidentemente el fondo de sus doctrinas, que Reyles está embarcado en una tendencia funesta, porque suponen que nuestras sociedades son asaz mercaderes ya y si algo necesitan son filósofos que fustiguen su inclinación a la venalidad y al interés. De ahí el triunfo obtenido por otro gran pensador nuestro que podría ser considerado como antagónico de Reyles y decimos *podría*, porque este antagonismo, en realidad, es solo aparente. Estamos seguros que si el autor de « La Raza de Cain » creyera consolidar por este medio la paz, el desinterés y todos los altos postulados humanos, sería el primero en esgrimir un látigo de triple trenza.

Reyles cree, con más sentimiento de la realidad, que el egoísmo está en la sustancia íntima de nuestra arquitectura y es, a pesar de todo, el más poderoso motor con que cuenta la humanidad para marchar a la conquista de sus destinos. Todo cuanto significa, tanto en materia de arte, como de ciencia, como de religión, un progreso, un nuevo peldaño alcanzado, débese, casi exclusivamente, al imperio de esta fuerza; bien es cierto que también produce, cuando se la maneja sin freno alguno, hecatombes y retrocesos.

Pero, entonces, lo que debe hacerse, no es destruir el sentimiento del interés, cosa imposible por otra parte, sino encauzarlo para sacar de él los frutos magníficos que puede dar, inclusive aquellos que le son más contradictorios.

Llegar al altruísmo por el egoísmo, a la afirmación por la negación; ser fuerte para poder ser nobles y librarnos de ser víctimas de nuestra nobleza, ser ricos para poder ser ampliamente generosos: en eso estribe el fundamento y el concepto original de Reyles.

No es, pues, un positivista puro como se dice, está al lado de los que sueñan y bregan por el mejoramiento espiritual y moral de la especie. Quiere orientar las fuerzas oscuras, dar al Quijote la parte de Sancho que precisa para triunfar, hacer, en una palabra, con nuestros instintos y pasiones, lo que se hace con el raudal de las cataratas, trasformarlos de impulso ciego, en fuente de progreso, de vida y de luz.

De este modo quien, mirado superficialmente, podría pasar como un exaltador y propagador de sentimientos inferiores, surge, en realidad, como un apóstol de las más altas virtudes; y el idealista más empedernido debe mirar con profunda simpatía su obra ya que ella muestra el camino más certero, y acaso el único, para poder hacer práctica y real esa humanidad mejor a la que aspiran todos los hombres bien intencionados.

Tratándose de quien se trata, un eximio maestro del decir, creemos innecesario agregar a este pequeño juicio el homenaje de nuestra admiración para su prosa. Reyles en esta obra, como en todas las

suyas, sobrecoge por la precisión, la flexibilidad y la galanura de su forma. Un tema árido de si, como lo son las especulaciones filosóficas, adquiere al conjuro de sus manos de artífice no sé qué influjo cautivante y musical que deja en el lector un sentimiento de pesar cuando con la última página del libro concluye de extasiarnos. — J. M. D.

De Profundis. — OSCAR WILDE, traducido por A. A. VASSEUR. — Editorial América, Madrid 1919.

Este tomo nuevo de la Editorial América, nos trae el esfuerzo de un compatriota estudioso y trabajador, al evocarnos en una traducción hermosísima el espíritu atormentado de Oscar Wilde.

« De profundis » reune las páginas desengañadas y esperanzadas que Wilde escribió en la cárcel, antes que volviera al mundo real deshecho para siempre.

Oscar Wilde tiene detractores y fanáticos a granel. Su obra y su vida levantaron un remolino. Sin embargo tenemos que convenir que su arte es admirable y que su genio triunfará de la muerte y de la vida, a pesar del olvido con que los ingleses quisieron tapiar la puerta de su celda.

De todas las invectivas arrojadas contra su obra, sólo podríamos tener en cuenta la del pintor Wislers, que acaba de contarnos Gómez Carrillo en sus memorias, y que se traduce en la ironía de aquella anécdota: « ¡ Oh ! esa es una frase que yo habría querido hacer »,— que dijo Oscar,—y que Wislers, muy frío, respondió: « Tranquilízate.... ya la harás »....

Algo hay en realidad en las obras de Wilde, de las obras de todo el mundo, pero la acusación que pudo pesarle como una cruz, es muy vaga y muy torpe para ese genio que tuvo en sus manos al éxito, a la gloria, al arte, como se tiene durante un rato una moneda, una flor o una piedra.

« De Profundis » está salpicada de divagaciones difusas, propia del estado anímico de Wilde,—pero tiene bellezas innumerables, hondas, resplandecientes, nuevas.

Y sobre todo, confunde el pensamiento del lector, que un hombre así, que ahonda la vida buscando la médula de tan alta y tan bella manera, tuviese al mismo tiempo que comenzar el día arrodillándose para lavar el piso de la celda.....

« Hay días que es necesario tener una frente de bronce, labios despreciantes para poder llegar hasta la noche »,—dice a cierta altura,— y estremece el alma al decirlo.

Sostiene en otra parte, con el ingenio de siempre, que todo se realiza en el cerebro, los grandes placeres y los grandes delitos, puesto que no vemos con los ojos ni oímos con los oídos, y puesto que « es

en el cerebro donde la amapola enrojece, la manzana aroma y la alondra canta. »

—Y termina temblando de placer, al solo pensamiento de que el día que recupere la libertad el citiso y la lila florecerán en los jardines y verá moverse al viento con estremecimientos de belleza el oro ondulante del uno y los penachos pálidos de la otra. « Yo sé que me esperan lágrimas en los pétalos de la rosa » dice enseguida. Y agrega con una honda fuerza de belleza: « La sociedad, tal como la hemos constituído, no tendrá ningún puesto para mí ni me ofrecerá ninguno el día de mi libertad: pero la naturaleza, cuyas dulces lluvias caen tanto sobre los justos como sobre los injustos tendrá en las rocas alguna hendidura donde podré esconderme y me ofrecerá valles secretos en cuyo silencio podré llorar sin que me distraigan. Ella hará resplandecer las estrellas en la oscuridad de las noches para que yo no tambalee en las tinieblas, hará soplar el viento sobre la huella de mis pasos para que nadie me persiga a muerte, me lavará con sus inmensas aguas y me curará con sus hierbas amargas ».

Así la obra,—que sólo tiene al fin, para completar las páginas del tomo, unas cuántas máximas de escaso valor, que la filosofía popular lleva gastadas bajo las ruedas negras de la vulgaridad,—y que Oscar Wilde no habría coleccionado nunca, a riesgo de que triunfara la ironía de Wislers.

De la traducción, que nos resulta muy aceptable —puede estar satisfecho el espíritu laborioso de Armando Vasseur. — T. M.

Idolos Rotos. — Novela de Manuel Diaz Rodriguez. — Editorial América. — Madrid 1919.

El libro principia bien. Un lenguaje cuidado y florido esmalta los capítulos de presentación. El autor se dijera que va con fino sentido estético, haciendo el proceso de su novela. Pero he aquí que antes de la mitad del libro ya nos sentimos fatigados. El ambiente americano al cual nos transporta Díaz Rodríguez nos interesaría sin el detallismo con que nos vemos obligados a considerarlo. «Idolos Rotos» tuvo un éxito considerable en el país del autor. Sin duda, hay un espíritu crítico valiente fustigando costumbres. Merecen conocerse las ideas de Manuel Díaz Rodríguez, opuestas al chauvinismo vergonzante de muchos de nuestros jóvenes. Sin ser una buena novela, ni siquiera una novela interesante, esta obra, reimpresa por Blanco Fombona, concita nuestra atención. — V. A. S.

PEGASO

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 DE OCTUBRE 120.

Suscripción mensual: 0.50 $ oro.

Avisos: Convencional.

MONTEVIDEO (Uruguay)

en el cerebro donde la amapola enrojece, la manzana aroma y la alondra canta. »

—Y termina temblando de placer, al solo pensamiento de que el día que recupere la libertad el citiso y la lila florecerán en los jardines y verá moverse al viento con estremecimientos de belleza el oro ondulante del uno y los penachos pálidos de la otra. « Yo sé que me esperan lágrimas en los pétalos de la rosa » dice enseguida. Y agrega con una honda fuerza de belleza: « La sociedad, tal como la hemos constituído, no tendrá ningún puesto para mí ni me ofrecerá ninguno el día de mi libertad: pero la naturaleza, cuyas dulces lluvias caen tanto sobre los justos como sobre los injustos tendrá en las rocas alguna hendidura donde podré esconderme y me ofrecerá valles secretos en cuyo silencio podré llorar sin que me distraigan. Ella hará resplandecer las estrellas en la oscuridad de las noches para que yo no tambalee en las tinieblas, hará soplar el viento sobre la huella de mis pasos para que nadie me persiga a muerte, me lavará con sus inmensas aguas y me curará con sus hierbas amargas ».

Así la obra,—que sólo tiene al fin, para completar las páginas del tomo, unas cuántas máximas de escaso valor, que la filosofía popular lleva gastadas bajo las ruedas negras de la vulgaridad,—y que Oscar Wilde no habría coleccionado nunca, a riesgo de que triunfara la ironía de Wislers.

De la traducción, que nos resulta muy aceptable —puede estar satisfecho el espíritu laborioso de Armando Vasseur. — T. M.

Idolos Rotos. — Novela de Manuel Diaz Rodriguez. — Editorial América. — Madrid 1919.

El libro principia bien. Un lenguaje cuidado y florido esmalta los capítulos de presentación. El autor se dijera que va con fino sentido estético, haciendo el proceso de su novela. Pero he aquí que antes de la mitad del libro ya nos sentimos fatigados. El ambiente americano al cual nos transporta Díaz Rodríguez nos interesaría sin el detallismo con que nos vemos obligados a considerarlo. «Idolos Rotos» tuvo un éxito considerable en el país del autor. Sin duda, hay un espíritu crítico valiente fustigando costumbres. Merecen conocerse las ideas de Manuel Díaz Rodríguez, opuestas al chauvinismo vergonzante de muchos de nuestros jóvenes. Sin ser una buena novela, ni siquiera una novela interesante, esta obra, reimpresa por Blanco Fombona, concita nuestra atención. — V. A. S.

PEGASO

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 DE OCTUBRE 120.

Suscripción mensual: 0.50 $ oro.

Avisos: Convencional.

MONTEVIDEO (Uruguay)

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra »
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1810.
Serapio del Castillo, Paraguay 1267.
Emilio Frugoni, 18 de Julio 979.
Luisa Luisi, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Narancio Atilio, Daymán 1316
Scosería José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Otero Luis M., Uruguay 1107.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Ernesto Caprario, Uruguay 1223
Santin C. Rossi, Colonia de Alienados, Santa Lucía.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



NOVIEMBRE DE 1919

SUMARIO:

AÑO II
N.º 17

Montevideo
URUGUAY



Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

AVISOS: CONVENCIONAL

MONTEVIDEO (Uruguay).

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: ALEXIS J. DELGADO

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos: CONVENCIONAL

MONTEVIDEO (Uruguay).

INSTITUCION DEL [illegible]

Abona por los depósitos [illegible]

Invierte los depósitos por cuenta de sus [illegible] cuales al precio actual, [illegible] un [illegible] mayor de [illegible]

Los [illegible] de [illegible] de Mayo, el 1.º de Agosto y el [illegible] de cada año.

Los DEPÓSITOS, mientras no se [illegible] si la inversión ya se ha hecho, pueden [illegible] parcial ó totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los [illegible] adelantado, mediante un pequeño [illegible]

Entrega [illegible] para el [illegible]

Los depósitos tienen la garantía del [illegible]

Los TÍTULOS HIPOTECARIOS se [illegible] contra la [illegible] de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

Calle [illegible]

DISPONIBLE

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Noviembre 1919. Núm. XVII - AÑO II

LOS CORCELES DE FUEGO

—A ciencia cierta, ¿ por qué el padre Júpiter, querido maestro, condenó al suplicio a Prometeo, encadenándolo a la roca del Cáucaso ? — interrogó uno de los jóvenes discípulos del Pórtico.

Crisipo de Tarso dió aún unos pasos sobre las grandes lozas de mármol, seguido por la teoría nevada de sus jóvenes oyentes, y de pronto se detuvo, sin desplegar los labios. Era un hombre jóven, pero grave; de ojos azules; de poblada cabellera rubia. Vestía pulcramente y gustaba sobremanera de los higos. Pocos había, entre los más reputados filósofos, que osaran medirse con él. Era maestro en dialéctica, y tan bien sutilizaba, que llegó a vencer a Carneades. Había inventado muchos sofismas, entre otros el llamado del « Cocodrilo ». Su ciencia era inmensa; condensaba todo el saber de su tiempo. Por saber de todo, hasta sabía que la Tierra era plana; que Temistoclea, sacerdotisa de Delfos, fué madre sin dejar de ser vírgen; que hay una palabra que mata las serpientes y otra que detiene al águila en su vuelo; que un padre podía casarse con su hija, y que el Fenix de Arabia vive en el fuego. Epicúreos y académicos le temían; los hombres graves le envidiaban; los jóvenes se perecían por oír sus discursos. Algunas cortesanas habían aprendido con él el arte del bien decir y a modular bien las palabras.

Bajo el pórtico, tempestado de sol, el sabio maestro se detuvo un instante. Todos los ojos estaban puestos en él.

Pero él parecía absorto en la contemplación de una paloma que daba de comer en el pico a sus pequeñuelos, allá arriba, en el capitel de una columna. El silencio se distendía y agravaba; pero nadie se atrevía a reiterar la interrogación que de súbito había lanzado el joven ateniense.

Al fin Crisipo pareció volver de su muda contemplación y moduló:

—Ved esa colomba que da de comer a sus pequeñuelos; quiere para ellos la vida: otro ser más alto, sin embargo, quiso para su prole la muerte. ¿ Conocéis el mito del usurpador del trono de Urano ?

—Hablad, maestro,—insinuó curioso el discípulo que le había interrogado antes.

—Cronos se llamó siempre entre nosotros, los griegos, el usurpador; pero los latinos, según tengo oído, le han designado con el nombre de Saturno. Un oráculo había predicho a Cronos que uno de sus hijos le usurparía su reino, lo mismo que él lo hizo con Urano. Entonces, para eludir ese destino, dícese que el temible dios se comió a sus propios hijos. Vesta, Ceres, Juno, Plutón, han sido devorados, como lo sabéis; pero Júpiter fué salvo merced a la habilidad y diligencia de su madre, la reina Rhea, que para librar de su destino a aquel hijo, huyó a Creta y confió el niño a la cabra Amaltea. Entonces, andando los tiempos, la profecía se cumplió: Júpiter, ya hombre, atrajo a su partido a los Cíclopes que trabajaban con Vulcano bajo tierra e hizo la guerra a Saturno y a los Titanes. Así cayó de su trono el Dios que había derrocado a Urano y así Júpiter llegó a ser el Dios de los Dioses.

—Conocemos el mito,—insinuó orgullosamente uno de los jóvenes discípulos.

—Pues bien,—prosiguió el maestro;—encumbrado Júpiter al trono de los Dioses, fué, más que otro alguno, celoso de su poder omnisciente. No persiguió a su prole, como Cronos; pero no permitió que nadie, ni Dios ni hombre, pusiera la mano sobre sus celestes prerrogativas.

Quien quiso, siendo mísero mortal, remontarse hasta el cielo, tuvo derretida la cera de sus alas, y rodó muerto por la tierra. Quien pretendió, siendo de esencia divina, guiar el carro del Sol, se vió despeñado del espacio, arrastrando en su caída los signos del Zodíaco y los planetas horrorizados. Pero, sobre todo, cuidaba el Dios de los Dioses de la intangibilidad del fuego.

—Su cetro es una piña, emblema del fuego sagrado y en la diestra tiene Júpiter un manojo de rayos,—dijo el joven que antes había hablado, para lucir lo que sabía.

—Así es,—asintió Crisipo,—porque el fuego es el arma omnipotente que todo lo avasalla en el mundo y en el cielo. El fuego es la creación y por el fuego llega la muerte. El fuego es la luz del día y por él llega el reino de la eterna sombra. El fuego es un corcel encabritado que ninguna mano retiene, como no sea la mano de Júpiter.

Entonces, bajando la voz, con acento más grave y profundo, prosiguió el filósofo:

—Un día, el hijo de Japet y de Climene, el ambicioso rey de los Titánidas, tuvo un deseo sacrílego. Viendo cruzar por el cielo, flamígeros, hirsutas las crines, centellantes los ojos, en botes tremendos y vertiginosos a los corceles de fuego, soñó con embridarlos, para deternerlos o guiarlos a su antojo. Si conseguía realizar tamaña hazaña, se igualaría al Dios de los Dioses, porque él solo es capaz de gobernar el rayo. Y entonces Prometeo, en pié sobre una roca del Cáucaso, recogidos los músculos y altivo el corazón, esperó que la manada de potros fulgurantes cruzaran a su alcance. De pronto un relincho formidable crugió frenético entre las nubes, y encabritándose en rápidos zigs-zags, un corcel de fuego cruzó sobre la cabeza del temerario. Mas si rápido fué el bote del salvaje corcel, más rápido fué el ademán del padre de Deucalión. Retembló la tierra y todo el cielo quedó iluminado en una llamarada enorme; pero la diestra de Prometeo, cerrada como un garfio sobre la crines centellantes, retuvieron al

celeste corcel. ¡Otro ser que Júpiter había retenido al rayo! ¿Comprendéis ahora?

Hubo un gran silencio en torno del filósofo. La visión de aquel héroe crispando su mano sobre el fuego sagrado que nadie en el mundo ha osado retener, llenaba las almas de espanto. Dijérase que por oír la recitación de la tremenda hazaña, todos se consideraban cómplices del sacrilegio y temían un nuevo castigo del padre de los Dioses. Pero, ya un ademán del maestro serenaba los espíritus:

—Ahora sabéis a ciencia cierta, mi amado Aristipo, porque Júpiter suplició a Prometeo encadenándolo sobre aquella misma roca del Cáucaso desde la cual había robado el fuego del cielo. Después de ese castigo tremendo, nadie ha osado repetir la aventura, ni nadie lo osará jamás. ¿Quién podría poner su mano sobre el rayo? Vámonos a cenar, amigos míos.

* * *

Han transcurrido ahora varios siglos desde que aquel admirable sofista que fué Crisipo de Tarso puso término a una de sus lecciones del Pórtico con aquel interrogante que es una decisiva negación. Otros hombres y otros maestros pululan sobre el planeta. Las columnas de Hércules no son ya el linde del mundo conocido. La fabulosa Atlántida, presentida por Platón, ha surgido del seno de las olas, merced al genio de un osado navegante. En la nueva tierra, ignorada de los antiguos, rumorea y trabaja toda una humanidad. Y en medio de esa humanidad, alienta un hombre, que parece la reencarnación del antiguo rey de los Titánidas.

Es un hombre silencioso, grave y pensativo. Todos sus semejantes cruzan por su lado, sin reparar en él. Los hay, entre aquéllos, más ricos y más poderosos, más bellos y fuertes, más conocidos e influyentes. El es una mónera, nada más; un granito de arena en el mar de la vida. Pero

ese obscuro ser, grave y silencioso, estudia y medita. Como el Titán de la leyenda, ha visto encabritarse entre las nubes a los indómitos corceles de fuego. Como el héroe antiguo se ha dicho que acaso fuera factible poner riendas a los hirsutos potros cuyos relinchos extremecen los ámbitos y cuyos botes formidables desarraigan encinas seculares y convierten en añicos columnas monumentales como la que en Argelia sostenía la colosal estátua de la Victoria. Y como ese hombre lee mucho, ha leído también en un olvidado in-folio una vaga referencia a la negación del filósofo de Tarso. « Nadie ha osado repetir la hazaña de Prometeo, ni nadie lo osará jamás ».

Entonces ese hombre, con quien departe familiarmente todas las mañanas la rústica mujer que le trae la leche: « tiempo caluroso, mister Benjamín, pronto tendremos tormenta »;—o bien:—« hoy la leche es de la colorada, porque tengo la vaca negra enferma »;—entonces ese hombre que se llama Mr. Benjamín, como cualquier palurdo o general, empieza a meditar en el terrible problema. ¿ No habrá una mano humana capaz de ponerle freno a los flamígeros corceles para detenerlos en su salvaje galope y guiarlos como mansos corderillos ?

¡ Locura temeraria ! Pero en tal locura piensa el hombre grave y silencioso. Y un día empieza a levantar una torre, para acercarse a los cielos. Los pacíficos y buenos vecinos se preguntan asombrados para qué querrá el buen hombre aquella torre. Un magistrado, hombre de mucho peso porque está suscriptoa un diario de mucha circulación, y un pastor, hombre de inmenso prestigio porque recita de memoria versículos enteros de la Biblia, sonríen cuando contemplan la torre del hombre grave y pensativo.

—Para palomar, esa fábrica es muy cara,—asegura el primero;—cada paloma os costará el precio de trescientos cincuenta ladrillos.

—Acordáos de la torre de Babel,—repite el segundo, con tono profético y ademán cabalístico.

Pero el hombre continúa elevando su torre; y cuando la ha concluído, de un modo absurdo y risible, la corona con una larga aguja de metal, de la que pende un hilo de alambre.

—Esa flecha,—interroga uno,—¿ es para cazar pájaros ?

—No,—replica otro,—debe ser para zurcir los desgarramientos de las nubes.

El hombre nada contesta. Las burlas e indirectas de la multitud le dejan impasible. Las sonrisas de las gentes le dejan calmo. Pero un buen día en que sobre la orgullosa población se cierne una tremenda tempestad, y en que cada cual se encierra en u covacha temerosamente, él sale fuera y se encamina a su torre. Todos huyen de los alígeros corceles de las nubes que siembran la muerte con el chispeo de sus herrados cascos; sólo el viejo Benjamín no los teme.

Y entonces, en una hora memorable para la historia del mundo, se renueva la lucha trágica entre el hombre, y el Dios. Júpiter ha visto aquellos temerarios preparativos del nuevo Prometeo y apronta su castigo. Ha llamado a Bóreas para que lance sobre la tierra sus más desoladores alientos, y él mismo ha reunido el tropel de sus indómitos potros. En el seno de las nubes hierve horrísona tempestad. Los horizontes están lívidos. El eco repite, hasta el confín, el sordo redoble de los cascos de la hirviente manada.

Y llegan, al fin, en una galope frenético y desordenado los corceles de fuego. Sus relinchos horrísonos taladran el espacio. Con botes jigantescos saltan de nube en nube. A veces, salvajamente, se encabritan enloquecidos, y de súbito se vuelvan hacia atrás, o zigzaguean de lado, o se despeñan hacia adelante, rígido el cuello, envarados los remos, todos en una línea oblícua, como saetazos. Y cada vez el salto frenético restalla con un clamor trepidante y horrible, mientras la silueta indómita resplandece cárdena, con livideces espectrales.

Riendo por adelantado de su triunfo, llega Júpiter. Su diestra ha empuñado la crin del más bravío de los corce-

les; y así le mantiene, excitando su cólera. El animal hierve de coraje, ansioso de abalanzarse en un salto colosal. Pero el padre de los Dioses mide tranquilamente su golpe. Quiere castigar en lo más ínimo del alma a aquel mezquino ser que allá abajo, sobre su torre, ha osado desa. fiar su cólera. Y de súbito una idea fulgura bajo su frente.

—Pasarás sobre la cabeza de ese hombre—ordena a la ciega bestia;—pasarás sobre su cabeza, pero sin tocarle; pasarás sobre su torre sin detener tu galope, para demostrarle que no hay riendas que te sujeten y castigarle en su necio orgullo; y luego, viboreando hacia aquel lado, te desplomarás sobre su hijo, para concluír con su raza. ¡ Vé !

Apenas se abrió la mano, saltó el rayo. Hubo un resplandor inmenso. El ámbito fosforeó entero. Allá abajo la tierra pareció bañada en un ciclón de lumbre. Y el tableteo infernal y desgajante empezó a saltar de nube en nube.

En pié, sobre su torre, el hombre vió surgir del antro de la tormenta al corcel de fuego y casi en el mismo instante advirtió la traicionera gambeta conque pretendía huírle. Entonces, irguiéndose terrible, en un desafío colosal al Dios que adivinaba allá arriba, gritó:

—¡ Aquí !

La chispa de fuego no le obedecía: dibujada la Z jigantesca del nombre de su dueño en el espacio, ya se lanzaba sobre la tierra a cumplir su misión de muerte y exterminio. El hombre tuvo una angustia en el pecho.

—¡ Aquí !—repitió con un clamor inmenso.

Y entonces, súbitamente, retenido por una fuerza sobrehumana, superior a su bárbara fuerza, el corcel se paró en seco, quedó un milésimo de segundo vibrando, trémulo de furor, encabritado sobre los remos traseros, y luego vencido, domeñado por la mano del Hombre, se despeñó vertiginosamente sobre la aguja de hierro que le atraía invencible. Hubo un clamor formidable en el espacio y las nubes abrieron sus cataratas.

En pié, sobre la torre, exultante de alegría, el hombre lloraba y reía como un niño.

VICTOR PEREZ PETIT.

PESADILLA

Todo se ha hundido en mi de pronto; todo,
En el horror vacío de la Nada...
Y mi pobre cabeza fatigada
Da vueltas sin cesar sobre sí misma
Como una extraña rueda descentrada...
Miro en torno de mí, y nada comprendo....
Todo es lo mismo y ya no es más lo mismo.
Estoy perdida en un inmenso abismo....
¿Está todo demás?... ¿O estoy demás?...

Ah! volverme a encontrar, en mi seguridad primera

Cuando todo era fácil y sereno!
¿Qué Dios cruel y extrañamente ajeno
Dió vuelta en confusión este tablero
De ajedrez donde ya nada es claro y verdadero?
Gira dentro de mí mi pensamiento
Con obsesión absurda de locura:
Yo no me entiendo más; no entiendo el mundo
Y caigo sin cesar, más hondo cada vez, en un horror profundo....

ESTÁS TAN HONDO

Estás tan hondo, estás tan hondo,
Que apenas si sospecho en donde estás:
Tu voz lejana y dulce no me llega
Sino como una vaga claridad.

Tenaz te busco en mí, hondo y más hondo;
Yo sé que alguna vez has de llegar:
¡ Del abismo sin fondo de mi alma
Alguna vez ascenderás !...

Ah ! misterioso Dios que te sepultas
En la más negra oscuridad,
Al traerte a la luz de mi conciencia
Tiemblo de mutilarte en tu divinidad !

Estás tan hondo, estás tan hondo
Que a veces pienso que no estás:
De la tortura de buscarte siempre
¿ Alguna vez te apiadarás ?...

LUISA LUISI.

1919.

EL TEDIO

Un hombre roído por el tedio se presentó una noche en la gruta de un viejo mago, el cual, según se decía, poseía la maravillosa facultad de convertir en sublime una vida vulgar.

—Vengo, oh mago, a que me saques de la espantosa vulgaridad en que vivo—dijo el visitante.—Quiero hacer algo sublime. Concédeme lo que te pido.

—¿ Qué acción sublime deseas emprender ? ¿ Volar hasta las estrellas ? ¿ Escalar las más altas montañas o hundirte bajo las aguas del océano para sorprender los secretos de sus abismos ? Habla de una vez.

—Nada de eso. Quiero la vida natural, no la sobrehumana que ofreces; pero una vida que no sea vulgar ni tediosa como esta mísera que llevo. Quiero otra vida, aunque deba morir dentro de poco tiempo.

—¿ Qué has hecho hasta ahora ?

—Nada, o, por mejor decir, un conjunto de vulgaridades. Ninguna acción de mi vida es digna de ser recordada.

—Sin embargo, por el sendero de tu vida se cruzaron muchas cosas que pudieron haberla hecho sublime.

—Nunca encontré en el camino de mi vida algo que me llamara la atención.

—Porque tu alma no se fijó en nada.

—Sin embargo, tuve ojos como los demás.

—Ojos que no vieron la vida, como hay muchos; ojos abiertos, pero desdeñosos o indiferentes o crueles; ojos claros y límpidos como un agua cristalina, pero sin amor; ojos estériles, muertos para todo lo grande, lo bello o lo magnífico.

—Ojos que no vieron sino vulgaridades.

—Porque no amaron lo creado. Creíste que toda la vida se entraba por ellos, y no fué así. Como los ponías sin tu alma en las cosas y en las personas, las cosas y las personas se te aparecían vulgares.

—¿ Entonces lo que existe es vulgar o no según cómo lo miremos ?

—No digo tanto. Pero el encanto de la vida está casi todo él contenido en nuestra propia alma.

—Entonces cámbiame el alma.

—No tienes necesidad de ese cambio.

—Quítame el tedio de mi vida, y dejémonos de filosofías.

—Tu alma, pues, ha tenido tiempo de aburrirse. ¿ Qué hacías entonces ?

—Eso mismo; aburrirme.

—No sólo con el puñal o el veneno se atenta contra la propia vida, sino también aburriéndose. El aburrimiento es un suicidio. El bostezo del tedio es una infamia.

—¡ Quítame el tedio que me roe el alma !

—No busques fuera de tí lo que está en tí mismo; no culpes a la vida lo que es culpa de tu propia vida.

No bien dijo estas palabras, el mago desapareció.

* * *

Caminando al azar, el hombre roído por el tedio se detuvo a orillas de un arroyuelo que corría entre rocas, saltando en pequeñas cascadas.

—Dulce arroyuelo del camino, ¿ podrías concederme lo que el mago me negó ?

—Si,—le respondió el arroyo—si tu alma corre por entre las peñas de la vida como mi agua pura y cristalina.

—¿ Y qué debo hacer para que mi alma corra como tú ?

—Fecundar como yo el suelo que recorres.

Más adelante encontróse con un árbol de lozana fronda.

—Dulce árbol del camino, ¿ quieres concederme lo que el mago me negó ?

—Si,—le respondió el árbol—si tu alma acoge como mi fronda los nidos de las avecillas.

Encontróse después con una florecilla que estaba escondida en una mata.

—¿ Por qué me sacas a la luz ?—se quejó ella.

—¿ No te agrada la luz ?

—Ya hay bastante en mi rinconcito. No necesito más.

Y la florecilla volvió a esconderse en la mata, esparciendo su perfume por el ambiente.

—¿ Entonces, florecilla, no querrás concederme lo que el mago me negó ?

—Escóndete en tu alma, como yo en esta mata, y verás lo hermosa, lo suave y lo divina que es la vida........

HORACIO MALDONADO.

LA NUEVA POESÌA

VOZ DE ALERTA

Alerta !
Los miradores más vigilantes de tu espíritu
como si fueran los sutiles aparatos
localizadores de remotos sonidos
en los campos de batalla de Europa,
los miradores más vigilantes de tu espíritu,
ya te indicarán, oh amigo,
cual es la estrella en el lejano cielo,
cual es la estrella que canta,
que canta para tí !

Alerta, alerta, jóvenes!
Escuchad ! Escuchad !
Las estrellas han empezado
a cantar !
No os tapéis los oídos !
No os tapéis los oídos ! — Escuchad !

Alerta !
Que tus cinco sentidos
son cinco antenas eléctricas altísimas,
que están frente a los espacios sin límites
en actitud de recibir
los mensajes del Más allá !

Alerta, alerta, jóvenes !
Anotad !, Anotad !
Las antenas han empezado

a vibrar !
No os crucéis de brazos !
No os crucéis de brazos ! — Anotad !

Alerta !
Están los cerebros
rebosantes de ritmos nuevos
como si fueran aeródromos
repletos de aeroplanos !

Alerta ! Alerta ! jóvenes
Vigilad ! Vigilad !
Las hélices ya han empezado
a girar !
No os quedéis a pie !
No os quedeis a pié. — Vigilad !

EL CORO

I

Yo formaba parte
de un coro de niños.

Era un coro muy bello
Hoy lo recuerdo
con llanto, y sus infantes me parecen
más claros que los niños que esculpió Donatello.

Aquel coro de niños
cantaba siempre una canción muy vieja
repetida a través de veinte siglos.
Y sin embargo
la estudiaba canción siempre era nueva.

II

Yo me separé un día
y me puse a cantar sólo y sin rumbo.

Después, hastiado de mi pobre canto
quise volver al coro como antes

III

La canción, la canción, era la misma...
Pero las voces eran muy distintas.

La canción, la canción era la misma.
Pero los niños eran menos niños
y las voces ¡ oh, qué disciplinadas !

Me dije entonces:
—Tengo que irme del divino coro
Es más bello cantar solo y sin rumbo.

EL MOTOR

I

Yo tenía un aeroplano
que nunca volaba más allá
del alcance de mi mano

Era una joya complicada
aquella maravilla alada !

¡ Cómo me hería el ruido misterioso
de su motor vertiginoso !

El juguete en cuestión
tenía su campo de aviación,
sobre mi corazón.

II

Era mío un aeroplano
que nunca iba más allá
del alcance de mi mano.

Falló un día un resorte pequeñuelo
y el aparato se vino al suelo.

Cayó en el campo de aviación.
Es decir: sobre mi corazón.

Allí está enterrado en la carne mía.
—¡ Ay !
Pero el motor camina ¡ me hiere ! todavía....

EMILIO ORIBE.

Montevideo 1919.

Las «Últimas páginas» de Rubén Darío

En la revista « Nosotros » de Buenos Aires—« Mercure » porteño—de que bien puede enorgullecerse la cultura argentina, me encontré, hace meses, leyendo el copioso e interesante número extraordinario dedicado a Rubén Darío, con estos párrafos que transcribo:

« El Figaro », la hermosa revista habanera con la cual « Rubén Darío mantuvo siempre cordialísimas relaciones, « traía en su número del 26 de Diciembre próximo pasado « (1915), una delicada página en prosa del Maestro, es« crita expresamente para sus amigos cubanos. Presumi« mos con fundamento que ella sea la última que aquél, « enfermo y viejo, de regreso a su natal León, donde a « poco más de un mes había de morir, escribiera. Página « significativa por que hay en ella una infinita nostalgia « de aquella juventud que el poeta veía ya tan lejana, un « vivísimo anhelo de aquel sol que él tanto amara y que « ahora así descendía y palidecía en su horizonte... »

A continuación, se publicaba la página de Darío, que bien merece los elogios prodigados, pero, que está muy lejos de ser por razones cronológicas que atestiguan su publicación anterior—la última prosa de Darío. Si no me engaño, su última página—oh, ironía!—fué una correspondencia sobre « La crisis en España »; página pobre y sin nada que la perdone o la disculpe, a no ser, las horas tristes de los postreros días del gran poeta. (1)

(1) En « La Nota » de Febrero 19 de 1916, que se edita en Buenos Aires, se publica como el « último del inmortal poeta », un poema de Darío: « Palas Athenea », compuesto por Rubén para las « fiestas de Minerva que tradicionalmente se celebran en Guatemala ».

Es extraña esta « gaffe » de la Dirección de « Nosotros », a quien, por cierto, no ha de dársele uno de los oportunos consejos de Remy de Gourmont al novel escritor. Sin embargo, bueno es hacer notar, que no fué sólo « Nosotros », quien incurrió en la falta. También los escritores españoles, con Marquina a la cabeza, pecaron con el mismo pecado: titularon « Sol de Domingo », al libro de verso y prosa que, como póstumo, « amalgamado como se pudo— al decir de Marquina— de prisa y corriendo, poco después de su muerte » se publicó en Madrid, en 1917. ([1])

A todo esto, es preciso demostrar que esa página « Sol de domingo », de la que presumía « Nosotros » *con fundamento*, que fuera la última de Darío, estaba publicada desde varios años antes en la página 64 del muy ameno « Lecturas Literarias »—pésimamente ilustradas por Xaudaró, pero lindamente « arregladas » por Amado Nervo, allá por 1906 en Madrid, y publicadas por la casa de la Viuda de C. Bouret en 1910. ([2])

Estas páginas de « Sol de domingo », que ahora aparecen con falta de los distintivos esenciales con que fueron publicadas en « Lecturas Literarias »—y posiblemente antes—, eran, al parecer, tres (I, II y VII) de los siete comentarios dedicados por Rubén Darío a la evocación de los lejanos domingos de sol.

Hay algo más aún. Tanto en « Nosotros » como en el citado libro « Sol de domingo » hay un párrafo trunco, que pierde valor de visión. Decía así el párrafo primitivo, en el que subrayo lo que no aparece ni en el libro, ni en la revista mencionados:

(1) « Rubén Darío ». Correspondencia publicada en « La Nación » de Buenos Aires, el 16 de Agosto de 1918.

(2) « Lecturas Literarias ». Tomadas de los mejores poetas y prosistas—españoles e hispano-americanos—y seguidas de un breve juicio explicativo y crítico. Las ilustran numerosos retratos. Arreglólas Amado Nervo. Librería de la V. de C. Bouret. Ver pág. 109.

« Y luego lapidarse han los ramajes; sílbase y grítase; se « ensaya la voltereta o se ejercitan los brazos en mútuos « mojicones; o se corre por largas extensiones, hasta llegar « a la casa cansado el pecho, roja la color, *en sudor la « frente, llenos de sol los ojos, y el traje con rotura o mancha,* « a recibir la reprimenda ».

Y a que se dice todo esto ahora, pasado el tiempo? Porque mañana, sobre el error aceptado en silencio por todos, se pueden formular apreciaciones sobre el estado de ánimo de Rubén en sus últimos días, tal como Armando Donoso, en agudas páginas estudia la juventud de Darío. Por lo pronto la Dirección de « Nosotros » ya las ha formulado en la marginalia transcripta. Cuando haya pasado el tiempo—¿ quién se atreverá a deshacer el encanto de una buena página o el capítulo de un esperado libro, en que se valore y precise la obra de Darío, para quien, la frase de « Rachilde » sobre Verlaine, en el decir de Diez Canedo, es oportuna? Efectivamente, « abrió las ventanas »; por ellas entró el aire vivificador, limpio de asperezas quintanescas y decadencias siglo XVIII, aún cuando, sobre aquéllas y éstas, supo levantar su castillo, que el « sol de domingo » iluminó con el rosa claro de las auroras y los violetas cambiantes del atardecer. Que sea también un rayo de luz, proyectado sobre su obra, el que se mezcle a la gloria de su sol de domingo.

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ.

Salto, Setiembre 1919.

TRANSICIONES

INICIACION

I

Mediodía estival. — Por el camino
polvoriento discurre la pareja,
ella al desgaire el peplo alabastrino
y él más alegre cuanto más se aleja
de la ciudad. Es la llanura un horno
en que sus carnes el viajero abrasa,
y por entre la ola del bochorno
el vaho afín del sensualismo pasa.

Incita a la lujuria y la molicie
la hora tropical, pero no asoma
ni un árbol en la cálida planicie
que circunda la senda monocróma.

II

Ya en el confín de la llanura, un valle—
oasis promisor—frescura ofrece
al transido viajero, y el ventalle
de álamos y palmeras se estremece.
¡ Oasis promisor ! Va la pareja
hacia él, en busca de retiro y sombra,
y el ansia del recreo se refleja
en sus pupilas, al mirar la alfombra
del suave césped; ambos con premura
marchan, y el sol parece que se apiada

de su amor, cuando llegan, con la pura
satisfacción de un niño, a la enramada.
Y se dejan caer sobre el mullido
y vasto lecho de sinoble; y luego,
volviéndose al galán, que le ha oprimido
la mano, escucha la doncella un ruego.

III

Al tálamo nupcial llega el acento
gárrulo y pertinaz de los gorriones,
mientras en el dosel del firmamento
el sol aplaca sus fulguraciones.

Late doquier el gérmen de la vida:
en la tierra, en las ramas y en el aire,
y luce entre la veste desceñida
la iniciada su encanto y su donaire.

Y embellece el deseo que ella inspira
el desaliño de su cabellera,
y su virginidad mientras expira
entona el réquiem de la primavera.

IV

Camino del hogar. — Ella suspira
y sus ojos de llanto se han cubierto.
¡ Cómo han visto esos ojos la primera
nube sombría en horizonte incierto !

A LUIS G. URBINA

A su paso por el puerto
de Montevideo.

Radian aún en vuestra frente
los luminares del amor.
¡ Loores al alma que así siente !
(¿ Alma de alondra o ruisenor ?)

Habéis mirado, sonriente,
desde la riba, el esplendor
de nuestro parque floreciente...
¡ Y os alejáis sin una flor !

Bajo la estrella de la tarde
siga el recuerdo vuestro paso,
como una imagen tutelar.

Que Apolo, siempre, siempre os guarde.
¡ Ay del poeta que en su ocaso
no tiene nada que cantar !

M. PEREZ Y CURIS.

POR LA ESPINA EN LA SIEN

No es por la gloria esquiva,
Por el aplauso vano,
Que cantamos, señor;
El alma sensitiva
Vuelca fecunda y viva
Como un divino grano
En el surco su amor !

La frente pensativa
Se abisma en el arcano
En profunda labor,
La rémige se activa
Y surca arriba, arriba !
El misterio lejano,
Extraño y tentador !

El corazón que liba
Humano, ¡ bien humano !
El cáliz del dolor,
Siente una ansia expansiva,
Amor ahora le aviva.
Cuando sufre es más sano,
Es más ritmo y más flor !

No es por la gloria esquiva,
Por el aplauso vano
Que cantamos, señor:
El alma sensitiva,
La frente pensativa,
El corazón humano,
Tienen más alto rol !

Más sencillo también:
Se piensa, canta y ama
Por placer, por amor,
Por ensueño y por bien,
Por sabernos mejor,
Por la espina en la sien,
Por arder en la llama
Del divino dolor!

MONTIEL BALLESTEROS

EL HIJO DE DON RAMIRO

Don Ramiro quedó viudo siendo todavía joven. No lloró mucho la pérdida de su compañera, pero vistió riguroso luto.

Al revés de muchos, a don Ramiro no lo seducían las libertades del hombre soltero. Por eso,—y por consolarse, don Ramiro casóse en segundas nupcias al año justo de muerta su primera esposa.

Y ahora, cuatro años después de haberse casado nuevamente, don Ramiro se ocupaba... de no hacer nada. Vivía tranquilamente de sus rentas que, gracias a la guerra, son cada día más crecidas.

Pero un día—¡ oh, fatalidad !—fué turbado infamemente el blando reposo de don Ramiro.

La causa fué esta esquela del director del colegio de X: « Juan, su hijo, ha desaparecido esta mañana del colegio. Supongo que se encontrará en su casa. Luego le daré detalles ».

¡ Caramba ! Don Ramiro saltó del sillón, frunció el entrecejo, apretó los puños...

Aunque parezca mentira, don Ramiro había echado en olvido aquel hijo de su primer matrimonio. ¡ Hacía tanto tiempo que no lo veía ! Desde su nuevo enlace lo había puesto en el colegio. Al principio, el niño iba los domingos a ver a su padre. Pero Lucía, la nueva esposa de don Ramiro, no veía con buenos ojos estas visitas. El niño dejó de ir. Por su parte, don Ramiro nada perdió con ello. No tenía por su hijo un gran cariño... Quería hacerlo doctor, ingeniero... Nada más.

El director del colegio de X le había hablado varias veces de Juan. Era inteligente, aunque estudiaba poco.

Pero lo que inquietaba al director—y ahora lo recordaba con espanto don Ramiro—era el carácter violento del niño que llegaba a manifestarse por la menor injusticia cometida en clase con él o con cualquiera de sus compañeros.

—Le aseguro que si no fuera su hijo...le había dicho el director en cierta ocasión.

Y don Ramiro, que tenía fama de severo, se propuso ser más severo que nunca esta vez.

* * *

Aquí tenemos a Juan, un muchachito de quince años, pálido, delgado, alto, con una hermosa cabellera rubia y unos serenos ojos azules que, según alguien dijo, son símbolo de energía.

Contemplándolo, no puede uno hacer otra cosa que echarse a reir. ¿ Con que este muchachito insignificante es el que ha puesto en revolución a todo el colegio de X? ¿ Con que es este el terrible indisciplinado de que nos hablaba el director del colegio ?

¡ Dios mío ! El semblante de este niño sólo delata bondad, cariño...

Pero don Ramiro no piensa así. Bajo esa falsa modestia, bajo ese semblante melancólico, don Ramiro descubre el misterioso lazo sanguíneo, la herencia fatal de aquel su hermano, autor de tres atentados...

—El mal hay que cortarlo con tiempo,—piensa el padre de Juan.

* * *

—Si, papá,—dice Juan con su voz dulce de niño—le estaban pegando a Carlos. Me dió lastima. Quise abrir la puerta y no pude. Grité, nadie me oía de la calle. Entonces... hice eso... regué con kerosene la puerta... encendí un fósforo...

—¡ Jesús ! ¡ Eres un criminal !

—Pero...

—¡ Fuera de aquí, monstruo !

Y el pobre niño se alejó, derramando lágrimas de dolor y de ira.

Don Ramiro, aterrado, mientras esperaba al director, se puso a pensar en el castigo « ejemplar » que merecía el muchacho.

* * *

¡ Pobre Juan ! Tres días ha que se encuentra encerrado en un altillo, sin sol, sin libros, sin tener un amigo a quién contar sus penas. Su carácter no se dobla. Apenas salido del despacho de su padre, se arrojó sobre un lacayo que pretendía cerrarle la entrada a una mendiga.

El director ha dicho de Juan cosas horribles. Se le encontraron en el colchón libros « peligrosos »; frecuentemente había que castigarlo por hablar a sus compañeros de « cosas prohibidas », por querer organizar pequeños motines, etc.

—Ese niño no está bien, don Ramiro—dice el director. Convendría que lo mandara a un Sanatorio. Me inclino a creer en un desequilibrio nervioso. No puede ser que siendo hijo de padres tan distínguidos...

—Si,—dice el padre de Juan.—Esta tarde veré al doctor Lagos, un alienista amigo mío, y que se lo lleve. No puedo tenerlo aquí; nos injuria, tira la comida, no quiere lavarse...

Y el humo de los habanos disipa un poco la preocupación de ambos.

* * *

Juan se encuentra ahora en el Sanatorio del doctor Lagos. Pero ¡ ay ! después de lavarlo, peinarlo y repetirle por última vez que Cristo fué crucificado por la maldad de los hombres, el niño ha empeorado.

El distínguido alienista ha perdido toda esperanza de salvarlo. Es incurable.

Lo más lamentable de todo es que don Ramiro ya no puede disfrutar tranquilamente de sus rentas y suele levantarse, por las noches, presa de horribles pesadillas ..

MANUEL BENAVENTE.

HIELO

Tiene que estar la vida quieta como la muerte
Y dentro de mi alma, como un lebrel tenaz,
Buscarte mucho tiempo para que pueda verte
Entre las densas brumas donde sepulto estás.

Durante largos años me acongojó tu suerte
Y al hallarte tan frío, tan sólo, en esa paz,
Apretaba a mi pecho tu pobre pecho inerte
Y te decía: espera, que al fin despertarás...

Y el cielo, a cuyos ámbitos mi esperanza volvía,
Era como una patria donde soñaba un día
Eternizar tu vida tan bella y tan fugaz...

Mas hoy, a qué buscarte, pobre amor, si hasta el cielo
Me dice: nada aguardes, soy solo un frágil velo,
Lo que en la tierra muere no resucita más !

DOLOR

Busqué, busqué, busqué... Tras una fuente anduve
Cuyas linfas me dieran nueva fé, nueva vida.
Cuando quedó mi carne de tanto andar vencida
Sutilizé mi espíritu hasta trocarlo en nube.

Subí, subí, subí... Sobre la cumbre estuve
Donde las aves próceres levantan su guarida.
Y más alto: en la clara montaña presentida
Donde tan solo el vuelo de la plegaria sube.

Y como sin hallarlas tornara el alma mía
Rompí todas las ánforas que en su interior había
Y luego, inmensamente, lloré, lloré, lloré...

Y cuando entero en lágrimas se abrió mi cuerpo magro
Me sentí,—¡ fueron ellas las linfas de milagro !,—
Todo limpio de sombras, todo nuevo de fé.

JOSE MARIA DELGADO.

GLOSAS DEL MES

Los Juegos florales del Salto.

La ciudad del Salto, con el prestigio solar de sus blasones, acaba de celebrar unos juegos florales de carácter nacional, que sino los primeros, pueden y deben justipreciarse como de los más brillantes que se hayan realizado en la República.

No lo dice nuestro salteñismo latente,—sino que lo proclama la evidencia imparcial de los hechos, el éxito resonante del certamen, y las fiestas sociales de esplendor y belleza en que culminó el torneo, con toda pompa realizado.

En apenas dos meses de cartel, difundido con urgencia, improvisando muchos detalles y yendo contra muchas circunstancias,—el grupo iniciador de los juegos florales, fué tan entusiasta, tan activo, tan característicamente «salteño»,—que más de ciento treinta concursantes,—poetas y prosistas,—se presentaron a la justa,—y la otorgación de los premios dió lugar a fiestas realmente encantadoras, —capaces, cualquiera de ellas, de ser galardón de un pueblo o de redimir la vida de la ciudad más prosaica del mundo.

Como bajo el imperio de una Clemencia Isaura invisible, la pintoresca ciudad del litoral exaltóse de aladas gracias y euritmicas bellezas, circundóse de rosadas rosas y fragantes azahares, sintió por sus vergeles pasar a las princesas y les hizo corte de amor y de vasallos, mientras pajes y trovadores rimaban al dulce son de sus mandolinas las canciones triunfadoras, desgranadas como flores de luz en la sala ateneida de la tarde o en el jardín feérico de la noche.

La república no ha visto todavía una ciudad así, conmovida de poesía y belleza durante una semana, como si suyo fuera el privilegio académico, la gracia encantada, el don divino.

Una ciudad es una cosa casi siempre profunda y complicada como una fronda. Dentro del radio municipal se complican las almas y las calles, se diversifican las intenciones y las perspectivas, se entrechocan los traseúntes y las ideas. La comunidad social es múltiple en las fisonomías y en los pensamientos, tanto como es idéntica para el destino y para la ley. Por eso resulta progresista y loable, cuando una ciudad tiene un anhelo unánime y hace una labor común, sin disonancias y con afán. Síntoma maravilloso de aspiración colecti-

va, ese anhelo y esa labor, representan la cultura de un pueblo, que no es más que el engrandecimiento por la producción de las cosas humanas, el perfeccionamiento por el trabajo, y la evolución por la capacidad para el esfuerzo y para la comprensión.

Y cuando como en este caso, más que de otra cosa, se trata de comunidad de sentimientos, unificados en el aire por la simpatía de los hombres, la cultura de la ciudad hace una conquista definitiva, purificando, embelleciendo, idealizando la vida y la tierra.

Los juegos florales significan para la ciudad del Salto, florecimiento de cultura, exaltación de belleza, comunidad de delicadeza espiritual, triunfo del amor y de la juventud, gloria del idealismo y de la ilusión, comunión estética de los corazones.

Y la ciudad solar por excelencia, se levanta a la consideración nacional como la primera en la voluntad y en la realidad, en el amor a la belleza y en la preferencia al arte, en la pasión ética y estética de delinear para siempre, al flanco de sus colinas verdes y junto al rumor fluvial del Uruguay romántico, la ciudad del porvenir, bella y feliz, al amparo idealista de sus hijos.

Quizás,—artísticamente considerado,—el certamen no tuvo la proporción intelectual que deseáramos, lo que dió lugar evidentemente, a que algunas de las composiciones premiadas no sean de oro musical ni tengan la pristina fragancia del corazón,—las dos virtudes esenciales de la poesía. Pero es justicia reconocer circunstancias inmediatas y momentáneas rodeando las determinaciones del jurado, apremiado al fin de no hallar entre toda la labor presentada un poema definitivo o un madrigal verdadero.

La poesía nacional, y esto es indudable, está como detenida, como esperando algo que no llega,—y apenas si dos o tres poetas recién venidos,—insinúan sus claras voces de cristal y plata.

La ausencia al torneo de muchos nombres consagrados, es otra circunstancia dígna de mencionarse,—para que resalte más la dolorosa verdad, de que en este país convulsionado de prosaismo y de politiquería,—cortan hoy laureles para uno y en seguida ese se convierte en candidato electoral o se aburguesa en un empleo público,—y con la tranquilidad del presupuesto o con el envanecimiento político se murieron las musas y se secaron los laureles.

Pero apesar de todas esas pequeñas reticencias convocadas en contra del certamen, la ciudad del Salto ha consagrado sus méritos a la condecoración luminosa de ciudad romántica, idealista y culta como ninguna.

Tomen ejemplo las demás,—y sirva de estímulo propio,—para que en el campo azul de sus blasones de ciudad cordobesa, no dejen nun-

ca de florecer en una eterna primavera las gloriosas rosas victoriosas de sus gayas ciencias y sus líricos afanes.

En esta hora confusa y sin valores de la vida nacional,—el bello gesto del Salto,—como en tantas otras veces,—se convierte líricamente en un derroche de rosas y mandolinas sobre toda la República, florecida y musicalizada como una floresta del mediodía, por obra y gracia de ese generoso y siempre joven entusiasmo salteño, que hace de puro espíritu las casas de ladrillos, y vive de sol, de azul, de amor, de ideal, como una colmena inquieta de rutilantes abejas provenzales....

« Pegaso » ha visto con la efusión de las cosas más gratas a su alma, esa nueva expresión de la cultura intelectual salteña,—y noble es decirlo,—aunque parecieran cohibirnos un poco ciertas razones personales,—celebra con júbilo la gloria de ese triunfo feliz y engrandecedor, que puede reportar tanta luz en el trillo diario de nuestra civilización.

TELMO MANACORDA

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Campo Argentino. — Versos por FERNANDEZ MORENO. — Buenos Aires 1919.

En este nuevo libro Fernández Moreno ratifica, subrayándolas más todavía, tendencias y orientaciones que lo han singularizado en el ambiente artístico de su patria.

El campo argentino, a donde ha ido el poeta, después de soñar un año entero en la ciudad, cansado de oír que «eso de hacer versos no da para comer y que lo importante es el puchero«...—le sirve, no obstante, para reincidir en su bello pecado y continuar, *quand méme*, dándonos en lenguaje rítmico sus impresiones.

«Labrar la blanda tierra y cuidar de los corderos» es un santo propósito, pero por mas dispuesto que se encuentre Fernández Moreno para realizarlo,—y Dios quiera que lo realize a su entera satisfacción, jamás he de ser en él mas que un motivo para cantar, como lo fué el tranvía eléctrico, el escaparate de las tiendas, el café bohemio, en la ciudad; como lo fué el amor y el pueblo provinciano y como será todo lo que vea y sienta en cualquier paraje de la tierra a donde lo lleven las necesidades de la vida, porque, antes que nada, es un poeta.

Fernández Moreno en la joven generación lírica argentina, es, talvez, el que más ha conseguido individualizarse. Sus versos tienen un sello tan genuino que aún que no les pusiera la firma al pié lo delatarían claramente. Estamos lejos de suponer que lo original sea lo más bello, pero revela siempre un poderoso temperamento, es una nueva ventana abierta desde la cual se podrán ver panoramas inferiores a los conocidos, pero que, en cambio, renuevan los prestigios del arte con el encanto de la novedad. En materia artística nada cristaliza. Las leyes solo pueden ser inmutables en el mundo físico, único capaz de dar verdades absolutas, pero a la idea, al sentimiento, a la sensación, es imposible señalarles pauta.

Fernández Moreno tiene su manera de ver, de sentir y de expresar las cosas.

De su verso están desterrados la eufonía, la cadencia, el pulimento, el método. Las palabras de su lenguaje tienen poco valor, son, a veces, rispidas, chocantes, prosaicas, pero, en cambio, expresan rectamente el pensamiento y hasta parecen condecir con el ámbito silvestre en que han sido escritas. Su estilo, puesto que es la negación de todo

estilo, es precisamente un estilo. De esto se deduce que Fernández Moreno está a cien leguas de ser un orfebre del idioma, pero es un hombre a quien, con toda seguridad, Diógenes saludaría con respeto.

Hay en «Campo Argentino» miles de cosas que se le podrían reprochar, según el modo como cada cual entienda el arte. Personalmente, creemos que muchos de sus composiciones nada dicen, ni suscitan, ni reflejan, y puesto que ni siquiera tienen vigor formal, hubieran podido ser suprimidas del libro sin que la Poesía se ofendiera.

Para nosotros la virtud esencial y lo que verdaderamente le de derecho a Fernández Moreno para ocupar un puesto de privilegio en la lírica americana es su poder de síntesis.

Ocho palabra le bastan para expresar un drama, o sugerir un poema, o retratar el estado actual de una civilización, o pintar un paisaje.

Dice: «un camino en mi tierra argentina parte de una tranquera al infinito». ¿Puede darse más concretamente una idea más amplia de la extensión de un territorio?

Frente al hombre recio que nació pobre y se labró con su brazo una posición envidiable, exclama: «tómame de peón«. Pocas maneras más gráficas de decir al mismo tiempo tantas cosas. Admiración por la voluntad, reconocimiento de la fortaleza ajena y de la propia debilidad, himno y súplica...

Viendo un cura sobre la inmensa esmeralda pampeana: «¿qué hace esta mancha negra sobre este campo verde?». No es necesario sutilizar mucho para darse cuenta de la extensión y la inquietud filosófica que encierra esa breve interrogación.

El ruso Pipkin, el judío Levy, el lusitano Pintos, Goñi el español y él, hijo de Buenos Aires, están en fraternal conversación y el mismo sol, en la misma tierra, les pone a todos la misma máscara de oro. Nada más dice el verso, ni nada más necesita para expresar el cosmopolitismo argentino, la igualdad y la fraternidad que son galardones de su espíritu republicano y hasta la alegría y la confianza que parecen surgir, naturalmente, en una tierra próvida y sin prevenciones. — J. M. D.

El amigo Chirel. — Novela por Francisco Camba. — Madrid 1919

Al igual de su hermano Julio, Francisco Camba es un donoso escritor y ahí están sus crónicas ingeniosísimas para probarlo. Con «Los nietos de Icaro» nos ofreció un relato lleno de interés y si en este nuevo libro el asunto novelesco es más endeble, la destreza del artista triunfa más holgadamente. Un lenguaje claro y florido realza la poesía de los paisajes gallegos y esmalta el reflejo de las pasiones. Camba no se esfuerza porque destaquen los personajes secundarios,

que esboza con bizarría o gracia. Su desvelo, su esfuerzo mayor—lo dedica a pintarnos al amigo Chirel y a Fernanda, que es un arquetipo de la mujer española, capaz de pecar, pero sin prostituirse como las féminas de otras razas más refinadas. Un exceso de análisis, por nuestra parte, destrozaría la novela, esta amena novela que hemos leído con la más viva curiosidad. En efecto, el marido de Fernanda, en fuerza de cándido, nos resulta risible. ¿ Cómo, sin ser sandio, es tan confiado ? Pero... no sutilicemos. Conformémonos con el libro que se nos brinda tal como es: muy entretenido, muy bien escrito, muy pintoresco. La vida de Galicia se entrevée jugosa, sin deformaciones a lo Valle Inclán. Es lástima que nada nos diga Chirel de sus andanzas en América, en esta América que Francisco Camba bien conoce, pues que actuó en el periodismo bonaerense. Chirel, tipo novelesco cuando no lo enfrentamos, se comporta en la novela como un hombre cualquiera. ¿ Es esto un defecto o acaso la mayor victoria de Camba ? Confesamos nuestra perplejidad. — V. A. S.

El cultivo de la Superioridad desde la cuna. — Por J. FERRANDO CARBONELL.

En este trabajo—presentado por su autor al 2.º Congreso Americano del Niño—se aboga por el cultivo de la individualidad integral de cada organismo desde la cuna colocándolo—para ello—en condiciones de medio que favorezcan sus inclinaciones y desarrollo propio y no usando los medios prohibitivos o represivos tan comunes en los sistemas educacionales corrientes.

Se debe tratar de adaptar cada organismo al medio desde la cuna y no de desadaptarlo.

Partiendo de esta tesis—con la que estamos plenamente de acuerdo—desarrolla una serie de ideas en lo tocante a crianza, higiene y educación muy interesantes—y una teoría propia sobre lo que el autor llama la inmunidad específica. Dejando de lado la consideración de esta teoría es indudable que la luz, el aire, la alimentación bien conducida, el cultivo de las excitaciones propias a cada organismo y de la vocación etc., deben ser las bases de una educación racional para el cultivo de la Superioridad desde la cuna. Esta educación racional debe ser enseñada a las niñas en las Escuelas Superiores en cursos de Puericultura cuidadosamente preparados, ya que las niñas deben ser más tarde futuras madres y que a las madres corresponde la educación integral de sus hijos. El autor aboga por la creación de estos cursos—bien hechos—y de un Consejo Nacional de Madres encargado de inspeccionar esta enseñanza.

Felicitamos sinceramente al autor por su trabajo. — A. B.

Rubén Darío en Costa Rica. — Trabajos periodísticos recogidos por TEODORO PICADO. — San José de C. R. 1919.

Apenas se extinguió la vida del ruiseñor nicaragüense, sus detractores dejaron de combatir la obra multiforme del poeta en tanto los panegiristas zurcían los más desmedidos elogios glorificando al autor de « Azul ». Este folleto que cae en nuestras manos no es una apología precisamente. Ruben Darío llegado a Costa Rica en 1891, en un vapor de proscriptos políticos, se incorpora a la prensa de aquella república e interviene, con su pluma, en cien debates más o menos importantes. Son artículos ligeros, crónicas apresuradas, cuentos sin trama, trabajos de escasa monta pero que presentan la promesa de esa gran realidad que fué Ruben Darío con el andar de los años. No fueron rosas todas las que cosechó Darío en Costa Rica, viéndose en la necesidad de sostener polémicas en las que aparece el autor de « Prosas Profanas » más vibrante y valiente de lo que era luego, cuando vino al Río de la Plata. El abúlico sustituyó a un luchador de no flojo temple, en virtud de esos episodios en que suele ser pródiga la vida. Nos consuela ver discutido al gran Rubén por escritorzuelos de tres al cuarto. De todo ello sacamos provechosa lección lo que aún soñamos con la gloria, sin pensar que es muy fácil que esta desdeñosa dama no se acuerde para nada de nosotros. — V. A. S.

Los Niños Bien. — Novela picaresca, por VICENTE A. SALAVERRI Montevideo 1919.

El autor nos da con este libro una nueva prueba de su laboriosidad y de su fino espíritu de observador.

Los *niños bien* aparecen en esta obra tan maltratados, que al final del libro se siente una impresión de lástima y repugnancia a la vez.

Y uno se pregunta: si el desconcertante autor de « Los espectros », en un momento de mal humor, propuso que los periodistas fueran tratados como *ánima vile* y sustituyeran a los conejos y a los cuises en las experiencias de laboratorio! ¿ qué pedir para estos frutos híbridos de la raza, para estos supercivilizados cuyo linaje, por desgracia, es ya, en nuestro medio, densa tribu ?

El libro alcanza en cuanto a realismo el máximum de vigor, tanto que no es difícil descubrir quienes son sus protagonistas. Asimismo está escrito en fluída prosa y revela un propósito moral digno del mayor aplauso.

Lo único que puede sentirse es que Salaverri no sacara todo el jugo al tema y nos haya dado solo un bosquejo, en vez de la novela hecha y derecha que hubiera podido hacer. — J. M. D.

Diafanidad. — Versos por Ernesto Morales. Buenos Aires 1919.

El poeta ha encontrado para su libro un título que le sienta a maravilla. Diáfano, en efecto, es todo en él, la idea, el ritmo, el léxico...

A Ernesto Morales no tortura, afortunadamente, el afán de llamar la atención por histerismos sentimentales, ni por malabarismos fraseológicos, ni por rarezas de ninguna especie.

Canta simplemente, ingenuamente estaríamos por decir, tanto que, a veces, da la impresión de estar frente a un niño de alma precoz a quien cualquier cosa exalta o deprime y que se expresa en términos vacilantes e imprecisos todavía, mas lleno de una profunda sinceridad.

La naturaleza parece ser lo que hace vibrar más bellamente las cuerdas de su lira. Sus « Églogas », para nosotros lo más noble del libro, tienen un singular sabor bucólico y se nos antoja que por esa vía hallará el autor los definitivos frutos venideros. — J. M. D.

« Terra Convalescente ». — Versos de Mansueto Bernardi. — Porto Alegre 1918.

Conocíamos de este poeta riograndense algunos poemas publicados en 1917 en las páginas del Almanaque del Globo editado en Porto Alegre. La oportunidad de llegarnos amablemente dedicado por su autor el último volumen de versos,—« Terra Convalescente »,— nos da ocasión de renovar nuestras simpatías por la literatura brasileña, que en estas tierras jóvenes de América da ópimos frutos de oro.

Mansueto Bernardi, a pesar de la juventud de que alguna vez alardea, es un poeta enfermizo, verlainiano casi, nostálgico siempre, que concreta una vez más, y acaso excesivamente, la tristeza de los poetas brasileños de que habla Bilac.

Bajo un pórtico tan severo como aquél « todo na vida e sombra a se mover » entramos al jardín invernal de este poeta « convaleciente »,—jardín casi todo nublado, florecido de pesimismo, donde al crepúsculo melancólico el aeda triste lee a « Antonio Nobre, Raimundo, Olavo, Alberto de Oliveira »...

Alguna que otra ocasión fulge una página solar, que en la umbría del libro tiene el alma y el aspecto de esos soles crepusculares que doran y brillan inopinadamente después de los días de lluvia.

Lo demás es tristeza de vivir, ansias de estar enfermo siempre,— « me incomoda la luz, me hiere el viento »,—deseo inmenso de morirse, desesperación, desengaño, ganas de irse por los caminos vestido de luna y de silencio, tarde de brumas, amor en la muerte, temor en la vida...

A lo sumo,—« un milagre de sol doira as paisagens »...

No alcanzamos en este libro de versos toda la sinceridad que queremos en los poetas verdaderos y que se necesita primordialmente para triunfar del tumulto de las voces del mundo con claros acentos definitivos.

« Terra Convalescente » parece ser un volumen escrito bajo la tutela anormal de un dios triste, luego de una penosa enfermedad.

No quiere decir esto que el libro no tenga versos hermosos, no. « El cántico de la montaña » puesto al amparo de D'Annunzio,— « alla montagna debbo ritornare »,—« Vigilia ardiente »,—« Tierra convalesciente » que da título al volumen y que es una canción de primavera,—« Encanto de una voz de mujer »,—« A Franz Von Vecsey »,—« Mors-Amor »,—« Exaltación »,—todavía, —y algunos más quizás, son dignos de un poeta consagrado.

Recordamos a este propósito,—y nuevamente,—« Exaltación », canto a la impaciencia, a la esperanza, a la voluntad, un poco inclinado hacia el lado triste de las cosas asimismo, por constante inclinación del poeta, —pero bello y harmonioso, de ensueño y de poesía, como cuando el poeta se siente lleno de luz o quiere zabullir perezosamente las manos en pedrerías...

Confiamos en que Mansueto Bernardi crecerá pronto, y acaso de golpe, en el mundo poético de su patria, donde voces tan altas y tan hondas han clamado poesías eternas. — T. M.

Adolfo Agorio. — Boceto de crítica por Agustin M. Smith. — Montevideo 1919.

En un estilo personal y propio, Agustín M. Smith, que es un trabajador silencioso y entusiasta, nos ofrece un elogio más que una crítica de la obra de Adolfo Agorio.

Hay comentarios interesantes en algunas de las páginas de este folleto, destinado a leerse profusamente en nuestro mundo intelectual.

Claro que nosotros entendemos la crítica literaria en otra forma, pero la labor de Smith no puede por eso perder su valor intrínseco,— que lo tiene y no hay duda. — T. M.

« **La novela nueva** ». — De Jose Enrique Rodo, con un elogio preliminar de Enrique Potrie. — Número 2 de las Ediciones Minerva de Maximino García. — Montevideo 1919.

Al dedicar este número de las Ediciones Minerva « al ilustre maestro que murió caro a los dioses inmortales », ha hecho muy bien Potrié en precederlo de su elogio, ya que a estas horas le figura del autor de Ariel este siendo objeto de briosas criticas dentro del drofio solar si quien su prosa tanto Aveneltecido. — T. M.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra »
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgu s 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1810.
Serapio del Castillo, Paraguay 1267.
Emilio Frugoni, 18 de Julio 979.
Luisa Luisi, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Juan Daquó, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scosería José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Ernesto Caprario, Uruguay 1223
Santin C. Rossi, Colonia de Alienados, Santa Lucía.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGA[redacted]



DICIEMBRE DE 1919

SUMARIO:

AÑO II

N.° 18

Montevideo

URUGUAY



Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos: CONVENCIONAL

MONTEVIDEO (Uruguay).

1-6-920

CAMAS Y MUEBLES DE BRONCE

Higiénicas	Precios mínimus
Sólidas	Calidad
Eternas	máxima

— Solíciten Catálogo Ilustrado —

BARANDAS

VITRINAS

Instalaciones

BRONCERÍA EN GENERAL

PRIMERAS FÁBRICAS
SUD-AMERICANAS

"Adolfo Gutman"

BUENOS AIRES — ROSARIO
MONTEVIDEO

Exposición, Ventas y Administración
AV. 18 DE JULIO 874
Teléfono 3213 Central
TALLERES: Juan C. Gómez 1479

COLCHONES DE LANA Y CRIN

ELÁSTICOS METÁLICOS

Ronovaciones y composturas
Niquelados, Dorados, etc.

CAMAS DE ACERO ESPECIALES PARA CAMPO
ID. DE HIERRO

Doceles, Coronas, Galerías

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Diciembre 1919. Núm. XVIII - AÑO II

EL FUEGO SAGRADO

Comedia en tres actos

ACTO I.—ESCENA VII.

(*Para « Pegaso »*)

JACINTO — (Saludando) Señora.... tanto placer.— Talvéz soy inoportuno, aún cuando es su día de recibo, pues sé que esta noche estarán de teatro.

AMELIA — No importa; me alegro que haya venido.

JAC. — Y yo me alegro de...... encontrarla sola. ¿ Será mucha vanidad la mía, si aspiro, en esta soledad que la rodea, a una confidencia de su alma selecta, de esa alma....

AM. — .... que Vd. pretende conquistar ¿ no es eso ?

JAC. — No tanto.... Pero tengo derecho a creer que algún día.... seré escuchado. Vd., Amelia, a quién hastía todo lo que la rodea....

AM. — Escuche, Jacinto: pierde Vd. lamentablemente el tiempo. Me alegro de que una vez por todas aclaremos un equívoco que solo puede haber existido para Vd. Creí en su amistad.... y nada más. Yo no tengo la culpa si la vanidad puede llegar a ciertas confusiones.

JAC. — Es Vd. cruel.... Sin embargo, no podrá negar que esta vida es insoportable para Vd. que puede aspirar con justicia....

AM. — ¿ A qué ? A sus galanterías,.... a sus insinuaciones.... ? Lo creí un amigo y por eso soporté sus

referencias sobre lo que me rodea. Sí, comprendo que fué una debilidad. ¡ Mi vida ! No le concedo el derecho de preocuparse de ella.

JAC. — Eso no podrá impedírmelo. Será una quimera, pero la ilusión de comprenderla y ser comprendido, vivirá siempre en mí.... Cuando se quiere como yo quiero......

AM. — Basta, no prosiga. Cuando se quiere, no se compromete una vida ajena, como lo hace Vd., por petulancia, asediándome en público.

JAC. — ¿ Yo ?

AM. — Sí, Vd.— ¿ Que pensaba de mí ? Que algún día había de proporcionarle una aventura más ?.... ? ¡ Oh.... no es Vd., ciertamente, quien puede aspirar a tales episodios en esta casa. Comprendo que se sacrifique todo en un momento de locura, pero por un alma ¿ entiende Vd. ? por un alma, capaz de estremecerse y de querer y de sufrir.... Por lo demás yo no estoy en ese caso y le agradezco su solicitud.

JAC. — Si es Vd. feliz.

AM. — Sí, soy feliz, soy feliz, soy feliz....

JAC. — ¿ Está segura ? ¿ O es que Vd. misma trata de convencerse ?

AM. — Basta. Haga Vd. de cuenta que no hemos hablado nada.... Absolutamente nada. Y confío en que por lo menos tendrá la nobleza de no molestarme con sus pretenciones.

JAC. — Tiempo al tiempo....

AM. — ¿ Qué ? Eso es cinismo.

JAC. — Continúe.... con el insulto. Prefiero su odio, por que el odio....

AM. — Si, tiene razón. Ahora.... lo deprecio. (*Murmullo de voces por la izquierda*) Silencio.... No me obligue Vd. a repetir a los demás.... lo que ya sabe.

ISMAEL CORTINAS.

CHOPIN

¡ Quién lo arrastraba, así, por
la vida, a través de la tristeza !
(Gorki)

Era la tarde y, hacia los confines
de un ambiente de histéricos ensueños,
las teclas exhalaban su lamento:
heríalas la fiebre, y al sublime
llamado respondían
con efusión de manos dolorosas......
En el parque, arrancando de las frondas
lloros, blasfemias y estridentes risas,
despertaban los ecos, uno a uno......
« ¡ Chopin, divino tísico !...... » clamaron:
« hijo de la celeste Melodía
y el alma taciturna de los lagos....
¡ Oh hermano del Crepúsculo !.... »
Y clamaron así, también, los ecos:
« ¡ Oh divino juglar, trovador nuestro:
somos la voz del corazón humano
cambiante como el mar;
y la voz somos de la soledad
misteriosa y enorme !
Somos odio y amor y abnegaciones
y, también, blanda copla de la madre
sobre la cuna cándida del niño;
ave en la selva, gota que solloza,
— lacrymæ rerum, llanto de las cosas —;
resonancia lunar en el sigilo

medroso del paisaje,
donde danzan las sílfides
movidas por un ritmo inverosímil
de vals o de mazurka
y donde, en angustiada
solemne procesión, la Muerte cruza
al compás persistente, persistente,
al compás...... al compás....
al compás persistente de las cajas,
al compás de las cajas enlutadas....
Donde, al compás de los sollozos, va
la Muerte......
«¡Acógenos, Chopin!....» también dijeron
los ecos:
«¡Acógenos, Chopin: sé nuestro intérprete
en tu divina lengua musical!......»

JULIO LERENA JUANICO.

CUANDO ESTUVO TAMBERLICK

El 30 de Diciembre de 1856, por la noche, fondeó en la rada exterior el paquete «Tocantins», que había salido de Río Janeiro la Nochebuena.

Los montevideanos esperaban la llegada del paquete...

Venía a su bordo el famoso tenor romano Enrique Tamberlick, que acababa de realizar una temporada triunfal en la capital fluminense.

Gobernaba entonces don Gabriel Pereira, electo presidente el 1.º de Marzo del mismo año, y era un momento de grandes esperanzas: había sed de sosiego; un gran propósito de reconstruír el país.

Tamberlick nacido en 1820 era una celebridad europea: el seminarista de Montefiasconi, estaba convertido en el primer tenor del siglo.

Estrenado en el Teatro de San Carlos, de Nápoles, la temporada de Lisboa «fué la llave de oro de sus temporadas líricas».

Barcelona, Madrid, Londres, San Petersburgo, lo habían consagrado.

Sólo le faltaba la ópera de París, que le ofrecía un contrato de 144.000 francos.

Pero el gran tenor vaciló ante la prueba suprema, y decidió hacer primero la temporada de Sud América.

No existía en Montevideo un buen teatro disponible.

En Solís, flamante, actuaba la compañía española de Duclos, una compañía dramática de las mejores de su tiempo.

¿Cantaría en San Felipe, «un teatro que había dejado de ser», según decía un gacetillero de la época?

Perseguía al tenor una especie de fatalidad en punto a salas de espectáculo. En Río tuvo que cantar en lo que se llamaba « O Provisorio », un barracon donde, cierta noche, en plena ópera, entraron dos perros al proscenio, enredándose en las piernas de los coristas.

Pero no podía cantar en San Felipe; « a personas de su clase, que ha hecho resonar su voz en los mejores teatros del mundo, no podemos consentir que teniendo un hermoso teatro como Solís, le ofrezcamos el más inferior », argumentaba « La Nación ».

« Solís, monumento grandioso de nuestra civilización — decía otro diario — de nuestra cultura y de nuestro amor a las artes, debe abrir de par en par sus puertas para recibir a Tamberlick.... ».

Arregláronse las cosas de manera que el tenor y la compañía Duclos se turnasen en Solís, y quedó solucionado el asunto.

Antes del estreno Tamberlick ensayaba—naturalmente—sus papeles, y una concurrencia compacta, reuníase a oír su portentosa voz, en el patio y la vereda del Hotel del Comercio, calle Piedras 89, entre Misiones y Zabala.

Presentose al público el gran tenor, el 10 de Enero con « Trovador », ópera nueva, que se había estrenado en el « Apolo » de Roma el 17 deE nero del 53 y en el « Italiano » de París el 23 de Diciembre del 54.

El precio de las localidades se duplicó y el reparto se hizo de este modo:

Conde de Luna	Cima.
Leonor	Sra. S. V. Lorini.
Manrique	Tamberlick
Azucena	Sra. A. Cassaloni.
Fernando	Figari.
Inés	Sra. Canonero.

Estalló al primer acto — no más — el entusiasmo de los espectadores,

Cuando cantó « Deserto su la terra... »

Tamberlick contaba 36 años y su admirable voz, que estaba en la plenitud, no demostraba ningún cansancio no obstante la intensa temporada concluída en Río Janeiro donde, en 5 meses, había cantado en 55 funciones.

Al retirarse de Solís una multitud — que comprendía lo mejor de Montevideo— con los coros y la orquesta a la cabeza acompañó al tenor hasta su albergue.

La noche había sido, según un cronista, « una noche de amor, de gloria, de vida y de entusiasmo ».

Correspondiendo el domingo a la compañía española, la función del martes, « Hernani », tuvo que transferirse para el miércoles por repentina indisposición del tenor.

De la función del miércoles llegó a decir un espectador « no hemos envidiado al mejor teatro de Europa ».

El sábado volvió a la escena « Trovador ». Tamberlick demostraba marcada predilección por esta pieza: veremos como la repitió ante nuestro público—y en Río Janeiro la había cantado 11 veces.

Para la 4.ª función — martes 20 — fué designado « Rigoletto », pieza que vino a estrenarse — para América — en Montevideo, pues no figuró en la temporada brasileña.

Entre los actos 3.° y 4.°, la Cassaloni cantó el aria de Bethy.

« Trovador » volvió a llenar el cartel de la 5.ª función; y para el 27, anunciose « Luisa Miller », donde Tamberlick hacía el papel de Rodolfo.

Un poco pasada de moda, actualmente, esta ópera de Verdi, como tantas otras, estaba precedida, entonces, y de cerca por los éxitos del 49 al 53.

La romanza y la escena de la imprecación —por lo demás — daban al tenor margen para lucirse.

Antes del acto tercero la soprano Anetta Cassaloni, cantó el aria de « Orbeto, conde de San Bonifacio », ópera un poco fracasada.

La breve temporada se iba acercando, ya, a su terminación.

El viernes 30 despidiose la compañía del público montevideano con este cartel fragmentario:

PRIMERA PARTE

1.º Sinfonía de *Nabuco.*
2.º *Rigoletto* Duo: « *Addio* ». Sra. Lorini y Tamberlick.
3.º Escena y Aria de « *Luisa Strozzi* ». Cima y los coros.

SEGUNDA PARTE

4.º Acto de *Favorita* — *Fernando,* Tamberlick.

TERCERA PARTE

1.º Escena y rondó « *La Ceneréntola* » Sra. Cassaloni y los coros.
2.º Sinfonía del maestro Castagneri.
3.º *Trovador.* « *Madre Infelice* ». Manrique, Tamberlick.

....

Y el domingo 1.º de Febrero, por la tarde, el « *Menay* » zarpó con Tamberlick y su *troupe* para Buenos Aires: el contrato de 30.000 francos mensuales con que vino al Río de la Plata, comprendía también la capital porteña.

Quedó de esta visita — y está todavía en Solís — un hermoso retrato del tenor famoso.

Quedó también, por mucho tiempo la impresión de que aquel hombre era un prodigio y, por más tiempo aún — cuando ya el eco de su voz se había perdido—el orgullo de poder decir « cuando oí yo a Tamberlick !...

Con ese tono de orgullo sonaba la voz del comandante D. Francisco Saldaña, cuando lo recordaba a sus nietas, en el Salto, bajo la paz de los parrales pintones......

Una de aquellas nietas fué mi madre.

J. M. Fernández Saldaña.

Montevideo 1917

PERFILES DEL RENACIMIENTO

Bocaccio.

¡ A gozar !, ¡ a gozar, por que la vida es corta !;
peca la carne joven con sagrado impudor.
Rueda el tiempo su rueda implacable, ¡ no importa !,
solo vence a la muerte la mujer y el amor !

Luzbel es más potente que Dios; mientras la absorta
muchedumbre se agita, trémula de terror,
plasma la vida en cantos, y en su oscura retorta
florece una sonrisa para cada dolor !

¡ Medio Evo !; ¡ macabra pesadilla del mundo !
Sobre su lecho lívido de infecto moribundo
que abruman los fantasmas de la superstición,

deja caer Bocaccio con generosa mano,
como cien blancas rosas de algún jardín pagano
las cien blancas historias de su Decamerón !

CESAR BORGIA

Sobre un tapiz lujoso felinamente avanza,
bello como un arcángel, entre la rica plebe.
Ni una mirada recta a enfocarlo se atreve,
ni un dardo venenoso frente a frente lo alcanza.

Zumba en su torno, alada y humilde, la alabanza,
mas ni un músculo solo de su rostro conmueve;
serio y reconcentrado, sorbo tras sorbo, bebe
como un licor el dulce placer de una venganza !

Yace en su pecho oculta como una sierpe viva
la daga; esconde el pomo su ponzoña furtiva
y la flor la traición de su aliento mortal.

Y mientras buscan presas sus instintos impuros,
en su mano cargada de crímenes obscuros,
viva, relampaguea la gema episcopal !

ALBERTO LASPLACES.

Montevideo, Diciembre de 1919.

Apuntes de un Pueblo Humilde

Desolada calle.

Cruza una carreta al cansino andar de las mulas. El eje va llorando destemplanzas de vejez y abandono y sobre la arena dormida queda una huella cálida y honda, que dura apenas breve espacio. Cuando la nube de polvo que levantan las pisadas se desvanece, la arena, mansamente, silenciosamente, como cumpliendo una tarea rutinaria, se desmorona y va rellenando el precario canal que fué estela de las llantas. La sombra de los talas seculares tiene intermitencias de plata: puñales de los rayos del sol que abren heridas sin sangre. Al pasar la carreta pasó toda la vida, con sus achaques actuales y su evocación de leyenda. Ya no hay un movimiento, ni un rumor en lontananza, ni un mal pájaro que trine... Qué fué el pasado en esta calle de arena dormida ?

Veo un cacique calchaquí y a su lado una india joven. El cacique es robusto y taciturno; la india, enamorada y sumisa. No há mucho se dijeron sus amores y un rincón esquivo del bosque fué su tálamo. Porque en amor no hay reserva, el tálamo indiscreto, confió al viento el secreto de sus nupcias y el viento lo esparció en los campos, lo llevó lejos en su incansable andanza, y hoy, la pasión bendita pone sobre la frente del broncíneo cacique y en el alma de su compañera india, una vaga superstición. Que temen ? Escudriñan el horizonte con afanoso empeño. Luego él clava sus pupilas taciturnas en los ojos sumisos de ella y mira largo rato, hasta que en lo profundo vé nacer un destello de fé, una afirmación de cariño.

En la lejanía se inicia una polvareda de cabalgaduras. Deben ser los conquistadores que llegan.... La pareja

de indios eleva una muda plegaria al astro muriente y emprende camino a la choza, paso a paso, sin volver las cabezas, agobiado en ambos el espíritu por una gran mansedumbre de esclavitud, que se transmite en herencia a través de muchas generaciones. Y derrotada prematuramente, la pareja se pierde a lo largo de la calle desierta...

Del opuesto confín se avecina la polvareda. Conquistadores ?....

Es la carreta que torna. El eje sigue llorando sus destemplanzas de vejez y abandono, pero la carreta trae una carga de verdores. Hojas de vid, hierbas tiernas, húmedo pastizal... Delicia de frescura veraniega, que al acercarse embalsama el aire con un relente auspicioso. Y al conjuro, la ancha calle desolada se puebla de algarabía. Son las mujeres y los hombres y los niños que abandonan la labor de las viñas, mientras las acacias floridas que encubren el portal de una vieja casa dan al viento viajero, que ya dilapidó el relente, un suave perfume de aliento mujeril, y uno que otro pétalo amarillo.... uno que otro pétalo blanco....

La vendimia.

En las viñas hay fiesta, que el trabajo tiene ejecutoria de fiesta en todos los tiempos. Es el repiqueteo metálico de las tijeras, es la verde tonalidad de los pámpanos, son los racimos de fruta dorada, de pulpa jugosa; son las torcaces que dicen sus mansos arrullos en la sombra de la arboleda, y es la charla liviana de las mujeres con los peones, y el alborozo de un chiquillo que ha encontrado un nidal con pichones de picos enormes y parlanchines... La fiesta es también la fiereza del sol que cae implacable sobre los sombreros de paja de los trabajadores, blancos y numerosos como una profusión de hongos muy grandes; y las nubes que pasan, velas aventureras del misterioso mar azul que no tiene playas, y la sierra lejana, y hasta el ojo avizor y la voz de mando del agreste capataz.

Se extiende por toda la heredad una alegría de vivir que acaricia y seduce.... para que digamos que la vida es buena porque hay esperanzas en el inquieto follaje y promesas de vino dulzón en las uvas de topacio y en las uvas ambarinas. Que la gente es ingenua y es simple su gozo ? Bien haya, señor!... Para eso florecieron las margaritas que mienten tantos destinos de novias, y quiso la suerte que las golondrinas se fueran lejos, sin traer las respuesta a nuestras interrogaciones quiméricas.... para complicar con sus engaños y ausencia esta pobre sencillez!

Hay fiesta en las viñas. La mozada cumple sus tareas alternando bromas y risas. Por la calleja interna, bordeada de vides sarmentosas, van y vienen las mujeres con las cestas al hombro y se cruzan entre las chatas de acarreo, con un zig-zag de hormiguero proficuo. A la vera, descansan los perros batiendo la cola en señal de contento y fidelidad. De pronto se yerguen, enderezan las orejas, husmean y se lanzan en loca carrera, aturdiendo con sus ladridos. Han visto o presentido una alimaña que huía...

Al caer la tarde empieza su cantilena una chicharra oculta en un algarrobo de sazonada cosecha. Y hombres, mujeres y niños, abandonan la labor y se marchan afuera, poblando de momentánea algarabía la calle de arena dormida....

Cantan una canción.

Ha llegado la noche con pasmosa lentitud. En las amplias galerías de la casa vieja se han encendido los faroles primitivos, que pestañean al paso vertiginoso de los murciélagos. Un grillo, fué, en tanto servían la merienda, predisponiendo el ánimo al recuerdo de otras noches, con su monotonía pertinaz, molesta y no obstante, buena. Dice la superstición lugareña que los grillos anuncian cartas o visitas. Qué mentira nos traerá la carta ? Quién

será la visita ? Bienvenida seáis, carta zalamera o visita desconocida !.... Porque la mentira ha de ser halagueña—sinó para qué mentir?—y la visita ha de traernos noticias de cosas lejanas, disfrazadas de ensueño.

Desde el pollo que es orgullo del portal y la vereda, se domina la calle hasta un rancho cercano, donde brilla una luz mortecina. En el rancho se aprestan para bailar. Han puesto albahaca en un cacharro diaguita y hay un cántaro rebosando vino. Junto a la luz mortecina, cuelga una guitarra que luce con donaire campero un lazo de cinta: trofeo de amor. Colgaba la guitarra, porque ya está en manos de alguien que preludia una copla. Rompe la música el sosiego envolvente y cantan una canción.... Qué dice el cantar ? Habla de penas, de novias ausentes ? De amores perdidos, de malas traiciones ?

La canción tiene una dulce virtud evocadora, y una suave melancolía para las horas que corren. Traduce en sus versos, en el bordoneo melódico, muchas de nuestras emociones recónditas. Besos que no se lograron.... Desconfianzas que fueron acumulando los años....

Pensamos: no ha habido en el pueblo más amantes enamorados que el cacique taciturno y la india sumisa ?

Pensamos: vale la pena ponerse un poco triste por el amor que no llega, cuando cantan una canción ?

ADOLFO LANÚS.

SI

Si puedes estar firme cuando en tu derredor
todo el mundo se ofusca y tacha tu entereza;
si cuando dudan todos fías en su valor
y al mismo tiempo sabes excusar tu flaqueza;
si puedes esperar y a tu afán poner brida,
o blanco de mentiras esgrimir la verdad,
o siendo odiado al odio no dejarle cabida
y ni ensalzas tu juicio ni ostentas tu bondad;

Si sueñas pero el sueño no se vuelve tu rey;
si piensas y el pensar no mengua tus ardores;
si el Triunfo y el Desastre no te imponen su ley
y los tratas lo mismo, como a dos impostores;;
si puedes soportar que tu frase sincera
sea trampa de necios en boca de malvados,
o mirar hecha trizas tu adorada quimera
y tornar a forjarla con útiles mellados;

Si todas tus ganancias poniendo en un montón
las arriesgas osado en un golpe de azar,
y las pierdes, y luego con bravo corazón
sin hablar de tus pérdidas vuelves a comenzar;
si puedes mantener en la ruda pelea
alerta el pensamiento y el músculo tirante
para emplearlos cuando en ti todo flaquea
menos la Voluntad que te dice: « Adelante »;

Si entre la turba das a la virtud abrigo;
si marchando con Reyes del orgullo has triunfado;
si no pueden herirte ni amigo ni enemigo;
si eres bueno con todos, pero no demasiado,
y si puedes llenar los preciosos minutos
con sesenta segundos de combate bravío,
tuya es la Tierra y todos sus codiciados frutos,
y lo que más importa, serás Hombre, hijo mío.

RUDYARD KIPLING.

Traduc. de E. Rebolledo.

EL ALMA DE LAS COSAS

EL LIBRO

(*La obra maestra*)

El genio me dió todos sus pensamientos, me consagró su vida, se entregó a mí por entero.

Yo reflejo los matices de un alma que se apasionó por el Ideal, que pasó sobre el mundo como una sombra, y a la que los hombres no supieron conocer.

Vosotros que pasáis, deteneos un instante. ¿ No oís mi voz ? Es la voz de un espíritu que se refundió en mí.

El era un predestinado, un solitario y un excelso soñador; entrevió el misterio y quiso alumbrar el abismo, conoció a su Dios, y pugnó porque vosotros también le conocierais.

Leedme y meditad y cuando volváis una página acordaos de que quién me dió vida fué un triste, un desheredado, y observad bien por ver si hallais en el papel el rastro de una lágrima.

Detrás de mí está el Insomnio, está el Dolor, está la Meditación con un dedo apoyado en la frente. No lo echéis en olvido y reflexionad, pero ante todo, no paséis indiferentes a mi lado, creyendo que sólo hallaríais al abrirme caracteres impresos. ¡ Esto sería horrible y, si tal hicieraís, su espíritu se estremecería en la eternidad !

Cuando se da la vida por una idea, cuando la llama se extingue después de haber ardido sólo por el amor, se tiene derecho a ser escuchado y la indiferencia de los hombres sería en este caso un crímen imperdonable.

Vosotros que pasáis: deteneos !

EL ESPEJO

Cuando el hombre primitivo se miró en el agua, vió su imágen reflejada allí; entonces conoció su rostro y supo que era semejante al de su hermano.

De aquí habrá sacado sin duda en consecuencia que la fraternidad debe existir sobre la tierra entre todos los seres de una misma especie.

Yo soy el perfeccionamiento de la obra creada por la naturaleza, pero no desempeño un rol tan simpático en la historia de la humanidad.

Soy un cristal limpio, pulido, que en vez de permitir que se vea lo que hay detrás de mi, desconcierto a los que tratan de penetrarme, reflejando sus propias imágenes. Los objetos viven en mi una vida espiritual. Por ello es que a veces me imagino poseer un alma a la manera de los seres pensantes.

Mi pupila tiene el don de la visión, todo lo que se halla en mi presencia es percibido por mi, de otra suerte no me sería dado reflejarlo con exactitud matemática.

Poned una luz delante mío y vereís que el foco se duplica, que adquiere nuevo fulgor, como si hallara en mi un complemento de su ser.

Mi brillo es mi imaginación y al igual de los poetas me apropio cuanto me rodea para hacerlo revivir.

Lo que está en mi, no pertenece ya al sujeto, al que nada he quitado de su personalidad, desde que éste se halla intacto, y es obvio que descomponiendo las diversas figuras que resbalan sobre mi superficie, pueda crear objetos nuevos y fabricarme un estilo original. Tal hago durante la noche cuando nadie puede sorprenderme.

Luego también soy creador y un creador opulento, porque poseo la forma, el movimiento y el color.

EL ANILLO DE COMPROMISO

Vosotros que paseais vuestras interrogantes miradas sobre mi—¿ quereís saber lo que pienso?—Escuchadme: Esta mano tan bella que enciende vuestro entusiasmo, ha sido conquistada, tiene ya dueño. ¿ Quien es él? Nada puede importaros; sabed únicamente que se merece el cariño que ha sabido inspirar, que mientras vosotros pasabais indiferentes ante la beldad que hoy ha despertado vuestro capricho, él sabía adorarla en la sombra de rodillas, que las horas que vosotros consagrasteís a la holganza, al esparcimiento del espíritu y a la locura, él las dedicó por entero a su recuerdo, que cuando vosotros os embriagábais en el festín, entorpeciendo vuestros pensamiento, él lo tenía despejado y libre para que pudiera volar serenamente a la cita donde Ella le aguardaba.

¿ Que méritos habéis hecho con mi dueña para merecer una mirada?

Id, id a buscar las bellezas frívolas que pupulan en el mundo y no os detengais en ésta cuyo corazón está sellado.

Lo afirmo porque lo sé. Ella sólo se mira hoy en mi áurea superficie porque sabe que le tengo prometida la felicidad, la consecuencia y el amor y que no puedo faltar a mi promesa. No soy un anillo, sino un juramento.

LA MORFINA

Soy Jauja, el Edén de Mahoma, el Paraíso terrenal. A mi soplo se disipa el hastío, llevo en mi una fuerza desconocida, sobrenatural.

A la distancia, la Muerte me sonríe, pero el dolor tiene verguenza de mí; me huye. ¡ Es mi desquite! Los que me han tratado más de una vez, me aman siempre, mi atracción es irresistible; me apodero del corazón humano y anulo la voluntad, porque sé producir el hilo maravilloso con que se fabrican los ensueños. Y estoy satisfecha de

mi destino ¡como no estarlo! teniendo conciencia de que hay infinitos seres que me adoran, que se prosternan reverentes ante mis altares y que hacen de mi una divinidad en la tierra.

Que yo les llevo al sepulcro; cierto, pero les conduzco por entre verjeles, hago que los pies sean inmunes a los guijarros del camino, evito que la sed abrase las entrañas, aniquilo la fiebre que desencadena tempestades en el cerebro y disipo las pesadillas que avasallan el espíritu.

Guío hacia el misterio, pero a mi paso se iluminan las sombras.

Voy en busca de la soledad, de la noche sin fin, pero llevo en mis manos la lámpara de Aladino.

El azul del cielo se reflejará siempre en mis ojos, aunque en su fondo esté el abismo profundo, insondable.

Soy la antítesis del túnel; por mi se va a la oscuridad densa, impenetrable, circundada la frente de una aureola luminosa.

EL MICROSCOPIO

Poseo un mundo que se escapa a la simple mirada del hombre y que sin mí fuera imposible conocer.

Para algunos, muchos sin duda, nada existe en una gota de agua, sobre la superficie satinada del papel, en la joya relumbrante que es gloria de la pupila, sobre los labios purpúreos creados para el beso.

Pero yo sé que en esa gota hay un universo, millares de seres que se agitan, generaciones que nacen y desaparecen en el breve espacio de un instante, como si hubieran cumplido su misión.

Sobre el papel donde corre fácil la pluma, trazando quizá palabras de amor, expresando sentimientos tiernos, entonando un himno entusiasta a la vida, a la juventud y a la belleza, veo a veces el gérmen que lleva la enfermedad o la muerte a quien poco antes hizo experimentar supremas emociones.

La joya que mirais con ojos ávidos, puede ser sólo un vehículo de desolación, y en los labios por cuyos besos suspirais, tratando de arrebatarles un tesoro de sensaciones supremas, podeis hallar el dolor, ese monstruo que hace expiar en horas interminables, unos breves instantes de felicidad.

Todo eso lo sé yo, y vosotros habéis llegado a saberlo después que me conocisteis.

FERNANDO NEBEL ALVAREZ.

Montevideo.

LA HORA DE LA EMOCIÓN

Cuando la gente duerme, en la noche otoñal,
todo envuelto en la bruma de su negro ropón,
canta el pájaro loco de nuestro corazón
las divinas estrofas del amor inmortal.

Yo te enseño a burlarte de la gente banal
que duerme en la encantada hora de la emoción;
mientras ellos descansan vela nuestra pasión,
nada ven y nosotros vemos el ideal!......

¡ Cálidos senos, boca de tan dulce reir !
Cuando se os ha besado ya se puede morir
sin pesar, que la vida ya no tiene más miel.

Amada, dormiremos después, en el dolor.
Ahora, mientras tiembla junto a tu faz mi amor,
corta estas nuevas rosas que han florecido en él....

SEGUNDO BARREIRO.

TU MANO

La noche aquella, toda poesía,
cuando dejaste, fatigada, el piano,
entre la tosca y triste mano mía
yo tuve el albo lirio de tu mano.

Un pájaro sutil me sugería
que volviera de un vuelo muy lejano,
cansado de volar. Desfallecía,
como un rendido corazón, tu mano.

Esta noche, también plácida y suave,
mi soledad te evoca; junto al clave
veo surgir tu pálida belleza

y me parece que tu mano blanca,
de lo más hondo de mi ser arranca,
la grisácea raíz de mi tristeza !

JULIO GARET MAS.

LA OBSCURA TRAICIÓN

La aguardaba llegar, en mi porfía,
como a su amado aquella virgen loca
que en la aconseja de Guyau, se toca
con el velo nupcial a cada día.....

Largo tiempo he vivido en la agonía
de este inmenso dolor que me sofoca,
sintiendo ausente el beso de su boca
sobre mis labios que la muerte enfría.

Empieza a diluirse mi quimera
en el ocaso triste de la espera
donde crüel se esconde la asechanza.

Y veo, con amargo desconsuelo,
que sube, hasta las ansias de mi anhelo,
la más torva traición de mi esperanza!

JOSE PEDRO BASTITTA.

AUTORES Y EDITORES

El maestro Lugones ha publicado en « La Nación » de Buenos Aires, estas letras:

Procedente de una pretendida Biblioteca Ríoplatense ha circulado entre los libreros el siguiente prospecto anónimo:

« Las montañas de oro », por Leopoldo Lugones. — Acaba de ser impresa en buen papel y conservando la misma ortografía.

« Se halla en venta en todas las librerías de Buenos Aires y Montevideo al precio de $ 1.50 m/n. argentina y de $ 0.60 oro uruguayo. Se atienden pedidos por carta previo envío de su importe respectivo o contra reembolso, debiendo dirigirse la correspondencia al director de la Biblioteca Ríoplatense, calle Buenos Aires 214, Montevideo. Precio neto para los libreros, $ 1.10 m/n. argentina «.

Trátase de una edición clandestina que constituye un verdadero robo y que sólo ofrece al lector un texto trunco y lleno de errores.

Como por falta de no sé qué instrumento diplomático, ley, decreto o lo que sea, este atentado goza de impunidad legal en el vecino país, entrego su divulgación a la prensa honrada y confío su represión a mi gallarda amiga la juventud uruguaya, quien sabrá apreciar, sin duda, la infamia de ese despojo tolerado, tratándose de un escritor que vive exclusivamente de su trabajo intelectual..—LEOPOLDO LUGONES.

Es verdaderamente lamentable lo que acaba de ocurrir con el gran poeta de « Los Crepúsculos del Jardín » en quien la juventud uruguaya reconoce a uno de los primeros líricos del continente.

Ni siquiera defendidos por un noble propósito de divulgación, estos hechos podrían ser admitidos,—desde el momento que no existe duda sobre el derecho exclusivo del autor a sus hijos intelectuales.

Mucho más, por consiguiente, debe censurarse, cuando, bajo la apariencia de la divulgación de obras maestras, sólo se oculta en realidad una especulación.

Es hora ya de que nuestro parlamento ponga término a estas deficiencias legales,—y en tal sentido, « Pegaso «, como expresión de la intelectualidad uruguaya, — adhiriéndose a la protesta del eminente maestro argentino, — exhorta a los legisladores de la nación, para que cuanto antes se dicte una ley tutelar de los derechos de los autores.

GLOSAS DEL MES

De la vida

Escenario: barbería del Asilo de Mendigos. En un banco esperan turno diez asilados De repente, entra la hermana trayendo un recién llegado y dirigiéndose a uno del grupo:

Vea — le dice, — aquí tiene un compatriota.

El aludido, un viejo setentón, levanta el rostro y mira al nuevo asilado con esa indiferencia sin hostilidad de los ojos provectos. El recién venido se sienta a su lado Sus barbas, sus cabellos, sus ropas hablan de terribles peregrinajes.

Y en tanto ambos aguardan el beneficio de la tijera y la navaja higiénica, entablan este diálogo:

—De donde sos ?

—Asturiano

—Yo también

—Del pueblo de Figueras

—Yo también.

—Hace mucho viniste a América

—Cincuenta años

—Justo como yo.

—En 1869.

—Eso es. 1869. Hace ya tiempo — eh ?... y siempre en Montevideo ?

—No, 15 años, aquí. Después anduve en el Paraguay, en Río Grande, en la campaña. — Que se yo...

—¿ Nunca volviste a Figueras ?

—Nunca.

—Yo tampoco.

—Hubiera sido mejor no haber salido de allá.

—Bah !: quién sabe.

—¿ Tienes parientes en Figueras.

—Vaya a saber ahora.

—Yo tampoco nada sé. ¿ Y aquí ?

— No. Tenía un hermano, pero posiblemente ya ha muerto.

—Yo también tenía un hermano. Vinimos juntos. Hace treinta años que no se nada de él. Habrá muerto, sin duda.... Se llamaba Juan.

—Juan !: como yo.... Yo me llamo Juan ¿ y tú ?

—Luis.

—Luis ! como él.... Luis qué ?

—Zapata.

—Zapata también yo.... Será posible....

Por un momento las cuatro pupilas fosforecen violentamente, como queriendo reconocer en las ruinas del rostro los rastros familiares.

Luego, perplejos:

—Sos tú, Juan.

—Sos tú, Luis.

Estos dos hermanos vinieron, hace cincuenta años, con el corazón alegre, a hacer la América.

Cuestión de cálculo.

El hecho es que los radiologistas norteamericanos pueden revelar con los rayos X, en un cincuenta por ciento de casos, con seguridad absoluta, la existencia de cálculos en los organismos de sus compatriotas atacados de esa afección.

En cambio en los ciudadanos franceses los radiologista galos no pueden dar el mismo diagnóstico preciso más que en un cuatro o cinco por ciento de casos. Creemos que exageramos, todavía.

Y, naturalmente, esto los tiene profundamente preocupados. En vano mejoran sus aparatos, calcan la técnica de los yankes, han llevado mismo a París especialistas y máquinas norteamericanas.... el porcentaje no se eleva.

Y no pudiendo resolver el problema han llegado a la conclusión de que los cálculos norteamericanos tienen una estructura química diferente a la de los franceses; pero el laboratorio, supremo árbitro, no ha corroborado esta creencia.

Hay, pues, que buscar otras causas para explicar este hecho singular.

A riesgo de que se nos tome por sugetos tribiales y sin intención ninguna de chancear con la majestad del asunto, no resistimos a la tentación de lanzar una nueva teoría al comercio científico.

La razón nos parece residir en la ética, más que en la química, la técnica o las máquinas.

Siendo el yanke el hombre calculador por excelencia, hecho todo a base de aritmética, álgebra y geometría, es natural que cuando se disponga a ser cálculos, así sean biliares o nefríticos, los haga con una ciencia muy superior a los de cualquier otro pueblo de la tierra y sobre todo, calculando ya la ventaja que va a obtener en hacerlos infranqueables a los rayos X.

En todas las cosas hay un poco del alma de su creador, hasta en los productos patológicos y tal vez, en estos, más todavía.

La piedra fabricada por un organismo norteamericano llevará en sí el sello de su raza. Será, aunque no pueda demostrarlo la física ni la química, espiritualmente por así decirlo, dura, tenáz, perfecta, calculada. La del francés, en cambio, fragil, frívola, hecha como al desgaire.

Es natural, entonces, que los rayos X atraviesan los unos como hojas de papel y hallen en los otros resistencias invencibles.

Reconocemos la audacia y la falta de apoyo positivo de esta teoría, pero en tanto no se nos demuestra lo contrario (y aquí debemos decir que distinguidos radiólogos compatriotas nos acompañan) tenemos el derecho de sostenerla y la sostendremos.

Estamos encantados con ella.

JOSE MARIA DELGADO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuestros males universitarios. — Por ERNESTO NELSON. — Buenos Aires 1919.

El gran educacionista argentino, profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata, Ernesto Nelson, acaba de publicar « Nuestros Males Universitarios », obra en la que afirma una vez más su personalidad y en la que continúa su propaganda por el mejoramiento de nuestras instituciones educacionales, señalando las fallas de que adolecen y los remedios a aplicar. Obra de crítica y al mismo tiempo constructiva, « Nuestros Males Universitarios » merece ser leída atentamente por todos aquellos a quienes interese el mejoramiento de su país y de los hombres, ya que en la educación está la raíz de todo perfeccionamiento, y que el mejoramiento político, moral, económico y social, no son sino derivaciones del mejoramiento educacional.

« La Universidad nació en el mundo, — dice Nelson, — para consagrar una aristocracia nueva, cuyo distintivo iba a ser la cultura más o menos verbalista». «La educación universitaria fué la educación por excelencia », y esto trajo como consecuencia desvirtuar la función propia de los colegios secundarios y las escuelas primarias, haciendo que, en el hecho, ambas instituciones adapten sus finalidades y sus métodos para preparar sus educandos para la Universidad. Por el hecho de su pecado original, las Universidades ejercen el monopolio de los estudios superiores y profesionalizan la cultura. Esta no es en la práctica, aunque se le consagre así teóricamente, un derecho universal sino el privilegio de unos pocos, dado que «el aparato educacional que va de la escuela a la Universidad está montado como un vasto embudo en cuyo interior se realiza una selección despiadada » de efectos eliminatorios. « Estamos tan habituados, dice Nelson, a la idea de que la cultura es cuestión de privilegio, que asistimos impasibles al colosal desperdicio de esfuerzos que representa el inmenso número de los repudiados por la escuela, el colegio y la Universidad, dando así un asentimiento ciego y vergonzoso a la teoría por nadie proclamada pero por todos aceptada, — de que el doctorarse en aquella es la finalidad suprema de toda educación ». « Y gracias a una moral demasiado tolerante con este privilegio, la Universidad es la causante principal de las divisiones artificiales señaladas en las

categorías del trabajo humano; — de haber imbuido en la juventud el menosprecio por las actividades industriales; — de haber mantenido la funesta falacia de que así como la cultura es asunto de gobierno, el gobierno debe ser también asunto de cultura, y lo que es más grave, asunto de cultura intelectual puramente. Es en esta superstición donde se alimenta una de las raíces más poderosas del mantenimiento de la oligarquía política, que es la forma atemperada de la democracia en nuestra América ». La Universidad actual no prepara así para la democracia sino que produce, al contrario, lo que podríamos llamar aristocracia de la cultura verbalista y profesional, — y el aparato educacional actual, — (escuelas, colegios, universidades), — no está montado para el pueblo desde que los criterios y los métodos educacionales actuales no son estimulativos sino simplemente competentivos y eliminativos.

Muy otros deben ser los fines y los métodos educacionales. El aparato educacional debe ser montado para la cultura general de todos, para hacer ciudadanos y democracia, para preparar para la vida. No debe olvidarse que « en toda educación hay adquisición de conocimientos, — pero que en toda adquisición de conocimientos no hay siempre educación; — que, por lo tanto, hay que tratar de organizar la actividad, no el conocimiento, — y educar en vista del desarrollo de la personalidad y de la formación de los caracteres ». Las Universidades, para esto, deben suministrar una educación esencialmente cultural, y sólo accesoriamente profesional; — deben ser « *educaderos de la juventud* » y no simples « *enseñadores de la ciencia profesional* ». El éxito personal de los egresados de ellas en la lucha por la vida y no el privilegio del título profesional puramente, — será así el que dará valor verdadero a las Universidades ante el concepto público, — ya que « el éxito en la vida material no es, las más de las veces, un resultado del azar o de la aplicación de calidades subalternas, — sino el resultado de la aplicación de aquellas calidades excelsas sobre las que debe asentarse la cultura de un pueblo ». Estas calidades deben ser « el amor al trabajo, la rapidez de percepción, la habilidad para trazar un plan, para observar, para juzgar, la facultad de invención y la originalidad del procedimiento, el espíritu de iniciativa y de perseverancia, el reconocimiento del mérito ajeno, la buena aplicación del juicio propio, etc., etc. ». « El ejercicio de estas cualidades es el propósito más legítimo de la educación ». Entendida así la educación, la Universidad no es sino el peldaño más alto de la misma, — y como este propósito debe dominar desde la escuela primaria pasando por los colegios secundarios, la Universidad deberá adaptarse en sus fines y en sus métodos a aquellas escuelas y a estos colegios, — y no éstos a la Universidad, como actualmente pasa.

Esto es incontestable y esta es la tésis principal del libro, brillante e incontrovertiblemente fundada por Nelson en la obra que comentamos. Sobre la manera de realizar este ideal; sobre nuestra Universidad y las norteamericanas; sobre métodos de enseñanza y eslabonamiento de los colegios secundarios y de las universidades, trae Nelson páginas constructivas que deben ser muy atentamente leídas y estudiadas.

Hace al final de su obra unos comentarios sobre cultura y moral, de los que no podemos menos que transcribir algunos párrafos. « En esta América, afirma, — la cultura se ha sustituído a la moral. Lo que aquella ha aceptado ha sido bueno, — y malo lo que se ha condenado en su nombre. Una falta de ortografía ha mortificado más a quién la cometiera que una falta de carácter: los errores han pesado más que los yerros ». « Nuestra cultura se ha desnaturalizado acabando por tener una finalidad inmoral, como es la de servir un vano alarde de clase ». « No nos satisface nuestra democracia política; aspiramos a una democracia social, — al establecimiento de la república del bien ». « La unión entre los hombres no debe depender de su coincidencia, — siempre parcial y efímera, — en las múltiples y matizadas opiniones intelectuales, — sino en los grandes sentimientos morales ». « De nuestras Universidades salen diariamente sus graduados sin haber puesto a prueba sus convicciones, en la más antagónica diversidad de direcciones y conceptos, sobre las cosas fundamentales. Ellas son repositorios de erudición inerte, y no laboratorios donde se preparen los específicos que demande nuestra constitución y temperamento social. La falta de esta finalidad moral ha impedido dar carácter nacional a nuestra cultura ».

« Educar es, para nosotros, una obra social que atañe a la difusión de ese conjunto de cosas intangibles que se llama ciencia, arte, etc. mientras que para el norteamericano, educar es formar una personalidad moral en un ambiente de arte y de ciencia. Nosotros sabemos llamar a la escuela el templo de la ciencia; — el norteamericano la llama la casa del niño; — para nosotros la Universidad es el agente de una enseñanza informativa o el lugar de organización del conocimiento mediante la investigación; para el norteamericano la Universidad es el teatro de una vida ».

Son estos conceptos para meditar profundamente. El libro de Nelson debe ser leído y releído y estudiado largo rato por nuestros pedagogos, por nuestros políticos, por nuestros dirigentes, y sobre todo, por los hombres de claro criterio y de recta voluntad. Que ambas cosas se necesitan para empezar a hacer de una vez lo que en el libro se demuestra que es tan necesario hacer para el bien de todos.

A. B.

Proceso Histórico del Uruguay. — Esquema de una sociología nacional. — Por ALBERTO ZUM FELDE.

Ensaya el autor con este libro una forma de literatura que, hasta ahora, no se había intentado en nuestro medio, por lo menos de manera tan vasta.

Hemos tenido historiadores cuyos grandes méritos sería injusticia negar, pero la mayor parte se han limitado a hacer narraciones cronológicas de los hechos, bosquejando a lo sumo comentarios marginales sobre sus proyecciones filosóficas y sociales.

Y no podía ser de otra manera tampoco, porque, como el autor lo confiesa, para abordar esta tarea superior es necesario elevarse sobre todo móvil político y sectario, tener una dósis de serenidad que, honestamente, reconocieron acaso no poseer nuestros historiógrafos. Cosa natural, por otra parte, ya que nuestro presente está tan ligado con el pasado que puede decirse que la vida política de la República gira todavía alrededor del mismo eje tradicional, por manera que la mayor parte de las cosas pretéritas conservan siempre una apasionante actualidad.

Además, los hechos en sí mismo son aún motivo de controversias. Diariamente aparecen documentos inéditos, epístolas íntimas, que dan por tierra con muchas cosas tenidas por verdades.

Estamos, pues, históricamente hablando, en el período de almacenamiento y todo juicio filosófico o sociológico que se haga con los insuficientes materiales acumulados hasta ahora, corre el peligro de derrumbarse por la fragilidad de sus cimientos.

Verdad es que desde los tiempos en que nacieron los dos bandos tradicionales mucho se ha caminado, y no del todo en vano; pero en el fondo, y a pesar de que nuevos factores comienzan a tomar parte en nuestras luchas políticas y de que los partidos no han tenido más remedio que cambiar de rumbos para colocarse de acuerdo con la época, — es indudable que los viejos núcleos no se han desorganizado y que, quien más, quien menos, todos tenemos delante de nuestros ojos cristales que nos impiden examinar con ecuanimidad absoluta los sucesos de nuestra historia.

Por otra parte el estudio del señor Zum Felde llega hasta nuestros días. El mismo declara su amor por los hombres de acción y nadie desconoce su intervención activa en las luchas cívicas actuales. En tal estado de ánimo, — máxime después de lo que hemos dicho respecto a la trabazón íntima del presente y el pasado nuestros, — pretender hacer filosofía histórica y juzgar los hechos y los hombres con frialdad científica nos parece imposible por más santas disposiciones que se tengan.

Y así es, en efecto. El libro, en todo lo que es posterior al año 1828, dará lugar, probablemente, a violentas polémicas; pues que, bien mirado, es un alegato en favor de ideas personales y tendría que ser muy ingénuo el lector que, a través de sus páginas, no adivinara claramente la filiación tradicional o, por lo menos, la simpatía partidista de quien lo ha escrito.

Y conste que no decimos esto como reproche, sino para vigorizar nuestra opinión respecto a la imposibilidad de querer sentar criterios definitivos en materia que, todavía, tanto apasiona.

No obstante esto, nos es grato reconocer que el autor revela condiciones excepcionales para abordar estudios de esta índole. Por lo pronto, en lo que podría llamarse los ciclos de nuestra evolución social, creemos que el señor Zum Felde ha puesto jalones diferenciales de carácter definitivo, lo que demuestra una extraordinaria penetración del conjunto.

Asimismo sabe pintar con sabias y vigorosas pinceladas el panorama de una época, imprimiéndole tanta vida que, a las veces, evoca la imponente figura de Sarmiento, de quién, dicho sea de paso, el autor disiente en cuanto al concepto sobre el caudillismo.

Otro capítulo del libro que seguramente llamará la atención, por chocar con las ideas de la generalidad, es el que trata de las célebres y doradas cámaras del 73 y la dictadura de Latorre, a quién el autor parece querer rehabilitar.

En resumen un libro fuertemente personal, que, completa, o mejor dicho, exterioriza una nueva faceta de un brillante y singular talento.

J. M. D.

Nacha Regules.—Novela por Manuel Galvez.—Editorial Pax.—Buenos Aires 1919.

No sé si este libro puede ser incluído en el índice de la literatura « post guerra ». No sé lo que es eso. Para mí el arte, como la humanidad, no cambian. Vienen modas, movimientos de opinión.... Pero los valores morales son siempre los mismos. Hay hombres buenos y hombres malos; libros detestables y libros óptimos. « Nacha Regules « puede figurar entre estos últimos, a despecho de una marcada lentitud en la acción, que fatiga un poco, allá por el capítulo IV o V. El defecto y la gran condición de Gálvez, (no se nos crea paradojales) está en la premiosidad narrativa. Ara tardo, pero ara hondo. Es, sin disputa, el primero de los novelistas ríoplatenses. Tal vez de Sudamérica. « Nacha Regules », sin discusión, es su más vigorosa novela. Mucho hay de bueno en « La maestra normal »

en « El mal metafísico » y en « La sombra del convento »; pero en « Nacha Regules », junto al literato hay un sociologo. La época es tan atormentada, que a mi juicio, huelga la literatura baladí. Debe escribirse para presentar el panorama externo, lo cual no deja de ser un método de divulgación, o para hacer prosélitos. Gálvez hace ideología. Esta revista publicó, hace un par de meses, como valiosa primicia, uno de los mejores capítulos de « Nacha Regules », obra intensa y revolucionaria. El título ajusta poco. « El Cristo Bonaerense » o « Don Quijote argentino » le cuadrarían mejor. Es la novela de la vida—la mala vida—bonaerense. Novela de crítica — de hetairas, de prostíbulos.... Novela interesante, sangrante, delorosísima. La « mansa tragedia » palpita en cien páginas del libro. « Nacha Regules » tiene, junto a diez defectos, noventa virtudes. Es un libro sano, pujante, aleccionador. Los espíritus mogigatos van a escandalizarse por su sincero revolucionarismo. Más a nosotros revolucionaria y todo — precisamente por ser revolucionaria — nos subyuga, nos capta. De todos los capítulos, es el primero el mejor concebido y escrito. Nos llama la atención, pues no es la forma el fuerte de Gálvez. Luego notamos alguna inflazón al narrar. Hasta que el literato de « El solar de la raza » se siente un poco nervioso. Entonces escribe al desgaire, hace las frases más cortas..... Y esta desproecupación, lejos de perjudicar, hace más fácil la lectura de « Nacha Regules ». Gálvez debe convencerse de que el arte va hacia el impresionismo, de que ya a nadie se le ocurriría planear una catedral de Reims o la fachada plateresca de la Universidad de Salamanca.... Cuanto menos atormenta su prosa, más fácil hace la lectura de sus libros. « Nacha Regules », de todos ellos, es el más valiente, el más real y el mas doloroso. Ojalá lo inmortalicen — a fuerza de diatribas —los críticos mediocres que tanto abundan.

V. A. S.

El Criterio Fisiológico. — (Ensayo de orientación social). — Por Santin Carlos Rossi.

En esencia puede decirse que este libro tiende a demostrar que la única base en que puede sustentarse una sociedad bien constituida y el único criterio lógico que existe para resolver sus múltiples problemas está en la fisiología y en la aplicación de sus leyes.

Sabidas cuales son las necesidades vitales del individuo se saben cuales son las de su especie, porque, en realidad, una sociedad no es más que un organismo multiplicado y la igualdad, en cuanto se refiere a funcionamientos y necesidades orgánicas, es absoluta en seres semejantes.

Cada ser es un conjunto de órganos heterogéneos, individualmente diferenciados en cuanto a su morfología y a su rol, pero unidos de manera tan íntima que todos trabajan por un mismo fin y se complementan de tal modo que el menor desfallecimiento de uno de ellos pone en peligro la vida de todos los demás.

La sociedad no es otra cosa que un conjunto de organismos, como el organismo un conjunto de órganos, y el hombre está colocado en ella como una célula en el fondo de los tejidos.

Partiendo de este principio el autor desarrolla gallarda y escrupulosamente su doctrina. Empieza por dar una idea general de los fenómenos vitales y analizar los factores de la vida en su más simple revelación: la célula.

De ésta pasa al indivíduo, demuestra como se constituye y de que modo comienzan a diferenciarse los órganos a modo y medida de las necesidades funcionales y los hábitos adquiridos, según los principios Lamarkianos que el autor concreta en la siguiente ley-síntesis: *La función hace al órgano, el hábito lo perfecciona, la desviación funcional lo deforma y la herencia lo trasmite en el estado en que lo posée el organismo que predomina en la reproducción.*

Luego estudia el hombre en sus aspectos animal y humano, en sus exigencias y necesidades y en sus funciones fundamentales, nutritivas, de reproducción y de relación.

Una vez concluído este análisis, que es como la base material de la teoría, empieza verdaderamente la parte noble e ideológica del libro. No hay problema social que el autor no resuelva, aplicando su criterio, clara y simplemente. Y por lo mismo que sus concepciones son las que están más de acuerdo con la naturaleza y la lógica, resultan, a veces, de una audacia extraordinaria.

Veamos por ejemplo, lo que el autor entiende por los derechos del hombre.

« Por haber nacido, — dice, — el hombre tiene derecho a espacio, educación y protección mientras y cuando no pueda obtener energías por el mismo y libertad de acción ».

« Por haber cumplido sus deberes sociales (para el autor estos deberes, así como los derechos, son funciones iguales a las biológicas en los organismos) el hombre tiene derecho a la felicidad. ¿ Y que es, ¡ santo Dios !, « este miraje de todas las inteligencias, oasis de todas las caravanas, puerto de todas las esperanzas » ? El mismo nos contesta: « aquí el amor, allí el juego o el arte, más allá la sabiduría o la gloria o la simple serenidad; pero siempre, siempre, la supresión de una nostalgia o la satisfacción de un deseo. Y « siendo el comentario de las funciones reproductoras (amor) uno de los más intensos y más al alcance de todos los organismos, la libertad más absoluta

dentro del respeto ajeno y del cumplimiento de las funciones derivadas debe serle acordada al hombre también en ese rubro ».

¡ El libre amor estatuído en virtud del derecho a la felicidad !

Se ve por lo que hemos dicho, el vasto programa que desarrolla el libro y las múltiples cuestiones de orden social, biológico, filosófico, ético, etc., que en él se abordan.

Para hacer un estudio analítico se necesitaría no solo mucho espacio sino una erudicción singular.

De todos modos, estamos en el derecho de decir que esta obra es una verdadera joya de nuestra literatura científica, tanto más digna de mérito cuanto que no solo revela a un gallardo artista de la palabra y a un profundo pensador, sino a un hombre original en el concepto más noble del término.

J. M. D.

Las bellezas del Talmud. — Editorial América. — Madrid 1919.

Bajo el título « Las Bellezas del Talmud » R. Cansinos Assens ha confeccionado una pequeña antología talmúdica, seleccionando y traduciendo partes de ese inmenso tesoro que, como lo dice él mismo en su prólogo « es una de esas obras colectivas del genio de una raza que en la literatura universal hacen de lejos el ruido de los grandes ríos ». El Talmud y la Biblia son los monumentos gloriosos del genio hebraico. Pero en tanto que la Biblia es universalmente conocida, el Talmud permanece ignorado y hasta es ocultado por los judíos mismos « en lo más escondido de los *ghettos*, sobre el corazón tímido y obstinado de la raza ». « La saña sectaria, — dice Cansinos Assens, convierte este libro de la más pura moral en un libro mágico e infame y le condena sin leerle ». « Si la Biblia es una teogonia y está llena del espíritu terrible y severo, duro e implacable de las epopeyas divinas, el Talmud es un libro humano que no han inspirado los dioses sino el corazón humano iniciado por el dolor en todos los misterios de la simpatía.

Y, si en un aspecto el Talmud puede parecer un libro aún más severamente teocrático que la Biblia, en otro aspecto se nos aparece como un libro extravasado, de una tolerancia humanísima. El representa la liberación del espíritu israelita, el más vivo paso de su dinamismo, la victoria de la razón sobre la fe y de la academia sobre la sinagoga. En las escuelas de interpretación talmúdica el espíritu adquiere flexibilidad y ligereza, al par que el hábito de la duda, principio de la verdadera ciencia. Así el Talmud transubstancia, a fuerza de espíritu, el antiguo material tosco de la ley religiosa y lo convierte al fin en una ética y en un canto de altísima poesía, en esa vo-

luntad de saber y de amor, en esa religión despojada de dogmas, que es hoy la disposición espiritual de los israelitas cultos. El Talmud tiene además, el hechizo de los libros orientales, ese aire de leyenda, ese estilo parabólico en el que las palabras se elevan como surtidores de incienso. Por sus páginas vemos pasar, como por un círculo mágico, ángeles y demonios, espíritus y genios; — mujeres ataviadas para nupcias, en las cuales correrá el vino y arderán los perfumes;— doctores pobres y piadosos que conversan con sus discípulos a la sombra de las higueras; — ciegos que caminan lentamente bajo las arcadas de ciudades antiguas, — orientándose por el rumor de fuente de la muchedumbre hacia las grandes plazas »...... y toda la historia y la tristeza de los éxodos y decadencia del gran pueblo.

Hemos extractado, sacándolos de aquí y de allá, del magnífico prólogo de Cansinos Assens, estos párrafos que explican y comentan el libro del Talmud. La antología que le sigue no tiene otro defecto que el de ser muy corta. Ella no es sino, como lo dice su autor, una parte insignificante del inmenso tesoro talmúdico. La lectura es encantadora, y bella, sin duda, la obra que realiza con su publicación el señor Blanco Fombona, Director de la Editorial América.

A. B.

Un huerto de manzanas. — Estudios de ALBERTO NIN FRIAS. — Cooperativa Editorial. Buenos Aires 1919.

He aquí un libro al que resulta difícil dedicarle una breve nota bibliográfica. Es de tan noble contenido, sugiere tanto, que el crítico, puesto en el trance de concretar, no ve la manera de salir del paso. En el estudio que sirve de prólogo a « Un huerto de manzanas «(la vulgaridad va a enseñarse con el título), Armando Donoso, el admirado literato chileno, dice que Nin Frías « más que un pensador, más que un ideólogo y más que un artista, es un espíritu curioso e inquieto, un polígrafo con alma de humanista y alientos de esteta ». Imposible nos parece dar con una definición que supere a esta, tan breve y tan maciza. Los trabajos incluídos en « Un huerto de manzanas » pertenecen al género que cultiva con predilección el autor. Son ensayos.

Dicho está que la lectura resulta para todos provechosa. Es educadora e ilustra, por la vasta erudicción del ensayista. Hay páginas donde la prosa es tan clara y limpia, que no parecedel autor de « Estudios religiosos », poco apto para domeñar la forma; más atento siempre al contenido de los vasos que a los vasos, como llama San Agustín a las palabras. El joven maestro dedica el nuevo libro a la

memoria del padre. « Los antiguos ofrendaban viandas en las tumbas de sus deudos « ha escrito. Siguiendo esa « encantada costumbre de la juventud del mundo « Nin Frias, pone sus frutos intelectuales, « manzanas muy frescas y en hermosa sazón » sobre los seveross mármoles del mausoleo familiar.

V. A. S.

Por el camino. — Poesías de JULIO DIAZ USANDIVARAS. — 2.ª Edición. Buenos Aires 1919.

El poeta Julio Díaz Usandivaras, no conforme quizás con el error de su primera obra, reincide en ella, y nos la ofrece de nuevo en esta segunda edición, que a pesar de estar corregida y aumentada tiene todos los defectos de la primera.

Conocíamos algunas bellas cosas de Díaz Usandivaras publicadas a veces en « Caras y Caretas », — pero desvirtuadas ahora con todo un volumen de versos ingénuos, sin expresión y sin color, pobres casi todos, ripiosos muchos de ellos....

Defectos fundamentales que no pueden silenciarse imparcialmente, y sobre todo ante un poeta que tiene ya cinco o seis libros publicados, — y que desoye voces tan altas como las de Lugones,— para reeditar este primer volumen de juventud insegura y anticipada.

Hay más todavía: Usandivaras dice sobre sus propios versos, que los vuelve a publicar porque si uno va a esperar la perfección en el arte, nunca haría nada. El poeta confunde lamentablemente el hacer las cosas bien y el hacerlas perfectas. Hay distancia entre ellas. Sin escribir un libro perfecto, — que eso no le pudo pedir el maestro Lugones, — pudo haber hecho un libro bueno, y hasta un libro mejor que el bueno....

Entre tanto, quédele la seguridad de lo que le dice un hombre que tiene de Usandivaras la cordial simpatía de la juventud: « Por el camino » es un libro de versos que no debió reeditarse; a lo sumo, pudo el autor exhumar « La leyenda del crespin » o alguna otra cosa suelta, que florece entre la maleza del libro

T M

Junto a la lumbre — Poesías de G LUZURIAGA AGOTE — Edición de « Páginas », Buenos Aires 1919.

Este libro es una obra de juventud, — y lo peor de todo, — de juventud apresurada, sin rumbo cierto, sin voz firme, sin concepto claro.

No puedo hacer crítica: sería injusto. Las obras de la juventud tienen que considerarse como tales, — y estimularse, señalando los caminos de mejorar y de triunfar.

Además, ya nos dice Guyau, que un libro escrito, por imperfecto que sea, es siempre una expresión de querer vivir,—y en tal sentido,—siempre respetable

Luzuriaga Agote tiene facilidad de palabra y hasta de versificación, — pero le falta en muchas páginas sentido poético, expresión exacta, pureza musical, — tanto casi como sobran ripios y vulgaridades. Debe pues, aprovechar la pasta propia puliendo mucho, cuidando y ajustando, haciendo, en una palabra, cosas más altas y mejores, — que para todo ello parece tener lance y alas

Acaso podíamos decirle otras cosas y no éstas, así impías y así fuertes, pero.... hubiéramos mentido y engañado a un joven portalira lleno de entusiasmo que viene a nosotros con su buena canción, y que, por simpatía naciente, nos merece la atención de decirle toda la verdad

Su libro dista mucho de ser bueno, — tiene demasiadas cosas prosáicas, — y necesita primordialmente para triunfar, una completa rehabilitación del material poético

Quiera Dios que el poeta ni se desanime, ni nos tome a mal.

T. M.

Orientaciones periodísticas.—Ensayo de ALEJANDRO ANDRADE COELLO.—Quito 1919.

El distinguido escritor, para definir con toda exactitud lo que debe ser el periodista contemporáneo, estudia la figura, en todo momento atrayente, de Manuel J. Calle, a quien encontramos parecido a nuestro cáustico e intrépido Jorge Kubly. Como a Kubly, le faltó a Calle esta condición, esencial: «mirarlo todo desde un punto de vista, alto y noble». Andrade Coello, tan sagaz en sus comentarios al túmido y presuntuoso Vargas Vila, sienta cátedra ocupándose del popular periodista ecuatoriano. La tristeza de la amarga profesión surge bien en el opúsculo que comentamos.

V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra »
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1810.
Serapio del Castillo, Paraguay 1267.
Emilio Frugoni, 18 de Julio 979.
Luisa Luisi, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Juan Daquó, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Ernesto Caprarlo, Uruguay 1223
Santin C. Rossi, Colonia de Alienados, Santa Lucía.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



ENERO DE 1920

SUMARIO:



AÑO III
N.° 19

Montevideo
URUGUAY

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — *Buenaventura* **Caviglia** (hijo). — *Ismael* **Cortinas**. — *Asdrúbal E.* **Delgado**. — *José M.* **Fernández Saldaña**. — *Pedro* **Figari**. — *Emilio* **Frugoni**. — *Luis A. de* **Herrera**. — *Juana de* **Ibarbourn**. — *Luisa* **Luisi**. — *Horacio* **Maldonado**. — *Raúl* **Montero Bustamante**. — *Adolfo* **Montiel Ballesteros**. — *Emilio* **Oribe**. — *José* **Pereira Rodríguez**. — *Víctor* **Pérez Petit**. — *Carlos M.* **Prando**. — *Wifredo* **Pí**. — *Horacio* **Quiroga**. — *Santín Carlos* **Rossi** — *Vicente A.* **Salaverri** — *Alberto* **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120.

Teléfono: Uruguaya. 311 Unión

Suscripción mensual 0.50 $ oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay).

BANCO DE S[illegible]

Responsabilid[illegible]

CONVIENE A LOS [illegible]

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Enero 1920. Núm. XIX - AÑO III

PEREZ GALDÓS

En homenaje al gran maestro español cuya reciente muerte ha acongojado a la humanidad, « Pegaso » se complace en reproducir este notable estudio, uno de los más completos juicios que se hayan hecho sobre la vida y la obra del ilustre autor de « Doña Perfecta », en quien gran parte de los críticos veían un novelista superior a Tolstoi y únicamente sobrepasado por Balzac.

La vida de Galdós es, independientemente de su labor literaria, la vida un español vulgar, de un burgués de mediados del siglo XIX, que asistió a las revoluciones convulsivas de su patria como simple espectador que luego había de extraerles el jugo emocional para utilizarlo en sus novelas magistrales, todas surcadas por lampos de historia española contemporánea.

Nació Galdós en las Islas Afortunadas, y como todo español bien nacido—mientras no se demuestre lo contrario,—cursó la carrera de Leyes, que luego nunca había de ejercer. Salió muy mozo de su rincón isleño en busca de fortuna y nombradía al emporio de las letras y de la política, que ha sido siempre Madrid, y aquí se dió muy joven a conocer con sus artículos publicados en la « Revista de España » y, poco más tarde, con su primer novela « La fontana de oro ».

En sus primeras juventudes escribió historia política en sus novelas y no la vivió. « La fontana de oro » es un relato de las luchas internas de 1820 a 1821, y « El audaz »

BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 ½ por ciento anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en TITULOS HIPOTECARIOS, los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 % anual.

Los intereses de esos TITULOS se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los DEPOSITOS, mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el CUPON corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los CUPONES por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los TITULOS HIPOTECARIOS se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

Calle Misiones 1429, 1435, y 1439

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

Responsabilidad Civil de Automoviles

CONVIENE A LOS PROPIETARIOS DE ESOS VEHÍCULOS

En caso de alguna responsabilidad de carácter civil por parte del Asegurado, el Banco, mediante una prima moderada y hasta la suma por la cual la póliza haya sido extendida, se constituye en responsable por los daños que pudiese haber ocasionado ya se trate de personas o de cosas; ya de arreglos amigables de acuerdo con los perjudicados, o ya de litigios ante los Tribunales. El interesado se libra así de toda responsabilidad y de todo desembolso.

Para más informes dirigirse a las Oficinas del Banco, **Calle RINCÓN esquina MISIONES, en Montevideo**, y fuera de ésta Capital a los Sres. Agentes del Banco.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Enero 1920. Núm. XIX - AÑO III

PEREZ GALDÓS

En homenaje al gran maestro español cuya reciente muerte ha acongojado a la humanidad, « Pegaso » se complace en reproducir este notable estudio, uno de los más completos juicios que se hayan hecho sobre la vida y la obra del ilustre autor de « Doña Perfecta », en quien gran parte de los críticos veían un novelista superior a Tolstoi y únicamente sobrepasado por Balzac.

La vida de Galdós es, independientemente de su labor literaria, la vida un español vulgar, de un burgués de mediados del siglo XIX, que asistió a las revoluciones convulsivas de su patria como simple espectador que luego había de extraerles el jugo emocional para utilizarlo en sus novelas magistrales, todas surcadas por lampos de historia española contemporánea.

Nació Galdós en las Islas Afortunadas, y como todo español bien nacido—mientras no se demuestre lo contrario,—cursó la carrera de Leyes, que luego nunca había de ejercer. Salió muy mozo de su rincón isleño en busca de fortuna y nombradía al emporio de las letras y de la política, que ha sido siempre Madrid, y aquí se dió muy joven a conocer con sus artículos publicados en la « Revista de España » y, poco más tarde, con su primer novela « La fontana de oro ».

En sus primeras juventudes escribió historia política en sus novelas y no la vivió. « La fontana de oro » es un relato de las luchas internas de 1820 a 1821, y « El audaz »

es (como su mismo subtítulo indica) la « historia de un radical de antaño ». En cambio, más tarde, en la edad madura, sintió la comezón de hacer política, y fué por primera vez diputado en el llamado Parlamento Largo, con filiación fusionista, o sea adscrito a la agrupación política que acaudillaba aquel gran espíritu liberal que se llamó D. Práxedes Mateo Sagasta.

Físicamente, Galdós era en su juventud y edad madura, alto, espigado, bien proporcionado de miembros, con unos ojillos pequeños, vivaces y escrutadores, que parecían inquirir en el alma de los hombres y de las cosas. Luego, en la ancianidad, ha sido su lote la triste ceguera, la clásica ceguera literaria, que le asimila en la historia intelectual con Homero y con Milton y, más contemporáneamente entre nosotros, con Dn. Juan Valera... Parece como si los ojos de D. Benito, cansados de mirar tanto el espectáculo de la vida y de escudriñar tanto en el espíritu de sus semejantes, se hayan doblegado a la pesadumbre de los años y se hayan resistido a seguir mirando...

Galdós ha sido, desde los veinte a los cincuenta años, un viajero infatigable; en este país de sedentarios ha sentido la emoción tan artística de conocer el ancho mundo. No sólo conoce España hasta en sus últimos recovecos; no sólo la ha recorrido en todos los trenes—esos destartalados trenes españoles,—en carruajes, tartanas y caballerías, sino que a veces ha sido viajero pedestre: un andariego como Juan Jacobo Rousseau y un nómada incansable como los héroes de Pío Baroja.

En su trato, Galdós ha sido siempre afable y campechano, con esa característica llaneza española que iguala en la cortesía—diferenciándolos en la educación y en la cultura intelectual—al patricio y al plebeyo, al noble y al villano. Ha sido siempre hombre de pocas palabras y de urbanidad fácil y sin afectación, dando con singular acento, a todos, el título de amigos...

Galdós llama a todo el mundo « amigo », acaso por ese estilo de campechana familiaridad tan frecuente en los aristócratas españoles, al modo como los reyes llamaban amigos a los vasallos; al modo como D. Alvaro de Luna decía a los oidores del Consejo del Rey (1425) amigos; al modo como el Duque le dice a Sancho en el « Quijote »: « Sancho amigo », y el mismo Don Quijote al labrador del Toboso, a quien interrogó sobre las bellezas de Dulcinea, « buen amigo » o a modo como el Duque de Medina Sidonia decía a Bartolomé de Basurto (1460): « alcayde amigo »...

Hay en esta extremada llaneza de Galdós una cierta sorna, algo de socarronería castellana, que acaso no alcanzaron a ver los observadores superficiales...

Para condensar en cuatro frases su vida privada, podría decirse de Galdós: Vivió como un burgués, viajó como un artista y amó como un romántico realista—porque Galdós es de los hombres que han amado más y han llegado más hondo al corazón de las mujeres españolas, que luego ha sabido retratar tan maravillosamente en sus libros.

LAS NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

Después de escribir « La fontana de oro » y « El audaz », que le dieron a conocer como novelista, pero que no anunciaban al formidable creador de humanidad que luego había de ser, Galdós emprendió la magna obra de acostumbrar al público español a leer novelas que no fuesen novelones por entregas, folletines truculentos, con los cuales habían estragado su gusto autores desaprensivos o demasiado fáciles, sobresaliendo entre ellos por sus facultades casi geniales, por sus dotes naturales, fallidas por la indolencia y la falta de estudio, el talento poderoso de D. Manuel Fernández y González, y luego, en orden subalterno, aunque con diversidad de méritos, Ayguals de Izco,

Pérez Escrich, Ortega y Frías, Ibo Alfaro, Tárrago y Mateos, etcétera.

Quería Galdós que el público español se aficionase al género « novela », y que leyese novelas interesantes sin ser melodramáticas, decorosas sin ser ñoñas, con elemento histórico, de vida nacional contemporánea, sin pretensiones de « walterscottismo » español, limpias y castizas de lenguajes sin ser arcaicas, muy modernas y, no obstante, reintegradas a la sana tradición nacional, con el espíritu liberal y avanzado de los tiempos nuevos y sin renegar de las características nacionales del genio de la raza...

Huía por igual del género Navarro Villoslada (del historicismo pegadizo y falso, aprendido de Walter Scott y que intentaron incorporar a la novelística española, junto con el autor de « Amaya o los vascos en el siglo VIII »; García de Villalta con « El golpe en vago »; Enrique Gil, en « El señor de Bembibre »; Lara, en « El doncel de don Enrique el Doliente »; Espronceda, en « Sancho Saldana »; Cánovas del Castillo, en « La campana de Huesca ») como del género ñoño, falsamente castizo, mezcla de refranero y de devocionario, que cultivó en época muy próxima a la suya Fernán Caballero.

Y no obstante, Galdós huyó, como de la peste, del naturalismo francés, de hacer una transposición pura y simple a la novelística española del género o escuela literaria que por entonces primaba en Francia y, por impregnación de su literatura tan contagiadora, en el resto de Europa. De esa labor de aclimatar el naturalismo predicado y codificado por Zola se encargaron en la Península otros altos espíritus: Eça de Queiroz, en Portugal, con « O crime do Padre Amaro » y « O primo Basilio »; en España, doña Emilia Pardo Bazán, en « Los Pazos de Ulloa », « La Madre Naturaleza », « Insolación » y « Morriña »; Armando Palacio Valdés, en « El maestrante » y « La espuma »; Jacinto Octavio Picón, en « La honrada » y « Lázaro ».

La novela de Galdós era género aparte; aún en sus obras más naturalistas, en el sentido de crudeza y escabrosidad de temas, como « Lo prohibido », « La de Bringas » y « La desheredada », huye de las similitudes con el naturalismo extranjero; marca siempre el sello de la idiosincrasia nacional.

Constante y perseverante en su labor, con la capacidad de trabajo de un Balzac, pareciendo escrito para él el lema « nulla dies dine línea », que Zola había inscrito sobre la puerta de su laboratorio novelesco, Galdós produce en unos años vastos volúmenes, entre los cuales sobresalen obras maestras: « Doña Perfecta » (un tomo), « Gloria » (dos tomos), « Marianela » (un tomo), « La familia de León Roch » (tres tomos), « El amigo Manso » (un tomo), « El doctor Centeno » (dos tomos), « Tormento » (un tomo), « La de Bringas » (un tomo), « Lo prohibido » (dos tomos), « Fortunata y Jacinta » (cuatro tomos), « Miau » (un tomo), « La Incógnita » (un tomo), « Realidad » (un tomo), « La desheredada » (dos tomos) y « Angel Guerra » (tres tomos).

Fuera de este grupo asociado con el título comprensivo de « novelas españolas contemporáneas », escribe dos colecciones de novelas cortas: « Torquemada en la hoguera » y « La sombra ».

Sólo esta enorme obra bastaría para henchir de orgullo a cualquier gran escritor: pero Galdós no se satisface, y emprende las « Novelas de la segunda época ». En ella destacan obras tan magistrales como « Torquemada y « San Pedro », « Halma », « Nazarin », « Misericordia ». Y por si esto fuera poco, acomete la magna labor de los « Episodios Nacionales », que cantan las glorias y las desdichas de la patria española contemporánea, que en « Trafalgar » tienen fragores épicos y en « La Corte de Carlos IV » muestran primores realistas, y en « Un voluntario realista » componen cuadros maravillosos de emoción, y en « Zaragoza », « Gerona » y « Cádiz » ostentan la auten-

ticidad de una crónica guerrera, y en « El equipaje del Rey José » ofrecen tonos de memorias a lo Saint-Simón, y en « Juan Martin el Empecinado » acusan todo el relieve de una biografía hecha por un poeta...

« LOS EPISODIOS NACIONALES »

De esta magna labor acometida por Galdós ha dicho Palacio Valdés en « Los novelistas españoles contemporáneos » que « está levantada a la vez sobre el campo de la novela y de la historia ». Hay que confesar que por ello mismo adolece de los defectos que implica la fusión y aún la confusión de los dos géneros. Requiere en primer lugar la historia una impesonalidad absoluta y épica, no sólo en las exterioridades (que esto es también propio de lo novelesco), sino en lo interior, en la manera de desenvolver los hechos; en suma: para la historia se exige la interposición del « tertium quid », de que hablaba Goethe, aunque, contradiciéndose a si mismo, confesara que había escrito muchas veces con sangre. No así en la novela, donde debe verse al autor—pese al aforismo clásico de Flaubert: « El autor debe estar ausente de su obra »; sobre todo cuando actúa de psicólogo. De aquí que los « Episodios », poco fértiles en psicología novelesca, tengan en cambio el mérito irrecusable de dar en dosis absorbibles aquella ración histórica y erudita que de otro modo no entraría por el paladar del vulgo.

Los « Episodios » son, más bien que novelas, amenas narraciones históricas que realizaron una obra de vulgarización cultural. Novelas, propiamente dichas, son « Gloria » o « Doña Perfecta ». Pero en cambio, como sector histórico del género novelesco, los « Episodios » son insuperables. Con los datos recogidos para la formación de algunos episodios, para « Aitta Tettauen », verbigracia, Galdós habría podido escribir su « Historia de la guerra de Africa ».

No obró con más escrupulosidad Flaubert al recoger datos para escribir su novela arqueológica « Salammbó », que Galdós recopilando pormenores para esa historia de la España contemporánea, que son los « Episodios ».

En los episodios de la última serie, Galdós muestra una tendencia, cada vez más dominante en él, a suprimir la parte rigurosamente histórica e intercalar la historia, si así puede decirse, entre la sucesión de los acontecimientos cotidianos. Nota bien la eficacia que pueda tener este método para que el lector llegue a lo que muy propiamente ha llamado el mismo Galdós « efusión estética ». No se trata aquí de un árido registro histórico de sucesos bélicos de mar y tierra, de hazañas de guerra o hechos de paz, de intrigas políticas narradas por modo minucioso y prolijo, sino del elemento vivo y palpitante de la Historia; es el influjo de los sucesos públicos manifestado en los hechos privados, la interrupción lógica de una obra individual por la modificación que implica en nuestras costumbres o en nuestras acciones un acontecimiento colectivo de gran transcendencia.

Galdós no adopta el tono enfático y pomposo del que se dispone a narrar una historia; no empieza con la petulancia que censuraba el preceptista latino: « Fortunam Priami cantabo et nobile bellum »... Hace simplemente contar a su héroe con naturalidad—con esa naturalidad que es su característica—aquellos acontecimientos públicos y realmente históricos que le han salido al paso en su vida privada.

SIGNIFICACION DE LA OBRA DE GALDOS

En Galdós—se ha dicho antes—hay un « substratum » de españolismo. Lo que subsiste en Galdós de la tradición clásica es el amor a cierto sutil discreteo muy en el gusto de nuestro teatro antiguo, que si entonces se expresa en verso y llega a cumbres de « poesía metafísica »,

en Lope de Vega, por ejemplo, cuando trata de los celos con un ergotizante lirismo, calando en honduras psíquicas, hoy se expresa en clara y corriente prosa, en « roman paladino » y hasta con intenciones y lenguaje positivistas, y llena páginas enteras en « Realidad » o en « La Incógnita ».

Pero por encima de este españolismo latente flota en Galdós todo el espíritu europeo, el espíritu de los tiempos nuevos, lo que llaman los alemanes « zeitgeist ». Así ha podido escribir un crítico francés, un historiador de las literaturas universales, Frederic Loliée: « Leyendo algunas de las últimas obras de Pérez Galdós se siente uno muy lejos de las españoladas de antaño. Se creería uno más bien encontrar en presencia de un drama de orígen escandinavo que ante la obra de uno de los sucesores de Lope de Vega ». (« Histoire des litteratures comparées », capítulo XX, párrafo octavo, página 374.)

Así infunde en sus novelas todo el liberalismo del siglo. En « Doña Perfecta » combate ardorosamente contra el fanatismo religioso, nos describe de mano maestra la vida de una ciudad clerical, nos traza con cuatro rasgos las mojigaterías de una beata española; en « La familia de León Roch » plantea el problema de la intolerancia religiosa, que produce colisiones domésticas en tantas familias españolas; en « Gloria » suscita el problema de la « cultus disparitas », impedimento dirimente del matrimonio en tiempos arcaicos y que hoy no puede serlo para un espíritu moderno, educado en el racionalismo.

Estudiando esta novela decía un docto crítico poco ha fenecido, que nos presenta el problema religioso « y la evolución que este sentimiento estaba experimentando allá por los años que siguieron a la Revolución de Septiembre ». Y comparándola luego con una novela de Palacio Valdés, « Marta y María », recuerda que el novelista astur plantea también otra fase del mismo asunto en su novela « La Fe », donde acomete « con más bríos que

fortuna la cuestión metafísica ». (« Impresiones literarias en « La España Moderna », año IV, N.º XL, Abril de 1892). Si; he de confesarlo con sinceridad crítica: siendo tanta como es mi admiración por el novelista de « La Hermana San Sulpicio », en estas obras de tesis flaquea, mientras Galdós se sostiene. Lo que en Palacio Valdés es pegadizo y libresco, reflejo de obras de la Biblioteca Alcán (que él tanto detesta por lo demás), en Galdós es vivo y palpitante, entraña, realidad española. Y bastarían para demostrarlo obras de tesis religioso-políticas, como « Doña Perfecta », « Gloria », « Angel Guerra ».

Hay en este punto del problema religioso dos fases distintas en Galdós. Una fase es puramente combativa contra el espíritu de las tinieblas, que está representado para él por el espíritu clerical—véanse « Doña Perfecta », « Gloria », « La familia de León Roch »—, y otra fase afirmativa, puramente cristiana, de un cristianismo elevado y simple, libre y claro, con dejos de Renán y mucho del alma popular castellana, que se inicia en « Angel Guerra », se acentúa en « Misericordia » y se corrobora en « Nazarín ». Aquí ya Galdós es netamente cristiano, de un cristianismo sin trabas dogmáticas, a lo Tolstoi.

Lo que distingue las obras de Galdós, en el segundo período es, como en la segunda época de Tolstoi, lo que su biógrafo crítico Pablo Birukov llama « la crítica severa, enérgica, del orden actual de cosas, y en segundo lugar, la exposición en forma de sermón de un ideal positivo de perfección; y esta concepción perfecta del mundo se refleja en los tipos artísticos que pinta durante este período ». (Véase el prefacio a la edición francesa de las « Obras completas de Tolstoi ». Tomo I, pág. XIX; P. V. Stock, editeur; París, 1902).

En la madurez de su arte novelesco Galdós se fatiga de la novela y escribe obras de teatro. Es ya el momento de su crepúsculo, casi de su decaimiento. Y, sin embargo, ¡ qué poderosas huellas va dejando en el teatro es-

pañol !. Basta recordar obras como « La loca de la casa », esa magistral pieza de arquitectura escénica; « Doña Perfecta », casi tan grande teatral como novelescamente, y está dicho todo; « La de San Quintín », « Los condenados », « Mariucha » y, sobre todo, esa obra shakesperiana que se titula « El abuelo ».

Se ha dicho de Inglaterra que es un pueblo dramático, y bien se puede citar para acallar todos los rumores el nombre divino de Shakespeare. No podremos decir que España es un pueblo antidramático, puesto que el reflejo genial que proyectaba nuestro teatro del siglo de oro ha iluminado durante tres siglos a toda Europa. Pero a causa de la perversión del gusto en el siglo XIX, envilecimos nuestro teatro.

Galdós lo realza y dignifica y lo saca del pantano de chabacanería y de mal gusto en que yacía sumido. El público en principio no aceptaba de buen grado esta transmutación de los valores escénicos que representan ciertos dramas de Galdós—los más fuertes, los más intensos: « El abuelo », « Los condenados », « Realidad »; pero paulatinamente ha ido haciéndose la luz en el alma del público. Quizá aún hoy no está con Galdós dramaturgo todo el público; pero está con él « ex corde » lo más puro y selecto de ese público.

En conclusión; puede decirse de este dramaturgo lo que un crítico reciente dice de Georges Bernard Shaw con respecto al público inglés: que ha logrado el milagro de crear una inteligente y respetable minoría que considere el teatro con la misma seriedad que otros conceden a una novela de Turgueneff o a un retrato de Holbein. No es culpa suya si este público ha quedado reducido a una minoría. Ya es un esfuerzo realmente milagroso lograr esto en un país como España, donde el teatro anduvo tan desorientado, no sólo porque el público no supo tomar rumbo, sino porque la crítica no supo orientarle.

Hoy día, gracias a Galdós—que con su gran prestigio ha hecho labor de desbrozamiento, de poda de la maleza inútil de los arrequives escénicos,—el público se ha tornado más comprensivo, y con respecto a él está por lo menos en la actitud respetuosa en que el público inglés está respecto a Georges Bernard Shaw. (Véase « The Moderns: Essays in literary cristicism », by John Freeman, pág. 3; Robert Spott, Roxburghe House, London, MCMXVI.)

Por lo que a mí personalmente atañe, creo que una de las causas de que el teatro fuese menospreciado y mal mirado por nosotros los nacidos a las letras en la generación del 1905 a 1906, como por algunos de los de la generación del 98 (entre ellos, por los epígonos Unamuno, Baroja y « Azorín »), ha sido su vulgaridad el haber acumulado las inepcias o las sagacidades; de ningún modo un « parti-pris » o un prejuicio contra el teatro, que nunca existió en nosotros. Mas ¿ para qué habíamos de perder tiempo en admirar las inepcias del Sr. X. las sagacidades del Sr. Y y las gracias burdas del Sr. Z. ? Otros trabajos y otras obras de arte reclamaban nuestro esfuerzo intelectual, y no podíamos dedicarlo a las vaciedades que solían ponerse en escena, sin finalidad, sin gracia y sin arte. Más en cuanto tuvimos ocasión de admirar los dramas serenos y magistrales de Galdós, las comedias finas y los intensos dramas de Benavente, algunos « caprichos » sentimentales que llevó a la escena Martínez Sierra, nos rendimos a la magia de ese arte, que no es para nosotros—al menos, para mí—un « arte inferior » o que lo declaremos tal « a priori », sino un arte que se había inferiorizado y degradado en la escena española del final del siglo XIX—salvando siempre algunos atisbos realistas de Enrique Gaspar, dos o tres dramas humanos de Echegaray y las llamaradas pasionales de Dicenta. Shaw se quejó en Inglaterra de este divorcio inconcebible entre los escritores geniales y la escena contemporánea; nosotros nos quejamos también amargamente...

ANDRÉS GONZALEZ BLANCO

LA SED

Para « Pegáso »

Oh, que me acosa y apagarla quiero;
Ardo ! El infierno menos mal no causa;
Quemante el alma como roja hornalla
¿ En dónde bebo ?

Oh tu palabra humano bien la puedes
Atar con piedras y arrojarla al agua,
Vaya tu lengua como sierpe en curvas...
Yo no la oigo.

Cargueme un día de tu charla vieja,
—Charlataneando desde antiguo vienes—
Que la palabra que afanosa busco
Tú no la sabes...

Y así mi alma moribunda arrastra
La sed tremenda de saber verdades.
¿ Viste pasar al buey, yugo ceñido ?
Así me muevo.

Y solo se de una verdad; el orbe
Que sobre el pecho mío bulle fiero
Pues en mi alma, espacio sin orillas,
Nadan los mundos.

Oh, como asusta contemplarlos, negros,
Que sombras misteriosas confundidas...
Oh, con los ojos fijos, alocada,
Miro mi alma !

ALFONSINA STORNI.

«EL POETA INCÓGNITO»

¿Quién es el poeta incógnito? preguntarán algunos con justa curiosidad.

Es un poeta a lo Rabindranath Tagore, es decir, rico, muy rico, que cuando habla arroja a montones y sin tasa, piedras preciosas, magníficos joyeles, como lo podrían hacer en un rapto de munificencia, de aguda filantropía, de megalomanía o de completa demencia, todos los rajaes más ricos y poderosos de la India.

Es un poeta emotivo, original e inimitable, que vive en todas partes del mundo, que es sencillo en el vestir, grande, bueno, sufrido y generoso y pronto al sacrificio por todo noble ideal, como Cristo.

Es el pueblo, el profeta, el redentor y soñador anónimo, el soberano que impone su voluntad en toda democracia, el que habla siempre con el corazón en la mano, empuñando en su pujante brazo, la bandera esplendente de la verdad, la justicia y el derecho.

Es el que canta *como el urutí en las ceibas*, como la calandria que saluda la aurora de cada nuevo día, desgranando desde el cielo las perlas de su cántiga, sin saber por qué, como una necesidad psíquica, con naturalidad y fluidez encantadoras, sin el más mínimo asomo de violencia o esfuerzo, poniendo toda el alma y todo el corazón en una estrofa, pues lo atrae y seduce la cadencia o ritmo del verso y el dulce consorcio musical de la rima.

Sus cantos inspirados, ingenuos y hondos, no llevan firma, son anónimos, no tienen fecha, no se puede precisar el día en que nacieron; pero en cambio, son el símbolo de sus aspiraciones, de sus sentimientos, de sus ensueños, de sus costumbres, de sus tradiciones y de sus creencias,

que se ven retratadas en ellos, con la instantánea fidelidad de la fotografía.

Sus cantares son por lo general toscos y rudimentarios; pero de una fundamental esencia poemática, de una condensación agreste y salvaje, por lo cual resultan poemas atómicos de valor inapreciable.

Sus cantares penetran hondamente en el alma popular y la hacer vibrar y regodearse con entusiasmo pueril y contagioso, pegándose a cada oído para no ser olvidados jamás, cumpliéndose de ese modo el precepto de su factura, contenido en los dos cantares que siguen:

El cantar para ser bueno
ha de ser como la cola,
que se pegue al que lo escucha
cuando salga de una boca.

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere;
volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

Los cantares populares, unas veces expresan en forma repentina y franca, hondos sentires, amores eternos, dolores profundos, lágrimas, cuitas, ayes, lamentos y nostalgias invencibles.

Otras veces expresan: alegría de vivir, dichas y esperanzas, ensueños, delectaciones paradisíacas que forja la fantasía sedienta de las voluptuosidades de la pasión, el divino amor puesto en los seres y en las cosas.

Cuando los cantares traducen la alegría de vivir, son los repiqueteos del canto matinal del hornero, en su saludo al alba, y de las campánulas azules en los gloriosos balcones de la juventud y de la vida.

Cuando traducen los hondos sentires y murmuran el lenguaje del amor, en todas sus variedades y matices, se abre la poesía popular como el delicado lirio silvestre,

inundando la campiña con su perfume penetrante y salvaje.

Suelen tener a veces la textura del epigrama: forma alada, rápida y concisa, escondiendo con artería y astucia, entre su ropaje rústico y de apariencia ingenua, una intención aguda, picante, maliciosa y cáustica, una fina sátira y una honda filosofía.

Hemos oído en algunas ocasiones cantares criollos al compás de la guitarra, y hemos visto con sorpresa, aparecer debajo del burdo poncho del gaucho, la acerada flecha de Marcial.

Suelen otras veces florecer en los labios rudos del poeta incógnito, imágenes bellísimas, conceptos filosóficos que no desdeñarían muchos poetas y filósofos, a pesar de no hallarse revestidos de un ropaje verbal altisonante y esplendoroso.

Son casi siempre verdaderos poemas maravillosos, que perderían su colorido y fuerza, si se pretendiera imitarlos.

En ciertos casos son cantos a la vida, a la naturaleza y a la patria, que brotan en las grandes festividades populares, al compás de los instrumentos nacionales, así como también en los hogares, acompañados por el ruido acompasado de las herramientas del trabajo.

En otros casos, resultan gemebundos, plañideros y dolientes, como una elegía, un treno, una nenia, una endecha o un *yaraví*, nacidos del fondo del alma, al compás de un instrumento que se queja y llora lúgubremente como una quena, y entonces parece que por arte de encantamiento, se despojaran súbitamente de sus humildes harapos, para revestirse con la túnica del dolor y calzarse el coturno de la tragedia.

Mi propósito, al entrar en esta charla literaria, no ha sido el de hablar exclusivamente de los cantos populares de este país, sino de todos los países de habla española.

Así pues, nadie debe extrañarse que vayan, en la enumeración de los cantares populares que haré, entremezclados los netamente españoles con los de ese orígen que han anidado en nuestro suelo y han tomado, por decirlo así, carta de ciudadanía, y también con los de pura cepa americana.

El cancionero americano es riquísimo, afirmación que no debe causar sorpresa, pues bien se sabe que hay libros, como por ejemplo: el « Martín Fierro » de Hernández, que contiene fecundo e inagotable material para los mismos.

Por otra parte, es por demás sabido que todos los pueblos del mundo han tenido y tienen sus cantos populares, que reciben distintas denominaciones y que han sido trasmitidos muy a menudo oralmente, de edad en edad.

Llámanse *saltarellas* o *barcarolas* entre los italianos; boleros, fandangos, sevillanas, seguidillas, peteneras, malagueñas, coplas, soledades, villancicos, etc., entre los españoles; *chansons*, *couplets*, *ballades* y *romances*, entre los franceses; *ballads* y *songs*, entre los ingleses; *lieders*, entre los alemanes; etc.

Los cantares populares constan generalmente de cuatro versos, formando cuartetas octosílabas la mayor parte de las veces, y las menos endecasílabas.

Muchos cantares españoles, como las seguidillas, las sevillanas, las peteneras y otras, suelen revestir otras formas métricas, consistentes en la armoniosa combinación de versos heptasílabos o hexasílabos con pentasílabos, formas muy semejantes por cierto, a las que toman algunos cantares americanos, como las vidalitas, las zambas, los tristes y otros.

Cuando son cuartetas octosílabas o endecasílabas, constituyendo las primeras, como ya he dicho, el traje más usado por los cantares, la rima empleada es la imperfecta y van asonantados los versos pares y libres los impares.

Así pues, en treinta y dos sílabas, cantidad bien exigua por cierto, suelen encerrarse el pensamiento y el senti-

miento, que brotan del alma y del corazón, candentes y vibrantes, brindando la condensación de la belleza.

En ellos no tienen cabida las palabras técnicas y abstractas, por cuanto estas no están al alcance del hombre del pueblo y dichos cantares van dirigidos a la multitud iletrada.

Sin embargo, hemos oídos a veces, con singular sorpresa, en boca de payadores y poetas camperos, y en forma más o menos adulterada, reminiscencias de famosos poetas americanos y españoles, cuyos nombres estamos seguros nunca oyeron pronunciar.

Otras veces hemos oído también, con mayor sorpresa aún, estrofas completas de celebrados poetas, que reuniendo las condiciones métricas del cantar, han corrido de boca en boca, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, y de éstos al campo, convirtiéndose en cantares eminentemente populares, es decir, democratizándose, perpetuándose y quedando catalogados entre los que forman el tesoro del cancionero del pueblo.

Como se puede fácilmente colegir, no entran en la elaboración de los cantares populares, el artificio, la ficción y lo exótico, que sólo son productos del gabinete, donde el poeta puede fingir y crear situaciones irreales; sino por el contrario, se incuban en la naturaleza misma, en contacto con la realidad, libando la esencia de las cosas y palpando los golpes y asperezas y las dulzuras y esplendores de la vida, vivida sin reatos y cortapisas, sin vanos prejuicios y falsos convencionalismos, en su verdad desnuda, austera y edificante.

Por eso es que, cuando la insana pasión de los celos hace empuñar con ira el arma de la venganza, cuando la muerte despiadada arrebata inesperadamente a un ser querido, cuando la persona en que se ha puesto el corazón traiciona al amor excelso, cuando alguna violenta pasión sacude el alma, la espolea y la martiriza, brotan a flor de labio, gritos convulsos y huracanados de ira y de dolor,

en los que toman parte, como en un cataclismo del planeta, la montaña, el cielo, el bosque, el río, en fin la naturaleza toda, que contribuye con sus elementos a realzar la belleza del pensamiento, con su hermosa y salvaje realidad.

La manera subitánea y explosiva, como surgen a la vida los cantares del poeta incógnito, les da el sello de brevedad y concisión que revisten, resultando lacónicos como la pasión y el dolor mismos.

Como estos dos sentimientos, se resisten a revestirse con oropeles retóricos y salen a la luz del día, con sencillez y limpieza aldeanas, sin afeites ni retoques, concebidos y paridos en un abrir y cerrar de ojos, como frutos espontáneos y sanos, de prolíficos y hercúleos procreadores.

Los cantares populares, los que ha engendrado realmente el poeta incógnito y reconoce como sus hijos legítimos, tienen un sello especial, que los hace inconfundibles con los elaborados por los literatos.

No son productos de fábrica de rimas, nacidos al calor de la luz eléctrica del gabinete, sino que han surgido del cerebro del poeta incógnito, sonoros y alados, han nacido a la vida a plena luz de sol, como mariposas de fuego que irrumpieran del primoroso capullo de la naturaleza.

Pasaré ahora a hacer gustar las bellezas de algunos cantares que pacientemente he seleccionado.

Empezaré, como es natural y lógico, por los cantares criollos y los precederé de un ligero esbozo del gaucho-poeta, del que con ingenio sin igual, los improvisa y canta al compás de la guitarra.

Estudiando la genealogía del gaucho, se encuentra sin gran dificultad la estirpe de que procede, su orígen andaluz.

Esto explica perfectamente su vivacidad, su espíritu ingenioso y su alta cualidad de repentista para la concepción poética.

Tales caracteres distintivos, no los ha perdido en la cruza de la raza española con las razas indígenas de América, de que procede.

Maneja hábil y astutamente la ironía y es pronto y certero en la réplica, usa de una dialéctica envolvente y de un poder hipnótico de convicción, que reducen al silencio al contrincante, cuando no lo iguala en talento y destreza intelectual.

Lanza pullas como saetas que van rectamente al corazón, y cuando las ha clavado a su gusto y ha logrado su objeto, lo deja traslucir en su mirada leonina y satisfecha, por haber tocado sin retruque, por haber desconcertado y desarmado a su rival.

Es un don Juan en lides amorosas, profesional de la poesía y rapsoda errabundo, declara muchas veces su pasión al son de la guitarra, lo hace con cantares apropiados, que no han perdido su hermosura porque todo el mundo los conozca, o también improvisa cielos, vidalitas o tristes.

Suele poner de manifiesto en sus cantares, su pasión incontenida, desbordada y salvaje, que no reconoce vallas ni obstáculos y que como río salido de madre, todo lo arrolla y derrumba a su paso.

El amor del gaucho, cuando no se sacia con la posesión, mata, es precisamente como el rayo, que derriba o fulmina.

No admite negativas ni dilaciones, subyuga brutalmente y se impone como un Dios en medio de la tormenta.

El amor es para él, guerra incesante y cruel, en que debe haber siempre un vencedor y un vencido, un tirano y un esclavo.

Y sin embargo, esta tormenta, este rayo, esta fiera en la pasión, es en el duelo virilmente caballeresco, es grande, generoso y noble en las justas de la vida, es infatigable y pundonoroso en las rudas faenas camperas, sabe cumplir el precepto bíblico sobre el sustento cotidiano, y es el mejor defensor de la patria cuando está en peligro, llegando en sus frecuentes hazañas hasta el heroísmo.

He aseverado anteriormente que contamos con un cancionero popular criollo vastísimo y que el « Martín Fierro » y los demás poemas criollos, constituyen un venero fecundo e inagotable de los mismos.

No citaré sinó algunos pocos cantos del « Martín Fierro » de la inmortal epopeya, como justamente la ha calificado Lugones, por cuanto todo el mundo ya los conoce y los sabe de memoria.

Escuchad estos cantos con que el genial Hernández comienza su poema y que expresan la idiosincrasià del gaucho, que lo arrastra a expresar sus pensamientos y sentimientos en forma rimada y al compás de la guitarra:

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre,
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

—

Yo no soy cantor letrao,
más si me pongo a cantar
no tengo cuando acabar
y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

—

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Esto es bellísimo en verdad; pero el poema está repleto de estrofas como éstas, que son como perlas de nítido oriente, de un valiosísimo collar de múltiples vueltas.

Escuchad ahora los siguientes cantos, que como partículas de hierro candente que saltan de la forja, borbotan en la payada, en son de desafío, de los labios trémulos de ira del gaucho, que los lanza con la mirada altiva y ardiente, con el corazón bramando de coraje y con la mano pronta á hacer brillar la hoja de acero:

—Alguien que la echa de guapo
y en lo fiero queda atrás,
es poncho de poco trapo,
purito fleco nomás...

—

—Naides con la vaina sola
al buen gaucho ha de correr,
lacito de tanta armada
no ha de voltear la res...

—Sáquenme ese toro bravo,
hijo de la vaca mora,
para sacarle una suerte
delante de esta señora.

—

Si el torito me matara
no me entierren en sagrao,
entiérrenme en una loma
donde no pase el ganao.

—

Un brazo déjenme fuera
y un letrero colorao,
donde lean las muchachas:
« Aquí yace un desdichao ».

Qué bien descripta la suerte que acompaña al elegido de la ciega diosa de la fortuna, en el siguiente cantar:

Fortuna no ví ninguna
cual la de ese caballero,
porque lo hizo su ternero
la vaca de la fortuna !

Fina intención y gracejo verdaderamente andaluz, tiene la siguiente relación, echada por un gaucho ladino que baila el pericón, a una china tuerta que en ese momento le alcanza un mate:

No te digo ¡ adiós mis ojos !
porque no tenés más que uno,
y si te digo ¡ adiós mi ojo !
van a creer que es el del... mate ¡

Entre los cantares criollos se cuentan: la vidalita, la zamba, el cielo, el gato, el triste, la chacarera, la huella, la firmeza, el triunfo y otros, muy conocidos por cierto.

Me limitaré a citar entre ellos, las dos vidalitas que siguen, que son realmente hermosas:

Palomita blanca
vidalitá,
que mirás al cielo,
fíjate en mis ojos
vidalitá,
y verás que muero.

—

Una canastita
vidalitá,
llenita de flores,
no me la desdeñes
vidalitá,
que son mis amores

(Continuará)

E. D. FORTEZA
BUENOS AIRES

LOS PINOS

Yo digo ¡ pinos ! y siento
Que se me aclara el alma,
Yo digo ¡ pinos ! y en mis oidos
Rumorea la selva.
Yo digo ¡ pinos ! y por mis labios pasa la frescura
De las fuentes salvajes.

¡ Pinos, pinos, pinos !, y con los ojos cerrados,
Veo la hilacha verde de los ramajes profundos,
Que recortan el sol en obleas desiguales
Y lo arrojan como puñado de lentejuelas
A los caminos que bordean.

Yo digo ¡ pinos ! y me veo morena
Quinceabrileña,
Bajo uno que era amplio como una casa,
Donde una tarde alguien puso en mi boca,
Como un fruto extraordinario,
El primer beso amoroso.

¡ Y todo mi cuerpo anémico tiembla
Recordando su antiguo perfume a yerbabuena !
Y me duermo con los ojos llenos de lágrimas,
Así como los pinos se duermen con las ramas
Llenas de rocío.

JUANA DE IBARBOUROU.

EL POETA SUPERVIELLE

A los que queremos, nosotros les deseamos sencillamente lo que queremos. Es así que deseamos que este poeta triunfal, por ser amigo en la más hermosa acepción del vocablo, entre de lleno a las culturas regionales de América, como al reino de una de nuestras más grandes aspiraciones.

No deja de tener cierta impertinencia nuestro deseo y nuestro querer; pero la intención es santa y nos absuelve.

Nuestro poeta acaba de obtener una consagración de la crítica francesa (de la europea podría decirse) y se explica tanto su decisión de mantenerse tal cual es, cuanto se explica la nuestra de conseguir un aporte tan valioso para esta obra americana que se esboza, y que ha de ser grande, enorme, inmensa, soberbia.

Yo comprendo su resistencia y sus tentaciones, como comprendo que las tentaciones—que son y han de ser progresivas por mucho tiempo—pongan a prueba su resistencia, la que solo cuando sea fuerte como Verdum habrá de quedar firme, inexpugnable.

Por un lado, su espíritu poliédrico es de medida para acometer la empresa. Su aticismo, su humorismo, triste lo llama él mientras yo digo travieso; su acuidad de observador; su libertad mental, más que en otra parte apreciable y provechosa en América; su ilustración, su cultura y refinamiento; su complexión toda es indicada para los grandes éxitos; por el otro, ofrece el particularísimo mérito de conocer igualmente a fondo el mundo viejo y este nuestro, nuevo. Todo, todo viene de perlas para que podamos tener la seguridad de que su pluma habrá de ser un verdadero ariete.... pero ¿a qué insistir?

Su libro último, «Poemes», que el príncipe de los poetas, Paul Fort, prologó con gran entusiasmo, es un conjunto de versos, que, por todos los senderos del pensamiento, van a emocionarnos íntimamene apenas descubrimos su esencia. Digo así porque la primera impresión es de sorpresa. No se si esto se debe a que los matices sutiles de la lengua no dejan ver desde luego la intención, sino que ha de descubrirse, o bien, a que, por lo mismo que son quintesenciados, no se pueden saborear sino mediante un esfuerzo comprensivo de nuestra parte. Es lo de siempre. Hay que esmerarse si se quiere comprender lo nuevo. Es menester, si se me premite el vocablo,—un poco de fletcherismo mental, y entonces, de igual modo que al masticar con insistencia—y con un poco de recogimiento también—se experimentan sensaciones gustativas inesperadas y virginales sobre los propios alimentos consuetudinarios, al ejercitarnos para percibir las bellezas de los poemas de Supervielle se exprimentan goces mentales exquisitos. Estas filigranas no son para esos comodones que tienen pereza para todo, hasta para deleitarse.

Sería de una petulancia inaguantable no hacer un esfuerzo mental para comunicarnos con este espíritu sagaz, estudioso, empeñoso, probo, que de muchos años atrás viene disciplinando su talento para percatarse de lo que hay en ese tan sugestivo mundo psíquico, todo lo que centellea en nuestras meditaciones y que se escurre como una anguila cada vez que vamos a agarrarlo. Eso es bien estimable.

De todas maneras, Julio Supervielle siempre contribuirá poderosamente a nuestra obra, aunque no se dedique por entero, a ella; y por donde quiera que vaya este poeta recogerá laureles: esto es incuestionable; pero yo quisiera como americano, que, por sobre todos los lauros, primasen las flores de ceibo.

PEDRO FIGARI.

Diciembre, 22 de 1919.

De «Los poemas de la ausencia»

« Ven, léeme un poema lleno de corazón ».

LONGFELLOW

Yo no sé cuántos días transcurrieron sin verte...
Sobre ellos he sentido los pasos de la Muerte,
Y te he llorado tanto que tú no lo imaginas...
—Talvez porque eres buena y amante lo adivinas.—
Te buscaba en la brisa y en la flor y en la estrella,
Y en esas cosas puras columbraba tu huella.
Tu recuerdo era el bálsamo y tu amor mi alegría;
Acaso me escuchabas cuando clamaba: ¡ « mía » !
Mi soledad se llena de clarores a veces
Y, nimbada de soles, radiante, te apareces,
Sonreidora y benévola, luminosa y tranquila,
Con una luz suprema fulgiendo en la pupila.
¿ Por qué tienen tus ojos tan divina dulzura
Que ponen un consuelo sobre toda amargura
Y una esperanza ponen sobre todo dolor ?
¡ Tus ojos me parecen dos éxtasis en flor !

Ahora que estamos juntos, cuéntame lo que sueñas
Y lo que sufres. Dime si en tus horas risueñas,
Con la mirada puesta en la gris lejanía,
—Acaso en un crepúsculo de infinita poesía,—
Has pensado en los ojos que hace tiempo te vieron,
Y en los labios que tantas tristezas te dijeron,
Y en el alma que ronda de noche tu ventana,
—¡ Esa alma tan dulce que es de la tuya hermana !—
Si has gemido un momento con tu pasión a solas...
—El alma también tiene su tumulto de olas,

Y sé que en el ocaso, cuando la luz desmaya,
Hay un náufrago triste sollozando en la playa;—
Si no lloras a veces, si a veces no suspiras,
Como suspira el aura, como lloran las liras,
Mientras, para formarle corona a tu tristeza,
Una guirnalda de astros a florecer empieza !

. . . .

Pero nó, vida mía; no nos diremos nada...
El silencio es a veces una cosa sagrada;
Por él lo que es prosaico majestuoso se vuelve:
En él toda mi vana inquietud se disuelve
Como un trozo de bruma bajo el sol: taciturna,
Dame a beber el filtro que fluye de esa urna
De misterio y de angustia donde el Silencio canta.
¡ Cuando los labios callan una voz se levanta !
...Después, cuando nos venza la divina emoción,
Me leerás un poema lleno de corazón...

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

La poesía uruguaya en 1919

La labor poética del año fenecido tiene para nosotro dos características que la determinan suficientemente: la primera es la que se refiere al limitado número de obras aparecidas en ese lapso de tiempo y la segunda la que atañe a la excelencia de esa misma producción intelectual. En efecto; nuestros poetas, si es cierto que han producido abundantemente lo que evidencian las composiciones insertas en las revistas literarias, no han concretado esa obra dispersa, en volúmenes que inciten a la crítica al noble ejercicio de examinarla, para aquilatar los valores que posea y el grado de altitud espiritual de cada poeta.

No obstante las obras que han merecido la sanción del público han sido comentadas en forma encomiástica, descubriéndose en ellas múltiples virtudes, por aquellos espíritus dados a gustar la voluptuosidad que proporciona el cultivo de la crítica literaria. Es cierto que en nuestro ambiente, este ministerio de dilección no esta lo suficientemente garantido, pues él requiere serenidad y amplitud de criterio, así como vocación cierta y aptitud analítica, que no excluye tampoco el sentido de la ponderación y la relatividad para apreciar las obras y juzgar a los autores, tal como lo predicaba Saint Beuve.

La generalidad de los intelectuales—y con más justicia los que no lo son tienen un concepto equivocado de la labor exegética. Conceptúanla obra negativa, no creadora, labor en fin de espíritus incapacitados para otras manifestaciones de la intelectualidad. Dos motivos fundamentales oblíganlos a razonar de ese modo. Su íntrinseca insuficiencia para poder penetrar los valores coexistentes en toda producción literaria, los que solo aparecen a

la vista de aquellos que tienen penetración—cualidad ésta de que carecen muchos intelectuales—y su desconocimiento de esos mismos valores, lo que los obliga a pensar que el discernimiento literario, en la forma de enumeración de méritos y defectos es una tarea sin valimiento positivo, dígna de espíritus infecundos. No obstante, estan equivocados. La conciencia crítica es tan esencial en los que escriben, que sin ella no existe quizás un verdadero y recto sentido del arte y de las ideas. El instinto crítico, nos hace diferenciar unas modalidades de otras, es un eficaz mentor, el más agudo y sabio director de la mente, el más certero investigador de esa bondad relativa que descubrimos en todas las buenas obras literarias. El poeta, el artista lo requiere también en sus obras; poseyéndolo podra ejercitar sobre sí mismo el auto analisis y desentrañar de su propia labor el oro que hará resplandecer a la luz y la escoria que desechará para que aquel luzca más su aurífera magnificencia. La crítica pues orienta y crea—al disociar valores falsos, edifica otros nuevos, más depurados más lógicos y por lo mismo con más atributos de belleza. El exégeta por antinomásia—un Azorín en la actualidad, antes Clarín—se identifican con la obra que examinan, penetran todas sus características, viven su propia vida. La misma emoción del artista que la ha animado alienta en las páginas del crítico que la comenta con un espíritu de simpatía, abierto y comprensivo, limpio de prejuicios y dogmatismos; con la amplitud del que por su sed de belleza y de conocimiento abreva en todas las fuentes, percibe todos los matices, experimenta todas las emociones, e interpreta finalmente el espíritu siempre cambiante del artista, su exaltada y por lo mismo renovada sensación de la vida. Los poetas se sienten molestados amenudo por la glosa torpe de los gacetilleros carentes de inteligencia y sagacidad. Decepcionados por esa forma irrespetuosa y chabacana de considerar sus obras desconfían y sienten desafecto por la críti-

ca, sin diferenciar lo que es gesto audaz de un ciscatinta sin aptitudes y lo que representa una misión alta y preclara, que por lo mismo exige inteligencia aguda, don de comprensión, generalidad y maleabilidad de entendimiento, así como amor sincero a todas las manifestaciones de la belleza.

Los poetas nacionales han sido juzgados ya con más o menos acierto y justicia, por lo que nosotros solo nos concretaremos en este desmañado artículo, a comentar ligeramente los libros aparecidos durante el año, señalando sus características más determinantes, que son aquellas que individualizan mejor a cada poeta.

Inició el año poético con su libro « El Relicario », el doctor José María Delgado, cuya producción mental le ha conquistado ya una bien merecida notoriedad en los círculos artísticos de América. Rebélase Delgado en este libro un poeta interiorista, dulce, delicado, lleno de «sosiego interior» como diría Jimenez, el inefable autor de « Arias Tristes ». El poeta de « El Relicario » es sencillo y sin complicaciones de forma, diáfano en la expresión nos parece siempre y su verso que lo torna flexible y que trasunta fielmente el alma del que lo gesta, tiene el libro citado, a un cultor de excepción en nuestro ambiente, a un lírico de verdad, todo sentimiento, todo sinceridad introspectiva... Actualmente José María Delgado, produce una labor literaria de gran aliento y prepara un nuevo tomo de poesías que como el que comentamos consagrará una vez más sus reales merecimientos literarios.

Apareció más tarde « El Halconero Astral » de Emilio Oribe. En este nuevo libro el autor de « Letanías Extrañas », se nos manifiesta de muy distinto modo. Son poemas de hondo conceptismo y de fuerza ideológica poco común. Bellos símbolos ofréndanos el poeta en este libro, en el que descúbrese gran calor de vida y emoción. No gusta en esta obra Oribe, de su antiguo amor parnasiano, que lo hiciera pulimentar pacientemente el verso con el

frío refinamiento de un artífice. Ahora se ha orientado hacia el « novecentismo », tendencia que en América comienza a cautivar a la juventud y que ofrece nuevos incentivos a los que anhelan seguir por derroteros de belleza. Emilio Oribe destaca pues, con este libro en nuestro medio, como un poeta fuerte, de concepción intensa, un poeta que piensa cuando rima para hacernos sentir a nosotros sus propios y recónditos pensamientos. Juana de Ibarborou, ha sido en nuestro ambiente una revelación artística. Su libro « Las lenguas de diamante », la ha impuesto, casi de súbito, como uno de nuestros primeros poetas. Con un dominio admirable de la forma, y una viva imaginación ha sabido cantar motivos grandes y bellos, hasta el momento poco gratos, a los otros cantores nacionales, excepción hecha de Delmira Agustini, la alta poetisa muerta. Juana de Ibarborou, no sabe de mogigaterías, canta con divino impudor sus ansias de mujer, sus amores en potencia, su noble y fecundo erotismo. Es una de las pocas mujeres intelectuales que en América han logrado con más sinceridad desnudar su alma, para ofrendarla en cantos hondos y ardientes, concebidos con fervor de belleza y con verdadero instinto artístico.

« El Misal de las Súplicas », suscrito por Julio Casas Araujo es un libro bello y sereno, pleno de un amable misticismo en el que el poeta nos canta su vida melancólica, la íntima nostalgia que le producen las cosas objetivas, la dolorosa realidad exterior. Casas Araujo es un rimador joven, cuyo primer libro de versos mereció honrosos juicios de la crítica.

A otro poeta místico debemos mencionar aquí: es el Manuel de Castro que acaba de publicar « Las estancias espirituales ». Este libro posee loables características en nuestro medio. De Castro es el primer poeta verdaderamente místico como lo dice el prologista señor Zum Felde que ha aparecido por estas latitudes. Nosotros

conocemos desde hace años a Manuel de Castro, y hemos seguido atentos la evolución de su talento poético. Sincero en la exteriorización de esa modalidad, este espíritu ha alcanzado a imponer la originalidad de su idiosincracia artística. El libro comentado, pleno de ideas puras, de concepciones místicas, de intuiciones metafísicas, tiene un mérito indiscutible en nuestro mundo literario. Preferentemente cerebral el misticismo de Manuel de Castro, fáltale no obstante ese calor vital que le infundía a sus estrofas Àmado Nervo, admirado y perfecto espíritu. De Castro, siéntese atormentado—quizás prematuramente—por el misterio, por el más allá, por la « vida incognosible » y su razón esfuérzase por desentrañar el gran enigma. Fruto de esa inquietud grave y honda son estos versos diáfanos, serenos, un poco fríos, con que nos cautiva en el libro citado.

Julio Garet Más titula « Versos » su reciente libro de poesías. Este romero— el más joven y quizás de vida más adolorida e intensa—reinicia así despues de un prolongado silencio, su labor poética comenzada hace cuatro años con « Estrellas Errantes ». Es Garet un poeta personal, de atrevida fantasía, no imita a nadie, repudia las emulaciones y los maestros jamás le han conquistado. Aparece su producción irregular, sin unidad en el mérito intrínseco de sus poesías. « Versos » no es indudablemente una obra definitiva, aunque imponga en él condiciones estimables. Creemos que Garet Más no ha superado su primer libro « Estrellas Errantes ». Este poeta promete mucho aún; joven con un lúcido entendimiento literario poseyendo verdadera vocación lírica, y gran amor al arte, su producción merece siempre la atenta consideración de la crítica.

Una honrosa contribución a la labor lírica del año que ha finalizado ha sido « La Cisterna » publicado por Julio Raúl Mendilaharza. Las virtudes poéticas de este temperamento, han sido ya anunciadas en obras anteriores que

como «Deshojando el silencio», y esta última ostenta títulos verdaderos a la estimación de los que aman la belleza ritmica.

En «El Camino de la Primavera» Enrique Rodríguez Fabregat ha coleccionado sus poesías últimas. Es este un poeta nuevo de grandes bríos y noblemente orientado en las letras. Gusta también pensar en el verso, «hacer doctrina» desde esa «cátedra frágil y dorada» que es la estrofa. Canta motivos de amor en forma delicada y tierna, demostrándonos su vena sentimental. Este libro fué así mismo juzgado en forma encomiástica por los que se impusieron la tarea de examinarlo.

Se han publicado además: «Praderas Soleadas» de Varela Acevedo, donde este liróforo aparece con generosos atributos artísticos, destacado por la claridad y limpieza de su léxico y la depurada emotividad de su verso; «Mosaico», por Froilán Vázquez Ledesma, libro éste que destaca a un alma viril, y combativa que vé en la estrofa el vehículo más precioso para difundir modernos postulados sociales; «Matices», de José M. Cajaraville jóven poeta, que en un pueblo del interior rima—a veces imperfectamente—sus sueños de amor y la nostalgia lugareña—y finalmente se han publicado dos obras poéticas dramatizadas; «1810» de Yamandú Rodríguez y «La Canción de la Miseria» de Edgardo Genta. Ambas producciones ofrecen las mismas características y las dos son pasivas de defectos de forma y de concepción. Concebidas a la manera romántica, ya anacrónica, sonoras, ripiosas sin verdad emocional, escritas sobre el viejo patrón rétorico, obtuvieron esas piezas, relativo éxito teatral. Son en realidad, obras teatrales, efectistas, sin méritos positivos, en las que la verdadera poesía, el sentimiento que debe animar toda concepción, jamás se alcanza a advertir. Nuestro público, tuvo no obstante para esas producciones poéticas su adhesión entusiasta concurriendo a sus representaciones. Y esta circunstancia consolará

más a sus autores, que la apreciación sincera e independiente de los intelectuales. Es una compensación justiciera que obtienen así los dos poetas nombrados.

Tal es ligeramente esbozado el «resumen» poético del año extinto. La gracia apolínea del canto, no se ha extinguido aún en la frente de nuestros líricos. Como los antiguos rapsodas—sus dilectos hermanos—ellos prosiguen cantando sus angustias, sus amores, sus irreales anhelos, la divina inquietud de sus almas junto a la estulta indiferencia de la gente y frente a la lumbre maravillosa de las estrellas...

WIFREDO PI.

EL POTRO

El viento del galope levanta al aire ardiente
la roja crin de llamas feliz como una antorcha.
Una nube de polvo dorado alzan los cascos
que en la tierra golpean como cuatro martillos.

Las flechas del instinto irrumpen de los ojos
donde ocultos atisban dos arqueros desnudos,
cuyos dardos lejanos abren en la llanura
la huella larga y ágil y audaz de la carrera.

De la grupa a los anchos ollares, el relincho
le tiembla como el bronce solar de los clarines,
izando allí su grito de amor y de triunfo
como una gran bandera de fuego por la pampa.

Con las ancas lustrosas de sol y primavera
las yeguas maternales gozan el aire tibio,
donde pasa la ola del macho perfumado
de un fuerte olor de carne quemada de deseo.

De pronto se dispersan dando saltos y coces,
embriagadas, ardientes, incontenibles, ávidas,
levantando los cuellos, dilatando los ojos,
y castigando el aire con las colas febriles.

El potro enarca el lomo con un aire de danza
poderosa y alegre, desenfrenada y loca,
muestra el pecho y el vientre alzándose en dos patas,
se inclina luego y muerde la tierra enardecida.

Pasa un viento de fuego por la llanura vasta.
Todas las yeguas corren en el viento salvaje.
El potro se decide sobre una hembra negra
y las otras galopan hacia el frío del agua.

CARLOS SABAT ERCASTY.

GLOSAS DEL MES

Paul Adam.

La muerte de Paul Adam representa un duelo inmenso para las letras de Francia.

Y como Francia está tan cerca de nuestro corazón, la muerte de Paul Adam nos acongoja como si fuera algo propio.

* * *

Fastuoso y vehemente, con una obra numerosa y fuerte que alguna vez se comparara con una gran ciudad,—así enorme y en tumulto como son las grandes ciudades,—Paul Adam tiene el espíritu ancho y potente de su pegaso extraordinario.

Al través de sus cuarenta obras que son al fin un canto largo y continuado a la universalidad de Francia, Paul Adam sostiene con acento energético la unidad latina, la supervencia histórica, la eternidad de los mitos, el simbolismo de la realidad.

Como en la genealogía de Verlaine, o como en la de D'Annunzzio y en la de Rubén, Paul Adam posee ascendientes rústicos y militares que determinan en su obra la línea recta de una personalidad literaria empenachada de originales formas y de audaces conceptos renovadores.

Su estilo es fuerte y amplio, capaz de brillar al sol como las espadas:—su inteligencia tiene la curiosidad imperiosa y permanente que requiere Guyau para el genio creador, y que hace escrudiñar todos los rincones,—el panorama y el detalle.

Sus novelas han sido naturalistas hasta el escándalo zolesco o refinadas en el molino de la psicología modernizante, o luminosas de idealismo mediterráneo y latino:—« La Glebe », « Basile et Sophie », « Les coeurs nouveaux », « La force », « Au soleil de Juillet »,—son obras múltiples de un talento original siempre exaltado y exhuberante.

Sus triunfos fueron los triunfos de París, prodigados con el exceso voluptuoso de la impetuosidad de su genio, en aras de la Francia preclara y eterna, que puso palmas reverentes y laureles sagrados sobre la vida y la muerte del gran escritor.

Palmas y laureles justicieros, para quién fué, cómo lo dijo un día Remy de Gourmont:—«un spectacle magnifique»...

Alfonsina Storni.

Con el júbilo espiritual de quienes vemos en ella a una gloria lírica americana,—homenajeamos, en los días iniciales de este mes,—a la dulce poetisa argentina Alfonsina Storni,—que visitó Montevideo, y nos brindó la gracia de un gentil saludo,—ofreciéndonos luego las horas de intensa belleza de sus conferencias poéticas en el salón de la Universidad.

Alfonsina Storni pertenece al grupo brillante de las mujeres del novecientos que en esta parte del continente, con la inquietud de la modernidad, han levantado sus banderas de raso y derramado sus copas de miel,—en aras de un ideal de belleza que es antorcha de amor en los corazones y estrella de luz sobre las frentes.

Gabriela Mistral en Chile, Francisca Julia en el Brasil, Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou en el Uruguay, completan la pléyade lírica donde Alfonsina Storni, resplandece como los astros más puros. Todas ellas tienen su inquietud trascendente y turbadora: —la Mistral es bíblica y fuerte como una de aquellas mujeres hebreas dentro de las que se calcinaba el alma tormentosa de la tierra: —la Julia derrama el ardor humano de su raza en las forjas melódicas de sus versos universales suscitados en el fondo de su corazón femenino: — Delmira Agustini, como la divina Teresa de Jesús, tiene un alma voluptuosa y bella, frecuentada de afanes y harmonías desconocidos que en ella arden como en Eros y que la noche amorosa proteje con su toldo estrellado:—Juana de Ibarbourou, recién llegada, trae la misma triunfal osadía de sus hermanas mayores y promete una efusiva empresa de encendidas flechas y geórgicas azucenas.

Entre todas ellas, Alfonsina Storni tiene su sitio de honor y la definida personalidad que la individualiza en la ardentía de su estrofa de oro y en la profunda angustia interior de su corazón,—vaso de plata donde se queman las más puras esencias orientales.

Bajo los nuevos cielos poéticos ella pasa diciendo las rimas sentimentales de su fervor lírico,—y su voz es tan clara y tan alta que llena la patria argentina con el son de su canción,—mientras va apareciendo totalmente en el horizonte de la américa nuestra, con su brazada de rosas de fuego y su clara diadema de diamantes.

Las conferencias de la Universidad, nos pusieron en contacto, más que con el espíritu religioso de Delfina Bunge de Gálvez y que

con los cálices tremantes de Delmira Agustini,—con la inquieta manera de Alfonsina, atea y alegre, pesimista y amarga, pagana y sufrida, tal como ella misma se definiera en el simil del humilde pedazo de hierro enrojecido y batido en la fragua, salpicando de chispas desordenadas la tarea del forjador.

Alfonsina no tiene dotes de conferencista, y aunque su discurso se desarrolla con sencillez y vivacidad por entre caminales de belleza, la tribuna es fría y opaca:—sólo se estremece cuando ella recita emocionada los versos ajenos o los propios, recogidos con cariñoso afán en el fondo del alma y expresados con la dulce espiritualidad llena de ensueño de las buenas muchachas enamoradas.

Porque eso si: Alfonsina diciendo sus versos se anega del ensueño activo de los creyentes cuando rezan sus plegarias: se ilumina de luz interior que palpita en el matíz de sus palabras y en el gesto de su figura: se anima y se estremece: se alegra de poder soñar como las campanas o como las golondrinas: vive intensamente su poesía y trasmite sin esfuerzo y con emoción a su auditorio, ese hálito dulcísimo de infinito que abre sus alas en el anhelo y la nostalgia, en el ardor y el dolor, en la ilusión y la desesperanza.

Oyéndola recitar se comprende bien cómo sufre o cómo goza sus poesías como sus rimas no son cerebrales, — ni están falseadas de sentimentalismo, — ni fueron recalentadas en el molde duro de los trabajadores del verso.

Ya « Irremediablemente » y « El dulce daño » nos lo habían dicho: Alfonsina tiene la expontaneidad y la sinceridad de los grandes poetas: alma joven que canta lo que siente,—alegre por la mañana, dulce en la tarde, estremecida por la noche...

Ahora lo podemos certificar con la seguranza de la convicción:—hemos visto un día a la poetisa argentina, y a su paso, sentimos florecer el entusiasmo por su alma lírica, sincera y frágil, traviesa y dulce, alada y sutil.

La feminidad de su raza, en esta hora de valores que se renuevan y ponen sobre el mundo una como fragancia de tierra mojada por la lluvia mientras esplende el arco iris que hace levantar los ojos,—puede enorgullecerse legítimamente de esta mujer sincera, que se desata de todos los prejuicios de los tiempos para cantar su canción.

TELMO MANACORDA.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Buenos Aires, Urquiza y El Uruguay.—Por el Dr. LUIS A. DE HERRERA. — Montevideo, 1919.

Con la delectación efectiva con que se leen los libros que gustan, hemos leído la última obra histórica del Dr. Luis Alberto de Herrera, cuyo título nos sirve de epígrafe.

Como lo dice el mismo autor, este volumen es la continuación de otros dos, publicados anteriormente bajo el título «La Diplomacia Oriental en el Paraguay»

Unos cuantos años separan las dos partes de esta historia y ellos se notan precisa y claramente—según han influído en el espíritu y en el estilo del nuevo libro.

«La razón otoñal» asiste al ilustrado historiador; el cincel más hábil presta relieves propios al vaso.

Libro de tolerancia fecunda, que amplía mucho la mira, ya amplia, de sus obras pasadas, como libro de historia es el mejor salido de la pluma de su autor.

El Dr. de Herrera se incorpora con él, definitivamente a la pléyade de nuestros verdaderos historiadores, de los que hacen historia nacional, no al uso y paladar nuestro, sino con criterio uruguayo, apartados «per in eternum» del grupo, en quiebra y lamentable, de los uncidos al parcial discurrir de los vecinos poderosos.

Libro en que palpita noble orgullo de país es buen libro siempre.

Otra gran ventaja hay en él, y esto nos complace haberlo preconizado siempre; estudiar nuestra historia sincrónicamente.

¿Por qué hemos de presentarnos ante nosotros mismos y ante los extranjeros como tipos de desgobierno y de atrocidad?

¿Por qué mentar, aislados y nuestros—por decirlo así—los tristes episodios de las tragedias nacionales, que son humanos y nada más?

No peores que otros, y mejores que muchos, nos cabe decir.

Nuestras tragedias antiguas, nuestros trucidamientos: el brutal episodio de Quinteros; Flores y Berro apuñaleados...:—es verdad.

Pero en la Argentina está el precedente fresco de Quinteros, la carnicería de Villamayor, y en Chile fusilan miserablemente a Portales —¡Baje el Ministro!— y los heridos y los prisioneros concluyen con las batallas, y Yáñez horroriza a Bolivia con las matanzas de Loreto

y crispa la tragedia de los Gutiérrez en Lima, y está humeante la sangre de los Alfaro en las calles de Guayaquil.

Y del otro lado del océano la línea de tragedias va desde el sangriento Muro de los Federales en el Père Lachaise—¡ en París !—hasta el trágico Konac de Belgrado.

¿ Que dicen nuestros pulcros fariseos, maestros de errores sombríos, con la cabeza metida entre las historias de Mitre o de López ?

Llega bien este libro repetimos,— pese a que no está expurgado de pasiones todavía.

Buscar nuestra verdad es buscar nuestra honra.

Tenemos que hacer la historia honesta del país. ¡ Qué bella y qué patriótica tarea ! — J. M. F. S.

Al borde del sendero. — Versos de Juan Burghi. — Edición Virtus, Buenos Aires 1919.

Es el inefable libro de los veinte años, con grandes defectos, mas con virtudes grandes. Vehemencia, espontaneidad. El fuego sagrado mueve la mano ingenua. Un exceso de vida tiende áureos celajes. Se diría que no vemos si no lo que queremos ver. Vendrán otros tiempos Seremos más ilustrados, casi doctos. Pero faltará aquel santo calor inicial. Dejemos que los jóvenes como Burghi nos digan atropelladamente sus amores, sus dolores, sus ensueños... Al leer estos versos de juventud, un aroma de primavera subirá hasta nuestros corazones. Y hemos de recordar, con nostalgia, las primeras tristezas; los ojos de aquella niña que fué novia nuestra, y que sonreía tan bien.... — V. A. S.

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Dayman 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrubal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio Hotel « La Alhambra »
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Perez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Perez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodriguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jimenez de Aréchaga Eduardo, T. y Tres 1418.
Jimenez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernandez Saldaña José M., Colonia 1810.
Serapio del Castillo, Paraguay 1267.
Emilio Frugoni, 18 de Julio 979.
Luisa Luisi, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Juan Daquó, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scosería José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Ernesto Caprario, Uruguay 1223
Santín C. Rossi, Colonia de Alienados, Santa Lucía.

A V

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



FEBRERO DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO III.
N.° 20

066 1
PEG
No 20

COLABORA[illegible]

Alberto [illegible] — [illegible]
mael [illegible] — [illegible]
[illegible] — Pedro [illegible]
de [illegible] — [illegible]
racio [illegible] — [illegible]
[illegible]
[illegible] — [illegible]
fredo [illegible] — [illegible]
Vicente A. [illegible]

SECRETARIO DE REDACCION

[illegible]

Administrador: [illegible]

Correspondencia: Avda. [illegible]

Teléfono: [illegible]

Suscripción mensual: $ 0.[illegible]

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó. Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central.— Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.



José Enrique Rodó

15 de Julio de 1871.—1.º de Marzo de 1917.—28 de Febrero de 1920

Homenaje de «Pegaso». Foto directa: atención del señor José M.ª Serrano.



José Enrique Rodó

15 de Julio de 1871.—1.° de Marzo de 1917.—28 de Febrero de 1920

Homenaje de «Pegaso». Foto directa: atención del señor José M.ª Serrano.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Febrero de 1920. Núm. XX.—Año III.

Nuestro homenaje

Con este número, PEGASO adhiere al movimiento nacional que provocó la llegada a Montevideo de los restos mortales de José Enrique Rodó.

Así es como ofrecemos a nuestros lectores una página inédita y autógrafa del autor de "Ariel", que la bondad de sus deudos ha querido poner en nuestras manos fervorosas. Esa página, debió pertenecer a los "Nuevos Motivos de Proteo", y tiene toda la belleza de un pensamiento noble y de una prosa cincelada.

Damos asimismo, el discurso del Comisionado Bachini, que reempatrió los restos, y una crónica completa de los funerales.

PEGASO cumple con la admiración intelectual que debemos a quien fuera un día llamado "el Maestro de la Juventud de América". —

LA DIRECCIÓN.

Una página inédita de Rodó

¡Vida, vida refleja del recuerdo, que es como la cigarra de Eunomo! ¿Conoces la leyenda bucólica? Eunomo y Aristón, citaristas, quisieron probar sus fuerzas de tales, tocando en competencia. Era en el campo; junto a donde Eunomo se hallaba había una mata de aligustres. Eunomo llegó a pulsar con demasiado brío, e hizo estallar una de las cuerdas de su cítara. Aún no colgaba la cuerda rota, ni su lamento se había oído siquiera, cuando, de entre la mata, saltó sobre la caja sonora una cigarra, que, cantando en la justa entonación de la cuerda, la suplió con tal arte que prevenido así el fracaso, quedó por Eunomo la victoria. Cítara de muchas cuerdas es la de nuestra sensibilidad. El tañer de la vida las hace estallar con los desastres de la fortuna y el cariño, después de arrancarles mil concentos. Cuando disfruta el alma del beneficio de que hablábamos, por cada cuerda rota salta, de entre la frondosidad de la vida interior, una cigarra ágil y canora que perpetúa, en inmortal remedo, el són proscripto. Esta cigarra es el recuerdo empapado en la esencia del sentimiento. Rotas todas las cuerdas, aún, para esas almas de elección, el concierto de las cigarras mantiene la cítara, en otras almas muda; y ella sigue sonando, sonando, de modo que sólo se ha perdido la materialidad de las cuerdas deleznables!

Versión de la parábola inédita y autógrafa.

Vida refleja

¡Vida ... del recuerdo, que es como la cigarra de Eunomo! — ¿Conoces la leyenda bucólica? — Eunomo y Aristón, citaristas, quisieron comparar sus fuerzas de tales, tocando en competencia de concierto. Era en el campo, junto á donde Eunomo se hallaba había una mata de aligustres. Eunomo llegó á pulsar con demasiado brío, é hizo estallar una de las cuerdas de su cítara. Aún no colgaba la cuerda rota, ni su lamento se había oído siquiera, cuando, de entre la mata, saltó sobre la caja sonora una cigarra, que, cantando en la justa entonación de la cuerda, la suplió con tal arte que, reparado el fracaso, quedó por Eunomo la victoria. — Cítara de muchas cuerdas es nuestra sensibilidad. El tañer de la vida las hace estallar con los desastres de la fortuna y el cariño, después de arrancarles [illegible] concentos. Cuando disfruta el alma del beneficio de que hablábamos, por cada cuerda rota salta, de entre la frondosidad de la vida interior, una cigarra ágil y canora que perpetúa, en inmortal remedo, el són proscripto. Esta cigarra es el recuerdo empapado en la esencia del afecto. Rotas todas las cuerdas, aún para esas almas de elección, el concierto de las cigarras mantiene la cítara, en otras almas muda; y ella sigue sonando, sonando, de modo que sólo se ha perdido la materialidad de las cuerdas deleznables!

Página inédita que pertenece a los «Nuevos Motivos de Proteo», y que, por una gracia especial del Sr. Alfredo Rodó, podemos ofrecer a los lectores de Pegaso.

RODÓ

El discurso de Dn. Antonio Bachini en el paraninfo de la Universidad, al entregar los restos del Maestro.

Señor Ministro:

A V. E., como representante en este acto de los altos Poderes de la Nación, y en V. E. a la Nación misma, hago entrega de los restos mortales de José Enrique Rodó. Dejo así cumplida la misión con que fuí honrado por el H. Consejo Nacional de Administración, de restituir a la patria lo que nos queda de aquella existencia material, tan fugaz en su duración, pero afortunadamente tan fecunda para crear, en los dominios del genio, sus obras inmortales.

Debo confesar, señor Ministro, que si alguna vez he sentido en mi modestia una filtración de orgullo, ha sido en esta ocasión, viéndome investido de un mandato tan singularmente elevado y significativo, pues cuando se pertenece a un pueblo que sabe honrar así a sus muertos ilustres, a sus pensadores, a sus filósofos, a los que difundieron la idea sana, luminosa y guíadora, se puede abrir el corazón al orgullo patriótico, se puede confesar el envanecimiento, porque aquella virtud define la conciencia de una vitalidad nacional, que no se funda únicamente en cosas materiales; que revela la aspiración de una supervivencia más al-

ta; que es la fe en un destino propio, ya demarcado, hecho de fuerza moral y por lo tanto incontrastable.

Junto al carácter penoso de la gestión, he sentido ese orgullo, y también lo he sentido transformarse luego en profundo reconocimiento a la patria, — reconocimiento de ciudadano y de hombre, — cuando los sentimientos de respeto, de admiración, de ternura fraternal hacia Rodó, fueron acentuados por una moción más viva, frente a la tumba, humilde y lejana, que transitoriamente guardó estos caros despojos.

Juzgando en esa hora, he encontrado analogías de espíritu, de cultura, de idealismos, entre nuestra patria joven y los viejos núcleos de civilización europea, donde la labor mental y la depuración sicológica más hondamente han dignificado al hombre.

París, con sus monumentos públicos y la nomenclatura de sus calles, nos enseña cómo la Francia sabe honrar, en el mármol o con el recuerdo, no sólo a sus guerreros y políticos, sino especialmente a sus hombres de pensamiento, a sus escritores, a sus poetas, a sus artistas, a sus sabios. Y otras naciones y otras razas nos demuestran, también, con el ejemplo, que esta clase de honores al mérito intelectual, no proceden de impresionismos o gestos eventuales, sino de convicciones firmes, tranquilas, relacionadas con la gloriosa perpetuación de las razas mismas.

Así la inspiración artística del viejo reino lusitano, entrega sus más bellas páginas escultóricas a la memoria de Camoens y Eça de Queirós; y cuando llega la hora de la apoteosis para el historiador Herculano, la patria le construye un templo suntuoso, dentro de la propia maravilla arquitectónica sugerida por las hazañas de Vasco de Gama, e iguala de este modo al autor de los hechos con aquel que supo ofrecerlos a la posteridad en narraciones portentosas.

Llena está la Europa de éstas conquistas del espíritu, y es para nosotros una circunstancia venturosa la que nos permite contemplarlas ya desde un plano honorable, no por mérito de la imitación, sino por la prueba espontánea de nuestra capacidad moral.

El acto que realizamos se caracteriza, además, por ser un triunfo logrado sobre nuestras propias y múltiples imperfecciones. Quebranta, también, la tradición de la justicia tardía, porque nace de un pronunciamiento inmediato de la voluntad popular, ampliamente interpretada en la prensa, en el Parlamento, en la acción de todos los orgainsmos nacionales.

Son los contemporáneos de Rodó, aquellos que le conocieron en vida, los que espontáneamente se unieron en ese movimiento de justicia, para honrarle apenas fué anunciado el hecho doloroso de su muerte; impulso nacional extraordinario, único, que, como una gran ola avasalladora, pasa sobre las discrepancias subalternas y ahoga las voces negativas o discordantes. He ahí, el signo más hermoso de este homenaje al genio, y he ahí, también, lo que en esta hora debe ser causa de orgullo para nuestra joven nacionalidad.

No importa que la misión a mi cargo no haya alcanzado el brillo y la resonancia a que aspiraban los miembros del Parlamento, autores de la ley de homenaje. Esa misión ha sido conducida con decoro; y la resonancia, que no podía gestionar el comisionado, la obtuvo el solo nombre de Rodó, difundido en los centros literarios de Europa, glorificado en todas partes, honrado con manifestaciones tan elocuentes y sinceras, que, en verdad, constituyen su definitiva consagración internacional. La Academia de Letras del Brasil, en su más caracterizada representación, ha cerrado, de manera conmovedora para nuestro patriotismo, esa serie de adhesiones recibidas en el largo camino, desde

la extremidad sud de Italia a la región privilegiada de nuestra América. Un himno a la intelectualidad uruguaya es el discurso magistral de Coelho Netto, que confirma a su autor como astro de primera magnitud en la más brillante constelación del pensamiento americano.

Yo demandaría, en este punto, la gratitud de nuestro país, — honrado, a la vez, objeto de leales simpatías en el exterior; — pero al formular el reconocimiento para todos, recordaría especialmente a Italia, por la actitud de su gobierno, por el noble gesto de su juventud universitaria, por la forma en que sus asociaciones artísticas honran a Rodó; y, sobre todo, señor Ministro, recordaría a Sicilia, a Palermo, a sus autoridades, a su generosa sociedad, que piadosamente se emociona, al saber que nuestro excelso pensador ha muerto allí ignorado, sólo, en momentos en que practicaba un peregrinaje de admiración por la encantada tierra siciliana.

Cuando esa sociedad de Palermo llevó a su seno el nombre de Rodó, cual si quisiera incorporárselo, en son de desagravio a las devociones de su propio culto, bien se pudo soñar, señores, que el suelo uruguayo se prolongaba hasta los pies del Etna, que nuestro Plata fundía sus aguas en los tres mares de la antigua Trinacria y que el alma de nuestro pueblo palpitaba en el ritmo de aquellos corazones hermanos. Para mantener ese recuerdo es que yo demandaría especialmente la gratitud de la Nación.

Frente a las visiones del soñado viaje, era natural que Rodó, con su brillante mentalidad y su imaginación sugestiva, diera preferencia a las atracciones de Italia, madre del arte y cuna de esa raza que nuestro filósofo, latino apasionado, estimaba como eterna potencia de renovación y perfeccionamiento; pero más

allá de Roma siguen los caminos por donde pasaban las artes y las ciencias remotas, en brazos de la civilización greco-latina; se suceden los escenarios clásicos del primer mundo organizado, y Rodó quiso ver con sus ojos lo que la historia y la literatura habían estenografiado en su memoria.

Fué ciertamente en esta época un peregrino en persecución de confirmaciones ideales; y fué peregrino como lo son los que realizan su jornada con fatiga, por la fe, sin halagos materiales, llevando en el zurrón un pan precario, y en el alma el misterio de la soledad y las dudas que al viajero modesto infunde lo desconocido.

Todos sabemos, señores, que cuando Rodó emprendió su viaje, las únicas letras descontables las llevaba en los puntos de su pluma, y que para transporte de sus valores le era suficiente la caja fuerte de su cerebro. Y fué valeroso y grande en esta postrera experiencia el noble soñador. Ni reproches, ni quejas, ni pesados sentimentalismos. Por arriba de todo estaba su serenidad filosófica, austera, que aún alcanzó a señalarle la forma de su propio alejamiento, no como designio vengador de los hombres, sino como fatal consecuencia de nuestros hábitos, todavía oscilantes, viciados de egoísmo y por el hecho propicios a la indiferencia y al olvido.

Desechemos, pues, las leyendas, pero recordemos con ánimo de aleccionarnos, que, si en todas partes el aislamiento es penoso, no hay aislamiento más frío, más desolado, más cruel que el de nuestro ambiente político cuando se ha perdido el éxito, porque en tal caso las virtudes, los talentos, los méritos, los servicios poco valen para disipar la penumbra que se abate sobre el momentáneo o durable ostracismo. Fuertes son, sin duda, los que conservan su ánimo de labor y su voluntad de seguir adelante, bajo tales influencias!

En su altivez sin ostentaciones, Rodó hizo su turno de prueba, con firmeza, afrontando las circunstancias como un destino natural. Talvez para su alma sencilla, nutrida de abnegación, no existió siquiera la sospecha de que las horas adversas pudieran ser menos justas que los instantes pasajeros del éxito político. Y así al partir, aunque triste, sus últimas palabras fueron de aliento patriótico para la juventud, de concordia nacional, de esperanza generosa, de confianza en las ampliaciones futuras del bien común.

Orientados sus pasos por la polarización de sus visiones, Sicilia, Venus del Jónico, le ofreció por entero sus encantos, como una amante comprendida y admirada, a quien el soñador que llega de lejanas tierras, le expresara su afección en apologías cristalinas, que, fatalmente, a manera de un nuevo canto del Cisne, debían pagarse con la vida.

Digna tumba, al fin, de un corazón que unía a la inspiración latina, el amor de la belleza helénica, que era romano por su culto a la raza y griego por su adoración a las supremas deidades de la estética; porque, en realidad, Sicilia retiene la herencia de las viejas civilizaciones, de los múltiples orígenes del saber, de todos los prodigios de imaginación y pensamiento en el transcurso de las edades. Aún muestran allí su esplendor artístico los palacios sarracenos, moradas seculares de reyes y príncipes; los templos normandos, de arte y riqueza incomparables; los mármoles griegos, las ruinas sugestivas; en sus bosques, al lado del naranjo de eterna flor, crecen los arrayanes y el mirto de las bucólicas; perdura allí la mitología con sus dioses, resplandecen aún los altares astronómicos; Eolo vive en su caverna, Vulcano maneja las fusiones étneas, los Titanes conservan su escenario; y cuando el mar se irrita, va a sacudir su cabellera de espumas sobre los

negros frisos de Scila y Caribdes. Tras Virgilio, verdadero Ariel por la elevación de la mente y la humanidad del ideal, cruzan las evocaciones de Homero, de Ovidio, de Teócrito y Píndaro, pues cada piedra, cada montaña habla de ellos, así como ellos encontraron en aquella naturaleza extraordinaria la fuente inagotable de sus fantasías e inmortales lirismos.

Es allí donde el poeta vence al tirano y el arte noble a la barbarie, cuando el normando cambia el cetro por la lira y las tragedias se transforman en idilios; es allí donde fracasa el invento infernal de Fallaris, cuando las rojas entrañas del monstruo, en vez de engendrar la esclavitud, producían, con la calcinación humana, las simientes de la libertad, que más tarde debían florecer en Juan de Prócida y en los Barones de la Sicilia emancipada.

Digna tumba, sí, de nuestro glorioso pensador, humilde como su modestia, la que fué abierta allí, en la tierra, a modo del ara gramínea de los antiguos, vigilada por el gigantesco monte Pelegrino, a dos pasos de la onda marina, bajo el amor de una naturaleza eternamente dulce, que combina las maravillas del sol y del mar con el cielo sin nubes y las montañas desvanecidas en la inmensidad azul, mientras flota en la atmósfera, siempre igual, el perfume de los azahares perennes.

Refugiado en su meditación, sin interés por las comunicaciones verbales, Rodó fué singularmente silencioso y huraño en sus últimos días. A nadie dió acceso en la intimidad de su condición y de sus dolores. Se dejó abatir por aquel mal todavía sin calificación definida: envejeció de pronto, y una noche la caridad pública lo transportó a su lecho de muerte, donde terminó de extinguirse, sin hablar, ignorado, como simple guarismo de una hospitalización común, sin que los

testigos del drama tuvieran siquiera el presentimiento de que allí finalizaba una vida singular y excelsa. Pero al desprenderse de la mísera desolación, su brillante espíritu, ave de las cumbres, debió ascender sobre las tierras mitológicas, sobre la cresta de los Titanes, sobre el sitial de los Dioses, para entrar dignamente, majestuosamente, en el reino de las magnas sombras y de los signos inmortales.

Como fruto de un misterioso fatalismo, aparecen siempre, frente a esos talentos excepcionales, ciertos criterios dogmáticos, inflexibles, que, llevados de una acritud gratuita, llegarían, a veces, si pudieran, a macular la nieve de la altura, a herir el ala del ave inabordable o a obscurecer las más puras fulguraciones del firmamento. Si algo de eso hubiera existido en el caso de Rodó, sería mejor; porque esas representaciones del contraste llenan su función en el mecanismo de la vida, y el fondo sombrío parece indispensable para realzar acentuadamente la obra luminosa de los genios.

No pudiendo enaltecer con mi elogio la obra de Rodó, no quiero empequeñecerla con mi defensa, ni creo que sea esta la hora de analizar en el sentido literario o sociológico. La realidad está ahí. Los autorizados la proclaman como hecho definitivo, invariable, en la certeza de que el tiempo y las sanciones futuras la confirmarán, — y aún harán más grande y más fulgente la gloria, que hoy recoge la República para agregarla al caudal de sus prestigios intelectuales.

Rodó, — primer estilista, en América, del habla castellana, — no puede hacer obra de regionalismo, porque era filósofo. Su pensamiento, en la amplitud de extensión y profundidad, pertenecía a todos los hombres, porque la condición humana era su materia, y, sin escribir particularmente para nadie, Rodó escribió

para el mundo. No tuvo la pretensión de enseñar, pero la agudeza de su mente y las revelaciones de su espíritu, formaron esos textos de suprema enseñanza, que seguramente nuestras generaciones del porvenir encontrarán tan bellos, tan puros y saludables, como lo juzgamos y sentimos en el presente. En eso Rodó fué maestro.

Practicó la noble pedagogía del bien, de la perfección moral; soñó con la pureza síquica de la especie; su mentalidad, expansiva y próvida, fué educadora de almas; combatió las rebeldías estériles, pero fomentó aquellas que forman el carácter y lo ennoblecen; enemigo de fórmulas y sistemas despóticos, estuvo al servicio del derecho y de la justicia; pensó en los humildes y enseñó el desprecio de las ventajas materiales cuando éstas no comprenden el goce de la libertad y el decoro.

Su espíritu magnánimo rebosaba en ideales democráticos, mantenidos con fe de creyente, pero había en él, al mismo tiempo, una suerte de aristocracia mental, de pulcritud síquica, que lo apartaba de las nivelaciones demagógicas, señalándole el abismo existente entre la libertad y la anarquía, y la semejanza que también existe entre el despotismo en manos de un hombre y el despotismo en manos de la muchedumbre. Y como la democracia carece aún de corporización fija y de preceptos positivos, — siendo, más bien, una aspiración sometida en la práctica a la voluntad variable de los hombres, Rodó fué demócrata en el sentido de su aspiración a mejorar la condición del pueblo, a aliviar la suerte de los desgraciados, a fortalecer los ánimos para las luchas de transformación fecunda; quiso dar fines nobles a la vida, embellecerla y aclararla en cuanto es posible; y con sus libros y con sus actos enseñó la fraternidad, la hidalguía, la rectitud y el desprendimiento. He ahí su calidad de maestro!

Aquel hombre extraño, que nunca fué joven, pues nació con la amarga madurez de todas las verdades, — que no conoció el encanto de la edad que la propia naturaleza parece ha destinado a la ilusión y a los sueños frívolos, — que quizá no conoció ni aún ese dulce engaño de las almas enlazadas por el amor, — vivió únicamente para sus creaciones internas, para la objetivación de sus ideas, para su obra, para elaborar con una obstinación mística, en medio de las luchas vulgares, esta gloria brillante que ahora recae, como augusto legado, en beneficio moral de la patria.

Y la patria, señores, ha empezado a pagar en este día, dignamente, su deuda de gratitud y justicia. Rindamos, pues, con unción patriótica, nuestro homenaje a la memoria de aquel insuperable obrero del pensamiento. Que este homenaje de justicia para él, que se ha ido, sirva, también, de estímulo para los que vienen tras las huellas de luz, con los atributos del talento. Y si el voto de concordia nacional formulado por Rodó al despedirse, no encuentra todavía confirmación práctica en nuestra vida cívica, que al menos sea una verdad cada vez que el destino nos convoque a glorificar el genio y siempre que el tiempo reproduzca, para honor de todos, la escena fraternal de este momento, en que el espíritu del maestro, acogido por el amor unánime de su pueblo, alcanza la realidad de sus augurios y perdura triunfante sobre el triste testimonio de la desaparición material.

ANTONIO BACHINI.

LAS FIESTAS DE RODÓ

Sobre la muchedumbre que pasa se abren las alas de la apoteosis. El alma está radiante de una claridad desconocida que anega las cosas más humildes y va sobre la multitud férvida como un viento de luz. Los árboles de la Avenida tiemblan de verde, como las estrellas de plata, y los espíritus de emoción. La avalancha conmueve el aire de la ciudad que abate sus banderas multicolores, golpea sus campanas de bronce, enluta sus lámparas eléctricas, detiene la actividad comercial de sus fábricas, y arroja, por las manos de sus mujeres maravillosas, una lluvia constante de rosas blancas y laureles rosas.

La muchedumbre ha esperado en los muelles al crucero que llega; ha formado el largo cortejo que acompaña los restos del Maestro; le ha puesto a descansar veinticuatro horas en las gradas del atrio de la Universidad; le ha cuidado con desvelo y con grandiosidad en la noche y en el día; se ha arrodillado ante el catafalco y ha rezado sus preces de gloria, como un enorme coro griego de voces inmortales. La muchedumbre ha sentido la inquietud emocional de una hora tremante como un arco, y no descansó un momento hasta que se hizo la primera noche de Panteón Nacional al héroe moderno, derrotado pero no vencido, que el Uruguay consagra para la eternidad.

En el alma sagrada de la muchedumbre estremeci-

da, saludamos la gloria eterna de Rodó, que vuela en las alas de Ariel y se escapa del Mirador de Próspero como un pedazo de sol.

La naturaleza se adelanta a los pueblos en las grandes solemnidades. El primer homenaje que el Maestro recibe, cuando los buques van a entrar a la bahía expectante, es la bendición llorada por los cielos de la patria, que se nublan de improviso y llueven su lluvia de duelo, como si la gran madre común abriera sus brazos y se arrojara sollozando antes que nadie, sobre su hijo dilecto.

La mañana ha sido gris y triste, para ir abriéndose clara y pálida, a medida que las horas se acercan. A las 15 y 40, el "Uruguay" atraca al muelle frente al inmenso gentío silencioso, mientras la música de los clarines y el retumbo de los cañones llenan la bahía, el cielo, la tierra y las almas. La bandera nacional se inclina desde el mástil de nuestro crucero, saludando los despojos sagrados. Nuestros marinos jóvenes reverencian y descienden a tierra la caja de roble y bronce. Sobre una cureña de campaña, descansan el féretro, en tanto que la multitud se mueve dificultosamente delante las miradas de la ciudad entera. Presiden el duelo los hermanos del muerto, el comisionado Bachini, — portador de los restos venerados, — la Comisión de Homenaje, los representantes del Gobierno. La columna avanza emocionada y en silencio, hacia el corazón de la ciudad que le espera, y en las almas femeninas que asisten, hay palideces que trasuntan el sollozo interior. La primera jornada es sencilla, sin protocolos, sin aparatos, con la grandeza simple del pueblo que sigue a la cureña de los seis caballos, — un poco recogido y otro poco anhelante, — de

acera a acera, — como una masa uniforme y compacta, apretada en los hombros y en los corazones. A medida que entramos por las calles más amplias, el cortejo se alarga hasta quedar inmenso, y pasa lentamente, entre la doble guardia maciza de las aceras, y bajo los balcones y las azoteas que tienen niñas y ancianas innumerables para cubrirnos de flores. En la calle Cerrito, frente a la casa familiar de Rodó, la procesión se detiene, imponente. Son diez minutos dedicados al espíritu solariego de la vieja casa, en cuyos balcones hay mujeres que lloran, y de cuyo interior nos llegan largos quejidos que escalofrían a más de cuatro mil almas. Las hermanas de Rodó claman allá dentro el dolor de su desolación, que agranda la orfandad reciente de veinte días, en que las dejó doña Rosario, la ilustre matrona inolvidable, que no pudo llorar y arrodillarse sobre la caja de su hijo. El introductor de embajadores, que acompaña a los dolientes en delegación del gobierno, recibe las coronas de la familia y de los amigos, que aguardaban allí la hora de cumplir su mensaje póstumo.

Ya cubren la cureña las coronas y las flores naturales, y el cortejo continúa su marcha, al ritmo angustioso y profundo de la música fúnebre, que puebla las calles como una melancólica letanía. Las campanas de la Catedral doblan sus grávidas oraciones, que asustan a las palomas blancas anidadas en las torres. El pasaje de Sarandí es un río de hombres y mujeres, que se mueve allá abajo, sobre el asfalto gris, mientras las casas altas de tres pisos, con los balcones cubiertos de palmas y banderas enlutadas, parece que quisieran acercar los frentes entristecidos. En la plaza de la Independencia, el público se desborda. Pasamos por la Avenida y la concurrencia aumenta sin límite y con ansiedad. Caen las rosas, los nardos, los laureles, sobre la

carroza y el pueblo. Hay varias escuelas primarias tendidas al borde de las aceras: un grupo numeroso de maestras se incorpora a la columna: allá al frente, la multitud que aguarda es mayor que la que llega.

Son las 17 y 30. Estamos a cincuenta metros de la esplanada de la Universidad y vienen a recibir el féretro, ocho o diez cadetes de la Escuela Militar, jóvenes y gallardos como el símbolo mismo de la juventud.

El espectáculo es grandioso. Darse vuelta para sentir la impresión de aquella multitud, es llenarse los ojos de millares de caras ansiosas que vienen desde el fondo mismo de la Avenida y traen el ímpetu insostenible de rodear ellos, el catafalco del Maestro. Está la juventud de la patria, y la de otras patrias, algunas tan lejanas como la del Salvador y la del Paraguay, y la de la Argentina mismo. Están los ancianos y los obreros, los militares y los sacerdotes, los niños y las mujeres. Y sobre todo, las mujeres, — nuestras mujeres, — que traen flores en las manos que tiemblan y lágrimas en los ojos que rezan.

Las guardias públicas son arrolladas por la muchedumbre, que no puede reducirse, y en un helan enorme, irrumpe, con la grandeza incontenible de las olas humanas, hasta llegar, de un sólo golpe, más arriba de la escalinata de la Universidad, y estrujarse sin salida y en desórden, en un largo hulular de esfuerzo y de imposible. No hay elementos que detengan aquella fuerza triunfante, aquel empuje desatado.

A duras penas, haciendo esfuerzos sobrehumanos, una veintena de hombres colocan el ataud sobre el catafalco. La bandera nacional envuelve la caja alta y grande, mientras se abate desde el balcón central de la Universidad la bandera de Artigas, que cobijará un día y una noche, como un palio, como una bendición, los restos de Rodó.

El portón central de la Universidad está clausurado con un ancho paño violeta de adornos negros, que viene a decorar el catafalco, demasiado pequeño para tan grande gloria. Le falta suntuosidad, grandeza, magnificencia. No hay columnas, no hay cortinajes, no hay atributos. La sencillez demasiado escueta y pobre, no realiza la sencillez griega que queríamos. El catafalco es mínimo, y desaparece bajo la caja y las ofrendas y las flores.

Las bandas tocan el Himno Nacional que reverencia al héroe, y termina la primera jornada con el discurso amplio, grande, hermosísimo, que el comisionado Bachini dice entrecortado y grave, a los pies del catafalco. El doctor don Rodolfo Mezzera, — Ministro de Instrucción Pública, — recibe los despojos y los entrega a la custodia del Rector de la Universidad, en un discurso elocuente, de concepción alta y de brillante forma, que exalta la tolerancia, la concordia, el ideal.

Se establece la primera guardia militar y en seguida la primera civil, en tanto, aquel mar humano, que no pudo escuchar los discursos, va llegando y rodea el túmulo por largos momentos, en un ambiente férvido, que se continuará hasta el otro día.

Se encienden los primeros focos velados por el tul de los crespones, y la multitud que se renueva, no decrece. Ahora se establecen ocho bomberos con hachones encendidos y hay dos grandes pebeteros fúnebres, que diluyen el incienso como una nube que se deshace sobre las cabezas. Las antorchas encendidas, los bomberos hieráticos dentro de su armadura y su casco bronceado, el perfume de los incensarios, la harmonía religiosa de la música funeral, y otra vez, y siempre, el gentío que llega, que rodea, que se detiene y que sigue.

Coronas, coronas, — placas de bronce y de pórfido, — homenajes altísimos, — y ofrendas humildes. — En

el atrio de la Universidad se van exponiendo, así como llegan, entre tanto se llenan los albums, que pasarán de cien.

En aquel sagrario de la inmortalidad de Rodó, está la patria como delante de un altar, y la apoteosis popular sobrepasa, inmensamente, los homenajes oficiales.

A la hora 23 hay más de diez mil almas frente a la Universidad. Una lucha continua, obsesora, imposible, sostienen los coraceros contra el pueblo que se revuelve en la impotencia material de estar al lado, a los pies, allí cerca del Maestro muerto.

A las 24 horas del sábado, al amparo celeste de un cielo sin nubes, donde las constelaciones rutilan y tiemblan desplazándose en silencio, Rodó duerme su primera noche de la patria, entre la llama de las antorchas, los pilares de flores y coronas, el perfume místico del incienso que sube y el rumor de mar encrespado de la muchedumbre.

Pocos momentos antes, el doctor Carlos M. Prando ha dicho una conferencia sobre el héroe, al fulgor inquietante de los hachones. Doblan las campanas de una marcha fúnebre que acongoja el espíritu, y surge, de pronto, el clamor estentóreo de la multitud que detiene el tráfico urbano hasta más allá de dos cuadras, en una impulsión arrebatada, que hace pensar en la potencia de aquella masa popular y en ese olvido inexplicable de los comisionados para realizar el homenaje.

Al dar la media noche, como si vinieran de más allá, y se levantaran resonando, entremezclados con la sinfonía orquestal, se alzan los coros magníficos de la Asociación Coral que canta el Chant Funèbre de Chausson. A las primeras voces, la muchedumbre desordenada aquieta su rugido, y se hace un silencio pavoroso sobre el que se desgranan los coros sagrados. Y el

canto impresionante, hondo, melodioso, llena de eternidad y satura de infinito el alma recogida de la multitud en éxtasis. Ariel abrió sus alas inmensas y sutiles sobre aquellos millares de cabezas descubiertas que las antorchas iluminan fantásticamente Y los trenos temblorosos que ascienden a las estrellas como el misterio perfumado del incienso, realizan el milagro orfeico y divino. La multitud apeñuscada que bramaba por hacerse espacio en batalla con la fuerza pública, se sobrecoge de pronto, al influjo misterioso de la música y los cantos. Son ciento veinte voces que claman con clamor religioso y musical, al compás de la orquesta solemne, la emocionante canción de Chausson.

En seguida, la Asociación Coral, canta el "Hostias" de Mozart, que reza por el alma liberada del mundo, con una grandiosidad sublime. Hay mujeres que sollozan; los hombres se han vuelto pensativos; el alma se desprende del cuerpo; las antorchas esparcen sus luces agitadas por el aire trágico; la música resuena en los ámbitos atriales, se expande sobre el pueblo inmenso y sube vibrando, vibrando en el espacio azul-acero de la noche.

La emoción roza la frente, las manos, el corazón de aquellos millares de seres. La Asociación Coral, que componen un grupo de damas representativas y de caballeros honorables de nuestra más alta sociedad, ha rendido un tributo impresionante y supremo, que colmó de belleza y anegó de idealidades, la velada majestuosa del sábado.

En la madrugada, la plazoleta de la Universidad y las calles adyacentes continúan repletas; las damas pasan con sus ramos de flores; las guardias de honor se turnan sin cesar; la banda municipal desarrolla su retreta fúnebre de repertorio clásico; cuatro grandes braceros de hierro alzan su llamarada simbólica como

cuatro anchas piras antiguas cuyas brasas encendidas alumbraran las fiestas glorificadoras de los dioses. La mañana llega pronto, y las primeras claridades son tibias y dulces, rozando las frentes pálidas de los últimos que se van y de los primeros que llegan. Ha sido una jornada inolvidable.

A las 10 horas del domingo hemos vuelto a ver los funerales, y el túmulo ya no es más que un montón de flores y coronas, alrededor de las que las guardias ciudadanas y militares cumplen su religioso cuarto de hora. La multitud persiste y como un río de gente asciende la escalinata del ala izquierda, — mujeres, niños, obreros, estudiantes, — y desciende luego por la derecha para volver a detenerse largamente delante del catafalco.

Por allá arriba, unas palomas blancas, que siempre anidan entre las molduras y los capiteles de la Universidad, revuelan, al sol de la mañana rubia como unas pequeñas almas rítmicas de sutil plumón lírico, que quisieran caer, en mensaje celeste, sobre el féretro inmóvil que desconoce todo, la luz, el aleteo y el sonido.

A medio día, las flores son tantas que se derraman por la escalinata y los pilares. El gentío continúa.

Desde las 14 horas el ejército se va tendiendo en línea de batalla, — de acuerdo con el ceremonial dispuesto, — desde más arriba de la Universidad hasta los portones del Cementerio Central. Son más de veinte cuadras, donde los batallones se sitúan por su orden, caballería primero, artillería después, infantería por fin. El general Da Costa manda y ordena la parada.

A las 15 llega el Presidente de la República al paraninfo de la Universidad. Va a iniciarse la jornada culminante, y la ciudad entera está presente. Ministros, Consejeros, Embajadores, altos funcionarios públicos, el arzobispo, rodean al primer magistrado de

la Nación. La espectativa tiene la majestad luminosa de un momento indecible. Se han convocado en una asamblea ciclópea cien mil almas estremecidas. El sol brilla en las armas de los soldados, en los uniformes de gala, en el túmulo de flores, en las banderas enlutadas, en los cañones en fila.

Es el fulgor solar de una fiesta griega, a cielo abierto. Junto mismo al catafalco, de frente hacia la multitud, el poeta de la patria, — esa gloriosa figura de don Juan Zorrilla de San Martín, — pronuncia su brillante oración fúnebre, en nombre de su excelencia el Presidente de la República. La postura del poeta, su voz cálida y su ademán tribunicio, su verdadera elocuencia, que subyuga y domina al auditorio, hacen vibrar los espíritus sugestionados, como si trepidara la tierra.

A las 16 comienza el desfile hacia el Cementerio. La cureña que lleva la caja va materialmente cubierta de flores, entre la doble hilera de los cadetes de la Escuela Militar, vestidos de gala. Encabezan aquel cortejo nunca visto, el Presidente de la República, los hermanos de Rodó, el comisionado Bachini, los Ministros de Estado, la comisión de homenaje. Apenas si pueden abrirse paso entre la muchedumbre, que rompe el orden establecido, y relega a una cuadra de distancia la guardia montada de los Blandengues de Artigas que debieron cerrar el núcleo presidencial del duelo.

Y ya pasa el cortejo por la Avenida 18 de Julio. Y los batallones presentan armas y derrotan las banderas. Y las damas que ocupan los balcones del trayecto arrojan flores con un ademán harmonioso y gentil. Y la gran columna se envuelve de himnos fúnebres, de sol de última hora, del rumor inquietante de la multitud que como un torrente tumultuoso va sobre el as-

falto enarenado de la Avenida y desemboca en avalancha por la calle Yaguarón.

Entre el atropello ansioso del pueblo pasan ahora, relegados a segundo término, los diputados y los senadores nacionales. Más atrás todavía, vienen damas, maestras, estudiantes, delegaciones extranjeras, el cuerpo diplomático, representantes del interior, la masa inmensa, grandiosa, incomparable. Es el bosque humano de una nación entera.

Y arriba de los árboles, colgados en las rejas y en las puertas, encaramados en los pilares y junto a las columnas, el gentío inacabable. Pasan veinte minutos, antes que el introductor de embajadores, pueda hacer llegar a la tribuna a los oradores oficiales, los únicos a quienes se ha permitido la oratoria.

Allá, detrás del Cementerio, en la rampa que da mar, la artillería descarga sus cañones como una serie de truenos continuados que pasaran rodando por el horizonte. Acá, frente a la tapia de entrada, los batallones de infantería cumplen también las ordenanzas. Se pronuncian una tras otra las nueve oraciones fúnebres que permitió el protocolo. El pueblo no puede oir los discursos, pero está ahí, de pie, firme en su apoteosis.

Conducen el féretro a la capilla de la Rotonda y los clérigos ofician la ceremonia ritual que pidió la familia Cirios, antorchas, latines, incienso...

Por el camino más corto, ya en la penumbra del atardecer, simplemente, la Comisión de Homenaje deposita en el Panteón Nacional, bajo el nicho de Juan Carlos Gómez, frente a las cenizas de Artigas, los despojos del Maestro.

Recién entonces se abren los grandes portones de entrada, pero el público no puede pasar, no cabe allá dentro. La comitiva oficial y la familia se retira por

las vías laterales, mientras la concurrencia permanece como arremolinada. La apoteosis popular toca a su fin, — tres veces mayor en su expresión y en su grandeza, — que todas las honras fúnebres determinadas.

El Panteón Nacional se llena de coronas de bronce, de placas de mármol, de montones de flores blancas y rosadas, que afrontan la luz rutilante de la inmortalidad del Maestro, bajo el arco sepulcral de los héroes de la patria, donde él se queda para siempre, ya universalmente consagrado.

Afuera se hace la noche sobre la muchedumbre que vuelve invadiendo todas las calles de la ciudad, mientras suenan lejanos los clarines victoriosos, y como en la última página de "Ariel", — la multitud desfila en el largo silencio de su desolación, destilando su dolor, hasta que el contacto de la realidad nos devuelve a la vida, bajo el cortejo infinito de las estrellas que desde el cielo nos están mirando sin precisar que nosotros las miremos.

Telmo Manacorda.

OH AMOR!

Quiero amar,
Siempre amar,
Y me causa un gran dolor
El pensar
Que me puede abandonar
El Amor.
He vivido para tí,
En hervor,
Mis años de juventud,
Oh Amor!
Aún ahora, mi laúd,
Mi salud,
Mi virtud
Se exaltan con tu fulgor...
Ven, Amor!
No te distancies de mí
Y arrástrame en tu caída,
Que yo no quiero la vida
Si no es con tu frenesí
De placer y de dolor.

Asdrúbal E. Delgado.

Enero 25 de 1920.

VERSOS DE NEGRITA

Para "Pegaso".

PERFIL

A punto está de deshacerse el negro
nudo de tus cabellos sobre el hombro.
Se desharía bajo un largo beso,
con un suspiro demasiado hondo.

Baña la dulce lámpara de seda
tu cara en lluvia de reflejos rojos,
mientras que blando, perezoso y puro
en cobre vibra tu perfil morocho.

CADA VEZ QUE VOY A VERTE

Cada vez que voy a verte,
ya de tu casa en la puerta,
el corazón me palpita
igual que la vez primera.

Aquí me tienes, Amor,
la aldaba de oro en la diestra,

y sobre el pecho anhelante
mi pálida mano izquierda.

Mi corazón late aprisa
y mueve mi sangre anémica
como si hubiese subido
diez millones de escaleras.

FERNÁNDEZ MORENO.

1920.

De Cuadrivio Laico

(**Del libro «El Salvaje»**)

Horacio Quiroga, considerado a justo título como una de las figuras más eminentes, dentro de la literatura continental, está dando los últimos toques a un nuevo libro de cuentos que, bajo el título de El Salvaje, *dará próximamente a publicidad.*

El ilustre compatriota, a quien se admira y se aprecia como se merece en esta casa, ha extractado de ese nuevo volumen, para Pegaso, *el cuento que damos a continuación, y en donde se revelan singularmente su originalidad, su fuerza imaginativa y, sobre todo, ese extraordinario poder que tiene para comunicar a las cosas más fantásticas, un vigor de vida tan intenso como la realidad misma.*

Noche de Reyes

En las noches claras de invierno, los elefantes gustan de caminar sin objeto. Van, columpiando apaciblemente la cola, estirando con vaga curiosidad la trompa aquí y allá. Atraviesan la llanura, cortan el juncal cuyos bambúes doblan y aplastan pesadamente con sus patas de piano, entran en la selva como en una trampa, en fila, la trompa erguida sobre la grupa del anterior. A veces uno se detiene, aspira ruidosamen-

te y berrea; luego, para reincorporarse, apura el paso.

Todos esos elefantes son conocidos. Uno formó parte de la Compañía Brindis, de Lahore. Era el payaso, sentado siempre en las patas traseras, con una enorme servilleta al cuello. Lo pintaban de amarillo, enarbolaba en la cola la bandera patria, se emborrachaba, lloraba, se clavaba agujas en el vientre. En la alta noche, en paz ya, lamía horas enteras el anca de los caballos. Un martes de carnaval incendió el circo y huyó.

Otro lleva ensartada en un colmillo la calavera de un cazador inglés a quien acechó y mató en una emboscada. La punta del colmillo sale por la órbita rota. Cuando ese elefante huye, la cabeza al aire, los dientes flojos del tuerto suenan como un cascabel.

Otro es el elefante castrado de un rajá, flor de su séquito y favorito del hijo menor, en razón de su belleza. El adolescente sufría sin saber por qué, los crepúsculos vehementes lo ahogaban, buscaba la soledad para morir, descargando en lánguidos llantos el exceso de su imperial agonía. Una noche de luna, diáfana y melancólica, el elefante bajó a su príncipe a la orilla del lago y le aplastó el pecho. Después lo arrojó al agua. La cabeza del infante flotó sobre el regio manto tendido a nivel, derivó con la brisa como un loto, llevando a lo lejos, sobre esa hoja de oro, la flor de su temprana belleza.

Otro tiene cien años, más todavía. Nació en la costa de Malabar, de padres domésticos. Ha trabajado toda la vida sin una revuelta, dócil en su heredada mansedumbre. Un día de primavera se alejó hacia la selva. Ha aprendido de las hijas de sus dueños a amar las flores. A veces, cuando el monzón trae de la costa recuerdos de centenarios halagos, reavívase su dulce condición, y recostado a un árbol, con una flor en la

trompa, respira ese perfume largas horas, los ojos cerrados.

Otro es ciego y camina constantemente recostado a alguno de sus compañeros, durmiendo así en marcha. Un regimiento inglés lo adquirió muy pequeño para el servicio de la guarnición. Lo querían locamente. Una noche de champagne — aniversario del 57 — fueron a buscarlo cantando a las tres de la mañana, y le abrasaron los ojos con pólvora. Estuvo tres dias inmóvil, vertiendo la supuración de sus ojos enfermos. Se internó luego, y marcha de ese modo sostenido, sobrellevando su ceguera como un castigo del cielo, sin una queja.

A la cabeza de la tropa va uno flaco y vacilante, que arrastra un poco las patas traseras. Sufre crueles neuralgias que remedia en lo posible restregando suavemente en los troncos su dolorida cabeza. Es un gran comedor de cáñamo, y de aquí provienen sus males. Durante sus horas de embriaguez, la manada se aparta y le deja solo con sus delirios de brutal grandeza, bramando a las ramas más altas de los árboles, arrollándolo todo, sentándose en los claros con lágrimas de orgullo, los pulmones hinchados para abultar más. Otras veces sus accesos melancólicos lo integran con la manada, va de uno a otro quejándose, para concluir en compañía del ciego, a cuya trompa une la suya fraternal, marchando así dulcemente.

Nuestros seis conocidos prosiguen su derrota nocturna. Enfílanse al entrar en las sendas sin una disensión, con el humor huraño que ha dejado en todos ellos su antigua domesticidad. No berrean casi nunca, jamás se separan. En esa vida en común, sin embargo, no hay simpatías particulares; cada cual se aisla en su silencioso egoísmo, cansado para siempre de todo afecto. Van en grupo solamente, evitando la incorporación de nuevos compañeros demasiado ruidosos.

Atraviesan ahora un juncal altísimo en que desaparecen. De vez en cuando el extremo de una trompa se yergue sobre las cañas como una cabeza de culebra, husmea un momento y se hunde. Más allá emerge otra, luego otra. El juncal concluye por fin; salen uno a uno como ratones de esa cueva.

Pero entretanto la luna desmesurada y roja ha salido. Surge en el fondo de la carretera abierta en pleno bosque; el negro follaje, a ambas veras, se cristaliza en un frío reguero de plata, hasta el confín. En la eclógica placidez de esa media noche, fría y tranquila, el cielo, ahora iluminado, diluye grandes efluvios de esperanza que el mundo, allá lejos, absorbe con dulzura en la velada de esa noche de Reyes. Más tarde, porque aun no es hora, saldrá la estrella de los pastores.

Pero no importa: los elefantes, que iban a internarse de nuevo, se han detenido. Oscilan un momento sobre las patas, titubeando; alzan la trompa al cielo fresco, respiran profundamente esa inmensa paz, y marchan al paso, al Oriente, hacia la luna enorme que les sirve de guía.

Horacio Quiroga.

"Domus Aurea"

En hora de tinieblas cuantas veces,
Por calladas crujías que aún ignoro,
Llega a mi lecho de hospital el coro
Fúnebre y fragmentario de las preces.

Y bebo mi terror ¡hasta las heces!
Pero hoy clamo a mi vez "¡CASA de ORO"!
Oh MADRE!... de mis hijos, por quien lloro;
Te pido, eres creyente, que ahora reces!

Yo espero en ti... ¡ESTRELLA de los MARES...
De mi desolación !¡ROSA... en el yermo
Que un día floreciste de azahares!

Cuán lejos gime aquí tu niño enfermo
¡Reza!... Cántame nenias familiares,
Mi alma está en tu regazo. ¿Ves? Me duermo.

BUENAVENTURA CAVIGLIA (HIJO).

Santa María, 9 de agosto de 1919.

"EL POETA INCÓGNITO"

(*Continuación*)

Y también esta quejumbrosa zamba:

Pronto verás mi vida,
al bien que tienes,
y me darás la muerte
con tus desdenes.

Vidalita querida,
flor olorosa,
oye, oye vidita,
oye una cosa:
No me mires más nunca,
yo te lo pido,
quiero llorar mis penas
en el olvido.

Y por último este gato que realmente es bellísimo:

Amalgamar! mi vida
fueses guitarra,
pa tenerte en mis brazos
atravesada.

Más dejemos los cantares criollos y pasemos a otros que se cantan ya en América o ya en España y que

por su belleza sin par, su gracia y su intención, vale la pena citarlos.

Los dos cantares que siguen se distinguen por su originalidad y belleza:

—¿Cómo es, paloma mía,
paloma blanca,
que para un pecho sólo
tienes dos alas?

—

—Es que el amor cobijo
que me entregaras,
y dos alas preciso
para dos almas.

He aquí otro cantar que pinta muy bien la vanidad femenina:

Como las cañas huecas
son las mujeres,
que se llenan de viento
cuando las quieren.

¡Qué aplicación constante tiene en la vida diaria este otro cantar:

Del carro de los locos
todos tiramos;
unos con tiros cortos
otros con largos.

¡Qué consolador anatema, encierran los dos cantares que siguen, contra la calumnia, esa vil pasión a cuya condenación han dedicado extensos poemas muchísimos poetas:

Más temo una mala lengua
que la mano del verdugo,

que el verdugo mata a un hombre,
y la mala lengua, un mundo.

Para matar la inocencia,
para envenenar la dicha,
es un gran puñal la pluma
y un gran veneno la tinta.

¡Qué profunda ironía y honda filosofía encierran los cantares que cito a continuación y que son verdaderos epigramas:

En una alforja al hombro
llevo los vicios,
delante los ajenos,
detrás los míos.

¿Que escándalo ha precedido
a la invención del vestido?
¿Y qué delitos tan graves
a la invención de las llaves?

El que pierde a su padre
llora afligido,
y el que pierde dinero
se pega un tiro!

Dos cosas que no hallarás:
Un alacrán sin veneno,
y un pedante que halle bueno
lo que escriben los demás!

¡Qué bien reflejada en este otro cantar, la distinta manera de apreciar las cosas de la vida, que tiene cada temperamento:

En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira.

¡Qué donosura y picaresca intención tiene el que sigue:

Mis ojos fueron testigos
que te vieron persignar,
quien te pudiera besar
donde dices enemigos!

¡Qué bien traduce el estado de vaguedad del alma que anhela vivamente muchas cosas, sin poder concretar ninguna, este cantar:

Yo no sé lo que yo temo
ni sé lo que a mí me falta,
que siempre espero una cosa
que no sé como se llama.

¡Cuán hermosos, descriptivos y llenos de sal andaluza, los cantares siguientes, que pintan las excelencias, ora de la mujer morena, ora de la rubia:

Moreno pintan a Cristo,
morena a la Magdalena,
moreno es el bien que adoro,
¡viva la gente morena!

Con la sal que derrama
una morena,
se mantiene una rubia
semana y media.

EDUARDO D. FORTEZA.

Buenos Aires.

Glosas del mes

Sobre el Carnaval.

En las vísperas de los festejos tradicionales de Carnaval, la opinión de la prensa y de los organismos deliberativos de Montevideo se dividió en dos corrientes.

Entendían unos, que el Carnaval decae progresivamente, que cada año tórnase más melancólico, y, por lo tanto, que era un piadoso deber de civilización contemporánea acabar con la lenta agonía de esa fiesta — que mojó la ropa de nuestros abuelos — matándola de una vez.

Opinaban los otros que, al contrario, merecía el Carnaval todo el apoyo de los Poderes públicos, por ser una fiesta eminentemente popular — el último vestigio de la alegría helénica de la vida, deshecha por el cristianismo, que es la religión de la tristeza, de la soledad y de la renunciación absurda a los placeres palpables de la existencia terrena por la buenaventuranza hipotética del más allá del túmulo.

¿Cuál de las dos corrientes triunfó? Indubitablemente que venció la segunda, puesto que hasta el Senado resolvió auxiliar pecuniariamente las fiestas de Momo.

Pero la verdad es, que no está en el poder del Gobierno, dar la vida o la muerte a una tradición. El Carnaval, como la procesión de Corpus-Christi, no morirá en un año, por deliberación de los Poderes públicos. Es el mismo pueblo quien ha de quebrar las piernas de sus ídolos vetustos y escarnecidos. Es la propia marcha ascensional de la civilización. Es la cultura moderna, perfeccionada paulatinamente.

Los césares de la tierra y del cielo, inventaron esas fiestas para hacer reir o llorar a las multitudes encadenadas y tremantes.

Cuando los Emperadores de la Roma decadente, en medio de sus festines sin solución de continuidad, presentían el sordo mugido de la plebe hambrienta, hacían dar a la canalla, "panem et circenses", (pan y fiestas). Y la plebe ignorante y embrutecida de la época, iba a reir, de vientre lleno, a los circos inmensos de la Ciudad Eterna.

Ahora, los tiempos han cambiado. La plebe, — consciente de su enorme poder en las democracias actuales, lo que quiere es mejor salario para su trabajo, más pan para su estómago y más derechos en el patrimonio de la vida, que es común.

Y es por eso qeu el Carnaval se vuelve una tradición moribunda en el seno de las sociedades más civilizadas de Europa. La inmensa mayoría del pueblo no toma participación en los festejos: — la aristocracia porque siente una instintiva repulsión hacia las fiestas en que todos pueden igualarse: — y los pobres, porque no van a sacrificar la alimentación real de todo un año por la felicidad postiza de unos días. — Solamente la burguesía, con esa discreción sanchopancesca que proviene de un abdómen bien criado, distrae algún "dinerito" en caretas, matracas y disfraces chillones, para los "botijas" y en un auto para la "patrona", — mientras los dependientes se substituyen en la única puerta semiabierta de la casa, vendiendo serpentinas y pomitos, con un cuarenta por ciento de utilidades.

Lo cierto es que el Carnaval no hace la felicidad del pueblo. Si éste es feliz, si no pasa privaciones, como aquí, en que una avanzada y ejemplar legislación social lo protege, el Carnaval no deja de ser una luminosa inutilidad. Si el pueblo es desgraciado y miserable, no será con la careta de marqués que tapará su desventura, porque, pasada la ilusión de opio del Carnaval, se impondrá más terrible que nunca la reacción incontrastable de la realidad.

En el primer caso, protoger el Carnaval es una tontería.

En el segundo, los Poderes públicos no hacen nada más que disimular con la máscara de la bondad fingida la de una efectiva crueldad refinada.

Ultimamente, lo que se invocó fué protección... al comercio, como si Mercurio que en esta guerra venció al propio Marte, necesitara de la protección oficial para arrancarle al pueblo sus últimos ahorros.

Pero, hace días, ¿no vimos también declarar a la Asistencia Pública, que la demorada desinfección de los buques que vienen de Europa, trasbordantes de microbios, perjudicaba al comercio que espera sus mercaderías?

El Carnaval, se hace, pues, para divertir al comercio. La franqueza de la confesión es elogiable. Fiesta comercial, por lo tanto, el Carnaval durará todo el tiempo que demore el pueblo en comprender que al fin, no vale la pena ponerse una careta nariguda irritando la garganta con la voz en falsete, para mayor gloria — ad majorem gloriam — de los vendedores de sorpentinas y pomitos...

Pablo Labarthe.

Notas bibliográficas

Poèmes. — Versos por Julio Supervielle. — París.

Hemos oído criticar que este poeta, nacido en Montevideo, cante en francés.

A nuestro juicio los lenguajes no son más que distintos modos de expresarse y nos parece perfectamente legítimo que cada cual, use el que más facilidades le dé para exteriorizar sus pensamientos o emociones.

A primera vista parece evidente que el solo hecho de utilizar un idioma que no es el natal, revela una tendencia al artificio, o, por lo menos, una admiración por la literatura de un país, vecina al fanatismo y que traerá, como consecuencia lógica, el vasallaje intelectual y la pérdida de la propia personalidad.

En este caso, sin embargo, hay factores sanguíneos, educacionales y de ambiente, tan poderosos que en realidad lo exótico, — puede ser,—sería que Supervielle se expresara en lengua castellana.

Lo mismo podría decirse de Laforgue, su hermano mayor, de quien es natural acordarse por la similitud del caso, nacido también en Montevideo, "la ciudad de América más próxima del corazón de Francia, la Atenas de estos nuevos países latinos", como, creo que sin ironía, la llama Paul Fort en el prólogo del libro.

Y ya que hablamos de poetas nacidos en el Uruguay cantando en lengua gala, permítasenos recordar a Jaureche, — Julio también, como Laforgue y Supervielle, — muerto hace tiempo para el arte y hace poco para el mundo, que hizo bellas rimas en el idioma de Molière.

Supervielle es un espíritu sutil y complicado en quien la vida parece obrar más por cerebraciones que por emociones. Es natural que su lira refleje esa modalidad y caiga con frecuencia en el pecado de sutilizar demasiado las ideas, o en el de querer exprimir en todo, néctares inverosímiles.

Utilizando una de sus estrofas, podríamos decir que sus versos tienen mucho de "gazon que peigne un vent minutieux", — asaz minucioso, sin duda, para ser natural. Musa psíquica por excelencia y ultracivilizada, prefiere la artificiosa fortaleza que dan el glicerofosfato y la estricnina a la vida libre, el sol y el aire puro de las campañas.

La poesía actual, sobre todo aquí en América, ha reaccionado fuertemente contra esa tendencia cerebralista pura, que culminara en los últimos grandes poetas franceses y en los cuales Supervielle parece haber empapado totalmente su espíritu.

Pero está claro que nosotros debemos juzgar a un poeta no a través de nuestros gustos, sino de los suyos; es decir, no por lo que quisiéramos que fuera, sino por lo que es, por lo que nos da, cosa que la crítica olvida frecuentemente.

En este sentido puede decirse sin ambajes que Supervielle ha hecho una notable obra de arte digna de los elogios que le han tejido poetas de tanta fama como Fort y críticos de la enjundia de Zaldumbide. — J. M. D.

Ritmos dispersos. — Versos por Miguel Aguilera R. — Bogotá.

Poeta multicorde, ora gime la trágica desesperanza de lo irremediable, ora canta un psalmo de optimismo; ya se encierra en su huerto interior, o sale, al mediodía, con su paleta y su pincel a pintar tipos, costumbres y paisajes.

"Ritmos Dispersos" deja, al final, la impresión de un poeta, no maduro todavía, que no alcanza a entrársenos en el alma, un poco por deficiencia de expresión y otro poco por falta de realidad.

"Senda Dolorosa", por ejemplo, — poema en donde se repite la vieja historia de la novia muerta en el viejo estilo romántico, — no da en ningún momento esa sensación de verosimilitud sin la cual las palabras parecen como desposeídas de espíritu.

Lo mejor del libro está, a nuestro juicio, en "Acuarelas" y "Perfiles Campesinos", bien sentidos, llenos de vida y de sabor genuino; un tanto arcaicos en lo tocante a la técnica, pero en donde se vislumbra el sello de un poeta capaz de obras de más aliento, como las que sin duda, nos dará en el porvenir este lírico colombiano. — J. M. D.

La Visión Optimista. — Por Vicente A. Salaverri. — Ediciones selectas "América". — Buenos Aires, 1919.

En el último número de estas Ediciones, Vicente A. Salaverri publica una serie de artículos cortos que revelan a un diestro literato y a un pensador valiente y original.

"La Visión Optimista" está escrita en un estilo que dista por igual de la ligereza periodística y de la pesadez trascendental.

Es la obra de un ensayista ágil que juzga los sucesos y los hombres sin darles más relieve que el que tienen, con un criterio absolutamente personal, aunque quizás demasiado recio.

Salaverri no parece hacer muy buenas migas con la ironía y la piedad, dos elementos, sin embargo, imprescindibles para juzgar las cosas de este mundo.—J. M. D.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernández Saldaña José M., Colonia 1810.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Luisi Luisa, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.
Rossi Santín C., Colonia de Alienados, Santa Lucía.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



MARZO DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO III.
N.° 21

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 "	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbourú**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00. —Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.º 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.º 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.º 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.º 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a 3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem 6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem 1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma, Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Marzo de 1920. Núm. XXI.—Año III.

EL ORADOR Y LA ELOCUENCIA

No está en lo cierto, ni mucho menos, quien dijo aquello de que *"el poeta nace y el orador se hace"*, si, como es razón, hemos de entender por orador algo distinto del hombre que habla con propiedad, y por elocuencia algo que no sea la simple elocución correcta.

Que el poeta no presupone al orador, es fuera de duda; hay poetas mudos, sin boca. Pero el orador, no solo presupone, pero es el poeta, la Poesía, mejor dicho, en su plenitud.

Notemos esto, sin embargo, esto, que constituye mi proposición: la verdadera oratoria no es un arte, como lo son las formas gráficas de expresar bellas ideas o fijar sonidos; el orador no es un artista. Este, el artista, es un *realizador* de la belleza ideal, un creador de signos que la representan o sugieren; el orador, más que realizador de lo bello, *es una cosa bella*, la más bella acaso que existe en la naturaleza; un cuerpo y un alma que vibran al unísono con el expresivo universo; un pensamiento sonoro; un corazón musical. No debe, pues, interpretarse a sí mismo, sino mostrarse.

El árbol que, sacudido por el viento, nos dice mensajes de los aires que van pasando; la ola que sale del mar en calma, y rueda sonante y desaparece, dejándo-

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Marzo de 1920. Núm. XXI.—Año III.

EL ORADOR Y LA ELOCUENCIA

No está en lo cierto, ni mucho menos, quien dijo aquello de que *"el poeta nace y el orador se hace"*, si, como es razón, hemos de entender por orador algo distinto del hombre que habla con propiedad, y por elocuencia algo que no sea la simple elocución correcta.

Que el poeta no presupone al orador, es fuera de duda; hay poetas mudos, sin boca. Pero el orador, no solo presupone, pero es el poeta, la Poesía, mejor dicho, en su plenitud.

Notemos esto, sin embargo, esto, que constituye mi proposición: la verdadera oratoria no es un arte, como lo son las formas gráficas de expresar bellas ideas o fijar sonidos; el orador no es un artista. Este, el artista, es un *realizador* de la belleza ideal, un creador de signos que la representan o sugieren; el orador, más que realizador de lo bello, *es una cosa bella*, la más bella acaso que existe en la naturaleza: un cuerpo y un alma que vibran al unísono con el expresivo universo; un pensamiento sonoro; un corazón musical. No debe, pues, interpretarse a sí mismo, sino mostrarse.

El árbol que, sacudido por el viento, nos dice mensajes de los aires que van pasando; la ola que sale del mar en calma, y rueda sonante y desaparece, dejándo-

nos una memoria de las grandes aguas, tienen su analogía con el hombre que sale de la humanidad profunda, y nos conmueve con los sonidos de su boca.

Porque conviene y es menester no olvidar ese concepto etimológico: la palabra *orador* viene de *os oris*, boca. El pensador o el artista de la locución escrita para ser leída en voz alta o baja no hacen al caso.

Como hay animales dotados de ciertas virtudes orgánicas, producción de electricidad, verbigracia, fenómenos luminosos, fascinación de los ojos, hay hombres que tienen en la voz un poder o alcance misterioso, de que ellos mismos no se dan cuenta, y que presta a su palabra una fuerza inefable de penetración. La voz de tales hombres parece un toque a silencio; hace esperar lo inesperado, lo que no vendrá nunca, pero existe y obra; se introduce, como por sorpresa, en los otros organismos, y suspende sangre en las arterias, exprime glándulas de lágrimas, hace pasar escalofríos por las manos. Esos son los oradores.

Estamos hablando, como se ve, de la voz personal, que nadie confunde con los sonidos de que se sirve el arte musical para realizar su belleza, y entre los que incluyo la voz humana que lee, recita o canta. La facultad de improvisación es esencial, por consiguiente, en el concepto de orador. El rapsoda primitivo fué el primer orador; cantaba así, improvisando.

Cuidado, que improvisar no es lo mismo que hablar sin saber lo que se ha de decir, sino pensar, sentir y decir en un solo acto de nuestra vida, bien así como se adelanta, y se toma dirección, y se evitan obstáculos, en un solo movimiento de nuestros órganos, cuando se camina.

Todos sabemos, es cierto, que los grandes oradores tienen también un aspecto común con los artistas, en los procedimientos de ejecución o adecuada preparación de que se sirven; pero el orador aparece precisa-

mente cuando aquella preparación no constituye la obra, sino que es sólo la disposición propicia para evocar, esperar y recibir *el espíritu de la voz.*

Sainte Beuve, en su estudio sobre Montalambert, nos habla así del procedimiento de este hombre elocuente: "Empezó por escribir sus discursos y leerlos; después los recitaba. Atreviéndose cada vez más, según medía sus fuerzas, habló ya con unas sencillas notas; y, si no me engaño, hoy combina esas diversas maneras, añadiendo lo que le dicta, en el momento preciso, la improvisación. Las diferentes partes del discurso, las ideas apuntadas en las notas, los trozos escritos y los pensamientos que brotan en el momento de hablar se juntan y encadenan, con la misma flexibilidad con que se mueven los miembros de un solo cuerpo. Todo orador que lo es de veras, sabe cuánto le falta para llegar a ese ideal, que los más grandes oradores no han realizado".

Para que esa fusión de lo escrito con lo hablado sea perfecta, agrego yo por mi parte, el orador tiene que escribir de un modo especialísimo; en él, más que en ningún otro, el pensamiento ha de ser *palabra interior.* No ha de hablar lo que escribe; ha de escribir lo que habla... o lo que *le habla* la soledad.

Si a todo esto agregamos el gran caudal de imágenes vestidas de la forma personal del orador, y de locuciones ya afinadas con su diapasón interno, y de giros y frases ya dichos, que el ejercicio va acumulando en la memoria y se desprenden íntegros por la simple asociación de ideas, y, más que de ideas, de acordes complementarios de la propia voz, tendremos, efectivamente, el cuerpo del discurso de un orador. Este se perfecciona con el tiempo, no hay duda. Dijo Solón en la antigüedad (valga la cita de Sainte Beuve) que el acuerdo perfecto entre el pensamiento y la elocuencia sólo se alcanza, en su plenitud, de los cuarenta y dos

a los cincuenta años. Eso parece, efectivamente, una ley. Pero es ley de la formación del cuerpo orgánico, del que podríamos llamar el artefacto. Lo que es el alma nueva que lo anima, y que distingue la palabra elocuente de toda obra de arte, esa será siempre la aparición repentina o la encarnación del espíritu en el verbo humano palpitante; la *unión substancial,* dirían los escolásticos. Se revelará a veces en un momento solo del discurso; se presentará como una llamarada del fuego central que rompe la costra de las formas genéricas superficiales, y asoma por las grietas, y denuncia la existencia de la vida universal; se difundirá otras veces en toda o casi toda la oración; pero siempre será la proximidad del espíritu vibrante que desciende a la voz, cuando ésta se ajusta a la afinación de las esferas. La perfecta compenetración es casi imposible; tiene razón Sainte Beuve. Si ella apareciese una vez, en un orador, éste sería lo más vibrante y luminoso que hubiera ofrecido la naturaleza.

El verdadero orador advertirá, si mira en ello, que lo que más conmovió a sus oyentes no fué lo que había preparado con ese objeto, pero lo que salió de su boca por autosugestión: la palabra impensada, que brotó de la pensada, la terminación del acorde, determinada por el propio acorde. La frase preparada, escrita o no, se rectificó a sí misma; las palabras, como si hubiesen obedecido a una ley de cristalización geométrica del sonido-idea, se agruparon en la forma connatural al pensamiento o a la pasión actuales; algunas frases, acaso las más estudiadas, desaparecieron, por falta absoluta de espacio y tiempo en que colocarse, mientras las otras, las menos previstas precisamente, y que fueron las verdaderamente intensas, se adaptaron a los vacíos o silencios, engendradas, conducidas y ajustadas por el genio del ritmo inteligente; se formaron en la voz palabras nuevas.

El hombre a quien es dado dejarse conducir por ese genio que sale de la propia vibración, como la ola brota del mar, como el quejido sale del viento; el que puede seguirlo sin que el raciocinio se le aniquile por completo, ese es el orador. El que se sobrecoge y amilana ante la aparición, ese podrá ser hombre honrado y muchas otras cosas; pero no será jamás hombre elocuente. La ofuscación parcial sobreviene siempre en esos casos. En el momento en que la palabra se hace espíritu, y el espíritu palabra, hay algo de pánico; las ideas del orador voltean en la neblina; la visión se anubla, aparece y desaparece; zumban los oídos; el hombre se oye a sí mismo desde lejos; se inicia el vértigo. No debe confundirse, sin embargo, esa especie de sumersión en lo ignoto, producida por la proximidad del arcángel, con lo que suele llamarse el *trac* de los oradores artificiales, de los actores y cantantes, y de todos los que repiten lo aprendido. Estos están atados a la palabra muerta; tienen miedo, como todo encadenado, del enemigo que puede venir. El orador nó; lucha con el arcángel, como el profeta, y lo vence, y hace de él su obediente mensajero.

Es la voz hablada, la *nacida* precisamente, no la *hecha,* la que tiene esa fuerza, privilegio sólo de las leyes naturales.

No haya temor de que entonces desentone. ¿Por qué los pájaros no desentonan, sino que siempre cantan armoniosamente? No desentonan porque su canto está fuera de las tonalidades convencionales; sus notas no están coordinadas según una escala. Y como sólo con relación a una tonalidad o escala cromática puede apreciarse si hay o no desentono, los pájaros no desafinan precisamente porque no afinan.

La voz del hombre, cuando no pretende entonar sino con su armonía interior, es más poderosa que la del pájaro; ella es el solo diapasón.

"La música más dulce, dice Emerson, no está en la obra oratoria, sino en la voz humana, cuando, en la vida activa, habla con el acento de la ternura, la verdad o el valor. La obra oratoria puede recordar la mañana, el sol y la tierra; pero aquella voz persuasiva es unísona con la de éstos".

Aquél sólo es verdadero orador que lleva a la tribuna su propia voz, la de su vida activa, y hace que ésta vibre al unísono con su auditorio, que es entonces, como él, la naturaleza: la mañana, el sol, la tierra. El hombre elocuente dice entonces lo que piensan y sienten los demás hombres, porque éstos sienten y piensan como él; abren, en las palabras del orador, las flores que estaban a punto de abrirse en las almas de los otros; la voz articulada de aquél arraiga en la naturaleza central; es el sonido de las esencias. En tales circunstancias, sólo esas palabras podrían sonar. El orador es entonces una fuerza del universo, y la más pujante; puede hablar a la tempestad, y ésta hará silencio, como cierra los ojos el tigre ante la mirada fija del hombre. Todo se le acepta entonces; todo en él es bello, con la hermosura de la naturaleza primitiva. Las actitudes grotescas, las incoherencias selváticas, las cacofonías disonantes, como sean sinceras, personales, trasmiten la emoción estética en toda su fuerza y su pureza. Una sola nota artificial o enfática, que recuerde la existencia de una escala o tonalidad, puede derrumbarlo todo en ese momento. El león domesticado no nos produce, con su rugido teatral, el terror de una rata acosada o atravesada por un estoque, que chilla mirando con sus ojos redondos, llenos de agua negra profundísima. La rata llega a ser sublime.

Los oradores más en boga suelen ser panteras domesticadas. Para ver la fiera en su plenitud, es preciso verla como parte integrante de la selva.

Por eso los grandes oradores han aparecido en las grandes tempestades de la historia. *Vox clamantis in deserto.* Voces que han llenado los desiertos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

REFUGIO VÃO

(Para «Pegaso»).

Fujo da rua e do rumor profano,
Me isolando e fechando a sete chaves,
Para assim evitar attritos graves
Que se dão sempre no contacto humano.

No meu velho viver de outr'ora insano,
Horas não tive de prazer suaves,
Nem auroras boreaes, nem cantos de aves,
Mas desengano sobre desengano.

Então fugi. Buscando a soledade
Eu quiz, limpo de lama e de miasmas,
Isolar-me no sonho e na saudade.

Mas — frustraram-se a minhas esperanças!
Eil-os commigo os tetricos fantasmas
Das esperanças e desesperanças.

ZEFERINO BRASIL.

Porto Alegre, 1920.

POEMAS EN PROSA

SOLA

Tú lo has querido y será para siempre.

Pasarán muchos años... y tu cuerpo, y tu rostro, y tú toda entera, te transformarás en una hermosa señorita entristecida por los mimos de la Soledad.

Se alargarán tus manos, al afilarse, y te adornarás los dedos con sortijas raras en un ensayo de desaburrir al aburrimiento. Parecerás una *dama antigua* tan solitaria como orgullosa, y cada luna que ruede sedosamente con su teoría de noches por la acústica del cielo, te dejará más pálida, más dolorosa, mas interesante, porque el Señor Tiempo, tan burgués a fuer de metódico, enamorado de tu senil frescura, será mal aritmético por una sola vez.

LA PENA

Amiga mía, hay penas que se sufren con encanto y son como esas cosas muy sabidas, que por andar de boca en boca, los abuelos cuentan cuando las noches son largas, lloran las mujeres cuando son mozas y las mozas, cuando son niñas, cantan.

Mi pena es la de todos los hombres. Con sus alas quiméricas, de polo a polo ha volado el planeta.

Ella duele en el corazón luego de tres jornadas de

camino: la de la tristeza, la del amor, la de lo imposible.

Amiga, al escribirte, el dolor se me asoma a los labios en forma de canción. Por eso lo sufro y lo vivo sin una frase de protesta; el dolor de saber que por mí nunca te vestirás de novia, o el dolor de pensar que por mí nunca te has de vestir de viuda.

Pero no me compadezcas, y cuanto tú también sientas clavarse en tu alma los dientes de la pena, fúndela en la mía, que, yo, buen confidente, sabré hablarte *del otro* en tono de consuelo.

Amiga: eres tan buena (y tan hermosa), que me haré más bueno aún por parecerme a ti!

IMPRESIÓN

En el Otoño y a una hora sin sol y sin luna. Los pocos vecinos que pasan frente a los portones de las quintas, lo testimonian al saludarse: unos en sus "buenas tardes", otros con sus "buenas noches".

En el horizonte que no ha mudado su traje desde el amanecer — un astro se levanta creciendo en luz como una flor, y más arriba, en los surcos del cielo, las manos de un Triptolemo invisible siembran a puñados las estrellas. Sopla un aire tibio que imprime movimientos de saludo a los pinos esbeltos y peinados.

Los árboles dicen sus oraciones por el pico de los pájaros que recogidos entre las ramas, donde ya es de noche, pían el prólogo del sueño.

Por los senderos lánguidos, ruedan, ásperas, las hojas, acoplándose unas a otras como en un intento de reproducción. Lejos, una tapia vestida de enredadera, muestra sus campanillas blancas, cada vez más blancas a medida que las hojas se vuelven más negras.

Se oyen, claros, los jadeos del Silencio.

Elegante, una mujer pasea por el jardín.

A la media luz del crepúsculo, sus ojos oscuros se unen en una curva línea de carbón. Es nerviosa, friolenta y vivaracha; y con su abrigo gris colgando de los hombros, recortada en el paisaje, cuando se inmoviliza, se me antoja un afiche anunciador del Otoño.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

«CODICE ATLANTE»

Publicamos a continuación un fragmento de poema del libro inédito de Alberto Zum Felde, «Códice Atlante», que se refiere a las primitivas civilizaciones americanas.

. . . .

Cien flautas sutiles sonaron en el silencio de la noche; y a su conjuro apareció, claro y luciente como un río en que rielara la luna, vibrante y musical como un río que corriera entre cañas, el cortejo nupcial conduciendo al Electo de la diosa. Iba hacia el túmulo el cortejo; y al son de las flautas sutiles, las vírgenes agitaban sus velos en el aire liviano, danzando con un pausado ritmo, que hacía ondular sus cuerpos en curvas de sierpe encantada.

Como ebrias alas, los velos se agitaban en torno de las vírgenes, al danzar con desnudos pies sobre las losas,—haciendo sonar los adornos de plata que pendían de sus collares, de sus pulseras, de sus ajorcas y de sus cinturones,—en el sagrado ritmo que los adolescentes esparcían de las cinco cañas de su flauta.

Conducido en las andas por las vírgenes, sobre un lecho de flores blancas de enervante perfume, corona-

do de flores enervantes, el Elegido de la Diosa iba, pálido y bello, semejante al vaso de plata en que bebía la Reina.

Iba pálido e inmóvil sobre las andas, el doncel prometido a las nupcias sagradas; y bajo las flores de enervante perfume que coronaban su cabeza, su rostro adolescente, de una tristeza de estanque bajo la luna, era la flor más enervante, cultivada en jardines nocturnos, para los ritos de la Muerte.

Como enervante flor era su rostro de equívoca adolescencia; y en la tristeza de su rostro, los ojos se abrían llenos de una sombría humedad; y sobre los ojos caían, como lúgubres velos, los párpados, pesados de languidez.

Pálido e inmóvil sobre las andas de plata, su cuerpo no tenía más vestido que un cinturón de gemas, que sobre el vientre se alargaba y pendía hasta cubrirle el sexo; y era bajo la luz lunar su cuerpo pálido, más delicado que las flores que coronaban su cabeza, más puro que los diamantes que fulgían en su cinturón, más armonioso que las vírgenes que conducían sus andas.

¡Y los ojos taciturnos y atónitos de las tribus miraban al Elegido de la Luna, en medio del cortejo de los flautistas y de las danzantes, reclinado e inmóvil en las andas de plata, con su belleza indefinible y prodigiosa.

Taciturnos y atónitos los ojos de los peregrinos veían pasar al Esposo sagrado, la flor suprema de la Raza, por quien el Imperio celebraba sus nupcias con la Diosa de las Aguas, de la Voluptuosidad y de la Muerte. En el sombrío esplendor de su belleza, veían los ojos de las tribus al Elegido de la Diosa, al doncel intocado, que había abierto como una flor nocturna en los jardines del templo, bajo el cuidado de las vírgenes.

Como una flor nocturna había abierto el Esposo su fría adolescencia, macerada de luna, en los jardines secretos de la Diosa; como una flor nocturna de enervante perfume era el pálido esposo apenas nubil, que por primera vez veían los ojos de las tribus, bajo la luz lunar, en el silencio de la media noche.

Y en tanto el cortejo ascendía los trescientos peldaños del túmulo, que las vírgenes iban cubriendo con un sendal de flores — sonó el canto litúrgico en la noche; lento y solemne sonó el canto litúrgico, celebrando las nupcias del Imperio y de la Diosa.

Ati — decían las voces graves de los sacerdotes sobre el túmulo, — poderosa y terrible, que reinas sobre el triple misterio de las Aguas, del Amor y de la Muerte, he aquí al Prometido de tus nupcias, he aquí al Esposo que las vírgenes conducen al tálamo de tus sombras.

Ati — decía el coro argentino de las sacerdotisas — Virgen inmarcesible y poderosa, que tienes en el hueco de tu mano el destino de los hombres, como un grano de maíz que puedes sembrar a tu albedrío, he aquí al Elegido de tus nupcias, que llega a tu frío tálamo por el camino de la noche.

Y las voces alternas de las vírgenes y de los sacerdotes, entonaron así el canto nupcial al son de las cien flautas, ante el silencio contrito de las tribus, estremecidas del fervor y el terror de la Diosa:

Ati — que reinas en las Aguas, — a cuyo influjo

mares y lagos se hinchan, como el lomo de los jaguares en celo, que esparces sobre las tierras las lluvias benéficas, como una doncella riega, con un cántaro el huerto: por el Esposo fiel que te entregamos, senos propicia — vierte tus lluvias sobre nuestros cultivos y haz que sean abundantes las cosechas.

Ati — que reinas en las Aguas, que desatas las tempestades, inundando las tierras, o, esquiva, guardas tu cántaro, mientras sobre las tierras ávidas se agostan los plantíos: por las nupcias que esta noche celebras con el electo de la Raza, líbranos de los males que arrasan o asolan las tierras; y que tus blancas nubes, y que tus nubes pardas, sean siempre para nosotros las mensajeras de tus dones.

Ati — Doncella inmaculada y poderosa, que con tus manos pálidas enciendes en los hombres el deseo, y les haces arder y consumirse como el perfume sobre tus altares, blanca diosa que enconas los deseos clavando agudos dardos en el flanco tembloroso de las criaturas: por el Esposo intocado que esta noche conducimos a tu tálamo de tinieblas, aparta de nosotros el tormento de las lujurias cuyo fondo nunca puede tocarse.

Ati — Virgen inmarcesible y poderosa, en cuyas manos frías se oculta la brasa de la concupicencia, que en las pesadas siestas del estío enardeces el celo de los jaguares en las selvas, y en las noches tibias haces languidecer de voluptuosidad el regazo de sus doncellas: por el doncel purísimo que esta noche conducimos al duro tálamo de sus nupcias, dad la paz al corazón de los hombres y haz fecundo el vientre de las mujeres.

Ati — que reinas en la muerte, y llevas a tus mansiones recónditas las almas que recoges en la tierra, como un labrador lleva a su granero el maíz maduro que ha cosechado en el día, y haces vagar sobre las tierras las sombras atormentadas de quienes no pudieron hallar paz en la muerte: por el Esposo que esta noche franqueará las puertas de tus misteriosos palacios, haz que tengamos en tus reinos dichosa morada; y aleja de nosotros los espectros que, por las noches, vagan en los caminos solitarios.

Ati — que reinas en los Sueños, en los Augurios y en los Hechizos, sobre el mundo invisible y sobre los espíritus de los Elementos, que engendras las visiones y los extásis, que turbas las almas con alucinaciones y delirios, Virgen bellísima y terrible, iracunda y clemente: por el Esposo que esta noche conducimos al tálamo de tus sombríos misterios, sed propicia a los pueblos que te adoran y aleja de su sueño las huestes silenciosas de tus vampiros.

. . . .

Y cuando el canto hubo cesado, y en la noche sólo vibró el sonido de las flautas, fué el Esposo tendido sobre el altar del Sacrificio; y el Sumo Sacerdote puso su mano sobre los párpados de plata, cerrando así los ojos para que se abrieran en la Muerte.

Cayeron los párpados de plata sobre los ojos; y el cuerpo nubil, de indefinible encanto, semejante al vaso en que bebía la reina, pareció llenarse de luna al irse de él la vida que le animara, tan pálido y casi luminoso yacía sobre la piedra.

Hendió el cuchillo de oro el pecho del Esposo; y el Sumo Sacerdote, tomando entre sus manos el corazón

caliente y palpitante como un ave, fué hacia el borde del túmulo, alzándolo en sus manos para mostrarlo al pueblo.

La multitud oscura se inclinó hacia la tierra, abatiendo en el suelo sus frentes de bronce; y el temblor religioso frisó sus espaldas curvadas.

Como un huracán pasa sobre una selva, doblando los árboles robustos, así el fervor y el miedo doblaron los cuerpos de bronce de las tribus. Y el silencio que se hizo fué tan hondo, que la multitud sintió, en sus espaldas, el frío de la Luna y de la Muerte.

. . . .

ALBERTO ZUM FELDE.

CAMINO

Camino de la vida, largo y ancho camino,
Florecido de rosas, — bendecido por Dios,
Vamos haciendo juntos el camino divino
Predestinado y hecho para nosotros dos.

Cambiando una mirada, una palabra, un verso,
El alma de las cosas nos viene a saludar —
Y saboreamos toda la miel del universo
Desde la flor al cielo, desde la estrella al mar.

Soñando con los goces supremos y sutiles
Que trama cada uno dentro del corazón,
Vamos amando... amando... con frases infantiles,
Los ojos y las manos quemados de ilusión.

A las verbenas blancas y a las rosadas rosas
Lo mismo que a las nubes, les damos nuestra voz,
Y ellas tiemblan de luces como las mariposas,
A nuestro influjo, llenas del bienestar de Dios.

Oimos en los campos la rima de los vientos
Pulida por la copa del álamo cordial,
Y nos llenamos todos de ardientes pensamientos
Los dos, como una sola campana de cristal.

El agua nos atrae, la luna nos encanta,
Y vamos confundidos con ellos, al azar...
El alma de la vida contigo se levanta
Y en mí, se abre la estrella de nuestro idealizar.

Cuando una cosa es triste como esa golondrina
Que alguna tarde vimos, caer y perecer, —
La misma dulce calma viene y nos ilumina,
Todo es sencillo y claro sabiendo comprender.

Así vamos andando, rodeados de harmonía,
Hasta que venga un día lejano y singular,
Que nuestras almas claras como la luz del día
Se pierdan en el aire dormido sobre el mar...

TELMO MANACORDA.

Montevideo.

DE «PROSAS FRÍVOLAS»

(Libro en preparación)

Estancia Rama Seca, Enero de 19...
Departamento de Rocha.

Tía Leonor:

Soy un profeta, un vidente, hombre merecedor de un adjetivo que aun no acierto a encontrar. Cuando en aquella famosa descripción de este lugar entreveré personajes mitológicos y motivos sobrenaturales (para risa tuya) no fué por vano alarde sino en razón de la influencia misteriosa, de la vida subyacente en el paisaje, cuyo presentimiento me embargaba sin darme arte a definirlo con exactitud. Ahora asisto a una manifestación concreta de esa vida influyente y misteriosa: por ello echo a volar las campanas de mi vanidad, atribuyéndome una condición superior que tú has de ayudarme a destacar.

Se trata de Anita, de esta chica cuyo hieratismo te he ponderado, cuya alma aparentemente rectilínea y cuyo cerebro mecanizado en rigurosas labores cientifistas, la hacen el ejemplar más árido que se pueda imaginar en la flora femenina. Pues bien, yo he asistido a una exteriorización de sensibilidad en ella muy extraña: la he encontrado en un momento de lloriqueo, momento en que sepa Dios cuál sentimiento sa-

lió a su exterior impasible, como salen las burbujas a interrumpir el cristal de las aguas estancadas denunciando la vida sumergida. Y aquella vibración en esta niña rara, fué un efecto del paisaje, al cual, según su palabra, debe tal alteración en su psique indiferente.

He de facilitarte la comprensión de ese arrebato lírico, he de contarte circunstanciadamente su desarrollo. (Pobre de ti, tía Leonor). Aquí se me ocurre tener presentes tus quejas sobre el escaso método de mis cartas, donde las cosas se aglomeran por manera demasiado ilógica y confusa: en las pasadas cartas no logré enmendarme, según parece: trataré de satisfacerte ahora y ya empiezo a metodizar.

Difícil es, pues vacila mi elección ante el montón de cosas, al parecer importantes todas y todas pasibles de originar lo que debo referirte. Pero yo comienzo por decir que, esta tarde, encontré a Anita llorando, detrás del comedor, sitio en el cual, desde hace un mes, la veo cultivar los crepúsculos.

Ver llorar a una mujer no es, de ordinario, cosa conmovedora, y te juro, tía, que si yo fuera el pájaro del soneto de Lope, en vano derramara sus lágrimas Lucinda: pero verla llorar a ella, siempre inmutable en su anticipada gravedad, ver llorar a quien nunca abandona cierto empaque altivo, a quien parece haber cristalizado las severas experiencias de una vida amarga en el molde atrayente de una juventud graciosa, ver llorar a Anita... eso me sorprendió, me conmovió, y el hombre fácilmente enternecible guarecido en este frívolo sobrino tuyo, se detuvo indiscreto y se acercó después a la dulce niña.

Tal vez mi ánimo estuviera tomado de alguna ansia indefinible o inapreciable, pues en modo indeliberado y súbito sentí la emoción de la niña, inundándome cierta generosa y fraternal curiosidad por su pena.

La tarde me había puesto su sello melancólico, la

tarde o el paseo que diéramos con Jorge, al retornar del baño. Vinimos siguiendo el arabesco de la cañada para juntar las ovejas que ramoneaban en el gramillal de la cuenca: en el aire extraordinariamente quieto flotaba el frescor generoso que subía del regato, y se esparcía el perfume acariciador y suave de la espina de cruz, ese perfume que tiene modo tan evocativo y sensual para tocar los sentidos, con su olor a boudoir.

El aire bien oliente y fresco, el cielo muy alto en bruñido azul, el balido monocorde de las ovejas y el tilintar quejumbroso del cencerro se fundían de eficaz manera acrecentando la lenidad vesperal, en que se regodeaban voluptuosamente nuestros espíritus, gustando ese encanto en todo su alcance subjetivo. Y ello advino en mí a sepa Dios cuál estado de ánimo, pues al acercarme a hablarle a Anita, yo era de verdad, más corazón que oídos.

Parlamentamos en forma del todo romancesca, pues paulatinamente, en original endósmosis, fuíme empapando de las cosas muy hondas y sinceras que Anita decía con su voz poco agradable, de timbre en exceso metálico. Tal vez no fueran las cosas dichas, sino el acento de emoción que les ponía: mas no he de meterme yo en cogitaciones para saberlo, baste haber advertido que mi simpleza me puso a tono con su romanticismo. Díjome no saber por qué lloraba: que todas las tardes se sienta allí para gozar ese paisaje que la fascina a la luz del crepúsculo: y que, casi siempre, de las tintas fundidas, de las vagas púrpuras del sol poniente, de la frescura y la paz de la soledad, y de la Laguna misteriosa, fluye tal golpe de emociones que su alma se llena de imágenes cuya impresión no le es dado definir ni expresar. Llora y se descarga de esas cosas vagas arremolinadas en su pecho, sin ser posible verlas claramente, ni dominar su ímpetu cuando aceleran el angustiado latir de su corazón.

Es en la Laguna donde esta chica abreva sus ansias de nostalgia y maravilla. La obsede por extraño sortilegio esa Laguna: la obsede y cautiva la inmovilidad extraordinaria de esa bruñida lámina gris y su tersura sempiterna, en la que aparece como un ojo gigantesco y melancólico, lleno de vida y expresión. Sigo repitiendo sus palabras. Sufre el misterio y la sugestión de esa masa inmutable de agua estancada y en ella reviven las más dulces horas de su infancia, aquellas horas hechizadas por su nodriza con cuentos de hadas y viejas leyendas de yo no sé cuál tierra nórdica de cielo bajo y gris.

¡Los cuentos de hadas, las viejas leyendas del ignorado país en que nació y se crió! El rey Arturo y sus caballeros y la reina Mab y después Merlin, Bibiana, Tifania, Melusina, y para acrecentar mi asombro, esta colegiala simple, dulcemente, con voz que la emoción logró aterciopelar, dijo el soneto clásico:

"La belle Mélusine enivrait les regards
Si belle avec ses yeux couleur d'algue marine
. . . .
Elle parvint ainsi dans le pays des fées
. . . .

Sí, continuó: el país de las hadas, el país del hechizo, esa laguna incrustada como una perla en el paisaje gris, las llanuras desiertas, y la orla de pantanos y de monte, toda esa soledad debe ser visitada por los habitantes del mundo invisible, por hadas, por gnomos, elfos y encantadores.

¿Acaso se sabe con exactitud la fuente de aquellas leyendas infantiles? ¿Acaso no puede ser aquí como en los países de Europa? Por influjo de raros espejismos he logrado ambientar ahí todas las fábulas cuyo perfume deleitoso, aunque antiguo, me acompaña y

tonifica. Y como si la existencia que les da mi imaginación bastara a hacer sentir su presencia, mis gnomos viven y su compañía me encanta.

De ahí nace esa melancolía que me invade. dulce como el crepúsculo y con la que revive lentamente en mi alma lo más dichoso de mi vida, aquellos primeros años hacia los cuales ha de volverse mi juventud para hallar felicidad verdadera. Y el núcleo central de mis pensamientos y sensaciones es la Laguna, alrededor de la cual, como en torno de un punto vibratorio, se levantan y aglomeran esas cosas quiméricas y vagas, dominándome con su hechizo, o también, a veces, hiriéndome de dolor.

Llego, siguió diciendo, hasta a armonizar mis ilusiones con cierto fenómeno real, creándome una fantasía más fecunda del punto de vista emocional. Manipulo el cuento de Flor de Nieve y sus gnomos, lo transformo adaptándolo a mi ensueño, y la supongo ahí, aherrojada en la Laguna, en triste palacio de cristal y oro que haya en el fondo cenagoso. Y cuando siento el estruendo del mar vigorizo mi capricho, creyendo que ese estruendo lo hacen sus amigos los gnomos esforzados en librarla de la porfiada maldad de la reina Ymógina.

Pero al llegar a esto del estruendo del mar, confieso que me desconcertó la niña fantaseadora, y se lo dije.

Hace un mes que está aquí, repuso y ¿aun no ha sentido en horas calmas y silenciosas un rumor lejano y sordo, a veces un estremecimiento poderoso como el tumulto de una marcha de grandes animales que no se ven jamás?

Sí, tiene que haberlo oído sin distinguirlo: sobre todo en las noches serenas, o temprano de la mañana, o con el viento del Polonio. Le aseguro que se oye distintamente, a veces tan tremendo y rudo que emociona. Yo me he convencido de que no es el mar,

y lo atribuyo a mis gnomos: jamás cierro mi ventana en la noche, para gozar mejor ese eco venido milagrosamente del brumoso reino de lo sobrenatural, y sufro si el viento de tierra me impide oirlo y me cuesta dormirme, y hasta me ha ocurrido alcanzar insomne los primeros vuelos de las golondrinas.

¡El rumor del mar! ¡Las hadas, los gnomos, y hasta los caballeros de la Tabla Redonda! Toda esa farándula no me pareció extravagante y llegó a emocionarme, que tan invadido estaba tu sobrino del romántico espíritu de Anita. Espíritu romántico digo, y tal vez el adjetivo no es aplicable porque no es fácil definir en seguida a esta niña meditabunda que sabe de Bergson, y entiende a Ostwald, que es crédula en hadas y recita a poetas malditos. En fin, cualquiera sea el determinante que merezca, yo no sé quien lo encuentre, pues jamás me detendré a buscarlo.

Sus fantasías no han germinado en mi psique, pero la han conmovido el contacto de esa alma sencilla, crédula, inmaculada de ruindad.

Y si examino esta conmoción, decantándole cuantas máculas cómicas o líricas tenga, me encuentro admirando el espíritu de esa chica, y sintiendo tristeza por la ruindad de mi alma, cuenca desolada, cuya aridez hostiga los ensueños.

La envidio más bien, pues ahora me parece que no he tenido infancia: mi pasado es borroso y halo tornado así, no el roer del tiempo, sino la menguada constitución de esta alma, mísera ya en la infancia lejana, cuando el tiempo labró su impronta. ¿A qué volver hacia mis años primeros, ingrata soledad nebulosa en la que se han desvanecido las ilusiones que hubieron, se han extinguido las formas que vivieron y se han adormecido las pasiones que inquietaron? Yo envidio, sí, tía Leonor, a esa niña, por el golfo de ensueños hacia donde vuelve su romántica proa en las horas pe-

sadas de esta vida. ¡Si a mí me fuera dado bogar en semejantes aguas limpias, sentirme impresionado con los cuentos de hadas y gigantes!...

Pero esto sería mucho, imposible ya después de cuanto me ha limado la vida, gustada y vivida tan apasionadamente como para concluir con cuanta arista pura embelleciera mi cristal interior.

Mi alma ha sido traída y llevada como una piedra, juguete de las aguas inquietas: ha sido deformada y envilecida, admirando cuanta constelación culminó en su meridiano, supercivilizándose con ingénua y pueril vanidad, resecando las fuentes de su ternura por no haber puesto un beso sin un poco de sí misma: mi alma ha quedado cautiva y mordida por los desengaños, por los goces crueles, por las experiencias, por las aventuras y los prejuicios, por el amor, por las esperanzas, por todo lo que atrae y conmueve, por todo lo que nos rechaza y desflora.......

EMILIO SAMIEL.

De Montiel Ballesteros

LA CRUZ

A Emilio Oribe.

Anoche, frente al cielo tropical,
azul,
dulce de estrellas,
busqué la "Cruz del Sur",
que abre sobre los campos de mi América
sus luminosos brazos.
Busqué la "Cruz del Sur"
y ya no estaba.
Ayer quizá una lágrima surgiera
al constatar que se quedaba toda
el alma adolorida
entre sus cuatro estrellas!
Hoy pienso y digo:
¡adiós! Es el destino.
Tú quedas protegiendo nuestras tierras,
los campos de mi América,
y yo me alejo
en procura de algo para el alma,
de cuatro clavos de oro
que abran su cruz
de luz
sobre el espíritu!

Atlántico, 1919.

VÍA SOLFERINO

(Calle de Florencia).

Dos líneas de edificios de un gris viejo y sombrío.
Las ventanas cerradas parecen ojos ciegos.
El lagrimear de unas hojas amarillas
Que gotean desde un muro negro.
Al centro una avenida con dos filas de árboles,
Verde-oscuros, iguales, duramente simétricos;
A su sombra, en la tierra húmeda, crece un musgo
Triste como el de los cementerios.
(Si el sol le diera un pincelazo de oro
parecería un tibio terciopelo).

Miro. ¡Qué trágica tristeza!
Y nadie, nadie, nadie. ¡Un silencio!
Un silencio que debe tener veinte siglos,
Un silencio que ya debe estar muerto!
Si uno lanza un grito de vida
Ha de contestar, grave, un eco
O no ha de contestar nada nadie!

Tiembla el crepúsculo de miedo.
(Es un hombre flaco, desnudo, morado,
que va en la sombra de las dos filas de árboles
junto a los edificios viejos).

Florencia, 1920.

LA FLOR AZUL DEL INVERNAL CREPÚSCULO

Sabe a cosas exóticas, a sueños
la lánguida dulzura de esta hora...
Callamos. Cae la tarde. En la alameda
se adensa más la niebla. Se deshoja
la flor azul del invernal crepúsculo,
cuya marchita gravedad se ahonda.
Desde la estancia tibia, mientras se oye
crugir la leña ardiendo rumorosa
con una llama alegre que dibuja
—instantánea, fugaz, su lengua roja—
raras figuras que la fantasía
con más ricas visiones aún decora.
Desde la estancia, tras el vidrio opaco
se ven temblar como unas mariposas
pequeñas, blancas, los copitos leves
de la nieve que cae...
Ya es alfombra
inmaculada de la tierra y pone
en los árboles secos, tiritantes
una visión de imaginarias hojas...
Despetalan la flor azul los dedos
finos y silenciosos de la sombra.

MONTIEL BALLESTEROS.

Florencia 1920.

«EL POETA INCÓGNITO»

(*Continuación*)

Las caras de las rubias
es un dibujo,
que Dios tiró a tres tintas
con todo lujo:
Carmín puso en los labios,
oro en su pelo,
y en sus lánguidos ojos
azul de cielo.

El amor, el eterno numen de la poesía, ha sido siempre fecundo en cantares, en los cuales expresa su sentimiento, con risas, ruegos, lágrimas o ayes de dolor.

Gustad la belleza de los que cito a continuación:

Por una mirada, un mundo,
por una sonrisa, un cielo,
por un beso, yo no sé
qué te diera por un beso?

En el altar de tu reja
digo una misa de amor;
tú eres la virgen divina
y el sacerdote soy yo.

Yo estuve un día en la gloria,
pero no estabas tú allí;
y para verme en tus ojos
a la tierra me volví.

Echa mi niña tus lágrimas
aquí dentro del pañuelo,
yo las llevaré a Granada
que las engarce un platero.

Yo soy uno, tú eres una,
uno y una que son dos;
dos que debieron ser uno,
pero... no lo quiso Dios!

Las piedras que vas pisando
cuando sales a la calle,
las pongo yo de revés
porque no las pise nadie.

El amor y las olas
del mar son unas...
que parecen montañas
y son espumas...

Tus ojos copian el día:
¿Los entornas?... amanece;
¿Los abres?... el sol deslumbra;
¿Los cierras?... la noche viene.

EDUARDO S. FORTEZA.

(*Continuará*).

FIN

Todo lo que nos sugiere una idea de eternidad, no puede menos que entristecernos. Hay una melancolía extraña y ajena a las otras tristezas de la vida en esa idea de vacío y de espacio sin límites. Pensar acerca de cosas impenetrables y lejanas es sentir un estremecimiento de desolación. Nunca experimentamos más este dolor trágico del más allá, que cuando volviendo la última página de un libro, después del último renglón, llegamos a donde su autor coloca esta palabra: fin...

Es un momento en que una rara emoción de silencio y soledad, de reposo y de muerte, se apodera del alma hasta hacerla olvidar de lo leído. No sabríamos expresar el fundamento y el complicado poder de esta emoción. Pero un fijo pensamiento aletea en nuestro cerebro y una infinita desolación nos envuelve. Más hondo y más potente que todo el decurso del libro, esa palabra turba y desvía la rectilínea del criterio aplicado. Más que la estética y el motivo que el autor dejó en la belleza de sus páginas, esas tres letras nos levantan y conmueven como fermentales tóxicos del dolor de todas las vidas que se apagan. Quizá una idea imperceptible, pero intensa, de la muerte, de la inutilidad del esfuerzo, de la pobreza del afán humano, carcome nuestro cerebro constantemente y se puntualiza en aquel minuto de vastas proyecciones. Tal vez, no el fin del libro es lo que nos sobresalta e inquieta tan subrepticiamente, sino la idea del fin de todos los libros, los seres

y las cosas. Quisiéramos expresar ese dolor agudo del que nos saca la realidad de lo visible, y jamás nos sentimos más impotentes que entonces; jamás nos reconcentramos con tanto fervor como para dejar escapar algo terrible que nos acecha desde las sombras. ¿Qué se esconde en nosotros que despierta a tan leve contacto? Si todo son lágrimas, si sólo vivimos bajo la amabilidad mentirosa de una esperanza, no es extraño que por momentos entreveamos esa verdad incomprensible. El libro que acabamos de leer nos muestra la sombra desde sus cumbres luminosas. Por eso soñamos con un amor intenso y grande; por eso hemos sufrido en el peregrinaje lento de las horas que seguimos; por eso hemos puesto en toda ingratitud y en toda maldad un poco del cariño de nuestro corazón; por eso, porque queremos librarnos de ver la nada, de comprender el infinito, de entrever el fin.

El fin!... Nada más triste que lo que acaba, que lo que se deslíe, que lo que se nos escapa de las manos para siempre. Aunque nos haya dejado el alma llena de su esencia, mucho más de la nuestra nos arrebató con sus besos de amor. Parece que nada quiere marcharse, y por ese terror del vacío, nos fué robando todo el tesoro — no sabemos de qué — que era la parte generosa de nuestro espíritu. ¡Qué beso triste el beso de las sombras! Así serán las despedidas del alma con el mundo; pero de ese ósculo formidable de dolor, ha de rodar alguna lágrima luminosa que despierte a los otros, a los que velan o duermen, como inquieta y sobresalta al centinela de los campos el vuelo de un meteoro por el cielo en el reposo de la media noche...



Hay más arcana tristeza en la página última de un libro que en las sombras que flotan sobre el olvido de

una tumba. Y es que nunca alcanzamos a comprender bien lo que es la muerte, la terrible descomposición de nuestro organismo. Si hay algo horroroso es dejar de sentir y pensar. Y es esto lo que experimentamos al llegar a la palabra *fin* del último capítulo de un libro. Parece que el alma se nos escapara, que huyera por un inmenso hueco de negrura que se abre ante nosotros. Acaso el amor que nos aviva, nos abandona persiguiendo lo que se fué; o el sentimiento que llena nuestras horas se vaporiza momentáneamente. Pronto volvemos al punto de partida; pronto recapacitamos, y la normalidad de nuestro estado sigue su curso ordinario. El autor triunfa de aquella dolorosa enagenación en que nos vimos arrastrados, y la belleza de la obra nos sugiere en conjunto, como un inmenso panorama, lo que el alma que en ella se virtió nos quiso dar. Más tarde, cuando la serenidad nos lleva a aquel momento fatigoso de nuestra vida, nos vuelve a embargar una tristeza que no alcanzamos a comprender. Entonces surge alguna interrogación ante nosotros y una duda confunde nuestro pensar. ¿Es la tristeza de concluir el libro o lo triste del libro en su final?

Casi todos los libros — *los libros* — concluyen en un derramamiento de amargura o en una pincelada de desconsuelo. Nuestro ánimo no alcanza a sobreponerse, y, resbalando hacia el vacío, con la última palabra vibrante, rumoreando en torno como un fúnebre quejido, como un lamento que nos confunde, que nos adormece, que logra desorientarnos, llegamos hasta casi caer en aquel estado que llamamos la muerte de las almas... Es preciso comprender tanto misterio y tanta inesperada emoción. Vivimos en un continuo sobresalto, y a la vuelta de cada esquina, en mitad del camino, nos sorprende la losa de una tumba o la ensangrentada piedra del suelo, huella de una lucha mortal. Cada cosa que encontramos nos prepara una sor-

presa y en cada flor que borda las sendas hemos de descubrir un nuevo matiz o un perfume desconocido. El reposo de nuestro espíritu no prospera en su incursión de reconocimientos. Cuando nada nos emocione, hemos de convenir que la última energía se nos agotó con el último vaso de agua que tomamos debido al generoso ofrecimiento de la Samaritana...

Y ahora mismo, mientras intento despertar a una realidad inmediata, mientras quiero librarme de una idea terrible que me persigue en la edénica paz de mi reino interior, mis pupilas tropiezan con el libro abierto que hasta hace un momento me llenó de amargura al par que de inefable belleza, donde el alma del grande Zozaya, late en un desprendimiento de bondad escéptica, de rebelde amor, de implacable justicia... ¡Adiós para siempre, dice la última página, si es verdad que todo perece, que nada queda de la presciencia de lo absoluto y que hemos llorado en vano sobre la tierra que nos espera, cegados por una mentirosa esperanza!...

Arturo S. Silva.

Glosas del mes

Ediciones fraudulentas

Hace poco, nuestra revista apoyaba palabras de Lugones, en una queja justísima. Al gran escritor se le reeditó aquí un libro clandestinamente y, sobre no pagárselo, le llenaron las páginas de erratas.

Esas ediciones fraudulentas merecen un escarmiento severo. Pero es el caso que a veces, las ediciones "fraudulentas" perjudican menos de lo que sirven al autor. Es lo que pasa con los libros de Rodó, publicados en España, a raíz de la muerte del taumaturgo compatriota.

En efecto; nuestros editores — que tuvieron como cosa propia el monopolio de los "Motivos de Proteo" — nunca dieron gran vuelo a la venta de ejemplares. El libro, que llegó a las manos autorizadas en que su autor lo puso, nunca pudo alcanzar la difusión que merecía en los pueblos de Hispano-América.

Hasta que muerto Rodó, admiradores fervientes, con talento, — más artistas que editores (en este caso se hallan Rufino Blanco Fombona y Vicente Clavel), tomaron sobre sí la noble misión de persuadir a todos los públicos de que en el Uruguay había una gloria purísima. "Motivos de Proteo" y "El Mirador de Próspero" aparecen impresos en forma inmejorable, y se popularizan — hasta donde es posible que se popularicen estos libros que la gente vulgar, completos a lo menos, nunca suele leer. "Ariel", más conocido en razón de haberlo publicado antaño una casa de Valencia, surge por último con primorosa presentación. Vicente Clavel, activo y sentimental, recoge con proligidades de discípulo la obra más periodística de Rodó, y medita el título, hasta dar con uno que de seguro el propio José Enrique habría aceptado: "El camino de Paros". Es Clavel quien más se singulariza, ofreciendo a las provincias españolas y las repúblicas americanas obras de Rodó.

Pero allegados familiares del maestro mandan a España un representante que exigirá indemnizaciones.

Y cuando el representante nombra su abogado en Madrid, y cuando el Ministro Plenipotenciario del Uruguay — que apoya diplomáticamente la reclamación — se constituyen en el escritorio de las empresas

editoriales, libros de contabilidad perfectamente revisados, prueban que los beneficios fueron magros, y en cambio es enorme la difusión de la obra artística.

Se explica. La editorial "Cervantes" — ahora propiedad de Vicente Clavel, el distinguido literato valenciano — no había pagado derechos, es cierto. Pero, en cambio, realizó su formidable proeza cultural en uno de los momentos más críticos que ha tenido la industria de librería, cuando el papel alcanzaba precios increíbles, nunca sospechados, y era arduo hasta hacerse de un buen stock de tintas. Ha debido pagar sumas abultadas por concepto de fletes, despachado como envíos postales lo que hubiera tardado un siglo, puesto como carga en ferrocarriles y vapores.

Todos los devotos de Rodó, deben gratitud a Vicente Clavel, este buen compañero que defiendo porque lo conozco, porque he tenido oportunidad de oir en sus labios frases fervorosas, en pro del acercamiento intelectual Hispano-Americano. Cuando se habla de panamericanismo, se cita en el Río de la Plata a Labra y otras figuras casi tan... decorativas como eminentes, pero se olvida a ese "leader" insuperable que ha predicado con el ejemplo y ha hecho él sólo en la "Cervantes", más que un par de cacareados congresos de juventudes.

Por fortuna, la verdad ha resplandecido. Comunicaciones oficiales, que toda la prensa acogió, nos enteran de que el abogado de la familia y el Ministro Fernández y Medina, han podido comprobar que las últimas ediciones españolas de Rodó, produjeron más honra que provecho.

Vicente Clavel, de motu propio, con un amplio gesto hidalgo, se ha ofrecido a pagar a los herederos del taumaturgo una suma que no proviene, precisamente, de beneficios dados a la empresa (que con tanto sentido artístico encauza) por libros de Rodó.

A veces, pensamos que esto de heredar la propiedad de grandes obras artísticas, es una cosa absurda. Porque la ambición material de un heredero puede impedir que las generaciones beban en puras fuentes de belleza. Debíamos volver a la época del Pritaneo, cuando los productos del intelecto no se cobraban y había una mesa y un lecho para todo artista que los requería.

En Atenas, los filósofos y los poetas vivían humildemente. Y era mucho mejor, pues fué tal pobreza la que se opuso a que en el templo de Apolo entrasen los mercaderes a comerciar con Minerva...

Vicente A. Salaverri.

Notas bibliográficas

El Año Literario, por J. Torrendell, Buenos Aires, 1920.

El señor J. Torrendell, conocido crítico del prestigioso semanario "Atlántida", ha reunido en un volumen su labor literaria correspondiente al año 1918.

No hay oficio más molesto que el de crítico, por lo mismo que hay pocas cosas más estimadas por el hombre que la vanidad. Se necesita, pues, una gran fuerza moral o un gran deseo de servir los intereses del arte para realizar esta ingrata faena, tan higiénica por otra parte.

Pero, así como una espada hay que saberla llevar con honor para no desprestigiarla, quien esgrime la pluma para señalar defectos y méritos ajenos y de orientar a la opinión, debe poseer un espíritu capaz de despojarse también de toda vanidad personal, capaz de reconocer sin reticencias el valor donde lo encuentre, capaz de fustigar al grande cuando se empequeñece; en una palabra, capaz de ponerse frente a cualquier obra en idéntica disposición espiritual.

No se puede negar al señor Torrendell muchas de estas virtudes. Por lo pronto su sinceridad, base esencial de la crítica, no puede ponerse en duda. Su erudición, el amor real con que desempeña el oficio, el respeto que le merecen las obras intelectuales, el estímulo que prodiga al comentarlas seriamente, aunque no promuevan sus simpatías, son cualidades tanto más dignas de alabar, cuanto que casi todas las elaboraciones del espíritu caen en estas tierras, en el más lamentable de los vacíos.

No podemos decir lo mismo, en cambio, de su unidad de criterio respecto al juicio; porque los mismos elementos que en un lado le sirven para exteriorizar un comentario desfavorable, son exaltados más allá; y defectos que parece no tolerar a algunos, son en otros extraordinariamente ensalzados.

Estos bruscos cambios de frente dejan en el lector la impresión de un hombre indeciso en lo que atañe al concepto del arte y a sus principios estéticos, cosa que el crítico, más que nadie, debe tener profundamente arraigados. Es claro que no negamos al exégeta el derecho de modificar sus opiniones cuando las crea erróneas, sino el de juzgar con distinto criterio obras contemporáneas.

Por otra parte, el señor Torrendell no es un crítico en el verdadero sentido del término. Anda, frecuentemente, más alrededor del asunto que comenta dentro del mismo. Y luego empequeñece deplorablemente su misión deteniéndose en minucias, y empeñándose en aparecer como un campeón del idioma, aquí donde hace tiempo, gracias a Dios, estamos curados de aquel santo horror español al hiperbaton, al solecismo, al galicismo, y a todos aquellos ismos que anquilosaron la literatura hispánica y le hicieron perder su dominio en América.

J. M. D.

Las Estancias Espirituales. — Versos por Manuel de Castro. Montevideo. 1920.

Con un hermoso prólogo de Alberto Zum Felde, acaba de aparecer este libro, algunas de cuyas composiciones han visto la luz en esta revista.

Voz grave y profunda la que emerge del corazón de este poeta. Si debiéramos compararla a algún instrumento musical, no sería, por cierto, con la lira de románticas cadencias, ni con los violines amados por Verlaine, ni con las trompetas épicas, sino con el armonium de una apartada capilla cuyas teclas sólo se movieran al influjo de manos imbuídas de misticismo.

Y el peregrino que cruza hastiado de todos los ruidos de la vida, no puede menos que detenerse para escuchar esa música profunda y un poco mesiánica, que sale de los labios del poeta como el murmullo de un órgano por las ventanas abiertas de un convento.

Extraña, en verdad, que quien de tal manera cante, sea un hombre en plena juventud; y una especie de vaga misericordia, como la que se siente ante las arrugas prematuras, nos invade al pensar en esta alma atormentada por las sombras de las esfinges y los enigmas, a una edad en que el árbol de la vida tan cargado está de frutos, que basta sólo estirar la mano para cogerlos y embriagarse con sus jugos.

El sentimiento de lo místico es, generalmente, una flor crepúscular. Nervo, Darío, Verlaine, son ejemplos palmarios de esta afirmación y en cuanto a los que podríamos llamar los representantes genuinos de esta tendencia como Sor Inés de la Cruz y Santa Teresa, se revela con tal vehemencia y con tales arranques de pasión, que fácilmente se entrevé a dos almas enamoradas con amor humano de un sér divino.

Hay algo, pues, de anormal en Manuel de Castro,—conste que no decimos irreal, — una especie de imán arbitrario que polariza sus inquietudes mentales y lo lleva, a pesar de las vivas palpitaciones que lo rodean, hacia el campo de lo espiritual y lo metafísico.

Sus versos, sin embargo, no dejan ver esta tortura. Si a veces parecen artificiosos por su manera estructural, no dejan nunca la más mínima duda respecto al realismo del sentimiento que los anima.

A quien amo descender hasta las raíces para buscar la razón de las cosas, no sería difícil encontrar la clave de esta discordancia entre la edad y la obra del poeta. Manuel de Castro, — como todas las criaturas, en mayor o menor grado, — rinde un fuerte tributo a la herencia de sus mayores, a algunos de los cuales la sed de misticismo ha llevado hasta arroparse con el hábito sacerdotal.

Por fortuna no creemos que el poeta llegue jamás a estos extremos; aún más, de sus versos se desprende cierto horror a los dogmas y a los ídolos concretos que, en realidad, como lo expresa el prologuista, lo hacen entrar en esa ya densa caravana de los creyentes sin religión: tipo de espiritualismo superior, que si en muchos ha podido ser motivo de especulaciones filosóficas, en pocos se ha revelado por inquietudes poéticas.

El verso de "Las estancias espirituales", está en concordancia con la majestad de los motivos que lo inspiran. Cosas de esta índole sería lamentable tratarlas con la agilidad verbal que caracteriza el actual momento literario.

Manuel de Castro aporta al concierto de nuestra lírica una voz nueva, que no sólo complementa su conjunto armónico, sino que la enaltece singularmente.

J. M. D.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernández Saldaña José M., Colonia 1810.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Luisi Luisa, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.
Rossi Santín C., Colonia de Alienados, Santa Lucía.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



ABRIL DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO III.
N.° 22

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. . .	6 %	"	"	300
" " " " " . . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Abril de 1920. Núm. XXII.—Año III.

Tres mil siglos de modas femeninas

Conferencia con proyecciones luminosas, leída a la Sociedad «Entre Nous», el 22 de junio de 1918

Rompiendo el ciclo brillante de los oradores de alto vuelo que han dado a ustedes el hábito de oír la frase galana que engarza el pensar profundo, y tal vez, como entremés preparatorio de temas trascendentales, un amable pedido de "Entre Nous", explica la excepción que significa esta charla, que deseo corta por temor de no hacerla amena.

Condensar en breves momentos la evolución de la moda femenina, remontándose a través de los tiempos desde las creaciones de Madame Paquin, hasta el traje... que no era traje, es seguramente ardua tarea, y las dificultades crecen si se detienen ustedes un instante a pensar en la fragilidad y sutileza del tema.

La moda. ¿Quién se atrevería a definirla? Mucho he temido que mis rudas manos de cirujano, maculasen las aterciopeladas alas de tan brillante mariposa; grande es, pues, mi audacia, pero a tenerla me han inducido la amistosa presión moral de sus actuales directrices, y la esperanza de despertar en ustedes el más encantador de los defectos femeninos: la curiosidad.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Abril de 1920. Núm. XXII.—Año III.

Tres mil siglos de modas femeninas

Conferencia con proyecciones luminosas, leida a la Sociedad «Entre Nous», el 22 de junio de 1918

Rompiendo el ciclo brillante de los oradores de alto vuelo que han dado a ustedes el hábito de oir la frase galana que engarza el pensar profundo, y tal vez, como entremés preparatorio de temas trascendentales, un amable pedido de "Entre Nous", explica la excepción que significa esta charla, que deseo corta por temor de no hacerla amena.

Condensar en breves momentos la evolución de la moda femenina, remontándose a través de los tiempos desde las creaciones de Madame Paquin, hasta el traje... que no era traje, es seguramente ardua tarea, y las dificultades crecen si se detienen ustedes un instante a pensar en la fragilidad y sutileza del tema.

La moda. ¿Quién se atrevería a definirla? Mucho he temido que mis rudas manos de cirujano, maculasen las aterciopeladas alas de tan brillante mariposa; grande es, pues, mi audacia, pero a tenerla me han inducido la amistosa presión moral de sus actuales directrices, y la esperanza de despertar en ustedes el más encantador de los defectos femeninos: la curiosidad.

¿No me perdonarán ustedes, acaso, ser pesado, tal vez en demasía, si les doy la ocasión de reirse un rato de las cosas feas, con que de tiempo en tiempo la mujer transformó su divina silueta, o de admirar las creaciones que subrayando su belleza diéronle más armas para vencer al hombre en esa desigual lucha entre nuestra rusticidad y su viveza, entre la maza de Hércules y el abanico de Ninón de Lenclos?

¡Pobrecitos los hombres! Mientras el mundo dure, entre el cejijunto y barbudo Padre Eterno y la rubia Anadiomena retorciendo su cabellera al nacer entre las espumas del mar Egeo, sólo vacilarán los Bienaventurados a quienes se asegura el primer puesto en el reino de los cielos.

No crean ustedes que es broma el título de esta charla. ¡Tres mil siglos, ni uno más ni uno menos! Siempre que los sabios paleontólogos que han hecho el cálculo no hayan recordado el mentir de las estrellas.

Sean tres mil siglos o algo menos, veamos cómo eran y cómo vestían nuestros remotos antepasados.

La Biblia, ese hermoso y archivetusto libro, en el que los espíritus traviesos dicen haber encontrado a montones anécdotas un tanto *shocking,* la Biblia, decía, nos cuenta que cuando Jehová, conduciéndose como un vulgar casero, intimó al pobre Adán, a causa de no sé qué travesura de nuestra madre Eva, el desalojo del Paraíso, sugirió a ésta, como compensación, un trajecito muy cómodo y muy liviano.

Pero, desgraciadamente, frente a la concepción bíblica de ese jardín encantado en el que, al parecer, hacía mucho calor, está la verdad científica que hace aparecer al hombre en una época de fríos intensos, de enormes masas glaciares, que transformaron a fondo las condiciones de vida en la tierra.

Y bien; de acuerdo con esas condiciones naturales,

nuestro remoto abuelo... y también el de ustedes, gentiles espectadoras, no podía jamás desprenderse de su ropa.

Hélo ahí, al venerable antecesor de tanta cara bonita, y por su efigie podrán imaginarse cómo sería la de su dulce compañera.

Largos centenares de siglos pasan, los climas se modifican, el antropopiteco — gracioso nombre con que los austeros sabios han bautizado al *grand papá* de los hombres, se ha transformado en un hombre de verdad, un poco ñato, muy salvaje, muy bruto, que se alimenta con lo que caza o con lo que pesca, amenazado a menudo de que lo cacen o pesquen sus monstruosos contemporáneos animales.

Verdadero Prometeo conoce ya el fuego, y de él se sirve para endurecer la punta de sus armas de madera o para hacer estallar los huesos, cuya médula sorbe con fruición.

Es casi un artista, pues esculpe en astas de ciervo siluetas en cuyo firme dibujo podría inspirarse más de un delicuescente pintor modernista. Es muy pobre, vaga en cortas familias, vive en lóbregas cavernas, pero ya aparece un rudimento de coquetería en su compañera; trenza sus cabellos, cubre su cuerpo con pieles de animales, empieza a ser para el hombre algo más que su perro y su caballo. Probablemente, la galantería del hombre de aquellos tiempos, no iba más allá de permitirle que en las cacerías cargara con el botín, y en las marchas con todo el menaje; este cuadro de Cormón evoca fielmente una escena de aquellos lejanos tiempos.

Quién sabe cuántos milenarios abarca el oscuro e indocumentado período de las primitivas civilizaciones;

paso a paso, dejando girones de su carne en las zarzas del camino, arrebatando con lento y obstinado esfuerzo sus secretos a la inclemente Natura, el hombre va extendiendo su dominio sobre ella; su minúsculo, pero mejor organizado cerebro, es el instrumento de una conquista cuyos avances jamás se detendrán. Descubre los metales, sojuzga a los animales menos ariscos, aguza su ingenio perfeccionando en su beneficio las obras instintivas de las especies inferiores; en marcha irremisiblemente ascendente, condensa en grupos de densidad creciente, las errantes tribus de otrora, y del fondo de la lejana Asia, quién sabe si también de la muy vieja Pampa platense, asoman núcleos de perfeccionamiento humano, que plasman las primeras civilizaciones históricas.

En el viejo Egipto, hieráticos soberanos, astutos y clarovidentes sacerdotes regimentan la vida de millones de seres. Enjambres de *fellahs* de bronceada piel, construyen esos monumentos que desafían la ira del tiempo y de los hombres; la esfinge, las pirámides, las maravillosas construcciones de la isla de Philoé, hoy anegadas por el utilitarismo previsor de los anglo-sajones, son el prototipo de una arquitectura que da el diapasón de un estilo. La escultura, la pintura, los muebles y los trajes, todo acusa un mismo rasgo distintivo: la rigidez.

¿Cómo vestían las egipcias? Cubrían su cuerpo telas anudadas con escasa elegancia, sobre las que lucían alhajas pesadas, piedras preciosas rudamente engarzadas como a martillazos en láminas y bloques de oro.

Pasarán aún muchos siglos antes de que el arte egipcio ya en decadencia, nos dé esas filigranas, esos admirables camafeos, esos collares delicados que adornan el cuello de las profanadas momias.

La flor de loto, el escarabajo, el aspid, la incontable

flora y fauna sagradas, son los motivos favoritos de esos adornos.

Sin embargo, la suntuosidad semibárbara de sus monarcas debió dar un marco de singular grandeza a sus fiestas, para realzar la adoración con que, ante un pueblo sumiso y laborioso, creían justificar su origen divino.

La humanidad marcha.

Estamos en Grecia, en el país y en la época del más vivo, del más intenso culto a la belleza. Un Olimpo imponente que los griegos han poblado de ficciones amables, domina el mundo. Todo conduce al libre desarrollo de la mujer; desde niña, ejercicios gimnásticos razonados, dan a su cuerpo flexibilidad y armonía; la danza, complemento obligado de toda festividad religiosa, mantiene la gracia y la euritmia de los movimientos. Es dulce y bello vivir bajo el claro azul del cielo de Ática.

Es el tiempo inolvidable en que las ciudades se honraban ofreciendo a los escultores sus hijas más perfectas para modelos de la estatua de Venus Afrodita.

Vean ustedes la moda griega.

Una túnica más o menos larga, el *xitón;* un chal abierto para el paso de los brazos, el *epumis;* un manto largo, el *himmation.* Sólo tres piezas, pero ¡cuánta variedad, cuánta gracia en las mil maneras de combinarlas, ya en su forma, ya en sus colores!

Pero las extravagantes no pierden ocasión de destacarse. ¿Qué les parecen a ustedes estos sombreritos del tiempo de Pericles? ¡Cuántas hermosas niñas que creen lucir tocados modernistas no hacen sino *tornare all'antico!* Hace veinticuatro siglos he aquí lo que hacían los Moussion de la época.

La corta evolución histórica del pueblo griego demuestra hasta qué punto una raza refinada pudo en

tres siglos apenas, pasar de las concepciones artísticas casi informes de la arcaica Micena a las creaciones incomparables que perduraran eternamente. El siglo de Pericles, con razón llamado el Siglo de Oro, encierra en sus veinte lustros, una eflorescencia prodigiosa de productividad artística.

Al lado de las figuras radiantes de hermosura, frutos del genio de Apeles, Fidias y Praxíteles, quien podrá descubrir para hacerles figurar en plena luz, los nombres de esos artífices, tal vez simples artesanos que modelaron cada objeto de uso corriente con un gusto, con un amor, con un fino concepto estético que no tiene su igual sino en ese admirable *Cinquecento* del Renacimiento italiano. Es así fácil concebir que tal participación del arte en los más íntimos detalles de la vida usual, tenía que repercutir hondamente en el vestido, en el tocado, en toda la indumentaria de la mujer.

Minadas por la anarquía y la ausencia de sentimiento de nacionalidad, caen las repúblicas griegas, pero el espíritu helénico perdura y se transforma. Una nueva era se inicia para la Historia.

Un minúsculo pueblo, originario del centro de Italia, provisto de la más formidable reserva de energías de que haya dado ejemplo la humanidad, desborda como mancha de aceite sobre el mapa del mundo antiguo. Todo se doblega ante las legiones romanas, los centuriones pasean su cota de cuero, los lictores enarbolan el hacha hastada por toda la Europa; el Norte de Africa y buena parte de Asia, conocen por largos siglos, los beneficios de la Paz romana.

Roma, madre fecunda de la civilización moderna, es el luminoso faro que guía en su ruta a los sabios, a los pensadores, a los poetas, a los artistas.

La mentalidad romana, consciente de su fuerza es, sin embargo, accesible a la infiltración extranjera, y

pronto se asimila la cultura griega, dándole su sello propio.

El traje romano clásico, desciende directamente del griego; a la gracia reemplaza la majestad. Los pliegues del manto recogidos noblemente, dan a la figura femenina de rasgos acentuados, una altivez, un aire de dominio dignos de esa raza inmortal que supo elevarse de un miserable grupo de rapaces bandoleros del Lacio, a la posesión secular del mundo conocido.

Sus descendientes actuales, las hermosas transtiberinas, conservan aún ese sello de arrogancia nativa que las hace modelos solicitados por todos los artistas que en mal de inspiración vagan por las graderías de Santa Trinitá.

Pero como siempre en el curso de la Historia, la excesiva riqueza, la posesión incontrastada del mundo, minan poco a poco la sobriedad, la energía, la virtud, que fueron el trípode sobre que se asentó la grandeza de la República romana.

Poco a poco se hace visible cierta decadencia de la que la corrupción de las costumbres es uno de los primeros jalones.

Aquellas matronas romanas, que como la madre de los Gracos, consideraban sus más valiosas alhajas, sus hijos, son reemplazados por viciosas extravagantes, que ponen a contribución todo el orbe conquistado para satisfacer sus caprichos.

Por ellas, los Procónsules saquean las provincias; como esclavos, para ellas, van a Roma los más hábiles artífices griegos, egipcios, asiáticos.

Los moralistas y los escritores satíricos descargan su indignación y sus latigazos verbales sobre la sociedad de su tiempo, marcando con estigmas de fuego las extravagancias y los desórdenes.

El lujo de las patricias es algo inconcebible; los metales, las piedras preciosas, las telas, los afeites de todo género, los perfumes más delicados de la India y de la Arabia, son puestos a contribución. ¿No hubo, acaso, patricias que se proveían de esclavas galas y germánicas, para adornarse con sus rutilantes cabelleras?

Magos y hechiceras, inventaban para ellas filtros misteriosos, en cuya preparación no pocas veces entraba la sangre de jóvenes vírgenes esclavas!

Pero, en cambio, ¡qué escenario para un apasionado de los espectáculos grandiosos!

Quisiera poseer la evocadora palabra de un Flaubert, de un Sienkewickz, para trazar con rasgos magistrales el aspecto maravilloso de una de esas fiestas monstruosas y sanguinarias del Coliseo, en el que 50,000 espectadores seguían con afanosas miradas las peripecias de un combate de gladiadores, mientras serenas e impasibles las inmaculadas vestales decretaban la muerte del caído con su implacable y silencioso gesto del *pollice verso!*

Colosales oleadas de nuevos pueblos contenidas largo tiempo en la frontera, por la energía de las colonias militares, sumergen al Imperio Romano.

Queda como una roca en medio de un tempestuoso océano, el imperio bizantino, pródigo de magnificencia suntuaria, que mal encubre los vicios fatales, los horrendos crímenes, la disolución de las costumbres. Como hoguera que se apaga, las ciencias y las artes dan un vívido y postrer resplandor que ilumina la agonía de una sociedad en decadencia.

Mientras corre a torrentes la sangre en las calles de Bizancio, para asegurar en el Circo el triunfo

de los cocheros azules o verdes, los bárbaros del Norte, sanos, rudos, fuertes, incontaminados, en avasallador empuje, alumbran su marcha triunfal con los incendios que consumen los tesoros de arte acumulados en doce siglos de cultura.

La moda bizantina es semigriega, y semioriental; el oro domina, el lujo es colosal, pero sin gracia; la elegancia griega, la sencillez romana, han sido relegadas al olvido.

Es singular cómo la creciente influencia del cristianismo primitivo en poco más de dos siglos apaga toda productividad artística y de ahí repercute sobre las creaciones suntuarias. Causa asombro ver cómo en tan corto tiempo se interrumpe la instrucción, se corrompe y muere la habilidad manual, y por largos siglos un padrón único, rígido, inanimado, fija las inmóviles creaciones del ideal artístico.

No puede dudarse que a ello contribuyó sobremanera el concepto ético de los fundadores de la nueva religión.

Concebida la vida como un paso rápido por un valle de lágrimas, considerada la carne como impura, nada de lo que al embellecimiento del cuerpo se refiere podía considerarse sino como pecado. Las Santas Escrituras están llenas de historias edificantes de canonizados cuyo mayor mérito fué el profundo desconocimiento de las más elementales reglas de higiene.

Así desaparecieron las colosales obras con que los romanos sanearon el mundo, y así también, por un milenario, la humanidad vivió sus siglos en el desprecio de lo que debió, sin embargo, considerar la obra maestra de Dios.

Triste época son los comienzos de la Edad Media; tiempos de desolación, de guerras, de ignorancia y su-

perstición; parece que la cultura, esa perfumada flor de las civilizaciones, ha muerto para siempre.

Pero no es más que un eclipse. Mientras los caballeros guerrean en Tierra Santa cosechando laureles y golpes, en los solitarios castillos velan soñadoras damas, cuyas melancólicas meditaciones se encargan de perturbar las suaves y peligrosas trovas de apuestos pajes que saben no perder tiempo.

Florecen las cortes de Amor, todo un código de galantería lima la aspereza de las costumbres, atenúa la brutalidad de los señores de horca y cuchillo. La coquetería recobra sus derechos, y aún cuando el baño es casi un pecado, las hermosas telas llegadas de Oriente, los perfumes de la India, las sedas de la lejana Cathay, son motivo de embellecimiento, ocasiones propicias para modelar los cuerpos de las gentiles castellanas.

Pocas veces ha existido una adaptación más perfecta entre el tipo femenino y el medio ambiente. Es el reinado del flamígero estilo gótico, de los largos y altísimos salones alumbrados por triforiados ventanales, que atraviesa la luz, quebrándose en los policrómicos motivos de los vitrales. Coronan los edificios las puntiagudas agujas de una filigrama de piedra; es la época en que desconocidos arquitectos y anónimos artífices nos legan maravillas como las catedrales de Estrasburgo, de Milán y de Colonia.

Úsanse las largas polleras de pesados damascos, las hopalandas con *acuchillados,* esas aberturas de las mangas, a las que los doctores de la Iglesia medioeval llaman *puertas del Infierno,* probablemente por las promesas de paraíso que dejaban entrever a sus bienaventurados contemporáneos.

Surgen en esa época dos tocados característicos: el Escofión y el Hennen.

El primero, feo turbante bicorne, adornado de pesadas telas, bien satirizado en este dibujo de Leonardo da Vinci.

El otro es un cono alargado, libre o adornado con velos de variadas formas, ridículo en sí, si se le quiere analizar, pero perfectamente adaptado al ambiente.

¿Conciben ustedes, acaso en la ventana de un torreón ojival, una dama cubierta con una de esas graciosas ensaladeras invertidas, que han hecho la delicia de cercanos tiempos?

Lentamente, sin los sobresaltos que artificiosamente los historiadores crean para fijar períodos y delimitar épocas en lo que es el curso inmutable de la evolución humana, se va elaborando una de sus fases más hermosas.

El Renacimiento, con su admirable eflorescencia del arte, con su panteísmo refinado, con su entusiasta culto de la forma, con su admiración de catecúmeno ante las maravillas de la estatuaria antigua, surgidas triunfalmente de la tierra, que por mil años las había substraído a las injurias de la superstición, no pudo dejar de marcar su huella en las modas femeninas.

Una constelación de inimitables maestros fijará en imperecederas efigies, tipos de belleza y elegancia clásicas.

Ya no es en Francia, si no en Italia, que debemos buscar los modelos durante más de un siglo.

Las ingentes riquezas acumuladas por los activos burgueses de Génova, de Venecia y de Florencia, permiten dar a las concepciones artísticas de la moda, el realce incomparable de las telas costosas, de las sedas chinescas, de los linos de Holanda. Hermosas alhajas puntean luminosamente los brocatos y los terciopelos

AUGUSTO TURENNE.

(*Continuará*).

FUENTE DE AÑORANZAS

Del libro «Ritmos sin rima» y otros.

Está abandonada
y es propicia al ensueño la vieja mansión.

Brotan de sus muros,
y por entre intersticios y grietas,
líquenes y lamas de mórbido origen
e inodoros, mezquinos hierbajos
que de cosas antiguas nos hablan.

Los ladrillos cubiertos de musgo,
como los estanques
de ovas, tienen frío, misterioso aspecto,
y el encanto tienen de las aguas muertas
ante cuyo silencio retoña
el sauce latente de las almas tristes;
soñadores: el vuestro y el mío.

Matas uniformes ante el friso yerguen
sus tallos flexibles, y sus melancólicas
flores son un vivo trasunto de graves
y enclaustradas vírgenes de mirar cetrino.

Siempre miro esas flores enfermas
sobre cuyos pétalos
nunca se han posado mariposas gráciles,

y pienso en el hondo martirio que sufren
las desheredadas del amor, nacidas
para sacrificio y escarnio de todos;
¡pobres cenicientas cuyas esperanzas
han de malograrse cual las de las monjas
que ponen broqueles a su castidad!

(¡Fué contraste!; a veces sobre los angostos
y húmedos pretiles
se aman las palomas que en las oquedades
ásperas anidan).

Esta casa en ruinas engendra añoranzas
como un altozano lleno de cipreses;
su fachada al viandante interroga,
y, aeda o bohemio,
se detiene el viandante atraído
por las remembranzas de arcaicos frontones
o por el recuerdo
de la flor que perdió su perfume
en el fondo de regia escarcela,
en divino cofre, junto a las epístolas
de damas sutiles y sentimentales
o acaso oprimida por las hojas pulcras
y aterciopeladas de algún florilegio.

Esta casa en ruinas,
tan humilde, tan sola, parece un refugio,
que es ella aparente
a las elegías de la abandonada
y púdica novia,
al excelso culto del amor perdido
y al renunciamiento de la inconsolable
viuda que lleva grabada en el ónix
de sus ojos la faz de su muerto.

Soledad, penumbra,
doliente abandono,
quietud y misterio
de parques antiguos y viejas estancias,
sabed: los poetas de fe panteística
no podremos jamás olvidaros,
que está en nuestras almas vuestro señorío
triste y silencioso como en un crepúsculo...
¡Cómo cautivasteis nuestra adolescencia
junto a las obscuras y seniles tapias
de un casón en ruinas!

M. PÉREZ Y CURIS.

« EL POETA INCÓGNITO »

Por ti me olvidé de Dios,
por ti la gloria perdí,
y ahora me voy a quedar...
sin Dios, sin gloria y sin ti.

Suspiros que de mí salgan
y otros que de ti vendrán,
si en el camino se encuentran,
¿qué de cosas se dirán?

Tres veces me quisiste,
tres veces me negaste;
otro San Pedro fuiste,
mas no lloraste.
Llegará la ocasión
que quizás cante el gallo
de nuestra pasión.

Si cada vez que en ti pienso
cayese una blanca estrella,
tanto pienso en ti, que pronto
quedara el cielo sin ellas.

Milloncito de mi alma,
mi amor escribir no sé,
papel y pluma me sobran,
sólo lo escribiera bien,
a ser la pluma mis labios
y tus labios el papel.

¡Qué ternura infinita, qué honda melancolía y qué sombra de dolor, que echan un nudo a la garganta, tienen los cantares que siguen:

Llorando se la escribí,
Llorando se la mandé,
las lágrimas de mis ojos
no me la dejaron ver.

Dile que mi afecto es ciego,
dile que mi amor es fiel,
dile que si al cielo ruego
estoy rogando por él.

El banco... el árbol... tu nombre....
el cielo del mismo azul...
todo, todo como estaba,
todo, todo, menos tú!

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí;
el último de mi madre
y el primero que te dí.

En la pila de la fuente
Caen golpeando las gotas:
¡Qué silenciosas caen
las que la cara me mojan!

Yo no sé qué tienen, madre,
las flores del camposanto,
que cuando las mueve el viento
parece que están llorando.

Hay penas que pasan
y penas que duran:
la de verse en el mundo sin madre,
no se acaba nunca!

Gran colorido y fuerza imprecativa tienen los dos cantares que vienen y que expresan la rebelión de una mujer contra el destino cruel, que aleja a su amante de su lado:

Marinero es mi amante,
mucho lo siento;
que andan por esos mares,
mis pensamientos.

Malhaya! quien hizo el barco,
y el que lo arrojó a la mar,
y el que cortó la madera,
y el que la mandó cortar!

Travesura, donaire e ingenio quevedesco, encierran los siguientes cantares:

Piensan los enamorados,
piensan y no piensan bien,
piensan que nadie los mira
y todo el mundo los ve.

No me mires, que miran
que nos miramos,
y verán en los ojos
que nos amamos.
No nos miremos,
que cuando no nos miren
nos miraremos.

No seré yo el primer hombre,
ni tú la primer mujer,
que se quieren y se olvidan
y se vuelven a querer.

Quiero decir y no digo,
y estoy sin decir diciendo;
quiero y no quiero querer
y estoy sin querer queriendo.

Yo quisiera y no quisiera,
que son cosas diferentes;
quisiera que me quisieras
y no quisiera quererte.

Te quiero; pero quiero
que tú no quieras,
al que te quiere y quiere
que no me quieras.

Yo te quiero y no te quiero,
que son dos cosas iguales;
te quiero para mí sólo,
no te quiero para nadie.

Te quiero más que a mis ojos,
más que a mis ojos te quiero;
pero más quiero a mis ojos
porque mis ojos te vieron.

El hermoso cantar que sigue, es un verdadero escudo de la virtud de la mujer:

No manches nunca tu lengua
insultando a las mujeres,
si de tu madre te acuerdas,
verás cómo te contienes!

¡Qué bien reflejada la elocuencia del silencio y de las miradas, en este lindo cantar:

Nos queremos sin hablarnos
más que muchos que se hablan;
no se aprende en diccionarios
el lenguaje de las almas!

¡Cuánta verdad y belleza en el cantar que sigue, en el cual se constata lo tumultuoso y lo incierto de la vida:

Para ir de este mundo al otro
atravesamos un mar;
tal vez por eso a la cuna
forma de barco le dan!

Y qué enorme belleza y qué profunda filosofía en este otro, que pinta la pequeñez de insecto del hombre y su jactancia y orgullo infinitos:

Amor eterno unos juran,
otros eterna amistad;
siempre el átomo del tiempo
hablando de eternidad!

He aquí ahora el cantar final:

Y no he de entrar en otras
apreciaciones,
ya pasó la cuaresma
para sermones.

EDUARDO D. FORTEZA.

Buenos Aires.

LA PESCA

La espuma me salpica como un rocío blanco,
Y el viento me enmaraña el cabello en la frente,
A mi espalda está el verde respaldo del barranco
Y a mis piés el gran río de elástica corriente.

Rumores de la selva y rezongos del agua,
Y tal como una lepra sobre el dorso del río,
La mancha oblonga y negra que pinta la piragua
En la fresca penumbra del recodo sombrío.

No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
De todo pensamiento y de toda quimera
Soy en este momento la hembra primitiva

Atenta solo al grave problema de su cena,
Y vigilo glotona, con un ansia instintiva,
El corcho que se mece sobre el agua serena.

JUANA DE IBARBOUROU.

ITINERARIO INTIMO

5--15 de Febrero de 1920.

He aquí como el azar de las circunstancias suele disponer de las cosas para suscitar ideas o impresiones del modo más inesperado.

Leía yo en estos días "La historia de los pueblos de Oriente" por Máspero, y la lectura de las costumbres y de la vida y moral primitivas de los indios-aryas transportó mi alma a un oasis de paz, maravillándome de cómo el hombre—en edades tan remotas de su historia — pudiera haber alcanzado tanta serena reflexión, elevados sentimientos y encantadora vida.

A los pocos días, en un número de la revista "España", leo dos artículos de Unamuno y de Marcelino Domingo, a propósito de los conflictos sociales últimamente ocurridos en Barcelona y el trastorno de la época actual se me apareció, por contraste de impresiones, de tal modo, que todo el dolor de la raza desgarró mi alma.

Días después, releyendo 'Noventa y Tres", de Víctor Hugo, sentí cómo los problemas de la humanidad se asemejan a través del tiempo y cómo los genios — acumuladores de las sensaciones y de las experiencias de la raza—adivinan en lo porvenir.

Y he aquí, que, por último, en otro número posterior

de la misma revista "España", un moderno descendiente de aquella raza indio-arya que maravillóme con el encanto de su vida, la paz de su corazón y la nobleza de sus sentimientos, habla en un Mensaje al Occidente de la ley de la familia y del Amor.

Pero Cristo, que padeció y murió también por su amor a los hombres; Víctor Hugo, que predica el Amor líricamente; el descendiente moderno de los indios-aryas que lo exalta como fuente de reconstrucción para la vida no nos dicen cómo podremos hacer para que el Amor germine entre los hombres.

Y — por el azar de estas lecturas tan aparentemente diversas, sin embargo, — he creído vislumbrar — ya que el Odio domina la vida contemporánea y el Amor domina la vida primitiva — cómo deberíamos hacer para que el Amor domine en nuestra vida futura.

Y es así que he escrito, que he sentido la necesidad de escribir lo que subsigue.

Dice Máspero, al hablar sobre la religión, moralidad y vida primitiva de los indios aryas:

"Este pueblo había llegado en la época remotísima a que se refieren los himnos más antiguos de los Vedas a la convicción de que el mundo obedecía a leyes eternas y no era un conjunto de cosas sin plan, ni sistema, ni orden. De aquí derivaron conceptos de moral universal. Lo justo, decían, o sea lo que está conforme con el orden sagrado del mundo, es también lo verdadero. Lo contrario es error, falsedad y mentira y la mentira y la falsedad eran abominadas hasta el punto de que el cumplimiento de la palabra dada y la veracidad fueron elevadas a ley religiosa fundamental. Varios himnos antiguos se expresan así relativamente a este punto: "Los mentirosos no han de disfrutar del licor de Soma". "Los dioses ya saben quién es falso y

quién no''. ''Como una piedra lanzada por la honda, el flamígero dardo de Indra herirá a los amigos falsos''. Un pueblo tan amigo de la rectitud y la verdad debía ser también cariñoso y liberal para con el prójimo y generoso y amigo de la virtud en acción. Por eso también algunos himnos suplican a Agni, el dios del hogar, el mejor amigo de la casa, que aparte de ella el odio y la maldad, que libre de envidia a los mortales e invocan a Indra contra la envidia de los enemigos. Hay también uno de los cantos más bellos, si no de los más antiguos, que recomienda la caridad en general. ''Los dioses no quieren a los avaros''. ''Para el avaro no tienen sonrisas las magníficas auroras. Los ruines han de estar en estancias sin luz''. ''El que no da nada, no tiene derecho a que Indra se cuide de él''. (1).

Este pueblo que profesaba ideas de tan alta moralidad, vivía una vida pastoril y sencilla. El hombre cuidaba de los ganados y de las mieses. La mujer cuidaba del hogar, preparaba las comidas y ''hacía al hombre amar la vida''. El padre y la madre eran las autoridades del hogar. Los hijos los respetaban y todos los atardeceres se reunían las familias alrededor de los jefes bien amados. En los casamientos, ''el padre de la novia ponía la mano derecha de la joven en la del novio, que decía al tomar la mano: tomo tu mano para mi felicidad, ya que los dioses me conceden tu persona para que gobiernes mi casa y alcances en mi compañía la edad provecta''. Esta vida patriarcal, buena, moral y justa, duró durante siglos, tanto como lo que duró el contacto de este pueblo con la naturaleza.

''En la época védica era costumbre entre los aryas-indios que los hombres principales en llegando a una edad avanzada se retiraran de la vida activa, dejando

(1) Máspero «Historia de los pueblos de Oriente».

que otros más jóvenes ocupasen su puesto. Generalmente, al retirarse a la selva, lo hacían con sus mujeres, en sitios solitarios, que existían en todas partes en la época heroica. Esta vida retirada tenía además el atractivo de la libertad, porque no era absoluta ni forzosa, ni privaba al solitario de recibir visitas y huéspedes, ni de volver entre los suyos para dar consejos o para tomar otra vez una parte activa en los sucesos. Esto se explica por la religiosidad profundísima, innata y sin ejemplo de este pueblo; por su carácter meditabundo, su inteligencia rica, su imaginación exhuberante, su sobriedad y el clima cálido que hacía buscar la sombra y frescura de los bosques, la proximidad de fuentes de pura y cristalina agua y las orillas floridas de los ríos". (1)

No creo yo en esta explicación. No fué el espíritu del pueblo quien le hizo buscar la sombra y la frescura de los bosques, sino — al revés — el carácter pastoril y sencillo de su vida y el íntimo contacto con la naturaleza quienes desarrollaron en aquellos hombres — *fuertes ya de inteligencia y sanos aún del corazón* — el amor a la vida sobria y su espíritu profundísimo de religiosidad y de moral.

El mundo actual está profundamente perturbado: el desorden, la anarquía, el hambre, la lucha de clases, dominan el escenario de su vida.

Dice Unamuno, refiriéndose a los conflictos de orden social ocurridos últimamente en Barcelona:

"Patrones y obreros se tienen declarada guerra civil. Y en ésta, lo del pacto de Barcelona ni es ni puede ser más que una tregua. Y lo de que no ha habido ni

(1) Má perot obra citada.

vencedores ni vencidos es una tontería más o quiere decir que la guerra seguirá. Una guerra así no se acaba sino con vencedores y vencidos, con victoria y derrota''. Afirman los patrones que los obreros trabajan cada vez menos, en tiempo, en intensidad y en eficiencia y que hay una ola de pereza que avanza. Pues bien, dice Unamuno, no hay tal ola de pereza sino que ésta es una táctica de lucha. Y los obreros recurrirán a toda clase de tácticas en su lucha contra el capital, porque no puede haber armonía entre ambos y porque los contratos o las transacciones ''no suprimirán la renta del mero propietario de la tierra, que es el mayor haragán del mundo''. (1).

Marcelino Domingo, refiriéndose al mismo conflicto social, dice que ''la paz no es posible mientras subsistan las causas de la guerra. Y las causas de la guerra, más que el encarecimiento de las subsistencias y el valor de los jornales y el enriquecimiento de los patrones, está en el odio de los de abajo hacia los de arriba por el egoísmo anticristiano que ha rodeado su vida y el odio de los arriba a los de abajo por pretender los de abajo romper violentamente las cadenas que los ataban al trabajo como ruedas inconscientes de una máquina. Las causas son el odio. Y como el odio priva de razón, los de arriba quieren conservar el mundo viejo sin ver que el mundo viejo ha muerto y los de abajo quieren imponer el mundo nuevo sin advertir si sus manos y su inteligencia están capacitados para seguirlo''. (2)

El odio domina el escenario de la vida actual y cada día que pasa se hace más violento. La guerra de clases está declarada en todo el mundo, más o menos des-

---

(1) Unamuno: «Las cosas claras» en *Revista España*—N.° 241.

(2) M. Domingo: «La conquista del pan y la palabra de Dios» en *Revista España*—N.° 241

embozadamente y ella concluirá, fatal e inevitablemente, por el aniquilamiento de este orden de cosas. Será otro noventa y tres que la historia absolverá porque, como dijo Víctor Hugo, "noventa y tres fué una tempestad y una tempestad sabe siempre lo que hace". Hay que sanear el ambiente, demasiado lleno de miasmas, y esto no es posible sino por medio del fuego y de la destrucción. Cuando ha cesado el amor, sólo es posible volver a él por medio del dolor, que es el que purifica las almas y las ejemplariza.

Pero, eso sí, una vez que cesaran la destrucción y el dolor, sería menester ¡ay! que el amor reconstruyera. No bastan "el paralelismo del derecho y el deber, el impuesto proporcional y progresivo, la nivelación, el ningún privilegio y por encima de todos y de todo esa línea recta que se llama ley: la república de lo absoluto. Es preferible la república del ideal. ¿Dónde poner, en efecto, al lado de todo aquello, la adhesión, el sacrificio, la abnegación, el magnífico enlace de los afectos benévolos, el amor, en fin? Bueno es ponerlo todo en equilibrio, pero mejor es ponerlo todo en armonía. Cuando se ha dado a cada cual lo que le corresponde, falta darle aún lo que no le corresponde. ¿Qué significa esto? Significa la inmensa concesión recíproca que cada uno debe a todos, que todos debemos a cada uno y que constituye toda la vida social". (1).

Un oriental, un hombre moderno de la India, llamado Wadia, Presidente de la Unión del Trabajo en Madrás, y "amigo fervoroso del notabilísimo poeta Tagore", ha escrito en "Un mensaje de la India": "Nosotros sentimos que en la India tenemos un mensaje que traer al mundo. Creemos que hay para nosotros una misión que cumplir en los años venideros.

(1) Victor Hugo: «Noventa y Tres».

Pensamos que ese mensaje y esa misión son de carácter espiritual, sólo en lo que al mundo occidental se refiere. Creemos en un socialismo, pero en un socialismo de Amor y no de Odio, implantado por un espíritu de cooperación y no por métodos de rivalidad. Por eso opinamos que el nuevo Orden Social que todos, lo mismo en Oriente que en Occidente deseamos introducir, ha de empezar por el principio. No cimientos antiguos sino nuevos; los propios cimientos del orden — mejor lo llamaríamos *desorden* — antiguo han de quedar desechos. Alguien preguntará: ¿Y para qué desperdiciar las lecciones del pasado? ¿No ha de servirnos la experiencia de los días que fueron? Sí, por cierto. Por todos los medios ha de utilizarse la experiencia adquirida, pero como sabiduría almacenada y no en apresuradas deducciones derivadas de los hechos e ideas que son viejos prejuicios. En la India decimos "hacer añicos los antiguos cimientos" — sí, los propios cimientos. Son parte material, buena y cabal sustancia, cuando se los reduce a polvo, y entonces los podemos emplear para echar *una cimentación nueva.* Y sobre ella erijamos un templo, grande en su sencillez, glorioso en su ornato, al que puedan ir hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, todos por igual, de todas las nacionalidades y razas, a pedir, no su salvación personal, sino la utilidad de todos; no la conquista del cielo para los individuos, sino la conquista de esta tierra para el enriquecimiento de la raza a la que pertenecemos. Permitid que os diga que ansiamos ver en todos los países del mundo un gobierno legislador formado por individuos que sean servidores del pueblo; un Estado que sea expresión de la voluntad del pueblo, con gobernantes que sólo sean eslabones para la expresión de esa voluntad; en que la ley de la familia prevalezca, de modo que los jóvenes y los débiles, los ancianos y los desvalidos, los pobres y los

enfermos sean atendidos en primer lugar; en que la ignorancia se disipe ante la luz del saber y la pobreza no exista. La ley de este Nuevo Socialismo es: "De cada uno, según su capacidad; a cada uno, según sus necesidades". (1).

Y he aquí que el hombre moderno de la India trae al Occidente un mensaje que es la reproducción amplificada y rejuvenecida de la época védica. El mundo está enfermo por falta de corazón y de sentimiento. Los hombres se han olvidado de la naturaleza. Viven encerrados en recintos artificiales, peleándose y mordiéndose como jaurías hambrientas.

Hay que destruir las jaulas en que vivimos. Hay que volver a los espacios libres, a los campos y a los montes. Hay que *sentir* a la naturaleza en nuestros corazones y a nuestros corazones en la naturaleza. Seremos entonces buenos y puros y morales y nos querremos los unos a los otros. Y en los casamientos, las manos en las manos, el hombre tomará a la mujer y la mujer al hombre para su mutua felicidad y para que alcancen en sus mutuas compañías la edad provecta. Y el mentiroso y el falso y el avaro y el mezquino serán castigados, no ya por los dioses sino por las agrupaciones de los hombres buenos. Porque los hombres buenos — con el desarrollo extraordinario que han alcanzado en sus inteligencias y en las artes y con el corazón sano que volverán a tener en su contacto con la naturaleza — habrán comprendido que deben unirse en un espíritu de cooperación para la vida. Y prevalecerá entonces la ley de la familia y el socialismo del Amor, de que nos habla en su mensaje el indio nobilísimo.

ALBERTO BRIGNOLE.

---

(1) P. B. Wadia: «Un mensaje de la India» en *Revista España*, N.° 243.

TRIUNFO

Ha llegado hasta el puerto mi navío.
Venidlo a ver; su casco, sus cordajes,
Dirán, mejor que yo, cuántos ultrajes
Sufrió del mar y del tifón sombrío.

En mi pueblo natal levé las anclas
Una mañana al despuntar el día,
Una mañana de promesas francas
En que todo cantaba y sonreía...
El rosicler del alba en las barrancas,
Dentro del alma la esperanza mía,
El viento amigo entre las velas blancas...

Así cargado de marfil y oro
Partió mi barco sobre el mar sonoro.
Después... después la adversidad lo sabe;
Baste decir que fué lo menos grave
Tener que desprenderme del tesoro
Para salvar la vida de la nave.
Pero ha llegado al puerto mi navío,
Es esto lo esencial: llenad los vasos,
Bebed, reíd, danzad a todo brío,
Y en tanto giren los alegres pasos
Y el himno vibre en homenaje mío;
Anidado en las llamas de tus brazos
Dame ese vino, amor, que ahuyenta el frío.

Oro y marfil quitóme el mar bravío,
Mas siempre para tí, mi fiel amante,
Guardo en el alma un mágico diamante.

¡Ah, pronto!, pues, un alma inquieta llevo
Y en cuanto acabe de zurcir las telas
Y reafirmar los mástiles, de nuevo
Desplegaré mis errabundas velas...

... Sí, sí, mi bien, amo tu ardiente vino
Tu tibia paz, tu frente de asfodelo:
Cuando en la mar profunda peregrino,
Tu imagen es mi fuerza y mi consuelo.
Mas debemos cumplir nuestro destino,
Tú renovando el ansia de mi anhelo
Al fin de cada etapa del camino,
Yo buscando en el ámbito marino
Una mágica isla en cuyo cielo
Nunca apague sus lámparas el día,
Y donde juntas, cuando venga el hielo,
Vivan la eternidad tu alma y la mía...

José María Delgado.

Glosas del mes

La Exposición de Bellas Artes.

Suponiendo que, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre la Exposición Panamericana de Bellas Artes, un poco más no abultará mayormente, quiero yo también relatar las impresiones que he recibido durante una visita a la misma, accediendo de este modo a un honroso pedido de "Pegaso".



Entrando, y a cada lado de la puerta, dos cabezas en bronce. Una, el retrato del pintor Bazzurro, que a primera vista hace el efecto de una cosa buena, — me decepciona en seguida, pues el modelado un poco vulgar y la construcción mala, — las orejas están fuera de lugar, — quitan valor a ese trabajo. No encuentro en él, ni el cariño del que se esfuerza en tratar de hacer bien las cosas, ni la soltura espontánea y despreocupada del que sabe lo que hace. Noto, sí, un esfuerzo: pero disimulado bajo una aparente inconclusión, resulta falto de sinceridad.

La otra, una cabeza de joven pastor, me recuerda el cuello del luchador Raicevich, al que se le hubiera colocado una gran bola con diminutos ojos y una boca abierta...

Francamente, esas dos piezas no me satisfacen, aunque no dejo de notar en ellas un cierto carácter literario.

Ya en el salón, veo otra cabeza del mismo autor, un poco asimétrica y de una expresión estertórea que no impresiona, porque es cosa tan gastada que resulta vulgar.

El artista Falcini, — autor de estos trabajos, — milita en arte desde hace una docena de años: fué pensionado a Europa por su país y eso da derecho a pedirle mucho. Sin embargo, me da la idea de un artista que siente y aprecia muy poco el valor de la forma.

La expresión y el carácter de una escultura dependen de ciertos rasgos afortunados que raros artistas llegan a compenetrar y que no se consigue, abultando enormemente lo que la naturaleza crea proporcionado y elegante.

En el salón de la derecha, atraen en seguida mi atención, los cuadros de Cúneo, mal dibujados y de un color atrevido puesto a grandes planos poligonales. En ellos, y especialmente en el trazado de un estante de libros, hay defectos de perspectiva evidentísimos, además de algunos contrasentidos inexplicables, como, por ejemplo, la figura aquella de la muchacha construída a grandes planos y las letras diminutas pintadas sobre los libros, detrás de la misma... Si en ese cuadro, los detalles están permitidos, es natural no descuidarlos en la figura que está en primer término. A pesar de todo esto, este artista demuestra una arrogante valentía poco común, lo que hace esperar que una vez educada su cualidad esencial, Cúneo llegará a ser un pintor "e coi fiocchi".

En los cuadros de Méndez Magariños, el retrato de un pintor no es del todo malo; lo restante no me gusta. Evidentemente, le falta a Magariños la cualidad de Cúneo.

No soy de los que creen que el arte debe concretarse a copiar exactamente la naturaleza: más bien, comprendo que debe buscarse su interpretación; pero de interpretar a falsear y afear la misma, hay mucha distancia, y, precisamente lo último es lo que consigue hacer el que quiere interpretar lo que no conoce más que superficialmente. Esto lo vienen demostrando en nuestro país numerosos pintores y escultores, que más que la naturaleza, han estudiado y adoptado teorías importadas bajo rótulos famosos, de París especialmente. A tales artistas, yo los clasificaría entre los profetas, no por el sentido verdadero de la palabra, sino por la analogía que tienen con los que predican siempre lo contrario de lo que pasará, y que para mayor desgracia se autosugestionan con sus propias profecías. Así amontonan caprichosamente colores estrafalarios y masacotes de barro, y ven en eso la expresión de cosas que sienten interiormente, a la par de los alucinados, que ven como una realidad exterior, lo que solamente pasa en sus cerebros. Creen de buena fe que ese será el arte del porvenir; y lo peor del caso, es que pretenden que otros no sugestionados, comulguen con ellos en sus mismas extravagancias...

De Carmelo Arzadún la Exposición muestra varios paisajes, y convengo en que se puede diferir de criterio con este artista, pero no negarle méritos; tiene colorido y técnica no vulgares; y, sobre todo, tiene una consciente seguridad de lo que hace.

Hacia el fondo del salón hay un retrato por Blanes Viales, que denota en seguida un defecto de perspectiva en el sillón en que está recostada la figura del doctor Mezzera. La cabeza es expresiva y bien hecha; el cuerpo no está obtenido del todo; las manos no guardan relación con la cara. Además, falta color; pero pienso que a quien mucho hace, mucho se le puede disimular, y los soberbios paisajes del mismo, que he visto en el Museo de Bellas Artes, perdonan bien un retrato flojo...

Más cerca, en otra pared, los proyectos de Puig y Pena para el decorado de la Facultad de Medicina. Puig es superior a Pena en

dibujo y color. Una vez desarrollados en grande dichos bocetos, veremos lo que quedará de ellos. "Al tempo l'ardua sentenza".

En medio del salón, una cabeza de Michelena. También tiene Michelena en otra sala, una cabecita de niña que me gusta, y en la sala en que estamos, la misma cabeza, pero más flaca e inconclusa. La cariátide y la estela funeraria del mismo, me parecen cosas demasiado desabridas...

Tanto Falcini como Michelena y otros escultores que conocemos, han adoptado en su modelado la técnica de la "pelotita"... ¡Lástima que no sea un invento!

En la sala del medio, veo muchos cuadros: entre ellos varios interesantes: otros mediocres, y algenos malos. En los de Bazzurro noto dibujo escaso, colorido vulgar, y, sobre todo, una no sé qué torpeza, que no sabría si fué buscada a propósito... Humberto Causa, parece empeñado en imitar a los pintores de liso, con sus tonalidades y su dibujo simplificado.

Entre los paisajes de esta sala hay, algunos desconcertantes: recuerdo un ombú, al parecer cargado de repollos... Frente a este fenómeno, cabe mejor la opinión de un ingeniero agrónomo, que tal vez pueda señalar sus causas probables...

El paisaje "Un patio", de Marchetti, es lindo y sincero. Un carbón de un alumno del Círculo de Bellas Artes me detiene un momento... La medalla con figuras epigcias de Pose es interesante.

La placa a Martí del escultor Barbieri, vista de cerca, me decepciona un poco. Del busto de Rivera, de José Luis Zorrilla de San Martín, me gusta la cabeza: el traje del mismo, da la sensación del algodón en rama: y el cuello..., ¿qué medida tenía?... ¿Hay algún dato antropométrico al respecto?...

De la señorita Lila Pujadas, no hay en la Exposición nada comparable con la cabeza de Amado Nervo de la misma. Con esto no quiero decir que aquélla sea una maravilla...

En otra sala encontramos dibujos de Aguerre, que agradan fácilmente. También hay alguna otra cosa interesante: un pastel de Metallo, joven que demuestra amor y disposición.

Más allá están las intrincadas formas de pensamiento, a las que Radaelli atribuye un valor simbólico... Como se trata de espiritualidades abstractas, renuncio a descifrarlas porque no las entiendo. Sin embargo, confieso que me interesan, porque Radaelli dibuja bien y escribe mejor.

Mirando los trabajos decorativos de Marchetti, que son lindos y bien hechos, vuelvo a sentirme en el local de la Exposición. Grabados en un friso de mayólica dos gallos que riñen, tienen un plumaje de gran finura, pero las cabezas son gruesas y, carecen de la expresión aguileña y bravía que tiene el gallo.

Los dos proyectos, una balconada barroca bien caracterizada y un vitreaux para farmacia bien compuesto, pero un poco "frastagliato", en sus particulares, — son del mismo autor y merecen la misma atención.

En la sala de los extranjeros, hacinadas las unas sobre las otras, para que todas puedan aprovechar la luz cenital que fluye abundantemente, y para que al mismo tiempo se hagan buena compañía, están las obras de los americanos que concurrieron a la Exposición.

De los argentinos, mucho y bastante bueno. Paisajes muy lindos de Malinverno y algunos otros; y también algunos otros, bastante pobres. El cuadro de Quirós "El privao" me gusta mucho, aunque en ciertas partes se nota un poco atormentado: — a pesar de todo, se trata de una obra notable.

Los cuadros de Christophersen, una acuarela y unos desnudos de mujer, me gustan. En el otro cuadro de Quirós, el fondo es lindísimo, aunque en el primer plano, a la derecha del visitante, aquel desnudo de mujer tiene la espalda izquierda mal construída, y falsa la línea que baja de la misma a la cintura...

Voy hasta el rincón de la Sala donde llama mi atención una cabecita en mármol: verdadera preciosura de expresión y de labor: la mejor escultura entre todas las que he visto allí dentro. Su autor es Hugo Bassi. Tan linda es esa cabeza, que dan ganas de decirle el clásico: "¡parla!". Como está colocada en un rincón, no se la puede ver más que de frente.—Bien hecho: se lo merece... porque miren ustedes que presentar algo bueno y bien hecho a estas alturas...

En la mitad de la pared final está el gran retrato de Amado Nervo del pintor mejicano Rojas. El poeta aparece sentado sobre "la montaña augusta de la serenidad", aunque, en verdad, nosotros lo vemos resbalarse por las laderas de la misma...

Mediocremente dibujado, con una mano defectuosa, pobre de colorido, aceitoso y alisado, tiene empero, unos ojos muy expresivos y de un gran parecido.

La rubicunda cabeza de viejo con chaleco rojo, de Angamuzzi, es linda por su colorido fresco y su factura leal, pero el brazo desdibujado le quita méritos...

En un rincón, a la izquierda, y detrás de una cabeza, "Quietud", que no es mala, hay algo "incomprensible" y muy "raro". Lo dice el autor y es suficiente...

También hay otras cosas buenas: de Parpagnoli, Delgado, Roustand, Camiloni, Christophersen.

"El pequeño artista" de la señorita de Mac-Coll, me sorprende por la precocidad del niño, que modela mejor que su autora: esto lo declaro sin parcialidad y sin mala intención.

Al salir de la Exposición doy una última mirada a la "Blanquita" de Hugo Bassi, y me voy pensando en una porción de cosas...

Intento definir mi impresión de conjunto y no se me presenta más que una frase popular y apropiada al caso: "No son todos los que están, ni están todos los que son". Desde luego, ya se sabe que hay de sobra y que faltan muchos.

Un desconocido que pasa a mi lado y parece adivinar mi pensamiento, se me acerca y me dice al oído:

"... Aquí, en Montevideo, todo esto se ha vuelto un campo de Agramante en el que los artistas se pasan tirando barro de la calle unos a otros, y, naturalmente, no les queda tiempo para el estudio...

"En vez de guardarse mutuamente el respeto y la consideración que se merecen quienes tienen el mérito de actuar en el campo del arte con más o menos talento y fortuna, para llegar a conseguir el respeto y la consideración del público, tratan más bien de desacreditarse ante el mismo, que concluye por despreciar a todos, como ha sucedido..."

El ignoto amigo se aleja como hombre seguro de lo que dice y no espera mis comentarios, dejándome desilusionado y convencido.



Dejo así traducidas mis impresiones personales, que quizás duelan, porque "la verdad es como las rosas: tiene espinas", pero me resta la convicción de haber sido sincero.

Edmundo Prati.

Salto.

Bibliográficas

El salvaje.—Cuentos por Horacio Quiroga.—Buenos Aires. 1920.

No podríamos afirmar si este nuevo volumen del gran literato uruguayo sobrepasa su labor anterior. Hay cosas en "Cuentos de amor, de locura y de muerte", en "Historia de un amor turbio" y en "El crimen del otro", que difícilmente serán superadas; sin embargo, puede decirse sin ambages que este libro es digno hermano de aquellos que han colocado a Quiroga, según el juicio unánime de la alta crítica, entre los primeros cuentistas contemporáneos.

Revélase netamente la amplitud del autor en la manera maestra con que aborda los temas más desemejantes y en su falta de afiliación doctrinaria: así se le ve saltar de la narración picaresca hasta aquella que, como "El salvaje", parecerían ser del dominio exclusivo de la literatura épica, lo mismo que pasar del cuento brutalmente realista, hecho a base de impresiones fotográficas, hasta aquel en que la fantasía galopa libre de toda traba.

Hay quien preferiría verlo siempre escribir alrededor de motivos selváticos, los que, sin duda alguna, son los que han consolidado su prestigio de maestro, y en los que no tiene ni el más remoto parangón dentro de la literatura americana. Pensar de esta manera es desconocer con injusticia notoria el arte del autor para desarrollar finos problemas psicológicos, para hacer vibrar las más sutiles cuerdas sentimentales o para narrar tonterías encantadoras, derramando tanto sprit como cualquier famoso hijo de Francia.

Sentimos un buen horror por los espíritus unilaterales. Eso que algunos críticos exigen a toda obra, la unidad, nos parece revelar una inferioridad espiritual, o por lo menos, un organismo cuya sensibilidad no puede ser impresionada más que de un modo determinado; y considerar como una virtud fundamental el seguir una senda fija y única nos parece no sólo tener una mezquina idea del arte, sino una falsa concepción de la naturaleza.

Quiroga es, como debe ser, un espíritu múltiple y capaz de reaccionar a las solicitaciones más diversas. Por sus libros pasan el hombre de salón y el mensú semibárbaro, emociones primitivas y supercivilizadas, ambientes de bosques y ciudades...; pero, eso sí, en cada uno de sus relatos, hasta en los más fantásticos, hay una fuerza de vida, una sensación de realidad, que únicamente es posible encontrar en los grandes maestros.

Es seguro que cuando nos pinta al hombre terciario enhorquetado sobre una rama, o cuando describe aquella extraordinaria peregrinación nocturna de elefantes, los ve nítidamente, y hasta siente el terror del hombre primitivo al ver acercarse una fiera o el espasmo de aquella arbitraria y pequeña Berenice quemada en hora y media por el incendio de una pasión.

Se reprocha a Quiroga que no cultive el estilo y, efectivamente, el autor de "El salvaje" no es, por fortuna, un estilista, siempre que por esto se entienda, como lo cree la generalidad, que el primor del envase es superior a la bondad de la mercancía. Es claro que en un medio hipnotizado por la farolería palabrera parezca violento un hombre que va derecho al fin que se propone, sacrificando hasta la venerable sintáxis para revelar con más nitidez un pensamiento o para subrayar una impresión. ¡Cuánta falta nos haría unos cuantos artistas como estos para curarnos de esa fiebre por la frase primorosa, que muy frecuentemente es sólo admirable recurso para simular lo que no se tiene; afeites y pinturas para ocultar lamentables indigencias, nada más....

Estamos absolutamente convencidos de que Quiroga y Florencio Sánchez, con toda su despreocupación por el lenguaje, perdurarán mucho más tiempo que otros a quienes el cultivo de la forma dominó hasta la esclavitud y a los que hoy se les rinde el tributo de una ilimitada admiración. — **J. M. D.**

El Secreto Doliente. — Poesías por Enrique Bianchi.—Montevideo. 1920.

Hay en el autor un poeta no bien personalizado todavía; cosa, por otra parte, imposible de exigir en quien recién se inicia.

Los "Versos de Amor y de Tristeza", que forman el primer capítulo del libro, son correctos, revelan una indiscutible habilidad en la técnica, pero le faltan valores expresivos, vigor de alma; y esto porque el autor parece escribir más obedeciendo al influjo de sugestiones literarias que al imperio de sus propias emociones.

En donde Bianchi se revela un lírico de porvenir es en "Impresiones artísticas", hechas con más sentido de la realidad, aunque también aquí resalta la influencia de otras liras, sobre todo la de Villaespesa, el que, salvo los respetos, nos parece un pernicioso maestro.

Resumiendo: un libro de iniciación, de forma pulcra y, con frecuencia, elegante, muy promisor, sin duda, pero que, por el momento, nos retrata a un alma más sugestionada que sugestiva.—**J. M. D.**

Canciones de mi casa, por Alfredo R. Bufano. — Buenos Aires, 1920.

Alfredo R. Bufano es un poeta familiar, dulce, sencillo, cristalino. Sus versos tienen emoción, suavidad, candor, transparencia.

Sin embargo, a Alfredo R. Bufano le falta mucho para ser un verdadero poeta.

"Canciones de mi casa" es un libro lindo que tiene graves fallas.

Los versos son a veces vulgares y prosaicos, la rima es defectuosa y en ocasiones "demodée", los motivos y las metáforas se repiten con pobreza, el autor parece que no conoce hondamente su arte. Y ya se sabe que no puede dejarse librada una obra de belleza a quien concibe y realiza por intuición solamente...

Pero todo ello no alcanza a restar la suma de juventud, de idealidad, de corazón, de anhelo promisor y de afán esperanzado que se levanta de este hombre sin complicaciones, con el esfuerzo fácil del ala o de la llama.

Por eso decíamos que es un libro lindo...

Bufano ha hecho con este libro una labor insegura y desigual, que en algunas páginas decae tras el surco humilde de Evaristo Carriego, e sigue el vuelo breve de los gorriones traviesos de Fernández Moreno... y que en otras, adquiere el relieve de las cosas propias, cultivadas y cosechadas en su jardín, con el cuidado amoroso y romántico de su espíritu.

"La invitación a la siembra" tiene demasiada similitud con "La invitación al hogar" del "Intermedio provinciano" de Fernández Moreno...

Por lo demás, las inquietudes de la vida casera, el amor de la esposa, la sobremesa familiar, la cocina florida, la llegada de los hijos que ríen o lloran,—todos los matices del hogar—surgen anegados de ese perfume ensoñante de los jazmines del país...

Esta poesía doméstica,—sin alto vuelo pero con honda emoción,—no deja de dar una nota bellísima en el desorden multicolor de la poética novecentista. Es cierto que no todos la sienten, y que su técnica, a fuerza de sencillez, es más compleja y difícil de lo que parece. Bufano tiene amor por ella, pero casi siempre se vuelve afectado o vulgar...

Le falta todavía el dominio cierto de las emociones y de las expresiones: tiene que redimirse aun de muchas cosas: necesita hallar el alma y el sentido apropiado para determinar exactamente las bellezas que lo rodean: ha de saber situar y expresar bien sus versos, que deben ser en el fondo y en la forma simples momentos emocionales fijados para la vida entre el montón de las palabras rítmicas...

El poeta tiene en sus manos la explotación de una veta de oro, que otros perdieron antes de tiempo, pero ha de entrar en ella, — no con intuición sino con dominación,—y esto debe conquistarlo estudiando, reformando, mejorándose...

A su juventud idealizadora confiamos la empresa de floridos nardos que promete.—**T. M.**

Modos de ver, por Martín Gil.—Cooperativa Editorial.—Buenos Aires. 1920.

A trueque de que alguno nos tome como espíritus fácilmente conquistables por los superlativos, vamos a decir que en Martín Gil, el

popular astrónomo de Córdoba, hay un formidabilísimo literato. Y es su literatura de las buenas (de las buenas a nuestro juicio): de esas sin cold-cream, ni lentejuelas, ni faramallas. Al pan, pan, etc. Decir las cosas bien y con pocas palabras. ¡Qué ejemplo de estilo animado! ¡Qué desbordar de luz, de líneas y de color! Sus acuarelas de la Pampa (tipos y paisajes), son admirables. "Modos de ver", no es un libro nuevo, pues que en 1903 apareció el tiraje inicial. Se trata de una reedición. Pero valiosísima, justificada. Porque libros así resultan un oasis. Como en el cuadro "Las hilanderas" de Velázquez, se puede afirmar que el aire circula entre las figuras. La sugestión de la naturaleza es tan grande, que nos creemos en el campo libérrimo, aunque nos hallamos sumidos en la atmósfera mefítica de un mal café de barrio. Y Martín Gil tiene gracia, es decir: humorismo. ¿Hemos dicho humorismo? Definamos esta condición espiritual como lo hace González Blanco: amalgama de genio cómico y de genio trágico. Es decir, que si nos reimos nos reimos con gravedad. Y no se crea que vamos a apurar la paradoja. Si nuestro temperamento no nos llevase a lo "personal", si no estuviésemos persuadidos de lo estúpida que es la imitación (estúpida por vana), nosotros, al pintar el campo, copiaríamos los procedimientos peculiares de Martín Gil (pero, lo fundamental, la esencia, en este caso, como en infinitos otros, ¡ay! es inasequible). A veces, el autor cuenta pequeños episodios, andanzas pintorescas. A veces, surge el astrónomo que divulga ciencia, haciendo dialogar artísticamente a la tierra, y el sol, y la luna... Pero siempre hay un literato. Un literato sin afectaciones, henchido de naturalidad. Y es este su encanto. ¿Castizo, en el sentido que le dan a este vocablo los "puristas" de América?... No. Castizo en cuanto hay de esencial y racial. Claro, con la claridad evocadora de una noche de luna. Diáfano, como el raudal cristalino que se desborda por las vertientes de sus montañas nativas. Siempre ameno, siempre grato. No podemos contener nuestro entusiasmo. Hasta advertimos que estamos glosando con una espontaneidad que no es nuestra espontaneidad y un estilo que dista un poco de nuestro estilo. ¡Contagio! Contagio, sin duda. Temeríamos defraudar al lector que busque el libro, inducido por nuestro entusiasmo. Bien saben los que gustan de esta sección que no siempre pecamos de lisonjeadores y de amables. Mucho de extraordinario debe haber en este volumen, cuando corre, con un dinamismo inusitado, nuestra pluma premiosa. Acaso sea que "Modos de ver" coincide en algo con nuestros modos de ver o con lo que nosotros quisiéramos que fueran nuestros modos de ver. En fin, para perpetuidad (y cordialidad) de la especie, no todos los gustos son iguales. Tal vez alguien repute sandio este libro que a nosotros tanto nos satisfizo. — **V. A. S.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernández Saldaña José M., Colonia 1810.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Luisi Luisa, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.
Rossi Santín C., Colonia de Alienados, Santa Lucía.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



JUNIO DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO III.
N.° 24



COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — José M. **Fernández Saldaña.** — Pedro **Figari.** — Emilio **Frugoni.** — Luis A. **de Herrera.** — Juana de **Ibarbourou.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Raúl **Montero Bustamante.** — Adolfo **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.** — Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pí.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Alberto **Zum Felde.**

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 á 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó. Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

[illegible]

CAJA DE A[illegible]

Abona por los d[illegible]

[illegible]

CALLE [illegible], [illegible], 1130 y [illegible]

[illegible]

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Julio de 1920. Núm. XXIV.—Año III.

LA GRANDE INDUSTRIA MODERNA

Partiendo del concepto de que "la mente es orden, es método", y afirmando que la labor literaria de Fogazzaro, de Pascoli, de D'Annunzio, evidencia "la poca claridad íntima" de estos escritores, el crítico y filósofo italiano B. Croce los llama "industriales de la grande industria moderna del vacío. Además, al último, en razón de sus variadas posturas intelectuales, lo califica de "histrión literario".

Los que han estudiado "La Etica", de Spinoza, recordarán que para el pensador holandés, el orden y el desorden son conceptos humanos. El nos hace notar la superficialidad de los que creen que existe un orden en las cosas, cuando todavía ignoramos las cosas y su naturaleza; como si el orden correspondiera a algo real en la naturaleza.

Imaginan las cosas — dice Spinoza — en vez de comprenderlas; olvidan que la perfección de las cosas sólo debe ser estimada según su naturaleza y su potencia.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Junio de 1920. Núm. XXIV.—Año III.

LA GRANDE INDUSTRIA MODERNA

Partiendo del concepto de que "la mente es orden, es método", y afirmando que la labor literaria de Fogazzaro, de Pascoli, de D'Annunzio, evidencia "la poca claridad íntima" de estos escritores, el crítico y filósofo italiano B. Croce los llama "industriales de la grande industria moderna del vacío. Además, al último, en razón de sus variadas posturas intelectuales, lo califica de "histrión literario".

Los que han estudiado "La Etica", de Spinoza, recordarán que para el pensador holandés, el orden y el desorden son conceptos humanos. El nos hace notar la superficialidad de los que creen que existe un orden en las cosas, cuando todavía ignoramos las cosas y su naturaleza; como si el orden correspondiera a algo real en la naturaleza.

Imaginan las cosas — dice Spinoza — en vez de comprenderlas; olvidan que la perfección de las cosas sólo debe ser estimada según su naturaleza y su potencia.

En efecto; de la idea helénica de Cáos, puede decirse lo propio que de la idea neoplatónica de Dios: en él estamos, vivimos y nos movemos.

El caos está en nosotros y fuera de nosotros. Nuestra pedagogía, nuestros métodos culturales, nuestras disciplinas científicas, sólo son arbitrios para poner un poco de orden en las cosas que nos interesan, para sistematizar cuanto nos concierne.

De esta guisa limitamos artificialmente los elementos, los cuerpos, los fenómenos, el mundo; construímos religiosa, artística, científicamente el Universo, en concordancia con el "gusto" cultural del siglo, y las variantes que aquí y allí introduce nuestro ingenio personal. Mas, el Universo que, con tales concursos nosotros construímos y amueblamos, no es la realidad universal, como la selección de episodios personales que forman una biografía no constituye la historia integral del biografiado, ni la *summa* de las historias y de las ciencias de una civilización es la Historia Universal.

El caos externo, cósmico, no se pone en orden por el simple hecho de que nosotros pongamos motes a los astros, midamos sus masas, establezcamos sus órbitas, concertemos matemáticamente el mecanismo de relojería de los sistemas astrales; y al apenas explorado gran todo lo llamemos Universo. Como el caos interno, la nebulosa mental que fosforece en lo más alto de la vía láctea cerebroespinal no se vuelve luminosa, distinta, coherente, no unifica sus multiplicidades psíquicas, porque la llamemos "mente", "intuición racional", "inspiración" o "númen vital".

El orden, la claridad interna, la potencia coordinadora, sistematizadora o creadora, es un *desideratum*

ético, una aspiración filosófica, un accidente feliz, no una realidad anímica, vulgar.

La actividad cerebral es espontaneidad, sucesión, continuidad psíquicas, ora en una dirección, ora en otra; con frecuencia contradictoria, si los estados emocionales la mueven a ello. Pensar, imaginar, son funciones inconscientes como respirar, como digerir.

Sólo en algunos cerebros excepcionales, ayudados por un temperamento filosófico, la función pensante se eleva de inconsciente a consciente, de sentimental a lógica, de arbitraria a sistemática.

Empero, aún en estos cerebros metafísicos, la ignota surgente de las energías psíquicas, asimilable a las corrientes eléctricas, que mediante hilos sutilísimos encerrados en redomas de cristal se truecan en luz, como aquéllas en imágenes y en ideas, no se explica ni se domina a voluntad. Como el viento, como la electricidad, ignoramos de dónde proceden y a dónde van. No sabemos suscitarla ni podemos detenerla. Si no estamos atentos a los mensajes intuitivos que traen en sus ondas, éstas pasan sin que nuestra conciencia los perciba y registre.

Si el filósofo Croce objeta que él entiende por "mente" lo que otros llaman "razón", entonces destaca de la totalidad mental un estado especialísimo de la misma, y lo convierte en representación simbólica de todos los estados mentales.

Si es así, tiene mente, es decir, razón, pero su mente sólo es la cúspide de la montaña, el eje de la rueda, el núcleo consciente, radiante de la nebulosa mental. Si trueca la mente en sinónimo de atención, de enfoca-

miento crítico de concentración analítica, entonces hace de un momento singular la medida de todos los momentos, de una fugaz y en ocasiones magistral contracción de esfuerzo, el estado normal, habitual.

Con tal "mente" puede juzgar las obras de los cerebros similares al suyo: críticos, pensadores, filósofos: esto es, las inteligencias discursivas, sistemáticas, unánimes.

Para apreciar la genialidad de los cerebros de alta presión emotiva, sentimental o imaginativa, debe dejar de lado tal criterio y la concepción simplista del espíritu que dicho criterio entraña. Debe emplear una sonda mayor, susceptible de ahondar más en lo inexplorado de la subconsciencia creadora, en los arcanos con frecuencia contradictorios, de la personalidad genial.

Que algunos genios literarios o poéticos sean variables, contradictorios, no es motivo para considerarlos "insinceros" o "histriónicos". Por el contrario, si fueran menos geniales, vale decir más *cuerdos,* les sería fácil aparentar la coherencia que no sienten y que su sinceridad les impide realizar en los personajes de sus obras o en la índole de sus poemas.

Parecen insinceros porque ascienden a latitudes superiores de sinceridad; parecen histriónicos, mas, como los niños, cuando jueguen a serlo.

Existen ingenios en los cuales la multiplicidad psíquica se manifiesta en formas visiblemente *multánimes.*

¡Cuánto más honda la intuición de Bergson: *¿Somos uno, o varios?*

Somos varios en uno.

ALVARO ARMANDO VASSEUR

POR ESO

(Del libro «Jacinto», próximo a aparecer.)

Era pálido y bello como un astro lejano
clavado en la penumbra de un horizonte arcano.

Los ojos eran lagos pensantes y alargados,
de espesos juncos negros y oro, circundados.

Las manos dos arañas de marfil nostalgioso,
que me tejían las mallas de un sueño prodigioso.

La cabellera negra, ondulada y fragante,
tenía el profundo encanto de las selvas distantes,

y vivos lampos de oro corrían por sus ondas
cual víboras eléctricas entre la espesa fronda.

Era joven. Y bello. Y triste!... Le adoré!
Y un día, codiciosa, me lo robó Ananké!

De entonces, por la vida, me alargo tras su sombra
y aunque el labio está mudo, mi corazón le nombra,

y en busca de mis huellas también su sombra vaga,
quemada por la brasa que ningún agua apaga!

Las manos están lejos, mas, las almas se enlazan
en redes imposibles que burlan las distancias.
Se saturan los días de lejanas fragancias...
Sus esponjas de olvido por nuestras vidas pasan

la ausencia, y los amores, y el tiempo, en vano em-
[peño!
¡El sueña con mi boca! ¡Yo, con sus brazos sueño!

Y él nunca será mío; yo nunca seré suya!
Por eso no habrá fuerza que nuestra unión des-
[truya.

¡El nunca será mío!... Yo nunca seré suya!...
Por eso él es tan mío! Por eso soy tan suya!

LAYLY DAVERIO.

Tres mil siglos de modas femeninas

(Conclusión)

Pero volvamos a Francia.

Cae el imperio en la estruendosa derrota de Waterloo y la chatura reemplaza a la magnificencia; gobiernos aburguesados y roñosos dan el diapasón de 1815 a 1830; modas horribles sientan sus reales en Europa; los aforismos de Mr. Prudhomme no pueden convivir con la elegancia y la gracia; durante los 15 años de la Restauración no surge una idea, no brota una inspiración. Pero no es sino un compás de espera.

Parecería que del humo de las barricadas de 1830 surgiera, cual Venus de las ondas, la delicada moda que la "Boheme" de Puccini ha popularizado y hecho admirar en las apasionadas notas que gorjean Mimí y Musette, con loca imprevisión y ardiente sed de vida.

Hasta 1850 veremos reinar la graciosa capota, las mangas abullonadas, los altos peinados, los tentadores lazos tan certeramente designados "sígueme pollo" por nuestras abuelas; pero toda medalla tiene su reverso y esta moda, que tanto favorece a la mujer espigada y de cimbreante talle, resulta horrible cuando un Daumier, con lápiz implacable, nos la muestra llevada por una venerable matrona.

De entonces a acá será Francia la reina indiscutida

de la moda; sus fantasías hermosas o extravagantes serán copiadas, nunca discutidas.

El segundo Imperio, ocasión propia de fáciles fortunas, época brillante de ficticio esplendor, con su ruidosa y corrompida corte ávida de placeres, con sus turbios banqueros y sus militares más llenos de audacia y coraje que de robusta preparación, hace renacer una moda, en sí ridícula, pero salvada por la esplendorosa belleza de Lola Montes, de la condesa Potocky, de la emperatriz Eugenia.

El miriñaque, nieto del guarda infante, deforma y perturba la armonía de las líneas femeninas; grotesco y "encombrant" no encontrará quien lo defienda. Feo y ridículo, consigue hacerse perdonar cuando es llevado con elegancia y distinción. ¿Qué mejor lo prueba que esta reencarnación de un cuadro de Winterhalter por un grupo de gentiles niñas bien conocidas de ustedes?

Pero está dicho que el traje femenino debe oscilar siempre entre las siluetas del paraguas abierto y la del paraguas cerrado: periódicamente asiste el mundo a estas alternativas del sístole y del diástole de la pollera.

Del año 1870 al 1880 los vestidos se estrechan inverosímilmente y los sombreros se achican hasta el extremo.

Pero, ¿qué vemos? ¿Qué es esa protuberancia cuyo volumen va creciendo hasta dar a las más graciosas mujeres el perfil archi-calípigo de la Venus Hotentote?

Ese es el Polizón. ¿A qué oscuro móvil obedeció tal aditamento? ¿Qué misteriosas razones tuvo la mujer para considerar al polizón como condimento de su natural belleza?

¡Qué bien se explica el asombro de este ingenuo gaviero al tropezar con esa "última moda" después de un largo viaje!

Diez años duró su reinado, diez años que debieran borrarse de la historia, como hacían los maestros del tiempo de Carlos X con la Revolución Francesa y las campañas de Napoleón.

Desde esa época nuevas corrientes modernizan las creaciones de la moda. La intromisión del arte y sobre todo de los artistas, bajo el impulso de William Morris, de Ruskin, de Falize, de Gallé en todas las manifestaciones de la vida, la preocupación de dar un tinte de real belleza a todo lo que nos rodea, da a la moda una orientación visible.

Poco a poco la silueta femenina normal va desprendiéndose de todo lo que la afea y deforma; la vulgarización de los ejercicios físicos exige una flexibilidad incompatible con las rigideces del miriñaque, de los corpiños Luis XIV. Hay aún muchas exageraciones, casi diría aberraciones; pero en medio de las ridiculeces, de los traspiés, se nota un anhelo de respetar la forma, de dar libre expansión al funcionamiento armónico del cuerpo femenino, que nos garantiza — hasta cierto punto — una futura moda que satisfaga a la vez el ideal estético y el anhelo higiénico.

La democratización de la moda es un nuevo factor de progreso. Si bien es cierto que los "modelos" quedan reservados a las privilegiadas de la fortuna — no siempre, y por suerte, privilegiadas de la hermosura — las copias aún inhábiles realzan tipos de mujeres que justifican la fama de que gozan nuestras compatriotas.

Y ya que hablamos de modelos, no quiero dejar de presentarles al más conocido de los árbitros de la moda, Madame Paquin, cuyos talleres en París son una fiesta para los ojos. Allí, en un ambiente de exquisita elegancia, en pequeños salones, cuyo decorado da un marco apropiado a los matices de las telas y a las líneas de los trajes, pasean en interminable ronda los

modelos, los "mannequins" en jerga parisiense, muñecas vivientes, en cuya mirada más de una vez se sorprende la expresión de rebeldía por el rol a que están sujetas. Ellas, jóvenes, hermosas, en las que el traje luce porque son tales y que al rato tendrán que dejar, como si salieran de un ensueño de cenicientas, para endosar el raído vestido que mal las defiende del frío y de la lluvia.

Para esas no hay premios a la virtud. ¡Cuántas luchan y mueren de miseria, abandonadas, solas en el infierno parisiense, teniendo que optar entre el hambre y el olvido de sí mismas, obligadas a decidirse entre un camino sembrado de espinas y una vía cubierta de flores, entre chapalear en el lodo con suelas agujereadas y marchar en automóvil envueltas en costosas pieles, aún a costa de un porvenir incierto y doloroso!

Para ellas es siempre cierta la vieja frase: ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa... y tiene un poquito de vergüenza!

Reanudemos nuestro tema. Lentamente, en plena paz, invadido el mundo por una corriente de solidaridad humana, de un internacionalismo creciente, olvidando cuán graves problemas se agitan bajo una corteza de frívola apariencia, transcurren los primeros trece años de este siglo.

Llegamos a 1914. Un lúgubre tañido de rebato suena bruscamente; la vida de la Humanidad parece, estremecida, detenerse un instante. Una nación, grande por su número, grande por la tesonera laboriosidad de sus hijos, grande por sus progresos vertiginosos, pero viciada hasta la médula por una secular enseñanza de megalómana egolatría, lanza al mundo civilizado un desafío soberbio.

¡Deutschland uber alles!; "Alemania sobre todo", "los tratados son andrajos de papel", "la necesidad

no reconoce ley'', son tres afirmaciones con que se abofetean los principios éticos que penosamente han conquistado los hombres en siglos de lucha por la Libertad y el Derecho.

Cual nueva horda de Hunos. su formidable máquina guerrera se desploma sobre la pacífica Bélgica, culpable de no vender su honor al precio de su tranquilidad.

En ese momento, Francia, la dulce, la sabia, la libre Francia, como si quisiera con gesto heroico derrumbar la leyenda de su corrupción y de su decadencia, se yergue cual leona que defiende sus cachorros. Sus ciudadanos, inermes muchos de ellos, vuelan a la frontera; en una retirada asombrosa, en la que palmo a palmo hacen pagar caro al invasor sus progresos, demuestran, una vez más, que Francia vive, que Francia vivirá, para ser una vez más la guía y renovadora. Cuando la Humanidad acongojada vela sus ojos para no ver lo que supone irremediable catástrofe, un hecho inesperado, pero lógico al fin, cambia la faz de las cosas.

¡No pasarán! y las aguas del Marne, idílicas ayer, trágicas hoy, señalan definitivamente la frontera entre la civilización y el kaiserismo, despotismo cruel y bárbaro, que aprovecha el Viernes Santo para bombardear las iglesias de París, en las que una multitud de mujeres y niños ora por la salvación de los que luchan en el frente de batalla!

Desde entonces, ¿quién puede pensar en las frivolidades de la moda?; las ondulantes y vagas concepciones de estos cuatro años son la más clara demostración de que móviles superiores absorben la mentalidad femenina.

¡Y cómo no ha de ser así! Mientras se arrojan a la hoguera sus padres, sus maridos, sus hijos, la carne de su carne, las mujeres, con una profunda intuición

de su misión social e histórica, asumen las responsabilidades de la vida nacional.

Francesas, inglesas, belgas, italianas, americanas, no titubean en destrozar sus manos en los trabajos más rudos y pesados. Saben que por ellas y para ellas luchan y mueren los hombres en el frente; saben que por ellas y para ellas deben entregar sus energías, su voluntad, su vida misma, para que no sea estéril el cruento holocausto con que tal vez por vez postrera los hombres se inmolan en el altar de la Libertad.

Pero de todas las transformaciones que la mujer actual debe a la guerra, ninguna tan grande, tan austera, tan noble, tan dulce, como la que la ha llevado a aportar el bálsamo de sus consuelos a los caídos en defensa de sus ideales.

Anónimas como millares, mártires sublimes como Miss Cavell, es en esta faz de sus actividades que ellas cristalizan todo lo más generoso que encierra el alma femenina.

¡Enfermera!: ese es el traje, ese el uniforme que personificará la mujer de la guerra.

Queden las creaciones de la moda, para los días de paz, para aquellos que se nos anuncian como promisores de redención de las injusticias sociales, para el momento que las artes en pleno florecimiento vuelvan de nuevo y eternamente al ritmo que marque la ascendenie espiral de un perdurable progreso.

Para entonces la mujer, libre su alma de dolores, tranquila y feliz, volverá a ser el fin y motivo de la adoración masculina, reciamente ganada, porque fué sublimizada por sus lágrimas y glorificada por su sacrificio!

AUGUSTO TURENNE.

EL ENIGMA

Yo busco en mi cerebro la forma que mejor
exprese este poema de más dolor que amor
que no he dicho hasta ahora y acaso no diré.
Si un día, ebrio de ciencia, mi cabal pensamiento
queda opreso en mis manos como un ave, mi acento
será un vuelo, un suspiro, la sombra, lo que fué...

Porque la suma ciencia debe estar en la Muerte.
El sentido del mundo será en ella más fuerte
y la vida se hará clara como un cristal.
¡Oh, los ojos abiertos de los que están muriendo!
¡No hay asombro más grande ni hay horror más tremendo!
El adiós a la vida debe ser colosal.

¡Y con qué indiferencia vemos pasar las horas!
¡Corazón, tú no gozas! ¡Corazón, tú no lloras!
—Gozar siendo la vida tan triste...—el corazón
nos contesta.—Llorar en la vida tan corta...
Y en un encogimiento de hombros no nos importa
ser lo que somos: una grotesca aberración.

Nacer, sufrir, morir. Nacer para morir
irremediablemente. Vivir para sufrir.
¿Y más allá?... ¿Qué horrores se hallarán más allá?
La hora sin pensamientos bajo la paz florida
de una acacia, es la hora más dulce de la vida;
¡nada mejor nuestra alma por sufrir hallará!

Bajo la planta herida y errabunda, la tierra
no dice lo que guarda ni cuenta lo que encierra.
Alucina el enigma del mundo por doquier.
Ruge el viento en la noche la metáfora abstrusa
del canto de los orbes... Se oye... Mas ni la Musa
es capaz de cantarlo ni el hombre de entender.

Y yo, ciego y sediento, recorro los senderos,
las calles en la noche llenas de limosneros
de pan, de amor, de ciencia. No hay uno sin pedir.
Los tigres ambiciosos nos comemos el mundo,
hasta que nos hundimos en el antro profundo
de la última ambición, que es el morir.

SEGUNDO BARREIRO.



LA FONTAINE

Refugiémonos ahora, dulce amigo mío, en el delicioso rincón que nos brinda La Fontaine. ¡Qué libro encantador el de sus fábulas! El mismo lo ha descripto con dos o tres sencillos rasgos, derramando en sus versos esa ingenuidad o abandono delicioso o fuerte bondad que de su corazón manaba como un agua pura y cristalina. "Ora yo pinto en un relato la tonta vanidad junto a la envidia, dos ejes en torno de los cuales gira nuestra vida: tal ese mísero animal que quiso igualarse en tamaño al buey. Otras veces opongo el vicio a la virtud, la tontería al buen sentido, los corderos a los lobos "ravissants", la mosca a la hormiga, y hago de mi obra una amplia comedia de cien actos diversos y cuya escena es el universo".

¡Qué comedia! ¡Qué universo! Los animales de La Fontaine constituyen un mundo delicioso. Piensa en la tímida liebre, o en la graciosa paloma, o en el pobre corderillo, o en el león soberbio, o en el pequeño ratón, o en el astuto zorro, o en el hambriento lobo: ¿no te parecen amigos que nos rodean y viven con nosotros y comparten nuestras penas y alegrías? Todos ellos tienen un corazón, malo o bueno; todos un deseo, todos un alma, todos una aspiración: ¡afuera las máquinas de Descartes! (1). La naturaleza volcó sus encantos en el alma del viejo La Fontaine. Mientras él haraganeaba en sus posesiones, tendido a orillas de un arroyo, sobre la verde hierba, el mundo de sus animales

(1) Descartes consideraba a los animales como simples máquinas.

brotaba de su mente con el encanto de lo creado. Todo lo que le rodeaba era para él fresco, gracioso, sonriente: lejos de la aparatosa corte del Rey Sol, donde todo era frío, convencional, ficticio, su alma, ¡tan distinta de las otras de aquel siglo!, se hacía transparente como el cristal del agua que corría junto a él. Por eso sus fábulas huelen a heno, a nido, a tierra; leyéndolas, saboreándolas, se imagina uno estar en el campo, conversando alegremente con seres que hasta entonces nos parecieron extraños a nosotros, y sentimos la tentación de dar la mano al señor zorro, o de felicitar al gallo que tan hábilmente engañó al astuto animal, o de espantar al lobo que a pesar de todas las razones del inocente corderillo, se muestra cruel, o de aplaudir al ratón campestre, que quiere comer sin peligro alguno su modesta pitanza, o de unir nuestras quejas a la dulce paloma que trata de retener a su curiosa compañera, con arrullos de ternura; y amamos el árbol, el nido, el corral, el claro hilillo de agua, la pequeña hoja que impide ahogarse a la hormiguita, el vigilante canto del gallo, la aurora, el césped, la despensa donde ratones y gatos traman sus astucias, toda esa vida, en fin, sencilla y campestre, de la cual nos alejamos cada vez más, llenándonos el alma de vida artificial, ahogándonos en un mar de vanidades y temblando de frío, como pobres náufragos, cuando nos ponemos a buscar un poco de verdad, de amor y de sinceridad. ¿Qué me importa, amigo mío, la moraleja de esas fábulas, si el mundo que ellas ponen ante mis ojos me habla de la vida natural y sencilla, en la cual hasta los egoísmos se nos muestran simpáticos? Sé que Rousseau no ha considerado muy morales que digamos las fábulas del buen La Fontaine. Un niño imitaría, según él, al astuto zorro que, adulando al cuervo, se comió el pedazo de queso. Pero, digo yo: ¿no será necesario en la vida un mínimum de astucia? ¿Podríamos vivir

si, de cuando en cuando, no atrapáramos el pedazo de queso que el cuervo tuvo en su pico? ¿Podríamos vivir si, de cuando en cuando, a título de que somos leones, no nos apoderásemos de la parte de la oveja y de la cabra? ¿Podríamos vivir si, de cuando en cuando, invitando a alguno a nuestros festines, no le sirviéramos el manjar en un plato llano, o en una botella, según tuviera el convidado pico de cigüeña u hocico de zorro? ¿Podríamos vivir si, de cuando en cuando, trepados sobre una eminencia, como el gallo de la fábula, no engañáramos al astuto que quiere dominarnos o comernos?

Pero, lo repito: no es la moraleja de las fábulas de La Fontaine lo que me interesa, sino el mundo vivo y animado que llora, ríe, engaña o ama en ellas; es la comedia en cien actos, en la cual los animales se muestran hermanos nuestros; hermanos por sus vicios y virtudes, por sus vanidades y dolores; es la naturaleza, que despliega libremente en ellas sus encantos más agrestes; es el rincón, o la guarida, o el sendero, o la rama del árbol, o la dorada espiga, o la bien provista despensa, o el surco que abre en la tierra el labrador, cosas todas ellas que forman el ambiente de las fábulas, lo que me seduce, lo que me hace bueno, lo que me purifica, lo que me llena de ternura. ¿Más moral que ésa? El zorro es astuto; el cuervo, vanidoso; pero está el árbol, frondoso y sereno, en cuya copa está el cuervo y a cuyo pie está el zorro. Entre el queso del cuervo y el hocico del zorro media toda la altura del árbol: ¿por qué no salvar esa distancia con una palabra lisonjera, con una "flatterie"? Si el zorro hubiese sido capaz de llegar, con un salto, hasta donde estaba el cuervo, apoderándose del queso por medio de la violencia, entonces sí nos repugnaría su conducta; pero ésta, en la fábula, es la de un perfecto caballero.

¿Verdad, señores políticos? ¡Que levante la mano el

que de ustedes nunca recurrió a la astucia del zorro! ¿Ninguno la levanta? ¡Pues, es claro!

Esa comedia en cien actos es para mí divina. No conozco teatro más encantador que el de las fábulas de La Fontaine. ¡Qué decoraciones! Una liebre entre las coles; un corderillo que bebe el agua de un arroyo; un nido; un césped; la rama de un árbol que se agita por el peso de un ave; una cueva; un corral; un pesebre; una despensa; un sendero.

—¡Hermano La Fontaine!—podrían decir los animales recordando al buen hombre.—¡Pensaste más en nosotros que en tus semejantes! Huíste de la sociedad de los hombres, hasta de tu esposa, para vivir con nosotros. Tu mundo fué nuestro mundo. ¿No es verdad, hermano La Fontaine? Otros buscaron reyes o dioses o héroes o multitudes humanas para pintar los eternos deseos y las eternas angustias de la humanidad; tú, en cambio, nos buscaste a nosotros, sorprendiste en nosotros lo que hay en el alma del hombre, y te reíste de aquel Descartes cruel, que no veía en nosotros sino unas máquinas...

Horacio Maldonado.

POEMAS

LOS OJOS

Para Pegaso

I

Nunca me canso de admirar de noche
los millones y millones
de fuegos y de llamas que atesoran tus ojos.

Tus ojos son obscuros
y, sin embargo, están llenos de luces
vivas e inquietas en la sombra húmeda,
igual que torbellinos circulando
en dos nocturnos globos de cristal.

II

En dos cofres, también, así pequeños,
Dios guardaba el caudal de las estrellas
antes de que su Amor las dispersara
en la curva del cielo.

Yo, en tanto, espero hincado en las tinieblas
que baje a mí la luminosa noche.

¡La noche en que tu amor dispersará
allá en la vasta curva de mi espíritu
dos globos de cristal, copas de estrellas!

1920.

LA LUCECITA

I

Anoche
ví una lucecita de oro
vacilante
en la mojada sombra de tus ojos.

¿La luz de un navío fantasma
en el mar sin contornos?
¿La estrella
que me guiará en la noche donde aúllan los lobos?
¿O la ventana abierta de un castillo de ébano?
¿La lámpara encendida de algún altar remoto?
¿Tal vez las llamaradas de los rituales bárbaros?
¿Un sol sacrificado en un gran rito cósmico?
¿Una pupila inmóvil de leopardo?
¿El incendio de un templo sin devotos?
¿La salida del túnel en que estamos?
¿O sobre el mar nocturno una luna de ópalo?
¿Una flecha de fuego, castigo de los Dioses
que llegará a mi frente cegándome los ojos?

II

Anoche
ví una lucecita de oro
vacilante
en la mojada sombra de tus ojos.

Ya no haré más que andar
y volar
y volar hacia ella como un loco.
—¡Ay, Poeta!
—¡La gloria está en andar toda tu vida
sin alcanzar la lucecita de oro!

EMILIO ORIBE

1920.

LAS ALAS DEL GIGANTE

Estoy solo. Al pie de una roca, cuya concavidad me resguarda del viento y del sol, llega el mar maravilloso. Ruge, se retuerce, se hincha en un deseo de dominio, va a estallar en una ola inmensa y se calma. Silencio. Luego, de improviso, rompe su capa de esmalte azul verdoso, cabrilleante y amarga, y se precipita, extendiendo sus mil brazos invasores entre las piedras. Desde el fondo de la gruta le responden silbidos, ecos lejanos, truenos que se apagan, soplos que parecen venir de lo desconocido con el Misterio y la Vida.

Estoy solo; pero en aquel canto del mar, se presiente *algo* raro que mira. Alguien suspira allí, entre las junturas de una piedra, que se ha cubierto de larga barba de algas verdes, de tanto hablar con el mar.

Sin saber por qué se despiertan en mí lejanos estados de alma. Un recuerdo amable me asalta: dos viejos doctores en música están hablando. Aquellos graves señores discutían cosas extraordinarias. Hablan de Wagner, y dicen algo así como "semitono amenazador del tema de la bocina de Sigfrido"; recuerdo también que daban importancia a un "tritono de Hagen"... Todo ello me parecía sumamente erudito — y lo era — pero me fastidiaba. Tenía mi opinión formada al respecto y difería totalmente de la de los maestros. Wagner era muy grande; yo no lo discutía, estaba canoni-

zado y vivía entre los santos; sin embargo, yo no podía explicarme el entusiasmo de un auditorio frente a una nota pedal, aislada, de diez y seis compases de *longitud*. ¿Cómo llamar a ese largo sonar sucesivo de los contrabajos apoyando una sola nota? ¿Cómo podía escucharse con fruición ese rezongo orquestal? Aquello acababa con mis nervios. Luego no podía resistir a la manera cómo Wagner trataba a la voz humana. Entiendo que es tal la personalidad de este instrumento que se llama garganta, que él vence a la orquesta más poderosa. Una sola voz, una sola, basta para imponer su timbre a un conjunto poderoso en medio de un *fortísimo*.

Por otra parte, ¿qué ejecutante ha sollozado como la Storchio, con su voz blanca, en "Traviata"? Y Wagner ha hecho de la voz una cosa secundaria, considerándola un complemento, cuyo dibujo melódico no tiene importancia. Esto era irritante para los melodistas y para quien no lo fuera también. Me vengaba pensando que aquellos que oían con placer tales músicas — novedosos acordes inarmónicos, progresiones efectistas — lo hacían por la satisfacción que se recibe de haber logrado resolver el problema de comprender, ya que no de sentir. Me decepcionaban aquellas descripciones como las del segundo acto de "Tristán e Isolda". La música indica los movimientos de impaciencia de Isolda, quien con su pañuelo hace señas a Tristán para que se acerque. Aquello se me antojaba infantil; ¡un dibujo musical que reproducía con notas el movimiento de una mano! Resulta un futurismo que aún no ha considerado Severini en su filosofía de la pintura. La misma marcha fúnebre del "Crespúsculo degli Dei", con los movimientos lentísimos que la acompañan en la escena semeja una exhibición de comparsas que no pueden caminar....

En definitiva; Wagner solía asombrarse, pocas veces

conmoverse. De aquí que oyera con verdadero placer, como bien acertadas, las críticas sobre su pesadez germana, sus libretos extraordinarios, sus fabulaciones míticas, faltas de la gracia indispensable para todo latino.

Cierta vez tuve una revelación deslumbrante. Fuê una noche, en un concierto al aire libre, donde más de un centenar de músicos ejecutaban la *Muerte de Sigfrido*. No me pareció aquello música de Wagner. La sombría página tenía allí un acento desconocido y suave. La muerte de Sigfrido era siempre una página de dolor, pero no angustiosa, ni desesperante, ni tétrica. Había en las notas la dulzura que se suele ver en ciertos muertos; diríase que sonreía tristemente. En lo alto del cielo, mientras se desarrollaban los compases de la marcha, apareció la luna que se había esquivado detrás de unos cúmulos, cuyos bordes se nacaraban con la plata luminosa del astro. Surgió casi conjuntamente con el canto de amor que se intercala en la página, y como si un hábil escenógrafo lo hubiera así dispuesto desde las celestes alturas.

En aquel momento dejó de ser Wagner el artista, el técnico consumado para transformarse en algo más, en una voz profunda de la misma naturaleza, y sentí que una ola de emoción desconocida inundaba mi espíritu. Comprendí que Wagner era pesado y torpe en el teatro, y alado y ágil entre los grandes marcos de Pan; así como el albatros cazado de Baudelaire resulta simiesco, arrastrando sobre la cubierta de un barco sus grandes alas, y, en los aires...

es el rey de los vientos

que desdeña las flechas y que atraviesa el mar: en el suelo, cargado de bajos sufrimientos sus alas de gigante no le dejan andar.

Así lo sentí desde entonces, y me expliqué que estas obras, como muchas que se inspiran preferentemente en la naturaleza con un culto panteísta, que les hace caer en el misticismo más agudo, suelen aparecer con un desarrollo pesado cuando se ejecutan fuera del marco que deben ocupar.

Entonces sí, evoqué en toda su grandeza la escena de la muerte de Sigfrido, y hoy, junto a estas piedras en que me apoyo, viendo detrás del espolón de rocas que desafía el mar, asomarse la floresta encantada, el bosque casi sagrado que hiciera surgir en la costa oceánica de Maldonado, don Antonio Lussich, presiento el escenario propio, quizás único para los grandes maestros. Aquí no puede sentirse la disparidad de fuerzas que aparece entre la concepción de un genio y la horca caudina de un bastidor. Bien comprendo que los grandes sinfonistas han oído largamente estos mismos ritmos salvajes del viento y del mar. En verdad, han recogido sus voces dejando en el pentágrama un hálito de lo eterno que mueve las fuerzas de la naturaleza, pero al llevarlas al escenario han abatido su genio reduciéndolo al marco del convencionalismo más aplastante.

Ante mis ojos, en medio de la selva intrincada que llega hasta el borde de una bahía mansa, pintada en azul y verde por el cielo y por el mar, conmovido por los rumores apagados que vienen del corazón del bosque y de los labios de las aguas, evoco el cortejo de Sigfrido. Ya no son los pasos lentos, ni las comparsas ridículas, ni las bambalinas, ni el colorete. Aquí, entre las grandes líneas de las sierras azules y del bosque, con su color de bronce antiguo, la emoción de la misma tragedia tiene algo de consolador. La muerte habla de

reintegración con el gran Todo, pero su voz no es desesperante, ni fatal, sino suave y melancólica.

Comprendo que hasta tanto no llegue este momento no habré de gustar a los grandes sinfonistas y presiento que se acerca una evolución magnífica, la reintegración a la naturaleza de aquello que nosotros más pretendemos separar. ¡Ah!, ¡quién pudiera completar aquí el paisaje haciendo resonar en estos cóncavos de piedra, junto al mar sinfónico y al viento cantante la voz polifónica de una orquesta que interprete "La gruta del Pingal" de Mendelshonn! ¿Qué ser humano podrá escapar a la magia de la descripción de la selva, tal como la hace Wagner, bajo las arcadas y bóvedas verdes de estos gigantes pinos zumbadores? Comprendo que hasta la voz humana rechazaría la romanza sentimental y la frase melosa de ciertos líricos y debe ser tratada a la manera del mago de Bayruth en séptimas descendentes, en frases quebradas, completando modestamente, como un instrumento cualquiera, el conjunto orquestal.

Contemplo nuevamente el monolito que en medio de la gruta se levanta, recortando la lejanía del horizonte del mar; siento el rumor del bosque y pienso en la soledad de las cosas bellas. Las barbas verdes de las algas van y vienen mecidas por una ola. Parecen hacer señas a alguien que mira desde las junturas de las rocas.

Me parece no equivocarme: siento que algunos espíritus de grandes hombres vagan a mi alrededor y, mientras sueñan en lo porvenir, sonríen tristemente al ver sus grandes alas de gigantes arrastradas sobre la tierra por los hombres.

R. Francisco Mazzoni.

Carne, celeste carne...

Bajo el límpido cielo de esta tarde de Invierno
En que suaves se extienden las notas de tu piano,
Un anhelo indecible de algo superhumano
Con mi espíritu, vuela sutil hacia lo eterno...

Cristaliza la música de mi jardín interno
La magia sensitiva de tu pálida mano,
Y guardan un secreto misterioso y lejano
Tus ojos encendidos con llamas del Averno.

Hay en tu cuerpo todo la erótica belleza
Que agrava la locura febril de mi cabeza,
Pero tiene la fuerza de una atracción fatal.

¡Oh, dame la dulzura mágica de tus labios!
Y deja que mis besos armoniosos y sabios
Desfloren los secretos de tu carne triunfal...

ESTEBAN BACHS.

MEDITACIONES

(De un libro en preparación)

Fatalidad.

¡Cuántas veces nos sentimos tristes o alegres sin que sepamos el por qué! Hay días en que una misteriosa congoja nos oprime el corazón, llenándonos de presentimientos y asociaciones emocionales, y parece que una ráfaga de misantropía cruzara nuestro espíritu, impeliéndonos a buscar el goce secreto que atesora la soledad. O bien, raptos de regocijo nos vuelven parlanchines y joviales. Cuando el alma cruza esa breve claridad, prodigamos sin tasa nuestra simpatía, de ordinario tan continente, a personas que, en estado normal, nos son más bien hostiles o indiferentes.

Esto nos demuestra claramente que somos los humildes intérpretes de lo que ocurre dentro de nosotros mismos. O en otros términos: es la historia de nuestra vida, resumen de otras, que en síntesis inexplicable gravita sobre nosotros en un instante dado. ¡Quién sabe qué maravillosa concomitancia tendrán esos estados psicológicos con la historia de nuestros antepasados!

Sacrificio.

La masa popular, adulada y escarnecida, alternativamente; que siempre suda y gime, cumple la más terrible y

bella misión. Ella se inmola inconscientemente en el ara insaciada de la Evolución, pues de su seno emergen los hombres-símbolos que resumen el anhelo purísimo de innumerables existencias desvanecidas, las cuales orientan, mediante aquellos espíritus radiosos, el torrente humano hacia los cauces serenos de la Perfección.

Heroísmo.

El heroísmo tiene dos modos radicales de manifestarse: objetiva y subjetivamente. El exterior es dinámico y pasional, cuya expresión más alta viene a culminar en el guerrero, y seduce bien pronto a la muchedumbre, porque ésta puede discernir claramente el hecho capital. En cambio, el interno es filosófico, austero, y libra batallas invisibles que necesitarían siglos para llegar a la turbia conciencia del pueblo, si no fuera por la mediación del Arte, que le hace sentir y comprender el heroísmo del apóstol y del pensador. Así, al conjuro insuperable del Arte, el hombre identifícase, por instantes, con esa estirpe de héroes; llegando a constituirse la preciada unidad, vale decir, la unánime identidad de las almas, pues todas dimanan de la inteligencia universal, y las desigualdades que se advierte entre ellas, proceden, a mi ver, de los grados de sensibilidad de sus atributos, los cuales son diferenciados someramente por la multiplicidad de las relaciones empíricas.

Enrique E. Potrie.

LA GLOSA DEL AÑO

"PEGASO"

Pegaso cumple con este número su segundo año de existencia.

No creemos haber marcado ninguna huella de renovación, ni haber exprimido ningún fruto acre de juvenil anhelo, pero tenemos la convicción segura de una inquieta labor de bien y de belleza, que dió siempre un gran margen al pensamiento nacional.

Están ahí las mil páginas de Pegaso que hablan por nosotros, en la desigual expresión de un afán constructivo que hemos puesto con rosado optimismo sobre el lomo estremecido del caballo lírico.

Aspiramos a concretar un momento en la vida de la literatura nacional, — y con ímpetu decidido y comprensión ancha, — hicimos de Pegaso una revista de letras, sincera y libre si las hay.

En nuestras páginas cantaron su ansia de belleza o su fe en el arte o su anhelo removedor de modernidad, los viejos y los nuevos, los consagrados y los recién venidos, los tradicionalistas y los rebeldes.

Un eclecticismo superior—de revista de altas letras,—proclamamos en aquel lírico programa del primer día, y los versos aquellos se evocan sin querer, en la inteligencia de haberlos mantenido siempre como estandarte pródigo: — *dan la misma embriaguez en copa desigual el champagne de Darío y el vino de Mis-*

tral,—que hasta el absurdo es bello si lo ilustra Pegaso: lo que vale es el zumo, no la forma del vaso...



Así la actitud y el pensamiento, PEGASO celebra su aniversario con la afirmación de sus triunfos y la decisión de sus entusiasmos.

Un espíritu de amor, de patriotismo y de justicia nos hace recordar alegremente esta fecha, y nos mueve a renovar aquí las invitaciones que hemos hecho a la intelectualidad nacional, — sin distingos de ideas, escuelas o divisas, — a colaborar en la labor activa y democrática que ilustra nuestro esfuerzo y ennoblece esta empresa de vendimiarios.

Ya lo dijimos alguna vez y lo volvemos a repetir ahora: queremos la colaboración de todos los intelectuales del país, y ofrecemos nuestras páginas en la esperanza de poder reunir bien pronto, alrededor de nuestra mesa, a todas las voces dispersas de la nación, lo mismo aquellas más humildes y lejanas a la capital que las más altas y las más hondas de las voces consagradas.

El ofrecimiento no tiene más reparos que las legítimas exigencias de pensar y sentir en belleza, tal como corresponde a una revista de arte que no puede ni debe sujetarse a ningún canon, porque quiere interpretar las cien voces distintas del alma nacional.

Con tales afanes, PEGASO aumentará desde el número próximo la cantidad de sus páginas y ampliará sus secciones, haciendo por honrarse a sí misma en honor de las letras uruguayas.

NOTA.—Con este número se reparte la carátula interior, para la encuadernación del Tomo II y el Indice correspondiente al mismo.

Notas bibliográficas

Biblioteca Rafael Barrett.—Cuaderno I. El escultor Falcini, por **Juan** Parra del Riego.

En estas mismas páginas ya se ha expresado la simpatía que al señor Parra del Riego se le tiene en esta casa: así parece inútil insistir en el placer con que lo vemos entregado a esa empresa por cuyo éxito quedamos rogando a los dioses.

Si bien de la turbulencia verbal de este primer cuaderno no alcanzamos a extraer una impresión exacta del arte del señor Falcini, igualmente abrimos para esa biblioteca, una ancha cuenta en nuestra simpatía; y en el Debe ponemos todo lo que el lema de la biblioteca dice: "Revelación de los nuevos grandes valores literarios y artísticos de América"; en el Haber, dirá el tiempo lo que—gracias al interés con que la seguiremos—se podrá poner.—**E. S.**

"O Sol anunciado".—Versos de Waldemar de Vasconcellos.—Porto Alegre, 1920.

Entre las voces nuevas de la poesía brasileña hay una marcada caracterización. Falta el inquietismo renovador de la época, falta la verdadera potencia lírica. Los versificadores abundan, eso sí, tanto como las frutas y como las estrellas. Pero son un millón de románticos que tocan las viejas flautas y lloran las mismas cuitas...

Muerto Olavo Bilac, apenas si contamos unas cuantas voces hondas y perdurables. La juventud que va llegando no tiene las aristas fúlgidas, los pegasos piafantes, el velamen ardido... Gente que trae talento en las bodegas, pero que no trae ímpetu en la proa. Gente que no estudia, que no vive en su tiempo ni en su país, que no tiene, en verdad, alas ni estrellas... (Acaso, también aquí pase lo mismo, pero no viene al caso).

Este libro de Waldemar de Vasconcellos, sin hacer entrar a su autor en ese género de los innumerables versificadores brasileños, carece de la fuerza lírica necesaria para asegurarle un puesto de honor entre los pocos buenos poetas de su tiempo.

Hay demasiados versos sin alas y sin color, demasiadas imágenes vulgares, demasiados tonos conocidos... La técnica es pobre y no tiene alma. La rima es prosaica, el idioma plebeyo, la imaginación

no luce. Si el poeta es joven, como lo suponemos, tiene mucho camino para andar...

Dentro de la poética brasileña, y aun dentro del regionalismo ríograndense, Waldemar de Vasconcellos no logra alcanzar su bocina a la de otros muchos poetas que conocemos. Tiene que pulir y abrillantar sus estrofas para que rutilen: tiene que podar los ripios de sus matas en flor.

De ahí que "el sol anunciado" de que habla, no sin cierto énfasis, no haya salido aún... A menos que Vasconcellos hubiese querido referirse a sí mismo y a lo que tenía prometido a sus amigos. Y si en tal caso fuera, en verdad que es necesario confesar que ese sol no alumbra mucho...—**T. M.**

El incensario de oro, por Jonás Sosa.—B. Pueyo, editor.—Buenos Aires, 1920.

Recuerdo haber alentado al autor de "El incensario de oro" cuando publicó, hace cosa de un año, "Expresiones acerbas", su primer libro de versos. No es que el libro valiese, pero había algo así como la promesa de un buen rimador. Con su nuevo volumen, Jonás Sosa sólo prueba lo siguiente: que no adelantó absolutamente nada. Al contrario: se diría que ha ido para atrás. Los defectos están todos y las virtudes—tales como ternura e ingenuidad—se ven en menos páginas.—**V. A. S.**

Siembra. Volúmenes mensuales.—Valparaíso, 1920.

Bien merece que se dé cuenta de su aparición en las secciones consagradas a los libros literarios, la revista de Luis Roberto Boya. Este escritor chileno es, no sólo una inteligencia, sino que también una vocación. Hace años que escribe en las revistas literarias. Y, hoy como ayer, lo hace con el fuego de un neófito. "Siembra", se parece a la "Hebe" de Morales y Lagorio. Presentación artística esmerada, un formato elegante, copioso material. Este número primero consta de 112 páginas y su contenido es excelente. Tribuna abierta a todo el continente, da una idea, muy neta, del adelantado ambiente intelectual de Valparaíso. — **V. A. S.**

Jornadas, por Narciso Alonso Cortés.—Valladolid, 1920.

Muy documentado, fluido y anecdótico es este libro de un escritor provinciano, que ignoramos si tiene prestigio en España. Notorio o anónimo, es un crítico apreciable. Su estilo es más bien que lacónico, profuso. Pero correcto y no llega a pesar. Domina bien los diálogos y cuenta los sucesos con donaire. La semblanza crítica de Manuel del Palacio (poeta fácil y frívolo, aunque ingenioso, que no nos entusiasma), está muy bien. Bien encontramos el artículo sobre "El Buscón" de Quevedo, y lo mismo tendríamos que decir de otros

estudios coleccionados en este libro modesto, de muy discreta enjundia. Gusta el señor Alonso Cortés de glosar las figuras del "Romancero". Ello indica la índole de sus lecturas predilectas, que son los clásicos españoles. Esto afirmado, no ha de chocar que abunden en "Jornadas" los medios de expresión felices y que haga falta recurrir al epíteto de "distinguido" (¡tan desacreditado por los gacetilleros sociales infames que padecemos!) para calificar al autor vallisoletano y su obra. — V. A. S.

Historia de la revolución rusa, por León Trotzky.—Biblioteca Actualidades Políticas.—Valencia. 1920.

No hay para qué decir que éste es uno de los pocos libros que pueden ser calificados de sensacionales sin miedo a exageración. El bolcheviquismo, la novísima organización social que muchos miran con admiración y la más de la gente con alarma (cuando no con miedo leporino) interesa a todos. La figura de Trotzky concita hoy día la atención del mundo entero. Los estudiosos y los simples noveleros, tienen un libro de excepcional importancia. Si las "cosas bolcheviques" son como Trotzky las refiere... hay que convenir en que no es el león tan fiero como lo pintan. Bienvenidas organizaciones donde el dinero — formidable agente corruptor — pierde su importancia, y donde para vivir es indispensable trabajar. La "Historia de la revolución rusa" merece un sereno estudio y no un apresurado comentario bibliográfico. El tiempo — señor y tirano nuestro—¿va a permitirnos hacer en breve ese trabajo? Quedamos perplejos ante la pregunta. — V. A. S.

Crónicas de viaje.—Por José Ingenieros (6.ª edición).—Buenos Aires.

Ingenieros representa una admirable amalgama de ciencia y arte, de erudición y gracia, de inteligencia y energía. No creemos equivocarnos al afirmar que este difundido publicista argentino es un artista antes que nada; por lo cual todo lo que sale de sus manos, aun aquello que parecería más reacio al influjo del orfebre, irradia una densa atracción estética.

Cierto que el hombre de ciencia no tiene necesidad de dar a los hechos o doctrinas que expone el prestigio del bien decir; pero es indudable que cuando se aúnan la profundidad del concepto con la gracia expresiva, cuando se sabe adornar la desnudez del hecho con un bello ropaje, se tienen mil probabilidades más de universalizarse. Al fin y al cabo, no creemos que la difusión de la ciencia francesa obedezca a otro motivo.

Resalta desde luego en este libro la sabiduría del autor. En cada página se adivina al erudito, y aunque a veces,—muy pocas,—esa erudición parece asaz frondosa, lo cierto es que el buen gusto del autor triunfa generalmente y aquélla le sirve para decorar a maravilla los frutos de su ingenio.

Como cronista poco tiene que envidiar Ingenieros a los maestros

no luce. Si el poeta es joven, como lo suponemos, tiene mucho camino para andar...

Dentro de la poética brasileña, y aun dentro del regionalismo riograndense, Waldemar de Vasconcellos no logra alcanzar su bocina a la de otros muchos poetas que conocemos. Tiene que pulir y abrillantar sus estrofas para que rutilen: tiene que podar los ripios de sus matas en flor.

De ahí que "el sol anunciado" de que habla, no sin cierto énfasis, no haya salido aún... A menos que Vasconcellos hubiese querido referirse a sí mismo y a lo que tenía prometido a sus amigos. Y si en tal caso fuera, en verdad que es necesario confesar que ese sol no alumbra mucho...—**T. M.**

El incensario de oro, por Jonás Sosa.—B. Pueyo, editor.—Buenos Aires, 1920.

Recuerdo haber alentado al autor de "El incensario de oro" cuando publicó, hace cosa de un año, "Expresiones acerbas", su primer libro de versos. No es que el libro valiese, pero había algo así como la promesa de un buen rimador. Con su nuevo volumen, Jonás Sosa sólo prueba lo siguiente: que no adelantó absolutamente nada. Al contrario: se diría que ha ido para atrás. Los defectos están todos y las virtudes—tales como ternura e ingenuidad—se ven en menos páginas.—**V. A. S.**

Siembra. Volúmenes mensuales.—Valparaíso, 1920.

Bien merece que se dé cuenta de su aparición en las secciones consagradas a los libros literarios, la revista de Luis Roberto Boya. Este escritor chileno es, no sólo una inteligencia, sino que también una vocación. Hace años que escribe en las revistas literarias. Y, hoy como ayer, lo hace con el fuego de un neófito. "Siembra", se parece a la "Hebe" de Morales y Lagorio. Presentación artística esmerada, un formato elegante, copioso material. Este número primero consta de 112 páginas y su contenido es excelente. Tribuna abierta a todo el continente, da una idea, muy neta, del adelantado ambiente intelectual de Valparaíso. — **V. A. S.**

Jornadas, por Narciso Alonso Cortés.—Valladolid, 1920.

Muy documentado, fluido y anecdótico es este libro de un escritor provinciano, que ignoramos si tiene prestigio en España. Notorio o anónimo, es un crítico apreciable. Su estilo es más bien que lacónico, profuso. Pero correcto y no llega a pesar. Domina bien los diálogos y cuenta los sucesos con donaire. La semblanza crítica de Manuel del Palacio (poeta fácil y frívolo, aunque ingenioso, que no nos entusiasma), está muy bien. Bien encontramos el artículo sobre "El Buscón" de Quevedo, y lo mismo tendríamos que decir de otros

estudios coleccionados en este libro modesto, de muy discreta enjundia. Gusta el señor Alonso Cortés de glosar las figuras del "Romancero". Ello indica la índole de sus lecturas predilectas, que son los clásicos españoles. Esto afirmado, no ha de chocar que abunden en "Jornadas" los medios de expresión felices y que haga falta recurrir al epíteto de "distinguido" (¡tan desacreditado por los gacetilleros sociales infames que padecemos!) para calificar al autor valisoletano y su obra. — **V. A. S.**

Historia de la revolución rusa, por León Trotzky.—Biblioteca Actualidades Políticas.—Valencia. 1920.

No hay para qué decir que éste es uno de los pocos libros que pueden ser calificados de sensacionales sin miedo a exageración. El bolcheviquismo, la novísima organización social que muchos miran con admiración y la más de la gente con alarma (cuando no con miedo leporino) interesa a todos. La figura de Trotzky concita hoy día la atención del mundo entero. Los estudiosos y los simples noveleros, tienen un libro de excepcional importancia. Si las "cosas bolcheviques" son como Trotzky las refiere... hay que convenir en que no es el león tan fiero como lo pintan. Bienvenidas organizaciones donde el dinero — formidable agente corruptor — pierde su importancia, y donde para vivir es indispensable trabajar. La "Historia de la revolución rusa" merece un sereno estudio y no un apresurado comentario bibliográfico. El tiempo — señor y tirano nuestro—¿va a permitirnos hacer en breve ese trabajo? Quedamos perplejos ante la pregunta. — **V. A. S.**

Crónicas de viaje.—Por José Ingenieros (6.ª edición).—Buenos Aires.

Ingenieros representa una admirable amalgama de ciencia y arte, de erudición y gracia, de inteligencia y energía. No creemos equivocarnos al afirmar que este difundido publicista argentino es un artista antes que nada; por lo cual todo lo que sale de sus manos, aun aquello que parecería más reacio al influjo del orfebre, irradia una densa atracción estética.

Cierto que el hombre de ciencia no tiene necesidad de dar a los hechos o doctrinas que expone el prestigio del bien decir; pero es indudable que cuando se aúnan la profundidad del concepto con la gracia expresiva, cuando se sabe adornar la desnudez del hecho con un bello ropaje, se tienen mil probabilidades más de universalizarse. Al fin y al cabo, no creemos que la difusión de la ciencia francesa obedezca a otro motivo.

Resalta desde luego en este libro la sabiduría del autor. En cada página se adivina al erudito, y aunque a veces,—muy pocas,—esa erudición parece asaz frondosa, lo cierto es que el buen gusto del autor triunfa generalmente y aquélla le sirve para decorar a maravilla los frutos de su ingenio.

Como cronista poco tiene que envidiar Ingenieros a los maestros

que han dado realce al género. Elección de temas, amenidad narrativa, facilidad de expresión, vista propia y hasta una cierta tendencia a "épater"; nada falta para que sus crónicas sean leídas con fruición.

Naturalmente, estamos lejos de compartir siempre la opinión que le merecen los hombres, los hechos y las cosas.

Por lo pronto, en el paralelo que hace de Nietzsche y Jesús, tenemos el mismo concepto de Norvo sobre estas dos figuras trascendentales. El gran Federico decía: "Blindemos nuestra estructura moral con la voluntad de sufrir y hacer sufrir. La compasión es femenina, cristiana, crepuscular, enervante..." A lo que el poeta mejicano contestaba: "Al leer lo anterior sonríe uno melancólicamente, pensando que sin esa "piedad", sin esa "compasión" de que abomina el filósofo... Nietzsche enfermo, Nietzsche loco... hubiera sido suprimido; sino por la eugenesia, sí, por su hermana, la euthanasia! A la piedad fraternal, a la piedad social, a la piedad nacional, tan aborrecidas por el gran Federico, le somos deudores de ese gran Federico. ¡Oh ironía absolutamente nietzscheana!"

Además, Ingenieros parece cultivar cierto aristocratismo, cierto desdén por las razas inferiores que lo lleva hasta pregonar las excelencias de la esclavitud y hasta la necesidad de dejar extinguir, sin auxilio de ninguna especie, a todos los seres que se conceptúen inadaptables a la civilización. En homenaje al autor digamos, desde luego, que estos sentimientos nos parecen más literarios que reales, y que si él llegara a ser un día árbitro de la vida o la muerte de los negros de San Vicente, éstos seguirían como hasta ahora, zambulléndose en el mar tras las monedas arrojadas por los viajeros transatlánticos...

Las elecciones francesas le dan motivo para escribir un capítulo tan interesante como pesimista, respecto a la incapacidad electoral de las masas. Se diría que tiene saudades imperialistas y que añora la existencia de los Césares.

Pero estas divergencias espirituales, no son obstáculo para que se admire en Ingenieros a un robusto obrero del pensamiento americano, digno de la fama que lo consagra como uno de los más brillantes y el más difundido, sin duda, de los publicistas argentinos. En mérito a su real talento, pueden perdonársele, además, algunas ligeras vanidades que, de cuando en cuando, deja caer como al desgaire. — J. M. D.

Cuentos Uruguayos, por Montiel Ballesteros. — Florencia (Italia) 1920.

Concluímos por leer ansiosamente el libro que abriéramos con el desgano de quien se dispone solamente a desempeñar obligaciones de la redacción, estando ajeno a la posibilidad de encontrarse tan poderosa fuerza evocatoria como la que este libro encierra en sus cuentos regionales. Con la impresión que ellos dan, el recuerdo de los

alegres años infantiles y de nuestra juventud empenachcada de quimeras abandonó su vivir subyacente, dominando nuestro ánimo con el nostálgico imperio.

Mas este resurgimiento adorable, cuyo agradecimiento quisiéramos poner de peana al señor Montiel, no obstó para que nuestro entusiasmo se regodeara con los demás cuentos que encierra el libro; mas en ellos, nuestra admiración, que no decrece, se modifica, pues esos cuentos dan la idea de un hombre industriosísimo, ayudado por herramientas excelentes, en la ejecución de una labor que no es, exactamente, la que cumple a su habilidad instintiva.

Con el lampo de un alma perturbada, visto al pasar de una conversación indiferente; con un vago temblor espiritual; con una idea de mecánica transportada al motor humano para aguzar sus facultades nobles; con el retazo de una vida conocida; y otras veces, con alguna leve partícula del tamo que las experiencias de su vida han ido dejándole, este hombre construye sus cuentos en plenitud de belleza y simetría.

Es que el arranque de su inteligencia está servido por virtudes principales; como su imaginación, que desfloca los asuntos en hilillos utilísimos; como su estilo, de sobria elegancia y de encomiable flexibilidad, capaz de expresar innumerables fenómenos del universo visible y del interno; como su técnica, tan acabada y certera, por la cual no se hallan elementos sobrantes en sus cuentos, así como tampoco se hallan las ideas centrales sin la disposición que moverá principalmente hacia ellas el interés del lector.

Y si a la variedad de los motivos y a la perfección de su técnica se agrega que los héroes, en ningún momento, dejan de ser positivamente interesantes, queda claro el elogio que nuestro entusiasmo estético le debe al arte de la obra del señor Montiel.

***

Aunque dicha obra lo coloca entre los mejores cuentistas, entre los mejores, repitámoslo probando que el adjetivo no fué puesto al correr de la pluma, nosotros creemos que sus cuentos regionales valen más; pues los ocho son maravillas de arte que aseguran al señor Montiel uno de los primeros puestos entre los escritores que en lo futuro honrarán nuestra historia literaria.

Indeliberadamente, por emoción, en la que nuestro juicio y nuestro gusto quedaron a merced del corazón conmovido, nosotros separamos la obra del autor, poniendo aquellos cuentos gratos a nuestra inteligencia fuera de estos regionales, que gustamos con todas las fuerzas del alma, pues nos impresionaba la extraordinaria intensidad con que ellos traducen la forma y el espíritu, es decir, los aspectos del campo y las emociones de sus hombres.

Fuerza es confesar la desconfianza con que a ellos entramos; hace

ya tiempo que se nos decepciona con esa literatura regional, fabricada por cualquier periodista veraneante, y sin necesidad de tanto, por cualquier aficionado tras breve permanencia y cierto trato con algún "gaucho viejo" de esos que ahora andan en sulky o usan pantalón de montar.

Escenas campestres trabajadas como notas informativas; también capítulos hechos así, pues no ha faltado quien se arriesgara a la novela; escenas o capítulos en los que, sobre un fondo de adaptación arbitraria, aparecen los tipos criollos dialogando en un vocabulario que hace más notoria su mentalidad prestada. El exceso de detalles exagera la afectación de la escena, el autor no se resigna a omitir ni uno de los elementos que del vivir gaucho aprendió, ni deja de expresar cuánta deformación del lenguaje anotó; ni resta al paisaje cuánto conoció de la fauna o de la flora.

¡Ah! Cómo si el alma del terruño acudiera sólo con la sinceridad del anhelo evocador, como si pintar el campo y sus hombres y la hondura de sus almas, fuera posible sólo por la intención, aunque adune a la habilidad más consumada.

***

El hombre de nuestro libro aparece en sus cuentos regionales identificado por manera íntima y profunda con el alma del terruño nativo.

Su obra es un prodigioso ejemplo descriptivo del escenario: es afortunadísima en cuanto a exactitud de la expresión; y esos méritos se unen, por el acierto en la elección de los tipos, a otro más superior y humano, es decir, al soplo de pasiones que entre aquellas gentes corre agitando sus almas. Pues sus tipos no son de espíritu baldío, y cosa que anotamos al pasar, siempre en beneficio del elogio de ese hombre, hay entre los tipos y el ambiente tales concomitancias, que nunca podría encontrarse mayor evidencia del concepto de Swefenborg sobre las relaciones entre el mundo físico y el espiritual.

Artista, gran artista el señor Montiel, para gloria de la tierra, y para encanto de los que llevamos en el fondo insobornable de nuestra alma, a pesar de muy larga vida urbana, una tierna y como filial añoranza del rincón del campo donde nacimos.

¿Cómo no hallar familiares esas cuchillas del libro, y no conocer a todos esos paisanos, si aunque somos nativos del Este de la República, son paisajes familiares a nuestra infancia y a nuestra juventud, si son paisanos entre los cuales nos hicimos hombres?

Maidana, con su bien estudiada psicología, y el correntino taimado, y el cazurro don Toco Andrade, que a estas páginas sale con su filósofo yerno, hasta el supersticioso don Peralta, allá en el final del libro, todos son vecinos o conocidos nuestros, y nos basta cerrar

los ojos y retrogradar en el recuerdo, para que sigan conviviendo con nosotros igual que en el pasado lejano.

Artista dijimos, pero también, hombre de fino sentir. Ahí están "Los gurises" mostrando la enternecedora tosquedad de Dalmiro Butiérrez, cuyo dolor nos impregna, convenciéndonos de que no podría describirle sin poseer entrañas de blandura semejante: y en otro género, aquella maestrita, cuya vida se gasta en la campaña indiferente, dentro de pocas páginas, que bastan a ese hombre para llevarla desde las esplendorosas esperanzas de su iniciación hasta una atonía espiritual donde seguramente no vive ni el dolor; pero en ese tránsito la lleva el señor Montiel con tal simpatía, que prueba cómo se extendieron en su alma las indefinibles vibraciones engendradas por aquella decadencia.

Y basta, que las notas bibliográficas tienen límites que ya ultrapasamos; gustaríamos hablar más de este hombre, y podríamos hacerlo, larga y apodícticamente; pero estas páginas nos están contadas, lector, y ya las terminamos.—**E. S.**

Artículos, por José Vasconcelos.—Costa Rica, 1919.

Las lechuzas de la carátula nos predispusieron amablemente, por habernos sido siempre halagüeñas esas aves, con su vuelo aterciopelado y sin rumor. Pero abrimos el libro en los autores que el señor Vasconcelos **lee de pie** y se nos apretó el corazón, temiendo no poder ser amigos del autor. La comunidad de lecturas implica afinidades que son el mejor asiento para una simpatía conveniente: así como el distanciamiento en tales aficiones prepara divergencias.

La "Tragedia Griega"... sí, pero Platón a veces; y Spinoza siempre, y siempre la música de Beethoven; pero Dante y Kant y la filosofía indostánica, no señor, jamás; y jamás Shopenhauer, salvo en aquel libro cuyo espeluznante nombre "de la cuádruple raíz de la razón suficiente" ocupa el mayor derroche de agudo ingenio unido a la razón más penetrante; exceptuamos ese libro porque nos encanta y apasiona.

Pero las lechuzas no estaban en vano, y la atención enigmática de su mirada era promisora como nunca. Los "Artículos" del señor Vasconcelos son bellos y están animados por fuerzas nobles: reunen, pues, condiciones del escritor, que se nos aparece como un entendimiento independiente, en el cual se equilibran elegancia y claridad.

Habilidoso en raciocinios libres de todo contagio, se nos muestra en el contenido ideológico del primer estudio, cuyas soluciones no compartimos totalmente: si bien fruimos el vigor y la justeza empleados en el examen de emociones cuya amplificación magnífica acusa la finura de la sensibilidad del señor Vasconcelos.

Y después su alma es tañida por el recuerdo, como una dulce campana matinal, hablando de aquellas gentes de Lima, en cuya año-

ranza, la gravedad del hombre muy traído y llevado por turbulenta vida, se funde en ternura complexa y melodiosa.

Luego "El fusilado". El espeluzno de un vuelo de murciélagos, y su decorativo esplendor, recortándose en la boca dorada de una gruta. Páginas turbadoras pero deleitosas. La fantasía del autor deslumbra con la amplitud de su quimera. El motivo lúgubre influye levemente en nuestra sensibilidad, que está subyugada por el desenvolvimiento atrevido de especulaciones, en las cuales se cierne un soplo transcendental, un aliento venido del mundo de las metafísicas, dejando adivinar como es que este hombre ha espaciado sus perspectivas psíquicas y enriquecido su ingenio.

Cierran el libro sus "Visiones californianas", paisajes en los que el pintor no ve el mundo como una superficie de valores luminosos, sino como una totalidad de reverberaciones sentimentales y espirituales: pues sus ríos y montañas y personas, exactos de bien pintados, más que por la descripción real cobran valor en nuestra psique por su contenido simbólico, por su capacidad alucinatoria y emocional, adquirida sin duda en la identidad del alma del escritor con la de las cosas. ¡Viejo Anaxágoras, con tu poética filosofía, según la cual hay en cada cosa elementos de las sustancias constituyentes de las otras! ¡Cómo te regodearás viendo a ese hombre cuya alma y la del paisaje vibran en armonía completa, zahumando al lector con el dulce halago hespérico de la evocación del mundo sensible, y con su transfiguración, operada en la inteligencia admirable del autor y en su corazón de oro!

Todo ello, reflexiones encantadoras por sutiles y eficaces: soluciones de hondos problemas; razonamientos desentrañados en meditaciones que se aparecen como habituales de un alma superior; quimeras llenas de donaire y fantasías bien tramadas; y máximas en que se destila el jugo de experimentada vida; y desahogos en cuya ternura se prueba un blando corazón; todo eso que, como una savia anima los "Artículos" de ese mexicano, todo eso está escrito en un español bizarro, de veras admirable.

No es un español reconstruído arcaizando, ni tampoco es un español prendido de modernismos ni vocablos locales.

Es un español bizarro, volvemos a decirlo. Elegante sin violencias, rico sin ostentaciones, escueto sin mezquindades; y en su amplitud hallan expresión cabal todas las impresiones de la realidad objetiva, así como las complicadísimas operaciones de nuestro mecanismo sensorio; hallan expresión cabal, y ritmo atrayente, y gracia mesurada.

Así es admirable el estilo de este hombre, a quien no honramos más porque más no lo conocemos.—**E. S.**

"Ritmos sin rima y otros".—Versos, por M. Pérez y Curis.—Editorial Renacimiento.—Montevideo. 1920.

Este nuevo libro de Pérez y Curis es como una resonancia de sus anteriores poemas de amor y de combate, a los que viene vinculados por la misma tristeza rebelde y por la misma inquietud ácrata.

Ritmos sin rima, son en verdad casi todos los versos de este libro, un poco triste y un poco combativo, que define una vez más las características poéticas de Pérez y Curis, espíritu selecto, a quien la vida ha hecho encrespado y agresivo como pocos.

No cabe en el examen de este volumen concretar nuestra opinión sobre el fuerte aliento de su juventud dilatada y batalladora, a veces erudita y lírica, tanto como arrogante y revuelta, que ha traspuesto sin esfuerzo las lindes intelectuales de la patria para imponer su parnaso de agitados encrespamientos.

Sólo hemos de decir, que con el nuevo libro, pulcro y sin empuje, Pérez y Curis agrega muy poco a su nombradía y a su obra.

Es indudable que el libro de este hombre tiene sinceridad hasta la desnudez y técnica hasta la perfección; pero la voz no suena con claridad matinal y sí con timbre ronco de barítono de gesto duro y actitud pesada.

Hay algunas poesías, — "A Cervantes", "A Urbina", entre otras,—que consiguen la ligera fineza de los tènores líricos, pero en seguida el poeta vuelve a su coraza de lucha y la canción alada se torna verbo de rebeldía o de masculina desesperanza.

El lo dice, abriéndonos su alma como una mano, y se llena de amargura al decirlo. La estrella roja de sus afanes parpadea allá arriba de su caminal de zarzas y de flores.

Como todos los espíritus luchadores que conocemos, su gallarda fiereza está hecha de agrias desilusiones, a las que salpica en momentos de engañosa esperanza, una inquietud anhelante, alargada en acentos viriles y proclamas enérgicas.

De ahí los cantos inflamados de ardientes y acerbas expresiones de lucha,—que en "Acráticas", por ejemplo,—rechaza nuestro oído y nuestro espíritu, no acostumbrado a la dicción áspera y chocante que desprestigia la música y la elevación de la poesía.

Y es justo no olvidar aquí, el ingrato detalle de esa nota fuerte y fastidiosa que el poeta ha puesto al final de su "Concepto de patria", para contarnos no sé qué andanzas de Angel Falco.

Artísticamente no cabe en un libro de versos,—por más batalladores que sean,—postdatas como esa. Y lógicamente, era más digna la reverencia del silencio, que vincular una página de arte al nombre de un pequeño enemigo...

Pérez y Curis, batallador de entereza y de virtud, comprende bien lo que quiero decir...

***

Sea, no obstante, nuestra sincerada palabra de elogio a estos "Ritmos sin rima" que el autor de la "Arquitectura del verso" y "El marqués de Santillana" agrega a su repertorio lírico de estremecidas alas combativas.—**T. M.**

Curso de Metafísica, por Antonio M. Grompone.—Montevideo, 1920.

Hecho con el objeto de presentar a los estudiantes las cuestiones principales de la metafísica, es éste un libro que llena cumplidamente su finalidad. Se plantean en él los diversos problemas metafísicos—del convencimiento, de la substancia, de la libertad, de la vida, etc.,—y se exponen las soluciones de los sistemas filosóficos topos.

En esta exposición, no dogmatiza nunca el autor, como los pedantes o los tontos, sino que—maestro de verdad—muestra los surcos abiertos y las diversas clases de semillas, interesa en la siembra y abre al espíritu horizontes para la meditación y el estudio. Esta es su tarea y la ha llenado bien. Sus exposiciones son claras y sintéticas; su erudición cabal y sustanciosa. Cita las fuentes adonde los ávidos de saber puedan acudir para saciarse. A quienes interesen los problemas de la metafísica, este buen libro les habrá mostrado el camino a seguir; a quienes no les interese no les habrá hecho ningún daño y no les habrá procurado tampoco ningún pesar. Estos seguirán serenamente su ruta a ras del suelo, por la tierra; aquéllos habrán adquirido esa ansia de volar, sin la cual no es posible remontarse alto. Y de esta manera, el libro de Grompone contribuirá a hacer metafísica buena, para lo cual, como lo dice Vaz Ferreira, el único preservativo que se conoce es el no hacerla mala. —A. B.

PEGASO

LETRAS - ARTES - CIENCIAS

REVISTA MENSUAL

Año II　　Julio 1919 a Junio 1920　　Tomo II

DIRECTORES:

Pablo de Grecia

José María Delgado

SECRETARIO DE REDACCION:

Telmo Manacorda

MONTEVIDEO



MONTEVIDEO

Imp. «El Siglo Ilustrado».—San José, 938

1920

ÍNDICE

A

B

C

NOTA: Los números que llevan la abreviatura R. 19, corresponden a la revista de este número, que por error de caja no llevó el orden establecido.

D

F

G

I

J

K

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

V

Z

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Cornú Enrique, Rivera 2180.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernández Saldaña José M., Colonia 1810.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Luisi Luisa, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.
Rossi Santín C., Colonia de Alienados, Santa Lucía.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



JULIO DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO IV.
N.° 25

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbourú**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — **Emilio Samiel** Vicente A. **Salaverri**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3	%	hasta	$.	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½	%	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4	%	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8	%
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½	%
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7	%
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½	%

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista . . .	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Julio de 1920. Núm. XXV.—Año III.

Significado moral de la ley de evolución

Para el doctor Alberto Brignole.

Yves Delage no supo hallar la fórmula moral de la ley de Evolución biológica. En el capítulo de Conclusiones con que termina su hermoso libro sobre las teorías de la Evolución, intenta refutar las tendencias individualistas de ciertos darwinianos que aplican mal los hechos biológicos a la moral de los hombres.

Para hacerlo, en lugar de analizar los hechos y desentrañar su filosofía, reedita frases sentimentales de los evolucionistas más eminentes en pro de la simpatía y la solidaridad humanas.

Pero en ciencia es inútil apelar a opiniones personales. De ahí que las ideas fraternales de Delage se estrellen contra otras opiniones contrarias, de escritores que también esgrimen en su favor ideas individualistas de evolucionistas eminentes. ¿No fué Le Dantec quien escribió, en un profundo estudio sobre el Egoísmo, que el pacifismo con que sueñan los hombres de nobles sentimientos no será más que una hábil disimulación de celos y odios, hecha por una culta hipocresía?...

Sin embargo, de los principios fundamentales de la

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Julio de 1920. Núm. XXV.—Año III.

Significado moral de la ley de evolución

Para el doctor Alberto Brignole.

Yves Delage no supo hallar la fórmula moral de la ley de Evolución biológica. En el capítulo de Conclusiones con que termina su hermoso libro sobre las teorías de la Evolución, intenta refutar las tendencias individualistas de ciertos darwinianos que aplican mal los hechos biológicos a la moral de los hombres.

Para hacerlo, en lugar de analizar los hechos y desentrañar su filosofía, reedita frases sentimentales de los evolucionistas más eminentes en pro de la simpatía y la solidaridad humanas.

Pero en ciencia es inútil apelar a opiniones personales. De ahí que las ideas fraternales de Delage se estrellen contra otras opiniones contrarias, de escritores que también esgrimen en su favor ideas individualistas de evolucionistas eminentes. ¿No fué Le Dantec quien escribió, en un profundo estudio sobre el Egoísmo, que el pacifismo con que sueñan los hombres de nobles sentimientos no será más que una hábil disimulación de celos y odios, hecha por una culta hipocresía?...

Sin embargo, de los principios fundamentales de la

Evolución se desprende una moral sana y solidarista, formidable de optimismo y de perfectibilidad. Nosotros nos atrevemos a darle una fórmula concreta, cansados de ver el abuso o la deformación que se hace de las leyes naturales traducidas a frases hechas.

***

Se sabe que las doctrinas evolucionistas consisten fundamentalmente en demostrar que las especies vivientes o que han vivido derivan unas de otras, en escalonamiento sucesivo y gradual, yendo de lo más simple a lo más complejo, desde el primer protofito o vegetal de una sola célula, hasta el metazoario más completo que se conoce, este afortunado hijo de orangután que es el Hombre.

El mecanismo maravilloso de esa evolución lo describe, también en lo fundamental, la doctrina de Lamark completada por Darwin. Lamark, partiendo de que la vida es una combinación armónica de organismo y medio, sostiene que las variaciones del medio ambiente plantean a los organismos existentes en una época nuevas necesidades, a que éstos se adaptan con nuevos actos, y que estos nuevos actos crean nuevas formas orgánicas, que son precisamente nuevas especies. Así, el progreso de los organismos está escalonado, desde la variación del medio a la del organismo, por el ejercicio suficientemente continuado de las funciones de adaptación. Esta interpretación genial de Lamark halló su complemento en las narraciones de Darwin sobre selección natural y supervivencia del mejor adaptado. De manera que el mecanismo biológico de la Evolución cabe todo en el binomio: "adaptación de los organismos al medio con desaparición de los que no se adapten."

Pero esa fórmula no contiene más que uno de los

factores físico-químicos de la vida: el equilibrio del organismo y su medio exterior. Hay otro factor, secundario biológicamente, pero decisivo "sentimentalmente", y es el equilibrio físico-químico del propio organismo, el equilibrio interno del individuo, animal o vegetal. Este segundo factor es precisamente el que exige la adaptación al medio, porque la conducta total o externa del organismo no es más que la ejecución de las exigencias del equilibrio interno del mismo organismo, simple o complejo.

Este mismo equilibrio del medio interno de los organismos pone límite a los actos. En efecto, compensado el desequilibrio, todo lo que se haga en exceso vuelve a hacer sufrir: sea alimento, sea ejercicio (en este caso "por fatiga"). De manera que si el placer es un incentivo natural para repetir ciertos actos, el dolor es el elemento natural para mantenerlo dentro del límite exigido por las leyes del equilibrio.

De la ley general de evolución, completada por la noción del equilibrio físico-químico de la materia viva, surge un concepto más restringido de la supervivencia del más apto: los organismos que sobreviven son aquellos que mantienen las condiciones físico-químicas de su equilibrio celular con los materiales que les ofrece el medio en que viven.

El teatro de la lucha por la vida no cambia decoraciones, pero transporta su escenario a los bastidores...

Esta ley se cumple pasivamente en vegetales y en animales, y aquellos organismos que, cambiando el ambiente, no cambian correlativamente, desaparecen sin apelación: adaptarse o morir, es el lema implacable de la madre Naturaleza. Pero si la ley biológica es la misma, los métodos de adaptación son diferentes. El vegetal, falto de movimiento, sucumbe en su sitio cuando las condiciones del medio que le dió materiales nu-

tritivos se apartan demasiado de la norma antigua. Los animales *luchan* a favor de dos elementos poderosos: la sensibilidad y el movimiento. La sensibilidad es una campana que toca a alarma cada vez que hay un desequilibrio interno, y el movimiento permite huir a los ambientes que permitan restablecer la condición alterada. La emigración de las golondrinas en pos del eterno verano, es un símil poético de cómo restablecen el equilibrio térmico con el medio los organismos sensibles.

Este factor sensibilidad es un maravilloso instrumento para conocer. Traduciendo fielmente las oscilaciones del equilibrio interior, el organismo sensible conoce lo que lo favorece o lo que lo perjudica, auxiliado por la memoria de los estados pasados. Sensibilidad que *diferencia* estados favorables o desfavorables, memoria que fija las condiciones de estos estados y movimientos que hacen cesar los estados desfavorables, constituyen al sumarse armoniosamente la función *inteligencia*, que permite a los organismos sensibles asimilar el pasado para prever el porvenir, según el clásico concepto de Romanes.

Pero la sensibilidad no es más que la campana de alarma o de advertencia: ella suena cuando hay un desequilibrio no compensado en el propio organismo, y el ser sensible atiende el llamado *porque ese desequilibrio lo hace sufrir.* Llegamos así al verdadero agente coercitivo de la Evolución: *el Dolor.*

El Dolor es, pues, el instrumento psíquico de la evolución en los organismos sensibles. ¿No podría serlo también de la Moral?...

Se habla a menudo de morales libres cuando se quiere señalar el ideal de la conducta humana. En realidad, no concebimos que los pensadores cultos, conociendo las exigencias de la ley universal del equilibrio,

que podría representarse por un binomio armonioso (A + B), (Le Dantec escribe A × B) — o sea, que todo cuerpo es una suma de energías complementarias que se compensan, — no concebimos cómo puedan hablar de libertad sin evocar el límite indispensable a todo equilibrio. Por eso hemos dicho en otro lugar (1), que la Moral libre es la moral del límite espontáneo. En las relaciones del ser viviente con las leyes naturales, la libertad *que no es moral* (permítasenos la expresión), es decir, que no se limita a la esfera de su equilibrio, tiene una sanción, que no es otra que el dolor; pero en las relaciones entre los hombres, cuyas leyes no están copiadas sobre las naturales, la libertad que no es moral no tiene como sanción fatal el dolor: a menudo tiene como premio el placer.

Cuando se quiere aplicar la teoría evolucionista a la sociología o a la moral de los hombres, a menudo se parte de las frases hechas por Darwin: "lucha por la vida" y "selección del más apto" y a su amparo se transforma la Sociología en un escenario romano. Pero se olvida que el Dolor es el instrumento coercitivo de toda la Evolución.

(No se le llama dolor más que en el lenguaje antropológico, pero en la planta también existe, y es el desequilibrio físico-químico no compensado o no restablecido.)

Este elemento Dolor es un instrumento natural, pues. Desdeñarlo en nombre de un superficial darwinismo sería ofender en primer término a Darwin, que si hubiera previsto el uso que de sus doctrinas harían los cerebros débiles no hubiera sido tan pintoresco en su estilo, porque era un hombre honrado.

Volvamos con este instrumento a las aplicaciones so-

(1) «El Criterio Fisiológico», capítulo IX.

ciales del Darwinismo. Si la vida es una lucha perpetua por subsistir, y el triunfo de uno implica la derrota de otro de los luchadores, ¿qué extraño es que haya en el mundo clases afortunadas y clases oprimidas, y en nombre de qué principio me obligan a mí, Individuo, a que me limite?...

Y estos moralistas tendrían razón contra los solidaristas.

Pero he aquí que a los solidaristas se les aparece, más allá de las frases pintorescas y en el fondo de los hechos biológicos, aquel elemento dolor como instrumento de perfectibilidad. Y esgrimiéndolo a su vez como doctrina biológica, dicen: "El equilibrio es una ley que nos obliga al límite; contra la Naturaleza no podemos sublevarnos, porque nos castiga con dolor; contra los animales inferiores podemos luchar, porque son menos fuertes que nosotros; pero contra los hombres no *debemos* luchar, porque *como el hombre oprimido tiene igual capacidad de dañar que el dominante,* en lugar del placer de la victoria tendremos como resultado definitivo un dolor, el que nos producirá el oprimido que luchará a su vez contra nosotros."

Por haber olvidado el Hombre este argumento biológico de los solidaristas, o *por no haberlo hecho con suficiente claridad estos últimos,* el mundo vive ensangrentado desde que hay Historia.

El Amor, la Fraternidad, la Justicia,—son generosas pamplinas de los utopistas. De acuerdo, eminente Le Dantec: pero ¿es otra pamplina la Necesidad, o lo es el Dolor, manejados con la implacabilidad con que los usó la Naturaleza al obligar al Orangután a que adquiriera manos para transformar industrialmente el medio, si no quería morir?...

La "selección del más fuerte" es otra divisa biológica en la senda del Hombre: de acuerdo, señores Dar-

winistas, pero ¿es menos biológica esta otra frase de acero, "igual capacidad de dañar"?...

*
* *

De las consideraciones anteriores se deduce que si hemos de dar intención filosófica al mecanismo más o menos inteligente de las transformaciones evolucionistas de los animales superiores, deberemos concretarnos a la siguiente ley, ajena a toda parcialidad moral o sociológica:

Los organismos sensibles se adaptan a las variaciones del ambiente, como si fueran excitados por la Necesidad, atraídos por el Placer y limitados por el Dolor.

Esa ley natural es ajena a toda finalidad, pero se ofrece a la Sociología como instrumento formidable de perfectibilidad humana. Aplicándola rigurosamente, encontraríamos que ella obligaría a los hombres de hoy a proceder con la misma honradez con que procedieron los primitivos orangutanes con manos, es decir, a transformar el medio si quieren sobrevivir.

Así, bastaría con que los hombres, — convencidos, por las leyes de la Energética, de que nada proviene de la nada y de que las energías que consume el hombre tienen que ser producidas por un esfuerzo o trabajo, — aceptaran espontáneamente imitar a los primeros orangutanes con manos y trabajaran (Moral): o si no, que los que cumplen con ese deber moral rehusaran a los que no lo cumplen las energías que necesitan para completar sus desequilibrios (dolor compulsivo, o Legislación).

Si se ha de calcar la Moral o la Legislación sobre hechos biológicos, no hay que deformar las leyes naturales: si es cierto, por una parte, que el que sobrevive es el más apto, no es menos cierto que *para sobrevivir* el orangután túvo que ponerse manos y *transformar* el medio.

Esa es la indicación positiva de la selección del más fuerte. Si, por otra parte, es cierto que cuando una especie pone a otra a su servicio aquélla la domina *por ser más fuerte,* no es menos cierto que cuando el dominado *puede sublevarse con éxito* el triunfo del más fuerte no es más que aparente y precario: indicación negativa de la selección del más fuerte.

Un paralítico clavado en un sillón, armado de un revólver, puede abatir a seis boxeadores a diez pasos de distancia: ¿quién es el más fuerte?...

Un modesto plantador de papas que haga huelga de su oficio, porque el placer no compensa la inferioridad de su función social, puede ser más necesario a una sociedad que un pulidor de diamantes o un "rey del automóvil": ¿quién es el más fuerte?...

Y así en la sucesión de casos.

Considerar al hombre como un Robinson en su isla y hacer que cada uno se conquiste el lote de las energías que consume, admitir la división de trabajo que significa la Civilización, reglamentar la acción individualista en lo que concierne a la colaboración social necesaria, y dejar en plena libertad al individuo *cada vez que no reclame la ayuda del grupo en que vive*: esas serían las bases de la Moral o la Sociología evolucionistas, *de la moral científica.*

Y por esa vía entraríamos sin quererlo en la armonía social que, con otras combinaciones gramaticales, sueñan los llamados "utopistas" y ridiculizan los llamados "darwinistas".

Se ve, en definitiva, que para obtener los ideales soñados por los hombres de nobles sentimientos, no es necesario pensar para ángeles dotados de una esencia divina: basta legislar para orangutanes con manos.

SANTÍN CARLOS ROSSI.

PRESENTACIÓN PARA UN LIBRO

Esta que véis aquí, de ojos azules,
Es mujer y hace versos.

Parece inofensiva a simple vista,
Pero estaos atentos...

Cuando este libro vaya a vuestras hijas,
Madres, quemad incienso;

No sea que debajo de esta capa
Suave, de terciopelo,

Lleve una cola larga esta muchacha,
Y un par de cuernos...

LA ESTATUA

A orillas del agua pusieron la estatua,
Entre juncos verdes quizá para que
Procure mirarse, ella que no siente
Y ella que no ve.

Así, junto al agua, yo que veo y siento,
Desearía estarme del tiempo a merced...
Mas lo que yo anhelo lo tiene la estatua
Que no puede ver.

La historia es muy vieja: lo que me sucede
A todos los hombres le ha de suceder,
Hasta que cansado se exclama algún día:
... ¡Mejor!... ¿Para qué?....

ALFONSINA STORNI.

FÉMINA

Será muy difícil que en cuatro carillas pueda transcribir el "hecho" que pesa sobre mi corazón, como un eterno remordimiento. Y sin embargo, el "hecho" puede compendiarse en sólo cuatro palabras: "Maté a un hombre".

Hoy llevo luto por él, mis hijos también lo llevan puesto que ese hombre era su padre; he llorado su muerte con lágrimas sinceras de dolor; antes, asistí a su agonía, larga y terrible agonía, sufriendo con él, temblando con él... y sin embargo, yo le maté... yo, su esposa...

Nuestro casamiento fué un enlace "de amor", al decir de las gentes, al decir propio, según mis recuerdos de novia. Nos conocimos cuando él recién había recibido el título y ejercía su profesión en un barrio excéntrico. Una enfermedad de mi madre lo llevó a casa; allí nos conocimos; intimamos; fué mi amigo primero, mi novio después, mi marido luego. Era pobre entonces; vivía con escaseces que compartí gustosa y nadie hubiera podido adivinar, ni aún viviendo en nuestro íntimo contacto, que aquel hombre serio y bueno, y esta mujer cariñosa y sumisa, pudieran llevar a cuestas la cruz pesada del desengaño.

A veces quiero investigar en mi pasado y precisar la fecha en la cual se produjo la catástrofe que lo privó de mi amor. No puedo encontrarla. Recorro las

diversas etapas de mi vida de casada; la luna de miel, el nacimiento de mi primer hijo, la enfermedad que me postró durante tres meses, el advenimiento de los otros hijos... y bien, no puedo.

Los únicos jalones que marcan dolorosamente este camino de recuerdos, son sus sufrimientos.

Empezó su suplicio algún tiempo después de habernos casado. He dicho que él era pobre, tanto, que en los primeros meses yo me obstiné en prescindir de ayuda externa para el manejo de la casa. Cuando terminaba sus consultas, yo entraba a su despacho a darle un beso y a llevarle una pequeña refacción. Trabajaba tanto, que a esa hora lo encontraba rendido, agobiado, exhausto. Un día, después de besarlo, cuando mis manos le ofrecían la bandeja donde humeaba el te, él quedóse contemplándome en silencio. Me miraba a los ojos, de una manera penetrante, escudriñadora. Prolongó su mirada largo espacio y vi que sus ojos se humedecían levemente.

—¿Qué tienes? — le dije.

Él, sin responder, tomó la taza y comenzó maquinalmente a mover la cucharilla.

—¿Pasa algo? — insistí.

Bajó la taza sin probar un sorbo y con voz triste, me dijo:

—Algo, en efecto. Ahora, en este instante, al mirarte, he adquirido la certidumbre de algo que sólo era un temor, una sospecha. Tú no me quieres.

Sonreí.

—¿Bromeas?

Mi esposo sonrió también, pero con una triste sonrisa de amargura.

—Tal vez — repuso. — En todo caso será la mía una macabra broma de condenado a quien confirman su sentencia.

Me indigné. ¿Por qué me hablaba así?

—¿Qué te pasa hoy? No comprendo lo que dices. ¿Estás malhumorado?

Me senté en sus rodillas y lo miré a mi vez fijamente. Él soportó la mirada y después de un breve silencio, habló así:

—Escucha, Nelly. Hay en mí una facultad analítica, no sé si adquirida o innata, que me permite extraer de la materia sorprendentes revelaciones. Es mi tormento hoy; antes fué mi orgullo. Pues bien: tus ojos me han revelado inocentemente un secreto que tú guardabas muy adentro; he leído en ellos, he visto que "ya" no me quieres.

—¡Mentira! — protesté. — Acudieron lágrimas a mis ojos y él las secó amorosamente.

—No es mentira — siguió diciendo — Tú no lo sabías, tú no lo sabes bien ahora mismo, pero lo sabrás; la verdad vendrá a ti lentamente o de golpe; ¡quién sabe!: mas llegará el momento en que a solas contigo mismo digas: —¡Es cierto!... ¡es cierto! — Tal vez lo dirás con pena, tal vez con horror, porque eres buena y noble, pero eso no obstará para que el hecho exista. Tú, mi Nelly adorada, no me quieres.

Del fondo de mis lágrimas surgió una risa nerviosa y estridente.

—Eres un loco, eres un mal hombre, eres un... ¡Tonto, no ves que te quiero!...

Lo besé, queriendo poner en un beso todo lo que "debía" haber en mí de amoroso y ardiente y me heló de espanto al notar que mis labios se enfriaban al contacto de los suyos. Entonces tuve miedo de que él notara "aquéllo" que era causa de mi terror y hablé con volubilidad, dije mil tonterías, fragüé historias en las que me enredaba torpemente.

Él oyó todo con calma, con una calma triste y resig-

nada; cuando el flujo de mis palabras cesó y el silencio se hizo pesado y molesto, agregó una vez más con dulzura:

—A pesar de todo cuánto hagas, la verdad es una: tú ya no me quieres.

A veces me pregunto si no habrá sido él, con sus palabras, quien mató en mí el amor. Me aferro a esta idea desesperadamente, porque ella quita a mi crimen algo de su cruel ensañamiento; pero la fría reflexión me replica brutalmente que eso no puede ser verdad. Si yo le hubiera amado "antes", mi propio amor hubiera sostenido su vida y no lo hubiese dejado morir. La verdad es, no puede ser otra, que yo no lo amé jamás. Él, a lo sumo, me puso en presencia del "hecho", pero éste existía, fuera de toda duda. Sin embargo, ¿cómo pude estar a tal punto ciega que no advirtiese tal carencia de pasión antes de casarme? Incomprensible, absurdo... Empero, así debió ser, puesto que mis sentimientos afectivos para con mi marido no sufrieron modificación en ningún momento después de nuestro enlace.

He dicho antes, incomprensible, absurdo: me detengo ahora un instante y recapacito sobre la posibilidad de que yo "no lo hubiese amado nunca". La duda penetra en mí, avanza, gana terreno... Y bien: ¿qué sabía yo del amor antes de casarme?

Cuando pienso en mi inocencia de aquella época, en la ignorancia supina en que viví siempre de las cosas del corazón, llego a admitir como posible lo que antes califiqué de absurdo. Una criatura conservada por milagro en monacal sujeción, ¿puede acaso descifrar con certeza las impresiones primeras de su alma? ¿Sabemos acaso nunca cuándo ha sonado nuestra hora?

Sí, heme aquí convencida ya. No lo amé. Al engañarlo me engañé a mí misma. Basta, pues, de análisis; no investiguemos más; ya todo ha sucedido, nada puede volver de lo pasado; cerremos los ojos al "por qué" y lleguemos al "cómo".

Desde aquella tarde, la tristeza tendió su nube sobre nuestro lago. Las aguas tranquilas de aquello que llamábamos antes felicidad, enturbiáronse bajo la opaca cortina del desengaño, y la vida continuó.

Mi marido no volvió a hablarme más como aquel día; con un valor indomable, continuó su trágica lucha por la vida, sin que lo sostuviera ninguna ilusión, ninguna esperanza, puesto que él sabía que yo no lo amaba. Sin embargo, yo veía, "sentía" su sufrimiento, como si lo hubiera exteriorizado a gritos.

Recuerdo algunas veladas de invierno, pasadas a solas en nuestro pequeño dormitorio, donde ya había una cuna. Él leía o fingía leer; yo cosía. Esa soledad que debiera haber estado llena de encantos, se poblaba de dolores. Mientras mis ojos seguían la aguja fijamente, mi espíritu cerníase sobre su dolor como un pájaro malo sobre un agonizante. Yo adivinaba su sufrimiento, palpaba su angustia, oía sus llantos interiores y aún cuando mi buen deseo me impulsaba a arrojarme sobre él, cubriendo de besos su frente triste, cada vez más pálida, no podía, no, no podía ya hacerlo. A veces sus ojos me seguían; sin mirarlo yo aquilataba lo que él debiera poner en sus miradas, de amor, de angustia, de súplica quizá, y me ordenaba a mí misma: Vuélvete, miéntele, dile que lo adoras... Y no podía...

¿Qué mujer me condenará? Ninguna. Hay en nosotras un pudor del espíritu como hay un pudor de la

carne. Este resignábase a todas las concesiones, aquél me vedaba el fingimiento. Si yo hubiese querido mentir, toda mi sensibilidad se hubiera sublevado, y el engaño resultaría burdo, ineficaz, grotesco. Tres años vivimos así. Multiplicad las horas de tres años por la suma de dolores que el corazón puede sentir en una, e imaginad ahora lo que aquel hombre debió sufrir.

Una noche encerróse en su despacho y yo lo esperé inútilmente largas horas. Cuando fuí en su busca lo encontré sentado, descansando en el escritorio sus brazos y en ellos la cabeza. Lo creí dormido, pero estaba muerto. A su lado había un papel donde leí: "Ya no puedo más; perdóname".

Son las doce de la noche; oigo los pasos de mi marido que vuelve. Ha permanecido fuera de casa desde la hora de la cena, ocupado en una operación delicadísima. Debe llegar rendido. En buena hora; yo lo estoy también. Mientras él bebe su te yo epilogaré este manuscrito con las impresiones que le arranque. Ya está aquí. Me ha besado. Se sienta.

—¿Te has aburrido mucho?

—No, he escrito.

—¿Has escrito? Dame: ¿quieres?

Le alargo las cuartillas y mientras apura su taza, lee. Yo lo observo a hurtadillas. Su entrecejo se frunce; enciende un cigarrillo que luego deja apagar; lee... lee... Ha terminado. He aquí qué habla.

—¿Quieres decirme, querida?...—se detiene y me observa. — ¿Quieres decirme, por qué tú que vives feliz conmigo, muy feliz al parecer, te obstinas en la pintura de escenas como esa, truculentas, sombrías, espeluznantes?

¡Qué serio está! Oculto mi risa volviendo la cara y termino mi escrito así: "Marido mío: cuando una mujer es feliz, muy feliz, acaba por encontrar su felicidad... ¿cómo diremos? monótona, eso es, y entonces, para aguzar la emoción de su dicha, busca, imagina, sueña cosas como ésta, espeluznantes, sombrías, truculentas; se sumerge un instante en la angustia, en el dolor, y al salir de allí, se arroja con ansia nueva en los brazos de quien la espera, aburrido, algo malhumorado... de quien dentro de poco, ya impaciente del todo, va a llegar hasta mi lado, va a darme un beso en la nuca, y... "

MÁXIMO SÁENZ.

SÊCCA NO PAMPA

Si te apraz tracejar este quadro de angustias,
Artista, o esboço, presto, agora, alinha-o e faze-o.
Ha uma extranha afflicção de torturas procustias
Na paizagem que tem a côr de um fulvo prazeo...

Tangidas pelo vento, embora, em braza, aduste-as
O aureo incendio do sol, no firmamento gàzeo,
Arvores, como em prèce, amaréllas e mustias,
Extendem para o cèo os braços de topazio...

Meio dia... O soalheiro ardente os campos sécca,—
Emquanto se ouve, ao longe, amarguradamente,
O rouquenho coaxar das rans, pela charnéca...

E o gaucho o coração despedaçado sente
Ouvindo que, a mugir, o gado os céos imprèca,
Sedento, a rodopiar, pela exigua corrente...

PAULO LABARTHE.

Rivera.

ALBERDI -- "LAS BASES"

ALBERDI Y SARMIENTO

Juan Bautista Alberdi es uno de los estadistas más originales de la América. Hijo legítimo de los nuevos acontecimientos y nacido en medio de la desorganización, se elevó a la altura de los organizadores y fué, quizá, el espíritu más comprensivo de las necesidades de su época. En "Las Bases" ha expresado Alberdi su más puro ideal y en Alberdi ha expresado el pensamiento americano su verdad más sincera. Mientras los escritores sujetos aún al influjo de la acción revolucionaria de la independencia, llenaban de improperios lo que se relacionaba con la Europa y olvidaban a la madre natural de su cultura, el austero pensador restablece la verdad histórica y da la nota más alta y acertada de la gratitud filial en provecho de la gran causa americana.

Obedeció así a la ley ineludible de la reacción con carácter dilatorio, antes que la filosofía del tiempo edificara sobre los sedimentos de la violencia.

Alberdi fué un vidente y toda su obra está construída sin esfuerzos dolorosos. Sea o no original, es el comentarista más ideológico y más fuerte del desarrollo político y social de la América. Si su obra interna es contradictoria, es una la internacional, una e indivisi-

ble. Nadie, entre sus contemporáneos, calzó tan alto como él los puntos de las nuevas vistas; y tuvo su hora de predestinado impecable. Procedió por acumulación de apotegmas. Así, en el estudio de la acción civilizadora de la Europa en las Repúblicas sudamericanas, da un golpe de muerte al concepto indígena y realza la civilización europea en todo su esplendor. "Todo en la civilización de nuestro suelo es europeo." "La América misma es un descubrimiento europeo." "Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera." Pasa en revista el lenguaje, la religión, el traje, las leyes, el régimen administrativo en hacienda, impuestos, la ciencia, las universidades, los libros, toda la acción incesante del cerebro y de la industria para justificar en forma de sentencia inapelable que estas Repúblicas "son el producto y el testimonio vivo de la acción de la Europa con América."

Realiza una construcción local perfectamente definida que responde a las necesidades del mundo político naciente sin desmedro del pilar del viejo mundo. Tuvo el valor de negar el chauvinismo y de afirmar el concepto de la veracidad que no halaga jamás al falso e inútil patriotismo. Fué uno de los primeros americanistas de convicción, sin preconceptos y sin sectarismos. Combatió de la Europa lo que creyó absolutamente necesario, realizando una campaña de perfeccionamiento semejante a la que produce el esfuerzo renovador de la nueva generación sobre la antigua y que no por imperceptible deja de ser noblemente sincero y entusiasta. En este punto, su lógica tiene escasos imitadores.

Pocos escritores del continente poseen, como él, la fluidez serena, clara y sencilla de sus razonamientos.

Sin quererlo, tal vez, es creador, y tanto por la vive-

za de su polémica como por la fuerza de expresión de sus ideas que son exclusivamente experimentales, toca los lindes del vigoroso hombre de acción. Su escuela irradia aún su influencia hasta nuestros días por los elementos combativos que posee y por el espíritu de clarividencia que persiste en su filosofía mezclada con una de las críticas más aceradas que conoce la lengua castellana.

Viviendo en el nuevo ambiente cuyos vastos horizontes divisaba con tanta certeza, pertenece al número de los más francos expositores de su época. Reformista amplio, sabe, no obstante, amoldar con justeza la reforma y sus cánones al escenario recién inaugurado; y hasta en el idioma hizo labor de moderada adaptación.

Muchas de sus ideas — que hoy se predican — están aún por ejecutarse o están insuficientemente ejecutadas.

El problema de la población que planteó a maravilla como "la ley capital y sumaria", "ley de civilización que se realiza por la acción tranquila de la Europa y del mundo externo", es todavía nuestra cuestión palpitante. Su aforismo celebrado, "poblar es gobernar", aún mal interpretado, fué insuperable programa de gobierno. "El ministro de Estado que no duplica el censo de estos pueblos cada cuatro años, es inepto y no merece una mirada del país." De tal forma tiene arraigada su convicción sobre la capacidad de la inmigración como medio de progreso y de cultura para la América del Sud.

Es admirable su dialéctica y el poder de su análisis que la Argentina convirtió gloriosamente en hechos.

El derecho constitucional de casi todos los Estados de América nos es transmitido en su verdadero carácter, y bajo su noble examen aparecen bien de manifiesto la prevención y la reserva que guardan los recién liberados hacia el antiguo amo.

Su estudio sobre las Constituciones americanas revela una potencia de observación y una perspicacia no comunes, no embargante su sobriedad de pocas pero fuertes pinceladas.

Tiene sobre la aplicación del Derecho y de la Ley frases lapidarias que son siempre oportunas. No podría decirse, sin embargo, que llevan consigo el vicio de lo sentencioso y de la petulancia, porque responden a la influencia de una escuela sabia, la influencia inglesa y norteamericana.

Su estilo maneja el tallado más difícil de ejecutar, el de justas proporciones, aquél en que predomina el oro de la idea. A pesar de su colorido, carecía del carácter teatral y redundante del escritor español. Un poco más adornado que estuviera, y ya sería defectuoso. Fué suficiente, y no exento de elegancia, como para expresar el pensamiento que agitaba el nuevo mundo.

Abogado práctico y científico, desmiente con su musculatura atlética de propagandista la fama de estériles de los profesionales.

Con "Facundo" de Sarmiento y "El dogma socialista" de Echeverría, "Las Bases" forman los libros matrices o las plataformas de la Sociología Argentina que puede decirse por extensión, sociología sudamericana.

Armoniza con Sarmiento en los principios básicos de la reconstitución nacional, y con Rivadavia en el afán cultural. Hermano gemelo del ilustre unitario — por su carácter europeizado — disiente con él en cuanto a la aplicación de los medios. Espectador del gran incendio interno, sabe reaccionar oportunamente para gloria de su país. Fué, tal vez, un inspirador de Sarmiento con ser éste quien fué. En "Conflicto y Armonías de las Razas", otra obra matriz, se han llenado

páginas que aquel dejara en blanco y que se presentían en "Las Bases", eje supremo de la cultura y educación de las nuevas Sociedades.

Con Sarmiento fué hombre-faro, e iluminaron el continente. Dieron a conocer la América, su pensamiento, su literatura y su civilización. Fueron leales y por eso grandes. En la gran fragua en formación, fueron artífices y no se excedieron en misiones inútiles y de ornato. Supieron hablar a los pueblos y acertaron con la mina. Desbastaron a porfía.

Sarmiento, más majestuoso, más osado, hizo obra más difusa. Alberdi, poseído más del espíritu práctico y mercantil, la hizo más concreta. Ambos ascendieron para un mismo fin, y ambos demolieron con piquetas vigorosas, extremando sus ataques contra la ex Metrópoli. La filosofía de la historia que emerge de sus escritos es el producto de la ebullición de su tiempo. Ellos mismos rectificaron sus vistas, pero parcialmente, pues su fondo de verdad permanece inalterable.

Sus psicologías, radicalmente distintas, armonizaron para la total armonía. Contribuyeron a crear una Argentina llena de fortalezas y de culturas, encontrándose por caminos diversos al final de la jornada; pero también se condujeron con generosidad para con la América que los contemplaba como a unos Maestros anunciadores de fecundidades para las renovaciones.

Así como los tiempos heroicos producen fertilmente a los hombres guerreros que parecen enviados para ejercer su misión, así el período de formación de los pueblos hace brotar a los pensadores que vienen a crear y a perfeccionar como poseídos de un espíritu profético.

Alberdi y Sarmiento son de este número. Hacedores y organizadores, verdaderos intérpretes y sostenedores de la libertad, la confirman y la culminan en la realidad, al revés de aquellos otros que después de haber combatido por ella y contribuído a forjarla, la deshacen en sus mismos fundamentos.

Los homenajes rendidos a sus memorias no son, pues, usurpados ni excesivos. Fueron conquistados con blasones de merecimientos. El derecho civil desnacionalizado, que es la gloria más pura de la legislación de América y de más trascendencia que su misma reforma política, les cuenta entre sus panegiristas más estimados.

Sus monumentos — levantados y a levantarse — pertenecen también a la América que comparte sus éxitos con el aplauso desinteresado que a manos llenas suele prodigar, en cumplimiento de su alta misión política y jurídica.

ATILIO C. BRIGNOLE.

Colonia.

COMENTARIOS DEL JARDÍN

Hay en este jardín — que mis manos cultivan
sin cesar, afanadas de verlo florecer,
—algo así como el ansia en que mis ansias privan:
un anhelo que al mío se quiere parecer.

Es su tierra labrada, olorosa y mullida
una nota serena de trabajo y de bien;
. . . y es empeño, y es ansia. . . ansia no reprimida
de abrir el alma a todos los aires del Edén.

Este jardín que dice todas las estaciones
la fiesta de mis manos, la paz de mi deseos,
avalora los ritmos de calladas canciones
que mi amada interpreta en claros silabeos. . .

Margarita.

Disco de oro enmarcado entre rayos de plata;
cuando Amor en el pecho de las novias anida,
la margarita oficia de pitonisa grata. . .
y en juegos malabares triunfa siempre la Vida. . .

Jazmines.

Afiebran el ambiente fragancias orientales;
intensas y lascivas llegan hondo las unas,

anestesian las otras con perfumes letales...
¡los jazmines del Cabo, los jazmines Fortuna!

Se alcoholiza el ambiente en un vaho de aromas
suaves y delicados como piel de mujeres...
los jazmines estrella — unos de nuestras lomas,
tropicales los otros — insinúan placeres.

VIOLETAS.

Imperceptibles, casi; temerosas, acaso;
como luces fugaces en los mundos hundidas,
las violetas se duermen en el blando regazo
de las hojas que medran en dos líneas tendidas.

DALIAS-CACTUS.

Sienten las dalias-cactus — multiformes y varias
—veleidad enfermiza de forma y de color:
sus corolas adoptan poses e indumentarias
de elegancia suprema... ¡París, *voilá,* una flor!

CLAVELES.

Hay un copo de nieve y una brasa de fuego,
un clavel muy granate y un clavel *malmaison*...
Primavera reanuda en el jardín el juego...
Un grillo encelado maneja el diapasón.

NARCISO.

La pequeñez de niño justifica la historia
ingenua del narciso: Careciendo de espejos,
un joven hermosísimo contemplaba la gloria
de su cuerpo armonioso en los claros reflejos

de las aguas tranquilas; persiguióse a sí mismo
vanamente. En el seno de las aguas tranquilas
se operó un gran misterio, y salió a flor de abismo
esa flor que nos habla por sus grandes pupilas.

CRISANTEMOS.

El otoño propicia lluvias de crisantemos.
Esta flor suave y grave me recuerda, en abril,
una historia muy triste y unos sueños supremos:
me recuerda la historia de *Madame Butterfly.*

CLEMÁTIDES.

Con las alas abiertas asemejan sus flores
tenues avispas blancas que rompen a volar;
el verde de las hojas, zarcillos y primores
es verde con sordina... raro, particular.

LA ROSA.

Es la flor de la Vida. Una lección viviente
renueva cada rosa. ¿Recordáis? "Por el mal
teme el placer"...
Mis manos que han creado este
[ambiente
¡también se han espinado en este rosedal!

...Y crecen, y prosperan otras plantas y flores
en mi floresta íntima: Omar, Quique, Fan-Fan...
alientos que yo aliento con mis fuerzas mejores
reconcentrado en uno como imposible afán.

BLAS S. GENOVESE.

1920.

PENSAMIENTOS

Si penetráramos en las *tenebrosidades* de tantas almas de miserables, y en ellas pudiéramos borrar los caracteres que forman la palabra *necesidad,* acaso con infinita sorpresa viéramos que éstos son tan inmensos, tan negros y opacos, que sólo ellos son los que nos impiden ver el esplendoroso nimbo de luz, que bien allá en su fondo la ilumina.

Si después de sufrir mucho, mucho, no nos sentimos buenos, es quizás, porque somos débiles; pero si después de haber hecho sufrir mucho, no nos sentimos buenos, es porque no tenemos nada en *ninguna* parte.

¿Habéis podido pensar en algo de una angustia, de una desolación más infinita, que el tener un alma a vuestro lado y sentir la vuestra en otra parte, sola, o en ninguna parte?

Así como los elementos destructores de la naturaleza, dominados por fuerzas contrarias y guiados por la inteligencia del hombre, prestan utilidades inmensas a la humanidad, así en ciertos momentos y en circunstancias muy especiales, las tendencias perversas de un individuo pueden, guiadas por el hábil tacto de

hombres de talento — sin que esto implique desdoro para ellos — proporcionar más beneficios a la sociedad, que el esfuerzo unido de muchos espíritus nobles.

Algo hay infinitamente más triste que el dolor mismo: no tener ya corazón para experimentarlo.

Cuando los grandes hombres de ciencia nos confían sus pensamientos, es para revelarnos un mundo; cuando nos dicen sus pensamientos los poetas, es para envolvernos en un astro.

El cerebro de un poeta es el sol que sale: el día que comienza y transcurre; la obra que nos deja, su esplendencia. Envolvámonos en el voluptuoso baño de luz en que hunde a la Naturaleza toda, el astro, Rey del día. Su alma es el sol que se pone, que ilumina otros países, en tanto que la noche comienza aquí: dejémosla dormir; sueña; respetemos en adoración sus misterios.

De los sueños de amor, los más bellos, los que nos han hecho vivir horas ni siquiera presentidas si no fueran vividas—horas de suavísimos deliquios, — éxtasis inefables de inenarrables dichas, — son aquellos que pudiendo ser realizables, jamás se realizan.

La mujer, casi nunca ama según el corazón que tiene, sino según el que recibe.

El deseo que sintiéramos de que nuestros padres

fuesen siempre mejores que nosotros mismos, encerraría el más sublime de los sentimientos, si no encerrara también el más grande de los egoísmos.

Poder bendecir, amar, venerar e imitar a nuestros padres en todas sus horas, en todas sus circunstancias, en todos sus actos: he aquí la felicidad suprema del hijo óptimo y amantísimo.

Dejará de ser una utopía el más grande, el más noble de los sueños desde un punto de vista y el más mezquino desde otro: la igualdad social, el día que se construyan corazones y cerebros, como se fabrican piernas y brazos artificiales.

Mientras exista la nobleza del talento y del corazón, habrá líneas divisorias en la sociedad.

Si el callar una noble idea a veces implica cobardía; en cierto ambiente, también, muchas veces es el más grande y tácito culto que se rinde a la belleza, a la bondad; hay ciertos sentimientos que sólo en el sagrario de nuestras almas no sufren profanación.

Yo creo que el mérito mayor de una criatura no está *en ser* más o menos perfecto, más o menos bello, sino que está en *el empeño que nos tomamos* para ser cada día más bellos, más perfectos.

Hay muchas flores exquisitas que *los privilegiados* brindan con galante *generosidad* a todos sus semejan-

tes, y que analizadas prolijamente las substancias que las componen, se llega a comprobar (¡oh dolorosa sorpresa!) que sólo están elaboradas con la sangre que lenta, cruel y tácitamente, se escurre de las venas de los otros semejantes.

Ciertas almas son a su cuerpo como el lazarillo al ciego: acompañan a su vida, pero no viven su vida.

El triunfo que se obtiene costando algún remordimiento — por más pequeño que sea — siempre es más vergonzoso que la derrota que se inflige para obtenerlo.

Una hora empleada en la murmuración, son muchas horas robadas a la cultura del espíritu.

¿Qué es el capital?—El producto del trabajo.—¿Qué es el trabajo?—El hijo del capital.—¡Dios mío! ¿Por qué, entonces, ese odio, esa guerra eterna entre el obrero y el capitalista, si en ella no se desgarra más que un bien moral, y un bien material común a ambos: el bienestar y los vínculos de la familia humana?

El consuelo más grande, para nuestros grandes y viejos dolores, es un nuevo dolor.

Aun cuando desde cierto punto de vista parece que van separados el hombre-idea y el hombre-brazo, moralmente caminan tan estrechamente unidos hacia el

mismo fin, que si la inteligencia es potente antorcha que ilumina con fulgores esplendentes, el camino que ha de seguir la humanidad hacia la conquista de la más grande civilización, el trabajo, es el gran artista que ha construído ese maravilloso camino, imposible de ser transitado, si la luz de la ciencia no hace visibles los obstáculos y las fuerzas que el hombre ha de salvar o aprovechar, para marchar siempre adelante, en busca de nuevos y más vastos horizontes, más inútil de ser iluminado, si el peregrino incansable del trabajo no estampa allí la huella santa y fecunda de su planta.

Cuando ya nada de las bellezas del mundo llegue a vuestra alma, tratad de poner mucho de la belleza de vuestra alma a las cosas del mundo y aún podréis ser relativamente felices.

Si los momentos de sufrimiento son mucho más largos que los de felicidad, nos vemos compensados en que, siendo tan pesada la carga del dolor, un día, un momento de felicidad, fluctúa tan puro, tan radiante sobre un pasado de martirio, que, hundiéndolo allá muy en el fondo de nuestros recuerdos, ni un dejo de amargura sube a mezclarse a ese presente venturoso; no bastando, en cambio, toda una vida de dolor, para borrar el recuerdo de un solo momento de dicha que hayamos gozado en nuestra existencia, pues que siendo tan diáfanas, tan ligeras, tan luminosas las imágenes que de ella guardamos, emergerán siempre desde el fondo oscuro de la negra noche del dolor — para vivir eternamente en nuestros recuerdos — como astro que esplende más brillante después de pavorosa tormenta.

La belleza — para los creyentes — es la gran rúbrica de Dios puesta sobre todas sus criaturas; para los ateos la rúbrica de la Gran Incógnita.

Dios no ha hecho unas cosas menos bellas que otras: en unas les pone *más* luz para que *las podamos* ver mejor, y en otras le pone luz *de modo que con esa* luz podamos ver mejor; estas últimas cosas son las que nos parecen feas.

—¡Qué horrible gusano! lo aplastaré. — No lo toques; yo he visto el comienzo de su vida; he visto la mansión de la cual salió para emprender su ruta — ¿.....? — Es un pedazo de carne humana con vida propia... ¡Viene de la tumba de tu madre!

Ayer, en una hora que había mucha sombra en la vida que me rodeaba, y mucha luz en mi alma, contemplé una flor; en la flor distinguí un alma; y en mi alma ahora hay una flor.

Amo el día porque tiene luz; porque tiene luz me encanta y anima; mas, amo la noche también; no me desalienta porque tiene tinieblas: debajo el ala que cobija al polluelo hay sombra, y la sombra es dulce y protectoramente tibia. Amo la sombra, también, porque el límite de una sombra es el comienzo de una aurora. Donde hay sombra y luz, hay ósculos; todo lazo de unión se simboliza con un beso fraterno. Una noche de nuestra alma puede encender una aurora en otra alma.

Los subrayados o letras bastardillas de un escrito son las *letras* de la primera cartilla del lenguaje puramente del espíritu, que comenzamos a deletrear ahora, para el aprendizaje de una nueva lengua, en una nueva vida, en que otros serán los sentidos perceptores y acumuladores de las impresiones.

María Saccone.

Fray Bentos.

FLORES DE CEIBO

Alcides Milans fué un malogrado poeta salteño a quien la vida trató con demasiada crueldad.

Manos piadosas y paternales acaban de recoger, en un volumen titulado «Los Astros de un Ensueño», — su labor dispersa y sus cuadernos inéditos.

En homenaje al poeta, PEGASO se complace en publicar la siguiente composición, tal vez la de mayor fuerza lírica del libro.

Voy hacia ti. De los viejos
Recuerdos llevo la herida
Como un sol que da la vida
Siempre cerca, siempre lejos;
Sin embargo, sus reflejos
Al chocar en mi pasión
Parecen decir que son
A tu espíritu verdugo
El alma de Víctor Hugo
Llorando en mi corazón!

Y a pesar de lo que sé
Como esclavo de mis penas
Beso siempre tus cadenas
Sin saber cómo y por qué:
¡A veces, cuando mi fe
Se estrella contra tu amor,
Como estrella y como flor

Que presagian dos abismos
Se emborrachan mis lirismos
Para soñarte mejor!

Y ebrios del placer que halaga
Al ver que olvidan su herida
La realidad de la vida
Todos sus sueños apaga;
Mas no hay nada que deshaga
Su obstinación hacia atrás,
Hacia delante, — jamás,—
Detienen su marcha loca
Y en la puerta de tu boca
Piden una copa más!

En tu boca,—¡la taberna
De mi ensoñación gigante!—
El borracho tambaleante
Y sumiso, se prosterna;
Pero la puerta es eterna
Y en el umbral como un muerto
Cae el hombre, frío, yerto,
Con el alma desgarrada.
¡La puerta siempre cerrada
Y el ensueño siempre abierto!

Y no obstante el hondo anhelo
De tu desdén soberano
Tengo una estrella en la mano
Para arrojarla a tu cielo,
Y en el inmenso desvelo
De mi más hondo delirio
El corazón será un lirio
Para tu ramo de Harmodio
Y en los pétalos de tu odio
Te escribiré mi martirio!

Para que así no te asombre,
Del ramo de tu floresta
El perfume sea protesta
Y la protesta mi nombre:
Para que así sepa el hombre
Que llegue feliz a ti
Que hay un alma viva allí
Donde tu labio provoca
Y que al besar en tu boca
Me besa también a mí!

Porque en el tremendo hervor
De tu desprecio tremendo
Yo soy espuma creciendo
En el río de tu amor;
Porque mi espíritu,—flor
Enferma de lo maldito,—
No ha demarcado circuito
Y si no acaba ni empieza
¡Es muy chica tu grandeza
Para todo mi infinito!

Y sin embargo, no hay juez
Que castigue este delito
De hallar chico el infinito
Y enorme tu pequeñez:
Mas no importa, toda vez
Que tu desprecio me alcanza
Yo lo vuelco en la balanza
Triste y negra del destino
¡Y voy regando el camino
Con gotas de mi esperanza!

Alcides Milans.

Glosas del mes

EL ANIMAL FABULOSO

La trivialidad de la crónica policial suele interrumpirse demasiado frecuentemente con alguno de esos sucesos en los que dos sujetos esgrimen los revólvers al más leve gesto de su altivez herida. Con demasiada frecuencia, también, suele quedar alguno de ellos muerto: entonces por unos días se entona un coro de diatribas al feo vicio de la portación de armas; nuestra sociedad se agobia con reflexiones de sincero dolor; y luego, vuelve a hojear con frivolidad el periódico donde pocos días demora en registrarse un caso igual.

No es un fenómeno local, ni propio solamente de quienes vivimos a orillas del ancho río; allá, más lejos, dentro de nuestra América, eso de armarse inútilmente sirvió para una página de la pluma cáustica de Rafael Barrett, quien diagnosticara el caso como "pusilanimidad temeraria"; pero esto fué una solución de buen sentido que propusiera aquel hombre incomparable. Hay que buscar de otra manera la causa del vicio triste.



Como el catoblepas fabuloso que aullaba del dolor que sentía al morderse sus extremidades, nuestra so-

ciedad llora dolores que ella misma se prepara. Queremos decir así, que en nuestra civilización ansiosa, en la urgente adaptación de nuestro vivir al de las sociedades afinadas en el curso de muchas centurias,— por imitar cosas más relumbrantes y fascinadoras — descuidamos precavernos contra las recrudescencias del espíritu agresivo de nuestros antepasados lejanísimos; que desde entonces, sin duda, nos viene esa codicia de la vida del prójimo.

No nos referimos al indio, cuya figura mezquina es una de las columnas de nuestra raza, ni al conquistador; referimos al antropoide, al más seguro antepasado, que no debió ser tan herbívoro como se cuenta; y al cual, su disposición para la alimentación carnívora debió crearle un espíritu combativo, de cazador feroz. Así decía Stanley Hall de ellos: "...pulularon porque vencieron: la rarefacción de las otras especies alrededor de la horda humana prueba su poder de destrucción".

Pues bien: de aquel espíritu combativo nos viene a través de las edades ese impulso aniquilador; nuestros furores, nuestras arrebatadas cóleras, tristemente peligrosas, son todavía las del hombre antidiluviano; y es innegable que nuestro avance progresista no consigue dominar su imperio.

(Apenas hemos avanzado para despreciar esta admirable disposición del pulgar, separado de los otros dedos en tan favorable modo para estrangular; a nuestro progreso bastan leves gestos del índice para lograr el efecto destructor).

***

Esas furias regresivas son más frecuentes o más visibles en el tipo social llamado el "compadre"; pero, fuerza es confesar que el "compadre" no es producto exclusivo de las clases urbanas ineducadas, ni tampo-

co del ambiente rural; suele nacer pisando alfombras y vivir entre sedas en las casas lujosas de la capital. Luego no es mal de clases, es mal social y porque no se le da remedio es que comparábamos nuestra sociedad al animal fabuloso de que nos habla Plinio el Viejo, pues se causa ella misma los dolores que llora.

Sí: nuestra sociedad se prepara esos dolores, cuidando en sus niños la inteligencia y no tanto el corazón. Nuestra sociedad se esmera trasplantando a sus escuelas las enseñanzas más famosas y criando sus hijos por los más sabios métodos; pero descuida mucho el cultivo de sus sentimientos; no repara en que la pequeñez del corazón infantil no es óbice para contener las más variadas pasiones, entre las cuales puedan haber fermentos bárbaros, de cuyo encauce y modificación ha de esperarse la nobleza del hombre que los lleva en sí.

País el nuestro, donde los padres cuidan solamente de hacer los hijos y de mantenerlos, compete a las madres todo el gobierno de sus vidas; y esto equivale a pedir imposibles a la debilidad de su ternura y a la carencia de una eficaz preparación previa.

El niño se confía a la escuela, para tranquilidad de la casa, al principio, luego para su instrucción; y nuestras maestras de escuelas ¡ay! son abnegadas, pero no son lo que pudieran ser. Luego el adolescente usa de la libertad a su arbitrio, y vive moralmente abandonado a los malos estímulos, cuya eficacia suele ser más activa que la de los buenos; abandonado al trato de gentes indignas, o a la acción negativa de una instrucción retórica y vacua; o a las mujeres fáciles, cuyos peligros jamás se les enseña a evitar; abandonado a los malos estímulos por no saber sus padres templarle el corazón, operándose una deformación de las genuinas circunstancias espirituales, quedando libre el campo a las

invasiones ancestrales que triunfan de nuestra civilización.

*
* *

No ha de coartarse el albedrío humano arrebatando a los caracteres infantiles su seductora forma nativa, ni a los jóvenes su tan cara libertad, imponiéndoles normas preestablecidas, cuyo efecto negativo seríamos los primeros en rechazar. Pero han de criarse los niños venciendo sus furores naturales y sus hereditarios apetitos destructivos y toda la cohorte de bajas pasiones que sea posible imaginar: ha de criárseles inculcándoles que el "amaos los unos a los otros" no es, exactamente, sino la fórmula condensada de una complexidad de perfeccionamientos del vivir social. Mas para anticiparnos al mote de reaccionarios emplearemos otra fórmula y no la cristiana: ha de criárseles dentro de un concepto de solidaridad por el cual practiquen y comprendan que el bien propio es cosa íntimamente ligada al bien ajeno.

De este modo sus pasiones quedarán contenidas dentro de nobles términos y las rebeldías ancestrales se amortiguarán. Los sentimientos adquirirán esa delicadeza, flor de civilización, por donde se alcanza a realizar aquella fórmula inglesa "los niños educados para caballeros y las niñas para madres".

Y entre caballeros no aparecerá aquel impulso aniquilador que a través de los tiempos nos viene del hombre primitivo; no se sentirá codicia de la vida del prójimo.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS

Cumpliendo nuestros deseos y nuestras promesas PEGASO aumenta sus páginas desde este número, con el que entramos en el tercer año de su existencia.

Voces amables y manos amigas han respondido de casi toda la República a nuestra invitación de colaborar en la obra de PEGASO, que quiere ser, como ya lo dijimos, la expresión de un momento en la vida intelectual del país.

En todas las capitales departamentales, y con marcado entusiasmo en Durazno, Minas, Florida, Salto y Rivera, se han abierto extensas listas de suscripción, a la vez que se disponen las gentes de letras, y en particular los jóvenes, a demandarnos un lugar de preferencia en nuestras páginas.

Complacidos quedamos al éxito de nuestra iniciativa y a la gestión decidida de nuestros representantes, a quienes deberemos, sin duda alguna, el refuerzo optimista que impulsa en estos días las alas entusiastas de nuestro PEGASO.

Los intelectuales del interior, los directores de los liceos departamentales, la prensa y el magisterio nacional nos han ofrecido, en el breve plazo de este último mes, en que nos decidimos a ampliar los horizontes de nuestra revista, innumerables demostraciones de alto aprecio y positivo concurso.

Vengan, pues, en buena hora, todos los espíritus selectos, que en su gratísima compañía PEGASO alienta

sus mejores esperanzas y estremece de potencia lírica sus vuelos inquietos y anhelosos de dar a la República una expresión total de su fuerza púgil, que en el propio concepto, y ante el concepto ajeno, sea un valor efectivo, una demostración real, una virtud corporizada y palpable.

Comprobando tales afirmaciones hacemos notar a nuestros lectores la colaboración de la señorita María Saccone, desconocida hasta ahora en el mundo de nuestras letras, así como en el número anterior ofrecimos señalados versos de la señorita Layly Daverio y del joven Enrique Amorín, los que acaban de iniciarse, — con justo orgullo para nosotros, — en las páginas de Pegaso.

Renovamos a todos nuestra invitación y nuestro reconocimiento, seguros del mérito y del entusiasmo con que todas esas voces fraternales nos llevarán al éxito definitivo.

Bibliográficas

Florencio Sánchez.—Su vida y su obra, por Roberto F. Giusti. — Editorial Justicia. Buenos Aires.

Libro de historia y de crítica al mismo tiempo, escrito con esa honradez y ese espíritu de justicia que anima la simpática personalidad del autor.

Giusti confiesa lo difícil que es desentrañar la verdad en lo que a la vida de Florencio Sánchez se refiere, porque ha florecido tal fárrago de leyendas, anécdotas y extravagancias a su alrededor, que—a pesar de la proximidad de su deceso—hacen casi imposible la tarea del biógrafo.

No obstante la minuciosa disección a que ha sido sometido, nada pierde la notable figura del autor de "Los Muertos": queda siempre como uno de los hombres más originales y sinceramente bohemios que hayan existido en nuestro medio.

La vida de Florencio Sánchez semeja una corriente tumultuosa y desordenada, absolutamente segura de su fuerza, que va cambiando como un río de panoramas a cada instante. Una cosa, sin embargo, queda fija e inseparable de su destino: la miseria.

Se ha culpado de este hecho a las repúblicas del Plata. Giusti, con toda la razón del mundo a nuestro juicio y compartiendo el criterio sostenido por De Vedia, se levanta contra esta afirmación, tachándola de injusta. Y así es, realmente. No puede decirse de Sánchez que haya sido un incomprendido, a la manera de Herrera y Reissig, pongo por caso. Difícilmente a autor alguno se le abrieron más fácilmente los caminos del éxito; nadie fué como él, mimado por el público, ni exaltado por la crítica. A pesar de sus tendencias revolucionarias y su acratismo, la burguesía, el capital y la aristocracia le aplaudieron rabiosamente.

No puede hablarse, pues, de indiferencia ni abandono; muy al contrario, puede afirmarse que si Sánchez hubiera unido a su extraordinario talento dramático una pequeña gota de espíritu práctico, hubiera sido un triunfador en todos los órdenes de la vida. Se nos objetará, por algún rezagado de Murguer, que es mejor haya sido así, porque se conservará más pura su silueta artística, habien-

do vivido hasta la muerte fiel a su bohemia. Por nuestra parte, confesamos que hubiéramos preferido una vida más reflexiva, más sensata, más vulgar, pero que hubiera podido cumplir todo su destino. Así, a estas horas, es posible que el teatro Rioplatense pudiera ostentar una de las más altas figuras contemporáneas.

Porque no obstante el enorme valor del patrimonio que nos legara, es indudable que se puede hablar de obra susceptible de muchas perfecciones y de talento malogrado. Las tempestades de aplausos que provocaba siempre cualquiera de sus obras—porque Sánchez tenía tal poder sobre el público y la crítica, que cada drama estrenado era considerado como superior a los demás,—impidió tal vez, analizarlos fríamente y es natural que ahora los ojos del exégeta hallen sombras y deficiencias que se disimularon o no fueron percibidas.

Pero, a su vez, concluye Giusti, con muy buen acierto, recordando la rapidez creadora de Sánchez, cuando se piensa "que su obra entera suma un total de 35 o 40 días de labor efectiva, todo lo que puede ser argumento de censura se convierte en motivo de asombro y esperanza".

Sánchez murió en Milán, a los 35 años, dejando 20 obras, algunas de las cuales pueden figurar al lado de las mejores del moderno arte dramático. Cruzó por nuestra escena como un revolucionario, abriendo nuevas perspectivas, señalando rutas inexploradas, oxigenando un ambiente enrarecido por la falsedad y el extranjerismo. Pensando esto, se siente la profunda verdad con que el autor habla de asombro y esperanza y el hondo dolor también con que lamenta las magníficas promesas que auguraba Florencio Sánchez y que la muerte sólo impidió cumplir.—**J. M. D.**

Las estaciones, por Antonio Loynaz. Caracas, 1919.

El poeta venezolano Antonio Loynaz ha publicado un pequeño volumen de versos, bajo el acápite: "Las estaciones", que nos envía gentilmente, desde Nueva York. En conjunto, el libro referenciado ofrece algunas deficiencias que podríamos particularizarlas en la falta de selección en el léxico, poco pulimento de la estrofa, carencia de originalidad en los motivos de muchas de las composiciones que lo integran. No obstante estas limitaciones del acervo lírico del poeta, debemos destacar varias composiciones que, en compensación y por sus méritos intrínsecos, dan al volumen comentado una noble significación espiritual. Creemos que basta sólo una composición, en la que el poeta nos ofrezca su emoción o su recogimiento interior, para que no se malogre del todo su cosecha lírica. Es el caso de este poeta; tres o cuatro poesías que son las intituladas: "Nihil", "Tedio", "Cromo", "La Aldea", "La Fiesta", evidéncianos la capacidad emotiva y descriptiva (estas últi-

mas son de índole esencialmente descripcionista) que pone Antonio Loynaz.

Predomina en el libro la nota amorosa, que a veces se torna elegíaca a la manera grata de los románticos. En algunas composiciones la influencia de Nervo descúbrese con claridad, tras las rimas con que el poeta canta con conmovido acento a Kempis o comenta asuntos místicos...—W. P.

Pasar...—Novela de Mateo Magariños Solsona. — Maximino García, editor.—Montevideo, 1920.

Es aventurado y, sobre todo, resulta antipático, afirmar: "Este es el mejor libro de tal o cual índole que ha florecido en el país". Tal consideración traba un poco nuestra pluma iniciando el comentario del volumen de Magariños Solsona, quien cultivó antaño, con no poca fortuna, el difícil género que hizo famoso a Daudet. Hemos citado al autor de "El Nabak" y es con este príncipe de las letras francesas con quien tiene vinculación literaria nuestro compatriota. Menos dulce, más descreído, no ha de verse un parentesco directo. Por otra parte, desde que apareció aquel discutido libro que llevaba por título "Las hermanas Fammarion", hasta que surge "Pasar...", ha transcurrido buena cuenta de años. Durante ese largo lapso, el escepticismo de Magariños Solsona se ha hecho más amplio y las influencias naturalistas se han atenuado.

"Pasar..." llega a parecernos un libro personalísimo, bien que se presienta en él la clase de literatura que ha merecido en otra época las preferencias del autor. Nos hallamos con una novela uruguaya, que tiene un lindo balconaje sobre el espectáculo multánime y cambiante del bulevar parisién. Pertenece al género psicológico, pero no desdeña el autor las pinturas de ambiente, con lo que se logra intenso colorido regional. Hay cuadros que son un dechado de frescura, compuestos con un tacto pictórico perfecto.

En general, las figuras, trazadas con pocos rasgos, cobran relieve. No son los rasgos físicos de sus personajes los que a Magariños Solsona más le interesa fijar. Al contrario, dijérase que le gusta envolverlos en esa vaguedad que tienen los lienzos de Carrière, con lo que nosotros acentuamos luego las líneas a completo capricho. Pero las almas sí, las almas surgen con rotundez. Y porque llegamos a conocerlas, es por lo que luego, a medida que "pasan" por la vida, nos contagian sus sufrimientos.

Si ésta no fuera la mejor novela uruguaya, habremos de reconocer que es la compuesta con una mayor dosis de sentido crítico o, por lo menos, con una más acentuada ponderación. Se ve que fué escrita sin esfuerzo, tras una sagaz compulsa de la vida y, más que inventar, Magariños lo que hace es ir tramando episodios que ha oído o visto. Se adivina que, en algunos, acaso fué principal per-

sonaje. Claro el estilo, sin afectaciones, ni reventamientos luminosos. El autor es como esos tenores veteranos, que cantan a media voz. No prodigan las estupefacciones notas agudas, pero, en cambio, conjuran el riesgo de las estridencias, de las discordancias, de los gallos. Se ha dicho que hay algún detalle de melodrama en el argumento. Pero, ¿es que el melodrama no se ve todos los días, donde quiera que el espectador tienda la vista? Ademas, de melodrama y folletín está contagiada casi toda la literatura novelesca de nuestros días.

Magariños Solsona es, aquí en nuestro medio, un espíritu de selección, cosa que acredita bien su última novela, esta novela que nos ha impresionado fuertemente, hasta el punto de originarnos una momentánea depresión espiritual. Al final, el protagonista, que fué un espíritu comprensivo, tolerante y tímido, sigue reteniendo las tierras de aquel "Oasis" que los hombres a los cuales él ayudó transformaron en un infierno, pero pierde lo que vale más: sus ilusiones, los mejores amigos, el cariño de aquella Jacqueline que arrancara un día a la voracidad del "maldito París". Tan posible, tan lógicamente cruel todo, que los dolores del protagonista, por una hora, llegan a ser nuestros dolores. Y en esto se acusa el gran mérito de "Pasar..."—V. A. S.

Valores literarios de Costa Rica, por Rogelio Sotela, 1920.—San José de Costa Rica.

Como la advertencia preliminar establece las intenciones del autor, entramos al libro generosamente dispuestos.

Pero no por ello solamente estimamos importante la ofrenda que el señor Sotela hace a la juventud de su país. El libro vale de veras por las juiciosas semblanzas de los autores presentados, escritas con amplio criterio y con una inteligencia preparada por abundantes lecturas que se desgranan en reflexiones muy oportunas y loables.

Sobre el acierto en la selección de los trozos con que justifica sus elogios, no podemos pronunciarnos. Ignoramos demasiado la obra allí referida para opinar lealmente; y esa nuestra ignorancia nos pone la amargura de pensar en que, siendo hijos del mismo continente y hablando la misma lengua, apenas nos conocemos.

Pobre reflexión, de trivialidad inobjetable; a pesar de ello encierra un vasto programa para los delirios de solidaridad continental que solemos padecer.

Mientras vienen las épocas soñadas, saludemos la tierra que cuenta hijo de tanto mérito como en ese libro prueba serlo el señor Sotela.—E. S.

La fuerzas eternas. — Poesías por Enrique Casaravilla Lemos.—Montevideo.

Es indudable que en poesía existen también las dimensiones del espacio, altura, extensión, profundidad.

Hay poetas que andan siempre por encima de la superficie como los pájaros; los hay realistas que gritan y miran y gesticulan como los hombres; y hay los que andan continuamente rastreando en la profundidad del alma, graves, hondos, suboceánicos.

Naturalmente, no hemos dicho todo esto con el petulante propósito de señalar a cuál de estos grupos corresponde el cetro imperial del arte poético. La poesía, por fortuna, no es cosa monopolizable por nadie ni por nada y estamos lejos de haber caído en la desgraciada esclavitud de quienes, jactándose de ser libres y modernos, viven, en realidad, tiranizados por una tendencia.

Gracias a Dios tenemos unos ojos tan fáciles de ser fascinados como difíciles para encandilarse.

Por regla general, el poeta durante su juventud tiende a la ascensión, en la edad madura a la superficie, y en la vejez a la profundidad. Casaravilla Lemos parece empezar por donde la mayor parte terminan. La eternidad, la muerte, Dios, tales son los problemas que golpean tenazmente contra el muro de esta frente noble y joven. Porque, no obstante el poema en celebración de la primavera donde se ve a las viñas alzar un himno verde a la vida, y algunos otros cantos aislados, es indudable que el pilar básico alrededor del cual giran casi todas las inquietudes del poeta, está profundamente imantado por lo desconocido, enorme sombra en la que a veces creé vislumbrar la piedra donde podrá alzar la vivienda de la confianza definitiva y a veces se le presenta impenetrable como un misterio feroz.

La duda y la fe escoltan como dos inseparables hermanas el peregrinaje de esta alma que, pasando de los brazos de la una a los de la otra, nos va brindando sus inquietudes filosóficas y estéticas en versos que sugestionan por la profundidad del pensamiento y la nobleza de la forma, por el ajuste de la idea con el ritmo, por cierto contagio de sus nocturnos escalofríos y espasmos de la subconciencia...: pero, en verdad, se piensa con un poco de melancolía en ese mismo verde himno de las viñas, en el balcón de Verona y en la escala que pende inútilmente bajo el claro de luna a la espera del joven doncel a quien las esfinges de piedra han cerrado el camino del amor y de la vida.—**J. M. D.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Fernández Saldaña José M., Colonia 1810.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Luisi Luisa, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.
Rossi Santín C., Colonia de Alienados, Santa Lucía.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



AGOSTO DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO IV.
N.° 26

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbouru**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — **Emilio Samiel** Vicente A. **Salaverri**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital integro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías	6 %	"	"	300
" " " " "	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por lo menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a 3 meses	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem 6 "	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem 1 año	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma, Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbourou**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — **Emilio Samiel** Vicente A. **Salaverri**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías . .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

Banco [illegible]

[illegible]

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el [illegible]

[illegible]

CALLE MISIONES, [illegible], 1435 y 1439

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Agosto de 1920. Núm. XXVI.—Año IV.

FLORENCIO SÁNCHEZ

Juzgado por Ernesto Herrera

En su vida breve, Ernesto Herrera no solamente creó obras del más alto mérito para el arte nacional, sino que también escribió páginas invalorables para nuestra historia literaria.

Damos aquí, algunas de ellas; son tomadas de la conferencia que sobre nuestro teatro diera en el Ateneo de Madrid, cuya alta tribuna le fué propiciada por don Antonio Maura.

Como estas páginas, relacionadas con Sánchez, tienen cierta oportunidad, aparte de su valor, las ofrecemos ya; más adelante seguiremos entresacando de su obra inédita, que está toda a nuestra disposición, por cortesía que mucho agradecemos.

Al día siguiente al estreno de "M'hijo el dotor", un nombre absolutamente desconocido hasta entonces, el nombre de Florencio Sánchez, recorría triunfalmente la gran Babilonia de Buenos Aires, estampado en letras gordas por todos los rotativos, y repetido con admiración en todos los corrillos.

Una atmósfera de leyenda nublaba el nombre de aquel muchachote con cara de pillete alelado, que el público había sacado en hombros del Teatro de la Comedia. Unos aseguraban que se trataba de un ex revolucionario blanco, expatriado de su país por causas

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia José María Delgado

Agosto de 1920. Núm. XXVI. — Año IV.

FLORENCIO SÁNCHEZ

Juzgado por Ernesto Herrera

En su vida breve, Ernesto Herrera no solamente creó obras del más alto mérito para el arte nacional, sino que también escribió páginas invalorables para nuestra historia literaria.

Damos aquí, algunas de ellas; son tomadas de la conferencia que sobre nuestro teatro diera en el Ateneo de Madrid, cuya alta tribuna le fué propiciada por don Antonio Maura.

Como estas páginas, relacionadas con Sánchez, tienen cierta oportunidad, aparte de su valor, las ofrecemos ya; más adelante seguiremos entresacando de su obra inédita, que está toda a nuestra disposición, por cortesía que mucho agradecemos.

Al día siguiente al estreno de "M'hijo el dotor", un nombre absolutamente desconocido hasta entonces, el nombre de Florencio Sánchez, recorría triunfalmente la gran Babilonia de Buenos Aires, estampado en letras gordas por todos los rotativos, y repetido con admiración en todos los corrillos.

Una atmósfera de leyenda nublaba el nombre de aquel muchachote con cara de pillete alelado, que el público había sacado en hombros del Teatro de la Comedia. Unos aseguraban que se trataba de un ex revolucionario blanco, expatriado de su país por causas

políticas; otros, que de un terrible anarquista, y los más, que de un simple vagabundo, a quien se había visto pocas noches antes, durmiendo en un banco del Paseo de Julio. Efectivamente: Florencio Sánchez había sido un poco de todo eso.

Siendo muy niño todavía, allá por el año 1897, la guerra civil, esa loca trágica que durante tanto tiempo trastornó el cerebro de nuestro pueblo, le sorprendió en la Capital de Minas. Aparicio Saravia acababa de levantar sus banderas contra el Gobierno de don Juan Idiarte Borda, gobierno desprestigiado e impopular en extremo, presente griego hecho a mi patria por la política de un mi señor tío, a quien Dios haya perdonado y en su gloria tenga. De un lado, la figura del caudillo, rodeado de todos sus prestigios gauchos, poseedor del gesto, dueño del momento, surgiendo ante la opinión como un Adalid de las libertades públicas; del otro, el Gobierno, torpe, desmoralizado, dando traspiés sobre traspiés. La elección no era dudosa para nuestro Juan Moreira íntimo.

La opinión pública, ligera e impresionable, aquí como en todas partes, proclamó la santidad de la guerra, y el pueblo casi en masa marchó tras el caudillo, olvidando que la guerra, sean cuales fueran las causas que la determinen, es siempre un homicidio colectivo, y como tal, no puede ser santo en ningún caso, pues, contra los derechos sagrados de la vida, ni el mismo Marco Bruto tiene razón.

Pero los pueblos son, desgraciadamente, más fáciles a la fantasía que a la preciosa reflexión, y la sangre uruguaya salpicó una vez más, la alfombra verde de las patrias lomas con el florecer rojo de sus amapolas.

Florencio Sánchez que, como queda dicho, era entonces casi un niño, sintió dentro de su alma el despertar del gaucho. Empuñó la lanza, saltó sobre Rocinante, en el líquido cristal del primer arroyo que en-

contró a su paso se detuvo a contemplarse, acariciado por la reminiscencia de algún pasaje de su Don Quijote ilustrado por Doré.

Pero... se dió el primer combate. La guerra civil, despojada de todas las galas con que la ataviara su romanticismo, surgió de pronto ante sus ojos ingenuos dilatados por el espanto, como una sangrienta visión de pesadilla y así, mientras la turba se acuchillaba feroz, enloquecida por la salvaje voluptuosidad del entrevero, con el corazón oprimido y hecho un nudo la garganta, Don Quijote despertó frente a Aldonza, después de haberse dormido soñando con Dulcinea.

Cuando terminó el combate, no sé cuál jefe divisionario se presentó indignado en la tienda del caudillo, denunciando a Florencio Sánchez que había permanecido durante todo el tiempo que duró la refriega, sentado en una barranca, llorando como un niño.

Al día siguiente abandonó el Ejército, y marchó a Buenos Aires, escandalizando desde allí a sus compatriotas con la publicación de sus famosas "Cartas de un flojo", en las que destrozaba a martillazos todos sus antiguos ídolos caudillescos.

Se hizo anarquista. Cuando regresó a Montevideo, fundó con Guaglianone y otros, una de las primeras hojas ácratas que vieron la luz en la Capital de nuestro país; formó parte del Centro Internacional, y allí estrenó en una velada de propaganda, su primera obra teatral.

Vuelto de nuevo a Buenos Aires, su voz dulce de niño tímido se alzó durante algún tiempo en casi todas las asambleas de la Casa Suiza, clamando por el avenimiento de una sociedad mejor, más razonable y más humana, en que la libertad fuera algo más que un pretexto de los hombres para destrozarse como fieras.

Entonces empezó su calvario. Conoció el hambre, durmió en los calabozos o en las plazas públicas, fué

a ratos periodista y a ratos obrero manual, y a ratos vagabundo; lo mismo escribía el editorial de un periódico, que fabricaba un ciento de canastos para vender.

Y así, acosado por el hambre o perseguido por la Policía, rodó de pueblo en pueblo y de cárcel en cárcel, cada vez más ingenuo, cada vez más optimista, cada vez más ciegamente enamorado de la vida.

¡Pobre Don Quijote! Cuando se estrenó "M'hijo el Dotor", una obra que escribiera en pocas horas sobre la mesa de un cafetín, y al dorso de unos formularios del Telégrafo Nacional, sus huesos se resentían todavío de los machucones de la última paliza policíaca, recibida allá en Entre Ríos, a raíz de uno de sus más vibrantes editoriales revolucionarios. Ese era Florencio Sánchez, cuando sacudió a la opinión con el estreno de "M'hijo el Dotor", y ese continuó siendo toda su vida.

Fué dramaturgo, como había sido revolucionario blanco primero y anarquista después. Instintivamente, inconscientemente, me atrevería a decir.

Sus obras más definitivas, más trascendentales, más hondas, "M'hijo el Dotor", "La Gringa", "Barranca Abajo", "En Familia", "Los Muertos", "La Tigra", etc., fueron hijas, casi todas, de dos o tres jornadas de labor.

A los que le conocíamos íntimamente, nos producía, trabajando, la impresión de un sonámbulo hipnotizado por un genio. "Es un idiota que sólo tiene talento cuando escribe, y no escribe casi nunca", dijo una vez García Velloso, creyendo hacer un epigrama sangriento contra el formidable autor. Bendita idiotez. ¡Tan acostumbrados como estamos a los que sólo tienen talento mientras no escriben y escriben casi siempre!

Pero en el fondo, la figura no deja de ser exacta. Florencio era inculto, insociable, tímido hasta parecer huraño; hablaba poco; no leía casi; ¡cuándo escribió

"Marta Gruni", tuvo que recurrir a Scarzolo Travieso para que le pusiera en verso los cantábiles!

Pero escribiendo se transfiguraba; entonces era poeta y pensador y estilista; lo comprendía y lo expresaba todo, y lo hacía sentir todo con una sobriedad y una justeza tan intensamente artística como yo no he visto igual en el teatro contemporáneo.

Sus escenas tienen la profundidad filosófica de las sentencias de un rústico y la poesía honda y sentida de un canto popular. Son pedazos de vida en bruto, llenas de un verismo sano y bello, amargo e incisivo a veces, a veces ingenuo y sonriente, pero siempre espontáneo y siempre puro. Por eso nos conmueve, por eso se apodera de nosotros hasta el punto de hacernos olvidar que nos hallamos en el teatro. Al levantarse el telón en cualquiera de sus obras, experimentamos la sensación de que acaba de derrumbarse una pared medianera, descubriéndonos un interior. La familia aquella, continúa su plática o sus quehaceres como ignorante de nuestro testimonio; dijérase que es la vida que se desnuda ante nuestros ojos sin impudor y sin coquetería, como una mujer que se creyera sola.

Es que dentro del autor hay un poeta formidable, un poeta que no hace versos, pero que asoma a cada instante entre las viscosidades del diálogo, como las florecillas silvestres entre las grietas del campo.

¡Poesía!... ¿Es que, acaso, cabe solamente el divino soplo dentro de las formas académicas del verso?

En el primer acto de "M'hijo el Dotor", hay una escena, una escena sola, de una ternura tan bellamente modelada, tan ingenua y fresca, que después de haberla visto más de cien veces, todavía me hace llorar. Probablemente a vosotros os ocurre lo mismo. Me re-

fiero, como ya podéis haberlo adivinado, al monólogo de Jesusa persiguiendo con la jaula en la mano al pajarillo fugitivo.

En "La Gringa", en esta obra maravillosa que yo os aconsejaría viérais siempre, porque, cada nueva vez que uno la ve descubre en ella una belleza nueva, hay en el cuarto acto, en el diálogo aquel entre la gringuita y don Cantalicio, una de esas pinceladas magistrales que nos hacen pensar en William James. Próspero ha ido a la ciudad a trabajar honradamente con el objeto de labrarse una posición que aleje las prevenciones de los padres de la muchacha, y la gringuita espera su regreso con impaciencia, temerosa de que se descubra su estado un tanto anormal de resultas de... otro género de impaciencias.

Están con don Cantalicio sentados en el patio de la chacra, y el viejo porfía su intención de marcharse. Entonces ella, como supremo recurso de convicción, insiste:

—No se vaya, viejo, no me deje sola; ahora tengo miedo.

—¿Miedo?... ¿De qué?

—De que Próspero, viejo...

—Ya vendrá, no te preocupés.

—Es que... si tardan mucho...

—¡Eh!... ¿qué querés decir? ¡hablá!

—Me da mucha vergüenza.

—Decímelo en el oído si es tan fiero.

Entonces ella, muy avergonzada, muy medrosa, acerca sus labios al oído de don Cantalicio y le confía en secreto su secreto.

Al oírlo, la hidalguía del viejo gaucho se revela vociferando indignado contra el seductor:

¿¿Lo qué? ¿Y ese bandido fué capaz...?

Y ella, en una explosión de ingenuidad sincera:

—Bandido, ¿por qué?... ¡pobre!

Pensad un momento en este broche maravilloso que es toda una culminación de la ternura poética, y decidme si no es digno del más bello de los tercetos de Becquer.

¿Y la escena de los zapatitos de "Los Muertos"? ¿Y el final de "M'hijo el Dotor"? ¿Y el poema mudo de "Barranca Abajo", condensado en el beso aquél, frente a la cama vacía?

No sé si conocéis "La Tigra". Probablemente, no. Es una de esas páginas de oro, que el futuro se encargará de desenterrar como una verdadera culminación de la poesía dramática.

La Tigra es.... una cualquiera. La vejez, la espantosa vejez de esas infelices mercaderes del pecado, asoma ya sobre el pintarrajeado rostro como el gusano sobre la flor. Es ley de la vida, y las leyes de la vida se cumplen siempre inexorablemente. La Tigra lo sabe, no porque lo comprenda, sino porque lo siente; por eso es agrio su espíritu y son descompuestos sus modales, por eso llora escondiendo sus lágrimas a la espesa brutalidad de aquel su mundo del cabaret. Y hay un o no sé cuál encanto en su tristeza, un no nos explicamos qué sello de grandeza en el dolor de aquella alma que el vicio ha respetado como sin atreverse a deformarla del todo. Es que La Tigra es madre. Tiene una niña, un angelito inocente, de ojos de cielo y bucles de oro, fruto quizá de su primer pecado, hija del vicio si queréis, pero que no tiene la culpa de ser su hija. Y aquella ramera miserable, aquel pedazo de carne de placer, conserva dentro de su alma llena de lacras, un rinconcito perfumado para su amor de madre. La niña está lejos de ella, muy lejos, donde no pueda salpicarla el cieno de su vida, donde el sello de la infamia no alcance a macular su rostro de ángel. ¿Entendéis? Por eso La Tigra ve acercarse con horror el momento de su oca-

so. Por eso quisiera ser siempre bella y siempre joven, porque así como las flores se alimentan a veces de la carroña que fermenta bajo la tierra, también la virtud puede alimentarse como en este caso, de la podredumbre que fermenta bajo el vicio. Eso es La Tigra. El, el galán, porque es fuerza que todas las fábulas teatrales tengan un galán, es muchachote ingenuo, un niño casi, llevado al cabaret más que por la flaqueza moral, por el instigamiento de la curiosidad. Allí conoció a La Tigra, allí la vió llorar una vez, y allí la quiso desde entonces, con un sentimiento extraño, mezcla de amor y de piedad.

En el tercer cuadro, después de una serie de escenas maravillosas del más hermoso realismo, están los dos, sentados uno frente a otro, en la alcoba de La Tigra.

El ha salido con ella del café y la ha acompañado hasta allí, hablándole de su amor y de sus sueños, de sus proyectos y de sus esperanzas. El es joven y fuerte y laborioso: ¡se irán lejos, muy lejos, a vivir una vida nueva! Y la redención será. Ella le oye conmovida y se siente purificada, y se siente otra, y lo ama de pronto, así, desesperadamente, sublimemente, como Magdalena debió amar a Jesucristo al sentirse salvada por su piedad divina. Entonces siente como un deseo de justificarse, de dignificarse ante él, abriéndole de par en par su alma. Le habla de su pasado, de sus sueños de niña, de sus lágrimas de mujer, de su calvario de madre. Le habla de su hija, de su cara de ángel, de su divina sonrisa, de sus bucles de oro; habla de ella con el mismo amor, con el mismo entusiasmo, con la misma ternura que si la tuviera sobre sus rodillas.

Este es el primer retrato que le mandaron de ella cuando tenía tres meses. En este otro tiene ya un año, ya empezaba a hablar, en aquél es ya casi una persona; ¡mira qué expresión, mira qué ojos, mira

mira qué sonrisa divina! Aquí, en este pequeño paquetito perfumado, están sus cartas, con sus patitas de araña mal garabateadas, llenas de tiernas palabras deliciosamente ingenuas. Mi buena mamita, mi madrecita santa. Infeliz inocente, si pudiera sospechar..., si llegara a saber. En esta otra cajita de madera, guardadas como una reliquia, están las flores de la primera comunión. Aquí está ella, siete años tenía. Toda vestidita de blanco, con los ojos en éxtasis, puestos en el cielo, toda entregada a Dios. Y así, una a una, van desfilando las reliquias, y así, poco a poco, se va llenando aquella alcoba de un delicioso perfume de inocencia. El recuerdo es tan vívido que hasta el público mismo experimenta la impresión de que la niña estuviera allí. Por eso, cuando al final de la escena el muchacho insinúa tímidamente su intención de quedarse. La Tigra se revela, se vuelve furiosa, se muestra irreductible. No, nunca; esta noche, no. Jamás. Y señalando el paquetito de cartas, los retratos y las flores, pone al poema este broche maravilloso: respetemos el recuerdo, amigo mío. Esta noche la nena duerme en casa.

Y así, como al poeta, vamos descubriendo a cada instante al pensador, al psicólogo, pero un pensador y un psicólogo que no hace cátedra de la escena, ni convierte el arte en un laboratorio, sino sencillamente un viejo maestro, lleno de sapiencia y de comprensión, que sabe abrir ante nuestros ojos el libro de la vida, enseñándonos experimentalmente a deletrear en él, sin caprichosas tesis y sin discursos rimbombantes.

En esta obra, por ejemplo, que es, a mi juicio, la joya magistral del teatro ríoplatense. Florencio Sánchez enfoca uno de los problemas más fundamentales de nuestra raza.

Ya me he referido anteriormente al dilema planteado a nuestra raza por la emigración europea, que la musa

popular ha simbolizado en las luchas del gaucho Juan Moreira contra el italiano Sardetti.

Estamos en el momento más álgido de la invasión. Todos los parias de todas las razas han llovido sobre esta parte de América, inundando nuestras pampas y haciendo una Babel de cada una de nuestras ciudades, tan quietas, tan aldeanas, tan coloniales otrora. Los Piffaretti y los Nicolini, los Turicoff y los Alembide, edifican sus cabañas, plantan sus chacras sobre las ruinas de las viejas casonas solariegas, que fueron de los Rodríguez o de los Gutiérrez, de los Menéndez o de los Carbajal. Y el gaucho, desalojado, vencido por el progreso en aquella avalancha formidable, se retira poco a poco, se interna más y más, huyendo del europeo que lo persigue y lo acosa en nombre de su derecho y de su fuerza, en nombre de su progreso y de su ciencia, en nombre del Futuro, que es la vida, y que, por muy doloroso que nos sea reconocerlo, siempre tiene razón contra el pasado, que es la muerte. ¿En qué concluirá esta lucha desigual y heroica? El poeta que hay en Sánchez se rebela contra la idea del total aniquilamiento del nativo, y el pensador comprende, al mismo tiempo, que es necesario demoler las ruinas para, sobre ellas, poder alzar el porvenir.

Cuando don Cantalicio vuelve a sus pagos, después de mucho tiempo de luchas y de correrías, acariciado por la esperanza de volver a contemplar por última vez su rancho de terrón, experimenta la decepción más amarga de su vida. La tapera no existe ya, y el ombú, el árbol abuelo, desaparecerá también. En esta escena de una ironía brutal, sangrienta hasta la crueldad, el autor vuelve a poner frente a frente al progreso y la tradición. Los peones criollos al servicio del gringo, son los encargados de echar abajo el

árbol cuyas raíces se agarran desesperadamente a la tierra, que en vano intenta ampararlas con su cuerpo, como una madre que defiende a un hijo.

Al principio don Cantalicio no comprende o no quiere comprender la amarga realidad.

—Y ahora, ¿qué hacen? ¿Lo están podando? ¿Pa qué?

—¿Podando? — contesta uno — ¡Sí, güena poda! Al suelo va a ir como el rancho. Los gringos no quieren saber nada con las cosas criollas.

No lo dijeran nunca. ¡Jamás!, ni cuando se sintió despojado de sus bienes y hasta del amor de su hijo, fué tan rabiosa y tan desesperada la indignación del gaucho.

—¿Lo qué? ¿Al suelo el ombú? ¡Ah, no; eso sí que no! El rancho pase, es de ellos, lo han comprado, pero el árbol, no; el árbol no es de ellos, es de la pampa; es de Dios, como los arroyos y como las montañas.

Y son ellos, los propios criollos, los que se prestan a realizar la herejía. ¡Ah, pero él ha llegado a tiempo, él les va a enseñar a todos los gringos del mundo a respetar las cosas sagradas, las cosas de la tierra. En este momento, atraído por los gritos furiosos del paisano, acude el extranjero que no acierta a explicarse el por qué de aquella furiosa indignación. Para él, hombre práctico, el ombú no tiene utilidad ninguna; es un árbol estéril y feo, y, además, en verano se cubre todo de unas flores que parecen gusanitos.

Don Cantalicio comprende que no va a poder contenerse y se retira. — Pa siempre, dice él, a vivir a los montes, a refugiarse entre las fieras, donde no haya gringos.

Pero el progreso se ha ensañado con él, y al final del acto nos lo traen de nuevo. Un automóvil se ha cruzado en su camino espantando a su viejo mancarrón criollo, y el gaucho rodó por tierra con el brazo

roto. Y así, a pesar de sus gritos y de sus protestas, a la fuerza casi, lo conducen allí otra vez, en el propio automóvil de los gringos, a que lo curen los gringos.

¿Comprendéis toda la amargura del símbolo?

Al final, la obra concluye con el sometimiento del rebelde, y el hijo de don Cantalicio se casa con la hija de los gringos, en cuyas entrañas se revuelve ya como una bella promesa futura, el primer vástago de la raza nueva. Y mientras los muchachos se abrazan resplandecientes de dicha y el viejo gaucho llora enternecido, suena de pronto el pito de la trilladora.

—Bueno, mocito, — dice el italiano, — ahora... a trabajar... a trabajar.

Y la obra termina allí.

A trabajar, a fecundar el presente, a preparar el futuro sobre cuyos surcos se confundan en un mismo riego los sudores de todos los laboriosos de la tierra, solidarizados en un mismo esuferzo, hermanados por los vínculos de esta nueva religión merced a la cual el pueblo de Babel llegará al mañana confundido de nuevo en una nueva raza, que obrará el milagro de terminar la torre.

Esa es "la gringa" . Ese es el pensador. Y ya lo véis, todo esto, tan profundo y tan fundamental, está dicho al correr del diálogo, sin decirlo casi. Es que el autor dramático, para realizar su obra educadora, no necesita adulterar la verdad falsificando tesis, porque así como para hacer poesía le basta con un poco de ternura, con un beso de amor, con una lágrima, para enseñar le sobra con la vida misma.

ERNESTO HERRERA.

VERSOS

(*En el álbum de Carlos Rodríguez Pintos*).

Pides que vuele mi numen
sobre tu página blanca...
Me volveré mariposa
para unirme a tu esperanza!

Y aunque el afán de esta noche,
en ti se extinga mañana...
Hacia el infinito, estrechos,
irán en la misma ráfaga,

el soplo gris de tu olvido
y el polvo azul de mis alas...

María Eugenia Vaz Ferreira.

Tirón de criollo

Don Mariano Díaz en los tiempos en que yo lo conocí, ya había caído en desgracia.

Antes había sido propietario de los campos contiguos al paso del Arroyo Mallo que aún lleva su nombre. Tuvo un pleito con doctores, por unos derechos fiscales y nunca quiso defensor. ¿Acaso aquellos campos no eran de los Díaz desde los tiempos de su abuelo? Perdió el pleito y con el pleito su estancia, quedándole en propiedad un potrero que en otros tiempos servía apenas de piquete a la tropilla!

En el pago era bastante respetado y querido.

Salía muy poco, y siempre por urgencia.

Tendría en la época de la escena que paso a narrar, unos 75 años. Alto, fuerte, canoso, siempre vestía con mucho aseo.

Nos encontrábamos en el almacen de don Lucas Santos, donde el capataz de la "Estancia Nueva", un pueblero forastero en el pago, tenía la palabra y a quien hacían rueda varios paisanos del lugar, cuando llegó al almacén don Mariano, y quitándose el sombrero saludó en general. Los del pago contestaron respetuosamente el saludo, descubriéndose solícitos y afectuosos.

El capataz de la "Estancia Nueva" miró al recién llegado, extrañado de aquel homenaje y al ver su pobre indumentaria, prosiguió su charla no sin cierto desdén; don Mariano se acercó al mostrador y prudentemente, esperó que el hombre terminara su cuento y lo abordó:

—¿El señor es el capataz de la "Estancia Nueva"?

El capataz miró al paisano y con gesto un tanto desdeñoso dió vuelta hacia el mostrador, sin contestar una palabra.

—Señor, — insistió don Mariano, con voz un poco trémula, — le está hablando un lindero. Se me ha *estraviau* una vaquillona yaguaneza y quisiera saber si está *pa* su campo, *pande* puede haber *vandiau*. Ya la he *precurau* en los otros contornos.

—Mire — contestó el capataz, con gesto desdeñoso, — yo no hablo con *mamaus*.

Palideció don Mariano, e irguiéndose con la arrogancia del gaucho que nunca ha sido pisoteado, echó el sombrero a la nuca a tiempo que le decía:

—Puede usted *dirse* a la p.... m.... que lo p.... *¡Sancocho!*

El capataz echó mano al puñal y le dijo, con voz entrecortada:

—¿Sabés viejo lo que has dicho?

Don Mariano arroyó el poncho con la zurda, lo tiró hacia atrás por sobre el hombro izquierdo, dejando en descubierto su mano derecha que blandía un puñal recto al capataz, a tiempo que le decía:

—Atropellá nomás, sotreta, que yo al *putiar* un hombre me quedo esperandoló.

No hubo caso, prudenció el capatáz, retiró la mano que había llevado al puñal y bastante corrido, montó a caballo y se fué.

Don Mariano quedó en la cancha, miró a todos en contorno, y sólo vió caras amigas, que aprobaban su actitud. Guardó el puñal, y con voz pausada exclamó:

—¡Mal hablau! ¡Decías que sabías matar!... ¡te iba a enseñar a morir!

GUILLERMO SCHULTZE.

Durazno.

DIAMANTES

(*Del libro "Cantos de Luz"*).

E vós, diamantes, soltos das minas
Para nos sceptros luzir depois...
¿Que sois na terra, joias divinas,
Que sois na terra?

¡Lagrimas sois!

Lagrimas santas das mães saudosas
(¡Oh filhos mortos no alvor dos annos!)
Lagrimas cruas e dolorosas
Da fonte amarga dos desenganos...

Lagrimas loucas do amor perdido,
Lagrimas puras dos olhos teus,
Lagrimas tristes do eterno olvido,
Lagrimas lentas do eterno adeus!

LUIS GUIMARAES.

(Da Academia Brazileira de Lettras).

PIO BAROJA

Notas marginales

I

El autor de "El árbol de la ciencia" se somete a la fatalidad que le obliga a escribir ahora "teorías literarias". Se deja ir, como la hoja al viento de la melodiosa canción, y cumple su destino, dando cima a "La caverna del humorismo". Lo mismo que se llama "La caverna del humorismo" — dice su autor — podría llamarse la "Enciclopedia de los malos humores". (1) Aparece Baroja en este su último libro en vez de dogmatófago que es, dogmatizante y teorizante. Con todo, resulta un libro para ser meditado hondamente y renueva la actualidad de un género literario socavando sus cimientos. En medio del atropellamiento de definiciones contradictorias y de los méritos y defectos que le asigna al humorismo, surge un ensayo jovial y serio, a la vez.

Cabe de inmediato afirmar que no se trata de un

---

(1) En esta despreocupación por los títulos de sus obras, Baroja es recalcitrante. En 1904 decía prologando un libro suyo: "Les doy el título de "El tablado de Arlequín", como podría darles otro cualquiera". En "Las inquietudes de Shanti Andia", es difícil averiguar cuáles son tales inquietudes. En "La feria de los discretos" los personajes hacen gala de una indiscreción manifiesta.

libro definitivo. Los de Baroja, aislados, distan de serlo. Acaso sean "Las inquietudes de Shanti Andia" el libro más completo, literariamente hablando, de los que lleva publicados. Aquí está el folletín, rehabilitado, ennoblecido; aquí, también, la vida hecha acción, inquietud y movimiento, a la vez, que traduce en obra práctica la fórmula literaria de este "pajarraco del individualismo".

Por paradoja — en que es maestro Baroja, como Unamuno, — "La caverna del humorismo" es un libro sin literatura en que se trata de agotar el análisis de un género literario y en que se hace, de paso, crítica de autores y de teorías estéticas.

*
* *

Antes de empezar lo que García Calderón llama "Guerra Magna", el doctor Guezurtegui, (1) profesor agregado a la Universidad de Lezo, (2) en compañía de ilustres hombres y mujeres de todos los puntos de la tierra y de todas las preferencias, visitó la gruta-museo de Humour-point. Iba en gira de estudio y llevaba el cometido de escribir la memoria científica del fantástico viaje. En vez de redactar su informe "en buen papel de barba", Guezurtegui enviaba los fragmentos de su estudio "en los respaldos de las facturas del hotel, en los prospectos de las sombrererías o de los music-halls". Resultó lo que tenía que resultar: la Universidad de Lezo — enferma de seriedad académica — no dió mérito a la famosa memoria y és-

(2) "Guezurtegui", significa en vascuence "mentidero", y ésto ya es significativo.

(3) Lo de Universidad de Lezo se refiere al título que se le ha conferido al pueblecito guipuzcoano, pues la Universidad, como tal, no existe.

ta quedó olvidada en la biblioteca. Baroja da con ella y se propone publicar, bajo la responsabilidad de su autor, "un resumen del interesante — (es la palabra que sirve para todo) — trabajo". El hipotético doctor ¿era o es? para unos "hombre ocurrente y jovial, amable y bueno"; para otros "antipático y solemne", farsante "porque llevaba barba y anteojos". Baroja se inclina a creer que el doctor Guezurtegui era de estos hombres a quienes gusta la oscuridad y la mina, hombres de espíritu subterráneo y subversivo, que esconden su intención". Y Baroja no debe andar lejos de la verdad, porque el doctor Guezurtegui es él mismo.

Quien escribió "Paradox, rey" no podía olvidar, ni en esta obra de teoría, su especial condición de folletinista. Es así que la caverna-museo de Humour-point es algo digna de tal paraje. Allá se congregan en la gira fantástica, bajo la dirección del sabio profesor, los tipos más excéntricos: Illumbe, médico de un manicomio (1); Hans, hijo de un pescador; Savage, misántropo y "terco como una mula"; Paco Luna, morfinómano; la señorita Brickmann y sus hijas "alemanas, todas sonrosadas, redondas y con aire bien alimentado"; el profesor Werden y su esposa "que flirtea con el profesor Papalini"; el doctor Schadenfrende; lady Bashfulness y su hija Mary; la señorita Mitgefühl y "la vieja madama Weltschmerz, agria y malhumorada".

Cuando iniciamos la lectura se nos ocurre pensar en "Las tragedias grotescas" o en "La ciudad de la niebla". Se nos antoja que "La caverna del humoris-

(1) "Illumbe", quiere decir, también en vascuence, "anochecer", "obscuridad", y a fe que para un médico de manicomio, resulta toda una promesa.

mo" va a servir de escenario a asuntos extraordinarios. Pero no sucede lo que se espera, porque a medida que prolongamos la lectura y que nos enteramos que Chip, el cicerone de la gruta-museo, recomienda "no mirar demasiado los paisajes", después de hacer ver a los excursionistas los parajes más inverosímiles, desde el promontorio inglés, el libro deja de ser descriptivo para ser expositivo. Los hombres de la excursión desaparecen. Sólo brotan sus ideas, que Guezurtegui va tomando en minuciosa cuenta y comentando ya seria, ya burlonamente.

En realidad, el libro es un alegato desesperado en favor del humorismo. Para Guezurtegui — Baroja, como queda dicho — el humorismo es el "cúralo todo" de la literatura. Tiene todos los méritos y le alcanzan pocos defectos. Ser humorista es la mejor manera de cumplir nuestra misión humana.

Pero Guezurtegui no perora por largo rato, porque Schadenfrende — su compañero de excursión — inicia su conferencia para sostener que la etimología es una invención alemana, que no tiene importancia y que el humorismo es viejo como todo lo humano. La intención del profesor alemán es transparente. Quiere negarle a Inglaterra el privilegio del "humour" — flor abierta en el siglo XVIII. Quizá para Schadenfrende, el humorismo no podría encerrarse en el marco de la definición de De Muralt, porque acaso le resultara más cómoda la amplia explicación de Baldensperger. Afirma que el humorismo "en el siglo XIX se remansó y se precipitó en una hermosa catarata". Sostiene que "el hombre es la medida de todas las cosas" y que "el egotismo y sistema" es el fondo de toda obra humana.

Guezurtegui, entonces, inicia sus observaciones. Se extraña de que el humorismo "no haya sido estudia-

do, ni descrito con la exactitud con que se ha descrito un radiolario", siendo como es "tan extenso, tan antiguo, tan conocido". Lipps, Richter, Bergson, Kant, no han dicho nada duradero al respecto. Posiblemente Baroja, de intento, olvida la bibliografía copiosa a que ha dado margen el humorismo y, en especial, para su libro: "Les excentriques et les humoristes anglais au XVIII.e siècle" por Philarèthe Chassle.

Partiendo de la base de que todo está por hacer, Guezurtegui comienza a explicar la oposición fundamental que existe entre el humorismo y la retórica, para argumentar después que "hay tantas formas de humor como humoristas han existido" y que "esto no quita que el humorista — que es un hombre de valor — tenga rasgos comunes". Tras la controversia a que somete al humorismo y a la retórica y en la que ésta lleva la peor parte, Baroja llega a esta conclusión: "El humorismo no puede tener una fórmula". No obstante, en la página 109 sostiene que "el humorista vive sobre una montaña", de donde resulta espectador de la vida, para argumentar en la página 111, rectificando, que la posición mejor es "estar al nivel de los demás", como la mujer de Shakespeare, "ni más arriba ni más abajo, a la altura del corazón", lo que no influye para que antes de terminar el capítulo recomiende estar sobre la montaña... y en el valle.

En la caverna-museo — para eso es — no falta el cinematógrafo. Guezurtegui aprovecha la ocasión para ver pasar sobre la tela a todos los humoristas, una mascarada de humoristas, con gran indignación de Illumbe. Desfilan Aristófanes, Menandro, Luciano de Samosata, Plauto, Terencio, Petronio y Apuleyo, el Arcipreste, el Lazarillo, Rabelais, Molière, Voltaire, Shakespeare y los ingleses todos, después los alemanes, los rusos Gogol, Turguenef, Dostoiewski, los españoles La-

rra, Galdós y otros y otros; todos los que han reído, todos los que han mirado a la vida con un aire de alegría triste o de sonrisa jovial. Para el sabio de Lezo todos los que miran "para adentro" son humoristas.

Cuando la linterna ha quedado a oscuras, Guezurtegui comenta "la historia de cada palabra", el modo de sentirlas y comprenderlas asociándolas y habla de la harmonía y el ritmo en la poesía en una forma, aparentemente, revolucionaria.

Cree el doctor vasco que "escribir es como andar", que "el ideal sería escribir con palabras esmeriladas y silenciosas" y que el mejor estilo es aquél que "fuera siempre inesperado".

El humorismo, como un árbol frondoso que prosperara en todos los climas, tiene innumerables raíces. Una es el constante descubrimiento, que hace saltar el "humour" de todas partes, cuando menos se piensa en él. Otra es el rencor — un poco débil — porque tiene como tutores — para su sostén — la simpatía y la benevolencia. Otras raíces más profundas son la imaginación y la melancolía. Otra es un comienzo de desdoblamiento psicológico, que es condición inherente a los humoristas. Así, vigorosas raíces que llevan distintas savias, concurren a sostener el árbol del humorismo.

Para Baroja el humorismo no es de procedencia inglesa, ni francesa, ni alemana. Es universal, como ya lo había pregonado Schadenfrende. "La capital del humorismo es Londres". En Inglaterra es donde sus frutos fueron más opimos; después en España, donde ya el Arcipreste sabía decir sus trovas del "loco amor"; modernamente, en Rusia. Todo lo cual se explica por el "intensismo" — facultad de reconcentrarse — en oposición al "totalismo" — facultad de sobrepasar todos los muros intelectuales, sin detenerse a trabajar, activamente, en ninguno.

Guezurtegui hace un breve aparte en sus reflexiones para renovar la insolencia que ya Baroja expresara en su "Juventud, egolatría": "... los americanos del Sur — dice — que aunque no lo lleven, debían llevar un papagayo en el hombro...". Antes, Baroja había expresado: "América es por excelencia el continente estúpido" y todo sin tener "motivo particular de odio contra los americanos"...

Continuemos, sin embargo, sintetizando "La caverna del humorismo". La calvicie y el artritismo también tienen sus influencias en favor de las manifestaciones humorísticas. "En ocasiones, a los cristales de ácido úrico les nacen alas como a los angelitos, aunque generalmente predisponen a la filosofía pesimista y al estado gruñón".

Tras la pintoresca "historia de dos patos intuitivos", que pusieron en evidencia su intuición de escaparse en busca del agua del Bidasoa, contraria a la intuición de comérselos que tuvo Guezurtegui, por lo que pasaron a la cazuela como resultado lógico de "intuiciones iguales y contrarias", se inician los "bastidores del humorismo": el contraste, la música, la pintura, la ciencia, la historia, la política, semilleros de humorismo que, por un fondo de anarquismo, es "antisocial, anti-científico, anti-artístico".

En la famosa memoria se sostiene todavía que el humorismo existe hasta en lo macabro. Es lo cierto. Recordamos el caso repetido del estudiante de medicina que le cambia al compañero la caja de cigarrillos por la oreja de uno de los abandonados en el anfiteatro. Anatole France, en "Le Petit Pierre" trae el recuerdo del doctor Morisson brindando, después de la derrota de Waterloo y en la ocasión solemne en que se recuerda a los caídos: "Por el muerto a quien no veremos más: el Ascenso!".

La brújula del humorismo es el instinto. En cada individuo tiene una expresión original, subconsciente, que define la obra real. La voluntad — tan poderosa — sale vencida, a veces, por el empuje de estas fuerzas escondidas que vienen del fondo de la vida.

Por último, Guezurtegui no puede sustraerse a la zarabanda que motiva la guerra europea. La sempiterna pobreza del que se vanagloria de su vida honesta y limpia, le hace decir que "es una estupidez el ser honrado". Entona la balada a "Los buenos burgueses", incitándolos a gozar de la existencia "porque todavía no viene el bolshevikismo" y, en crisis su "eleutoromanía" se embarca para el extranjero. Y como aquí terminan los datos de Baroja, aquí también tiene su final "La caverna del humorismo", que viene a resultar así, un atrayente libro humorista a la vez que un ensayo de humorismo.

II

Pío Baroja es el escritor español de más originalidad en la hora actual. Pertenece a la constructiva generación del 98 y es en ella de los más destacados. Sin violentar la rara unidad de su "manera", Baroja es nuevo a cada libro que sale de su telar, como este último, "sin pensarlo y sin quererlo". "Sin pensarlo y sin quererlo" dice él, aunque en rigor de verdad sus obras resultan plenas de pensamiento y son frutos de recia voluntad. No es "sin pensarlo y sin quererlo" que a una edad no cercana de la vejez se alcanzan a publicar treinta y cinco libros: crónica, cuento, novela, autobiografía y filosofía teorizante.

Enemigo de los afeites literarios, escribe sus libros sin las preocupaciones subalternas del estilo florido o rebuscado. Asimismo y por esto, se consolida un esti-

lo personal y original, de una sobriedad característica, nervioso y rápido, tan preciso y tan justo que, en ocasiones, alcanza al graficismo más escueto, llegando, en las descripciones, a ser, verdaderamente, cinematográfico. Tal vez entre los escritores rusos "un poco románticos y un poco nietzscheanos" pudiera encontrársele antecedentes literarios. Él ha hablado de "mi rusofilia" pero ha confesado también, en páginas ásperas de autobiografía, que, muchas veces, se ha encontrado con que le han señalado influencias de autores que nunca había leído. Lugones, en ocasión que me es grata, decía otro tanto a propósito de sus censores.

Baroja, observando un poco el panorama ideológica de su producción literaria es — fuera de duda — un anarquista anarquisante que olvida, a ratos, su alegre pesimismo. Por esto, ya se confiesa agnóstico y dogmatófago, como se declara "humilde y errante" y vasco "por tres costados y medio" o "dionisíaco, turbulento, antitradicionalista, entusiasta de la acción y del porvenir".

Su producción no es de esa que va apareciendo en ascendente marcha. Tiene todas las ondulaciones del camino en la montaña. Es desconcertante. Tan pronto va por lo alto, "donde se está más solo y se siente el frío de la soledad" — que dijera Nietzsche — como desciende a la "planicie de la sencillez" en obra apresurada, que da la impresión de ser un esbozo que necesitara, antes de ver la luz de la publicidad, la meditación reposada o la poda de lo innecesario. Ha dicho que sus obras de juventud son turbulentas, pero es el caso que las últimas — "Juventud, egolatría", para citar una — llevan la calificación merecida de "estridentes". Baroja brinda así el hermoso espectáculo de una permanente juventud, pues su madurez

no ha perdido el brío mozo, ni en el ataque violento se fatiga su pluma.

De sus libros ha notado que se exhala "un vaho de rencor contra la vida y contra la sociedad". No influye, sin duda, en este rencor su voluntad consciente, sino el ácido zumo de sus dolores. Baroja es — lo dice él mismo — "un puerco de la piara de Epicuro". Nervioso gozador de la vida — a pesar de despreciarla — da a los personajes de sus obras un alma viajera y errante, porque para él la vida intensa está en la acción, en la aventura: cambiar de paisajes permaneciendo fiel al propio yo. Barrunto que Baroja desprecia los paisajes que circundan sus lugares familiares.

Acaso la contradicción, por puro juego intelectual, sea una de las condiciones que individualizan y definen su labor literaria. No se contradice en lo fundamentalmente básico de sus ideas, ni especialmente en lo que respecta al fondo de rebeldía y de acción que hay en sus libros. Lo que sucede es que por deseo de acción quiere ver — desde el mirador de otro espíritu — la vida inquieta con un alma nueva. Es una especie de "desdoblamiento" por deseo de renovación. Recuérdese la confesión de Daudet que gustaba meterse en el alma de los que pasaban, para vivir la vida suya de distinto modo.

Ortega y Gasset define al maestro de "Aurora roja" como una encrucijada. Es el punto del camino que — como dice el proverbio árabe — da lugar a cien senderos. Más que esto, para seguir el graficismo de la definición, es un laberinto donde, después de entrar, es difícil la salida. Cuando Savage en "La caverna del humorismo" califica a Guezurtegui de "pesimista jovial" y el doctor le responde: "Es la gota", Baroja, artrítico, se explica admirablemente.

Sostiene que es un escritor incompleto. Esto mis-

mo — que acusa su originalidad indiscutible — caracteriza su producción, haciéndola inconfundible entre la de los escritores españoles contemporáneos. A sus treinta y cinco libros no ha formado escuela. Odia la disciplina y no comulga con "las hostias envenenadas" de la Academia. Con sus imperfecciones, con sus giros inesperados, su estilo es inimitable y personalísimo. Los neófitos que quisieran seguir a tal maestro perderían el camino. Baroja, a cada nuevo libro, muestra un nuevo gesto. Para él cambiar, ser nuevo dentro del marco en que mira a la vida con ojos turbios de enfermo, constituye el mejor programa.

No le importa levantar odios. Es más. Los provoca en forma que no excluye del ataque ni a los que están del otro lado de la vida. Ha explicado sus "enemistades póstumas" y ha censurado acerbamente a aquéllos a quienes debe artículos consagratorios. Censurado, se levanta iracundo y es entonces cuando afirma categóricamente. Toda vez que su estilo se torna polémico, resulta admirable, como que es fuerte en el empuje violento. Cuando a raíz de "Juventud, egolatría" clavó en su obra la crítica americana sus dardos, no se inmutó por cierto. Al libro siguiente — "Las horas solitarias" — devolvió los dardos, con más violencia. Defendiéndose y definiéndose, comenzó el prólogo expresando: "Yo no soy de los hombres que saben especializarse y permanecer tranquilos en la casilla que les corresponde". Más tarde, en su folleto de arbitrario título: "Momentum catastrophicum" había de decir, ratificando conceptos anteriores y dando fin a su trabajo: "Yo he elegido el ser hombre independiente y los insultos de los criados no me hacen mucha mella". Se siente voltario y desprecia "la inmovilidad y la anquilosis de las gentes torpes." Como Zalacain, el aventurero, podría declarar: "...yo quisiera que todo

viviese, que todo comenzara a marchar, no dejar nada parado, empujar todo al movimiento, hombres, mujeres, negocios, máquinas, minas, nada quieto, nada inmóvil''.

Los obstáculos que pueden presentársele, por lo mismo que le dan lugar a la aventura — de la que es apasionado — exaltan su voluntad de acción. Quizás, como Quintín — el protagonista de ''La feria de los discretos'' — necesita ''complicaciones para vivir''.

Es un contraste su manera literaria y su modo de vida. Sus obras transparentan un hombre inquieto y andariego y esto sólo resulta espiritualmente, porque Baroja lleva una vida de solitario, cercano a la misantropía. Para él, tan pronto el libro que piensa escribir lo reduce a un capítulo breve y sustancioso, como el capítulo lo prolonga — por obra de su activísima imaginación creadora — no sólo en un libro, sino en toda una serie de libros. Es el caso que acontecióle con Eugenio de Aviraneta, el inspirador de ''Memorias de un hombre de acción''. Para historiar la vida aventurera de este casi insignificante pariente suyo, lleva escritos nueve tomos. La inquieta existencia de Zalacain la encerró en un pequeño montón de páginas. En uno y otro caso, el estilo es un vértigo, porque la acción lo domina todo. El atropellamiento de incidentes, a ratos tan inverosímiles, como los que suelen acontecer en las películas policiales, pero, a la inversa de éstas, siempre interesantes, da la impresión de que vamos contemplándolo desde un tren, a toda prisa. En trechos, a veces largos, aparece una estación, vale decir, una reflexión áspera, irónica, escéptica, con un fondo suavemente romántico. Cuando no, una ''boutade'' como esta salida: ''Allá lejos, en una azotea, una muchacha arreglaba unos tiestos. Probablemente sería bonita...''

Cuentan que Pereda decía: "Escribo para divertirme y hago jabón para vivir". Comentando esta declaración, confesaba hace algún tiempo Francisco A. de Icaza: "Más práctico, como más joven, Pío Baroja hace novelas y hace pan: es la manera segura de tenerlo, teniendo la tahona en casa". Alegrémonos, sin embargo, de que Baroja viva en la actualidad, de su literatura original y no de su opresora panadería. Lo que ha ganado en libertad económica lo traduce su misma libertad intelectual. De su tahona no queda a Baroja más que un poco de levadura y de aquí el sabor agrio de su prosa.

José Pereira Rodríguez.

Salto, 1920.

VERSOS EN PROSA

Las campanas

En el aire azulino de la mañana
el son de las campanas es un riego
de abejas rubias.

Las notas harmoniosas
saltan, cabrillean,
se desparraman,
— como rubias abejas —
y en la infinita concavidad del cielo
se pierden, se extenúan... lentas.

Pero, mientras vagaron por el aire,
puras, sonoras,
glaciadas de rocío,
claras como cristales
de aguas luminosas,
hubo en nuestra alma un gran florecimiento
de primavera,
y nuestra alma presintió la angustia
de volar, bajo el sol, en un tremendo
volido de saeta,
— como una abeja rubia.

¡Oh, el son de las campanas
en el amanecer! Es tal que un perfume
campestre que sonara
hecho cristal;
es como un lirio argénteo
que vibrara en el aire cerúleo
de metal; es lo mismo
que una queja del viento; que una plegaria
de los campos, de las aguas,
destrenzándose hacia el firmamento
en voluptàs de incienso.

¡Oh, el son de las campanas,
sereno,
hecho de heno,
del frescor de la fuente,
de rústicas baladas,
de la azulada frente de los montes,
del plañido de las ovejas
y de la luz de la estrella
que ha poco se extinguió en el horizonte!

¡Benditas las campanas que salmodian
la gloria del vivir, toda la gloria
de la inocencia,
las memorias
serenas,
y los corazones blancos, y el reposo,
y el amor de las mozas y los mozos!

¡Y benditas, también, aquellas otras
campanas del ocaso,
graves, sacerdotales, gemebundas,
hechas de raso, como rosas
de tintas profundas, — con un poco
de sombra y de misterio

en el son; con un poco de eternidad
en el son; con un dejo
de muerte en el volido, —
que suenan, suenan,
sobre los humos de los campos dormidos
como grandes pájaros negros
de alas de felpa.

¡Oh, las campanas de los ponientes,
tristes, dolientes,
desfallecientes,
como sonrisas
desencantadas; campanas de los días
que agonizan
en azules de cobalto y carmíneas
tintas, — mientras las aves
se guarecen en los montes
y los hombres, graves, descienden
a los valles,
sudorosos, mudos, fatigados,
buscando la cabaña
que llena el resplandor de unos troncos sarmentosos,
el vaivén de una falda
y el chillar de los chicos revoltosos!

¡Oh, las campanas,
graves, sacerdotales,
que lanzan sus sonidos por la queda
amplitud de la noche,
como grandes pájaros negros
de alas de felpa!...
¿Por qué, en oyendo su lamento,
todas las gentes
se postran, y sobre las frentes
pasa un aliento de eternidad y sombra?

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Sendero de meditación

Para Pegaso.

Obramos, la mayor parte de las veces, impulsados por pequeñas ilusiones inmediatas. Estas ilusiones constituyen para la generalidad de los hombres, el objeto único de la existencia por el que sacrifican lo mejor de sus vidas. El hombre superior "que vive por encima del bajo mundo de la voluntad", deslígase de estas pequeñas ilusiones mediante una gran mirada de conjunto y comprende así, la absoluta nulidad de todo.

Un sér previsor será aquel que reserva el mayor espacio de su vida a lo inesperado.

Cierta vez, yendo con un amigo por el campo, dímonos a descansar sobre la hierba. No lejos del sitio elegido para descansar observamos a un pequeño hormiguero. Contemplando al diligente y minúsculo ejército, mi amigo, dando curso a su fantasía, díjome: "Curioso sería, en verdad, la aparición de una raza de hombres mínimos, que se ocuparan — como las hormigas y los hombres de todos los tiempos — en amontonar riquezas sobre riquezas y poder mirar su labor, impa-

sibles y, además, (como los Dioses hacen con nosotros) desbaratar de cuando en cuando sus planes...

Un coleccionista de antigüedades conserva como verdadera reliquia, exhumada por la fatalidad de los tiempos, la momia de Thais, célebre cortesana de Alejandría. Después de tantos siglos, el molde que sustentara aquel extraordinario poder de fascinación y gracia, reaparece a la era moderna, con toda la aureola que forjó la leyenda. La momia de Thais, más que las ciudades momificadas y sepultas del antiguo Egipto, nos hace pensar en lo deleznable y pasajero de la vida. En sus ojos brillantes se reflejó la doble visión del mundo. Su culto al placer primero y su conversión después al sentimiento de la divinidad, hacen de ella, un símbolo viviente y perpetuo.

El silencio es el patrimonio de las almas mayores; la gran prueba a que nos somete el destino. Por eso, Sócrates, después de consultar el Oráculo — es decir, después de replegarse sobre sí mismo — se recogía en silencio.

Presiento, a medida que observo las innúmeras transformaciones a que estamos sujetos, un estado superior de conciencia, en el cual se fundirán todas las experiencias adquiridas, algo así como un punto de unión de los caminos y donde nuestra concepción de lo relativo es absorbida por la suprema unidad de lo Absoluto, como esos ríos, cuyas aguas transparentes,

después de recorrer valles, pueblos y collados, — sin perder su virginal frescura, — se internan en las vastas extensiones del océano.

Las cosas no tienen velos. Las cosas *están*. Sólo de nosotros depende el percibirlas en su celeste magnitud.

MANUEL DE CASTRO.

Julio, 1920.

CANTO AL PAISAJE

Paisaje, cuadro vivo
Que pareces pintado sobre el lienzo del cielo.
Paisaje que te alegras en las flores,
Sonríes en el río, bostezas en el lago;
Eres hermoso en todos tus momentos,
Vestido de púrpura
Como un emperador, o envuelto
En la sábana blanca de la luna.
Hermoso en la alborada, cuando el rocío
Humedece tu faz y te despiertas
Estirando los brazos de tus ríos
En un esbozo de esperezamiento.
Hermoso
En el verde de tu primavera,
Cuando de cada árbol cuelgas un nido
Y haces de cada nido una luna de miel.
Hermoso en el blancor de tus heladas,
Cuando el prodigio del invierno
Transforma tus senderos
En lagrimales turbios para su llanto;
Hermoso
En los días de fuego cuando el verano
Echa sobre tus hombros, como un poncho, su sol.
Hermoso,
Hermoso en todos tus momentos;
Cuando te vuelve místico el otoño

Y bajo un palio de color violeta
Asciendes y te esfumas
En las catedrales de humo de las nubes.
Paisaje: te he visto
Reir y llorar en el mismo día...
Eres como los hombres,
Tienes estados de alma.
Tu alegría es dorada,
No de oro: de sol;
Y tu tristeza es dulce, dulce y suave
Tal como otra alegría que viniera
De un poco más adentro...
Paisaje:
Eres un aspecto del Paraíso.
Yo apago mi sed en tus fuentes puras
Y en cada sorbo de agua bebo un poco de cielo.
Paisaje!

FERNÁN SILVA VALDÉS.

1920.

Glosas del mes

25 DE AGOSTO

Ha dicho Viviani que "ni la comunidad de lenguajes, ni la comunidad religiosa, ni la comunidad de los intereses económicos, ni la comunidad histórica, bastan para constituir una nación. Más allá de todo eso y a pesar de todo eso, para constituir una nación lo que hace falta es que los hombres que viven bajo el mismo cielo sientan el deseo de vivir juntos y de morir juntos; sobre todo, de morir juntos por la patria. Desde que sus hijos sucumben en su defensa, la patria está creada y el pueblo comienza."

Este concepto de patria es, en verdad, el exacto del punto de vista histórico. Corresponde a la realidad de los hechos. Los hombres se han agrupado, en el transcurso de la historia, obedeciendo a un conjunto de factores complejos y variables según las circunstancias y los tiempos — y esas agrupaciones se han mantenido o separado, unido o reñido entre sí según esos mismos factores y circunstancias, variables y complejos. Así, la historia nos muestra cómo naciones que han sido rivales durante siglos se han vuelto más tarde amigas y cómo la amistad secular de otras se ha trocado en odio muchas veces... Las naciones proceden lo mismo que los hombres en sus relaciones recíprocas: se quie-

ren y se odian alternativamente, interviniendo como factores de sus odios o de sus amores las afinidades y el choque de sentimientos o de ideas, que varían a su vez según los momentos y estados de ánimo de cada hombre o agrupaciones humanas.

Pero un hecho domina a todos los demás, tanto en las relaciones de unos hombres con otros como en las agrupaciones de hombres entre sí, y es el esfuerzo de cada hombre o agrupaciones de hombres para vivir en la tierra lo mejor posible.

La historia no es sino la narración del aprendizaje del hombre en este sentido. Y éste ha sido un aprendizaje hecho lentamente, a fuerza de tanteos y sufrimientos. Los hombres han creído que las conquistas que realizaban sobre el medio ambiente y que permitían mejorar las condiciones de sus vidas debían guardarlas celosamente para sí o para sus comunidades, y que no debían permitir o debían apoderarse de las conquistas realizadas por los otros hombres o comunidades de hombres... Esta ideología es la que aparece a lo largo de la historia, y ella es la que explica la larga historia de las luchas humanas...

Las patrias son el producto complejo de esta ideología y de las luchas o afinidades diversas, según los tiempos y lugares, de los sentimientos y necesidades ambientes. Por eso el concepto de Viviani es bien el concepto histórico de patria: patria es el pedazo de tierra al que se siente la necesidad de defender y por el que se siente la necesidad de morir.

Pero es evidente que el concepto de patria está actualmente evolucionando. La humanidad ha llegado a un período de su desarrollo que explica esta evolución y la hace necesaria.

Las conquistas científicas realizadas sobre todo desde mediados del siglo pasado; la difusión de los conocimientos y la facilidad de comunicaciones entre los

hombres están haciendo evolucionar la ideología primitiva de la humanidad, y junto con ella, los sentimientos de los hombres.

Si éstos se han asociado es evidentemente con el objeto de apoyarse unos en otros y de vivir mejor. Con el desarrollo de la civilización, los hombres se han ido especializando en funciones diferentes y, como consecuencia de esta división de funciones, la solidaridad entre los hombres se ha ido haciendo cada día mayor. De idéntico modo, aumenta también la solidaridad entre los diferentes tipos de sociedades humanas y entre los diversos países de la tierra. La interdependencia de los hombres y los pueblos es un hecho innegable.

Al lado de esto, del estudio de los acontecimientos históricos y a la luz de los conocimientos científicos adquiridos, el criterio ideológico de la humanidad se modifica. Se va comprendiendo poco a poco que el estado de lucha — que ha sido la característica de las sociedades humanas hasta ahora — ha dificultado el progreso y el bienestar de los hombres en la tierra y que es menester que se sustituya el espíritu de lucha por el de cooperación entre los hombres. Efectivamente; *como los hombres tienen todos igual capacidad de dañar,* el estado de lucha trae consigo una eterna mudanza de los valores humanos. (1) El oprimido de hoy es — con toda justicia, ya que ha sido herido por los otros — el opresor de mañana; y de este modo es como la Humanidad se debate eternamente en convulsiones sangrientas...

Por la demostración teórica de su necesidad, por el apostolado de los pensadores y por la difusión de las ideas por una parte; y por la otra, por la realidad de

---

(1) Este argumento pertenece a Santín C. Rossi, que lo desarrolló en el artículo "Evolución", publicado en el número anterior de "Pegaso".

la interdependencia, cada día mayor y más efectiva, de las relaciones humanas, la ideología de la cooperación se ha de ir sustituyendo a la de la lucha entre los hombres — y cuando haya cristalizado en la conciencia general, los sentimientos de los hombres se modificarán también paralelamente.

Los hombres están animados ahora por sentimientos de lucha, y desde chicos, enseñan a sus hijos a matar. El sacrificio de la vida, en nuestras sociedades, se hace en virtud de estos sentimientos. Se muere por defenderse de una agresión, real o supuesta. Y se educa para agredir o para defendernos. Así también es como se educa el sentimiento de patria. Y de esta educación deriva aquel concepto que hemos llamado histórico: patria es el pedazo de tierra al que se siente la necesidad de defender y por el que se siente la necesidad de morir.

Pero, cuando la solidaridad haya sustituído a la lucha en las relaciones de los hombres; cuando los hombres hayan comprendido que, para vivir mejor, deben apoyarse unos a otros y todos entre sí, *el sentimiento* de esta solidaridad creará otro concepto de patria que podremos definir así: patria es el pedazo de tierra al que se siente la necesidad de amar y por el que se siente la necesidad de progresar....

ALBERTO BRIGNOLE.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Tabaré.—Versión italiana, por Folco Testena.—Montevideo.—1920.

Persistiendo en su noble propósito de vulgarizar entre sus compatriotas las obras de autores rioplatenses, convencido de que es esa la manera "más recta y breve de conseguir la fraternidad de los pueblos y transformar en realidad benéfica la promisora esperanza de La Internacional", el señor Folco Testena nos ofrece hoy "arropado con el mejor vestido italiano que tenía en su guardarropa", el celebrado poema del doctor Juan Zorrilla de San Martín.

En verdad no deja de resultar bellamente paradójico que el autor de "Tabaré", católico militante y ferviente, sirva de vehículo a un ideal internacionalista, y como lo dice el señor Arturo Capdevila en el prólogo del libro, es suceso digno de ponerse entre los más hermosos que el fiero Comunardo, — verdadero nombre del señor Testena, valga la palabra del prologuista, impuéstole en flagrante adhesión a los "bandidos" de la Commune,—y el afable Don Juan, se den citas elíseas a la sombra de los ceibos"...

Mucha tinta se ha gastado discutiendo las ventajas de estas versiones poéticas y hay quienes, midiendo a todos con la misma vara, ven en cada traductor un traidor o, por lo menos, un profanador. Esto encierra una evidente injusticia; díganlo si no, para señalar sólo un caso, todos aquellos que han podido sentir como si fuera en su propia lengua la estupenda voz heiniana a través de las traducciones de Llorente.

El citado prologuista dice respecto a esta cuestión: "Hemos venido al mundo solamente a traducir. Formas que vemos, sonidos que oímos, relieves que palpamos, se nos dan o se nos hurtan según que los traduzcamos bien o mal. Entender, en el fondo es traducir. Pues no hay elemento del cielo o de la tierra que no nos hable un idioma extranjero".

Nada mejor para apreciar la justicia de este concepto que la propia obra realizada por el señor Testena.

Hace muchos años que leímos el notable poema de Zorrilla de San Martín, y recordamos la intensa emoción estética que nos causara.

Como a todos, muchos de sus versos se nos quedaron imborrablemente fijos en la memoria... "Cayó la flor al río"... "Era así como tú, blanca y hermosa"... "Duerme, hijo mío"... Estábamos entonces en plena floración romántica, y es natural que aquella lira tan armoniosamente sensitiva nos hiciera estremecer profundamente; porque nosotros también somos de los que creemos que lo que tiene de épico "Tabaré" no alcanza el valor estético de su sentimentalidad, dicho sea sin la menor intención de disminuir el mérito de una obra poética que no tiene rival por el tono de su inspiración y por su grandiosidad dentro de nuestra literatura.

El libro del señor Folco Testena nos hizo intimar otra vez con las figuras y los panoramas del poema: ¿Y qué mejor elogio podría decirse en su honor que confesar sinceramente que hemos sentido reanimarse las emociones dormidas en el recuerdo, de igual modo que si un día, ansioso de recorrer viejos senderos, hubiéramos sacado al "Tabaré" auténtico de nuestra biblioteca y hubiéramos releído una a una sus páginas?

Sólo es posible dar una impresión tan neta cuando el traductor ha entrado en el alma del autor, ha sentido sus inquietudes, sus éxtasis, sus angustias creadoras, y realiza su obra con el amor que da el convencimiento de una altísima misión.

Es claro que siendo mucho más instintiva que razonada la sensación que nos produce una obra de arte, sobre todo poética, únicamente quien tenga un temperamento idéntico al autor puede ser su traductor; es decir, que para traducir a un poeta con probabilidades de éxito, lo primero que se requiere es ser poeta y no sólo de alma sino también de oficio.—**J. M. D.**

Renovación.—Novela por Máximo Sáenz. Obra premiada en el concurso de "El Plata".—Montevideo.—1920.

Rodolfo Ramírez, uno de tantos muchachos orientales fascinados por la metrópoli porteña, al cabo de algunos años vividos en Buenos Aires, en donde consiguiera fácil notoriedad por la fuerza de sus puños, siente, de pronto, el asco de una vida llegada al último peldaño de la crápula y un noble deseo de renovarse totalmente. Vuelto a Montevideo, después de una serie de peripecias en donde el amor, es natural, juega un rol principalísimo, el hombre consigue realizar su ideal, y lo hace de manera hermosa, rompiendo todo prejuicio, entrando a trabajar como un simple obrero en una fábrica de Capurro y despreciando un puesto de cien pesos, que un Subsecretario de Estado, demasiado amigo de su cuñada, le había conseguido en Tacuarembó.

En el capítulo último, Egaña, un amigo del antiguo tiempo, paseando con su querida por la playa de Capurro, ve un hombre rudo, ves-

tido con la blusa del trabajo, llevando en los brazos a un niño. Era Ramírez. Y en tanto la mujer exclama despectivamente: "Bah! Ese es el fin de todos los...", el hombre regenerado, fuerte, con la doble fortaleza de la salud física y moral, alza a su hijo para que pudiera ver el sol un momento más sobre las aguas.

Esta novela comienza de manera tan vigorosa, los tipos destacan, con pocos trazos, tan bien su cuerpo y su alma; los escenarios, como el Armenonville y el Hipódromo Argentino, aparecen tan fina y sobriamente retratados; el diálogo es tan recto y vivo que, francamente, se cree estar en presencia de un novelista y de una novela extraordinarios. Pero es lo cierto que no bien Ramírez pisa tierra oriental, las cosas van cambiando de aspecto. Los paisajes se tornan lánguidos o sobrecargados; las añoranzas y las reflexiones van desviándose hacia la cursilería; los diálogos pierden la agilidad sin ganar en sustancia, los hombres y los episodios se hacen artificiosos; todo esto dicho sea sin negar que, de cuando en cuando, y no dejando lugar a dudas respecto a sus admirables condiciones, suele aparecer el vigoroso novelista de las primeras páginas.

Aquel hombre joven que ha venido a su patria con ansias de renovación, no bien pone el pie en ella se ve atacado por un sentimentalismo ñoño, que le hace atender como una hermana de caridad a un tal Requena, doblemente lamentable por la materia y el espíritu, poeta, según el autor, muerto de una rara enfermedad, que hace decir más de una zoncera a su médico. Luego le torna un mojigato, esclavo de todos los convencionalismos, frente al amor. Evidentemente no es ese hombre recio, gladiador, renovado por la conciencia de su dignidad, con tendencias colectivas y con un criterio amplio de la vida que nos auguraba en el comienzo de su regeneración; éste es un tipo romántico, sensiblero, arcaico, que trata de purificar en el Jordán del trabajo una juventud bochornosa, pero de un modo puramente sentimental e individual. Y es lástima porque se nos ocurre que Sáenz ha perdido una espléndida oportunidad para dar vida a un vigoroso tipo de novela.

De todos los personajes que aparecen de este lado del río sólo dos, Laura y su resignado esposo, puede decirse que tienen vida y dejan, cuando surgen, una fuerte sensación de realidad.—**J. M. D.**

Palabras con Flordelina.—Luis Aníbal Sánchez—Quito—1920.

Alguna vez, también nosotros anduvimos solos, en un jardín fragante, con una "chiquilina sentimental y delicada"; alguna vez también nuestras diez y ocho primaveras vagaron por un jardín vernáculo, armonioso de mirlos, junto a una niña de pecho abrasado.

En la embriaguez de nuestros pensamientos, quedábamos envueltos en melancólicos silencios: nuestros espíritus orillaban lo absoluto;

mundos de tumultuosa felicidad rodaban en nuestros pechos; pero nunca, nunca, dulce amigo de Flordelina, nunca creímos que existiera el mundo visible, ni "oímos las campanas del templo", ni apreciamos el "vuelo de las golondrinas", ni recibimos de la vida circundante ninguna evidencia como esas que usted puede poetizar "marchando por el camino de las quimeras".

Naturalmente, todo aquello es ahora recuerdo; mejor, recuerdo de recuerdos, pues tanto ha sedimentado el tiempo sus horas felices; pero aún reconstruímos las imágenes; por fuerza de la vibración interna y continua que entonces nos subyugaba, nuestra imaginación galvaniza el cuadro con reviviscencia precisa; pero, dulce poeta amigo de Flordelina, bien vemos que el mundo estaba dentro de nosotros, pues nada de él nos quedaba para ver.

En el esplendor de las diez y ocho primaveras, el amor y la poesía, son, exactamente, una misma cosa. Nos parece que usted, dulce poeta, si hubiera quedado junto a Flordelina en aquel jardín donde estaban solos, si se hubiera despreocupado del "mago de los ojos malvados", y si no hubiera ido a "cerrar la puerta del jardín", con esa unción suave y ferviente que su prosa vagamente melodiosa transparenta, podía habernos contado muy bellas cosas, y nos hubiera dominado con la fuerza sugestiva de su amor...

Mientras que así...

Sí: la poesía y el amor son la misma cosa: y, además, no hay puertas en ningún jardín.—**E. S.**

El Cántaro Fresco.—Prosas de Juana de Ibarbourou.—Montevideo. —1920.

Frescura de las cosas más frescas de la tierra; de la bondad, del candor, de la desnudez anímica, se ofrece en este cántaro, cuya agua hemos bebido de un solo trago.

Jamás, como al cerrar este nuevo libro de la señora de Ibarbourou, hemos tenido la impresión más neta de haber estado escuchando durante un largo rato las encantadoras confidencias de un niño...

Nada de transcendencias filosóficas, ni de posturas académicas. Alma hecha sobre todo para la impresión y la emoción, el enorme caudal poético que le llega de la vida por los cinco ríos de sus sentidos, sale por ella ennoblecido como a través de un filtro, pero sin que el más leve rastro revele el tormento de la depuración o de la selección.

Tiene en tal forma arraigado el instinto de lo bello, que a ojos cerrados parece capaz de dar con una gota de poesía perdida entre el laberinto de las cosas vulgares, o de dar nuevo sabor a un viejo jugo, o de hacer notar la belleza inadvertida; por manera que todo

lo que pasa por sus manos se prestigia con tonalidades nuevas, sin perder sus cualidades reales.

Nada de trascendencias hemos dicho; sensaciones y emociones expresadas con la ingenuidad de una criatura... nada más; y, sin embargo — por esto mismo — ¡cuánta profundidad en los conceptos y qué de sugestiones en el más simple ademán!...

Verdaderamente, estamos frente a un alma de privilegio que si en "Las Lenguas de Diamante" se nos reveló como un notable temperamento poético, en este libro se nos muestra como una prosista extraordinaria.

El amor a la naturaleza y la tendencia panteísta, surgen aquí tan vivos como en sus versos, pero lo realmente admirable en estas prosas es la sobriedad, la robustez y la justeza de la expresión, que despiertan en el lector no sé qué vagas reminiscencias de versículo bíblico.—**J. M. D.**

Proses selvátiques, por Joaquín Buhigas.—Barcelona.—1920.

Este libro nos llega con otro no menos interesante, titulado "Un grapat de historias". Ambos se hallan redactados en catalán, habiéndolos leído con las dificultades consiguientes. No podríamos decir nada sobre lo más o menos literario del estilo, por más que algo colegimos. Pero los argumentos llegan hasta nosotros bien. Y son, en general, admisibles. Buhigas es un hombre inquieto, errabundo. Sus "Proses selvátiques", son cuentos escritos después de vivir un tiempo en el Uruguay, en el Paraguay, en la Argentina, en el Brasil. Escritor extranjero, descubre líneas y matices que pasan inadvertidos para los artistas indígenas. De ahí que sus obras resulten a todos interesantes.—**V. A. S.**

El genio, por Alberto Palcos.—Buenos Aires.—1920.

Es éste uno de los volúmenes más importantes — si no el de mayor trascendencia — que han aparecido en la simpática colección. Palcos nos resulta, antes que nada, un estudioso, sorprendiendo por su facultad asimilativa. En este ensayo sobre el genio, habla de su génesis, de sus factores biológicos, psicológicos y sociales, así como de sus funciones en la especie y la sociedad. Tema tan vasto queda tratado con hondura, con real talento, en las 350 páginas que tiene el libro. Supone años de paciente labor investigadora, pues Alberto Palcos agota la bibliografía. Queda este intelectual como uno de los más preparados y aptos para escribir estudios de alto vuelo. Su prosa es clara, fluida y limpia, apta para servir de vehículo a las abundantes ideas que asimila y concibe.—**V. A. S.**

Lucio Stella, por Emilio Menéndez Barriola.—Buenos Aires.—1920.

Aporta el autor con este artículo una valiosa contribución para el estudio de una figura interesante por más de un concepto al psicólogo y al literato.

Lucio Stella, pseudónimo que pretendió inmortalizar en la república de las letras el señor Goicocechea Menéndez, es un verdadero caso de clínica, perteneciente a una especie que en Arturo Rimbaud tuvo su representante típico.

Hombres en quienes el deseo de la aventura cobra el aspecto de una manía y que se pasan la vida recorriendo todas las escalas sociales y los lugares de la tierra sin enraizarse jamás. Así se nos aparece este poeta a quien vemos a través de la narración del autor, periodista y persona de significación social en Córdoba; barbudo y calzando alpargatas de lona en Buenos Aires; revolucionario en el Uruguay; vendiendo naranjas en Tres Arroyos; soldado, desertor, miembro del célebre cenáculo de "El Mercurio de América", curandero en la Asunción; Jefe de Sanidad y representando en tal carácter en el Congreso de Higiene de París a la República Paraguaya; luego en Niza, Monte Carlo, Mónaco, arrastrando una vida fastuosa; más tarde en Amberes y por fin en Méjico, en cuya tierra el autor, por los años transcurridos sin tener noticias, sospecha que haya muerto, acaso—dice—"convencido de una resurrección inmediata para poder relatarnos en su estilo pomposo, vibrante y musical las sensaciones conturbadoras de la agonía, las cosas y los paisajes de ultratumba".

En este verdadero vértigo, sólo el ideal artístico permanece inquebrantable y hasta parece ser su causa exclusiva, como si Lucio Stella hubiera querido extraer de todos lados materiales para el grandioso palacio estético que soñaba levantar.

Sin embargo, puede decirse que toda la obra artística de esté poeta se resume en dos libros: "Los Primeros" y "Poemas Helénicos", obras que, a pesar de los elogios que le tributaron hombres tan eminentes como Paul Groussac y Pierre Louis, dejarán, sin duda, menos recuerdo que su vida novelesca.

Y es que, en realidad, el trabajo intelectual, como todo trabajo, necesita para dar fruto del método y la disciplina o, por lo menos, de un cierto orden dentro del desorden; así como también en el sitio más humilde de la tierra hay un universo de motivos para el alma de un esteta. La peregrinación en busca de sensaciones extraordinarias es igual a la necesidad de excitaciones artificiales; revela ya una falta de capacidad para sentir la belleza por los medios naturales y es claro que, a fin de cuentas, lo que no da la naturaleza en su aspecto más simple—con frecuencia el más bello—no se encuentra en ninguna parte, por más que se le busque con obstinación maniática. — **J. M. D.**

Transparence. — Versos por Marcelle Auclair. — Valparaíso, 1920.

He aquí a una nueva poetisa chilena. Al leer su libro primigenio se siente un verdadero arrullo de poesía: arrullo tierno, tibio, absolutamente femenino, que nos hace recordar las buenas mujeres en quien más de una vez hemos puesto el corazón sangrando, la madre, la hermana, la amante...

Con esto queda dicho que Marcelle Auclair es un temperamento delicado e imbuído de amor; pero de un amor todo lleno de dulcedumbre y de misericordia, huérfano de violencias sensuales, piadoso, simple, transparente, en fin, como ella mismo lo ha creído al bautizar con esta palabra su primer libro.

La poetisa escribe en francés y es de lamentarlo, no porque creamos, como Rodó, que es malo ser dadivoso en casa de pobre, ni mucho menos porque opinemos que las obras escritas en lengua extraña están condenadas a un irremediable olvido, pues no serán clasificadas al final ni entre las obras natales ni entre las del país en cuyo idioma fueron escritas. La perdurabilidad no es cuestión de lenguas sino de almas. Lo lamentamos porque nos duele que impresiones tan bellas y fáciles de emocionar no puedan ser apreciadas por la generalidad.

Otros escritores nada pierden ni hacen perder escribiendo en idioma extranjero, porque jamás llegarían a impresionar, en virtud de sus complicaciones psicológicas o emotivas, más que a naturalezas afines. Pero Marcelle Auclair sería, en realidad, una poetisa popular, sin dejar de ser por eso una alta poetisa, y por lo tanto, contribuiría poderosamente a levantar el gusto de las masas, tan menesterosa en lo que a sentimientos estéticos se refiere.

De todos modos es forzoso inclinarse ante este nuevo estro femenino que de manera tan notable viene a aumentar el caudal lírico de Chile.—**J. M. D.**

Las doctrinas sociológicas de Alberdi, por José Ingenieros. — Buenos Aires, 1920.

Juan Bautista Alberdi fué un verdadero precursor. Con su ideología, que pudo parecer revolucionaria a sus compatriotas (¡hasta lo tildaron de renegado!) se adelantó a su época. Por eso hoy su nombre es izado como bandera por los hombres nuevos que, desdeñando el chauvinismo, son al fin y al cabo, los verdaderos patriotas argentinos. En esa falange figura, como vanguardia, José Ingenieros, que es, pese a su juventud, un verdadero sabio. Con gran talento y bella prosa, Ingenieros estudia la obra sociológica del prohombre americano. Noble trabajo de divulgación que deben agradecerle los que anhelan aquí una vida más justa, más armónica, infinitamente mejor organizada. El folleto merece, aun más que una glosa, una lectura reposada.—**V. A. S.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Luisi Luisa, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



SETIEMBRE DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO IV.
N.° 27

COLABORADORES [illegible]

Alberto Brignole — Buenaventura [illegible] mael Cardozo — Asdrúbal E. Delgado — [illegible] del Saldaña — Pedro [illegible] — Emilio [illegible] de [illegible] — Juana de [illegible] — [illegible] Maldonado — Raúl [illegible] Montiel [illegible] — [illegible] — Víctor Pérez Petit — [illegible] — Humberto [illegible] Emilio [illegible], Vicente [illegible] — [illegible]

SECRETARIO DE REDACCION

[illegible]

Administrador: Alonso [illegible] Delgado

Correspondencia: Avda. [illegible] de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión).

Suscripción mensual: $ 0.50 cts.

Avisos: Convencional

Mercedes (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.° 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías . .	6 %	"	"	300
" " " "	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — **Ismael Cortinas.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — José M. **Fernández Saldaña.** — Pedro **Figari.** — Emilio **Frugoni.** — **Luis A. de Herrera.** — Juana de **Ibarbourou.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Raúl **Montero Bustamante.** — Adolfo **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.** — Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pí.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — **Emilio Samiel** Vicente A. **Salaverri.** — Alberto **Zum Felde.**

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000,000.00.—Capital íntegro: $ 16:741,060.70

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso. Horario: de 10 a 16. Sábados de 10 a 12.

Paso del Molino — Calle Agraciada N.º 963. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|4 a 12.

Avenida Flores — Avenida G. Flores N.º 2206. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Unión — Calle 18 de Julio N.º 205. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

Cordón — Calle 18 de Julio N.º 1650. Horario: de 9 y 1|2 a 12 y de 14 a 16. Sábados de 9 y 1|2 a 12.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 %	hasta	$	100,000
En Depositos a la vista	1 %	"	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 %	"	"	10,000
" " " " Alcancías. .	6 %	"	"	300
" " " " " . .	5 %	"	"	1,000

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta.

En Plazo Fijo a	3 meses . . .	3 %	hasta	$	10,000
Idem ídem	6 " . . .	3 ½ %	"	"	10,000
Idem ídem	1 año . . .	4 %	"	"	10,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Descubierto en Cuenta Corriente . . .	del 7	al 8 %
Por Vales	del 6 ½	al 8 ½ %
Por Conformes y Cauciones	del 6	al 7 %
Por Redescuentos Bancarios	del 4 ½	al 5 ½ %

Casa Central. — Horas de oficina: de 10 a 15 — sábados: de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Setiembre de 1920. Núm. XXVII.—Año IV.

ANDRÉS HÉCTOR LERENA

La muerte de Andrés Héctor Lerena Acevedo ha conmovido nuestros círculos intelectuales.

Con sus veinticuatro años estremecidos de poesía, Andrés Héctor Lerena era la esperanza más seria de la novísima literatura nacional.

Su libro "Praderas Soleadas" fué recibido por la crítica como la alondra lírica de un exquisito temperamento joven.

Sencillo y delicado como una mujer, su espíritu finísimo, lleno de claridad y de harmonía, anunciaba la venida de un poeta verdadero, para quien hemos de repetir la frase de Taine sobre Musset:—"éste al menos no mentía".

La primavera le traicionó despiadadamente, ahora en que él confiaba tanto en ella, y se aprestaba a saludarla,—el corazón hecho un trompo de música y las manos colmadas de rosas.

PEGASO ha sentido en carne propia la desolación de esta mañana de setiembre, azul y clara, en que el poeta se ha ido para siempre.

No es que nosotros hubiéramos con él la amistad fraterna de la poesía o de la juventud. Es que nos-

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Setiembre de 1920. Núm. XXVII.—Año IV.

ANDRÉS HÉCTOR LERENA

La muerte de Andrés Héctor Lerena Acevedo ha conmovido nuestros círculos intelectuales.

Con sus veinticuatro años estremecidos de poesía, Andrés Héctor Lerena era la esperanza más seria de la novísima literatura nacional.

Su libro "Praderas Soleadas" fué recibido por la crítica como la alondra lírica de un exquisito temperamento joven.

Sencillo y delicado como una mujer, su espíritu finísimo, lleno de claridad y de harmonía, anunciaba la venida de un poeta verdadero, para quien hemos de repetir la frase de Taine sobre Musset:—"éste al menos no mentía".

La primavera le traicionó despiadadamente, ahora en que él confiaba tanto en ella, y se aprestaba a saludarla,—el corazón hecho un trompo de música y las manos colmadas de rosas.

PEGASO ha sentido en carne propia la desolación de esta mañana de setiembre, azul y clara, en que el poeta se ha ido para siempre.

No es que nosotros hubiéramos con él la amistad fraterna de la poesía o de la juventud. Es que nos-

otros, simplemente, con el corazón desinteresado, hemos sufrido la opresión de su muerte, que da la sensación de una rama florida sobre la que canta un pájaro, rota de improviso por el golpe aleve de una mano que no se ve.

De acuerdo con tales sentimientos, resolvimos colocar nuestro ramo de rosas sobre la tumba de Andrés Héctor Lerena, que tan sutilmente había conquistado nuestra simpatía.

Y no sin emoción, fuimos en busca de sus versos inéditos, a los que PEGASO dedica sus páginas de honor, contando con el voto secreto de toda la juventud uruguaya, esperanzada de su esperanza y conmovida de su destino.

El doctor Andrés Lerena, padre del poeta, ha querido recibirnos en su villa del Prado,—llena aún del silencio de la muerte,—y donde le visitamos una de estas tardes, mientras el sol de última hora doraba la punta de los árboles e iban por los caminos las sombras fugitivas de unos vestidos claros.

Con palabras emocionadas, "en voz baja", el doctor Lerena fué diciéndonos el romance triste de su hijo poeta.

Y para que la visita tuviera todo el sabor de su amargura, salimos al jardín atardecido, a ver la torre donde Héctor se envolviera tantas veces de ensueño y de crepúsculo, asomado a la ventana del poniente.

Abierta de par en par al aire de la tarde que venía a preguntar por él,—allí estaba la habitación del poeta. Un cuartito lujoso y tibio, como convenía a su espíritu, una ventana al norte y otra ventana al este, la hiedra recubriendo los muros y derramándose por las cornisas como en la vieja quinta de Musset... Y allá lejos, mirando por las ventanas abiertas, los caminos sombreados de pinos por donde noche y día echara a



Andrés Hétcor Lerena Acevedo

volar las gavillas doradas de sus versos, y por donde esperaba la llegada de la novia primavera,—lo mismo que en el cuento azul, — mensajera de la ventura, del amor y de la vida...

—Mi hijo estaba profundamente enamorado,—dice el doctor Lerena, queriendo completarnos la visión del momento. Y comprendemos toda la tragedia romántica. "La niña de florida basquiña, a quien por la campiña" Darío persiguió,—fué sólo una visión esquiva y engañosa para este pobre peregrino ilusionado,—a quien el hada Carabosse, lo mismo que a otros tantos de su lírica estirpe, le hizo el hechizo desdichado de una mala salud.

"En vano busco el astro bueno de mi destino.—Con la mirada trémula, en mi ventana estoy,—y estoy pálido como la tierra del camino...—No me mires así, que nada soy..." Dicen los versos póstumos de Andrés Héctor Lerena Acevedo, con un hondo estremecimiento de dolor...

Y salimos de allí, rozada la frente por el ala membranosa del crepúsculo y apretado el pecho por una mano invisible, trayéndonos las páginas que siguen, y cuyos borradores, escritos a lápiz y casi sin enmiendas, la familia del poeta arranca al cajoncito de su mesa de noche, para entregárnoslos, repitiendo sus últimas palabras:—"Mamá, cuídame bien estos papeles, cuídame bien estos papeles, que valen mucho, mucho..."

Acaso, alguna de estas páginas, fueron escritas el mismo día que murió

De las páginas póstumas de Andrés Héctor Lerena Acevedo [1]

NO ME MIRES ASÍ...

No me mires así. Ya es mi dicha lejana.
Y, como un viejo monje, todo cansado estoy.
Y, tal en las vidrieras de mi obscura ventana,
el agua cae sobre mi vida... y nada soy...

Yo soñaba (¡oh, los claros ensueños de mi infancia!)
que, a mi sonora voz, se abrirían los montes;
que mi senda sería toda ensueño y fragancia
y que todo era estrellas tras de los horizontes.

Y que fresco estaría siempre mi corazón
como la clara sombra de los azules ríos;
que las horas vendrían cargadas de ilusión
como en el alba llegan los alegres navíos.

En vano busco el astro bueno de mi destino.
Con la mirada trémula, en mi ventana estoy.

---

(1) Instado por la solicitud de los amigos, doy a la publicidad algunas páginas que mi hermano Andrés H. Lerena Acevedo dejó inéditas entre sus papeles íntimos. Van ellas tales como quedaron; esto es: sin haber sido beneficiadas con aquella última labor de pulimento a la cual sometía todas las suyas el autor.—*A. L. A.*

y estoy pálido como la tierra del camino...
No me mires así que nada, nada, soy...

ABRE BIEN LA VENTANA...

Abre bien la ventana, Madre: que esta mañana
hace bien a mi pecho, ávido de vivir,
y es buena para amar. Abre bien la ventana:
ella, a estas claras horas, me prometió venir.

Mira bien. Quizá el tronco de algún antiguo pino
en el sendero claro te impida ver su marcha.
Ponte los viejos lentes, que es muy largo el camino.
Hoy no dirá que hay frío, ni que hay viento, ni escar-
[cha.

Tan pronto la distingas, sabrás cuál es, pues tiene
la alegría del pájaro y el candor de la infancia;
pero ¡cómo se tarda! Díme, por Dios, ¿no viene?...
Oigo unas campanadas lentas en la distancia.

Cierra bien la ventana, Madre. El aire está puro
y embriagado de dicha, parece sonreir;
y es bueno este sol, pero, deja mi cuarto obscuro.
¿Para qué he de curarme, si ella no ha de venir?

¡SEÑOR! CUIDA POR ELLA...

¡Señor! Cuida por ella, que es dulce y transparente,
temerosa de ti, y es tan buena y tan niña
que hay más bondad en su alma, que agua clara en la
[fuente
y tiene el matinal olor de la campiña.

Unge su corazón con tu místico vino:
que sea huerto cerrado, y sea lirio y paloma.

Ahora que, radiante como un alado trino,
toda la Primavera por sus labios se asoma...

Yo, aunque vivo callado,—temblando en el olvido
como una triste lámpara—, sufro alegre mi pena.
Para mí nada pido, ni nunca te he pedido.
Pero, cuida por ella ¿no sabes? ¡Es muy buena!

Y una infinita gracia y una eterna inocencia
pon en sus ojos, húmedos de frescura y amor.
Y pon tu luz divina sobre esa adolescencia
que abre sus blancas alas. ¡Es tan niña, Señor!...

SOBRE ERNESTO HERRERA

Sacar a Ernesto Herrera de términos contemporáneos para clasificarlo en el nebuloso dominio de lo extraordinario, más parece recurso de periodista agotado, que hallazgo de perspicacia tan activa y examen tan ancho como el del señor Lasplaces.

Ni el aspecto, ni la vida, ni el asma, ni la muerte de Herrera, salieron de lo vulgar, por más que así lo diga el señor Lasplaces; su apariencia no alcanzaba a asustar chicos: su vida fué como la de cualquiera nacido sin dinero; sus aventuras fueron las de un gran niño fascinado por Verne, que cierra el libro y hecha a andar hacia los pueblos de la leyenda; su asma no reclamó páginas de la literatura médica; sus amores fueron briosos como los de cualquiera juventud lozana; su muerte no fué sino la desorganización inevitable, por más que se forjen sobre ellas historias, verlainizándola ciertas amistades necrólatras.

Pero el señor Lasplaces vivió con Herrera su juventud; y esa comunidad de amistades, tertulias y ensueños, en la cual tantas veces habrán creído aproximarse a clases intelectuales cuya desordenada forma de vivir encanta, esa fascinación de la bohemia, sufrida y gozada en común, reaparece en el escrito del señor Lasplaces, hiperbolizando situaciones corrientes, y zahumando con aromas visionarios la juventud del muchacho desheredado y enfermo.

Sí: debió hacer un retorno hacia la juventud, que en tales tintas pinta su retrato el señor Lasplaces como para adivinar una marea de saudades que lo ha invadido, superponiendo a su vivir actual el de aquellos tiempos.

Pues es un retrato de otra época el que en su libro nos da. Parece concluída la vida del dramaturgo con "El León Ciego" y sólo hay una leve referencia al "Pan Nuestro", pieza de la cual ni siquiera el nombre conoce bien el señor Lasplaces, por donde se deduce que no la tuvo a mano para escribir su juicio, y que sobre ella estuvo poco informado, habiendo perdido así buena ocasión, no sólo para sacar a luz méritos de Herrera, sino para completar ese estudio en que su habilidad se ejercitó sabiamente.

* * *

En sus últimos cinco años, todos los días que pasó en Montevideo, vino Herrera a sentarse a esta misma mesa: ya para dar forma concreta a las situaciones en que agitaba mentalmente sus héroes; ya para cubrir plieguitos doblados con primor, escribiendo en nerviosa urgencia a quien endulzó los últimos y mejores días de su vida; o para meditar, simplemente, pues Herrera solía desplomarse en esta silla, y quedar largo tiempo abstraído, aislado de la realidad circundante, insensible a la marcha de las horas, a bromas y a ofertas de mate amargo; quieto como un fakir, sin hacer más gestos que los necesarios para revolver pausada y continuamente su melena.

De suerte que también lo conocimos, si no bien, pues es imposible alcanzar jamás el pensamiento de los hombres, lo bastante como para poder avalorar las opiniones del señor Lasplaces, comparándolas con las ideas que encontramos cuando nuestros pensamientos

se mueven en el vacío que la amistad de Herrera nos dejó.

Así creemos que ese retrato contiene una deformación tan fundamental para la estética de Herrera, que bien vale la pena acercar alguna luz, a fin de que, cuando se trabaje serena y sinceramente en nuestra historia literaria, se encuentren datos exactos sobre quien tan noble sitio ocupará en ella.

Y sólo por ser una cuestión central movemos la pluma; pues siempre hemos visto difíciles los juicios contemporáneos, a causa de inevitables adherencias de toda índole en que la intención más ecuánime puede enredarse; siempre hemos considerado necesario el correr de mucho tiempo, para traer a justo término los entusiasmos, o las inquinas, o los egoísmos, que con facilidad igual suele florecer todo ello en el corazón de los hombres.

Esta deformación, como dijimos, es fundamental; por eso la corregiremos ya.

Dice el señor Lasplaces que Herrera nunca creyó en el mérito del "León Ciego". Si ello hubiera sido cierto equivaldría a un desconocimiento absoluto del valor de su propia obra, por el cual su estética tendría horizontes exactamente opuestos a los que tuvo; queremos decir, que no creyendo Herrera en el mérito de la pieza que, en verdad, consideró de lo mejor que había hecho, nos resultaría que su inteligencia y su sentimiento, que todo su arte, tomaba como módulo de perfección aquellas de sus piezas de cuya flojedad él era el primero en destacar juiciosamente defectos.

Herrera consideraba "El León Ciego" como lo mejor que había hecho. Saboreaba con ahinco los méritos del "Pan Nuestro", esa pieza que, lo repetimos, parece no conocer sino vagamente el señor Lasplaces; muy satisfecho lo tenía por el éxito de su esfuerzo técnico

en el logro de la aspiración que lo entusiasmó al planearla; mucho halagaba su vanidad de artista, pero nunca tanto como "El León Ciego", pieza de la cual trataba siempre Herrera con esa honda emoción que deben gustar los hombres, cuando sienten que el destino puso una obra maestra en los puntos de su pluma.

Guardamos algunas de sus cartas, y eso nos sirve ahora para comprobar recuerdos. En el último viaje a Europa, cuando entre su vida desordenada y el rudo invierno madrileño exacerbaron sus achaques en marzo de 1913, nos escribió una carta de la que entresacamos estas líneas que hablan bien claro:

" Va a resultarle un tanto lúgubre esta carta, pues
" he tenido en esta semana un vómito de sangre más
" alarmante que las insinuaciones anteriores...

" ...En cuanto pueda levantarme iré para Almeria
" con Paco Villaespesa y allí me ocuparé todo el
" tiempo que me sea posible en terminar las piezas
" que tengo bocetadas; no quisiera hacer mutis por
" el foro sin terminar mi "Pan Nuestro" que con
" "El León Ciego" bastará para justificar mi paso
" por el mundo... .

Mas luego, todavía alarmado por su asma y su incoercible tos, volvía a escribirnos, instruyéndonos respecto a su hijo y a sus obras y por virtud que el señor Lasplaces muy exactamente destaca. concluye con una nota chancera que permite comprobar un poco más el error en que escribe este señor:

" ...hallará bien lo que digo si se acuerda de lo
" que Darío decía, que cuando Castelar llegara allá
" en el cielo al palacio donde se reunen los sabios y
" los poetas, se sentiría un gran ruido que subiría de
" la tierra como un enorme rugido y entonces Platón
" preguntaría lo que era, y Castelar respondería:
" "Es mi león". Yo también, cuando llegue, este in-

" vierno, y sea interrogado por Dios o por Martín " Fierro, sobre el ruido que vendrá desde la tierra, " les responderé resueltamente: "Es mi león".

Como nuestra amistad existió solamente en no muchos años de su vida, por lo que hubiera escapado a nuestro conocimiento, antes de disponernos a escribir, obtuvimos que examinara las cartas de Herrera una persona que desde muy lejanos tiempos mantenía con él vinculación epistolar, tan cordialmente inspirada como para conservar todas las cartas. Y bien: en esas cartas, aunque se habla muchas veces del "León Ciego", desde su gestación a su realización escénica, y a su comparación con otras de sus piezas, jamás escribió una línea Herrera por donde viniera a expresar ni el más leve pensamiento negativo sobre el mérito del drama.

Invoco ese testimonio por consistir en una correspondencia que viene desde lejos en el tiempo, y desde muy hondo en los sentimientos de Herrera, tanto, que sólo la muerte pudo interrumpir la evolución completa de esa al principio ingenua amistad, y sentimiento poderoso que subyuga la vida, al final.

Debemos añadir, por tratarse de un testimonio de otra naturaleza, que cuando el doctor Grompone allegaba documentos para un libro que prepara sobre el teatro uruguayo, habló largamente con Herrera, no sólo con interés informativo, sino en razón del seguro sentido crítico que le reconocía. Naturalmente, no omitieron tratar del teatro de Herrera; en aquellas detenidas conversaciones en las que Herrera tanto examinaba los juicios que emitía, el doctor Grompone recuerda que afirmó siempre su fe en el valor del "León Ciego".

Y finalmente decimos, de nuestra cosecha, que dicha fe se unía a un grande amor por ese drama; tal amor,

que en charlas mantenidas hasta en el mismo hospital donde murió, sin que él presintiera cómo sus palabras tenían virtud de testamento, nos indicaba su voluntad de que "El León Ciego" no lo dejáramos hacer sino por Pablo Podestá, en cuyo arte únicamente se fiaba para que su héroe tuviera la interpretación aspirada, pues él no se perdonaría jamás que ese de sus héroes tuviera mala realización, cosa que, aún hasta para los del "Pan Nuestro", ni poco ni mucho lo inquietaba.

***

Afirma otras cosas, además, el señor Lasplaces, con manera apotegmática; pero no hemos de entretenernos sobre todas ellas, para no ensanchar desmedidamente la órbita de esta aclaración; algunas hemos de rozar, sin embargo, para aproximar otro poco a la verdad el escrito que venimos comentando.

En él se dice: "Herrera opera con la realidad, pero la retuerce, la amolda a su pensamiento". ¿El señor Lasplaces escribió delante de un espejo y nos cuenta lo que allí veía hacer? Tal parece, pues el marcó su hito—debía celebrar "El León Ciego";—pero no conocía totalmente la obra de Herrera; le faltaba lo de los últimos años; no lo frecuentaba con la amplitud de otras épocas, pues se veían en oportunidades muy distantes. De manera que no podía apreciar las fases nuevas de la evolución psicológica de Herrera, operada no sólo con el cambio de tierras y de hombres, sino por la prueba de su gloria de campanario con los reactivos de aquel ambiente de distintas exigencias; evolución operada también, en parte muy importante, por el amor, pues quienes lo trataron asiduamente en sus últimos años, pudieron comprobar cómo tal sentimiento influyó en la organización de su vivir intelectual y en el afinamiento de sus facultades sensitivas.

El señor Lasplaces ignoraba igualmente el concepto que Herrera había madurado de su capacidad y de su obra; pero había fijado su hito y hacia él marchó, amoldando, eso sí, la realidad a su intento.

"No fué nunca un estudioso..." dice en cierto momento el señor Lasplaces; y más lejos: "Desconoció, así como muchos escritores, el valor real de su obra..." En renglones no distantes ya ha dicho que "introduce en sus planes lo artificioso y lo inaceptable".

En estas afirmaciones hay muy considerable volumen de materia a juzgar más adelante; por ahora, para contralorear la última, transcribiremos de una carta escrita por Herrera en mayo de 1913, desde París, algunas líneas que muestran la honestidad de su sistema de trabajo:

" ...todo mi programa es cuidarme mucho y tra-
" bajar serenamente. Desde luego, mi gestión artísti-
" ca en España ha de ser larga. No me atrae el triun-
" fo fácil. Sé que no me sería difícil conquistar el
" público desde mi primera obra halagándolo en sus
" pasiones, y haciendo, en una palabra, lo que mucho
" hacen los dramaturgos de por acá. Pero yo no quie-
" ro eso. Prefiero que empiecen por silbarme como
" casi han hecho con..."

Para contralorear las otras afirmaciones, tomamos de una carta escrita desde Lausanne en junio de 1913, lo siguiente:

" ...además estoy empeñado en hacerme de una
" cultura que me es absolutamente necesaria para
" mis amplios proyectos del porvenir. Mi instrucción,
" como bien se nota, ha sido lamentablemente descui-
" dada y mi obra de ello se resiente. No quiero dejar
" mi obra futura librada exclusivamente a mi intui-
" ción. Quiero desarrollar ampliamente por este me-

" dio todas mis facultades creadoras poniéndome en
" condiciones de realizar una obra sólida, algo menos
" deleznable que lo que he hecho hasta ahora. Mi
" "León Ciego" se salvará porque ese sí tiene vida
" propia. Pero lo demás... En "El Pan Nuestro"
" mucho confío porque en él ya puede notarse..."

Puede leerse ahí una muy clara y muy resuelta apreciación de su obra; y también una comprobación de que, si no sabía todo lo que ignoraba, por lo menos percibía que ignoraba mucho para la obra soñada por él.

De cuanto hizo por remediar su anterior abandono intelectual mucho podríamos decir; igual de variados aspectos de su modo de pensar y de sentir; pero eso será motivo de páginas que escribiremos cuando tengamos una perspectiva mayor sobre sus recuerdos.

Por ahora basta a nuestro interés con dejar probado que "El León Ciego" era la pieza que Herrera consideraba superior entre las suyas.

GILBERTO R. GIL.

La amistad fraternal y permanente de Gilberto R. Gil con Ernesto Herrera, presta verdadera autoridad a estas palabras, escritas a pedido de PEGASO. Gilberto R. Gil, hombre joven y culto, ha entendido en toda la vida de "Herrerita" y cuidado de todos sus afanes, con una disposición rara y noble, que le da derecho, como ninguno, a velar por las obras y la memoria del malogrado dramaturgo nacional.

EL GALLO

Madruga, cual la alondra de la escala...
Su cresta es una espléndida amapola...
Una panoplia es su dorada cola
donde la pluma a un yatagán se iguala.

Como el "chulo" a los pies de una manola
tiende su capa en donairosa gala,
ante sus hembras él arrastra el ala
y en un cloqueo él hace hervir su gola.

Porta espuela, tal como un caballero...
Si con sus patas los canteros sella,
sobre la blanda tierra del cantero

impresa deja, cual celeste huella,
o tal como un dibujo jardinero,
la dentada figura de una estrella.

YO

El gorro frigio es mi crestón flameante;
y mi capa es el ala arrastradora...
Cuando un Ensueño, como un sol levante,
amanece ante mí, canto a la aurora.

De luz me inviste el sol: mi alaje dora...
Uso espuela que hiere al Rocinante

o al Pegaso de carne voladora,
pues soy Poeta o Caballero Andante.

En el corral del egoísmo humano
vivo rimando mis gloriosos credos,
mientras la chusma se disputa el grano;

y en pleno orgullo, vencedor de miedos,
en donde pone un bofetón mi mano
graba la estrella de sus cinco dedos.

Guzmán Papini.

NOTAS

MONTEVIDEO AND PEGASO

No hemos de postergar más tiempo el cumplimiento de un deber de cortesía que aplazamos por tres números. La Asociación Americana de Maestros de Español, en su órgano, la importante revista "Hispania", nos dedica varias páginas en las que nuestra vanidad resulta halagada; la afluencia de material nos impidió expresar nuestra gratitud; venimos, pues, a cumplir este deber ya impostergable.

Pero no agradeceremos secamente: contaremos que el articulista de la mencionada revista ha visitado Montevideo; y ha platicado con nuestro colaborador, el doctor Zorrilla de San Martín; y con el reputado profesor y crítico Láuxar; luego trabó relaciones con nuestra producción intelectual, de la cual cita justamente las obras y autores descollantes, con referencias explicativas; después entra a hablar de nuestra revista bajo el epígrafe que nosotros mismos utilizamos ahora.

Se ve que nos ha leído bien y que nos ha comprendido; detalla la índole de nuestra revista, la condición de sus artículos, la calidad de su texto; y para muestra de la excelencia de éste, transcribe páginas de prosa y un soneto.

Se comprenderá nuestra satisfacción; y cómo reavi-

va el entusiasmo por nuestra obra oir las elogiosas palabras que se nos dedican desde el noble instituto norteamericano destinado a extender nuestra lengua en aquella tierra sorprendente.

La gratitud de PEGASO es tan grande como la gentileza que se le ha hecho.

ACTO DE FE

Es tanto el bien que espero
sobre todas las cosas;
tan profunda la fe que me domina
si las tribulaciones me acongojan,
que apenas si sonrío
cuando turban mis horas,
esas voces que al margen de mi vida
mis tristezas con júbilo pregonan.

¡Y es tanto el bien que espero
después de la derrota!
Tan bellas, la esperanza convocada
y la calma interior que me confortan,
que presiento su gracia
humilde, tentadora,
mientras oigo que al margen de mi vida
mis tristezas con júbilo pregonan!

ANTONIA ARTUCCIO FERREIRA.

Florida.

Del interior de la República nos llega esta voz femenina, que canta con dulces modulaciones románticas. Antonia Artuccio Ferreira tiene en su haber una numerosa cosecha lírica, que la señala eficientemente a la consideración de las letras uruguayas. El tiempo le dará firmeza y pulimento que compense la ingenuidad y el ardor de ahora.

EL HORNO DE LADRILLOS

CUENTO

I

La primavera huraña puso al fin, junto a las márgenes de los caminos, la ancha planta decorativa de los cardos. Era aquel un lugar casi desolado, donde pacían, ariscas, varios cientos de vacas y las ovejas ramoneaban, sin otra vegetación alta que los chircales. La cuadrilla arribó a la estancia del "Arbol solo" mediando el mes de octubre. El tiempo iba seco y en los establecimientos donde la mestización progresara, la fiebre aftosa hacía incontables daños.

Los ladrilleros acamparon junto a las márgenes del arroyito. El sauce que dió nombre al paraje, viejo, decrépito, languidecía y ninguna mano previsora tuvo a bien clavar en la tierra húmeda algún tierno retoño. Don Jacinto Malabia, cuyo nombre evocaba recuerdos sanguinarios (verdaderos crímenes alevosos, hechos con el pretexto de la revolución), ahora vivía bien avenido con su estirpe de gaucho indócil, rehacio a todo lo que fuera progreso:

—¿Qué me van a decir a mí, pues amigo? Estos gringos son los qu' han tráido las pestes al páis. ¡Qué se guarden sus toritos pampas! ¡Lo mío es criollo erecho, chicuelo y de pelo entreverao, pero lo mismo se ha'e vender.

Y tuvo la suerte de que esa primavera sólo alguno que otro animal se le enfermara de aftosa. Don Jacinto Malabia recibió a los ladrilleros con aquel su habitual y desdeñoso mohín. Mirábalos con una compasión en la que entraba en considerable dosis el desprecio. Primero saludó al viejo italiano, capataz de la cuadrilla; luego a un hijo de éste, con mirada torva, alto, recio, flaco y desgarbadote; por fin a los peones indígenas: un mulato parsimonioso y un presumido indiecito, a quien llamaban el "Tero". De pronto, don Jacinto Malabia torció el ceño, pues detrás de unos mazos de paja, parados como haces de trigo, había visto, cambiándose de ropa, a una mujer. Las yeguas viejas resarcíanse, con la abundante pastura, de quién sabe qué escaseces, y unas gallinitas negras escarbaron con avidez las bostas humeantes:

—¡Che, viejo pícaro!: ¿también andás vos con polleras?

El ladrillero sonrió servil, dilatando una boca enorme y desdentada:

—Patrón: es mi hica ¿sabe? A cortar ladrillo no le tiene miedo a nincún hombre.

La muchacha se había incorporado y adelantóse a saludar:

—¿Vos sos criolla o gringa como tu padre?—le preguntó el estanciero.

—¡Criolla como mama!

Y esto diciendo, tras de poner su mano pequeña y áspera entre los toscos dedazos de don Jacinto, fué hasta el carro, para sacar la olla con que cocinaría.

II

La primera semana se la pasaron preparando tierra. Hubo que traer de otra estancia palos de mimbre con qué alambrar el picadero. Arrojaron tierra, mez-

cládole todo el estiércol de caballo que fué posible conseguir. Se formó barro y las flacas yeguas dieron vueltas estúpidas como en las norias. Malvina, amazona en una petiza gateada, animó a las bestias con su voz estridente y un arreador de trenza:

—¡Vamo, yegua tuerta!... ¡Rabicana!... ¡Camine, tordilla maula!...

Con sus diecinueve años sensuales, el "Tero", que se conchavó pocos días antes, gustaba de sorprender intimidades de Malvina. Le atraían, sobre todo, sus fuertes piernas, más blancas de lo que dejaban adivinar los brazos, convertidos en bronce por el sol. Viéndola a diario, al muchacho le temblaron, un poco crispadas, las manos. Una tarde, Malvina cayó de la petiza, quedando medio presa entre el barro, hasta que el padre la pudo sacar, tirándole del pelo. Tuvo que bañarse, ya próximo el oscurecer. El "Tero", sin que lo advirtieran los otros, arrastrándose por el pasto como una víbora, fué hasta donde estaba el sauce, y se ocultó detrás del viejo tronco. Escalofríos de muerte recorrieron su médula. Porque, besado por el sol que naufragaba ya, aquel leve cuerpo femenino era un oro sangriento. El "Tero" pensó que nunca le fuera dado mirar prodigio semejante.

A partir de aquí, trabajó con un ardor desconocido. Antes del amanecer estaba ya volcando sobre el pisadero la negra tierra de la carretilla. Sus siestas fueron breves y hasta que entraba la noche no suspendía el quehacer.

—¡Es guapo ese indiecito!—decíale don Jacinto al gringo viejo.

—¿Y qué quierre, patrón? Conmico, el que má y el que meno, trabaca a custo—afirmaba entonces el ladrillero.

Pero el enamorado enflaquecía, con un deseo in-

satisfecho, un trabajo excesivo y las comidas deficientes. La carne pocas veces iba a la olla, reemplazada por guisos de porotos a diario. Vacunando contra el carbunclo, en un establecimiento lindero se murió una vaca con preñez avanzadísima. El italiano pidió la carne e hizo charque. Pero con el calor se puso putrefacto y no lo comieron ni los perros.

—¿Por qué no compra por kilo en el boliche?

—Ma... ¿a trece vintene la óveca?... ¡E propio un robo, Cristo!

Sólo el "Tero" parecía no poner atención en los comistrajos, afanoso y ensimismado. Trabajaba con ardimiento, de sol a sol. Nunca cortó ladrillo, pero ahora desempeñábase como si tuviera la habilidad de un veterano. Encorvado, con la frente sudorosa a un palmo del suelo, movía incansable la hoja de su puñal. En ocasiones le enervaba una visión muy dulce. Malvina, a pocos pasos de él, engolfada en el trabajo, hacía una curva más viva de su cuerpo agilísimo. Y el vestidillo ascendía y el "Tero" clavaba miradas ardientes en los firmes muslos de la moza. Por las noches, mientras el viejo y sus dos hijos dormían en promiscuidad, dentro del pequeño rancho que al llegar habían hecho (tan reducido que era necesario meterse doblados), el "Tero" salía de abajo del carro, donde se tendiera, y escuchaba tras la pared de paja, para percibir el ritmo de aquella respiración que sin duda estremecía el encanto de duras y ya muy turgentes prominencias.

III

Flaco y pálido, el "Tero" piensa que Malvina merece sus afanes bien. Ni es linda, ni tiene la codiciable carnosidad que tanto subyuga al hombre de campo. Pero en aquel pristino contorno, donde ni siquiera hay

viejas, la hija del ladrillero lo es para él todo. ¡La mujer! Y algo de esto debe sucederle a los restantes hombres, porque el peoncito ha visto a su otro compañero, el mulato, que a veces la contempla con pasión, y a don Jacinto, que llega al horno de tarde y que, sin duda, la codicia.

El trabajo adelanta. Los adobes, después de tendidos al sol, fueron puestos en ringleras y ahora, con innegable maestría, se está cargando el horno. Es un tronco de pirámide, ancho y negro como el pecado. Cuando lo recubrieron de barro, para hacer la cocción, el "Tero" sintió una angustia muy viva. Hasta entonces, trabajara con impaciencia, sin un desmayo, sin postraciones. Y ahora languidece, comprendiendo que hizo mal en apresurar la tarea, pues cuando el ladrillo quede listo va a perder el conchavo.

Tendrá que partir rumbo a otras zonas, en duro peregrinaje buscando patrón. Su esperanza aquí, fué que el viejo, viéndole infatigable, lo admitiera en la familia. Pero no: Minotto, el hermano de Malvina, lo mira con recelo. Debe haberle desacreditado —¡contando quién sabe qué miserias! — ante el genitor. Cuanto más trabaja, mayores desconfianzas palpa. Sin embargo, Malvina, en ocasiones, descubre sus fatigas de hombre enamorado y paga sus solicitudes con una mirada intensa.

¡Ah, sus ojos! ¿Por qué hasta entonces pareciéronle todos los ojos verdes, pupilas de coruja?... Creyó que nunca resultaríale incitación un cuerpo descarnado. Sus sentidos se trastornaban pensando en mujeres imprecisables; pero eran mujeres de otro tipo: rollizas, abundantes. ¿Cómo entonces tiembla y se retuerce de noche ahora (mientras mugen enardecidos los toros) ante la evocación de aquel cuerpo de viborezno, casi masculino, sin otra curva pronunciada que la del pecho virginal?...

La mañana en que se carga de leña el horno, es clara y es tibia. Trasciende a primavera. Mas a mediodía, cuando los troncos y el ramaje seco crepitan alegremente ya, ciega un sol picante.

—¡Se va a descomponer el tiempo!—rezonga el patrón, un poco intranquilo porque el ladrillo puede salirle blanco.

—¡Era lo que se prechisaba, madonna!

Horas más tarde llueve copiosamente.

—¡Cristo! ¡A vere unas bolsas viecas! ¡M'hijo, pídale osté al patrón unos cuerros de vaca pa tapar!

Malvina y el "Tero" recubren el tronco de pirámide afanosamente. Pero el agua llega hasta leños encendidos que convierte en tizones. Algo hay, sin embargo, que no amengua. ¡Es el fuego juvenil, más intenso con la primavera!

IV

Minotto adivinó los deseos del "Tero" e impuso de ellos al viejo:

—¡Por eso es que se mata! ¡Trabaja callao la boca porque la quiere conseguir!

—¿Pa casarse?

—¡O pa dirse con ella!

¡Cristo! ¡Con la falta que le hacía la muchacha! Cocinaba y en la tarea suplía siempre con ventaja a un peón. Vigilaron ambos. El viejo no presintió ígnea codicia varonil en su hijo. No acertó a ver aquellos celos que ponían al primogénito convulso en cuanto don Jacinto requebraba a su hermana o la devoraba con ojos chispeantes el "Tero". Sobre todo, éste parecía extralimitarse en los últimos días, cual si anhelara aprovechar el poco tiempo que quedábales de vivir en común. Minotto se propuso expiarlo continuamente. Cierta noche, oyendo fuera un crugido siniestro, se

incorporó sobresaltado. Tendió una mano en la oscuridad, palpando la cabeza, semicalva, del viejo. Tactea nuevamente y se percata de que Malvina no está allí. Entonces saltó fuera, con la avidez de un cazador, o aún mejor, con la acometividad de un perro de presa.

—¡Aquí!—dijo la muchacha adivinando.

Las sombras eran densas y tuvo que guiarse por la voz.

—¿No me ves? ¡Aquí! Sigu'erecho.

Tardaba en orientarse, más atento que en descubrir el paradero de la hermana, en saber si el peón dormía aún debajo del carro. Salió la luna y pudo divisar la yegua del "Tero" que estaba ya ensillada:

—¿P'ande vas?—inquiere Minotto de mal talante.

—¡Voy pal pueblo!

—¿Sin que te paguen?

—Pa cobrar siempre hay tiempo. ¡He de golver un día!

—¿Y d'ahí? Espérate. Le planto el recao a mi tubiano ahurita y arreglamo en'el boliche.

Amanecía. Los dos hombres montaron a caballo, saliendo rumbo a los Corrales al tranquito. Entre los pastos húmedos, saltaban, aún soñolientas, las cachilas. Al pasar la portera del campo, el "Tero" se bajó para abrir. Agil como un cachorro de puma, Minotto descabalgó también, partiéndole la espalda de un zarpazo:

—¡A trai!... ¡a trai!...

Desgarrado un pulmón por el fiero cuchillo, el mozo se desangraba y nada más pudo decir...

En la comisaría, un poco más tarde, Minotto confesó el delito.

—¡S'había'aprovechao e la mujer! ¡Lo madrugué como pude!.

No dijo que aquella mujer era su hermana porque, en los ojos, de mirar torvo y un poco abotagados, debía estar fulgiendo el bárbaro, el inconfundible ardor ancestral de todas las bestias en celo...

VICENTE A. SALAVERRI.

LA TIENDA DE LOS NEGROS

Yo conozco una tienda
nueva y alegre,
donde cincuenta negros bailan desnudos.

Hay en ella palmeras
y papagayos
taparrabos y plumas..., hachas y escudos...

El mar está muy cerca
de aquella tienda,
pero su voz se pierde entre tanto ruido,

pues allí todo es libre
como en el aire;
Solamente el silencio, que está prohibido.

Sin embargo, una noche
clara y serena,
se durmieron los negros sobre la arena
y llegó hasta la tienda la voz del mar...

Pero, en seguída un loro
voló chillando,

un látigo de cuerda pasó silbando
y la negrada entera... volvió a bailar!

Mi vida... es esa tienda cerca del mar...

CARLOS RODRÍGUEZ PINTOS.

Pocitos.

El nombre de Carlos Rodríguez Pintos es novísimo en la poesía uruguaya. Surgió hace tres o cuatro meses en las hojas diarias de la prensa, firmando composiciones de extraño mérito. Rodríguez Pintos, estudiante de Derecho, pertenece a la falange de los novecentistas nacionales, y promete hacer una buena cosecha de nardos y estrellas en la literatura de la patria.

PLENITUD

Como cielo estrellado; como árbol florido; como mañana fresca y luminosa, está mi corazón.

Gratitud a ti, amada, que acogiste mi ruego, que escuchaste mi voz, que orientaste mi deseo y diste fin a mis ansias sin concretar.

Antes me pertenecías, pero siendo ajena a mí. Ahora no soy mío, mas estás toda entera en mí. Soy, a un tiempo, yo y tú misma.

Mi pensamiento estéril era un sendero vago que me obligaba a errar al acaso en la conciencia de mi desventura. Desde que tú eres en él, está vigoroso, fecundo, sano y con dirección.

Confieso que no te esperaba ya. Tantas veces te sentí llegar; tantas estuve vacilante con el corazón angustiado de felicidad. que ya desconfiaba de que vinieras a mí. Y mi siniestra resignación era como el fulgor sombrío de mi impotencia.

Esta certeza desconsoladora que me consumía fué tan amarga, que hizo opaca mi palabra, hiriente mi expresión, y vistió mi ánimo con la turbia y vidriósa ansiedad del mal.

Pero llegaste a mí inopinadamente. (¡Cuánto más grata, así, la repentina aparición!). Y el acopio intacto de mi bondad se hizo virtud. Me entregué ciegamente al frenesí de esta pasión; fuí ingenuo, torpe, bueno, y siempre envuelto en sencillez. Gusté tu ritmo y percibí tu encanto lleno de humilde devoción.

Eres como una rama que oye la canción del viento; que lo recoge en pliegues de ternura; que lo detiene en su carrera loca, temperando su impaciencia y ayudándole a cumplir con su misión.

Ahora conozco el valor del dolor y la dulzura de amar. Invade mi alma una disposición de amplia y fraternal humanidad.

Tu labio voluptuoso y gozador, suspira y reza. Tu carne vibrante y suave, sufre. Tus ojos luminosos, prometedores, consuelan, lloran. Tu frente tersa y amplia, es también surcada por renglones de preocupación. Y hasta tu sexo, fuente de deleites, te martiriza.

Comprendo, comprendo, Amada, la lección...!

DANIEL SCHWEITZER.

Antofagasta.

Daniel Schweitzer es argentino. Tiene más de diez años de residencia en Chile, donde ha estudiado y donde vive aún. Schweitzer no es un escritor profesional: no vive de su pluma ni aspira a ello. Escribe sólo cuando sus facultades le obligan a volcar en palabras las emociones vívidas. Por eso, sus trabajos literarios son cuantitativamente escasos, siendo también, y por la misma virtud, todos ellos de madurada concepción, pulida forma y persuasiva sinceridad.

LOS HIJOS

Hasta la vera del camino
Me vino haciendo compañía.
Allí, por fin, le dije al hombre
Que su hija se le moría.

Quedó mudo, tembló, tembló
Diluyéronsele los trazos
Y como lentamente rotos
Fueron cayéndole los brazos.

¡Su hija!... en el alba limpia, luego,
Por las quebradas y rastrojos,
La fué siguiendo hasta más lejos
De lo que pueden ver los ojos.

Y en el punto que la extraviara
Sobre el confín del infinito,
Se le obstinaron las pupilas
Con la fijeza del granito.

Se veía que estaba helándolo
Hasta los tuétanos el frío
De lo que debe para siempre
Quedarse lleno de vacío.

¡Y ni una mueca, ni un temblor!...
Todo en un grado tal de calma,

Que no podría en cuerpo vivo
Permanecer más muerta un alma.

Bien comprendí que en ese instante
No había fuerza soberana,
Ni palabra que consiguiera
Mover aquella piedra humana.

Y no ocurrióseme otra cosa
Más que palmearle el hombro inmóvil,
Hecho lo cual trepé de un salto
Al asiento de mi automóvil.

Quebró la máquina el silencio
Y comenzó con su carrera,
Entre un escándalo de perros,
A tragarse la carretera.

Tras el cristal seguí mirándolo,
Me lo borró la lejanía
Y el pobre hombre continuaba
Petrificado todavía.

Y de tal modo en las entrañas
Me quedaron sus ojos fijos,
Que rondando he pasado el día
Alrededor de mis dos hijos.

José María Delgado.

GLOSAS DEL MES

La encuesta Gallinal

El doctor Alejandro Gallinal, médico y senador, ha solicitado la opinión de sus compañeros médicos sobre cuestiones más íntimamente relacionadas con la sociología que con la medicina. Bien es cierto que el médico digno de tal nombre debe estar doblado de un hombre de corazón y que—en este caso—el médico será un sociólogo, aunque no se lo proponga. Basta ver y sentir para pensar... Solamente que, en la realidad actual, los médicos suelen ser con más frecuencia comerciantes que hombres de corazón y que sociólogos, por lo tanto.

Se trataba de averiguar cuáles podrían ser "las medidas más eficaces para tratar de reducir uno de los males sociales de más seria gravedad en el tiempo presente, como es el aborto provocado". Lo que nos llama primero la atención, en esta encuesta, es que se trate de averiguar, no cuáles son las causas de este mal, para tratar de combatirlo luego, conforme a una racional terapéutica científica, sino cuáles son "las medidas que pueden adoptarse para reducir su extensión".

Mal social, como el propio autor de la encuesta lo denomina, lógico es estudiarlo en la propia matriz social que lo produce, y si la matriz es la enferma, tratar a ésta para suprimir aquél. Pero esto es demasiado

trabajoso o no conviene hacerlo... Hay médicos que prolongan las enfermedades de sus clientes para vivir de ellas...

Como el aborto, hay muchos males sociales que son el producto de la matriz social enferma, y con los cuales se sigue el mismo procedimiento que con aquél, esto es, permitir que se produzcan, para tratar de reducir más tarde su extensión o buscarles paliativos...

Ernesto Nelson nos dice algo de esto en un artículo que publica en "La Nota" del día 6 de agosto: "Nuestros incompletos conceptos de la moral y de la responsabilidad, afirma, se fundan en la creencia de que el hombre, todo hombre, tiene fuerzas para llevar, si así lo quiere, una existencia impecable, cualquiera que sea el medio de donde procede". Pero esto no es verdad y demuestra luego con cifras estadísticas que la delincuencia es casi siempre el producto del ambiente y de la mala educación. Nada equivale en este sentido a la influencia de los hogares normales, entendiendo por tal los hogares no miserables o defectuosos. Nada sustituye a esto para la formación de hombres también normales. Pero, poned en lugar de hogares así normales, hogares miserables, en miseria física o moral y sin afectos... Los productos de ellos han de ser forzosamente malos. Estos productos darán más tarde nacimiento a otros peores o iguales por lo menos, y así es como la humanidad va perpetuando y aumentando este lote de productos. Entretanto, ¿qué hace la sociedad para tratar de reducirlo? Crea asilos, donde cría *sin afectos* a huérfanos de origen casi siempre espurio y que no es de extrañar no se regeneren ni mejoren en tales medios; crea reformatorios. donde tampoco se reforma a nadie, pues que el *afecto* también falta; crea cárceles, donde amontona vagos y delincuentes... Y, entretanto que "trata de reducir" el

efecto de los males producidos, sigue permitiendo que los males se produzcan indefinidamente. La matriz enferma, la sociedad, sigue gestándolos...

Se vive en nuestra sociedad a fuerza de disimulos y de ocultaciones. Es pecado decir la verdad. Hay que cubrir las apariencias. Por eso, para los males sociales que tienen algo que ver con la medicina, se ha inventado el "secreto profesional". Son tantos los males "vergonzosos" que es necesario cubrir, dentro de los conceptos sociales corrientes, que si hay alguna institución lógica—en esta sociedad extraordinaria en la que estamos viviendo—es bien ciertamente la del secreto profesional. ¿No se está preconizando, sin embargo, su abolición para los casos de aborto? Precisamente, si hay casos en que la mentira y la ocultación se justifican son éstos por cierto, ¿y no nos será más permitido, no ya la mentira, sino simplemente cubrirlos con el velo piadoso del secreto profesional?

ALBERTO BRIGNOLE.

La encuesta Medina Bentancour

No consentir sino los apareamientos de sangres puras es la intención que mueve al señor Medina Bentancour en esta encuesta. Propósito loable en alto grado, pero cuya realización cae fuera de lo que es posible hacer humanamente.

Si los seres que el señor Medina quiere contener con su muralla de papel sellado fueran movidos solamente por el afán de legalizar sus intenciones en el Registro Civil, seguros estamos de que alcanzaría cierto éxito. Pero como lo que atrae los sexos es una manifestación imperativa de la energía que gobierna el universo, ese loable intento, aun hecho ley, corre el

albur de quedar olvidado, cuando el corazón se hinche en el pecho, y cuando la sangre corra acelerando en su riego una furia ancestral, pero humana y deliciosa.

La mecánica de la vida tiene misteriosas leyes, a cuyo dominio no alcanzan las fuerzas del hombre: luego, toda tentativa de domeñar esas leyes, o de aprovecharlas en beneficio de un mejoramiento social, será rotundamente vana.

* * *

Sabemos que en otras tierras ya existen disposiciones que tienden hacia el mejoramiento del humano procreo. Pero eso no tuerce nuestra rectilínea afirmación de su inutilidad. ¿Qué efecto han tenido esas disposiciones? ¿Libraron realmente al mundo de algún sér marcado por herencia infernal? Para los seres caídos bajo las limitaciones del legislador ¿habrá cinturón de castidad, sellado por justicia atenta, que contenga hasta la hora en que la sangre esté depurada?

* * *

Legislar operando con las misteriosas leyes de la vida. ¡Oh vanidad! Y sin embargo esa intención es profundamente loable. Los hijos del amor y los de la corrupción, los del papel sellado y los del impulso libre, maman y continúan ese "desastre del hombre por el hombre" como lo llamara en frase escueta Alexandro de Tralles.

Sí, es necesario legislar para que no se casen los sifilíticos, ni los tuberculosos; también para que no se casen los embusteros, ni los asesinos, ni los maniáticos, ni los usureros; en fin, para que no se casen todos aquellos que puedan sembrar el dolor sobre la tierra.

Pero entonces, ¿quién diablos se podrá casar?

ENRIQUE SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Del Sentir.—Versos de Augusto Arias R.—Quito.—1920.

Este folleto de veinte páginas merece más atención que muchos libros de doscientas. Como expresión de un alma joven, que recién abre sus alas, este folleto anuncia el porvenir de un poeta verdadero. Los versos tienen suavidad emotiva, dulzura rítmica, candor y juventud: casi siempre son completos en la expresión y en la técnica, —a pesar de su vaguedad sentimental y de su música monocorde. Hay sonetos que tienen una doble reminiscencia de Juan Ramón Giménez: por la arquitectura y por el alma. Hay, además, motivos que se repiten, composiciones demasiado vagas...

Sin embargo, este nuevo poeta ecuatoriano viene enredado de harmonías románticas, que en día no lejano le harán decir versos definitivos, suyos, originales. Los quince años de ahora —más personales y más sensitivos que los de Gonzalo Escudero Moscoso, — se afirmarán muy pronto, y como el camino es largo,—la vida y el arte llevarán muy alto a este dulce poeta de la flauta de ónix. —**T. M.**

La Rulla, novela de Bernardo Morales San Martín.—Sanz Calleja, editores.—Madrid, 1920.

Sin exagerar: este relato novelesco supera en finura descriptiva y profundidad psicológica, a la mayor parte de los cuadros valencianos que Blasco Ibáñez nos ha brindado. Como el autor de "Cañas y Barro", Morales San Martín es plástico y es luminoso. Menos vehemente, su prosa no es catarata, no es agua desbordada. Adjetiva mejor y tiene un concepto claro de la medida. Ponderación, llámase esta gran cualidad artística. "La Rulla" es una bonita huertana, de compleja psicología. En valenciano, "rulla" equivale a crespa o encrespada. Sus amores desconciertan... por lógicos. Y la lógica es el gran mérito en esta dramática novela de Morales San Martín, repleta de observaciones sagaces, de panoramas magníficos, que no deben de extrañar en quien ganó en Madrid nada menos que dos disputadísi-

mos concursos literarios, mereciendo que la Real Academia le designara su miembro correspondiente. El principal encanto de "La Rulla" es la línea sinuosa—tantas veces desconcertadora—de su argumento. Dice Valle Inclán que no hay nada menos estético que la línea recta. Y por cierto que en la novela de Morales San Martín el "arabesco" no es menos hábil que en la "Sonata de Otoño", ponemos por comparación.—**V. A. S.**

La Selva Interior.—Poesías.—De Ghiraldo Jiménez.—Cuba.—1920.

He aquí un libro de versos retorcidos y torturados, no a la manera barroca del novecientos, contraídos por los esfuerzos múltiples de las múltiples ansias espirituales de Herrera y Reissig o Mauricio Bacarisse, sino en la vieja fórmula inexpresiva y sin alma de los que retuercen palabras y metros en el afán de conseguir una poesía que no existe.

Muchos defectos tiene este libro conturbado, que en vez de expresar una selva interior poblada de harmoniosas floraciones, como pudiera desprenderse del título y del prólogo, sólo nos da la sensación de una floresta llena de matorrales ríspidos donde no brilla una flor ni canta un grillo...

Y nos duele de veras tener que opinar en condiciones como ésta.—**T. M.**

Obras literarias de Alfonso Maseras.—Societat Catalana d'Edicions—Barcelona.

Antes de ahora hemos hablado—no recordamos bien si en estas mismas páginas—del interesante renacimiento literario de Cataluña. Continuamente lléganos obras notables de la próspera región mediterránea. El catalán, que con tanto relieve destaca en el comercio y la industria, puede afirmarse que es artista ingénito. Hay un dualismo sorprendente. Rahola, por ejemplo, que tanto escribió sobre economía y finanzas, hizo libros de versos de un lirismo contagioso. Y el caso no es aislado. Sospechamos que Alfonso Maseras sea también de los que tienen una múltiple actividad. Mas como escritor, es sin duda notable. En la novela "Ildaribal" hace una reconstrucción tarragonense espléndida. Su estilo es de un vigor extraordinario. Tiene algo de pictórico. En "Contes a l'atzar" y "Contes fatídics", la imaginación se muestra infatigable. Se trasluce el temperamento, muy cálido y nervioso. Maseras es a veces místico y a veces sensual. Pero siempre, un artista concienzudo. Como en otros coterráneos suyos, percíbese en él una gran influencia de la literatura francesa. De ella toman los catalanes no pocas cosas útiles. Entre otras, la de escribir con claridad y cierto laconismo elegante.—**V. A. S.**

"Crisis del Pensamiento".—Por Blas S. Genovese. — Montevideo. —1920.

Es muy noble inquietud la de este hombre joven, cuya alma se estremece inusitadamente por problemas de influencia innegable para nuestro pueblo. Pero, esta declaración leal no nos inhibe para agregar nuestro parecer de que el conferenciante erró en su modo de apreciar esos problemas, localizando algunos que son universales, e inflando otros que, relacionados como se debe con nuestra cultura, no alcanzan el volumen en que él los examina.

*
* *

Vamos a explicarnos un poco, tomando, aunque no en su orden, las mismas divisiones principales de la conferencia.

El juego: No es viento que sople solamente en nuestra tierra y su impulso diabólico, extendido de lueñe por todo el universo, hace sospechar que constituya una condición de nuestra especie, con la que nos adornaron allá en los orígenes, cuando los mundos echaron a rodar. Meditándolo con criterio más amplio y humano, que invitamos al conferenciante use en cambio del suyo, tan restringido y local, encontrará que el juego no es más que un sistema del movimiento del dinero, que pide sitio más ancho en la atención de los economistas. Meditándolo así, no mirando el caso particular, este obrero que juega su quincena, aquel empleado de Banco dilapidando los dineros ajenos, verá el fenómeno en su faz social: entonces le recomendamos que mire para cierto país de Europa, al cual bastante nos gusta imitar, pues asombra con el espectáculo de sus libertades en continuo crecimiento y con la intensidad de su labor inteligente, mire para la vieja Inglaterra y verá cosa buena; tendrá la comprobación de cómo hasta en el juego nos queda allí mucho que imitar.

La colectividad y los intelectuales: Otra cuestión que también creemos universal; sólo por examinarla con criterio aldeano teme el autor declarar abiertamente que el pensamiento colectivo suele tener bases deleznables. Si en todas partes, señor Genovese, la resultante del pensamiento colectivo es inferior a la suma de sus componentes, como está dicho y muy bien dicho en tanto libro que usted conoce, y como también es posible observarlo, ¿por qué pedir a nuestra cultura incipiente lo que, sin duda, no realizan ni las multitudes afinadas por el trabajo de siglos? Si antes y después de la abundante bibliografía de Tarde y la no menos importante de Saleilles, se han clasificado tan bien esos casos de "sensiblería colectiva", ¿por qué reprocharle a nuestro pueblo ciertos entusiasmos fáciles, cuando, notoriamente, de ellos siempre ha sido y es, pasible el alma humana?

Los medios de ilustración: Este título nos parece una metáfora excesiva, pero los "medios" son, sin duda, de un vasto efecto pernicioso. Mas que tire la primera piedra aquel que en su pasado no tenga su Ponson du Terrail y su Eduardo Gutiérrez cuidadosamente leí-

dos; y también su Zola, saboreado a hurtadillas con fines no muy literarios; y Zola, cuando menos, si es que las aventuras del señor Bocaccio y alguna edición completa de "Las mil y una noches" no anticiparon los nervios en vanos erizamientos. Pero huyamos de las caras remembranzas, y digamos en serio que desde chicos leemos poco y malo; mas será así por ciempre, créalo el conferenciante, mientras una cultura profunda no afine los espíritus hasta hacerles necesaria diferente nutrición. Es de adentro de donde ha de salirnos la repugnancia o la indiferencia para el Nick Carter; y ella jamás podrá ser inculcada, por donde, señor Genovese, habremos de esperar del tiempo lo que no es razonable pedir a los hombres. Como el biógrafo entra en este rubro y aunque la opinión del conferenciante viene apuntalada por la muy respetable del señor Mercante, nosotros creemos más dañina su influencia para el cuerpo que para el alma. ¡Cuánto oxígeno desperdiciado, sobre todo para las clases sociales que viven más o menos hacinadas, más o menos reducidas a un solo día libre por semana! Malo para el cuerpo, los pulmones y los ojos sufrirán; pero al alma, ¿qué mal quiere el señor Mercante que hagan esas lecciones acerca del amor? Aun suponiendo que esas niñas recién atisben en el biógrafo las "sensaciones de placer" ¿por qué, ¡oh dioses! creer eso nocivo o estéril? Un beso, un abrazo, son manifestaciones de la energía cósmica, y corresponden necesariamente al sistema de nuestro universo. Respete, pues, el señor Mercante, y no atemorice a las niñas.

El deporte: Aquí el señor Genovese magnifica sucesos de importancia ocasional, como el caso Chery, o de volumen exiguo dentro de nuestros hábitos sociales, como la aviación y el box. En eso no lo seguiremos; pero sí en el **football**; advertimos previamente que le tenemos antipatía, aunque no detallaremos—¿para qué?—nuestras razones. Sólo diremos que en país de tanta costa y de tan mansas aguas justo era esperar mayor dedicación al **sport** náutico y hasta fuera justo desear que hacia ahí se orientaran parte de los entusiasmos y de la pecunia que en el **football** se van. Ya dijimos que le tenemos antipatía, pero remontándonos sobre nuestras pasiones, señor Genovese, ¿no le parece a usted necesario, totalmente necesario? ¿Qué otro placer útil podríamos ofrecer a la juventud? Mientras no tengamos paseos, variadas diversiones, museos atrayentes, bibliotecas accesibles, meretrices con alma de Aspasia,—crea el conferenciante—vale más entretener la gente al aire libre con el **football**; siquiera una vez a la semana un buen puñado de la población goza al aire limpio que no tiene en su zahurda, o en el boliche, o en el mismo biógrafo.

***

En otras secciones de su trabajo también nuestras ideas se apartan bastante de los pensamientos expresados por el señor Genovese; pero

pueden quedar en el tintero nuestras discrepancias, pues ya nos hemos extendido demasiado, a fin de demostrar cómo ha errado en la apreciación de sus problemas.

Sólo espigaremos entre cuanto dejamos sin comentario detallado, esa frase de un delegado al Congreso del Niño, pues creemos que ella define otro aspecto del vicio que sufre el examen del señor Genovese.

¿Por qué atribuirle lugar preferente a una frase cuyo contenido, aunque en distintas letras, ha sido expresado miles de veces por labios criollos? ¿En cuántas de nuestras abundantes y siempre generosas empresas habrá flotado el ansia de hacer los hombres así? No es necesario que venga un señor de afuera a decirnos que los caracteres deben hacerse de tal o cual manera. Lo estamos diciendo todos los días; si pecamos, justamente es en lo de no dar cuerpo a nuestros propios ideales; de no ser así, ya estarían hechos los caracteres de muchísimos quilates, y por las ciudades y la despoblada campaña nuestra ambularían semidioses de Homero, héroes de Carlyle y superhombres de Nietzsche.

Pero... ya dijimos que no damos cuerpo a nuestros propios ideales.

* * *

Nos detuvimos tanto sobre esta conferencia, que ya se inquieta la humildad de nuestra intención: creemos haber puesto bastantes jalones para que el señor Genovese mida sus errores de apreciación; pues este es nuestro deseo: traer su visión a límites arcifinios, con lo cual se justificará lo dicho en el comienzo, que "su inquietud es muy noble".

La simpatía despertada por la intención que le adivinamos nos exalta; y en el entusiasmo, juzgamos más asequible la corrección de esas fallas de nuestro carácter; pues mucho puede esperarse cuando tan "noble inquietud" anida en puestos superiores del Instituto Normal, usina en la que, sin ninguna hipérbole, se elaboran los sillares sobre los cuales se asentará aquella forma de civilización con que sueña nuestra candidez patriótica.—**E. S.**

"El sueño de Alonso Quijano", por Horacio Maldonado. — **Montevideo.**—1920.

Maldonado es de aquellos escritores que parecen no comprender el arte sino como un medio de realizar e inculcar nobles postulados. Predicar el bien o, mejor dicho, lo que se cree el bien por el camino de la belleza; construir suntuosos palacios de mármol, pero alojarlos con hermosas ideas: tal ha sido su lema literario, al que vuelve a rendir culto en este libro.

Todo lo que la "Ofrenda de Eneas" tenía de sabor actual, tiene este libro de sabor ancestral. Aquella obra había salido del seno de la lucha, palpitaba intensamente y, a su modo, era como un espejo en donde se retrataba, más o menos fielmente, con todas sus luces y

sus sombras, un alma y una colectividad. Su estilo, por esto mismo, tenía alternativas de serenidad y violencia, de torrente y de lago; se notaba bien que allí, junto con el pensador, había un hombre cuya pluma solía dejarse arrastrar por las pasiones o quedarse largo rato inmóvil en las manos...

En "El sueño de Alonso Quijano" no ha quedado más que el pensador, y un pensador que ha huído del contacto de sus contemporáneos, que se ha desplazado en tiempo y lugar, acaso buscando una absoluta paz espiritual para cimentar la contextura moral y estética de su obra. Pero, así como no creemos que el aislamiento de los monjes tebaidos haya sido mejor mirado por Dios que la vida frenética de San Cristóbal, así nos parece que este "Sueño de Alonso Quijano", con todos los méritos que nos complacemos en reconocerle, no alcanzará ante el concepto público el prestigio de las obras anteriores del autor.

Porque, en efecto, a no ser dentro de la literatura histórica, — y no creemos que nadie pueda catalogar entre las novelas de este género al libro que comentamos—no se puede, y más haciendo una obra de pensamiento, apartarse de su época sin que un libro pierda casi todo valor práctico. Se nos dirá que, en cambio, ganará en trascendencia y en perdurabilidad; pero es lo cierto que cuando se pretende hablar para siempre sobre temas eternos, se habla, generalmente, para nunca sobre temas abstractos y, por lo tanto, solamente interesantes a los profesionales de la literatura o la filosofía.

A nuestro juicio, "El sueño de Alonso Quijano" pertenece al género ensayista, lo que lo hermana con "Mientras el viento calla" y "La ofrenda de Eneas". Hay, sin embargo, a más de la que hemos señalado, otra diferencia: estas dos últimas son obras fragmentarias, multiformes, mientras "El sueño de Alonso Quijano" se desarrolla en sus doscientas cincuenta páginas, conservando una absoluta unidad de tema y de acción. Es posible que al autor lo haya fascinado la idea de hacer una obra compacta y definitiva. A nuestro juicio esto ha sido un error, porque no se puede conservar la unidad en el género que cultiva Maldonado, sin caer frecuentemente en los brazos de la monotonía o en el pecado de la repetición, como le acontece en este libro, no obstante sus esfuerzos.

Además, sin romper la lógica, el autor no ha podido poner en boca de su protagonista el pensamiento de un hombre del siglo XX, por lo cuál su Alonso Quijano resulta un hombre tan declamador y amigo de perorar, como tímido, conservador y arcaico. Hacer hablar a un Don Quijote próximo a enloquecerse, angustiado con todos los dolores presentes de la humanidad, montarlo sobre Rocinante y lanzarlo por esos mundos para que nos diera ideas más ajustadas con nuestro tiempo, sobre el amor, la patria, la guerra, la solidaridad, la justicia, que propusiera cosas concretas, y no sólo bellas palabras, para mejorar en algo la situación del hombre sobre la tierra: ésta hubiera

sido, a nuestro entender, faena digna del talento que ha derrochado el autor en esta obra.—**J. M. D.**

"Mi Báculo". — Poesías. — Juan Mario Magallanes. — Montevideo. —1920.

He aquí un nuevo poeta. Nuevo por razones cronológicas, pero viejo por todo lo demás. Ni siquiera se atreve a hacer una sola de esas farsas dadaístas que les gusta tanto a los jóvenes de ahora...

"Mi Báculo" es un libro primigenio. Con esto estaría dicho todo, si no fuera que conviene señalar los defectos...

Fundamentalmente, la poesía de este libro no seduce, y es más bien áspera, cuando no prosaica. Un pesimismo falso y opaco, le da un colorido desteñido, un ambiente pesado, una actitud lírica, que no es dulce ni fuerte... Las imágenes suelen ser desproporcionadas y oscuras, hasta aplastar el verso. Los prosaísmos abundan desgraciadamente. A veces, el poeta usa licencias extrañas que resienten al idioma. (Página 77: la paragoge **unicoloro**, por ejemplo).

En cuanto a la poesía en sí, Magallanes la realiza sin luz, sin fragancias, sin sonoridades. Es una poesía subjetiva, sombreada de crespón, que el poeta no alcanza a concretar definitivamente. En ocasiones, aborda motivos primaverales,—luminosos y lindos motivos para cualquier poeta del mundo,—y en sus manos fracasan con una irremediable opacidad.

No sucede lo mismo cuando canta la noche, la melancolía, el insomnio, la muerte, el alma de las casas.

"Las casas", sobre todo, es un buen poema. Magallanes las ve y las describe con una fuerza lírica inesperada, aprehendiendo en cada una de las estrofas, la tragedia o la dicha que las casas evocan en el noctívago somnoliento o ensoñante. Este poema tiene emoción y realidad, música y fuerza. Parece que se hubiera despertado de improviso, dentro del corazón del poeta, esa intensa atención hacia la vida que Bergson hace acondicionar de sensaciones y movimientos en los actos personales de la verdadera individualidad lírica

Por lo demás, esa composición mereció ya la eglantina de los juegos florales del Salto, y basta por sí sola, para revelar un espíritu capaz de hacer bellas cosas harmoniosas, apenas logre libertarse de las malas influencias y de los malos gustos.

Y más que todo, Magallanes tiene que cuidar celosamente de la analogía y de la sintaxis. No es ni siquiera un criollismo decir, por ejemplo, **muy más duradera: muy** es adverbio de cantidad que forma el superlativo y no puede entonces asociarse a **más**. En todo caso, se diría **mucho más**, que es el modo adverbial comparativo que corresponde.

Señalo este detalle entre todos los que salpican el libro, porque el autor insiste en él con un entusiasmo lamentable, en la página 23 y tres veces en la página 24.—**T. M.**

"**Selección Literaria**". — Pequeñas antologías dirigidas por Manuel de Castro.—Montevideo.—1920.

Con éxito entusiasta y fácil, Manuel de Castro ha emprendido la publicación mensual de unas pequeñas antologías nacionales de la hora presente.

El primer número, dedicado a la poetisa Juana de Ibarbourou, y el segundo número, dedicado a nuestro codirector José M.ª Delgado, han circulado profusamente por todo el país.

Es una obra útil, y, por lo tanto, buena. Dios quiera que pueda dar los frutos ensoñados por su autor, y que consideramos nobles y patrióticos.—**T. M.**

"**Este era un país...**".—Novela, por Vicente A. Salaverri.—Biblioteca de Novelistas Americanos.—Buenos Aires.—1920.

Parécenos que Salaverri ha encontrado su senda definitiva. Elocuente narrador, buen retratista, conocedor del hombre y del medio en que actúa, la novela de costumbres y psicologías no muy complicadas tiene en él un notable cultor.

"Este era un país..." es un libro que puede leerse o no leerse, pero jamás abandonarse por la mitad, con lo cual dicho queda su mejor elogio. Salaverri es como esos magos de la prestidigitación que se apoderan, quieras o no, del ánimo del público y lo tienen fascinado todo el tiempo que se les antoja por la charla pintoresca y la virtud de sus manos taumaturgas. Sabe bien que un novelista puede ser tendencioso, histórico, subjetivo u objetivo; pero, fundamentalmente debe ser ameno. Así, desde el primer episodio hasta el último, tiene en jaque la atención del lector, deslumbrándole a cada momento con lo sugestivo, lo interesante y lo imprevisto, si bien—dicho sea para señalar quizás su mérito máximo—sin apartarse de la más absoluta realidad.

Se engañaría, sin embargo, quien supusiera que el valor de esta novela depende sólo de la amenidad o de las complicaciones de su argumento. Casi podríamos decir que lo que constituye el núcleo central de éste, el amor de Raquel y Víctor, daría apenas sustancia para un cuento; pero es evidente que la intención de Salaverri ha sido mucho más amplia que la de escribir una historia sentimental. Se ha sentido con garras para dar una imagen de conjunto sobre un país, señalando sus costumbres; historiando la psicología de sus hombres y hasta dando noticias de su fauna y de su flora. Para esto ha tenido que multiplicar los tipos y las escenas e inmiscuirse en multitud de detalles, que sólo lejanamente tienen que ver con los protagonistas. Y esto es lo verdaderamente admirable: hay en todo, tantos rasgos característicos y pintorescos, que—al revés de lo que pasa en estos casos—el lector nota, sin enojo, que el novelista se aparta del camino en perjuicio de la brevedad del viaje, convencido de que ha de mostrarle algo que vale la pena ver o palpar.

Además, Salaverri utiliza el diálogo con destreza singular. El soliloquio está casi por completo desterrado de su novela, lo mismo que la barata literatura. Aquí todo es acción, agilidad, movimiento, cinematografía. En suma, una excelente novela moderna.—**J. M. D.**

"La cosmografía y su enseñanza".—Por Alberto Reyes Thévenet. —Montevideo.—1920.

Trabajo erudito y fácil, que ha merecido la consagración de Besio Moreno en una crítica inicial llena de maduras ideas, este libro de nuestro colaborador Alberto Reyes Thévenet se impone a nuestra simpatía afectuosa con el calor vocacional que se descubre en él apenas se han traspuesto las primeras páginas.

El problema de la enseñanza está todavía por resolverse en este país lleno de ensueños y entorpecido de realizaciones... Entre las materias universitarias, la cosmografía requiere toda la atención del joven profesor montevideano. Su estudio, y el desarrollo de su método pedagógico, incluso el programa analítico que formula para la materia, están considerados por Besio Moreno como "**inatacables**". Yo no puedo entrar al fondo de la cuestión; pero, no es en balde que cito la opinión consagratoria del eminente decano de la facultad de ciencias físicas, matemáticas y astronómicas de La Plata.

Reyes Thévenet tiene una probada competencia y una demostrada dedicación. Fervorosamente viene cultivando su ciencia, que ya empieza a envolverle en la grandiosidad azul del espacio para elevarle dignificado y consagrado. No importa que el juicio de un Jurado de concurso le haya sido adverso: su libro es una victoria luminosa, cálida, estética y científica.

Adivinando el voto secreto de nuestra simpatía, el autor ha dicho en el **avant propos**: "no entrego mi libro a la frialdad de una crítica imparcial y severa, sino a la calurosa acogida de las manos amigas, que han de recibirlo—tal es mi deseo—como el testimonio de una ofrenda cordial".

Así lo hemos tenido en nuestras manos, y así quedará sobre nuestra mesa de labor, mientras el tiempo, más justo y más sabio que todas las retóricas, discierna sobre la frente serena y pulcra del joven profesor que no ha vivido en vano, los fulgores sagrados del clásico pastor de las estrellas, viejo de mil años que ordenó el movimiento de los astros y reguló la vida de los mundos...—**T. M.**

"La historia de una quinta abandonada", por Manuel Acosta y Lara. —Montevideo.—1920.

Confesamos que tenemos el vicio de leer novelas. En nuestra insignificancia eso podría no adquirir las desagradables consecuencias que el vulgo le atribuye; mas nos precavemos hasta contra los juicios fáciles, y advertimos que muchas reputaciones gloriosas también pa-

decieron ese vicio. Por ejemplo, Darwin, en aquellos estudios por los cuales rehizo nuestra divertida ascendencia, alternaba éstos con frívolas lecturas de novelas; y Renán, aquel hombre para el cual no tenemos a mano adjetivo capaz de expresar sus variadas actitudes, helenista, hebraizante, filólogo, historiador, poeta, y artista en todo, aquel hombre perdía su tiempo con las dichosas novelas; tanto, que, según cuenta un biógrafo muy de su amistad, la vigilante Mme. Renán solía aparecerse y arrebatarle el libro, diciendo con oportuna severidad: "Señor Renán: ¿olvida usted las páginas prometidas para mañana al editor Fulano?" Entonces reanudaba el hombre ilustre sus páginas inmortales, gracias al secuestro del libro deleitoso.

*
* *

Repetimos que tenemos ese vicio; pero no vaya a creerse que nos interesan solamente las novelas portadoras de un tumulto de prodigios; ni las que dentro de un laberinto de sutilezas traen elementos para remover nuestra sensibilidad; ni aquellas que en nebulosos simbolismos plantean hondos problemas; ni, finalmente, las destinadas a refinados análisis subjetivos. Nos interesan también las que no sacuden nuestra emotividad, ni punzan nuestro interés. Las que se leen con los ojos del cuerpo, novelas en que las personas no llegan a adquirir relieve psicológico; ni el escenario adquiere color ni dimensiones; ni es difícil la trama de los acontecimientos.

Hay horas de la vida en las que necesitamos interponer algo opaco entre el mundo visible y el interno, a fin de que los nervios aflojen su tensión con el liviano trabajo de la opaca lectura, sin que los órganos de la atención se sobrecarguen.

*
* *

He ahí por qué cierto género de novelas nos es grato.

Eso sí, maestro Ohnet, te respetamos, pues te excedes; te respetamos; ya vamos sintiendo cierta anafilaxia, tal vez de apacentarnos en el almácigo de novelas entecas nacidas en la literatura inglesa, a la sombra de los robles no superados. Ya sentimos cierta anafilaxia, y contigo no podemos, maestro Ohnet; pero todavía pudimos con toda "La historia de una quinta abandonada", novela en que el señor Acosta y Lara realiza diestramente el género a que venimos aludiendo.—E. S.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier. Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro. Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Luisi Luisa, 18 de Julio 1648.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scosería José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



OCTUBRE DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO IV.
N.° 28

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25:000.000.00.—Capital integrado $ 18:683.340.24

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso.
Paso del Molino — Calle Agraciada N.° 963.
Avenida Flores — Avenida G. Flores N.° 2206.
Unión — Calle 18 de Julio N.° 205.
Cordón — Calle 18 de Julio N.° 1650.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

OPERACIONES DEL BANCO

El Banco se ocupa de toda clase de operaciones bancarias en las condiciones más ventajosas.

A partir de[illegible].o de octubre de 1920, regirán los siguientes tipos de interés:

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro	1 o|o hasta	$	100,000
En Depósitos a la vista	1 o|o "	"	100,000
En Caja de Ahorros	3 o|o "	"	10,000
" " " " Alcancías .	6 o|o (máximo)	"	1,000
Libretas de Caja de Ahorro, a plazo fijo (a vencer cada seis meses) hasta $ 50,000	4 1|2 o|o		

Las sumas mayores de $ 1,000 en Cajas de Ahorros con Alcancías, no devengarán interés por el exceso.

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta. En este caso el interés se liquidará desde el primer día de constituído el depósito.

En Plazo Fijo a 3 meses . . .	3 1|2 o|o	hasta	$	50,000
Idem ídem 6 "	4 o|o	"	"	50,000
Idem ídem 1 año	4 1|2 o|o	"	"	50,000

Por mayor plazo y suma. Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Cuenta Corriente.	8 o|o
Por Vales	del 6 1|2 al 7 1|2 o|o
Por Conformes y Cauciones	del 6 1|2 al 7 o|o
Por Redescuentos Bancarios	del 4 1|2 al 6 o|o

Horas de Oficina en Casa Central, Agencias y Caja Nacional de Ahorros y Descuentos: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los sábados de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realicé el Banco.

Jorge West, Gerente.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbourn**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — **Emilio Samiel** Vicente A. **Salaverri**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

Banco de la República Oriental del Uruguay

FUNDADO EN 1896.—MONTEVIDEO

Capital autorizado: $ 25.000.000.00. Capital integrado $ 18.683.340.24

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

AGENCIAS

Aguada — Avenida Rondeau y Valparaíso.
Paso del Molino — Calle Agraciada N.º 963.
Avenida Flores — Avenida G. Flores N.º 2206.
Unión — Calle 18 de Julio N.º 205.
Cordón — Calle 18 de Julio N.º 1650.

SUCURSALES

Artigas, Batlle y Ordóñez J., Canelones, Carmelo, Colonia, Dolores, Durazno, Florida, Fray Bentos, Lascano, Maldonado, Melo, Mercedes, Minas, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San José, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí del Yí, Sarandí Grande, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad.

OPERACIONES DEL BANCO

El Banco se ocupa de toda clase de operaciones bancarias en las condiciones más ventajosas.

A partir del 1.º de octubre de 1920, regirán los siguientes tipos de interés:

ABONARA

En Cuenta Corriente a Oro . . .	1 o/o hasta	$ 400,000
En Depósitos a la vista	1 o/o "	" 100,000
En Caja de Ahorros	3 o/o "	" 10,000
" " " " Alcancías .	6 o/o (máximo) "	1,000
Libretas de Caja de Ahorro, a plazo fijo (a vencer cada seis meses) hasta $ 50,000	4 1/2 o/o	

Las sumas mayores de $ 1,000 en Cajas de Ahorros con Alcancías, no devengarán interés por el exceso.

En Caja de Ahorros, mayores sumas, Convencional

En las cuentas antes mencionadas, sólo se abonará interés cuando hayan transcurrido por los menos 90 días desde la apertura de la cuenta. En este caso el interés se liquidará desde el primer día de constituído el depósito.

En Plazo Fijo a 3 meses . . .	3 1/2 o/o hasta	$	50,000
Idem ídem 6 " . . .	4 o/o "	"	50,000
Idem ídem 1 año . . .	4 1/2 o/o "	"	50,000

Por mayor plazo y suma, Convencional.

Por los depósitos a plata no se abonará interés.

COBRA

Por Cuenta Corriente.	8 o/o
Por Vales	del 6 1/2 al 7 1/2 o/o
Por Conformes y Cauciones	del 6 1/2 al 7 o/o
Por Redescuentos Bancarios	del 4 1/2 al 6 o/o

Horas de Oficina en Casa Central, Agencias y Caja Nacional de Ahorros y Descuentos: de 10 a 12 y de 14 a 16. Los sábados de 10 a 12.

LEY ORGANICA DEL BANCO DE LA REPUBLICA

(De 17 de Julio de 1911)

Art. 12. La emisión tendrá prelación absoluta sobre las demás deudas simples del Banco.

El Estado responde directamente de la Emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

Jorge West, Gerente.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Octubre de 1920. Núm. XXVIII.—Año IV.

"LA SOMBRA"

Comedia inédita de Julio Herrera y Reissig

ACTO ÚNICO.—ESCENA VII

. . . .

ALBERTO.—¿Y qué significa esa oratoria?... Pretendes negar, cuando menos, que el amor es una fuerza autómata, una energía ciega, un elemento que obra casi con fatalidad dantesca, que se confunde con el azar, que los griegos, nuestros maestros, lo pintaron ciego y niño... burlándose hasta de los dioses!

MAURICIO (interrumpiéndole).—...Con qué... peregrino de la Selva Oscura! Y tú pretenderás, cambiando de táctica, hacerme creer que has amado—*¡aimé!*—que eres una víctima alicaída del cruel Cupido? ¿No habíamos quedado en que todo fué una calaverada... un antojo de *gourment* concupiscente, un gesto de Síbaris voluptuosa, como tú dices,—un vaso de *bon vin!*...

ALBERTO (impaciente). — Amor ó placer, fuere lo que fuere, sentimiento o fruición, vínculo más o menos aleatorio, enajenamiento fecundo del ser, nervosismo genésico, fiebre de los sentimientos, atracción sexual, afinidad orgánica, simpatía oscura del instinto, impulso de los centros progenitores, de cualquier modo que lo entiendas, con cualquier nombre que lo deco-

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Octubre de 1920. Núm. XXVIII.—Año IV.

"LA SOMBRA"

Comedia inédita de Julio Herrera y Reissig

ACTO ÚNICO.—ESCENA VII

. . . .

ALBERTO.—¿Y qué significa esa oratoria?... Pretendes negar, cuando menos, que el amor es una fuerza autómata, una energía ciega, un elemento que obra casi con fatalidad dantesca, que se confunde con el azar, que los griegos, nuestros maestros, lo pintaron ciego y niño... burlándose hasta de los dioses!

MAURICIO (interrumpiéndole).—...Con qué... peregrino de la Selva Oscura! Y tú pretenderás, cambiando de táctica, hacerme creer que has amado—*¡aimé!*—que eres una víctima alicaída del cruel Cupido? ¿No habíamos quedado en que todo fué una calaverada... un antojo de *gourment* concupiscente, un gesto de Síbaris voluptuosa, como tú dices,—un vaso de *bon vin!*...

ALBERTO (impaciente). — Amor ó placer, fuere lo que fuere, sentimiento o fruición, vínculo más o menos aleatorio, enajenamiento fecundo del ser, nervosismo genésico, fiebre de los sentimientos, atracción sexual, afinidad orgánica, simpatía oscura del instinto, impulso de los centros progenitores, de cualquier modo que lo entiendas, con cualquier nombre que lo deco-

res... esa crisis mental y fisiológica, esa enfermedad de las almas o de los nervios, ese fenómeno divino y humano, ese violento estimulante emocional más viviente que la Vida porque es superior a toda naturaleza,—esa fuerza extraña,—materia o espíritu,—o ambas cosas a la vez,—fluido mágico, genio todopoderoso y abstruso que emana del gran Inconsciente que es el supremo generador dinámico de la Vida y el renovador eterno del Arte, ese Satanás ingenuo que le canta Baudelaire, — se introdujo en mi voluntad, supeditó mis energías, avasalló mi sensorio, se enseñoreó de mi pensamiento, relajó los resortes íntimos de la personalidad, fué redactor de mis ideas y editor único de mis actos. El amoroso es menos que un niño, y puede llegar a ser una fiera... Es un caso agudo de insensatez, y, ¡quién sabe si de psiquiatría epleptocal!... De ahí la falta absoluta de balanza en el espíritu y de centro de gravedad en la conciencia. De ahí la arritmia moral y el caos en el albedrío, el desequilibrio y el dislocamiento, el neumatismo interior, la asfixia del alma. A un paso está la locura... el no sér.. ¡quién sabe!... el polo desolado... la columna de Hércules de la Vida!... Tal vez el genio... Por eso dijo Maxwell: "el genio no es sino un deseo doloroso de amar infinitamente, dando la vida..." Es un caso de eclipse de conciencia, de pérdida absoluta de la voluntad y de la personalidad.

MAURICIO.—Y también de alucinación. El diablo pasa vistas sublimes y macabras, en su linterna mágica.

ALBERTO.—...¿El diablo, dices? ¡Cá!... No hubiera sido capaz con toda su agudeza invencible y toda su licencia tenebrosa, de haber quebrado mi voluntad de hierro, como una débil caña... de haber puesto en peligro mi porvenir y mi gloria... de haberme hecho pasar ante amigos y admiradores,—como tú lo sabes,—

por el más infame apóstata de mis ideas filosóficas, por un Judas abyecto de la prevaricación de sentir... ¡Oh!, sí; no quiero ni acordarme... Yo, el varón fuerte, el intransigente, el fiero adalid del amor libre, Caupolicán adusto de la Anarquía, que hubo jurado durante toda su vida, en público y en privado, desde los clubs y en las *garçonnieres*, dejarse arrancar los ojos antes de transigir con el Evangelio y con los Códigos y con el Matrimonio, antes de inclinarse bajo la férula del Juzgado o el latín del fraile... ¡Oh!, la vergüenza,— yo vencido, ultrajado, derrumbado, burlado, — hecho añicos, ignominiosamente por el Amor...

Mauricio.—No veo por qué te expresas así. Es la única vez que has estado dentro de la verdadera filosofía, la humana y real filosofía de los términos medios, la filosofía de carne y hueso de la realidad, la filosofía sana y vital de las posibilidades y de los egoísmos, la de la oportunidad auspiciosa, la de los puntos de vista, la de los determinismos, filosofía que se halla dentro de la Naturaleza y que da la hora justa del sentido común...

Alberto.—He sido un cobarde... He perdido la mitad de mi crédito como Apóstol y como Filósofo... No hallaré Jordán jamás... ¡Quién iba a decirlo!, yo que me reía de las mujeres más brujas en el arte de subyugar, y que desafiaba las seducciones de todas... Del daño que causa el vendabal, el incendio, una vorágine de la Naturaleza, nadie es responsable. Nadie imputa a los de abajo la desventura. Es la demencia de arriba la que anonada de pronto. La maldición del hombre sube hasta Dios, desde las cosas. El amor es una entidad trágica, si se quiere. Y es un elemento, un elemento anormal de la Vida, que como el aire, destruye y vigoriza, como el fuego desola y depura, como el agua sobrepuja y revive... Hiere ciegamente.

Mauricio. — Fulmina desde arriba, como el rayo, haciendo una profunda interjección de sombra y luz...

Alberto.—(Continúa)... Hiere ciegamente, desordena, extenúa, alucina, encona, atempesta, vuelve esclavos a los tiranos, a los poderosos mendigos, a los genios idiotas, a los simples iluminados... hace el caos en el pensamiento y la noche en el corazón!... Sopla de pronto desde lo Impenetrable: el alma se atorbellina, se encrespa, se eriza de interrogaciones, grita como un pájaro envenenado de oxígeno, muge como un mar loco de tragedia. De pronto pierde fondo en el vértigo silencioso y cree tener la Nada abajo y encima la Eternidad!... ¡Oh!, ¡cómo es terrible el imperio de ese Dios alevoso y carnívoro que no da tiempo a nada! Cuando ha pasado, todo está en escombros...

Mauricio.—Cuidado con tus inducciones, amigo filósofo... Quieres negar la responsabilidad que es el fundamento de toda moral... Comprendo que en ciertas crisis del alma, como del cuerpo, no cabe culpa al sujeto que actúa. El albedrío desaparece con el libre juego de las facultades psíquicas. A falta de brújula todo es incoherente y todo es ilógico. Es el autómata que da palos de ciego en la conciencia.

Pero, obsérvalo bien, Alberto, y no te empecines en tu dialéctica bizantina. Hasta en la Naturaleza, que tú citas, parece subsistir triunfante el sentimiento humano de la responsabilidad presidiendo toda evolución y auspiciando las infinitas reacciones físico-químicas de los diversos elementos. Y si no, observa cómo después de los sacudimientos seísmicos, después de las hondas catástrofes atmosféricas, después de los terribles castigos de un mal año, sobreviene por mucho tiempo un estado de calma risueña, de reacción fecunda, de próspera clemencia. Todo sonríe después de haber llora-

do. La Vida canta y da flores sobre la muerte. No parece sino que la Naturaleza, movida por la más pura convicción de altruísmo, se apresura a reparar los daños por ella misma causados en sus crisis morbosas, ungiendo con el bálsamo de sus más preciados dones, las heridas que abriera con su alfanje huraño...

Alberto.—No sofismes de ese modo, querido Mauricio. Eres siempre el poeta que hace pirotécnicas jactanciosas de las cosas graves. Ten un poco más de sentido honrado. Tus sutilezas de imaginación son de un malabarismo sorprendente pero no conducen a nada juicioso... Después de todo, el Amor no es una virtud, ni una vocación celeste, ni un voto de fidelidad *ad perpetuam,* ni un concilio mágico de dos almas a vida y muerte. No es tampoco un "sarampión" idealista de todo bípedo humano y del que nadie escapa en buena hora. El Amor no es en el fondo sino un dilema implacable "a me matas y te mataré", una lucha cruenta a gana o pierde, un combate antiguo en que uno de los contendores,—o el más fuerte, o el más apto, o el más ingenioso,—queda arriba triunfante, y el otro abajo, humillado y maltrecho. El amor es simplemente un arte sutil de adaptación y de análisis, de apariencia y de engaño. El amor es un juego, un juego de facultades y de ingenio, entre los amantes. Hay quien ama de veras pero no sabe amar: sér desdichado. Hay quien no ama,—en cambio,—y sabe amar a la perfección: éste es el ídolo de las mujeres. Fíjate en cuántos ineptos del Amor, en cuántos malos jugadores de este ajedrez de la vida, que lloran su derrota eternamente. La amorosa se sirve de un amante indocto como de un pañuelo... Lo perfuma coquetamente, lo mima unos instantes, se lo lleva a la boca, aspira embelesada su fragancia... y cuando se ha evaporado su perfume y perdido su encanto, lo arruga con desdén

y lo echa a un lado sin ni siquiera un rictus de preocupación...

El hombre, por su parte, cuando es superior a la mujer en el talento de amar, hace la misma cosa más o menos... Se sirve de ella, como de una servilleta en el banquete sibarítico de la orgía... y luego, terminadas las últimas libaciones, satisfechas las voluptuosidades egoístas del momento, con el último sorbo del *champagne*... la arruga con perezoso desdén entre sus dedos, y la deja a un lado, incolora y marchita... y así,—siempre,—en todos los idilios el resultado no varía,—la misma novela implacable, el mismo juego cruel. Es preciso matar para no morir. La Victoria es el abandono, la zancadilla final del más resistente, del que tiene más energías para arrancar el puñal del pecho y decir: "Vete... y no te extrañes" .. A no suceder de ese modo, el vencedor sería el vencido... porque el duelo es a muerte. Y todo tiene su plazo.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

De las obras inéditas de Julio Herrera y Reissig, acaso la más interesante es esta comedia familiar "La Sombra", pieza en un acto, cuyos borradores, absolutamente inéditos, están a nuestra entera disposición. Ya en otra vez PEGASO publicó el discurso de introducción a "La Sombra", que fué recibido como una de las más altas páginas en prosa del poeta de "La Torre de los Panoramas". Julio Herrera y Reissig hubiera realizado indudablemente una extraordinaria obra teatral con estos borradores que hemos tenido en nuestras manos y a través de los cuales puede verse aletear como mariposa, el alma tornasol de aquel gran espíritu...

PRIERE

Pour «Pegaso»

...Et quels seront, Seigneur,
Les mots purs de silence et de foi;
Les graves mots de douçeur
Faits seulement pour moi?...

Car, vous qui m'avez crée
Pour si peu de chose, en vérité...
Pour bien aimer la lumière; et porter
Les reflets de l'ombre dans
Mes yeux voilés...

Vous voudrez bien, n'est ce pas,
Me laisser entendre un jour,
Les mots purs de silence
Faits seulement pour moi?...

OPHÉLIA CALO BERRO.

Buenos Aires, 1920.

Entre las musas nuevas del Río de la Plata, — ahora que de moda están las mujeres que escriben versos, — Ophelia Calo Berro, — recién iniciada, — tiene un canto propio. No importa que module su voz en el idioma gálico. Es persuasiva y soñadora: posee el dulce encanto de su juventud y viene diciendo su verso claro como una plegaria cálida.

Saludémosla.

AMOR QUE HAS DE SALVARME

Las noches con sus ojos fraternales
de continuo me miran prosternada
para acoger la gracia de un amor.
Y las horas se van apresuradas

dejándome vacías las dos manos,
lacios los brazos y la boca amarga!
Aguardo en vano en el umbral desierto!
Nunca en mi puerta sonará la aldaba!...

***

A veces sueño ¡el inefable sueño!
que Él llega con su andar de terciopelo,
los dedos suaves como un agua pura
y los ojos profundos como un cielo.

Como una antorcha viva me encandilo.
No me bastan los ojos para verlo
y lo miran los labios y las manos!...
Se me torna pupila todo el cuerpo!

Yo muero de la vida de este encuentro.
El alma no me cabe ya en el pecho
que en un beso voraz como un ensueño
en la boca me vuelca el mundo entero...

***

No vendrás nunca con tus manos tersas
y tu rítmico andar de terciopelo,

a abrir las llaves de los dulces llantos
y a rayar en mi vida un surco nuevo?

Oh! amor del trágico esperar! amor tremendo!
Amor que has de salvarme ¡o de perderme!
Amor por el que llego hasta el sollozo!...
Amor por el que llego hasta el silencio!...

LAYLY DAVERIO.

Montevideo.

No hace aún dos meses que PEGASO publicó los versos iniciales de Layly Daverio, ardiente y hermoso espíritu de mujer, lleno de ensueño y de harmonía.

Jovencísima, prepara ya su primer libro, ungido de ardor y de ternura como un canto de zorzal en primavera.

Estamos seguros de su bello destino en la senda florida de nuestras musas.

PENSAMIENTOS

Ser buena —yo me digo— es una cosa,
Es una cosa tal como si fuera,
Bajo el aliento de la primavera,
Floreciendo —azucena, lirio, rosa—,
El corazón en cálida ternura.
Sólo puede ser buena un alma pura.

Ir regando de rosas de dulzura
El sendero que se abre a nuestro paso,
Y dar el alma toda, cuando el vaso
De la mano, se ofrece en la caricia
Con encanto de cosa que se inicia.
Es ser un vaso del cristal más fino,
Del más claro, más nuevo, más pristino,
En que se van abriendo cada día
Una tras otra flor.
Y es porque el interior
De aquella viva crátera de amor,
Vierte perennemente
Lo mismo que una misteriosa fuente,
Que diera agua inmortal,
Un ícor milagroso y transparente:
Y es la linfa cordial
Que, para ser mejor,

Ha de tener un algo de la sal
Que da sazón al llanto del dolor.

Rosa García Costa.

Saladillo, 1920.

Fluidez de manantial, poesía sin misterio, fragancia de rosales; he ahí las características de este bella poetisa argentina, puestas de transparencia en su primer libro "La Simple Canción", que fuera tan justicieramente alabado por la crítica y a quien le esperan próximas victorias definitivas.

EL SENDERO NUEVO

Lo dedico a Laura Cortinas
J. de I.

Este sendero verde tan poco hollado,
Este sendero verde ¡qué bien me hace!
Es un sendero-niño, nuevo y alegre,
Sin la historia doliente de tantos rastros.

Me tiendo sobre el pasto que lo recubre,
Mis dos manos ardientes abro en su grama.
Este sendero-niño ¡cómo es de ingenuo!
¡Cómo se ve que ignora las caravanas!

Vengo de otro camino reseco y ocre,
Todo lleno de rastros, cribado en huellas,
Con un aspecto triste de hombre piadoso
Que ha cansado sus ojos viendo miserias.

¡Las historias que saben sus piedrezuelas!
¡El llanto que ha sorbido su polvo ocre!
¡Miedo le da a las hierbas ese camino!
¡El pasto lo contempla desde los bordes!

¡Oh!, senderito-niño, sendero verde
Como una cinta nueva sobre los campos:

¡Dios te conserve siempre tu grama tierna!
¡Nunca te vuelvan ocre huellas ni rastros!

JUANA DE IBARBOUROU.

Montevideo.

Luego de Delmira Agustini, ninguna mujer uruguaya ha logrado los triunfos poéticos de Juana de Ibarbourou. Su estro panteísta posee toda la primavera.

"Las lenguas de diamante", verso, y "El cántaro fresco", prosa, son sus libros. Como labora con incansable afán y tiene sacro fuego, cada libro suyo es una etapa. Ahora nos anuncia "Raíz salvaje".

YO SOY UN ARBOL...

Yo soy un árbol de una estirpe extraña
A la tierra sujeto fuertemente
Por las hondas raíces de mis muertos...

Del fondo de los siglos, a mí llega
La savia fecundante y misteriosa
De mis instintos ancestrales
A través de millares y millares
De generaciones desaparecidas,
Y asciende por mi tallo
Cada vez más arriba
Hasta llegar al Infinito
En una flor suprema
Que nadie ha visto aún...
Chupan del suelo extraños atavismos
Mis seculares raíces poderosas,
Y mi copa magnífica sacude
En los aires
La verde música del pensamiento...

Chupan del suelo instintos ancestrales
Mis muertos para mí desconocidos,
Y forman en la tierra una red apretada
De sensaciones, de egoísmos,
Y de impulsos inexplicables...
Pero cuanto más hondo

En el humus fecundo de la tierra
Se hunden mis trágicas raíces,
Más alto sube el pensamiento mío
En ansias de Ideal...
Yo soy un árbol de una estirpe extraña...

Pero a veces la savia descendente
Vuelve a la tierra hacia los muertos míos,
Y por abismos en el alma abiertos,
Yo miro bifurcarse indefinidamente
Mi personalidad...
Y bajo hasta lo hondo de la tierra
Sintiendo palpitar en mis entrañas
Las almas misteriosas de mis muertos.
Oh! la vida profunda, los tesoros ocultos,
Todo ese mundo negro de la sombra
Hasta donde yo bajo en mi conciencia
Por las hondas quebradas de mí misma!
Ah! Cómo siento entonces la fuerza incontrastable
Del pasado,
Y cómo tiran hacia abajo, cómo llaman
Las voces de los miles de individuos
Que culminan en mí!...
Yo los siento rebullir, todos míos,
Dentro de mí; pueblo inmenso,
Desconocido, fuerte, en donde asiento
Mi conciencia de un día;
En tanto que la fuerza de la savia
Tira hacia arriba en ascendente anhelo
Para dar flor suprema de Idealismos
En una venidera Humanidad...

Yo soy un árbol de una estirpe extraña
Que sobre el mundo extiende

La maravila verde de su copa
Pensante y armoniosa,
Mientras hunde en la tierra
La red inextricable de sus muertos...
Yo soy un árbol de una estirpe extraña...

LUISA LUISI.

Montevideo.

Luisa Luisi es ya un valor consagrado dentro de la literatura nacional. Sus versos cálidos y diáfanos señalan un hermoso temperamento de mujer, para quien el paisaje lleno de sol guarda veteadas piedras luminosas, con las que va componiendo, como en antiguos mosaicos, sus poemas estivales. Tiene un libro publicado hace años, "Sentir", que le valió palmas unánimes de la crítica rioplatense. Asimismo cuenta en su haber con otro libro, "Educación artística", y una continuada colaboración lírica en PEGASO, cuyo cuerpo de colaboradores permanentes integra desde el primer número.

LA PESCA

Al borde de la vida
Los hombres, en pescar
Se pasan todo el tiempo:
Quien menos y quien más.

Atropellando vienen
Sus puestos a ocupar;
Traen grandes carnadas
Y piensan: picarán.

Arriba el cielo puro
Muy quietecito está,
Y abajo, con su anzuelo,
Todos vienen y van.

Pescador: —no te apures,
Deja el anzuelo en paz...
La muerte, ten seguro,
No se te escapará.

EL RUEGO

Señor, Señor: hace ya tiempo, un día,
Soñé un amor como jamás pudiera
Soñarlo nadie; algún amor que fuera
La vida toda, toda la poesía.

Y pasaba el invierno y no venía,
Y pasaba también la primavera,
Y el verano de nuevo persistía,
Y me hallaba el otoño con mi espera.

Señor! Señor! Mi espalda está desnuda:
Haz restallar allí con mano ruda
El látigo que sangra a los perversos;

Que está la tarde ya sobre mi vida,
Y esta pasión ardiente y desmedida
La he perdido, Señor, haciendo versos!

ALFONSINA STORNI.

Buenos Aires.

Pasión y juventud predominan en Alfonsina Storni, que aporta, indudablemente, una de las mejores voces al coro de las musas rioplatenses.

Está consagrada ya en tono definitivo, y tiene publicados libros que podíamos decir de oro puro, como "El dulce daño", "Las mieles del rosal", "Irremediablemente".

Vive en Buenos Aires, donde ejerce el magisterio, y desde donde ha dicho tan bellas y hondas canciones femeninas.

Acaba de aparecer su nuevo libro "Languidez".

LA OLA

(Novela en preparación)

CAPITULO III

El *bar "Galileo"* había adquirido con justicia el nombre de "*bar* de los intelectuales". En torno a sus mesas de veteado mármol se congregaban diariamente escritores de toda laya, claro está, pero figuraban entre sus más antiguos parroquianos algunos de los maestros de la juventud intelectual, que habíanse habituado a él cuando su concurrencia estaba formada casi exclusivamente por graves financistas y empleados de casas bancarias que no se inmiscuían en las conversaciones poco más o menos trascendentales del pequeño cenáculo. Tenía entonces el *"Galileo"* una sola entrada, en la calle 25 de Mayo. Después, y a instancias de los hombres de letras que no veían con buenos ojos la afluencia de tipos un tanto indiscretos, su agradecido propietario amplió el servicio: arrendó una pequeña finca lindera, por el fondo, a la suya, que daba a la calle Misiones, e hizo de ella un a modo de salón reservado —tan humilde que ni pinturas ni decoraciones amenizaban sus paredes, para que allí departieran a su antojo letrados de alto coturno, periodistas y poetas en agraz. Pronto afluyeron al salón escritores que militaban en las filas políticas, y poco

a poco el reducido y antiguo cenáculo íbase convirtiendo en miserable junta política. Los Diputados llenos de veleidades literarias o que se jactaban de emular a Montaigne, Víctor Hugo o Renán, asistían cuotidianamente al salón reservado del *"Galileo"*. Allí se les encontraba desde las 2 hasta las 4 de la tarde, debatiendo sobre política y, de vez en cuando, sobre arte y literatura. Quienes más se empeñaban en hacerse oir eran Ventura Núñez Velasco y Narciso Montoro, el periodista afeminado y venal de flancos armoniosos, voz de tiple y cutis de magnolia. Este solía complacerse, con rara voluptuosidad, en leer a sus contertulios notas heráldicas entresacadas de revistas madrileñas de rancio abolengo, y el primero, parodiando en verso a Almafuerte y en prosa a Montaigne y a los ensayistas que de él procedían, solazaba a sus camaradas cuando la conversación versaba sobre la evolución social y el lirismo de los parias. El doctor Amado, de alma mefistofélica y lenguaje arrabalero, platicaba siempre con Liborio Castañeda; es decir, casi monologaba, pues Castañeda, el escritor político, el profesor de silencio que a todos escuchaba sin pestañear y predicaba con el ejemplo, sólo intervenía en el diálogo con algún monosílabo que emitía de tarde en tarde para halagar la vanidad y hacer amable la vida de su finchado interlocutor.

Verificadas las elecciones y triunfante el oficialismo, las conversaciones del *"Galileo"* eran interrumpidas a menudo por la presencia de cronistas parlamentarios que iban en busca de noticias y se regocijaban cuando alguien discurría acerca de las escuelas literarias.

Una tarde se presentó Raúl Rosales, poeta nicaragüense de numen lozano y erudición honesta, cronista, a la sazón y por necesidad, del diario independien-

te "La Era". La llegada del nuevo contertulio fastidió bastante al Diputado Núñez Velasco, porque éste se disponía en tal instante a recitar parte de su último poema, y Rosales había dejado de serle simpático por su bello espíritu y sátira incisiva. Quedó cohibido el cenáculo y el ameno cronista, después de saludar, atinó a decir:

—Si molesto, me retiro.

—Nada de eso, compañero; usted nunca molesta —respondieron algunos contertulios. Y mientras Rosales agradecía con una leve inclinación de cabeza, los otros protestaban:

—Además, Ventura sabe que lo escuchamos con verdadero placer.

El orador agradeció esta última frase, que logró alentarlo. Hacía tiempo que no recitaba ante los del oficio, pero esperaba salir airoso otra vez. Dominó sus nervios; después echó hacia atrás la cabeza, como un conquistador de multitudes; miró a sus auditores cual si intentara escrutarles el alma, y al fin dijo, con voz sonora e hiperbólico ademán:

—He aquí la introducción de mi poema, que se titula *Más atrás:*

Más atrás,
en la sombra empedernida,
sombra intensa; mala sombra, prematura y pertinaz,
entre la hórrida tiniebla donde lloran
los precitos y malvados;
donde presos en cadenas gimen todos
los prístinos gerifaltes;
más atrás,
en la noche de los siglos, en el caos,
del crimen el lobo aúlla; croaja el buitre del prejuicio;
graznan grajos; croan ranas;

mayan gatos fabulosos
cacabean las perdices
y rebudia el jabalí de la duda pertinaz.

Hoy en las sillas curules
se regodean los astros del partido radical...
¿Y los otros? ¡Nunca más!
los jesuitas y retrógrados
ya sean republicanos, o agrarios o socialistas
y aquellos que a misa van;
los que a un santo encienden vela,
los que rezan y comulgan
no ascenderán por las gradas del augusto Capitolio;
leyes no sancionarán,
de esas leyes tan inocuas como torpes,
ni controlarán los actos de los nobles radicales
ni opondrán a nuestro ensueño su basto materialismo:
¡Nunca más!

Asoma la nueva aurora,
la bella aurora del triunfo y las reivindicaciones;
ya despiertan las conciencias;
surge el iris de la paz.
Escalemos las más ríspidas montañas
y lleguemos a sus cumbres
mientras todos los políticos reaccionarios van quedando
más atrás.

Concluída la recitación, Montoro abrazó efusivamente a Núñez Velasco, y le dijo:

—¡Qué harmoniosa! ¡Cuántas imágenes originales! ¡Qué profundidad de concepto!

El doctor Amado y Castañeda le tendieron la mano en señal de admiración y acatamiento.

—Y esto que acaban de oir ustedes no es más que

la introducción—exclamó sonriente el favorecido, asumiendo un gesto de superioridad. Después añadió:

—¡A ver! ¡Que haga Leonardo composiciones como ésta!

Rosales permanecía silencioso en su asiento, y, como durante la recitación había estado en espíritu lejos de allí, no podía apreciar el valor de los halagos y felicitaciones. Su silencio lo interpretó Núñez Velasco como un homenaje que se tributaba a él, pues el poeta nicaragüense, cuando asistía a alguna lectura, manifestaba sobriamente su impresión, en la que raras veces faltaba la nota acre y sincera que evidenciaba la fuerza de su discernimiento y la individualidad de su estética.

Los contertulios, esparcidos como racimos alrededor de varias mesas de caoba que conservaba la casa como bellas reliquias, empezaron a comentar las nuevas formas de la poesía castellana. Se habló de Rubén Darío y Julián del Casal, de Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa. Nadie citó a José Asunción Silva y Amado Nervo, ni a Guillermo Valencia y Luis G. Urbina. Núñez Velasco hizo el panegírico de Olegario Andrade, y alguien, cuya voz no se percibió claramente, se acordó hasta de Carlos Roxlo, el bardo que preconiza el encauzamiento de las corrientes anímicas.

Rosales, medio risueño, contemplaba a sus camaradas o se entretenía en observar, con infantil curiosidad, el ambiente que le rodeaba. De pronto lanzó una carcajada.

—¿Qué? —inquirió Montoro en aire de flauta.

—Pues nada, chico; que esto me recuerda el bodegón de don Pedro — repuso Rosales, que acababa de ver por los vidrios de la contrapuerta la salida del *bar*, reservada a los "inmortales".

—¿El bodegón de don Pedro? ¡Ja, ja! ¡Qué dado a los símiles extravagantes es usted, Rosales!—observó el meloso periodista.

—No hay extravagancia alguna en el parangón que acabo de hacer; ¿verdad, Núñez? —se apresuró a decir el cronista de "La Era", mirando al interrogado con bastante intención. Molestado éste porque se le llamaba Núñez, a secas, y porque se le recordaba una época de privaciones y miserias, hizo una mueca de rabia, volviendo el rostro; después contestó:

—¡Ah, el bodegón de don Pedro! Sí, sí; he entrado en él alguna vez, para complacer a Leonardo...

—O para complacerte a ti mismo, dilo de una vez, francamente, porque la bohemia también tiene sus encantos —lo interrumpió en tono de broma su interlocutor, a quien comenzaba a asquear la presunta aristocracia del novel diputado, cuyo rostro pasó bruscamente del matiz natural al rosa y del rosa al rojo.

El cenáculo, entre tanto, callaba estúpidamente. Rosales prosiguió:

—Aunque es verdad que el Diputado Ventura Núñez Velasco no puede decir con Jorge Manrique "que todo tiempo pasado fué mejor".

Advirtiendo casi todos los contertulios la creciente confusión de Núñez Velasco, intentaron cambiar de tema y nombraron a Verlaine. Rosales estaba en vena esa tarde y parecía gozar en recordarle al Diputado radical sus pasadas costumbres sencillas y de bohemia. Fué así como, al oir mencionar a Verlaine, manifestó socarronamente:

—Sólo por una cosa hubiera venido a Montevideo el *pauvre Lelian.*

—¿Por qué? —le preguntaron, sorprendidos, sus camaradas.

—Por el paraíso artificial que ofrecía a los escritores el bodegón de don Pedro.

El cenáculo, a pesar de sus simpatías por Núñez Velasco, se desternilló de risa. Montoro preguntó, tímidamente:

—¿Qué paraíso artificial es ese?

Rosales esperaba la pregunta a fin de poder zaherir oportunamente a Núñez Velasco y se dispuso a satisfacerla. Sonriendo, miró a Montoro de soslayo, después de frente, y le dijo:

—Usted, exquisito *dandy*, olvida el pasado con suma facilidad. ¿No se acuerda de aquel aperitivo que juntos apuramos más de una vez? Recuerde... Tenga usted un rasgo de sinceridad, como su amigo Núñez. No olvide usted que el bodegón de don Pedro, ubicado en la calle Bartolomé Mitre, con puerta de trastienda hacia el pasaje de Policía Vieja, preparaba una especie de *cocktail*, especialidad de la casa, hecha a base de alcohol y azúcar quemada. No olvide usted que Leonardo Janer, a quien alegran aún las remembranzas de aquellos tiempos de bohemia y poesía, fué el primero en apreciar la benéfica influencia de ese *cocktail* popular, y que algunos de nosotros confirmamos después la apreciación del director de *Prometeo*.

Montoro, el periodista embarnizado de aristocracia y lleno de coquetería, se obstinaba en el silencio; sus miradas saltaban de uno a otro de los contertulios, como los colibríes versátiles de flor en flor. Al fin miró a Núñez Velasco, como pidiéndole anuencia; llevó en seguida a la frente la mano siniestra y dirigiéndose a Rosales, murmuró muy paso:

—Sí; tengo un vago recuerdo.

—¿Verdad que la bebida preparada por don Pedro tenía, entre otras virtudes de índole puramente estomacal, la gran virtud de despertar sentimientos democráticos?

—¡Qué guasón es usted, Rosales! —fué la evasiva respuesta del periodista que mentía sangre azul.

—No exagere —arguyó el culto nicaragüense; y luego agregó: — Es que siento la añoranza de aquellos días. Aun recuerdo la última escena a que asistí en el simpático bodegón.

Núñez Velasco estaba inquieto en su asiento.

—A ver: cuente usted; cuente usted —rogó Montoro, encantado de la conversación de Rosales.

—La escena hace pensar en las descritas por Murger —dijo éste. Y comenzó su relato.

—Aconteció que una tarde invernal entramos en el bodegón en busca del virtuoso elixir. Eramos siete bohemios: Leonardo Janer, Serafín Barcos, León Carrasco de la Sierra, Cornelio del Cedrón, Ventura Núñez Velasco, Eduino Pandolfini y yo. Tomamos el consabido *cocktail;* Janer satisfizo el gasto y salió por la puerta principal, sin reparo alguno. Nos disponíamos a imitarlo, pero Carrasco de la Sierra, a quien el frío tenía acobardado, nos instó a repetir el *cocktail.* Por compañerismo, no nos opusimos. Nos sentamos y el mozo no tuvo tregua durante media hora. Yo no sé cuántas copas apuramos. Y llegó el momento triste: ¿quién abonaba el importe que adeudábamos? Nos miramos unos a otros con desconfianza mientras revolvíamos nuestros bolsillos; primero los del chaleco, luego los del pantalón, después los del saco. Repetimos esta operación varias veces. En un instante se esbozó en nuestros labios débil sonrisa: Pandolfini hacía chocar alegremente algunas monedas y sentimos cierta satisfacción. El agraciado anunció, mirando al mozo que permanecía estupefacto detrás del mostrador:

—Veinte centésimos...

—¿Veinte centésimos?... No alcanzan — exclamó el empleado, de mal talante.

Carrasco de la Sierra, con su habitual bonhomía, intervino suavemente, y encarándose con don Pedro, que atusábase el bigote y contemplaba risueño la escena, le propuso:

—¿Quiere usted que le paguemos el saldo con un soneto? Lo hacemos en seguida; con estrambote o sin él, como a usted le plazca.

No pudimos menos de reir largamente, aunque Carrasco nos dijera con disimulado enojo que la proposición era formal. Don Pedro echó a reir a su vez y rechazó con sorna la proposición:

—Esa moneda no circula aquí —dijo, y añadió: —váyanse ustedes tranquilos, que el importe de los excelentes *cocktails* que les he suministrado ha de ser satisfecho por don Leonardo, mi antiguo cliente.

Durante el relato los tertulianos del "*Galileo*" sonreían y apartaban los ojos de Núñez Velasco, que parecía avergonzado de su pasada bohemia. Cuando Rosales terminó, todos disponíanse a partir. Eran las 4 y había sesión en la Cámara. Se levantaron; Montoro, solícito siempre con Ministros y Diputados, advirtió leve arruga en el cuello del *jacquet* de Ventura, e inmediatamente díjole a éste:

—Permítame usted, Venturita, que esto es de mal tono. — Y mientras hacía desaparecer con una mano la insignificante arruga, enderezaba con la otra la corbata de su protector eventual.

Después, salieron en dos grupos por la puerta reservada. Precedían los Diputados. Al llegar a la plaza Constitución, Rosales se detuvo un instante, y Núñez Velasco, respirando con delectación, como si se hubiera librado de atroz pesadilla, dijo al doctor Amado y a Castañeda:

—¡Qué Rosales! Talento no le falta, pero suele ser cargoso. Y, sin embargo, ¡lo aprecio tanto!

M. PÉREZ Y CURIS.

La bibliografía de Manuel Pérez y Curis cuenta con obras como "Heliotropos", "Rimas Sentimentales", "El poema de los besos", "El gesto contemplativo", "Por jardines ajenos", "Arquitectura del verso", "El Marqués de Santillana", "Ritmos sin rima y otros": verso y prosa a la vez.

Pérez y Curis dirigió largamente una buena revista de letras, "Apolo", cuyo recuerdo perdura. Misógino y enfermo, persiste en la faena lírica con noble empeño.

HEROÍNAS CLÁSICAS

ELECTRA

I

En la antigua y magnífica literatura dramática griega ningún tipo de mujer aparece imponente y femenil como la hija de Agamenón y Clitemnestra. Hace de musa inspiradora y solemne en la tragedia primitiva. Su figura pasa por la escena, dolorida o enérgica, según el plectro armonioso del apolonida que saca a la luz a la hembra huérfana del héroe, que, vencedor en Troya, cae vencido en la traidora red de su cónyuge adúltera.

Olvidemos un instante la representación que de Electra hacen los tres grandes trágicos de la poesía madre, para evocar una a una la imagen de la desventurada hermana de Orestes. Sigamos la cronología histórica, abstrayéndonos de los autores que le siguen para indicar primeramente a Esquilo.

En "Las Coéforas", el retrato de Electra tiene el mérito de la originalidad escrita, iniciando así el modelo de la mujer apenada, rencorosa y, sobre todo, humana, copiado al infinito por escritores que suceden a Esquilo.

Electra, la de "Las Coéforas", se presenta humilde y religiosa, llevando en el pensamiento la idea de vengar, en la persona de las cómplices, el asesinato de su

padre, el destierro de su hermano y la afrenta propia. Concibiendo así la Electra esquiliana no revela más que el fuero de la justicia, según la voz de los oráculos, los principios de la religión y moral helénicos, familiar a los hombres, como a las jóvenes.

Pero esta Electra no descubre ni en el gesto ni en el discurso síntomas anormales de criminalidad, por más que participe del propósito vengativo de Orestes, quien sólo sigue los mandatos píticos.

II

Esta protagonista de tragedia no vocifera ni gesticula ni emprende la diatriba propia para execrar a los cobardes homicidas del autor de su vida.

Junto al túmulo que guarda los despojos del gran capitán, oyendo a "Las Coéforas" exultar los méritos de Agamenón, que permanece inulto, y el recuerdo de las leyes divinas evocadas en pleno sacrificio, Electra recién hace afirmativo el deseo del muy llorado ausente. Pero no toma furiosa y desmelenada la delantera en la obra reivindicadora y filial.

Su conducta pasiva, y aunque colaboradora eficaz, no quebranta la línea solemne y rígidamente tranquila con que actúa desde los preliminares del fúnebre suceso.

Para definir de un modo completo a la Electra de Esquilo, el mejor juicio no excede a éste: "la gran sombra humilde y resuelta a mitigar horrendos pesares sin arrugar el peplo ni proferir anatemas".

Así pasa por la escena, trágica y compuesta, decidida y recatada, la hija amorosa, que si asume participación en un crimen nefando, es obediente a los manes superiores... Electra, aun muertos Egisto y Clitemnestra, se conserva incólume y limpia de culpa. Tal la

naturaleza del pueblo y las creencias místicas de los griegos.

¡Cuán simpática resulta Electra antes y después de la venganza! Es que nada puso de su voluntad, es que la bondad de su alma estuvo a prueba acatando los mandatos de los seres mayores, es que hizo lo que la voz del sepulcro ordenaba, porque cumpliendo con los idos, hay justicia entre los mortales.

III

Sófocles perfiló una Electra más expresiva en el lenguaje, más acabada, si cabe, la imagen, que en Esquilo.

En efecto: aquí Electra mantiene animados parlamentos con los otros sujetos de la tragedia. Pero todo el discurso es sobre la nota triste y aciaga de su situación sin amparo, llorando el infame fin impuesto al autor de su existencia y las desventuras presentes del hermano predilecto. Su acento conmueve progresivamente. Así ha de ser, cuando una virgen pierde el báculo directriz, cuando desaparecen los seres amados, y cuando los que debieran alentarla en ausencia de los primeros afectos, le propinan continuos sinsabores e injurias.

Cobra acentos patéticos de honda intensidad, en el diálogo con Clitemnestra, a la que reprocha la conducta observada contra su padre, la usurpación de bienes ilegítimos y la pérdida de su carácter linajudo. Para ella ya no habrán esperanzas; se las niega el destino ineluctable de los atridas condenados a eterna lucha sangrienta. ¿Hasta cuándo?

Los hijos malditos y marcados por las furias olímpicas no alcanzan dicha terrena. Ya lo sabe Electra, y lo deplora en magnífico responso. La culpa no es de ella en tomar represalias impuestas por las sacerdoti-

sas verídicas, para aplacar los espíritus de los muertos injustamente.

La Electra de Sófocles anima fuertemente y sacude las varoniles fibras sentimentales, porque habla inspirada por los manes dolientes y los consejos de dioses benévolos. Pasa la Electra magistral en la verba y como aureolada de designios proféticos.

IV

Eurípides contó para la confección de su numerosa obra teatral con la experiencia de Esquilo y Sófocles, sobre todo en el trazo de Electra. ¿Esta prioridad supone superioridad en arte o ventaja dramática? Pudo aprovechar de dos autores maestros, y así que su Electra se diferencia de las dos anteriores sin que el distingo importe establecer valores comparativos.

La Electra de Eurípides, colocada a la muerte de Agamenón en un plano infamante, reconcentró un odio tenaz y acre contra los malvados que dieron impía exterminación al valeroso argonauta, e injuriaron a la doncella desposándola con un obscuro campesino. Tal matrimonio afrentó a Electra, vástago de ilustre alcurnia, promoviendo el más justificado rencor y la inquina solapada y dominante que hizo crisis frente a la madre, víctima de la astucia de la hija inconmovida y férvida en el episodio satánico...

Electra aquí es profundamente trágica y sanguinaria; se atreve a aquello en que Orestes duda; Electra horripila con la dureza de sus sentimientos; Electra patea el cadáver de Egisto; Electra convence a Orestes que no debe dolerse de la emboscada ni arrepentirse de lo hecho!

Esta mujer de cabellos rubios, ¡cómo satiriza, cómo blasfema, cómo acciona friamente, alentada sin duda por las órdenes nigrománticas y la justicia olímpica!

Tipo de mujer envenenada y orgullosa, se desmanda en el deseo reparador. Con el pretexto de vengar al padre satisface la imperdonable bajeza de las vanidades en la tierra. Casada contra sus afectos, virgen desposada, con indiferencia abandona al hombre simple que le tuvo respeto. ¡Oh, endemoniada hembra, hereje y mala!

V

Algo diferente en los detalles exteriores y un poco desemejante en el temperamento, conserva, empero, Electra, la tendencia espontánea y necesaria de la mujer rencorosa.

Su tormento espiritual queda palpitante, atrayente y sugeridor. Esquilo, Sófocles y Eurípides compusieron tres Electras, de génesis distintas, pero con una misma herencia fatalista. De las tres tragedias va hacia la posteridad el tipo gallardo de feminidad, robusto de afluencia moral y arranque quejumbroso. Para expresar hondas desesperanzas y cumplir votos sagrados ninguna mujer tendrá rol feliz si no se copia la inmortal Electra de los soberbios trágicos antiguos.

E. Torres Grané.

Elbio Torres Grané pertenece a los nuevos valores literarios del Uruguay. Viene pertrechado de intensa cultura y alto sentimiento. Trae virtud y juventud. Su obra está por hacerse y es justicia confiar en la esperanza de los jóvenes. Pegaso celebra su colaboración y presenta a sus lectores el nombre de este nuevo escritor de veinticinco años.

ESCRITORES ITALIANOS

SOFFICI

Joven, literato, pintor valiente con admirables bizarrías líricas y calientes tonalidades de exuberante colorista. Figura o se dice entre los futuristas. Ardengo Soffici es de los primeros, de los buenos. Tiene una visión rápida y neta de los paisajes, de las figuras que cobran una nitidez solar al golpe del pincel de luminosa tinta, con que escribe. Se deja arrebatar a veces por raptos de lirismo que se dijera refrena con las aceradas riendas del sarcasmo más acre. Modernísimo; su prosa mórbida y sensual contiene elementos musicales y pictóricos que la complementan bellamente.

De "Arlecchino", arranco estas páginas paradojales que le presentarán mejor que yo.

Renuncia.

En el tranvía que corre entre mi lugar y Florencia, cada vez que iba a la ciudad, encontraba una muchachita rubia y tímida, de la cual resulté poco a poco amigo. Sentado frente a ella, las rodillas vecino a las rodillas, las botas sobre el mismo calorífero, le contaba historias para hacerla reir (¡era bella su boca!), le narraba viajes lejanos, aventuras. A veces le prestaba un libro.

El primavera, llegaba a la estación azás presto, paseaba por la margen del Ombrone y cogía alguna margarita tempranera, unas anémonas, que después le ofrecía. Mientras el tren corría le hablaba en voz ba-

ja, dulcemente, mirando su rostro fresco y pálido. Alguna vez, volviendo en un momento la cara al cristal tras del cual huía el paisaje, sorprendía sus ojos posados en mí —y ella se ruborizaba un poco. Entonces le sonreía y de inmediato volvía los ojos a la campiña florida, soleada y beata, en el celeste de las colinas ondulantes allá hacia el horizonte, de la pradería regada de canales rectos y lucientes.

A veces callábamos, contentos, no sabíamos de qué.

Una noche ella se levantó y salió a la plataforma del vagón para contemplar la luna que surgía, empurpurando todo, sobre Vallombrosa. Yo la seguí. Apenas fuera una ráfaga casi le arrebató la boa de pelo oscuro: la tomé al vuelo y se la envolví dos o tres veces en torno al cuello, con ternura, como a una hermana. Hacía frío y el cielo estaba sereno. Sobre nuestra cabeza titilaban las estrellas aún no vencidas por la luz de la luna —y yo le enseñaba y decía el nombre de aquellas que conozco, que todos conocemos: la Osa Mayor, la Osa Menor, la Estrella Polar... La luna le volvía blanco el rostro joven y ella sonreía en silencio, como si esperase todavía algo.

Yo sentí entonces que podía amarla, que indudablemente la amaba; que hubiera bastado tomar su pequeña mano posada sobre la barandilla e imprimir, sobre aquella mano, un beso mudo —pero no dije nada y no me moví. ¿Para qué? Todos los amores terminan tan mal, que el acto más profundamente amoroso, es, sin duda, ocultar al ser amado el palpitar de nuestro corazón.

Después, no la volví a ver más.

Misterios menudos.

Estábamos en la ventana; se miraba el cielo de agosto, plácido, sereno hasta lo infinito y todo llameante de estrellas. Ella me dijo:

—Si ves caer una, haz al instante un voto y será cumplido.

Un minuto después, una pequeña estrella se destacó del azul y voló rápida hacia el horizonte como una gota de fósforo.

Inmediatamente, dentro mío, nació este deseo: ¡Que ella muera!...

¿Por qué?... ¡Ahora está enferma!

Y la amo. Y la amo. ¡Es terrible!...

Febrero.

El sol es caliente como en estío, pero la salvia silvestre no perfuma tan fuerte.

El chico —compañero mío— encaramado sobre un pino, coge las piñas rojas y duras que le pinchan las manos. La sombra del follaje juega en su cara inflamada sobre el cielo azul y dorado.

Tras las ramas se dibuja la colina soleada. Algunos labriegos en camisa cortan hierba en un campo verdeante.

La parte fecundada del terreno labrado, amarillo, y el viñedo gris punteado de olivos acá y allá!

Las manos oliendo a resina.

La campiña al mediodía; el sonar de la podadera, que trae el viento.

El pañuelo encarnado alrededor del cuello del muchacho que ríe al sol.

Y mi corazón que se despierta.

Un pájaro silba tras los abedules y su silbido tiene el sonar de un beso.

La primavera se acerca, corazón mío.

Madrigal.

Como el sombrero del muchacho campesino cae de improviso sobre la mariposa de mayo y la envuelve en

tinieblas, así el dolor ha descendido de improviso sobre mi corazón y lo ha abatido.

Pero si un rayo de luz se filtra, la mariposa bate las alas irisadas y quiere reprender el vuelo; basta un momento de olvido para que el corazón se lance saltando sobre su locura y su esperanza.

Es inútil que yo lo llame a la realidad y lo reproche:

—¿Por qué te eludes, corazón mío, mi desgraciado corazón? Nuestra bella, la que amábamos tanto, nos ha traicionado y bien traicionado. ¡Date paz y termínala!

Él no sabe resignarse a la muerte, y un momento después vuelve a partir como un rayo hacia su cielo.

Alguna vez estallará, lógico —entonces cada gotita de su sangre será para la infiel un proyectil envenenado — o un beso de perdón.

ARDENGO SOFFICI.

(Traducción y nota de Montiel Ballesteros).

Florencia, 1920.

Montiel Ballesteros sobresale netamente en la joven literatura americana. Hijo del Salto, ha publicado tres tomos juveniles: "Primaveras", "Emoción" (versos), "Savia" (poemas desnudos). Hace poco publicó en Florencia, donde ejerce el Consulado de la República, un libro "Cuentos Uruguayos", verdadera revelación que lo ha colocado de golpe al lado de los primeros cuentistas continentales. Está vinculado íntimamente a nuestra REVISTA, cuyo primer cuerpo de redactores integró, y cuya representación inviste actualmente en Italia.

GLOSAS DEL MES

Los Mármoles del Palacio

Poniendo término a una justificada y a veces maliciosa expectativa, los muros del Palacio Legislativo comienzan a lucir los mármoles que constituirán su definitivo revestimiento.

Larga curiosidad la despertada por esa fábrica, cuyas paredes, por más de una década, han estado levantándose con lentitud.

En medio a la arquitectura abigarrada de nuestra ciudad, donde priman los caprichos de incoercibles proyectistas sobre los engendros de la siempre lógica ciencia de la arquitectura; en medio al desuso de materiales nobles que aquí se estila, ese Palacio ajustado a líneas sencillas, pero de serena gracia, sobrio en su decoración exterior, pero realizada ella en mármol, ese palacio será una lección sempiterna de belleza y sinceridad.

Pero en el laboratorio de los mármoles se ahonda la impresión de que ese alarde suntuario comporta un elogioso tributo de nuestra ética.

En un barrio excéntrico, pero ligado a la urdimbre ferroviaria, solicita la atención del viandante un repiqueteo continuo, inarmónico, pero no monótono; mas

luego, un zumbar de mangangaes en fabuloso enjambre domina la otra música. Es que allá se desbastan los bloques venidos de Burgueño, en Maldonado, o de Salus y Verdún, en Minas; y aquí, donde zumba fuerte el aire prisionero de flexibles cañerías, es que los cinceles transforman la piedra bruta en esos elementos decorativos por ahí descabalados, capiteles y arquitrabes, festones y guirnaldas, cariátides y mascarones, todo lo que antes nos servía la industria de ultramar, hecho ahora aquí, en tierra nuestra, con mármoles nuestros. Por otro lado, enormes sierras dividen los bloques en planchas, y estas planchas, bajo las máquinas pulidoras, definen todo su mérito, y muestran la caprichosa, inimitable coloración que los óxidos metálicos compusieron, al fundirse en los fuegos primordiales.

Mármoles soberbios, pórfidos de aristocrática entonación, granitos severos, todo ello se trabaja aquí para armonizar su incomparable belleza en el fastuoso revestimiento.

Y esta actividad de miles de kilowatios y centenares de hombres durará unos años, sin más objeto que lograr una decoración de suntuosidad extraordinaria.

Alguien, viajero de muchas tierras, nos canta su admiración con la frase acostumbrada: *Como tal palacio; como aquella pasmosa catedral.*

Pero respondemos que no; nuestro palacio no será como aquéllos, por ser más. Para lograr los efectos cuya admiración sirve de pauta, fué necesario cavar las cadenas montañosas de Europa; y bajo el sol calcinante de Africa; también en el archipiélago griego, las cumbres de imperecederos nombres, si no es que se puso igualmente a contribución alguna otra comarca.

¡Mármoles mercenarios, cuya belleza sirve al extraño poderoso!

En nuestro palacio, por una altivez que mucho fió en los recursos propios, se planeó con magnificencia, y no fué preciso salir de casa. Todo estuvo a la mano, sin pedir a los extraños; pues, esos mármoles como ónices, que agotarían las nomenclaturas con sus cambiadizas tonalidades, esos pórfidos cuya correcta opulencia debió ser presentida por los artífices de los viejos guadamaciles, esos granitos, todo fué hallado ahí cerca, apenas se cavó en dos o tres puntos del esqueleto del territorio.

La decoración interna que tendrá el esplendor de un capricho imperial, y la externa, en suave coloración que amortiguará en delicados matices la blancura violenta de los mármoles, serán realizadas con elementos criollos por noble deseo que acreditará para siempre el timbre de nuestra riqueza, la tenacidad de nuestro esfuerzo, y la elevación de nuestras miras.

Fuera de este laboratorio se agita la vida ciudadana hirviendo en concupiscencias, en todas las mil variadísimas formas de manifestarse las pasiones que dividen a los hombres; allá las agrupaciones con que el humano egoísmo afirma la nacionalidad, partidos políticos, sectas religiosas, camarillas; y aquí, en el trabajo de estas máquinas y de estos hombres, la prueba de que las camarillas y las sectas y los partidos se unieron en el plano superior de un magnífico ensueño de belleza pura.

Y esto merece anotarse en nuestras páginas, para honor de la patria y de la raza.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Caraguatá!...—Cuentos por Otto Miguel Cione.—Montevideo.—1920.

El autor ha reunido bajo este título una serie de cuentos de muy diversos valores y tendencias.

Pueden, sin embargo, resumirse en estos tres, los géneros cultivados por Cione dentro del cuento: el realista, el fantástico y el humorístico.

Complácenos reconocer, desde luego, que en cualquiera de estas tres modalidades el autor revela poderosas condiciones para triunfar en el difícil arte del cuento: sabe dar interés a sus narraciones, las desarrolla en un estilo no escaso de elegancia y amasa los episodios con una destreza que llega, de vez en vez, a la maestría.

Sus cuentos fantásticos, sin embargo, no alcanzan—salvo, quizás, en "La Dionea Gigantea"—a producir ese escalofrío de lo extraordinario, que sólo se puede trasmitir cuando el autor ha vivido y sentido realmente el engendro de su fantasía y está, por lo tanto, en condiciones de expresar una sensación real en cuanto al sentimiento, aunque haya sido producto de una falsa percepción.

Con mayor fortuna cultiva el autor la nota humorística e irónica, a las que dan tan amplios motivos nuestras costumbres y nuestro cosmopolitismo.

Pero en donde Otto Miguel Cione demuestra todo lo que vale y el brillante porvenir que le aguarda dentro de nuestras letras, es en el cuento realista, desnudo, sintético, a estilo de ese "Caraguatá!...", que justamente ha puesto como título de esta obra, ya que por sí sólo—a nuestro humilde entender—vale todo el volumen.—**J. M. D.**

"Visiones uruguayas".—Por Juan Vicente Ramírez.—Biblioteca Paraguaya del Centro Estudiantil de Derecho.—Asunción.—1920.

El doctor Juan Vicente Ramírez es un buen amigo del Uruguay. Recordando su viaje a Montevideo con motivo de las fiestas de Rodó, ha compilado en un librito interesantísimo sus amables impresiones sobre nuestros hombres y nuestras cosas. Acaso el estilo sea un poco periodístico, y los detalles fallen aquí o allá, y las omisiones resulten

notorias. No tenemos por qué, sin embargo, haberle pedido una obra completa. Nos basta su entusiasmo generoso, su corazón sincero, su lenguaje sencillo, la llama estremecida de su juventud, jocunda y activa, capaz de encender luces nuevas sobre las cumbres crepusculares. Y, sobre todo, tiene que encantarnos su simpatía espiritual por nosotros: simpatía cariñosa hacia una tierra que no es la suya, por más que a ella quiere acercarse siempre. "Visiones Uruguayas" no es el libro de un periodista que viene a hacer crónicas y que salpica su labor con intencionados pincelazos; no es tampoco el libro del crítico que estudia costumbres y paisajes para encontrar el alma de un pueblo. "Visiones Uruguayas" es el libro de un hombre que nos quiere de veras, de un hombre que nos quería sin conocernos, que vino a nuestra ciudad con la palabra fácil al elogio, los ojos dispuestos al entusiasmo, las manos tendidas a la amistad, el pensamiento pronto a la exaltación lírica.

En el frontispicio del opúsculo del doctor Ramírez, Juan Natalicio González hace una síntesis de la literatura paraguaya del novecientos, haciendo desfilar como en un friso, la teoría de los nuevos, algunos de los cuales—Ramírez, Stefañich, Centurión, Infrán, — nos son conocidos,—y todos los que forman la legión dionisíaca y renovadora, de claras frentes y amplias manos, que en el país tropical sueña y realiza anhelosamente.

Agradecemos hondamente a Juan Vicente Ramírez, no sólo sus conceptos amables para nosotros y sus elogiosas palabras para PEGASO, sino también su generosa alabanza a nuestro país, a nuestras cosas y a nuestros hombres, que él tanto levanta y agranda con corazón desinteresado.—**T. M.**

"**Ritmos internos**".—Opúsculo literario, por Luis Rodríguez Legrand. —Montevideo.—1920.

Pequeño libro inicial. Anuncia un alma inquieta, con muchos deseos de volar, lo que ya es algo, pero cuyas alas deben esperar futuros vigores para lanzarse al espacio.

Naturalmente, hay gran desorientación, debilidad e infantilismo en la expresión y en los motivos; pero se entrevé una lejana estrella a través de las tupidas brozas. ¿La alcanzará Rodríguez Legrand?

Todo depende de que se aparte de los inciensos fáciles, y que trabaje sin vanidad y con amor.—**J. M. D.**

"**Los caranchos de la Florida**".—Novela de Benito Lynch.—Editorial Patria.—Buenos Aires.—1920.

¿Cómo se deben hacer los libros de ambiente? No están de acuerdo los autores... ni los críticos. Para algunos, el procedimiento realista, por el cual una novela se va construyendo de un modo informativo, como un documento, poco o nada significa. ¡Y pensar que Stendhal

es grande, entre otras varias cosas, por eso! A nosotros, por el contrario, se nos antoja un procedimiento torpe ese de hacer "literatura campera", a fuerza de afectación... paisana. Si los grandes cuentistas rusos escribieran así, nunca se habrían traducido. Y es ingenuo decir que "el alma del terruño", para quedar apresada, exige temperamentos netamente indígenas. Al contrario, siempre hallará mayores contrastes el artista foráneo. Bonafoux afirmaba que Larra pintó mejor las costumbres españolas por haber mirado el panorama nacional con pupila extranjera. Es obvio: para quien no viajó, los elementos de comparación escasean. A veces—y lo vemos aquí todos los días—se da como característica del gaucho lo que es frecuente en todos los campesinos, porque la naturaleza, en todas las latitudes, ejerce una influencia igual. Bastáronle a Blasco Ibáñez unos meses de andanzas en la Pampa, para evocar la pintoresca existencia de sus habitantes con rotundez que no alcanzó ningún otro narrador criollo. Dígalo la primera parte de "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", que es, sin duda, lo mejor del libro.

Benito Lynch, el culto novelista de La Plata, bien se advierte que no es un "campero". Es un hombre culto de la ciudad, que ha ido a las estancias y ha observado cuanto a los que que viven en ellas, por sólito, pásales inadvertido. Apresa el detalle con un vigor esencial. Pinta con maestría, tanto los tipos como los paisajes. No da esos torpes brochazos de los escenógrafos, sino que compone el cuadro cual un fino artista que es. Como sabe escribir bien, convencido de que el color, y hasta el sabor, se obtienen por el rasgo preciso y no por el abuso de modismos abstrusos para el lector de la ciudad, se esmera en elegir vocablos limpios, de fuerte significado.

"Los caranchos de la Florida" es un libro recio como una tragedia rural danunziana. Los instintos prevalecen en los personajes y el medio donde luchan se hace áspero, ominoso, dramático, en fin. La atención del lector es absorbida por la interesante fábula, que concluye de un modo lógico, con la catástrofe que fatalmente debía epilogarla.—**V. A. S.**

"La quietud del farallón". — Poemas de Pascual Brandi Vera. — Valparaíso. — 1919.

En el farallón ríspido y quieto, que el mar golpea con furia o besa con dulzura, este poeta chileno, de la última generación, encuentra un símbolo, "alma gigante que el dolor hizo peña".

Al poeta le gusta la soledad, la quietud, la tristeza, los crepúsculos, y a pesar de que contra ellos se expresa con encono y acíbar, bien se ve que lo hace con un alma valiente y un orgullo vertical.

No todas las rimas son sinceras ni bien logradas, pero una misma facilidad rítmica las hermana, lo mismo cuando el poeta sufre por desventura que cuando llora por literatura.

El libro tiene páginas valederas, aunque frecuentemente se anoten

en él defectos fonéticos, incertidumbres de expresión, lejanas influenciaciones mentales. Concreto, sin embargo, mi expresión, diciendo que Brandi Vera alcanza a ser un poeta en la lírica de su patria. No digo que se destaque altamente, allí donde Gabriela Mistral y Vicente Huidobro consiguen tan marcada personalidad, ni que forme siquiera en las líneas tendidas de la extrema izquierda de la poética americana. Digo, eso sí, que es un poeta hecho y derecho, que tiene un espíritu estremecido, una hondura fácil, "un alma que se va en la tarde y en la brisa"...

Mañana o pasado, se señalarán con caracteres propios las líneas frontales de su semblante lírico.—**T. M.**

Poemas en prosa de Oscar Wilde.—Tradução de Elysio de Carvalho.—Río de Janeiro.—1920.

Hemos leído muchas versiones en español de estos célebres poemas en los que el impecable esteta inglés vaciara gran parte de aquella milagrosa pedrería que atesoraba en el alma.

Difícilmente podría darse otro caso como el del autor de "La balada de Reading", en donde la suntuosidad del estilo, la aristocracia de la idea, la majestad del símbolo, la feminidad del ademán, estuvieran más estrechamente unidos.

Así también nos parece que pocos idiomas como el portugués se prestan para exteriorizar estas cualidades de la expresión y del modo de ser. No creemos que en su lengua original, Oscar Wilde—sobre todo en estos Poemas en Prosa—hubiera superado la impresión estética que nos produjo la lectura de esta versión portuguesa.

Bien es cierto que ha encontrado en Elysio de Carvalho un traductor impecable, capaz—como artista que es—de comprenderlo e intimarlo hasta llegar a esa compenetración de almas absolutamente necesaria para hacer cambiar de lengua a un poeta.

Además—como lo dice su prologuista—Carvalho está "lleno de ese pudor del escritor, sin el cual no puede hacerse nada bello y estable"; pudor que no sólo manifiesta en lo esencial, sino hasta en la manera de presentar el libro, una verdadera obra de arte tipográfico, prestigiada con notables diseños de Correia Dias.—**J. M. D.**

Les ecrivains contemporains de l'Amérique espagnole.—Por Francisco Contreras.—París.—1920.

Estudia el autor el movimiento de las letras americanas desde el renacimiento Dariano hasta nuestros días.

Con tal motivo pasa en revista, acompañándolos de sucintos comentarios críticos, a una gran parte de escritores y poetas américo-hispanos.

Tratándose de quien se trata, es superfluo decir que dichos comen-

tarios están hechos con amplitud, elevación y un sincero deseo de servir los intereses superiores del arte; y que, además, están realzados por la prosa de un estilista elegante y singular.

En un todo de acuerdo con su concepto sobre la crítica moderna, alabamos su tendencia "hacia la interpretación sentida, pero profunda; al comentario integral, pero directo, cuyo fin supremo es el de estimar justamente, el de crear valores". Crítica de espíritu libre y justiciero, sensible a todo género de belleza, estimuladora de todo esfuerzo sincero; en contraposición a la crítica dogmática, insensible y mezquina de la época romántica y mismo al de la crítica impresionista o artística, cuya aspiración, según Gómez Carrillo—uno de sus representantes—era "escribir una bella página alrededor de un li bro admirable".

Se comprende que el libro tenga también un gran valor didáctico y sea imprescindible en la biblioteca de aquellos que deseen tener sobre la actual literatura americana una neta idea de conjunto. Y esto no obstante las deconcertantes omisiones en que ha incurrido el señor Contreras, omisiones que no podemos atribuir más que a olvido, porque si fueran fruto de la ignorancia revelarían una ligereza indisculpable para abordar temas sin documentarse suficientemente.

Asombra, en verdad, que donde aparecen tantas siluetas de segundo y tercer orden, algunas de las cuales han cruzado como meteoros por la literatura, no surjan nombres como el de Julio Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Víctor Pérez Petit, Javier de Viana, Delmira Agustini, etc., figuras continentales, robustamente individualizadas.—**J. M. D.**

Las puertas de Babel.—Por Héctor Pedro Blomberg. — Cooperativa Buenos Aires.—1920.

Las letras argentinas, en pleno florecimiento hoy, tienen, después de aparecido este libro, algo así como la consagración de una nueva y muy interesante personalidad. ¡Cuánto ganaríamos, aquí y allende el Plata, si nuestros escritores, en vez de intentar la evocación de todo aquello que no han visto—Atenas, Roma, París—optaran por reflejar los panoramas que tienen ante la vista! Con ojos, no ven; con oídos, no oyen. Se enteran de las cosas por reflejo, por lecturas. De ahí muchas obras que nadie, por más esfuerzos que haga, concluye de leer. ¡Y hay tanto para escribir, en estas tierras, literariamente tan poco explotadas!... ¡Qué de dramas en los hogares metropolitanos!... ¡Qué de novelas en los rincones agrestes!... Cada barriada, cada suburbio, cada zona departamental, es un espectáculo multánime, que está pidiendo el literato que lo haga revivir sobre el papel.

Blomberg aparece en Buenos Aires con un rol bien definido. Es el historiador de la Boca, de la Dársena Sur, del Paseo de Julio, todas

esas "puertas de Babel" por donde pululan marineros noruegos, árabes, chinos... Borrachos y brutales, ellos ponen en la tragedia de sus vidas el encanto de una aventura, de un pecado... Junto al jayán escandinavo o al turco melancólico, en el cafetín portuario, que huele a salitre, y a miseria, y a crimen, se sientan "las cigarras del hambre", las pobres meretrices venidas, como sus amantes de una hora, de muy lejos. Y el color local, y el dolor de ausencia, y el amor miserable, todo esto, a una vez repugnante y tierno, que Blomberg busca para sus relatos, hacen del autor de "Las puertas de Babel" una figura representativa en medio de la literatura platina Dentro de poco, cuando sus obras se difundan, han de brotarle imitadores, pues no hay duda que el género, un poco idealizado como lo hace Blomberg, va a tener mucho éxito. Tal vez venga luego quien lo supere, mas siempre quedará el artista de "La canción lejana" como un verdadero precursor.—**V. A. S.**

¿Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California?—R. Velazco.—México.—1920.

Con este título, y previa una exposición sumaria de antecedentes de otras actitudes de Estados Unidos respecto a Méjico, hace el autor un relato de la invasión filibustera de 1911 a Baja California, organizada desde el país vecino, con conocimiento de sus autoridades, violación de las reglas más elementales de la neutralidad y vistas torcidas de anexión, según parece desprenderse de los datos contenidos en este libro.

El relato se resiente del espíritu de indignación y del apasionamiento del patriota; pero es vívido, animado, lleno de colorido y ambiente y logra su objeto, apasionando igualmente al lector por un acontecimiento histórico, pequeño al parecer, pero realmente significativo por el alcance de su intención y la naturaleza de los procedimientos en él empleados.—**A. B.**

Rosa Mística.—Luis Dobles Segreda.—Costa Rica.—1920.

Es tal la fragilidad de esta Rosa Mística, que corre mucho peligro de deshojarse vanamente en las manos del lector.

La calidad de las impresiones en que el autor engarza algunos accidentes de su vida psíquica, requiere, para su interés y esplendor definitivos, condiciones que, digamos la verdad, no aparecen en esas páginas.

Por eso el libro corre aquel peligro; pero lo leímos con muchísimo gusto, pues por una dichosa coincidencia, nosotros también guardamos de nuestra lejana infancia candorosos recuerdos. En ella no pudimos impregnarnos de místicos aromas: mucho más que el incienso nos atrajo siempre el tufo de yesca dejado por el maligno; pero en cierto rincón de nuestra alma, que ha resistido hermético las agitaciones

de nuestro sentir proceloso, vinieron a repercutir algunas cosas contadas en ese libro, como aquellas de "En la paz familiar":

Flox carmeli
vitis florifera
splendor coeli, etc., etc.

No: en mi casa no eran esos latines; pero al irse el otoño, por muchas tardes, todos los de la casa veníamos frente a una rara virgencita de madera, obra de sepa Dios qué artífice bizoño; nos juntaba el ineluctable imperio de los cabellos blancos de la abuela; y todos decíamos cosas parecidas a aquellos latines en versos imperfectos, desgranados en buen castellano; todos los de la casa, hasta los peones que recién soltaban la mancera y los que venían de dejar las majadas en seguridad, todos elevábamos unciosamente nuestra letanía...

*
* *

Luego, la vida puso otras letanías en los labios y muy variadas cosas en el corazón; pero allá, en el fondo del pecho, estaban intactos los recuerdos que nos pusieron interés en la lectura del libro del señor Dobles Segreda.

Le agradecemos bien; aunque tuvimos un escalofrío, como el que se siente al entrar a una estancia cerrada, donde casualmente se arranca una nota en el teclado de un viejo y olvidado piano desacorde.—**E. S.**

Erase una vez...—Cuentos de Ernesto Morales.—Buenos Aires. — 1920.

He aquí un dualismo curioso: un hombre que escribe versos como verdadero lírico y que hace cuentos a la manera realista. Se dijera que el poeta de libros tan alados como "Serenamente" y "Diafanidad", no es ese colaborador de las revistas argentinas que luce su firma, todas las semanas, bajo un nuevo cuento, escueto, cruel muchas veces, descarnado casi siempre. Mas en "Erase una vez...", hay una tercera personalidad, porque el volumen encierra esas "narraciones infantiles", escritas para que las lean los mayores, que tienen un encanto irresistible, como que en el fondo de los ingenuos asuntos suele florecer el ópalo de la filosofía. Es "El aventurero", aquel niño distraído y soñador a quien el maestro castigara ordenándole: "Hoy, en penitencia, me escribirá cien veces: Debo atender en clase". Y el pequeño recluído se duerme y resulta que el dómine sorpréndelo sin que haya cumplido aquel deber que le impuso. Y cuando le grita: "¿Conque durmiendo, haragán?", el chico, que ha entrevistado un monstruo en su plúmbea somnolencia, intenta hundir la lapicera en el vientre del maestro. Es "Boby", el pobre perro

errabundo hoy, antes mimado, que vaga pensando en otra Navidad, ahora cuando un trozo de pan y unos huesos pelados constituyen toda su fiesta. Es el drama amoroso, en la vidriera de la juguetería, con la linda muñeca veleidosa que hace, con su inconstancia, que se suicide el títere, vestido de colorinches. Es la pobre Angélica, la niña mendiga, que soñaba con un traje blanco y lo tuvo: fué la helada veste de la nieve, entre la cual murió... ¿A qué seguir?... Todos los cuentos son de cándida apariencia, pero desencantados, dolientes. Adviértese pronto, como al principio decimos, que estos cuentos infantiles están dedicados a los adultos. Es límpia la prosa, con una difícil sencillez y una galânura que, siendo tan sencilla aquélla, no se sabe cómo sobreviene. No hay abuso (ni casi uso) de metáforas. Falta, pues, el feliz "imaginífico" de algunas de sus composiciones poéticas más celebradas, como si a Morales interesárale presentar facetas intelectuales en todo diferentes. Este libro, como los anteriores, ofrecidos por la lujosa editorial "Virtus", tiene una presentación irreprochable.—**V. A. S.**

La varillita de la virtud.—Por Francisco Contreras. — Santiago de Chile.—1920.

En esta obra, el distinguido intelectual que en "Mercure de France" registra los progresos de la literatura americana, se presenta con una personalidad simpática. Un discurso proemial, de Montaner Bello, indica la cordial acogida que a Francisco Contreras se le dispensó últimamente, con motivo de su retorno a la patria. Versos, entre los que sobresale "Enséñame a ser pobre", que es una notabilísima plegaria, descubren un alma de poeta, mientras la novela "La varillita de la virtud" muestra a un escritor realista, tan pulcro eligiendo vocablos, como despreocupado al buscar personajes repugnantes. Sin embargo, a despecho de la sordidez de las vidas chilenas que refleja, el trabajo de Contreras impresiona gratamente a quien lo lee. Más hermoso es todavía "En la sombra del solar", historia trágica, disimulada con un manto simbólico que le da universalidad. Nosotros, empero, creemos descubrir en el autor una llaga sangrante. El libro, que viene a resultar así una amena miscelánea, tiene también un artículo crítico. Es, sin duda, en esta manifestación intelectual en la que culmina el autor de "Los Modernos".—**V. A. S.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



NOVIEMBRE DE 1920

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO IV.
N.° 29

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Manuel de **Castro**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbourou**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de Pegaso es inédito.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Noviembre de 1920. Núm. XXIX.—Año IV.

MANUEL PÉREZ Y CURIS

Hacía tiempo que la materia había claudicado; no obstante, Pérez y Curis hasta sus últimos días conservó su juventud de espíritu y su frescura creadora. Muerto a la edad de treinta y seis años, deja de su paso por la tierra una profusa e intensa labor cerebral.

Redactó dos revistas: "La Aurora" y "Apolo" que tuvieron gran circulación y fueron en su tiempo mensajeras de nuestros valores intelectuales y casi único asilo de las nobles inquietudes juveniles.

En poesía escribió seis volúmenes: "La Canción de las Crisálidas", "Heliotropo", "Alma de Idilio y Rimas Sentimentales", "El Poema de los Besos", "El Gesto Contemplativo", "Ritmos sin Rima"; y deja pronta para ser dada a las máquinas "Romances y Seguidillas del Plata".

En prosa deja publicados: "Rosa ígnea" (cuentos), "Por Jardines Ajenos", "Arquitectura del Verso", "Etica del Panfletismo", "El Marqués de Santillana"; y pronta para ser publicada una novela: "La Ola" (uno de cuyos capítulos dimos a publicidad en el número anterior de PEGASO), e inconcluso un estudio: "Del Concepto en Poesía", que formaría la segunda parte de los estudios literarios que había iniciado con "Arquitectura del Verso"

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Noviembre de 1920. Núm. XXIX.—Año IV.

MANUEL PÉREZ Y CURIS

Hacía tiempo que la materia había claudicado; no obstante, Pérez y Curis hasta sus últimos días conservó su juventud de espíritu y su frescura creadora. Muerto a la edad de treinta y seis años, deja de su paso por la tierra una profusa e intensa labor cerebral.

Redactó dos revistas: "La Aurora" y "Apolo" que tuvieron gran circulación y fueron en su tiempo mensajeras de nuestros valores intelectuales y casi único asilo de las nobles inquietudes juveniles.

En poesía escribió seis volúmenes: "La Canción de las Crisálidas", "Heliotropo", "Alma de Idilio y Rimas Sentimentales", "El Poema de los Besos", "El Gesto Contemplativo", "Ritmos sin Rima"; y deja pronta para ser dada a las máquinas "Romances y Seguidillas del Plata".

En prosa deja publicados: "Rosa ígnea" (cuentos), "Por Jardines Ajenos", "Arquitectura del Verso", "Etica del Panfletismo", "El Marqués de Santillana"; y pronta para ser publicada una novela: "La Ola" (uno de cuyos capítulos dimos a publicidad en el número anterior de PEGASO), e inconcluso un estudio: "Del Concepto en Poesía", que formaría la segunda parte de los estudios literarios que había iniciado con "Arquitectura del Verso"

No es el momento de pesar los valores de su vasta obra, algunos de cuyos volúmenes tuvieron éxito innegable dentro y fuera de nuestras fronteras, como sus libros "El Marqués de Santillana", juzgado por eruditos y especialistas como uno de los mejores y más completos estudios que se hayan hecho de aquel luminoso ingenio castellano y "La Arquitectura del Verso", declarado texto oficial en algunas universidades de España y América.

La sola enumeración de sus obras da la idea de su carácter polimorfo; acaso en conjunto su labor se resienta de esta misma multiplicidad, pero ella revela una perseverancia verdaderamente admirable en quien durante una gran parte de su vida tuvo que luchar contra un adverso destino. Esta fe y este entusiasmo lírico, a los que sólo ha podido abatir la muerte, bastarán para que su silueta sea recordada con el respeto que se merecen los hombres luchadores y enamorados de un ideal.

PEGASO, que lo contó entre sus amigos, se complace en publicar, en homenaje a su memoria, estas dos composiciones inéditas que integran su obra póstuma "Romances y Seguidillas del Plata", próxima a aparecer.

RECATO

¡Oh, la obrerita de antaño
dulce como la vihuela
y cordial como la tórtola!!
Figura que no se aleja
del alcázar del recuerdo,
símbolo y vital esencia
de amor acendrado y fértil
en otra edad más ingenua.



Manuel Pérez y Curis

¡Oh, la obrerita de antaño,
la humildísima! ¿Cómo era?
Era así: noble y sencilla,
franca, púdica y risueña;
como la miosota, humilde,
grácil como la gacela
y sensual sin impudicia
como flor que en primavera
se ocultara entre las hojas
temiendo perder su esencia.

EL CERRO DE MONTEVIDEO

Peregrino que vienes a mi tierra
de allende el mar y en la retina traes
el reflejo de hermosos panoramas,
ricas mesetas y jocundos valles,
¿qué te sugiere nuestro Cerro altivo
como un vigía solitario y grave?

Erguido en la ribera es en su orgullo
atalaya en las horas de combate,
en los días de paz glorioso olivo,
guía, en la noche, de extraviadas naves.
Bravo y soberbio paladín parece,
y es a un tiempo broquel, villa y paisaje.
Peregrino: ¿aún retienes en el alma,
nidal de ensueños, su atrayente imagen?

Pues lo olvidan pintores y poetas,
le consagro sereno este romance;
lo escribí con unción; ¡oh, peregrino
de lejano ideal: di, si te place,
que no tiene poeta nuestro Cerro
y yo le canto con ternura de ave!

MANUEL PÉREZ Y CURIS.

LA IDEA DE PATRIA

Verdaderamente complacidos adelantamos el capítulo segundo, inédito, de "La Profesía de Ezequiel", libro que el maestro Zorrilla de San Martín ha dado ya a las cajas. Los lectores de PEGASO sabrán apreciar como se merece este artículo en donde se aunan profundidad de concepto, calor emocional y elegancia de estilo, cualidades que han hecho del autor de "Tabaré" una de las primeras figuras literarias del Continente.

I

¡Cómo vuelan! decía el niño Bernardino, cuando veía por primera vez las torres de su pueblo.

Y no eran las torres lo que volaba; eran las golondrinas, que parecían salir de ellas.

Nosotros, en presencia de nuestro paisaje, oiremos el vuelo de lo que canta más allá de las gaviotas y de las golondrinas: el de las ideas que salen también de todas las cosas, como el pensamiento del universo.

No hay tal pensamiento del universo, sin embargo; sólo el hombre piensa entre las criaturas visibles. Lo que yo encuentro en la naturaleza, no está en la na-

turaleza; está en mí mismo. Llevamos en nuestra fantasía la mañana y la noche, la primavera y el invierno, la voz del trueno y la del pájaro. Y las palabras insondables, y las ciudades deshabitadas, y los desiertos llenos de voces.

Afirmar que las cosas son tristes o alegres porque nos producen tristeza o alegría, es como suponer que tienen memoria, porque nos despiertan recuerdos. ¡La memoria de las cosas, de los colores, de los sonidos inarticulados!

La alegría de la oscuridad es la risa de un ciego; la tristeza de la luz es el llanto de un niño; la influencia de las cosas en nosotros es la memoria del universo de que formamos parte. Que no se acuerda uno más que de sí mismo, en resumidas cuentas.

Cuando en nosotros no hay paz y alegría, las cosas no son nuestras amigas, ni nos consuelan. Se llenan, en cambio, de serenidades y de pensamientos acompañantes, cuando les damos la resignación de nuestras almas.

"Cuando no hay alegría, dice un hombre bien pensado, Ortega y Gasset, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo, y hace de él su cubil. De cuando en cuando, da un aullido lastimero, y enseña los dientes a las cosas que pasan..."

Y, además, cuando no hay alegría, creemos hacer un atroz descubrimiento...: percibimos con extraña evidencia la línea negra que limita cada sér y lo encierra dentro de sí mismo, "sin ventanas hacia afuera"... Ese es el descubrimiento que hacemos por medio del dolor, del físico sobre todo, como por medio de un microscopio: la soledad de cada cosa. Seguimos, con la mirada, la espalda curva, rendida, de cada cosa, que sigue a su vez su trayectoria solitaria.

Es lo contrario de eso, efectivamente, lo que yo he sentido y siento habitualmente, ante el paisaje que

miro largas horas desde mi torrecilla: siento "la sociedad de las cosas". Ellas también, las cosas, sin excluir las estrellas, han nacido, como los hombres, para vivir en sociedad, no me cabe duda.

Hermano lobo, hermano sol, hermana agua, decía San Francisco, el pobrecito de Asis.

Lo que es "propiedad" en el agua que busca su nivel, es "instinto" en el pájaro que busca materiales para el nido, y es "facultad" en el hombre que anhela el bien. Propiedades, instintos, facultades, he ahí las potencias de este inmenso organismo de la creación, sociedad de cosas visibles e invisibles, hechas por Dios las unas para las otras, y todas para gloria de su nombre.

Nada en la naturaleza está aislado, efectivamente; no hay raya negra en los contornos de los objetos; todo se auxilia y compenetra en el ambiente de luces y sombras; los reflejos de unas cosas en otras, de las visibles y de las invisibles, forman la armonía de las esferas, que es la paz. Darse cuenta de que Dios no ha sido menos bueno al darnos la oscuridad que al darnos el sol es la sabiduría. Si, como ponemos un poco de agua en nuestro vino, aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo, y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonamos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso, cuando es muy feliz, debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren. El dolor ajeno es el deleite de los perversos; la suprema diversión del hombre pagano fué siempre el espectáculo del dolor y de la muerte de su semejante. Cristo redimió a la humanidad muriendo.

II

Nadie ha dejado de traslucir, sin embargo, en mi amor ingenuo a mi paisaje y a mi casa rústica, el predominio, en mi vida psíquica, de un sentimiento que, como las golondrinas alrededor de las torres, se ve volar en torno de todo esto, y que se relaciona con esa sociedad de todas las cosas de que tratamos. Hablo, claro está, del amor a la tierra en que uno ha nacido; del propósito de hallarla bella, y de hacerla amable y respetable del mayor número.

No es otro, efectivamente, el propósito que me conduce: hacer sensible el concepto verdadero de patria y de patriotismo, que, si es realmente una virtud y no un feo vicio, tiene que ser una cosa muy distinta de lo que generalmente se cree. El enorme problema de la guerra no tiene más solución que esa: la depuración evangélica del concepto de patriotismo.

Ese sentimiento de patria o patrimonio colectivo existe en el fondo de todo amor humano a la naturaleza; radica en él quizá. El universo se divide para el hombre en dos fracciones: la patria de un lado, todo lo demás del otro; pero sin que exista entre ambos la raya negra. Ese concepto de patria, continuación o ensanche de la propia casa habitada por los recuerdos, es, a mi juicio, el solo verdadero. Como mi huerta es tanto más amable cuanto más cultivada por mi mano, la patria es tanto más patria cuanto más la hemos servido y honrado con nuestro amor, o ungido de nuestro dolor. Su historia es la de mis árboles; su bandera nos recoge todo el sol que el universo produce para nosotros. El resto ahí se queda; es de los demás vivientes; para las otras banderas. Y no la necesitamos para ver bien los colores de la nuestra y sentir la vida en su plenitud.

Ese amor, "elevado del rango de sentimiento al de

virtud'', es lo que se llama patriotismo; hecho pasión desordenada o irracional, es el vicio colectivo y engendra guerra.

Bien es sabido que algunos innovadores (Tolstoi es su más sonado intérprete), dicen que el patriotismo ''es sentimiento egoísta, inspirador de guerras y destinado a desaparecer, para ceder su puesto al sentimiento de la fraternidad universal''. Esos han tomado por patriotismo lo que no es tal cosa; han visto en él un sentimiento principalmente negativo o de exclusión, siendo así que es esencialmente positivo, de sólo amor. La ciencia no tiene patria, le decían una vez al francés Pasteur. Nó, no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí.

III

Uno tiene necesidad, no cabe duda, de concentrar la tierra, para hacerla objeto de su cultivo espiritual, en un pedazo de su habitable superficie. ¿Has de romper todo el planeta con tu arado?

Y como el de la tierra, uno concentra y cultiva el amor al hombre en el que profesa a los que le son más próximos o parecidos y le están ligados por el amor común a las cosas y por las comunes cualidades y defectos. Sólo por ahí se va al amor a la humanidad, y hasta al amor a Dios. Si no amas a tu hermano a quien ves, dice Juan, el Evangelista, ¿cómo amarás a Dios, a quien no ves?

Los hijos de las montañas suntuosas nos suelen hablar de ellas con cierto orgullo de heredero rico. Que sea en buena hora. Yo, hijo de este Río de la Plata sin horizontes y de sus colinas. me sentí abrumado, debo confesarlo, cuando vi por primera vez una cordillera; casi tuve envidia. Pero, bien mirado, aquello me imponía sin impresionarme. Un pensamiento extrava-

gante quedó vibrando en mi espíritu: me pareció que allí casi no había tierra habitable para el hombre, porque toda ella, y hasta gran parte del cielo, estaban ocupados por sus formidables dueños, las montañas. El hombre se me antojaba allí un huésped, un transeunte; sus edificios, por suntuosos y cimentados que sean, siempre parecen chicos, provisionales, siempre recién hechos, al lado de aquellas enormes arquitecturas antiquísimas, sin puertas ni ventanas, en que la tierra proyecta hacia afuera los relieves y las formas de su vida interior con el sentido oculto en sus profundidades. No hay torre que resista la proximidad del "Corcovado" de Río de Janeiro; no hay construcción posible al lado del "Pan de Azúcar"; los hombres andan en las rugosidades de aquella tierra sublime como si guardaran silencio, como conspiradores encarcelados. Las mismas piedras, al formar edificio, han obedecido, más que a la voluntad del hombre, a una fuerza incógnita que las devuelve a las canteras maternales.

Otra cosa es la docilidad de la colina verde; se dijera que se inclina, como el dromedario, para recibir el peso de su dueño; una choza humana toma posesión de ella y la hace vivir; la llena por completo y la transforma; una cúpula la engrandece y la llena de gloria.

La cúpula de Miguel Angel, por ejemplo, se levanta como señora sobre las colinas de Roma, que son su proporcionado pedestal; se la ve de todas partes; el cielo sale de ella como el nimbo del casco de un arcángel. Colocada en el Apenino, moriría estrangulada. El pequeño cerro de la bahía de Montevideo, de que hemos hablado, sería sólo una sinuosidad graciosa del terreno, si no tuviera la antigua inocente fortaleza que tiene en el vértice. Con ella, el armonioso montecillo

es un guardián ceñudo y formidable de la ciudad. La vieja construcción es el espíritu del monte, símbolo, a su vez, de la patria, señora de sí misma, fuerte en el alma personal.

IV

Sea de ello lo que fuere, y mientras admiro el genio de los grandes montes ajenos, yo siento concentrado mi amor al universo en este paisaje mío que me rodea, cuyo contorno, determinado por la línea que traza el mar en la tierra hospitalaria, se pierde en el azul de las lejanías, hecho de muchos azules... Veo, desde mi terraza rústica, la "Isla de Flores", posada en el sitio impreciso en que el agua se separa del aire. Son tres pedazos de tierra o de roca, que parecen salidos a nado de nuestra costa, para tomar posesión de nuestro horizonte, y sentarse en nuestra puerta con una luz en la mano. Son bloques de mármol blanco algunas veces, que toman coloraciones distintas según la hora y el estado de la atmósfera; pequeños promontorios negros otras veces, cuando se envuelven en sus nieblas y encienden su lámpara acompañante de relámpagos amigos. Se nos ofrecen más o menos próximos o alejados, según los caprichos de la luz difusa; hay momentos en que, revelados por ésta, se dijera que acaban de aparecer en el horizonte y que los vemos por primera vez. En otras horas, los busco y casi no los encuentro; se han ido, o se han escondido en el aire.

Mucho más lejos, cuando éste es diáfano, se distinguen con bastante precisión, en el horizonte del Este y del Norte, las alturas de nuestra costa atlántica, como ligeras nubes: la "Sierra de las Animas", "Pan de Azúcar", los montes de "Maldonado" que nos exploran el mar. Esas montañas no son tales propiamente hablando: son sólo elevaciones de la llanura, por

las que asoma la osamentación granítica de la tierra. Como todo lo de la nuestra, esas alturas o asperezas, son ponderadas y armoniosas, grandes pero no enormes, elevadas pero no inaccesibles; lo son, hasta sus cumbres, al hombre y a la espiga, al águila y al gilguero, al caballo y a la perdiz: son todas de pan llevar; más que brotadas del fondo de la tierra, parecen caídas del aire y arraigadas en las entrañas del suelo.

La armonía, la proporción, son rasgos distintivos de esta mi heredad nacional, como lo fueron de la antigua Grecia, nuestra abuela; fueron ellas las que dieron nacimiento a los bellos mitos inmortales. El mar, color de vino o de violetas, era allí propicio al navegar de barcos de vela de púrpura, movidos de remos al són de flautas; un chorro de agua transparente, un pedazo de roca con un poco de musgo eran bastante para habitación de una divinidad riente; una pequeña montaña, el Olimpo, era digna residencia y armoniosa de los dioses todos.

Estos no existieron, pero viven en alguna parte; la humanidad sigue creyendo en la grandeza de aquel monte Olimpo.

V

Guiado por las lejanas serranías, sigo yo, con el pensamiento, la costa de la patria, en que resuena la voz de nuestro pedazo de Atlántico, lleno de dioses; adelanto en dirección al Norte, hasta nuestra frontera con el hermano Brasil, y, torciendo entonces, tierra adentro, hacia el Oeste, hasta dar con el río del Uruguay que nos da su nombre, desdiciendo por ese nuestro fuerte progenitor, entre las islas innumerables, en busca de mi punto de partida.

Y de nuevo frente al Río de la Plata, al Cerro de Montevideo; de nuevo en la casa blanca y chica de que he partido, y que es el centro de mi universo, me pa-

rece que he recogido mi país todo entero con los dos brazos; que él no es sino un ensanche espléndido del pedazo de tierra cultivado por mí, sin nada exótico, nada que no sea mío y de mis hermanos: la lengua española adaptada a nuestro acento; los ríos que alimentan el Uruguay; los bosques indígenas que beben en esos ríos; las colinas gemelas que ondulan en su "divino silencio verde", y en que los ganados innumerables, vacas, ovejas, caballos, comparten su pan con el avestruz salvaje; los árboles de nombres primitivos, que cantan en sus pájaros tonadas en la misma lengua, afinadas al ruido de los arroyos sin cuento, bordados de camalotes; al olor de los pastos, al vuelo de los pájaros, de los sonoros "teru-teros" que anidan en la tierra; de los "horneros" fabricantes de cúpulas; de las "palomas torcaces" que viven en los cardales, y de las "garzas" que alegran el juncal. Todo ello está en armonía con el hablar de los hombres y el reir de las mujeres; con el canto de las madres que amamantan niños; con los nombres pintorescos habitados por la historia que nos es querida.

Sin que esto quiera decir que constituya todo el sentimiento de patriotismo, hemos de convenir en que esa sociedad del hombre con la naturaleza forma parte integrante de ese amor a algo terreno que debe sobrevivirnos a nosotros y a nuestros hijos; de algo eterno en el tiempo, y que parece sagrado.

Yo estoy persuadido, por ejemplo, de que mi frívolo alegato en favor de la colina, en su pleito estético con la montaña, ha causado alegría a los hijos de las llanuras.

Se han creído personalmente aludidos en la defensa; se han sentido colinas como yo.

Recuerdo de una vez que percibí con particular intensidad esa fuerza de cohesión entre el hombre y las

cosas. El hecho ocurrió en uno de mis viajes al través del mundo, cuando visité el jardín zoológico de Madrid.

—¿Y no tienen ustedes algunos ejemplares de la flora americana? — preguntaba yo al reputado dueño de aquella casa, don Miguel Colmeiro, después que me hizo conocer sus tesoros.

—Allí hay un ejemplar del "Pircunia Dioica", — me dijo el amable sabio.

Y fuimos a ver el "Pircunia Dioica"... Me cuesta confesar que casi sentí una lágrima en los ojos, como un tonto, cuando advertí que el árbol que me mostraba era un "ombú", el árbol de mi tierra, que allí, con un nombre exótico, fuera de su clima, crecía enteco y doloroso.

Aquel árbol me pareció un hermano enfermo, que me estaba esperando antes de morirse en su soledad. Sentí el deseo de abrazarlo, de consolarlo. El sabio botánico no sabía nada de eso: del alma del árbol; de sus relaciones con la mía.

Es menos frívolo de lo que parece este recuerdo. No quiero decir que esa comunicación del hombre con la naturaleza sea la causa del alma nacional; pero sí que es su inmediato efecto y su símbolo. Un árbol es tanto o más que una bandera. No es por que amamos esas cosas, árboles y banderas, por lo que constituímos un alma colectiva; pero ese amor nos la revela; nos hace sentirnos el alma.

Los filósofos distinguen con bastante precisión el carácter subjetivo de la imagen interna, engendrada en el hombre por la sensación. Uno de ellos observa cómo cada individuo tiene un modo peculiar de imaginar; llama al hecho "la personalidad de la imaginación". Aunque la visión de un caballo, por ejemplo, es la misma en un negociante, en un "sportman", en un pintor

o en un indiferente, "el fantasma" que cada cual se forma del caballo, en su ausencia, es completamente distinto. Esa observación se hace extensiva a las razas, a los pueblos, a las épocas, y el arte la confirma. El fantasma de una mujer era distinto en el egipcio y en el griego, sin confundir esa transformación colectiva con la transformación de la mujer amada, por ejemplo, en el cerebro del amante, que, si bien análogo, es obra del corazón de cada uno. Pero la observación es aplicable, sobre todo, al puro concepto de Patria que yo quiero inculcar. El fantasma de las cosas de la tierra nuestra es distinto en nosotros y en los demás; es el mismo en los de la misma tierra.

La imagen o fantasma del "ombú" en mi espíritu no es idéntica, ni mucho menos, a la del "Pircunia Dioica" en el del botánico de Castilla; pero, es, si no idéntico, muy parecido en el alma de todos mis coterráneos.

De eso procede lo que suele llamarse "estilizar" en arte: son las cosas copiadas del original interno que se forma un pueblo o una raza. El ombú podría ocupar un cuartel de nuestro escudo nacional.

VI

No es esto decir, por supuesto, que no pueden existan patrias verdaderas, grandes y complejas. Las hay, no lo dudo, que, por su intensidad de espíritu, serían dignas de ser pequeñas; pero observemos que, en ese caso, la patria grande es una conglomeración de patrias chicas, unidas, ms aún que por el corazón, por el entendimiento, cuando no por la fuerza. Y confesemos que la extensión es, si no la causa, la ocasión próxima del pecado opuesto a la virtud del patriotismo. El tamaño heterogéneo satisface, no pocas veces,

un sentimiento de orgullo, que no es propiamente virtud, amor patrio; este es "contento", es decir, y lo dice la palabra, "continencia", plena satisfacción con el objeto del amor; el otro puede llegar a ser "incontinencia", torpeza, dispersión o disipación de las energías afectivas.

El patriotismo-virtud dispone a la defensa del suelo en que radica, como el amor filial al de la honra de la madre: con resolución firme, pero sin énfasis, sin provocaciones, sin proclamaciones que hasta parecen ponerla en duda. El otro, el orgullo de lo complejo, el culto del tamaño, incita a la jactancia provocativa, generadora a su vez del anhelo de agrandarse, de poseer cuerpos sin ganarse las almas, de gozar sin amor; no diré que sea, pero sí que puede llegar a ser algo parecido a la voracidad de las especies inferiores.

Lo que yo llamo una patria, en su más intenso sentido, es la patria unidad, simple, homogénea, armoniosa, amada, no por lo que tiene, sino por lo que es, y porque es obra nuestra, de los que somos una sola fuerza, un solo amor a objetos o imágenes comunes: recuerdos, nombres, colores, paisajes, construcciones, ruinas, seputuras, en que se concentra todo lo existente en el tiempo y en la eternidad.

En el amor a la patria dilatada, rica, fuerte, fuerte sobre todo, puede haber algo de eso, no cabe duda; pero hay mucho también, si no me equivoco, de la idea de reciprocidad, de recibir una compensación, aunque sea de orgullo. Tal hombre de mente y corazón superiores, que, por ser hijo de una nación poco fuerte, ve pasar su vida inadvertida, hubiera gozado el deleite de una gloria resonante, a haber nacido en un estado poderoso. Tal otro, en cambio, no hubiera salido de la multitud anónima, sin el reflejo protector de la patria que lo ha iluminado.

VII

El peligro de hacer de la nación a que se pertenece una especie de prolongación o ampliación de sí mismo, es grave, cuando esa nación es muy fuerte o demasiado grande; se vé en la propia persona una concentración o reducción de la fuerza nacional; se la cree llevar consigo, como un título de superioridad sobre los demás hombres. Un alemán puede sentir el instinto de creerse la Alemania; un francés la Francia; un angloamericano la América, cuando se encuentran con otros hombres por el camino.

Pero no tanto Francia o la Alemania benéficas, inteligentes, amigas, cuanto la Francia o la Inglaterra o la América, fuertes, capaces de vivir sin contar con nadie, casi amenazantes.

No es raro ver algo de eso, como sabemos, aún en los hijos de naciones secundarias materialmente, cuando llegan a imaginarse que ellas son fuertes; es ley de la miseria. Se pronuncian palabras irreparables. Ese prurito de los hombres inficiona a los gobiernos, dados a adoptar un tono protector en sus relaciones con estados que juzgan menos poderosos. De esa identificación de las persnoas físicas con las internacionales o colectivas procede la vieja idea de ver en los hombres otras tantas personas internacionales, como si su piel estuviese teñida de los colores de la bandera; su piel y hasta su sangre.

Bien es verdad que esa jactancia de que hablamos, cuando es acompañada del desdén, sobre todo, está en razón inversa del mérito personal de cada hombre; pero no son muchas las veces en que ese mérito es tan grande, que no sea mayor aquella humana flaqueza. Se le encuentra lo mismo en el gañán que en el caballero; lo mismo, o poco menos, en el sacerdote que en el sargento.

El soldado que, valiente y también cruel en las filas, pide clemencia no bien se siente aislado, es frecuente en la guerra, según dicen. Y lo es, en la paz, el hombre que, amable y modesto como tal, se torna desdeñoso y casi agresivo, como inglés, como español, como italiano.

Y lo son también las naciones, en razón directa de sus soberbias.

El "cives romanus sum" de la Roma de los Césares, se repite aún, como un anacronismo, en medio de las democracias. Nuestra educación histórica greco-romana ha contribuído a ello no poco, preciso es confesarlo; y no sin fundamento, alguien, coincidiendo con el ruso Tolstoy, que llama al patriotismo sentimiento egoísta, ha dicho que las guerras modernas son el fruto de los estudios históricos. Pero lo son de los rutinarios; no de la filosofía de la historia, que debe ser algo más que una galería de batallas y de personajes oficiales. Hay mucho más que personajes oficiales en la vida de los pueblos; don Quijote es tan digno del honor de la historia como don Felipe II, y acaso más; la filosofía de Sancho, o la del bufón del Rey Lear, son más profundas que la de muchos autores de manuales científicos, experimentales o no.

Esas filosofías, la del bufón inglés y la del escudero español, las verdaderamente experimentales, son las que han de iluminarnos en esta hora de tinieblas que atraviesa la humanidad, por falta acaso de sentido común... el menos común de los sentidos.

Juan Zorrilla de San Martín.

EXTASIS PLENARIO

¡Qué dulcemente se aúna
el ensueño al sentimiento!...
Entre una nube y la luna
me estaban contando un cuento.

Erase un cuento ilustrado
sobre un campo de blancor,
en el que se hubo contado
la historia de mi dolor.

La luna sabe el secreto
de todos los corazones,
y cual cantor indiscreto
lo revela en sus canciones.

¡Oh plácida luna! Dime:
si es que las tristezas tomas
del bardo que sufre y gime,
¿por qué ríes cuando asomas?

¿Es tu gesto de ironía?...
tu sonrisa es compasión?...
eres buena, mala o fría?...
qué traduce tu expresión?...

Hiciste fiel el pasaje
de los lirios en mi historia,

ellos les dan el ropaje
siempre a mis sueños de gloria;

mas no el episodio amargo
que esfumaste en un momento,
pues fué en mi vida más largo
y más hondo que en tu cuento.

¿Vuelve una nube a ocultarte
tras un enjambre de flores?...
Es la apoteosis de un arte
místico entre tus fulgores.

Ah!... no, otro cuento es que empieza
su asunto a desarrollar...
¿Será también de tristeza
este que se va a contar?...

J. J. YLLA MORENO.

WALT WHITMAN, EL POETA DE LA DEMOCRACIA NORTEAMERICANA

El doctor Osvaldo Crispo Acosta nos ha entregado, en nombre y a pedido del doctor George W. Umphrey, profesor de la Universidad de Seattle, de paso por Montevideo, la siguiente conferencia sobre Walt Whitman. Se trata del notable trabajo que el profesor Umphrey hubo de leer en nuestra Universidad, y que causas imprevistas se lo impidieron. Complacidos y honrados señalamos la distinción que nos hace objeto el ilustre hombre de letras norteamericano, y agradecemos al doctor Crispo Acosta su atenciosa intervención en el asunto.

Hace más de cien años que nació el poeta de quien tengo el honor de hablar; cincuenta años más tarde ya había escrito la mayor parte de sus mejores poesías. Sin embargo, en aquel entonces no le hubiera ocurrido en mientes a un conferencista escogerle como el poeta representativo de su época y de su patria. Bien a él le cuadra el adagio de que ninguno es profeta en su propio país, a lo menos durante su vida: pocos fueron los que apreciaron su genio poético, su genuino americanismo, su derecho a ser considerado el gran poeta de la democracia. "Epitomó a su pueblo tan perfectamente que por lo mismo no logró impresionarlo", es como explica su falta de reconocimiento su biógrafo reciente, Basil de Sélincourt. Desde entonces se

ha ensanchado muchísimo el círculo de los que le entienden, de manera que, actualmente, se le reconoce como uno de los mejores poetas; sobre todo fuera de los Estados Unidos, se le considera generalmente el poeta más representativo de su época y de su patria.

Su reputación, aumentando constantemente durante los cincuenta años pasados, se ha reforzado recientemente a causa del nuevo espíritu que anima a los escritores más vigorosos de la literatura actual en los Estados Unidos. Por la razón misma de que epitomó a su pueblo tan perfectamente; por la razón de que vió tan clara e intensamente las realidades y las aspiraciones de su época y de su patria y dió expresión a sus observaciones, experiencias e ideales en vigorosos versos rítmicos, libertados de las reglas tradicionales, por estas razones es Walt Whitman el maestro reconocido de los Nuevos Poetas.

Algún conocimiento de la vida de Whitman se necesita para comprender al hombre y su labor. A treinta millas de Nueva York, en "fish-shaped Paumanok", nombre indio de Long Island, vivían sus padres, descendientes de labradores vigorosos e incultos, de origen inglés y holandés. Acabóse su educación de escuela a los doce años de edad, y al trasladarse la familia a la ciudad de Brooklyn, entró en una imprenta como cajista. Sus horas libres las pasó leyendo sin orden alguno o mezclándose gozosamente con las muchedumbres surgentes de la calle. Tenía una afición ardiente por el gentío; fraternizaba con hombres de todas condiciones y era observador atento de la vida humana en todos sus aspectos. No pudiendo conservar ningún puesto por mucho tiempo, era carpintero, maestro de escuela, redactor, periodista vagabundo, viajando aquí y allá por los Estados del este y del centro. En cierta época, entre los treinta y cuarenta años, comenzó a sentir el deseo creciente de traducir en algún

género de forma literaria su propia personalidad, como tipo de las muchedumbres democráticas, para las cuales abrigaba un profundo sentimiento de fraternidad. Se decidió, pues, a dar expresión a todas las cualidades que él creía poseer con el *average man*, el hombre medio o común, sus sensaciones corporales y apetitos, sus aspiraciones y conflictos espirituales en el ambiente de la hervorosa vida democrática que veía a su alrededor; y de hacer esto en una forma de poesía libre de todos los vínculos tradicionales de metro y de rima. Este deseo se efectuó en un corto volumen de poesías, el cual, con sencillez democrática, compuso él mismo en letra de imprenta, y al cual dió el nombre curioso "Leaves of Grass", — "Hierbecillas", — o, más literalmente, "Hojas de Hierba", nombre indicativo de la democracia niveladora que era la fuente principal de su inspiración. El motivo fundamental puede hallarse en la primera poesía:

One s-self I sing, a simple separate person.
Yet utter the word Democratic, the word En-Masse.
Of physiology from top to toe sing.
Noy physiognomy alone nor brain alone is worthy for [the Muse,
The Female equally with the Male I sing.
Of Life inmense in passion, pulse and power.
Chreerful, for freest action form'd under the laws [divine,
The Modern Man I sing.

Su apartamiento de las normas tradicionales, así en la forma tanto como en el contenido, su audacia y su franqueza desembarazada, excitaron cierto interés cuando apareció en 1855; pero muy pocos fueron los que no hallaron en él mayor motivo de ridículo o de indignación que de admiración. Uno de los que lo

apreciaron fué Emerson, y la segunda edición, la del año 1856, llevaba en el prefacio el elogio entusiasta del jefe de los transcendentalistas: "I find it the most extraordinary piece of wit and wisdom that America has yet contributed". ("Me parece la obra más extraordinaria de ingenio y de sabiduría con que escritor alguno haya enriquecido la literatura americana"). Ediciones sucesivas que contienen todas, hasta su muerte, nuevos poemas, siguieron apareciendo. Esta demanda creciente de sus poemas no quiere decir que lograron popularidad de parte de las muchedumbres democráticas de las cuales y para las cuales los había escrito. Durante más de cincuenta años su reputación se ha aumentado constantemente y sus admiradores son muchos; pero todavía no se encuentran sino entre los más cultos.

La guerra civil sirvió de punto decisivo en su vida y labor literaria. Teniendo noticias en 1862 de que su hermano, oficial militar, había sido herido, fué a asistirle, y dándose cuenta de la gran necesidad de enfermeros, se dedicó ávidamente a esta rama del servicio. Sirvió de enfermero incansablemente hasta el fin de la guerra. Esta experiencia de hospital le proporcionó la materia de uno de sus mejores poemas: "Drum Taps" (Toques de Tambor), "Memories of President Lincoln" (Recuerdos del Presidente Lincoln). Aún más, le exaltó espiritualmente, y esta exaltación ejerció una profunda influencia en su poesía. La vida corporal ya no era de primera importancia; en adelante, el alma triunfante fué el tema de buena parte de su poesía.

En 1873, un ataque de parálisis, consecuencia tardía de las fatigas que habían quebrantado durante la guerra su constitución vigorosa, le hizo retirarse a Camden (New Jersey), donde atendió a sus modestas necesidades con la renta escasa de sus libros y conferen-

cias y con los donativos generosos de sus amigos. Su casa se hizo la Meca de sus muchos admiradores de varias partes del mundo. Falleció en 1892.

En la vida de Whitman, la mayoría de críticos y lectores hallábanse tan ofuscados por los defectos y las notables excentricidades, tales como, por ejemplo, la tosquedad frecuente de lenguaje, la afición a palabras extranjeras o híbridas, la prolijidad de muchos poemas, la violación deliberada de todas las reglas del arte poético, que no lograron ver las cualidades más esenciales, las universales y perdurables. Ya que ha pasado un siglo desde su nacimiento. estas cualidades duraderas se han granjeado el reconocimiento general, y son ellas que quiero hacer resaltar a vuestra consideración. Primero, sin embargo, dos palabras respecto a sus defectos y excentricidades.

A causa de su educación sin sistema y su falta de acatamiento para con las tradiciones literarias, y porque creía que la nueva democracia que él procuraba interpretar a través del prisma de su propia personalidad, no debiera ser aprisionada en las reglas tradicionales, premeditadamente se aplicó a inventar una nueva forma poética. Lo que resultó no fué completamente nuevo, puesto que se puede hallar algo semejante en los pasados líricos de la Biblia o en Ossian, por ejemplo; tampoco era accidental ni sin regla, puesto que puso en ello mucha reflexión y revisó lo escrito repetidas veces. Lo que se halla, pues, en sus mejores poesías no es poesía en el significado ordinario de la palabra; más bien es una especie de prosa sublimada y reforzada por la imaginación poética y el sentimiento profundo. Hay en algunos de sus poemas o en ciertos pasajes de otros (en el mismo poema puede hallarse muchas veces una mezcla de poesía elevada y de prosa vil y claudicante) un maravilloso ritmo orgánico, en completa concordancia con las emociones

expresadas. ¡Qué versos más bellos en sugestividad musical que estos, a pesar de su descuido por las reglas tradicionales de la prosodia:

Out of the eradle endlessly rocking,
Out of the mockin-bird's throat, the musical shuttle,
Out of the ninth-mont midnight, etc., page 210.

Los críticos han tratado de explicar de varios modos la técnica de su poesía; se la ha comparado con las varias cadencias de la naturaleza física, el océano con sus olas y mareas, un bosque meciéndose en el viento. El crítico español Angel Guerra compara la fuerza tosca de su poesía con un árbol vigoroso echando raíces en un campo raso. "Escribir como crece el árbol, era para Whitman el triunfo más grande del arte."

La falta de popularidad de Whitman de parte de las muchedumbres democráticas, para las cuales escribió, se debe principalmente a este uso de ritmos orgánicos en lugar de la versificación más usual, puesto que al lector ordinario le gusta más la poesía que lleva el sello tradicional. La gran mayoría de sus compatriotas conoce a Whitman como autor de la poesía sobre la muerte de Lincoln: *O Captain, my Captain,* una de las dos o tres poesías métricas y rimadas que él escribió. Yo no quiero decir que la reputación de esta poesía se debe solamente a esto: es indudablemente una de las poesías más nobles que hayan tratado del Presidente mártir.

Ya he referido la desigualdad de la obra poética de Whitman y el frecuente rebajamiento desde los vuelos imaginativos hasta lo más prosaico. Respecto a otros defectos, la prolijidad y método de catálogo, que le han hecho el blanco de muchas saetas de ridículo, eran intencionales; creía que la democracia comprendía todo, y que su interpretación adecuada necesitaba la

mención de una infinidad de particularidades. Si hubiese tenido mayor sentido artístico y crítico, se habría dado cuenta de que las muchedumbres ondulantes y las actividades diversas las hubiera podido expresar más eficazmente mediante una selección cuidadosa de detalles sugestivos, y por mayor concentración de la atención.

Cuanto a la imputación frecuente de grosería y de franqueza indecente, hay poco que decir. Apenas pueden apreciar los de raza latina los conceptos puritanos de la decencia literaria que estaban en boga en los Estados Unidos hasta poco ha; o la indignación excitada por "Leaves of Grass" a causa de su franqueza. En cuanto concierne al lector de hoy, se puede decir que algunos pasajes en sus poesías son groseros sin necesidad; no hay nada mórbido ni vicioso. La división de su libro que se llama "Children of Adam" ofende más al sentido estético que al ético.

Ya he dicho demasiado de los defectos y excentricidades de Whitman. En el tiempo que me queda trataré de dos fases esenciales de su obra poética: la democracia y el americanismo.

Recientemente se ha discutido mucho la concepción de la democracia que se encuentra en Whitman. El profesor Gumere, en su libro "Poetry and Democracy" nos dice que Whitman no se puede considerar el poeta de la democracia; para él, la libertad no es otra cosa que el libertinaje, el derecho de cada uno a obedecer a sus propios impulsos; que él no sabía entender la idea central y constructiva de la democracia, el derecho del individuo a desarrollarse a sí mismo en concordancia con los derechos ajenos, coincidiendo el bienestar de cada uno con el bienestar de todos. El inconveniente de este juicio crítico es que juzga a un escritor según las pautas de hoy día en vez de las de su propia época. La democracia ha sufrido un gran

cambio durante los últimos cincuenta años, y tiene ahora poca semejanza a la concepción glorificada de los idealistas del medio siglo. Lo que importa más no es que Whitman no logre interpretar la democracia de hoy, sino que si logró interpretar los ideales democráticos, en teoría y en obra, de sus compatriotas de los años medios del siglo diez y nueve. La fuente principal de la inspiración de Whitman era la democracia tal como él la veía en su proceso de realización.

A su parecer, la democracia comprendía tres elementos de igual importancia, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Aceptó con entusiasmo la idea emersoniana de igualdad absoluta. Cada objeto de la creación, tiene en sí algo de Dios mismo; de consiguiente. desde el punto de vista del Creador, cada hombre vale como cualquier otro; cada cosa del universo físico tiene importancia igual a la de cualquiera otra. Ya no creemos en esta igualdad absoluta. Es una concepción de la igualdad que no pudiera menos de glorificar la mediocridad y hacer difícil cualquier progreso de la civilización. Como dice Basil de Sélincourt en su biografía de Whitman: "Hay que sacrificar la libertad si hemos de igualar a los hombres, la igualdad si hemos de libertarlos. La reacción de la democracia a fines del siglo diez y nueve se debió en gran parte a este concepto de la igualdad. Excusado es decir que ahora la igualdad no significa más que la igualdad de la oportunidad."

El elemento más importante de la democracia, *la fraternidad*, lo poseía Whitman perfectamente; era ésta una parte esencial de su personalidad. Suyo era el espíritu fraternal. La simpatía entera y el impulso espontáneo de identificarse con todos los que encontraba le hicieron entender completamente al hombre medio, el cual, muchas veces multiplicado, compone la muchedumbre democrática. Trataba libremente con

obreros y artesanos en relaciones íntimas; una infinidad de amigos tenía, ahora desconocidos, de los cuales muchos no sabían que él era poeta; o si lo sabían, eran como Peter Doyle, que confesó su ignorancia de lo que quería decir su amigo en su poesía. Esta personalidad magnética atraía a los intelectuales tanto como a los literatos; entre los amigos que le amaban y admiraban eran muchos de los más intelectuales y cultos de su época, Emerson, Stedman, Stevenson, Tennyson, John, Addington, Symonds, Rosseti y muchos otros.

Es, sin embargo, su amor del hombre medio que penetra una parte tan grande de su poesía: "the dear love of man for his comrade, the attraction of friend to friend" (el caro afecto del hombre hacia el hombre, la atracción del amigo hacia el amigo). Era este espíritu democrático de fraternidad el que le permitió decir con completa sinceridad. en "Song of Myself" (Canto de mí mismo):

I am enamour'd of growin out doors,
Of men that live among cattle ortaste of the ocean [or woods.
Of the builders and steereds of ships and the wielders [of axes and mauls, and the drivers of horses.
I can eat and sleep with them week in and week out.

En estrecha relación con su democracia es su americanismo, puesto que la democracia que inspiró la mayor parte de su poesía estaba efectuándose más completamente en los Estados Unidos que en cualquier otro país. "He querido poner en mis poemas la Unión completa de los Estados sin preferencia o parcialidad cualquiera", dijo él en "A Backward Glance"; y que lo hizo más completamente que ningún otro de su época se admite generalmente. Sus contemporáneos re-

husaban reconocer la pintura que hizo de ellos, de sus ideales y aspiraciones; ahora sabemos que trazó un retrato verdadero. "Dió la América al mundo y de esta manera se hizo el poeta nacional", dice Sélinçourt en su biografía.

Nadie mejor que él conocía a los Estados Unidos de su tiempo. Interesado intensamente en la vida surgente de las muchedumbres democráticas, mezclándose gozosamente con todas clases de personas, bien capaz de entender sus motivos y acciones por su espíritu fraternal que todo lo abarcaba mirando con un modo sereno las ciudades cosmopolitas y bulliciosas del Este o errando por los Estados que se desarrollaban tan rápidamente en el valle del Mississipí, logró expresar en su poesía la vida intensa, heterogénea y democrática de su tiempo. Poeta de inspiración épica, sus héroes no eran los que otros poetas solían cantar; eran los obreros, los artesanos, los labradores, los leñadores, "powerful, uneducated persons" (poderosas personas iliteratas), capaces de hazañas maravillosas cuando trabajan "en masse". Sus poesías en la mayor parte pueden considerarse como las partes fragmentarias de la gran epopeya de los Estados Unidos durante el período de su progreso material más grande: es el gran poema épico cuyo héroe es "the divine, average man" (el hombre medio divino).

El americanismo de Whitman tiene las características de una raza descubridora en una época de hazañas grandes y progreso rápido. Siendo el poeta de energía y de ejecución vigorosa, no tenía que buscar héroes en otros tiempos y países. Por su lectura extensa él conocía y admiraba los grandes hombres de pensamiento y de acción de las edades pasadas; pero le bastaba completamente la vida heroica de la democracia surgente que tenía a la vista:

Regaring it all intenlly a long while, then dismissing it.
I stand in my place with my own day here...
And there is no trade or employment but the young
man following ti, may become a hero,
man following it, may become a hero,
And there ir no object so soft out it makes a hub for
the wheel'd universe". (Song of Myself).

Este regocijo de la vida intensa, el regocijo del trabajo, del deber cumplido varonilmente (duty manfully done) podría ilustrarse en muchos poemas: "Song of the Broad-Ax" (Canto del hacha), "Song for Occupations" (Canto para ocupaciones), "Years of the Modern" (Años del moderno), etc.

El optimismo se encuentra naturalmente en la poesía del que se regocijaba tanto de la vida enérgica de su tiempo. La democracia triunfante es el tema de muchos poemas.

I chant America the mistress. I chant a greater su-
[premacy
A Broadway Pageant
I announce the Union more and more compact, indisso-
[luble,
I announce splendors and majesties to make all the
[previeus politics of carth insignificant,
etcétera.
So Long.

En estos y en muchos otros poemas pregona el progreso inevitable de la democracia y de su patria.

Respecto al americanismo de Whitman, su modo de tratar la naturaleza necesita dos palabras de explicación. La naturaleza norteamericana, sus rasgos físicos, fauna y flora, no se encuentra vivamente pintada en su poesía como lo es, por ejemplo, la naturaleza

sudamericana en la poesía de José Santos Chocano. Whitman estaba interesado con pasión en la naturaleza, pero estaba tan interesado en la humanidad que raras veces se permitía a aquella ocupar el primer plano del cuadro. Sin embargo, de esto es indudable que su poesía posee una abundancia de color local, de modo que es muy evidente que no habría podido ser escrita en otra parte que en los Estados Unidos. Los nombres sólo de los objetos de la naturaleza y de los rasgos físicos, que se mencionan tan frecuentemente, están tan cargados con las emociones del poeta que no se necesitaban descripciones elaboradas para producir el efecto del color local.

Mi propósito en esta conferencia ha sido llamar vuestra atención a dos fases solamente de la obra poética de Whitman, las fases que se relacionan con los temas de las dos conferencias siguientes de esta serie, su democracia y su americanismo. He intentado presentarle como poeta nacional. Además de ser esto es un poeta universal, cuya influencia ha sido y será importantísima en todas las literaturas modernas. Muchas de las figuras sobresalientes de la literatura mundial de los últimos cincuenta años demuestran claramente su influencia, Nietzsche en Alemania, Maeterlinck y Verhaeren en Bélgica, D'Annunzio en Italia, los simbolistas en Francia, los modernistas en Hispano-América y en España, los nuevos poetas de Inglaterra y de los Estados Unidos. El estudio de su influencia literaria proporcionaría la materia de todo un libro de los más nutridos.

Bien sé que apenas he rozado las cualidades esenciales de su poesía. Concluyendo, trataré de compensaros este estudio inadecuado con la lectura del hermoso soneto de Rubén Darío, escrito poco antes de la muerte del gran poeta norteamericano:

En un país de hierro vive el gran viejo,
Bello como un patriarca, sereno y santo;
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo,
Algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;
Son sus cansados hombros dignos del manto;
Y con arpa labrada de un roble añejo,
Como un profeta nuevo canta su canto.

Sacerdote que alienta soplo divino,
Anuncia en el futuro tiempo mejor.

Dice al águila: "¡Vuela!" "¡Boga!" al marino;
Y "¡Trabaja!", al robusto trabajador

Así va ese poeta por el camino
Con su soberbio rostro de emperador.

GEORGE W. UMPHREY.

(Universidad de Wáshington, Seattle).

L'ETERNELLE

A Mme. C. V. de A.

Tu eres: Dulce y Buena, toda mi juventud,
el tesoro que queda de mis años dispersos,
la línea de la nube, el alma del laúd.
y todo lo que puede encontrarse en mis versos.

Mi divino pretexto y mi razón de ser,
la harmonía que fluye del corazón sensible,
para cada minuto, hasta más no poder...
la realidad del sueño y la estrella accesible.

Yo he querido a tu tierra como pocos lo han hecho
Francia fué para mí, mi alma descubierta,
es como quien encuentra un rosal en el pecho.

De todas esas rosas tú eres la fragancia,
la ventana habitual sobre el jardín abierta,
el pedacito mío de la tierra de Francia!

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR.

Para PEGASO.

He aquí un lírico puro, uno de los más puros líricos de las nuevas generaciones argentinas. Ha viajado mucho, — *navegare necesse est,* — y ha escrito mucho. Su más bello libro se llama "Vita abscóndita", dechado de dulzura, de delicadeza, de emoción.

La poesía que publicamos está fechada en 1909, es inédita, y nos ha sido enviada desde Buenos Aires, donde reside el poeta.

VENDIMIAS

Corría el mes de enero y la temperatura de los días y las noches era realmente sofocante en aquella región norteña. De las piedras calcinadas y de la tierra toda levantábase un vaho abrazador. La tierra yerma, los montes zahareños, los campos llenos. Las noches eran así pesadas y voluptuosas, llenas de sensualismo, en los vallecitos amenos, que las montañas con sus riscos y quebradas encierran rodeándolos por todos lados. La luz de la luna acentuaba ese tono sensual. Enero es el mes de las vendimias, de la recolección de la uva, de la fabricación de los vinos espumosos, agradables a los dioses y que a los hombres embriagan. De las parras recias, apretados, colgaban los racimos de las uvas sabrosas, apetitosas como los senos de las mozas casaderas de la región. Los durazneros no estaban florecidos pero, en cambio, columpiábanse de su ramaje jugosos duraznos en sazón. En uno de esos amenos vallecitos, la población entera estaba entregada a la recolección de la uva: mujeres y hombres vendimiaban. Aquello probablemente duraría todo el mes de enero y aún buena parte de febrero. Y daba gusto ver cómo los racimos se cortaban de las parras, se encanastaban los mejores para ser enviados y vendidos en los mercados de la gran urbe lejana, mientras lo restante se pisaba y estrujaba para extraer el mosto que luego había de ser convertido en dulces o fermentado y reducido a vino. Todos competían en aquella tarea, unos cortaban los racimos, otros encanastaban, otros pisaban y estrujaban. Más de uno de los vendimiadores, al caer de la tarde, hora en que se suspendía la labor, quedaba rendido de fatiga y reducido por culpa

del travieso mosto fermentado a pasar la noche allí mismo, bajo el abrigo de las parras familiares. La aldea vivía así su poema sencillo y encantador de todos los años con su égloga y su romance; aquello, además, daba motivo para que los hombres hicieran requiebros de amor a las jóvenes, y según es fama, debajo de las parras se concertó secretamente más de un casorio, que constituía, como es natural, el tema obligado del comentario de las comadres.

Y ahora viene bien la historia o cuento que quiero contarte, amigo. Juan era un muchachote de veintidós años, alto, fornido, como un toro, un tanto desgarbado y, además, taciturno; muchos le creían tonto, pero como verás, amigo, no tenía ni un adarme de tal. Sin embargo, había en sus ojos dormilones no sé qué picaresca malicia, y en su risa un tonito irónico que le valió más de una antipatía. Pues, es el caso que Juan hacía la vendimia y junto con él Rosa, una muchachita inquieta, traviesa, que se pasaba el santo día cantando y se reía de los hombres con la adorable insolencia de los diez y ocho años. A más de uno lo dejó con dos cuartas y la boca abierta... Ella decía que todos los hombres eran unos *tilingos,* y a mí me parece que tenía razón, pues casi todos se desvivían por ella. Juan era acaso el único a quien parecía no interesarle. Esto le molestaba a la chica, como es natural, y sea por esa molestia o porque realmente le preocupaba aquel mozo tan callado, tan silencioso, se propuso no sé qué terribles designios. Empezó por llegarse a menudo donde él trabajaba, pretextando siempre algo,—que las mujeres suelen encontrar pretexto para todo, — y reía y cantaba con su voz encantadora. Algunas veces solía preguntarle si le agradaba el canto, a lo que Juan respondía con frases breves. Esto la ponía a Rosa nerviosa en extremo y se retiraba pensando para sí que era un imbécil y proponiéndose no acercársele más.

Pero volvía, — ella misma no sabía por qué. ¿Estaba enamorada acaso? Un día de tantos, cuando el sol apretaba más fuerte, a la hora de la siesta, dormitaba Juan, bajo una parra frondosa y copuda. En todo el viñedo no había nadie, ni siquiera a muchas cuadras a la redonda. Dormían. De improviso la risa juguetona de Rosa sonó a su lado. Estaba realmente hermosa, con los ojos chispeantes, las mejillas encendidas y el cabello suelto cayendo sobre las espaldas. Juan se enderezó. Ella reía, reía con su risa de siempre; luego sentóse. El escote pronunciado dejaba ver el nacimiento del seno que mal disimulaba la fina batita de percal. Casi de improviso comenzó a soplar una ligera brisa, que movió levemente las hojas del parral y de uno de los racimos desprendióse un grano, tamaño, de moscatel, que vino, justamente, a dar en el pecho de Rosa, introduciéndose por el escote. Ella dió un salto y un grito, tratando inmediatamente de sacarlo, pero el pícaro grano fué a esconderse quién sabe dónde. Rosa miró a Juan con ojos suplicantes. El mozo entró la mano por el escote, pero el grano de moscatel no se encontraba. La joven se extremeció, cerró los ojos, mientras Juan la envolvía entre sus fuertes brazos y allí, bajo las parras amigas, hicieron los jóvenes sus vendimias de amor. Al año siguiente, para la misma época, había en la aldea un nuevo hogar, cuya preocupación dominante la constituía un robusto vástago de aquellas cepas tutoras. Y todo fué por culpa de aquel pícaro grano de moscatel...

ARTURO DE LA MOTA.

Todavía universitario a pesar de su título, Arturo de la Mota ha publicado en Buenos Aires, donde reside ahora, una interesantísima serie de impresiones de tierra adentro. Recientemente atacó a Lugones desde el semanario "Clarín", con agilidad de estilo y de pensamiento. Es profesor de la Universidad del Litoral argentino, y fué uno de los directores del movimiento estudiantil de Córdoba.

DE ANDRÉS PATENA

SONETOS

Soñaba, en el tiempo del solsticio,
con una alquimia de plateada fiola.
El silbido helicoide de su piola
extendía en la atmósfera el alisio.

Y como el viento, en su pueril cabriola,
alejara las cosas de su quicio,
clavó sobre mi sien un loco vicio
las insinuantes plumas de su cola.

Reflexionando entonces largamente
sobre esa circunstancia delincuente,
dí en el extremo de volverme loco.

Y poniéndome en pie sobre la fragua
abrí atentamente mi paragua,
y oculté mi cabeza poco a poco.

La salvaje espesura de las crines
de cien yeguas, flotaban en el viento
de un galope bestial. Y el violento
grupo que galopaba en los confines

de aquella tierra fría, a sotavento
de un barco en que sonaban a maitines,
gritó la negra hièl de sus clarines
aquel trágico día del segmento.

Angustiaron las sombras su reproche
en el frío colapsus de la noche.
Y el suspenso clamor de los alertas

quedó sobre las aguas asombradas,
como pobres lagunas desquiciadas
sobre los ejes de las tierras muertas.

AGUAS BLANDAS

Liliana, fina, dúctil, primorosa,
leves rasgos con sus uñas sonrosadas
sobre el ébano de un mueble decadente
hace.
Negligente el abandono
del cuerpo modelado antigüamente.
En el sueño de su frente,
la sonrisa no ilumina más que a un solo hombre,
que es antiguo como ella,
y què tiene muchos nombres
consagrados en la ermita de sus labios.

Clotilde deslíe solitarios lloros
sobre el arco de un violín abandonado,
e inclina su joroba de joven congelada
hundiendo la aristocracia de sus manos
en el hueco de sus muslos.
Y no nota que una nota dè sol

ríe volublemente en la cortina,
cabe el gato de bronce de la mesa,
que es cojo de una de sus finas
patitas primorosas.

ANDRÉS PATENA.

Andrés Patena fué, entre nosotros, un precursor. Complicado y lírico,—un poco loco quizás,—sus versos cobran actualidad, pues la manera de expresar las inquietudes de su alma es contemporánea.

Por eso vamos a exhumar su obra inédita, que desde 1900 yacía deliberadamente olvidada. Con ello creemos servir bien a la literatura nacional, pues aunque no es posible determinar exactamente cuándo sus abejas han melificado en campos de asfodelos y de tártagos, siempre hay en su obra la inquietud, el dulzor y la euritmia de una colmena.

GLOSAS DEL MES

ESTÍMULOS ARTÍSTICOS

Es indudable que la literatura nacional atraviesa un momento crítico. Las grandes figuras literarias han cumplido su destino y van desapareciendo poco a poco. Sin embargo, la República crece, y una poderosa vitalidad llena el espacio de rumores nuevos. Los escritores modernos componen un escuadrón numeroso y diverso que tiene todos los colores y labora en todos los tonos. Las corrientes líricas y las orientaciones estéticas toman variadas actitudes como en múltiples insinuaciones de tendencias que van a cristalizarse en verdaderos mundos de belleza. La falange novecentista, es ella sola como una fuerza púgil, capaz de traer hálitos de primavera con ofrendas inesperadas.

Y todos trabajan, en pléyade o en silencio, animados del sacro fuego, reavivando cálices antiguos o galopando en frenéticos pegasos.

¿Por qué, entonces, no se estimula con patriotismo a la literatura nacional?

La pintura, la escultura, la música, el canto, las carreras universitarias, tienen becas y premios, concursos y bolsas de viaje con que se quiere alentar y propiciar su perfeccionamiento. Se llega a pagar trece mil pesos por un esfuerzo pictórico de patriotismo indiscutible. Se conciertan anualmente exposiciones de

cuadros y estatuas que el Estado protege con mano cálida, tras de haber dado dotes y costeado estudios a los artistas. Se entregan medallas de oro y rótulos pomposos a cuantos encarnan un ardor o representan un esfuerzo dentro del arte nacional.

Sólo los escritores, — poetas o prosistas, — no tienen protección ni tutela en esta república de Platón.

Quedan librados a su mercado, — ¡tan escaso por cierto que no subasta la edición más pobre!

El trabajo literario, la tesis filosófica, el empeño lírico o la labor pedagógica — que concreta bellezas y ofrece tesoros,— no tienen la saludable estimulación de los Poderes Públicos en el mismo grado de amplitud generosa que las demás artes.

Salvando casos aislados, que sólo dicen oportuna reparación o simplemente buena voluntad, los escritores nacionales no tienen lauros ni premios consagrados.

Ahora mismo, el Municipio de Montevideo se propone el establecimiento de un salón anual de bellas artes que estimule y vigorice el afán de los jóvenes.

Pero siempre con igual concepto: los únicos artistas, capaces de producir belleza y de crear ambiente, son para las esferas oficiales el pintor, el escultor o el músico.

He aquí una buena iniciativa, — la de reparar este olvido, — que ponemos bajo la égida generosa y brillante del señor Ministro de Instrucción Pública, cuyas dotes intelectuales le perfilan un hermes de clara frente para quien la guirnalda de rosas está pronta.

Un premio anual, recompensa justa y bella al esfuerzo de buena ley, puede establecerse para el mejor libro nacional, cumpliendo en realidad con una noble obra de vida y esperanza.

Las razones para fundamentar el mensaje que consagrar este estímulo, abundan y sobran, aquí donde los

premios para los campeonatos de ejercicios físicos o para las escuelas de arte dramático no escasean nunca.

Pegaso expresa esta idea con la segura esperanza de que será recogida de inmediato, como quien pide una gracia a una deidad favorable o insinúa un voto a un destino propicio.

Telmo Manacorda.

Notas bibliograficas

Languidez.—Versos por Alfonsina Storni.—Buenos Aires.—1920.

No es aquella voz de "Irremediablemente", dolorida, violenta, que a veces solía adquirir la imponencia de un grito venido de lo más hondo del alma.

El arrebato, la ira, el anatema, son la expresión de los espíritus simples que, al modo de los niños, muestran al desnudo sus sentimientos; así reaccionaba Alfonsina Storni frente a las angustias de su vida en aquel libro. Cuando aparecía la ironía, ésta era áspera, cortante y claramente dejaba traslucir, a través de sus gasas, la sangrienta herida originaria.

Libro de dolores íntimos y, por lo tanto, de un subjetivismo hermético, "Irremediablemente" fué la expresión de un estado espiritual que no hubiera podido perdurar, quizás, sin desmedro de la personalidad poética de su ilustre autora.

"Languidez" no es una nueva etapa todavía, sino la conclusión de aquel anormal estado de ánimo: los nervios, excesivamente tensos, se han ido aflojando, ha amenguado el dolor, dejando el precioso fruto de la experiencia, y los ojos, demasiado absorbidos en la contemplación del drama interior, se vuelven hacia afuera...

Así aparecen en este libro dos elementos hijos de la madurez y la experiencia, que complican, completándola, el alma de la poetisa: el objetivismo y la ironía superior, aquella que tiene más de piedad y de amargura que de rencor...

Ella bien lo apercibe cuando dice: "inicia este conjunto, en parte el abandono de la poesía subjetiva que no puede ser continuada cuando un alma ha dicho respecto de ella todo lo que tenía que decir, por lo menos en un sentido". No es precisamente que se vaya al objetivismo cuando se haya dicho todo lo que tiene que decirse del alma; el alma es manantial inagotable y, además, no hay cosa por más objetiva que sea, en donde ella no esté presente. Lo que hay es la noble tendencia de todo espíritu elevado, pasado cierto período de la vida, a magnificar su obra, saliendo de lo íntimo para interpretar panoramas o sentimientos colectivos, convencido de que es

petulancia y orgullo hablar siempre de sí propia, como si en nuestra alma se reconcentrara toda la vida de la tierra.

"El león", por ejemplo,—bella poesía con que empieza el volumen,—dice el dolor de la fiera encerrada, la angustia de pensar en las proles míseras que nacerán de su esclavitud, la rebeldía que se debate inútilmente contra los hierros...: en todo esto hay algo de universal, de verdad absoluta.

En "Mi hermana" aparece otro sentimiento muy común: el de apoyo al débil, la generosa pretensión de amparar el asilo donde anidan la virtud y el candor de los pequeños seres que se aman; tendencia tan arraigada que, frecuentemente, hace brotar sublimes flores de sacrificio en las almas más pervertidas.

Del mismo modo, podrían citarse algunas otras, "Domingo", "Tristeza", "Miedo", "El dolor de la tierra", "La que comprende", etc., en todas las cuales aparece,—ora al desnudo, ora disimulado bajo un bello simbolismo—ese deseo de olvidar lo íntimo para hacerse intérprete del alma colectiva; y cuando así hablo no me refiero solamente a seres, sino también a cosas y paisajes.

¿Se pierde la personalidad por eso? Al contrario, se la consolida y engrandece; y, en cuanto a la poesía en sí misma, adquiere una trascendencia y una magnitud que no puede conseguirse cuando se exteriorizan únicamente sentimientos íntimos.

Por eso nos parece que Alfonsina Storni ha dado, con este libro, un salto para penetrar en el círculo de los grandes poetas; salto todavía tímido y lleno de riesgos—sobre todo para un alma femenina—pero que no podemos menos que aplaudir, bien confiados en el valor de sus extraordinarias facultades líricas.

Hay en "Languidez" dos poemas, "Letanías de la tierra muerta" y "La copa", verdaderas notas epopéyicas de una fuerza y grandeza difíciles de hallar en obra de mujer y las que por sí solas bastarían para dar razón a la confianza que hemos expresado.

Con esto, naturalmente, no queremos desconocer el mérito de su obra subjetiva, en donde aparecen cosas como "Limosna" y "La caricia perdida", de una rotundez expresiva pocas veces igualada, así como tampoco del valor de su ironía que, a veces, hasta por la técnica, recuerda la de Heine.—**J. M. D.**

Veinte Años. — Versos de Enrique M. Amorim. — Buenos Aires. — 1920.

Este libro de versos tiene una defensa formidable contra los flecheros de la crítica. El más bravo de los sagitarios levantará el arco al cielo, en ademán rítmico, y se rendirá en una prolongada cortesía. Nobleza obliga a recibir este libro con tales maneras.

Juventud de "veinte años", que trae una canción en los labios y una antorcha en la diestra; juventud arrogante y lírica que trae primavera sobre el mundo: ¡saludémosla!

Su virtud vence al destino, como en el verso de Rubén Darío, y ella sola se basta para dar valor a este libro y para reducir todas sus fallas.

No importa la plasticidad cándida, la rima desacorde, el verbo todavía duro, la ideación sin grandeza y con artificio...

No importa la influencia ambiente de Fernández Moreno o de Arturo Capdevila...

Preocupa tan sólo el vuelo audaz de esta juventud con alas, limpia de melancolía y alegre de voluntad, que trae rosas jocundas para la novia, que canta a la tierra y al sol, y que enarca su Pegaso piafante al pensar que "en Olivos no hay mujeres"...

Y si es necesario mentar alguna composición destacada del libro, no olvidemos "Canto", "Vanidad", "Olivos", "El viento"... "Canto", sobre todo.

Con cualquiera de ellas, Amorim puede pretender su viático de poeta y merecer nuestra simpatía ilimitada.

Nada mejor entonces, y ya que se trata de un recién llegado de vigoroso impulso, que aunar nuestro voto de "buen viaje" al que le formula el corazón amable de Fernández Moreno...—**T. M.**

El Genio Francés.—Por Wáshington Paullier.—Montevideo.—1920.

El autor, con ese espíritu combativo y esa solidez que da el convencimiento absoluto de una creencia, deja correr en este libro todo el entusiasmo y la admiración que siente por el árbol latino en general, y muy particularmente por su estupenda rama gala.

Fácilmente se adivina que el autor tiene las venas inundadas de sangre francesa; y que se han estremecido profundamente sus nobles raíces con las extraordinarias inquietudes que acaba de sufrir la patria de sus antepasados.

Y es muy justo que el autor se enorgullezca de su sangre y le teja una apología frenética. Francia ha sido, sin duda, la primera nación de la humanidad, el eje espiritual del mundo, aquella que ha comprendido como ninguna el sentido de la vida.

Artistas, sabios, diplomáticos, guerreros, han florecido siempre lujuriosamente en su seno; y aunque otros países pueden vanagloriarse también de haber dado muchos hombres notables, es cosa cierta que, considerado pueblo a pueblo, ninguno puede parangonarse al francés en cuanto a la universalidad de su cultura y a su poder de expansión.

Francia, además, tiene el dón del gesto; lleva a la Majestad prendida de su túnica, ha sido grande en sus victorias y, quizás más aún, en sus caídas. Justo es también reconocer que en la actual lucha ha sido digna de su historia; la que más enteramente se dió y aquella a quien el triunfo se le debe en primer término.

Pretender quitarle un ápice de su grandeza sería, pues, infantil; pero es necesario reconocer también, rindiendo culto a la justicia, que sin la escuadra inglesa y la ayuda norteamericana, la raza latina y el genio francés, su más alto exponente, hubieran sufrido un contraste irreparable. Porque, no obstante las brillantes reflexiones que hace el autor sobre el valor de las cantidades y las calidades, siempre será una terrible verdad aquella de que los sarracenos muelen a palos cuando son más que los buenos...

La guerra última no ha provenido de un conflicto de razas—hombres de toda procedencia han estado mezclados—ni ha sido un choque de idealismos opuestos; quizás de todas las guerras que ha soportado la humanidad, ésta ha sido la más mezquina en cuanto a las causas originarias. Alemania ha sido la culpable, es cierto, pero sólo porque en ella se había desarrollado con más intensidad que en las otras naciones el orgullo, la insoportable altanería del fuerte y ese concepto imperialista, que no podrá por mucho tiempo separarse de la idea de patria, y en virtud del cual todos quieren colocar la suya por encima de las demás.

El mundo debe estar agradecido a los aliados por haber destruído el águila teutona; pero, ¡por Dios!, que no surjan más águilas...

El autor no se limita solamente a hacer el elogio del hombre, del soldado y de la tierra galos; alaba también la tendencia conservadora y reaccionaria de la actual política francesa, y cree firmemente que ésta no es producto de una situación extraordinaria, sino fruto de una idiosincrasia natural, en virtud de la cual Francia, a pesar de las apariencias, representaría el verdadero bloque defensivo contra las ideas avanzadas.

En verdad, el autor, grandemente versado en historia, filosofía y sociología, fortifica con tantos documentos sus razones y, además, se expresa con tanto talento, que deja el ánimo del lector—enamorado precisamente de Francia, por creerla cuna de casi todas las grandes inspiraciones, y el brazo elegido para llevarlas a cabo—un tanto anonadado y perplejo. Pero inmediatamente hemos recordado a Barbusse, a Rolland, a France, y hemos seguido creyendo que el genio francés es renovador y revolucionario, y que precisamente esa trilogía, acaso más que la de Foch, Bergson y Lavedan, es la verdaderamente representativa del generoso espíritu galo.

Francia en la actualidad está embriagada por la victoria. Convaleciente de su espantosa sangría, está haciendo lo de todo convaleciente: reponiéndose en la pasividad y la calma. Pero la Unión Sagrada, a cuyo imperio se acallaron todas las desavenencias, tiene que ser transitoria, como la causa que le dió origen. Volverán los hombres a luchar por sus ideas y hemos de volver a ver a Francia, para su propia grandeza, sacudida por las injusticias sociales, afanosa por mejorar el destino humano, colocándose al frente de los idealismos reformadores.

El autor encomia el sentimiento de revancha francesa habido des-

pués del desastre del 70. Bien se sabe, sin embargo, que la mayoría del pueblo francés no quería la guerra. Por otra parte, como no hay por qué ver malo en el alemán lo que es bueno en el francés, habrá que alabar también el sentimiento de revancha teutona, que ya tiene sus voceros y sus grandes masas fanáticas... Y en tanto no varíe el concepto ancestral de patria, estaremos obligados a contemplar a los hombres, o peleando o preparándose para pelear. No creemos que éste sea el destino humano y sinceramente suponemos que, si el violento huracán que sacudió al mundo no hubiera traído como resultado el gran movimiento social de Rusia y los que se perfilan vigorosamente en Italia, Inglaterra y Alemania, los millones de hombres que han quedado tendidos en los campos de Europa hubieran muerto estérilmente.—**J. M. D.**

El laúd en el valle.—Versos de Humberto Fierro.—Editorial Frivolidades.—Quito.—Ecuador.—1919.

Crepuscular histeria, imaginería romántica, levadura rubendariana: son los rasgos más pronunciados del semblante lírico de Humberto Fierro a través de este breve librito de versos.

Lo que más vale en él es su romanticismo, ese don misterioso pero positivo que señala la eternidad del arte, mal que les pese a los contorsionistas de última hora.

Será un poco antigua la pintura del valle triste, cuando el sol poniente colorea las cumbres y se oye en el fondo la voz melancólica del laúd; pero, ¿no es frecuente el mismo paisaje romántico en el escuadrón más avanzado del novecientos? Manuel Machado, Francisco Villaespesa, Ricardo Jaime Freyre, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, ¿no han dado la nota característica del romanticismo novecentista? ¿Y el alma y la poesía no son, acaso, perdurables por esa vibración divina del corazón romántico?

En cierto modo, todo eso tiene ya su pátina como los cuadros de los museos, y desde Byron y Lamartine hasta Bécquer y Balart, la misma suavidad de óleo viejo los vincula, pero el alma humana, diferenciada en matices, en sensaciones, en ritmos o en rimas,—acordes con el aire de su tiempo, que le da secretas variaciones, — será siempre la misma en la expresión artística del sentimiento.

La misma digo, en el sentido de imponer su pequeño orbe sentimental sobre los círculos concéntricos de las estéticas más o menos concretas.—**T. M.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Echevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



DICIEMBRE DE 1920

SUMARIO:

AÑO IV.

Montevideo.
URUGUAY.

N.° 30

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Diciembre de 1920. Núm. XXX.—Año IV.

"EL HOMBRE" SEGUN GUICCIARDINI

La publicación de las obras inéditas de Guicciardini ha sido uno de esos acontecimientos que deberían haber dado grande impulso a nuestros estudios históricos. Tales descubrimientos deberían crear un ciclo completo de crítica histórica: tanta es la multitud de noticias que se hallan en ellas, unidas a esas reflexiones e impresiones que las vivifican e irradian nueva luz por todo un siglo.

Y se trata del siglo más estudiado y menos comprendido; de un siglo llamado del resurgimiento y que fué, no obstante, el siglo de nuestra decadencia.

El problema histórico que entraña aquella época todavía no me parece que haya sido planteado, discutido y desenvuelto con grande exactitud.

El problema es este. La Italia de aquella época había ascendido al más alto grado de potencia, de riqueza y de gloria; en las artes, en las letras, en las ciencias, alcanzaba ese ápice al que pocas naciones privilegiadas suelen llegar, y del cual, entonces, hallábanse lejanísimas las otras naciones, que ella, con romana soberbia, llamaba *los bárbaros.*

Sin embargo, al primer choque con estos bárbaros, Italia, como por imprevista sacudida, se desmoronó y fué borrada del número de las naciones.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Diciembre de 1920. Núm. XXX.—Año IV.

"EL HOMBRE" SEGUN GUICCIARDINI

La publicación de las obras inéditas de Guicciardini ha sido uno de esos acontecimientos que deberían haber dado grande impulso a nuestros estudios históricos. Tales descubrimientos deberían crear un ciclo completo de crítica histórica: tanta es la multitud de noticias que se hallan en ellas, unidas a esas reflexiones e impresiones que las vivifican e irradian nueva luz por todo un siglo.

Y se trata del siglo más estudiado y menos comprendido; de un siglo llamado del resurgimiento y que fué, no obstante, el siglo de nuestra decadencia.

El problema histórico que entraña aquella época todavía no me parece que haya sido planteado, discutido y desenvuelto con grande exactitud.

El problema es este. La Italia de aquella época había ascendido al más alto grado de potencia, de riqueza y de gloria; en las artes, en las letras, en las ciencias, alcanzaba ese ápice al que pocas naciones privilegiadas suelen llegar, y del cual, entonces, hallábanse lejanísimas las otras naciones, que ella, con romana soberbia, llamaba *los bárbaros.*

Sin embargo, al primer choque con estos bárbaros, Italia, como por imprevista sacudida, se desmoronó y fué borrada del número de las naciones.

Y los bárbaros lanzaron de nuevo el grito salvaje: ¡Guay de los vencidos! Y no sólo los pisotearon, sino que los dispersaron, tratándolos como si no fueran hombres, y llenando el mundo de querellas y de recriminaciones contra lo que llamaban la perfidia y la vileza italianas.

Y desde entonces quedó entendido que los pérfidos y los cobardes fuimos nosotros, que el error fué todo nuestro, que se nos pagó con nuestra misma moneda, que lo habíamos bien merecido, y que los bárbaros nos hicieron un señalado favor inoculándonos un poco de sangre nueva en las venas.

A estos juicios de los escritores ultramontanos se unen los lamentos de los nuestros, los cuales atribuyen la inaudita catástrofe a nuestras discordias, las cuales nos quitaron toda posibilidad de resistencia.

El buen Sismondi, que habla con tanta simpatía de nuestras cosas, transformando el reproche en elogio, dice que el sentimiento nacional faltó a los italianos porque los movía un sentimiento más alto; se sentían cosmopolitas y fueron—con holocausto de ellos mismos—benefactores de la humanidad.

Tampoco la catástrofe fué imprevista; antes bien, teníase un inquieto presentimiento, y no faltaron las acostumbradas profecías. Todos recuerdan con qué elocuencia Savonarola, en Pergamo, anunciaba la venida de los bárbaros, y qué impresión produjo entonces la profecía de un franciscano, que, entre otras cosas, anunciaba el saqueo de Roma. Signos siniestros son referidos por los historiógrafos. Un rayo cayó sobre la iglesia de Santa Reparada, en Florencia; durante una noche oscura fuegos sangrientos iluminaron la villa Careggi. Los fantasmas de los antiguos reyes de Aragón anunciaron a su sucesor la caída del reino de Nápoles. Las estatuas sudan sangre; los pueblos espantados creen ver en el cielo ejércitos que comba-

ten. Una secreta inquietud perseguía a los individuos, en medio de las delicias y las voluptuosidades de una vida ociosa.

Había, pues, la conciencia obscura de una disolución social y de una catástrofe próxima. Y más que el juicio de los extranjeros y de la posteridad, es útil investigar las impresiones y los juicios de los contemporáneos.

Los frailes, los sacerdotes y hasta varios historiadores opinan que la fuente del mal radica en la relajación de los sentimientos religiosos y de las costumbres.

"No se cree más en Cristo—dice Benivieni. Más: se cree que todo es obra del azar, máxime las cosas humanas. Algunos consideran que son reguladas por influjos celestes. Se niega la vida futura, se escarnece la religión. No faltan quienes opinan que es un hallazgo de los hombres. Todos, hombres y mujeres, tornan a las usanzas paganas y se deleitan estudiando a los poetas, a los astrólogos y en toda guisa de supersticiones".

En estas pocas líneas está contenido todo Savonarola.

Otros, por lo contrario, entienden que el mal radica principalmente en la corte de Roma, en las prácticas y en las costumbres religiosas, que han desfibrado las almas, *predisponiéndolas más a perdonar las ofensas que a vengarlas*. Y no ven más remedio para fortalecer de nuevo las instituciones y los hombres, que seguir los ejemplos que nos legara la antigüedad.

Todos estaban persuadidos de la corrupción del país; unos la atribuían al debilitamiento del sentimiento religioso, otros culpaban de ella a la religión, según ésta es interpretada y practicada por la Corte de Roma. Los primeros veían el remedio en retrotraer la sociedad a sus principios, mediante una reforma re-

ligiosa y moral que lograra restaurar las creencias religiosas y corrigiera las costumbres: la cual reforma — auspiciada por Fray Savonarola y más tarde por Fray Lutero—el clero la realizó a su modo en el Concilio de Trento. Los segundos, por el contrario, veían el remedio en la emancipación de la conciencia de toda autoridad religiosa, lo que aparejaba la abolición del Papado, que ellos juzgaban ser el principal enemigo de la libertad y de la unidad nacionales.

Eran dos escuelas, las cuales con diversos nombres continúan en nuestros días, y que con sus fines y sus medios abarcaban más que la Italia, toda la Europa católica. Se puede decir que su historia es toda la historia moderna, que todavía continúa.

En esta historia Italia representaba una parte muy secundaria. Cierto: las primeras ideas y las primeras tentativas partieron de ella, pero fueron conceptos y tentativas aisladas, de escaso efecto; y cuando el incendio se dilató y las contrarias opiniones encendieron en toda Europa obstinadísimas disputas, divisiones y guerras entre los pueblos, no faltaron entre nosotros ciudadanos de mucha virtud que con la pluma, con fuertes obras y con martirios conservaron su fe, pero fué un movimiento de pocos que, además, estaban divididos, un movimiento que apenas si se imprimió en la superficie, bajo la cual continuaron las poblaciones en calma estúpida y soñolienta.

Todavía existen quienes creen que el Cristianismo y el Papado son la salud o la perdición de Italia; son opiniones ociosas que no dejan huella durable en las multitudes; el concilio ecuménico, que en otras partes de Europa suscita odios tan vivos o esperanzas análogas, entre nosotros no genera ni enérgicas oposiciones ni gallardas adhesiones.

La corrupción de las costumbres era la apariencia más grosera del mal que trabajaba a Italia y hacía

inevitable la catástrofe. Esta apariencia fué tomada por el mal en sí; y unos culpaban al paganismo y a los estudios clásicos, otros a la Corte de Roma, piedra de escándalo, y no pensaban que esa corrupción del Papado y ese paganizar de las clases inteligentes y de los mismos Papas eran también parte del problema; fenómenos y efectos que nada explicaban y que exigían ser explicados a su vez.

Pero los hombres políticos veían la cuestión bajo un aspecto más determinado. Tenían poca esperanza en los tardos frutos que pudieran madurar por una reforma religiosa y moral, y no creían en el Papa ni en Cristo, y escarnecían a los profetas desarmados. Ellos veían con claridad que Italia, dividida y falta de armas, mal podía resistir a los bárbaros: aquí estaba el peligro, y esto es lo que había que remediar. Les preocupaba mucho las discordias intestinas entre los ciudadanos, entre las ciudades, entre los Estados, y buscaban un sistema de *equilibrio* que diera satisfacción a todas las clases, manteniendo dentro el orden y la concordia, y ligara a los grandes Estados italianos irritados por recíprocas ojerizas contra los asaltos que vinieren de fuera. Asombra considerar cuántas sutiles combinaciones pululaban en aquellos agudos cerebros, encaminadas a poner orden en el Estado, a fin de obtener el deseado equilibrio, cuando ya el extranjero estaba en casa y dejaba por misericordia que continuara la disputa, a saber, si se vencerían los partidos con casi todas las habas o con media ración de habas.

No eran menos sutiles los juicios en torno a las condiciones y a las fuerzas de los Estados, acerca de las inclinaciones, las pasiones y los intereses de los príncipes, y sobre las varias combinaciones de las alianzas, con una fineza de observaciones y de análisis que

desearía ver en muchos documentos de la diplomacia moderna.

Desgarra ver tanta sabiduría aparejada a tanta impotencia. Veían las naciones vecinas elevadas a gran potencia en gracia de su buen orden y de sus buenas armas, y sobre todo por haber concentrado todos los miembros del Estado bajo una sola dirección. E intentaron hacer algo análogo en Italia. De ahí la serenísima liga de Lorenzo, y las ligas y contraligas de Julio; y habiendo fallado la tentativa de reunir en un solo haz de fuerzas los Estados italianos, y con el extranjero dentro de la patria, para echar a uno, llamaban a otros. De ahí las propuestas de milicias nacionales, para emanciparse de los caudillos, y ciertas órdenes de gobierno mixto que mantuvieran el equilibrio entre los descollantes y el pueblo.

Lo que en otras naciones era el natural resultado de la historia, en Italia eran combinaciones artificiales de ingenios sutiles. Y ningún ensayo tuvo éxito. Las ligas italianas fueron poco estables, porque eran alianzas de príncipes, sobre la base móvil de sus intereses. Las alianzas con los extranjeros convirtieron a Italia en el campo cerrado de todas las concupiscencias y de todas las insolencias, y acabaron como dice Guicciardini; al cual parece razonable que sólo *a*[illegible]*zará potencia grande aquel que tratará de vencer a los menores y acaso reducir a Italia bajo una monarquía.*

Harto tarde se pensó en las milicias nacionales, cuando los caudillos ya eran los amos y el país era recorrido por infantes suizos y españoles, por lansquenetes, trotacalles y hombres de armas. Ni las buenas ordenanzas pudieron obtener la concordia de los ciudadanos, de suerte que — miserando espectáculo — todos los odiaban y todos los llamaban. Por ello no

fué posible ninguna propia y nacional resistencia, e Italia fué conquistada con yeso.

El problema vuelve, pues, a plantearse ante ti. Nunca se vió tanta sapiencia y tan alta inteligencia como la que hallas en los grandes hombres que entonces tenían en sus manos la suerte del país; políticos, filósofos, literatos, artistas, cuyas obras todavía llenan de admiración al mundo.

"Italia—narra Guicciardini al principio de su historia,—sujeta toda a suma paz y tranquilidad, cultivada, tanto en los lugares más montuosos y estériles, cuanto en las llanuras y en las regiones más fértiles, no sometida a otro imperio que al de sus propios jefes, no sólo era abundantísima en habitantes, mercancías y en riquezas, sino ilustrada sumamente por la magnificencia de muchos príncipes, por el esplendor de muchas nobilísimas y bellísimas ciudades, por la sede y la majestad de la religión, florecía en hombres excelentísimos en la administración de las cosas públicas, en ingenios muy nobles en todas las doctrinas y en cualesquiera arte preclara e industriosa, y no carecía, según la usanza de aquella edad, de gloria militar; y ornadísima con tantas dotes, mantenía merecidamente en todas las naciones nombre y fama clarísimos".

Las palabras de Guicciardini se refieren precisamente al momento de la crisis, cuando Lorenzo de Médicis, Fernando de Aragón e Inocente VIII desaparecían del horizonte y entraban en escena los Borgia, Alfonso de Aragón y Ludovico el Moro; y Carlos VIII bajaba de los Alpes iniciando un movimiento que debía terminar con la sujeción de Italia al dominio extranjero. Y al principio no faltaron ilusiones. En Venecia se decía que Carlos venía a *ver* Italia.

Nuestros astutos hombres de Estado confiaban en que mediante el ingenio y la astucia podrían vencer esa fuerza bárbara, y en el peor de los casos, oponer

extranjeros a extranjeros, estorbar y reprimir a unos con otros.

Todos veían el peligro, todos proponían remedios, y no se llevó a cabo nada. No faltaron las ideas, faltó la voluntad, la fuerza para realizarlas. Agudos los discursos, estupendos los escritos, débiles las obras: todo se redujo a tentativas infelices y aisladas, sin eco, sin expansión. Actos heroicos, no raros, de individuos aislados y de ciudades solas; nada que revelara vida colectiva y nacional. Y así no hubo reforma, ni alianza itálica, ni milicia nacional, ni buen orden ni buenas armas; y todo se redujo a buenas palabras y a buenos escritos. Discutiendo, escribiendo, Italia acabó por ser fácil presa del extranjero.

Esta singular impotencia itálica en medio de todas las apariencias de la grandeza y de la potencia certifica que el mal era más profundo de lo que suponían los contemporáneos y de lo que nos parecía a nosotros. Censuremos, si os place, la traición de Ludovico o la perfidia de Borgia, o la despreocupación de León X; la censura nada explica; el mal era tan grave que la bondad o la perversidad de los individuos podían muy poco. Digamos también que el sentido moral estaba obscurecido; las costumbres, corrompidas, sobre todo las del clero; las armas eran mercenarias; los odios de clase a clase, de ciudad a ciudad, irreconciliables; príncipes y partidos competían en recurrir a la ayuda del extranjero.

Con esta lúgubre descripción de los fenómenos de una enfermedad que Machiavelli llamaba la corruptela italiana, el problema en vez de resolverse se amplía, sin que sepamos por qué causas Italia, bajo las apariencias de la más exuberante salud, se hallaba en tal disolución o corruptela que al primer choque con los bárbaros lo perdió todo, hasta el honor, y durante varios siglos desapareció de la historia, con una caída

tan profunda que todavía hoy mueve a duda que haya resurgido de verdad.

El análisis de esta corrupción italiana, de sus elementos, de su universalidad, de su intensidad, de sus causas, de su desarrollo, de sus efectos, el carácter y la fisonomía que dió a la nación, y sus vestigios todavía visibles, y que nos impiden continuar avanzando, es materia aun no bien considerada y dignísima de estudio.

Esperemos el Machiavelli o el Montesquieu que escriba concienzudamente dicha historia, exento de las pasiones contemporáneas. No bastan para ello sapiencia y diligencia de historiógrafo; se requiere ojo metafísico que sepa asir entre la variedad de los accidentes los rasgos esenciales.

Quien contempla con tal ojo aquellos tiempos, verá en seguida la diferencia capital entre Italia y las naciones que debían elegirla para campo de sus luchas: Francia, Alemania, España, Suiza. Estas, después de una larga elaboración, llegaban entonces a un firme estado político; emergían de sus luchas internas, unificadas, ordenadas y más fuertes, mientras Italia se había constituído varios siglos antes, y realizado toda una civilización, fruto de aquella precoz constitución. Desde los días en que las Comunas se emanciparon, Italia afianzó su estado, el cual en medio de tanta diversidad de casos se mantuvo inalterado en sus lineamientos esenciales y produjo ese milagro de prosperidad, de grandeza y de cultura sin igual en las demás partes de Europa. En el reino, donde había prevalecido la forma monárquico-feudal, el movimiento fué superficial y sólo en las alturas, en tanto que las clases bajas continuaban en una condición estacionaria de ignorancia y de bestialidad: sin embargo, no podría afirmarse que la cultura italiana no tenía algún eco y alguna correspondencia en dichas partes. Pero en el

resto de Italia la libertad había puesto en movimiento todas las fuerzas, todos los intereses, todas las pasiones, y en varios municipios había hecho sentir su acción en los más bajos estratos de la sociedad. Esta concentración de fuerzas puestas en movimiento por estímulos tan gallardos, aceleraba al par que consumía la vida italiana, agotando a todas las clases, de modo que en breve tiempo se realizó su historia, maravillosa por la incansable actividad, por la extraordinaria excitación de las pasiones políticas, por el ardor y la ferocidad de las luchas, por la amplia participación de todas las clases a la vida pública, por la infinita producción en las industrias, en los comercios, en la agricultura, en los estudios, en las obras de erudición y de ingenio.

Fué como la vida de Aquiles, gloriosa pero breve. Para las demás naciones, la Edad Media fué una larga y fatigosa elaboración; para Italia fué civilización, toda la civilización que ella podía aportar. (1)

En la época en que habla Guicciardini, esta civilización alcanzaba la máxima perfección, que se manifiesta en el lujo y en la elegancia, con esa idolatría de las

(1) "El mensaje contenido en *De Civitate Dei* (de San Agustín) posponiendo los valores materiales a los espirituales; colocando la cúspide de la vida humana en la serena paz de Dios, precursora y promesa de una paz inmortal; indicando la economía de la verdadera civilización en la práctica del bien y en la esperanza inquieta de lo mejor; estimulando al esfuerzo constante para la consecusión de más vasta justicia, arrojó las simientes de aquella cultura medioeval, mística e idealística, que en otras épocas una erudición superficial se había complacido en maltratar y en befar, pero que en la actualidad muchos inclinan a considerar como una de las más altas manifestaciones del Espíritu, en el Mundo."—*Ernesto Buonainti;* S. AGUSTÍN, p. 69. ed. Formiggini, Roma, 1917.—(Nota de A. A. V.).

bellas formas, con ese sentido y gusto del arte, con esa grandiosidad y suntuosidad en las fiestas, con esa voluptuosidad en las diversiones, con esa delicadeza y gracia al escribir y al conversar, en los modos y en las costumbres, que son los signos indudables de prosperidad, de holgura y de cultura. Aquella rica, alegre y florida producción en tanta variedad de formas de la vida material, intelectual y artística, era no el principio sino el resultado, la espléndida conclusión, casi la corona de una gran civilidad, que en su rápido curso se consumía rápidamente: era el fruto de un capital acumulado, de una actividad anterior, cuyo estímulo había terminado.

Esta bella vida tan aparentemente rica de salud y de fuerza, tenía ya secas sus raíces, amenguadas como estaban en la conciencia todas las ideas religiosas, morales y políticas que la habían llevado a tal prosperidad; el imperio, el Papado, la libertad comunal, la grandeza feudal: de suerte que en tanto irradiaba tan vivos esplendores, la sociedad, políticamente y moralmente estaba disuelta. Lo mismo ocurrió con la época de Pericles, con el siglo de Augusto y con el de Luis XIV.

Falta de todos los estímulos espirituales, de los cuales era consecuencia esta última flor de su civilización, Italia vió marchitarse en breve, subsistiendo sólo como fuerza motriz de los hombres, los intereses materiales.

Faltaron al Papado, a los Comunes, a los Príncipes todos los altos fines por los cuales se apasionan y engrandecen los pueblos: el temple nacional se debilitó y se rebajó el carácter. Y así faltaron a la par todas las virtudes de la fuerza, la iniciativa, la generosidad, el sacrificio, el patriotismo, la tenacidad, la disciplina; y surgieron las cualidades propias de la flaqueza moral, aparejada a la mayor cultura y desenvoltura del espíritu; la disimulación, la malicia, la doblez y ese equi-

librio en lo ambiguo, en los términos medios, que aconsejan la prudencia y la paciencia.

Las teorías, los principios, las instituciones eran siempre las mismas, aceptadas en la parte exterior, mecánica y literal, magnificadas en los discursos públicos, convertidas en un lenguaje convencional, en casa y en la plaza, y negadas y contradichas en la práctica: hipocresía habitual hasta en los más conocidos por su libertad de pensamiento.

Faltaba la fuerza de aceptar con sinceridad y de negar con audacia; la vida habíase trocado en una comedia, de la cual todos tenían conciencia. Como contraposición o protesta de una sociedad no resignada a morir todavía, abundaron grandes individuos, fuertes patriotas, pensadores audaces, reformadores firmes hasta el martirio, ciudades heroicas, hechos admirados y no imitados, solitarios, de poca o escasa eficacia sobre las multitudes. Ni bastó tampoco la presencia del extranjero en el país, o las ofensas a los bienes, a la vida, al honor, que suelen convertir en osados a los más timoratos, para despertar en aquellos pueblos una chispa de resentimiento y de vergüenza; antes bien, los debilitó por completo aquel espectáculo inusitado de salvaje energía.

Como acontece en los grandes males y en las imprevistas catástrofes, todos se desanimaron, todos los vínculos se aflojaron, cada cual proveyó a sí mismo, no pensando en los vecinos, o, más bien, pensando en sacar fruto de la ruina de ellos, hasta que todos estuvieron arruinados.

Y no faltaban clarividencia ni oportunidad en los remedios, y nunca el ingenio italiano se mostró tan fecundo en toda suerte de industrias y de sutiles percatamientos, de expedientes y de proyectos ingeniosos: no faltaba ingenio, faltaba temple.

Italia se parecía a un hombre que en la madurez del

ingenio se siente ya viejo por haber abusado de sus fuerzas. Y no es el ingenio, es el carácter o el temple el que salva las naciones. Y el temple se debilita cuando la conciencia está vacía y el hombre sólo es movido por el interés propio.

Pensando y reuniendo estas cosas, desde tiempo atrás, llegaron a mis manos las obras inéditas de Guicciardini; y hallé en la historia florentina y en las propuestas, y en los epistolarios, y en los discursos, y en los recuerdos, un tesoro tal de noticias y de observaciones que me maravillo no se haya ya agotado toda la edición, dado nuestro gran número de profesores y de estudiosos de historia. (1)

Y mucho me impresionaron, sobre todo, los *Recuerdos,* comparables a lo mejor que en su género se haya escrito. Lo que la natural prudencia, y la larga práctica de las cosas del mundo, y la doctrina, y la solitaria meditación, y el saludable recogimiento en los tristes y buenos accidentes de la vida, podía sugerir a un sagaz observador, todo lo hallas aquí condensado y

---

(1) Mas me informan que los editores no han ganado aún para cubrir los gastos de la edición, y que por ello se sienten poco dispuestos a hacer nuevos desembolsos, publicando la "Historia de Italia", según un manuscrito autógrafo de Guicciardini, que poseen. Y si se piensa cuán incorrecta, y en varias partes, alterada, o interpolada es la presente edición, por obra del profesor Giovanni Rosini, que ha querido, según dice, mejorar la dicción, se verá cuán ventajosa sería poseer la obra propia, integral, de Guicciardini, no juzgada por la censura medícea y barbarizada por el profesor Rosini.

Mas, si en otros países más afortunados y civiles los editores enriquecen, entre nosotros editar es empresa tan arriesgada que hay que pensarlo dos veces, aunque los editores fueran los nobles herederos del historiógrafo, Conde Pedro y Luis Guicciardini, y la edición fuera encomendada a la diligencia y a la doctrina de ese hombre egregio: Canestrini.

esculpido con rara energía de pensamiento y de palabra.

Y nunca he comprendido tan bien como durante esta lectura, en la que el historiógrafo, con perfecto abandono, se pinta a sí propio, y en forma de consejos te descubre sus pensamientos y sentimientos más íntimos, o, para decirlo con palabra moderna, su ideal político y civil del hombre; nunca he comprendido mejor por qué era entonces Italia tan grande y tan débil.

El hombre de Guicciardini—esto es lo que él cree que debería ser el hombre sabio—, es un tipo sólo posible en una civilidad muy avanzada, y marca ese momento en que el espíritu ya adulto y progresado expulsa la imaginación, el afecto y la fe, y adquiere absoluto y fácil dominio de sí. En este reino del espíritu el hombre sabio despliega todas sus fuerzas. Mucho ha aprendido en los libros, maravillosos de erudición y de doctrina; más no le basta. *Sabe cuán diversa es la práctica de la teoría; cuántos hay que comprenden bien las cosas y que no las recuerdan o no saben traducirlas en actos;* (1) *y cómo ninguno debe confiar tanto en la prudencia natural que se persuada que ella pueda bastar sin la accidental de la experiencia.*

Por ello la natural prudencia y la doctrina se aparejan con la experiencia, o sea con la *observación de las cosas.* Y todavía no le basta. Sabe asimismo que *la doctrina en cerebros débiles o no los mejora o los estropea.* Empero, la índole debe ser buena, tal que el espíritu no sea ofuscado por las apariencias de las impresiones, de las vanas imaginaciones y de las pasiones. Y cuando poseen estas buenas partes: la prudencia natural, y la experiencia, y la doctrina, y el

(1) "Sabio en los libros y zonzo en la vida", decíame una vez un estanciero de mi tierra. Un decir, centrífugo, cordialísimo.

cerebro no débil, *los hombres son perfectos y casi divinos.*

Tenemos, pues, que en nuestro hombre sabio, y en nuestro hombre perfecto, se aparejan lo accidental con el natural bueno, la doctrina y la experiencia con el cerebro *positivo* y prudente. Mas él tiene una cualidad todavía más preciosa, sin la cual todas las demás son de escaso fruto, y es la *discreción* o el discernimiento.

En los libros halla las reglas; más es grande error hablar de las cosas del mundo indistintamente, y absolutamente, así, por regla; porque casi todas están sujetas a distinciones y a excepciones, y estas distinciones y excepciones no están escritas en los libros; antes bien, debe enseñarlas la discreción. Sin discreción, pues, no valen la doctrina ni la experiencia.

La doctrina te da las reglas, la experiencia te da los ejemplos; *pero es muy falaz juzgar por los ejemplos, ya que la más mínima variedad en un punto puede ser causa de grandísima variación en el efecto; y discernir estas variedades, cuando son pequeñas, exige ojo bueno y perspicaz.* Por ello, ¡cuánto se equivocan los que a cada palabra se remontan a los romanos! Antes fuera menester una ciudad condicionada como la de ellos, y luego gobernarse a su modo; lo cual, a quien posee cualidades desproporcionadas, resultaría tan desproporcionado como querer que un asno corra como un caballo. Pero nuestro hombre no confunde un asno con un caballo, porque la naturaleza le ha dado un ojo bueno y perspicaz, y lee a menudo en un libro suyo que Guicciardini llama *el libro de la discreción.*

Este es el hombre perfecto de Guicciardini, todo espíritu, y armado de tan fuertes armas, naturales y accidentales. No es suya la culpa si tiene conciencia de su superioridad, si desdeña al *vulgo,* y como italiano juzga bárbaros a todos los demás pueblos, y si bien

lo vea potentísimos y valerosos, confía vencerlos y trocarlos en instrumentos suyos con la fuerza del ingenio y de la cultura.

Quien estudie con alguna atención este tipo intelectual, tal como ha surgido de la mente de Guicciardini, y que responde generalmente al estado real del espíritu italiano en aquella época, verá por qué nuestros hombres de Estado casi jugaban con los extranjeros, a quienes creían superar en inteligencia y en cultura, y en vez de temerlos confiaban en poder emplearlos para sus fines e intereses particulares.

—Vos sois entendido en armas, no en asuntos de Estado,—decía con orgullo Nicolás Machiavelli a un potente extranjero.

Francisco De Sanctis

(*Versión de* Alvaro Armando Vasseur.

(*Continuará*).

EL SÁTIRO VIEJO

Galante sátiro que en carne rosanieve
apagaste el ardor de tu sangre dionisia,—
yo te evoco en la primavera próspera de tu instinto
ebrio y somnoliento de la última conquista.

Yo te evoco, en la aurora de tu acechanza prócer,
sátiro de largos cuernos puntiagudos,
de vellón dorado,
de barba de trigo,
de boca sangrienta y dientes de lobo.

Yo te evoco,
sátiro magnífico,
de estatura herculina
nudoso de músculos y duro de carnes,
con tus pupilas fosforescentes,
tu selvosa testa
y tu olor a lujuria, a musgo y a sexo.

Yo te evoco, sátiro, atisbando la presa
entre laureles rosa o entre mirtos azules,
bajo el cielo nocturno del Archipiélago.

Yo te evoco, sátiro,
mordiendo la hierba
que pisó la sandalia
de Venus.

Yo te evoco, sátiro, florecido de rosas,
orgiástico, ojeroso, lleno de sueño,
oliendo
a miel, a fango, a vino y a sexo.

Yo te evoco... mas triste,—eres tan viejo!
Están secos tus labios,
tus ojos húmedos
color de légamo.
Está tu barba agrícola,
cenicienta,
enarcada tu espalda,
decadentes tus cuernos,
arruinados tus músculos.

Pobre sátiro amigo, nostálgico, sin sueño,
casi a flor de la piel
llevas el esqueleto.

Oh dulce Primavera!—
fugar de gratos céfiros;
oh, savia que revives
tu holgorio de seis meses!
(Maternales quejidos tiemblan en la dehesa
y los toros bravíos
mugen como en las églogas,
y las rubias zagalas,
de florecientes piernas,
suspiran sin motivo, cuando las gaitas suenan...)

Oh dulce Primavera
providencial, que tienes
un tesoro inexhausto
de polen en los pétalos,
que tiendes tu sonrisa
como un lazo a las hembras,
que enciendes de cantáridas
el sopor de las siestas,

y sumas cual guarismos
los cuerpos con los cuerpos,
y haces que el trigo se hinche
y la espiga reviente
y las ovejas sufran
excesivas preñeces;—
oh dulce Primavera,
ubérrima y serena
emperatriz del cetro florecido,
te impreco,
por la roja Afrodita
y la rubia Cibeles
y la nivosa Juno
y la azúrea Minerva
y por el agua sacra
de las surgentes Pierias,
devuelvas al caduco
sátiro de la selva,
su lozano prestigio
de juventud y nervio,
su belleza herculina
y su selvosa testa,
los nudos de los músculos
y la rosa sangrienta
de su boca de lobo
de "luminosos dientes",
apta para el mordisco,
el suspiro y el beso...

—Oh sátiro, tu sangre
olímpica está muerta...

—Viejo sátiro amigo,
ya no sufres ni sueñas:
feliz de ti que tienes
el corazón de piedra!

PABLO DE GRECIA.

UN HOMBRE

Este último novio que he dejado me ha dicho:

—A pesar de la herida que infieres a mi alma, yo no puedo guardarte rencor: quiero ser tu amigo, tu amigo del corazón.

Esto me lo han dicho dos, cinco, diez, todos los novios que he dejado.

Pero Dios mío—pienso—¿es esto degeneración, elevación del espíritu, qué es? ¿Pero es que puede una ilusionar a un hombre, dejarlo un buen día y éste quiere seguir siendo su amigo? ¿O qué entenderán por amigo, toda esta gente?

Sinceramente: yo no me siento amiga así porque sí, de alguien que no piense como yo. Hermana, puede ser. Amiga, no.

Y cuando oigo a uno de estos ex novios "quiero ser su amigo del corazón", me dan unas ganas locas de sacudirle por los hombros y gritarle, yo creo que hasta con lágrimas de desesperación en la voz:

—Guárdate tu amistad. ¡Qué notable! Amigos... sí, estoy harta de amigos del corazón, del alma, del cerebro, del estómago, del bolsillo!

¿Amigos? A mí me hace falta un hombre; pero un hombre mío y no del qué dirán; un hombre para mí sola y no que sea también para mi socia la literata que llevo en la cabeza, o para mi socia la niña elegante que llevo en mis vestidos. Guárdate tu amistad, pobre diablo que no supiste ser mi hombre. ¿Amigos? ¿Para qué los quiero?

A mí me hace falta un todo un hombre. Y después, enemigos.

HERMINIA C. BRUMANA.

ALABA AL GORRIÓN...

Yo te reverencio gorrión, símbolo de la hora. Encarnas admirablemente en pájaro, un hombre de nuestros días. Eres un dechado de malas cualidades, tienes todas las características de un triunfador.

Un tubo digestivo sobre unas patas bien provistas de uñas; un pico fuerte, un estómago admirable, un ojo avizor; un tono de pluma de mimetismo perfecto, una audacia sin límites, una "confianza" que me asombra.

Los mayores problemas que nos agitan en este momento crucial de la historia, tú los has resuelto franca y llanamente.

¡Qué se tome tu ejemplo!

Vives en la casa del vecino; al vecino le confías que empolle tus huevos, y en pago, si tienes hambre, le comes los hijos que él amparó con su calor junto con los tuyos.

También el huésped engañado te criará luego los hijos. Haces la crianza de amas, como nuestros matrimonios de hoy que van al *Dancing*.

Has ahuyentado de tu radio de acción al chingolo que tenía la debilidad de cantar perdiendo miserablemente bocados y que tenía recatos de buen criollo; y a la ratonera que dejaba pasar las horas peinando su plumón sutil y se extraviaba romántica y tonta bus-

cando para su nido la perfumada madreselva becqueriana...

*
* *

Yo te reverencio gorrión cuando te veo todas las mañanas —mientras espero el tren que me lleva a mi oficina— el pájaro de la civilización; tú sabes trepar sin miedo sobre un eléctrico en marcha y revoloteas seguro alrededor del "Ford", feo, traginante y chillador que avanza.

Emigrante que ha prosperado; nuevo rico; metido en todos lados; audaz; vividor; alado dueño de auto, —recuerdo bien como en Río de Janeiro en vez de ir a dormir en el retiro del morro cercano donde los árboles florecían, brillaba por la mañana el rocío y se contemplaba una admirable salida del sol, —ibas a pernoctar en los arbolitos rapados del Largo de Carioca, de cuyo asfalto subía penetrante un vaho de nafta sucia, pero donde podías engordar con grata facilidad, aunque sea disputando la pitanza a la escoba de los barrenderos oficiantes en aras de Hygeia...

¡Hic et ubique!

*
* *

Yo te reverencio gorrión, pico bravo, estómago admirable, sin escrúpulos, sin cantos, sin ideal, símbolo de la hora, pájaro de nuestra civilización!

J. M. Fernández Saldaña.

MELANCOLÍA

Mi cuartito está oscuro y triste.
(¿Por qué no viniste?)

Te he esperado en vano,
temblorosa la mano,
el cuerpo cálido,
pálido
de emoción;
haciéndome el dormido cuando me parecía
que te sentía...
(y cómo me latía
el corazón!)

Estaba tan contento,
si supieras; estaba tan hambriento
de toda tu frescura contra mí,
y...
Estoy triste, triste.
¿Por qué no viniste?
Creí sentir mil veces el ruido de tus taquitos,
el caminar furtivo de tus zapatitos
altos, de charol;
y los ojos cerrados sobre la almohada,
tu cabecita rubia, tu cabeza adorada
contra la mía, mi pequeñito sol.

Sin tu dulce presencia mi vida es tan dura...
Sabes, el contacto de tu almita pura

y tu carne sana,
es como esa vaga lumbre que ilumina mi pieci-
[ta oscura,
por entre las tablitas grises de la persiana.

Un reloj lejano da las once.
Yo estoy acostado en mi cama de bronce,
los brazos cruzados sobre el pecho.
(¿Por qué no viniste? ¿Qué te he hecho?)

. . . .

En mi cuartito de soltero,
las cosas han tomado un aire austero,
casi desolador.
(Soy todo tuyo, mía, mía, mía).
Remachando la atmósfera triste y fría,
late con infinita melancolía,
el corazoncito del despertador.

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

1920.

LA CULTURA FILOSÓFICA

1.º Defensa de la filosofía.

Está de moda atacar todo lo que pueda ser metafísica o huela a espíritu. En esos ataques hay mucha injusticia bajo una aparente razón. Los hombres, por lo regular, desprecian lo que han de ensalzar al día siguiente. Los cartesianos, por ejemplo, se desinteresaron de los estudios que no podían reducirse a geometría; y actualmente se ataca todo conocimiento que no aparezca controlado con el microscopio o los reactivos.

Hay, sin embargo, una razón fundamental que justifica ciertos ataques dirigidos contra la filosofía: ésta comprende demasiados problemas, y son objeto de la filosofía investigaciones de naturaleza muy diversa; en muchos casos prescinde de los otros conocimientos y pretende, con una jactancia ridícula, imponer normas que la ciencia conceptúa imposibles.

Desde que el hombre puso en juego su actividad de conocimiento se han producido las más disparatadas y extraordinarias concepciones; porque en general se tiene tendencia a encontrar aceptable todo lo que pueda favorecer nuestro interés. La naturaleza misma de los conocimientos filosóficos, que no son verificables materialmente, ha favorecido la tendencia que se señala. El abuso del ingenio ha aumentado el mal.

Por otra parte, el estudio de la filosofía histórica se toma por un conocimiento de verdad y así continúa el desprestigio.

Lógico es que los químicos, por ejemplo, queriendo indicar el modo cómo se ha llegado a la ciencia actual, presenten la evolución de la misma, desde la alquimia a las hipótesis modernas, a las experiencias de laboratorio; pero a nadie podrá ocurrírsele, como base de ataque a la química, el hecho de que algún día se haya creído muy seriamente en la trasmutación de los metales (que no estaría muy lejos de ciertas doctrinas actuales sobre la constitución de la materia); o como base de ataque a la medicina, todos los errores que se le atribuyen, desde las teorías de las virtudes hasta el criterio animista de Stahl y sus discípulos.

Ese estudio de historia de las ciencias tiene interés para indicar la forma cómo se han adquirido los conocimientos actuales.

La separación entre el estudio histórico y el estado actual no aparece clara, en filosofía como en ciencia, por culpa de los mismos filósofos que confunden generalmente la erudición con la filosofía. Habría que hacer, sin embargo, una distinción clara entre los estudios que significan aumentar la cantidad de conocimientos, y el análisis de los esfuerzos que se han intentado para llegar al estado actual.

Se toma la erudición como una finalidad, y se prescinde lo más posible de los otros conocimientos. Mucho de lo que sabemos hoy de la filosofía consiste en una reedición de viejas doctrinas, y de esas viejas doctrinas no todas merecen el honor de ser resucitadas. Despreciada la filosofía por la generalidad, ha caído en manos de una mayoría de mentalidad corriente, que no puede cultivarla en el nivel a que debería mantenerse siempre para que tuviera eficacia.

Y sobre este error están fijos los ojos de todos.

No damos importancia a lo inútil que se amontona en ciencia, pero concedemos valor principal a lo inútil que se fabrica en filosofía. Pueden acumularse los enormes volúmenes de descripciones de aves, insectos, al estilo de esos fatigosos catálogos del "British Museum", por ejemplo, sin que a nadie se le ocurra que eso sea esfuerzo que podría emplearse en otra obra; y sin que se piense al mismo tiempo en hacer cargos a las ciencias naturales por ese derroche de energía inútilmente hecho.

En cambio, se ataca rudamente el artificioso trabajo de algunos moralistas haciendo culpable de ello a la moral; o a las ingeniosas construcciones sobre el conocimiento, la vida, el espíritu, que constituyen lo fundamental de la metafísica.

Es que la filosofía tiene también sus "catalogadores" y tiene los que llevan al estudio solamente una mediocre paciencia, o una buena voluntad sin inteligencia, que les hace perder de vista una finalidad que escapa a sus criterios.

Son esos espíritus corrientes que en filosofía pretenden sea ella directora de la ciencia, y que en ciencia se extasían por todo lo que es palpable, y sólo por lo que se puede verificar con el microscopio o los aparatos de laboratorio.

2.° Desplazamiento de la filosofía. Esta tiene más finalidades prácticas que las que se les reconocen.

Le ha faltado a la filosofía un campo propio: y pretende casi siempre abarcar demasiado. Está ahí la primera tarea que debe hacerse. El que estudia para sí no lo necesita tanto como el que estudia para enseñar. Esa enseñanza debe tener un valor efectivo. No diré valor práctico porque comúnmente se entiende por eso la adquisición de conocimientos necesarios pa-

ra utilizarlos directamente con el fin de obtener una ventaja económica. Se estudia, así, medicina para curar; vale mucho la bacteriología porque puede dar origen a la higiene; y ésta porque permite al hombre evitar enfermedades; se estudia derecho para ser abogado, o sea trabajar con el derecho positivo, etc., etc.

Desde este punto de vista no puede verse la importancia práctica de la filosofía, y principalmente de la metafísica.

Pero puede haber una finalidad práctica un poco más elevada que todo eso y ella consiste en aumentar la cantidad de conocimientos cualquiera que ellos sean, ya que el hombre, por constitución espiritual, está organizado de tal modo que tiende a aceptar cada vez más la cantidad de interrogaciones que se le presentan.

Es ya viejo aquello del filósofo griego que se entretenía en estudiar las secciones elípticas de un cono, estudios perfectamente inútiles pero que muchos siglos más tarde iban a permitir a Kepler formular las leyes cósmicas. Hay una tercera finalidad práctica en la adquisición de un conocimiento por sí mismo, por el hecho de que en sí mismo es útil: para comprenderla es preciso desplazar un poco de criterio de utilidad y hacerle perder el carácter de subordinación que tiene siempre en las dos formas anteriores, y que ha originado el prejuicio de que las ciencias son las únicas que pueden dar conocimientos útiles. En una palabra, puede existir utilidad en amplificar nuestro espíritu, pero más que nada puede haber utilidad en responder a las interrogaciones de nuestro espíritu.

A menos que se esté en el caso de las mediocridades felices que se extasían ante las maravillosas creaciones que otros hombres han hecho, alguna pequeña parte de actividad tiene siempre el espíritu, y esa actividad fatalmente ha de rebasar lo que pueda ser concretamente verificado.

Pero no se trata de ponernos a observar cuidadosamente esa actividad con el espíritu enfermizo que tanto molestaba a cierto pensador cuando se acordaba de Amiel. Se trata de estudiar un problema serio y concreto que puede tener, pensado sinceramente, un gran alcance para cada cual.

Mas este estudio no puede estar desprovisto de cierta aplicación práctica. Los resultados extraordinarios de la voluntad en la acción, y el espíritu que realiza acciones que sobrepasan todo cálculo, son ya finalidades interesantes, y que tampoco tendrían por qué estar ni reñidas, ni subordinadas, ni dominando a la ciencia. (Como ejemplo de la influencia de lo filosófico sobre lo científico, podría, sin embargo, verse la influencia de Bergson en los estudios de neurología). Y principalmente, todo lo que significa encauzar o indicar la forma cómo actúa nuestra personalidad, criterios o criterios de lógica, no pueden dejar de tener una base fundamental de práctica, en el último sentido indicado.

3.° Un error. La filosofía no ha tenido en cuenta la actividad práctica.

Sin duda es exageración dar importancia tan fundamental a una gran parte de los sistemas morales, y ellos han perdido mucha influencia.

Observa Papini con un criterio algo exaltado, que el signo de la bancarrota de la vieja filosofía está en que "tanto el idealismo Berkeleyano que niega de pa- " labra la materia, y el materialismo Buchneriano, " que niega de palabra el espíritu, se comportan, en " la práctica, delante de aquello que se acostumbra " llamar *mundo externo*, del mismo modo".

Moralistas y lógicos principalmente se pertrechan con todas las doctrinas, esquematizan todo, y salen satisfechos a la conquista de la acción superior. Hay

algo de aquel bravo espíritu simple de Tartarín de Tarascón que salía con todo su arte de matar leones en el espíritu, y que solamente conseguía de víctima a un borriquillo.

Para escapar a esa innocuidad debería darse a la filosofía, como carácter que no se prestara a discusión, el de servir de organizadora de la actividad humana. Los defectos de actividad perjudican la manifestación de nuestro pensamiento, y perjudican también cualquiera forma de acción que se intente.

Es un defecto de actividad el que hace tan cerrados y orgullosos a los que dan forma científica a concepciones vecinas de la despreciada filosofía, como es defecto de la actividad mental el concebir la organización social como un problema simplista.

Con esto último aparece más la función de la filosofía en lo actual, y que consiste en contribuir a resolver los problemas sociales, que deben tener carácter propio como lo tienen también todos los problemas de la mentalidad.

4.º Verdadera utilidad de la filosofía.

Dejan de ser de este modo los estudios filosóficos tarea sencilla de imaginación o de ingenio, y la filosofía histórica, como la historia de las ciencias, nos servirá para indicarnos solamente de un modo comparativo, qué es lo que se ha adquirido por el espíritu humano después de tantos esfuerzos y de tantas teorías.

Esta sería la importancia en general de los estudios históricos.

Con respecto a nuestro ambiente aparece una ventaja más. No tenemos el problema del estudio de las humanidades. No tenemos el lastre que da a las ideas y sentimientos de los pueblos una tradición que impide se ande a tumbos; nos falta la sensatez que sur-

ge de ver bien claro cada problema y que pone un poco de escepticismo irónico para todo afán de hacer por el simple hecho de hacer, por decir que se innova, y sin que haya la necesidad de la acción orientada en un sentido. Tenemos demasiado vivo el culto a lo moderno y a lo último.

Conviene poner un contrapeso a ese modo de ser, y creo que los estudios filosóficos podrían enseñarnos un poco a plantear los problemas sociales y mentales como otros tantos problemas serios que deben estudiarse y resolverse con sensatez igual a la que podrían darnos los criterios científicos; a no abusar del ingenio porque esa clase de problemas requieren algo más que un juego de palabras, una exaltación oratoria o un sentimentalismo impresionante; y sobre todo podría servir esto para dar carácter a la personalidad, carácter propio que falta casi siempre.

ANTONIO M. GROMPONE.

ADIOS

Era un orgullo de varón amante
mi lloro sin consuelo;
inconfundible signo de poeta;
de cándido; de bueno.

Yo dí, en amar sin tasa,
mi corazón entero:
río de amor que hacia la mar corría
traslúcido; sereno;
dulcemente fatal. Por tus encantos
ardió mi juventud como un incienso
que al cielo alzó sus espirales, ¡vanas!
pues tu desvío, luego,
hizo un derrumbamiento fabuloso
en este pecho,
que ama con intuiciones de poeta;
de cándido; de bueno...

Era un orgullo de varón amante,
mi lloro sin consuelo:
primero te soñé mía y por siempre;
cifré después lo eterno
en mi llorar por el Edén perdido;
y, como el sabio lírico, yo, ingenuo,
lloré "lo no venido por pasado".
Así pasé mis tiempos,
hasta que una mañana jubilosa

me levanté sonriendo,
y me sentí tan optimista y joven
que me desconocí; miré hacia dentro
del corazón, y vi que ya no estabas
en él; y en mi recuerdo,
ya tu perfil era un vellón de nube
llevado por el viento
trágico del olvido;
y dí en llorar y en suspirar de nuevo
al ver que me quedaba sin historia,
sin fantasía; hueco:
¡Como el alma de un pobre
niño que no ha escuchado ningún cuento!

Tú me dijiste: Adiós,—ha muchos días—
y me quedé llorando y en silencio;
pero ya he recobrado la palabra:
otra mujer, el hueco
llenó, que me dejastes en el alma;
y, a fuer de caballero,
tomo la lira que cantó tu encanto
y te respondo en verso:
—Adiós; y que los hados generosos
te den por dueño
un hombre con entrañas de poeta;
de cándido; de bueno...

PEDRO DEL RIVERO.

GLOSAS DEL MES

La Academia no es castiza...

Repetidamente, en las columnas de esta publicación, sus colaboradores hemos zaherido a la gramática y a los gramáticos. Esa venerable señora nos es muy antipática. En cuanto un crítico tiene hechuras de dómine, su juicio ya no nos interesa. Porque por encima de todo lo gramatical, llámese sintaxis u ortografía, hay cosas mucho más sugerentes: la idea, el talento, el aura convincente y triunfal del genio.

No es que nos guste el lenguaje deslavazado, no. Cuanto más limpio, claro y expresivo es el estilo, más nos capta. Pero, lo dijo Víctor Hugo: la gramática aplasta la poesía. No es el vaso lo que más nos debe preocupar. El recipiente es una cosa secundaria. El contenido del vaso, vale decir: la esencia, eso ya tiene otra monta. Mas hay algo interesantísimo para nuestro comentario. Y esto es el juicio de Julio Cejador sobre la Academia. Copiemos párrafos arrancados a una carta abierta que publica "La Tribuna" de Madrid:

"Tiempo ha debía haber aconsejado nuestra Academia que llevasen al lenguaje literario los escritores todo el caudal de palabras usadas en las diversas regiones de habla castellana; que los de Valladolid hablasen vallisoletano, aragonés los de Aragón, andaluz los andaluces, montañés los santanderinos, murcianos

los de Murcia, criollo los americanos. Porque como todas esas maneras de hablar son castizamente castellanas, ese es el único camino para limpiar el habla literaria de galicismos, de latinismos y de pedanterías muertas y podredumbres extrañas. Es el único camino para que sea puro castellano el lenguaje literario y tenga espíritu castizo, propio y nativo, dejando el espíritu francés del siglo de Luis XIV que la Academia le ha venido infundiendo. Ese es el camino para que el habla literaria sea viva, no apartándose del habla viva popular."

Para Julio Cejador, la Academia no tiene espíritu y si lo tiene, éste es anticientífico y antiespañol. Los académicos españoles piensan más que en el porvenir del idioma, en sus dietas burocráticas. Los hay sin condiciones lingüísticas. Háilos que de filólogos sólo tienen lo poco que adquirieron después de incorporarse a la Academia. Es interesante esparcir estas cosas para que los literatos americanos recobren su espíritu de independencia y se preocupen menos de la crítica hecha a base de análisis gramatical. Julio Cejador, como filólogo es un sabio y como crítico su autoridad no la desconoce nadie. Y, sin embargo, Julio Cejador escribe de esta guisa:

"No hay criollo más criollo que el habla de los gauchos. Pues bien: no hay habla más castizamente castellana que el habla gauchesca. Esos sí que no emplean galicismos ni latinismos, como los borrajeadores de periódicos en América y España. Antes el habla gauchesca y el criollo de toda América retraería el idioma literario hacia sus fuentes, y casi escribiríamos como en el siglo XVI. Porque apenas difiere del habla del siglo de oro el habla popular de América y de España. El que se apartó de ella es el idioma literario, por imitar el francés y por allegarse al latín. Y quien más ha hecho por esta deformación y desnacionaliza-

ción del idioma ha sido la afrancesada Real Academia Española."

No hay en la península crítico alguno tan enterado de las letras americanas como Julio Cejador. Su "Historia de la Lengua y la Literatura Castellana", con todas sus deficiencias, punto menos que insalvables, quedará como un monumento. Por eso es importante oirle decir:

"Los gauchos y los criollos americanos en general hablan castellano más castizo que los señores académicos. Luego, lo mejor que pueden hacer los criollos, para ser castizos y castellanos viejos, es escribir en criollo. Los señores académicos serán los que entonces queden en descubierto, pues todo el mundo verá que escriben medio en francés y medio en latín, y que los que escriben en limpio castellano son los criollos. Abro el "Martín Fierro" al azar:

"Pegue un brinco, y entre todos,
sin miedo me entreveré;
echo ovillo me quedé
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.
El más engolosinao
se me apió con un achazo,
se lo quité con el brazo;
de no, me mata los piojos;
y antes de que diera un paso
le eché tierra en los dos ojos.
Y mientras se sacudía
refregándose la vista
yo me le fuí como lista
y ay no más me le afirmé,
diciéndoles: "Dios te asista",
y de un revés le voltié.

Pero en ese punto mesmo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas,
y la sangre se me heló.
Dende ese momento yo
me salí de mis casillas."

"Bastan estas tres estrofas. En cualquier tertulia de café, donde se juntan personas de varias provincias, estoy seguro que, si se lee este artículo, saltarán todos diciendo que así se habla en su tierra. Donde no se habla así es en la Academia".

"¿Qué académico es capaz de escribir y ni aún de decir hablando: "me entreveré", "echo un ovillo", "jugué de mi facón", "engolosinao", "se me apió" o "se me apeó con", "de un revés lo voltié", "mesmo", "dende", etc., etc.?

"Yo no sé cómo dirían esas cosas los académicos; pero a buen seguro que las dirían más a la francesa y no sabrían dar esas admirables pinceladas que encierran los idiotismos y frases castizas de que están llenas y cuajaditas estas estrofas. Ellas son literariamente maravillosas, y nada más que por el empleo de esas frases. Pónganse otras galicanas, y desaparece su valor estético. Luego, todo literato debe alegrarse de que los americanos escriban ese criollo, y todo lingüista, nada menos. Porque ese es lenguaje vivo, no palabras muertas, sacadas del diccionario latino o traídas de allende. Y ¿qué diré del español? ¿Qué español no salta y brinca de gusto al saber que así se habla allá por las pampas americanas? ¿No se habla así en Córdoba, en Extremadura, en Toledo, en Zaragoza, en Burgos, en Santander? Venga, pues, ese lenguaje criollo a limpiar el idioma literario de las sandeces eruditas con que lo emporcó la Academia, pretendiendo limpiarlo, fijarlo y darle esplendor."

Y luego:

"No se limpia el castellano haciéndonos decir: "doctor, obscuro, examen, septiembre, perfecto, mismo, substituto, monstruo, extraño". El pueblo americano, el pueblo español y nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII decían y escribían y dicen todavía vulgarmente: "dotor, escuro, setiembre, perfeto, mesmo, sustituto, mostruo, estraño". Díjose, y escribióse, y se dice: "dino" y no "digno", "trujo" y no "trajo", "engolosinao" y no "engolosinado". Frases castizas y gráficas son: "hacerse un ovillo", "jugar de la faca", "apearse con", "echarle tierra a los ojos", "hacerle cosquillas el puñal", "helársele la sangre", "salir de sus casillas". Y yo quisiera saber cómo se dicen esas cosas tan linda y gráficamente en gabacho y en el chapurrado periodístico agabachado y en el planchado lenguaje de los discursos académicos. Venga, pues, el habla criolla a remozar el lenguaje literario antiguo y moderno popular, que es todo uno, y a limpiarlo de galicismos y de academiqueces. ¡Ojalá escribieran los argentinos ese criollo o castizo castellano y les imitaran las demás regiones americanas y españolas! ¡Entonces sí que se enriquecería el diccionario literario y ganaría la literatura, y se purificaría el lenguaje escrito!"

A Cejador no le gustan, como no le gustan los académicos españoles, los escritores "exquisitos" de América que alquitaran su estilo con la literatura de París. Le entusiasma el escritor popular, el que escarba en el habla viva soterrada del gaucho o del provinciano español. Porque, como bien dice, en cuanto queremos apartarnos del pueblo, no hacemos sino echar por los cerros de la erudita pedantería, de lo deleznable y de lo artificioso.

VICENTE A. SALAVERRI.

Notas bibliográficas

Un teatro en formación, por Juan Pablo Echagüe.—Buenos Aires.—1919.

Aparte un pequeño detalle que queremos salvar y que se refiere a la denominación de "teatro argentino" y de "teatro nacional", con que autor, editor y prologuista llaman a lo que en verdad es teatro ríoplatense,—puesto que nuestra contribución forma allí las mejores páginas y que es innegable que Florencio Sánchez, Arturo Jiménez Pastor, Víctor Pérez Petit, Otto Miguel Cione, Vicente Martínez Cuitiño, etc., son uruguayos de cuerpo entero,—todo lo demás en este libro es admirable.

Admirable el prólogo de Francisco García Calderón, ese sutil espíritu americano impuesto ya en Europa por "su pasión de comprender", como dice Gonzalo Zaldumbide; admirable el arte de Juan Pablo Echagüe, cuya pluma recuerda los mejores cronistas franceses de la época, Faguet o Blum; admirable la crítica, llena de facilidad harmoniosa y aristocrática, que castiga sonriendo, como en la frase latina.

Echagüe proclama en sus crónicas la orientación del teatro nacional hacia el estudio de costumbres, la observación, el análisis; vale decir, la recusación del teatro gauchesco y compadrón que repugna a los espíritus no ya finos sino mediocres, sirviendo sólo para aguijonear los bajos instintos populares. Creemos que su tesis es la que vale, la que debe propiciarse con fervor para desviar la línea peligrosa y levantar el teatro ríoplatense.

Un crítico francés, cuyo nombre olvido en este instante, decía hace poco de una nueva crítica teatral, que no se interesa por el drama en sí o por la fisonomía literaria del autor, sino que se preocupa por la semblanza moral e intelectual del público, convirtiéndose de crítica literaria en crítica sociológica. La pieza teatral viene a ser así, en la modernidad de la hora y para la exigencia de esa crítica, la observación de un documento, el reflejo de una vida, la naturaleza de las almas,—antes que la intención personal o la tesis filosófica.

Echagüe, con ese fino espíritu que le caracteriza, no ha olvidado esa faceta de su labor crítica, y recuerda frecuentemente a los auto-

res el alma colectiva de su auditorio, para el que desea la salud y la virtud de la cultura, más de una vez desnaturalizada por el extranjerismo y la amoralidad.

Falta hace en nuestro ambiente uruguayo un crítico teatral con tal enjundia y tal criterio. Sin embargo, el recuerdo de Samuel Blixen perdura todavía y pudiera decirse que aún hay quien escucha su palabra. Se necesita únicamente la presencia material de quien fustigue las inclinaciones siempre fáciles hacia los géneros subalternos, redimiendo con energía la pureza de un teatro que puede triunfar brillantemente sin caer en la falsedad, en el vicio, en la risotada o en el mal,—que tanto dañan y perjudican—creando apenas héroes momentáneos y éxitos efímeros en contraposición al teatro clásico, para cuya dignidad fué oficio sagrado crear personajes inmortales, escenas culminantes, sentimientos castizos, universales o regionales.

Mucho habría para decir alrededor de las mil y una cuestiones artísticas que suscitan las crónicas de Echagüe, sobre todo si las tomamos en su carácter verdadero y las comentamos en todo su horizonte. Sólo vamos a recordar aquí la hermosa conferencia sobre el teatro platense, que Echagüe agrega al final de su libro, y donde explaya parte de su anhelado programa artístico, compartido sinceramente por nuestro afán lírico y esperanzado.

No cabe otra cosa, al fin de estas impresiones ligeras, que prometernos para un día cercano, un ensayo, modesto y humilde por ser nuestro, sobre el teatro uruguayo, confundido en sus orígenes y en su desenvolvimiento con el teatro argentino, no poco diferente después de todo, en el fondo y la forma, por causas múltiples y órdenes diversos.

Siga, en tanto, el ilustre Juan Pablo Echagüe, discerniendo valores, analizando tesis, estudiando géneros y autores y públicos, desde la alta tribuna de "La Nación", que así contribuye con eficacia,—como dice García Calderón,—a pulir el bloque formidable y a conciliar la fuerza y la gracia, el sentido de la tierra y el mensaje de las estrellas, el alma de las sociedades y el hervor de la vida en la grandiosa exaltación civilizadora de estos pueblos criollos, que el destino encamina a reemplazar a los viejos y caducos centros que polarizaron la cultura y el progreso universal.—**T. M.**

Poemas del silencio.—José Carduz Viera.—Rocha.—1920.

Los canelones que habían en el patio cortaban como en un tríptico el mar cabrilleante y el cielo azul, la laguna con sus aguas dormidas y los médanos color de rosa viejo, los cerezuelos adornados de espinosos montes y el vecino palmar. Esa visión de la que fué mi casa aparece ahora, cerrando los ojos al concluir este libro, y también aparecen las obsedantes luces de los faros, y la visión de los transatlánticos iluminados, allá por el horizonte negro, como unos monstruosos gusanos fosforescentes.

Rocha, con su esplendor intacto, los vientos limpios de humo de locomotoras, el encanto bíblico de sus tierras pastoriles, la atmósfera visionaria que todo lo envuelve y que ahonda el alma tanto, tanto, que nuestro tesoro de ensueños con frecuencia no bastaba, y nos íbamos a abrir el pecho hacia el espacio libre, recostándonos al alambrado del camino de Castillos. Del mar desflocado en espumas rutilantes nos venía con la onda tónica gran golpe de cosas inexpresables, dulces, como si las cantaran algunas sirenas extraviadas en el litoral inhóspito...

*
* *

De aquella tierra nos vino este libro ingenuo, de simplicísima armonía, tal como el murmurio arrancado por la brisa en sus juegos con las frágiles cañas. El alma de Carduz Viera ha sonado así: bien dispuesta por indiscutibles circunstancias ambientes se ha estremecido con elogioso impulso juvenil, y por eso el libro es ingenuo, pues las sensaciones que han ondulado su cordaje nervioso, todavía no traen dolores, ni esperanzas violentas, ni otras rudas alternativas; es decir, lo necesario para infundir en el verso tal bizarra expresión, que de ella sólo resultan su sentido y su timbre.

De Carduz Viera esperamos ese verso, pues sufrirá, que para eso nace todo varón; y será dichoso, pues la ilusión, señora no mezquina, ha de obsequiarle sus mágicos bálsamos; entonces su alma, que aparece bien dispuesta, cantará en la atmósfera visionaria de aquella tierra hermosa, otros poemas cuyo alto mérito desde ya profetizamos.

*
* *

Completamos nuestra opinión sobre este libro aconsejando a Carduz Viera, con intención cordial; y para exactitud del pensamiento, ya que nuestra humildad flaquea en esta labor atrevida, transcribimos de una balada de Paul Fort, pues mucho mejor será. "Contemple, soi ta chose, laisse penser tes sens, éprends-toi de toi-même—épars dans cette vie.—Laisse ordonner le ciel à tes yeux, sans comprendre,—et cree de ton silence la musique des nuits."

Sí, joven amigo, cree usted de su silencio, del **verdadero** silencio, que la vida hará lo demás: pues ya tiene usted la fortuna de cantar en esa tierra de esplendor intacto, de vientos limpios de humo de locomotoras, de tierras pastoriles con encanto bíblico, de atmósfera visionaria que todo lo envuelve; tierra de la cual siempre pensamos y hablamos con el corazón conmovido.—**E. S.**

Primeros vuelos, por Carlos Roosen Regalía.—Montevideo.—1920.

No puede concluirse de leer este libro sin sentirse apenado por la temprana desaparición del autor; porque si alguna vez se ha hablado con justicia de esperanza malograda es en este caso.

Muertó a los veintiún años, desconocido literariamente, sus amigos han coleccionado y dado a publicidad una serie de pequeños poemas en prosa; ¡primeros vuelos de un alma casi adolescente que fueron también los últimos!

Ignoramos si en este libro está toda la herencia literaria de Roosen Regalía; pero aunque así sea es bastante para que pueda afirmarse que hemos perdido un artista en el significado más estético del vocablo.

Resalta en "Primeros vuelos" un deseo que es sello de mente superior y fuerza madre de prodigios: el de ser original. Es claro que muchas veces, por esto mismo, resulta confuso y no puede desentrañarse el sentido metafísico y, algunas veces, hasta el simple sentido de sus poemas, así como también se nota a la legua la artificiosidad de sus elementos constructivos; pero es mucha exigencia pedir a veintiún años originalidad y claridad, o una interpretación nueva y exacta de las cosas.

Otra cualidad que se destaca es la distinción, la elegancia, el aristocratismo. Un santo horror al lugar común y a lo plebeyo polarizaba el alma del autor, y esto no sólo fluye de la elección del tema, sino de la delicadeza del lenguaje y la elegancia del ademán, por manera que ciertos adjetivos, como el de "pateado" y "podrido", utilizados en dos ocasiones, dejan un desagrado de palabra grosera pronunciada en un ambiente de selección.

Se ha citado entre sus maestros a Juan R. Jiménez y Rabrindanath Tagore; a nuestro juicio habría que añadir también a Oscar Wilde, cuya influencia nos parece evidente, no tanto en la concepción como en la expresión y en la inclinación a la pulcritud y el estilizamiento.

Quizás Roosen Regalía no hubiera llegado a ser más de lo que el tiempo le permitió que fuera—en literatura los primeros vuelos suelen ser frecuentemente los mejores—pero, lo repetimos, hay derecho para llorar en él a una de las esperanzas más positivas de nuestra joven literatura.—**J. M. D.**

Las visiones de un pájaro loco, por Rufino Marín—Buenos Aires.—1920.

"Crónicas de bohemia peregrina. De risa. De orgullo. De dolor. De ambición. Y de esperanza...". Así califica a su obra el autor. Basta la puntuación de esas pocas palabras, para descubrir a un exaltado discípulo del muy exaltado Soiza Reilly. Rufino Marín es el mejor de los hijos espirituales del popular repórter. Se ve que no lo imita porque sí; antes al contrario, le lleva hasta él una profunda semejanza anímica. En años de juventud, ninguna "pose" más atrayente que la de estos "pájaros locos", que ensalzan todo lo anormal y reniegan de lo burgués. Como en los libros de crónicas

que ha escrito Soiza, en éste de Marín desbordan las paradojas, las "boutades". Es muy entretenido. En lo que nos parece que el discípulo aventaja al maestro, es describiendo el paisaje. Las interviús son arbitrarias, como las de "Cien hombres célebres". Allí no es interesante lo que dice el entrevistado, sino lo que se le ocurre decir al "entrevistador", mientras observa a aquél. Libro profundamente subjetivo, se mira con atención, por más que a veces se nos figure que el autor, deliberada o inconscientemente, nos está engañando. Aun los espíritus "modositos", que sufren con las alharacas de estos peregrinos escritores independientes, un poco atrabiliarios, siguen los artículos con atención. Es eso que tan bien ha resumido Soiza con su frase: "A mí se me odia, pero se me lee". No todos pueden decir lo mismo.—**V. A. S.**

Obras inéditas.—Revista mensual de teatro.—Octubre de 1920. — Montevideo.

Así como para precaverse de los hados maléficos muchas personas supersticiosas acostumbran adelantar el pie izquierdo al entrar a algún sitio que nunca habían visitado, esta "Revista mensual de teatro" se inicia con una obra que sale de las normas habituales a nuestro vivir (por esta oposición con lo corriente se nos ocurrió compararla a una pisada del pie izquierdo).

Son los de esa pieza teatral, personajes de los que con abundancia pululan en esta o en cualquiera otra urbe; pero que desde que cayeron bajo la pluma del señor Perrone, (el autor), hacen cosas como para que nadie los conozca.

Piensan y hablan con artificiosidad molesta. Se abandonan a discursos de bien manoseadas ideas. Predican con un lirismo ultraterreno, en tono muy gastado de tan repetido. Y proceden con incoherencias divertidas, o con imprudencias incomparables, como las de aquellas lubricidades del señor cura.

***

Afirmamos por nuestra experiencia, que en esta vida, ni los jóvenes más o menos inadaptados, ni los gallegos, ni los coroneles, ni las niñas enamoradas hablan así; tampoco los curas abandonan sus hábitos tan fácilmente; ni creemos que pasen las cosas como cuenta el señor Perrone cuando las novias vienen al tierno nido de sus amados.

Pero, en esto sí que no podemos hablar por experiencia propia, ya que, esto lo juramos para formalidad mayor, ninguna de nuestras amadas vino a buscarnos jamás.

Mas el recurso ha sido usado ya, y en la literatura nos encontramos con esas situaciones, y las heroínas vuelven con su virtud a cuestas; mas en esos casos hubo de parte del autor el cuidado de crear caracteres capaces de equilibrar los urgentes mandatos de la pasión con

raciocinios firmes y lúcidos; así Monna Vanna sale triunfadora de la tienda del señor Princivalle; así la Glaneuse de Champsaur debió regresar al tálamo nupcial para ofrendar su doncellez al legítimo dueño; así la Meg de Miss Downey debió soportar luengos años el dolor causado por el novio que no la comprendió. Pero los caracteres del señor Perrone en su "Ignorancia que mata", no son de aquella necesaria calidad, por donde creemos que tampoco en esa escabrosa escena de su pieza tenga parecido con las cosas de este mundo.

¿Será necesario decir algo más de cuanto fluye de esa lectura?

*
* *

Conjurado todo con este sacrificio que la "Revista mensual de teatro" hace a los dioses perversos, esperamos que nos ofrezca piezas inéditas, con sabor de vida, pues muchas en esta tierra han de haber.—E. S.

Dramas Mínimos. — Rufino Blanco Fombona. — Biblioteca Nueva. — **Madrid.—1920.**

Rufino Blanco Fombona acaba de enviarnos, amablemente dedicado, un volumen de su último libro "Dramas Mínimos". Se trata de una hermosa colección de cuentos, que en su mayoría fueron publicados por Garnier (París), en 1903 y en 1913, con el rótulo de "Contes Américains". En la última edición francesa ya habíamos visto el subtítulo de "Dramas Mínimos", que ahora viene a reemplazar definitivamente al de "Cuentos Americanos".

Recordamos también que Andrés González Blanco define el carácter de estos cuentos en "Escritores de América", utilizando una frase de "La Revue": "C'est un mélange de moquerie, de satire, de bonne humeur et de pesimisme".

Blanco Fombona tiene un vigor personalísimo, de una desnudez sencilla y fuerte, no exenta de colorismo y de elegancia. No hay por qué decir que pasado mañana será en la historia literaria de América uno de los tipos representativos, acaso el más personal, el más característico de la época. Estos cuentos que venimos de leer, han sido arrancados a la vida por una paleta llena de colores. Tienen un sentido mordiente y encantador, que a veces los convierte en cromos y otras veces los torna en aguafuertes. La vida palpita en cruda realidad, en intencionada malicia, en sarcástica rudeza. Pero es la vida siempre: no falla, no se altera, no está exagerada. Es la vida que conocemos, ahondando un poco en el mundo: es la ciudad, la campaña, el animal, el hombre que hemos visto por ahí, en el vértigo de los paisajes multicolores y de las vías innumerables. Fombona posee la visión normal y el procedimiento exacto. No usa complicadas alegorías ni efectismos teatrales. Es sencillo y claro, a veces un poco dionisíaco, eso sí, y en ocasiones hasta un poco vulcánico.

La naturaleza, lujuriosa o paupérrima, sufrida o sensual, le da la razón, sin embargo, y el hombre se levanta íntegro y verdadero a nuestros ojos, como un raro "spécimen" de escritor que no miente, de pintor que no engaña, de escultor que no mistifica.

Hay cuentos que pinchan como una picana, que fustigan como un látigo, que lastiman como higos de tuna, que explotan como cohetes... Hay frases que aplastan y frases que desnudan. A veces zahiere una sociedad entera, como si quisiera sacudir un mundo.

Sus personajes son tipos reales, efectivos, que tienen adentro la misma máquina humana que nosotros. Las descripciones son gráficas hasta parecer pintadas por escenógrafos. El pormenor adquiere importancia decisiva y aparece utilizado con sencillez: vale decir, con ciencia y arte. Y, sobre todo, la burla sangrienta, el corrosivo ácido, la sátira mortal no cohiben nunca ese alto propósito estético que hace de Blanco Fombona un encrespado realizador de belleza.

Por otra parte, aquellas palabras iniciales del libro, en que se habla de la estupidez, de la maldad, del dolor, encontrados siempre y en todas las latitudes, no han sido escritas en vano: nuestro optimismo joven ha encontrado ya la aguja escondida y el manotón subterráneo y el imbécil inflamado de vanaglorias... ¡Nuestro optimismo joven!

Dos cosas más, fundamentales y virtuosas tiene este libro: la propiedad del idioma y la abundancia del léxico. La pluma de Blanco Fombona dispone de palabras ilimitadas, brillantes o castizas, según lo quiera la circunstancia. Puede decirse que su dialéctica es formidable.

Recorriendo "in mente" literaturas ríoplatenses contemporáneas, sólo un cuentista encontramos capaz de situarse holgadamente al lado de Fombona: pensamos en Horacio Quiroga. Y, sin embargo, cabe a la justicia de nuestro corazón, decir que Quiroga no tiene el colorido brillante, ni el léxico numeroso, ni el idioma castizo de Blanco Fombona. Podrán parangonarse en la brevedad sintética, en la emoción trágica, en la simplicidad literaria, en la belleza intensa y dilatada, pero hay que convenir que el autor de los "Dramas Mínimos" escribe unas páginas descarnadas, elocuentes, coloridas, sangrientas, emotivas, cuya hermosura recuerda a veces a Maupassant o a Daudet o a Villiers de L'Isle Adam...—**T. M.**

Biblioteca Poética.—Poemas.—Christian Roëber.—Cuaderno mensual número 1.—Buenos Aires.—1920.

Todo un poeta fué este Christian Roëber. Conocíamos ha tiempo algunos de sus poemas, recogidos en las mejores publicaciones argentinas. Con amargura o con ironía cáustica, que al fin es siempre otra amargura, Roëber embelleció su vida atribulada con nobles páginas de antología, donde la inspiración ardiente se une a la espontaneidad del verso, como en muy pocos casos.

Peregrino del mundo, vino a caer en 1904 en Buenos Aires, donde "la dispensadora del eterno descanso le cerró los ojos en una cama del Hospital San Roque". Desde la misma ciudad tumultuosa y feliz, nos llega ahora este cuaderno de versos, a su memoria coleccionados con generoso afán por una nueva publicación mensual — la "Biblioteca Poética"—que nos promete un florilegio americano como medio de difusión cultural económica, a todas luces loable y digna de nuestra consideración.

Entre las más hermosas composiciones de Roëber que leímos en este folleto, hemos de señalar "El tonto", "Nada nuevo", "Juanón", "Jesús", "El beso de la muerta", "Simbólica", "La inconsolable".—**T. M.**

Soledad.—Versos de Héctor Ripa Alberdi—La Plata.—Editorial Virtus.—1920.

Bajo la advocación de Samain, de Páscoli y del Marqués de Santillana, que dan bellos acápites para las tres puertas del jardín apacible de Ripa Alberdi, hemos leído los dulces poemas de este libro.

A pesar de la pretendida serenidad envuelta en silencio y tocada de religioso fervor antiguo, se insinúa un ligero temblor emotivo y moderno sobre el sellado tesoro de este poeta. No importa la cuerda divina de Fray Luis de León, la alondra celeste de San Juan de la Cruz o la estrella de oro de Marco Aurelio, invocadas por Alberdi, para proteger la soledad sonora y dulce de su mansión lírica. Hay una brisa sutil que no pudo evitar y que conmueve los cálices, roza el torso de las estatuas, desvía el agua pulverizada de la fuente, trae olor de campo fresco y vivifica la claridad melancólica de la tarde. De dónde viene esa brisa no se sabe, pero es sutil y eficaz y a veces parece quedarse entre las rosas o entre las hiedras... De ahí entonces que la sosegada canción tenga un secreto temblor, una íntima conmoción, un parpadeo misterioso que dice vida, amor, optimismo, como en los versos de Páscoli que el autor recuerda.

Y esa es, a nuestro juicio, la virtud de este libro pulcro y suave, cuyo dueño se complace en la serena dulzura, casi monástica, de un viejo caserón rodeado de pinos, como alguno que hemos visto por ahí...

Desenvueltos de toda inquietud joven, libres de gracias y de quimeras, tenemos que tocar la campanita de bronce de la verja y trascender hacia la casa callada y tibia, desde cuyas ventanas se ven claros paisajes matinales, ingenuos y apacibles, soleados de fe y sombreados de humilde sosiego castellano...—**T. M.**

Motivos Pueblerinos.—Versos por Manuel Benavente.—Paysandú. — 1920.

Trata el autor de este libro de retratar la vida de los pueblos del interior, vida pobre, rutinaria, vegetativa, más cercana de la soledad

campesina que de los tumultos ciudadanos; pero muy llena de motivos poéticos, tanto más dignos de ser cantados cuanto que representan un tema casi virgen dentro de nuestra literatura lírica.

El autor a quien las circunstancias han hecho peregrinar por varios de esos pueblos, sin conseguir hacerlo claudicar de sus fervores estéticos, ha sentido profundamente el influjo del medio y nos brinda en este libro una serie de composiciones que podríamos dividir en emocionales y de observación pura.

Desde luego, hay que alabar su tendencia a buscar dentro de la realidad—tan próvida cuando se sabe mirar—materiales y sugestiones poéticas; así como su lenguaje, despojado de complicaciones y retóricas ampulosas, sencillo y directo.

Consigue el autor, de este modo, bellos efectos en la pintura de los paisajes o las costumbres, como lo prueban las composiciones tituladas "La carreta", "Crepúsculo", "La campana", "Noche". Asimismo caracteriza con notable vigor algunos tipos genuinos de aquellas localidades, "El pobre maestro", "El soñador", y otros de contornos más universales, como "El hijo pródigo".

En todas estas composiciones, hijas de la emoción, Benavente logra despertar, con más o menos intensidad, corrientes estéticas en el lector; y aunque muchas veces en su afán de ser sencillo, caiga en el lugar común y la expresión trivial, el realismo y el valor poético del tema hacen olvidar los demás defectos.

Pero hay otras composiciones del volumen — aquellas que hemos llamado de observación pura — en la que el poeta ha olvidado su decoro y su calidad de artista, para convertirse en un simple fotógrafo o en un vulgar gacetillero. "El arte es la expresión de la vida" —en esta fórmula de Guyau se apoya el autor—pero no toda expresión de la vida es artística. Para que así sea, necesita reunir otras cualidades, como la de belleza y bien, y todavía precisa la mano del artista para dejar una sensación estética.

Podrá ser de un realismo inatacable esta cuarteta con que termina la composición titulada "El Club": "Salimos. Hermosísima la noche — digo. Y don Juan contesta: "¡Cómo me duelen los malditos callos! — ¡Qué calor! — ¡Oh, qué falta hace que llueva!"... pero esto jamás será poesía.

Asimismo, como un ejemplo de verso gacetillero, defecto que ya hemos hecho notar, transcribimos estos versos de la poesía "El redactor de **El Eco**": "Justo es reconocer, lector, que hay excepciones— que honran la profesión; pero es lo general—encontrar este tipo cargado de ambiciones—y envidia, entre los tipos de la prensa rural".

No es costumbre nuestra entresacar pasajes aislados para juzgar la obra de los autores y aquí tampoco lo haríamos si no fuera por estas tres razones: porque hay en "Motivos Pueblerinos" demasiados versos de esa clase, lo que autoriza a suponer un anhelo orientador; para demostrar la razón de nuestro juicio; y porque Benavente no tiene derecho para malgastar de ese modo sus notorias facultades líricas. — J. M. D.

La Senda de Damasco. — Poemas de Rogelio Sotela.—San José de Costa Rica.—1918.

El libro de este poeta tiene la suficiente modernidad para interesarnos...

Es un libro de poesías en tono lírico, suavísimas, un poco retóricas, sí, señor, pero bellas y harmoniosas, de ejecución fácil, de ritmo pulido.

Sotela viene a ser así un buen poeta, un poeta verdadero que nos impresiona altamente, desde las primeras estrofas.

No tiene innovaciones novecentistas; ignora la voz de Apollinaire: desconoce el crisol de Bacarisse.

Pero canta como Gutiérrez Nájera o como Luis Urbina: con versos de seda celeste, no con versos de piedra calcinada...

Y en sus jardines sin gárgolas ornamentales, es dulce vagar un poco, entre los macizos de margaritas que bordean los senderos y cerca de la fontana que hace vibrar sus saetas de cristal...

Un sol tibio de primavera, casi de otoño, nos ilumina y nos conforta: el cielo está limpio de nubes como los árboles de frutas: apenas la melancolía de una tarde diáfana o el aire caliente de una hoguera lejana; nunca la cargazón pretensiosa ni el barroquismo "pour épater"...

Sotela cultiva con éxito el poema dialogado ("La Senda de Damasco", "La Epopeya del Siglo", "El triunfo del ideal"),—el soneto español ("Renunciamiento", "El héroe de Beausejour", "Rito"),—y el madrigal rubendariano ("Impromptu", "Vida adentro", "Prometida").

Su libro tiene páginas de ancho lirismo. Claridad, sencillez, harmonía, son rosas frecuentes en su jardín de ensueño, donde hay asimismo numerosas mariposas cuyos vuelos ligeros le prestan un dorado encanto frágil.

He aquí las virtudes formales de este poeta costarriqueño, a quien nos es muy grato decir que, una mañana, su "Senda de Damasco" llenó de aromas y de sueños nuestra ánima todavía sin fatigas, y aun muy exigente...—**T. M.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Pigari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José P., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scosería José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



ENERO DE 1921

SUMARIO:

AÑO V.

Montevideo.
URUGUAY.

N.° 31

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

PEGASO
REVISTA MENSUAL
MONTEVIDEO—URUGUAY
DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado
Enero de 1921. Núm. XXXI.—Año V.

FLORENCIO SÁNCHEZ

El pueblo ha vuelto a congregarse en el puerto y en la plaza pública, para recibir y acompañar los restos mortales de este otro héroe nacional, como Rodó muerto también en lejanas tierras trasoceánicas, y también reintegrado, como Rodó, a la fronda nativa.

Pasó el cortejo emocionado, cayeron flores a su paso, sonaron las músicas clásicas y se abatió la bandera nacional para envolver el sarcófago de roble.

La muchedumbre desfiló más tarde, en el silencio de la noche, por ante el túmulo sagrado, — marfil y violeta, — que presidió en la augusta serenidad de su belleza Afrodita de Milos, símbolo eterno de la fuerte hermosura y de la noble dignidad.

Florencio estuvo, pues, bajo las bóvedas del teatro mayor de la república, veinticuatro horas de su eternidad, durmiendo su infinito sueño, entre la pompa severa de los hachones eléctricos y de las coronas de laurel.

Clamor de sirenas, deshojar de rosas, tumulto de muchedumbre, griegos discursos, lágrimas humildes, misteriosas músicas enormes; he ahí el homenaje nacional al héroe nuevo que en el catálogo venidero de nuestra literatura tiene la grandeza de Shakespeare en el escenario inglés.

PEGASO
REVISTA MENSUAL
MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Enero de 1921. Núm. XXXI.—Año V.

FLORENCIO SÁNCHEZ

El pueblo ha vuelto a congregarse en el puerto y en la plaza pública, para recibir y acompañar los restos mortales de este otro héroe nacional, como Rodó muerto también en lejanas tierras trasoceánicas, y también reintegrado, como Rodó, a la fronda nativa.

Pasó el cortejo emocionado, cayeron flores a su paso, sonaron las músicas clásicas y se abatió la bandera nacional para envolver el sarcófago de roble.

La muchedumbre desfiló más tarde, en el silencio de la noche, por ante el túmulo sagrado, — marfil y violeta, — que presidió en la augusta serenidad de su belleza Afrodita de Milos, símbolo eterno de la fuerte hermosura y de la noble dignidad.

Florencio estuvo, pues, bajo las bóvedas del teatro mayor de la república, veinticuatro horas de su eternidad, durmiendo su infinito sueño, entre la pompa severa de los hachones eléctricos y de las coronas de laurel.

Clamor de sirenas, deshojar de rosas, tumulto de muchedumbre, griegos discursos, lágrimas humildes, misteriosas músicas enormes; he ahí el homenaje nacional al héroe nuevo que en el catálogo venidero de nuestra literatura tiene la grandeza de Shakespeare en el escenario inglés.

... Después, ha seguido la columna el paso de la cureña que condujo la urna, y ya en las lindes de la tarde, los restos han quedado para siempre en el Cementerio Central, en la tierra propia que le esperaba con los brazos abiertos desde hacían diez años....

Los homenajes no han tenido grandiosidad ni elocuencia. Está bien que no hubieran doradas pompas oficiales ni suntuosos aparatos escénicos para quien una y otra cosa más fueran un agravio que una honra. Pero el pueblo, en cuyas manos se entregaron sus despojos, no ha sido como debió ser, innumerable, imponente, espontáneo, férvido.

Florencio Sánchez mereció el homenaje de ser llevado sobre los hombros, a cabeza descubierta, cantando el himno nacional, en un cortejo tan grande que llenara las calles de Montevideo....

No de otro modo se saluda, delante de la posteridad, el último pasaje de los héroes por entre los tumultos de los hombres ...

Notas humildes, gestos personales, pequeños detalles, son los que tenemos que fijar para la historia: — no grandiosidad de espectáculo ni magnificencia de apoteosis.

Es la mujer aquella, que surge de las filas del pueblo, serena, blanca, hermosa, y se empina al costado de la cureña para poner una rosa roja sobre el sarcófago: — es el pobre viejo, trémulo, de ropas descoloridas y manos pajizas, que se arrodilla delante del catafalco y comienza a rezar el rosario con unción mística: — es el canillita descalzo, desgreñado, rotoso, con un manojo de diarios bajo el brazo y la gorra en la mano, que encontramos a las dos de la mañana, — profundamente serio, — haciendo guardia de honor junto a los hachones tenues que rodeaban el túmulo....

Es el Presidente de la Nación, — primer ciudadano de la República, — a quien hemos visto mezclado con

la muchedumbre, rindiendo homenaje al genio y a la patria con la sencillez americana de un gran espíritu....

Es Marta Gruni que ahoga un sollozo, medio perdida entre las marejadas de la multitud: — es don Zoilo que se aparta del cortejo para respirar hondo y quitarse este nudo de la garganta: — es la gringa Victoria que busca con los ojos ansiosos, — para ir con él, tomados de la mano,—a Próspero, que posee el porvenir....

Son todos ellos, — figuras ilustres y rostros anónimos, — personajes de la vida y personajes de sus obras, — los que hemos visto ir tras él, vencidos por el hechizo de la emoción, entre las confusiones heterodoxas de la multitud.

Pero no importa el símbolo, la fuerza virtual de la alegoría, la grandeza misma que puedan tener esos detalles recortados por el dios interior de nuestro entusiasmo, — para magnificar un espectáculo que debió poseer contornos extraordinarios de glorificación.

De cualquier modo, ya está el gran Florencio en el Panteón Nacional, donde tiene que vivir para la gloria, — que no es ese gentío multicolor de los cortejos fúnebres, sino aquella diosa de los ojos claros que lo besó en las sienes las noches más hermosas de su vida....

FLORENCIO SÁNCHEZ

. . . .

Al pueblo, en verdad, le pertenece. Nuestro Florencio Sánchez de él salió en sangre y en espíritu, en dolor y en bohemia, en abandono negligente y en amarga rebeldía victoriosa.

He ahí por qué afirmamos que fué nuestro. Nuestro por su origen; nuestro por su subordinación necesaria al agrio ambiente de una vida mediocre.

Nuestro por su instintiva e instantánea comprensión de la sociología ríoplatense; nuestro, porque por lo mismo que nos habló a lo íntimo, le aclamamos antes de la hora póstuma; nuestro porque los públicos le discernieron, con el milagroso instinto que señala a las muchedumbres la divina presencia de quien está llamado a señorear su albedrío.

Bien haya, pues, este homenaje que por fortuna no constituye ni el tradicional desagravio, ni una tardía reparación de injusticia. No. Es el voto unánime que confirma, ratifica y acendra la previa y oportuna consagración; es gloria nueva en el bronce perenne de la antigua gloria. Miel de elogios, tronar de aplausos, reticencias de envidia, mucho penar en el afiebrado ajetreo... una embriaguez en un relámpago; tal el destino de estos vencedores a quienes la vida vence en efímero triunfo, y cuyo pensamiento, libre de miserias, burla el espacio en un blanco vuelo incontenible para arrojar

"al bronce de la noche la piedra que pone en fuga a las estrellas".

Hombre de Teatro y para el Teatro, lo fué ciertamente. Trasunta y cifra una época concreta en el teatro rioplatense. De los truculentos dramas criollos, que de "Juan Soldao" a "Calandria" detonan con su bravuconería inveterada; de los ensayos orilleros; de los bocetos fragmentarios, de toda la labor que le precede, el genio sintético de Sánchez supo apresar un resumen orgánico, coherente, armonioso, apto para surgir noblemente en la convencional estrategia del tablado.

Ved cómo comprende que la realidad es sólo acción. Cómo siente la belleza en el espejo fragmentario del rasgo aislado. Cómo depura la trivialidad de las cotidianas tristezas para estremecernos con el escalofrío de los supremos instantes dramáticos, en la incorrecta fuerza de sus diálogos, tensos y veraces.

Porque él instituyó desde los comienzos inciertos (en las desmañadas crónicas del delito, en que ensayara sus aptitudes), que el diálogo es la esencia del efecto escénico. No en balde los helenos, sabios de toda sabiduría, atribuyeron a Frínicos el título máximo, en premio a que su invención peregrina hizo nacer la inquietud del pensamiento, la vivaz pugna de la contradicción, la lumbre repentina que descubre los misterios del alma.

De esta suerte, tornóse humano y universal el cantante coro trágico, que permaneciera hasta entonces inmóvil en la lenta melopea de los holocaustos.

Diálogos polícromos y polífonos que son primor cuando no los enerva la declamación de una tesis vulgar o la vacuidad ampulosa de una retórica adocenada; pintorescos en la fonética de sus *gringos* y *compadres;* en las locuciones criollas de sus paisanos y de sus *gurisas;* diálogos heterodoxos en sintaxis y hasta en ortografía, firmes, empero, en el dibujo, domi-

nantes en el detalle, artísticos, en fin, si hemos de expresar el vocablo, a fin de que no quepa la creencia de que la realidad fotográfica es superior a la realidad interpretada del artífice que crea con dolor sus caracteres para el drama o sus mármoles para el plinto.

Así lo imaginé, artista del barro y de la broza; frecuentador de la hampa, abúlico y desordenado, sin método ni continuidad.

Pesimista sin saberlo, predispuesto a percibir lo innoble de nuestra condición humana; cruel en la descripción de las inelegancias de un ambiente protervo; misericorde para con los vencidos; capaz de enternecerse en la realidad de su teatro, ante la humildad fatalista de los míseros; patriota en los consejos y adminicias que de su alma adolorida surgían ante la evidencia de nuestros defectos indígenas, magnánimo en la contemplación de nuestras contiendas civiles, cuya bravía esterilidad le ahogan en llanto cuando como actor o testigo, le fuera dado intervenir; anárquico y rebelde, con una vaga ansia de renovación justiciera que en ocasiones denuncian las fáciles tesis de sus obras menos afortunadas; vario y uno, ágil zahorí de los más diversos ambientes; estancia de Uruguay o Entre Ríos, cabaret bonaerense, familia urbana de la clase media, conventillo o taberna, campamento de rebeldes o humosa redacción de periódico.

La arcilla de sus estatuas fué nuestra tierra, gruesa y primitiva, roja de sangre y de pasiones.

Y con destreza semejante mezcló a la gleba nativa, el flotante limo cosmopolita de nuestras urbes mayores. Sin superficiales extranjerismos, sin pulcros atildamientos, dijo la verdad de sus sensaciones.

Merece así, que el pueblo le conduzca hasta el peristilo de un teatro que hasta ayer viviera de prestado y que hoy aspira a existir con recia autonomía.

Ningún triunfo más lógico que éste: volver aclamado por su público al templo de sus propias hazañas. Como un héroe antiguo, fuerte en la palestra, e inspirado en la adoración de la Belleza, torna a la sede del culto común, en la urbe capital de su tierra patria.

No partirá de aquí el carro gorgeante y rumoroso de los vencedores de los juegos de Thespis, cuando perfumábase de laurel y rosas agrestes la quietud de la tarde incendiada.

No precederá la marcha del cortejo la algazara báquica de los pastores en delirio, ni acompasarán la teoría de mancebos los arpegios de la flauta panida.

Pero la multitud, que ha de reverenciar la memoria del héroe, ornará su recuerdo con la emoción de una hora inolvidable.

Cuando, en pocos instantes, dirijamos los pasos hacia el solio clásico, habremos reintegrado al pueblo uruguayo lo que ha tiempo le era debido.

Y con nuestra unánime aclamación, habremos contribuído a que nuestros compatriotas vuelvan a valorar lo que han perdido con la muerte de Florencio Sánchez.

Quiera el Destino que, en la falange que le custodia, esté ya indicado el que ha de superar al héroe nuestro, continuando la radiante trayectoria de su genio. Yo saludo al héroe futuro y ofrendo mi anhelo y mi esperanza.

Y lo afirmo: el teatro nacional ha de precisar y definir nuestra estirpe.

Quien tiene teatro tiene alma.

JUAN ANTONIO BUERO.

AQUEL MINUTO

Nuestras vidas se encontraron un minuto ante el [Arcano:
Tú ibas hacia el Futuro, ya marchita tu ilusión...
Yo venía cual herido del horizonte lejano
Sin nada en el corazón.

Nos miramos, nos hablamos... y pasamos.

¡Hoy, siento que aquel minuto era el filtro soberano
Para curar mis heridas y reanimar tu ilusión!

SANTÍN CARLOS ROSSI.

"EL HOMBRE" SEGÚN GUICCIARDINI

(Versiones inéditas de Alvaro Armando Vasseur)

(Conclusión)

Nuestro hombre, dotado de tanta fuerza intelectiva, y tan disciplinada, con su ojo bueno y perspicaz, ve el mundo muy distintamente de lo que acostumbran a verlo los vulgares.

No cree en los astrólogos, en los teólogos, en los filósofos y en cuantos escriben sobre cosas sobrenaturales, o que no se ven, y *dicen mil locuras: porque, en efecto, los hombres están a oscuras acerca de las cosas, y estas indagaciones han servido más a ejercitar los ingenios que a descubrir la verdad. Habla con ironía de Santa María Impruneta, que trae la lluvia y el buen tiempo, y de las devociones y de los milagros, de los ayunos, y oraciones, y análogas obras pías, ordenadas por la Iglesia y recordadas por los frailes; de la ayuda que Dios otorga a los buenos, y del buen éxito de las causas justas.* (1)

Considera que la excesiva religión perjudica al mundo, porque afemina las almas, envuelve en mil errores a los hombres y los distrae de muchas empresas generosas y viriles. Cree que, con excepción de las Re-

públicas, en su propia patria, todos los Estados, si si considera bien su origen, son violentos; ni hay potestad que sea legítima: ni la del Emperador, que se funda sobre la autoridad de los Romanos, la cual fué la mayor de las usurpaciones; ni la de los sacerdotes, cuya violéncia es doble, porque para dominarnos usan las armas temporales y las espirituales.

Ante este ojo perspicaz, todo el antiguo edificio se derrumba, y nada queda de la Edad Media. El reino celeste se deshace, y envuelve en su caída al Papa y al Emperador.

El espíritu, adulto y emancipado por su propia virtud, se rebela contra el pasado, del cual ha surgido, que lo ha amamantado y educado; arroja lejos de sí todas las creencias y los principios, factores de esa civilidad, de la que él es la corona y el orgullo, y se encierra en la tierra o en la vida real, en el mundo natural, tal como es, y no según es imaginado, y pone su gloria en interpretarlo, en comprenderlo, y en aprovecharlo para sus fines.

Si nuestro sabio admite *con las personas espirituales* que la fe conduce a grandes cosas, no es por alguna asistencia sobrenatural o providencial, sino porque *la fe suscita òbstinación,* y quien persiste, vence. Cuanto a él, no ha menester de la fe, porque para vencer le bastan sus propias armas, la natural prudencia, y la doctrina, y la experiencia, y ese su terrible ojo bueno y perspicaz. Y no hay fibra del corazón humano que se esconda a su vista, ni apariencia o niebla tan densa que le obstruyan el camino, ni vanidad de imaginación o ímpetu de pasión. Los que se dejan enseñorear por vanas imaginaciones, *son cerebros débiles.* Los que se arrojan a las empresas sin antes considerar las dificultades, son *hombres bestiales. Y quien gobierna al azar, concluye por ser gobernado por el azar.* Y son locos los que obran por pasión,

aunque ésta sea noble y generosa. Y son tontos los que siguen el razonamiento común de los hombres y las vanas opiniones del pueblo. Quien dice un pueblo, dice, verdaderamente, un loco; porque es un monstruo lleno de confusiones y de errores; y sus vanas opiniones están tan lejanas de la verdad, cuanto, según Tolomeo, España está distante de las Indias.

Ni es bueno atenerse al criterio de los que escriben y querer *enterarse de lo que cada cual escribe a propósito de esta o de aquella cosa; y así, el tiempo que podría emplearse en especular se consume en leer libros, con cansancio del cuerpo y del alma, de suerte que más se parece a una fatiga de changadores que de doctos.*

Nuestro hombre sabio y perfecto sólo tiene fe en su juicio propio, en su especular y en la evidencia de los hechos, que revelan las falacias de las apariencias: *¡cuántos discurren bien y no saben actuar; cuántos, en las tribunas y en las plazas, parecen hombres excelentes, y luego, empleados, resultan sombras!*

El cree que los sucesos humanos son determinados por las inclinaciones y pasiones, y opiniones de los hombres, y que, por ello, existe un arte de la vida pública y privada, basado en el estudio y en el conocimiento del corazón humano, ciencia completamente experimental. ¡Y qué maestro en este arte! Ninguno penetra más a fondo que él en los motivos más ocultos y con más cautela disimulados de nuestras acciones: ni determina con más seguridad los efectos más lejanos, esa lenta sucesión de causas poco sensibles y poco observadas, las cuales explican esos *movimientos de las cosas* que al vulgo le parecen ruinas subitáneas.

Entre tanta variedad de accidentes, y de opiniones, y de pasiones, ninguno lo sorprende, o lo desconcierta o lo turba, porque considera cada cosa *como mínima*, y sabe hallar la hebra en todo, y en los diversos casos

de la vida prevé y provee, desde los más altos negocios del Estado a las más humildes tareas familiares. Su mirada, en los azares más imprevisibles, fría y tranquila, es la de un Dios, alto y sereno sobre las tempestades, pero de un Dios ligeramente irónico, inclinado a tomar a los hombres como pasatiempo, encaminándolos a su antojo.

Este tipo que nos describe Guicciardini es la planta-hombre, según se había más o menos desarrollado en Italia; es la fisonomía histórica y tradicional del hombre italiano de aquella época; es la superioridad y señoría del espíritu, a la que los pueblos no llegan sino después de muchos siglos de iniciación y de civilidad, y a la cual Italia llegó con tanta rapidez que dejó por el camino gran parte de sus fuerzas. Por lo que aconteció que, a pesar de tan visible progreso del espíritu, con varia y rica cultura, en tanta prosperidad, y entre tantas obras maestras, cuando cogía la bella flor de una vida breve y fatigosa, y tenía ante sí nuevos horizontes, hallóse exhausta, y los días más alegres y más bellos de su existencia fueron los días de su muerte.

Italia se parecía mucho a este hombre que nos pinta Guicciardini, que ha hecho tabla rasa de todo el pasado, y a solas con su espíritu se lanza a la vida, lleno de confianza en su ingenio, en su doctrina, en su experiencia, en su ojo perspicaz, y trata al hombre como a la naturaleza, como a un siervo, a su instrumento, nacido para su utilidad; y mira con mirada entre fría y compasiva; y, en verdad, el más digno de compasión es él.

Porque, al fin, ¿qué uso hará este hombre de tanta fuerza intelectual? ¿Cuál es, para él, el problema de la vida? Vivir y convertir todas las cosas divinas y humanas, espirituales y temporales, animadas e inani-

madas, en beneficio propio. He aquí el último resultado de esta ciencia y arte de la vida.

Sigamos la historia de este hombre, cuyo tipo es dibujado con tanta maestría en estos implacables recuerdos de Giucciardini. El ha roto todos los vínculos con el pasado, ha salido de la barbarie de la Edad Media, ya es el hombre nuevo, o el hombre moderno, que se burla de lo sobrenatural, y de todas las *ocultas* y *vanas disquisiciones* de la astrología, y de la magia, de los teólogos y de los filósofos; y no tiene fe más que a la ciencia, y se basa en la experiencia, en el juicio propio, en la su especulación: tipo intelectual italiano, devenido después de grandes luchas, el tipo, la fisonomía de toda la Europa civil. Esta potencia y energía intelectual, estéril en su país de origen, produjo trabajos que fructificaron en otras tierras, y ayudaron al progreso humano. Galileo, Colón, Vico, y muchos otros potentes intelectos, que tanta parte tuvieron en la civilización europea, no tuvieron casi virtud y eficacia en la civilidad de su país, donde ya no había materia apta para recibir y generar. (1)

Guicciardini dice que las ciudades no son mortales como los individuos, porque *la materia se renueva,* y si perecen es por los errores de los que gobiernan. Soberbia de estadista: porque no existe ciencia de estadista que pueda hacer vivir una ciudad, en la que huelgan todas las fuerzas espirituales (2) y donde la materia que se renueva es débil y corrompida, y sin

(1) Afirmación muy categórica y susceptible de no ser ni histórica ni culturalmente exacta.

(2) "La historia se revela a los ojos del Obispo de Hipona (San Agustín) como una lenta y fatigosa sucesión de superamientos, al través de los cuales, la *Civitas Dei,* es decir, el idealismo y la bondad, alcanzan manifestaciones constantemente más elevadas. El progreso tiene su razón de ser en la

jugo generador. Ni basta para conservar la vida la cultura ambiente y la inteligencia desarrollada: *porque saber no es poder*, como veremos, continuando la historia de nuestro hombre.

El cual, tan potente de intelecto y de doctrina, y de experiencia y de discreción, es asimismo un patriota y un liberal, con opiniones tales que certifican que ya se halla muy distante del medio evo, y que es personaje completamente moderno.

Emperador y Papa, güelfos y gibelinos, derecho feudal y derecho de conquista, luchas entre urbanos y

---

simultánea presencia, en el mundo, de egoísmo y de altruísmo que combaten aquí abajo un incesante duelo.

Iluminado por tan fúlgidas presuposiciones, Agustín no debió sentirse desanimado ante la inhumana catástrofe en que parecía hundida Roma bajo la férula de Alarico. Al momentáneo triunfo del mal y de la barbarie habría sucedido, infaliblemente, una más vigorosa ascensión del bien. Y el pueblo romano, cuya casa podía ser derrumbada, pero no debilitada en fibra, habría proseguido más audazmente su glorioso camino por el surco de la civilización, en virtud de aquellas excepcionales dotes que Dios había premiado con tan milagroso despliegue de poder.

"Roma quid est, nisi Romani? Non enim de lapidibus et liguis agitur, de excelsis insulis et amplissimis moenibus. Hoc sic erat factum, ut esoed, aliquand suiturum. Homo cum aedificaret, posuit lapidem a lapidem; et hoc cum destrucret, expulit lapidem a lapide. Homo ilud fecit, homo illud destruxit. Yniuria fil Romae, quid dicitir cadit. Non Romae sed forte artifici eius... Romae non perit, si Romanos non pereant." E. Buonaiuti; Sant-Agostino, p. 66-67.

Así es: *Roma no perece si los romanos no perecen* Como las iglesias no perecen sino se destruyen sus fieles. Porque iglesias y ciudades no son piedras sobre piedras; son almas con almas. Y como París resurgió después de 1870, análogamente resurgirán con esplendores nuevos. Berlín, Viena, Petersburgo, Moscou, Budapest...

rurales; todas éstas, son cosas viejas para él y se han borrado de su conciencia. Italiano, ciudadano de Florencia y laico, sus opiniones se reasumen en estas memorables palabras:

"Tres cosas deseo ver antes de mi muerte, pero dudo, que aunque yo viviera mucho, no vería ninguna: un vivir bien ordenado, de república, en nuestra ciudad; Italia libertada de todos los bárbaros; y el mundo, emancipado de la tiranía de estos malvados curas."

Bellísimas sentencias, que, según él presentía, fueron un testamento, convertídose en bandera de toda la parte liberal y civil europea: una libertad bien ordenada, la independencia y la autonomía de las naciones, y la emancipación del laicado. Esto era lo que entonces anhelaba nuestro hombre, y con él toda la parte culta del pueblo italiano, tan parecida a él.

Pero una cosa es desear, otra es hacer. Nuestro hombre intentaría realizar algo, si puede hacerlo él sólo, mas lo desanima "la compañía de los locos y de los malignos". Muchos, es cierto, gritan libertad, *pero en casi todos prepondera el respeto por el interés propio.* Siendo hecho así el mundo, y debiendo el hombre sabio *tomar el mundo según es y no cual debería ser,* la ciencia y el arte de la vida son concretadas en el modo de conducirse sin que nos acarree daño, antes bien, con la mayor comodidad posible.

Conocer no es realizar. Piensa, según te plazca, pero haz lo que te convenga.

Por ello, la principal mira de nuestro sabio es *obtener y mantener su reputación, porque entonces todos corren detrás tuyo;* y cuando no se estima el honor, cuando falta *este estímulo ardiente, resultan vanas, muertas, las acciones de los hombres.* Y no hay cosa por *mínima* que sea que no deba hacer, quien quiera adquirir reputación. "Si bien saber pulsar algún instrumento musical, bailar, cantar, y otras habilidades,

escribir bien, cabalgar, vestirse con donaire, parezca que sean antes ornamentos que cosas substanciales; sin embargo, bueno es no descuidarlos, porque tales ornamentos de la persona dan dignidad y reputación a los hombres bien calificados, y estimulan el fervor de los príncipes, y son, a las veces, principio y razón de gran provecho y exaltación.''

Nuestro sabio no es un estoico ni un cínico; es más bien un amable epicúreo. Evita injuriar y ofender, y cuando se ve forzado a ello, hace lo que la necesidad o la utilidad exigen. Hace voluntariamente el bien, no en espera de alguna compensación, ya que los hombres son *fácilmente propensos a olvidar los beneficios, sino* para acrecer su reputación. Es amigo de *ceremonias*, y de lisonjas, y de *promesas generales;* porque ellas agradan a los hombres, aún cuando las buenas palabras no sean seguidas de buenas obras. Trata de mantener cordiales relaciones con sus hermanos, con sus parientes, con los príncipes; de conseguir y aumentar sus amigos, de no crearse enemigos, pues los *hombres se encuentran* y pueden sobrevenir males. Trata siempre de hallarse del lado *del que vence;* porque así participa de las loas y de los premios. *Apetece los bienes,* no para gozarlos, lo que sería cosa baja, sino porque da reputación, y la pobreza es despreciada. Es persona *libre y real,* o como se dice en Florencia, franca, porque así agrada a los hombres, o porque cuando las circunstancias exigen disimulo, o simulación, más fácilmente merece fe.

''Y niega audazmente, aún cuando lo que haya hecho o intentado, casi haya sido descubierto y público; porque la negación eficaz, aunque no persuada al que tiene indicios o crea lo contrario, introduce la duda en su cerebro. Es parsimonioso en sus gastos, sin dejar de reconocer que la prodigalidad agrada: porque más te honra un ducado en la bolsa, que diez que

hayas gastado. Hace todas las cosas para parecer bueno: porque el buen nombre vale más que sendas riquezas. Se esfuerza en no ser sospechoso, porque son más los malos que los buenos, máxime donde existen intereses particulares o de Estado; y el hombre es tan ávido de sus bienes como poco respetuoso de los ajenos, cree poco y se fía menos.''

No terminaría si quisiera continuar citando pasos de Guicciardini. Quizá ya me he excedido. Pero se expresa tan bien, con tal precisión, en un lenguaje y con un estilo tan olvidados en la actualidad, que nadie lo tomará a mal. Y me será grato si logro incitar a muchos a leer este código de la vida, escrito en estilo lapidario y monumental, lleno de altas enseñanzas para los cultores de las ciencias históricas y morales.

Este hombre sabio, según la imagen que de él nos traza Guicciardini, es lo que hoy día llamaríamos un gentilhombre, un amable gentilhombre, en sus maneras, en sus rasgos, en su vestir. El retrato es tan fresco y vivo, tan en concordancia con los hábitos modernos, que a cada rato te parece verlo por las calles, con su sonricilla de una benevolencia equívoca, con su perfecta mesura en los modales y en las palabras, con su dominio de sí y la confianza en su saber actual y en su saber vivir. Todos le abren paso; muchos lo rodean; y lo alaban no poco. Los que son más que él, no padecen su sombra, porque él evita entrar en concurrencia, lo propio que aliarse con los potentes, recordando el proverbio castellano: *el hilo se rompe por lo más delgado.* Los príncipes le acuerdan sus gracias, lo colman de honores y de riquezas, porque *les muestra respeto y reverencia, y en esto es más pródigo que escaso.* Disfruta el favor del pueblo, porque rehuye pasar por ambicioso, y todas las manifestaciones tendientes a aparentar en las cosas mínimas y en la vida cotidiana, ser mayor o más pomposo o más delicado que los otros.

A nadie inspira celos o desconfianza, porque huye de toda *excesiva avidez,* ya que ésta trueca al *hombre en el peor enemigo de sí mismo.* ¿Cuál es la mejor cosa del mundo?; y nuestro sabio contesta: la mesura. Detesta lo excesivo y lo vano; y no fuerza la naturaleza, y se resigna al hado, a lo que tiene que ser, citando el áureo dicho: *Durunt volentes fata, nolentes trahunt.* Si no puede realizar todos sus designios, no se afecta, sabe esperar: porque *los sabios son pacientes.* Es buen ciudadano, porque se muestra celoso del bien de la patria, y exento de esas cosas que perjudican a un tercero; pero, reprender a los despreciadores de la religión y de las buenas costumbres es bondad superflua de los de San Marcos (Savonarola y sus Plañideros), la cual es, a menudo, hipocresía, y cuando no es simulada, no es excesiva en un cristiano, si bien no aprovecha al bienestar de la ciudad. Quiere proveer a su grandeza, mas no la convierte en ídolo, como hacen los príncipes, los cuales para obtenerla hacen tabla rasa de *la conciencia, del honor, de la humanidad, y de cualesquiera otra cosa.*

Todo es previsto y medido; para todo, en todos los casos, hay un *pero,* que limita cada exageración, y mantiene a nuestro sabio en el término medio. *Aurea mediocritas. Il soperchio rompe il coperchio;* (1) la mejor cosa del mundo es la moderación.

"Los intelectos elevados trascienden el grado humano y se aproximan a las naturalezas celestes, mas, sin duda alguna, hallan mejores tiempos en el mundo, viven más larga vida, y en cierto modo, más feliz, quienes poseen ingenio más positivo." Esto es ser sabio y saber vivir.

Sin duda, nuestro sabio ama la gloria, y desea realizar cosas *grandes* y *excelsas,* pero como el suyo es

---

(1) La avaricia rompe el saco.

un ingenio positivo, las desea en la medida que su realización no lo perjudique o incomode. Fluyen de su boca palabras de oro. Habla fácilmente de patria, de libertad, de honor, de gloria, de humanidad; en cuanto a los hechos...

Ama la patria, mas, si ésta perece, le duele, no por ella, porque así es, sino por él, *nacido en tiempos de tanta infelicidad.* Es celoso del bien público, pero *no se engolfa en las cosas del Estado* hasta el punto de poner en ellas toda su fortuna. Desea la libertad, pero cuando ésta se pierde, no es bueno intentar cambios, porque a menudo cambian *las caras de las personas, no las cosas,* y como no basta que cambies tu polo, te resulta algo diverso de lo que tenías en la mente; y no puedes fiarte en el pueblo, tan instable y cuando las cosas van mal, te ves constreñido a la vida despreciada del desterrado.

Si tuvieras *cualidades para ser Jefe de Estado,* pase; no siendo así, lo mejor es conducirte de modo que los que gobiernan no sospechen de ti, ni tampoco te coloquen entre los descontentos. Los que de otra suerte obran son *hombres ligeros.*

En el mundo hay *sabios* y *locos.* Y llama locos a los florentinos que *quisieron contra toda razón oponerse,* cuando los sabios de Florencia se agacharon bajo la tempestad. (1) "A ninguno desagradan más que a él, la ambición, la avaricia, y la molicie de los sacerdotes y el dominio temporal eclesiástico; ama a Martín Lutero, para ver reducida a los debidos términos a esa caterva de malvados, esto es, a perder sus vicios o su autoridad; pero sus conveniencias *particulares* oblíganle a amar la grandeza de los pontífices, a obrar en pro de los sacerdotes y del dominio temporal.

---

(1) Aludo al Sitio de Florencia, ilustrado por la heroica resistencia de los que Giucciardini denomina locos.

"Quiere, reformada, en muchas partes a la religión; pero, en lo que le atañe, él no combate la religión; ni con las cosas que parecen depender de Dios; porque este objeto posee harta fuerza en la mente de los estúpidos."

De esta guisa, nuestro sabio se nutre de amores platónicos y de deseos impotentes. Y su impotencia estriba en esto: le falta la fuerza de sacrificar su *interés particular* a lo que ama y desea; porque lo que dice amar y desear, la verdad, la justicia, la virtud, la libertad, la patria, Italia libertada de los bárbaros, y el mundo libertado de los sacerdotes, no son en él sentimientos vivos, motores, sino opiniones e ideas abstractas; y lo único que siente, lo que lo mueve, es su *particular interés.*

La lucha generada por el anhelo de la reforma religiosa se había encendido en Alemania, y se extendía a las naciones vecinas, y no faltaban *locos* entre nosotros, que combatían y morían por ella; en Italia se combatían las últimas batallas de la libertad y de la independencia nacionales; el país se debatía entre suizos, españoles, alemanes y franceses; y nuestro sabio no parece tener un alma de hombre, y casi no da indicios de apercibirse de todo esto, ni se conmueve, y pesa y mide lo que le perjudica y lo que conviene. Para él la vida es un cálculo aritmético.

Italia pereció porque los locos fueron poquísimos, y los más eran sabios.

Ciudades, príncipes, pueblo, todos respondían al ejemplar estupendamente delineado en estos Recuerdos. El ideal ya no eran los Farinatas, sino los Médicis; el escritor de estos tiempos no era Dante, era Francisco Guicciardini. La sociedad se había ido transformando: pulida, elegante, culta, erudita, despreocupada, amante del quieto vivir, gustosa de los placeres del espíritu y de la imaginación, tal como las

notas en los versos de Angel Poliziano. Toda seriedad y dignidad de propósitos había desaparecido en aquella insípida realidad. Patria, religión, libertad, honor, gloria, todo lo que estimula a los hombres, moviéndolos a actos magnánimos, todo lo que hace grandes a las naciones, era admitido en teoría, pero ya no tenía sentido en la vida práctica, ya no era el motivo de la vida social. Y porque faltaron estos estímulos, que tienen la virtud de mantener vivos el carácter y el temple de las naciones, faltó también entre nosotros toda energía intelectual y toda actividad en los usos y en las necesidades de la vida, y el país acabó en esta somnolencia que nuestros vencedores, con inmortal mofa, transportaron a sus vocabularios y llamaron *il dolce far niente.*

Un individuo parecido a nuestro sabio quizá pueda vivir; una sociedad no. Porque para mantener unidos a los hombres es necesario que éstos sean capaces de sacrificar, cuando fuere menester, sus bienes, y hasta la vida; y donde huelga esta virtud, o sea patrimonio de pocos, la sociedad está deshecha, aunque todavía parezca viva. Esta fuerza faltó a los italianos, parecidos entonces a aquel romano riquísimo que no quiso gastar cien ducados para la defensa común, y luego, en el saqueo de Roma, perdió el honor de sus hijas y gran parte de su fortuna. Faltó esta fuerza, porque las ideas que impulsaron a sus mayores estaban exhaustas; imperaban el cansancio y la indiferencia; y entre tanta cultura y prosperidad, el temple. *la estofa del hombre* estaba consumida, falta de esa fe y de ese calor del corazón que realiza *las grandes cosas,* quê puede mandar a los montes, según dice el Evangelio, o si mejor os place, puede volver fáciles y dulces los más duros sacrificios.

¿Qué quedaba? La sapiencia de Guicciardini. Perdida la fuerza, hicieron sus veces la intriga, la astucia.

la simulación, la duplicidad. Y pensando cada uno en su interés particular, naufragaron todos en la tempestad común.

Cómo se habían empequeñecido los italianos, en qué flaquezas habían caído, cuáles eran sus designios y sus deseos en medio de la tempestad, nos lo testimonia la descripción que hace Guicciardini del alma de sus conciudadanos, en los cuales, sin embargo, subsistía tanta virtud que sirvió para hacerlos caer con loas.

"Nuestras costumbres — dice el historiógrafo — no exigían que nos inmiscuyéramos en la guerra entre estos grandes príncipes, sino que la evitáramos, y nos rescatáramos del que vencía, según las ocasiones y las necesidades. No era oficio nuestro pretender dar leyes a Italia, querer trocar en maestros y en censores a quienes debían partir de ella; no mezclarnos en las cuestiones de los mayores reyes de los cristianos: nosotros habemos menester de estar bien con cada cual, de hacer de modo que nuestros mercaderes, que son la vida nuestra, puedan viajar seguros por todos lados: de no ofender nunca a ningún príncipe grande, sino obligados a ello, y de suerte que la excusa acompañe a la injuria, y no se vea antes la ofensa que la necesidad. No tenemos necesidad de gastar nuestros dineros para alimentar guerras ajenas, sino conservarlos para defendernos de las victorias; no para desasosegar y poner en peligro la vida y la ciudad, sino para reposarnos y salvarnos." (1)

Este lenguaje de servidores y de mercaderes muestra cuál era entonces la sabiduría de los pueblos italianos, y lo que es el hombre sabio que nos esboza Guicciardini. No hay espectáculo más miserando: tanta impotencia y flaqueza aparejada a tanta sapiencia.

La raza italiana aún no se ha curado de esta flaqueza

---

(1) F. Guicciardini. "Ricordi Autobiografici", pág. 211.

moral; todavía no ha desaparecido de su frente esa marca que le ha impreso su historia de doblez y de simulación.

El hombre de Guicciardini *vivit, imo in Senatum venit*, y lo hallan a cada paso. Y este hombre fatal nos obstruye el camino, si no tenemos la fuerza de matarlo en nuestra conciencia. (1)

FRANCISCO DE SANCTIS.

(*Lo tradujo*: ALVARO ARMANDO VASSEUR).

---

(1) F. D. S. "Nuovi Saggi Critici", 27.ª ed. Nápoles, 1914, págs. 201-226.

SALUTACIÓN

Al capitán Berisso.

Aviador de las frágiles alas,
Por el espacio tendidas a vuelo
Al crepitante rumor que ensordece
Los ámbitos mudos del cielo.

Me arrebataron consigo las águilas
De tu victorioso ardimiento,
Para que navegara en sus rémiges
Las aguas del viento,

Y comiera del pan eucarístico
De la audacia, tu pan cotidiano,
Para ser, un instante brevísimo,
Casi tu hermano.

¡Oh frecuencia lustral del peligro,
Domeñado en tus ojos serenos,
Elevado pensar de la muerte
Que ennoblece más hondo a los buenos!

Purifica mi voz en el ósculo
Del vidente Isaías al ascua,
Surja Fausto decrépito al místico
Resonar de los bronces de Pascua!

¿En qué noche de intensas tinieblas,
A qué líricos ámbitos nuevos
Ascender? ¿A qué cúspide blanca?
¿A qué rayo de un sol aún oculto
Del que un ave destellos arranca,

Al cernirse nocturna en la altura
Como una impaciencia de insomnio
Que el alba apresura?

¿En qué noche de intensa congoja
Como el ave, buscar una senda,
Una huella de luz presentida,
Que invisible los átomos hienda

Muy arriba del mundo y en ella
Incendiar el espíritu a vuelo
Como el nuevo lucir de una estrella
O el resquicio en la sombra de un velo?

¿En qué día
Desde un claro zenit ver en círculo
Un exacto horizonte que iguala
El abismo y el monte:
Antinomias concordes en una
Armonía ni buena ni mala?

¿Ver la luz y la sombra enlazarse?
¿Ofrendar al espacio la vida
Como la simiente madura
De un noble ideal en dehiscencia
Sobre un surco de mieses futuras?

¿En qué noche de negra agonía?
¿En qué nueva esperanza?
¿En qué aurora? ¿En qué día?

Aviador de las frágiles alas
Y corazón de acerada firmeza,
Tú sonreirás de mis líricos sueños
De mis inconstancias...
A ti la Belleza.
En la plenitud de la acción y la idea
Simbolizada con alas a vuelo
Por resplandores de aurora febea
Bajo la muda sorpresa del cielo...

Triunfal como un arco, a los semidioses
Que rasgan su túnica,
A los argonautas de la nueva nave,
Camino a las Cólquidas nuevas.
Aviador!
Por su triple acepción en mi espíritu
Séate mi única
Salutación panegírica:
AVE!

Un día será, próximo acaso,
En que el multiplicado girar de las palas
De tu hélice nos habitúe
A su contacto familiar y a las alas

Dóciles como el esquife y el remo,
El arado, el martillo y la rueda
Que Prometeo, discóbolo, mueve
Con su fuego primigenio.
El Aeda

Sueñan contigo los precursores
Y los Mesías venideros; la fragua
Retempladora de las inquietudes;
El Verbo en camino sobre las aguas
Del Tiempo... en la noche de las multitudes.

"Vivir no es necesario: es necesario
Volar". Zarpa otra nave
Y lleva en la proa,
Rostrada con una Victoria, de clámide al viento,
Las alas libérrimas de la Esperanza!
¡Icaro! ¡Ave!

BUENAVENTURA CAVIGLIA (hijo).

SOBRE ARTE

IDEAS Y PENSAMIENTOS

(De un libro en preparación).

Cuidemos, ante todo, de que nuestro amor por el arte se mantenga en los términos de la más severa dignidad, sin descender a los que constituyen un engañoso remedo de ésta... a aquellos que, en realidad, sólo importan un sentimiento inferior de vanidad exhibicionista.

—Nada importa el sacrificio del éxito inmediato exterior en aras de la honestidad artística; no nos importe que el mantenimiento de tal virtud lo consigamos al doloroso precio del fracaso, que siempre quedaremos en planos infinitamente superiores en el justiprecio intelectual, con relación a los brillantes y mentirosos, que sacrifican la honestidad a los triunfos fáciles de las manifestaciones exteriores.

El análisis en poesía.

Reputaba Coudillac, que en el análisis, el poeta halla uno de los más eficaces medios de inspiración.

Creemos exacto el juicio del lógico. Creemos que el verdadero poeta gana en inspiración, en la medida que realiza acto reflexivo.

Porque, cuanto más y mejor analice, cuanto más y mejor reflexione sobre el objeto de pensamiento, de más eficaz modo lo reflejará en su fantasía.

El análisis lo conducirá a una más íntima y profunda visión intelectual, a reflejar con más verdad, con más fidelidad su pensamiento.

Los que entienden que el conocimiento reflexivo es modo que no se aviene con el inspirado, deben considerar, por el contrario, que la inspiración se ha de probar con la reflexión; deben considerar, que así "como los bailarines se ejercitan en la danza, calzando pesados zapatos de plomo", a fin de adquirir al par que más firmeza y seguridad de movimientos, más agilidad y destreza, el poeta, con los ejercicios reflexivos, adquirirá más espontaneidad y fuerza de inspiración.

Desde este punto de vista, los ejercicios reflexivos corresponden a un aspecto importante educativo de la facultad poética.

Suponen una gimnasia necesaria; y, sobre todo, sirven de medio para aquilatar la virtualidad de las exaltaciones de la fantasía, que pueden resultar no más que vanos e ilusorios remedos del espíritu poético.

Conrado Blanco.

ANFORA ROTA

Se esfuma en la lejanía
la doliente voz de un piano,
y descifrando un arcano
se va esfumando la mía.

A ella, que es como una rosa,
lentamente la deshojo.
Todo se tiñe de un rojo
pálido en la estancia umbrosa.

...Y el postrer pétalo rueda
tristemente y con dulzura;
mientras el derrumbe apura
se va quejando en voz queda.

Lloró la rosa exquisita
su rocío atesorado...
y un beso muy prolongado
firmó la palabra escrita...

Muere en el piano la queja
postrimera de un dolor.
Ya sólo se oye el amor
como una voz que se aleja...

SEGUNDO BARREIRO.

LOS DOS ABUELOS

El uno era alto, un poco cenceño, como debe ser la cara de los hijosdalgos que no deslustraron en el ocio de la casona solariega el brillo del apellido, sino que lo sacaron al sol, por entre una floresta de lanzas, peleando contra moros o contra infieles. ¡Era un gran señor aquel abuelo! No lo conocí en el oro de sus años, no lo conocí en el bronce, lo conocí en la plata de la cabeza ya cana, apaciguada ya. Tenía los ojos negros, ojos firmes y fijos, ojos que han domeñado nervios y pasiones. Era alto como una puerta feudal, hablaba, y sus palabras, arcaicas, imprecadoras, parecían surgir como del pergamino de un infolio: caminaba con caminar de hombre que nació para mandar hombres, repúblicas, senados, y — ¿por qué no? — para mandar también ejércitos entre nubes grises de pólvora, en situaciones heroicas. Para buscar psicología, hermana de la suya, hay que remontarse a viejos siglos lejanos: Marqueses de Santillana que mandan ejércitos contra el infiel y contra el moro, su lanza es la primera que arremete, deslumbraba aquella lanza como tejida con fuego, con vivo fuego de sol. Y vencido el moro, vencido el infiel, pacíficas las tierras de España, en el más cuarto del castillo escribir con luenga pluma de ganso la historia del linaje... Sacrificado de un ideal fué aquel abuelo, decidme si alguna vez visteis su nombre donde no estuviera el nombre de su

partido. Nació con la patria, su padre, un poco de Catón, un poco de Stuart Mill fundidos, había estado en el tumulto de los congresos que dieron constitución política a un pueblo. De un viejo partido conservador, fué.

De labios, de muchos labios de hombres corrompidos, sectarios del éxito, sin convicciones, sin ideas, sin fe, yo oí decirle: ¡godo! como imprecándole. Pues fué godo, godo en la guerra, godo en el libro, y godo, supremamente godo en la casona. ¿Retrógrado, tal vez? Tal vez retrógrado: tal vez su espíritu tenía una barrera para nuevas ideas que debía traerlas la natural evolución de las cosas. Pero fué honrado, pero cuando en un gran incendio rojo vió la agonía de su bandera, no se pasó a otra, no vendió su espíritu, vivió del pasado, acaso se alimentaba de algún ideal muerto, imposible, quimérico, pero se alimentaba de un ideal: ideal es siempre espíritu, no como vosotros, tránsfugas, que os alimentáis de estómago. El era en medio de la casona, de los hijos, de los nietos, como una pequeña patria, el culto de los héroes me lo enseñaron sus labios, y en los labios suyos temblaba la lanza de Paez en Las Queseras, en Carabobo, en Puerto Cabello como un supremo empuje, y Bolívar, era, como si en una fusión de dioses Licurgo y Alejandro se juntaran, y un solo hombre, Bolívar, ganara batallas como Alejandro y como Licurgo hiciera leyes; loco o santo o genio, en la locura santa, genial, de Carabobo, sereno señor de toga, "El Poder Moral" en la mano, a las puertas del congreso, en Angostura.

Complejo el otro abuelo yo no sabría pintarlo en un rasgo. Redonda cabeza griega, no le faltaba la apostura del hidalgo, pero de un hidalgo afinado en las fiestas de Versalles, alma del señor español rellena con sal de Francia, no para él dominadora actitud del otro abuelo: más sutil, más vibrador el nervio, más

penetrante para sacar música interior ante la contemplación del chorro de agua cantarino, de las avecicas de Dios, de los lirios del campo: compleja psicología de pobrecito de Asís en su amor por la naturaleza fraterna y de artista renacentista en el pagano amor por los mármoles que traían buhoneros de Oriente, sencillo y complicado al par, sencillo para hablar a los gorriones con lengua franciscana, complicado como para hablar a Maquiavelo de la ruina de los imperios, a Leonardo del efecto de la luz sobre las almas, ante Rafael de Urbino descomponer en líneas la sonrisa de una Madona. Si en el espíritu del otro abuelo godo y católico, veíase alguna gota de una sangre prehistórica, energía y fortaleza del celta, del vasco o del astur, de los hidalgos cenceños que pasaron por el romancero entre una floresta de lanzas, bocas donde no abrió la risa su suave flor de sedas, el espíritu de éste venía, cuajado de músicas, del vivaz tronco latino. Recuérdolo, de niño, hablar con viejo camarada de ideales en un francés de los más finos, de los más "versallescos" que oyeran mis oídos. Tenía muchos libros el abuelo aquel, su espíritu tolerante juntaba bajo un mismo tramo al Sakiamuny extático, y al viejo de Ferney, normal y cruelmente reilón. Creía en los demás y dudaba de sí mismo, cualquier muchacho que irrumpía en un periódico de cuatro páginas con algún exceso rimado era para su entusiasmo una promesa, malos hombres explotaron de la fuente divina de su candor, en el medio burgués y mediocre fué un incomprendido, como él no apresó su espíritu bajo el campanario de la aldea grande, sino que ambuló libre y suelto por libros exóticos y filosofías lejanas, aquellas honestas gentes de la aldea grande no supieron de todo su venero musical y recóndito. ¿Qué queda de él? Lucha del pan, maldita lucha del pan marchitó su jardín: queda un epigrama latino en un viejo libro de cuando fué

estudiante, prosas e ideologías en periódicos de trescientos ejemplares de tirada, en la provincia, polilla y abandono acabaría con las colecciones de esos viejos periódicos, en páginas en blanco de algún librón de cuentas el comienzo de un estudio, seis, doce ideas biológicas al respaldo de algún libro de Haeckel.

En medio del loco desorden de mi cuarto, frente a frente, el uno cenceño, rosado el otro, están los retratos de los dos abuelos. El uno mira y parece imprecar por su bandera rota y por su fe destruída en la loca avalancha de las ideas nuevas. El otro sonríe, y quizás parece decirle al uno cómo no es loca avalancha la de las ideas nuevas, cómo todo obedece a una ley de renuevo y transformación, el título del viejo libro de Pelletán que por lejanos días del 60 juntos leyeron: "El Mundo Marcha". Cenceño el uno, alto como una torre feudal, parece decirme que estos locos mariposeos de mi espíritu cristalizan en una convicción, que tenga la honradez de mi convicción donde atalaye hombres, donde atalaye cosas. ¿Me vencen? Bien vencido, con tal de que de la bandera rota quede aún entre mis manos un girón hecho luz y hecho látigo. Luz, ¿por qué no?, para alumbrar mi fortaleza irresistible, látigo para el tránsfuga que cambió el ideal por estómago. Y el otro sonriendo parece completar la máxima del uno: pero no castillo de hierro para el adversario edifiquen tus convicciones, acuérdate del símbolo que viste muchas veces en un estante de mi biblioteca. Sakiamuny el extático junto al viejo de Ferney, cruel y reilón. Oye verdades metafísicas a Budha, el viejo príncipe de la casa de los Sakyas que abandonó mármoles, oro, mujer hermosa, virilidades de treinta años, por un grano de arroz al día en la soledad del yermo, pero no porque haya hecho vibrar las cuerdas de tu alma la verdad metafísica de Sakya, niegues la verdad antagónica, la verdad "versallesca" y frívola

del cruel viejo reilón de Ferney. Tolerancia! Si haces ciencia del dolor, sé amable para la sabiduría con tanta sabiduría como el dolor, de la risa. Puede haber tanta verdad en un consejo búdhico, dicho en una selva metafísica de la India, entre las paredes de una pagoda, junto al Ganges sagrado, como en un madrigal dicho en Versalles, por buenos días de pelucas empolvadas, Pompadures, abates, poetas y bandolinos que tocan entre la fronda, junto al estanque bañado de luna y candor. Verdad distinta, distinta concepción de la vida, distinta filosofía, hombres diversos y diverso medio.

Así, en el desorden de mi cuarto, más que en el Schopenhaüer aburrido, el Kant lógico, el Niestzche paradojal, yo leo un dual sermón de vida en el retrato de los dos abuelos. Sermón de convicción, sermón de fortaleza, sermón que parece surgir como del pergamino de un infolio en la cara enérgica y cenceña de un abuelo, y fino sermón tolerante, fino sermón hecho con sal de Francia, en la cara rosada y sonriente, en la cabeza redonda y griega del otro abuelo, complejo espíritu que hubiera como un pobrecito de Asís llamado hermano al chorro de agua, a las avecicas de Dios, al lirio del campo, como hubiera también hablado a Maquiavelo de la ruina de los imperios, a Leonardo del efecto de la luz sobre las almas, ante Rafael de Urbino descomponer en líneas la sonrisa de una Madona.

MARIANO PICÓN SALAS.

GLOSAS DEL MES

LOS LIBROS DEL AÑO

1920 nos ha dado un total de cuarenta libros.

Acaso, con uno solo, pero excepcional, nos dábamos por conformes. Una nación sólo vive porque piensa, dice Eça de Queirós, — y ya sabemos lo que queda de aquellos grandes pueblos antiguos, que fueron el emporio del mundo. Nuestra tierra, que Dios hizo pequeña como una mano en el decir del poeta, tiene amor por "la diosa de los ojos claros", que en el Atica protegió a los mortales del imperio de Calibán.

No en valde, nos contaba hace poco, con la brillantez de su prosa harmoniosa, el sutil espíritu de Juan Antonio Buero, como una tarde amable, al salir de Versailles la delegación uruguaya de la paz, alguien confundió desde las filas de la muchedumbre, nuestra bandera azul y blanca, con la bandera blanca y azul de Grecia. Y lo que en el corazón patriota del joven diplomático fué entonces voto de esperanza y augurio de porvenir, puede decirse que es largo anhelo soñador que certifican nuestras devociones por Palas Atenea.

La labor intelectual del año 20 es numerosa y estimable, aunque no sea magnífica ni gloriosa. Muerto Rodó, callado Zorrilla de San Martín, las grandes figuras literarias del Uruguay están descontadas. Delmira Agustini y Julio Herrera y Reissig, hace tiempo ya que nos abandonaron. En la brega serena y altiva

todavía no aparece quien vuelva a encender la lámpara maravillosa, pero una gran cohorte lírica viene cantando por los caminos, y en sus ojos azules y en sus frentes leales palpita la optimista energía de la juventud. Acaso, ¿no eran así como éstos, los jóvenes de la Grecia antigua, que llevaban el alba clara sobre los rostros, que amaban la mañana sobre los verdes céspedes?...

En los cuarenta libros del año no aparece, como ya lo dijimos, el libro excepcional del maestro ni el libro máximo que consagre al recién venido. Existen, sin embargo, los esfuerzos eficaces, las voces consistentes. Revistándolos, aunque sea en ligera teoría, podemos remarcarlos con fundada confianza, como en la fila atlética se destacan seguros los más bellos púgiles.

A estas consideraciones preliminares que la pluma hilvana sin orden, — queremos agregar que en los distintos géneros, — la prosa predomina, aunque todavía no han pasado sobre ella los aeroplanos novecentistas de la hora que en los cielos celestes de la poesía ya han dejado sus rayas fugaces...

De los libros de versos podemos citar sin esfuerzo, hasta diez. Manuel Pérez y Curis, envuelto ya en la eterna sombra, lo mismo que Alcides Milans, nos dieron dos obras poéticas de innegables características. Pérez y Curis, de consagrado renombre, completó su parnaso estremecido de alas combativas con "Ritmos sin rima y otros", en donde hay una común y rebeladora tristeza propia de aquel espíritu encrespado y fuerte.

La obra de Alcides Milans es una obra póstuma, y por lo tanto, no seleccionada con justeza ni mucho menos con exigencia. "Los astros de un ensueño" vienen a ser así, desparejos, — pero ello no obstante definen una personalidad de ardientes atributos jóvenes, la misma que un día conocimos y acompañamos en azules horas de bohemia inolvidable.

Juan Mario Magallanes, triunfador en los juegos florales del Salto, publicó "Mi báculo", libro de versos opacos y desplazados casi todos, por su técnica, fuera de las corrientes actuales de la modernidad. Magallanes es un recién iniciado, en este año tan pródigo de gente nueva y lírica. Su poema de "Las casas", que premiaron en el Salto, asegura una potencial brillante para su carrera poética.

"El secreto doliente" de Enrique Bianchi, y "Poemas del silencio", de Carduz Viera, son dos libros de iniciación, titubeantes y salpicados de influencias, pero alumbrados por la misma luna que vuelca su emoción sobre las almas líricas que están en primavera.

Manuel Benavente, poeta trashumante de las ciudades de tierra adentro, a las que ha solido cantar con sencillez emocionada, nos brindó este año "Motivos pueblerinos", pequeño y frágil conjunto de notas campesinas que tienen fragancias de égloga. Benavente nos ha dado otras veces canciones de más aliento, más suyas, y por lo mismo, más hondas. La poesía provinciana tiene un remoto origen en los pequeños poemas de Campoamor, y ya está cancelada en España tanto como en América donde un Luis C. López con mucho ingenio y un Evaristo Carriego, con mucho corazón, han dicho poesías perdurables. No obstante, los pueblos están llenos de cosas eternas y un poeta que las sintiera, podía hacer con ellas páginas inmortales. Quizás Benavente logre la posesión de la belleza costumbrista a que aspira en este volumen, pero es justicia dejar contancia que por ahora, no podemos decir la dulce alabanza... Acaso, fuera mejor volver a los antiguos temas que el poeta quitaba de su modesto tirso de rosas para ir enflorando su caminal de ensueño...

Víctor Bonifacino, tras un largo silencio de varios años ha publicado "Las alas de Ariel", libro poético

que perfila luminosas líneas y que la crítica seria del país ha recibido con elogios. Bonifacino pertenece a la generación que capitaneó aquel gran señor de la Torre de los Panoramas, — y sus versos de ahora, muy otros de los de aquellos tiempos, han crecido en expansión torácica, — vale decir, en fortaleza y plenitud.

"Las fuerzas eternas", de Enrique Casaravilla Lemos, acusan la formalización de este poeta en la temdencia casi mística de ahondar en el problema metafísico. Es cierto que "el poema en celebración de la primavera" es para nosotros un canto de juvenil hechizo que vale mucho más que toda la sombra misteriosa de las eternas fuerzas, pero el poeta no tiene por qué darnos las satisfacciones que pretendemos, ni nosotros habemos razón de exigencia para con la virtud ajena...

Desde Buenos Aires, donde vive transitoriamente, Enrique M. Amorín, salteño y casi un niño, avalora la producción nacional con el tomo de sus poesías tituladas "Veinte años". Se trata de un libro primerizo que tiene pocos defectos y muchísimas virtudes, hasta el punto de merecer las más altas palmas que la crítica bonaerense ha tributado a un poeta inicial. Amorín es joven de toda juventud, y trae con arrojo un poco de primavera para remozar el mundo. ¡Bien haya quien así tenga amor a las musas y a la mañana!...

Y puede terminarse el año poético con el libro también primigenio de Federico Morador.

"Poesía", se titula simplemente, — y a buena fe que la hay. — Un poco original, — el más original del año sin duda alguna, — logra a veces aciertos formidables que pudieran consolidar su obra si no la desequilibrara repentinamente con algunas piedras vulgares... Empero, no puede negársele vena poética ni impulso renovador, y su libro primero es ya más que un libro de iniciación.

De autores en prosa el año 20 ha sido fecundo. No todos han conquistado las mismas plazas, pero es indudable que con ellos han estado los dioses. Hasta más de veinte obras en prosa podremos citar con nuestro elogio. La novela, casi siempre "la cenicienta" de estos países en consolidación, ha tenido gran impulso este año.

Víctor Pérez Petit y Máximo Sáenz, nos han ofrecido "Entre los pastos" y "Renovación", dos obras de aliento, bien hechas, de color nacional, que obtuvieron fácilmente los premios del concurso anual de "El Plata". Pérez Petit ha tentado múltiples ensayos, en teatro, en verso y en prosa, y pocos, en realidad, tan firmes y tan sólidos como éste.

Máximo Sáenz, en distinto ambiente, ha realizado también una obra que viene a colocarlo de golpe en el catálogo de nuestros formales escritores.

Desde Florencia, — una de las ciudades con alma, como diría Rodó, — Montiel Ballesteros nos envía su libro "Cuentos uruguayos", — que puede reputarse un libro definitivo para el autor y que marca una nueva, pero brillante y segura ruta en la brújula literaria de Montiel. Carlos Reyles y Javier de Viana le han llamado "maestro" en el género: y no olvidemos que cualquiera de los dos, — y en ese género Viana sobre todo, — lo son desde mucho tiempo.

Otto Miguel Cione ha publicado "¡Maula!" y "¡Caraguatá!...", completados con nuevos capítulos, que no desdicen del concepto que, tenemos de su pluma. Cione es un escritor estudioso y ameno, no exento de la elegancia que caracteriza a los maestros de su género.

"El cántaro fresco", es el intermezzo en prosa, que la gran poetisa Juana de Ibarbourou ha puesto en su labor lírica. Ingenua y simple, la prosa de este libro

subyuga por su frescura de agua de manantial, propia para llenar el cántaro de una bella moza de pueblo...

Vicente A. Salaverri ha hecho este año la obra más seria de su vida literaria. Con un criterio personal, que es al fin de todo el mismo que me mueve en estas páginas y el mismo que uso en vida, declaro que en "Este era un país", Salaverry alcanza lo que desde hace muchos años no lograba ningún escritor nuestro.

Es cierto que Salaverri ya es un autor uruguayo, pero nunca lo ha sido tanto como con esta novela de positivo aliento, por suerte juzgada sin reticencias, como se lo merece. Si sus obras próximas tienen la contextura amplia y la fisonomía clara de "Este era un país", hay que anticiparse a saludar a uno de los primeros novelistas del Uruguay contemporáneo.

Horacio Maldonado, con fama de ensayista, contribuyó a la labor intelectual del año con "El sueño de Alonso Quijano".

Wifredo Pi nos dió "El sendero ilusorio", donde recopiló sus abundantes artículos de prosa y crítica.

Santín Carlos Rossi publicó "El criterio fisiológico", libro de ciencia que honra al Uruguay, y que fué recibido como una de esas pocas obras intelectuales destinadas a revolucionar, y lo que es más, a perdurar. Santín Carlos Rossi, poeta, médico, sociólogo, concibió "El criterio fisiológico" como el desarrollo de una humana y científica teoría social que el sueño de su avanzado pensamiento plantea a las sociedades actuales como redención y mejoramiento. El libro de Santín Carlos Rossi es el más grande libro del año.

El maestro Vaz Ferreira nos ha dado "La percepción métrica", y el profesor Antonio M. Grompone un "Curso de Metafísica". Los dos son libros de estudio, cuyo mérito confirma el que tienen sus autores desde la cátedra de filosofía de nuestra Universidad.

Alberto Reyes Thevenet ha agregado a la literatura científica del año su notable libro "La cosmografía y

su enseñanza", donde un idealismo superior hace fácil binomio con una honda erudición científica.

"El molino quemado" de Antonio Soto (Boy), y "Pasar", de Mateo Magariños Solsona, completan el año novelístico, al que cabe con justicia agregar los dos libros "El salvaje" y "Las sacrificadas" de ese extraordinario cuentista salteño que se llama Horacio Quiroga. El pensamiento nacional posee en Quiroga una figura de contornos continentales, que realiza las páginas más definitivas de nuestra literatura.

José María Fernández Saldaña y César Miranda, avaloran los estudios históricos del país con la "Historia de la ciudad y el departamento del Salto", — la más completa monografía que pueda ostentar una región ríoplatense. La historia del Salto es un volumen que puede timbrar de orgullo a su región. Además de estar hecha con un criterio moderno de la historia que presta preferente atención a la marcha de la civilización, este libro acusa patriotismo, imparcialidad partidaria, investigación y generosidad ilimitadas.

Al cerrar este rendimiento de cuentas no puedo olvidar "Primavera", de José P. Bellán, que este año se consagró uno de nuestros primeros dramaturgos con "Dios te salve"; — "Crítica y Arte", de Gustavo Gallinal, ceremoniosa en el estilo y erudita en el pensamiento; —y la versión al italiano de "Tabaré" hecha por Folco Testena, ese singular espíritu itálico que ha hecho nido entre nosotros, y que se ha empeñado en una labor patriótica de tribuna y de periódico, digna de loanza y de reconocimiento.

TELMO MANACORDA.

Notas bibliográficas

Las Sacrificadas.—Horacio Quiroga.—Buenos Aires.—1921.

Ya no es posible confundir la obra de don Horacio Quiroga, como tampoco es justo compararla; pues la calidad de los sujetos que su ingenio evoca y la seguridad de mano con que los desbasta y reduce a líneas esenciales, hacen que el arte de este hombre no consienta semejanzas.

Lo prueba otra vez en "Las Sacrificadas", cuento escénico en cuatro actos, sobre el cual vamos a derramar dobles elogios.

***

Unos porque, examinando esa pieza con relación al teatro ríoplatense, debemos clasificarla, con orgullo patriótico, junto a las muy pocas por las cuales puede decirse que el teatro aborigen existe; ya que la abundante floración de nuestros escenarios, a pesar del favor público evidenciado en pingües balances, no pasa de ser una manifestación regresiva de nuestra civilización, y de ningún modo puede llamársele Teatro.

Otros elogios, porque "Las Sacrificadas", para la literatura general, tiene muy alto mérito. Es el drama hondo y sombrío de unas almas descentradas por cenagosa vorágine; pero que conservan cierta belleza recóndita, una como finura sentimental, conservada inmarcesible, y en la cual finca el mayor esfuerzo emocional del drama.

Es eso y no más; pero, ¡qué perfección!; ¡qué realización maestra para acertar en tan acabado efecto, disecando almas con técnica simplísima, con lenguaje estricto, limpio de efectismos u ostensibles elegancias, con movimiento escénico reducido a lo indispensable!

***

Barbey d'Aurevilly, hablando de fórmulas, dijo que el arte debía ser un glorioso servidor de la verdad. Exactamente es así el arte de Horacio Quiroga, por su esencia y por su método; pero cuanto más corran los tiempos más se cumplirá la fórmula de Barbey, más glorioso será este servidor de la verdad.—**E. S.**

El sendero ilusorio.—Por Wifredo Pi.—Montevideo.—1920.

De todas las ramas del arte, la crítica es la que necesita mayor erudición y sagacidad, mayor valor moral, aquella que expone más y en donde se recoge menos. Su cultivo, pues, cuando es hecho conscientemente, revela un espíritu superior y valeroso. Desgraciadamente, dentro de sus fronteras se han cobijado muchos doloridos diletantes de las letras, muchos que han buscado una fácil notoriedad con frenesíes iconoclastas y, lo que es peor aún, el gran rebaño de los cientificistas, aquellos para quienes el buen gusto y la inclinación al análisis no es cosa que nace con la persona, como la elegancia en el vestir o la delicadeza del ademán, sino que se aprende en Salamanca, ciñéndose a tales fórmulas o a cuales reglas de técnica, así como se hacen las pomadas. Dicho sea todo esto sin desconocer la importancia que la educación y el comercio de las ideas tienen como tonificantes de aquellas cualidades naturales y como necesarias para su debida explotación.

Sin embargo, no hay cosa más importante que la crítica, cuando tiene el verdadero sentido de su objeto y no extravasa sus límites lógicos. El placer estético es por esencia instintivo; el hombre se deja impresionar por la belleza como la placa fotográfica por la luz, sin análisis de ninguna especie. En donde empieza el raciocinio desaparece la emoción. Lo primero es sentir la hermosura del paisaje en su efecto integral, desposeído de cualquiera otra preocupación, después el proceso mental, la curiosidad crítica, que nos indique el por qué y el cómo de aquella belleza, fruto de tal contraste de colores o de cual equilibrio perfecto en las cosas. Así creemos que el exégeta literario debe colocarse frente a una obra, dejándose impresionar como un hombre cualquiera, confiado en la selección de sus sentidos, olvidando su papel de Aristarco y luego, en frío, averiguar el por qué de sus sensaciones. De este modo se acostumbrará a despreciar el detalle, la arista, en homenaje al conjunto, al núcleo.

El mal crítico hace lo contrario. Hijo de la erudición y el desvelo cultural puro, se ha construído moldes herméticos y frente a una manifestación artística, no se abre para sentirla, sino se encoge para averiguar si puede ser bella, es decir, si no infringe ciertos conceptos de retórica o ciertas reglas gramaticales que considera fundamentalmente inviolables. De este modo la crítica resulta no sólo un simple menester de apoticario, sino profundamente nociva porque conspira contra la esencia del arte, la libertad, y porque tiende a destruir la iniciativa y la necesidad de renovación.

Por esto mismo tributamos un cálido aplauso a esta nueva obra de Wifredo Pi, en la cual reafirma, de modo vigoroso, bellas aptitudes reveladas en libros anteriores y en las páginas de esta revista. El autor ha entendido el verdadero sentido de la crítica: revelar, subrayar valores, analizar con espíritu amplio y ecléctico, libre de prejuicios y hermetismos dogmáticos, y lo hace con estilo, utilizando una prosa pulcra y sonora que se lee con facilidad y deleite.

No puede hablarse todavía de obra suficiente para consagrar un nombre de modo definitivo; pero en muchos de sus capítulos, sobre todo en el que consagra a Nietzsche y Dostoyeski, se revela la garra del crítico capaz de orientarse con criterio propio y profundizar el análisis hasta abordar cuestiones fundamentales del arte.

Es lástima que el autor no haya empleado más su talento en juzgar nuestros valores literarios o nuestros problemas sociológicos, hecho tanto más inexplicable cuanto que nuestro medio ofrece abundantes y muy nobles materiales para el exégeta; pero con todo, "El sendero ilusorio" representa un bello esfuerzo de alta crítica, y no es necesario ser muy lince—sobre todo conociendo su juventud y su amor por las cosas del espíritu—para augurarle a su autor un puesto prominente dentro de nuestra literatura.—**J. M. D.**

El Caminante.—Novela por Héctor Olivera Lavié.—Cooperativa Buenos Aires.—1920.

Los prologuistas hacen un flaco servicio, por lo común, a los autores de novelas, pues si hay algún género que no consiente preámbulos—¡como que casi todo el efecto se espera de la acción!—es la novela. Admitimos el proemio hasta en los volúmenes de cuentos, donde se ha de aludir al valor del conjunto, sin entrar en pormenores sobre los asuntos tratados. E insistimos: en las novelas no.

Para justificar las precedentes afirmaciones, no tendríamos sino que referir lo que nos ha sucedido con "El Caminante", de Héctor Olivera Lavié. Mariano A. Barrenechea nos advierte al principio, que Olivera sigue a este y aquel escritor. Y critica lo que supone extralimitaciones del novelista, ciertos capítulos que él estima crudos y que, en una segunda edición, a su juicio, desaparecerán. ¿Qué pasa?:.. Que nosotros, lectores confiados, empezamos a leer la obra con preocupación, temiendo—¡o deseando!—que lleguen esas escenas que suponemos licenciosas, o por lo menos, de un suculentamente erótico realismo.

Y sucede que el libro concluye—leído con más avidez de la que fuera preciso—y no hallamos aquellas minucias "detonantes" que debieron escandalizar un poco a Barrenechea. Cierto que hay un lenocinio y el protagonista de Olivera Lavié se encierra en un altillo, con una muchacha que se desnuda frente a la luz agria que entra por la ventana.

Mas, como aquella cópula de "El árbol de la ciencia"—y ya está dicho el entronque de Olivera Lavié con Baroja—lejos de excitarnos el episodio, nos deja con una languidez muy casta. ¿Nos explicamos?

Por lo demás, no hace falta hablar de Stendhal para referirse a "El Caminante", pues las influencias realmente ostensibles—netas y precisas—de esta novela, hay que buscarlas en los libros de Pío Baroja. Es aquello realmente un fenómeno de identificación. (Desearíamos que con esta y otras afirmaciones no divagaran los espí-

ritus malignos). Para que resulte una imitación tan típica como la de Olivera Lavié, hace falta que haya gran semejanza espiritual—y hasta de organización craneana—entre maestro y discípulo.

Porque es forma y esencia. Dijérase que Baroja vino al Río de la Plata e hizo esa novela apresurada—¡como todas las suyas!—de arquitectura deficiente, compuesta con breves capítulos inconexos escritos a su vez en una forma esquemática, pero que, en conjunto, da una magnífica sensación de verdad.

Porque el protagonista, débil, abúlico, con aquella enfermedad del autoanálisis (que, entre paréntesis, es lo que le quita la fuerza: Pizarro conquistó el Perú porque no miraba otra cosa que el punto lejano hacia el cual se dirigía), ese protagonista, repetimos, está sacado de la vida y nos produce el efecto que una persona desventurada, a la cual tratamos, nos produciría.

Con Olivera Lavié, las letras rioplatenses tienen la promesa de un novelista de mucha garra, frío, analítico, cruel, que no acierta con las descripciones líricas, pero que conturbará al desnudarnos—como se desnuda la hetaira de su narración—las almas.—**V. A. S.**

Poemas.—Por Carlos Obligado.—Ediciones Virtus.—Buenos Aires.—1920.

Fuera de un canto a la "Paternidad", de un soneto al "Perro" y de una traducción de "En Villequier", de Hugo,—que casi lo salvan todo,—este libro de Carlos Obligado nos da la impresión de un dominio rítmico carente de vida, como si fuera un ramo de flores sin perfume...

Se trata de versos que no emocionan, de versos sin llama, de versos que el alma no interpreta. Dijérase que nos encontramos ante un espectáculo sin interés...

El verso es un hilo de oro, de seda, de acero o de agua, que la araña de un vivo anhelo va tejiendo dentro de nosotros,—y que tiembla de puro sentimiento o de pura belleza cada vez que en él posamos los ojos o renovamos el recuerdo,—de la misma y dulce manera que la tela sutil urdida por la hiladora tiembla de sol en los brazos de los árboles y en los huecos de los muros...

No de otro modo habrá de ser el verso, ni de otro modo lo entendieron nunca todos los poetas que en el mundo han sido. De ahí, pues, que los poemas de Carlos Obligado, hechos con amor a la hermosura y dominio de la métrica, pero sin posesión de la honda y alta poesía que caracteriza las verdaderas obras poéticas, de acuerdo y a la hechura del simil de la tela de araña que citamos, no lleguen a concretar más que un esfuerzo sin fortuna, loable como esfuerzo solamente...

La poesía requiere mayores dones personales, exige virtudes propias: pide, por ejemplo, un corazón ardido de música y de sueño, un corazón que haga rimas con el vivo anhelo de la araña que se envuelve en su hilo, un corazón anegado de luz o inflamado de ardor

o deshecho en lágrimas, pero que sepa expresar con encantado acento y colorido mágico la voz interior que está en el alma como en la flauta el són...—**T. M.**

Aurora.—Juan Stefanich.—Asunción del Paraguay.—1920.

Si este libro no trajera en su carátula un apellido justamente bien considerado en las letras americanas, y si no expresara el nombre de la ciudad donde vió la luz, nunca acertáramos nosotros con su escenario, nunca lo creyéramos venido de aquella tierra colocada como una entraña preciosa en privilegiado lugar del continente. Y porque a esa novela se atribuye carácter "nacional" destacamos eso, pues se nos ocurre imprescindible mover en ambiente definido los héroes de una novela de tal clase.

Como también se nos ocurre que el carácter de esos héroes no ha de presentar jamás la errátil inconsistencia de los que mueve el señor Stefanich.

Una novela de ese género tiene obligación concreta de fijar cierta porción del vivir de un pueblo; y ello no se logra revistiendo los modelos con túnicas de desvanecido romanticismo, ni paseándolos por un escenario de desleída inquietud.

***

Un drama de amor en horas de esas revoluciones habituales en nuestras jóvenes democracias, constituye el argumento de "Aurora", y justo es decir que ni el primero es bastante para esqueleto de la envoltura histórica, ni esta envoltura merecía libro de tanta extensión para lograr forma imperecedera.

No decimos lo último negando importancia a los hechos tristes que el señor Stefanich fijó en sus páginas; pero esa importancia es muy relativa, pues si se examina pensando en que en la evolución de los pueblos es imposible evitar etapas de inseguridad y de anarquía (cosa bien comprobada en esta América), resulta clara nuestra afirmación de que para tales acontecimientos son muy holgadas las dimensiones de esa novela.

***

Tal vez fuimos mal acostumbrados, en este género de lecturas, por Acevedo Díaz, quien fijó nuestra epopeya en su serie de novelas nacionales; pero de tal manera, que se la deseamos al Paraguay, la querida tierra hermana, cuya levadura viril resistió a sus desventuras, y cuya ascensión moral e intelectual ofrece al cincel de la historia aristas más definidas que las que el señor Stefanich ha querido modelar.—**E. S.**

Progres et ordre, ensayo de síntesis histórica, por Henri Deuil.—París.—1920.

De esta obra se hizo una gran tirada, según creemos, con el propósito de que, no obstante estar escrita en francés, circulara profusamente en el Nuevo Continente. El autor se la dedica a la América Latina, entendiendo que ella tiene una clara visión de su verdadero destino histórico. Nosotros hemos empezado a hojear este libro con enorme expectativa. Según el editor de "Progres et ordre", el nada exiguo volumen "es la solución del angustioso problema del orden mundial" y "proyecta radiante luz sobre la misión redentora de la mujer, presagiando su triunfo en la sociedad de mañana". Supusimos la obra de palpitante actualidad, gigantesca realmente. ¿Qué contribución al estudio de los grandes problemas sociales no tendría? El desencanto fué hondo. Para Henri Deuil, el mundo es una vasta circunferencia, cuyo centro es Jesucristo. Luego, en torno a su pupila expectante, más o menos lejos, hállase todo lo demás: el bien, el mal, el amor, el trabajo, la ambición, la justicia... Hemos cerrado el libro con manifiesta contrariedad, tras de descubrir el gráfico donde el ojo de Dios viene a ser como el sol, dentro del sistema planetario. Hay que creer una de estas dos cosas, viendo convulsionado al mundo: o que nadie mira con justicia desde el cielo, o que el ojo de Dios está con cataratas.—**V. A. S.**

Evangelina.—Por Henri W. Longfellow.—"El Convivio".—Costa Rica.—1919.

El autor de esta obra, que nos llega traducida para "El Convivio", hace muchos años que no existe. "Ya no mirará más—decía José Martí, a raíz de su muerte—desde los cristales de su ventana, los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas".

Este modo romántico de recordar a Longfellow nos dice ya lo que el autor de "Evangelina" fué: un romántico, que escribiera bajo la sugestión de "Germán y Dorotea" y otras obras igualmente dolorosas de Goethe. "Evangelina" presenta la América del Norte, a raíz de su colonización por los ingleses. Se trata de lo que hoy es Nueva Gales. La guerra entre ingleses y franceses da mérito a la novelita de Longfellow, que, posiblemente, fué historia. Es tierna, sobremanera sentimental. El cubano Juan H. Dihigo la ha traducido esmeradamente.—**V. A. S.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Pigari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



FEBRERO DE 1921

SUMARIO:

AÑO V.

Montevideo

URUGUAY.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — **Manuel de Castro**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbourú**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del inteérs de 6 % hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 dé Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.



La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado. ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: **$** 0.50 **oro**

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del inteérs de 6 % hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.



La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado. ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Febrero de 1921. Núm. XXXII.—Año V.

DE LA FORMACION DE UNA LENGUA PLATENSE

(Capítulo de la obra inédita "Introducción a la Historia de América")

Alberto Zum Felde, cuya labor crítica, sociológica y literaria lo destaca vigorosamente en nuestro escenario intelectual, prepara en estos momentos una obra titulada "Introducción a la Historia de América", la que, sin duda alguna. será una nueva revelación de su originalidad, valentía y talento.

Verdaderamente complacidos adelantamos un capítulo inédito de esa obra, que su autor ha tenido la deferencia de ofrecer a los lectores de PEGASO..

. . . .

Son ya evidentes, para el observador, los síntomas de la formación de una lengua nacional popular en

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Febrero de 1921. Núm. XXXII.—Año V.

DE LA FORMACION DE UNA LENGUA PLATENSE

(Capítulo de la obra inédita "Introducción a la Historia de América")

Alberto Zum Felde, cuya labor crítica, sociológica y literaria lo destaca vigorosamente en nuestro escenario intelectual, prepara en estos momentos una obra titulada "Introducción a la Historia de América", la que, sin duda alguna. será una nueva revelación de su originalidad, valentía y talento.

Verdaderamente complacidos adelantamos un capítulo inédito de esa obra, que su autor ha tenido la deferencia de ofrecer a los lectores de PEGASO..

. . . .

Son ya evidentes, para el observador, los síntomas de la formación de una lengua nacional popular en

el Río de la Plata, distinta del castellano que poseemos por la historia y por la cultura.

El lenguaje popular rioplatense — no el gauchesco de los campos, sino el cosmopolita de las ciudades — está muy lejos del castellano hablado popularmente en España. Es un castellano corrompido, híbrido de varios elementos, y que tiende a diferenciarse cada vez más de aquél.

La formación de la lengua platense se halla, pues, en su primer período: en el de descomposición de la lengua materna. Tal es el proceso de formación de las lenguas romances. El castellano es nuestro latín.

Este fenómeno se opera con mayor intensidad en Buenos Aires, cuyo arrabal puede considerarse el foco de esa corrupción lingüística.

Mientras el núcleo central de Buenos Aires es casi enteramente europeo y puede parecerse al centro de cualquier gran ciudad de Europa, el enorme arrabal que le rodea, es ya una cosa genéricamente argentina. El centro es el núcleo de la burguesía extranjera, comercial, industrial, profesional, y de la sociedad porteña europeizada; el arrabal es el medio popular, donde se mezclan italianos, españoles, rusos, criollos, mulatos, mestizos, (1) proletariado multiforme y pintoresco, que da tema al sainete de costumbres, tan abundante en nuestro teatro. En el arrabal se mezclan y producen hábitos, caracteres y expresiones especialísimas. Las costumbres, cantos, bailes, modas y expresiones del famoso arrabal porteño del tiempo de Rosas, pasan con bizarras modificaciones a los nuevos elementos cosmopolitas que llegan, trayendo a su vez costumbres, cantos, bailes y expresiones, de sus países. Se forma así un elemento heterogéneo, inculto y pin-

---

(1) Llamamos convencionalmente "mulatos" a los cruzados de negro y blanco y "mestizos" a los de blanco e indio.

toresco, que circunda al núcleo europeo y lo va contaminando de sus caracteres.

El tango, hijo del arrabal, derivación de la milonga, pasa a ser el baile nacional por excelencia, como antes lo fuera el pericón, hijo de la campaña. El compadre del arrabal da algo de su bizarría y de su desplante al elegante porteño de la calle Florida. El habla híbrida y bárbara del arrabal, se infiltra en el lenguaje de la gente burguesa, y se oyen sus frases en las calles, cafés, teatros y fiestas de la ciudad. El arrabal invade a Buenos Aires, se extiende al interior del país, y pasando el río, hace sentir su influencia en Montevideo; tal es la fuerza expansiva y reproductiva que posee.

El lenguaje corrompido e híbrido del arrabal — y damos aquí a *arrabal* un sentido algo simbólico, comprendiendo en él a dos tercios de la vasta población porteña — constituye aquel principio de transformación del idioma a que aludimos al comenzar, saliendo del castellano el argentino (o platense), como del latín salió el castellano. Todos los idiomas nuevos son corrupciones populares de los idiomas maternos.

Estas consideraciones no equivalen a afirmar que el *lunfardo* actual llegue a ser la lengua rioplatense. Sólo afirmamos que esa fabla popular, así híbrida, así bárbara, así baja, es el fermento de la descomposición del idioma que, *necesariamente*, ha de producirse en estas tierras.

La transformación del castellano en América tiene que ser un hecho inevitable, como consecuencia del cambio de los caracteres. El lenguaje no es una cosa artificial y arbitraria que pueda imponerse, quitarse, modificarse: es un fenómeno psico-social. Cambiando la psicología cambia el lenguaje. El *alma* de los idiomas es la idiosincrasia misma del pueblo que los habla; por eso se dice de quien posee a fondo una lengua, que

piensa en esa lengua. Las masas nacionales de América tienden a modificar el español a medida que sus caracteres se modifican. El castellano corrompido del arrabal porteño, mezcla de español, de italiano, de criollo, de indígena, de francés, es el lenguaje natural del pueblo, corresponde a su composición étnica, a su ambiente social y a su psicología. Por eso tiene un gran poder de difusión y se va infiltrando aún en las clases medias de la ciudad. Es en vano oponerse a este hecho, en nombre de sentimentalismos hispanófilos, o de principios culturales: obedece a leyes históricas. Llegará un momento en que, en el Río de la Plata, se hablarán dos idiomas: el rioplatense del pueblo y el español castizo de las élites urbanas. Tal ocurrió con el latín y los romances, en la Europa de la edad media. La lengua docta y literaria seguía siendo el latín. El pueblo hablaba en romance, que no era más que un latín corrompido, mezclado con dicciones y giros de varias lenguas. Así como nacieron el español, el italiano y el francés, nacerá una lengua platense. Para conservar puro e intacto el español sería preciso conservar puros e intactos los caracteres españoles. Tal cosa no ocurre; América es hoy cosmopolita y se va haciendo americana; luego su lengua, cosmopolitamente corrompida hoy, será definidamente americana más tarde.

A los muchachos se les enseña en la escuela un español más o menos correcto; pero en su hablar prima la lengua de la calle, que es la lengua viva de la multitud.

Cuando esta lengua ya esté semiformada, o por lo menos definida, llegará la literatura a recogerla, a expresarse en ella, a completarla, a darle formas gramaticales y estéticas.

Alberto Zum Felde.

VERSOS EN PROSA

La ventana iluminada

Todas las noches
voy al través de los campos
hacia el chalet solitario que se eleva
en el altozano del paisaje.
Como un ladrón me acerco,
disimulándome
entre los árboles,
y miro, el alma arrobada,
la ventana iluminada.

Yo no sé
quienes viven allí; pero allí vive
la felicidad.
Ese cuadrado de luz sobre la noche
es el hogar,
el hogar quieto, tibio, como un seno,
cuajado de alegrías y de risas,
lleno
de esperanzas y de anhelos.
A veces,
escalan la ventana iluminada
risas de niños,
como guirnaldas de jazmines blancos;
a veces,
es el són de un piano que desgrana

en la calma nocturna
los acentos eternos de Beethoven
o los suspiros de Chopin;
a veces, también,
es la voz de una mujer joven,
la voz de una madre joven,
feliz y enamorada,
que pasa sobre el silencio
con un batir de alas
de lenta mariposa.

Y yo, mirando la prodigiosa
ventana iluminada,
siento que también se me ilumina el pecho
con una luz misteriosa,
con una luz de blanca seda,
que me llena de cordial tibieza,
que me inclina a soñar y a ser poeta.

Y aquellas músicas
que vuelan de la ventana iluminada
en enjambres de notas, como pájaros
invisibles, como pájaros luminosos
de luz negra,
son las más bellas,
son las más tiernas
que he oído yo en mi vida. Y es por eso
que al regresar a mi casa
tengo siempre en las pupilas
un zodíaco de lágrimas.

Yo no sé
quienes viven allí; pero allí vive
la felicidad.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

UNA MADRUGADA

Al frente, portera de un cerco en el que se enreda una madreselva. Junto a ella un álamo. Por el suelo, musgo. Al fondo, la casa. Amanece.

El álamo (sacudiéndose). — La noche me ha llenado de diamantes. No puedo con el peso de tantos. Toma algunos, musgo.

El musgo (a sus pies). — Gracias, álamo. Los esconderé bajo mi vestido rizado, pues si los ve el sol me los robará.

Un pájaro (desde una rama del álamo). — Pi... Piii... Piiii... Toda la noche soñé contigo, sol. Me parecía que iba a buscar pajuelas para mi nido y, en vez de ellas, traía rayos tuyos, pequeñitos como briznas. El nido era tan resplandeciente que un duende, creyéndolo de oro, quiso llevárselo. Pero se quemó los dedos.

El sol. — Todos sueñan conmigo. Todos me aman. Y asimismo, ¡qué solo estoy! A veces quisiera ser tan pequeño y tan humilde como tú, gorrión, para tener un nido, una compañera que me besase, alguien a quien yo poder besar también sin hacer daño, como todo el mundo. Una vez me enamoré de una fuente, y loco, no hacía más que llenarle de cintas multicolores el penacho de su surtidor. Pero el amor de los poderosos es un peligro, gorrión. Y ella, casi consumida por el mío, se escondió horrorizada bajo la tierra, y ahora corre, suspirando, lejos de mis ojos. Me está prohi-

bido gozar un amor, ya lo ves. Tengo que repartir equitativamente mi calor entre todas las cosas del mundo. ¡Ah, cómo pesa ser grande! Si pudiera convertirme en cualquier sér humilde, en una matita de musgo, en un pájaro, en una enredadera...

El viento. — ¡Vean ustedes qué buen olor a flores traigo! Los naranjos de la huerta han amanecido con casi todos sus capullos abiertos. Quise robarles un puñado de pétalos, pero no pude. Son unos avaros. Reconcentran toda su fuerza en las corolas y no hay quien deshoje ninguna. Les pediré a las manzanillas del campo que me den un montoncito de las suyas. Quiero poner algunas en la cruz de aquel hombre que asesinaron la otra noche. Me da una pena!... Era un muchacho rubio, y estaba enamorado. Pero, como la novia se casará con otro, y no tenía madre, nadie le ha puesto siquiera una flor.

El musgo. — Toma también una matita mía. Me multiplicaré afanosamente para que tenga una capa de terciopelo verde.

La madreselva (sacudiéndose). — Ahí tienes pétalos, pistilos, pólen. Déjalos sobre su tierra. Se filtrará hasta su cuerpo el olor del Verano.

Una nube que pasa. — Adiós, adiós, álamo, musgo, madreselva, gorrión. Traigo un cantarito lleno de agua. ¿Quieren ustedes beber?

El álamo (al musgo). — ¿Tienes sed, pequeño?

El musgo — Por ahora, no .Pero dile que no se aleje demasiado, pues, si no, empleará muchos días para volver, y entonces, sí, la tendré.

El dán-dán... de una campana. — ¿Han rezado ustedes la oración matutina? ¡Estoy segura que por charlar se han olvidado de saludar a Dios!

El viento, la madreselva y el musgo. — ¡Ah, sí! Pero él nos perdonará porque hemos hecho, en cambio, algo que le será grato. Este amanecer, campana, reunimos ofrendas para un muerto del que nadie se acuerda.

(Llega una carreta cargada de ramas verdes).

Los bueyes. — El camino está lleno de rocío. Da gusto hundir las pezuñas en el pasto. Parece que uno pisa cuentas.

El álamo (a las ramas del carro). — ¡Adiós, gajos de espinillos! ¿Sufren ustedes mucho?

Las ramas. — ¡No! Ya somos viejas y apenas si teníamos fuerzas para brotar. Ahora vamos a convertirnos en leña. El fuego nos pondrá collares de colores. Seremos llama y después nube. Desde el cielo te saludaremos, álamo.

La carreta. — Estoy toda húmeda y toda fragante. Parece que trajera en mi falda a la selva entera. Y en uno de estos gajos viene colgada una casa de mariposas. ¡Qué lástima que no se abra ahora mismo! Mis viejos ojos se alegrarían viendo el deslumbramiento del gusanito con alas, ante el hermoso espectáculo de esta viva mañana de Enero. Procuraré no perder esto de vista. ¡Como que descanso cerca de la leñera!...

El hombre que conduce la carreta, abriendo la puerta de la cerca. — Hice bien en madrugar .Va a hacer un día de calor terrible. Ahora ya tenemos leña para todo el mes. Rosa se pondrá contenta.

JUANA DE IBARBOUROU.

POEMAS

De "El nunca usado mar"

DESCONOCIDOS

I

¡Caminar, caminar,
por los muelles dormidos de los puertos
de la ciudad natal!
Y ver oscuros hombres...
Inmigrantes
de América,
..acurrucados como canes viejos,
tomando el sol en la amplitud marina.

Oscuros hombres,
que nunca vimos, ni soñamos ver...
Y mirarlos de pronto, y soportar
en nuestros ojos
el doloroso haz de sus miradas...

II

Caminar, caminar
por los dormidos muelles interiores
y ver acurrucados

en lo más hondo del cansado espíritu,
vagas angustias, muertas o en olvido,
ideas nuevas nunca sospechadas,
semillas de otras almas y países!

Hallarse con los ojos,
de esos desconocidos que se nutren
con lo más vivo de la entraña nuestra...

Han estado tal vez años y años
sólo por aguardar nuestra visita!

Nosotros, ignorando que existieran
esos hijos ocultos...

Sin embargo,
ellos se elevarán pesadamente
de su quietud y con los ojos ávidos
en el Destino nuestro,
nos seguirán como pesados canes...

¡Ya no nos dejarán, nunca, jamás!

En el año 1920.

LA TELA

I

—Nosotros, soñadores,
¿conocemos la forma de los sueños?
¿Acaso la hemos visto alguna vez?

—Nosotros, los amantes,
¿qué sabemos del rostro del amor?

—Nosotros, cantadores,
sordos para las músicas internas,
jamás oímos nuestros propios cantos.

—Nosotros, los mineros,
no lucimos la joya que un instante
quedó brillando en nuestras toscas manos.

—Nosotros, los diamantes,
no gozamos la luz que desprendemos
ocultos en las minas o en las gemas!

—Nosotros, forjadores,
no habitamos los mundos ilusorios,
que ascienden sobre el arco de las sienes!

—Nosotros, los cristales,
no guardamos, del sol que nos traspasa
ni un rayo, y ni una chispa de la estrella!

—Nosotros, los luceros,
nunca vemos la luz que nos consume
y nos helamos en la oscura noche!

Nosotros, navegantes,
no poseemos las islas reveladas
allá en el lomo azul de los océanos!

—Nosotros, artesanos o arquitectos,
nunca veremos fulgurar al sol
la catedral que se construye en siglos.

II

—¡Todos Poetas!
Ciegos para los íntimos tesoros,
para lo bello que las manos crean
y el Bien, que de la entraña fluye unánime!

Oh, tapiz doloroso el que tejemos!

Los demás ven en él la maravilla
absoluta que nunca hemos de ver
Poetas!
Hilanderos, condenados
como los tejedores medioevales,
a hilar sólo al reverso de la tela!

1920.

EMILIO ORIBE.

LA OTRA ROMANZA

Es tan suave querer...

Por quererte mucho te perdí; tal vez se apoderó de tu espíritu inquieto el enome cansancio de mi grande amor.

Juntos los dos. Siempre juntos.

¡Cómo me parece extraño repetir esto!, porque ahora yo no sé bien si ha sido un trágico viento o una leve brisa la que nos ha echado por diferentes caminos que debemos forzosamente recorrer.

El mundo está lleno de caminos así. Pero unos son ásperos, otros no. Y el mío, ¡oh, bien que lo sé!, está lleno a más no poder de espinas y malezas y rocas, sin nada que me dé alegría, porque ni siquiera hay agua que apague mi sed.

¡El hijo...! Yo sé como será.

Antes te quería mucho. Si hasta es pueril que lo repita como loco, mil, cien mil veces al día.

Toda mi existencia fué amor para tí.

Pero eso está muy lejos.

Para mí un gran dolor que llevar como peso inerte que fatiga; menos mal que va envuelto en niebla de tristeza y no me matará.

Tus cabellos rubios y sedosos entre mis dedos finos.

Tu boca sobre mi boca, ávida de morderte y fundir en un beso, como si fuera posible, nuestras dos almas tan distintas, en una sola, ¡oh, quimera azul!

Luego las caricias. Manos que recorren los cuerpos.

Temblor de carnes blancas, las piernas se enlazan fuertemente, y tú y yo... estamos en un beso, en uno solo, largo como la vida, hondo como el tiempo...

Llevo como grabada a fuego tu mirada, esa tu mirada de los ojos azules.

Llevo, llevo tu retrato entero, rasgo por rasgo, acto por acto, y tu querer escaso que se mezcló arteramente con mi sangre roja, circula por mis venas cuando circula ella.

Yo te quiero a pesar de todo. Alimenté sueños dorados en los que tú y yo vivíamos como antes, felices, felices, alegres y un poco tristes. Sueños que se desgarraron violentamente. Toda mi ilusión tan cerca de la realidad se vino al suelo.

Pero eso está muy lejos.

Es tan suave querer...

Por quererte mucho te perdí: tal vez se apoderó de tu espíritu inquieto el enorme cansancio de mi grande amor...

Siento sobre mi boca helada el fantasma de un beso largo como la vida, hondo como el tiempo.

ROBERTO SMITH.

IGUALDAD

Según nos afirma persona de nuestra absoluta confianza, Benjamín Vélez es un joven uruguayo, de veinticinco años, de raza negra y de profesión humildísima.

Como lo resaltan estos versos, hay en él un poeta encauzado en las modernas corrientes, libre, sutil y optimista. PEGASO *lo presenta en la esperanza de hacer una singular revelación.*

Hay muchas cosas que me están prohibidas,
Mas, tirado de espaldas sobre el pasto
Hondo de la cuneta,
Con la pipa prendida entre los dientes
Yo soy feliz.

Un pedazo de tierra y un pedazo de cielo;
Un rulo de humo y un triángulo de sol....
Hoy soy así un hombre como todos....
Como tú, hombre rubio,
Que al pasar a mi lado sonreíste burlón.
Tengo tu mismo sol, tu mismo cielo,
La misma tarde clara de verano
Disfrutamos los dos.

BENJAMÍN VÉLEZ.

PIEDRA CON PALO

TRADICIÓN

Allá por los años de gracia de 1770, la ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca, ahora tan pulcra. era, en lo material, un horror: sus calles eran verdaderos muladares a donde los vecinos arrojaban de sus casas toda clase de inmundicias; ni una sola calle tenía empedrado y numerosas piaras de cerdos paseaban por aquellos albañales, intransitables por el polvo en verano, y en donde, en invierno, perecían ahogadas en el fango las cabalgaduras... Nuestros abuelos, consecuentes con el antiguo refrán de que hay que barrer para afuera, así lo hacían, pero se contentaban con dejar la basura en el portón.

Cuenca, hasta 1771 fué un simple corregimiento: en esa fecha fué erigida en Gobernación, siendo su primer Gobernador don Francisco Antonio Fernández, a quien sucedió el célebre don José Antonio Vallejo y Tacón, que gobernó aquellas partes dándose humos de Rey.

Era el tal un español de abolengo, nacido en Cartagena de Murcia, de padres muy calificados, y desde su mocedad se había dedicado a la marina, en las galeras reales, en las que siguió su carrera con lucimiento, ganando sus grados uno a uno, como antaño se estilaba.

Habituado a la dura disciplina del mar y a la escrupulosa limpieza de bordo, quedóse horrorizado Vallejo al ver el aspecto de la ciudad que venía a gobernar, y, desde que se posesionó de su destino de Gobernador de Cuenca y su distrito, en Diciembre de 1776, se propuso gobernar más con la escoba que con la vara de la Justicia.

Alguien dijo que muchas veces hay que hacer el bien a palos. Vallejo hubo de encontrar que quien tal dijera tenía razón sobrada.

En su afán de mejorar el aseo de la ciudad, presentáronsele al Gobernador obstáculos que para otro carácter que el suyo, hubieran sido insuperables; tuvo que luchar contra viento y marea para lograr su intento, pues que se lanzaron contra él frailes y beatas, gentes que vivían *en olor de santidad,* como si dijéramos... Con razón me digo yo, que el olor de santidad nada tiene que ver con el de un perfume de Cotty o Lentheric!

En su entusiasmo civilizador, Vallejo creó un cuerpo de milicianos, como no se había visto hasta entonces en Cuenca: perfectamente uniformados, a la moda de los Cadetes de España, limpios, disciplinados...

Los frailes franciscanos de la ciudad tuviéronle tan a mal, que un Jueves Santo, llevando tan lejos el desacato al Gobernador, en el *Monumento,* vistieron a Judas con el uniforme de los milicianos de Vallejo. Los frailes Agustinos predicaban horrores contra Su Merced, con alusiones mal veladas, hasta tal punto, que uno de ellos hubo de salir desterrado de la ciudad.

Con todo esto, las relaciones entre las dos potestades, civil y eclesiástica, estaban de lo más tirantes: los empleados civiles y los señores de la Curia andaban de picos pardos. Su Merced el Gobernador y Su Ilustrísima el Obispo, no se podían ver ni en pintura.

La diócesis de Cuenca fué establecida por Carlos III,

en 1779, desmembrando su territorio del inmenso Obispado de Quito, del que era entonces Obispo el Illmo. señor don Blas Sobrino y Minayo, hombre de admirables virtudes, que tuvo la inocente manía de legarnos sus retratos por docenas.

Fué el primer Obispo de Cuenca el Illmo. señor José Carrión y Marfil, natural de Estepona, en el Reino de Málaga, y primo hermano del Presidente de la Real Audiencia de Quito, don Juan José de Villalengua y Marfil.

El señor Carrión y Marfil, que vino a América en compañía del Arzobispo Virrey de Bogotá, don Antonio Caballero y Góngora, debió a tan alta protección sus rápidos ascensos: en Bogotá se encontraba, como Obispo auxiliar, cuando fué promovido al Obispado de Cuenca, del que tomó posesión en 1785.

Una vez en su Obispado, el señor Carrión no pudo menos que llegar a encarnar en su persona lo que podemos llamar la oposición contra el Gobierno. Oficios van, notas vuelven, entre Prelado y Gobernador: el uno reclama que los clérigos y los frailes se moderen en sus predicaciones, el otro contesta haciendo valer las inmunidades eclesiásticas; el Gobernador sostiene el Real Patronato, y el Obispo la dignidad de la Iglesia, y, en tan ardientes polémicas, los ánimos se van agriando...

* * *

Era el Jueves Santo del año de 1786, primer año en que se habían celebrado en Cuenca los Oficios Pontificales de Semana Santa. La concurrencia a las sagradas ceremonias era enorme, dado lo grande de los misterios que se conmemoraban en aquel santo día, como también la novedad de ver pontificar al Obispo.

Por supuesto, allí estaba, en su escaño de honor, y

como representante de la autoridad del Regio Patrono, el Gobernador. El Muy Ilustre Cabildo y Regimiento de la Ciudad asistía en corporación, sentados sus miembros al lado de la Epístola, como el Gobernador lo estaba al lado del Evangelio, cerca del altar en que el señor Carrión y Marfil, asistido de sus canónigos, oficiaba.

A cada *Dominus vobiscum*, el Prelado y el Gobernador se mostraban casi los dientes. Llegó, por fin, el momento de la comunión general. Al Gobernador, como representante de la Persona Real, le tocaba comulgar el primero.

Con las manos sobre el pecho, en actitud reverente y devota se acerca Vallejo a recibir de manos del Obispo la sagrada forma. *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*, pronuncia vuelto al pueblo el Obispo; todos rezan, se golpean los pechos pidiendo al Altísimo que les quite los últimos tufillos de pecado que no hubiere hecho desaparecer el sacramento de la penitencia.

El Gobernador, a los pies del Prelado, espera.

Corpus domini nostri Jesu Christi, dice éste, y Vallejo abre la boca, cierra los ojos contrito, para recibir el cuerpo de Dios. Mas, ¡oh, poder del odio!, ¡oh, poder de la venganza! No recibe la sagrada forma, sino un terrible puñetazo, que le incrusta en los labios la *esposa* del Obispo, y que de poco le deja sin dientes. El señor Carrión, no le deja tiempo para la protesta, sino que le tapa la boca — es el caso de decirlo — con la santidad misma del sagrado sacramento, y al tiempo que el golpe en los labios, Vallejo siente que sobre su lengua se ha posado la Majestad de Dios...

Así se encontraron piedra con palo. El Gobernador desterraba frailes irreverentes, el Obispo irreverente aporreaba al Gobernador.

Quito.

CRISTÓBAL DE GANGOTENA Y JIJÓN.

A PESAR DE LA CRUZ

La chanson raccourcit la route
(Adagio francés).

Para ver si-se acorta el sendero
llevemos siempre un canto a flor de labio.
Aunque pese algún trágico madero
sobre sus hombros será el hombre sabio
si olvidándolo canta en el sendero!

Y será un sabio el triste peregrino
que deja sus alforjas fatigado
al borde del camino
y el propio llanto apura emocionado
como si fuese un milagroso vino
para seguir cantando en el camino!

Cantar bajo el sol de oro
el verso sonoro;
¡y con la lírica canción
llenar de oro el corazón!

Y si la ruta es triste y larga
que diga la canción amarga
el labio lleno de emoción
temblando como un ala o como un corazón!

Cantar la canción dulce del regreso
o la amarga canción de la partida:

¡ la que se inicia con un beso
o la que florece de una herida!

sobre la arena fatigosa
de los caminos deshojar
nuestra canción, como una rosa
al azar...

Cuando en la noche sombría
marchan los dromedarios del tedio
que se convierta en melodía
hasta el dolor sin remedio!

Y aún el amor incomprendido
y aún el traicionado amor
que en el sendero recorrido
den al corazón herido
Como un sagrado fulgor.

Cantar, llorando, en la partida,
cantar en medio de la senda;
aunque se tenga el alma herida
aunque ninguno nos comprenda,
¡Cantar! ¡Cantar!

MARIO MENÉNDEZ.

EL AFORTUNADO SEÑOR ENRÍQUEZ

I

S. E. el señor Ministro, estaba realmente abrumado. Esas dos horas de audiencia que concedía al público una vez a la semana, exigían de él mayor esfuerzo que todos los asuntos abarrotados en su cartera ministerial. Era aquello un desfile sin fin de postulantes que, como una ola de la miseria vergonzante de la clase media, iba a romperse semanalmente al pie del artístico escritorio de S. E. No es que el señor Ministro tuviese una sensibilidad capaz de afectarse ante tanta miseria irremediable. El espectáculo le era familiar, y ya poseía a fuerza de tiempo una filosofía diamantina donde escudar su corazón. No; no era ese el aspecto que de aquellas audiencias le cansaba. Tampoco era encontrarles solución a los infinitos problemas domésticos renovados cada cinco minutos por los postulantes. El señor Ministro no ignoraba que, a pesar de su variedad vertiginosa de formas, en el fondo no existía más que un problema, y, por lo tanto, una sola solución. El problema se llamaba necesidad; la solución, promesa. Y así, con promesas, iba despidiendo a los que por primera vez habían llegado hasta él, conducidos por la esperanza y por la fama del Ministro filántropo y demócrata...

El aspecto difícil, la parte escabrosa de aquellas dos horas de audiencia, eran los veteranos de antesalas,

ministros al revés, o contraministros, pues si la ciencia ministerial era prometer y prometer, la ciencia de estos veteranos era pedir y pedir, a través de las semanas, de los meses, de los años... Y de esta forma, S. E. se veía en la necesidad de alimentar constantemente, con nuevas promesas, las esperanzas consecuentes y sabias de los veteranos, hasta el día que, derrotado, S. E. les daba un destino.

Aquel día había dado tres destinos. En consecuencia, estaba de muy mal humor cuando el secretario le anunció una nueva persona.

—¿Todavía?

—Es la última, señor Ministro, — dijo el Secretario.

—Bueno, que pase. — Y S. E. se engolfó en la lectura aparente de un papelote que estaba ante sus ojos con aquel fin. Cuando oyó que había entrado el último visitante, dijo secamente, sin levantar la vista del papelote que fingía leer:

—Sea breve, señor.

—Señora, señor Ministro — dijo una voz que hirió suavemente, pero con inconfundible acento de dignidad, los oídos ministeriales.

El Ministro levantó la vista con presteza. Estaba frente a una dama bellísima, elegantísima, bien distinta, por cierto, de las demás mujeres que, con una súplica en los labios, habían desfilado esa tarde.

—¡Ah, disculpe usted, señora!... ¡Estaba tan abstraído!... Tome asiento... ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Le he enviado mi tarjeta, señor Ministro.

—¿Su tarjeta? Sí, puede ser... Pero usted comprenderá... Si fuésemos a leer todas las tarjetas que nos caen...

—Lo compadezco, señor Ministro... Y le tendió una leve y perfumada esquela.

—¡Ah, es usted la esposa del señor Enríquez? Es

para mí un alto honor... ¿Y a qué debo el placer de su visita?

—Seré breve, como usted lo desea...

—No rezaba con usted, señora...

—Pues bien, no siento remordimientos de robarle su tiempo. Hasta me considero con un poquito de derecho.

—Con todos los derechos, — afirmó el Ministro amablemente.

—No, señor; con un poquito no más. Y este poquito me lo he ganado por haber tenido la paciencia de esperar a que se fuese el último de sus visitantes de esta tarde. No quería robarles su tiempo, porque yo sé que vienen a pedir la ayuda generosa del señor Ministro. Porque todos piden, ¿verdad, señor Ministro?

—Sí, todos piden.

—¡Es horrible! ¡Cuánta miseria! Hay que reconocer que tiene su lado ingrato el ser Ministro.

—Tiene sus compensaciones, señora...

La dama pareció no advertir la amabilidad y la intención que puso en su frase S. E., porque dijo de pronto:

—Es un asunto de mi marido que me trae. ¿Usted conoce a mi marido?

—Sólo de fama, señora. ¿Y quién de fama no conoce al afortunado señor Enríquez? Todo el mundo se hace lenguas de su suerte en los negocios.

—Sí, mi esposo tiene alguna suerte para los negocios, no se puede negar... Veamos si esta vez no se desmiente, por más que no es un negocio exclusivamente suyo... Yo también tengo mi parte...

—¿Usted, señora?

—Sí, pero mi participación en el negocio es puramente platónica...

—¿Platónica? No comprendo.

—Verá usted. — Y le tendió un rollo de papel, que

el Ministro abrió sobre su escritorio para echarle una ojeada.

—Se trata del cambio de las chapas de la nomenclatura de la ciudad, ¿no es eso, señora? — preguntó S. E. después de un rápido examen del papelote.

—Eso mismo, señor Ministro. Es una propuesta ventajosa que presenta mi marido...

—¿Y se puede saber en qué consiste su participación platónica? — preguntó sonriendo el Ministro con cierto retintín, que la dama no tenía interés en advertir.

—Es muy sencillo. Las chapas actuales son feísimas... Son de un mal gusto que crispa los nervios... Francamente, yo no puedo verlas, señor Ministro, sin un sentimiento de disgusto... Por eso se me ocurrió cambiarlas, y le pedí a mi esposo que presentara esa propuesta... Mire el modelo, señor Ministro; no podrá usted negar que es elegantísimo... La ciudad parecerá otra... Los detalles tienen mucha importancia en la toilette, señor Ministro... He ahí cuál es mi participación platónica... Esta es la razón por que he venido yo, y no mi marido... El sería un abogado frío, comercial.... Yo soy una entusiasta defensora del cambio, por razones de estética, nobles, casi desinteresadas...

—Pero, señora; ¡si apenas hace dos años que cambiamos totalmente las chapas de la nomenclatura! ¡Qué va a decir el pueblo! No es tan fácil como parece, señora... Yo estoy de acuerdo con usted en que las chapas actuales son de muy mal gusto, y en que el modelo que propone su esposo es artístico, pero vaya usted a convencer al pueblo con esas razones que para nosotros tienen tanto peso!... No puede ser, señora, no puede ser... Crea que lo siento...

—¿Es esa su contestación definitiva, señor Ministro? —dijo la dama poniendo mucho vinagre y mucha gracia en un mohín, que tuvo para el Ministro más eficacia que una interpelación de la extrema izquierda.

—Este... — tartamudeó — tanto como definitiva... Habrá que estudiar el asunto... déjeme la propuesta, y veremos...

—¿Entonces cuándo debo volver para conocer su opinión?

—Dentro de tres días, señora. Le daré una audiencia particular.

—Muchas gracias... Es usted muy amable, señor Ministro, pero ya no tengo esperanzas...

—¿Y por qué? ¡Quién sabe!... Yo pondré mi mejor voluntad.

—No, no, — dijo moviendo tristemente la graciosa cabeza. Ya no tengo esperanzas... Será el primer negocio que le fracasa a mi marido, y eso se debe exclusivamente a mi intervención... ¡Ah, yo no tengo suerte, no tengo suerte, señor Ministro!...

S. E. creyó advertir una lágrima en los hermosos ojos de la dama, una lágrima tenue, que apenas los empañaban, y se conmovió. Verdad que esa misma tarde había visto lágrimas de verdad, gruesas y positivas, en unos cuantos ojos femeninos que las vertieron por dolores reales y verdaderos, dolores de madre, de esposa, de hija. Pero si el señor Ministro estaba preparado para resistir a estas manifestaciones que eran gajes de su oficio, no lo estaba para permanecer impasible ante unos ojos hermosos levemente empañados por un dolor sutil, refinado y de buen gusto, como lo era sin duda el de aquella dama empeñada, por razones estéticas, en cambiar las chapas de la nomenclatura de la ciudad.

Y S. E. la confortó:

—Haré todo lo que esté en mis manos, señora.

La dama lo miró con una mirada de agradecimiento que quedó clavada en el corazón ministerial, y se despidió.

Una estela de ese discreto perfume que flota en la línea difícil que separa lo mundano de lo recatadamente

chic, quedó tras su partida. Y S. E. restregándose las manos, exclamó:

—¡Tiene sus compensaciones, tiene sus compensaciones¡

Sin duda oponía sus sentimientos de ese minuto, al desagradable recuerdo de los tres destinos que le habían arrebatado esa tarde otros postulantes conocedores del oficio.

II

—¿Qué tal ese Ministro, Renata? — preguntó el señor Enríquez al ver entrar a su esposa en su despacho.

——Un ogro, querido! ¡Y los humos que se da el ministrito! ¡Figúrate que tomó la propuesta, y apenas si se dignó echarle una ojeada.

—¿Pero no te dió una contestación?

—Me dijo que volviera dentro de tres días.

—¿Y vas a ir?

—¡Naturalmente! ¿O crees que voy a dejar escapar un negocio como ese?

—¡Claro que no! Representa unos cuantos miles. No hay que dejarlo escapar.

—Y no lo dejaré. Demasiado me conoces.

—Es verdad. Hay que hacerte justicia.

Renata arrojó su piel de cibelina en una silla, de donde resbaló hasta el suelo. Poco después roncaba sobre la suntuosa prenda femenina, un hermoso gato exótico.

Los esposos Enríquez se repantigaron en sendas butacas, dignas de sus ocios, butacas concebidas por el genio de la holganza.

Dentro, los muchachos metían una batahola insoportable para otros que no fueran los esposos Enríquez.

Entró Gloria, la hija mayor, fresca joven de diez y ocho años, y se puso a bailar una danza escabrosa, para que sus padres conocieran el último figurín coreográfico — al compás del piano golpeado por su hermana Margot

en el gabinete contiguo. Y bailó Gloria con donosura, sin retacear nada a la amplitud de los movimientos exigidos por la danza, los que adornaban el último figurín coreográfico con inquietos motivos de puntillas y cintajos íntimos.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamaron los padres, aplaudiendo encantados cuando terminó el número de baile.

Era esta una familia de millonarios sin millones. El oro corría allí con una abundancia de cuento de hadas. ¿De dónde salía? Ni ellos mismo podrían precisarlo de una manera concreta. El genio financiero del señor Enríquez, y sobre todo de la señora, renovaban constantemente el milagro de mantener aquel chorro de oro que entraba por una ventana de la casa para salir por otra. Porque ellos no serían nunca dueños definitivos de un centésimo, pero sus manos eran algo así como un puerto de tránsito, como un pasaje obligado por el que rodaban sin cesar las monedas, despeñándose desde los negocios fabulosos, audaces, inverosímiles, hasta el agujero del derroche sin tasa, de la fiebre de gastar, de la dilapidación insensata. Y sobre este elemento movedizo, los esposos Enríquez habían edificado su hogar. Pero sabido es que los principios austeros, o simplemente discretos, que son las columnas que sostienen el buen techo familiar, necesitan un suelo firme donde asentarse, una economía definida, ya sea calculada sobre el jornal del hombre de trabajo, ya sobre las rentas del hombre de dinero. La negación de toda economía era el hogar de los esposos Enríquez. Como se gasta el agua de esos manantiales de vertiente continua, pero desigual, con abundancia cuando mana con abundancia, con parquedad cuando restringe su chorro de agua, pero sin pensar en el mañana, en la confianza de que jamás ha de secarse, así los esposos Enríquez gastaban su chorro de oro. Esta es la misma política finan-

ciera de la miseria. Gastar todo, poco o mucho. De ahí que en el dorado hogar de los Enríquez, los principios y las normas que sostienen el buen techo familiar, estuvieran asentados con la misma infirmeza que en la casucha abyecta del miserable.

Gloria, Margot, Rogelio, Turito, — metaplasmo de Arturito — se habían criado sin que sus padres les allegaran ninguna estaca benéfica para enderezar sus tiernos tallos. Tenían mucho que hacer los esposos Enríquez con el gasto de lo que habían ganado sin ningún trabajo, para dedicarse a emparedar a sus hijos entre cuatro ñoñerías rígidas de buena crianza. Además, Renata tenía una ocupación absorbente e impostergable, y era la custodia de su belleza, el mimo constante de sí misma, la diaria batalla ante el espejo, contra el ataque de los años, gracias a lo cual, a pesar de sus treinta y cinco, conservaba triunfante su belleza, sin que ningún ojo inteligente pudiera descubrirle grietas ocultas. En la época de que hablamos, no sería aventurado pronosticarle una juventud tan larga como la de María de Escocia o de Ninón de Lenclos. Verdad que fué previsora, pues habiendo advertido a tiempo levemente marchitada su belleza por los tributos pagados a la prole, se lo dijo a su marido. Y desde entonces, en lecho estéril por industria, el señor Enríquez había amortajado a su paternidad.

Gloria y Margot empleaban su tiempo en el baile, en la imitación de las tonadilleras, en enviar anónimos a esos *bibelots* que se llaman tenores de ópera. Su música, a la que dedicaban gran tiempo, era la que les llevaban los vientos de la calle: el último tango, la última tonadilla. Su lectura, la que estaba impresa con la tinta más malsana. Ellas mismas, hurgando en los anaqueles del librero, se daban maña para encontrar el libro oculto por la discreción del comerciante. Cierto es que no lo hacían ostensiblemente, sino que ponían

en esta busca todas las artes del disimulo, y que después de revolver un buen rato en los estantes del librero, se marchaban adquiriendo algún figurín, algún libro de misa, alguna novelita ñoña, cuyo autor fuera de bien conocida ejecutoria romántica y anodina. Pero horas más tarde, llegaba indefectiblemente a la librería una criada, trayendo escrito en un papel el título de cualquier obreja pornográfica.

Otro de los entrenimientos de las muchachas, se los proporcionaba Turito, que era un pequeño fauno impúdico. Cuando ellas querían renovar la satisfacción mil veces satisfecha de ciertas curiosidades, jugaban una mala pasada al diablillo, quien, a modo de venganza, aventaba su hoja de parra, dando el espectáculo de aquel descocado y pintoresco monigote de bronce puesto en una plaza de Bruselas como motivo de fuente, cuya solución encontró el artista inspirándose en la misma solución dada por la Naturaleza en la masculinidad, a uno de los desahogos fisiológicos.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

(*Continuará*).

NOTAS

Ricardo Garzón

La muerte de Ricardo Garzón, poeta, periodista y caballero, ha puesto una nota de congoja en el ambiente.

Hombre joven, dueño de un entusiasmo púgil y de un corazón romántico, apenas si tuvo tiempo de fraguar sus quimeras y con ellas hacer sus manojos de versos, aún llenos del rocío de la mañana...

Inquietud de pensamiento y agilidad de movimiento denotan sus obras inconclusas, sus viajes peregrinos, sus proyectos de ensueño: juventud, en fin, que quiere volar y las alas ensaya...

Había fundado recientemente "Tierra de Artigas", uno de los mejores *spécimens* de revista de lujo que se hayan intentado en el Uruguay. Su éxito ya timbrábale de orgullo y reflejaba honor para el país...

A su muerte brusca y triste levantamos la frente para decir su esperanza y perpetuar con ella su nombre de caballero y de poeta.

GLOSAS DEL MES

Un caso

El niño Antonio Magnano, de 15 años de edad, se arroja bajo las ruedas de un convoy y salva la vida de una niña que, sin su intervención, habría muerto. El adolescente recibe heridas gravísimas, es conducido al hospital y muere, de resulta de ellas. La noticia es dada por los diarios en los sueltos policiales y merece algunos comentarios elogiosos al margen. Luego el niño es enterrado silenciosamente, y la vida habitual sigue...

Nada más doloroso que esta indiferencia por el heroísmo anónimo. El pequeño héroe era un alma noble del montón. Por eso no se ocuparon de él. Si hubiera pertenecido al mundo de las vanidades diarias — social, político, económico, intelectual, etc. — hubiera sido otra cosa. Se le hubiera alabado en todos los tonos, al menos por los que tenían afinidad con la familia del difunto...

Se habla todos los días, sin embargo, de democracia. Se dice que no hay más mérito que el que resulta del talento y de la acción personal de cada uno. Pero es esta una ficción engañosa, un juego de palabras, nada más. Los hechos son otros. A la aristocracia por derecho de nacimiento ha sucedido la plutocracia por derecho de conquista. El de más talento; el de mayor acción realizadora, pero virtuosa y digna; el de más envergadura moral; el más sincero y noble, ¿es el que

triunfa? No, señor. El que triunfa es el más audaz, el de más talento para la simulación o el engaño, el de mayor acción realizadora, dentro de este nivel moral inferior, que es el plano de acción actual de casi todos los hombres. El *arrivismo* en auge...

Así, nada de extrañar tiene que del pequeño héroe, al que nadie conocía, nadie haya hecho caso. Si hubiera vivido y resultado sano, habría podido oir o adivinar — en pago de su buena acción — el comentario de la maledicencia o de la envidia, y, si mutilado, el gesto de compasión y la falta de solidaridad humana...

Está visto que ya no vale la pena de ser héroe en este mundo.

La moda

Las pastorales de los obispos condenan la moda de las faldas cortas y las muselinas transparentes....

En nuestras playas, mientras el viento fresco juega traviesamente con los bucles sueltos del cabello y los ruedos de los vestidos de las damas, ponen ellas—entre tanto — las notas claras de sus telas y el encanto de sus formas, que la moda no es osada a ocultar...

Recreo para la vista, miel para el alma acibarada, son esas pantorrillas que se exhiben tras de las medias blancas; esos bustos que se muestran en la naturalidad de sus formas, sin opresiones ni violencias, — que es esta una moda de higiene y de belleza.

No está el pecado en ella. Natural y sencilla, higiénica y hermosa y elegante a la par, es esta moda. Mas, el pecado suele estar en quien la lleva, si una intención aviesa tuerce la naturalidad de su recato — que en este mundo siempre han sido los mal intencionados los que han echado a perder las cosas buenas.

ALBERTO BRIGNOLE.

Ética de una renuncia

El doctor Morquio ha manifestado su resolución inquebrantable de no aceptar el Decanato de la Facultad de Medicina, en vista de no contar con la unanimidad de los sufragios, y de creer que la resistencia que levanta su candidatura haría malograr su programa o, por lo menos, sería un obstáculo permanente para su desenvolvimiento integral, provocando una situación de lucha que, a fin de cuentas, redundaría en perjuicio de esa Facultad.

Respetamos los móviles que lo han llevado a tomar esa resolución, aunque los creamos equivocados. La lucha es siempre manifestación de vida, y quien tiene ideas arraigadas está en el deber de aceptarla, tanto más si sus opiniones están en desacuerdo con las que predominan o han predominado en el seno de un instituto cuyo funcionamiento es de interés público y que representa uno de los más intensos factores de la cultura nacional. Por otra parte, la unanimidad sólo es lícito exigirla en situaciones extraordinarias, cuando la realización de una obra sea imposible si no se inspira una confianza absoluta, y estamos lejos de pensar que éste sea el caso del doctor Morquio. Cuando en momentos normales se produce la unanimidad respecto a un candidato, es preciso desconfiar que éste sea un tipo amorfo, sin ideales determinados, incapaz de iniciativa, y al que todos aceptan por egoísta espíritu de conservación, o con la esperanza de hacerlo instrumento de sus ambiciones o tendencias personales. ¡A menos que sea resultado de una lamentable escasez de hombres superiores, lo que no hablaría, seguramente, muy en favor de una Facultad que ha educado ya a varias generaciones.

Con todo, si la decisión del doctor Morquio no implicara más que un error, o una debilidad, o simplemen-

te pereza para entrar en un ambiente de combate, no merecería el honor del comentario público; pero es que la renuncia de este eminente profesor — uno de los pocos a quien puede dársele este título máximo sin que la verdad se ruborice — representa la ruina de grandes esperanzas y la dispersión de muchos nobles anhelos que se habían agrupado alrededor de su candidatura por creer necesaria la presencia de un hombre sustantivo, práctico, metódico, libre de prejuicios y de influencias, al frente de una Facultad que debe estar animada por ese espíritu, en virtud de la propia índole de sus estudios.

Y en verdad que aquellas esperanzas tenían su razón de ser. El doctor Morquio hubiera imprimido, sin duda, a la Facultad de Medicina, esa huella de intensidad, disciplina y obtinación que ha caracterizado toda su obra. Obrero silencioso, pero honrado, preciso y contundente, con una erudición que no se extravía en detallismos inútiles, ni le estorba para mirar las cosas con vista propia, y, sobre todo, con un concepto nítido de la misión del profesor y de la responsabilidad profesional, pocos como él han llegado a ser lo que son por méritos propios y pueden ostentar esto que nos parece imprescindible en todo el que pretenda dirigir juventudes: correlación perfecta de la prédica con el apostolado, del hecho con la palabra; de tal modo, que el ejemplo de su vida sea la mejor enseñanza.

La Facultad de Medicina, en donde, como en todas partes, abundan aquellos Pachecos glosados con tan fino espíritu de observación por el autor de Fradique Mendes, mucho hubiera ganado teniendo por director a un hombre de las condiciones del doctor Morquio. Por desgracia, éste no lo ha querido, y lo sentimos doblemente: por él, que hubiera demostrado lo que vale desde un escenario más vasto; y, por aquel centro cultural, que hubiera recibido un sano y vigoroso ímpetu de vida.

José María Delgado.

Notas bibliográficas

La Casa Iluminada.—Versos por Ildefonso Pereda Valdés.—Montevideo.—1920.

El título, los diseños, la arquitectura, el esmero tipográfico, todo influyó para que abriéramos este libro con espíritu cordial y bien predispuesto.

Sin faltar al respeto debido a la verdad, no podríamos afirmar que el autor haya defraudado totalmente nuestras esperanzas. Hay algunas composiciones (''Este cielo de mayo...'', ''Frente al mar apacible...'', ''Señor: yo soy un labrador...'', ''Callejas de pueblo quieto...''), no exentas de orgánicas cualidades poéticas y, que dan derecho a suponer cosechas más ponderables para el futuro.

Pero así como tres o cuatro pinceladas bien hechas son insuficientes para salvar a un cuadro, esos cantos, cuyo mérito nos complacemos en reconocer, no alcanzan a destruir la dudosa impresión que deja el libro, considerado en su conjunto, íntegralmente, como debe hacerlo la buena crítica.

Por otra parte, es evidente que el autor no ha podido librarse de extrañas influencias. En casi todas las habitaciones de esa casa nos ha sido posible saludar a gente conocida, desde Baudelaire y Verlaine, hasta Darío, Nervo y Apollinaire. Esto, naturalmente, no sería nada, porque hasta en aquellos que cultivan delirantemente la personalidad es siempre posible averiguar las sugestiones originarias. No sería nada—repetimos—si las semillas o los gajos arrancados a los árboles madres, al sembrarse en tierra propia, adquirieran nuevo vigor o, por lo menos, no perdieran su fragancia, su gracia o su frescura.

De este modo, encendiendo antorchas con fuegos de procedencia más o menos transatlántica, el autor ha conseguido iluminar una casa, pero se ha olvidado de ponerle un alma adentro; con lo cual queda dicho que después de recorrer todas sus estancias, se sale de ella con una sensación de vacío y soledad, pidiendo a gritos la compañía de un sér de carne y hueso... aunque sea la de aquel perrito ''tan fiel y tan sumiso, que corre por la casa y ensucia siempre el piso'', a quien el autor envidia en uno de sus cantos.—**J. M. D.**

La quietud del remanso.—Poesías por Juan Burghi. — Buenos Aires.—1920.

Laten en este libro con ritmo humilde y con palabra amiga, nobles anhelos y entusiasmos fáciles.

Castizo hasta parecer a veces un émulo de aquel Gabriel y Galán, dulcísimo poeta de Castilla y extraordinario cantor de "El ama", este Juan Burghi realiza con blandura, con sencillez y, sobre todo, con amor, sus numerosos cuadros bucólicos.

No hemos de decir que es original este hombre, ya que a esta altura son muchos los americanos que cantaron la poesía solariega con verdadero acierto.

Sin embargo, notándosele aún las influencias y los desvíos, cabe a nuestra sinceridad declarar que sus versos,—como agua de remanso,—tienen esa dulzura amorosa, suave y bella que el título del volumen nos evoca.

Cuando el poeta deje sus amistades literarias para ser más él, en vez de hacer como los otros, y cuando también haga su poesía frente al paisaje que describe y no en el encierro de su biblioteca, imaginándose las cosas sin haberlas visto o con una simple remembranza de ellas creemos de firme que habrá logrado definir una personalidad tallada en ese material de que están hechos los poetas verdaderos...—**T. M.**

Alberdi, la Argentina y el Paraguay.—Por Juan Stefanich.—Asunción—1920.

La Biblioteca Paraguaya del Centro Estudiantil de Derecho viene publicando una serie de volúmenes que acusan un movimiento intelectual activo en la juventud del país hermano. Los estudios históricos y sociológicos ocupan el primer lugar. Pero, al lado de ellos, dos volúmenes, el uno anterior, de Juan Vicente Ramírez, sobre "Visiones uruguayas" y el otro actual, de Stefanich, sobre la Argentina y Alberdi, traducen un noble afán de fraternización espiritual en aquella juventud briosa y entusiasta. Por lo que esto supone de nobleza y altura de sentimientos, en esta época de chaturas afectivas, y por lo que este volumen contiene de savia juvenil y generosa, felicitamos al autor y a la tierra del Paraguay en este reverdecer de sus esperanzas y su vida...—**A. B.**

Espejos nativos.—Versos por Julio Díaz Usandivaras.—Buenos Aires.—1921.

La musa de este poeta se nos presenta en este libro sencilla, sin complicaciones, como cuadra a los motivos que lo han inspirado, todos ellos sugeridos por el simple espíritu o el silvestre panorama campesino.

De esto se desprende ya un elogio para su labor, porque, eviden-

temente, pocas cosas revelan más la verdad del sentimiento y la existencia de un poeta que la armonía perfecta del tema que promueve la sensación y la expresión que la exterioriza.

Pero Usandivaras no cae en el pecado de la mayor parte de los que cultivan la sencillez; no confunde lo simple con la simpleza, ni lo común con lo vacuo. Sabe arrancar al paisaje vulgar o al episodio cotidiano su esencia poética, deteniéndose cuando la agota, por lo cual se desprende de casi todas sus composiciones un enérgico lirismo. Choca por eso encontrar algunas veces prosaísmos de necesidad muy dudosa para subrayar una impresión y, sobre todo, de evidente mal gusto. En el poema titulado "El buen año"—pongo por caso—toda la segunda cuarteta podía ser suprimida con ventajas, porque nada aporta—a no ser una nota chirriante—en un cuadro alegre de abundancia y bienestar. Pero, volvemos a repetirlo, en general el libro se mantiene conservando un tono lírico intenso y de buena cepa.

Además, encontramos en la poesía de Usandivaras un elemento que ha sido abandonado o poco menos, por los liróforos que aman cantar nuestros asuntos campesinos y cuya vena cultivaron con tanta maestría los antiguos payadores, con los cuales el autor—lo decimos en su honra—parece tener un lejano parentesco. Nos referimos a la gracia; no, naturalmente, la que emana del gracejo andaluz o del grueso epigrama, sino la que emerge de la amable ironía y es fruto de la experiencia y de una sabia concepción de la vida.

Queremos señalar, para concluir, porque nos parece el punto apicular del libro, la composición titulada "La Laguna", bellamente concebida y de un graficismo singular. "Por el camino se ve—venir una yegua flaca:—llega, huele y se retira—triste, la cabeza gacha... —Los patos cruzan silbando—muy arriba, muy arriba..." Es imposible no ver esa laguna absorbida por el fuego de un terrible verano nuestro, en cuyas orillas resecas los esqueletos blanquean "y que parece evocar en la grave hora nocturna, cantos de ranas y sapos"...—J. M. D.

El maravilloso viaje de Nils Helgersons a través de Suecia, por Selma Lagerlof.—Barcelona.—1920.

De mucho tiempo atrás, era anunciada esta gran obra, el "Quijote de los muchachos suecos", como le dicen Bjornberg y Clavel, epopeya familiar que sirve de pretexto para mostrar el alma de Suecia y los sorprendentes paisajes hiperbóreos. Es un libro realmente extraordinario, hasta el punto de haber merecido, en 1909, el premio Nobel, y actualmente se lee en las escuelas de la nación norteña como se lee el "Quijote" en los colegios españoles. Selma Lagerlof, sin duda, es un ser excepcional. Su vida fué durísima, necesitando ganarse el sustento y, sola, hízose de una cultura enorme, para escribir después los libros que más se admiran hoy en Escandinavia. Entrar en los vergeles de estas literaturas, para nosotros exóticas, es ya un encanto. En "El maravilloso viaje" hay más: nuestro espíritu re-

florece como los campos tras estas lluvias benéficas de la primavera.—**V. A. S.**

Costa y el problema de la educación española, por Edmundo González Blanco.—Barcelona.—1920.

Cuantos se desviven por problema tan fundamental como el de la educación, que es algo más que mandar los chicos a la escuela y a la Universidad los mozalbetes, tienen con la obra de González Blanco, que en muchos capítulos viene a ser una hábil compilación, vasto panorama, què sume el espíritu en un océano de meditaciones.

Joaquín Costa, "El león de Graus", como llegó a denominársele, fué un hombre de espíritu formidable, que arrojó millones de verdades sobre las cabezas de sus compatriotas, ofuscados por el resplandor de la antigua gloria bélica. Nadie como él dijo lo que sucedería si España iba a la guerra con Estados Unidos. Pero esto fué una actitud y lo formidable en Costa, albañil, agricultor, pedagogo, jurisconsulto, catedrático, etc., es la obra multiforme que dejó tras de sí. El aspecto que González Blanco ofrece representa una arista extraordinaria.—**V. A. S.**

Avellaneda.—Estudio biográfico de Aníbal Norberto Ponce.—Buenos Aires.—1920.

No deja de ser simpático esto de ver espíritus bien orientados literariamente, que se afanan buscando, en las fuentes históricas, hechos que permitan definir—mejor de lo que fueron hasta el presente—la personalidad de los grandes hombres. Aníbal Norberto Ponce, en su bosquejo de Avellaneda, se muestra ecuánime, lo que da a sus afirmaciones un mayor valor. Si transciende la simpatía, faltan las vehemencias idólatras, que dejan sin valor otras semblanzas que nosotros conocemos, hechas por compatriotas de este autor. Un lenguaje suelto, más de publicista moderno que de historiador presuntuoso, permite enterarse de la obra sin fatiga.—**V. A. S.**

Dulces visiones.—Pebetero espiritual.—Versos por Gastón Figueira.—Montevideo.—1920.

Admira la fecundidad de este novel autor. Según anuncian sus libros, ha escrito en el pasado año, a más de los dos que comentamos, "Jardines otoñales", "Las tardes de amatista" y "El alma de la rosa". En conjunto, cinco tomos de poesía. ¡Y pensar que muchos de los más grandes poetas de la humanidad murieron viejos y apenas escribieron uno!...

Además, el autor tiene su concepto. "Considero la poesía—dice—como una esencia espiritual, tan pura, sutil y enigmática, que escapa a todo proceso de fijación y aprisionamiento matemático. Sabemos

lo que es porque nos arrulla, nos hechiza, dándonos el miraje de un mundo en el que dominan la espontaneidad, la sinceridad, el desinterés y el amor y emoción puros''... y así una larga tirada que se repite en los pórticos de los dos libros.

Esto impresiona mal. El autor, según se nos dice, tiene poco más de tres lustros y a esa edad, como en todas, pero mucho más que en otras, cualquier tono de magister resulta intolerable. No pensamos, por otra parte, que se necesiten tener conceptos, ni siquiera que haya necesidad de averiguar los ajenos, para ser un excelente ruiseñor.

Figueira tendrá que cultivar pacientemente sus cualidades — que las tiene — y despreocuparse de conceptos y otros menesteres hiperbólicos, si quiere alcanzar algún objeto más sustancial que el de dar cinco libros por año. Y, sobre todo, defenderse de su fácil fecundidad, que es, por ahora, el mayor de sus enemigos.

Y es precisamente porque vemos en él una promesa, que nos permitimos hacerle estas ligeras reflexiones.—**J. M. D.**

Maula!....—Por Otto Miguel Cione.—Montevideo.—1920.

Son nueve cuentos y novelas cortas, entre las cuales figura la que da título al volumen y que fué justamente premiada en el concurso verificado por el diario ''El País'' de Buenos Aires, el año 1901.

En números anteriores de PEGASO, con motivo de otro de sus libros, ''Caraguatá!...'', tuvimos ocasión de exaltar los indiscutibles méritos del autor. Este libro obliga a subrayar aquellos conceptos y reafirma el derecho del autor a ser colocado jerárquicamente, junto con los mejores cultores de la literatura narrativa en el Río de la Plata.

Agudo en la observación, rico de fantasía, fácil de lengua, con un gran bagaje de conocimientos y siempre interesante, el autor sabe explotar pingüemente sus condiciones naturales y los légamos de la experiencia. Si a esto se añade que conoce al dedillo todas las triquiñuelas de la técnica, se comprende que sea Cione uno de los autores destinados al éxito y la popularidad, el día que nuestros hombres se convenzan de que tienen dentro de fronteras quienes pueden ofrecerles manjares espirituales tan buenos, si no mejores, que los que se importan de ultramar.—**J. M. D.**

Etapas de mi vida.—Por Fidel Maiz.—Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho.—Asunción.—1919.

Libro destinado a una defensa personal en una violenta polémica de carácter histórico, este libro contiene no pocos documentos y argumentos en favor del lopismo, que se viene alzando entre la juventud paraguaya como si fuera un viejo sol que va a renacer sobre sus cabezas, por la gracia joven de tantos brazos levantados...

No podemos entrar a juzgar el fondo del libro surgido de una

cuestión personal, ni tampoco la forma del mismo, empañada frecuentemente por los más agrios epítetos con que el autor califica a destajo a su adversario.

Dejamos, empero, constancia de nuestro entusiasmo por ese grupo estudiantil de la Biblioteca de Derecho, que trabaja con amor y con fe por la grandeza de su patria, editando en breve tiempo numerosos volúmenes que revelan la fuerza púgil de una intelectualidad constructiva y valiente.—**T. M.**

La cosecha de otoño.—Poemas de Julio Vicuña Cifuentes.—Santiago de Chile.—1920.

Contiene este libro poesías de juventud y de madurez, poesías de 1899 y de 1917. "Tal vez no todo es trigo", como dice el autor, pero resultaría innegable el dominio técnico, el idioma castizo y el afán de belleza. Amor, desdén, ensueño, arden con una serena triple llama, dentro de las páginas del volumen. Acaso, pocas veces se ha concretado tan bien una vida en un libro de versos. El título está bien puesto, pues.

Vicuña Cifuentes es, por otra parte, correspondiente de la Real Academia Española en Chile, y ese solo diploma basta para autorizar un buen libro.

Consagrado entonces, el autor no ha menester de nuestros elogios, cumpliendo únicamente a nuestra cortesía reverenciar su blanco y lírico penacho.—**T. M.**

Biblioteca Poética.—Ediciones mensuales.—"Del Carrillón íntimo".—Versos de Emilio Menéndez Barriola.—Buenos Aires.—1920.

Si el primer cuaderno de la Biblioteca Poética ofrecía un hermoso haz lírico que fué recibido con especial regocijo nuestro, no otra impresión nos deja este segundo volumen que reune los versos de Menéndez Barriola. Trátase, en verdad, de un poeta y de un seleccionado conjunto de poesías. Si ellas son o no "la condensación de una vida", como lo quiere el prologuista, nosotros no pudiéramos afirmarlo positivamente; aunque como expresión de vida tenemos que tomarlas... Sabor clásico, madurez serena, emoción natural, son virtudes propias de estos versos, que saben indiscutiblemente a cosas eternas... Hay más aún: su corazón,—"carrillón ambulante y romántico",—está con nosotros y nos pertenece... Y puesto que es así,—a pesar de cualquier otro detalle de técnica,—rindámosle nuestro homenaje.—**T. M.**

Historia general de la ciudad y el Departamento del Salto. José M. Fernández Saldaña y César Miranda. — Imprenta Nacional. — Montevideo.—1920.

El Ateneo del Salto, que ha sido siempre un centro activísimo de la vida intelectual de la ciudad, hizo en el año 1912, un llamado a

concurso para una obra que desarrollara la historia del Departamento, en todas sus manifestaciones: medio ambiente, vida política, social, económica, intelectual, etc.

Viejos amigos nuestros e hijos, como nosotros, del solar salteño, son los autores de la obra que resultó premiada en el concurso y que —ampliada hasta nuestros días—acaba de aparecer. No obstante esto, nos proponemos hablar a su respecto, si bien con el cariño que las circunstancias nos inspiran, con la sinceridad también que nos es habitual para estas cosas.

Ya la hemos puesto a la prueba del fuego en varias ocasiones, y en el año 1900, en el Consistorio del Gay Saber, con otros cuatro compañeros, fuimos jueces y partes en un concurso poético, en el que, las demás personas, especialmente invitadas por nosotros mismos, sólo actuaron en calidad de testigos y de oyentes... Y es fama que el fallo fué justo y equitativo; y las razones, minuciosamente discutidas, constan en un acta cuyo original se conserva. Aquel espíritu romántico y sincero alienta aún en mí y espero que ha de perdurar el mismo, a pesar de todo, hasta que Dios diga...



Un gran amor, casi hasta devoción por la obra emprendida se respira en este libro. De aquí el lujo de pequeños detalles, a las veces casi familiares, y la hipérbole de algunas alabanzas. Pero si estos defectos surgen de tal fuente, bueno es consignar también que de ella derivan a la vez sus mejores cualidades. El amor por la obra la ha hecho hacer bien, por ella misma, para la perpetuación de las cosas del Salto, y en ella no han intervenido para nada pequeñeces de comadre o apasionamientos partidarios. Ha resultado así una verdadera historia del Departamento y ojalá contáramos una semejante para cada uno de los demás de la República. Decir esto es decir — seguramente — su mejor elogio. Pero, al lado de éste, cabe establecer ahora nuestra crítica, que concierne, sobre todo, a defectos de construcción. Hay así, por ejemplo, evidentes desequilibrios de estilo, más acentuados de lo que la dualidad de autores haría suponer; de sistema, que se ponen en evidencia ante la falta de proporciones existente entre los capítulos dedicados a la Instrucción Pública, la Industria y la Ganadería de una parte, y las Letras de la otra; de información, abundando a veces los detalles poco interesantes y faltando, otras, datos más importantes y hasta de juicio, dedicando una palabra solamente a cosas de real fuste y elogios más abundantes cuando la parquedad hubiera sido mejor...

Son estos reparos de detalles, que dejan incólume la nobleza fundamental del libro, por lo cual merecen plácemes los autores y el Instituto del Ateneo que lo prohijó.—A. B.

El hombre que quiso amar.—Vicente A. Salaverri.—Novela nacional.—1920.

La importancia que la obra del señor Salaverri asume en la literatura nacional es cada día mayor; y quienes veníamos siguiéndola con interés, ya que ahora encontramos agrado en ella, debemos examinar con calma esta modificación de nuestras ideas.

En sus últimas producciones es bien notoria una renovación, que, a nuestro juicio, finca en un mejor manejo del lenguaje. Su destreza en la elección de argumentos no es de ahora, ni es tampoco simple habilidad periodística; pero malograba su labor expresándose en un español no bien aderezado.

Sugestiones visibles alteraron la fluidez nativa, cortándola en cláusulas breves y exornándola con vistosos ringorrangos; quienes amamos la sencillez por sobre todo, no leíamos con gusto.

Agregamos nuestra sospecha de que el señor Salaverri miraba demasiado para adentro de España en sus lecturas. Y ello no es bastante. Observó cierto español, verdadero maestro, que para escribir buenos endecasílabos fué necesario italianizar el idioma; y nosotros, por inevitable atrevimiento, llegamos a pensar cosa parecida; esto es, que para escribir un español sencillo y elegante, es necesario afrancesar el idioma, estrechando mucho el comercio con los señores de allende los Pirineos, sin tomarles nada, que no es menester.

¿El señor Salaverri hace esto? Ignoramos, pero comprobamos el cambio. Actualmente se desempeña de manera encomiable, sin haber perdido las cláusulas que muy frecuentemente dividen el discurso, ni ciertos desaliños que alteran la prestancia natural del español; pero en claridad y sobriedad muy aparentes para que la atención del lector guste ampliamente sus ficciones.

***

He ahí, según nuestra creencia, el eje de esa renovación, por la cual esta novelita se lee con tanto placer como la última que fué elogiada en estas páginas.

Cabe decir, en buena justicia, que la psicología de Migues se resiente de la velocidad inconstantemente acelerada con que el señor Salaverri lo maneja. Pero las demás personas están en su papel, y el retablo bien armado con gran acopio de finas observaciones que lo realzan.

Mas encontramos elogioso, sobre todo, el fin de las dos pasiones que en la novela se agitan. Afortunadamente huyó el autor de cualquiera trivialidad, cuya blandura fuera grata a sensibilidades enfermizas; y en la animación creciente de su relato halló una solución dura, pero admirable de sincera, pues es impuesta por la carne, todo lo baja y miserable que se quiera, pero siempre todopoderosa.

El señor Salaverri ha vuelto hacia un estilo más sencillo y agradable: sabe encontrar excelentes motivos para sus obras; y ahora cabe en su ángulo visual nuestra campaña, cantera rica como la de las almas urbanas. Con esos elementos podrá escribir muy buenos libros.

Nosotros quedamos en el puerto, viendo partir las galeras.—**E. S.**

Superhombre.—Rómulo Nano Lottero.—Minas.—1921.

Ditirambo dice la carátula. ¿Pero se ajusta al uso corriente del vocablo todo lo que a D'Annunzio le dice el señor Nano Lottero?

En esta página no hay ningún elogio desmesurado, pues cuanto expresa el escritor, en ese lírico revuelo de coruscantes invocaciones, cuadra muy bien al "poeta-héroe", sin que le sobre nada.

¿Entonces?... Nuestro léxico de antigüedades griegas nos aclara el punto. El ditirambo comenzó en himno a Dyonisos, ejecutándolo un coro que cantaba alrededor del altar del dios; de ahí evolucionó para concluir en la tragedia. Ese es el camino del señor Nano Lottero, pues nos ofreció el primer período de su férvido entusiasmo; luego vendrá el de la tragedia, correspondiente al último tiempo del "poeta-héroe" en el abandono de su imperio fugaz.

* * *

Mientras, cerramos los ojos, pues nuestras retinas guardarán largo tiempo esta lectura, como guardan esa floración multicolor e inverisímil, en la negrura de la noche, mucho después de haber cesado los fuegos artificiales.—**E. S.**

El Rosal del Ermitaño.—Rafael Heliodoro Valle.—San José de Costa Rica.—1920.

Sólo por coquetería pudo hablar el prologuista de esos defectos que teme existan en el pequeño libro; lo que existe es un varón diferente al que se nos presenta con superfluo ceremonial, pues cuando uno cree que el señor Rafael Heliodoro Valle moja su pluma en tintas desmayadas o evanescentes, tras poco leer aparecen recias historias en cuya primorosa y bella urdimbre se presume un buen escritor.

"... tiene el amor de las palabras", pone el prologuista, y esa afirmación cae en nuestro espíritu rebotando con sentido inquietante. ¿Es amor de simples combinaciones eufónicas, hueras, aunque sorprendentes por su melodía y sonoridad?

* * *

Vana inquietud. El señor Rafael Heliodoro Valle no es otra cosa que un mortal poseedor de un tropismo no común, por el cual su

cerebro responde a las estimulaciones consentidas por su buen gusto, en un automatismo de sugestiva belleza, pues su vocabulario es justo, y, además, luce un arcaico atildamiento que cuadra muy bien a los motivos del libro.

Y he aquí por donde realzar otra virtud del autor; hay en el libro muchos motivos que saben a dulzona intimidad, como si en el tránsito del corazón al pensamiento no hubiera influencia que quitara nada a la impresión original; pero hay los otros de áspero sabor tradicional, género literario que reclama aptitudes tan altas y diversas, que no siempre es posible hacer en él labor de sustancia.

Y el señor Rafael Heliodoro Valle la ha hecho, sin que quepan dudas.



No arriesgaremos decir que el insigne peruano, maestro del género, haya sido superado; mas pondremos que si este autor persevera, no ha de ser muy diferente la gloria que le cuadre.

Pero ha de perseverar en todo, motivos, sistema y actitud; ponemos lo último, porque el señor Valle no ha de trabajar como un "quídam' cualquiera, nos parece verlo en una habitación encalada que se abre a una grata solana; con un jubón de rojo terciopelo se sienta ante la hoja de papel crujidor; en la mano una pluma de ave eminente. Y es así que siempre debiera escribir.—**E. S.**

"Fígaro". Revelaciones y epistolario inédito, por Carmen de Burgos (Colombine).—Madrid.—1920.

La gran escritora nos dedica un ejemplar de su magna obra como "hermanos en "Fígaro" y, en verdad, bien hermanos espirituales nos sentimos después de la lectura. Están ahí varias colecciones de periódicos, con el "Carnet de un hombre de este siglo" y está "La comedia de la vida", quizá el libro nuestro que apreciamos más, para probarles a los críticos del porvenir, cuán estrecho fué nuestro parentesco con Larra. Y en cuanto a "Colombine", dió ya inequívocas notas. Mencionaremos un banquete que ofreciera hace pocos años, en compañía del original Gómez de la Serna, al propio Mariano José. Claro que "Fígaro" no acudió, pues mal podía hacer lo que el Comendador en el drama de Zorrilla. Pero como el sitio de honor en la larga mesa estaba vacío, y como todos los concurrentes eran artistas, y de consiguiente, tenían mucha imaginación, todos vieron el rostro moruno de Larra, con su barbilla florida y el alto tupé triunfal, presidiendo el "ágape". Por cierto que discursos y poesías dijéronse como si Larra se encontrara presente. Y en el largo emocionado silencio final, no faltó quien creyera oir la voz varonil del "Bachiller Niporesas".

Pero faltaba esta obra para que "Colombine" probase que ningún

otro escritor contemporáneo ama y comprende mejor que ella a "Fígaro", el maestro de todos nosotros. Su libro es un verdadero estudio biográfico en que no faltan las prescripciones de Taine. Se estudia el ambiente de aquella época. Hay una admirable evocación del viejo Madrid. Concluída la lectura—con la acidez del drama—nos parece que hemos vivido varios años entre los frívolos contemporáneos de "Fígaro". Nos parece haber tratado al doctor Mariano de Larra—padre del ingenio—, médico de talento, pero tan ciego para todo lo que no fuese su profesión, que ni siquiera descubrió la suerte de cerebro que tenía al lado. Y perdonamos a Pepita Wetoret, la esposa de "Fígaro", pueril e incomprensiva, de la que se tuvo que separar; y nos compadecemos por la orfandad de los hijos; y nos irritamos ante la hermosura de aquella Dolores que mató a nuestro maestro al decirle "adiós para siempre". Porque lo mortal, en rigor, no fué la pistola, sino la crueldad con que Dolores Araújo había jugado con el corazón de aquel gran "sentidor" que fué Larra.

En su afán de hacer un estudio completo, "Colombine" presenta todos los aspectos de la vida de Larra, mediocre político, buen dramaturgo con "Mascías", periodista maravilloso y caballero de lo más cumplido. Esto último es muy importante, porque al suicida de la calle Santa Clara, desde que murió, se le ha querido presentar, ya que no intelectual sin relieve, hombre sin gran nobleza, atrabiliario y bilioso. Porque, ¿cómo había de ser buen espíritu el crítico de tantas y tan estúpidas flaquezas humanas? Las cosas... amargas, las dicen los envenenados. ¡Qué error! Sólo un corazón noble, que sufre con la maldad y la estulticia, puede aspirar a corregir a sus contemporáneos, haciendo más feliz el ambiente para las generaciones venideras.

"Colombine" puede estar orgullosa. Su pintura moral e intelectual de Larra, si no es un retrato, merece serlo. Descuella al describirnos el suicidio de "Fígaro". Su relato de la última entrevista con la Araújo es de lo más patético. Libro de crítico, de periodista, de historiador... y de mujer. Porque sólo una mujer es capaz de ofrecernos un alma grande como se haría la dádiva generosa de un cuerpo estatuario.—**V. A. S.**

Raza y Patria, por Arturo Castro García. Obra premiada por el "Ateneo de San Salvador", con ocasión de la celebración de "La fiesta de la Raza", en el CLXXVII aniversario del descubrimiento de América.

Empezaremos por confesar paladinamente que nuestra mentalidad no alcanza a comprender la importancia ni el entusiasmo con que en América—fuera del Plata—se suele hablar de las cosas y las glorias de la Raza. No porque no las sintamos, sino porque no nos bastan ellas solas para nuestras vidas. Así como la altanería de los hijos, basada puramente en la buena posición de sus padres, es

vanagloria que sólo conduce al propio desastre o al de la descendencia, del mismo modo es infantil y gravemente pernicioso para los pueblos la exaltación hasta el ditirambo de su pasado, cuando no se procura mejorar sus condiciones de presente, en vista de un constante perfeccionamiento de futuro... Hablamos así, porque, aunque el propio autor reconoce que "todos los pueblos de la tierra tienen sobrado derecho a triunfar, toda vez que sus capacidades puedan llevarlos a ello", termina su libro diciendo que "las repúblicas americanas deben unificar sus destinos espirituales con los de la Madre Patria, para salvar su civilización del abismo en que se la quiere hundir por otros pueblos más favorecidos por la fortuna".

En este palabrerío de joven inexperto, aunque bien intencionado, no tiene en cuenta el autor que esos otros pueblos a que se refiere, no son favorecidos por la fortuna sino por las propias capacidades de que hablaba anteriormente, y que las civilizaciones sólo se salvan cuando son tales, esto es, cuando se forman cualidades positivas de mejoramiento y no simplemente cuando traducen cristalizaciones de pasado... Si los pueblos hispanos de América quieren triunfar en la justa de la Humanidad, deben labrar ellos mismos sus propios destinos, no uniéndolos—espiritual o corporalmente—a nadie, sino afirmando la propia personalidad con obra propia. Lo cual no quiere decir que una gran simpatía o un profundo afecto no nos ligue con la fuente de la raza y que el orgullo de su pasado no les sirva para exaltar sus cualidades de presente...—**A. B.**

Prismas.—Por Teresa Santos de Bosch (Fabiola). — Montevideo. —1920.

La señora Santos de Bosch, que ya había popularizado su pseudónimo de "Fabiola" en las páginas de "La Razón" y "Diario del Plata", en donde, como directora de la Sección Femenina, realizara una campaña loable por más de un concepto, acaba de publicar una serie de impresiones literarias y cuatro cuentos, bajo el título de "Prismas".

Prologa el libro don Antonio Bachini, el cual, en la forma que sabe hacerlo, expone los méritos indiscutibles que otorgan a su autora el derecho de ser colocada entre las figuras femeninas que se perfilan con caracteres más enérgicos dentro de nuestro escenario intelectual.

Sutilidad de observación, elegancia de estilo, habilidad innegable en el manejo del pincel, todo como tamizado a través de una gran bondad, y, por lo tanto, imbuído de un sentimentalismo intenso y sano; tales nos parecen ser las cualidades salientes de este libro, el que, sin duda alguna, ha de dar mayor relieve a la ya prestigiosa personalidad de su autora.—**J. M. D.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scosería José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



MARZO DE 1921

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO V.
N.° 33

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Manuel de **Castro**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbouru**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgadc

Marzo de 1921. Núm. XXXIII — Año V.

RUBÉN DARÍO

Lauxar, el ilustrado profesor de literatura de nuestra Universidad y crítico de merecida fama, ha tenido la gentileza de ofrecer a nuestra revista este trabajo, en donde estudia con la brillantez, erudición y sagacidad que le son características, las primeras obras de Rubén Darío.

PEGASO se hace un honor en ceder a Lauxar las páginas editoriales de este número.

FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO

No fué trabajo inútil el que Rubén Darío gastó en sus primeras obras esforzándose por reproducir estilos diversos: aprendía así a imitar. Gracias a ello, estaría, a su hora, preparado a la tarea de trasladar al castellano la imitación del nuevo gusto reinante en la poesía francesa. No fué otra cosa lo que intentó y realizó en *Azul*...

Había admirado en los artículos de Paul Groussac, publicados en "La Nación", una forma inusitada, que lo sorprendía por su novedad y viveza, y no acer-

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgadc

Marzo de 1921. Núm. XXXIII — Año V.

RUBÉN DARÍO

Lauxar, el ilustrado profesor de literatura de nuestra Universidad y crítico de merecida fama, ha tenido la gentileza de ofrecer a nuestra revista este trabajo, en donde estudia con la brillantez, erudición y sagacidad que le son características, las primeras obras de Rubén Darío.

PEGASO se hace un honor en ceder a Lauxar las páginas editoriales de este número.

FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO

No fué trabajo inútil el que Rubén Darío gastó en sus primeras obras esforzándose por reproducir estilos diversos: aprendía así a imitar. Gracias a ello, estaría, a su hora, preparado a la tarea de trasladar al castellano la imitación del nuevo gusto reinante en la poesía francesa. No fué otra cosa lo que intentó y realizó en *Azul*...

Había admirado en los artículos de Paul Groussac, publicados en "La Nación", una forma inusitada, que lo sorprendía por su novedad y viveza, y no acer-

taba a explicarse aún el secreto de ese hechizo. Era la expresión francesa aplicada al español. Nunca, en los escritores de nuestra lengua, antiguos o modernos, había encontrado una cosa parecida. El pensamiento, rápido, ágil, se movía sin pompa y sin esfuerzo; la palabra se adecuaba a la intención, y era, más que un signo exterior o convencional, algo así como el milagro de la luz que, lejos de estorbar y esconder lo que envuelve, lo descubre y lo ilumina.

Estaba Rubén Darío poseído por el encanto de esa forma, para él incomprensible, cuando leyó en Chile algunas traducciones de los parnasianos franceses. Aquello fué su revelación. Conocía apenas el francés, pero gustó, maravillado, la claridad, la fineza, la precisión, la mesura, de su genio literario. Supo desde entonces lo que le tocaba hacer: transportar a su propio idioma aquella manera de poesía hecha de sensaciones, de colorido y de elegancia. Su primero y gran maestro fué Catulle Mendès; se procuró en seguida los más célebres cultores de la "escritura artista". Él mismo ha señalado sus preferencias por Gautier, Flaubert en *La Tentation de Saint Antoine* y Paul de Saint-Victor. Iba a iniciarse en lo que Don Juan Valera, con sutil penetración, llamaría su "galicismo mental". El gusto de Francia infundió en su espíritu un sentido nuevo de voluptuosidad. Indiferente a los grandes temas, escogió entre cuanto el Parnaso Contemporáneo le ofrecía, lo que era lujo de arte, con soberano desprecio de toda preocupación extraña a la sola belleza.

El cuento parisiense, ligero y brillante, sensual y fantasista, es su composición predilecta. En él acomoda, cualquiera que sea el asunto elegido, todas sus invenciones. Hay entre éstas alguna que parecería inspirada por un propósito moral, si el desarrollo mismo no hiciera patente que se trata de un mero pre-

texto para describir con fina elegancia cuadros de miseria y dolor. Así, por ejemplo, *El rey burgués,* que opone al fasto de una corte suntuosa y estulta la suerte del poeta condenado a morir de inanición, envuelto en el frío de la nieve, dándole al manubrio de un organillo. Se creería, por el argumento, que el autor ha querido lanzar una protesta contra el destino o la injusticia humana. Nada, sin embargo, de eso: la magia de la pintura muestra que la mano del artista ha delineado y coloreado en perfecta serenidad todas sus imágenes, sin que ni el más pasajero y rápido estremecimiento de emoción haya perturbado su obra.

Tienen casi todos sus cuentos cierto aire de evidente irrealidad; y no es la suya esa atmósfera extraterrena que invita a admitir, como en otro mundo capaz de lo imposible, los caprichos de la imaginación sobreexaltada. El arte de *Azul...*, leve y exquisito, no oscurece ni aduerme jamás la plena lucidez tranquila de la inteligencia; es todo reflexivo y nada patético. No persigue lo quimérico sino por el placer de sustraerse a la vulgaridad; y pone, por eso mismo, en la ficción, la gracia de una ironía que juega discretamente con el encantador engaño de la fábula. Son de por sí bien significativos en tal sentido los datos fundamentales de estas historias: un buen rey aburguesado; un sátiro sordo; una ninfa moderna; cuatro artistas misérrimos, bienaventurados bajo el velo de la reina Mab; un peregrino angustiado por las privaciones de la pobreza, que entona un cántico de alabanza a las virtudes mágicas del Oro; un viejo gnomo que descubre los primeros rubíes en diamantes coloreados con sangre de mujer; una niña enferma de clorosis, que sana haciendo un viaje al palacio del Sol, en el carro de una hada; un poeta que tiene metido en la cabeza la locura de un pájaro inquieto; una mujercita de escultor, celosa de un busto en porcelana china.

Es toda una galería de ensueño, o, mejor dicho, de imágenes y visiones delicadas y curiosas. Cuando se dice "ensueño", surge en la mente, por efecto del sentimentalismo romántico, la idea vaga de algo más vago todavía, aéreo, lejano, evanescente en la niebla o esfumado entre sombras. Son muy de otro modo estos caprichos imaginarios de Rubén Darío. Ellos no requieren las sugestiones del aislamiento ni la complicidad alucinadora de la noche. Los crea en plena luz el amor de las formas precisas: tienen la pureza de las líneas clásicas, y brillante el colorido.

Es entre ellos excepción única, por sus condiciones de verosimilitud, la narración titulada *El fardo*. La atribuye el poeta a un contagio muy leve del realismo, sin ulterior repercusión en su vida literaria. Más que al propio autor se debe al influjo de una moda. En cambio, está aquél entero, con su tendencia idealizadora y su viva sensualidad, en los dos bonitos cuadros de *Palomas blancas y garzas morenas*. Son los recuerdos, convertidos en poesía, de sus primeros amores: dos figuras de muchachas, de provocativa frialdad la una, envuelta en un vuelo de palomas blancas, con un beso de furtivo amor estampado en la mejilla; sensual, la otra, rodeada por garzas morenas, con un largo beso de pasión en la boca.

Los cuentos constituyen la primera parte de *Azul...*; la segunda está compuesta de simples descripciones; unas se llaman *Acuarela, Aguafuerte, Al carbón*; otras, *Paisaje, La Virgen de la Paloma, Un retrato de Watteau, Naturaleza muerta*. Ha querido hacer el escritor, con su pluma, lo que el dibujante o el pintor con su lápiz y su pincel. A pesar de la división, el procedimiento literario es idéntico en ambas partes del libro: las dos están escritas de igual manera, aunque una desarrolle en episodios sucesivos un argumento y la otra se limite a dar en una escena única

una sola impresión visual. La eficacia de la palabra es siempre la misma; lo que ha variado es el asunto. El poeta, después de tratar con su nuevo estilo un género acostumbrado, se ha propuesto lucir ese estilo en trozos libres de todo interés extraño a la mera ejecución. Es el triunfo del arte, que se aísla para mostrarse enteramente solo.

Verdaderamente no hay que buscar otra cosa en toda esta obra de Rubén Darío. Ella carece de trascendencia y hondura; no encierra misterios ni oculta segundas intenciones; es clara, fina, transparente, nítida; agota en su expresión todo su alcance; y, sobre todo, no pretende enseñar ni corregir absolutamente nada. Toma de cuanto existe, en bulto o en idea, lo indispensable para dar apariencia consistente a un deseo de belleza.

Esa actitud de espíritu en el escritor implica, sin duda posible, una total negación de respeto a las preocupaciones comunes sobre la verdad y el bien. Tanto como éste y ésa, valen en su aprecio la mentira y el mal, porque le sirven igualmente, según los casos, para los efectos de la pura emoción estética.

No en vano se llama *Azul*... este precioso pequeño libro. Don Juan Valera encontraba inexpresivo ese título: ¿no hubiera sido igual designarlo con otro cualquiera de los colores si el arte, al fin, es imitación de la naturaleza, como enseñó Aristóteles? No, por Dios y por cierto. "L'art c'est l'azur", había dicho Víctor Hugo, porque para él lo azul y el arte eran elevación. Rubén Darío, con otro pensamiento muy distinto, ve también azul a su arte; mas no porque eleve; en eso no repara; es azul porque lo azul, como el cielo en el soneto de Argensola, existe sólo para el placer de la contemplación; porque no está en las cosas vulgares; porque la naturaleza, que lo ha derramado pródigamente en los espacios, lo escatima y reserva en la tie-

rra para las flores, para las aves, para las gemas y para los ojos. ¿No es también azul la sangre de las princesas irreales en los cuentos de encanto?

Termina *Azul*... con tres grupos de composiciones en verso. En el primero, *El año lírico*, figuran cuatro poesías que deben sus nombres a las cuatro estaciones y, todas, cantan cosas de amor. Las épocas del año dan su tono a cada poema; pero es la pasión dominante en el corazón del poeta lo que en todas pone el mismo asunto. A la invitación de la primavera, sigue el encendimiento del verano; y, después, en el invierno, la nostalgia de la felicidad, excitada con el calor del vino, en la ausencia de la amada. Rubén Darío, que era demasiado joven, no ha acertado a aprovechar las naturales disposiciones del otoño con sus notas más características. Se imagina solo en una tarde plácida soñando con las mejores esperanzas de la vida. Pide a una hada inspiración: ella lo arrebata a la noche encendida en estrellas; pide él más: le brinda el espectáculo de la aurora; pide otra vez más: le ofrece el hechizo de las flores; pide todavía más:

El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se veía
un bello rostro de mujer...

Ya no pide más el poeta; no aspira a otro regalo. Éste es su bien supremo: la mujer, alma de su lira. ¿No está aquí prefigurada la obra entera de Rubén Darío, toda imbuída por la gracia del sexo?

La última poesía de este grupo, *Anagké*, suscita de pronto los problemas de nuestra inquietud moral, con

sorpresa del lector ya hecho a olvidarlos por completo en el encanto de las ficciones. Es una larga y animada pintura de la felicidad inocente que goza una paloma, interrumpida, en pleno contento, por la brusca intervención de un gavilán, que se traga a ésta. El buen Dios, allá, en su trono,

se puso a meditar. Arrugó el ceño;
y pensó, al recordar sus vastos planes
y recorrer sus puntos y sus comas,
que cuando creó palomas
no debía haber creado gavilanes.

¿Problemas de nuestra inquietud moral? Es tal vez mucho decir para esto. En todo caso descubre aquí Rubén Darío, en su manera de tocar ese tópico, que los vicios de la naturaleza, así sean errores de Dios, no lo molestan mayormente y le permiten hacer de ellos fiesta de ingenio con ánimo serenísimo. Cosa muy semejante ocurre con *Estival;* también ella se refiere a la existencia de los animales; también ella se abre con la descripción de su dicha y acaba con una escena de intempestivo aniquilamiento. Cuenta el poeta con rasgos cómicos de alegre donaire los primeros y hasta algo de los últimos pasos de amor entre dos tigres salvajes de Bengala: brama la tigre en celo, atusada y jubilosa, llena de vida, señora de la selva; acude a su reclamo, con gallardías de conquistador, un tigre donjuanesco; ambos se contemplan y admiran, y, finalmente, enardecidos en el fuego de la estación y de la sangre, se entregan al misterio del ciego impulso; pero surge, imprevisto, un cazador; suena un tiro, y la pobre hembra, abierto el vientre, queda tendida mientras el macho huye. Más tarde, el tigre, dormido en su cubil, sueña, relamiéndose, que despanzurra y engulle golosamente lindos cuerpos sonrosados y tiernos de mujeres y niños.

Este sueño del tigre evoca en la memoria *Le rêve du jaguar,* que parece y debe de haberlo inspirado. Son muy diferentes, con todo: Leconte de Lisle, fiel a su naturalismo escrupuloso, reduce el sueño del jaguar a las ordinarias impresiones de éste reavivadas por su natural instinto despierto; Rubén Darío, en cambio, presta al sueño del tigre los elementos de una consciencia humana, deseo de venganza reflexiva y conocimiento de la mujer desnuda. No es, pues, más que la idea de hacer soñar una bestia, y en esa misma idea sólo su parte más superficial, lo que el autor de *Azul...* puede haber tomado al de *Poëmes barbares.* La honda visión de la animalidad no era asequible ni interesaba entonces al poeta satisfecho con la belleza de las formas.

Este grupo, hecha excepción de la poesía *A un poeta,* agregada en ediciones posteriores y calcada en la antigua manera de Salvador Díaz Mirón, parece haber sido compuesto antes que los otros. Difiere notablemente de ellos. A pesar de que encierra una traducción de Armand Silvestre, no se percibe en él sino muy escasamente la influencia de Francia. En él se hallan las expresiones más vulgares y más defectuosas de todo el libro:

sabén himnos de amores
en hermosa lengua griega,
que en el glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las florestas.

la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua.

.... el vino
que es propicio a los poetas.

En él había
un divino idioma de esperanza.

Hermana del ígneo astro.

Por otro lado, tocante a versificación, no se ofrece aquí más novedad que el cambio de rima, en cada estrofa, de una composición asonantada en voces llanas. Se usan metros netamente españoles: el romance octosilábico, el eptasílabo asonantado, la combinación libre del endecasílabo y el eptasílabo en estrofas irregulares, con rima perfecta o imperfecta según sea el tema objetivo o subjetivo, y el cuarteto endecasílabo.

Los otros dos grupos inician ya claramente, lo mismo en la forma que en el fondo, la renovación de la poesía española, que en *Prosas profanas* alcanzará después su pleno desarrollo. Están exclusivamente compuestos de sonetos descriptivos, unos con asunto legendario, *Caupolicán*, de la naturaleza, *Venus*, y de la vida corriente, *De invierno*, y otros con retratos de poetas contemporáneos. Todos, llenos de concisas y fuertes imágenes visuales, pertenecen por su técnica literaria a la escuela francesa. La figura de Caupolicán parece arrancada a los poemas bárbaros de Leconte de Lisle o a las leyendas seculares de Víctor Hugo.

Es algo formidable, que vió la vieja raza;
robusto tronco de árbol al hombro del campeón
salvaje y aguerrido, cuya formida maza
blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón.

Por casco, sus cabellos; su pecho, por coraza;
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,

lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desjarretar un toro o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día;
le vió la tarde pálida; le vió la noche fría;
y siempre el tronco de árbol a cuestas del titán.

"¡El Foqui, el Foqui!", clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: "Basta".
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

Los retratos de poetas, por su mismo título común, *Medallones,* denotan el gusto parnasiano por la precisión y firmeza de los rasgos escultóricos y pictóricos. Ellos nos muestran, a través de su obra, a Leconte de Lisle, Catulle Mendès, Walt Whitman, J. J. Palma y Salvador Díaz Mirón. Sólo porque es la de su maestro preferido, y, en cierto modo, casi la expresión de su propio ideal, elijo entre esos dechados esta primorosa etopeya de *Catulle Mendès:*

Puede ajustarse al pecho coraza férrea y dura;
puede regir la lanza, la rienda del corcel.
Sus músculos de atleta soportan la armadura;
pero él busca en las bocas rosadas leche y miel.

Artista, hijo de Capua, que adora la hermosura,
la carne femenina prefiere su pincel;
y en el recinto oculto de tibia alcoba oscura,
agrega mirto y rosa a su triunfal laurel.

Canta de los oaristis el delicioso instante,
los besos y el delirio de la mujer amante;
y en sus palabras tiene perfume, alma, color.

Su ave es la venusina, la tímida paloma.
Vencido hubiera en Grecia, vencido hubiera en Roma,
en todos los combates del arte o del amor.

Se ha dicho que las últimas composiciones de *Azul...* reproducen en castellano el soneto alejandrino de los franceses. Hay en esto una confusión de términos y de cosas. Es verdad que el soneto alejandrino, usado una sola vez en la antigua literatura española, por Pedro Espinosa, fué decisivamente incorporado a nuestra lengua por Rubén Darío; pero su verso alejandrino es el castellano, de hemistiquios independientes, y no el francés, de hemistiquios agudos o ligados por sinalefa, que nadie usó en castellano antes que Roberto de las Carreras, en su excéntrico opúsculo *Al lector.*

A los sonetos alejandrinos mezcla *Azul...* varios dodecasilábicos de verso dividido en epta y pentasílabo. Es otra innovación. Villalpando, en el siglo XV, los había ensayado con igual medida, pero en hemistiquios exasilábicos y sin éxito.

Es creación de Rubén Darío, sin más vida que la de esa única tentativa, el verso de ritmo doble en que celebra a *Venus,* compuesto de un eptasílabo y un decasílabo acentuado en tercera y sexta:

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.

Por último, otro punto de revolución métrica es el empleo regular de la rima aguda en el soneto, que no debe confundirse con el uso que de ésta hizo en la primera época del Renacimiento español el Marqués de Santillana: Rubén Rarío convierte la rima aguda, por su colocación en los versos impares de los cuartetos y en el remate de la composición, en cosa diferente de la rima llana, y, por lo tanto, en nuevo elemento de versificación, mientras Íñigo de Mendoza utilizaba las dos rimas como equivalentes en cualquier distribución posible.

Prosas profanas, a pesar del largo tiempo que transcurre antes de su aparición (1896), después de *Azul*... (1888), es más bien que otra cosa, una prolongación de éste mucho más rica en arte y pensamiento. La diferencia entre los dos libros puede parecernos radical si del primero tomamos, para la comparación, los versos de *El año lírico* o la prosa de *El fardo*, y en el otro elegimos, por ejemplo, *El coloquio de los centauros* y *Las ánforas de Epicuro*. No figuraban éstas en la nueva obra cuando se publicó la vez primera; ni es el *coloquio* un buen paradigma de composiciones como *Sonatina*, *Pórtico* y *Año nuevo*. Para establecer la relación de ambos trabajos hay que fijarse, ante todo, en las semejanzas que presentan. Ellas son bastante más de lo que se piensa comúnmente. *Era un aire suave*..., considerada como típica en el estilo de *Prosas profanas*, da, en efecto, su tono general, y reproduce al mismo tiempo, por su fondo y por su forma, y hasta en el detalle, el gusto de *Un retrato de Watteau*. Para que se vea cómo, voluntaria o involuntariamente, ha mezclado el poeta en esas descripciones las mismas imágenes decorativas, recordaré un simple accesorio de los dos cuadros. "Una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto", contempla a la dama que hubiera retratado Watteau; "y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro". ¿No se os vienen, tras esto, a la memoria las estrofas del poema?

Cerca, coronado con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo;
y como un efebo que fuese una niña,
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje, del amor palestra,
sobre rico zócalo, al modo de Jonia,

con un candelabro prendido en la diestra,
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

Como la innominada coqueta de *Azul*..., la marquesa Eulalia calza el pie breve con zapatos de tacones rojos. No son éstas las únicas transcripciones de uno en otro libro. Nada menos que el cisne, emblema de la nueva poesía, tal como se nos muestra en *Blasón*,

—El olímpico cisne de nieve,
con el ágata rosa del pico,
lustra el ala eucarística y breve,
que abre al sol como un casto abanico.

En la forma de un brazo de lira
y del asa de un ánfora griega
es su cándido cuello, que inspira
como prora ideal que navega, —

proviene de *Azul*...: "un cisne chapuzaba, revolviendo el agua, sacudiendo las alas, de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira o del asa de una ánfora, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en una ágata rosa".

Estas curiosísimas notas sobre la creación poética de Rubén Darío, por muchas que fueren, significarían muy poco si no concurriese con ellas un mismo espíritu en sus dos obras. Pero, ¿qué es la tan mentada *Sonatina*, sino un cuento a la manera de *Azul*... puesto en verso? *De invierno*, colocado en *Prosas profanas*, hubiera pasado, ante los ojos más expertos, por uno de sus buenos sonetos. *El país del Sol*, con su prosa lírica, podría, sin disonancia, juntarse a la "romanza en prosa" *A una estrella*.

Amor del arte en sí, y particularmente en su indiferencia por cuanto le es ajeno, — lo que se pudiera llamar su narcisismo, — complacencia voluptuosa en la descripción de la belleza física y femenina, gusto del fasto, buen tono, sentido exquisito de la armonía, habilidad extraordinaria en el dominio del procedimiento literario; todo esto aparecía en *Azul*... y está en *Prosas profanas;* pero no se trata, por supuesto, de una simple repetición. Éstas denotan un gran progreso, paralelo y simultáneo, en la maestría de la forma, en la cultura artística, en cierta infiltración personal del autor en sus temas y en su estilo; y señalan el principio de una evolución hacia la inquietud de pensamiento, que ha de absorber o subordinarse todos los otros valores de poesía en los *Cantos de Vida y Esperanza.*

El estudio reflexivo y constante del Parnaso, hecho con la misma entusiasta admiración que le produjo su descubrimiento, ha entregado a Rubén Darío todos los secretos de una técnica modernísima. A Gautier y Mendès unen ahora su influencia Poe, Baudelaire, Banville, Villiers de L'Isle Adam, Verlaine, Eugenio de Castro. Ha adquirido ya, con dominio absoluto, esa artificialidad elegante del refinamiento decadente. Su labor, más primorosa que antes, denuncia una sensibilidad carnal, contenida pero conmovida hasta las raíces del sér. Por otra parte, la versificación lo obliga a trabajar su forma con celo más prolijo aún que el puesto en su prosa anterior, y de este esfuerzo consagrado a organizar el ritmo en la combinación de los vocablos, aunque el decirlo parezca paradógico, aprovechan a la vez la construcción de la frase, que se despoja de elementos inútiles, y el fondo mismo, que se depura y acrisola en palabras esenciales.

LAUXAR.

LA COMETA

Ansiosa de romper el hilo que la sujeta
para subir más,
Tira con tanto ahinco la cometa
Desde lo alto, que el rapaz,
Sintiendo su mano dormida y dura,
Se ha arrollado la cuerda por la cintura.

Hay sol, un blanco y bello riacho,
Colinas pintorescas, denso boscaje
Y por el aire mucho gorrión borracho;
Mas dentro del paisaje,
Como sin ojos y sin oídos está el muchacho:
Toda la vida se le concreta
En el donaire y los coleos de su cometa.

Mas, de repente, un grito ronco
Al abstraído rapaz conjura.
El muchacho rezonga; mal que le antoje
Desata el hilo de la cintura,
Lo anuda a un tronco;
Por última vez recoge,
Luego, de golpe, suelta la piola
Y echa a correr, sonriéndole desde el suelo
A su pandorga que deja sola
Bajo la clara tienda del cielo.

Y la penosa labor comienza.
Rompe a pico de azada la tierra densa;
Sobre el petizo aguatero, montado en pelo,
Va a llenar los barriles en el riachuelo;
Abona, siembra los surcos, mata la hormiga...
Cae, a veces, desmoronado por la fatiga,
O huele a estiércol, o los pedruscos y cardos deja
Pintados con su joven sangre bermeja.

Esa lucha por el pan nuestro de cada día
Lo mataría,
Si el rapaz muchas veces no detuviera
El pico de su azada sobre la era,
O, subrepticiamente, si está en el monte
Hasta su linde no se allegara,
Sólo por ver encima del horizonte
Aquella linda pandorga que remontara...
O mismo todo lo afronte:
Corra hasta el tronco donde la atara,
Al hilo tirante enrosque
Un papel o una débil hoja del bosque,
Y no aparte del hilo la vista inquieta
Hasta que llegue al seno de su cometa
Aquel mensaje
A quien el soplo del viento sirve de paje.

Yo soy como tú, muchacho.
Sangre y rezongos me arranca la tierra dura;
Mas atada a mi alma tengo en la altura
Una cometa airosa como un penacho,
Y cuanto asueto la férrea vida me otorga
— y si no me lo otorga también lo robo —
Como tú me emborracho
Enviándole mensajes a mi pandorga.
Así suele encontrarme mi hermano el lobo

Y como no lo querello me llama bobo...
Él no sabe, chicuelo,
Lo que es tener una cometa cerca del cielo;
Por eso de sus garras esconde el filo.
¡Muchacho de alma poeta,
Que nunca se corte el hilo
De tu cometa!

José María Delgado.

Y la penosa labor comienza.
Rompe a pico de azada la tierra densa;
Sobre el petizo aguatero, montado en pelo,
Va a llenar los barriles en el riachuelo;
Abona, siembra los surcos, mata la hormiga...
Cae, a veces, desmoronado por la fatiga,
O huele a estiércol, o los pedruscos y cardos deja
Pintados con su joven sangre bermeja.

Esa lucha por el pan nuestro de cada día
Lo mataría,
Si el rapaz muchas veces no detuviera
El pico de su azada sobre la era,
O, subrepticiamente, si está en el monte
Hasta su linde no se allegara,
Sólo por ver encima del horizonte
Aquella linda pandorga que remontara...
O mismo todo lo afronte:
Corra hasta el tronco donde la atara,
Al hilo tirante enrosque
Un papel o una débil hoja del bosque,
Y no aparte del hilo la vista inquieta
Hasta que llegue al seno de su cometa
Aquel mensaje
A quien el soplo del viento sirve de paje.

Yo soy como tú, muchacho.
Sangre y rezongos me arranca la tierra dura;
Mas atada a mi alma tengo en la altura
Una cometa airosa como un penacho.
Y cuanto asueto la férrea vida me otorga
— y si no me lo otorga también lo robo —
Como tú me emborracho
Enviándole mensajes a mi pandorga.
Así suele encontrarme mi hermano el lobo

Y como no lo querello me llama bobo...
Él no sabe, chicuelo,
Lo que es tener una cometa cerca del cielo;
Por eso de sus garras esconde el filo.
¡Muchacho de alma poeta,
Que nunca se corte el hilo
De tu cometa!

José María Delgado.

EL AFORTUNADO SEÑOR ENRÍQUEZ

(Continuación)

III

Renata fué puntual a la audiencia particular que se dignó concederle el Ministro. S. E. la esperaba teniendo desplegada ante su importante atención la propuesta del señor Enríquez, pero sin haber resuelto el punto, no tan impedido por lo inoportuno del negocio propuesto, como por el deseo de hacerse rogar de tan hermosa postulante y el gusto de seguir concediéndole audiencias especiales.

—Señora:—dijo S. E. después de un amable saludo — aquí me encuentra usted engolfado en el estudio de la propuesta de su señor esposo.

—¿De manera, señor Ministro, que no ha tomado todavía ninguna resolución? — preguntó Renata con un si es no es de reproche.

—Me ha faltado el tiempo necesario, señora... El asunto es más complejo de lo que parecía a primera vista...

—El plazo lo fijó usted, señor Ministro.

—Es verdad... Pero no supe calcular, en mi deseo de servirla lo más pronto posible... ¿Me disculpa usted?

—Pero ¡que otra vez no se repita, señor Ministro!,—

expresó Renata levantando graciosamente un dedo a la altura de la nariz, con sonriente amenaza.

—¿Y si le concedo una nueva audiencia, y todavía...?

—¿Y todavía no me da una contestación definitiva? — preguntó Renata completando el pensamiento de Su Excelencia.

—Eso es.

—Entonces, — dijo Renata con seriedad — esa audiencia está de más. Por consiguiente, me llevo desde ya ese documento.

Y uniendo la acción a la palabra, Renata tendió la mano para apoderarse del papel donde su esposo proponía al Gobierno una reforma tan necesaria y fundamental para la felicidad pública. La mano de Renata, mano de madrigal y de joyería, se encontró con las manos no menos suaves de S. E. que oprimían el importante documento, que era ya un documento de Estado.

—Señora — le dijo — este documento ya no le pertenece. Es propiedad de la Patria.

Fué un minuto solemne.

Entre tanto, la mano ministerial oprimía el precioso documento, y éste, la no menos preciosa mano de Renata, que la patriótica emoción inmovilizaba.

El Ministro fué el primero en romper el augusto silencio:

—Este asunto, señora, se resuelve como los plebiscitos o como las declaraciones de amor: por un sí o por un no...

—Espero que será por un sí, señor Ministro, — afirmó Renata retirando suavemente su mano.

El Ministro la miró largamente en los ojos, y afirmó:

—Usted puede llevar la mano de S. E. haciéndole escribir el sí o el no, según sus deseos...

Renata creyó oportuno bajar la vista. El Ministro insistió:

—¿Sí o no?

Renata creyó oportuno callar. El Ministro volvió a preguntar, aproximándose todo lo posible al oído de su bella postulante, insinuando con la voz del amor:

—¿Sí... o no... Renata...?

. . . .

Esa tarde, cuando Renata volvió a su casa, abrazó triunfante a su marido, exclamando:

—¡Le he arrancado el sí!

—¿De modo que el negocio será aceptado? — preguntó radiante el señor Enríquez.

—¡Dalo por hecho, querido!

—¡Eres formidable, Renata! — exclamó su marido en un arranque de entusiasta admiración.

Entre tanto, S. E. acababa de descubrir cuál era el misterioso signo que, en el zodíaco de los negocios, presidía la buena estrella del afortunado señor Enríquez.

IV

Era una tarde de verano, de pesado bochorno. Juan, el chauffeur de los Enríquez, hacía la siesta en su cuarto, algo apartado del resto del cuerpo de la casa, junto al garage. De pronto sintió que empujaban suavemente su puerta, a cuyo aviso atinó a correr, sobre sus desnudeces, la sábana que el calor le había hecho arrojar a los pies de su cama. Entró Gloria.

—¡Juan! — llamó.

—¿Señorita? — contestó el aludido, recatándose más bajo la sábana.

—Vengo a decirle que tenga pronto el auto para las cuatro y media.

—Ya lo sé. Eso hago todos los días, señorita.

—Pero a veces se olvida. Y hoy hace mucho calor, y queremos ir temprano a la playa.

—Está bien, señorita.

Gloria miró a su rededor. Luego dijo:

—¿Hace calor aquí?, eh, Juan?

—Sí, señorita. Bastante.

—Sin embargo hace más en mi cuarto... No se puede estar....

—Será así, señorita; pero ahora le ruego que se vaya...

—¿Le incomodo? ¿Tiene mucho sueño?

—No es eso, señorita; pero si la ven aquí pueden creer...

—¿Qué pueden creer? ¡Bah! — y se encogió de hombros.

—Pero, ¡me compromete, señorita! — exclamó el chauffeur, que no quería perder, así como así, la ganga de servir a tan rumbosa familia. — ¡Váyase, por favor!

—¡Ya me voy, ya!

Y se marchó dando un portazo.

Juan sintió que la sábana le quemaba, y de un enérgico puntapié la volvió a echar a los pies, apenas se vió solo.

—Si se queda un poco más — murmuró febril el mozo — si se queda un poco más!...

Estaba aún ardiendo en la atmósfera de aquel doble bochorno, cuando sintió que nuevamente empujaban la puerta. Volvió a correr la sábana sobre su cuerpo desnudo, aunque no tan rápidamente como la primera vez. Hasta estuvo tentado de hacerse el dormido.

Entró Margot.

Juan, aunque ya estaba familiarizado con los hábitos libérrimos de estas dos vírgenes locas, quedó estupefacto.

—¿Qué vino a hacer Gloria aquí? — preguntó Margot con viveza.

—Vino a decirme que tuviera el auto pronto para

las cuatro y media, señorita, — contestó el chauffeur, que volvió a sentirse como sobre parrillas.

—¿A las cuatro y media, eh...? — silabeó con sorna la muchacha. — Como si todos los días no aprontara el auto a esa hora...

—Bueno; si no quiere creer, ¿qué le voy a hacer, señorita?

—Sí, sí...

Y se acercaba lentamente al lecho donde ardía el nuevo San Antonio.

Margot no aventajaba en belleza a su hermana, pero sí en desenfado y resolución. Tan era cierto, que, a haberle intimado Juan, como a Gloria, que se marchara, no lo hubiese conseguido así como así. Pero el mozo no se sentía con fuerzas para repetir su gesto de José, y se entregó a lo que viniera.

—¡Si no quiere que le cuente a papá, abróchеme esa bota! — dijo con imperio la muchacha. Y con esta intimación puso su pie sobre el borde de la cama, presentando a Juan su fina bota de gamuza blanca, que estaba efectivamente desabrochada. Tal vez los apremios del espionaje a su hermana no le habían dejado tiempo para completar el aderezo del calzado. Tal vez lo hizo con su cuenta y razón.

—¡Pero, señorita! — exclamó el pobre mozo sobre ascuas — mire que estoy desnudo, y no puedo sacar el brazo fuera de la sábana, sin...

—¡Arréglese como pueda! — le interrumpió ella con tono que no admitía réplica. Y luego agregó, para quedar bien con sus últimos escrúpulos: — Sostenga con una mano la sábana, y abroche con la otra.

El mozo se apresuró a obedecer.

Pero la operación resultaba laboriosa y casi estéril, pues estando una mano del mozo impedida en sostener la sábana a la altura del cuello, la otra quedaba en una orfandad que poco o nada podía hacer.

—¡No sea torpe! ¿Para qué tiene la otra mano? —exclamó impaciente Margot, con voz ronca.

. . . .

Esa noche, cuando Renata y su hija Margot descendieron del auto con el objeto de dar un paseo a pie por la rambla de la playa, Gloria se quedó en el interior del vehículo retenida por un humor agrio y poco comunicativo.

Margot dió su interpretación a este humor, pero se encogió de hombros, y se fué con su madre, dejándola sola con Juan, en un obscuro rincón de la calzada. Los celos tienen sus raíces en el sentimiento del amor, no en su carne.

En cuanto al mozo, que ya supo el gusto de la fruta que una consideración utilitaria hubiera querido alejar de su boca, pensó, al verse solo con Gloria, que hubiera sido preferible ésta a la otra, como que era mucho más hermosa. Entonces nació en su pecho un deseo irrefrenable de completar su espléndido banquete sensual.

—¡Señorita, veo que está triste! — insinuó el mozo melosamente. — ¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿Está todavía enojada conmigo porque la eché?

—¡Bah! Me fuí porque quise.

—Tiene razón, señorita.

Calló el mozo. Calló ella.

Juan, con los derechos que le daba su condición de interlocutor, quedó con los ojos clavados sobre Gloria. La vista de la nota blanca del pie que se destacaba en el fondo penumbroso del coche, iluminó con una asociación de ideas el ingenio del mozo, que se exprimía vanamente buscando un recurso de ataque. Y convencido de que en el pie estaba algo así como el talón de Aquiles de la mujer, aventuró una mano en el interior del auto para señalar, diciendo:

—Mire, señorita, tiene una bota desabrochada. ¿Si usted quiere se la abrocho...

—Lo van a ver, — dijo ella.

—¿Con esta obscuridad? — comentó el, incrédulo.

—¡Pero si mi bota no está desabrochada! — exclamó Gloria, después de haber comprobado el hecho.

En ese momento regresaron Renata y Margot, quien había hecho interrumpir el paseo a causa de una problemática jaqueca. Y no fué para más.

V

Desde aquel acontecimiento de alta administración de Estado que tuvo por consecuencia el cambio general de las chapas de la nomenclatura de la ciudad, hasta que se rompió la maroma política en que hacía sus equilibrios nuestro viejo conocido el señor Ministro, habían transcurrido cinco años. Durante ese largo lapso de tiempo, S. E. tuvo oportunidad de vincular su nombre a numerosas reformas de utilidad pública del carácter trascendental de aquélla, en las cuales el afortunado señor Enríquez tuvo a su vez el honor y el beneficio de poner a contribución su fecunda cabeza.

La distribución de cometidos era neta y definida. El señor Enríquez proyectaba, la señora mecía a S. E. en sus buenos oficios, y S. E. era brazo ejecutor. Naturalmente que Renata sabía buscar las oportunidades para interceder ante S. E., como dama de tacto. Así, por ejemplo, el segundo negocio estuvo a prudente distancia del primero, e ilustrado con las siguientes circunstancias de buen tacto:

—¿Cómo se llama esta calle? — preguntó cierta vez Renata a S. E., mientras el auto rodaba hacia un chalet discreto de los alrededores urbanos.

S. E. ignoraba el nombre de la calle.

—¡Palmares! — exclamó Renata, contestándose a sí misma, después de haber leído con sus ojos de lince en una chapa que enfrentaba oportunamente. —Y a propósito — agregó Renata — ¿cuándo cambian esos mamarrachos de chapas?

El Ministro tembló.

—¡Cómo! ¿Ya no te gustan esas chapas? ¿Tienes alguna nueva propuesta de tu marido?—preguntó alarmado S. E., que todavía de cuando en cuando recibía algún ataque de la prensa opositora a causa del cambio.

—¿Nueva? No, la misma que ya aprobaste,—explicó Renata.

—Pero mujer, si esas son tus chapas, — exclamó riendo el Ministro, ya tranquilizado.

—¡Ah!, ¿sí? Puede ser... Como pasamos tan ligero... Y me alegro que ya hayas terminado con ese asunto, porque mi marido tiene que presentar otro proyecto... Pero yo no quise hablarte de él, hasta que no te hubieras desocupado del primero...

Cuando cayó el Ministro, los Enríquez sufrieron un eclipse en su buena suerte, y dura todavía, después de un año, hasta este momento en que Renata, para tentar fortuna con el sucesor, espera en las antesalas ministeriales que le toque el turno de pasar al despacho de la nueva Excelencia.

El nuevo Ministro era un hombre joven, que concedía audiencias generales tres veces por semana. Daba cuanto podía, y cuando prometía, lo hacía de buena fe.

Renata creyó haber ganado la batalla, cuando el Ministro, con un ademán y una sonrisa muy amables, le indicó un asiento junto a su escritorio.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

(Continuará).

GEÓRGICAS

La Aldea

Con su calleja estrecha, con sus diez y ocho casas;
La iglesia entre cipreses, con su cura ladino;
Con sus chicuelos rubios y sus rubias rapazas
Tiene abierta a la vida su alma Casellino...

Olor de hierbas buenas, mejor olor de hogazas.
Olivares y viñas que bordean el camino
Los que en frescas verduras y en argentadas masas
Prometen el aceite rubio y el rojo vino.

No tiene alteraciones el igual vivir diario.
Casellino, feliz, no posee boticario.
Su barbero de mano callosa y gesto basto

Activa sus tijeras el domingo en que cierra
Por la noche y el lunes ya lo encuentra entre el pasto
El sol, con la hoz lustrosa o cavando su tierra.

El Trabajo

Entre montes azules, castaños y cipreses,
Con los tejados rojos, blanca, no es nada huraña
La aldea que le gana piedra, carbón y mieses
Con el rudo trabajo a la agreste montaña.

Con esa fe serena que no teme reveses,
Su pico y su martillo, su arado y su guadaña,

A medida que traen sus ofrendas los meses
Ella los vá bebiendo con acertada maña.

Por sus senderos ríspidos, con los mulos cargueros
De la montaña dura bajan los carboneros
Cantando alguna dulce, bella canción toscana,

O restallando el látigo ¡shii, tac! se ve que cruza
A Turiddu violento y a la dulce Santuzza
Igual como en la "Cavallería Rusticana".

La Mañana

Entre la niebla azul asoma el rostro el día
Y antes que el sol nos done la dorada mañana
En Monte canta un gallo y aquí en Santa María
Dice al trabajo: ¡arriba! la armoniosa campana.

Un aliento salubre entra por mi ventana.
Todo está idealizado con la azul lejanía.
El paisaje se vuelve luminoso y se afana
Por llenarnos de luz, de salud y poesía!

Con el trino del ave, con el ladrar del perro,
Se despertó la voz lírica del cencerro
Que canta por los valles sus sonatas sencillas.

Las cándidas ovejas triscan, la cabra inquieta
Se agita, mientras hablan o tejen su calceta
Sentadas en la hierba dos rubias pastorcillas.

El Domingo

Una llamada alegre de campanas la brisa
Centuplica en el aire; sus panes celestiales
Ofrecen las iglesias antes que la áurea risa
Del sol vuelque por todo sus gracias matinales.

Ya pasan las viejitas, lento, para la misa.
Al barbero le sobran clientes dominicales.
Algún labriego viene, en mangas de camisa,
Con su "Avanti" y con sus juramentos infernales...

Más tarde las campanas cantan al mediodía.
La cigarra bohemia estridula y chirría.
La siesta. Los aldeanos que llegan al "Café".

El vino que desata las lenguas, las disputas.
Estallan juramentos y las frases hirsutas
Hablan del socialismo, del derecho y del "Re"!...

La noche

Los fuertes bueyes blancos cesaron la tarea.
Una campana suena el Angelus, la hora
Del véspero da una dulce beatitud a la aldea
Que ve cómo al ciprés su aguda punta dora.

Una canción lejana que es del amor presea
Le sonríe a los sueños y enormes duelos llora...
Ya el grillo en su instrumento pastoril runrunea
Mientras la niebla azul el paisaje decora.

Esos rumores, esos vagos ruidos del fin del día,
Algún grito perdido; una melancolía
Hay en la vieja tierra y en las estrellas nuevas.

—Alma, mía, ¿es ésta la dulce paz ansiada?
El alma, silenciosa, no me contesta nada...
¡Soñará de la vida con sus terribles pruebas!

Pensamiento
de la Eternidad

En la alta noche quieta de pronto me desvelo,
Hay un silencio inmenso, todo es muerto o dormido;

Deletreo la verdad de un hondo desconsuelo
Que en esta inmensidad soy un punto perdido.

No poseo ni siquiera la sombra de un anhelo...
Mi ambición y mi sueño, todo lo que he querido,
Bajo la indiferencia del estrellado cielo
Se vuelve más humilde, más empequeñecido.

Después cambio: no soy más tierra, lodo,
Punto perdido, voz sin eco: estoy naciendo...
La sombra de aquí abajo, la estrella, el cielo... todo

Se va animando lentamente con mi presencia:
El mundo en mi pequeño cuerpo se va infundiendo
Y al íntegro infinito lo siento en la conciencia.

MONTIEL BALLESTEROS.

Casellino. Acone.
Toscana. 1920.

EL MIRADOR

No para empleo de sus ocios diplomáticos, sino por ejercicio de una disposición innata, Magariños Borja escribe, fijando algo de la realidad contemporánea. En su obra anterior, sobre todo en su última novela, eso es condición peculiar; — también lo de efectuar la trasposición de los valores artísticos en una prosa animada y pulcra;—esas dos solas razones bastan a la obra de este trabajador silencioso para hacerla perdurable.

De una obra en preparación: "El Mirador de San Luis"

(Fragmento).

Hasta hace poco tiempo, existía aún en la calle del Cerrito, antaño calle San Luis, el caserón solariego de los Narváez.

El caserón derruído tenía ciento cincuenta años. Su construcción databa de la segunda mitad del siglo XVIII. Entonces, la casi totalidad de las casas de Montevideo eran todavía de piedra en bruto con techo de teja y de cuero. Fué, por lo tanto, una de las primeras casas de azotea que tuvo la ciudad de San Felipe, y también una de las de mayor lujo durante casi todo el tiempo del coloniado.

Su enorme mole de ladrillo (muy pocas antes que ella podían vanagloriarse de ser hechas con tan noble elemento), se erguía con soberbia, desafiando el pam-

pero con un mirador que más bien parecía un atalaya desde el cual la mirada del conquistador se extendía vigilante y amenazadora por la campiña casi desierta de extramuros.

Aquel rascacielo tenía forzosamente que llenar al vecindario de admiración y de inmenso júbilo patriótico como el manifestado por él en aquel momento. Quien no conozca el exaltado patriotismo que germina en el tedio de las pequeñas poblaciones, tal vez piense que hay exageración en llamar inmenso júbilo patriótico a lo que debió ser modesta alegría municipal. Por lo demás, debe tenerse presente que Montevideo, en la segunda mitad del siglo XVIII, tenía razón de sobra para saludar con ruidosas manifestaciones de entusiasmo público la construcción de una casa de ladrillo con grande zaguán, amplio patio, escalera interior, y un mirador vigilante como un centinela. Hasta entonces, las muy pocas casas de ladrillo existentes en la pequeña población, carecían de amplitud y de aquel aspecto señorial que tanto distinguieron a las que a fines del siglo XVII, dieron al humildísimo caserío digno aspecto de aldea.

La casa de que hablamos fué prontamente bautizada por la gente del pueblo de aquella época. El pueblo ha tenido siempre una sagacidad admirable para descubrir el rasgo saliente de las cosas y el hábito de bautizarlas conforme a esos rasgos. Así, pues, el pueblo montevideano, habiendo descubierto que la casa del vecino Narváez tenía un mirador, la designó con ese nombre. Sólo después de 1780 le llamó "el mirador de San Luis", para distinguirla de otras construcciones análogas.

Aunque no consta en los libros capitulares, sabemos que los señores Regidores y las autoridades militares, con los vecinos más caracterizados, concurrieron a la inauguración del imponente edificio. Esta concurrencia

simultánea de la autoridad civil y de la autoridad militar, fué otro acontecimiento, aunque éste de carácter político, de gran trascendencia. Por aquel tiempo, la autoridad militar, representante del rey, y la autoridad civil, representante del pueblo, estaban permanentemente en conflicto. Reunidos en el mirador, encendidos los ánimos de los orgullosos regidores en edílica emoción, tirios y troyanos se dieron un abrazo. Poco después de la reconciliación, el regidor Rodríguez, enguyendo un pastel, hablaba con el Comandante Militar y le decía, muy convencido, que pronto la ciudad de San Felipe y Santiago no tendría nada que envidiarle a Lima, la orgullosa capital del virreinato.

El vecino Narváez mostraba su casa a las autoridades con visible orgullo. Era ésta una fábrica enorme y cuadrada que miraba hacia el norte. Su puerta a macha martillo era capaz de resistir los primeros golpes del ariete más formidable. Un amplio zaguán daba acceso a la planta baja del edificio y a la escalera. En la planta baja estaba el patio descubierto en el centro y resguardado en los cuatro costados por los corredores de los altos, que le formaban techo, sostenidos por delgadas columnas de hierro, las cuales fueron traídas de España, como los barandales de los balcones. En uno de los ángulos del patio levantaba el aljibe su brocal de granito gris. Era este aljibe hecho de dos bloques de piedra, no se sabe si el primero o el segundo que tuvo nuestra ciudad. Hasta entonces, como lo dice la historia, no se construían aljibes en Montevideo, porque se tenía la idea (quizás esto no es precisamente una idea) de que haciéndolos quedaría muy reducida el área de la ciudad. Sin duda por esto, los espectados regidores, después de admirar la amplitud del zaguán, la elegancia de las rojas baldosas, de tan refinado buen tono entonces, y la holgura del pa-

tio, miraron cejijuntos y abismados la boca del aljibe, que se había tragado una vara, por lo menos, de la superficie del suelo confiado a su reconocido celo y a su competencia edilicia.

La planta alta, a la que se subía por una escalera de piedra con filete de madera, era lo mejor del edificio. La gran sala del frente ocupaba casi todo el ancho de la casa, con cuatro ventanas que se abrían a un largo balcón. Las piezas del interior, en ringle, a la vera de los corredores, cubiertos éstos por una admirable galería de cristales, eran alegres, aireadas y amplias.

Pero lo que sorprendió, lo que a los regidores dejó mudos de asombro, fué el mirador. Desde allí, se dominada la ciudad de uno a otro confín; a simple vista, sin la ayuda del catalejo, se distinguía nítidamente lo mismo la masa parduzca de la ciudadela, que la mole rojiza de la Batería Real, situada en el extremo opuesto al muelle de desembarco, el llamado palacio del gobernador, el polvorín, el molino de viento, las murallas, el portón de la ciudad y el caserío disperso sobre las laderas de la cuchilla, más allá de los muros.

Montevideo era entonces una ciudad de cuatro mil habitantes, pobrísima ciudad, por cuyas calles sin pavimento y sin alumbrado, con zanjones y albañales, transitaban, de tarde en tarde, rústicos carros, gauchos verdaderos, indios — algunos de ellos caciques—, y una población blanca miserable e ignorante, entregada a las delicias de la holganza, del alcohol y del juego.

Montevideo, nacida a la vida con fines militares, no fué durante mucho tiempo más que una plaza fuerte. Dentro de sus muros, la población civil puede decirse que vivía en los suburbios de un vasto cuartel, al servicio de la soldadesca, cuyos hábitos tabernarios se imponían a toda la baja población.

Al lado de esta población abigarrada, compuesta de criollos, mestizos de indio, de indios puros, de blancos, de mulatos y de negros, vivía un reducido número de familias principales, formando la seudoaristocracia que primó socialmente durante todo el tiempo de la dominación española. Esta seudoaristocracia era la que desfilaba por los amplios salones del Mirador en los albores de nuestra sociabilidad, con motivo de reuniones, entretenidas con galletitas de María, pasteles, mate dulce y con el clásico minué, que nuestros estirados abuelos tenían a punto de honra bailar más y mejor.

Pertenecía el Mirador a la encumbrada familia de Narváez, familia celosa de su posición social y de exquisito trato, al decir de algunas crónicas. Así, pues, el privilegiado caserón pudo, sin empinarse demasiado, seguir paso a paso la evolución de la sociabilidad montevideana, desde el tiempo de las pajuelas hasta la época de su más grande esplendor. Ya en el año 65 o 70 del siglo pasado, debido a las exigencias del mayor boato en boga, sus paredes, hasta entonces desnudas, se cubrieron con tapices de seda, y sus escaleras de piedra con blanco mármol, como el zaguán, las crujías de los altos y el patio de la planta baja.

Vinculado a nuestra tradición social, el Mirador estaba también vinculado a nuestra tradición guerrera. Sintió tronar el cañón del inglés invasor y vibró de coraje por España. Poco después oyó la voz del cañón libertador, pero ya en sus entrañas latían anhelos de independencia, y saludó la entrada del ejército de Alvear enarbolando la flamante bandera revolucionaria.

El Mirador fué también testigo del crecimiento de la ciudad. Vió a las murallas que la envolvían protectoramente convertirse en cinturón opresor y vió a la ciudad rebasar su continente, como un líquido que des-

borda, derramando su caserío sobre la campiña libre de extramuros. Y poco antes de caer en escombros, al golpe de la piqueta, ya la ciudad había crecido tanto que el viejo Mirador perdió de vista sus contornos.

Fábricas más altas limitaban su horizonte por todas partes.

M. Magariños Borja.

MOTIVOS LÍRICOS

Destino

Yo lamenté con dolorido acento
La inanidad de lo que vive un día:
Fugitivo el amor, la dicha breve
Y la esperanza, dádiva tardía.

Alma plena de sueños y locuras
Cuando en las fraguas del amor ardía
Hoy suspirante y trémula la acoge
En sus dominios, la melancolía.

... Y este pavor constante de la ida
Hacia la oscura y misteriosa vía
Por donde otros pasaron temerosos
Y desolados, un postrero día...

Una voz

Rítmica voz, que en la noche
Desgranas un canto
amoroso y tierno
Como una balada!

Con dulces acentos
Has vibrado en mi alma,
Voz evocadora,

Y era tu tonada
Musical y vaga
Como la elegía
de un errante aeda
Que rima congojas
En medio la noche
Constelada y diáfana.

Yo he sentido el triste
Influjo de tu aria
¡Oh, voz melodiosa!
Que en la noche clara
Desgranas un canto
De amor y nostalgia.

¡Oh voz melancólica!
Yo he sentido el triste
Influjo de tu aria.

WIFREDO PI.

EL PASO DE LOS INDIFERENTES

El poder de una emoción nos sustrae fácilmente del bullicio de la vida que se desata junto a nosotros. Cuando una idea logra hacer girar toda nuestra atención en torno de ella, nos sentimos como transportados, flotando en lejanías imprecisas y vagas, como si el mundo infinito se redujese a la concreción del círculo abstracto en que nos agitamos. Mil veces cruzamos la urbe sin sentir su estremecimiento infatigable. Algo nos lleva en giros poderosos. Las bellezas se pierden. Los atractivos no aparecen. Y en nuestras pupilas triunfa la vaguedad profunda de una mirada indiferente. Y no es que no tengamos la noción de las cosas entre las cuales desfilamos silenciosos.

¡Los indiferentes que cruzan sin mirarnos! Ellos viven la vida del minuto que encierra una eternidad para sus almas. La influencia del ambiente se estrella sin penetrar hasta su sensibilidad. Sólo viven para aquella idea que los arrastra; para aquel pensamiento que encadena visiones; para aquel suceso que prepara dramas; para aquel problema metafísico que los levanta de la tierra en un vuelo de meditación.

Pasan... Presurosos unos. Se dijera que su aceleración los llevara hacia fines nunca conocidos. ¿Quién es capaz de penetrar su alma para descubrir el secreto propulsor? Algo persiguen con un afán infatigable. Una cita que puede determinar todo un destino. ¿De

amor? ¡Qué importa de qué! Una cita donde su presencia puede ser la llave del pórtico de la eternidad o de la gloria. Quizá sea un médico; tal vez un criminal. En ambos palpita la conciencia de la muerte y de la vida... ¡Ah! Y aquel que ante su paso todo se aparta, aquel que ya no mira y sus ojos se exaltan como en un ansia trágica, ¿no irá a recoger el último sollozo y el mirar convulsionado de algún sér querido para quien su existencia deja de ser una realidad?

Otros son más profundos. No apresuran su paso. Parece que quisieran detener el minuto fugaz, la hora que rueda imperturbable... ¡Cuántos de ellos soportan en su aparente tranquilidad una tragedia pavorosa! ¿Quién desciende al oscuro abismo de tantos enigmas? Quizá en el término de su viaje está la sentencia que escribió el destino con mano de tantas influencias ajenas a las más caras aspiraciones de sus almas...

Y van otros. Otros de mirar indefinido y tardo andar. Pensamos al verlos cruzar que son ellos los más profundos, los que viven una vida esencialmente profunda, inalterable en su orientación, fantástica en sus alucinaciones. Sus pupilas son hondas como su vivir ensoñador y siempre resplandece en ellas la mirada vaga y lejana que se despierta al florecer un pensamiento nuevo. Han de perseguir algo más grave que los demás. Para ellos las cosas banales de la tierra no entretienen sus ocios. Existen alturas insuperables sobre las que pasará agitado su espíritu hambriento de Dios, que es infinito, eternidad, misterio. Quizás el temblor luminoso de una estrella desconocida en su reino interior motiva su existencia. O alguna imagen que se escapa y a la cual no pueden dar forma los abisma en sus inexplicables contemplaciones.

Los hombres para encontrarse, descienden, exclamaba Emerson. Y es cierto. Los indiferentes, los que cruzan a nuestro lado sin apartar sus ojos del punto

que los llama, son los que viven más intensamente en sus alturas, baste decir, en aquel estado de alma que es el suficiente para embargar su vida toda. Así, la calle está llena de indiferentes. En vano pretenderíamos levantar un túmulo para detenerlos. Sus espíritus son de una curiosidad tan superior que pasarían ajenos al espectáculo, llevados por la otra grandeza que los deslumbra. Un mundo infinito gravita y se estremece sobre ellos. Luces y sombras pueblan su camino. Y ya el relámpago trágico, la ondulación del mar, el panorama y los paisajes, la adorable visión de algo supremo en sus afectos, todo eso, imaginable y adorable, fatal o necesario, en cosas o en imágenes, es lo suficiente para que su alma permanezca en una eterna ascensión, lejos, distante de la realidad torturadora que nos despierta momento a momento, matando ilusiones y haciéndonos ver cosas que quiebran con su abrupta verdad el cristal opalino de nuestros miradores de ensueño... Marchar así es vivir en una forma superior. Es corresponder a un fin tan humano como es la generosa preferencia por las cosas nobles y elevadas del espíritu; y es, ante todo, no descender a encontrarse con los hombres, cuyas sonrisas de amabilidad exterior, tantas y tantas veces nos dieron la amargura de cruentos desengaños...

ARTURO S. SILVA.

GLOSAS DEL MES

Caridad bien entendida

Si en algo nos apartábamos de las tendencias que guían la civilización, era en eso de la caridad; si en algo escapábamos al mecanismo que mueve nuestro vivir perfeccionado, si en algo sustituíamos por costumbres anticuadas y sentimentalismos ñoños, un concepto justo destilado en reflexiones acabadas y en exámenes detenidos del panorama social, era en la caridad; contra la costumbre de nuestras ideas adelantadas, por las cuales el mundo nos mira atento, vivíamos como antes, dando a manos llenas siempre que se invocara algún dolor.

No nos habían penetrado ni las bellas ideas del señor Bergeret, a quien tanto amamos; y aquellas sutilezas por las cuales él explicara a su hija Paulina, en cierto paseo vesperal, la razón de haber desoído el clamor de un pobre, ni aquello adoptamos. En esto permanecimos impermeables a las ideas de ultramar, sustancias de civilización: vivíamos como en la colonia; el aldabón de la maciza portada repicaba, por mano de un triste, y en seguida la negrilla venía con el trozo de pan, o con la vestimenta aprovechable sin desdoro. Seguíamos de este modo, y alcanzamos a tener lujosos establecimientos de caridad, y confortables cárceles, que nos enorgullecen cuando algún ilustre visitante mide, en vuelo de pájaro, nuestro progreso.

Damos a manos llenas; todos los días gallardas crónicas enumeran la obra de nuestros institutos benéficos; asistimos a kermeses, fiestas aristocráticas, en las cuales niñas hechiceras alcanzan ingentes sumas por los objetos que nuestra caridad sacrifica a los pobres; organizamos monstruosas colectas, y por un extraño vértigo se acumulan millares y más millares de pesos, que nadie creyera fuera posible arrancar nunca a nuestra sociedad. Pero esto sólo no es la realidad; hay mucho más, pues damos para los extraños con generosidad ferviente; no hay punto flagelado en el planeta al cual no haya ido nuestro óbolo abundante; no ha habido pueblo azotado por algún capricho de los hombres para el cual no hayamos dado igualmente; y así se vió en la guerra pasada cómo amontonamos oro y vituallas para los desgraciados de nuestra predilección. Y creemos más, creemos que no falta alguna aldea maltratada por Belona, cuya reedificación quedó fiada a nuestra evidente generosidad internacional.

* * *

Pero no hace mucho tiempo, ya se percibió diferencia entre alguna de nuestras cárceles y la que mostramos a los viajeros. Sin llegar a apurar los adjetivos de circunstancias y las metáforas hechas a base del estrepitoso Mirbeau, aparecía un cuadro triste, indigno de una sociedad munificente.

Mas ahora, con esta marejada periodística y parlamentaria que ha agitado nuestro vivir pacato de manera insólita, se han visto cosas mucho más tristes y se comprobó, descartadas hipérboles y logomaquias, que los niños de nuestros asilos no están muy cómodos, que las sábanas de nuestros hospitales no aparecen tan blancas como las que admiraron a Lutero, y que

los locos de nuestro manicomio son tratados como si fueran locos quienes los cuidan. Y esto desde años, pues en el revuelo de inculpaciones hubo oportunidad de fijar hasta veinte años para ese estado.

* * *

De manera que mientras lucíamos nuestro desprendimiento y gallardeábamos de generosos, teníamos dentro de casa tal situación vergonzante; probando que nuestra caridad fastuosa estaba mal orientada, y que abandonaba a las muy recargadas manos del Estado, atenciones cuya gravedad debió contribuir a soportar. Pues mientras no estemos en aquella utópica situación de inmolaciones comunes, por las cuales llegue a ser innecesario el socorro a los míseros, que no los habrá, será forzoso unir a nuestras obligaciones ciudadanas la de acorrer al Estado en la complicada función cuyos defectos se pusieron de relieve. Padecemos el hábito inabolible de confiarnos mucho a la actividad oficial y a la organización oficial; como igualmente padecemos el de granjear de todos los servicios oficiales con artimañas y abusos de chalán. Pero en la carencia de un ideal de cohesión superior que equilibre aquella negligencia con esta codicia, pongamos la proa de nuestra rumbosa caridad hacia el punto de las necesidades positivas que toca al Estado atender.

EMILIO SAMIEL.

Notas bibliográficas

Una carta. — Contrariando normas de PEGASO, damos a publicidad esta carta del señor Francisco Contreras, por dos razones: por el prestigio intelectual del autor y por la galante invitación que hace a los escritores del país, a quienes creemos ha de interesar saber las buenas disposiciones de este celebrado literato chileno, empeñado desde hace tiempo en una loable obra de difusión cultural americana, auspiciada por el "Mercurio de Francia".

París, 14 de febrero de 1921.

Señor José María Delgado, Director de PEGASO. — Montevideo.

Estimado amigo:

Agradezco a usted el amable comentario que ha tenido a bien consagrar en su revista, a mi libro "Les ecrivains contemporains de l'Amérique espagnole". Debo decirle, sin embargo, que me ha parecido extraño su reproche de que no haya hablado, en mi libro, de ciertos conocidos escritores uruguayos. ¿No ha visto usted — en el primer capítulo — que ese volumen ha sido formado con mis crónicas del "Mercure de France", donde no puedo ni debo ocuparme sino de los autores que me remiten sus obras?

Le agradecería, pues, dijera a los buenos escritores de su país que me enviaran sus libros a mi dirección de París: 23, rue Le Verrier, a fin de poder tratar debidamente del movimiento literario uruguayo.

Suplicándole tenga a bien reproducir estas líneas en su revista, me es grato enviarle la expresión de mi sincera amistad.

Francisco Contreras.

Teatro Nacional. — Por Alfredo A. Bianchi. — Buenos Aires. —1920.

Ha reunido el autor en este libro sus artículos de crítica teatral, escritos "cálamo currente" durante varios años en las revistas "Cla-

ridad'', ''La Palabra'' y ''Nosotros'', esta última puesta bajo su dirección, lo que por sí solo es una credencial, ya que ella representa una de las más altas tribunas que tenga actualmente el pensamiento argentino y americano.

El libro tiene, desde luego, un gran valor ilustrativo, ya que resume, puede decirse, la producción teatral argentina, desde el período de Sánchez hasta nuestros días, dejando una idea bastante neta de sus méritos, tendencias y errores.

Bianchi aborda con gran valentía y amor su papel de exégeta, dejando siempre la impresión de un espíritu amplio, consciente, bien orientado y, sobre todo, fuerte como para oponerse al concepto general y esgrimir el látigo nazareno para estigmatizar a los mercaderes, cuando es preciso... y, desgraciadamente, es preciso hacerlo con frecuencia.

Compartimos su opinión — por otra parte irrefutablemente demostrada por los hechos — de que la evidente decadencia del actual teatro Ríoplatense no debe culpársele al público, sino a los autores, más interesados en lo pingüe de una explotación de la baja risa o de la cursilería sentimentaloide, tan grata a todas las multitudes, que en hacer obras de arte sustantivo.

Si hubiera muchos hombres del carácter y la preparación del señor Bianchi, y si los intereses creados fueran menos poderosos, es posible que esa lamentable decadencia hubiera sido detenida; porque ella no debe tampoco ser solamente atribuible a autores y espectadores, sino a indigencia de críticos verdaderos — la mayor parte de los actuales son autores a su vez incapacitados de reprochar a otros sus faltas propias — y, lo que es peor, a carencia de honestidad y fortaleza.

Por eso mismo, es preciso recomendar la lectura de esta obra, no obstante cierto desaliño, hijo, sin duda, de la urgencia, y estimular al autor para que nos dé cuanto antes, ese libro orgánico sobre el teatro ríoplatense que nos anuncia. — **J. M. D.**

Luna de Miel y Otras Narraciones. — Por Manuel Gálvez. — Biblioteca de Novelistas Americanos. — Buenos Aires. — 1920.

Ocho cuentos integran este volumen. En todos ellos resalta claramente la vigorosa mano del novelista que ha dado a la literatura argentina obras de tanto valor como ''La Maestra Normal'' y ''El Solar de la Raza''.

Dominio absoluto de la técnica, claridad expositiva, seguridad para orientarse en los humanos laberintos psicológicos, unión de lo ético y lo estético: todas las cualidades sustantivas que han dado al señor Gálvez el lugar prominente que ocupa dentro del escenario intelectual americano, vuelven a encontrarse en este libro.

No sabemos si por evolución o por incompatibilidad con la naturaleza sintética del cuento, lo cierto es que no podría hacérsele al autor en esta obra un reproche que, con más o menos fundamento, se

le ha hecho a sus anteriores novelas: nos referimos a la extrema minuciosidad en el estudio de los caracteres y en las descripciones panorámicas. De todos modos, es justo consignar en este volumen una notoria tendencia hacia lo sobrio y lo concreto.

Asimismo, es preciso hacer resaltar una nueva faceta de su talento, que exterioriza en este libro y que demuestra su capacidad para tratar los asuntos más diversos: el cultivo de la nota extraordinaria y sobrenatural. En su cuento "La Casa Colonial", uno de los mejores del volumen, el efecto espeluznante perseguido por el género se consigue de manera tan vigorosa y real, que no deja lugar a dudas sobre las condiciones excepcionales del autor para abordar temas de esa índole.

Cierra el libro un cuento, "Una Santa Criatura", que es necesario señalar como modelo de concepción y realización, en donde drama y estilo ensamblan de manera tan perfecta que dan la seguridad de que no podría narrarse de otra manera la historia de esa transparente María del Rosario, flor nacida para sufrir el heroico y oscuro martirologio de todas las santas criaturas de la tierra. — **J. M. D.**

Humildad. — Poesías por Julio J. Casal. — Coruña. — 1921.

Dice Rubén Darío: "ahora todos queremos ser sencillos..." — y he aquí lo grave, lo dificultoso, el peligro. Una cosa es sencillez espontánea y otra cosa es sencillez forzada. Hay diferencias entre las joyas falsas y las verdaderas...

Julio J. Casal, que pertenece a nuestro parnaso no obstante la lejanía residencial, nos envía desde España este nuevo libro de versos, el sexto libro de su cosecha lírica. Con él nos pasa una cosa curiosa. Lo recibimos con sin par entusiasmo, como si trajera el alma ultramarina de un amigo dilecto... Transeuntes municipales de obligatorio recorrido, esa tarde volvimos a casa con una alegría nueva y un interés tan vivo que tornóse afán... A modo que íbamos libro adentro, el corazón insatisfecho veía crecer la magnitud de su desilusión. Concluyó el libro por disgustarnos decididamente, y no sin cierta tristeza, — que propia nuestra es en estos casos, — lo arrojamos al montón de los libros diversos, casi con el mismo gesto despectivo y romántico con que las mujeres tiran sobre el toilet difuso la carta ingrata o las marchitas galas... Ahora que han pasado algunas semanas, hoy nos encontramos con el libro de Casal, y lo leemos de nuevo, y nos reconciliamos con él, hasta conmovernos largamente con esa dulce melancolía, llena de saudade y de humildad, que allí palpita y que no habíamos alcanzado... Como en una revelación, vamos internándonos en las páginas sedantes de este libro descriptivo, dolorido, humilde, suavísimo, donde la niñez lejana se recuerda con insistente emoción, y donde se elogian, con harta frecuencia, los pequeños motivos familiares, las hojas, las piedras, el charco, el cartero, la ruta, los pececillos de los globos de cristal, las nubecitas fugaces que se desflecan por el azul...

Convengamos entonces que el bullente afán de la primera hora nos traicionó, como en otras veces la engañosa visión de una mujer turbadora, entre el tumulto de la ciudad...

Y, analizado con amor, el libro se ha ido magnificando a nuestros ojos, ofreciéndonos su tesoro, mostrándonos sus intimidades... Julio J. Casal "lleva un romance anticuado en el corazón". Él lo dice, y es tarea fácil comprobarlo. En vano se esfuerza por romper su tierra con renovado arado de moderna fábrica. En vano proclama humildad nueva para las cosas y la vida. En vano se hace acompañar con los diseños dislocados de Barradas. Casal no tiene imaginación rutilante ni hermetismo oscuro. Ni es "un raro", ni es "un novecentista". Melodía, suavidad, dulzura, pequeñez: a veces prosaísmo y monotonía... La misma monotonía y el mismo prosaísmo a que obligan el sistemático cultivo de los temas repetidos y familiares...

Le gusta en demasía el romance antiguo, el sabor triste, el tono menor. Da la impresión de un poeta provinciano, sin haber querido hacer poesía regional. El léxico tiene un brillo opaco, sin reverberaciones y sin matices. La forma es diversamente moderna, a veces al uso libre y otras al modo rimado. No hay características esenciales, aunque se note un largo anhelo de personalidad. Pero fluye del libro entero una emoción amable, que si no responde a las exigencias del espíritu, reconcilia al corazón con una vaga melancolía, así misteriosa y esperanzada, como la nostalgia que una tarde vimos en los ojos de agua de cierta mujer del pueblo, asomada al crepúsculo, a ver pasar el tren...

El gran coro de los poetas hodiernos ha creído poesía la sinfonía libre y exaltada de la vulgaridad y del prosaísmo, como hasta hace poco quintaesenciaba las extravagancias hechizantes de Verlaine, de Moreas, de Lafongue y Darío... Las escuelas poéticas tienen el destino del aeroplano, cuya hélice renueva y embarulla el aire, rasgándolo con una inquietud que pronto será sosiego. Pasan más ligeras que el tiempo. Y sólo las que logran remover hondamente los cauces, serán recordadas de aquí doscientos años... De las demás, no queda nada, ni ahora mismo. Por eso es lamentable esta ola de lirismo ingenuo y de versificación prosaica, con aire estrafalario y desarmónica adjetivación, con que el coro plural de los poetas modernizantes quieren vengarse de la eternidad del sentimiento. La sencillez, la claridad, la música, el corazón, serán las líneas arquitectónicas fundamentales de la poesía perdurable: — de la poesía verdadera, — de la única y sola poesía del mundo. Por eso vivirán Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare... Sólo la claridad y la emoción, expuestas con naturalidad, con la virtud del manantial, así musical y cristalino como es, — lograrán acentos inmortales. Ser sincero es ser potente. La mejor de todas las técnicas es la que resulta más sonora al corazón. La única poesía que es poesía, es la que conmueve, la que surge del alma y se va al alma...

Julio J. Casal no logrará, quizás, con este libro los sones definitivos que para nosotros concretan los dones poéticos, — pero es indu-

dable que se acerca a ellos, y que se individualiza formalmente, apartado de la vocinglería internacional de los versificadores actuales. Su modernidad es la de todos los tiempos: posee la música del corazón: tiene la sencillez casi siempre espontánea: maneja casi siempre las joyas verdaderas... — **T. M.**

Alberto Masferrer. — **Pensamientos y Formas. — Notas de viaje.** — San José de Costa Rica. — 1921.

Hemos de empezar por alabar la obra realizada por J. García Conde en estas ediciones de autores centroamericanos, que nos da la ocasión de conocer cosas tan buenas como "El rosal del Ermitaño", de Rafael Heliodoro Valle, de que ya se ha ocupado PEGASO, y "Pensamientos y Formas.—Notas de Viaje", de Alberto Masferrer.

El espíritu de Masferrer, conforme a la modalidad de que nos habla, se esfuerza por encauzar en formas adecuadas "la pureza, el ritmo y la unidad, que son las tres claves de la existencia y de la perfección", y así hay en su obra "la salud y la fuerza, la energía y la gracia, el amor, la paz y el reino de Dios", que en esas tres claves se contienen, según él mismo expresa. Y él se merece que lo alabemos con sus propias palabras, porque su espíritu está lleno de sagrada unción, de amor por la luz del sol y por el trabajo de los seres de la tierra, que es lo que cuenta deveras para que cada uno viva su vida a su manera?..

Hay frescura y sentimiento en sus "Notas de viaje". Describe con amor y su alma refleja y deja pasar, como el cauce de los ríos al agua renovada, las emociones suscitadas por todo lo que ve. "Lamatepec"; "El azote de Nueva York" y "Nevando", son, según nuestro sentir, las mejores de ellas. — **A. B.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



ABRIL DE 1921

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO V.
N.° 34

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Manuel **de Castro**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana de **Ibarbourú**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente **A. Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Manuel de **Castro**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana de **Ibarbourú**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Abril de 1921. Núm. XXXIV — Año V.

ITINERARIO ÍNTIMO

Necesario es poner un poco de claridad y de verdad en el ambiente intelectual que nos rodea. El papel impreso abunda cada vez más, a pesar de su carestía, y con él, la profusión de mentiras, de tonteras y de sonajerías literarias. Andan por ahí nuevas escuelas: el novecentismo, el cubismo, el dadaísmo y todos los simplismos imaginables... que no son sino la repetición de viejas cosas que, con nombres distintos, aparecen de vez en cuando por el mundo.

Todas estas cosas, que llenan el tiempo de los pobres de espíritu, pasarán, porque sólo viven de lo exterior y de las apariencias. No olvidemos que "lo que proviene de la parte más superficial y externa del alma humana, vive la vida del día, bajo el imperio de la moda, y desaparece en la corriente de sus veleidades y caprichos".

Al lado de estas "escuelas", han habido siempre los hombres que valen por sí mismos y que dicen, *a su modo,* lo que verdaderamente ven y sienten. Lo que dicen proviene "de lo más íntimo y recóndito del alma humana, y lo que sale de adentro no está sujeto a cambio alguno; lo mismo es hoy que ayer, que ma-

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Abril de 1921. Núm. XXXIV — Año V.

ITINERARIO ÍNTIMO

Necesario es poner un poco de claridad y de verdad en el ambiente intelectual que nos rodea. El papel impreso abunda cada vez más, a pesar de su carestía, y con él, la profusión de mentiras, de tonteras y de sonajerías literarias. Andan por ahí nuevas escuelas: el novecentismo, el cubismo, el dadaísmo y todos los simplismos imaginables... que no son sino la repetición de viejas cosas que, con nombres distintos, aparecen de vez en cuando por el mundo.

Todas estas cosas, que llenan el tiempo de los pobres de espíritu, pasarán, porque sólo viven de lo exterior y de las apariencias. No olvidemos que "lo que proviene de la parte más superficial y externa del alma humana, vive la vida del día, bajo el imperio de la moda, y desaparece en la corriente de sus veleidades y caprichos".

Al lado de estas "escuelas", han habido siempre los hombres que valen por sí mismos y que dicen, *a su modo,* lo que verdaderamente ven y sienten. Lo que dicen proviene "de lo más íntimo y recóndito del alma humana, y lo que sale de adentro no está sujeto a cambio alguno; lo mismo es hoy que ayer, que ma-

ñana y que siempre. El más antiguo de los profetas hebreos, vestido de una manera muy diferente de nosotros, habla todavía al corazón de todos los hombres, porque su voz arranca de su mismo corazón: y éste es el secreto único de continuar largamente memorable. *Porque nada hay tan duradero como una palabra verdaderamente hablada*".

Hombres que hacéis libros y ruidos de campanario con vuestros libros: esto dice Carlyle y es bueno que escuchéis a esta gran voz algo olvidada. Ved el concepto que tiene del poeta:

"Poeta es el que ve "el secreto manifiesto" de Gœthe; aquel misterio divino que está por todas partes en todos los seres; "la Divina idea del Universo", aquello que está, según la definición de Pichgte, en el fondo de la Apariencia; que está en todos los tiempos y lugares, que verdaderamente está ¡manifiesto a todo el mundo y visto de muy pocos o ninguno!"

Para ver esto se requiere "el gran corazón, el ojo sagaz y escrutador: aquí está todo; ningún hombre, sea el que fuere y sea la que fuere su carrera o profesión, podrá alcanzar cosa alguna sin estas condiciones".

"El poeta es el que piensa de una manera *musical*. Un pensamiento musical es un pensamiento articulado por una inteligencia que llegó a penetrar hasta lo más íntimo del corazón de las cosas y puesto al descubierto hasta lo más recóndito de sus misterios. Al poeta le hace su alcance de visión, como también su sinceridad. Ved y penetrad profundamente el interior de las cosas y veréis y penetraréis musicalmente; el corazón de la naturaleza comprende todas las armonías, toda la poesía y el poder del ritmo: ved de qué manera podéis llegar hasta él".

"Sólo cuando el corazón del hombre es transporta-

do, en alas de la pasión, a tal región de la melodía, y el acento mismo de las voces llega, según Coleridge, a convertirse por la grandeza, profundidad y música del pensamiento, en notas musicales, es cuando le podemos dar patente para rimar y cantar, llamándole poeta y escuchándole como lo heroico de los oradores, cuyo discurso es canto. Los pretendientes a esta categoría son muchos, y para el lector formal presumo sea, las más de las veces, la lectura de la rima tarea de las melancólicas, por no decir insoportable. La rima que no tenga íntima necesidad de ser rimada, debe decirnos sencillamente, sin acompañamiento alguno de sonajas, cuál es el objeto de sus pretensiones. Aconsejaríamos a todo hombre que *pueda* hallar su pensamiento, que en manera alguna lo cante; le haríamos comprender que en tiempos serios, y entre hombres serios, no hay vocación en él, ni mucha ni poca, para cantarlo. Precisamente porque amamos el verdadero canto y lo estimamos y apreciamos como don superior de los cielos, aborrecemos de igual manera el canto no verdadero, y le consideramos como ruido gárrulo, campana rota, cosa enteramente superflua, insincera y hasta ofensiva''.

Hasta aquí Carlyle. Para ser poeta hay que *sentir* el canto de la naturaleza en el corazón y que este canto brote de adentro de tal modo que, si no se lo dejara brotar, el corazón se rompería. Y como del poeta, podemos decir de todos los que se ponen a escribir. Para hacerlo, es necesario sentir la necesidad de ''hablar sus pensamientos''; pero no de hablar para hacer ruido simplemente. El día en que los hombres sepan apreciar ''la virtud del silencio'', pocos serán los escritores y los poetas, pero ¡cuán bien escuchados y qué saludable y reconfortante influencia ejercerán sobre todos los demás!

Romain Rolland en "Juan Cristóbal — El Alba", expresa este mismo pensamiento:

"La tierra se hallaba oculta en la sombra; pero el cielo parecía iluminado por las estrellas que iban saliendo. Las pequeñas ondas del río lamían suavemente la orilla. De pronto, en medio de la oscuridad, echó a cantar Jottfried. Cantaba con voz débil, velada y como interior; no hubiera podido oírsele a veinte pasos de distancia. Pero se notaba en ella una sinceridad conmovedora; hubiérase dicho que pensaba en voz alta y que a través de aquella música, como a través de un agua transparente, se hubiera podido leer en el fondo de su corazón. Jamás había oído Cristóbal cantar de aquel modo y jamás había oído una canción semejante. Parecía venir de muy lejos e ir no se sabe dónde. Su serenidad estaba llena de turbación y bajo su aparente calma, adivinábase una angustia secular. Cristóbal no respiraba ni se atrevía a moverse; la emoción le había paralizado. Cuando hubo acabado se arrastró hacia Jottfried y le dijo con la garganta oprimida:

—¿Qué es eso, tío? ¡Dime! ¿Qué es lo que has cantado?

—No lo sé.

—¡Dime lo que es!

—No lo sé; es una canción.

—¿Es una canción tuya?

—¡No, no es mía! ¡Vaya una idea!... Es una canción antigua.

—¿Quién la ha compuesto?

—No se sabe...

—¿Cuándo?

—No se sabe.

—¿Cuando tú eras pequeño?

—Antes de que yo naciera y de que nacieran mi pa-

dre y el padre de mi padre y el padre del padre de mi padre... Siempre ha sido así.

—¡Qué cosa más extraña! Nadie me ha hablado nunca de ella.

Después de un momento de reflexión, añadió:

—Tío, ¿sabes otras?

—Sí.

—¿Quieres cantarme otras?

—¿Para qué cantar otra? Con una basta. Se canta cuando se tiene necesidad de cantar. No hay que cantar para divertirse".

Y ante la nueva pregunta de Cristóbal sobre si no se podían hacer nuevas canciones, él le dice: "¿Para qué? Ya las hay para todo". Y como Cristóbal insistiera en que él *quería* hacerlas, Jottfried le responde:

"Cuanto más quieras, menos podrás. Para hacerlas es preciso ser como ellos. Escucha..."

"Había salido la luna, redonda y brillante, detrás de los campos. Flotaba al ras del suelo y sobre las movibles aguas una bruma de plata. Cantaban las ranas y se oía en los prados la flauta melodiosa de los sapos. El agudo trémolo de los grillos parecía responder a la titilación de las estrellas. Murmuraba el viento mansamente en las ramas de los olmos y bajaba de las colinas que dominaban el río el delicado canto de un ruiseñor.

"—¿Qué necesidad tienes de cantar?—suspiró Jottfried tras un largo silencio. (No se sabía si hablaba consigo mismo o con Cristóbal). —¿Acaso no cantan mejor que todo lo que tú puedas cantar?"

"Músico, poeta, artista: la naturaleza lo es todo y sólo aquellos hombres que son como ella pueden serlo también. En arte, sólo hay que "hacer" cuando se siente imperiosamente la necesidad de exteriorizar lo que "verdaderamente" está en la naturaleza y en nos-

otros. Pero no es posible "hacer arte" por hacerlo. Cuanto más se quiera, menos se podrá...

"Poeta es el que vive en la tierra, *sobre* ella; que se interesa en las minucias de la vida, pero no exclusivamente, como todo el mundo; que quiere "verlo y conocerlo todo", esencialmente; que "ama y busca para estrechar entre sus brazos la verdad"; cuyo espíritu se cierne sobre las cumbres...

"El músico, el poeta, el artista, son como aquellos músicos del siglo XVII que continuaban inquebrantablemente su camino en medio de las guerras, del incendio de las ciudades, de los estragos de la peste... No tenían público ni porvenir; existían para sí solos y para Dios; lo que escribían hoy tal vez los anonadaría el día de mañana. Sin embargo, continuaban escribiendo y no estaban tristes: por nada del mundo perdían su buen humor intrépido y jovial; quedaban satisfechos con su canto y no pedían a la vida más que el vivir, el ganar lo necesario para mantenerse, el desembarazarse de sus pensamientos y hallar dos o tres hombres honrados, sencillos, verídicos, poco artistas, que seguramente no los comprendían, pero que tenían confianza en ellos y en quienes ellos podían tenerla". (1).

El poeta se conforma con poca cosa en cuanto a las minucias de la vida: ganar lo necesario para mantenerse y hallar dos o tres hombres "honrados, sencillos, verídicos" en quienes confiarse, nada más. Dadle esto y dejadle desembarazarse de sus pensamientos y de sus cantos. Éstos fluirán de adentro porque allí están verdaderamente y por ninguna otra causa.

El músico, el poeta, el artista, son sinceros y lo que hacen lo hacen porque sienten imperiosamente la necesidad de hacerlo: no les importa el juicio de la gen-

(1) Romain Rolland: "Juan Cristóbal.—La Rebelión".

te, ni el ridículo, ni el desprecio, ni la indiferencia, ni ninguna otra de esas minucias de la vida: sólo les importa su obra, el amor que ponen en ella y la satisfacción que les procura por sí misma.

Al lado del artista, las "escuelas" de arte han florecido en todos los tiempos y lugares. Mediocres imitadores de los artistas que crearon en sinceridad y en verdad, su *originalidad* está en plasmar "formas" nuevas, que no son lo más a menudo sino dislocaciones del estilo de los creadores, "que pintaron con amplitud". Preocupados de las exterioridades, ofician, generalmente, en ellas las vanidades de sus cultores verbalistas. A esta gente preocupa la palabra, la forma, la apariencia. "Tienen miedo a lo "ya dicho". Su arte "puramente estéril" está "lleno de ingenio y de habilidad". Pero escudriñad lo que hay adentro: "jamás se siente en él una fuerza de la naturaleza"; no palpita en él "la vida, la vida fecunda, engendradora de los siglos futuros"...

Hombres que hacéis libros y ruidos de campanario con vuestros libros: tened en cuenta que "no hay que cantar para divertirse"; que "lo que proviene de la parte más superficial y externa del alma humana vive la vida del día, bajo el imperio de la moda", solamente, y que "nada hay tan duradero como una palabra verdaderamente hablada".

ALBERTO BRIGNOLE.

AÚN NO

No puede ser, abate pensativo.
¡No puede ser aún! ¡Es muy temprano!...
Estas diez yemas suaves de mis manos
ardientes frutos son de coral vivo.

¡No puede ser! Mi huerto sensitivo,
por sus sendas tu paso halla profano,
y está colmada de jugosos granos
la vid que se recuesta al cerco esquivo.

¡Mírame bien los brazos y los labios!
¿Crees que acoger en ellos fuera sabio
el arrepentimiento del pecado,

esa planta parduzca y espinosa,
que nace en los terrenos agotados
donde no pueden ya brotar las rosas?...!

Layly Daverio.

NUESTROS POETAS

Fragmentos de un estudio

Son numerosos los jóvenes que en nuestro país cultivan la poesía. No pasa año sin que seis u ocho nuevos vates pongan sus nombres en las tapas de un libro. Hay aquí una exuberante floración poética. Nuestra selva lírica es enorme. Mucha gente canta, pues, entre nosotros. ¿Pero todos los que cantan son ruiseñores? No, por desgracia. En esa enorme selva lírica hay también pajarracos, o cuervos que se creen magníficos cantores y dejan caer tontamente el pedazo de queso en la boca del zorro adulador.

Entremos ahora en esa selva lírica, no como Satanás, *"ce braconnier de la forêt de Dieu"*, (1) no a sembrar el mal en ella, mirando con ojos torvos todo lo que hay en ella, sino amorosamente, con fuertes deseos de encontrar mucho de bueno, y poseídos de aquella esencial amplitud de espíritu con la cual pueden saborearse todos los géneros de belleza, como derivados de una fuente única. De otro modo, torva o sombríamente, o con mente estrecha, o con un corazón seco, o con la ignorancia fatua del que, sintiéndose incapaz de analizar profundamente una obra, deja escapar estupideces, contrasentidos o insípidos comentarios, la crítica se convierte en una solemne majadería, en un desahogo de pasiones y de vanidades.

Muchos árboles raquíticos encontramos en la selva

(1) Víctor Hugo. "La légende des siècles".

lírica uruguaya; muchos troncos carcomidos; muchas raíces débiles; mucha hojarasca... Pero hay en ella árboles vigorosos, umbrosos follajes, fraganciosas flores, frutos exquisitos.

No hablemos de lo raquítico; hablemos de lo que tiene vida fuerte, sana, luminosa. Prescindamos aquí de la hojarasca verbal con que muchos jóvenes llenan las páginas de sus libros o de sus folletos; prescindamos de la falsa vocación poética; de los "raptos líricos" de muchos jóvenes, que muy pronto se van, como las erupciones de ciertas enfermedades; de los malos versos escritos por la vanidad de una figuración momentánea; prescindamos de todo eso, y hablemos con amor de todo lo noble, de todo lo fuerte, de todo lo sincero que encontramos en algunos libros de versos publicados en estos dos o tres últimos años. No recordemos la lira floja, vacua, desmayada, que no tiene su asiento en el alma del poeta o en la vida. Recordemos la otra, la que se pulsa con el corazón, la que el poeta verdadero lleva consigo, como una vida dentro de su vida, y de la cual brotan los versos como el aroma brota de las flores, como la luz brota de las estrellas.

El arte es vida, emoción, armonía. No hay arte, no hay belleza antigua o moderna o actual: el verdadero arte está libre del tiempo. Cada siglo que pasa remoza más al viejo Homero; don Quijote es siempre actual, y, por lo tanto, vivirá mientras viva la humanidad. Las fuentes de la belleza no envejecen nunca; no pierden la frescura de sus aguas; no languidecen, no caducan: el beso de los siglos no las agota, antes, al contrario, aumenta su caudal de agua vivificante. Hay ideas y emociones que resisten al tiempo devorador, a todas las transformaciones morales e intelectuales del mundo. La obra de arte que contenga esas ideas y emociones vivirá mucho tiempo: el soplo de lo antiguo da lozana juventud a los libros que vuelcan ideas

modernas en los moldes clásicos de la belleza. Hay ciertas líneas de arte — podríamos decir — que son invariables, que son eternas. Apartándose de ellas, se falta a la armonía, a la belleza del conjunto; se quiebra, se disloca la obra de arte. El arte se llena entonces de impurezas o de cosas que le son ajenas.

Pero no salgamos de la selva lírica uruguaya. Estudiemos sus árboles lozanos. Ante todo: ¿qué es la poesía para nosotros? Lugar de reposo; sombra benéfica; agua cristalina que corre; brisa, susurro, grito de la naturaleza; "prado de bienandanza", cielo estrellado, aspiración infinita; y, sobre todo, quietud, mucha quietud. Pero se dirá: ¿y la otra, la poesía triste o inquieta, o de hondas ideas? Aún así, pues lo triste, lo inquieto y lo hondo, cuando se expresan en artístico verso, son cosas dulces, suaves, aquietadoras.

El arte aquieta las cosas. Por lo menos, el arte que nosotros preferimos. Las más hondas inquietudes se suavizan al vibrar en la palabra del artífice. Así queremos nosotros que sea la poesía: dolor aquietado. Lo supremo del arte está en la serenidad que esconde lo inquieto. La serenidad unida a la emoción. Tal es, para nosotros, la verdadera poesía. Esta no puede existir sin esas dos cosas. Hay muchos poetas en la exterioridad de la palabra; pero hay pocos poetas con alma, con vida. Muchos poetas ignoran la embriaguez de la poesía y guardan un corazón impasible: construyen sus versos, fabrican sus versos, pero ellos no viven sus versos. El verso es para tales poetas algo de postizo; un ropaje que ellos adquieren para adornar el alma: no arrancan del alma la poesía, sino que la traen de afuera, para que el alma se regocije en una fiesta de luz y de sonido.

Brillan esos versos; pero no es oro todo lo que reluce.

Hay oro verdadero, y de buenos quilates, en algunos de nuestros jóvenes poetas. Uno de los que con más simpatía se nos presenta en este breve estudio es Enrique Bianchi, autor de "El silencio doliente". (1)

¿Qué género de poesía encierra ese libro? Un dolor sereno, aquietado, vibra en las páginas del libro; una sobriedad encantadora lo vigoriza; cierto sabor clásico lo hace seductor, y la tristeza que anida en él es una dulce tristeza, una respetuosa tristeza, esa misma tristeza con que se construyen las vidas puras y diáfanas. Leed el bellísimo soneto titulado "Tramonto":

Déjame apoyar más, dulce tristeza, — En tu brazo fraterno, que el camino, — Andándole contigo, — el peregrino — No siente ni amargura ni aspereza. — Déjame apoyar más. En tu terneza — Bebió mi corazón licor divino... — Ya no lloro lo amargo del Destino — Y la cruz del dolor ya no me pesa!... — ¡Oh, la enseñanza de tu amor sereno — Cómo idealiza este sufrir terreno!... — Ha mucho tiempo, hermana, que quería — Trocar, sobre mis sienes autumnales, — Las rosas de las locas saturnales — Por el grave laurel de la elegía...

---

(1) De algunos poetas excelentes, como José María Delgado, Luisa Luisi, Juana de Ibarbourou, Alfredo C. Franchi, Casaravilla Lemos, Manuel Benavente y otros, el autor de este artículo ya ha hablado. Por eso no incluye sus nombres en este trabajo, que no es sino fragmento de un estudio sobre la poesía uruguaya. Y no cita tampoco a María Eugenia Vaz Ferreira, que figura entre lo más descollante en poesía, porque se propone escribir muy pronto acerca de ella, con la extensión que se merece. Ni tampoco se habla aquí de viejos poetas consagrados como Zorrilla de San Martín, Frugoni, Roxlo, etc.

Esto sí que es oro, oro puro. Arte verdadero. Todo lo que Bianchi expresa en ese soneto, puede decirse que es su programa de poeta. Ama el dolor, ama la tristeza, pues sabe que el dolor y la tristeza construyen las cosas más bellas de este mundo. ¿Qué se asienta sobre la alegría sino lo efímero, lo deleznable? ¿Qué más lejos de las vanas pompas y de los vanos ruidos del mundo que el dolor y la tristeza? ¿Qué nos ayuda más a contemplar y a meditar que el dolor y la tristeza? Ved lo que dice el poeta en esa otra filigrana titulada "Idiosincrasia":

Soy un contemplativo. No pregones — El sonoro clarín de la Victoria: — Bajo el rancio blasón de mis portones; — En mi frente, remanso de visiones, — No van bien, ni tus épicas acciones, — Ni ese casco de bronce de tu gloria!... — Yo no amo la pompa ni el rüido — De tus aúreos arneses triunfadores, — De tu vibrante y metálico sonido. — Yo busco nada más, algún flórido — Alegre zarzo en que colgar mi nido — Y un rayito de luz en mis amores. — Nací para soñar. Como la fuente, — Yo sólo puedo reflejar la huella — Sublime del azul; la aurora riente, — Y la tarde, dormida en el Oriente... — A mi alma llega la emoción doliente, — Del Amor, de la rosa y de la estrella!...

En efecto: todo el libro de Bianchi es, puede decirse, como el reflejo de una huella sublime: es lo inmaterial lo que anima sus páginas. Cuando el poeta se dirige a la amada de sus ensueños, piensa en sus ojos, busca sus ojos o pide sus manos para entrelazarlas con las suyas... En los ojos de la amada, en el espíritu de la amada está todo el poema que él busca.

Este canto a los ojos, este amor a los ojos acusa una honda vida espiritual, que es el sello característico de "El secreto doliente". Una honda vida espiritual que se proyecta hacia lo pasado, y añora épocas de esplen-

dor, de arte, de ensueños. Ved lo que dice en la magnífica poesía titulada "La patria espiritual":

Yo añoro de otros siglos hidalgos y guerreros — El alma romancesca, altiva y denodada, — Que tanto defendía de un claro amor los fueros, — Como en la fina cota de aquellos caballeros — Brillaba cual la hoja límpida de una espada!... — Añoro el porte austero de aquella edad pasada: — El jubón y la gola de inmaculada albura; — La resonante espuela; la pluma ensortijada, — Y el gentílico embozo de la capa terciada — Que en un costado alza gallarda empuñadura! — Quisiera un nombre ilustre de timbre bien sonoro, — Cuyo decir arcaico evoque luenga fama — De combatir bizarro y de imperial decoro; — Jurar, puesta la mano sobre la cruz de oro: — ¡Por Dios y por mi Patria y por mi augusta Dama! — Sentir sobre mi frente el aura castellana, — Que en tantas frentes puso un beso de ilusión: — Y fatigar la Gloria en tierra muy lejana... — Y luego, bajo el lírico amor de una ventana, — Partirme el encendido clavel del corazón!...

He ahí una soberbia evocación de las épocas caballerescas. Pocas poesías castellanas del mismo asunto conocemos que puedan ponerse al lado de la que hemos transcripto.

HORACIO MALDONADO.

HOLOCAUSTO

Está llena de paz la tarde quieta,
el agua pura duerme en las fontanas,
y se vuelca un silencio ultravioleta
sobre las lejanías tramontanas.

Hay humedad de noche en las tempranas
eras, y la vacada muje inquieta
a la luna piadosa que interpreta
el alma de las místicas aldeanas.

Va una zagala de catorce años
junto a un rubio pastor que sus rebaños
conduce más allá de abruptas lomas,

en tanto el horizonte en fuegos arde,
y en el ara sangrienta de la tarde,
hay un blanco holocausto de palomas!...

ASPIRACIÓN

Si yo pudiera concebir
y sin esfuerzo realizar.
O en una barca navegar
por suaves mares de zafir.

Y así vivir sin combatir
en un perpetuo renunciar.
Y en una playa frente al mar
tenderme, un día, a bien morir.

Que una sirena me raptara
enardecida, en una clara
mañana ardiente y estival.

Y que entre todas más avara,
eternamente me guardara
en su palacio de coral...

CARLOS CÉSAR LENZI.

A los colaboradores de PEGASO nos complace añadir el nombre de Carlos César Lenzi. poeta joven y ya consagrado por la aristocracia de su musa. Los dos sonetos que publicamos pertenecen a su próximo libro "Los votos estériles".

GOTAS DE TINTA

El eterno carnaval de la vida, tiene el raro privilegio de interesar a los mismos máscaras humanos: ríen las comicadas serviles de los histriones políticos, disfrazados de patriotas; los moralistas, con su antifaz de media cara, déjan adivinar su culto al amor libre, al vino, y al juego; el Amor comercia con el lujo y engaña a la Virtud; el lacayo habla mal del amo y usa los hábitos de éste; el señor desprecia al criado y hace de él un secretario de sus miserias; la plebe combate a la aristocracia y copia sus costumbres; y el aristócrata repudia al obrero que trabaja el sustento de ella.

El hombre puede poner un freno a las pasiones de la mujer y no es capaz de dominar las propias.

En el corazón del hombre, al llegar a la senectud, el recuerdo de sus pasiones revive con más fuerzas como en los muros viejos trepa mejor la yedra, cubriéndolos de verdor.

La sociedad mide a los hombres por su bolsillo y no por su talento; el talento es el águila del sistema monetario intelectual; la virtud es la moneda más rara en las instituciones bancarias de la moral; la ignorancia es la ficha corriente en los pagos del vicio; la hipocresía y la modestia, los billetes más fáciles a la falsificación en el tesoro humano.

El guiño es la subrayación de un dicho intencionado; es la acentuación aguda de una frase maliciosa; es un signo provocativo de los ojos en la cara agraciada de una mujer espiritual.

La paradoja es una evasiva de lo justo; es la balanza en la que cada platillo pesa una porción igual de mal y bien.

Si para que mis amores llegaran a tu alma, tuvieran que entrar por la puerta de tus ojos, vacilaría, entre visitar el santuario de tus sentimientos o permanecer arrodillado ante aquella portada de luz.

El amor es el volante perpetuo de la humanidad: lo arroja un sentimiento y lo devuelve un capricho, que es rechazado por el corazón reputándolo una trampa.

En la entrada de un viñedo. — La hoja: el traje del pudor. La uva: el vino que desnuda a la vergüenza.

El corazón es el emblema de la caridad, por eso es tan pródigo en amores con la humanidad necesitada de cariños.

El primer amor de la mujer es su última muñeca; el último juego del hombre es el amor; la mujer es la muñeca del hombre, y el amor el mecanismo que pone en juego sus sentimientos.

Es indudable que los sueños de las mujeres rubias, toman el dorado matiz de sus cabellos; lástima que éstos se presten al artificio y aquéllos se tornen irrealizables.

El mundo comedia es, por eso al asistir a un drama real de la vida, no reparamos en el dolor que causa, sino en el juicio que de la sociedad merezca ese dolor.

En el teatro se exhibe a la humanidad en toda su más exacta perfección o su más horrible deformidad, con todos sus pecados y virtudes. En el escenario de la vida, con el telón de la hipocresía, la humanidad oculta sus miserias.

La mujer sin encantos para la seducción, suele atraerse una corte de aduladores oficiosos, como un arbusto torcido un círculo de palos inservibles.

Buscar la traducción de una mirada en el fondo de unos ojos negros, es como preguntar al abismo el secreto que trajediza los misterios de hondo silencio.

Faustino M. Teysera.

POEMAS

Arbolito

Arbolito plantado al borde del sendero,
tu anémico follaje mira pasar los hombres,
estos hombres tan bastos de la ciudad, que nada
saben de tus deseos ni de tus ilusiones.

Cual tú, pobre arbolito de anémico follaje,
que das al caminante tus desdeñadas flores,
yo voy, pobre poeta, dándole florecillas,
e indiferentes pasan como ante ti estos hombres.

Comunión

Estrellita de oro que esplendes en el cielo
profundo, tú eres como una flor encendida;
asómate a mi pecho como un lago: tu imagen
la verás en mi pecho, estrellita.

Porque mi corazón en esta noche
de un azul tan profundo, te mira,
y, cual tú, estrella hermana,
en la existencia oscura de los hombres rutila.

Las luciérnagas

Se iluminan las casas
y en el cielo, las pristinas estrellas;

vagando por la brisa van errantes
las sutiles luciérnagas.

Así por el crepúsculo
de la tarde, se van, entre la bella
diafanidad del céfiro,
errantes y encendidas mis ideas.

Hoguera

Los niños echan ramas secas en la hoguera
y a su alrededor, trineantes, ríen, cantan.
Así son mis recuerdos: ramas secas
que de mi vida quémanse en la hoguera
y a mi alrededor observo que los hombres
indiferentes pasan, gritan, corren...

Ruego

El sol dora las tumbas del cementerio: pone
su túnica de oro sobre las losas frías.
¡Oh sol, que el áureo manto de tus oros corone
las losas funerarias de las tristezas mías!

ERNESTO MORALES.

LA DOMA

Para su propio provecho, o por cuenta de los estancieros, Muniz se dedicaba a la doma de potros.

Era entonces esta tarea, una de las más bellas y fuertes de todas las labores campesinas. En ella no sólo se evidenciaba la habilidad y la fuerza, sino también el coraje.

Muy de mañana, cuando aún el sol se hallaba oculto, el domador empezaba a ceñir su recado en el lomo del potro, que desde la tarde anterior estaba prisionero en el palenque.

Pronto el caballo, después de haber intentado en vano resistirse, el gaucho siéntase, ágil, sobre sus lomos.

Es entonces cuando el potro, libre del cabestro que lo sujetara al palenque, emprende rápida carrera, intentando en sus corcovos librarse del jinete.

Inútiles empeños. Como si clavado fuera en los lomos del caballo, el gaucho instígalo a la carrera, haciendo sangrar sus ijares con la "llorona", mientras el rebenque golpea sus ancas. Y el bruto, desesperado, furioso ante la inutilidad de sus corcovos, salta desordenadamente, escondiendo unas veces la cabeza entre sus patas, levantando, otras, su cuerpo perpendicularmente sobre sus patas traseras.

De pronto el animal se detiene, sudoroso, jadeante, echando espumas por las fauces. En vano la "llorona" aguijonea sus ijares; él está como insensible ante su martirio. Se diría que una idea se revuelve en su cerebro, prometiéndole la terminación de aquel episodio.

La riendilla lastima su boca, manejada por el jinete, quien tiene interés en que aquel descanso del bruto no se prolongue. Hasta el rebenque tiene sangre en la sotera. Todo es en vano; el animal permanece como ensimismado hasta que, recobradas sus fuerzas, y como poseído de un vértigo, emprende de nuevo la carrera, perdiéndose detrás de una cuchilla.

Por largo rato los bajos son testigos de aquella lucha esforzada y bella.

Se diría que cruza el potro por encima de las gramillas, sin tocarlas, siquiera; tanta es la ligereza con que salta y corre, en su desesperación por verse libre de aquel hombre que, encaramado en sus lomos, lo azota bárbaramente, mientras él se encabrita más y más ante los golpes que recibe y la imposibilidad de su venganza.

Y mientras las fuerzas del caballo se agotan poco a poco, a causa de aquel ejercicio violento y desusado, el jinete continúa como nacido en sus lomos, siempre aguijoneando sus ijares con las "lloronas" y golpeando sus ancas con el rebenque, mientras la riendilla martiriza su boca, deteniendo a su antojo la carrera del bruto.

Si el gaucho es jinete, el final de la lucha se presiente: es la vuelta a las casas, con la cabeza extendida, el potro, nervioso y jadeante, sin fuerzas para continuar luchando con el hombre, que firme en sus estribos, erguido sobre los lomos del pobre bruto, aún lo incita a una lucha que éste no puede aceptar ya.

A la mañana siguiente se reanuda entonces la doma, y así por muchos días, hasta que el potro ha dejado para siempre sus rebeldías, para convertirse en el dócil y noble compañero del gaucho.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ.

(Del libro que acaba de aparecer, "Crónica de Muniz").

CUADERNA VÍA

Alma mía, eres loca de atar,
al son que tocan sales a bailar:
tambor enlutado, guzla de juglar,
de todo haces danza, eres loca de atar.

Por los olorosos prados de tomillo
tus pies se entrecruzan con gesto sencillo
bajo la armoniosa voz del caramillo;
lo mismo te fuera la flauta del grillo.

Corro bullicioso te formó la gente
porque a todos places ¡oh alma inocente!,
danzando desnuda, bella y sonriente.
Mas ya verás luego cuánto indiferente.

Verás, cuando sea la noche cerrada
y el frío te muerda, y ruedes cansada;
puerta a la que llames estará atrancada
y en ninguna casa te darán posada.

—Bien están razones en boca de viejos,
mas para mi danza huelgan los consejos;
—dijo, y sonreían sus labios bermejos.
La muerte venía cantando a lo lejos...

METAMORFOSIS

Música porque sí, música vana
como la vana música del grillo;
mi corazón eglógico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.

¿Es este cielo azul de porcelana,
es una copa de oro el espinillo,
o es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana?

¡Qué bien suena la flauta de la rana!...
Pero no es una flauta; en un platillo
de vibrante cristal de a dos desgrana

gotas de agua sonora. ¡Qué sencillo
es a quien tiene corazón de grillo
interpretar el campo esta mañana!

CONRADO NALÉ ROXLO.

He aquí los versos de uno de los más jóvenes poetas platenses. Trátase, sencillamente, de una revelación. Conrado Nalé Roxlo es sobrino de Carlos Roxlo, el vate nacional, y recién comienza a internarse en el bosquecillo sagrado. La esperanza no puede ser más alta.

EL AFORTUNADO SEÑOR ENRÍQUEZ

(Conclusión)

—¿Qué desea usted, señora? — preguntó S. E.

—Señor Ministro, yo vengo a distraer la atención de S. E. por un asunto que ha de interesarle. Tengo la seguridad, porque es un asunto de utilidad pública — subrayó Renata, que, dominando las expresiones socorridas, escogía la más a propósito para conmover a un Ministro novicio.

—Muy bien. Veamos, señora.

Renata creyó oportuna una divagación convenientemente engarzada en una de sus sonrisas más eficaces. Y divagó:

—La posición de S. E. es envidiable... No por los honores, sino por el bien que puede hacer... ¡Hacer el bien! ¡Ah, qué hermoso programa de gobierno! ¡No debiera haber otro!

—Desgraciadamente lo hay — dijo el Ministro con tono sentimental. —¡Y es el programa del egoísmo!

—Pero yo sé que no es el suyo, señor Ministro, — protestó Renata. ¡Yo sé, como todo el mundo, que S. E. hace mucho bien!

—¡No tanto como yo quisiera! — suspiró el joven Ministro, al tiempo que se pronunciaba en su frente una flamante arruga de pesimismo político. Él había

luchado con tesón, con entusiasmo, por idealidad. Deseaba conquistar una de esas posiciones desde donde, con buena voluntad, se puede corregir en algo los olvidos de la Providencia... ¿Pero, qué había hecho desde hacía un año? Arrojar cuatro migajas y un millón de promesas a su alrededor...

Y se interrumpió de pronto, como si su conciencia le tirara de una oreja, para recordarle que en antesalas esperaban muchos desgraciados, porque dijo con expresión perentoria:

—Bueno, señora, vayamos al grano, que espera mucha gente.

—Tiene razón el señor Ministro—dijo Renata, mordiéndose un labio, pero sonriendo siempre.

Y le tendió el consabido papelote de la consabida propuesta del señor Enríquez.

S. E. fijó con solemnidad su atención en el pliego, pero a medida que avanzaba en la lectura, iba frunciendo el entrecejo.

—Señora: — dijo interrumpiendo de golpe la lectura — lamento mucho manifestarle que nunca daré mi aprobación a esta propuesta.

—¿Por qué, señor Ministro? — interrogó Renata, no tan desconcertada por las palabras como por la voz agria con que habían sido emitidas.

—Porque, señora, — explicó S. E. — hay en estos momentos muchas cosas infinitamente más importantes que reclaman la atención de los estadistas y los dineros públicos. Esta es una obra tan onerosa como superflua, y, de llevarla a efecto, sonaría a sarcasmo en los oídos del pueblo, que en esta hora de crisis necesita pan y no lentejuelas, señora!

—¡Lentejuelas, señor Ministro! — protestó Renata con dignidad.

—Cosas baladíes, de relumbrón, que es lo mismo, señora.

—Pero, señor Ministro...

—Con los mayores respetos, le ruego que no insista, señora, — dijo S. E. interrumpiéndola con ademán cortés pero enérgico. Estamos robando el tiempo — añadió — a gente que viene a verme por necesidades serias y urgentes...

E inclinándose en una reverencia cuyo significado de despedida era inequívoco, dijo:

—He tenido un gran honor, señora...

Sin embargo, Renata, llamando en su auxilio todos sus insinuantes recursos, que nunca habían fallado, insistió:

—Parece que S. E. quisiera indicarme la puerta...

—Efectivamente. Pero no es el caballero, señora, es el Ministro que cumple con su penoso deber...

Y al tiempo que arrojaba al recipiente de la historia esta frase catoniana, oprimió el botón eléctrico, a cuyo conjuro apareció el secretario antes que Renata tuviera tiempo de decir jota.

—Haga pasar al que le corresponda el turno, ordenó S. E. al secretario, con voz firme.

Renata, comprendiendo que ya nada justificaba su presencia en el campo de batalla, se inclinó con dignidad herida, y abandonó el despacho del joven Ministro, llevando una espina clavada en el corazón.

VI

—¡Un cursi! — exclamó Renata despectivamente, sintetizando sus impresiones, cuando el señor Enríquez le preguntó qué le parecía el nuevo Ministro.

Pero tal vez no era precisamente despecho el sentimiento que la embargaba, porque sin satisfacer la curiosidad de su esposo, fué a someterse silenciosamente a una crítica minuciosa del espejo. Si los movimientos exteriores pueden iluminar algo del interior humano,

afirmamos que Renata estaba bajo la influencia de terrible incertidumbre. ¿La juventud del nuevo Ministro prefería la belleza platónica de sus quimeras políticas a su belleza de carne y hueso, real y palpitante? ¿Había que pensar, por consiguiente, que se trataba de una desviación, de la sangre juvenil en el objeto de su fiebre, o que ella, Renata, ya no podía ser el objeto de esa fiebre? No era de olvidar que pasaba de los cuarenta...

La solución de este terrible enigma era lo que sin duda quería Renata arrancar al espejo. La prueba del fuego para sus ilusiones.

El señor Enríquez, que ya se sentía alarmado ante el eclipse pertinaz de su buena estrella, contra su costumbre buscó a su mujer para que le diera detalles de la entrevista. ¿Cómo no había de alarmarse si ya las primeras deudas empezaban a abrir rumbos en su lujosa nave doméstica, hasta entonces bien a flote?

Encontró a Renata ante el espejo, pero ya no se miraba en él, sino que, hundida en su butaca, se recogía en actitud de torturante preocupación. Es que aquella flor de coquetería, al fin se doblaba marchita sobre su tallo, ante las mismas aguas del espejo que reflejaban su triste verdad de hoy como habían reflejado su hermosa y efímera realidad de ayer.

—¿Estás enferma, Renata? — inquirió el señor Enríquez.

—No — contestó ella con sequedad. — Un poco de jaqueca. — Y se fué a acostar.

Pasaron unos meses.

La situación financiera de los Enríquez se había tornado desesperante. La nave hacía agua por todos lados. Si no se le aplicaba un calafateo heroico, naufragaría indefectiblemente.

Fué entonces que se pensó en don Remigio. Este era un pobre viejo avaro, que yendo camino de la sepultu-

ra abrumado bajo sus talegos, tropezó un día con Gloria. De inmediato, el vejete se presentó al mostrador de los Enríquez dispuesto a adquirir aquel juguete para su infancia senil, pero se encontró con una mueca de desprecio desfigurando el bello rostro de la codiciada muñeca. Haría dos años de este suceso. Desde entonces el viejo se había recogido hoscamente en su oro como un caracol, pero los Enríquez padres no lo olvidaban, considerándolo previsoramente como recurso de reserva para un caso de necesidad.

Llegado el momento de apelar a tal recurso, no vacilaron. Extremó Renata el tocado de su persona, y con la juventud resplandeciente de una estrella de Café Chantant, fué a introducir su nota de primavera escenográfica en la fría y mohosa casa de don Remigio.

Renata sonrió al viejo dulcemente.

—Don Remigio — díjole — he venido a usted con todas mis esperanzas... Hay momentos en la vida en que es necesario poner a contribución la bondad de los buenos amigos... Mi marido necesita cierta cantidad de dinero para un negocio brillante, y espera que usted tenga la bondad de adelantárselo, fijándole los intereses de práctica, naturalmente...

—Señora — repuso don Remigio con la franqueza de los viejos — yo no presto dinero. Pero si su hija Gloria quiere, puede prestar a ustedes todo el dinero que necesiten...

—¡Pero don Remigio! — exclamó Renata radiante al confirmar la contumacia del viejo — ¡yo venía creyendo que ya se había olvidado de mi hija! Es usted incorregible, mi querido don Remigio...

—¡Lo dicho! — afirmó el viejo.

Renata tuvo entonces ternuras maternales:

—Vamos, don Remigio, — aconsejó dulcemente — sea usted juicioso... Bien sabe que mi hija tiene no-

vio, y que no le podemos imponer su candidatura, por más simpática que nos sea...

—¿Novio?... — silabeó el viejo con socarrona incredulidad.

—Sí. El joven Sergio Maura.

—¡Ji... ji... ji!... — chirrió, como una carraspera, la risita del viejo.

—¿Por qué se ríe? — preguntó Renata desconcertada.

—¿Pero cree usted que yo vivo en la luna? Ese joven era el novio, pero ya no lo es. Hace cuatro meses que la dejó... ¿No lo sabía?...

—La verdad... yo... — tartamudeó Renata.

—¿Por qué la dejó? No cabe duda que por el mal paso de su hermana Margot... que levantó el vuelo, si mal no recuerdo, con un tenor italiano... ¿no fué un tenor italiano, señora?

—Don Remigio — rogó Renata ensombreciéndose— le suplico que no me recuerde esta terrible desgracia...

—Sí, en efecto, un tenor italiano, ahora recuerdo bien — afirmó el viejo inexorablemente, no por ensañarse tal vez, sino por el gusto de arrancar un recuerdo indiscutible a su debilitada memoria.

Y añadió:

—Pero yo no cometo la torpeza de ese mozalbete haciendo caer sobre Gloria lo que sólo debe caer sobre su descarriada hermana. Estoy dispuesto a darle mi nombre ahora mismo.

—No, don Remigio, no insista. Gloria no puede quererlo porque está enamorada de ese joven, y es inútil... Está realmente enamorada. Si usted la viese no la conocería más. ¡Tan cambiada está!

En esto no mentía Renata. Gloria, mujer al fin, estaba enamorada, y se sintió morir cuando su novio la abandonó a raíz del escándalo y la mácula arrojada sobre la familia por su hermana Margot.

—Ese mal se cura pronto. ¡Romanticismo! — diagnosticó el viejo con desprecio.

—Usted lo ha dicho: romanticismo, — confirmó Renata — pero en Gloria no es un mal que se cura pronto, como usted cree. Porque, a serle franca, mi hija no pasa de una muchachita romántica, que, al fin y al cabo, no sirve para usted... Comprendo que no debo ser yo la que se lo diga, pero no hay más remedio... Lo que usted necesita, es una mujer de verdad, una mujer que sepa comprenderlo, que sepa quererlo...

—No, no; Gloria, Gloria, es la que yo necesito — repetía el viejo con la terquedad de un niño.

—Sí, don Remigio, una mujer de verdad... ya hecha... y ¿por qué no decirlo? Así... como yo...

Renata había atacado a fondo. Ella sabía que su hija no cedería, y se había propuesto desviar hacia su persona el capricho senil de viejo.

—Así, como yo... — repitió Renata lánguidamente.

El viejo fijó su atención en la madre. Esta, creyendo conquistarlo, menudeó sus insinuaciones, y fiando el éxito a la exageración, condimentó aquellas insinuaciones con expedientes de cocota. Pero el viejo se puso de pie como mordido por una víbora, y arrojó sobre Renata esta frase terrible:

—¡Para carne vieja me basta con la mía!

Fué el mazazo de gracia descargado sobre las últimas ilusiones de Renata, sobre esas modestas ilusiones que le habían permitido abrigar la esperanza de hacer surgir de las ruinas de su belleza, aprovechando sabiamente sus últimos vestigios, una segunda juventud artificial, a base de cosméticos y bermellones, de estucos y albayaldes.

VII

Pues señor, no sabemos qué mide más con la vara del mal, si el paso de Margot, dado por su propio im-

pulso y consejo, o el paso que los esposos Enríquez, con su consejo y autoridad, querían hacer que diese su otra hija. Porque después de la entrevista de Renata y don Remigio, aquéllos resolvieron prestar su tercería a las pretensiones del viejo.

Y esa misma tarde llamaron a Gloria.

La pobre joven había sido abandonada por su prometido poco después del paso de Margot. Este último suceso tuvo la virtud de concentrar sobre la familia, todas las miradas del gran conventillo social, de manera que hasta los más íntimos secretos de los Enríquez pasaron a la gacetilla. Y en esta disección, el nombre de Gloria debió haber sido susurrado al oído del joven Maura, por la comadre más despierta. Hay tres razones que dan pie a tal hipótesis: una de carácter histórico, y es el pasado de Gloria; otra, simplemente material, y sería la circunstancia de que el joven Maura haya tomado la determinación de dejarla una semana después del suceso Margot; y la tercera, de carácter moral, y es la consideración de que el joven Maura era lo bastante ecuánime para no hacer pagar a su adorada novia, con bíblico ensañamiento, la falta de su hermana.

En cuanto a Gloria, había sufrido una honda metamórfosis. Su corazón de mujer, dormido hasta entonces, había despertado con fuerza, y fué como un desgarramiento que conmovió las fibras más íntimas de su vida, el hecho doloroso de la partida del hombre amado, que se alejó en silencio, sin una palabra de adiós ni de explicación. ¿Explicación? ¿Es que ella la necesitaba? No. Ella acababa de comprender que había hecho su camino al revés, marchando de los sentidos al corazón, de la periferia al centro radiante del gran sentimiento... Y lloró, lloró, lloró...

Compareció, pues, Gloria al despacho del señor En-

ríquez, donde la esperaban sus padres en solemne silencio.

El señor Enríquez, con tono de circunstancias, tomó la iniciativa:

—Gloria — le dijo — habiendo sabido don Remigio que ese joven que decía quererte te abandonó, ha vuelto a pedirnos tu mano. Como es natural, nosotros le hemos manifestado que nos atendríamos a lo que tú resolvieses. Por nuestra parte, tu madre y yo, creemos de nuestro deber influir en tu ánimo para que no arrojes por la ventana, como la otra vez, esta brillante oportunidad que se te presenta.

—Papá — contestó tristemente la joven — yo no me casaré ni con don Remigio ni con nadie.

—Me esperaba — repuso el padre — esa respuesta, que es hija de tu actual estado de ánimo. Pero mi deber es insistir. El amor, hija mía, es una costumbre de nuestro espíritu. Y así como te habías habituado a querer a ese joven, mañana te acostumbrarás a querer a don Remigio. No te fijes en la diferencia de edad. Se dice que en el amor no hay edades. Esta es una verdad incontrovertible. En el amor no hay más que sexos y hábitos.

Renata abogó a su vez:

—Además — dijo — compara la conducta noble de don Remigio con la indigna de ese joven. ¡Mientras aquél pide tu mano, el otro te hace cargar con una falta que no es tuya!

La joven se inmutó:

—Mamá, por favor — rogó — deja a Sergio en paz.

Los esposos Enríquez siguieron moliendo á Gloria con razones de toda especie, pero no lograron vencer la resistencia de su hija. Entonces entraron en otro terreno, y era precisamente el contrario. Hasta el momento le habían aconsejado por su propio interés; ahora se lo pedían por el interés de ellos. Era necesario

el sacrificio. Le hicieron ver el estado desastroso de las finanzas domésticas; pusieron ante sus ojos la visión de la miseria.

Gloria no se conmovía.

Entonces Renata, arrojándose a sus pies, le abrazó las piernas sollozando y gimiendo:

—¡Hija mía, sálvanos, sálvanos!

—¡Basta, por Dios; basta, mamá! — suplicó la pobre joven.

—¿Te casarás?

Gloria inclinó la cabeza abrumada. Luego dijo:

—Mañana les contestaré.

Y se retiró silenciosamente a su habitación, dejando una esperanza en el corazón de sus padres, mientras ella volvía a la soledad de sus lágrimas, de sus suspiros y de esas adorables e importantes bagatelas que son, en el abandono, la alegría y la tristeza de las enamoradas, por cuyos dedos desfilan constantemente como las cuentas de un rosario. Lo que hizo entonces ella en el misterio de su cárcel sentimental, pues vivía clausurada en su gabinete, toca inducirlo a los psicólogos. El simple narrador tiene que atenerse, para llenar la laguna, a un elemento que pasó a ser una fría pieza de sumario judicial. Una carta. Decía:

"Sergio:

Es la primera vez que te hablo desde que me dejaste. Respeté y acepté tu silencio terrible, porque yo sé, aunque hayas tenido la piedad de callarlo, que no me has dejado por mi hermana sino por mí. La falta de mi hermana no hizo más que revolver nuestro triste pasado, de horrible inexperiencia. Esto último no lo digo para justificarme. Digo lo que siento.

Mis padres quieren casarme con don Remigio. Reconóceme, por piedad, el derecho de no ser un desperdi-

cio, y acepta la prueba de amor que voy a darte. ¡Perdón, perdón!

Gloria".

Cuando retumbó la detonación en el gabinete de Gloria, los esposos Enríquez se precipitaron hacia él, empujados por terrible presentimiento.

Gloria yacía en medio de la habitación con el cráneo destrozado, y junto a ella, como para dar pie a la moraleja, estaba caído un coqueto revólver, con que Gloria solía tirar al blanco en la época de sus funestos y caprichosos esparcimientos de niña mal educada.

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

Y con este grito, lanzado con acento desgarrador, Renata se arrojó sobre el cuerpo inanimado de la suicida. El llanto acerbo y los movimientos desordenados de un dolor intenso, arrastraron los afeites de su rostro, revolvieron los cabellos que ocultaban en sabio peinado los blancos mechones, destruyeron la mentira de sus elegancias. Y de esta catástrofe de su juventud artificial, se vió nacer a otra Renata, con una belleza nueva, la belleza de la madre.

Pero el señor Enríquez, ante la escena lamentable, tuvo la revelación de que, en aquella tarde trágica, se ponía para siempre el astro de su fortuna.

Carlos M. Princivalle.

GLOSAS DEL MES

Juegos Florales de Paysandú

En atención a la solicitud que nos hace la Comisión Organizadora de los Juegos Florales que van a realizarse en Paysandú el 12 de octubre de este año, PEGASO cede las páginas destinadas al glosario del mes, para dar publicidad al programa y las bases de dicho certamen, destinado, indudablemente, al mismo gran éxito del que hace poco se realizó en la ciudad de Salto.

Juegos Florales en Paysandú: En conmemoración del Día de la Raza: 12 de octubre de 1921

Programa: 1.° Flor Natural: Poesía de tema y versificación libres; 2.° Eglantine: A la poesía que siga en mérito a la anterior; Segundo tema: Canto a la América, a la Raza o al Descubrimiento. Primero y segundo premio; Tercer tema: Trípticos de sonetos a España, a América y a Colón. Primero y segundo premio; Cuarto tema: Sátira contra vicios y defectos contemporáneos. Primero y segundo premio. Quinto tema: Poesía de estilo criollo. Primero y segundo premio; Prosa. Sexto tema: Un cuento. Primero y segundo premio; Séptimo tema: Narración de una leyenda o episodio histórico nacional o americano. Primero y segundo premio; Octavo tema: Estudio crítico de un poeta o escritor nacional fallecido antes de 1900. Primero y segundo premio.

Bases: 1.ª Los trabajos serán recibidos hasta el 31 de agosto de 1921, a las 24 horas, en el local de la Sociedad Española de Socorros Mutuos — Paysandú (Uruguay) — Sud América. Serán dirigidos al Presidente de la Comisión de Juegos Florales. — 2.ª Podrán concurrir a este concurso todos los escritores residentes en el país, y los uruguayos cualquiera sea su residencia. — 3.ª Todos los trabajos — que deberán ser inéditos — se remitirán en un sobre sellado y lacrado, debiendo tener en su exterior el lema y tema a que el trabajo se refiera; y en su interior: *a)* el trabajo escrito a máquina, con el mismo lema del exterior firmado con seudónimo, *b)* otro sobre sellado y lacrado con el mismo lema en el exterior, que deberá encerrar el nombre del autor, el seudónimo y el domicilio. — 4.ª El jurado se expedirá a más tardar el 1.° de octubre, dando a conocer por sus lemas y seudónimos los trabajos premiados. — 5.ª El jurado tendrá plena facultad: *a)* Para declarar desiertos los temas que crea del caso; *b)* Adjudicar segundos premios sin otorgar primeros; *c)* Conceder un accésit o mención en cada tema. — 6.ª La apertura de los sobres conteniendo los nombres de los autores premiados se hará por la Comisión, después de expedido el jurado. Los autores premiados serán proclamados en el acto público que se realizará el 12 de octubre de 1921, previa lectura del veredicto del jurado. — 7.ª El autor premiado con la flor natural designará la Reina de la Fiesta, y, en caso de no hacerlo por cualquier causa, será designada por la Comisión Organizadora. — 8.ª Todos los concurrentes a los temas poéticos pueden optar al miemo tiempo que a los premios de cada uno de ellos, al de la flor natural, siempre que se exprese esa opción en el encabezamiento de los trabajos. — 9.ª La Comisión Organizadora designará con la debida anticipación los trabajos que serán declamados o leídos en el acto público del 12 de

octubre, y para ese caso, los autores premiados pueden comunicar al Presidente de la Comisión antes del indicado día, la persona a quien deseen encargar de aquel cometido. No habiendo persona expresamente designada por el autor, ella lo será por el Presidente. — 10. Los trabajos en prosa correspondientes a los temas 6.° y 7.°, no excederán en extensión de diez páginas de block comercial. — 11. Los trabajos no premiados quedarán a disposición de sus autores por el término de quince días a contar desde la fecha de la fiesta, pasados los cuales serán quemados en presencia de la Comisión.

Notas bibliográficas

Cuentos del Río de la Plata. — Por Vicente A. Salaverri. — Editorial Cervantes. — 1921.

La obra ya vasta de este escritor, que hace sólo algunos meses nos diera una novela de méritos tan sólidos como "Este era un país...", acaba de enriquecerse con este nuevo volumen de cuentos, que, sin duda alguna, dará lugar también a demostraciones tan entusiastas y unánimes de la crítica como la que originó aquella novela.

Comencemos por decir que, no obstante su título, este libro no tiene de regional más que el nombre de los lugares. Tampoco podría ser de otro modo, porque son todos cuentos localizados en las grandes urbes del Río de la Plata y bien se sabe que nuestras ciudades, a no ser en sus bajos arrabales, nada tienen de autóctono. Los protagonistas de estas narraciones, sus problemas, sus delitos, sus modales, son los de habitantes de cualquier gran colmena ciudadana y no sólo reflejan ansiedades y pasiones universales, sino que, la mayor parte de ellos, están profundamente impregnados de las angustias sociales contemporáneas.

Como es lógico suponer, no hay en esto ni el asomo de un reproche. Salaverri ha pintado nuestro ambiente y a los que en él viven tal como son, dentro del más estricto realismo; por consiguiente, el título del libro está perfectamente puesto y si alguno cree defraudadas sus esperanzas al no encontrar en él lo exclusivamente nuestro, es porque, volvemos a repetirlo, nosotros no tenemos nada o casi nada personal.

No queremos explayarnos sobre los méritos literarios y psicológicos de esta obra. Señalaremos sólo la habilidad técnica, el realismo, la desnudez del lenguaje, la originalidad de los temas, el humano ilogismo de las acciones, el lugar preponderante que ocupa lo imprevisto, la intensidad de los desenlaces...

Asimismo sería largo enumerar los cuentos que más nos han gustado. Hay una docena de ellos, entre los cuales el titulado "La huelga" se destaca netamente, que bastarían para cimentar una reputación.

No es de esto, sin embargo, de lo que deseamos hablar. Los grandes valores de este volumen están, a nuestro juicio, en la elocuencia con que nos hace ver la crueldad y la injusticia de mil actos que

cometemos e ideas que pensamos; no precisamente porque seamos malos, sino porque nuestra conciencia está llena de lagunas y prejuicios ancestrales y nuestras acciones subordinadas al imperio de un fatalismo oscuro pero tan real, que cuando se produce la tragedia queda la persuasión de que el culpable está colocado por encima de los hombres.

Sin ser tendencioso este libro está grávido de ese dolor y esa sorda hostilidad de las masas contemporáneas, productos de una injusta conciencia y de un desequilibrio social que parece haber llegado a su período crítico. En tal sentido puede considerársele dentro de esa literatura trágica y honda, florecida con la última guerra, que limitándose solamente a exponer los hechos, es, sin embargo, el más formidable alegato que pueda hacerse en favor de la renovación y el mejoramiento humano.

Y es, precisamente, esta fuerza ética del libro la que deseábamos hacer resaltar. — **J. M. D.**

Oro pálido. — Versos. — Por Andrés Chabrillón. — Concordia. — Entre Ríos. — 1920.

Versos de 1909 a 1916 van desfilando en este libro lleno de ensueño y de amor a la hermosura; versos que transparentan un alma férvida como la llama, joven como la mañana, idealizadora como el azul... Versos, acaso duros los primeros y opacos los segundos, pero dueños los últimos de exquisito sentimiento y de propia personalidad: versos que revelan una constante perfección lírica, señalada no tan sólo en el pensamiento, sino en la técnica, que de 1911 a 1914 progresa noblemente y que, ya al final del libro, adquiere singulares características.

Demasiado "literario" quizás, Chabrillón no ha conseguido aún la desnudez lumínica de la verdad y tiene todavía, "malgré" su corazón romántico, "vergüenza de mostrar las alas" porque "nada dice a los hombres la canción"...

Destacados algunos otros detalles como éste, sólo nos resta por decir que Chabrillón es un poeta de verdad, refinado, musical, emotivo, — y que sus cinco sonetos de "Bajo la lámpara", por ejemplo, son intensamente bellos y recordables.

Con la misma cordial simpatía que leímos su libro, anotamos hoy estas líneas ligeras, más propias para brindar por su musa, que para cualquier otra cosa. — **T. M.**

El sendero iluminado. — Versos. — F. Bermúdez Franco. — San Juan. — República Argentina. — 1919.

Joven de diez y ocho años, según lo declara en la primera página, es este Bermúdez Franco que canta al sendero iluminado. Joven será, sin duda, pero su libro no trae juventud. Traerá tanteos, incorrecciones, influencias, que son juventud en cierto aspecto, pero viene con demasiada seriedad y con demasiada decepción para ofrecernos do-

nes primaverales... Por el fondo del libro, hilado con espontáneo y fácil modo, pasa la sombra negra de la muerte tras la sombra blanca de la esfinge... Le gusta enredarse de problemas metafísicos, y es pesimista y cristiano, a pesar de cantarle alguna vez al carnaval o a la bailarina... Escribe esfinge, verdad, camino, perfección, con mayúscula. Ahonda en conceptismos y se diluye en vaguedades. En alguna composición llama "pajarraco" al aeroplano y lo desprecia porque no sabe detener el vuelo sobre la cumbre para contemplar la nieve, como hace el cóndor andino que se para en el viento... En alguna otra, usa y abusa de las repeticiones o colma la copa de ripios vulgares y giros antiguos...

Claro que un hombre de diez y ocho años es todo promesa y porvenir, y, por lo tanto, ya tendrá tiempo para triunfar sin apresurarse, cuando las frutas estén maduras... — T. M.

Ritmos heroicos. — Poesías de Alfredo Rossi Denevi. — Buenos Aires. — 1921.

Entre la algarabía multicolor de los poetas nuevos que en ambas márgenes del Plata levantan locos estandartes llenos de colorinches, he aquí un vate argentino que renueva los himnos épicos y decir prefiere sus emociones en la vieja trompeta de bronce bruñida al sol de la mañana...

La voz disuena en el ambiente y en la hora, pero la voz es pujante y bizarra. Denuncia una juventud romántica que se hermana en el eco lejano con la juventud que cantó a los cóndores en Andrade y a la libertad en Echevarría...

A sus verdes laureles, ¡salud!. — T. M.

Canciones de las ciudades y los campos. — Julián Silva Serrano. — Artigas. — 1920.

Así como se titula "Canciones de las ciudades y los campos", este libro podría titularse cualquier otra cosa. Ni emoción de ciudad ni aire de campo tienen las páginas que lo componen. Hay solamente un alma joven que se inquieta de amor, de tristeza, de luna, de todas esas idealidades vitales y eternas. El verso libre que Silva Serrano ejercita con frecuencia bajo el rótulo de "poemas en libertad", tiene todos los vicios prosaicos de los que por estas alturas han ensayado ese género. Las composiciones rimadas que integran el libro serían vulgares, si de vez en cuando no alternara en ellas alguna que otra línea emocionada.

Además, falta comúnmente poesía verdadera, belleza recóndita, imágenes vivas, símbolos sugestivos, sentimientos hermosos: todo eso que las musas exigen a los poetas y que no puede, indudablemente, lograrse con "literaturas"...

... "De la musique avant tout chose" — ha de ser la poesía para nosotros, de acuerdo con la consagrada fórmula de Verlaine que tiene permanente actualidad. Y luego de conseguida la música hacen

falta la sencillez, la sinceridad, la síntesis, los matices, el pulimento constante de la estrofa, el uso puro del idioma y la espontánea personalidad... Son muchas y muy altas las condiciones, pero... ¿sin ellas, qué?...

Silva Serrano demuestra poseerlas y puede domeñarlas. A su juventud confiamos la esperanza que este libro de ahora nos provoca. — T. M.

Evaristo Carriego (su vida y su obra). — Por José Gabriel. — Buenos Aires. — 1921.

Por fin vemos a uno de los más notables intelectuales de la Argentina explotando, de la mejor manera, sus extraordinarias facultades críticas. José Gabriel, que ha juzgado centenares (¡qué decimos centenares!: tal vez miles) de libros, incurría en la puerilidad de negar valores sistemáticamente, como si este exceso de dureza proporcionara certificado de autoridad.

Pero, de un tiempo a esta parte, notamos en él una más honda comprensión, no porque sus sentidos se hayan agudizado (agudo era el espíritu desde hace años), sino por un más real convencimiento de lo que la labor del buen crítico contemporáneo debe ser. Y, por este camino, aguardan a Gabriel muchas victorias. "Evaristo Carriego" es su primer estudio amplio, un estudio sereno, de firmes líneas arquitectónicas.

Se empieza por presentarnos al poeta de las costureritas como "una vida simple", como un "espíritu esencialmente imaginativo, que sentía las cosas con una intensidad que le impedía afrontarlas airosamente". A ratos cronista del suburbio, a ratos Don Quijote. Como bardo díscolo no es gran cosa. Si surge sentimental nos cautiva:

Así anda la pobre, desde la fecha
en que, tan bruscamente, como es sabido,
aquel mozo que fuera su prometido
la abandonó con toda la ropa hecha.

No se entusiasma excesivamente Gabriel con su criticado. Sabe que está haciendo el balance artístico de una figura; le interesa fijar el valor de Carriego dentro de la poesía argentina. Por eso, en el Capítulo II, hace un bosquejo de aquélla. No sabemos cómo van a tomar Lugones y Rojas ciertas apreciaciones crudas de Gabriel, que les atañen personalmente. Sin embargo, ellas trasudan sinceridad. Al fin queda proclamado Carriego poeta típico, con personalidad suficiente para resultar inconfundible, de Buenos Aires. Este capítulo histórico, conceptuoso y apretado, cimenta bien el estudio que comentamos. En el siguiente, se glosa la producción del poeta. Gabriel explica los muchos ripios que hay en las composiciones de Carriego, por su apego a las viejas formas de ver y de sentir. Ya cerca del final del libro, vemos la transformación del autor de "Misas Herejes", que "de mal poeta modernista, plagado de literatura e imitador poco feliz del sentimentalismo en auge, pasa a ser un discreto poeta suburbano, lo-

cal''. Su característica es esta: ''un realismo sentido, directo, que nos da una intensa sensación de vida''.

Estamos conformes, en todo, con el contenido de la obra de Gabriel, que evidencia un ponderado equilibrio. Apenas si las ''Notas marginales'' se nos antojan allí superfluas. En fin, son bellas, y se pueden admitir, pero rompen la línea sobria y grave que tiene el resto del libro. De la madurez de José Gabriel puede esperar mucho bueno la crítica literaria de todo el Río de la Plata. — **V. A. S.**

Los Voluntarios de la Libertad. — Por Alejandro Sux.—París.—1921.

Bien se ve que el autor de ''Cantos Rebeldes'' no se ha preocupado ni poco ni mucho de hacer literatura en esta obra. Es un libro fragmentario, sobremanera roto, que se ocupa de todos los sudamericanos que fueron a Francia para oponer generosos su pecho ante el avance del invasor teutón. No sólo figuran los soldados, sino que también los médicos, los que fundaron hospitales de sangre tras las líneas de fuego, los que propagaron el verbo de la libertad.

A varios años de distancia, las cosas todas de la guerra nos entusiasman menos. Aquella hoguera, que fué nuestro castigo, no nos ha redimido de ningún pecado. La humanidad continúa salvaje. El hombre ha sido, y, por lo visto, seguirá siendo, un lobo para el hombre. Se explica, pues, nuestra desilusión.

Sin embargo, fuera injusto negar la importancia que para muchos ha de tener este libro que narra heroicidades de americanos en la guerra y nos ofrece la nómina de todos los hijos del continente que pelearon por la... libertad... de Francia, que, por cierto, no se traduce en bienestar para todos los franceses. Bueno será ir reduciendo los entusiasmos patrióticos, para que no se vea, hasta a quienes pasaban por hombres libres, corriendo tras esas falaces entelequias que llegaron a deslumbrarnos: la Justicia, el Derecho, la Libertad. ¿A quién van a engañar otra vez los políticos? — **V. A. S.**

El libro del cabello de oro, de los ojos celestes y de las manos blancas. — Por Rafael Lozano. — Méjico. — 1920.

Presentación y contenido acusan un afán de originalidad que fuera cruel criticar. ¿Por qué nuestro equilibrio, más o menos discutible, ha de quererle poner contapisas al vuelo de los otros? Al contrario, debemos gozar con esa desemejanza que hace más atrayente la pomposa trabazón del bosque literario americano. ¿Queréis acabar con toda la belleza de un cielo nocturno? Pues distribuid con equidad las estrellas; hacedlas todas equidistantes, iguales; ponedle fulgores a este satélite y sacadle potencia a aquel deslumbrante planeta. ¡Oh, no! ¡Apolo nos libre de la aplanante monotonía!

Nada más lejos de nuestra cuerda que esta modalidad estilizada hasta lo extravagante, de Rafael Lozano, ''El flautista azteca'', como él quiere aparecer con este símbolo:

Mi ser interior canta tristemente en su quena...
—Es un flautista azteca que ha hechizado a la luna;
llora el mismo pecado que tentó a Magdalena
e igual que un monje, reza, canta psalmos y ayuna.

Y allá más adelante:

Silba tenaz la víbora por la caña que toca;
sigue el flautista hilando la canción de su boca
—como con hilos de oro la espiral de una rueca... —
Desenvuelve de nuevo sus giros la serpiente...
De pronto queda inmóvil, enroscada y silente,
sus ojos verdes fijos en el flautista azteca.

Este volumen de versos tiene para nosotros un no sé qué de extraño, porque se amalgama en sus páginas lo salvaje y lo civilizado, lo aborigen y el más moderno refinamiento inglés. Rafael Lozano nos parece a ratos un dandy londinense, que ama o se carga de esplín, y, en ocasiones, uno de esos indios aztecas que han descompuesto su gesto indolente en los toros, ante un pase de muleta o una verónica magistral del espada Gaona. — **V. S. A.**

Fiesta de trovadores, que cantan a la mujer y sus gracias, convocados por Emilio Menéndez Barriola. — Buenos Aires. — 1920.

En jardín de Watteau, con luna de porcelana y estrellas de diamante, vienen los trovadores cantando a Venus bella o a Isaura rediviva... Eros vaga con ellos y concita la música de las mandolinas, el rondel de los ruiseñores, la fragancia de los madrigales... No en tanto los prolijos cuidados del mantenedor, la terraza se puebla de dandys de cartón, de vendedores de quincallería, de colegiales insípidos, alternando con Rubén Darío, con Juan Ramón Jiménez o con Amado Nervo. Es cierto que los hay desconocidos que van cantando en rimas de oro, y otros que sólo dijeron la canción de los cisnes, y otros que anuncian el alba gloriosa: pero es cierto también que faltan muchos de la más pura estirpe junto a tantos que se dieron por invitados... Todo ello, no obstante, el corazón reconoce la labor de Menéndez Barriola y elogia su nocturna fiesta de pleito homenaje a la belleza...

... Harmoniosa cosecha de paciente faena y de claro entusiasmo que una estrella preside y un ardor evidencia... — **T. M.**

De mi block. — Por Pedro Erasmo Callorda. — Méjico. — 1921.

El blando regalo de la carrera diplomática y la misma condición de su ejercicio, suelen contener mucho daño para la fecundidad de las inteligencias activas; pues el dulce vagar, y el continuo trato de otros espíritus selectos, y el espectáculo de incesantes cambios presentado por las sociedades en que se actúa, deben obrar curiosamente, incitando a una labor que nunca se realiza, en la esperanza de verla cada día superada.

Este es, tal vez, el caso de Pedro Erasmo Callorda; pues si bien

ya un día, ya otro, nos manda algo de las tierras en que tiene la representación de nuestro país, no podemos tomar eso como fruto sazonado a la luz total de un espíritu que mayores cosas prometió. Cierto que el Brasil, donde primero anduvo, no es tierra de "nuances"; y el ánimo criado en nuestra suavidad, en las dulces medias tintas de nuestro vivir sensitivo y físico, padecerá allí, donde el sol ardiente volatiliza los matices y resalta brusquedades, en cuya violenta belleza el tiempo roe difícilmente.

¿Méjico podrá ser más favorable? Tierra que se nos aparece tocada de un halo de leyendas, precedida por fragor de tragedias, tierra de instabilidad, ¿cómo en su algazara podrá el ánimo disponerse a escucharse?

*

Más apartado en un recodo de su vía, dió, cierta hora saudosa, por hurgar en su "mochila de peregrino" y allá en lo más remoto andaba el puñado de tierra de la patria, que este libro es.

Callorda solamente reunió páginas en las que el diplomático se constriñó a exaltar valores espirituales; es decir, a evidenciar lo único insustituíble y valedero en el curso de los tiempos; y otras páginas de su vida de legislador, que lo muestran cuidando vestigios de quienes hicieron la patria, y velando por alguien que podía prestigiarla. Aunque diversas, igualmente altas y nobles maneras de exteriorizar un acendrado culto al terruño; y el mérito de ese culto se acrece al denotarse en forma tan continuada como revela ese libro.

*

Esto no nos compensa totalmente de la obra que el señor Callorda prometió; no nos compensa, pero nos agrada, y más aún, casi nos complace, pues en la detenida lectura anotamos reiteradas declaraciones de que el autor sigue considerándose estudiante; y también, de que responderá al honor que le hizo la Universidad de Méjico componiendo algún trabajo de meditación y estudio.

Y en que esto suceda consistirá nuestro placer. — **E. S.**

Las mejores poesías de los mejores poetas. — Musset. — Editorial Cervantes. — Barcelona. — 1921.

No es posible dejar de alabar la obra de divulgación de los grandes númenes líricos en que está empeñada esta conocida Editorial.

Este volumen está dedicado a Musset y nos presenta traducidas al castellano las mejores, o, por lo menos, las más famosas poesías del célebre autor de "La confesión de un muchacho del siglo".

No hace mucho — con motivo de la traducción al italiano del "Tabaré", de Zorrilla de San Martín, hecha por Folco Testena — tuvimos oportunidad de hablar, en estas mismas páginas, sobre la cuestión tan debatida de la posibilidad de pasar a los poetas de un idioma a otro, conservándoles íntegramente su esencia.

No insistiremos, pues, sobre este punto, ni sobre ctro término del

problema que también podría dar ancho margen al comentario y que se refiere a si se deben hacer las versiones líricas en prosa o tratando de no destruir el ritmo y el metro originarios.

Por hoy nos limitaremos a dejar constancia del loable esfuerzo de esta Editorial y de su tacto para elegir los traductores, todos ellos altos artistas, enamorados de su labor, y dejando la persuasión, a quienes conozcan al poeta en su lengua original, de que difícilmente podría ser, en verso, vertido con más fidelidad a nuestra lengua. — J. M. D.

La Dicha y el Dolor. — Poesías. — Por Fernando Maristany. — Barcelona. — 1921.

En la moderna poesía hispánica el nombre del autor se ha impuesto y su fama ya ha trascendido largamente por estos países de América.

La silueta de este poeta es altamente simpática: se trata de un espíritu bello anidado en un cuerpo púgil y capaz de gallardas empresas ideológicas. Lo que podría llamarse un poeta total, en el sentido de que se da íntegro a la belleza: cerebro, brazo y corazón. Así al menos tenemos el derecho de representárnoslo los que lo vemos tan pronto escribendo bellos poemas de rasgos personalísimos, como abordando la engorrosa y mal paga tarea de traducir las poesías del genio extranjero o tratando, con un tesón verdaderamente yankee, de divulgar las obras ajenas. A propósito de esto séanos permitido resaltar, con cierto orgullo patriótico, su intención de hacer conocer en España, por intermedio de la Editorial Cervantes, la obra de Juana de Ibarbourou, una de nuestras más grandes poetisas lugareñas.

Es difícil dar un juicio sintético sobre este libro, porque Maristany es un poeta complejo, de tendencias múltiples y que reacciona de maneras distintas y hasta paradojales; y esto no sólo en lo respectivo al sentimiento sino también a la expresión.

Romántico a las veces, intensamente realista en otras; ya curvo, ya recto en el decir; amando aquí las medias tintas, allá el color violento; ora reflejando estados de alma supersutiles, ora de simplicidad silvestre; en unos lados cantando porque sí, en otros derivando hacia lo filosófico y trascendente: así parece ir el poeta como un hombre que no ha encontrado su senda definitiva o, mejor quizás, que ha llegado a la suprema sabiduría de entender que todas las sendas tienen bellas cosas que mostrarnos y que aquello de encastillarse en un sitio, creyéndolo el vértice de las aspiraciones, sólo revela una tendencia a la momificación.

Dos cosas, sin embargo, perduran en "La Dicha y el Dolor", y nos parecen los rasgos personales de este poeta: el humanismo y cierta natural distinción aristocrática que flota alrededor de todos sus poemas. — J. M. D.

La literatura gauchesca en el Uruguay.—Por Domingo A. Caillava.—Montevideo. — 1921.

No creemos, como el autor dice, que exista desdén para "nuestras cosas antiguas y locales". Ese "desprecio de las cosas del terruño" es un fantasma: pues, en la realidad de nuestra vida, si nos dejamos fascinar excesivamente por lo de más allá de las fronteras, es que eso corresponde a nuestra formación étnica y a nuestra civilización urgente, cuya avidez reclama elementos a todos los puntos del planeta.

Día llegará para examinar lo guardado entre los cuatro muros del solar; y en su provecho habremos vagado por las tierras extrañas, templando nuestro espíritu para defenderse de las admiraciones ligeras y de las incongruentes magnificaciones.

*

Se robustece nuestra esperanza en la aproximación de esa hora viendo la aparición, si bien esporádica no menos auspiciosa, de trabajos como este mismo del señor Caillava, estimable aporte al estudio de nuestra literatura, valioso comprobante de la rica vía abierta a la curiosidad de nuestros trabajadores.

Suscitará otros esfuerzos, y tal vez germinará en el ánimo del autor anhelos de perfección. Pero mientras, cabe elogiarlo así, tal cual se presenta, y más en grado de "catálogo razonado de las publicaciones de índole gauchesca", que aceptando las premisas del exuberante introductor.

Si nosotros usáramos acribía, ya que no los ácidos gastados en el proemio tratando de textos nacionales, pusiéramos en las páginas del señor Caillava muchos escollos justificando reparos.

*

Mas no cuadra eso; cuadra ver la posición de esas páginas dentro de la vasta incógnita que es el tema; en ese modo aparece con claridad el conjunto de razones que condensamos en nuestro franco y amistoso elogio. — **E. S.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Poladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 831.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



MAYO DE 1921

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO V.
N.° 35

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — **Manuel de Castro**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana **de Ibarbouru**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 **oro**

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Mayo de 1921. Núm. XXXV — Año V.

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Esta mujer, que enmudeció para siempre tras una vida altamente ocupada, constituye una verdadera gloria de su tierra; y no podrá su nombre tener ese efímero recuerdo ganado por lisonjas, por críticas adulonas o por inmerecidas tolerancias; en las historias, ese nombre quedará asentado en obra tan variada, fuerte y sana que parece increíble la haya producido mujer de nuestra habla y de nuestro tiempo.

Aunque nos ligan a España vinculaciones que por conocidas y estrechas no hay necesidad de expresar, cierta es nuestra indiferencia por la actividad mental de sus hombres. No sabemos quitarnos a otras fascinaciones, por donde resulta que inesperadamente suele aparecérsenos alguna personalidad de gran volumen, cuya importancia creemos casual o extemporánea: pocas veces llegamos a examinar si allí existe un clima intelectual donde sea coherente la floración que nos admira.

Por este modo imperfecto de nuestro conocimiento, fácil sería incurrir en una apreciación exagerada o inexacta de la importancia alcanzada en su país por los méritos de la señora Pardo Bazán.

Dejemos entonces la gloria que en su tierra le cuadre; para loar a esa ilustre mujer basta examinar

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Mayo de 1921. Núm. XXXV — Año V.

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Esta mujer, que enmudeció para siempre tras una vida altamente ocupada, constituye una verdadera gloria de su tierra; y no podrá su nombre tener ese efímero recuerdo ganado por lisonjas, por críticas adulonas o por inmerecidas tolerancias; en las historias, ese nombre quedará asentado en obra tan variada, fuerte y sana que parece increíble la haya producido mujer de nuestra habla y de nuestro tiempo.

Aunque nos ligan a España vinculaciones que por conocidas y estrechas no hay necesidad de expresar, cierta es nuestra indiferencia por la actividad mental de sus hombres. No sabemos quitarnos a otras fascinaciones, por donde resulta que inesperadamente suele aparecérsenos alguna personalidad de gran volumen, cuya importancia creemos casual o extemporánea: pocas veces llegamos a examinar si allí existe un clima intelectual donde sea coherente la floración que nos admira.

Por este modo imperfecto de nuestro conocimiento, fácil sería incurrir en una apreciación exagerada o inexacta de la importancia alcanzada en su país por los méritos de la señora Pardo Bazán.

Dejemos entonces la gloria que en su tierra le cuadre; para loar a esa ilustre mujer basta examinar

cuanto brotó de su pluma, activa hasta la muerte, cuya proximidad apenas le mermó virtudes.

Novelas, estudios críticos, labor periodística, todo llevó el sello de una inteligencia fuerte, apacentada en estudios necesarios para marchar con la civilización; todo trascendía una elegancia singular, que no era por cierto la de su sexo, pues si bien doña Emilia Pardo Bazán no fué un virago, lejos anduvo, igualmente, de trabajar las literaturas cloróticas o asexuadas, para uso de *boudoirs* o de reclinatorios.

Fué la suya literatura honrada, bella y sincera; no cabe discutir aquí, pues ello debe ser labor de críticos venideros, con más dilatada y perfecta visión de su obra, no cabe discutir, decimos, si de la realidad tomó algo más de lo debido, si su fantasía ahuecó en exceso los velos flotantes de alguna de sus creaciones.

⁂

Para aquilatar cualquier elogio basta leer el estudio sobre San Francisco de Asís, magnífica evocación de la dura civilización medioeval, realizada con tal maña que la síntesis conveniente a ese género de trabajos no empequeñeció el abundantísimo, asombroso caudal de pormenores, por donde resucita aquel siglo XIII y puede ser gustado sin fatiga, como algo habitual o contemporáneo. Y, sobre ese fondo, que pudieran envidiarle varones doctos, aparece la personalidad del santo, con todo su aparato místico, mas con resplandor humano y superior que toca el entusiasmo hasta de los espíritus indiferentes.

En el considerable montón de sus novelas, poco será lo que el tiempo enmohezca y anule. Por la superioridad de los ideales que les puso de esqueleto, por la donosura de la forma, por la honda y amorosa mirada con que aquella ilustre dama siguió los vaivenes de las

costumbres y los impulsos dirigentes de la vida, hasta por la encantadora manera de transportar a sus escritos la naturaleza, el considerable montón de sus novelas y de sus cuentos disfrutará imperecederos honores. No menos interesante y encomiable fué su labor crítica; pero, habiendo ya puesto en su punto la abundancia de conocimientos y la alta inteligencia de la vida que poseyó la señora Pardo Bazán, nos parece superfluo recomendar valores.

∴

Concretamos así nuestra continuada admiración de su obra, pues el homenaje de estas páginas tiene esa virtud esencial, — la de corresponder, no a una cortesía periodística, sino a una deleitosa y antigua frecuencia de la obra de la extinta.

LOS MAGOS

De Verhaeren.

¿Desde cuáles orientes de mirras y de inciensos,
en las manos teniendo
qué dones y regalos,
dentro del corazón qué homenajes y cantos —
decidlo — llegáis hasta nosotros reyes buenos,
¡Oh, buenos reyes magos?

Una estrella que viene desde antes del desierto,
vuestras sombras alarga en el solo sendero
cubierto por sus rayos que hasta Belén llega.
En cualquier otra parte la noche es de tinieblas.
Las cadenas del Líbano no se ven. Una antorcha
que muévese, la única, es la estrella. No óyese
más ruido que el de vuestros pasos, crujientes sobre
la arena roja.

—Llegamos desde el fondo de los tiempos. Llegamos
a un porvenir turbio y flotante, en que nada
hasta hoy transparéntase, salvo un fulgor de infancia,
en frente dulce como aurora. Hemos errado
por estepas y dunas, pero tan sólo allá,
tras el largo camino que siguen nuestros pasos;
podremos encontrar
a quien, iluminado
está, ceñido por aureolas. Un establo

lo abriga. Un rayo recto
que cae desde el cielo
atraviesa su techo.
De divinas palabras está lleno el silencio.
Muy dulcemente — aproximaos — ¡oh, magos buenos!
He aquí a su madre, preparando pañales;
he aquí el buey, el asno, y he aquí a los ángeles
que cantarán su gloria en torno al firmamento.
Aproximaos más
los tres, coged, besad
sus piecesitos fríos: al mundo salvarán.

Miradle bien los ojos: es profunda su vida.
Un día, sobre el Gólgota, debajo la tiniebla,
serán dulces y claros hasta en plena agonía.
Su corazón, jardín de dulzura infinita,
es en donde, a las plantas de la viña sangrienta
del amor más supremo, San Juan y Magdalena
vendrán a reposarse.
El será sol radiante
sobre todas las penas,
el dulce pastor que cuida humildes ovejas,
el hombre errante y solo que va a curar los males,
cuando nadie, al caer de la tarde, ya pasa
por caminos perdidos de las almas cansadas.

Desde que su bella frente emergió de las tinieblas,
ha quemado — lo infinito — llama nueva.
En la India de los tiempos de Budas, claros y ascetas,
labios de oro balbucearán lo que él dirá; sin embargo,
sólo él pronunciará con el corazón, completa
la palabra para quienes serán futuros cristianos.
La era toda bondad, la esperada, ahí se encuentra;
era del candor ardiente, de vigilancia, de buena
plegaria y de silencia
tierno en torno del brasero
blanco en que la castidad sus fervores alimenta.

El Cristo estará vestido de una serena tristeza;
él irá por las mañanas
y las tardes, arrancando
gritos nuevos desde el alma,
exaltando los dolores que besarán su cadena
y los amores que son como altares de descanso.
Al borde de cada abismo, su cruz estará clavada;
brillarán de cima en cima sus monasterios de oro;
el viento de su locura conmoverá las montañas;
la guerra, con su tempestad,
con su nombre rodará;
y por la primera vez, los pueblos de Occidente
se inclinarán a su paso;
su espíritu firme y claro
de la fuerza dudará,
se negará de la carne, al ver pasar el relámpago
de la quimera oriental.

Y los magos han venido a las plantas del Cristo,
en el pesebre, en medio de su luz y la paja,
a brindar los regalos y decir la plegaria,
manos unidas, ojos tranquilos y contritos
corazones. La Virgen sonreía con lágrimas,
los magos desprendíanse de armas y turbantes,
mientras que San José arreglaba metales
que ellos retiraban
de bajo las gualdrapas
y en el umbral desierto sus mantos sacudían,
llenos de piedrecillas y de tierra rojiza.

Y dulce, largamente,
hasta el momento en que surge en el firmamento
la alborada, los reyes
a la manera de sus países adoraban
a su Dios que es más dulce que azucena de estampa.

Luego partieron por el desierto bermejo,
cuando el sol ascendía en la gran hora diaria
de la luz indudable. A veces, aunque en vano,
uno se daba vuelta, para ver a lo lejos
en el aúrea mañana,
alumbrarse el pesebre y radiar el establo.

Después, el mismo, apresurando el paso,
reanudaba la marcha y a cada instante más
parecía el cortejo, sombra en medio del espacio,
allá.

Magos de noches de plata
cuando acarician los astros frentes inclinadas hacia
el candor y la bondad;
vuestro mirar se fascina, vuestro corazón se exalta,
creyendo en el poder dulce, nuevo: la debilidad.
Pero el hombre en quien la audacia
ya ha impreso su ley
cuya amplia voluntad es el arranque y la fe,
y que parte a la conquista, para sí mismo, del mundo,
¿admitirá alguna vez
que un niño reine en su alma, haciendo abatir su orgullo?
Penitentes, confesores, mártires, mujeres santas,
podrán florecer los tiempos
con las rosas de su duelo
y arrojar su sangre al Cristo, asemejándose a llamas;
pero no cambiarán nada
de lo que siempre existió;
la humanidad sólo tiene la sed de su propio amor;
se retuerce y es ardiente y es ruda y siempre compleja;
la alegría y la bondad son las flores de su fuerza.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

JUAN CARLOS GÓMEZ

Conferencia pronunciada en el salón de actos públicos del Ateneo del Salto en la solemnización del centenario de Juan Carlos Gómez.

El doctor César G. Gutiérrez concreta en estos momentos una de las personalidades intelectuales de mayor relieve en las generaciones salteñas del novecientos.

Idealizador, talentoso, cultísimo, tiene todos los dones inefables de la juventud.

PEGASO *se regocija una vez más de reunir en sus páginas colaboraciones tan brillantes como la del doctor Gutiérrez.*

Una salvedad hacemos a nuestros lectores: el estudio de Juan Carlos Gómez que publicamos está reducido a la vida política de aquel lírico cruzado de la libertad, de cuya labor poética el doctor Gutiérrez hizo abstención preconcebida, para dar sitio a otro de los conferencistas del ciclo ateneída con que en la ciudad del Salto se recordó el centenario de Juan Carlos Gómez.

La lectura de las páginas que siguen merecen los honores de nuestro ambiente intelectual.

El Comité Departamental de la Asociación Patriótica Uruguaya, ejerciendo el elevado magisterio de las nobles exhumaciones, me ha pedido, que en esta solemnización del centenario de Juan Carlos Gómez, hiciera

resurgir las características de este varón ilustre en la perseverante glorificación de la *vìa crucis* de su vida, del patriotismo de sus ideales y de la viril gallardía de su acción, en que hay tanta conquista de talento y simpatía de martirio.

No pienso pronunciar un discurso ni una conferencia; me limitaré a contar su vida, que es tan bella que confío conserve algo de su belleza, a pesar de mi prosa modesta, y os la diré con la sencillez, con la familiaridad con que se narra un cuento, o se abre un libro y se lee una página de historia.

Trovador y proscripto, peregrino sediento de libertad, poeta a despecho del infortunio, forjador de la conciencia de su época, poseía los dones que la naturaleza otorga a los que serán consagrados por los prestigios inmarcesibles de la inmortalidad; no tiene el civismo de América paladín más esforzado que su pluma, que como las de las águilas remontó los Andes, para que el vuelo optimista de su pensamiento irradiara sus luces sobre el cielo de tres patrias.

El Uruguay, Chile y la Argentina sintieron posar sus plantas de caballero de la libertad sobre las arenas gladiatorias de sus luchas, y no hubo publicista que atesorara al servicio de sus causas, tantas galas y primores de estilo, que lo han impuesto por labios de la crítica el primer periodista del Río de la Plata, unido a una voluntad que nunca claudicó, — ni en las borrascas de la derrota, ni en las voluptuosidades del triunfo, — dueña de esa tenacidad más fuerte que la adversidad, que vibra como un estigma de luz en la frente de los apóstoles y de los grandes visionarios, que en la sombra de las horas aciagas saben desentrañar el filón idealista, que hará su explosión de claridades nuevas en las auroras del mañana.

Su vida se confunde con la de nuestra historia, en el largo cortejo de sus vicisitudes y sus luchas. En

medio de las pasiones enardecidas de la montonera, fué un tallo idealista, que abrió sus flores en las serenas regiones de los principios; en medio de nuestras tormentas, fué una estrella solitaria, que se destaca con peculiaridades que le son únicas y que reclama para sí los honores de una de nuestras primeras personalidades civiles. En nuestra historia abundan las figuras militares, en cuyos aceros parece resumirse todo el valor y orgullo de la raza; pero no podemos decir otro tanto del número de los hombres de letras, que como tales impusieron su nombre en el vasto escenario de la Revolución Americana.

Juan Carlos Gómez se basta por sí solo, para llenar con honor este vacío; por él, el Uruguay tiene un prócer de la idea, un héroe del pensamiento; un cultor infatigable del civismo; un soldado del ideal en los planos superiores de las especulaciones espirituales, que fustigó con su pluma valiente la esclavitud de todas las tiranías, para grabar en las pupilas, bajo el cielo troyano de América, elevados mirajes de redención; que encordó con altivez su lira para arrancarle en notas de bronce su "Canto a la libertad"; que ofreció a la patria su inteligencia, su corazón y su vida, sin otro premio que el destierro, donde se agigantaba su silueta de tribuno, que no conoció la apostasía, ni ante la sirena seductora de la popularidad; por Juan Carlos Gómez, el pensamiento, el cerebro uruguayo, tendrá su escogido sitial en la inmortalidad y en la gloria, al lado de los brazos fuertes que empuñaron las espadas libertadoras. Es necesario destacar ante la opinión pública los relieves de esta figura singular, incorporar su nombre a los tesoros de la historia, que el niño aprende a balbucear en la escuela y el ciudadano admira en la vorágine de la democracia para templar su alma en la inspiración de los grandes ejemplos y, sobre todo, para que paralelamente a los actores de las acciones

bélicas, se engarcen estos modelos de civismo en la diadema de nuestras glorias, para saldar las deudas de amor y de gratitud, no sólo con los vencedores en las gestas heroicas, sino también con el patriotismo sereno que debatió sus ansias y sus estoicismos en las luchas casi sin resonancias del pensamiento, en que nunca se encuentran, como en los campos de batalla, los galones y laureles de oro para rubricar en forma positiva, el triunfo conquistado en la epopeya.

Dichas estas consideraciones, hablemos del gran ciudadano, de su adolescencia promisora, superada en los frutos de su vida fecunda; de los acentos consagratorios de su lira y de los triunfos resonantes de su pluma; de su gallarda elocuencia de tribuno y su dialéctica formidable de polemista, y puntualicemos su desinterés magnánimo, su ausencia de rencores, su patriotismo tan calumniado y tan superior a todo ejemplo, condiciones que excepcionalmente reunidas en un mismo espíritu hacían decir a un pensador ilustre "que era el tipo moral más perfecto".

Nació Juan Carlos Gómez en la ciudad de Montevideo, el 25 de julio de 1820. Cursó sus primeros estudios en la Escuela Mercantil, donde se destacó por su inteligencia, tocándole tomar la palabra en nombre de los alumnos, — por ser el más laureado, — en la repartición de premios, que recibió de manos del entonces Presidente, general Rivera, con el cual participó más tarde de las tareas del Gobierno siendo su Ministro del Triunvirato de 1851. Continuó siempre estudiando y frecuentando las mejores ruedas intelectuales, que lo consideraban el primero de su generación, entre ellos Juan Bautista Cúneo, político italiano de vasta cultura, emigrado del Reino, que le dió un curso de su idioma, asemejándole su avidez de aprender a Sarmiento, que ganando dos onzas por mes como

empleado de comercio dedicaba una a pagar un profesor de inglés.

Con el Sitio de Montevideo, en 1843, emigra al Brasil, provincia de Río Grande, de donde tiene que salir al poco tiempo, porque conocidas sus ideas liberales no era huésped grato a la monarquía, que lo destierra a los dos años. De allí pasa a Chile, a ocupar en la prensa, con más provecho para su causa, su puesto de soldado de la libertad, que dejó en Montevideo por algunas disidencias con su jefe y por considerar que sería más fácilmente reemplazado en las columnas del ejército que en las columnas del periodismo, donde execró la tiranía de Rosas y luchó por la pureza de las instituciones.

Aquellos Andes, que San Martín, el Gran Capitán, debiera escalar para su inmortalidad, en el empuje inicial de nuestra Independencia, sintieron también sobre sus crestas la planta de este desterrado, que siguiendo años más tarde la trayectoria del héroe era el heraldo del mismo sueño de libertad.

Quizás haya sido en esa ocasión, y sintiéndose erguido por el pedestal gigantesco de la Cordillera, bajo el solio azul del cielo, castigado el cuerpo por los vientos y las nieves, herida el alma por los desengaños de los primeros amores, dominando en su desoladora verdad la situación de la Argentina y del Uruguay, debatiéndose convulsos bajo el yugo de una tiranía, como otros pueblos de América; quizás haya sido en esta ocasión, repito, entonando su salmo de esperanza bajo el marco inmenso, que concibió por primera vez su idea — hoy ya realizada — que sobre la cumbre de los Andes, cual si fuera la tribuna más alta del Continente, se levantara la estatua de Cristo, como un simbolismo de fraternidad y amor de estos pueblos, que él contemplaba como una visión dantesca, bajo los siniestros resplandores de la guerra.

Llegado a Chile, se dirige a Valparaíso, donde ocupa, como hemos dicho, un puesto destacado en el periodismo, haciéndose cargo de "El Mercurio", el órgano quizá más prestigioso, reemplazando en sus columnas a un periodista de la talla de Sarmiento, a quien igualaba en gallardía, como abanderado de ideales superiores a su época y en tenacidad batalladora, pero a quien superaba, indiscutiblemente, en la belleza de la forma, que Gómez cultivó con la pulcritud de un estilista que aún resiste al tiempo y a la variante de los gustos con los primores de una elegancia que nos deleita.

En el diario, además de atacar a Rosas, manteniendo encendido el culto a la patria, discutió, con el brillo y la pureza que lo distinguía, todos los problemas políticos que interesaban a los destinos de Chile, llegando a ejercer tal influencia que derrumbaba Ministerios e imponía Presidencias.

Contaremos dos pasajes de la vida de Gómez en ese país, para probar, en uno de ellos, su independencia de criterio, que fué una de sus características, que lo ha llevado muchas veces a polemizar con sus amigos más íntimos, pues a nadie hizo la concesión de una verdad, y en el otro, se verá el desinterés con que tantas veces adornó su azarosa vida.

Con motivo de una de las elecciones más reñidas que se han desarrollado en Chile y de mayor trascendencia para la felicidad del país, sostenía Juan Carlos Gómez la candidatura de Manuel Montt, a quien consideraba el único hombre de estudio y de condiciones para ser útil al país en la dirección de su destino.

Reunida la Convención del partido a que este ciudadano pertenecía, había nombrado a otro candidato para la presidencia, noticia que comunica Sarmiento a Gómez, preguntándole cuál sería su conducta. Gómez contesta que su único candidato sería siempre Montt;

un apretón de manos de Sarmiento le hizo ver que era de su mismo parecer, luchando junto entonces con ese titán, que decía de sí mismo "que nadie le disputará en América la triste gloria de haber ajado más la presunción, el orgullo y la inmoralidad". Ellos imponen la candidatura y lo sacan presidente, para la felicidad de aquel país, que tanto se benefició con la acertada gestión de ese hombre, que es hoy una de las glorias de Chile.

Esto nos demuestra la influencia que llegó a ejercer y su independencia de ideas, haciéndolas triunfar sobre un partido.

"Ni gobierno, ni partido nunca me impusieron, decía, pues obedecí siempre a convicciones sinceras y nobles; amaba la libertad para Chile como la amaba para el Río de la Plata y para el mundo entero".

Este triunfo electoral coincidía con la batalla de Caseros y la derrota de la tiranía porteña, por lo cual decide venirse a su tierra.

Había soportado todos los sinsabores de una campaña política sin precedentes y llegado el momento del triunfo no espera le otorguen la parte que le correspondía y abandona un país donde sería el preferido de una causa triunfante, para ir a su patria a volcar sus energías desde el llano.

El Presidente Montt le hace infinidad de ofertas ventajosas en el orden material y quiere cubrirlo de honores, que rechaza Gómez con toda hidalguía, aceptando tan sólo como recuerdo de aquel político ilustre, que él encumbró en brazos de la juventud universitaria, una edición completa de los clásicos latinos, que en su testamento regaló al Ateneo de Montevideo. El comercio de Valparaíso, agradecido de sus servicios, le hace un regalo de 3,000 pesos para regresar al Plata, pues aquel sembrador de ideales, que abandonaba los tesoros conquistados para mezclarse en las

adversidades de su patria, desdeñaba, por primera vez, la opulencia, desde la pobreza, como lo repetiría otras veces en su vida pública. Con esto vemos la verdad del juicio de Rodó, quien decía de la figura que hoy honramos "que poseía las tres superioridades eternas: inteligencia, carácter, virtud. Y sobre esta base triangular, no hay pedestal de estatua que no resista a todas las fuerzas de la tierra".

En 1852 vuelve a Montevideo, terminando el mismo año en Buenos Aires su carrera de abogado. Encuentra el país dividido por los odios y rencores que tan largo tiempo habían de acompañarnos y fustiga el espíritu de partido, predicando la fusión y la fraternidad, ciñéndose al Pacto de Octubre, según el cual no había vencidos ni vencedores, "dejando a la historia el juicio de lo que fué; sólo el crimen y la inmoralidad no tienen derecho por lo pasado a más consideración que el olvido y que el desprecio". "Quería ligar cordialmente a todos los ciudadanos en el interés y en la gloria de la patria. Esta obra santa debe ser la obra de todos, nadie debe ser excluído; porque no hay fuerza humana que haga que no valga lo que vale".

Con otros elementos representativos funda la Sociedad de Amigos del País y la Sociedad Protectora de Inmigrantes, con generosos y bellos programas, que muchos de sus principios son todavía necesidades que la actualidad reclama.

A fines de ese año es electo diputado por el Salto, en un período complementario hasta 1853, caracterizándose esta campaña por la hermosa refutación que hizo a aquellos que, no pudiendo atacar sus prestigios, se ampararon en el criterio localista, que él comentó admirablemente en una visita de gratitud que hizo a sus electores.

El pueblo del Salto fué más vidente y de más acierto que aquellos que lo combatían y llevó a los escaños parlamentarios a este tribuno, que destacó su acción por los acentos viriles de su elocuencia y su generoso patriotismo de luchador.

Con orgullo recogemos esta incidencia de los anales democráticos de nuestro Departamento; fué el Salto el único que en la vida de este hombre superior, que tantas veces golpearon las piedras de la envidia y de la injuria y clavaron sus garras los roedores de gloria, fué el Salto el único que puso el sello y el reflejo optimista de la sanción popular.

En Montevideo sacó el diario "El Orden", órgano del partido conservador, que él fundó, que conservaba la tradición de la Defensa y que fué la escuela liberal donde se inspiraban los que abatieron los tiranos y los caudillos. Era, además, el vocero de todas sus bellas iniciativas y de sus campañas, que cada día aumentaban el caudal de sus prestigios de escritor, si bien es cierto que sus ideas impersonales y de un elevado sentimiento de justicia, no estaban destinadas a hacer muchos prosélitos en un ambiente sin rumbos, con las secuelas de la anarquía, en que los vaivenes del momento marcaban la ruta de los destinos.

Con la caída del Presidente Giró y el motín del 18 de Julio, que trae como consecuencia el Triunvirato de Rivera, Lavalleja y Flores, participa de las tareas gubernativas desempeñando las funciones de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, que aceptó por encontrarse el país en una situación interna e internacional muy delicada, creada por un Presidente que quería gobernar desde un barco de guerra extranjero, enojosa situación que solucionó con todo brillo y maestría.

En el desempeño del Ministerio, auxiliado por colegas eminentes, se destacó como figura sobresaliente del

Gobierno, que caracterizó con una amplitud nacional, concitando la colaboración de todos en un generoso olvido de las divisas; abocándose problemas trascendentales, como la modificación de la Constitución, que después no se realizó; garantizando la libertad dentro del orden, siendo célebre su nota pasada a las imprentas autorizándolas para publicar lo que se les mandara en contra del Gobierno.

Al poco tiempo renuncia del Ministerio para no volver nunca más a las esferas del Gobierno, pero debemos hacer constar, que cuando le tocó poner en práctica lo que predicaba — obrero que pasaba a forjar su sueño en el yunque, en la fragua candente de los acontecimientos — no desmereció al pensador este soldado de visera levantada, que siguió fiel al principismo de su brújula en medio de las confusiones del combate; porque si algo completa con contornos magistrales la silueta moral de Juan Carlos Gómez, es la armonía, es la concomitancia inalterable entre la palabra y la acción, que la subraya con el valor de la lucha y el sacrificio.

Se dedica entonces por un tiempo a su profesión, embarcándose en 1855 para Europa, de donde regresa a Buenos Aires, después de una corta estada de seis meses.

Antes de abandonar la patria destacaremos un gesto, que revela una vez más el desinterés y los escrúpulos puritanos de este patriota que atesoraba la superioridad de tantas virtudes e hidalguías. Habiendo una vacante en el Superior Tribunal de Justicia, la Asamblea lo elige por una gran mayoría sobre los otros candidatos, entre los que había jurisconsultos de nota; Juan Carlos Gómez renuncia el cargo, por no llenar, decía, las condiciones que marca la Constitución; ésta exige cuatro años de vida profesional y él se apresuraba a hacer constar que tenía dos solamente. ¡Deli-

cadezas sin precedentes, sobre todo en aquellas épocas, y que dispensan todo comentario!

A su regreso de Europa, tuvo que afrontar un duelo en Buenos Aires, que, por las circunstancias tan especiales que lo rodearon, fué el episodio más comentado de aquella vida, que con sus destierros, sus alternativas políticas, sus versos y sus amores, ya tenía en el comentario público los misterios sugestivos de la leyenda... Escribía Juan Carlos Gómez en "La Tribuna", en un momento en que el ambiente estaba caldeado y las pasiones exaltadas al calor de las polémicas que, militando en las mismas filas, sostenía junto con Mitre, Sarmiento, López, Vélez y otros.

Un periodista que llegaba de París precedido de una gran fama de espadachín y de tirador, el doctor Calvo, se había propuesto provocar a este grupo ilustre, que él llamaba "la pandilla" y de quienes la posteridad dice "que era una generación nacida colectivamente para la gloria".

Con motivo de las ofensas groseras que éste les infiriera en un artículo, Gómez lo refuta con tal altura, pero tan magistralmente, en un suelto llamado "El terror del florete", que su contrincante, enardecido y destrozado, no tiene otra respuesta que la provocación brutal. Decía Gómez en este artículo que nada le infundía más desprecio que el honor y el valor de los espadachines, que Sarmiento y sus demás compañeros no eran unos cobardes como él afirmaba, puesto que habían tenido un valor más alto que el de los espadachines, y que era todo un timbre de altivez ciudadana, exponiendo su vida durante infinidad de años en una lucha valiente contra la tiranía, y que, en cambio, el doctor Calvo mostraba todo un ejemplo de cobardía, provocando, sin beneficio para el país, movido por la más repugnante de las vanidades, a personas que sabía ignoraban el manejo de las armas.

Calvo le dirige entonces una carta diciéndole que le concedía inteligencia pero no valor y para demostrarle que no quería valerse de su superioridad en las armas, le invitaba a un lance en que se cargara una pistola y otra no, sorteándose cuál correspondería a cada uno.

Gómez contesta que no era su costumbre desafiar, pero que tampoco acostumbraba a rechazar los desafíos, por lo cual aceptaba el lance, que se verificó dentro de estas condiciones.

Cuando a la tercer palmada del director del lance, el doctor Calvo hizo fuego sobre Gómez, éste, todavía, no había disparado su pistola, dirigiendo, luego, su tiro al aire, exclamando la célebre frase, a las insistencias de su contrincante, para que le apuntara: "que le podían obligar venir a morir, pero no a matar".

Aquel espíritu que, ansioso de conquistas nuevas, educaba las conciencias debatiéndose en las luchas del pensamiento, también educaba abatiendo el matonismo, con la nobleza de gestos magnánimos, que lo consagraban generoso y caballero hasta en los dinteles supremos de la muerte.

Los acontecimientos nos lo mostrarán en seguida blasonándose, como en Chile, con nuevas pruebas de virtud, condición que, junto al amor a la lucha y su tendencia al bien, irradian simpatía en todas sus acciones.

Después de concluir una campaña electoral, con el triunfo de su partido en la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, decide volver a Montevideo en 1857, en un momento en que todos huían de la ciudad, presa de una epidemia de fiebre amarilla.

Inútil son las proposiciones ventajosas de sus compañeros de luchas, que querían conservar a su lado a

colaborador tan eminente y que querían que participara, con justicia, del triunfo bravamente conquistado.

"Cumplí mi compromiso, dice, contraído con mi propia conciencia y obedezco a otro deber de mi conciencia. Mis amigos quieren darme derechos en su triunfo, yo los agradezco, que si es permitido renunciar los derechos, no es permitido a un hombre de bien renunciar los deberes.

"Si hubiéramos sido derrotados, quizás quedara a vuestro lado, pero en el dilema de elegir entre gozar de una situación triunfante o ir a mi patria, no cabe duda posible, mi puesto está al lado de los que sufren y de los que mueren".

"Golpea tu corazón que en él está tu genio", dice Stuart Mill, y convengamos que este escritor de pluma genial — que se defendía resonante como un escudo de combate — era un genio moral cuando escuchaba las voces de su sentimiento, cuando cerraba sus oídos a las consagraciones triunfales de los clarines victoriosos, para ir a donde todos huían a desafiar el blanco sudario de la muerte, cuidando a su pueblo de sus dolores y sus llagas, como lo defendiera antaño y siempre de sus extravíos y de los enconos, que tantas veces lo arrastraron a las encrucijadas sombrías, donde se cae y donde se mata.

Después de formar parte de una Sociedad de Beneficencia, donde dejó bien sentado su altruísmo, asumió la dirección de "El Nacional", donde hizo una gran campaña sanitaria y se mezcló con entusiasmo y con el patriotismo de siempre en las luchas políticas de la época, que se presentaba erizada de dificultades y pasiones.

Cuenta Angel Floro Costa, que entonces era su escribiente, que en los momentos de gran expectativa le dictaba los editoriales ante más de cien personas, veteranos de la Defensa y de las más altas jerarquías,

que seguían sus normas, escuchando fascinados, sintiendo verdadero culto por la elocuencia arrobadora del apóstol, que en ese momento, como nunca, le era aplicable el juicio de Varela, de que era un león con alma de poeta.

Aquellas escenas, en que los prestigios del tribuno se agigantaban ante las figuras consulares, eran comparables al respeto que los generales viejos y veteranos tenían por Napoleón, general de 25 años, en la campaña de Italia.

Su hábito de dictar los editoriales, revelaba su tendencia a la oratoria, en que brillaba por la elegancia de la frase, por la profundidad de la idea, por su voz y su *posse* tribunicia, realzadas por una feliz memoria, que nunca le hizo recurrir al papel, sumado todo a una subjetividad refinadísima, en que surgía el poeta adueñándose de las almas.

Luchó en esa época, atacando el tratado con el Brasil y por la verdad electoral; "no queremos gobierno de partido, decía, queremos gobierno de instituciones, de libertad, de garantías, que afianzen a ambos el patrocinio de la ley y la justicia".

En ese año, el 1857, siendo Presidente Gabriel Pereira, se presenta un día un comisario en la casa de Gómez, pidiéndole lo acompañara a la Jefatura; lo encierran en un calabozo, con los mazorqueros de reputación más nefasta, enviándolo de allí a un barco que zarpa en seguida para Buenos Aires, donde lo destierran sin proceso de ninguna clase.

Al ciudadano noble, que desdeñaba los halagos de una posición feliz en el extranjero, para servir a su pueblo en los momentos de infortunio y de desastre, se le negaba el derecho de vivir donde nació.

En Buenos Aires escribe en "El Nacional", que abandona al poco tiempo, retirándose del periodismo activo por espacio de veinte años.

Durante ese período sostuvo muchas polémicas, con los primeros hombres de su época, algunos sus amigos más íntimos, y que eran comentadas en ambas orillas del Plata; pues no hubo en su tiempo ningún periodista que despertara más interés.

Entre ellas se destacan las sostenidas con el general Mitre, Pedro Goyena, José Pedro Ramírez, Manuel Herrera y Obes, Alejandro Magariños Cervantes y Mateo Magariños Cervantes, que terminaba su refutación diciéndole, que no obstante sus ideas contrarias, él votaríalo para Presidente de la República, rindiendo así homenaje al concepto honroso que le merecía.

Con motivo de un discurso de Sarmiento en la Cámara sobre delitos de imprenta, Gómez publica un artículo, enrostrándole su ingratitud para el periodismo y atacándole rudamente. Sarmiento contesta en forma no menos enérgica y termina su réplica en manera que difícilmente habrá repetido en otra ocasión aquel titán formidable de la polémica. Pídele a Gómez que no le conteste, "que así ganará la fama que le falta, de sufrir con nobleza una mortificación y conservará el afecto de quien no puede dejar de ser su amigo".

Otras de las manifestaciones en que sobresalió su talento, fué en su profesión de abogado. Dice Luis Melián Lafinur, que si su amor a la libertad y su vocación al periodismo no le hubieran convertido en el primer periodista de la América Española apartándole de su carrera, hubiera sido el jurisconsulto más eminente de su tiempo, pues superaba en muchas condiciones a los que más tarde consagró la fama.

Al citar este nombre de Melián Lafinur quiero rendir justicia a su obra sobre Juan Carlos Gómez, que es un estudio fundamental, del que he sacado muchos datos para esta conversación, y considero el más hermoso esfuerzo que se haya hecho en su glorificación.

Célebres fueron sus informes *in voce*, que tan opor-

tuno campo brindaban a su elocuencia, que salió victoriosa de contrincantes tan temibles como Manuel Quintana, que tan brillantemente destacó su nombre en la oratoria argentina.

Como obra de aliento, proyectó, en colaboración con Juan A. García, un Código de Procedimientos, por orden del Gobierno de Buenos Aires, que sirvió de antecedente para el vigente. Era muy versado en letras, estando al corriente de toda la producción europea de su tiempo, para lo cual lo ayudaba su posesión del francés, el inglés, el latín, el italiano y el portugués.

Marcó rumbos a la literatura de su época y se distinguió como el primero de nuestros líricos, por su sinceridad e inspiración.

En este largo exilio que había de prolongarse hasta 20 años después de su muerte, le llega un ofrecimiento, en el Gobierno de Gomensoro, para confiarle una misión a Italia, que con todo desinterés rechaza, por considerar insignificante el servicio que prestaría a su patria.

Vuelve más tarde a empuñar su pluma de periodista en la Dirección de "El Nacional", sosteniendo la candidatura de Sarmiento, alternando estas actividades con una vida social intensa, ejercida desde el Club Progreso, el primer centro de su época, que presidió diez años seguidos, dejando su fama de hombre de salón, de *causseur* exquisito, que realzaba los encantos de su gran cultura y refinamiento de espíritu, con la curiosidad aromada de misterio, que le daba sus conquistas y sus amores, su vida de desterrado y de poeta.

En su ancianidad, premian su erudición, nombrándolo profesor de Filosofía de Derecho, en la Facultad de Buenos Aires, pero los achaques de un reumatismo y una arterioesclerosis que avanzaba no le permiten

cumplir como quisiera y como esto no se aviniera con sus escrúpulos, renunció al poco tiempo.

Pero hay un aspecto de la vida de Gómez, el más discutido, el más impopular, que no debemos silenciar y fueron sus ideas anexionistas.

Hay en la apreciación de esta propaganda, una verdadera falsedad; él no era partidario de que se fundiera la soberanía uruguaya en la República Argentina; él quería reconstruir el Virreynato del Río de la Plata, formar lo que él llamaba la "Patria Grande", a base de mutuas concesiones, exigiendo, en primer término, que la Capital fuera Montevideo y que esta idea no pudiera realizarse sin antes someterla a un plebiscito nacional.

De manera que todo su pecado se reducía a haber concebido un proyecto, que humildemente presentaba a la consideración de sus conciudadanos.

Juzgado con el criterio de nuestros días, en que el nombre de uruguayo es más que una conquista ratificada en 95 años de independencia; en que el nombre de uruguayo lo llevamos como un título de orgullo, es un profundo error que mueve nuestra antipatía; pero no olvidemos que los acontecimientos hay que juzgarlos dentro del tiempo en que se desarrollaron y no olvidemos entonces las sombras que se cernían sobre el cielo de la patria y, sobre todo, que anexionista fué Artigas en las Instrucciones del año 13, anexionista fué Lavalleja en la campaña libertadora de los "33", y anexionista fué el Congreso de la Florida de 1825; sólo así comprenderemos que si hubo error, que otros también participaron, no existió nunca, como se ha querido señalar, una apostasía, ni una traición.

Si hubiera vivido más tiempo este patriota denodado y tuviera la felicidad de contemplar mejores horizontes para su tierra, él desistiría de su quimera, él también hubiera sentido el arrullo de la esperanza, él

también hubiera sentido la satisfacción de ser libre y el honor de ser oriental.

Se llegó a decir que era un vendido al oro porteño y para refutar esta calumnia sacrílega apelemos a la elocuencia lacónica de los hechos. En 1877 se le ofrece un puesto, que equivale a la consagración definitiva para cualquier intelectual: se trata del cargo de Rector de la Universidad de Buenos Aires, que dejaba vacante la figura prestigiosa de Vicente Fidel López. Juan Carlos Gómez lo renuncia, porque se necesitaba para desempeñarlo ser ciudadano argentino y él quería pertenecer al Uruguay hasta el fin, corriendo todos sus dolores e infortunios, hasta quedarse solo en la playa, aterido y desnudo.

¡El que acusaban de apóstata renunciaba sus derechos en un país a cuya organización política había contribuído con sus hijos más ilustres, por temor de perderlos en su tierra!

Sus últimos años fueron tristes, más tristes que toda su vida, lo que hacía decir a Zorrilla de San Martín, que desde tiempos antes se sentía con sueño de morir, que la sangre se marchitaba en el árbol de su vida y que "su corazón, que era tan grande, estaba muerto por algunas partes".

El 25 de mayo de 1884 muere en Buenos Aires, sin que se diera cumplimiento a su pedido "de que se echaran sus cenizas al viento", formulado quizá en el deseo de que sus huesos terminaran sin patria como su vida. Muchos fueron los oradores que despidieron sus restos: Juan Carlos Blanco y Herrero Espinosa, por el Uruguay; por la Argentina, varios, entre los que recordamos a Sarmiento, a Mitre, que decía que debía fundírsele una estatua con los tipos de las imprentas de tres repúblicas, y Lucio Vicente López, que quería pa-

ra aquella tumba el epitafio de que: "aquí yace el último gentilhombre".

Recién en 1905 el Club "Vida Nueva", en medio de una apoteosis nacional, y con todos los honores oficiales, reintegró a la patria los restos de este varón ilustre, a quien la Argentina rindió homenaje, enviándolos en un barco de guerra, y Chile abriendo las puertas de su Ateneo para glorificarlo.

Quede, en resumen, que la de Juan Carlos Gómez fué una vida útil, por el patriotismo de sus ideales, por el sacrificio de su acción y por la nobleza de sus virtudes.

En el periodismo fué un heraldo de la libertad, sueño que lo independizaba del prejuicio y de la rutina, de la ambición y del fanatismo, y cuya semilla fecunda arrojó a todos los vientos como el sembrador hasta el atardecer.

Sus frases no eran sólo el vaso cincelado y vacío, sino que engarzaba en él, como una flor, la nobleza de la idea, pulida en facetas lucientes que le aseguraban la perennidad del recuerdo; en sus palabras había todas las elegancias del estilo, el nervio pujante del acero, el calor de la llama y la sonoridad recia del hierro y, sobre todo, como gesto de sinceridad, el acento vidente y la mística unción de los apóstoles y de los profetas.

Si hubiera vivido en 1810, hubiera sido un héroe de la Independencia; pero nació cuando el block de la nacionalidad surgía a flor de tierra, libre en la llanura, bajo el azote de los vientos adversos, y como era tarde para empuñar la espada libertadora, como los forjadores, como los artífices de patria, empuñó la pluma como buril y la hundió en los idealismos del alma de su pueblo, cual si fuera en el granito de sus canteras, para esculpir como en un monumento la fisonomía de la patria grande.

Para hacer más fuerte la simpatía, destaquemos, una vez más, junto a su grandeza moral, sus amarguras y sus infortunios.

Todos sus compañeros, menos él, Montt, Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Alberdi, sintieron sobre su frente, en un momento dado, el bronce consagratorio de los triunfos.

Como esos faros que en medio del mar aclaran con sus luces las lejanías, para orientar a los que transitan en el piélago inmenso, que alumbran todo, mientras dejan a oscuras, anónimo, sin una gota de luz, el brazo de piedra que lo yergue, el torreón altivo, para el que están reservadas todas las furias de las tormentas y los embates de las olas; así también Juan Carlos Gómez irradió por el vasto escenario de sus luchas, todas las luces geniales de su pluma, para señalar a los pueblos la ruta de sus mejores destinos, mientras dejaba en el olvido y en las sombras, el brazo fuerte que la esgrimía, lo mismo que el faro en alta mar al brazo de piedra que lo sostiene.

Por querer la libertad para su tierra, fué desterrado y murió en el exilio como los héroes antiguos; pero la patria no la constituye una sola generación, como a su historia no la escribe una sola jornada: para vencer el olvido y entrar a la posteridad es necesario que a las apoteosis las ratifiquen los labios de varias generaciones; y a este espíritu esclarecido, después de descansar 20 años en tierra hermana, a este espíritu superior, tan negado y calumniado en vida, fueron en peregrinaje de reparación, a buscar después de muerto, para guardar sus cenizas en el panteón de nuestras glorias nacionales, y ahora, en el centenario de su natalicio, aún nos congrega en la hermandad de su culto, en el deleite de rastrear sus huellas aleccionadoras; pasaron cien años y su espíritu aún perdura en los recuerdos de sus virtudes, como esas estrellas, que ya

extinguidas, persisten en el rayo de luz que aclara los espacios...

Recuerdo haber leído en el Gran Palais de París, durante la guerra, en una ceremonia en que se condecoraba a los soldados heroicos, escrito con grandes letras el pensamiento del coronel Charras: "que la patria es como una madre, a ella le debemos todo, ella no nos debe nunca nada".

Cuando querramos poner de esto un ejemplo, acordémosnos de Juan Carlos Gómez, que lo cumplió con tanto estoicismo en los azares de su vida; pero no le evoquemos con la frialdad de las cosas que no nos conmueven, sino con el entusiasmo que tenga un algo de sahumerio de gloria y sintamos nosotros que somos la continuación de la patria a través de los años, que debemos algo a los que la honraron, y arranquemos las flores de la justicia, que ondean gallardas en el surco del tiempo, para coronar paganamente, como a un busto griego, su frente de patriota y de proscripto, de pensador y de obrero, de apóstol y de poeta.

CÉSAR G. GUTIÉRREZ.

Salto.

A JUANA DE IBARBOUROU

Amor halló, por fin, luz de palabras
en el verso que labras,
Poetisa.
Ese oscuro sentir, allí se irisa
y lumbre policroma patentiza.
Por él, tu verso grita cual obseso;
convierte en flor azul... morada... gualda...
el suspiro; y transmuta en sangre el beso,
—en rauda sangre rutilante y calda.
Del abrazo, hace un cíngulo que exprime
la vida en mil ventosas, y que oprime
cual oprime el del pulpo: hasta la muerte...
(¡Oh, si la Muerte amara de tal suerte!)
Egregia:
tus nervios son las cuerdas donde arpegia
Amor, su acento en música inaudita
desde los siglos cuando Sulamita,
desdeñando la púrpura y marfiles
mercenarios, como abalorios viles,
por él clamaba: por el vero amor,
(afinidad sublime), del Pastor;
desde cuando la moza de Sulem,
despreciando el soborno del Harem:
a las caricias del zagal, ardientes
más que el vino,
su piel guardaba, tibia y con orientes
de plumas de palomo

y perfumes de nardo, de canela,
de mirra y cinamomo;
y el cuello, — Torre de David, — divino,
y los senos, mellizos de gacela
en un prado de lirios: sólo a él,
por quien sus labios destilaban miel...

Pero, también, amor mucho más grande
desde tu alma ubérrima se expande;
el Amor, Pan-Amor, uno y diverso,
ritmo y razón vital del Universo:
que constela los astros en familias,
les traza jerarquías y deberes
y les regula turnos de vigilias,
como si gobernase a humanos seres;
y a las hormigas míseras congrega
para proficua brega...
El que inmedible incendio es en el Sol,
y es brasa mortecina en el farol
tibio de la luciérnaga silvana;
y, en el fruto maduro, es oro y grana;
grito en la fiera, y, en el ave, canto;
y en nuestros corazones, risa y llanto...

Porque, en ti, vive amor de tal linaje,
en cada objeto hermano, — si pudieras —
en cada objeto hermano, te volvieras:
brizna de hierba, y árbol, y boscaje;
pájaro, insecto, gota de rocío,
astro errante, pulvérula; navío
sin timonel, en mares sin fronteras;
cirrus y stratus cándidos; salvaje
alarido del viento;
y ¡quién sabe si aliento,
también, quisieras ser — ¡oh Museída! —
a la vez, de ultra-Muerte y ultra-Vida!...

Así, tú eres
elegida entre todas las mujeres;
y, en el lírico bosque, favorita.
Si, para ti, la vida es un palacio
que te recluye — como a Sulamita
el ávido jardín de Salomón—:
añorando, libérrima, el Espacio,
tú exhalas, anhelante, por las rejas
sordas de la prisión,
tu reclamo de tórtola, tus quejas
de ave cautiva...
...Tu sed de más allá, flotando dejas
en claros cánticos de fuente viva...



¡Dijéranse de carne las palabras,
Poetisa, en el verso que tu labras!...

JULIO LERENA JUANICÓ.

NOTAS

De una lejanísima tragedia...

Segura — en su fe — de que hay otro mundo donde se encuentran las almas, cerró definitivamente los ojos anteayer, para ir a reunirse con su marido—su amor — del que había sido separada trágicamente desde casi medio siglo, doña Laura Viera de del Castillo. De la casa vieja de la calle Ejido, donde "parecía que el marido estaba sólo ausente e iba a volver cualquier momento", según ella misma decía, y según la intensidad con que el marido vivía en el recuerdo, salió ayer para el cementerio el despojo mortal de esta mujer, — bella mujer otrora, — sobre quien pesó el peso inmenso de una de nuestras tragedias políticas, no por olvidada menos horrenda.

La señora doña Laura Viera era viuda, desde 1875, del coronel Romualdo del Castillo, Jefe del Batallón 2.º de Cazadores, asesinado en Paysandú, pocos días antes del motín del 15 de Enero, por los elementos de presa que venían preparando aquel fatal atentado contra las instituciones...

Era un hombre de frente despejada, ojos dominadores, un poco abiertos tal vez, con un cabello rebelde, ensortijado y echado atrás. Era un militar todo valor y pundonor, — columna del gobierno, — contra quien, como contra el comandante Lallemand, se habían estrellado los trabajos de los que conspiraban para derribar la autoridad constitucional del Presidente Ellauri.

Había servido con brillo bajo las banderas cruzadas de Flores, en el infierno de la campaña del Paraguay, contra los revolucionarios del 70.

Destacado en Paysandú, con su batallón, los conspiradores, incapaces de reducirlo, lo hicieron asesinar, una tarde, por unos soldados: pocos días después, estalló aquí el motín y la sumaria investigación para hallar a los asesinos quedó, naturalmente, interrumpida.

No se necesitó llevarla adelante tampoco: la opinión señaló a los instigadores y a los cómplices: poco después — además — comenzaron a caer otros, también apuñaleados, y las heridas mostraban una misma medida en el puñal...

Herido por la espalda, al llegar a la puerta de su casa, el comandante Castillo cayó en brazos de su joven esposa — recién casada — y en sus brazos, literalmente, murió allí mismo.

Doña Laura conoció a los ejecutores materiales del crimen, y supo cómo los instigadores los fueron haciendo desaparecer; halló muchas veces en su camino al intermediario más cercano a aquellos bandidos y bajó la cabeza con horror.

Sólo después de muerto, me dijo una ocasión:

—¡Dios lo haya perdonado!

Truncada la felicidad de aquella pareja enamorada, doña Laura Viera hizo durante medio siglo un culto fervoroso de su dolor y de su amor.

Y aunque yo no creo que una viuda haya de hacer arakiri sobre el cadáver de su esposo — o echarse a la hoguera funeraria como una india de Indostán; — ni creo, tampoco, que un nuevo amor no pueda florecer en un viejo campo de dolor, reverencié siempre este amor y este dolor hermanados tan intensamente en doña Laura Viera, porque al fin y al cabo más fácil y general es casarse dos o tres veces...

Rodolfo Costa

Cuando hace dos semanas los médicos abrieron — como en una autopsia — el cuerpo de Rodolfo Costa, no había un órgano esencial de aquella forma humana que no estuviera en falla.

Viejo a los 53 años — una ruina — aguantó como pudo y costándole quién sabe qué sufrires, la última campaña política, tan reñida como suelen ser las lides de la índole en la tierra ríograndense, que era la suya,—para venir, al fin, a morir en Montevideo, el viernes 13 de mayo, con el consuelo — eso sí — de haber oído — apenas ya — la noticia de que habían triunfado los suyos.

Rodolfo Costa fué periodista y, entiéndase bien, periodista — no imprentero, — y, todavía, periodista, a mil leguas de los que usan y se galardonean con ese nombre...

Tuvo y sostuvo un periódico. Y a su periódico sacrificó todo.

Una vez, dos veces, veinte veces, siempre, pasando por las más negras penurias administrativas, se negó a insertar un aviso en la primera página de su diario, aunque el interesado repitiera: —"Pida lo que quiera, pero publíquelo".

—Los avisos, señor, son cosa de comercio, y eso no puede ir en primera página...

•

Llegó a suspender — muchas noches — la luz en su hogar — donde habían una mujer y doce hijos que, como él, se acostaban y se levantaban con el sol, — pero el diario no suspendió nunca la salida.

•

Así fué Rodolfo Costa, y así vivió y murió... *periodista.*

J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA.

NOCHE DE LLUVIA

Las once. En mi regazo, y en cerrado volumen,
Cantan, en castellano, poemas de Verlaine.
En misteriosos lagos ideales y en
Quiméricos espacios mis anhelos se sumen.

Dulce lámpara, apágate. Ya no quiero leer.
Es propicia esta noche lluviosa a la añoranza.
"El canto de la lluvia", que dice la romanza,
Mecerá mis ensueños con su lento caer.

...Como un grano de incienso tu recuerdo me aroma!
Tu alma clara a la puerta de mi memoria asoma,
Llena de ofrenda, llena de fe y de caridad.

Y en la santa quietud de la hora nocturna,
No se duele ni llora mi alma taciturna:
Sólo siente, muy nítidamente, su orfandad.

ROSA GARCÍA COSTA.

Saladillo.

EL ALMA DE LAS COSAS

Dice el clarín

Aunque os parezca presuntuoso brillando como el oro y luciendo un cordón purpúreo, no me condenéis sin oirme primero; si no es fundado mi orgullo, relegadme al desprecio, o de otra suerte admiradme.

Mi temperamento, por lo regular, es alegre, hasta tal punto que mi voz conforta el espíritu. A la hora del crepúsculo matutino sé ahuyentar el sueño que pesa sobre los párpados, y al descender la tarde, al toque de la oración, mi voz semeja un salmo que invita a la meditación y al recogimiento y hace pensar en el misterio que envuelve las cosas...

He aquí las dos características de mi idiosincrasia; río con el alba, lloro con el crepúsculo.

En los días de duelo nacional soy solemne llevando el diapasón de las marchas fúnebres; entonces parece que mis notas sollozan por un dolor irreparable, y todas las cabezas se descubren a mi paso.

Sé cantar y sé reir como los seres que tienen alma; luego puedo vanagloriarme de poseerla, y así como hay momentos en que las almas rugen, yo también tengo mis horas de tempestad, y durante ellas, siembro en torno mío la desolación.

Tal ocurre en los tristes días en que los hombres se olvidan de que son hermanos. Entonces, al escuchar mi voz, se enardecen los corazones, se crispan las manos que empuñan armas homicidas, y se nublan los ojos.

Yo ordeno el asalto, y los hombres marchan ciegamente hacia la muerte, corren ríos de sangre, y sobre los ayes de los moribundos, sobre los gritos de maldición, se eleva mi voz, estridente, poderosa...

Luego, cuando el cansancio rinde a los combatientes o cuando unos han obtenido su sangriento triunfo sobre los otros, dejo oir un sonido sordo, quejumbroso, que cubre, como un velo de sombras, un cuadro de horror y de muerte. ¡Es el toque de retirada!

Ya véis que mi alma posee todos los registros y que es capaz de vibrar al unísono con el alma humana.

¿Creéis ahora que no tengo motivos en qué fundar mi orgullo?

La bandera

Soy el símbolo de algo que los hombres miran como sagrado: la Patria.

Al verme tremolar en lejanas tierras algunos evocan un pedazo del suelo querido, ríos cuyas aguas les son familiares, bosques cuyo aliento conocen, montañas que han escalado palmo a palmo ó simples cabañas que cobijaron los sueños de una serena niñez.

Inflamo en amor una comarca, a determinado número de individuos, pero soy el sudario de la patria universal.

Cuando todos los hombres practiquen la doctrina de Cristo, cuando sean verdaderos hermanos, yo no existiré.

La tierra será entonces un patrimonio común, las innumerables lenguas se refundirán en un solo idioma, cadena de flores que unirá a todos los pueblos y cuyo primer eslabón dirá: *Amor* y el último: *Caridad.*

¡Que brille el sol de ese día aunque yo deba yacer luego en la sombra y se ahorrarán muchas lágrimas y mucha sangre!

Sacrifico gustosa mi orgullo en homenaje a ese ideal de confraternidad humana.

Hoy la palabra *Patriotismo* se antepone a todo; mañana, si ese mañana llega, no habrá más que una palabra verdaderamente prestigiosa, que estará en todos los labios y será: *Amor*.

Y al escucharla, creeremos oir resucitar la voz de aquel sublime predicador de Galilea que dijo a sus discípulos el Verbo supremo, cuyo eco conservarán perpetuamente los valles, los precipicios, las montañas, hasta que él llegue a refugiarse en el corazón del hombre.

En memoria, pues, del Mártir del Gólgota, yo formulo mi voto para que la humanidad me trueque por este símbolo precioso: la *Cruz*.

La careta

Los hombres se acuerdan de mí una vez al año, los breves días que ellos consagran al olvido, a la divina locura de vivir sin frenos, ni convencionalismos.

Entonces la hipocresía y la farsa desaparecen ante mí, las lenguas se desatan parlanchinas, el rubor no tiene razón de ser y los humanos habitan por unos momentos en el Palacio de la Verdad.

Los aristócratas olvidan sus pergaminos y descuidan los refinamientos que constituyen el disfraz de su vida ordinaria, los plebeyos se figuran magnates y adoptan los desplantes y posturas que han observado en sus amos durante el año.

¡Qué hermoso es perder la noción de la realidad, aunque sea sólo por breves horas!

Así exclaman los que transfigurados, ebrios de entusiasmo me llevan por calles y plazas en uno de esos días consagrados al dios de la locura, ocultos los rostros, quizá severos y mustios, bajo la máscara que lleva estereotipada una sonrisa burlesca.

Por ello, no me sorprendería que un pensador se descubriera ante mí con respeto y me dijera al pasar: "Tú eres amable, careta, tú eres consoladora y te has conquistado un puesto en la inmortalidad".

La corona de los Czares

Los mortales se detienen a mirarme con envidia y yo les digo: Tenedme lástima.

¿Sabéis, acaso, el dolor que experimento al ceñir una frente indigna; no comprendéis que me avergüenzo de ello?

¡Oh, si yo pudiera irradiar sin sonrojarme! Pero es imposible, porque a veces me estremezco al sentirme salpicada por la sangre.

Reflejar el sol, símbolo de la libertad, y saber que se es imagen del oprobio y del despotismo, ver que empañan mi brillo muchas lágrimas, ¿no es esto doloroso?

Vosotros, aunque viváis atormentados durante el día, descansáis por la noche, el sueño consolador pone un paréntesis a vuestro infortunio; pero yo no puedo dormir; la soledad, el silencio, aguzan mi pensamiento y hacen que desfilen ante mí, infinitas visiones de pesadilla.

Veo el espectro del Hambre haciendo presa en muchos desdichados, contemplo manos amenazantes dirigidas al cielo, miro hijos separados de sus padres, jóvenes arrebatados del hogar que mueren lejos de los suyos. con las pupilas dilatadas por la fiebre, secas de tanto llorar.

Veo el fantasma de la Guerra segando a su paso muchas cabezas, que caen a tierra sangrientas, haciendo fértil el suelo para la venganza; contemplo a los esbirros marcando con hierro candente la frente de los esclavos; miro a la Libertad aherrojada, inmóvil, bajo el peso de gruesas cadenas, y el cielo, sobre mí,

aparece amenazador y sombrío.

No se ve a Dios; sólo brilla allí el mensajero de su cólera santa: el relámpago.

He aquí mi sueño, he aquí mi vida; podéis envidiarme ahora y trocar si queréis mis noches con las vuestras.

FERNANDO NEBEL ALVAREZ.

GLOSAS DEL MES

Los curanderos

La burbuja levantada en la curiosidad de las semanas últimas por la prisión de un curandero, justifica el destino de esta crónica. Adelantamos que el hábito del sujeto no agrega interés al caso.

El interés radica en la clientela numerosa y heterogénea que usaba, o usa, el específico de nombre seductor. Una clientela dilatada hacia los más lejanos términos de la República desde esta urbe capital; una clientela que ponía en el consultorio, tanto de joyas relumbronas como de vestimentas fatigadas; tantas gentes de espíritu afinado como patanes; tantos corazones estremecidos por desconocidas ansias, como corazones hartos de saber lo que sucederá.

Dijo Renán que si algo consentía apreciar las medidas de lo infinito, era la zoncera humana. Vasto dominio tenía entonces nuestro curandero, pues abarcando esa cualidad de la humana inteligencia tan grande ámbito, ¡cómo ahí dentro no cabrían gentes de todas las clases!

*

Pero todos han sido violentados privándolos del potingue caro a su salud; todos ven reducida su libertad, porque ya no pueden aprovechar plácidamente del taumaturgo, cuya fascinación, o sepa Dios qué artes, cuadraba tanto a su disposición anímica.

Pues creemos que el mal de cuantos venían de diversos puntos de la República a dejar sus patacones,

lo mismo que el mal de cuantos aquí en la ciudad tenían el cura a la mano, era mal del espíritu, resonancias nerviosas, cuya etiología confusa, en realidad, no corresponde a médicos.

Por la especial naturaleza de esos males, por la muchedumbre que demostró padecerlos y haber menester el brevaje hechicero, nosotros pedimos que se reintegre el cura a la plenitud de su ejercicio, devolviéndosele correspondencia, frascos y reliquias.

•

Será eso más práctico y humano que echarse a prestigiar la medicina con medios coercitivos. Hay situaciones de educación y de instrucción que constituyen verdaderos climas hostiles para la ciencia.

Se nos viene a la pluma aquella aguda nota que Remy de Gourmont dedicó en el "Mercurio de Francia" (marzo de 1898), a cierto médico francés que debió ocultar su título, y echárselas de curandero avispado, para crearse una situación a la que su labor intelectual le daba derechos. Fué metido en la cárcel, en la que su pergamino le valió para algo por primera vez. Y decía el sabio comentarista, que el hombre temblaba de que se descubriera la verdadera condición suya de *legitime guerisseur.*

Esto mide exactamente una situación universal.

Y mientras no se logre aclarar las inteligencias para que en ellas la razón pueda influir algo sobre la fe, ha de consentirse a los curanderos, con sotana o sin ella, que hagan de las suyas.

•

Pero, eso sí, se les debe tarifar, o imponérseles contribuciones relativas a sus beneficios, para que el producto de la tontería humana beneficie a su redención.

Además, para que esos señores curanderos, que ig-

noran cuán difícil es la ciencia, cuán tenebrosos y enmarañados los caminos por donde se busca la verdad, que ignoran cuánto más oscura que esos mismos caminos es la vida, y que ignoran también cuán enigmática es toda enfermedad; para que esos señores curanderos, irresponsables de alma, sufran la única disciplina que puede serles dolorosa, la de achicarles la pecunia.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La Fuente Inagotable.—Por Arturo S. Silva.—Montevideo.—1921.

El autor—ya conocido ventajosamente como poeta—demuestra, con este libro, que es capaz no sólo de responder emocionalmente a los influjos de las cosas, sino también de analizar la vida en su aspecto psíquico y social.

Sin embargo, es su calidad de esteta la que más se destaca, por manera que el primor del estilo, la potencia expresiva, la agilidad del lenguaje, superan al concepto, al desarrollo y a la profundidad de la idea. Cosa, por otra parte, lógica, ya que no se ignora la juventud del autor y es sabido que—salvo circunstancias excepcionales—la inquietud primaveral es desordenada y gusta más cubrirse de rosas que usar el hábito ceniza de la meditación.

Hay, evidentemente, en "La Fuente Inagotable" un poco de anarquía, de vaguedad temática, de exceso floral, que conspiran contra sus valores efectivos; pero, con todo, el autor puede enorgullecerse de su obra que—también evidentemente—le dan derecho a ser colocado dentro del selecto grupo que en nuestro medio y en el extranjero, siguiendo la luminosa huella emersoniana, cultivan ese género literario-filosófico que constituye el ensayo.—**J. M. D.**

El Enemigo Común.—Por José S. Pica.—Buenos Aires.—1921.

La exposición de las ideas maximalistas ocupa uno de los lugares preferentes en el fárrago de papel escrito, que aumenta día a día, a pesar de la carestía del papel. Hemos de suponer que la mayoría de ellas son bien intencionadas, y creyéndolo así, hemos de alabar a este opúsculo, en que el autor—sin pretensiones de escritor seguramente—pretende llevar a las masas, junto con su indignación por las miserias del presente, su esperanza en un mundo social mejor organizado y más feliz.—**A. B.**

Sucinta historia de los Juegos Florales.—Discurso por Abraham Damiroz Peña.—San Salvador.—1920.

Mantenedor de los juegos florales celebrados en San Salvador el 12 de octubre de 1919, el señor Abraham Damiroz Peña nos ofrece, en su discurso, una reseña histórica de los juegos florales, hecha con todo amor y galanura. Desfilan en él las reuniones dominicales de

los trovadores de Tolosa en el jardín de la gaya ciencia, los amores de Clemencia Isaura y del trovador Renato, la muerte de éste en la guerra de los albigenses y el legado de Isaura para la perpetuación de los Juegos Florales y el cultivo de la poesía: todo el encanto de la Edad Media y del romance... Y es así que en nuestra época y en esa América Central, tan cercana de los yanquis, se aspira a imitar una institución cuyo encanto mayor es la leyenda.—**A. B.**

Vanidad.—Por Noel de Sara.—Buenos Aires.—1921.

El propio autor dice que su libro "es algo así como un glosario espiritual; una impresión jugosa recogida y depositada en confidencia sobre el papel, en momentos de lírico devaneo, del que nada espera, como no sea halagar esa migaja de vanidad que le ensombrece el alma".

La nobleza de la confesión ha tenido por efecto apaciguar la severidad de nuestra crítica. Porque si bien sus impresiones traducen las inquietudes de un soñador y de un hombre bueno, ellas no aciertan a hacerlo de una manera adecuada o completa, tal como una obra de arte lo requiere. Y sinceramente se lo decimos, porque sinceramente deseamos que, si reincide en el pecado de vanidad, sea el fruto de su pecado una obra artística.—**A. B.**

El golfo de Fonseca en el derecho político centroamericano.—Doctor Rodríguez González.—1918.—San Salvador.

Bizarro alegato es el contenido en este libro; admirable cuerpo de doctrinas en las que un justificado anhelo patriótico supo expresarse con gallarda energía; y supo argumentar con incomparable lógica, y con una erudición en la cual se adivinan rastros de muy prolija hermenéutica.

Se lee gustosamente: pues si bien vivimos tan separados, tierras y corazones, nos apasiona esa lucha de águilas. Contra el águila del Norte las viejas águilas romanas, pues no otra cosa que la esencia del viejo derecho romano es lo que anima esas brillantes páginas, cuyo anhelo se concreta en la anticuada y segura fórmula de Ulpiano, cuando dijo de la justicia "que era la firme y perpetua voluntad de atribuir a cada cual lo que le pertenece".—**E. S.**

Las mujeres cobardes.—Por Herminia C. Brumana.—"Novela de la juventud".—Buenos Aires.—1921.

Positivamente, no obstante su juventud, Herminia C. Brumana es ya un valor dentro de las letras argentinas y, creemos, con toda firmeza, que va a influir en el pensamiento de su patria, con sus breves artículos y sus novelas cortas, bastante más que algunos de esos escritores, engolados y presuntuosos, en que es pródigo el vecino país. No se concibe cómo una niña (pues la Brumana es sumamente joven), puede haber adquirido tan grande conocimiento de la vida. Se dijera que, lo que en otros es experiencia, poséelo ella por generación espontánea.

Herminia C. Brumana es, si no la mejor de las escritoras jóvenes de América, la más valiente. No se crea que empleamos la palabra valentía como sinónimo de desenfado, de rudeza o desgarro. Nada de eso: es la suya una pluma que no emplea palabras gruesas, detonantes, haciendo concesión al gusto plebeyo. La valentía de Herminia está en sus concepciones netamente rebeldes, en sus ideas que, pareciendo inmorales, sin duda, a los espíritus timoratos, a nosotros se nos antojan morales por excelencia, edificantemente morales, desde que tienen por amplio basamento el Bien.

Leer una página de Herminia C. Brumana es ratificar un concepto: "¡Qué falta hacía esta siembra, hecha por manos de mujer!" decimos admirados. Y se piensa en seguida en el consuelo que deben experimentar las pobres féminas constreñidas, las pobres víctimas de una bárbara organización, que aherroja a la mujer en la forma menos noble, más absurda, más inicua, tal vez porque la opresora maraña de leyes fué, pura y exclusivamente, tejida por los hombres.

"Las mujeres cobardes", aunque con contextura de novela, es un vehemente alegato, en el cual las frases detonantes y efectistas son sustituídas por esa hábil dinámica de los buenos cuentos. Y, aquí y acullá, esmaltando las frases que describen el accionar de los atormentados personajes, como gemas rutilantes, esplenden los conceptos valientes. ¿Por qué sacrificarse?... ¿Por qué ir al matrimonio sin amor?... ¿Por qué entregarse al primer hombre, cuando una muralla de hielo, de algo más frío aún, de incomprensión, se alza entre los corazones?... ¿Por qué no dejar al compañero indigno, que, en vez de halagos, prodiga las groserías, las befas, los golpes?...

¡La entraña fémínea es sagrada! ¡Hállase allí la vida esperando el milagro de la fecundación!

"Has pecado, pobre santa mujer—concluye la autora;—por buena, por débil, te has dejado violar tu entraña. No protestes ahora de Dios".

Esto, como se ve, es un magnífico grito de rebeldía. Y todo, tal como Herminia lo expresa, de un modo rotundo y firme, sin palabrerío, sin "pose", sin alharacas, humanamente, cordialmente, resulta de un efecto avasallador. Por eso intentamos decir antes que los escritos de esta joven van a influir en la concepción que, sobre la vida, tengan de aquí en adelante muchas mujeres argentinas. ¿Cómo escribe la Brumana? Con frases muy cortas y precisas, un estilo de esos que, perteneciendo a Leonardo Franck, nos parece admirable; pero que lo sigue un Soiza Reilly, y ya tiene el remoquete encima: periodista. Como si no fuera la mejor literatura la que con menos palabras dice más.—**V. A. S.**

"Los Momentos".—Poesías.—De Daniel de la Vega.—Santiago de Chile.—1918.

Alto poeta en verdad este Daniel de la Vega, de quien nada conocíamos...

"Los Momentos" consagran una personalidad y dicen de un poeta musical, espontáneo, claro, "fuertemente desnudo como el agua

y el viento''... Poeta que tiene las virtudes de los grandes poetas: poeta que no retuerce el pensamiento ni castiga la rima: poeta que canta su canción como el pájaro libre o como el cristalino manantial... Poeta, en fin, digno de Chile, tierra de altos poetas, de grandes montañas y de profundos mares...

Revisemos el libro:

''Los momentos eternos''.—Canta aquí un espíritu cristiano, dulcísimo, de rara naturalidad y fuerte temperamento. Los temas son subjetivos: dicen de la vida, del corazón, del amor, de las ansiedades eternas. El poeta es villaespesano en la dulzura, en la sonoridad, en la emotiva facilidad rítmica. Con frecuencia tiene ''la sencillez de un verso puro que nace como de casualidad''... A veces la dulcedumbre honda y el anhelo evangélico lo hermana con Rubén. Hay cierta ''Plegaria'' que evoca ''La Cartuja'' de Darío. Pero en todas partes resalta la naturalidad, el lirismo, la sencillez, esa misma sencillez a la que el poeta llama ''muchachuela de ojos tan bonitos, que juega con las ramas de los árboles y que al borde de los charcos más humildes se detiene un instante''...

''Los momentos serenos''.—El lirismo no decrece sino que se acentúa en esta segunda parte. ''Los momentos serenos'' definen la lírica pura de Daniel de la Vega, moderno pero no modernista, sencillo pero no simple, melancólico pero no tristón... Son las líneas arquitecturales en su más diáfana expresión y en su más noble harmonía. Rubén Darío y Santos Chocano se evocan de pasada. Con ambos tiene puntos de contacto: la imaginería romántica, la musicalidad sentimental, la intensa actividad lírica... Hay la misma alegría panteísta y la misma velada melancolía de Chocano y de Rubén... ''Yo tengo un gesto de duda y un toque crepuscular''...

''Los momentos íntimos''.—Son versos llenos de intimismo... Es complicado sin complicaciones, pudiéramos decir en paradoja. El modo cortado y breve favorece a la síntesis y a la emoción. Aquí se recuerda a Fernández Moreno, autor de ''Intermedio provinciano'' y de ''Ciudad''. No es influencia: es comunidad de lírica y de técnica.

''Los momentos líricos''.—En esta parte de su libro, Daniel de la Vega se posesiona de una alta y ancha dignidad de su rango. ''Del gratia vates'' casi épico, con exaltación y con orgullo define al poeta—''vastos milagros condensados en un hombre''. En las ''Odas germanas'', canta a la rubia y fuerte Alemania, exalta a Guillermo Emperador, proclama la posesión germánica de la Alsacia y la Lorena, se regocija por el medio millón ruso de Tannemberg y por Lieja vencida y Varsovia tomada y Francia deshecha... ''El feld-mariscal, fuerte, solo, pensaba. El águila de su casco elevaba su perfil imperial''. ''Cada vez que se grita el Deustschauld über Alles se hace más ancho el cielo para oir su clamor''... Poéticamente, un alto soplo impulsa estas canciones; pero es imposible separar la idea del verso, y aunque la realización es bella y fácil,

nuestro corazón americano rechaza con altivez tales pensamientos... Ni con la circunstancia flamígera de 1914 el poeta lograría convencernos de su actitud.

"Los momentos visionarios".—La desilusión anterior se amortigua poco a poco. El poeta ha vuelto a su subjetivismo y es más profundo y más noble. Canta a la materia en tercetos hermosos y sutiles, a la poesía en ritmos rubenianos, a los sueños en largos caminales visionarios bajo el toldo de los cielos, al viaje un poco arbitrario del mineral cósmico, al hombre primitivo pasando por el árbol florecido...

"Los momentos fugaces".—¿Carriego, acaso? ¿Luis C. López, quizás? ¿Pezoa Velis entonces? ¿Fernández Moreno otra vez?... Ninguno de ellos y todos ellos. Y hasta Rubén y Verlaine...

Daniel de la Vega reincide en la poesía de sus buenos momentos, y es emotivo, suave, tierno, sollozante, sin dejar de ser hondo, sintético, cromático... Se conoce que en alguna página el verso se escribió sobre la mesa de redacción para completar la galera de "Sociales", como hacía nuestro desdichado Federico Ferrando, o como alguna tarde, nosotros mismos, lo hicimos en aquel diario de provincias... "Quilqué. 3526 habitantes"... "Nuestras amarguras son literaturas"... "Encontraba simpático a Voltaire y se burlaba de don Juan Tenorio.—Gaspar tenía una mujer para el aseo de su dormitorio. — Más de algún literato lo juzgaba: ¡es un farsante este Gaspar!—Y él sacaba un cigarro Moriland y fumaba...—Tuvo un amor inmenso y lo dejó pasar"...

Como Chocano dice que "nació para conquistador". Como Fernández de Moreno canta al pueblo pequeño y triste, a la vecina del barrio, a la "veredita" solitaria... Como Pezoa Velis, tiene "alegre la ironía y triste el vino", glosando el verso becqueriano. Como el padre Verlaine se siente "delicado y enorme", y oye repiquetear la lluvia dentro del corazón, y enreda la visión de una mujer con una tarde callada y pluviosa... Acaso previendo las saetas de los sagitarios hace la salvedad de que sus versos son "suyos". "Mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso", con frase de Musset podíamos decirlo...

"Los momentos fraternales".—Aquí termina el libro. Se trata de hermosos medallones puestos en libros amigos. El penacho lírico se estremece de luz y de emoción. La espontaneidad se mantiene definitivamente.

Vario y fluyente, sentimental y sensitivo, pródigo y moderno, Daniel de la Vega podría muy bien ser ese poeta de que habla Cansinos Assens, "destinado a servir a las muchedumbres, en inagotables hornadas, el pan de la poesía, el buen pan, un poco moreno, que ama el pueblo".

... Porque, como él lo dice de Mauret Caamaño, "viajero del crepúsculo y la altura suya es la estrella, el alba y la canción"...—**T. M.**

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



JUNIO DE 1921

SUMARIO:

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO V.
N.° 36

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de Pegaso es inédito.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Manuel de **Castro**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Pedro **Figari**. — Emilio **Frugoni**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana de **Ibarbourou**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Raúl **Montero Bustamante**. — Adolfo **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodriguez**. -- Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pí**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Alberto **Zum Felde**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Avisos: Convencional

Montevideo (Uruguay)

El material de PEGASO es inédito.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 % hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.



La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCÍA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Junio de 1921. Núm. XXXVI — Año V.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

La muerte vuelve a hacer destellar el viejo escudo glorioso de este hombre, beluario formidable de nuestras contiendas políticas; y también artista, en un género de novela que, para gloria de nuestra literatura, no precisó más continuador.

Las contingencias de nuestra democracia encendieron su no común elocuencia, probaron los filos de su pluma de periodista combativo y, lógicamente, diéronle parte en nuestras guerras. Todo eso formó un aspecto extraordinario de su vida, por el estrépito de la actividad de su obra, y también por el estrépito de las discusiones que luego lo envolvieron. Ello es demasiado contemporáneo para atrevernos a juzgarlo: fué tan decisiva su influencia en cierta preñez de nuestra vida pública, a cuyos resultados estamos asistiendo, que no sería juicioso emitir opinión.

Pero, si no nos cuadra examinar aspectos políticos, habiendo muerto Acevedo Díaz sin un gesto de contricción, podemos deducir de su vida, para beneficio de la pintura de su carácter, que obró en sinceridad.

Podemos recordar también el mérito de sus campañas tribunicias, pues la crónica oral guarda aún el recuerdo de su oratoria bullente, ganando los espíritus en aquellas horas desdichadas para el país, del cual

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO, Gerente.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Junio de 1921. Núm. XXXVI — Año V.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

La muerte vuelve a hacer destellar el viejo escudo glorioso de este hombre, beluario formidable de nuestras contiendas políticas; y también artista, en un género de novela que, para gloria de nuestra literatura, no precisó más continuador.

Las contingencias de nuestra democracia encendieron su no común elocuencia, probaron los filos de su pluma de periodista combativo y, lógicamente, diéronle parte en nuestras guerras. Todo eso formó un aspecto extraordinario de su vida, por el estrépito de la actividad de su obra, y también por el estrépito de las discusiones que luego lo envolvieron. Ello es demasiado contemporáneo para atrevernos a juzgarlo: fué tan decisiva su influencia en cierta preñez de nuestra vida pública, a cuyos resultados estamos asistiendo, que no sería juicioso emitir opinión.

Pero, si no nos cuadra examinar aspectos políticos, habiendo muerto Acevedo Díaz sin un gesto de contricción, podemos deducir de su vida, para beneficio de la pintura de su carácter, que obró en sinceridad.

Podemos recordar también el mérito de sus campañas tribunicias, pues la crónica oral guarda aún el recuerdo de su oratoria bullente, ganando los espíritus en aquellas horas desdichadas para el país, del cual

fué este hombre un potísimo elemento de opinión. Y junto a sus campañas tribunicias, la periodística, más accesible al examen lento y acabado; con el cual, y ya desaparecido el interés de aquellas horas ardientes, en que su diario polarizó considerables energías cívicas, desaparecido aquel interés, dijimos, en la urgente construcción del diario, se encuentran tales análisis de la moral política de entonces, que por su factura precisa y galana, y por la hondura, exactitud y minuciosidad de las disecciones, podrían, justamente, vivir en libros de los que se destinan a registrar la vida de los pueblos.



Pero nos parece que la arista más sustantiva e imperecedera de esta vida bulliciosa, extinguida en el silencio, es su obra de novelista. El ciclo de libros en que relata la gesta de nuestra independencia, aunque lleva defectos comprensibles, encierra méritos que el tiempo va destacando y acreciendo, para alcanzarles categoría de obra maestra.

En las andanzas de su vida pudo codearse con gauchaje auténtico; quedaba de la gente de la epopeya que no desperdiciaba las patriadas, y Acevedo Díaz tuvo de sus labios y de sus obras, cuanto era menester para la labor que realizó. Ismael, Cuaró y Don Anacleto, las bizarras mujeres, fueron de su trato, de su intimidad.

Agréguese a esto la fortuna de haber conocido los campos vírgenes del erizamiento de alambrados y molinos de hierro; vírgenes de ferrovías; alcanzó intactos los montes, pues fué después que comenzaron las talas, cuyos cepejones prueban nuestra inmoderada miseria; vírgenes las blandas pasturas, regalo de innúmeras animalías.

Alcanzó los hombres y las tierras, las aguas corrien-

do por donde Dios las mandaba, las bestias y los montes... ¿Mas con eso, realizaría cualquiera su obra? No, que era menester aquella clara inteligencia y aquel hondo corazón, donde todo lo visto y oído se contenía y aposaba; era menester aquel fino entendimiento, cuya sutileza ponía orden en el vértigo de las sensaciones, decantándolas, a fin de que el relato posterior no se cargara de inútiles chirimbolos, conservando la realidad y nerviosidad necesarias. Sin embargo, alguna vez los defectos de la escuela (aquella época romántica) asomaron como biznagas moteando el oro unánime de un trigal; en los escritos de la última época un estilo macizo dificultaba, muchas veces, la movilidad requerida.

Pero hasta "Grito de Gloria", sus libros tuvieron vigor y belleza bien equivalentes a la epopeya que revivieron, y a los tiempos y héroes que evocaron. Con esto queda hecho el elogio más grande que podemos sintetizar: el artista fué digno de la epopeya.



Por la prensa diaria se conoce su voluntad de querer dormir su último sueño en aquella tierra argentina.

Viejo maestro, hecho de bronce: ¿cediste a virulencias remotas, o temes encontrarte sólo aquí, sin tu Ismael, sin Cuaró, sin los otros de la vida cimarrona?

Ya que diste importancia al acto más nimio de nuestro destino, y a la envoltura mísera de lo que mucho valió en ti, vendrás, viejo maestro eminente, a la tierra de tus imaginaciones y de tus historias. Tienes que venir, pues nada ha cambiado. Todos están, tu indio, tu gaucho, y hasta el portugo logrero; como hicieron la patria, ahora la están perfeccionando.

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA

Era uno de los espíritus más finos — sin suntuosidad ni cortesanía — que florecieron en el Uruguay. Llegar hasta Mateo Magariños Solsona, era acercarse a uno de esos panoramas que atraen y que seducen. Apuesto y nítido el continente, clara la sonrisa, caballeresco el ademán, noble la palabra y alto el pensamiento. Hombre extraordinario en toda la acepción de la palabra, se adivinaban sus luchas pretéritas, que si no le dejaron ningún amargo sedimento en el alma, habíanle hecho caer en un escepticismo mundano, dando a este adjetivo una equivalencia que fluctúa entre sabio y elegante. Poco esfuerzo había que realizar para descubrir en aquel funcionario correctísimo que iba y que venía por las antesalas del Senado, un artista de excepción. Y artista era, como va a probárselo a las generaciones futuras ese libro admirable que lleva el título de "Pasar". Quien lea la magnífica novela de Magariños Solsona, va a descubrir, en los rasgos adulterados del protagonista, el alma noble y sensible de quien lo forjó.

En otro ambiente, el literato de "Valmar" y "Las Hermanas Fammarión", habría obtenido la más ruidosa de las consagraciones, y, en vez de una obra perfecta, como "Pasar", dejara veinte, que bríos y sólida cultura sobrábanle para ello. De todo cuanto en el género que hizo célebre a Daudet se ha producido aquí, no hay un solo libro que encierre tan netos valores artísticos. Otros le aventajarán en la pintura del ambiente, en la evocación de nuestra campiña, en la búsqueda de tipos representativos, pero nadie — ¡nadie, hasta ahora! — puede jactarse de haber conducido el interesante relato con tan grande maestría y, sobre todo, con una ponderación igual.

Sólo la poca importancia que damos aquí a estas bellas creaciones, explica que "Pasar" sea un libro desconocido para muchos uruguayos que alardean de cultos. "Pasar" merecía haber tenido un éxito ruidoso, de tal índole, que, entre personas ilustradas, no se hablara, durante muchas semanas, sino del arte soberano con que Magariños Solsona trazó su fábula, una fábula suave, apenas sin truculencias, pero que a nosotros nos emocionara con tal intensidad, que llegamos a sentir una depresión espiritual equivalente al más agudo de los dolores físicos. Una obra que de tal modo impresiona y conturba el alma, debe ser sincera. Y quien de este modo se adueña del lector, está muy cerca de los grandes maestros.

Por encima de todo, aparece en ese libro un cerebro depurado. La madurez dióle equilibrio y, con ese equilibrio, una noción ajustada de la medida. Por eso es casi absoluta la armonía de las partes, y si el pensamiento es profundo, la prosa es serena, desbordando dignidad. Nunca como en este caso, puede afirmarse, con Bacón, que "el estilo es el hombre". La muerte nos arrebata un gran escritor y un óptimo compañero. Hace apenas un mes, que lo visitamos, solicitando su concurso — valioso por el solo aporte del nombre — para realizar la generosa cruzada artística que nos ha inducido a constituir, con Pegaso, una cooperativa editorial. Magariños Solsona no nos defraudó, no podía defraudarnos. De alma — con su gran alma digna — púsose a nuestro lado.

Se explica el tono condolido de estas líneas, que sólo reflejan a medias cuánto de bueno había en aquel caballero intachable que era Mateo Magariños Solsona, cuya desaparición priva a nuestras letras de uno de los primeros novelistas, que iba a darle nuevos prestigios, pues, alentado por el éxito de "Pasar", pulía sus libros anteriores y preparaba otros, como suyos, henchidos de generosidad y desbordando belleza.

LAS NOCHES DEL DIABLO

I

Suenan las doce en la vieja
torre de la Catedral,
y en su acento funeral
el Universo se queja.
La beatitud de la hora
sahuma la ciudad calma,
y la ideal nave del alma
colma de rosas su prora.
Calles desiertas, vacíos
caserones fantasmales,
árboles truncos, iguales
a tantos ensueños míos.
¡Ensueño mío, el de ayer,
el de hoy y el de mañana!
¿Qué esperanza nueva y vana
morirá al amanecer?...

II

Un jardín—nido de amores—,
que exhala el alma a mi paso,
sueña en un fúlgido ocaso
dormido sobre sus flores.
Me paro junto al balcón
de una mujer que me quiso,

y al pisar su acera piso
a mi propio corazón.
Recuesto sobre la hiedra
de una tapia, mi orfandad.
¡Me pesa la soledad
como si fuese de piedra!
Vuelvo a andar. Quien me mirara
sabría lo que es dolor;
debo llevar el horror
como pintado en la cara.
De antiguos recuerdos gratos
quiero el alma atormentar;
que es lo mismo que llorar
sobre unos viejos retratos...

III

Los galeotes de la orgía
cruzan, cantando, el camino;
tienen estúpido el vino,
chabacana la alegría.
¡Oh, vino, divino cuando
conviertes al corazón
en un vaso de emoción
que se está desparramando!..
Un amigo que ha podido
al fin su afán conseguir,
me hizo el favor de fingir
que le soy desconocido.
¡Qué lobreguez en la vía!
¡Qué desconsolado andar!
Si yo pudiera llorar,
qué aliviado quedaría...

IV

Mía es la triste canción
que se eternizó en la fuente.
Yo siento lo que ella siente
y es suyo mi corazón.
Vaga una tonada mansa
en el vaivén de la onda.
Remeda el viento en la fronda
a un alma que no descansa.
Y recogido en un hondo
silencio místico, espero.
De mi jardín, jardinero,
yo sólo cultivo el fondo.
En tanto, vaya enhebrando
sus sueños mi fantasía,
aunque en la senda sombría
cueste caro el ir soñando...

SEGUNDO BARREIRO.

ARTE NACIONAL

¿Es necesario un Arte nacional? Arte nacional y arte diferenciado son ideas casi simultáneas en la conciencia. Entonces, al encontrarnos exentos de caracteres salientes de raza y de tradición pensamos, no sin tristeza, en la imposibilidad de dar objeto a ese Arte. Ahora bien: si tal se entendiese, pocos pueblos podrían ofrecer un desarrollo artístico de originalidad apreciable. Fenecida Grecia, la luz de su genio traspasó hondos espacios seculares para vivificar gloriosos Renacimientos, y no podemos concluir que Italia y Francia, donde alumbró de un modo predilecto, sean países faltos de Arte nacional, por el hecho de haber colaborado con amor y preclaro espíritu en el desarrollo de las formas de la antigüedad. Por lo que hace a Francia, es curioso observar que habiendo tenido un papel tan importante en el desarrollo del Arte propio de su raza y el más adecuado, a la vez, al idealismo cristiano, hasta el extremo de recabar para sí el honor de haberle dado origen, no parece encontrar en sus creaciones góticas, sino en las importadas de su clasicismo, la expresión característica de su genio. Sería, cuando menos, muy aventurado afirmar dónde radica lo netamente francés, si en Nuestra Señora de París o en el Palacio de Versalles.

Un Arte, una cultura nacional es el resultado de la geografía, de la raza, de la tradición, de la influencia exterior en una época, organizados alrededor de un eje vitalísimo, la voluntad continua de vivir substan-

tivamente, y a favor de los largos plazos que la historia concede. Esta ansiada personalidad nacional no es, en definitiva, sino el conjunto de una serie de esfuerzos en el tiempo, con sus errores y culminaciones y, en un momento dado, la nota original, el hallazgo de la fórmula sabia destinada a sobrevivir a los mismos pueblos que la han creado, renaciendo en otros que sobre ella y después de una asimilación transformadora, viva, obtendrán a su vez el punto máximo de su altura.

No debemos, pues, inquietarnos porque los aborígenes no hayan igualado a los incas en dejar monumentos reveladores de su existencia, en nuestros dulces prados y colinas; ni porque la otra mitad de nuestro medio natural, la luz, no sepa lo que es filtrarse a través de calados góticos ni acariciar la gracia poderosa y sabia de los senos bizantinos. Una tabla rasa en la cual nada se había pintado, fué la conquista heroica de nuestros abuelos. Tal vez a pueblo alguno en la historia se le deparó en tal medida la creación del propio destino como al americano. Empresa dura y de tanta responsabilidad como grandeza. Sin raza, sin larga y rica tradición, solos y con la fuerza de haber nacido, quisimos crear una nueva vida en un nuevo mundo. ¿Estamos cansados? ¡Pues aún está lejos el séptimo día! Pero, haber roto el dominio de España para convertirnos en colonia de todo el mundo, sería un programa poco digno y estéril.

En resumen: es necesario un Arte nacional como función. La necesaria aspiración de un arte diferenciado, ya tendrá cumplimiento a su hora. Lo primero es ser y lo que sigue al ser: el obrar.



¿Podrían ser las obras públicas de carácter monumental y artístico la ocasión de que un Arte Nacional

se manifieste? Sería también la ocasión de afirmar un derecho. Si en otras épocas, la munificencia de los príncipes o el tesoro de comunidades eclesiásticas o fundaciones piadosas o ricos municipios encomendaban a artistas extraños la ejecución de importantes obras, tal proceder, que no era de uso constante en Europa, ya no está de acuerdo con el principio orgánico de los Estados modernos en que la administración de los intereses públicos, morales y materiales, no debe ser vinculada a fueros personales de soberanía. Bastará, por ahora, colocar al Arte en el mismo plano de consideración que a los otros órdenes productivos del país. Nunca un Estado hace concesiones a firmas extranjeras, sin la reserva esencial de un rescate a plazo fijo. Debe también rescatar su acción espiritual. ¿Cómo? De análoga manera que protege a sus industrias recién nacidas, evitando, con tarifas, el efecto aniquilador de la concurrencia externa. La norma equivalente consistiría en ceder a los artistas nacionales la ejecución de las obras públicas respectivas de que se hubiere menester. Pasemos también que los productos de nuestro Arte puedan ser alguna vez inferiores a los de Europa, fiados en que una actividad continua y la crítica resultante, siempre más viva y eficaz cuando recae sobre lo propio, los mejoraría progresivamente hasta poder parangonarse con los de las naciones más ilustres y conseguir que fuesen la expresión de una personalidad bien definida. ¿Se creerá que es menos arriesgado comprar también este artículo en el exterior? Notable engaño. También hay que saber comprar, inteligencia que no se adquiere sino mediante un ejercicio directo de la facultad a que deseamos aplicarla. Así ornamentan nuestras plazas y jardines los desechos de la imaginación transatlántica, que no son obra de artistas nacionales ni de artistas de ninguna parte.

Para terminar, he aquí esbozados, algunos medios para la elección de los artistas que deberían realizar las obras públicas de Arte:

1.° Deberán reconocerse los mismos derechos que a los nacionales, a los artistas extranjeros definitivamente incorporados a la vida del país.

2.° Un Jurado permanente, que se integrará cada dos años, pudiendo ser reelegidos sus miembros, asesorará al Estado y a instituciones y personas que lo soliciten, respecto al valor de las obras de Arte o proyectos encomendados a su estudio. Su fallo, en el desempeño de comisiones oficiales, sería definitivo. La especialidad de la obra o concurso en juicio, determinará una preponderancia proporcionada de los elementos correspondientes del Jurado, por amplitud de voto, por refuerzo eventual de representación o por los dos medios conjuntamente.

3.° El Jurado de Arte se compondrá de elementos elegidos por las asociaciones e institutos de arte y de cultura del país, tales como el Círculo de Bellas Artes, Asociación de Artistas Plásticos, Sociedad de Arquitectura, Círculo de la Prensa, Universidad, etc.

4.° El Ministerio de Instrucción Pública designará las sociedades e institutos que, por su competencia y prestigio, deban estar representados en el Jurado Permanente de Arte, y proveerá a la unidad de su acción y de lo necesario para su instalación y funcionamiento.

5.° Aun en el caso muy especial y debidamente fundamentado, de que se quiera recurrir a los artistas extranjeros, al Jurado de Arte así constituído incumbiría juzgar irrevocablemente de la idoneidad de las adquisiciones o en los concursos organizados al efecto.

Eduardo Dieste.

JORNADA

Tarde tranquila casi
con placidez de alma.

ANTONIO MACHADO.

Alborada

Americano amanecer, preñado
de promesas y cantos.
Para jurar, para nacer de nuevo,
para tener crispados los dos puños
para mirar el cielo,
y sorber con los ojos bien profundos
el primer rayo, las primeras luces.
¡Para llenarse el corazón de luces!...

Mañanita

Mañanita de otoño,
casi primaveral, porque en el cielo
vuelan mis golondrinas.
Para sentir orgullo de estar solo,
para sentirse como nadie, bueno,
para así modular palabras lindas,
y hasta olvidar que tengo algún secreto.

Para ver que se lleva la dulzura
una dorada abeja,
para ver que una abeja diminuta
puede volar con la dulzura nuestra...

Mediodía

Hora en que el sol, suspenso,
es un fruto maduro que se cae
embriagando de luz, todos los huertos.
Para besar los labios más bermejos
y prolongar la carne.
Para escuchar la voz: ¡Multiplicaos!
que levantan los surcos y sembrados.
Y entre unos blancos senos
arrojar la semilla de mis besos!...

Crepúsculo

El alma mía se alejó del cuerpo
y me cerró los ojos, con un canto.
¡El alma mía fué tras un recuerdo!,
¡yo sé que pronto volverá llorando!

Noche

Noche plena de estrellas,
semillas que fecundan el ensueño.
Para mis manos blancas extenderlas
triunfales, hasta el cielo
y amontonar, amontonar estrellas...

Para ser alma solamente, para...
para ser beso huérfano y errante
y perseguir un corazón con alas!
Para en las aguas mansas contemplarse
y dormir en la sombra de las aguas!

ENRIQUE M. AMORÍM.

Otoño 1921.

PEQUEÑOS PROBLEMAS DEL ALMA

"Irse es morirse un poco" y es también despertar a la viva sensación de la realidad. Desde lejos vemos hoy las cosas y los hombres con un contorno nítido de paisaje en sombra resaltando sobre el encendido crepúsculo.

Podría decir que irse es abrir los ojos del alma, buscarle a ésta una senda desconocida por donde herirla más viva y hondamente con el agudo dardo del sentir. Que, al fin, no es otra su misión: sentir con una amplia capacidad humana e inteligente, lo que pudiéramos llamar el sentimiento intensivo y total.

Una expresión corriente y vulgar reza que el alma se hace al dolor, volviéndose con su continuidad, refractaria a él, y es lo contrario. La ley biológica de "la función hace al órgano" es también una ley psíquica. El dolor y el sentir afinan y aguzan la sensibilidad y es entonces, cuando se ha sufrido, que se ama y se comprende. Y es entonces, cuando se ha sentido, que el alma va descubriendo, cada vez más, sus nuevos centros simpáticos, sus nuevas epidermis sensoriales, finísimamente delicadas, donde encuentran resonancia, eco y tierna respuesta, las más puras emociones de lo interno y los más agudos clamores que solloza el espíritu del mundo atormentado.

Yo he comparado el alma con una madre que sigue el precepto bíblico: ¡parirás con dolor! Y así sus sentimientos, sus fervores espirituales, sus ensueños de amor y de bien, son un continuo y dulce sufrir que

abre el sendero del misticismo, como lo abrió antes el dolor a los mártires...

Pienso al escribir estas líneas lo que a muchos se les ocurrirá: he aquí un señor que se pasa el océano, se traslada a las viejas tierras evocadoras y gloriosas, y ante la historia enorme y ante el arte estupendo, monologa sobre personales problemas del alma. Y es así. No hay nada más atrayente e importante que nuestra alma. Ella es lo eterno. Marco Aurelio nos hizo concebir que en el tiempo no son nada veinte, treinta siglos... La historia se desmoronará como una vieja ruina mentirosa, se hundirá en la sombra nuestra débil obra perecedera, se empolvará de olvido nuestro terreno recuerdo, pero nuestras almas perdurarán!

Pensemos, ya que aún no podemos más, en los pequeños grandes problemas de la sensibilidad y elogiemos la emoción, y la lágrima, y el dulce recuerdo que nubla la visión, hace que el corazón apresure el humano latido y puede arrancarnos de bien adentro un canto lleno de amor y de poesía.

Estamos perdidos en la oscuridad de la ignorancia; apenas entrevemos la ruta. En nuestro corazón el amor enciende una lucecita azul. El dolor la intensifica.

¡Los grandes dolorosos serán astros que andan!

Siquiera tratemos de que brille la pequeña luminaria en nuestras ínfimas sombras extraviadas.

Quizá la Natura, sabia maestra, nos insinuó algo en esa lección viva de los coleópteros luminosos, cuyos fanales son más intensos durante el amor... ¡Cuando van a morir!...

A. MONTIEL BALLESTEROS.

Florencia.

ROMANCE DEL AMOR PRIMERO

Mañanita era de Junio
Cuando Lucilo, el pastor,
Marchóse por el camino,
Como a la buena de Dios.
Llevaba miel y pan fresco,
Fruta y queso en el zurrón;
Iba cantando canciones
Que en la mocedad aprendió;
Era tan triste su canto
Y tan melodioso el son...
Como que así desahogaba
Penas que trájole amor!...

—Lucilo, ¿por qué vas triste
Bajo el oro de este sol?

—La pastora que adoraba,
De la aldea se fugó.
Unos dicen que con otro;
Que fué sola digo yo!
Cuando vino Primavera
Y ya el cardo estaba en flor,
Juramos amarnos siempre;
Y es Otoño... No duró
Aquella dicha tan nueva
Lo que mi mente soñó...
Por esto dejo la aldea,
Donde quiso mi pasión

Vivir su lírica hora,
Para llorar mi ilusión
Como esos pájaros ciegos
Que—por ciegos—su canción
Dicen en más dulces trinos
Para olvidar su dolor.
Me voy por esos caminos
Como a la buena de Dios...

—Vuelve, Lucilo, a la aldea,
Procura pronto otro amor,
Y mitiga con el nuevo
Lo que el primero causó.
—Es muy profunda la herida
Que amor hizo al corazón.
No florecerán de nuevo
Los rosales que tronchó.

—Amor es nube de aurora;
Gota loca a la que el sol
Disipa en breves instantes
Del pétalo en que tembló;
Grito que rompe el silencio
Del alma en su iniciación;
Agua inquieta de la fuente
Que olvida lo que copió;
Semilla que no germina
Porque lleva maldición;
Cristal que vibra un momento
Bajo el golpe que lo hirió;
Fugaz hora de la vida
Que sólo deja el dolor
Del recuerdo que revive
En hora de evocación;
Trino de pájaro; brisa;
Soplo; llama; risa; flor
Que en un día se marchita
Perdiendo aroma y color...

—Quien llena de amor su vida
Sufre, como sufro yo.

—Vuelve tus pasos, Lucilo...

Mas el pastor no escuchó
Y siguió por el camino
Como a la buena de Dios...

José Pereira Rodríguez.

"LA RONCADERA"

(Cuento)

De la misma manera que durante la bajamar quedan al descubierto las rocas de la costa y las irregularidades del lecho costanero y toda la resaca que bordea el mar, después de la guerra del año 97, al entrar en cauce la vida nacional, en la serenidad reconstructora de la paz, ajustados por manera natural los resortes del organismo social, también quedaron al descubierto algunas salientes, rocas o resacas. "La Roncadera" apareció, en efecto, sin más antecedente que ella misma; como los hongos: sin que mano alguna prepare su nacimiento. Lo más que llegó a saberse de su pasado, la mostraba como una de esas "chinas" que en nuestras guerras siguen a las columnas de soldados en marcha. Nada más se sabía, ni se supo nunca. Era una muchacha de unos veinticinco años, alta antes que baja, bien plantada, ágil, con agilidad montaraz, aindiada, de mirada insolente, sombría a ratos, dientes muy blancos y fuertes, labios finos, nariz regular, cabellos y cejas renegridos y exageradamente abundantes. Era el tipo del mestizo de europeo e indio nativo. En el poblado se la vió primero por las calles, andrajosa, sucia, el cabello revuelto, untuoso, mostrando el pecho enflaquecido y negro y las piernas canilludas. Según unos era lavandera: lavaba allá, entre los cañadones de las canteras; pasaba para otros por una mendicante que vivía de las sobras de comida que le re-

servaban algunas familias; el resto la creía una de las tantas mujerzuelas que comparten los ratos de amor de la soldadesca en los momentos francos. Daba margen para tales suposiciones la circunstancia de que solía desaparecer por la calle del Plata, al Sur, hacia las de Figueroa y Nueva Palmira, por donde, precisamente, levantaban sus tiendas de caricias mercenarias las queridas momentáneas de los artilleros; mas en la indicada dirección, por la calle del Plata, hacia el Sur, al fondo, también se abría el camino de las canteras... Pero nadie sabía, a ciencia cierta, la guarida de aquella mujer, ni su procedencia.

Y como persistiera en su actitud semisalvaje, que recordaba a esos cetáceos que de tarde en tarde se alejan extraviados de los mares del Sur y llegan sin rumbo, en derrota, hasta el Plata o alguno de sus afluentes, la incertidumbre facilitaba al comentario vecinal la maquinación de historias y aventuras que terminaban, invariablemente: ¡Bah, es una ramera!

El tiempo, que pone una pátina hasta en el espíritu humano, hace de amable lenitivo, atemperando instintos, amortiguando dolores, debilitando recuerdos ingratos y hasta logrando perdonar agravios, pareció haber hecho de esfumino en aquella alma atormentada de civilización, pues en cierto momento, perdiendo la primitiva hurañía se acercó al poblado, como si su alma fuese cobrando nuevas aptitudes sonoras y hubiese empezado a vibrar con el alma rara e incierta del pueblo. Fué así que algunos hablaron con ella, mas, ¿para qué? Dijeron que olía a humo, a ácido..., que miraba inquieta, hondo, con la inquietud y la profundidad del que recela... que su lenguaje era rudimentario, grosero, soez... que tenía aliento a caña (esto no lo aseguraban), pero que la voz era aguardentosa,

opaca, que hablaba de una manera particularmente gutural, que despertaba el recuerdo de un ronquido entrecortado. Desde entonces se la apodó "La Roncadera", mote que tuvo la virtud de interesar sobre ella a los muchachos.

Cuando los hombres (alegres señores que se reunían a la puerta del café), hubieron perdido la esperanza de escudriñar el misterio que la rodeaba, despertaron sobre ella el interés de la muchachada, aquella muchachada que se daba cita en la plaza de San Agustín, para emprenderla luego contra las incitantes peras de la "quinta de Basáñez", y desde ya no hubo paz para "La Roncadera". Cada vez que entraba a la Unión, lo hacía con la inquietud de una fiera que entrara en poblado, mostrando las descarnadas mejillas que se hinchaban al reventar una imprecación, y sus dedos crispados por la ira, a la falange de chiquillos que aumentaba por momentos a los gritos de: ¡"La Roncadera"!... ¡"La Roncadera"!...

Cierta vez la turba de muchachos trajo al pueblo una noticia sensacional: "La Roncadera" era madre. La habían visto en una cueva que formaba la raigambre de un corpulento ombú, allá, hacia el camino de las canteras; y la habían visto con un niño de corta edad en los brazos...

La noticia rodó de boca en boca. Los hombres reían a más reir; escandalizáronse las señoras, y las niñas volvían la cabeza cuando aparecía aquella crápula, cuya osadía había llegado hasta engendrar un hijo. La maternidad es grandiosa, es santa, ¿pero acaso tiene el derecho de concebir cualquier mujer? ¿Era posible que aquel montón de miserias, sin abrigo, muerta de hambre, pudiese alimentar un hijo? La posibilidad era de todo punto inaceptable para las caritativas señoras.

Aquel escombro, extraño al edificio social, no podía

ser apto para criar a un hijo. Y empezó a circular por todo el pueblo un sordo rumor, que luego fué acrecentándose, secundado por la sociedad de damas: era necesario quitar el hijo a "La Roncadera". Esta preocupación, convertida en consigna, rodó, tomó cuerpo, llegó a ser tan general y persistente que el rumor de antes se transformó luego en la opinión de todos: a las buenas o a las malas debía quitarse el hijo al regazo materno: en un asilo estaría mejor.

Se lo dijeron a "La Roncadera", pero ésta no aceptó. ¡Oh, era madre! Defendería su derecho con uñas y dientes. ¡Antes la matarían! Ella lo había engendrado, ella lo había dado a luz y nadie podría criarlo mejor—dijo—con más cariño, con más amor. Cuando creciera, ella haría por educarlo... por darle lo que a ella no le habían dado: "escuela". Y aquella "mala mujer" en una como anticipación de los días soñados en que tendría compañero para compartir su vida, envolvía al hijo en miradas largas, blandas, con los ojos llenos de lágrimas, de emoción y de orgullo.

Llegó a creer que aquel pequeño ser, al cual había dado vida y leche, a expensas de su propia vida, era tan suyo, de tal modo le pertenecía, que no habría fuerza suficiente en el mundo para arrancárselo, ni derecho que la obligase a entregarlo. Pero, la sociedad es más poderosa que una desgraciada harapienta, por más que ésta invoque el derecho de la maternidad. "La Roncadera" defendió su cachorro como madre; vigiló noche y día la puerta de su covacha; rodeaba al hijo con sus brazos, lo estrechaba contra su pecho, hasta llegaba a ocultarlo en el fondo de su cuerpo, con el cual formaba seno, como una especie de bolsa marsupial, y desafiaba a que se lo sacasen de allí. ¡Tan adherida se creía al producto de sus entrañas!

La justicia, cuya defensa invocó más de una vez,

nombró tutor al hijo de "La Roncadera", y el chico fué llevado al Asilo.

El comisario, y el teniente alcalde y el juez de paz, ante quienes recurrió en demanda de amparo, se le encogieron de hombros. También creían—y así se lo dijeron—que ella no podía criar a un hijo.

Averiguó, entonces, dónde estaba el hijo suyo, que tanta felicidad llevara a la cueva del camino de las Canteras, y a pie, sin comer, mugrienta y haraposa, recorrió varias veces el camino hacia el Asilo de niños desamparados. Allí le mostraban el suyo, unos minutos, no más, que no había tiempo que perder, y luego, llorando, emprendía el viaje de regreso a la cueva miserable y obscura, más miserable y obscura que antes de ser madre.

Un día estaba muy enferma, se demoró en el camino, y llegó tarde. Las puertas del Asilo estaban cerradas. Sin embargo, ella deseaba ver a su chico, para eso había ido allí, para eso había recorrido a pie el largo trayecto: para ver a su hijo, a quien de otra manera no vería hasta dentro de una semana, que entonces, más que otras veces, se le hacía interminable.

Golpeó, pues, fuerte, muy fuerte; vibró la puerta y todo el edificio... pero los reglamentos, más fuertes que los derechos naturales, más fuertes, tal vez, que los corazones de los sirvientes que la alejaron de allí a empujones, impidieron por aquel día que el hijo sintiera el calor insustituíble del pecho y de los ojos y de la palabra materna.

Blas S. Genovese.

SONETO

Olvidando las sombras de este suelo
se ha tornado mi alma más liviana,
bajo la gloria límpida del cielo
y al celeste fulgor de la mañana!

Cabe el puro cristal de la fontana
sigo de un ave el milagroso vuelo
y los girones de la nube vana
que se desgarra como blanco velo!

¡Oh, la suave mañana sin angustias!
El hondo corazón siéntese fuerte
y ríe con la gran Naturaleza;

—y en sacrificio de ilusiones mustias—
sólo busca refugio en la Belleza
que triunfa del Dolor y de la Muerte!

MANUEL DE CASTRO.

DAMIÁN P. GARAT

Notas para un ensayo.

I

He aquí un heredero legítimo de Olegario Andrade, —que logra embocar la bocina épica y que tiene la lírica elocuencia del *vates* clásico. Ha muerto estos días en su patria argentina, y descansa ya en el cementerio de Concordia, ante el olvido repentino de los hombres, y de acuerdo con su expresa voluntad. Muere siendo diputado nacional por Entre Ríos ante el Congreso Argentino, y fuera de los homenajes oficiales y del trasporte de sus restos, desde Jesús María hasta Buenos Aires, y desde aquí hasta Concordia, apenas si hay quien recuerde al poeta cívico, al poeta patrio y al poeta político, autor de "La Argentiada" y de "Tucumán".

A su lado anduve un día en un viaje del litoral uruguayo, y su figura romancesca ha ido creciendo en mi espíritu al influjo de su obra empenachada de idealismo antiguo y timbrada de romántica belleza. De golpe se han abatido las rémiges caudalosas, y el poeta robusto, viril y profético, que sojuzgaba a las muchedumbres con el brazo diestro en alto y el imán de sus ojos ardientes y bondadosos, ha caído para *in eternum* bajo los anchos árboles... Cantor épico del gaucho y del potro,—gestores de patria,—Damián P. Garat es un símbolo en bronce de su entrerriana tierra. Y como

un símbolo, luchó contra todas las fuerzas naturales y humanas que le rodearon: impuso el fuego sacro de su vida a la consideración de sus paisanos: se dió entero a la identificación con su paisaje... No puede tener gloria más sólida el individuo mortal en el tránsito veloz por los caminos del mundo, que esa victoria afirmativa de su corazón sobre las fuerzas perennes que le acosan.

II

Alto él, con su físico airoso y pintoresco, sonriente casi siempre la máscara, de negros bigotes y mechón enrulado sobre la frente amplia,—era el gentilhombre de la leyenda,—no el último como se ha acostumbrado en decir, porque aún quedan algunos de vez en cuando,—pero sí uno de ellos entre todos ellos. Tenía el habla cautivante y serena: era familiar y optimista: cultivaba sin ostentaciones su virilidad y su hidalguía. Hombre de bien, fué dueño de rara dignidad,—vertical y metálica,—de esas que en el fragor de las luchas políticas desconciertan y amedrentan a los contrarios. Como Ricardo Rojas dice de Pellegrini, él supo ser un adversario sin ser un enemigo. Su mano, tibia como un cordial, estaba siempre con su pensamiento, y era cálida en el afecto como valiente en el combate, siendo de una honradez tan clara y firme que nadie vaciló jamás en respetarla. Amó la belleza por lo que ella tiene de ensueño y de eternidad: amó la patria por lo que ella resume de maternidad y de idealismo. Desinteresado, efusivo, vehemente, — llevó su vida como buen romántico,—en un vuelo de altura, sobre una perspectiva azul y blanca. Nada comportan los intereses materiales, a esta clase de espíritus, que bajo el sombrero gacho esconden la bacía abollada de Don Quijote.

III

Hijo de la mesopotamia argentina, no podía desmentir su nacimiento en la tierra de Montiel. Más: tuvo por ella persistente entusiasmo, y en ella se quedó, sin estridencias, sin ambición, sin vanidad. Claras virtudes polarizan estos hombres de tierra adentro, modestos y buenos, que prefieren el solar de su natividad a todas las emociones gloriosas de las grandes ciudades. Para ellos no pasan las modas literarias: ellos pueden soñar, amar y cantar sin disturbios: ellos retienen el tiempo y miden el espacio. Su amor al terruño es reflexivo y filial: y el terruño les da, en cambio, serenidad, dulzura y pureza. Las ciudades tentaculares de Verhaeren conspiran contra el remanso espiritual, pervierten la virginidad del alma, quiebran la visión ingenua de la vida. En su provincia humilde y heroica, no hay más decoración que unas nubes claras sobre el toldo que el horizonte sostiene, y un litoral sencillo que las leyendas pueblan. La obra será más reducida, pero el sueño es más puro, y la calma apaisada de la naturaleza presiona y atempera el tumulto bullente del ánima combativa. Hasta la figura tiene un corte distinto, y parecen más soñadores dentro de su dejadez habitual y de su noble gallardía. Es cierto que ellos saben adentrarse en el crepúsculo, y pueden gozar el privilegio de las noches y las tardes... Pero no es menos cierto, que en el campo abierto de su pueblo natal—siempre tan lleno de cosas eternas—laboran nada más que por aumentar el fulgor de las estrellas...

IV

La poesía americana existe desde Olmedo hasta Zorrilla de San Martín. Cantores de la naturaleza, cantores de la epopeya, cantores de la civilización, cada

uno de ellos tiene fuerza animadora, fuego anímico. Sin los infortunios de Mármol, ni las tristezas de Echevarría, ni las amarguras de Rivera Indarte, el poeta Garat posee idéntico nacionalismo, fraternal cordaje de hierro, iguales sentimientos de amor. Tiene, como Carlos Roxlo, la pasión patriótica, y como Rafael Obligado, la pasión criolla. La historia le seduce: el pasado le atrae: la gesta nacional le entusiasma. Y con el alma puesta en el crepúsculo de una civilización que se va, su clarín repite con frecuencia la canción del gaucho, encarnación y pedestal de nuestra raza. Vigorosa la voz, potentes las alas, robusto el pensamiento, no puede afirmarse que el poeta haya llegado a la cumbre, porque los defectos de su lirismo declamatorio son breñales que desgarran la clámide y aristas que distraen el vuelo. Para tener el estro de Olegario Andrade le falta conquistar un parnaso, así erigido de cumbres y así cruzado de cóndores. Pero es poeta indudable, y no sólo por el manejo de los corceles rítmicos, sino por la visión poderosa, el sentimiento ingenuo, la musa intuitiva,—todas esas fuerzas que concitan la personería del verdadero poeta. Se le puede decir poeta civil con alma de bardo, como García Calderón determina a Santos Chocano, o simplemente bardo, en el sentido de Macaulay al hablar de Shelley. Su mitología no está aprendida en los textos, sino que es visión propia, símbolo propio, fuerza propia. Como lo quiere Ronsard, está enamorado del porvenir, pero como Víctor Hugo, como Michelet, como Walt Whitman, adora la multitud, el pueblo, la gleba. Posee el concepto de la literatura nacional, como una de las tantas formas de su amor a la patria. No importa que los poetas municipales de ahora, ilusionados con la novia de los domingos, o con el café de la bohemia juvenil, desdeñen sus penates provincianos y aparenten cansancio ante las viejas estrofas de bronce. La sinceridad y la emo-

ción crean una belleza estable, que vale por sí, como los mármoles griegos o las piedras indígenas, a pesar de todo el horror de los endecasílabos heroicos y de las melenas románticas. En este caso de Garat, la grandilocuencia del período, el exceso retórico de la estrofa, los metros desusados de su arquitectura, concretarán defectos y lunares, pero no hacen *demodée* su musa. Es que él deshizo en sus poemas un corazón musical y férvido, que vibró en ellos con espontáneo ardor y fácil modo.

V

Su canto a "Tucumán",—"tierra de promisión, jardín de los frutales de oro",—posee todos los atributos clásicos. Comienza exaltando la naturaleza pródiga, la montaña andina, la pradera fértil, el bosque suntuoso del viraró gigante, del pacará centenario, del quebracho bravío, del timbó de roja entraña y el guayacán, "meridional coloso de negro corazón y fronda huraña"... Revive después la historia secular, Avellaneda, Alberdi, Lamadrid, Monteagudo, la noche bárbara de la tiranía... Sonora la estrofa, rítmica la forma, grande el pensamiento... Canta la espiga, el surco, la caña, la libertad, el laborar por ella. "Y el Tucumán de la leyenda clásica sus bodas celebró con el futuro"...

VI

El soneto "Lamadrid" es un bajorrelieve para la estatua del guerrero. La figura surge del bronce, entre la tempestad de la batalla, dueña del ademán heroico de los libertadores. En caracteres romanos, se podrían grabar estas catorce líneas, como en duro y liso pedazo de piedra hay antiguas inscripciones heráldicas:

"Nada su fiera intrepidez abate;—Nada doblega su

viril pujanza;—Caballero sin miedo, que se lanza — Cantando vidalitas al combate.

"Si clava en su corcel el acicate—Y revoleando el sable se abalanza,—Como un centauro fabuloso avanza —Y todo cede a su terrible embate.

"Es el Cid de las cumbres. Su bravura,—Que el bélico clarín aguijonea,—Al godo llena de mortal pavura,—Y en medio del fragor de la pelea—Se destaca imponente su figura,—Como un gigante que el espanto crea."

VII

"Los héroes" constituyen un grupo estatuario de vigorosas líneas marmóreas, plantado con singular entereza sobre un pedestal de granito rojo. A medida que se va leyendo el soneto, el bloque surge con precisas líneas, como de las manos geniales de Rodín, rudo y gigantesco, salían las magníficas figuras eternas. "Gigantescos y rudos, como tallados—En un bloque estupendo; rostros curtidos,—Color de viejos bronces enmohecidos—Y cabellos hirsutos y enmarañados...

"Fulguran en sus diestras los afilados—Aceros, de inmortales glorias bruñidos—Y se graban sus pasos, como esculpidos—En la cima eminente de los nevados.

"Son los héroes invictos!... Sobre el brumoso—Escenario del Andes, do el sol los baña—En un vago reflejo de luz extraña,—Yo no sé lo que tienen de fabuloso:—¡Me parecen forjados por un coloso—Sobre el yunque ciclópeo de la montaña!"

VIII

"Epica", "Simbólica", "Avanzada", son cuadros de colores, que fijan motivos épicos, como los cuadros criollos de los alejandrinos de Aníbal Marc. Giménez.

ción crean una belleza estable, que vale por sí, como los mármoles griegos o las piedras indígenas, a pesar de todo el horror de los endecasílabos heroicos y de las melenas románticas. En este caso de Garat, la grandilocuencia del período, el exceso retórico de la estrofa, los metros desusados de su arquitectura, concretarán defectos y lunares, pero no hacen *demodée* su musa. Es que él deshizo en sus poemas un corazón musical y férvido, que vibró en ellos con espontáneo ardor y fácil modo.

V

Su canto a "Tucumán",—"tierra de promisión, jardín de los frutales de oro",—posee todos los atributos clásicos. Comienza exaltando la naturaleza pródiga, la montaña andina, la pradera fértil, el bosque suntuoso del viraró gigante, del pacará centenario, del quebracho bravío, del timbó de roja entraña y el guayacán, "meridional coloso de negro corazón y fronda huraña"... Revive después la historia secular, Avellaneda, Alberdi, Lamadrid, Monteagudo, la noche bárbara de la tiranía... Sonora la estrofa, rítmica la forma, grande el pensamiento... Canta la espiga, el surco, la caña, la libertad, el laborar por ella. "Y el Tucumán de la leyenda clásica sus bodas celebró con el futuro"...

VI

El soneto "Lamadrid" es un bajorrelieve para la estatua del guerrero. La figura surge del bronce, entre la tempestad de la batalla, dueña del ademán heroico de los libertadores. En caracteres romanos, se podrían grabar estas catorce líneas, como en duro y liso pedazo de piedra hay antiguas inscripciones heráldicas:

"Nada su fiera intrepidez abate;—Nada doblega su

viril pujanza;—Caballero sin miedo, que se lanza —Cantando vidalitas al combate.

"Si clava en su corcel el acicate—Y revoleando el sable se abalanza,—Como un centauro fabuloso avanza —Y todo cede a su terrible embate.

"Es el Cid de las cumbres. Su bravura,—Que el bélico clarín aguijonea,—Al godo llena de mortal pavura,—Y en medio del fragor de la pelea—Se destaca imponente su figura,—Como un gigante que el espanto crea."

VII

"Los héroes" constituyen un grupo estatuario de vigorosas líneas marmóreas, plantado con singular entereza sobre un pedestal de granito rojo. A medida que se va leyendo el soneto, el bloque surge con precisas líneas, como de las manos geniales de Rodín, rudo y gigantesco, salían las magníficas figuras eternas. "Gigantescos y rudos, como tallados—En un bloque estupendo; rostros curtidos,—Color de viejos bronces enmohecidos—Y cabellos hirsutos y enmarañados...

"Fulguran en sus diestras los afilados—Aceros, de inmortales glorias bruñidos—Y se graban sus pasos, como esculpidos—En la cima eminente de los nevados.

"Son los héroes invictos!... Sobre el brumoso—Escenario del Andes, do el sol los baña—En un vago reflejo de luz extraña,—Yo no sé lo que tienen de fabuloso:—¡Me parecen forjados por un coloso—Sobre el yunque ciclópeo de la montaña!"

VIII

"Epica", "Simbólica", "Avanzada", son cuadros de colores, que fijan motivos épicos, como los cuadros criollos de los alejandrinos de Aníbal Marc. Giménez.

Fuertes de arquitectura, nobles de pensamiento, traen la voz de la tierra, son el canto legendario del gauchaje romancesco. El centauro americano de Zorrilla de San Martín revive en estos enérgicos sonetos, que tienen notas de dianas, música de charangas al paso de las caballerías de la patria.

El poeta insiste en casi todas sus composiciones, como si un entusiasmo napoleónico lo animara. Guerrillero él mismo en las luchas partidarias de su provincia, puede revivir con eficacia las visiones valientes de su raza de titanes, como si hubiera nacido héroe de la guerra gaucha de Lugones.

Los dos cuartetos de "Legendaria" dan la viva impresión del desfile de un escuadrón nativo, lo mismo fuera de aquellos de Artigas en Las Piedras o de Rivera en las Misiones, que de Urquiza en Caseros o de Güemes en Salta.

"Flameando al viento las banderolas, — Gloriosos lienzos hechos girones,—Pasan los héroes en sus bridones—De luengas crines y atadas colas.

"Llevan sujetas las tercerolas—Con gruesos tientos a los arzones—Y van cantando patrias canciones—Al son de plata de sus virolas".

IX

"La Nación" de Buenos Aires publicó en el número extraordinario del Centenario de 1910, su celebrado poema "La Argentiada", que hizo compañía al maravilloso canto de Darío a la Argentina y a las sonoras "Odas Seculares" de Lugones.

Ahora mismo, recordando la muerte del poeta, "La Nación" dice que "aquella página inspirada fué digna de la solemnidad memorable de la patria".

En los trescientos versos de "La Argentiada", como en los trescientos granaderos de San Martín, va la gigantesca epopeya de su patria. La poesía austera y

enérgica, columna de mármol que los griegos clavan en los caminos, remoza en "La Argentiada" con todos los bríos del antiguo cuño y el vibrante soplo de la modernidad. Si el "Canto a la Argentina" de Darío, ha sido para alguien un bosque de catedrales que erigen sus cúpulas de oro y mármol hacia el cielo, cabe pensar que esta "Argentiada" de Garat es un bosque de árboles naturales, en cuya ramazón cantan los pájaros, tiembla el sol, se apaciguan los vientos, hay recuerdos del gaucho y visiones de guerra y paz. Las altas copas se llenan de azul, los anchos troncos abren cien brazos, allí está la patria austral y tropical, el alma perenne de la revolución que emancipó y del trabajo que engrandeció. En frente las montañas, del otro lado el río, arriba el sol indiano y las estrellas vírgenes.

Exalta la leyenda portentosa y el escenario argentino, y cree que Dios andaba con los propios abuelos en la faena extraordinaria de demarcar la patria. En seguida comienza la pintura soberbia de los viejos guerreros, que en el tumulto anónimo de la patriada, no deslumbran con petos resplandecientes y cascos cincelados como aquellos otros, los que clarinearon sus dianas al pie de las Pirámides. Estos "andaban harapientos, pero eran incansables",—"parecían forjados en un bloque de bronce",—"tenían soberbias, gigantescas tallas"...—Han abandonado los pedestales vetustos "para sembrar la tierra de hazañas inmortales", y "andar bajo las centelleantes miradas de los astros"... Brazos al aire y greñas al viento, tenían atributos de racha embravecida: "y palpitaba el llano en convulsión extraña — si acaso descendían de la abrupta montaña—descuajando peñascos"...—"Asidos a la crin de sus raudos y ariscos redomones, — formaron tempestuosas, fantásticas legiones—en medio de relinchos, corcovos y bufidos"...

Con ellos va "Las Heras, empolvado — de dolor

y de gloria, como un genio abrumado—por un designio inmenso"...—Con ellos va "Díaz Vélez, cuya infantería,—"cargaba intrépida y bravía como un alud de acero"...—Con ellos va San Martín, que realiza el prodigio de la fábula escalando con sus legiones los mogotes de los Andes, "umbrales del cielo",—como si intentase "tomar en intrépido asalto al infinito"... "Los Andes fueron hechos para aquella aventura. —Las estrellas los sienten pasar. Un cóndor viejo—Conocido del sol, que guarda como un reflejo—Del pasado, en los ojos, les mira con asombro—Y grazna y aletea erguido en un escombro—De rocas descuajadas; y cual si con sí mismo—Dialogara—los cóndores son almas que el abismo—Devuelve: las sombrías, atormentadas almas—De los incas vencidos que conquistaron palmas—De martirio—se dice: "Son estos los guerreros que fulminan el rayo"... "Y cuando los granaderos sobre la cima hicieron tremolar la bandera", se "creyó que trasmontaba la milenaria cumbre — Una deslumbradora peregrinación de astros."

"Iba al frente un guerrero silencioso y adusto—Como una esfinge. Inmensa era su talla, augusto—Su gesto, su mirada profética; tenía—Contornos de montaña;—la cumbre que le vía—Más cerca, creyóle su hermano mayor; era—Del color de los bronces, como si presintiera—Su destino; su frente irradiaba fulgores —De eternidad; los astros con extraños temblores —De emoción lo miraban"...—"Los Andes soliviaron —Las enormes espaldas escarchadas y se alzaron —Soberbios e imponentes al verlo: se sentían—Dominados de intensa admiración,—y querían ser su pedestal"...

Después canta la cruzada contra Rosas,—"era magnífico aquel déspota de rubia cabellera y ojos celestiales". En seguida recuerda a Lavalle, deslumbrante y varonil, cuyo "sable estupendo abrió en la cordillera

un ancho derrotero". Evoca a Paz, organizador de la defensa de Montevideo en el Sitio Grande, y dice de él: "pensativo, silencioso y severo—Como un genio profético, domando en la Tablada—la barbarie piafante y escribiendo la Iliada—de América en los muros uruguayos, remedo—de Troya". Exalta a Lamadrid, "caballero sin miedo,—cantando vidalitas al son de las virolas"...

Y termina el desfile de los héroes máximos, alabando la grandeza de la epopeya, cuya gloria revive, porque "para los pueblos fuertes, eterno reverdece—el laurel".—"Los aceros duermen, pero florece—el tirso de las mieses." — "Erijamos estatuas a los nobles abuelos,—ya que ellos se labraron sus altos pedestales"...—"Forjemos el verso resonante,—como se forja un arma de combate";—"y cantemos a los héroes oscuros—del inmenso rebaño, que marcan los futuros —derroteros del orbe".

Invoca los manes de la Atlántida y finaliza el magno canto soñando que "florecen las palmas—de la paz y la gloria, mientras que, por doquiera—en valles y llanuras, en selvas y montañas,—símbolo luminoso de las patrias hazañas,—fulgura eternamente el sol de la bandera."

X

Todo lo que Damián P. Garat tenía de largo aliento y de vuelo audaz en la poesía, era de tribunicio párrafo en la prosa del discurso político y del editorial periodístico. Su oratoria vibrante y plástica, cautivó y dominó todos los auditorios. Su acción parlamentaria, lo mismo que su gestión ministerial, le alejaron de las musas y le apearon del pegaso piafante, luego de que ellas y éste determinaron su popularidad...

Recuerdo al escribir estas notas, hermosos discursos, y aquellos otros de sus poemas "Mi Raza", "Ensue-

ño" y "La Cruz y la Espada", que no tengo a mano. Recuerdo su oración fúnebre en la tumba del doctor Ancel, en el Salto, delante de una muchedumbre de cinco mil almas, romántico, elegíaco, agitando en la diestra el ramo de violetas de largos pedúnculos verdes y lacios, que dejó caer al final como la expresión humilde de su gran dolor. Recuerdo su reverencia por nuestro Rodó, cuya muerte le hizo escribir una de sus más bellas páginas, y recuerdo aquel viaje expreso de Paysandú a Salto, asomados en la ventanilla llena de crepúsculo, recitando él, con su voz bronca y sus ojos de diamante, sus canciones heroicas...

XI

"Pájaro que canta en exceso lleva herido el corazón", ha dicho en Buenos Aires un colega de cámara, delante de sus restos viajeros. Y ha agregado en palabras precisas: "Se fué a morir lejos de Bizancio, sin oir la voz de los pregones, ni el precio de la subasta: se fué a morir a la Córdoba argentina, de clima suave, dándole a las auras el último eco de su canto quebrado, mientras miraba profundamente a las constelaciones silenciosas"...

In memoriam de aquella simpatía que otrora nos vinculó cordiales,—él con su afecto noble por mi juventud ardiente, yo con mi admiración grande por su talla de hombre y de poeta,—he ido escribiendo estas notas trémulas y ligeras que a su recuerdo dejo, seguro de que apenas serán como un ala de pájaro en el hombro del héroe que mira la tarde con la dura mirada del bronce.

TELMO MANACORDA.

LAS NUBES

Pasan como zahories de una leyenda extraña
Y agolpadas caminan a hundirse en el ocaso,
Envolviendo reflejos de la luz que se empaña
Al morder los perfiles de sus vueltas de raso.

Son del espacio naves involubles, gigantes,
Que navegan veloces en océanos de viento
Como globos perdidos, como barcos errantes,
Que fabulosos Dioses movieran con su aliento.

Son como errantes mundos que se desvanecieran
En ámbitos azules de incógnita utopía;
Inconscientes fantasmas que al arcano corrieran
Llevando mil visiones de fantasmagoría.

Electrizadas, rugen. Encandilando mundos
Eclipsan a los astros. Vencen la luz del Sol.
Y bajan a nutrirse en los mares profundos,
O vuelan a inflamarse en llamas de arrebol.

Llevan entre la bruma de sus formas livianas
Los suspiros azules de las tardes vencidas,
El aliento fecundo de las castas mañanas
Y el reflejo bronceado de las noches dormidas.

Nacen en el Oriente. De tierras ignoradas
Surgen, como las ninfas en los cuentos de hadas,
Y en el mundo pasean su clámide de raso.

Acarician los picos de las altas montañas;
Pasan como zahoríes de leyendas extrañas...
Y agolpadas caminan a hundirse en el ocaso...

VÍCTOR FITZ PATRICK.

Montevideo.

GLOSAS DEL MES

Fundación de la "Cooperativa Editorial Pegaso".

Con este número, PEGASO cumple tres años de vida, vida de noble esfuerzo, relativamente próspera y completamente regular. Los que dentro del país o en el extranjero siguen con interés la trayectoria, segura y continuada, de nuestra revista, no habrán podido por menos de notar la noble brega que venimos sosteniendo. En el ambiente de los fríos escepticismos, para todo cuanto trasude literatura, nosotros, sin desmayar un día, hemos comprobado que el medio, en rigor, no es hostil, como se dice, debiéndose a la inconsecuencia de los menos (precisamente de quienes debían mantener "la llama sagrada"), la escasa curiosidad de los más. Contra todos los sombríos augurios que se hicieron en el momento que surgía una publicación de la índole esencialísima de PEGASO, aquí estamos, más animosos que nunca, con la satisfacción de la apreciable labor realizada, sirviendo de portavoz literario, no ya sólo a los intelectuales del Uruguay, sino que también a todos los de América, al igual de publicaciones como "Nosotros", que gozan de positiva autoridad y ascendiente.

* * *

Para celebrar el tercer aniversario de PEGASO, no hemos encontrado modo más digno y augural que la

fundación de la Cooperativa, cuyos estatutos fueron aprobados en una reunión sencilla y memorable; y al aplicar este último calificativo, lo hacemos pensando en lo mucho bueno que de la "Editorial Pegaso" puede esperarse. Por lo pronto, los hombres llamados a dirigir la nueva entidad—que aunque autónoma en su dirección y gobierno, ha de tener siempre una estrecha relación con esta revista—han creído necesario, a fin de eliminar posibilidades de fracaso, iniciar la obra con una gran modestia. Aun así, creemos que el nuevo esfuerzo será de mucha eficacia. El proyecto establecía que la fundación de la "Cooperativa Editorial Pegaso", responde a dos fines igualmente loables: Hacer por la difusión del libro uruguayo y defender al escritor de la codicia del intermediario.

Aun cuando es justo consignar cómo, antes que esto último, lo que sucede entre nosotros es que, por falta de una agrupación directriz, el esfuerzo de los que forjan libros de arte carece de la repercusión debida, haciendo el efecto de que escribir es recitar aquel desalentador monólogo de que nos hablara Larra.

Un conocimiento perfecto del ambiente, ha permitido echar las bases a una institución particular, que no puede conocer el fracaso, por lo mismo que asienta sus puntales en sitios seguros. Veamos algunos párrafos de la amplia exposición de motivos:

"Los autores—dícese—vense a menudo vejados en lo que más estiman: en su amor propio de artistas, ese impulsador desinteresado que les conduce a producir obras bellas en países que leen poco y se muestran escépticos con sus talentos".

Y más adelante:

"La "Cooperativa Editorial Pegaso", se forma entre un núcleo de hombres, amigo de las bellas manifestaciones del intelecto, con lo que queda dicho que es amigo de la juventud. No es posible edificar un palacio

de buenas a primeras; antes, para ejercitarse, el alarife necesita hacer obras modestas. "Vale más hacer las cosas mal que no hacerlas", decía Sarmiento, admirable espíritu práctico. De antemano vemos las lagunas de nuestra iniciativa, pero urge empezar".

Por lo pronto, la "Cooperativa Editorial Pegaso", va a ocuparse de la administración de libros, siendo necesario antes, que estos libros los acepte el Directorio; sobre todo, si han de llevar luego el pie de imprenta de la Compañía. La índole de las personas entre las cuales fueron colocadas las acciones, aleja toda sospecha de abuso o fraude. En rigor, lo que se ha buscado, por lo pronto, es obtener en beneficio de los escritores, las ventajas de la asociación. El autor se costea su obra, pero sabe que no tiene más que entregar la edición a la "Cooperativa", cuya gerencia va a encargarse de distribuírsela entre los libreros y anunciársela en la prensa.

Como se colige, es indispensable la buena voluntad de libreros y periodistas, mas con una y otra se cuenta. Luego se harán las liquidaciones de los ejemplares vendidos; se harán esas liquidaciones con la mayor regularidad. Todos los cargos, en el Directorio, son gratuitos, habiendo un Presidente, un Vicepresidente y tres Vocales, que se reparten, además, las funciones siguientes: Tesorero, Secretario y Gerente asesor.

No nos es posible dar hoy idea cabal de la organización, ni de la forma cómo va a ser realizada la obra. Pero los intelectuales pueden estar seguros de que nunca se ha planteado una obra más noble, con desinterés tan absoluto. En breve, los que confíen a la "Cooperativa Editorial Pegaso" sus obras, van a experimentar los beneficios, principalmente de índole espiritual, que con esta hidalga cruzada artística se han buscado.

PEGASO.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Crónica de Muniz.—Por Justino Zavala Muniz.—Montevideo.—1921.

Es un libro doblemente sugestionante por su valor histórico y literario.

Cualquiera sea el concepto que la figura de Muniz merezca desde el punto de vista político, nadie podrá negar que encarnaban en él todas las condiciones de un gran caudillo, esa especie de centauro de nuestro medioevo, fruto de toda sociedad embrionaria, cuyo destino nos parece ya cumplido en esta tierra.

Hacer, pues, un estudio completo—como lo ha hecho el autor—de la personalidad de Muniz, es ayudar a construir el edificio de nuestro patrimonio épico, ya que tanto los caudillos menores de nuestras luchas intestinas, como los mayores de la Independencia, son trozos del mismo bronce y han escrito las páginas más sonoras de nuestra epopeya.

Pero este libro tiene más alcance: no sólo hace resaltar violentamente el perfil de un héroe, sino el panorama de sus hazañas, los usos y las costumbres de una época, cuyo crepúsculo todavía los hombres jóvenes de hoy alcanzamos a vivir.

Así, la figura del caudillo se adelanta como en un bajo relieve y atrás de él se diseñan charcos de sangre hirviente, trágicos resplandores de incendio fraguados por el odio, furioso galopar de potros, bosques de lanzas, bárbaros entreveros; salvajismo caótico, pero padre de civilizaciones y ennoblecido por su adoración a las mayores virtudes del hombre: el coraje, el pundonor y el sacrificio.

Admira el autor por la intensidad de vida que da a sus narraciones, en tal forma que la mayor parte de los episodios que describe, dan la sensación de que se desarrollaran delante de los ojos. Parece poseer en alto grado ese instinto de los grandes novelistas y dramaturgos, que los llevan a mover sus personajes en el sentido de la mayor impresión, o a dar a su lenguaje las palabras justas y gráficas.

Si el espacio no nos faltara, mucho tendríamos que decir de esta obra, que, desde luego, ha revelado no sólo a un escritor de garra, sino un sereno y hondo espíritu.

Faltaríamos, sin embargo, a nuestro deber, si no hiciéramos resaltar dos motivos del libro, que por su manera de ser narrados, su realismo y su vigor expresivo, dejan la sensación de verdaderas pá-

ginas maestras. Quienes hayan leído el volumen, adivinarán que nos referimos al episodio del incendio y al de la muerte de Profecto Muniz.—J. M. D.

Florilegio de la obra poética rubendariana.—Barcelona.—1921.

Dentro de la magnífica serie titulada "Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas", ocupando el número XXI de la colección, la Editorial "Cervantes" ha hecho un nuevo florilegio con la labor de Rubén Darío. Extrae de su vasto bosque lírico los gajos floridos más llenos de fragancia: Así, por ejemplo, de "Azul" (1888), "Caupolicán", "De invierno" y "A un poeta", tres composiciones admirables de la primera época; de "Prosas profanas" (1901), "Era un aire suave", "Alaba los ojos negros de Julia", "Para una cubana", "Margarita", "Mía", "Ite missa est", "Que el amor no admite cuerdas reflexiones", "La espiga", "Responso a Verlaine"; de "Cantos de vida y esperanza", "Los Cisnes y otros poemas" (1905), "Los tres Reyes Magos", "Pegaso", "Spes", "Los cisnes", "Retratos", "A Phocas", "La dulzura del Angelus", "Canción de otoño en primavera", "Líbranos Señor", "De otoño", "Amo, amas", "Nocturno", "Programa matinal", "Salutación del optimista", "Nocturno", "Lo fatal"; de "El canto errante" (1907), "Metempsícosis", "Eheu", "La hembra del pavo real", "Querida de artista", "Sum", "Versos de otoño", "Dream", "La Cartuja" y "Melancolía"; de "Canto a la Argentina", "Oda a Mitre y otros poemas" (1910), "Libros extraños"; de "Poema del otoño y otros poemas" (1910), "Poema del otoño", "Gaita galaica", "Vesperal", "A Margarita Debayle", "El clavicordio de la abuela" y "Los motivos del lobo"; de "Sol de domingo" (1917), "Eva" y "Canción".

Para dar idea de lo que supone esta selección, como aporte valioso, que ha de difundir más de lo que aún está la obra rubendariana, no hemos podido por menos de transcribir el índice íntegramente. ¿El valor de esta sólida obra? Afortunadamente, él está consagrado. Resta afirmar que el volumen, muy breve y elegante, hace que esta obra se nos aparezca como un devocionario poético, lleno de admirables evocaciones.—V. A. S.

Primeros poemas.—Por Enrique Planchart.—Caracas.—1919.

Por envío de Mariano Picón Salas, Director interino de la Biblioteca Nacional de Venezuela, hemos recibido este libro de versos. Como análogos libros, tiene vigor juvenil y ofrece sólida esperanza. La fantasía del poeta es florida como una pradera: él mismo lo dice. Sus musas son frágiles, de todo hechizo primaveral, apenas tocadas de melancolía literaria...

Frutos de oro puede dar este poeta joven,—del carrizo pequeño y la floresta grande,—que ya tan bellas cosas anticipa.—T. M.

Motivos de meditación.—Por Manuel Díaz Rodríguez.—Conferencia leída en el Teatro Municipal de Caracas y que el autor dedica "A la juventud estudiosa de Hispano-América".—1921.

Empieza por recordar la doble faz, material y espiritual, de la ecuación humana, para asentar la necesidad de la complementación de ambos factores para la armonía del desarrollo de la especie. Señala luego el doble error de lo que llama "las vidas económicas y políticas excéntricas de los países de Hispano-América, ideal y aún materialmente a gran distancia de lo que debiera ser el centro de nuestra racional evolución". Analiza bien y a grandes rasgos las causas de estos desequilibrios, para concluir exhortándolos a robustecer sus vidas, dentro de aquel concepto de armonía de acción de que no han sido capaces hasta ahora. Habla también de "honrar y hacer prosperar las patrias chicas con un nacionalismo activo, pero sano y prudente; que no requiere, para exaltar el modesto candil de gloria de la casa, apagar el faro del vecino", sin olvidar, al mismo tiempo, el origen de la raza, "no a España, la patria de siempre".

De acuerdo en un todo con estas ideas generales. Pero se nos permitirá formular un voto, que estamos seguros contará con la aprobación del señor Díaz Rodríguez: que aparezcan pronto en Hispano-América los hombres-guías capaces de realizar tales postulados, ya que nuestro defecto ha consistido precisamente en saber hablar de lo que hay que hacer, pero no en saber hacerlo.—**A. B.**

"Buscando el camino".—Prosas de Mariano Picón Salas.—Editorial "Cultura Venezolana".—Caracas.—1920.

Rosas juveniles de febril alegría lírica, diversas notas y diversos paisajes, iconoclasta y primaveral, sin gramática, con desflecado estilo rutilante, de bullente manera y de ímpetu dionisíaco, nos ofrece este hombre venezolano de veinte años, su primera vendimia.

Libro simpático, libro de juvenil ardor, audaz y saltante, este es el libro que dice septiembre y que simboliza juventud.

Páginas sueltas, motivos de vida o de arte, elogios, críticas, exaltaciones, comprende "Buscando el camino"...

Desde la dedicatoria "a la madre, al padre, a los abuelos que tienen el encanto de los pergaminos, y a la tía que está en provincias, lírica, suave,—el mejor aguijón de mi quimera",—el libro se hace simpático, atrae, interesa, aunque al final de cuentas lleguemos a la conclusión de no haber encontrado otra cosa que no sea literatura, algazara de literatura briosa y copiosa...

Se conoce que Picón Salas ha leído mucho: desde los doce hasta los veinte: ocho años seguidos, por lo menos.

Y así, erudito y jovencísimo, ha escrito su libro impetuoso, florido, caliente, chillón,—a veces romántico y envejecido de golpe, otras veces ubérrimo y alborozado, loco de una fiesta de sol que abrillanta cuentas de vidrio y diamantiza gotas de rocío...

Cabe anotar, sin embargo, y sin olvidarlo, que es personal hasta donde puede serlo un escritor de veinte años y de enorme lectura.

Ninguna influencia, ninguna directriz le encontramos. Hay sólo una página tan mesurada y pulcra, casi como cierta página de Azorín. Todo lo demás es propio y evidencia que Mariano Picón Salas se va solo "buscando el camino"...

Si no fuera su divagación permanente y su desdén gramatical, su intención artística estaría lograda, y bien lograda.

Le falta lo secundario necesario: tiene que recortar su fronda de trópico: tiene que podar: tiene que limpiar...

"Juventud, juventud, torbellino, soplo eterno de eterna ilusión"...
—**T. M.**

Adriana Zumarán.—Novela por Carlos Alberto Leumann. —Buenos Aires.—1921.

Los que aseguran que falta carácter a la gente de la buena sociedad platina, tienen el desmentido en las macizas páginas de "Adriana Zumarán". Sin quererlo, hemos señalado el defecto mayor, a nuestro juicio, de esta amplia novela bonaerense: macicez. Notamos, al leerla, que hay partes que pesan. Por macizo, el relato no destaca suficientemente los detalles con fuerza psicológica de los que carecen de tan preciado valor.

Mas, junto a este defecto, que puede no ser tal (para Manuel Gálvez lo es la agilidad de ciertos libros que él llama periodísticos), hay virtudes singulares, que convierten el libro en una hermosa obra de arte. Se ve que el autor pisa terreno firme, es decir, que conoce bien el ambiente que retrata. A pesar de algunos trazos ineficaces en el diseño, las figuras resaltan y hácense inconfundibles a través de la fábula.

Es un libro pulcro, muy atildado de estilo y noble de propósitos. Empieza con la evocación de una tragedia familiar que a todos nos intriga. Sin impaciencias, a veces con visible retardo, la acción progresa y somos absorbidos por la cautivadora gracia de la protagonista. Es la novela de "las porteñas", de las argentinitas sentimentales que—¡no podía ser de otro modo, desde que tienen alma!—llevan una tragedia silenciosa en el corazón. ¿Quién dijo que el amor no florece en los grandes salones de Buenos Aires? Naturalmente, un escéptico no puede descubrirlo. Hay ciegos para el romanticismo como los hay para la luz. Pero, por fortuna para los valores morales de la gran nación hermana, el soplo, ora lírico, bien sentimental, no ha cesado de agitar las colgaduras de las regias salas señoriales, donde otrora, las abuelas de las actuales argentinas bailaban el minué.

Observador tan penetrante como Ortega Gasset, huésped de Buenos Aires, había advertido en la tristeza de muchas pupilas hermosas, un germen de descontento que era ufanía en los hombres, satisfechos por sus grandes negocios. Y nos lo decía el filósofo en sus inolvidables conferencias de la Universidad: "Yo espero mucho bueno para la Argentina de esa desconformidad que veo en sus mujeres". Ojalá se cumpla el augurio.

Mientras tanto, aquí tenemos una hermosa novela, "Adriana Zumarán", donde las mujeres—Adriana, y Zoraida, y Laura, y Raquel, y Carmencita, — aparecen tal como creyó verlas José Ortega Gasset. Sus siluetas esbeltas, finas y aristocráticas, se recortan, con frecuencia, sobre un melancólico paisaje que tiene al fondo la nota cristiana de una pequeña iglesia. Libro sentimental, de amor, de dolor, de sacrificio, lleva al alma de la mujer, de la pobre mujer—víctima de un crudo rigor social ideado por los hombres—una palabra de simpatía y un suave perfume sedativo.—**V. A. S.**

Antología de Poetas orientales. — Por Carmela Eulate Sanjurjo. — Barcelona.—1921.

Sin duda, la poesía oriental es harto más interesante de lo que nos la suelen hacer algunos orientalistas de última hora, quienes, en su afán de dar importancia a tal o cual figura, surgida recientemente, nos ofrecen versiones, no sólo de gemas fulgurantes (por las que debiéramos quedarles agradecidos), sino que también de trabajos mediocres, lo que contribuye a la incredulidad del público y, paralelamente, al descrédito de poetas que se nos antojaban verdaderos taumaturgos.

Carmela Eulate Sanjurjo, señora o señorita, que esto no lo sabemos bien, con un buen sentido notorio y una enorme dosis de buena voluntad (que es franco entusiasmo muchas veces), nos da en el mínimo espacio, una vista panorámica, por así decirlo, de toda (¡absolutamente toda!) la poesía oriental, arrancando la sugestiva fronda de esos troncos seculares que son el "Ramayana", el "Gita Govinda", etc.

Por lo que colegimos, la labor fué larga, contando la autora con valiosísimas colaboraciones. Esto no quita un ápice de gloria al intrépido espíritu que tanto se esforzó por darnos una idea clara, en lo posible, de los poetas orientales. Hemos hablado de "una vista panorámica" y, en efecto, no otra cosa es este libro. Se demarcan países y, en cada uno de ellos, surgen altozanos, torres señeras, faros brillantísimos...

De seis partes consta el elegante y breve volumen. En la primera, aparecen composiciones que datan de 1100 años antes del nacimiento de Jesucristo. En la segunda, están los clásicos hebreos: Salomón, Moisés, Jehn da Levy, Meir de Rothemburg. En la tercera, se registra la culminación del movimiento poético de Arabia y Persia. Sigue el Japón, que tiene artistas de gran temperamento, como Matsura Bashio, por no citar sino uno de los menos antiguos. En la quinta parte, los poetas representados pertenecen a la China, el Afghanistán, el Indostán y la isla de Java. Por último nos hallamos con el Oriente contemporáneo: poesías de Kava-Gushi, Fuku Shima, Nogi-Marezuke, Toaiama, Princesa Kita Shira, Haruko, Shi-Woi-Uko, Rabindranath Tagore, Sarojini Naidu, Djivc, Noto Souroto, Chen-Hung-Che y Fuand-Yi.

Sólo la enumeración de estos nombres enrevesados parece traernos ya el efluvio de un fuerte perfume exótico. Ciertamente que las

traducciones no pueden proporcionarnos el deleite que de fijo experimentan los versados orientalistas, en los originales; mas, a despecho de tal mengua artística, hay valores de sobra, en toda la Antología de Carmela Eulate Sanjurjo, como para que los que anhelan completar su cultura literaria por cualquier medio, se recreen y saquen enseñanza. Lo indudable es que "el Oriente está impregnado de poesía", que tal poesía es de subidos quilates, y que la lectura de esta obra nos produce el efecto de un rápido viaje por países de cuento, en los cuales pesa mucho la arcaica tradición.—**V. A. S.**

Melpómene.—Por Arturo Capdevila.—Buenos Aires.—1921.

En esta tercera edición, Arturo Capdevila no ha retocado uno solo de los versos que forman su libro tan celebrado, el que le dió fama apenas aparecido, el que le consagra como gran poeta trágico: el más grande poeta trágico de América.

Pocas veces, entre nosotros, el dolor toma un aspecto más imponente y, sin embargo, estatuario. Leyendo "Melpómene" se saca en consecuencia la importancia que cobra la corrección formal, la euritmia. Porque pueden admitírsele incorrecciones al prosador, pero no al poeta, que tiene siempre a su alcance el buril. "Libro trágico—escribe Manuel Gálvez—cruza por algunas de sus páginas cierto viento de tragedia pagana, y en él hallo, aunque mezclado a cierto aroma de Oriente, algo que me recuerda "el consuelo metafísico" de que habla Nietszche". Transcribimos tan esenciales palabras, porque no hay modo de sugerir mejor el contenido de "Melpómene" con una sola frase.

Muchos y muy admirables libros tiene el estudioso talento que complica su vida en la castiza Córdoba, con la cátedra, el bufete y la belleza inmortal; pero "Melpómene"—su primer obra—ha de recordarse siempre con dilecto entusiasmo, porque encierra los ritmos más nobles y selectos del humano dolor. Aquel "Santificado sea", poema escrito ante el cadáver del padre, es una de las poesías más fuertes, bellas y honradas que se han compuesto en nuestra lengua.—**V. A. S.**

Ensayos literarios.—Por Carmelo M. Bonet.—Buenos Aires.—1921.

Estamos ante un espíritu dilecto. Este universitario argentino —que ha nacido en el Uruguay—confiesa que no es escritor profesional. No lo es y no quiere serlo. ¡Dichoso! Esto y otras muchas cosas no menos equilibradas, las dice Bonet en un prólogo que es toda una credencial de cordura. (No se confunda lo cuerdo, por lógico, con la infamante "sanchopancería"). Bonet es un idealista y, en punto a idealismo, tenemos por acierto una definición que nos daba no hace mucho Alvaro Melián Lafinur en el libro "Literatura contemporánea".

En sus ensayos, Bonet aparece, ante todo, como un gran estudioso. Tiene talento, y su juventud, con semejante bagaje, no se sabe adónde puede ir. Mas no se piense en un erudito pedante, con rígida

postura. No. Antes al contrario: es un comentador ameno. Confiesa que mariposea, que no ha encontrado su rumbo literario; comó es inquieto y perseverante, nosotros calculamos que muy pronto lo va a divisar. Por lo pronto, descubrimos en él grandes condiciones para la alta crítica. El día que juzgue a los otros con la serenidad con que se mira él en su prólogo, tendremos que saludar a un muy culto "definidor" de valores artísticos.

El contenido de "Ensayos literarios", es un poco inarmónico. No guardan, los trabajos allí contenidos, ninguna unidad. Hemos leído con el más vivo placer, su bosquejo del gaucho uruguayo. "No sabemos pensar", es un trabajo que no le habría desagradado a Larra. Claro está que al correr de la lectura total, hállanse en este libro no pocas ideas rebatibles, aunque es juicioso decir que hay buena dosis de buen sentido informando los capítulos. El estilo, que según Galaris, deja de ser una cosa voluntaria para convertirse en una resultante psicológica, ni qué hablar, es claro y es sereno. Traduce bien el espíritu fino y penetrante de Carmelo M. Bonet.—
V. A. S.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Jiménez de Aréchaga Justino, 25 de Mayo 723.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Figari Pedro, Misiones 1581.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignoli Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, Florida 1431.